UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 00871392 7

ANIMVS
NON RES
1907
REGINALD HUTH.

Reginald Huth 1880
Tunbridge Wells

OBRAS

COMPLETAS

DE FIGARO

(DON MARIANO JOSÉ DE LARRA.)

TERCERA EDICION

TOMO I.

PARIS

BAUDRY, LIBRERIA EUROPEA,

DRAMARD-BAUDRY Y Cª, SUCESORES,

12, CALLE BONAPARTE.

1866

LIBRARY
OCT 20 1971
UNIVERSITY OF TORONTO

PQ
6533
A1
1866
t. 1

PROLOGO DEL EDITOR

DE LA EDICION MADRILEÑA DE 1843.

De todos los ingenios cuyas obras forman el repertorio de la literatura española contemporánea, ninguno hay mas popular ni mas universalmente apreciado que don Mariano José de Larra. El nombre de Fígaro está rodeado de una aureola de gloria á que no es fácil que llegue otro cualquiera escritor de nuestros tiempos. No dejan de existir por esto literatos de un mérito incontestablemente superior; pero la especialidad de talento del ilustre autor que acabamos de citar le señala un lugar aparte en las letras, y que en vano le disputará nadie.

Una revolucion política, fecunda, como todas las revoluciones, en disturbios y trastornos que han alterado esencialmente nuestras costumbres y nuestros hábitos; una revolucion literaria correspondiente á la primera, que ha producido consecuencias análogas en la esfera del arte, daban ancho campo á la crítica para que, en nombre de lo santo y de lo bello, que con tanta frecuencia suelen ser holladas en las conmociones sociales, hiciese una guerra legítima é incansable á los excesos de todo linaje, á los desbordes de toda especie, á las exageraciones de cualquier género. Dos caminos tenia abiertos para desempeñar su obra, ambos en íntima relacion con los dos principios que se disputan eternamente la naturaleza humana: el de la desvergüenza, el del ultraje, el de la pasion ciega y atropellada, ó el de la censura fuerte, pero templada; el del ataque vigoroso, pero circunspecto: el de la reflexion detenida y profunda. La diatriba y la sátira eran los dos crisoles literarios por donde habia de pasar el nuevo

órden de cosas que pugna por instalarse en nuestra sociedad, y los que habian de ensayar los hombres segun sus respectivas cualidades, al pintar sus ilusiones desvanecidas, sus esperanzas defraudadas y sus desengaños realizados.

Fígaro se decidió por el buen camino. Su genio era demasiado grande para que hiciese la crítica de la sociedad que tenia delante de los ojos de otra manera que como la han hecho los hombres mas privilegiados, como la hizo Aristófanes, como la hizo Persio, como la hizo Cervantes. Reunia todas las cualidades á propósito para ello ; talento profundo, experiencia grandísima, y, sobre todo, vigor y originalidad de estilo. Así es que nadie le ha igualado en la sátira, si es que merecen el nombre de escritores satíricos aquellos cuyo mérito está solo en zaherir las reputaciones adquiridas y hacer mofa de las cosas mas sagradas. La verdad es que el lugar que Larra dejó vacante con su prematura y desastrosa muerte no ha sido vuelto á ocupar todavía.

Era verdaderamente un defecto que, á pesar de la celebridad y del mérito no desmentidos por nadie del ingenioso Fígaro, no existiese una coleccion completa y seguida de sus obras. Todas ellas habian sido á la verdad impresas en diversas épocas ; todas habian tenido ediciones mas ó menas numerosas ; pero jamás habian sido dadas á luz en un solo cuerpo y formando una edicion única (1). Esta falta, originada por las azarosas circunstancias en que se ha encontrado la España, es la que el editor propietario de todos los escritos del inmortal crítico ha querido remediar con aquella que tiene ahora el honor de ofrecer al público, y en que concurren cuantas condiciones se podian apetecer.

(1) En América se ha publicado una coleccion de las obras de Fígaro, que por su incorreccion é inexactitud desmiente el título que se le ha querido dar. La edicion española de ahora es la sola original y la sola legítima.

VIDA

DE

DON MARIANO JOSÉ DE LARRA,

CONOCIDO VULGARMENTE BAJO EL PSEUDONIMO

DE

FIGARO.

Muy engañados están los que crean que la vida de don Mariano José de Larra debe ofrecer grande alimento á la curiosidad y excitar casi el mismo interés que una novela. Su trágico fin autorizaria para creerlo así tal vez, si las grandes amarguras que envenenaron su existencia, y que tanto contribuyeron á aquel, no entrasen en un círculo que al biógrafo le es imposible traspasar. Los secretos de la familia no son propiedad de nadie, y esto nos obliga á ser muy circunspectos tratándose de un hombre cuya carrera pública empezaba apenas en los momentos en que la muerte le arrebató en la flor de su edad al país á quien habia empezado á dar tan brillantes esperanzas. ¿Qué vicisitudes podria ofrecer tampoco la vida de un pobre escritor muerto á los veintiocho años? Su vida literaria es la única que ofreceria algun interés, y esta, aunque activa y fecunda sobremanera, está fielmente reflejada en sus diversas obras. Diremos pues solo lo preciso para hacer comprender el carácter de nuestro autor, el espíritu de que siempre estuvo animado al escribir, y la analogía, el contraste á veces que uno y otro presentan con sus producciones literarias. Si su talento tiene puntos de contacto con el genio de Molière y de Cervantes; si como ellos se consagró á hacer la crítica chistosa, pero profunda, de la sociedad de su tiempo; si á semejanza de estos grandes hombres, la sátira fué en sus manos un medio de enseñar tanto como de divertir, tambien se les pareció en el triste y fatal destino que pesó sobre ellos mientras vivieron. ¡Fígaro, aquel Fígaro que aquellos que leian sus artículos chispeantes de gracia y festividad se figurarian probablemente en perpetua risa, no gozó un instante de felicidad y puso término á sus dias con un suicidio? Su persona nos ofrece un ejemplo de la constante union, de la íntima alianza, íbamos á decir, que tienen entre sí el placer y el dolor, la alegría y la tristeza, el bien y el mal que forman el lote del hombre sobre la tierra.

Don Mariano José de Larra nació en Madrid el 24 de marzo de 1809. Esta fecha es notable. La invasion francesa, que ha sido sin duda alguna la primera causa de los trastornos que así en el órden social y político, como en el órden literario y

artístico se han hecho sentir en nuestro país, estaba entonces en toda su fuerza, y con esta invasion debian enlazarse de una manera ú otra los destinos de cuantos hombres han figurado posteriormente en ellos. Mientras una generacion ya formada hacia su aparicion en la escena instalando todo un sistema de ideas nuevas y desconocidas en España, otra que lo habia de verificar mas tarde anunciando otros principios que modificasen lo que las primeras tenian de imperfecto, venia al mundo por primera vez; los hombres de 1812 se encumbraban, y los de 1833 nacian; y Larra, que habia de hacer entre los últimos uno de los mas notables papeles, vió la luz durante esta época. Su infancia no ofreció nada de particular. Crióse en la casa de la Moneda de esta corte, donde residia su abuelo paterno como fiel-administrador, y contaba otros parientes entre sus empleados, en cuyo seno recibió la educacion cristiana con que nuestros padres trataban de suplir la falta de otra mas brillante, aunque menos sólida: la prontitud con que aprendió su catecismo fué el primer indicio que se tuvo de sus aventajadas disposiciones intelectuales; difícil hubiera sido sin embargo adivinar el giro que estas debian tomar. Cualquiera hubiera dicho entonces que el precoz niño seria con el tiempo un gran teólogo, un eminente jurisconsulto ó un sabio médico, como su padre; pero nadie hubiese pensado que su gloria consistiria en ser el primer crítico de nuestra época. ¿Podia concebirse á la sazon que se pudiera ir mas lejos que Moratin?

Luego que sobrevino el año 12, y las tropas francesas abandonaron la Península, su padre, que era médico de primera clase en el ejército imperial, hubo de seguirlos á Francia y se llevó á su hijo. A su llegada se apresuró á ponerle en un colegio, donde le tuvo hasta el año de 1817, en que, habiendo vuelto á España, empezó á darle una educacion mas seria. Como era un hombre distinguido en su carrera y de conocimientos mas que regulares, le instruyó principalmente en las ciencias naturales sin olvidar por esto aquellas lecciones prácticas de mundo que solo la experiencia de un padre está en disposicion de dar á su hijo. No se perdió el fruto de esta esmerada enseñanza. El niño recogia con avidez todas las ideas que le daban; sus progresos eran rápidos, y su constante aplicacion no tenia en ellos menos parte que su natural talento. El afan que mostraba por el estudio era tan grande, que odiaba toda clase de juegos; los libros eran su única diversion, y rara vez dejaba de derramar lágrimas al tener que desprenderse de ellos para ir á acostarse.

Una circunstancia bien singular obligó sin embargo á su padre á interrumpir esta educacion interior y puramente de familia. Una circunstancia singular decimos, porque lo es mucho en efecto que aquel que mas tarde habia de manejar con tanta maestría nuestra habla y burlarse en tono tan festivo de los malos escritores de la misma, y en especialidad de la nube de traductores que la destrozan sin piedad alterándola con galicismos no menos opuestos á su espíritu que á su material estructura, á los nueve años no supiese hablar apenas el español, ni conociera otro modo mejor de expresarse que la lengua francesa. Esta era empero la pura verdad. Habiendo marchado á Francia desde tan niño y vivido allí encerrado cinco años en uno de sus colegios, el idioma de este país habia llegado á ser nativo para él, y héchole olvidar casi completamente el castellano. Quiso remediar esta falta su padre, y al efecto le colocó en el instituto de San Antonio Abad de esta corte, y en él no solo se perfeccionó en el conocimiento de su idioma patrio, sino que estudió la literatura latina y recibió en todo la excelente educacion clásica que han acostumbrado siempre á dar los padres Escolapios. Excusado es decir que sus adelantos fueron siempre rápidos; su constante aplicacion no se desmintió tampoco, ni su aborrecimiento á los juegos, por que sus jóvenes compañeros se desvivian. En lo único que solia entretener sus ratos de ocio, las veces que no los consagraba á la lectura, era en jugar al ajedrez con su íntimo amigo el conde de Robles, que simpatizaba con él en gustos é inclinaciones. Nunca dió motivo para que le castigasen, y en vista de su poca travesura es seguro que tampoco se hubiera sospechado al escritor satírico cuyas zumbas habian de hacer una eterna guerra á todos los vicios y ridículos de la sociedad en el niño que mostraba un carácter tan pacífico y poco enredador.

Cuando salió del colegio, marchó á Navarra á reunirse con su padre, que se hallaba á la sazon de médico en la ciudad de Corella. Allá en el seno de su familia y en la primera época de su juventud, continuó haciendo la misma vida laboriosa y aplicada que habia llevado durante su ninez. Todas las noches del frio invierno de 1822 á 1823 las pasó trabajando consagrado al estudio; los ruegos de su madre le obligaban solo á retirarse á dormir á una hora muy avanzada; así es que en aquella temporada tradujo por entero del francés al castellano toda *la Iliada* de Homero y *el Mentor de la juventud*, y escribió además originalmente una gramática de la lengua española y un cuadro sinóptico de ella. Tenia solo trece años de edad cuando compuso estos primeros trabajos. Pero instándole su padre para que escogiese una carrera, no tardó en volver á Madrid á perfeccionar su educacion, como lo hizo en efecto estudiando las matemáticas y aprendiendo las lenguas griega, italiana é inglesa, en lo que invirtió tres años, y pasando en seguida á la universidad de Valladolid á estudiar filosofía con el objeto de seguir despues la carrera de leyes, á que dió la preferencia.

Matriculóse en efecto nuestro escritor y ganó su primer curso; pero la suerte habia decidido que no llegase á ser nunca jurisconsulto. Cual fuese el carácter del acontecimiento que vino á interponerse de repente en su vida y le apartó de la senda pacífica y normal que habia seguido hasta entonces, es cosa que ignoramos por nuestra parte y nos es así imposible revelar á nuestros lectores. Este acontecimiento misterioso parece sin embargo muy cierto, y ejerció una grande influencia sobre el porvenir de Larra. Su carácter se alteró completamente: de niño estudioso y amante del saber, pero confiado, vivo y alegre como su edad requeria, se hizo sospechoso, triste y reflexivo como si fuera un hombre hecho. Una persona muy allegada á nuestro crítico pretende que sus sentimientos fueron tan profundamente afectados, que esta fué la primera vez de su vida que le vió llorar sin consuelo, y aun pretende que de aquí vienen todas sus desgracias. Lo cierto es que de resultas se vió obligado, bien á pesar suyo, á abandonar su familia pidiendo licencia á su padre para contínuar sus estudios en la universidad de Valencia, á la que se trasladó desde Castilla luego que la hubo obtenido. A poco de su llegada recibió órden del mismo para venir á Madrid donde el favor y la influencia de algunos amigos le habian proporcionado un empleo, y de este modo se vió arrastrado contra su voluntad á abandonar su carrera.

Un empleo era lo que menos podia convenir á un carácter como el de nuestro autor. Sentia ya en sí germinar el gran talento que habia de inspirar sus obras posteriores, y no podia resignarse á enterrarse entre los expedientes de una oficina. Así es que no tardó en renunciarle; pero entonces nacieron para él otras dificultades. ¿Qué es lo que haria en adelante? ¿Por qué profesion se decidiria? Habiendo perdido dos años en viajes inútiles, le parecia mal volver á la universidad; además en este intermedio se habia enamorado de la señorita con quien se casó despues, y esta era otra razon para que no pensase en abandonar la corte. Determinó pues cultivar la profesion mas conforme con su gusto, y se hizo literato.

La literatura, como se sabe, ha sido y es todavía un estado muy poco lucrativo. En aquel tiempo debia serlo y lo era en efecto mucho menos. Nuestro escritor se sentia á la verdad con fuerzas para poder vivir y brillar con él; pero ¿qué es lo que habia de escribir en aquella época? Entonces pesaba el despotismo sobre nuestro país con toda la estupidez y brutalidad de que dió muestras en sus últimos años. Era la época en que predicar la ilustracion valia tanto como promover un trastorno revolucionario, y el gobierno miraba ambas cosas con la misma mala voluntad. Gracias que para entretenimiento y solaz de la gente ociosa se le permitiese leer los anuncios del *Diario* y las noticias de Persia de *la Gaceta*. De todo esto habia necesidad sin embargo para contener á los pícaros liberales que en 1830 habian tenido la osadía de querer derribar un sistema político impuesto por el extranjero. Cuando las cosas se encontraban en esta situacion, era claro que poco podia prometerse el escritor cuya ambicion literaria tenia que limitarse á componer una *charada* en *el Correo* y que no contaba con mas público que oficiales indefinidos. Tales eran los auspicios con que Larra entraba en la profesion de las letras, auspicios, ya se echa de ver, bien poco brillantes y fecundos en esperanzas. Sus primeros pasos en ella cor-

respondieron en un todo á la nulidad del estado que acababa de abrazar, y la oda que escribió sobre los terremotos de Murcia dedicada al comisario general de Cruzada, Varela, *el Duende satírico*, folleto que don José María Carnerero le hizo suspender, y otros opúsculos insignificantes, tuvieron tan escaso mérito, que él mismo no quiso reconocerlos posteriormente por suyos, dejando de incluirlos en la coleccion de sus obras. Proporcionáronle sin embargo estas producciones la ventaja de darle á conocer entre los personajes mas señalados entonces por la proteccion que daban á las letras y á las artes. El citado señor Varela le apreciaba sobre manera y le distinguia en todas las ocasiones. Como amigo particular suyo asistió á la célebre y suntuosa comida que dió al ilustre Rossini cuando este vino á Madrid en compañía del señor Aguado por los años de 1831 á 1832.

Afortunadamente para el porvenir literario de nuestro autor, despues de los memorables acontecimientos de la Granja en setiembre de 1832, la reina doña María Cristina empuñaba las riendas del gobierno durante la enfermedad de Fernando VII, é inauguraba su administracion con aquella serie de medidas que hicieron entonces tan popular su administracion. Hácia la misma época (agosto de 1832) empezó á publicar su *Pobrecito Hablador* bajo el nombre del bachiller don Juan Perez de Munguia. Aprovechándose del cambio que entonces se hizo en la marcha política del gobierno, desenvolvió en él con cierta libertad la especialidad de talento que le distinguia. Zahirió sin piedad los abusos introducidos, las malas costumbres formadas, los funestos hábitos arraigados; la sociedad, la familia, el individuo, fueron el objeto de su censura en lo que ofrecian de reprensible y vicioso; hízolo en tono burlesco y jocoso, pero no perdonó ninguna de las aberraciones mas notables de la vida que se le ofrecian en el camino, ni ninguno de los rasgos característicos de la miseria terrestre que encontraba al paso. Así es que su folleto fué acogido del público, siempre dispuesto á simpatizar con cuantos le hagan reir, con un favor señalado. Preguntábase con anticipacion el dia en que saldria uno de los números en que el bachiller parlanchin acostumbraba reirse con tanta gracia de las cosas que tenian mal dispuestas contra sí á la mayor parte de las gentes : el partido liberal, es decir, la masa general de los lectores de aquel tiempo, empezaba entonces á respirar por primera vez, y no podia menos de ser muy de su gusto que se hiciese burla de todos los achaques del mundo, de todas las flaquezas de la naturaleza humana, lo que para él equivalia á hacerla de todo el sistema político entonces vigente. Una vez llegada la hora deseada corrian á la librería á arrancarse el folleto, que se leia y celebraba durante muchos dias, y de este modo iba formándose la popularidad de que mas tarde llegó á gozar nuestro autor. El gobierno supremo no podia ver esto con indiferencia. A Calomarde habia sucedido Cea en la direccion de los negocios públicos; pero los antiguos hábitos del absolutismo subsistian en toda su fuerza. Larra procuraba á la verdad abstenerse de toda expresion de que pudiera creerse envolvia una censura política; alguna que otra alusion de esta clase que se encuentra en su obra es tan tímida, tan embozada, que solo seria capaz de resentirse el poder mas desconfiado y sospechoso. Esto era sin embargo el dominante en aquella época, á pesar de todas sus pretensiones de ilustracion y amor á las luces, y por consiguiente tardó muy poco en su citar obstáculos á su publicacion por medio de la censura, especie de guillotina del pensamiento que acababa con las ideas con la misma celeridad que la guillotina revolucionaria hacia desaparecer los hombres.

Aquellos á quienes el espectáculo de los excesos (no imposibles de corregir) á que se ha entregado posteriormente entre nosotros la imprenta abandonada á sí misma, pudiera haber reconciliado con una institucion tan brutal y tan contraria al espíritu de la civilizacion moderna, harian muy bien en leer los diferentes números del *Pobrecito Hablador*, y decir despues si una publicacion hasta su punto inocente debia despertar las iras censorias y ser considerada poco menos que como subversiva del órden político y social. Ya hemos dicho el cuidado con que huia nuestro autor de satirizar ninguno de los actos del gobierno; con igual cautela procedia respecto de las demás críticas suyas que pudieran creerse dirigidas á persona determinada. Véase un párrafo en que nuestro autor protesta de no abrigar segunda intencion sobre este punto, y de atender solo al remedio de los abusos y vicios que eran objeto de su sátira, sin echar á nadie la culpa de ellos. Este parráfo está escrito con tanta

humildad y sencillez que no podrá menos de hacer sonreir al pensar en los tiempos en que una salvaguardia de tal especie era pasaporte indispensable para que los censores dejasen correr ciertas palabras, de que ni el gobierno ni los particulares podian darse por ofendidos, gracias á su tono moderado y blando y á su vago é indeterminado concepto. « No tratamos, decia en una nota del número 10 del citado folleto, que es uno de los escritos con mayor libertad, no tratamos de inculpar en modo alguno por los cuadros que vamos á describir al justo gobierno que tenemos; no hay nacion tan bien gobernada donde no tengan entrada mas ó menos abusos, donde el gobierno mas enérgico no pueda ser sorprendido por las arterías y manejos de los subalternos. Contraria del todo es nuestra idea. Precisamente ahora que vemos á la cabeza de nuestro gobierno una reina que, de acuerdo con su augusto esposo, nos conduce rápidamente de mejora en mejora, nosotros, deseosos de cooperar por todos términos como buenos y sumisos vasallos á sus benéficas intenciones, nos atrevemos á apuntar en nuestras habladurías aquellos abusos que desgraciadamente, y por la esencia de las cosas, han sido siempre en todas partes harto frecuentes, creyendo que cuando la autoridad protege abiertamente la virtud y el órden, nunca se la podrá desagradar levantando la voz contra el vicio y el desórden, y mucho menos si se hacen las críticas generales, embozadas con la chanza y la ironía, sin aplicaciones de ninguna especie, y en un folleto, que mas tiende á excitar en su lectura alguna ligera sonrisa, que á gobernar el mundo. Protestamos contra toda alusion, toda aplicacion personal, como en nuestros números anteriores. Solo hacemos pinturas de costumbres, no retratos. »

Todo esto empero no satisfacia al poder absoluto, segun hemos manifestado, y la especie de reaccion política que siguió con Cea Bermudez al sistema que proclamó la amnistía y de cuyas resultas el rey volvió á empuñar las riendas del estado, contribuyó poderosamente á la intolerancia. Los censores se fueron mostrando cada vez mas rigorosos; las mutilaciones fueron cada dia en aumento; á duras penas, y solo gracias á grandes empeños, pudieron darse á luz los últimos números del *Pobrecito Hablador*, hasta que con el catorceno se anunció por fin al público la muerte del bachiller. Larra, cansado de encontrarse, como decia, con una pared en todas partes, interrumpió su publicacion. Esto pasaba en el mes de marzo de 1833.

Estaba decidido sin embargo que nuestro autor fuera un escritor satírico de grande influencia, y que no le faltase por lo tanto un campo bastante vasto para desarrollar su talento. Este campo no podia ser otro que la política, la ocupacion principal de nuestras generaciones, el tema de nuestros autores mas distinguidos, el faro de nuestras ideas mas originales, la enseña en fin tras que marcha todo nuestro siglo. El absolutismo se lisonjeaba en vano de oponer entonces barreras en España á la libertad que se adelantaba á la carrera. Nuestro país debia cambiar completamente de faz. Fernando VII, al cabo de una agonía de muchos meses, bajaba al sepulcro en setiembre de 1833, dejándonos legada una guerra civil de ocho años; y cuando el hombre del despotismo ilustrado se lisonjeaba poder continuar gobernando con los mismos principios políticos que hasta entonces, si bien aparentando plegarlos algo mas á las necesidades de los pueblos, hé aqui que en Talavera por primera vez, y luego despues en Vitoria, Bilbao y otros puntos, da el bando carlista los primeros gritos de la rebelion que debia dar en tierra con las ilusiones del ministro. No puede entrar en nuestro plan hacer una reseña, ni la mas leve siquiera, de los acontecimientos de entonces, contando cómo desde el célebre manifiesto dado el 4 de octubre por Cea Bernudez hasta la proclamacion, un tanto obligada, del Estatuto, y desde aquí hasta el restablecimiento de la constitucion de 1812, fueron enlazándose de tal manera las cosas, y ensanchándose en tales términos el problema de la regeneracion del país, que las necesidades políticas se hicieron cada dia mas numerosas, y mas grandes tambien las concesiones en el mismo sentido que de grado ó por fuerza fué preciso otorgar á la opinion pública, que imperiosamente las reclamaba. Los mencionamos solo para que se observe que, al compás de los progresos del sistema constitucional, se habia necesariamente de extender el horizonte literario de nuestro autor, cuya pluma iba teniendo mayores y mas importantes asuntos en que ejercerse. La misma censura, que sobrevivió á todas las demás instituciones del absolutismo

como para protestar ella sola contra el espíritu liberal que las iba derrocando una tras otra, perdiendo una gran parte de su rudeza primitiva, dejó gozar de cierta independencia á los escritores: en cuya virtud si no podian hablar con entera libertad, por lo menos no estaban totalmente privados de decir algo. Nuevo motivo pues para que el genio de Larra tomase un vuelo vigoroso y brillante.

Lo que llevamos dicho indica que aquella debia ser la época en que empezasen los periódicos políticos. Nuestro crítico fué llamado á trabajar desde luego, aun antes de haber terminado la publicacion del *Pobrecito Hablador*, en el diario que don Jose María Carnerero acababa de fundar en aquella época, *la Revista Española*. Las circunstancias, de que nos hemos hecho cargo, hicieron que desde enero de 1833 hasta la muerte del rey no diera á luz otra cosa que artículos de crítica literaria y teatral, con alguno que otro de costumbres. Pero apenas estalló el movimiento de Vitoria, cuando escribió el célebre de *Nadie pasa sin hablar al portero*, en que, desplegando ya toda la originalidad de su estilo y toda la gracia de sus chistes, señalaba de una manera profunda los dos principales rasgos del carlismo, las dos llagas que anunciaban anticipadamente su muerte, el desórden y el robo á que se entregaron sus hordas y la influencia monacal que se hizo sentir en ellas. A este artículo siguieron *la Planta nueva ó el Faccioso*, *la Junta de Castel-o-Branco* y otros, en que pasó revista á otros hechos característicos del bando rebelde. Desde entonces Larra no abandonó nunca la política, que fué para él una fuente inagotable de ingeniosísimos artículos, en que satirizó á su sabor todas las anomalías é irregularidades que le ofrecia aquella fecunda época

Conocido es su mérito en este género de producciones literarias. Sábese que tenia un talento maravilloso para encontrar el lado ridículo de los hombres y de las cosas; que sobresalia en hacer resaltar los contrastes de todo género; que no le igualaba nadie en el arte de decir lo que queria y como queria; que su estilo, fluido y castigado, era todo lo ligero y agradable que la sátira política requiere; que, sin dejarse arrastrar de la causticidad natural del escritor de su clase, sabia contenerse dentro de los límites de la moderacion y del buen tono para hacer una crítica chistosa, pero decente, de todo lo que le parecia merecerla. Esta última circunstancia, juntamente con la de no acostumbrar seguir en sus mas punzantes censuras por otras inspiraciones que las de la justicia mas estricta y del patriotismo mas acendrado, es la que le distingue principalmente de todos los escritores que despues han marchado por sus huellas. Jamás dictó sus juicios la pasion ó el espíritu de partido; siempre le impelió á tomar la pluma el interés de un gran principio violado, ó la defensa de una gran verdad desconocida, sin que en ninguna ocasion se propusiera burlarse de nada, llevado solo del deseo de hacer burla. Supo, en una palabra, guardar la distancia conveniente entre la sátira y la diatriba, y de este modo se granjeó una grande y merecida popularidad entre los hombres de todas las opiniones. Hé aquí porqué durarán sus obras; y es muy posible que las de aquellos otros que no han sabido elevar despues la crítica á tan grande altura, no sobrevivan á los partidos bajo cuyo espíritu han sido escritas. ¿Quién lee ya hoy *el Zurriago?*

Los tiempos en que Larra escribió la mayor parte de los artículos que han hecho tan conocido el nombre de *Fígaro*, que adoptó por primera vez en *la Revista*, eran muy propicios para que un escritor de su género aprovechase todas sus cualidades literarias. El gobierno se veia arrastrado por dos tendencias diferentes, acosado por dos necesidades encontradas, impelido por dos exigencias opuestas. Por una parte el espíritu liberal queria imperiosamente concesiones mas latas que las que se le hicieron primero en el despotismo ilustrado y luego en el Estatuto Real; por otra la opinion pública reclamaba con no menos energía la conclusion de la guerra civil, que devoraba todos los recursos y era un obstáculo á la realizacion de las mejoras materiales que se esperaban del nuevo régimen. Los diversos ministros que desde fin de 1833 hasta mediados de 1836 se sucedieron no acertaron á contentar al uno, ni á satisfacer la otra. En punto á concesiones liberales, pareciales que el código político de 1834 era una dosis mas que suficiente para calmar la fiebre constitucional del país; y en cuanto á la lucha que sostenia con el carlismo, todos sus esfuerzos se reducian á buena voluntad. La impotencia del gobierno resaltaba en todas las cosas. Enhorabuena que creyese conveniente no llevar adelante el desarrollo de las

instituciones liberales; pero una parte de la nacion lo deseaba así, y solo podia perdonarle que no lo hiciera bajo la condicion de manifestarse activo y eficaz en dar cima á la lucha de Navarra: esto es lo que no quiso jamás comprender; á la par de una resistencia ciega á las innovaciones políticas, resistencia obstinada hasta el punto de que el epíteto de *nacional* dado á la milicia ciudadana costase una revolucion, miró siempre la cuestion de guerra con una indiferencia tal, sus generales condujeron con tal desgracia además las operaciones militares, que todo eran obstáculos para él y malas posiciones. Tanta torpeza, tanta imprevision, tantos errores, tantos desvaríos, no podian menos de ofrecer grande asunto á un satírico, y no le desperdició Larra. Todos sus artículos de este tiempo vienen cuajados de alusiones á los absurdos del sistema con que el gobierno traia descontento á todo el mundo y no lograba casi nunca mas que hacer mas manifiestas su incapacidad y falta de tino. Eco de las legítimas pretensiones del liberalismo, no pierde ocasion de excitar en ellos al gobierno á que se muestre menos enemigo de las reformas por aquel deseadas, y mas cuidadoso de contener los progresos de la faccion carlista cuyas fuerzas iban en constante aumento. Los artículos, por ejemplo, de la *Ventaja de las cosas á medio hacer*, las varias *Cartas de Fígaro, la Cuestion trasparente, la Alabanza,* ó *Que me prohiban este,* ofrecen una prueba de sus sentimientos en esta parte. Los censores y la censura, asunto sobre que el poder no queria ceder absolutamente nada, no dejan sobre todo un momento de ser el punto de mira de sus ataques. Sus razones tenia para ello.

La política no era lo único que absorbia toda su actividad de escritor, ni el solo asunto sobre que recaia su sátira ingeniosa y locuaz. La crítica literaria, la crítica dramática particularmente le daban motivo para escribir artículos no menos notables, sin contar los de costumbres propiamente dichos, que escribió en el mismo intérvalo y que no contribuyeron menos á su celebridad, como *la Vida de Madrid, la Diligencia, el Duelo, los Calaveras,* y otros muchos por el estilo. Era el caso que la revolucion empezaba á inaugurarse así en las letras como en el gobierno, y que empezaban á darse á luz nuevos dramas, nuevas poesías, nuevas historias en los momentos mismos en que se pedian nuevos derechos, nuevas franquicias, nuevas garantías constitucionales. Por una coincidencia bastante digna de tomarse en consideracion, eran algunos de los mismos hombres que figuraban en primer término en la restauracion política los que daban el primer impulso á la restauracion literaria. Los nombres del señor Martinez de la Rosa, duque de Rivas, Quintana, eran conocidos en ambos campos. Fígaro pues no podia dispensarse de tratar con la especialidad de su talento los asuntos de una y otra especie. Sus principios en materia de literatura guardaron una analogía completa con los que en política profesaba: enemigo de las trabas exageradas con que el clasicismo contenia el vuelo de todos los grandes ingenios, partidario de las innovaciones que habian de abrir á los poetas y á los escritores en general fuentes desconocidas de inspiracion, fué uno de los primeros apóstoles del romanticismo, como uno de los promovedores de las reformas constitucionales. Queria el progreso, queria la novedad en todo, y ambas cosas estaban para él simbolizadas en la libertad. « Ese clamor de libertad de imprenta, tan continuo, tan incesante, tan justo, puede tener dos principios: puede considerarse como un derecho meramente político reclamado por un pueblo víctima que hace el último esfuerzo para romper la cadena; y puede mirarse tambien como un órgano meramente literario, exigido por un pueblo ansioso de ilustracion. En el primer caso la imprenta es el baluarte de la libertad civil; en el segundo, el paladion de los conocimientos humanos. No hemos creido poder citar palabras mas oportunas para hacer ver el profundo enlace que á los ojos de nuestro autor reinaba entre la literatura y la política, y la marcha liberal y simultáneamente progresiva que ambas á dos debian seguir. Así que sus artículos críticos sobre la una se distinguian por las propias cualidades, se recomendaban por iguales circunstancias que sus artículos satíricos sobre la otra: la misma originalidad, el mismo sarcasmo severo pero razonado, los mismos toques de estilo, la misma imparcialidad en sus juicios. Fígaro no se desmiente nunca á sí mismo, ya tenga que apreciar el carácter de un político, ó el talento de un poeta ó el genio de un artista: ni la razon ni el buen gusto le abandonan un momento.

La Revista Española, despues *Revista Mensajero*, no fué el solo periódico que en el tiempo á que nos referimos consignó sus trabajos. Estuvo tambien asociado durante una gran parte del año 34 á la redaccion del *Observador*, que por entonces gozó de cierta celebridad. Sus trabajos literarios no se redujeron tampoco á los artículos de crítica, así literarios como políticos, que las circunstancias y vicisitudes del tiempo le sugerian con frecuencia. Aspirando á adquirir una celebridad fundada en títulos mas lisonjeros, ya que no menos reales que los de un escritor reducido al ingrato oficio de analizarlos de los mas, escribió una novela histórica original, *el doncel de don Enrique el Doliente*, la comedia de costumbres imitada del francés *No mas mostrador*, el drama original de *Macías*, é hizo algunas traducciones de mérito, como el conocido *Arte de conspirar* que publicó bajo su nombre anagramizado en el de Ramon de Arriala, *el Desafío ó Dos horas de favor*, etc., etc. En todas estas producciones desplegó el mismo talento, la propia belleza de estilo, igual tacto en sus asuntos que en sus artículos satíricos, si bien es preciso convenir en que, considerado como novelista y autor dramático, no es, ni con mucho, tan original ni tan nuevo que como crítico y pintor de costumbres. A ser un escritor de esta clase era principalmente llamado, y bajo este punto de vista hay que juzgarle para apreciar todo el valor de su mérito literario.

Acabamos de recorrer la época mas interesante de la vida de Larra, porque en ella fué cuando labró principalmente su reputacion. La atencion que hemos dado á sus faenas literarias nos ha impedido ocuparnos nada de su vida doméstica, que no era tan afortunada á la verdad como su vida de escritor. Aquel Fígaro que sabia con un artículo suyo hacer reir á toda la España, no encontraba un bálsamo que suavizase las llagas de su corazon. Larra no era feliz interiormente. Él mismo lo manifestó así hablando de los escritores satíricos. « El escritor satírico, decia, es por lo comun como la luna, un cuerpo opaco destinado á dar luz, y es acaso el único de quien con razon puede decirse que da lo que no tiene. Ese mismo don de la naturaleza de ver las cosas tales cuales son y de notar antes en ellas el lado feo que el hermoso, suele ser su tormento. Llámanle la atencion en el sol mas sus manchas que su luz, y sus ojos, verdaderos microscopios, le hacen notar la fealdad de los poros exagerados, y las desigualdades de la tez en una Venus, donde no ven los demás sino la proporcion de las funciones y la palidez de los contornos : ve detrás de la accion aparentemente generosa el móvil mezquino que la produce ; ¡y eso llaman sin embargo ser feliz!.....» y citando despues los ejemplos de Moliére y de Moratin, añadia : « Y si nos fuera lícito en fin nombrarnos siquiera al lado de tan altos modelos, si nos fuera lícito siquiera adjudicarnos el título de escritores satíricos, confesariamos ingeniosamente que solo en momentos de tristeza nos es dado aspirar á divertir á los demás.» Nuestros lectores preguntarán qué razon podria tener Fígaro para considerarse desgraciado, él que en su corta vida se hizo un lugar tan distinguido en las letras, él cuya celebridad le granjeó, entre otras amistades ilustres, la del embajador de Inglaterra en aquella sazon, sir J. Villiers, hoy lord Clarendon, que tenia un gusto particular de verle á su lado en todas las brillantes funciones que acostumbraba á dar en su casa; la del distinguido poeta duque de Rivas, que fué su padrino de boda; la de los señores Martinez de la Rosa, conde de Toreno, general Castaños, y la de la misma reina Cristina, que deseó conocerle y le conoció en efecto, habiendo sido presentado á esta princesa por su mayordomo mayor el conde de Torrejon. Sus desgracias provinieron principalmente de su carácter. Aunque Larra era generoso y buen amigo, sentia por los hombres en general recelo y desconfianza, cuyos sentimientos sabia disimular sin embargo. En el trato social afectaba siempre modales muy distinguidos, y podia servir de modelo de finura y cortesanía; pero en lo interior de su casa desplegaba un genio duro, desigual y poco sufrido. Era en una palabra un misántropo en la realidad, si bien amable y complaciente en la apariencia, y esta amalgama de afectos encontrados, esta lucha entre su corazon y su cabeza, no era lo mas á propósito para tener su espíritu en sosiego. Y como estaba dotado por otra parte de bastante elevacion en su talento para no recargar sus escritos de toda la hiel que envenenaba sus sentimientos, la amargura que dejaban de llevar sus críticas, templadas casi siempre por la risa y el buen humor, refluía sin remedio sobre su alma y le atormentaba continuamente. Los goces del esposo y del padre, que eran los únicos

que podian haber endulzado su natural condicion y restituídole algun reposo, apenas fueron gustados por él. Habiase casado á los veinte años sin destino, sin carrera, sin dinero, sin recursos de ninguna clase; sin el apoyo mismo de su padre, que habia perdido por acontecimientos pasados. Su talento de escritor suplió en breve esta falta, que es la causa vulgar, aunque harto frecuente en nuestros tiempos, de la desavenencia de muchos matrimonios y del desórden de no pocas familias. El casamiento de Larra no resultó á la verdad feliz, pero los motivos fueron otros. Fué igualmente su carácter quien originó su desgracia en esta parte, lanzándole con frenesí en el torbellino del mundo y obligándole á ahogar entre su ruido y confusion los gérmenes de dolor que llevaba perpétuamente en su seno. Demasiado jóven todavia, fué presa de mil funestas y tormentosas pasiones que acabaron de acibarar su existencia. El amor culpable que concibió por una mujer casada amortiguó en él aquel entrañable cariño que en un principio tuvo á su esposa y á sus hijos, y le lanzó en una senda de extravíos y de errores que empañaron su reputacion y su buen nombre. Muy severos tendríamos que ser aquí con su memoria, á fuer de biógrafos imparciales, si su trágica muerte no hubiera sido un castigo mas que suficiente de las faltas de su vida. Nuestros lectores nos permitirán pues que pasemos adelante.

De resultas de todos los disgustos y sinsabores que sufrió hácia este tiempo, trató Fígaro de dejar la España y hacer una excursion al extranjero, tanto por distraer su ánimo como por estudiar los paises sobre cuya civilizacion se iba modelando la nuestra sucesivamente. Quiso visitar la Francia y la Inglaterra; es decir las dos naciones que han contribuido mas á dar á nuestra sociedad la fisonomía y el color modernos que tanto la distinguen de la sociedad de nuestros abuelos; y como entonces estaban casi interceptadas las comunicaciones con el lado allá de los Pirineos á causa de la rebelion de las provincias vascongadas, emprendió su viaje por Portugal, adonde se trasladó por Extremadura. Este camino le ofreció ocasion de recorrer las famosas ruinas romanas de Mérida, á que consagró dos artículos, y de hacer algunas observaciones interesantes sobre las costumbres de la provincia. Llegado á Lisboa, fué muy bien recibido en todas partes, y obsequiado por los sabios y literatos que le conocian de nombre. Lo propio le sucedió en Lóndres y París, para cuyas capitales se embarcó en seguida. En la última de estas dos ciudades debió las mayores distinciones al señor baron Taylor, su amigo particular, y á quien conocia ya desde España, que le acompañó á las reuniones y á los establecimientos dignos de ser visitados por todo viajero que llega á aquella culta capital, y le asoció para que escribiese en una obra que entonces se publicaba allí, titulada : *Descripcion de la Península.* Al fin, no pudiendo vivir mas tiempo fuera de su patria, se decidió á volver á España á fines de 1835 despues de diez meses de ausencia, verificando esta vez su viaje directamente por el Pirineo.

El Español, periódico célebre por su tamaño jamás conocido en España, y que acababa de crearse, fué quien recogió en esta época los trabajos de Fígaro. Volvió este á su chistosa garrulería contra los abusos de toda clase, á sus punzantes alusiones contra los desbarros del gobierno, á sus ingeniosas críticas de los teatros, de los actores y de los libros. El público continuó mostrándole sus simpatías : es verdad que sus artículos satíricos no perdieron un punto de la ligereza, de la amenidad y de la gracia que los hacian leer con tanto gusto. Su viaje habia contribuido á madurar su talento y hacerle adquirir una solidez y un aplomo que tal vez le faltaban antes : sus críticas teatrales de esta época se distinguen de las anteriores por una superioridad incontestable, y algunas de ellas son un modelo en su género : testigos las de los dramas de Dumas *Antony* y *Catalina Howard.* Un artículo de costumbres muy notable tambien, *los Barateros,* lleva impreso sobre sí tal sello de profundidad y de filosofía, que atestigua la impresion que durante su viaje hicieron sobre el ánimo de Fígaro las ideas de los penitenciaristas modernos, muchas de las cuales van abandonándose cada dia como puras ilusiones ; pero que entonces pasaban por verdades positivas, y dieron motivo á nuestro autor para que desarrollase su talento por un lado desconocido hasta entonces.

Echemos ahora una rápida ojeada sobre los acontecimientos políticos que por este tiempo se sucedian ó estaban preparando, porque ellos ejercieron una influencia directa sobre las tareas literarias de nuestro autor, dándoles una fisonomía especial

y determinada hasta el fin de su vida, que estaba ya bien cercano. Los tres años del 34, 35 y 36 habian sido empleados en una lucha constante entre la monarquía que queria conservar todo lo que fuese posible del antiguo régimen político del pais, y la opinion pública que reclamaba para este instituciones francamente constitucionales, El Estatuto real fué la primera concesion eficaz hecha á la segunda por la primera; pero como no fuese seguida de otras que se consideraban como su legítima y necesaria consecuencia; como, aunque la ley fundamental pudiera creerse calcada sobre principios mas ó menos liberales, el gobierno supremo no daba pruebas de liberalismo ni en su espíritu, ni en sus tendencias, resultó de aquí que el partido que con razon ó sin ella llevaba la voz popular empezó á trabajar en el parlamento y fuera de él para realizar las cosas á que aquel se negaba con tanto empeño. Creyóse, no sin razon, que lo primero que habia que hacer era ensanchar las bases mezquinas é insuficientes bajo que el señor Matinez de la Rosa habia constituido políticamente la nacion, y se pidió la reforma del Estatuto. Despues de algunas vicisitudes, tras de algunos motines mal reprimidos, y en medio de los apuros de la guerra cada vez mas apremiantes, prometiólo al fin la corona como medio de sofocar el levantamiento en 1835. Diferentes circunstacias se opusieron al cumplimiento de esta promesa, hasta que por último habiéndose formado el gabinete del ministerio Isturiz en mayo de 1836, se anunció solemnemente á la nacion que sus deseos y esperanzas mas ardientes iban á tener logro mediante la convocacion de las cortes revisoras que debian ocuparse en formar una nueva constitucion.

Este paso, que parecia deber reconciliar definitivamente á todos los amigos de las ideas constitucionales, los dividió sin embargo para siempre. Hasta entonces el partido liberal no estaba dividido en fracciones de ninguna clase: sus diversos miembros estaban solo separados por líneas casi imperceptibles, y si unos mostraban mas impaciencia que otros por llevar adelante la reforma política, todos convenian á lo menos en que el progreso era necesario. Pero el advenimiento del gabinete de mayo los fraccionó en dos bandos absolutamente distintos, opuestos entre sí, bandos que se han ido separando cada vez mas, que cada dia se han profesado mayor antipatia, mayor enemistad, mayor rencor; bandos en fin cuyo destino no ha terminado todavia, siendo á estas horas un misterio si llegará alguna vez para ellos el dia de la reconciliacion, ó si arrastrados antes de tristes y miserables pasiones que de un amor sincero á su pais cuyo bien invocan ambos, preferirán irse á perder el uno en el despotismo, y el otro en la anarquía. ¿Cuales fueron las causas de esta division tan fatal? Fueron á nuestro modo de ver muy sencillas. Unos se pusieron de parte de la corona en aquella ocasion y se hicieron conservadores, ya porque la autoridad del trono les parecia la única que podia asegurar el éxito de las reformas políticas así en lo interior como en lo exterior, ya porque los medios legales les parecian mas asequibles y expeditos que los medios revolucionarios, ya en fin porque el carlismo amenazaba demasiado cerca para no pensar en poner pronto término de aquel modo á las contiendas pendientes. Otros por el contrario se pusieron de parte del pueblo ú obraron en nombre suyo, bien porque el dogma de la soberanía nacional, único que reconocian como legítimo, les hiciese rechazar toda constitution emanada del poder real, bien porque solo viesen con desconfianza las promesas y concesiones de este último, bien porque la marcha del ministerio Isturiz, que empezó su carrera con un semi-golpe de estado, no les prometiese que habia de acceder bastante á las exigencias del liberalismo A cuyos primeros motivos de disentimiento hay que añadir los odios personales y profundos que existian entre los jefes de los respectivos partidos, que contribuyeron á rebajar notablemente la cuestion, y de una de política, de principios, de gobierno, que era antes, hicieron otra de poder, de ambicionos y gabinete; mas claro, el combate entre dos grandes principios políticos se convirtió en lucha entre dos personajes influyentes, el señor Isturiz y el señor Mendizabal, y de aquí nació la revolucion de la Granja.

Figaro se decidió por el bando conservador; no ciertamente porque sus ideas liberales no fuesen suficientemente avanzadas y aun estuviesen embebidas en el espíritu democrático, como lo demuestran muchos pasajes de sus obras. No podia suceder otra cosa respecto del traductor de las célebres *Palabras de un creyente* de M. Lamennais, y del notable prólogo que le precede, en que nuestro autor vierte doctrinas que no rechazarian los mas ardientes apóstoles de la democracia moderna. Pero Figaro no

veia la necesidad de exponer el país á nuevos trastornos, ni las instituciones á nuevas conmociones, cuando las legítimas exigencias populares iban á ser satisfechas y asentada la libertad bajo firmes y seguras bases. Preparábase además por su parte á tomar una parte directa en el movimiento reformador, pues habia sido nombrado diputado por la provincia de Avila para las cortes que debian llevarle á efecto; y esta circunstancia tenia que predisponer su ánimo en favor del sistema legal. Por consiguiente cuando estalló el movimiento de agosto se encontró sorprendido y sin comprender unos sucesos, en su concepto tan irregulares, encontrándose de rechazo lanzado en el partido de la resistencia, no por simpatía alguna hácia él, sino por la fuerza misma de las cosas.

Hemos entrado en estos pormenores á fin de hacer comprender cómo el pensamiento de los escritos de Fígaro, el tono general de ellos y hasta las formas de su estilo sufrieron grandes é importantes modificaciones. Ya no es el instituto espontáneo del liberalismo lo que le inspira; son sus excesos y violencias lo que llama su atencion; ya no critica las cosas preocupado su ánimo de las grandes ideas de perfeccion y progreso; es la amargura del hombre desengañado lo que le mueve á escribir: ya no es la gracia, ni la ligereza, ni la amenidad lo que resalta principalmente en sus artículos, sino la aspereza, el coraje, la melancolía. Y es que todas sus esperanzas se han disipado: y es que todas sus ilusiones se han desvanecido; y es que un presente triste y desconsolador le hace desconfiar de todo porvenir risueño y fecundo; ¡y es, en fin, que el sentimiento íntimo de las cosas se le escapa por esta vez! La negacion es el mas estéril de los pensamientos humanos; y causa dolor ver á un escritor, como Larra, condenar los desórdenes de la revolucion, las atrocidades de su gobierno y los desvaríos de sus ministros en nombre de tan pobre principio. Pero su alma se habia gastado ya en la lucha, y querer otra cosa de él era acaso exigir demasiado. El carro revolucionario anda demasiado aprisa para que todos puedan seguir su paso.

El artículo de *El dia de difuntos* de 1836 señala esta nueva fase de la vida literaria de Larra, y la resume toda, por decirlo así. No seremos nosotros los que neguemos el verdadero mérito de esta composicion; la profundidad con que está concebida, la filosofía con que está vaciada, la altura del tono con que está escrita; pero juzgándola bajo un punto de vista mas grande que el de un miserable escepticismo, ¿tenia razon Fígaro en manifestar tanto desconsuelo, en sentir tanta armagura, en derramar tanta hiel, permítasenos la expresion, en vista de los hechos que entonces pasaban? Sabido es el pensamiento del artículo de que se trata. Nuestro autor se imagina al ver las gentes que se dirigen apresuradamente al cementerio, que este se encuentra dentro de Madrid, que Madrid es el cementerio, « vasto cementerio, dice, donde cada casa es el nicho de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazon la urna cineraria de una esperanza ó de un deseo. » Inspirado de esta idea, empieza á recorrer las calles de la capital considerando sus principales edificios como otros tantos sepulcros cubiertos de epitafios alusivos á los acontecimientos de que cada cual habia sido teatro. Al llegar al Real Palacio, lee en su frontispicio: « *Aquí yace el trono;* nació en el reinado de Isabel la Católica, murió en la Granja de un aire colado. » Pasa por delante de la cárcel y exclama: « *Aquí reposa la libertad del pensamiento!* Dos redactores del *Mundo,* añade, eran las figuras lacrimatorias de esta grande urna. » Al echar de ver el edificio de Correos: « *¡Aquí yace la subordinacion militar!* » lee tambien su fantasía... Tal es espíritu de las ideas de todo este artículo y de los de todos los demás, poco mas ó menos, que Fígaro escribió hasta su muerte bajo la inspiracion de los sentimientos que hemos manifestado. ¡Tristes y falaces ideas por cierto! Sí; el trono habia muerto, era verdad; pero era el trono absoluto, el trono que esquivaba ser francamente poder constitucional, el trono que no queria renunciar á ninguno de sus antiguos hábitos y preocupaciones, y eso cuando no encontraba un solo defensor contra la soldadesca desenfrenada, ni un solo palaciego caia atravesado por las bayonetas del sargento García! Sí, la libertad del pensamiento habia perecido, nada mas cierto; pero era la libertad de pensar representada por la censura y de cuya abolicion ofrecian una imágen viva los periodistas entonces presos. Sí, la subordinacion militar estaba destruida, no habia duda alguna; pero era la subordinacion ciega y estúpida que queria el despo-

tismo, el cual no contó sin embargo con fuerza bastante para reprimir una sedicion de tropa hecha en nombre de una idea política, teniendo que resignarse vergonzoso á dejarla salir con tambor batiente y banderas desplegadas! ¿No habian hecho bien en morir instituciones caducas y que no estaban ya conformes con el espíritu de los tiempos nuevos? ¿No convenia que la monarquía aprendiese con la experiencia que no encontraria nadie que se inmolase por ella á título de absoluta, y que su sola tabla de salud estaba en aceptar sinceramente el nuevo órden político? ¿No era un grande ejemplo ver encerrados en la cárcel á escritores acusados de haber publicado estos ó aquellos pensamientos en uso de un derecho reconocido, probando así que, si á los hombres podian ponerse grillos, las ideas estaban ya libres de toda traba? ¿No era providencial ver á la fuerza armada declararse en insurreccion en nombre de un principio y estrellarse ante ella toda la fuerza de la autoridad pública, á fin de que los gobiernos no convirtiesen en adelante á los ejércitos en instrumentos de opresion y tiranía para con los simples ciudadanos, exponiéndose á que el instinto del patriotismo ahogase en ellos la voz del deber militar? Hé aquí lo que debió pensar Fígaro antes de hacer una crítica tan amarga y desesperada de los acontecimientos. Empero no podia ser otra cosa y él mismo nos explica porqué. « Quise refugiarme, dice, en mi propio corazon..... ¡Santo cielo! Tambien otro cementerio. Mi corazon no es mas que otro sepulcro. ¿Qué dice? Leamos. ¿Quién ha muerto en él? ¡Espantoso letrero! *¡Aquí yace la esperanza!*.. .. » ¡Oh! un hombre sin esperanza no podia hablar de otro modo : así es que no es al mundo á quién debia dirigir su palabra; ¡debia hablar únicamente á Dios!

No solo son sus artículos políticos los que se resienten del giro que la revolucion de la Granja hizo tomar á sus ideas y opiniones. La misma negra melancolía, la misma sombría desesperacion, reinan en sus artículos literarios, juntamente con las mismas lamentaciones por lo pasado, la misma superficialidad al examinar la razon de las cosas. Larra es, debemos confesarlo, inferior á sí mismo. ¿Trata de juzgar *el Pilluelo de Paris*? En vez de apreciar en su justo valor la filosofía de esta pieza, nos dirá que la desigualdad de las clases y de las fortunas es un mal necesario, que el continuo alarido de los muchos contra los pocos es un sofisma, cuando no pereza, que los pobres no son siempre necesariamente virtuosos ni el noble y el rico unos bribones, con otras trivialidades que, sin entremeterse á ver hasta qué punto debe ser limitado el sentido que se les dé, no probarán nunca que los grandes y los poderosos no abusen alguna vez de su posicion social para oprimir á los débiles y á los pequeños. ¿Va á hacer el análisis del *Felipe II*? Tampoco se detendrá en examinar el drama en sí mismo, sino en decirnos que el teatro envejece diariamente, que las sociedades se desquician y que lo mismo sucede con el drama, que es su exacta expresion, que nada puede decirse de la pieza en cuestion sino que es una astilla mas arrojada en la hoguera que se apaga. ¿Se ocupa en hacer la crítica de las *Horas de invierno*, una coleccion de novelas traducidas por el señor Ochoa? Nos manifestará que, aunque el traductor es un escritor de bastante mérito para ocuparse en trabajos originales, hace muy bien en lanzarse cuerpo y alma en aquel oficio. La decadencia de nuestra nacion, el envejecimiento de nuestra sociedad lo requiere así: « ¿Qué haria, añade, con crear y con inventar? Dos amigos dirian al verle pasear por el Prado: *¡Tiene chispa!* Muchos no lo dirian por no hacer esa triste confesion. Los mas no lo sabrian; las bellas creerian hacerle un gran elogio diciéndole: *romántico;* algunos exclamarian : ¡Es buen muchacho; pero es *poeta!* ¡Otra parte, y no la menor, le calumniaria, le llamaria inmoral y mala cabeza, infernaria su existencia y la llenaria de amargura! » Esto, como se ve, no es formar un juicio, esto no es presentar un análisis, esto no es hacer una crítica; es quejarse, es llorar, es hacerse pedazos el corazon. ¡Qué contraste ofrece este modo de escribir de Fígaro con el que tenia en sus buenos tiempos! Entonces discurria, entonces medraba, entonces se entusiasmaba con las innovaciones, entonces la esperanza era su numen inspirador; ahora divaga, cierra los ojos, no sabe sino lamentarse de lo pasado, y el desaliento le domina completamente. El mundo social, político y religioso, no es para él mas que un edificio viejo que se desmorona por todas partes, á quien en vano se aplican puntales para contener su ruina; en esto no se equivocaba, pero tenia muy vendados los ojos cuando al través del polvo de los escombros no

veia alzarse poco á poco un nuevo edificio mucho mas brillante, magnífico y duradero.

Seríamos injustos con Larra, si no reconociésemos la influencia que ejercieron en esta última fase de su vida literaria que estamos examinando los pesares y los quebrantos domésticos : la funesta pasion que tuvo la desgracia de concebir, olvidando los mas sacrosantos deberes, se los acarreó grandísimos al fin de su vida. Por lo mismo que sus convicciones políticas habian sufrido tan rudo golpe, debió volverse naturalmente á buscar en el seno de la vida interior los consuelos que el espectáculo del mundo le rehusaba. Desgraciadamente en vez de refugiarse en los brazos de una esposa querida, se aferró cada vez mas á su malhadado amor, el cual debia costarle la vida. La persona que se le habia inspirado no le guardaba ya una correspondencia, sin la que se creia completamente desgraciado. La inquietud y agitacion de su alma crecian por momentos. Todos los que le trataron entonces íntimamente, pudieron observar el desórden de sus ideas, la incoherencia de sus acciones, el desvarío de sus sentimientos, indicios de una catástrofe próxima. Sus últimos escritos la hacian presentir de una manera patente. En el artículo consagrado á la memoria del malogrado conde de Campo Alange decia quince dias antes de su muerte con un tono melancólico y lúgubre : « Ha muerto el jóven noble y generoso, y ha muerto creyendo : la suerte ha sido injusta con nosotros, los que le hemos perdido, con nosotros cruel; ¡con él misericordiosa! ¡En la vida le esperaba el desengaño! ¡La fortuna le ha ofrecido antes la muerte! Eso es morir viviendo todavía; pero ¡ay de los que le lloran, que entre ellos hay muchos á quienes no es dado elegir, y que entre la muerte y el desengaño tienen antes que pasar por este que por aquella, que esos viven muertos y le envidian! » ¿No son estas las palabras del moribundo?

Llegó por fin el 13 de febrero de 1837, cuyo dia era el destinado para el término de la breve y tormentosa vida de Fígaro. Su amada, despues de cinco años de amores, queria romper unos lazos doblemente ilegítimos y criminales, y él lo resistia con todas sus fuerzas. Creyendo poderla decidir á cambiar de opinion, quiso tener con ella una entrevista donde invocase los antiguos recuerdos é hiciese valer sus protestas de ahora. Túvola en efecto en su casa la noche de dicho dia, pero nada consiguió. Todos los esfuerzos del amante se estrellaron ante la impasible resolucion de la mujer. Esta acabó por exaltarle con su indiferencia, por enardecerle hasta el último punto con su despego, y apenas habian pasado unos cuantos minutos despues de haberse despedido friamente y sin dejarle ninguna especie de consuelo cuando... oyeron los criados de Larra un ruido que al principio tomaron por la caida de un mueble, pero que luego que entraron en la habitacion despues de un larguísimo rato, ¡ conocieron habia sido la detonacion de una pistola con que se habia quitado la vida! ¡Se habia suicidado delante del espejo! ¡ Y fué una de sus pequeñas hijas la que primero echó de ver la desgracia de su padre!!!

Tal fué el desgraciado fin que tuvo el primer escritor satírico de nuestros tiempos, y cuya relacion era lo único que nos quedaba que hacer para dar cima á nuestra tarea. ¡El risueño, el ameno, el chistoso Fígaro murió de esta manera tan trágica, tan lamentable! No, no seremos nosotros los que disculpemos su accion, y menos todavía los errores y las faltas que poco á poco le arrojaron en el delirio que se la hizo cometer; pero permítasenos á lo menos asociarnos al voto unánime de toda la juventud literaria de España, que inmediatamente olvidó al suicida para no acordarse sino del escritor, y del escritor que con tanta gloria marchaba por las mismas huellas que Cervantes, que Molière, que Juvenal y que todos los grandes satíricos. Algunos años mas de vida, alguna mas grandeza en su genio, hé aquí lo que le faltó para haberse colocado á la altura acaso de estos grandes hombres : los homenajes tributados á su memoria atestiguan bien cuán grande era el vacío que iba á dejar en las letras españolas contemporáneas. Sabida es la pompa con que fué acompañado á la sepultura; sabidas son las sentidas composiciones que se leyeron sobre su cadáver, las tristes palabras que allí se pronunciaron, el dolor de que estuvieron penetrados todos los circunstantes. ¡Estas muestras de simpatia hácia el desgraciado Larra se han renovado despues cuando en el mes de marzo de este año se trasladaron sus cenizas al cementerio en que reposan las de Calderon y las del nunca bastante llorado Espronceda! Hoy dia comprenden ya todos que á los hombres no les toca mas que rendir

homenaje al talento: á Dios solo corresponde pedir cuenta del uso que se haya hecho de él.

Concluyamos, pues, añadiendo que la circunstancia de haber muerto antes de sus veintiocho años, dejando una esposa jóven con un niño que ahora tiene doce años, y dos niñas, una de diez y otra de ocho, debe hacernos mas respetuosos todavía con la memoria de Fígaro.

C. Cortés.

EL POBRECITO HABLADOR.

DOS PALABRAS.

No tratamos de redactar un periódico : 1° porque no nos creemos ni con facultad ni con ciencia para tan vasta empresa ; 2° porque no gustamos de adoptar sujeciones, y mucho menos de imponérnoslas nosotros mismos. Emitir nuestras ideas tales cuales se nos ocurran, ó las de otro tales cuales las encontremos para divertir al público, en folletos sueltos de poco volúmen y de menos precio, este es nuestro objeto; porque en cuanto á aquello de instruirle, como suelen decir arrogantemente los que escriben de profesion ó por casualidad para el público, ni tenemos la presuncion de creer saber mas que él, ni estamos muy seguros de que él lea con ese objeto cuando lee. No siendo nuestra intencion sino divertirle, no seremos escrupulosos en la eleccion de los medios, siempre que estos no puedan acarrear perjuicio nuestro, ni de tercero, siempre que sean lícitos, honrados y decorosos.

A nadie se ofenderá, á lo menos á sabiendas; de nadie bosquejaremos retratos; si algunas caricaturas por casualidad se pareciesen á alguien, en lugar de corregir nosotros el retrato, aconsejamos al original que se corrija : en su mano estará, pues, que deje de parecérsele. Adoptamos por consiguiente con gusto toda la responsabilidad que conocemos del epíteto satíricos que nos hemos echado encima; solo protestamos que nuestra sátira no será nunca personal, al paso que consideramos la sátira de los vicios, de las ridiculeces y de las cosas, útil, necesaria, y sobre todo muy divertida

Siendo nuestro objeto divertir por cualquier medio, cuando no se le ocurra á nuestra pobre imaginacion nada que nos parezca suficiente ó satisfactorio, declaramos francamente que robaremos donde podamos nuestros materiales, publicándolos íntegros ó mutilados, traducidos, arreglados ó refundidos, citando la fuente, ó apropiándonoslos descaradamente, porque como pobres habladores hablamos lo nuestro y lo ajeno, seguros de que al público lo que le importa en lo que se le da impreso no es el nombre del escritor, sino la calidad del escrito, y de que vale mas divertir con cosas ajenas que fastidiar con las propias. Concurriremos á las obras de otros como los faltos de ropa á los bailes del carnaval pasado; llevaremos nuestro miserable ingenio, le cambiaremos por el bueno de los demás, y con ribetes distintos lo prohijaremos, como lo hacen muchos sin decirlo; de modo que habrá artículos que sean una capa ajena con embozos nuevos. El de hoy será de esta laya. Además ¿quien nos podrá negar que semejantes artículos nos pertenezcan despues de que los hayamos robado? Nuestros serán indudablemente por derecho de conquista. Habrálos tambien sin embargo enteramente nuestros.

Siguiendo este sistema no podemos fijar las materias de que hablaremos, sabemos poco, y aun sabemos menos lo que se nos podrá ocurrir, ó lo que podremos encontrar. Reirnos de las ridiculeces; esta es nuestra divisa : ser leidos; este es nuestro objeto : decir la verdad; este nuestro medio.

Aunque nos damos tratamiento de nos, bueno es advertir que no somos mas que uno, es decir, que no somos lo que parecemos; pero no presumimos tampoco ser mas ni menos que nuestros coescritores de la época.

EL POBRECITO HABLADOR,

REVISTA SATIRICA DE COSTUMBRES, ETC., ETC.,

POR EL BACHILLER

DON JUAN PEREZ DE MUNGUIA.

¿QUIÉN ES EL PUBLICO,

Y DONDE SE LE ENCUENTRA?

(Artículo robado.)

El doctor tú te le pones.
El Montalvan no le tienes.
Con que quitándote el don
Vienes à quedar Juan Perez

Epigrama antiguo contra el doctor don Juan Perez de Montalvan.

Yo vengo à ser lo que se llama en el mundo un buen hombre, un infeliz, un pobrecillo, como ya se echará de ver en mis escritos; no tengo mas defecto, ó llámese sobra si se quiere, que hablar mucho, las mas veces sin que nadie me pregunte mi opinion; váyase porque otros tienen el no hablar nada, aunque se les pregunte la suya. Entremétome en todas partes como un pobrecito, y formo mi opinion y la digo, venga ó no al caso, como un pobrecito. Dada esta primera idea de mi carácter pueril é inocenton, nadie extrañará que me halle hoy en mi bufete con gana de hablar, y sin saber qué decir; empeñado en escribir para el público, y sin saber quién es el público. Esta idea, pues, que me ocurre al sentir tal comezon de escribir será el objeto de mi primer artículo. Efectivamente antes de dedicarle *nuestras* vigilias y tareas *quisiéramos* saber con quien *nos* las *habemos.*

Esa voz *público* que todos traen en boca, siempre en apoyo de sus opiniones, ese comodin de todos los partidos, de todos los pareceres, ¿es una palabra vacía de sentido, ó es un ente real y efectivo? Segun lo mucho que se habla de él, segun el papelon que hace en el mundo, segun los epítetos que se le prodigan y las consideraciones que se le guardan, parece que debe de ser alguien. El público es *ilustrado*, el público es *indulgente*, el público es *imparcial*, el público es *respetable :* no hay

duda, pues, en qúe existe el público. En este supuesto, *¿quién es el público y dónde se le encuentra?*

Sálgome de casa con mi cara infantil y bobalicona á buscar al público por esas calles, á observarle, y á tomar apuntaciones en mi registro acerca del carácter, por mejor decir, de los caractéres distintivos de ese respetable señor. Paréceme á primera vista, segun el sentido en que se usa generalmente esta palabra, que tengo de encontrarle en los dias y parajes en que suele reunirse mas gente. Elijo un domingo, y donde quiera que veo un número grande de personas llámolo público á imitacion de los demás. Este dia un sin número de oficinistas y de gentes ocupadas ó no ocupadas el resto de la semana, se afeita, se muda, se viste y se perfila, veo que á primera hora llena las iglesias, la mayor parte por ver y ser visto; observa á la salida las caras interesantes, los talles esbeltos, los piés delicados de las bellezas devotas, las hace señas, las sigue, y reparo que á segunda hora va de casa en casa haciendo una infinidad de visitas; aquí deja un cartoncito con su nombre cuando los visitados no están ó no quieren estar en casa; allí entra, habla del tiempo que no interesa, de la ópera que no entiende, etc. Y escribo en mi libro: « El público oye misa, el público coquetea (permítase la expresion mientras no tengamos otra mejor), el público hace visitas, la mayor parte inútiles, recorriendo casas, adonde va sin objeto, de donde sale sin motivo, donde por lo regular ni es esperado antes de ir, ni es echado de menos despues de salir; y el público en consecuencia (sea dicho con perdon suyo) pierde el tiempo, y se ocupa en futesas: » idea que confirmo al pasar por la Puerta del Sol.

Éntrome á comer en una fonda, y no sé porqué me encuentro llenas las mesas de un concurso que, juzgando por las facultades que parece tener para comer de fonda, tendrá probablemente en su casa una comida sabrosa, limpia, bien servida, etc., y me lo hallo comiendo voluntariamente, y con el mayor placer, apiñado en un local incómodo (hablo de cualquier fonda de Madrid), obstruido, mal decorado, en mesas estrechas, sobre manteles comunes á todos, limpiándose las babas con las del que comió media hora antes en servilletas sucias sobre toscas, servidas diez, doce, veinte mesas, en cada una de las cuales comen cuatro, seis, ocho personas, por uno ó solos dos mozos mugrientos, mal encarados y con el menor agrado posible: repitiendo este dia los mismos platos, los mismos guisos del pasado, del anterior y de toda la vida; siempre puercos, siempre mal aderezados; sin poder hablar libremente por respetos al vecino; bebiendo vino, ó por mejor decir agua teñida ó cocimiento de campeche abominable. Digo para mi capote: « ¿Qué alicientes traen al público á comer en las fondas de Madrid? » Y me contesto: « El público gusta de comer mal, de beber peor, y aborrece el agrado, el aseo y la hermosura del local. »

Salgo á paseo y ya en materia de paseos me parece difícil decidir acerca del gusto del público, porque si bien un concurso numeroso, lleno de pretensiones, obstruye las calles y el salon del Prado, ó pasea á lo largo del Retiro, otro mas llano visita la casa de las fieras, se dirige hácia el

rio, ó da la vuelta á la poblacion por las rondas. No sé cuál es el mejor, pero sí escribo : « Un público sale por la tarde á ver y ser visto ; á seguir sus intrigas amorosas ya empezadas, ó enredar otras nuevas ; á hacer el importante junto á los coches ; á darse pisotones, y á ahogarse en polvo ; otro público sale á distraerse, otro á pasearse, sin contar con otro no menos interesante que asiste á las novenas y cuarenta horas, y con otro no menos ilustrado atendidos los carteles, que concurre al teatro, á los novillos, al fantasmagórico Mantillo y al Circo olímpico. »

Pero ya bajan las sombras de los altos montes, y precipitándose sobre estos paseos heterogéneos arrojan de ellos á la gente ; yo me retiro el primero, huyendo del público que va en coche ó á caballo, que es el mas peligroso de todos los públicos ; y como mi observacion hace falta en otra parte, me apresuro á examinar el gusto del público en materia de cafés. Reparo con singular extrañeza que *el público tiene gustos infundados ;* le veo llenar los mas feos, los mas oscuros y estrechos, los peores, y reconozco á mi público de las fondas. ¿ Por qué se apiña en el reducido, puerco y opaco café del Príncipe, y el mal servido de Venecia, y ha dejado arruinarse el espacioso y magnífico de Santa Catalina, y anteriormente el lindo del Tívoli, acaso mejor situados ? De aquí infiero que *el público es caprichoso.*

Empero aquí un momento de observacion. En esta mesa cuatro militares disputan, como si pelearan, acerca del mérito de Montes y de Leon, del volapié y del pasatoro ; ninguno sabe de tauromaquia ; sin embargo se van á matar, se desafían, se matan en efecto por defender su opinion, que en rigor no lo es.

En otra cuatro leguleyos que no entienden de poesía se arrojan á la cara en forma de alegatos y pedimentos mil dicterios disputando acerca del género clásico y del romántico, del verso antiguo y de la prosa moderna.

Aquí cuatro poetas que no han saludado el diapason se disparan mil epígramas envenenados, ilustrando el punto *poco tratado* de la diferencia de la Tossi y de la Lalande, y no se tiran las sillas por respeto al *sagrado* del café.

Allí cuatro viejos en quienes se ha agotado la fuente del sentimiento, avaros, digámoslo así, de su época, convienen en que los jóvenes del dia están perdidos, opinan que no saben *sentir* como se sentia en su tiempo, y echan abajo sus ensayos, *sin haberlos querido leer siquiera.*

Acullá un periodista *sin período*, y otro periodista con *períodos interminables*, que no aciertan á escribir artículos que se vendan, convienen en la manera indisputable de redactar un papel que llene con su fama sus gavetas y en la importancia de los resultados que tal ó cual artículo, tal ó cual vindicacion debe tener en el *mundo* que no los lee.

Y en todas partes muchos majaderos, que no entienden de nada, disputan de todo.

Todo lo veo, todo lo escucho, y apunto con mi sonrisa, propia de un pobre hombre, y con perdon de mi examinando : « El ilustrado público gusta de hablar de lo que no entiende. »

Salgo del café, recorro las calles, y no puedo menos de entrar en las hosterías y otras casas públicas; un concurso crecido de parroquianos de domingo las alborota merendando ó bebiendo, y las conmueve con su bulliciosa algazara; todas están llenas: en todas el Yepes y el Valdepeñas mueven las lenguas de la concurrencia, como el aire la veleta, y como el agua la piedra del molino; ya los densos vapores de Baco comienzan á subir á la cabeza del público, que no se entiende á sí mismo. Casi voy á escribir en mi libro de memorias: « El respetable público se emborracha; » pero felizmente rómpese la punta de mi lápiz en tan mala coyuntura, y no siendo aquel lugar propio para afilarle, quédase *in pectore* mi observacion y mi habladuría.

Otra clase de gente entre tanto mete ruido en los billares, y pasa las noches empujando las bolas, de lo cual no hablaré, porque este es de todos los públicos el que me parece mas tonto.

Abrese el teatro, y á esta hora creo que voy á salir para siempre de dudas, y conocer de una vez al público por su indulgencia ponderada, su gusto ilustrado, sus fallos respetables. Esta parece ser su casa, el templo donde emite sus oráculos sin apelacion. Represéntase una comedia nueva; una parte del público la aplaude con furor: es sublime, divina; nada se ha hecho mejor de Moratin acá: otra la silba despiadadamente; es una porquería, es un sainete, nada se ha hecho peor desde Comella hasta nuestro tiempo. Uno dice: « Está en prosa, y me gusta solo por eso; las comedias son la imitacion de la vida; deben escribirse en prosa. » Otro: « Está en prosa y la comedia debe escribirse en verso, porque no es mas que una ficcion para agradar á los sentidos; las comedias en prosa son cuentecitos caseros, y si muchos las escriben así, es porque no saben versificarlas. » Este grita: « ¿Dónde está el verso, la imaginacion, la chispa de nuestros antiguos dramáticos? Todo eso es frio, moral insípida, lenguaje helado; el clasicismo es la muerte del *genio*. » Aquel clama: « ¡Gracias á Dios que vemos comedias arregladas y morales! La imaginacion de nuestros antiguos era desarreglada: ¿qué tenian? Escondidos, tapadas, enredos interminables y monótonos, cuchilladas, graciosos pesados, confusion de clases, de géneros; el romanticismo es la perdicion del teatro: solo puede ser hijo de una imaginacion enferma y delirante. » Oido esto, vista esta discordancia de pareceres, ¿á que me canso en nuevas indagaciones? Recuerdo que Latorre tiene un partido considerable, y que Luna sin embargo es tambien aplaudido sobre esas mismas tablas donde busco un gusto fijo; que en aquella misma escena los detractores de la Lalande arrojaron coronas á la Tossi, y que los apasionados de la Tossi despreciaron, destrozaron á la Lalande, y entonces ya renuncio á mis esperanzas. ¡Dios mio! ¿donde está ese público tan indulgente, tan ilustrado, tan imparcial, tan justo, tan respetable, eterno dispensador de la fáma, de que tanto me han hablado; cuyo fallo es irrecusable, constante, dirigido por un buen gusto invariable, que no conoce mas norma ni mas leyes que las del sentido *comun*, que tan pocos tienen? Sin duda el público no ha venido al teatro esta noche: acaso no concurre á los espectáculos.

Reuno mis notas, y mas confuso que antes acerca del objeto de mis pesquisas, llego á informarme de personas mas ilustradas que yo. Un autor silbado me dice cuando le pregunto : ¿quién es el público ? « Preguntadme mas bien cuántos necios se necesitan para componer un público. » Un autor aplaudido me responde : « Es la reunion de personas ilustradas, que deciden en el teatro del mérito de las producciones literarias. »

Un escritor cuando le silban dice que el público no le silbó, sino que fué una intriga de sus enemigos, sns envidiosos, y este ciertamente no es el público, pero si le critican los defectos de su comedia aplaudida llama al público en su defensa ; el público le ha aplaudido ; el público no puede ser injusto ; luego es buena su comedia.

Un periodista presume que el público está reducido á sus suscritores, y en este caso no es grande el público de los periodistas españoles. Un abogado cree que el público se compone de sus clientes. A un médico se le figura que no hay mas público que sus enfermos, y gracias á su ciencia este público se disminuye todos los dias; y así de los demás : de modo que concluyo la noche sin que nadie me dé una razon exacta de lo que busco.

¿Será el público el que compra la Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas, y las poesías de Salas, ó el que deja en la librería las Vidas de los españoles célebres y la traduccion de la Iliada ? ¿El que se da de cachetes por coger billetes para oir á una cantatriz pinturera, ó el que los revende ? ¿El que en las épocas tumultuosas quema, asesina y arrastra, ó el que en tiempos pacíficos sufre y adula ?

Y esa opinion pública tan respetable, hija suya sin duda, ¿será acaso la misma que tantas veces suele estar en contradiccion hasta con las leyes y con la justicia ? ¿Será la que condena á vilipendio eterno al hombre juicioso que rehusa salir al campo á verter su sangre por el capricho ó la imprudencia de otro, que acaso vale menos que él ? ¿Será la que en el teatro y en la sociedad se moía de los acreedores en obsequio de los tramposos, y marca con oprobio la existencia y el nombre del marido que tiene la desgracia de tener una loca ú otra cosa peor por mujer ? ¿Será la que acata y ensalza al que roba mucho con los nombres de señor ó de héroe, y sanciona la muerte infamante del que roba poco ? ¿Será la que fija el crímen en la cantidad, la que pone el honor del hombre en el temperamento de su consorte, y la razon en la punta incierta de un hierro afilado ?

¿En qué consiste, pues, que para granjear la opinion de ese público se quema las cejas toda su vida sobre su bufete el estudioso é infatigable escritor, y pasa sus dias manoteando y gesticulando el actor incansable ? ¿En qué consiste que se expone á la muerte por merecer sus elogios el militar arrojado ? ¿En qué se fundan tantos sacrificios que se hacen por la fama que de él se espera ? Solo concibo, y me explico perfectamente, el trabajo, el estudio que se emplean en sacarle los cuartos.

Llega empero la hora de acostarse, y me retiro á coordinar mis notas

del dia : léolas de nuevo, reuno mis ideas, y de mis observaciones concluyo :

En primer lugar, que el público es el pretexto, el tapador de los fines particulares de cada uno. El escritor dice que emborrona papel, y saca dinero al público por su bien y lleno de respeto hácia él. El médico cobra sus curas equivocadas, y el abogado sus pleitos perdidos por el bien del público. El juez sentencia *equivocadamente* al inocente por el bien del público. El sastre, el librero, el impresor, cortan, imprimen y roban por el mismo motivo ; y en fin, hasta el..... ¿Pero á qué me canso ? Yo mismo habré de confesar que escribo para el público, so pena de tener que confesar que escribo para mí.

Y en segundo lugar concluyo : que no existe un público único, invariable, juez imparcial, como se pretende; que cada clase de la sociedad tiene su público particular, de cuyos rasgos y caractéres diversos y aun heterogéneos se compone la fisonomía monstruosa del que llamamos público; que este es caprichoso, y casi siempre tan injusto y parcial como la mayor parte de los hombres que le componen ; que es intolerante al mismo tiempo que sufrido, y rutinero al mismo tiempo que novelero, aunque parezcan dos paradojas; que prefiere sin razon, y se decide sin motivo fundado ; que se deja llevar de impresiones pasajeras ; que ama con idolatría sin *porqué*, y aborrece de muerte sin causa ; que es maligno y mal pensado, y se recrea con la mordacidad ; que por lo regular siente en masa y reunido de una manera muy distinta que cada uno de sus individuos en particular ; que suele ser su favorita la medianía intrigante y *charlatana*, y el objeto de su olvido ó de su desprecio el mérito modesto ; que olvida con facilidad é ingratitud los servicios mas importantes, y premia con usura á quien le lisonjea y le engaña ; y por último, que con gran sinrazon queremos confundirle con la posteridad, que casi siempre revoca sus fallos interesados.

SATIRA

CONTRA LOS VICIOS DE LA CORTE.

(Artículo enteramente nuestro.)

« ... A nadie se ofenderá, à lo menos á sabiendas; de nadie bosquejaremos retratos; si algunas *caricaturas* por casualidad se pareciesen à alguien, en lugar de corregir nosotros el retrato, aconsejamos al original que se corrija; en su mano estará, pues, que deje de parecérsele. »

Pobrecito Hablador, num. 1º, *Dos palabras.*

Déjame, Andrés, que de la corte huyendo,
De tantos vicios hórridos me aleje,
Como en mi patria mísera estoy viendo:
Ni te asombre que, al tiempo que los deje,
Ya que enmendarlos mi razon no pueda,
En sátiras amargas los moteje.
Tú enhorabuena contemplarlos queda,
Tú, á quien fortuna próspera ó contraria
Salir de entre ellos para siempre veda.
Viva en la corte el que sin venta diaria
Triunfa y pelecha, y sin saber por dónde
Fija la rueda de la suerte varia.
Mírale andar en coche como un conde,
La bolsa llena de oro, y por su oficio
Pregúntale por ver si te responde,
Pues ese es jugador; noble ejercicio;
Tiene en el *candelero* que sustenta,
Sino un condado real, un beneficio.
Y son las heredades con que cuenta,
Y aquí vive el *amarre* y el *pegote*,
Y su casa y su honor que pone en venta.
¿Ves aquel otro erguido de cogote,
Que tambien opulento y sin empleo
Sabe existir? pues ese es un pegote,
Sin ese nunca hay boda, ni bateo,
Ni hay *ambigú*, ni baile, ni banquete,
Ni hay partida de casa ó de recreo.
Al que encuentra en la calle le arremete,
Y le pide, y le hostiga, y á que al cabo
Le convide á comer le compromete.
Y no pienses hartarle con un pavo,
Porque es un sabañon, aunque un poema
Te recite al comer de cabo á rabo.
Que aun esa gracia tiene; pues no hay flema
Que aguante los sonetos que te encaja
Entre uno y otro canjilon de crema.

De todo habla incansable, y corta y raja,
Lanzando un epigrama á cada uno,
Pues no siendo sus versos, todo es paja.
¿Quién es aquel que ayer aun hecho un tuno,
Roto paseaba y andrajoso el Prado,
Y hoy no saluda en zancos á ninguno?
¡Bardiez que sé quién es! un hombre honrado
Que de prisa y corriendo con la moza
Se casó de un señor encopetado.
A quien, en vez de darle una coroza,
Un destino le dieron, y se mama
Dos mil duros, y gajes, y carroza.
Y el muy desvergonzado se nos llama
Padre de un hijo que nació á seis meses
De haber casado con la honesta dama.
Llega; háblale de honor; con los Meneses
Se dice emparentado y los Quincoces,
Y segundo de casa de Marqueses.
Soy un hombre de honor, diráte á voces,
Que está de vanidad que ya revienta
El muy... mas tú ya, Andrés, bien le conoces.
¿Ves aquel otro que en el landó se ostenta,
Con lentes, cadenas, y trailla
De galgos por detrás, palco, y la renta
Gasta de un rey, causando maravilla?
Pues ese debe el *frac* que lleva puesto,
Y el *sobre-todo*, á un sastre de esta villa,
Y el cabello al chalan, la casa á Ernesto,
La comida en la fonda, y cien sorbetes
En el café, y cigarros por supuesto.
Y al paso que en la cárcel mil pobretes
Por un duro se mueren de ictericia,
Ese pasea libre de corchetes;
Porque es conde y señor, y aunque desquicia
Con su vivir el órden, insolente
De las leyes se burla y la justicia.
¿Quién es aquella que anda entre la gente,
Abrumada de encajes y diamantes,
Que parece sultana del Oriente?
Esa es moza de prendas relevantes,
Un intendente, aunque la ves soltera,
Sostiene á la maldita y sus amantes.
Su madre, que la adiestra, hedionda, fiera,
Vieja, pintada y con postizo, á infame
Precio vendió su doncellez primera.
¡Y es posible! ¡qué horror! ¿no hay quien la llame
Por las calles á voces... *torpe* y *bruja*,
Ni hay galera en Madrid que la reclame?
¿Y no quieres, Andrés, que brama y cruja
El látigo tendido en la cloaca
Que á Sodoma y Gomorra sobrepuja?
Pues no llueve flamígera y opaca
Rayos aquí una nube tronadora,
¿Querrás que yo no aplique mi triaca?
¿Quién es aquella cara que enamora,
Con el gesto mudado, rubio el pelo,
Ceñido el talle y dengues de señora?
¿Es hombre ó es mujer? Pisando el suelo
Con ademan pulido, barbilucio,

Gayado de colores el pañuelo,
  En afeites envuelto, ¿ese tan lucio,
Tan vestido y compuesto, es algun dije
Que del pais nos vino de Confucio?
  Pues aquese es un hombre; un año exige
Su tocado al espejo; á ese bonito
Le ampara protector, si es que nos rige
  La voz pública, Andrés, un... pero; chito!
Huye, conmigo, Andrés; antes nos vamos,
Que trague tanto crímen el Cocito.
  ¿Qué haremos por acá los que ignoramos
El fraude, y la lisonja, y la mentira,
Y los que por orgullo no adulamos?
  Vibrar no sé para adular mi lira,
Ni aguantar supe nunca humillaciones;
La voz entonces de mi labio espira.
  ¿Qué suerte haré yo aquí con mis renglones,
Yo que el humo jamás echo á ninguno
Del incienso vertido en mis borrones?
  ¿Yo que no tengo el diálogo oportuno
De Inarco, ni su sal para la escena,
Ni el aura injusta y popular de alguno?
  Aunque haga una comedia mala ó buena,
Si no entiendo del teatro las intrigas,
¿Cuándo á pública luz saldrá mi vena?
  Si no tengo allá dentro un par de amigas,
Y no adulo el cortejo que las paga,
Serán de mis comedias enemigas.
  ¿He de alabar á un necio que se traga
Como agua la alabanza no adquirida,
Aunque el papel destroze ó lo deshaga?
  ¿O he de sufrir, en fin, cuando aplaudida
Mi comedia enriquezca el escenario,
Que mil reales me den? No, no por mi vida.
  ¿Pido limosna acaso, ó perdulario
Coplero soy de esquina por ventura?
¿Y eso ha de producirme el incensario,
  Y el quemarme las cejas? ¡Qué locura!
Cómanse con el resto ese dinero,
O al hospital lo den para una cura.
  ¡No hay vates! gritarán, ¡en lastimero
Estado el teatro está!... Dime, ¿los vates
Se mantienen de versos, majadero?
  ¿O no hay mas que zurzir seis disparates
Para granjear aplauso? ¿hacer escenas
Tan fácil es como decir dislates?
  ¿Y quién protege las comedias buenas?
¿Los señores acaso? ¿El...? ¡Vive el cielo!
¡Y las oyen tal vez á duras penas!
  Mal haya para siempre el torpe suelo
Donde el pícaro solo hace fortuna;
Donde vive el honrado en desconsuelo;
  Donde es culpa el saber; donde importuna
La ciencia, y donde el genio perseguido
Ahogados mueren en su propia cuna;
  Donde no es otro mérito atendido
Que el oro; donde al mísero atropella
El coche de un bribon vano y henchido;
  Donde en millones nada, por su estrella,

Quién al pueblo los roba desangrado
En un destino que le dió una bella;
  Donde al ciento por ciento dá prestado,
Sin que nadie lo mate, un usurero,
Y vive rico, alegre y respetado;
  Donde el abate, aquel farandulero,
Que mudó de opinion cual de camisa,
Lleva su moza al Prado de bracero;
  Donde marcha la faz bañada en risa,
El crímen descarado; alta la frente,
Corrompiendo el terreno por do pisa...
  ¿Y esto es vivir, Andrés? ¿Y entre esta gente
Me invitas á quedarme? ¿Por qué indicio
Pudiste sospechar que esté demente?
  Viva aquí el abogado que en su oficio
Hace blanco lo negro, y que defiende
La virtud ofendida como el vicio.
  Y el médico aquí viva, que se entiende
Con algun boticario, y nos receta
Drogas que á medias con aquel nos vende.
  Mas yo, que soy un mísero poeta,
Antes que por decir verdades claras
En un encierro un alguacil me meta,
  Y me cuesten mis sátiras mas caras,
O en el hospicio muera miserable,
Quiero del riesgo huir doscientas varas:
  Que ni es lícito hablar, donde intratable
Pone á la lengua mordaza el miedo,
Y ¡ay del primero que rompiéndola hable!
  A Dios te queda, Andrés, que ya no puedo
Tanta bilis sufrir, ni tanta ira,
Y ¡ay de mí, triste, si á verterla quedo!
  Que si Apolo su fuego no me inspira
Para hacer buenos versos contra el vicio,
Sabrá mi indignacion templar mi lira.
  Y mientras que huyo el riesgo á su ejercicio
Viva en la corte el que aguantarle sabe,
Y el que de embrollos gusta y de bullicio,
Viva en la corte, y que la corte alabe.

El bachiller don Juan Perez de Munguia.

CARTA A ANDRÉS,

ESCRITA DESDE LAS BATUECAS

POR EL POBRECITO HABLADOR.

(Artículo enteramente nuestro.)

« Rómpanse la scadenas que embarazan los progresos; repruébense los estorbos, quítense los grillos que se han fabricado de los yerros de dos siglos... »

M. A. Gándara. Apuntes sobre el bien y el mal de este país.

De las Batuecas este año que corre.

ANDRÉS MIO,

Yo pobrecito de mí, yo bachiller, yo batueco, y natural por consiguiente de este inculto país, cuya rusticidad pasa por proverbio de boca en boca, de region en region, yo hablador, y careciendo de toda persona dotada de chispa de razon con quien poder dilucidar y ventilar las cuestiones que á mi embotado entendimiento se le ofrecen y le embarazan, y tú cortesano y discreto!!! ¡Qué de motivos, querido Andrés, para escribirte!

Ahí van, pues, esas mis incultas ideas, tales cuales son, mal ó bien compaginadas, y derramándose á borbotones, como agua de cántaro mal tapado.

« ¿No se lee en este país porque no se escribe, ó no se escribe porque no se lee? »

Esa breve dudilla se me ofrece por hoy, y nada mas.

Terrible y triste cosa me parece escribir lo que no ha de ser leido; empero mas ardua empresa se me figura á mí, inocente que soy, leer lo que no se ha escrito.

¡Mal haya, amen, quien inventó el escribir! Dale con la civilizacion, y vuelta con la ilustracion. ¡Mal haya, amen, tanto achaque para emborronar papel!

A bien, Andrés mio, que aquí no pecamos de ese exceso. Y torna los ojos á mirar en derredor nuestro, y mira si no estamos en una balsa de aceite. ¡O infeliz moderacion! ¡O ingenios limpios los que no tienen que enseñar! ¡O entendimientos claros los que nada tienen que aprender! ¡O felices aquellos, y mil veces felices, que ó todo se lo saben ya, ó todo se lo quieren ignorar todavía!

¡Maldito Gutemberg! ¿Qué genio maléfico te inspiró tu diabólica

invencion? ¿Pues imprimieron los egipcios y los asirios, ni los griegos ni los romanos? ¿Y no vieron, y no dominaron?

¿Que eran mas ignorantes dices? ¿Cuántos murieron de esa enfermedad? ¿Qué remordimientos atormentaron la conciencia del *Omar*, que destruyó la biblioteca de Alejandría? ¿Que eran mas bárbaros, añades? Si crímenes, si crueldades padecian, crímenes y crueldades tienen diariamente lugar entre nosotros. Los hombres que no supieron, y los hombres que saben, todos son hombres, y lo que peor es, todos son hombres malos. Todos mienten, roban, falsean, perjuran, usurpan, matan y asesinan. Convencidos sin duda de esta importante verdad, puesto que los mismos hemos de ser, ni nos cansamos en leer, ni nos molestamos en escribir en este buen país en que vivimos.

¡O felicidad de haber penetrado la inutilidad del aprender y del saber!

Mira aquel librero ricachon que cerca de tu casa tienes. Llégate á él y dile: « ¿Porqué no emprende usted alguna obra de importancia? ¿Porqué no paga bien á los literatos para que le vendan sus manuscritos?— ¡Ay señor! te responderá. Ni hay literatos, ni manuscritos, ni quien los lea: no nos traen sino folletitos y novelicas de ciento al cuarto: luego tienen una vanidad, y se dejan pedir... No señor, no. — ¿Pero no se vende? — ¿Vender? Ni un libro: ni regalados los quiere nadie; llena tengo la casa... ¡Si fueran billetes para la ópera ó los toros... »

¿Ves pasar aquel autor escuálido de todos conocido? Dicen que es hombre de mérito. Anda y pregúntale: « ¿Cuándo da usted á luz alguna cosita? Vamos...—¡Calle usted por Dios! te responderá furioso como si blasfemases; primero lo quemaria. No hay dos libreros hombres de bien. ¡Usureros! ¡Mire usted, dias atrás me ofrecieron una onza por la propiedad de una comedia extraordinariamente aplaudida; seiscientos reales por un Diccionario manual de geografía, y por un Compendio de la historia de España, en cuatro tomos, ó mil reales de una vez, ó que entraríamos á partir ganancias, despues de haber hecho él las suyas, se entiende!!! No, señor, no. Si es en el teatro, cincuenta duros me dieron por una comedia que me costó dos años de trabajo, y que á la empresa le produjo doscientos mil reales en menos tiempo; y creyeron hacerme mucho favor. Ya ve usted que salia por real y medio diario. ¡Oh! y eso despues de muchas intrigas para que la *pasaran y representaran*. Desde entonces, ¿sabe usted lo que hago? Me he ajustado con un librero para traducir del francés al castellano las novelas de Walter Scott, que se escribieron originalmente en inglés, y algunas de Cooper, que hablan de marina, y es materia que no entiendo palabra. Doce reales me viene á dar por pliego de imprenta, y el dia que no traduzco no como. Tambien suelo traducir para el teatro la primer *piececilla* buena o mala que se me presenta, que lo mismo pagan y cuesta menos: no pongo mi nombre, y ya se puede hundir el teatro á silbidos la noche de la representacion. ¿Qué quiere usted? En este país no hay aficion á esas cosas. »

¿Conoces á aquel señorito que gasta su caudal en tiros y carruajes, que lo mismo baila una mazurca en un sarao con su pantalon *colan* y su *clac*, hoy en traje diplomático, mañana en polainas y con cham-

bergo, y al otro arrastrando sable, ó en breve chupetin, calzon y faja? Mil reales gasta al dia, dos mil logra de renta; ni un solo libro tiene, ni lo compra, ni lo quiere. Pues publica tú algun folleto, alguna comedia... Prevalido de ser quien es, tendrá el descaro de enviarte un gran lacayo aforrado en la magnífica librea, y te pedirá prestado para leerlo, á tí, autor que de eso vives, un ejemplar que cuesta una peseta. Ni con eso se contenta: darálo á leer á todos sus amigos y conocidos, y por aquel ejemplar leerálo toda la corte, ni mas ni menos que antes de descubrirse la imprenta, y gracias si no te pide mas para regalar. Pregúntale: « ¿Porqué no se suscribe á los periódicos? ¿Porqué no compra libros, ni fiados siquiera? — ¿Qué quiere usted que haga? te replicará, ¿qué tengo que comprar? Aquí nadie sabe escribir; nada se escribe · todo eso es porquería. » Como si de coro supiera cuantos libros buenos corren impresos.

Por allá cruza un periodista... Llámale, grítale: « ¡Don Fulano! Ese periódico, hombre, mire usted que todos hablan de él de una manera... —¿Qué quiere usted? te interrumpe; un redactor ó dos tengo buenos, que no es del caso nombrar á usted ahora; pero los pago poco, y así no extraño que no hagan todo lo que saben: á otro le doy casa, otro me escribe por la comida ... ¡Hombre! ¡Calle usted!—Sí señor; oiga usted, y me dará la razon. En otro tiempo convoqué cuatro sabios, diles buenos sueldos; redactaban un periódico lleno de ciencia y de utilidad, el cual no pudo sostenerse medio año; ni un cristiano se suscribió; nadie lo leia; puedo decir que fué un secreto que todo el mundo me guardó. Pues ahora con eso que usted ve estoy mejor que quiero, y sin costarme tanto. Todavía le diria á usted mas... Pero... Desengáñese usted, aquí no se lee. — Nada tengo que replicar, le contestaria yo, sino que hace usted lo que debe, y llévese el diablo las ciencias y la cultura. »

Lucidos quedamos, Andrés. ¡Pobres batuecos! La mitad de las gentes no lee, porque la otra mitad no escribe, y esta no escribe porque aquella no lee.

Y ya ves tú que por eso á los batuecos ni nos falta salud ni buen humor, prueba evidente de que entrambas ninguna falta nos hacen para ser felices. Aquí pensamos como cierta señora, que viendo llorar á una su parienta porque no podia mantener á su hijo en un colegio, « Calla, tonta, le decia: mi hijo no ha estado en ningun colegio, y á Dios gracias bien gordo se cria y bien robusto. »

Y para confirmacion de esto mismo, un diálogo quiero referirte que con cuatro batuecos de estos tuve no ha mucho, en que todos vinieron á contestarme en sustancia una misma cosa, concluyendo cada uno á su tono y como quiera.

« Aprenda usted la lengua del país, les decia, coja usted la gramática. —La *parda* es la que yo necesito, me interrumpió el mas desembarazado con aire zumbo y de chulo; fruta del país: lo mismo es decir las cosas de un modo que de otro.

« Escriba usted la lengua con correccion. — ¡Monadas! ¿Qué mas dará escribir *vino* con *b* que con *v*? ¿Si pasará por eso de ser vino?

« Cultive usted el latin.—Yo no he de ser cura, ni tengo de decir misa.

« El griego. — ¿Para qué, si nadie me lo ha de entender?

« Dése usted á las matemáticas. — Ya sé sumar y restar, que es todo lo que puedo necesitar para ajustar mis cuentas.

« Aprenda usted física. Le enseñará á conocer los fenómenos de la naturaleza.—¿Quiere usted todavía mas fenómenos que los que está uno viendo todos los dias?

« Historia natural. La botánica le enseñará el conocimiento de las plantas. — ¿Tengo yo cara de herbolario? Las que son de comer guisadas me las han de dar.

« La zoología le enseñará á conocer los animales y sus... — ¡Ay! ¡Si viera usted cuantos animales conozco ya!

« La mineralogia le enseñará el conocimiento de los metales, de los... — Mientras no me enseñe dónde tengo de encontrar una mina, no hacemos nada.

« Estudie usted la geografía. — Ande usted, que si el dia de mañana tengo que hacer un viaje, dinero es lo que necesito, y no geografía; ya sabrá el postillon el camino, que esa es su obligacion, y dónde está el pueblo adonde voy.

« Lenguas.— No estudio para intérprete: si voy al extranjero, en llevando dinero ya me entenderán, que es la lengua universal.

« Humanidades, bellas letras...—¿Letras? de cambio: todo lo demás es broma.— Siquiera un poco de retórica y poesía.— Sí, sí, venga usted con coplas; ¡para retórica estoy yo! Y si por las comedias lo dice usted yo no las tengo de hacer: traduciditas del francés me las han de dar en el teatro.

« La historia. — Demasiadas historias tengo yo en la cabeza. — Sabrá usted lo que han hecho los hombres... — ¡Calle usted por Dios! ¿Quién le ha dicho á usted que cuentan las historias una sola palabra de verdad? ¡Es bueno que no sabe uno lo que pasa en casa! »

Y por último concluyeron: « Mire usted, dijo el uno, déjeme usted de quebraderos de cabeza; mayorazgo soy, y el saber es para los hombres que no tienen sobre qué caerse muertos.—Mire usted, dijo otro, mi tio es general, y ya tengo una charretera á los quince años; otra vendrá con el tiempo, y algo mas, sin necesidad de quemarse las cejas; para llevar el chafarote al lado y lucir la casaca no se necesita mucha ciencia. — Mire usted, dijo el tercero, en mi familia nadie ha estudiado, porque las gentes de la sangre azul no han de ser médicos ni abogados, ni han de trabajar como la canalla... Si me quiere usted decir que don *Fulano* se granjeó un grande empleo por su ciencia y su saber, ¡buen provecho! ¿quién será él cuando ha estudiado? Yo no quiero degradarme. — Mire usted, concluyó el último, verdad es que yo no tengo grandes riquezas, pero tengo tal cual letra; ya he logrado *meter la cabeza* en rentas por empeños de mi madre; un amigo nunca me ha de faltar, ni un empleillo de mala muerte; y para ser oficinista no es preciso ser ningun catedrático de Alcalá ni de Salamanca. »

Bendito sea Dios, Andrés, bendito sea Dios, que se ha servido con su

alta misericordia aclararnos un poco las ideas en este particular. De estas poderosas razones trae su orígen el no estudiar, del no estudiar nace el no saber, y del no saber es escuela indispensable ese hastío y ese tedio que á los libros tenemos, que tanto redunda en honra y provecho, y sobre todo en descanso de la patria.

« ¿Pues no da lástima, me decia otro batueco dias atrás, ver la confusion de papeles que se cruzan y se atropellan por todas partes en esos paises cultos que se llaman? ¡Válgame Dios! ¡qué flujo de hablar y qué caos de palabras, y qué plaga de papeles, y qué turbion de libros, que ni el entendimiento barrunta cómo hay plumas que los escriban, ni números que los cuenten, ni oficinas que los impriman, ni paciencia que los lea! ¿Y con aquello se han de mantener un sinnúmero de hombres, sin mas oficio ni beneficio que el de literatos? Y dale con las ciencias y dale con las artes, y vuelta con los adelantos y torna con los descubrimientos. ¡Oh siglo gárrulo y lenguaraz! ¡Mire usted qué mina han descubierto! »

¡Qué de ventajas, Andrés, llevamos en esto á los demás! Muérense miserables aquí los autores malos, y digo malos, porque buenos no los hay (1); y lo que es mejor, lo mismo se han muerto los buenos, cuando los ha habido, y volverán á morirse cuando los vuelva á haber; ni aquí se enriquecen los ingenios pobres con la lectura de los discretos ricos, ni tienen aquí mas vanidad fundada que la que siempre traen en el estómago, pues por no hacerlos orgullosos nadie los alaba, ni los da que comer. ¡Oh idea cristiana! Ni aquí prospera nadie con las letras, ni se cruzan los libros y periódicos en continua batalla; aquí las comedias buenas no se representan sino muy de tarde en tarde, sin otra razon que porque no las hay á menudo, y las malas ni se silban, ni se pagan por miedo de que se lleguen á hacer buenas todos los dias. Aquí somos tan bien criados, y tanto gustamos de ejercer la hospitalidad, que vaciamos el oro de nuestros bolsillos para los extranjeros. ¡Oh desinterés! Aquí se trata mal á los actores medianos, y *peor á los mejores* por no ensoberbecerlos. ¡Oh deseo de humildad! No se les da siquiera precio por no ahitarlos. ¡Oh caridad! Y á la par se exige de ellos que sean buenos. ¡Oh indulgencia! No es aquí, en fin, profesion el escribir, ni aficion el leer; ambas

(1) No comprendemos en estas proposiciones generales *tal cual jóven aplicado*, *tal cual poeta original*, *tal cual hombre de nota* que se esfuerzan por salir del comun oprobio que nos alcanza, descollando entre el general abatimiento, y luciendo como menuda luciérnaga entre las tinieblas de oscura noche. ¿ Qué significan estas contadas excepciones? Por mucho favor que les haga tal conducta, y por muchos elogios que merezca, no basta su número tan corto para destruir la triste verdad general, que de medio á medio nos coge y nos abruma.

Ni menos tratamos de olvidar en nuestros folletos los elogios y agradecimiento que merece de nuestra parte el ilustrado gobierno que nos rige, y que tanto impulso da al adelanto de la prosperidad y de la ilustracion; antes bien clara se manifiesta nuestra intencion de cooperar á su misma benéficia idea con nuestros débiles conatos. ¿ Pero acaso puede enderezarse en un dia el vicio de tantos años y aun siglos? ¿ Puede ser dado á la penetracion, ni á la fuerza del mejor gobierno, romper tan pronto, ni desvanecer del todo tantos obstáculos como oponen la educacion descuidada, las ideas viciadas, y un sinnúmero, en fin, de circunstancias que no son de nuestra inspeccion, y que gravitan en nuestro mal? Luengos remedios necesitarán acaso tantos males. Esperemos que algun dia hemos de ver triunfar sus esfuerzos, y cooperemos todos en el ínterin con los nuestros.

cosas son pasatiempo de gente vaga y mal entretenida : que no puede ser hombre de provecho quien no es por lo menos tonto y mayorazgo.

¡Oh tiempo y edad venturosa! No paseis nunca, ni tengan nunca las letras mas amparo (1), ni se hagan jamás comedias, ni se impriman papeles, ni libros se publiquen, ni lea nadie, ni escriba desde que salga de la escuela.

Que si me dices, Andrés, que se escribe y se lee, por los muchos carteles que por todas partes ves, diréte que me saques tres libros buenos del pais y del dia, y de lo demás no hagas caso, que no es mas ni mejor el agua de una cascada por mucho estruendo que meta, ni eso es otra cosa que el espantoso ruido de los famosos batanes del hidalgo manchego; despues de visto, un poco de agua sucia; ni escribe, en fin, todavía quien solo escribe palotes.

Así que, cuando la anterior proposicion senté, no quise decir que no se escribiese, sino que no se escriba bien, ni que no fuese el de emborronar papel el pecado del dia, pecado que no quiera Dios perdonarle nunca, ni quiero yo negar la triste verdad de que no hay dia que algun libro malo no se publique, antes lo confieso, y de ello y de ellos me pesa y tengo verdadero dolor, como si los compusiera yo. Pero todo ese atarugamiento y prisa de libros reducido está, como sabemos, á un centon de novelitas fúnebres y melancólicas, y de ninguna manera arguye la existencia de una literatura nacional que no puede suponerse siquiera donde la mayor parte de lo que se publica, sino el todo, es traducido, y no escribe el que solo traduce, bien como no dibuja quien estarce y pasa el dibujo ajeno á otro papel al trasluz de un cristal. Lo cual es tan verdad, que no me dejaria mentir ni decir cosa en contrario todo ese enjambre de autorzuelos, á quienes pudiéramos aplicar los tercetos de Rey de Artieda :

Como las gotas que en verano llueven,
Con el ardor del sol, dando en el suelo,
Se convierten en ranas y se mueven :
Con el calor del gran señor de Delo
Se levantan del polvo poetillas
Con tanta habilidad, que es un consuelo.

Y mas que me cuentes entre ellos, y por tanto me reconvengas, pues si me preguntas porqué me entremeto yo tambien en embadurnar papel, sin saber mas que otros, te recordaré aquello de « donde quiera que fueres, haz lo que vieres. » Así, si fuese á país de cojos, pierna de palo me pondria; y ya que en país de autorcillos y traductores he nacido y vivo, autorcillo y traductor quiero y debo, y no puedo menos de ser, pues ni es justo singularizarme, y que me señalen con el dedo por las calles, ni depende además del libre albedrío de cada uno el no contagiarse en una

(1) Reproducimos las ideas de nuestra nota número 12. Algun excelentísimo señor pudiéramos nombrar amigo de las letras y de las artes y Mecenas de literatos y artistas, y de buena gana le nombráramos á no temer ofensas de su modestia; empero si bien esto basta á probar que hay algun protector, no así convence de que haya proteccion. Demos á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

epidemia general. Ni á nadie hagas cargos tampoco por lo de traductor, pues es forzoso que se eche muletas para ayudarse á andar quien nace sin piés, ó los trae trabados desde el nacer.

Y si me añades que no puede ser de ventaja alguna el ir atrasados con respecto á los demás, te diré que lo que no se conoce no se desea ni echa menos; así suele el que va atrasado creer que va adelantado, que tal es el orgullo de los hombres, que nos pone á todos una venda en los ojos para que no veamos ni sepamos por donde vamos, y te citaré á este propósito el caso de una buena vieja que en un pueblo, que no quiero nombrarte, ha de vivir todavía, la cual vieja era de estas muy leidas de los lugares; estaba suscrita á la Gaceta, y la habia de leer siempre desde la real órden hasta el último partido vacante, de seguida, y sin pasar nunca á otra sin haber primero dado fin de la anterior. Y es el caso que vivia y leia la vieja (al uso del país) tan despacio y con tal sorna, que habiéndose ido atrasando en la lectura, se hallaba el año 29, que fué cuando yo la conocí, en las Gacetas del año 23, y nada mas; hube de ir un dia á visitarla, y preguntándola qué nuevas tenia al entrar en su cuarto, no pudo dejarme concluir; antes arrojándose en mis brazos con el mayor alborozo y soltando la Gaceta que en la mano á la sazon tenia: « Ay, señor de mi alma, me gritaba con voz mal articulada y ahogada en lágrimas y sollozos, hijos de su contento, ¡ay, señor de mi alma! ¡Bendito sea Dios! que ya vienen los franceses, y que dentro de poco nos han de quitar esa pícara constitucion, que no es mas que un desórden y una anarquía!» Y saltaba de gozo, y dábase palmadas repetidas; esto en el año 29, que me dejó pasmado de ver cuán de ilusion vivimos en este mundo, y que tanto da ir atrasado como adelantado, siempre que nada veamos, ni queramos ver por delante de nosotros.

Mas te dijera, Andrés, en el particular si mas voluntad tuviese yo de meterme en mayores honduras; empero solo me limitaré á decirle para concluir que no sabemos lo que tenemos con nuestra feliz ignorancia, porque el vano deseo de saber induce á los hombres á la soberbia, que es uno de los siete pecados mortales, por el plano resbaladizo de nuestro amor propio; de este feo pecado nació, como sabes, en otros tiempos la ruina de Babel, con el castigo de los hombres y la confusion de las lenguas, y la caida asimismo de aquellos fieros titanes, gigantazos descomunales, que por igual soberbia escalaron tambien el cielo, sea esto dicho para confundir la historia sagrada con la profana, que es otra ventaja de que gozamos los ignorantes, que todo lo hacemos igual.

De que podrás inferir, Andrés, cuán dañoso es el saber, y que verdad es todo cuanto arriba te llevo dicho acerca de las ventajas que en esta como en otras cosas á los demás hombres llevamos los batuecos, cuánto debe regocijarnos la proposicion cierta de que

« En este país no se lee porque no se escribe, y no se escribe porque no se lee; »

que quiere decir en conclusion que aquí ni se lee ni se escribe; y cuánto tenemos por fin que agradecer al cielo, que por tan raro y desusado ca-

mino nos guia á nuestro bien y eterno descanso, el cual deseo para todos los habitantes de este incultísimo país de las Batuecas, en que tuvimos la dicha de nacer, donde tenemos la gloria de vivir, y en el cual tendremos la paciencia de morir. A Dios, Andrés.

Tu amigo y bachiller.

EMPEÑOS Y DESEMPEÑOS.

Pierde, pordiosea
El noble, empeña, malbarata,
Quiebra y perece, y el logrero goza
Los pingües patrimonios..

Jovellanos

En prensa tenia yo mi imaginacion no ha muchas mañanas (1), buscando un tema nuevo sobre que dejar correr libremente mi atrevida sin hueso, que ya pedia conversacion, y acaso nunca lo hubiera encontrado á no ser por la casualidad que contaré; y digo que no la hubiera encontrado, porque entre tantas apuntaciones y notas como en mi pupitre tengo hacinadas, acaso dos solas contendrán cosas que se puedan decir, ó que no deban por ahora dejarse de decir.

Tengo un sobrino, y vamos adelante, que esto nada tiene de particular. Este tal sobrino es un mancebo que ha recibido una educacion de las mas escogidas que en este nuestro siglo se suelen dar; es decir esto que sabe leer, aunque no en todos los libros, y escribir, si bien no cosas dignas de ser leidas; contar no es cosa mayor, porque descuida el cuento de sus cuentas en sus acreedores, que mejor que él se las saben llevar; baila como discípulo de Veluci; canta lo que basta para hacerse rogar y no estar nunca en voz; monta á caballo como un centauro, y da gozo ver con qué soltura y desembarazo atropella por esas calles de Madrid á sus amigos y conocidos; de ciencias y artes ignora lo suficiente para poder hablar de todo con maestría. En materia de bella literatura y de teatro no se hable, porque está abonado, y si no entiende la comedia, para eso la paga, y aun la suele silbar; de este modo da á entender que ha visto cosas mejores en otros países porque ha viajado por el extranjero á fuer de bien criado. Habla un poco de francés y de italiano siempre que habia de hablar español, y español no lo habla, sino lo maltrata; á eso dice que la lengua española es la suya, y que puede hacer con ella lo que mas le viniere en voluntad. Por supuesto que no cree en Dios, porque quiere pasar por hombre de luces; pero en cam-

(1) Carnaval del año 1832.

bio cree en chalanes y en mozas, en amigos y en rufianes. Se me olvidaba. No hablemos de su pundonor, porque este es tal que por la menor bagatela, sobre si lo miraron, sobre si no lo miraron, pone una estocada en el corazon de su mejor amigo con la mas singular gracia y desenvoltura que en esgrimador alguno se ha conocido.

Con esta exquisita crianza, pues, y vestirse de vez en cuando de majo, trage que lleva consigo el *¿qué se me da á mí?* y el *¡aquí estoy yo!* ya se deja conocer que es uno de los gerifaltes que mas lugar ocupan en la corte, y que constituye uno de los adornos de la sociedad de buen tono de esta capital de qué sé yo cuantos mundos.

Este es mi pariente, y bien sé yo que si su padre le viera habia de estar tan embobado con su hijo como lo estoy yo con mi sobrino, por tanta buena cualidad como en él se ha llegado á reunir. Conoce mi Joaquin esta fragilidad y aun suele prevalerse de ella.

Las ocho serian y vestíame yo, cuando entra mi criado y me anuncia mi sobrino. « ¿Mi sobrino? pues debe de ser la una. — No, señor, son las ocho no mas.» Abro los ojos asombrado y me encuentro á mi elegante de pié, vestido y en mi casa á las ocho de la mañana. « Joaquin, ¿tú á estas horas?— ¡Querido tio, buenos dias!— ¿Vas de viaje?—No, señor.— ¿Qué madrugon es este?— ¿Yo madrugar, tio? todavía no me he acostado.— ¡Ah, ya decia yo! — Vengo de casa de la marquesita del Peñol: hasta ahora ha durado el baile, Francisco se ha ido á casa con los seis dominós que he llevado esta noche para mudarme. — ¿Seis no mas?—No mas. — No se me hacen muchos.—Tenia que engañar á seis personas.—¿Engañar? Mal hecho.—Querido tio, usted es muy antiguo. — Gracias, sobrino, adelante.— Tio mio, tengo que pedirle á usted un gran favor.—¿Seré yo la séptima persona?—Querido tio, ya me he quitado la máscara.— Dí el favor, y eché mano de la llave de mi gaveta.— En el dia no hay rentas que basten para nada; tanto baile, tanto... en una palabra tengo un compromiso. ¿Se acuerda usted de la repeticion de Breguet que me vió usted dias pasados? — Sí, que te habia costado cinco mil reales. — No era mia.—Ah! — El marqués de *** acababa de llegar de París, queria mandarla limpiar y no conociendo á ningun relojero en Madrid le prometí enviársela al mio.— Sigue.— Pero mi suerte lo dispuso de otra manera; tenia yo aquel dia un compromiso de honor; la baronesita y yo habíamos quedado en ir juntos á Chamartin á pasar un dia; era imposible ir en su coche, es demasiado conocido...—Adelante. — Era indispensable tomar yo un coche, disponer una casa y una comida de campo... á la sazon me hallaba sin un cuarto; mi honor era lo primero, además, que andan las ocasiones por las nubes... — Sigue. — Empeñé la repeticion de mi amigo.— ¡Por tu honor!— Cierto.— ¡Bien entendido! ¿y ahora? — Hoy como con el marqués, le he dicho que la tengo en casa compuesta y...— Ya entiendo.— Ya ve usted, tio..... esto pudiera producir un lance muy desagradable. — ¿Cuánto es? — Cien duros. — ¿Nada mas? no se me hace mucho. »

Era claro que la vida de mi sobrino y su honor se hallaban en inminente riesgo. ¿Qué podia hacer un tio tan cariñoso, tan amante de su

sobrino, tan rico y sin hijos? Conté, pues, sus cien duros, es decir, los mios. « Sobrino, vamos á la casa donde está empeñada la repeticion.— *Quand il vous plaira*, querido tio. »

Llegamos al café, una de las lonjas de empeño digámoslo así, y comencé á sospechar desde luego que esta aventura habia de producirme un artículo de costumbres. « Tio, aquí será preciso esperar.—¿A quién? — Al hombre que sabe la casa.— ¿No la sabes tú? — No, señor; estos hombres no quieren nunca que se vaya con ellos. —¿Y se les confian repeticiones de cinco mil reales?—Es un honrado corredor que vive de este tráfico. Aquí está.—Este es el honrado corredor,» y entró un hombre como de unos cuarenta años, si es que se podia seguir la huella del tiempo en una cara como la debe de tener el judío errante, si vive todavía desde el tiempo de Jesucristo. Rostro acuchillado con varios chirlos y girones tan bien avenidos y colocados de trecho en trecho, que mas parecian nacidos en aquella cara, que efectos de encuentros desgraciados; mirar vizco, como de quien mira y no mira; barbas independientes, crecidas y que daban claros indicios de no tener con las navajas todo aquel trato y familiaridad que exige el aseo; ruin sombrero con oficios de quitaguas; capa de estas que no tapan lo que llevan debajo, con muchas cenefas de barro de Madrid; botas ó zapatos, que esto no se conocia, con mas lodo que cordoban; uñas de escribano y una pierna de dos que tenia, en vez de sustentar la carga del cuerpo, le servia á este de carga, y era de él sustentada, por donde de tal corredor se podia decir exactamente aquello de que *Tripas llevan piés*; metal de voz además que á todos los ruidos desapacibles se asemejaba, y aire, en fin, misterioso y escudriñador. « ¿Está eso, señorito?— Está; tio, déselo usted. — Es inútil, yo no entrego mi dinero de esta suerte. — Caballero, no hay cuidado. — No lo habrá ciertamente, porque no lo daré. » Aquí empezó una de votos y juramentos del honrado corredor, de quien tan injustamente se desconfiaba, y de lamentaciones deprecatorias de mi sobrino, que veia escapársele de las manos su repeticion por una etiqueta de esta especie; pero me mantuve firme, y le fué preciso ceder al hebreo mediante una honesta gratificacion que con sus votos canjeamos.

En el camino nuestro *cicerone*, mas aplacado, sacó de la faltriquera un paquetillo, y mostrándomelo secretamente: « Caballero, me dijo al oido, cigarros habanos, cajetillas, cédulas de... y otras frioleras por si usted gusta. — Gracias, honrado corredor. » Llegamos por fin, á fuerza de apisonar con los piés calles y encrucijadas, á una casa y á un cuarto cuarto, que alguno hubiera llamado guardilla á haber vivido en él un poeta.

No podré explicar cuán mal se avenian á estar juntas unas con otras, y en aquel tan incongruente desvan, las diversas prendas que de tan varias partes allí se habian venido á reunir. ¡Oh, si hablaran todos aquellos cautivos! El deslumbrante vestido de la belleza, ¿qué de cosas diria dentro de sus límites ocurridas? ¿qué el collar muchas veces importuno, con prisa desatado y arrojado con despecho? ¿qué seria escu-

char aquella sortija de diamantes, inseparable compañera de los hermosos dedos de marfil de su hermoso dueño? ¡qué diálogo pudiera trabar aquella rica capa de chinchilla con aquel chal de cachemira! Desvié mi pensamiento de estas locuras, y parecióme bien que no hablasen. Admiréme sobremanera al reconocer en los dos prestamistas que dirigian toda aquella máquina á dos personas que mucho de las sociedades conocia, y de quien nunca hubiera presumido que pelecharan con aquel comercio; avergonzáronse ellos algun tanto de hallarse sorprendidos en tal ocupacion, y fulminaron una mirada de estas que llevan en sí una larga reconvencion sobre el israelita que de aquella manera habia comprometido su buen nombre introduciendo profanos, no iniciados, en el santuario de sus misterios.

Hubo de entrar mi sobrino á la pieza inmediata, donde se debia buscar la repeticion y contar el dinero: yo imaginé que aquel debia de ser lugar mas á propósito todavía para aventuras que el mismo puerto Lapice: calé el sombrero hasta las cejas, levanté el embozo hasta los ojos, púseme á lo oscuro, donde podia escuchar sin ser notado, y dí á mi observacion libre rienda que caminase por do mas le pluguiese. Poco tiempo habria pasado en aquel recogimiento, cuando se abre la puerta y un jóven vestido modestamente pregunta por el corredor.

« Pepe, te he esperado inútilmente; te he visto pasar, y he seguido tus huellas. Ya estoy aquí y sin un cuarto; no tengo recurso.— Ya le he dicho á usted que por ropas es imposible.—¡Un frac nuevo! ¡una levita poco usada! ¿No ha de valer esto mas de diez y seis duros que necesito? —Mire usted, aquellos cofres, aquellos armarios están llenos de ropas de otros como usted; nadie parece á sacarlas, y nadie da por ellas el valor que se prestó.—Mi ropa vale mas de cincuenta duros: te juro que antes de ocho dias vuelvo por ella.—Eso mismo decia el dueño de aquel sortú que ha pasado en aquella percha dos inviernos; y la que trajo aquel chal, que lleva aquí dos carnavales; y la...— ¡Pepe, te daré lo que quieras, mira; estoy comprometido; no me queda mas recurso que tirarme un tiro! » Al llegar aquí al diálogo, eché mano de mi bolsillo, diciendo para mí: no se tirará un tiro por diez y seis duros un jóven de tan buen aspecto. ¡Quién sabe si no habrá comido hoy su familia; si alguna desgracia... Iba á llamarle, pero me previno Pepe diciendo: « ¡Mal hecho! —Tengo que ir esta noche sin falta á casa de la señora de W***, y estoy sin traje: he dado palabra de no faltar á una persona respetable. Tengo que buscar además un dominó para una prima mia, á quien he prometido acompañar... » Al oir esto solté insensiblemente mi bolsa en mi faltriquera, menos poseido ya de mi ardiente caridad. « ¡Es posible! Traiga ústed una alhaja.—Ni una me queda; tú lo sabes: tienes mi reloj, mis botones, mi cadena.....— ¡Diez y seis duros! — Mira, con ocho me contento.— Yo no puedo hacer nada en eso; es mucho. — Con cinco me contento, y firmaré los diez y seis, y te daré ahora mismo uno de gratificacion.....— Ya sabe usted que yo deseo servirle, pero como no soy el dueño..... ¿A ver el frac? » Respiró el jóven, sonrióse el corredor; tomó el atribulado cinco duros, dió de ellos uno, y firmó diez y seis, contento

con el buen negocio que habia hecho. « Dentro de tres dias vuelvo por ello. A Dios. Hasta pasado mañana. — Hasta el año que viene. » Y fuése cantando el especulador.

Retumbaban todavía en mis oidos las pisadas y *le fioriture* del atolondrado, cuado se abre violentamente la puerta, y la señora de H..... y en persona, con los ojos encendidos y toda fuera de sí, se precipita en la habitacion. « ¡Don Fernando ! » A su voz salió uno de los prestamistas, caballero de no mala figura y de muy galantes modales. « ¡ Señora ! — ¿ Me ha enviado usted esta esquela ?—Estoy sin un maravedí ; mi amigo no la conoce á usted.... es un hombre ordinario..., y como hemos dado ya mas de lo que valen los adornos que tiene usted ahí..... — ¿ Pero no sabe usted que tengo repartidos los billetes para el baile de esta noche ? Es preciso darle, ó me muero del sofoco...— Yo señora...—Necesito indispensablemente mil reales, y retirar, siquiera hasta mañana, mi diadema de perlas y mis brazaletes para esta noche : en cambio vendrá una vajilla de plata y cuanto tengo en casa. Debo á los músicos tres noches de funcion ; esta mañana me han dicho decididamente que no tocarán si no los pago. El catalan me ha enviado la cuenta de las velas, y que no enviará mas mientras no le satisfaga. — Si yo fuera solo...—¿ Reñiremos ? ¿No sabe usted que esta noche el juego solo puede producir ?... ¡ Nos fué tan mal la otra noche ! ¿Quiere usted mas billetes ? no me han dejado mas que seis. Envie usted á casa por los efectos que he dicho.— Yo conozco... por mí... pero aquí pueden oirnos ; entre usted en ese gabinete. » Entráronse, y se cerró la puerta tras ellos.

Siguióse á esta escena la de un jugador perdidoso que habia perdido el último maravedí, y necesitaba armarse para volver á jugar ; dejó un reló, tomó diez y firmó quince, y se despidió diciendo : « Tengo corazonada ; voy á sacar veinte onzas en media hora, y vuelvo por mi reló.» Otro jugador ganancioso vino á sacar unas sortijas del tiempo de su prosperidad : algun empleado vino á tomar su mesada adelantada sobre su sueldo, pero descabalada de los crecidos intereses : algun necesitado verdadero se remedió, si es remedio comprar un duro con dos ; y solo mentaré en particular al criado de un personaje que vino por fin á rescatar ciertas alhajas que habia mas de tres años que cautivas en aquel Argel estaban. Habíanse vendido las alhajas, desconfiados ya los prestamistas de que nunca las pagaran, y porque los intereses estaban á punto de traspasar su valor. No quiero pintar la grita y la zalagarda que en aquella bendita casa se armó. Despues de dos años de reclamaciones inútiles, hoy venian por las alhajas ; ayer se habian vendido. Juró y blasfemó el criado y fuése, prometiendo poner el remedio de aquel atrevimiento en manos de quien mas conviniese.

¿Es posible que se viva de esta manera ? Pero ¿ qué mucho, si el artesano ha de parecer artista, el artista empleado, el empleado título, el título grande, y el grande príncipe ? ¿Cómo se puede vivir haciendo menos papel que el vecino ? ¡ Bien haya el lujo ! ¡ bien haya la vanidad !

En esto salia ya del gabinete la bella convidadora ; habíase secado el manantial de sus lágrimas.

« A Dios, y no falte usted á la noche, » dijo misteriosamente una voz penetrante y agitada. « Descuide usted; dentro de media hora enviaré á Pepe, » respondió una voz ronca y mal segura. Bajó los ojos la belleza, compuso sus blondos cabellos, arregló su mantilla, y salió precipitadamente.

A poco salió mi sobrino, que despues de darme las gracias, se empeñó tercamente en hacerme admitir un billete para el baile de la señora H..... y. Sonreíme, nada dije á mi sobrino, ya que nada habia oido, y assistí al baile. Los músicos tocaron, las luces ardieron. ¡Oh utilidad de los usureros!

No quisiera acabar mi artículo sin advertir que reconocí en el baile al famoso prestamista, y en los hombros de su mujer el chal magnífico que llevaba tres carnavales en el cautiverio; y dejó de asombrarme desde entonces el lujo que en ella tantas veces no habia comprendido.

Retiréme temprano, que no le sientan bien á mis canas ver entrar á Febo en los bailes; acompañóme mi sobrino, que iba á otra concurrencia. Bajé del coche, y nos despedimos. Parecióme no encontrar en su voz aquel mismo calor afectuoso, aquel interés con que por la mañana me dirigia la palabra. Un *á Dios* bastante indiferente me recordó que aquel dia habia hecho un favor, y que el tal favor ya habia pasado. Acaso habia sido yo tan necio como loco mi sobrino. No era mucho, decia yo, que un jóven los pidiera; pero que los diera un viejo!

Para distraer estas melancólicas imaginaciones, que tan triste idea dan de la humanidad, abrí un libro de poesía, y acertó á ser en aquel punto en que dice Bartolomé de Argensola:

De estos niños Madrid vive logrado,
Y de viejos tan frágiles como ellos,
Porque en la misma escuela se han criado.

SATIRA

CONTRA LOS MALOS VERSOS DE CIRCUNSTANCIAS.

... El corazon entero y generoso
Al caso adverso inclinará la frente
Antes que la rodilla al poderoso.
Rioja.

No hay cosa, Andrés, como nacer poeta,
No hay plaga que al alumno de las nueve,
No hay mal que infeliz no le acometa.
¿Creerás que huyendo de la turba aleve
De los necios, sin fin, siempre he buscado
Un rincon en el mundo oscuro y breve,

Donde esconderme de ellos resguardado?
¿Y presumes que en balde lo pretendo
Desde que la razon su luz me ha dado?
Donde quiera que voy, vanme siguiendo;
Agárranse de mí, como la yedra
Del árbol que la vive sosteniendo.
Entre los piés me nacen, como medra
Entre cepas la grama; que parece
Que aquí produce un necio cada piedra.
Ni me sirve correr, que tambien crece
Su paso con el mio, ni el embozo
En los ojos llevar aunque tropice.
Me ven, y danme gritos sin rebozo.
¿No es el fatuo don Blas aquel que alarga
El paso allá detrás con tanto gozo?
¡Ay del que sufra su infernal descarga!
¿Es él, mi Andrés? Pues en mi busca viene,
Que tengo de eso mi experiencia larga.
No hay escapar, que hablarme se previene.
Ayúdame á salir de tanto aprieto,
Y dejémosle aquí si nos conviene.
« Don Juan! — Don Blas! — Os busco. — Sí? — Un soneto
Os tengo que pedir. — Andrés, ¿no digo? —
No os le perdono por ningun respeto:
Que sobre ser poeta sois mi amigo. —
Pues ¿qué ocurrió, don Blas? Vuestra honda saña
¿Qué vestiglo mató, qué alto enemigo?
¿Otra América hallásteis para España?
¿Qué bienes á la patria le produce
Vuestro insigne valor ó vuestra hazaña? —
¿Qué patria? ¿Qué valor? ¿A qué conduce
Todo eso que mentásteis tan prolijo?
Causa mayor mi gozo reproduce.
Un chico me nació. ¿Nadie os lo dijo? —
¡Jesus! sea en hora buena! ¡Os juro, hermano,
Que es caso singular! ¿Hay tal? ¿Un hijo?
Dios os le haga, don Blas, muy buen cristiano. —
¿Os vais? — Estoy de prisa. — ¡Oid! Mohino
Quedo, don Juan. — Don Blas, béseos la mano. — »
¡Voto á tal, que el asunto es peregrino!
¿Lo oiste, Andrés? ¿No exige el majadero
Que las gracias le cante del mezquino?
Pues esto á cada punto mas certero
Que un destino se encuentra el pobre vate,
O que un bolson henchido de dinero.
Pídenos versos otro, mas orate,
Porque se casa. ¡Pícara demencia!
¡Mala mujer le hostigue y le maltrate!
¿Y versos va á buscar? Busque paciencia,
Pues bien la ha menester aquel bolonio
Que se pone en tan dura penitencia.
Pues otro que andará por esos trigos
Envuelto en paño negro, solitario,
No pedirá consuelo á sus amigos;
Vendrá á pedirme un canto funerario
Porque ha enviudado de su casta esposa.
De elegías se deje el perdulario,
« ¡Ay, que me fué tan buena, tan virtuosa!
Embustero! Ponzoña tan nociva

Guarde encerrada la inclemente losa.
  Vaya; entiérrela presto, no reviva,
Y descanse del susto el maridazo.
Mas si tanto la quiso cuando viva,
  Calle y llore en silencio su porrazo;
Que mas dice una lágrima abrasada,
Que no el yerto poema de un pelmazo.
  ¿Yo á todo he de hacer versos? ¡Qué! ¿Templada
Habrá de estar mi musa á todas horas,
Y á todo como cera preparada?
  Pues deja, que ya atruenan las sonoras
Campanas y cañones. ¿Por ventura
Públicas fiestas hay? ¡Bien! Las canoras
  Liras se templen, porque el tiempo apura.
Versos haya en las próximas funciones.
Versos vomite el vate con premura (1).
  Ya el resplandor de innúmeros hachones,
Que confunden la noche con el dia,
Nos deslumbra en ventanas y balcones.
  Y no es nada la pública alegría,
Ni es la funcion magnífica y completa
Si el vate no aumentó la algarabía.
  Fulmine la *Tertulia* á la *Luneta*
En papeles azules y encarnados
Las lisonjas del mísero poeta;
  Como suelen llover santos pintados,
Concluida la cuaresma, en aleluyas,
Que arrebatan los chicos á puñados.
  Ni te excuses, Andrés, ni le arguyas,
Ni al viento vuelvas para huir la proa;
No han de valerte las razones tuyas;
  Que habrá quien luego la opinion te roa,
Si no haces de la noche á la mañana
Un himno por lo menos, ó una loa.
  Salga el Pirene con figura humana,
Y la España, en el diálogo terciando
La coronada villa mantuana,
  Y aparezca el Olimpo relumbrando,
Y hablen Mercurio, Júpiter, Minerva,
Que es cosa nunca vista; y todo el bando
  De la usada alegórica caterva,
Mas que á todos nos tenga bien molidos
Esa canalla idólatra y proterva.
  Mas oye, que ya zumba en mis oidos
El rumor de los versos que á millares
Por las troneras bajan impelidos.

(1) Nada hay mas justo ni mas plausible que un ayuntamiento que en nombre de la poblacion que representa, agradecida, festeja dignamente á su monarca; nada mas laudable que un poeta que pulsa dignamente la lira en honor de su soberano; pero nada mas impertinente tampoco que el graznido desapacible de mil aves importunas que se atraviesan á perturbar el contento público con sus desconcertados chirridos. A un soberano solo se deben rendir homenajes dignos de su majestad. Así, pues, solo son objeto de nuestra sátira los *malos versos de circunstancias*. Quien quiera ver en ella otra cosa, traspasará nuestra idea. Sabemos que de todo se puede hacer mal uso: el espadero hace la espada para defensa de los derechos de la sociedad, y el assesino la convierte en daño de esa misma sociedad. El mal no está en el artífice ni en la espada, sino en el asesino. Así la malicia nunca estaria en nosotros, sino en el malicioso. El que ciertas cosas quiera volver en mal, capaz será de envenenar el aire que respiramos. ¡Gloria, pues, al soberano! ¡Gloria á la corporacion ilustre que sabe festejarle dignamente cuando la ocasion se presenta! ¡Odio eterno á los malos versos que vienen á deslucir tan justos sentimientos!

Atruena el bronce los inmensos mares,
El vate empezará de circunstancias,
Y levanta su frente Manzanares.
Y acaso entre metáforas mas rancias,
Salve ó salud, continuará diciendo,
Y una oda embutirá de extravagancias.
A Febo en ella invocará, fingiendo
Modestia y miedo, porque su *arpa de oro*
Templada nunca estuvo al son tremendo.
Sin olvidar aquello de *decoro,*
Y de la Iberia sol, luciente estrella,
Y puebla en viento y su cantar sonoro;
Tal confusion atarugando en ella,
De contento, de gloria, de esperanza,
De aurora, de horizonte y de centella,
De dicha y de ventura y bienandanza,
Del Iris de la paz, de corazones,
De discordia apagada y de venganza;
Que no habrá quien entienda dos renglones.
Si antes, para espantar al diablo oscuro,
Diez conjuros no le echa y bendiciones.
¿Yo he de hacer un soneto, estruendo puro?
¿Yo he de alabar en versos de hojarasca
Al soberano, Andrés? No; te lo juro.
No haya funcion, si quieren, sin tarasca;
Mas sé alabar yo poco: soy sincero.
La lisonja en las fauces se me atasca.
No porque al rey¡ pardiez! no amo y venero;
Me estimo¡ vive Dios! tan buen vasallo
Como cualquier poeta chapucero.
Mas no mis fuerzas suficientes hallo,
Y para no aturdirle con sandeces,
Le amo en silencio, le respeto y callo.
Pero si alguna, en fin, de tantas veces
Le hubiere de ensalzar, echando afuera
Sesquipedales voces y vejeces,
Ya que indigna y humilde no creyera
De tan excelso honor el *arpa* mia,
« Buen rey, en versos claros le dijera;
Ese aplauso que escuchas y alegría,
De gratitud son muestras generosas,
Que hasta el trono, señor, tu pueblo envia;
Tu pueblo, que con lágrimas copiosas
De antiguas glorias los recuerdos tristes
Llora, y por cuyo bien nunca reposas.
Tú á la España benéfico infundistes
Nuevo aliento, Señor, tú á glorias nuevas
Con tu noble teson la dispusistes.
Y acaso tornarán. Ilustres pruebas
Responden de tu amor por todas partes;
Tú con las ciencias hasta el cielo elevas
El esplendor hermoso de las artes;
Dásles hogar (1), y premios y laureles
A sus alumnos tímidos repartes.
Tú un santuario sublime á los Apeles (2),

(1) Conservatorio de artes.
(2) Museo de Pinturas.

A los Zeuxis de España consagrando,
Y á sus Fidias tambien y Praxiteles (1),
Para la patria en él irás formando
Canos, Murillos, cuya falta llora,
Émulos dignos del romúleo bando;
Tú á la dulce armonía halagadora
Digna escuela ofreciste (2). Tú levantas
Con tu pródiga mano bienhechora
Nuevo templo á las musas (3). Oh! de cuántas
Naciones envidiado, que descuella
Mayor grandeza entre grandezas tantas.
Tú al Terencio español la honra mas bella,
La recompensa das mas esplendente,
Que nunca pudo ambicionar su estrella (4).
Tú eternos monumentos, reverente
Y justo, á Temis erigiste (5). El oro
Tú al seno de la patria nuevamente
Le arrancas (6); que la América el tesoro
No rinde á la metrópoli en tributo,
Triste ocasion de nuestra afrenta y lloro.
En llanto apenas del colono enjuto,
Pueblos enteros á tu impulso nacen,
Que en gozo truecan el dolor y el luto (7).
La honra perdida y crédito renacen (8);
No hay para tí costoso sacrificio,
Que á tu voz los estorbos se deshacen.
Para siempre aniquilas el suplicio
Que holló la noble dignidad del hombre (9).
Cada aurora un reciente beneficio
Viene en los pechos á grabar tu nombre.
¿Quién los dirá?... ¡En sus páginas la historia
Quizá á tus hijos con su cuento asombre!
Esto es mejor, buen rey, que una victoria.
¡Plegue al cielo, señor, de tu reinado
Hacer eterna la naciente gloria!»
Esto entre tanto vate adocenado
Ni uno jamás le dijo. Así le hablara,
Si mi númen á tanto fuera osado.
Que es mi alabanza, cuanta justa, clara,
Sin enturbiar las ondas del Pactolo,
Ni el curso blando de la fuente avara,
Sin llamar en mi auxilio al rubio Apolo,
Ni andarme por los cielos tras las musas,
Para decir verdades basto solo.
Que eso de echarse, Andrés, en mil confusas

(1) Museo de Escultura.
(2) Conservatorio de Música.
(3) Teatro de la plaza de Oriente.
(4) La excelente edicion de las obras del señor Moratin, hecha á costa de S. M.
(5) El Código de comercio ya planteado, y el criminal mandado hacer por S. M.
(6) La direccion de minas y proteccion á este ramo.
(7) La reedificacion casi entera de varios pueblos arruinados por los terremotos, ejecutada durante el reinado de S. M.
(8) El crédito restablecido en el interior y en el extranjero.
(9) La derogacion de la pena de horca. Mucho nos dejamos por decir en esta materia; pero ni este género de poesía lo consiente, ni somos historiadores. Basta esta corta muestra para que nunca se nos pueda atribuir una mala intencion que no tenemos, y para que se vea hasta qué punto llevamos el rigor de la verdad.

Y altisonantes voces sin sentido
A buscar por las nubes garatusas,
  Y amontonar á tientas de seguido
Sin salir del eterno formulario,
Que ni es del ensalzado apetecido,
  Encomio sobre encomio mercenario,
Mas que incensar á un hombre generoso
Es tirarle á la cara el incensario.
  Mejor como el de Aguino vigoroso,
En levantar diviértome una ampolla
Con cada verso al necio y al vicioso;
  El estruendo dejando y la bambolla
Del estro metafórico afectado
Al que ha de echar sus versos en la olla.
  Ni pido, ni ambiciono: bien hallado
Me estoy con esa honesta medianía,
En que es independiente el hombre honrado.
  Ni he menester para atacar un dia,
Como es feudo, á mi rey, que el oro suyo
Descienda á desatar la lengua mia.
  Mas reniego de tí, si el númen tuyo,
Andrés, á todo viento se menea,
Y que eres torpe adulador concluyo.
  ¿Versos al que en la cuna bambonea?
¿Y al que vive mas versos y al que muere?...
¡Mal haya quien los haga y quien los lea!
  Yo quiero por mi parte, si acudiere
A importunar al Dios que nos inspira,
Para versos que un necio me pidiere,
  Que airado el númen de la torpe lira
Rompa las cuerdas que mi indigna vena
Vendiere á la lisonja ó la mentira.
  Y contento seré si en justa pena
De la verdad hollada que desdeño,
A que nunca la diga me condena.
  Consiento en que, mirándome con ceño
La musa airada, que mi fuego aviva,
Mis versos den, á quien los viere, sueño.
  Quiero, en fin, que por pena me prescriba
Un moderno Calígula, en mi mengua,
Que aquellos versos que adulando escriba,
Borre yo mismo con mi propia lengua.

TEATROS.

¿QUIÉN ES POR ACA EL AUTOR DE UNA COMEDIA?

ARTICULO SEGUNDO.

EL DERECHO DE PROPIEDAD.

« Veo que ya no es tenido por sabio sino aquel que sabe arte lucrativa de pecunia... Veo los ladrones muy honrados... todo lleno de fe rompida y traiciones, todo lleno de amor de dinero. »

Luis Mejia.

¿Qué cosa es el derecho de propiedad? Si nosotros no lo decimos, ¿quién lo dirá? Y si ninguno lo dice, ¿quién lo sabrá? Y si ninguno lo sabe, ¿quién lo remediará?

Ya la fama esparció de provincia en provincia, de pueblo en pueblo, la gloria del nuevo alumno de las *nueve*, ya el importante y anhelado voto del ilustrado público coronó sus sienes con la hoja inmarcesible, resonaron los aplausos, vertió el *ingenio* lágrimas de alegría, y ya va á gozar del premio de sus tareas.

Piénsalo así á lo menos el desdichado; pero no sabe que ha escogido mala palestra para triunfar, y que en este juego, como en el ganapierde, el que gana es el que da mas á comer. Si su modestia y su mala ventura quiso que retardase acaso la publicacion de su obra, levantaráse una mañana y le dará en los ojos el anuncio de ella, ya impresa y puesta en venta, que andará bizmando las esquinas de la capital. Algun librero de... de dónde no es justo decir, le ha hecho el obsequio de imprimírsela en muy mal papel, con pésimo carácter de letra, estropeado el texto original y sin pedirle licencia. Así corren impresas muchas de ellas, y esto se hace pública y libremente.

No comprendemos en realidad porqué ha de ser un autor dueño de su comedia; verdad es que en la sociedad parece á primera vista que cada cual debe ser dueño de lo suyo; pero esto no se entiende de ninguna manera con los poetas. Este es un animal que ha nacido como la mona para divertir gratuitamente á los demás, y sus cosas no son suyas, sino del primero que topa con ellas y se las adjudica. ¡Buena razon es que el pobre hombre haya hecho su comedia para que sea suya! ¡Lindo donaire! Dios crió al poeta para el librero, como el raton para el gato, y caminando sobre este supuesto, que nadie nos podrá negar, es cosa clara que el impresor que tal hace cumple con su instinto, desempeña una obra meritoria, y si no gana el cielo, gana el dinero, que para ciertas conciencias todo es ganar.

Así que, asombrados estamos de la bondad y largueza de aquellos impresores honrados (que tambien los hay) que se dignan favorecer al autor con pedirle su permiso y su comedia, pagarle el precio convenido, y darla despues lícitamente al público; estos deben de entender poco ó nada de achaque de conciencias, porque, ¡cuánto mas sencillo y natural es salirse á caza de comedias, como quien sale á caza de calandrias, tirar á la bandada, y caiga la que caiga... y rechine con ella la prensa y rechine el autor!

Nosotros, á fe de poetas, si es que se deja á los poetas que tengan siquiera fe, ya que tan poca esperanza tienen, les juramos no acudir á ponerles pleito, porque nunca hemos gustado de cuestiones de nombre, y tanto se nos da de que sea la divina Astrea la que saque el fruto de nuestras comedias, como de que sea el librero; con la ventaja para este de que siquiera nos da gloria, al paso que la otra solo nos podria dar cuidados y las conchas vacías de la ostra que se hubiese engullido. Hágales pues muy buen provecho á los señores tratantes en libros que esto hacen nuestro ingenio, que mientras estemos nosotros aquí no les ha de faltar modo de vivir á los *murcianos* de nuestra literatura; y aun quizá nos demos por muy honrados y contentos.

¡Ojalá tuviesen fin aquí las lacerias del pobre autor! Pero dejando aparte el vil interés, y entrándonos por los campos de la gloria, ¿qué elocuente hablador podrá enumerar las tropelías que le quedan por sufrir al desventurado ingenio en su propia patria? Ved cómo corre su comedia de teatro en teatro; en todas partes gusta, pero acerquémonos un poco mas. Aquí el corifeo de la compañía le despojó de su título, y le puso otro, hijo de su capricho, porque, ¿qué entienden los poetas de poner títulos á sus comedias? Allí otro cacique de aquellos indios de la *lengua* le *atajó* un *parlamento* ó le suprimió una escena, porque, ¿qué actor, por mal que represente, no ha de saber mejor que el mejor poeta dónde han de estar las escenas, y cuán largos han de ser los parlamentos y los diálogos, y todas estas frioleras del arte, particularmente si en su vida ha visto un libro, ni estudiado una palabra? Porque es de advertir que en materia de poesía, el que mas lee y mas estudia es el que menos entiende. Y gracias si la cuchilla de aquel bárbaro victimario no le suprimió entero el papel de un personaje, aunque fuera el del protagonista, que era el que menos falta hacia y mas fuera estaba de su lugar.

¿Y aun de esta manera mutilada gustó la comedia? Pues en ese caso no habrá farsa mezquina, ni torpe drama, ni traduccion mercenaria á la cual no se le ponga el nombre del autor una vez aplaudido. Tal es la despreocupacion de los actores de provincia; para ellos todos los hombres y todos los autores son iguales, y desde el ápice de sus ficticios tronos ven á todos los mayores ingenios tamaños como menudas avellanas, y hacen justicia de unos y de otros, y una masa comun de todas sus obras, fundados en que si tal autor no hizo tal obra, bien pudiera haberla hecho; y en el supremo tribunal de estos nuevos dispensadores de la fama lo mismo vale un Juan Perez que un Pedro Fernandez.

Concluyamos pues que el poeta es el único que no es hijo ni padre tampoco de sus obras. Dedicaos, compañeros, dedicaos á las letras aprisa; ese es el premio que os espera. Y quejaos siquiera, infelices. Luego oireis la turba de gritadores que á la primera queja os ataja. « ¡Qué insolencia! dicen : ¿pues no tiene valor de quejarse? ¿Y esto se permite? ¡Qué escándalo! ¡Un hombre que reclama lo que es suyo; un loco que no quiere guardar consideraciones con los necios; un desvergonzado que dice la verdad en el siglo de la buena educacion; un insolente que se atreve á tener razon! Eso no se dice así, sino de modo que nadie lo entienda; encerrad á ese hombre que pretende que el talento sea algo entre nosotros, que no tiene respeto á la injusticia, que... encerradle, y siga todo como está, y calle el hablador. »

Sí, callaremos, gritadores, que gritais de miedo; callaremos; pero solo callaremos *espontáneamente* cuando *hayamos* hablado.

FILOLOGIA.

Supuesto que por la lengua pecamos, y que por ella hemos de morir, no será mucho que dediquemos á este ramo de literatura algunas de nuestras tareas. Bien se deja conocer que la lengua es para un hablador lo que el fusil para el soldado; con ella se defiende y con ella mata. Tengamos pues prevenidas y en el mejor estado posible nuestras armas, y démosle á este fin un limpioncito de cuando en cuando.

Vayan pues por hoy para los aficionados á discurrir un par de acertijos.

¿Qué entendemos cuando vemos impreso : « El embajador ó ministro tal cerca de la corte de cual, » etc.?

¿Quiere decir que anda al rededor de aquella corte, sin poder nunca llegar á ella, como andaban las almas de los paganos, cuyas exequias no se habian celebrado, en torno de la barca del viejo Caronte? ¿ó padecen los pobres señores el tormento de la garrucha, que, como el lector sabe mejor que nosotros, consistia en colgar al paciente por los brazos de suerte que tocasen las puntas de sus piés en el suelo al estirarse, pero sin poder nunca descansarlos en él, precisamente en la misma forma que dejó suspendido la pundonorosa Maritornes al hidalgo manchego del agujereado pajar? Nosotros no entendemos de otra manera aquello de andar *cerca*, y cierto que nos da verdadera lástima y dolor que unos señores de tal categoría se hallen en tan dificultosa posicion. Líbreseles cuanto antes de aquel tormento, si es que somos cristianos, y lleguen ya por fin á sus cortes respectivas, y vivan en ellas como en tiempos de nuestros antepasados, que decian : « El embajador de Francia en la corte de España, » etc. Porque si del que se halla en una corte se puede decir que está *cerca* de ella, ¿qué inconveniente habrá en que digamos que tenemos los ojos cerca de la cara y no en la cara?

No hace mucho tiempo que vimos en la representacion de una comedia titulada *No mas mostrador* la frase siguiente : « Si el *ridículo que nos hemos echado encima* no nos hace morir, » etc. Y en muchas partes vemos continuamente repetido este galicismo.

¿Qué cosa es un *ridículo que se echa uno encima?* ¿Se usa en castellano como sustantivo la voz *ridículo*, ni quiere decir nada usado de esta manera? Si los jóvenes que se dedican á la literatura estudiasen mas nuestros poetas antiguos, en vez de traducir tanto y tan mal, sabrian mejor su lengua, se aficionarian mas de ella, no la embutirian de expresiones exóticas no necesarias, y serian mas zelosos del honor nacional.

El bachiller.

CARTA SEGUNDA

ESCRITA A ANDRÉS

POR EL MISMO BACHILLER.

¡Qué país, Andrés, el de las Batuecas! ¡Cuánto no promete! ¿De mi amistad exiges que siga poniendo en tu noticia lo que de este extraordinario suelo pueda alcanzar á tener? ¿Gustóte mi primera epístola? Juro en buen hora mi honor, y ya sabes que este juramento es en estos tiempos y en las Batuecas cosa seria y sagrada, juro por mi honor, digo, que no tengo de parar hasta que tanto sepas en la materia como yo.

De poco te asombras, querido amigo : nada es lo que he dicho en comparacion de lo que me queda que decir. Te dije que no se leia ni se escribia. ¿Cuál será tu asombro y tu placer cuando te pruebe que tampoco se habla? ¿No puedes concebir que llegue á tanto la moderacion de este inculto país? ¿Y por eso le llaman inculto? Hombres injustos! Llamais á la prudencia miedo, á la moderacion apocamiento, á la humildad ignorancia. A toda virtud habeis dado el nombre de un vicio.

¿Puede haber nada mas hermoso ni mas pacífico que un país en que no se habla? Ciertamente que no, y por lo menos nada puede haber mas silencioso. Aquí nada se habla, nada se dice, nada se oye.

¿Y no se habla, me dirás, porque no hay quien oiga, ó no se oye porque no hay quien hable? Cuestion es esa que dejaremos para otro dia, si bien cuestiones andan en esos mundos decididas, acreditadas y creidas mas paradojicas que esta. Empero conténtate por ahora con saber que no se habla : costumbre antigua tan admitida en el país, que para ella sola tienen un refran que dice : « Al buen callar llaman Sancho ; » y no necesito decirte la autoridad que tiene en las Batuecas un refran, y mas un refran tan claro como este.

Llégome á una concurrencia. « Buenos dias, don Prudencio ; ¿qué hay de nuevo? — Tsi, calle usted, me dice con un dedo en los labios. — ¿Que

calle? — Tsí; y se vuelve á mirar en derredor. — Hombre, si yo no pienso decir nada malo.— No importa, calle usted. ¿Ve usted aquel embozado que escucha?... Es un esp... un sop... — Ah! -- Que vive de eso. — ¿Y se vive de eso en las Batuecas? — Ese es un hombre que vive de lo que otros hablan, y como ese hay muchos; así que todos estamos reducidos aquí á no hablar; mírenos usted oscuramente envueltos en nuestras capas, hablando por dentro del embozo, desconfiando de nuestros padres y de nuestros hermanos... Parece que hemos cometido todos ó vamos á cometer algun delito... Imite usted nuestro ejemplo, que en ello le va mas de lo que le parece. »

¿Hay cosa mas rara? ¡Un hombre que vive de lo que otros hablan! ¿Y dicen que los batuecos no son industriosos para vivir? . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Va á edificarse un monumento que podrá dar gloria á las Batuecas; el plan es colosal, la idea magnífica; la ejecucion asombrosa; pero hay un defecto, un defecto tambien colosal : me apresuro : yo le haré conocer, yo le haré desaparecer. « Señor don Timoteo, traigo un artículo para usted : insértemele usted en su miscelánea. — Ah! Esto? Es imposible. — Imposible! » Y me añade al oido : Usted no sabe que el sugeto que ha propuesto el plan se llama D. Y. Z. — Bien pudiera llamarse así ese sugeto y corregirse el defecto. — Pero es pariente del señor... — ¿Y no pudiera seguir siendo su pariente despues de desaparecer el defecto? — Cierto; no me entiende usted; es mal enemigo, y no me atrevo á insertarlo. »

¡Oh inagotable capítulo de las consideraciones! Por todos lados adonde nos volvamos para marchar encontramos con la pared. ¡Qué de elogios no merece esta noble moderacion, este respeto á las personas que pueden entre los batuecos!

Encuéntrome con un escritor público. « Señor bachiller, ¿qué le parecen á usted mis escritos? — Hombre, me parece que no hay nada que pedirles, porque nada tienen. — ¡Siempre ha de decir usted cosas!... — ¡Y usted nunca ha de decir cosas! ¿Porqué no fulmina usted el anatema de la crítica contra ciertas obras que nos inundan? — ¡Ay amigo! Los autores han descubierto el gran secreto para que no les critiquen sus obras. Zurcen un libro. ¿Son vaciedades? No importa. ¿Para qué son las dedicatorias? Buscan un nombre ilustre, encabezan con él su mamotreto, dicen que se lo dedican, aunque nadie sepa lo que quiere decir eso de dedicar un libro que uno hace á otro que nada tiene de comun con el tal libro, y con ese talisman caminan seguros de ofensas ajenas. Ampáranse como los niños en las faldas de mamá para que papá no los pegue. — ¿Porqué no pinta usted el desórden de nuestras costumbres y de nuestras... — ¡Ah! ¿No conoce usted el país? ¿Yo satírico? ¡Si tuviera el vulgo la torpeza de entender las cosas como se dicen! Pero es tanta la penetracion de estos batuecos, que adivinan el original del retrato que usted no ha hecho. Dice usted que es ridículo el ser un *calzonazos;* y que es un pobre hombre todo Juan Lanas, y sale un importante de estos que á costa

de tener reputacion se conforman con tenerla mala, y exclama á voces: ¡Señores! ¿Saben ustedes quién es ese Juan Lanas de quien habla el satírico? Ese Juan Lanas soy yo: porque para eso de entender alusiones no hay hombres como los batuecos.— Hombre, ¿qué ha de ser usted? Si el autor no le conoce siquiera...—No importa; apuesto mi cabeza á que soy yo; y os pone un cartel de desafío, y no hay sino dejaros matar, porque él es un necio.— ¿Quién es aquella *sultana del Oriente?* le dicen á usted.— Cualquiera que se halle en ese caso, responde usted.— ¡Picarillo! le reponen; sí, á mí con esas... Esa es la X***. Como si no hubiere mas que una en Madrid.— Agregue usted á esto que la naturaleza reparte sus dones con economía, y dando fuerzas á aquel á quien negó el talento, corre el satírico gran riesgo en las Batuecas de que su cabeza se encuentre en el mismo camino de un garrote, encuentro siempre que puede traer peores consecuencias para la primera que para el segundo.— Bien, pues no sea usted satírico: sea usted justo no mas. Cuando representan pésimamente una comedia, cuando cantan rabiando una ópera, cuando es la decoracion mezquina, ¿porqué no levanta su voz? — Con gente del teatro nunca se las haya usted. Cervantes lo dijo. Nunca les falta algun campeon que defenderá su pleito, campeon formidable. Además es ese un teclado en que no se ve mas que el exterior: nunca se sabe quien le toca: detrás del retablo y de esas figuritas de pasta de Gaiferos y los moros, debajo del parche de Maese Pedro está Ginesillo de Pasamonte que los mueve: ¡ay! no tome usted la defensa de la infeliz Melisendra, no desbarate las figuras, que si la mona se escapa al tejado, si rompe la ilusion, si destroza las muñecas, las pagará caras. Esa es, en fin, materia sagrada, y *nadie las mueva, que estar no pueda con Roldan á prueba.* — Pero, señor, nunca se ha ahorcado á nadie por decir que fulano es mal cómico. — Lo que se ha hecho, señor bachiller, y lo que se hará, mejor se está callado. — Se reclama, se apela... — Señor Munguia, quiero contarle á usted un cuentecillo, y es caso ocurrido no ha muchos meses en un lugarcito de las Batuecas.

« Corríanse un dia novillos, y contra la costumbre establecida en esos pueblos de salir enmaromado el animal, bien como debian andar por el mundo muchos animales de asta que yo conozco para que no hicieran daño, hubieron de determinarse á dejarle suelto por las calles. Capeábanle los mozos alegremente, y fué el caso que uno de ellos, mas valenton que sus compatriotas, en vez de sortear al novillo se dejó sortear por él, notable equivocacion: enganchóle el asta retorcida de la faja que en la cintura traia, y aun no se sabe cuáles hubieran sido las vicisitudes del jaque á no haber acudido en su auxilio dos primos suyos, movidos de aquel impulso natural que todos tenemos de amparar á los que andan enredados con animales cornudos. Soltáronle en efecto. Pero como quiera que los novillos no valgan nada cuando no hacen algunas de las suyas, amotinóse en la plaza la parcialidad contraria á nuestro jaque, clamando que para eso no se sacaba al novillo, y que el que no supiese torear la pagase, y que habia sido una mala partida meterse entre dos que riñen á su salvo: que aquello de ayudar al capeador habia sido una alevosía con-

tra el toro; y aun es fama que alguno de los mas leidos, que debia ser sobrino del cura, trató aquello de traicion semejante á la de Beltran Claquin, como le llama nuestro Mariana, cuando volviendo lo de abajo arriba dijo en Montiel: *Ni quito ni pongo rey*. Como quiera que fuese, creció la zambra, enronqueciéronse las voces, alzáronse los palos, y no se sabe en qué hubiera parado aquella nueva discordia de Agramante, á no haberse aparecido en medio de la confusion la divina Astrea, disfrazada en figura de alcalde, que el mismo diablo no la conociera, con medio pino en la mano en vez de balanza y sin venda, porque es sabido que el que no ve con los ojos abiertos, excusa tapárselos para no ver; y á su decision prometieron resignarse todos. Alegaron las partes, escuchólas á entrambas aquel rústico Lain Calvo, que fué milagro que se cansó en oirlas para sentenciar (aunque hay quien asegura que se durmió mientras hablaron), y dijo en conclusion alzando la voz estentórea: «Señores, por la vara que tengo en la mano, y tenia el tal medio pino que llevamos referido, juro á brios que me he enterado, aunque me esté mal el decirlo: y condeno á los dos primos á una multa para mis urgencias, es decir, para las urgencias de la justicia, que soy yo, por haber quitado la accion al animal; y declaro que en lo sucesivo nadie sea osado á ayudar en funcion de esta clase á ningun mozo, por lo menos hasta despues de la primera embestida, porque el primer golpe es de derecho del toro, y nadie se le puede quitar. Y Dios sea con todos.» Con cuya decision debió quedar el pueblo sosegado y usted convencido. ¿Me ha entendido usted, señor bachiller? Pregúntolo porque, si no me ha entendido ahora, excusa hacer mas preguntas, que ya nunca me entenderá.

«Así, pues, líbrese de la primera embestida, y no lo deje para la segunda; y desengáñese, que en las Batuecas si nos quita el adular, nos quita el vivir; es preciso contentarse con decir en todo papel impreso, que la comedia estuvo de lo lindo; que todos los actores, inclusos los que no la representaron, se sobrepujaron á sí mismos, que es frase que quiere decir mucho aunque no hay un cristiano que la entienda; que la decoracion fué cosa exquisita; que el público anduvo acertado en aplaudirla; que la invencion última es el *summum* del saber humano; que el edificio y que la fuente, y que el monumento son otras tantas maravillas; que aquella otra cosa está planteada sobre las bases mas sólidas y los auspicios mas felices; que la paz y la gloria, y la dicha y el contento llegaron á su colmo; que el cólera no viene á las Batuecas porque describe triángulos acutángulos, y es cosa averiguada que todo el que describe esta figura al andar no puede pasar de cierto punto; entreverar un articulejo de volapiés, que esto á nadie ofende sino al toro; ingerir tal cual exámen analítico de la obra última entre si diré, si no diré lo que hay en la materia, tal cual anacreóntica, donde se le digan á Filis cuatro frioleras de gusto, con su poco de acertijo, y algun sonetuelo de circunstancias, que es cosa que sabe como cada fruta en su tiempo, y en las demás materias ¡chiton! que las noticias no son para dadas, la política no es planta del país, la opinion es solo del tonto que la tiene, y la verdad estése en su punto. Además de que la lengua se

nos ha dado para callar, bien así como se nos dió el libre albedrío para hacer solo el gusto de los demás, los ojos para ver solo lo que nos quieran enseñar, los oidos para solo oir lo que nos quieran decir, y los piés para caminar adonde nos lleven.

« Y á alguno conozco yo, señor bachiller, que argüia á uno de estos que pregonan la felicidad presente ; y arguyéndole con ejemplos bien palpables, le repetia á cada punto : ¿Con que estamos bien ? A lo que le fué respondido como respondió Bossuet al jorobado : « Para batuecos, amigo mio, no podemos estar mejor. »

Así ves, Andrés mio, á los batuecos, á quienes una larga costumbre de callar ha entorpecido la lengua, no acertar á darse mutuamente los buenos dias, tener miedo pazguatos y apocados á su propia sombra cuando se la encuentran á su lado en una pared, y guardándose consideraciones á sí mismos por no hacerse enemigos, sucediéndoles precisamente que se mueren de miedo de morirse, que es la especie de muerte mas miserable de que puede hombre morir. Bien como le sucedió á un enfermo á quien un médico brusista habia mandado no comer si queria evitar la muerte, que comiendo, segun decia, le amenazaba ; el cual á poco tiempo de este régimen dietético se murió de hambre.

Por lo demás, querido Andrés, te confieso que trae muchas ventajas el no hablar, y no quiero citarte para convencerte entre otros ejemplos sino el pícaro resultado y la larga cola, que mas bien parece maza que cola, que nos han traido aquellas palabras que se hablaron en los principios del mundo, esto es, las que dijo á Eva la serpiente acerca del asunto de la manzana : trance primero en que empezó ya á hacer la lengua de las suyas, y á dar á conocer para qué habia de servir en el mundo Sin lengua, ¿qué seria, Andrés, de los chismosos, canalla tan perjudicial en cualquiera república bien ordenada ? ¿ qué de los abogados ? Ni existiera sin lengua la mentira, ni hubiera sido precisa la invencion de la mordaza, ni entrara nunca el pecado por los oidos, ni hubiera murmuradores ni bachilleres, que son el gusano y polilla de todo buen órden. Con lo cual creo haberte convencido de otra ventaja que llevan los batuecos á los demás hombres, y de qué cosa sea tan especial el miedo, ó llámese la prudencia, que á tal silencio los reduce. Te diré mas todavía : en mi opinion no habrán llegado al colmo de su felicidad mientras no dejen de hablar eso mismo poco que hablan, aunque no es gran cosa, y semeja solo el suave é interrumpido murmullo del viento cuando silba por entre las ramas de los cipreses de un vasto cementerio ; entonces gozarán de la paz del sepulcro, que es la paz de las paces Y para que veas que no es solo Dios el que desapruebe el hablar demasiado, como arriba llevo apuntado, te traeré otra autoridad recordándote al famoso filósofo griego (y no me hagas gestos al oir esto de filósofo), que enseñaba á sus discípulos por espacio de cinco años á callar antes de enseñarles ninguna otra cosa, que fué idea peregrina, y seria aquella cátedra lo que habria que oir, de donde concluyo, porque me canso, que cada batueco es un Platon, y no me parece que lo ha encarecido poco tu amigo el bachiller.

P. D. Se me olvidaba decirte que á mi última salida de las Batuecas se susurraba que hablaban ya. ¡Pobres batuecos! ¡Y ellos mismos se lo creian!

MANIA DE CITAS Y DE EPIGRAFES.

Hombres conocemos para quienes seria cosa imposible empezar un escrito cualquiera sin echarlo delante, á manera de peon caminero, un epígrafe que la vaya abriendo el camino, y salpicarlo todo despues de citas latinas y francesas, las cuales, como suelen ir en letra bastardilla, tienen la triple ventaja de hacer muy variada la visualidad del impreso, de manifestar que el autor sabe latin, cosa rara en estos tiempos en que todo el mundo lo aprende, y de probar que ha leido los autores franceses, mérito particular en una época en que no hay español que no trueque toda su lengua por un par de palabritas de por allá. Nosotros como somos tan bobalicones, no sabemos á qué conducen los epígrafes, y quisiéramos que nos lo explicasen, porque en el ínterin que llega este caso, creemos que el pedantismo ha sido siempre en todas las naciones el precursor de las épocas de decadencia de las letras. Verdad es que estamos muy seguros de que no ha de ir á menos nuestra literatura; esto es en realidad caso tan imposible como caerse una cosa que está caida; pero por eso mismo no quisiéramos tener los síntomas de una enfermedad, cuyo único y verdadero antídoto acertamos á poseer.

Si el autor que escribe dice una verdad, y sienta una idea luminosa, no sabemos qué mas valor le han de dar *los pocos sabios que en el mundo han sido* reunidos en su apoyo, y si su asercion es falsa, ó sienta una idea despreciable, no consideremos que haya Horacio ni Aristóteles capaz de disculpar su tontería. Agrégase á esto, que por lo regular suele tergiversarse el sentido de los autores pasados para acomodar su texto á nuestra idea, á veces en materias cuya posible existencia ni siquiera sospechó la docta antigüedad.

Verdad es que el vulgo, que ignora la lengua en que se le trae la cita, suele quedar deslumbrado. Este es el orígen del aplauso y de la algazara que se arma en el teatro siempre que un autor, conocedor del corazon humano, ingiere en su drama uno ó muchos latines, ó palabras técnicas y científicas que entienden pocos; cada cual se apresura á reirse para que no piense el que tiene al lado que no ha entendido toda la picardía de aquella palabra. Tal es la condicion de nuestra pueril vanidad. Sucede tambien que se lee con desprecio ó indiferencia á un autor moderno, y solo se le empieza á respetar desde que se ve la autoridad del antiguo, como si estos hombres con quienes se vive diariamente no fuesen capaces de decir por sí solos cosa alguna que valga la pena de ser leida, porque está probado que no hay cosa para ser tenido en mucho como morirse, á lo cual se agrega que el vulgo ignora cuán fácil

es encontrar en el dia textos para todo, y que es mas difícil tener mucho saber que aparentarlo. Todo esto es verdad, y es lo único que en apoyo de las citas y epígrafes encontramos; pero el hombre verdaderamente superior desprecia estas vulgaridades.

Nosotros, que no somos hombres superiores, ni nos creemos vulgo, tomaremos de buena gana un medio igualmente apartado de ambos extremos, y desearíamos que, mas zelosos de nuestro orgullo nacional, no fuésemos por agua á los rios extranjeros teniéndolos caudalosos en nuestra casa. Cansados estamos ya del *utile dulci* tan repetido, del *lectorem delectando*, etc., del *obscurus fio*, etc., del *parturiens montes*, del *on sera ridicule*, etc., del *C'est un droit qu'à la porte*, etc., y de toda esa antigua retahila de viejísimos proverbios literarios desgastados bajo la pluma de todos los pedantes, y que, por buenos que sean, han perdido ya para nuestro paladar, como manjar repetido, toda su antigua novedad y su picante sainete.

Creemos que casi todo está dicho y escrito en castellano. No atreviéndonos, pues, á desterrar del todo esta manía, porque el vulgo no crea que sabemos menos, ó tenemos menos libros que nuestros hermanos en Apolo, traeremos siempre en nuestro apoyo autoridades españolas, que no nos han de faltar aunque tratásemos de poner á cada artículo siete epígrafes y cincuenta citas, como lo hacia cierto Duende satírico de pícara recordacion, que algunas veces se las hemos contado; de suerte que no habia modo de entrar á sus cuadernos sino atropellando á una infinidad de varones respetables que le esperaban al pobre lector á la puerta, como para darle una cencerrada al ver donde se metia.

Sin embargo, por si el público curioso dudase de nuestra mucha latinidad y de nuestros adelantamientos en la lengua francesa, nos reservamos el derecho de darle al fin de la publicacion de nuestros números, si lo creyésemos conducente para nuestra buena opinion, una listita de los epígrafes y citas mas ó menos oportunas que hubiéramos podido usar en el discurso de nuestras habladurías, lo cual podremos hacer cómodamente, aun sin saber mucho latin ni francés, con solo echarnos á copiarlos de los libros y papeles que andan impresos, que cada uno trae por lo menos en su frontis su epígrafe, que le viene bien, además de muchas citas en el discurso de la obra, que le vienen mal, y de otras que de ninguna manera le vienen ni bien ni mal.

EL CASARSE PRONTO Y MAL.

Así como tengo aquel sobrino de quien he hablado en mi artículo de empeños y desempeños, tenia otro no hace mucho tiempo, que en esto suele venir á parar el tener hermanos. Este era hijo de una mi hermana, la cual habia recibido aquella educacion que se daba en España no hace ningun siglo: es decir, que en casa se rezaba diariamente el rosario, se

leia la vida del santo, se oia misa todos los dias, se trabajaba los de labor, se paseaba las tardes de los de guardar, se velaba hasta las diez, se estrenaba vestido el domingo de Ramos, y andaba siempre señor padre, que entonces no se llamaba *papá*, con la mano mas besada que reliquia vieja, y registrando los rincones de la casa, temeroso de que las muchachas, ayudadas de su cuyo, hubiesen á las manos algun libro de los prohibidos, ni menos aquellas novelas que, como solia decir, á pretexto de inclinar á la virtud, enseñan desnudo el vicio. No diremos que esta educacion fuese mejor ni peor que la del dia; solo sabemos que vinieron los franceses, y como aquella buena ó mala educacion no estribaba en mi hermana en principios ciertos, sino en la rutina y en la opresion doméstica de aquellos terribles padres del siglo pasado, no fué necesaria mucha comunicacion con algunos oficiales de la guardia imperial para echar de ver que si aquel modo de vivir era sencillo y arreglado, no era sin embargo el mas divertido. ¿Qué motivo habrá efectivamente que nos persuada que debemos en esta corta vida pasarlo mal, pudiendo pasarlo mejor? Aficionóse mi hermana de las costumbres francesas, y ya no fué el pan pan, ni el vino vino: casóse, y siguiendo en la famosa jornada de Vitoria la suerte del tuerto Pepe Botellas, que tenia dos ojos muy hermosos y nunca bebia vino, emigró á Francia.

Excusado es decir que adoptó mi hermana las ideas del siglo; pero como esta segunda educacion tenia tan malos cimientos como la primera, y como quiera que esta débil humanidad nunca sepa detenerse en el justo medio, pasó del Año cristiano á Pigault Lebrun, y se dejó de misas y devociones, sin saber mas ahora porqué las dejaba que antes porqué las tenia. Dijo que el muchacho se habia de educar como convenia; que podria leer sin órden ni método cuanto libro le viniese á las manos, y qué sé yo qué mas cosas decia de la ignorancia y del fanatismo, de las luces y de la ilustracion, añadiendo que la religion era un convenio social en que solo los tontos entraban de buena fe, y del cual el muchacho no necesitaba para mantenerse bueno; que *padre* y *madre* eran cosa de brutos, y que á *papá* y *mamá* se les debia tratar de *tú*, porque no hay amistad que iguale á la que une á los padres con los hijos (salvo algunos secretos que guardarán siempre los segundos de los primeros, y algunos soplamocos que darán siempre los primeros á los segundos): verdades todas que respeto tanto ó mas que las del siglo pasado, porque cada siglo tiene sus verdades, como cada hombre tiene su cara.

No es necesario decir que el muchacho, que se llamaba Augusto, porque ya han caducado los nombres de nuestro calendario, salió despreocupado, puesto que la despreocupacion es la primera preocupacion de este siglo.

Leyó, hacinó, confundió; fué superficial, vano, presumido, orgulloso, terco, y no dejó de tomarse mas rienda de la que se le habia dado. Murió, no sé á qué propósito, mi cuñado, y Augusto regresó á España con mi hermana toda aturdida de ver lo brutos que estamos por acá todavía los que no hemos tenido como ella la dicha de emigrar; y trayéndonos entre otras cosas noticias ciertas de cómo no habia Dios, porque eso se

sabe en Francia de muy buena tinta. Por supuesto que no tenia el muchacho quince años y ya galleaba en las sociedades, y citaba, y se metia en cuestiones, y era hablador, y raciocinador como todo muchacho bien educado; y fué el caso que oia hablar todos los dias de aventuras escandalosas y de los amores de fulanita con la menganita, y le pareció en resumidas cuentas cosa precisa para hombrear enamorarse.

Por su desgracia acertó á gustar á una jóven, personita muy bien educada tambien, la cual es verdad que no sabia gobernar una casa, pero se embaulaba en el cuerpo en sus ratos perdidos, que eran para ella todos los dias, una novela sentimental con la mas desatinada aficion que en el mundo jamás se ha visto; tocaba su poco de piano y cantaba su poco de aria de vez en cuando, porque tenia una bonita voz de contralto. Hubo guiños y apretones desesperados de piés y manos, y varias epístolas recíprocamente copiadas de la Nueva Eloisa; y no hay mas que decir sino que á los cuatro dias se veian los dos inocentes por la ventanilla de la puerta y escurrian su correspondencia por las rendijas, sobornaba con el mejor fin del mundo á los criados, y por último, un su amigo, que debia de quererle muy mal, presentó al señorito en la casa. Para colmo de desgracia, él y ella, que habian dado principio á sus amores porque no se dijese que vivian sin su trapillo, se llegaron á imaginar primero, y á creer despues á piés juntillas, como se suele muy mal decir, que estaban verdadera y terriblemente enamorados. ¡Fatal credulidad! Los parientes, que previeron en qué podia venir á parar aquella inocente aficion ya conocida, pusieron de su parte todos los esfuerzos para cortar el mal, pero ya era tarde. Mi hermana, en medio de su despreocupacion y de sus luces, nunca habia podido desprenderse del todo de cierta aficion á sus ejecutorias y blasones, porque hay que advertir dos cosas: 1ª que hay despreocupados por este estilo; y 2ª que somos nobles, lo que equivale á decir, que desde la mas remota antigüedad nuestros abuelos no han trabajado para comer. Conservaba mi hermana este apego á la nobleza, aunque no conservaba bienes; y esta es una de las razones por que estaba mi sobrinito destinado á morirse de hambre si no se le hacia meter la cabeza en alguna parte, porque eso de que hubiera aprendido un oficio, ¡oh! ¿qué hubieran dicho los parientes y la nacion entera? Averiguóse, pues, que no tenia la niña un orígen tan preclaro, ni mas dote que su instruccion novelesca y sus *duettos*, fincas que no bastan para sostener el boato de unas personas de su clase. Averiguó tambien la parte contraria que el niño no tenia empleo, y dándosele un bledo de su nobleza, hubo aquello de decirle: « Caballerito, ¿con qué objeto entra usted en mi casa?— Quiero á Elenita, respondió mi sobrino. — ¿Y con qué fin, caballerito? — Para casarme con ella. — Pero no tiene usted empleo ni carrera. — Eso es cuenta mia... — Sus padres de usted no consentirán .. — Sí señor, usted no conoce mis papás. — Perfectamente; mi hija será de usted en cuanto me traiga una prueba de que puede mantenerla, y el permiso de sus padres; pero en el ínterin, si usted la quiere tanto, excuse por su mismo decoro sus visitas. — Entiendo. — Me alegro, caballerito; » y quedó

nuestro Orlando hecho una estatua, pero bien decidido á romper por todos los inconvenientes.

Bien quisiéramos que nuestra pluma, mejor cortada, se atreviese á trasladar al papel la escena de la niña con la mamá; pero diremos en suma que hubo prohibicion de salir y de asomarse al balcon, y de corresponder al mancebo, á todo lo cual la malva respondió con cuatro desvergüenzas acerca del libre albedrío y de la libertad de la hija para escoger marido, y no fueron bastantes á disuadirla las reflexiones acerca de la ninguna fortuna de su elegido: todo era para ella tiranía y envidia que los papás tenian de sus amores y de su felicidad; concluyendo que en los matrimonios era lo primero el amor, que en cuanto á comer, ni eso hacia falta á los enamorados, porque en ninguna novela se dice que coman las Amandas y los Mortimers, ni nunca les habian de faltar unas sopas de ajo.

Poco mas ó menos fué la escena de Augusto con mi hermana, porque aunque no sea legítima consecuencia, tambien concluia de que los padres no deben tiranizar á los hijos, que los hijos no deben obedecer á los padres : insistia en que era independiente; que en cuanto á haberle criado y educado nada le debia, pues lo habia hecho por una obligacion imprescindible, y á lo del ser que le habia dado, menos, pues no se lo habia dado por él, sino por las razones que dice nuestro Cadalso entre otras lindezas sutilísimas de este jaez.

Pero insistieron tambien los padres, y despues de haber intentado infructuosamenie varios medios de seduccion y rapto, no dudó nuestro paladin, vista la obstinacion de las familias, en recurrir al medio en boga de sacar á la niña por el vicario; púsose el plan en ejecucion y á los quince dias mi sobrino habia reñido ya decididamente con su madre; habia sido arrojado de su casa, privado de sus cortos alimentos, y Elena depositada en poder de una potencia neutral; pero se entiende, de esta especie de neutralidad que se usa en el dia; de suerte que nuestra Angélica y Medoro se veian mas cada dia, y se amaban mas cada noche. Por fin amaneció el dia feliz, otorgóse la demanda; un amigo prestó á mi sobrino algun dinero, uniéronse con el lazo conyugal, estableciéronse en su casa, y nunca hubo felicidad igual á la que aquellos buenos hijos disfrutaron mientras duraron los pesos duros del amigo.

Pero¡ oh dolor! pasó un mes y la niña no sabia mas que acariciar á su Medoro, cantarle una aria, ir al teatro y bailar una mazurca; y Medoro no sabia mas que disputar. Ello sin embargo el amor no alimenta, y era indispensable buscar recursos.

Mi sobrino salia de mañana á buscar dinero, cosa mas difícil de encontrar de lo que parece, y la vergüenza de no poder llevar á su casa con que dar de comer á su mujer le detenia hasta la noche. Pasemos un velo sobre las escenas horribles de tan amarga posicion. Mientras que Augusto pasa el dia lejos de ella en sufrir humillaciones, la infeliz consorte gime luchando entre los zelos y la rabia. Todavía se quieren; pero en casa donde no hay harina todo es mohina; las mas inoceutes expresiones se interpretan en la lengua del mal humor como ofensas mor-

tales; el amor propio ofendido es el mas seguro antídoto del amor, y las injurias acaban de apagar un resto de la antigua llama que amortiguada en ambos corazones ardia; se suceden unos á otros los reproches; y el infeliz Augusto insulta á la mujer que le ha sacrificado su familia y su suerte, echándole en cara aquella desobediencia á la cual no ha mucho tiempo él mismo la inducia; á los continuos reproches se sigue en fin el odio.

¡Oh si hubiera quedado aquí el mal! Pero un resto de honor mal entendido que bulle en el pecho de mi sobrino, y que le impide prestarse para sustentar á su familia á ocupaciones groseras, no le impide precipitarse en el juego, y en todos los vicios y bajezas, en todos los peligros que son su consecuencia. Corramos de nuevo, corramos un velo sobre el cuadro á que dió la locura la primera pincelada, y apresurémonos á dar nosotros la última.

En este miserable estado pasan tres años, y ya tres hijos mas rollizos que sus padres alborotan la casa con sus juegos infantiles. Ya el himeneo y las privaciones han roto la venda que ofuscaba la vista de los infelices: aquella amabilidad de Elena es coquetería á los ojos de su esposo; su noble orgullo, insufrible altanería; su garrulidad divertida y graciosa, locuacidad insolente y cáustica: sus ojos brillantes se han marchitado, sus encantos están ajados, su talle perdió sus esbeltas formas, y ahora conoce que sus piés son grandes y sus manos feas; ninguna amabilidad, pues, para ella, ninguna consideracion. Augusto no es á los ojos de su esposa aquel hombre amable y seductor, flexible y condescendiente; es un holgazan, un hombre sin ninguna habilidad, sin talento alguno, zeloso y soberbio, déspota y no marido... en fin, ¡cuánto mas vale el amigo generoso de su esposo, que les presta dinero, y les promete aun proteccion! ¡Qué movimiento en él! ¡qué actividad! ¡qué heroismo! ¡qué amabilidad! ¡qué adivinar los pensamientos y prevenir los deseos! ¡qué no permitir que ella trabaje en labores groseras! ¡qué asiduidad, y qué delicadeza en acompañarla los dias enteros que Augusto la deja sola! ¡qué interés, en fin, el que se toma cuando le descubre por su bien que su marido se distrae con otra!...

¡Oh poder de la calumnia y de la miseria! Aquella mujer que, si hubiera escogido un compañero que la hubiera podido sostener, hubiera sido acaso una Lucrecia, sucumbe por fin á la seduccion y á la falaz esperanza de mejor suerte.

Una noche vuelve mi sobrino á su casa; sus hijos están solos.—¿Y mi mujer? ¿y sus ropas?— Corre á casa de su amigo.—¿No está en Madrid? ¡Cielos! ¡Qué rayo de luz! ¿Será posible? Vuela á la policía, se informa. Una jóven de tales y tales señas con un supuesto hermano han salido en la diligencia para Cádiz. Reune mi sobrino sus pocos muebles, los vende, toma un asiento en el primer carruaje, y hétele persiguiendo á los fugitivos. Pero le llevan mucha ventaja, y no es posible alcanzarlos hasta el mismo Cádiz. Llega; son las diez de la noche, corre á la fonda que le indican, pregunta, sube precipitadamente la escalera, le señalan un cuarto cerrado por dentro; llama; la voz que le responde le es harto conocida y resuena en su corazon; redobla los golpes; una persona des-

nuda levanta el pestillo. Augusto ya no es hombre, es un rayo que cae en la habitacion; un chillido agudo le convence de que le han conocido; asesta una pistola, de dos que trae, al seno de su amigo, y el seductor cae revolcándose en su sangre; persigue á su miserable esposa, pero una ventana inmediata se abre y la adúltera, poseida del terror y de la culpa, se arroja sin reflexionar de una altura de mas de sesenta varas. El grito de la agonía le anuncia su última desgracia y la venganza mas completa; sale precipitado del teatro del crímen, y encerrándose, antes que le sorprendan, en su habitacion, coge aceleradamente la pluma y apenas tiene tiempo para dictar á su madre la carta siguiente:

« Madre mia, dentro de media hora no existiré; cuidad de mis hijos, y si quereis hacerlos verdaderamente despreocupados, empezad por instruirlos... Que aprendan en el ejemplo de su padre á respetar lo que es peligroso despreciar sin tener antes mas sabiduría. Si no les podeis dar otra cosa mejor, no les quiteis una religion consoladora. Que aprendan á domar sus pasiones y á respetar á aquellos á quien lo deben todo. Perdonadme mis faltas: harto castigado estoy con mi deshonra y mi crímen; harto cara pago mi falsa preocupacion. Perdonadme las lágrimas que os hago derramar. A Dios para siempre. »

Acabada esta carta, se oyó otra detonacion que resonó en toda la fonda, y la catástrofe que le sucedió me privó para siempre de un sobrino, que con el mas bello corazon se ha hecho desgraciado á sí y á cuantos le rodean.

No hace dos horas que mi desgraciada hermana, despues de haber leido aquella carta, y llamádome, para mostrármela, postrada en su lecho, y entregada al mas funesto delirio, ha sido desahuciada por los médicos.

« Hijo... despreocupacion... boda... religion... infeliz... » son las palabras que vagan errantes sobre sus labios moribundos. Y esta funesta impresion, que domina en mis sentidos tristemente, me ha impedido dar hoy á mis lectores otros artículos mas joviales que para mejor ocasion les tengo reservados.

EL CASTELLANO VIEJO.

Ya en mi edad pocas veces gusto de alterar el órden que en mi manera de vivir tengo hace tiempo establecido, y fundo esta repugnancia en que no he abandonado mis lares ni un solo dia para quebrantar mi sistema, sin que haya sucedido el arrepentimiento mas sincero al desvanecimiento de mis engañadas esperanzas. Un resto, con todo eso, del antiguo ceremonial que en su trato tenian adoptado nuestros padres, me obliga á aceptar á veces ciertos convites á que pareceria el negarse grosería, ó por lo menos ridícula afectacion de delicadeza.

Andábame dias pasados por esas calles á buscar materiales para mis artículos. Embebido en mis pensamientos, me sorprendí varias veces á

mí mismo riendo como un pobre hombre de mis propias ideas y moviendo maquinalmente los labios, algun tropezon me recordaba de cuando en cuando que para andar por el empedrado de Madrid no es la mejor circunstancia la de ser poeta ni filósofo; mas de una sonrisa maligna, mas de un gesto de admiracion de los que á mi lado pasaban, me hacia reflexionar que los soliloquios no se deben hacer en público; y no pocos encontrones que al volver las esquinas dí con quien tan distraida y rápidamente como yo las doblaba, me hicieron conocer que los distraidos no entran en el número de los cuerpos elásticos, y mucho menos de los seres gloriosos é impasibles. En semejante situacion de espíritu, ¿qué sensacion no deberia producirme una horrible palmada que una gran mano, pegada (á lo que por entonces entendí) á un grandísimo brazo, vino á descargar sobre uno de mis hombros, que por desgracia no tienen punto alguno de semejanza con los de Atlante?

No queriendo dar á entender que desconocia este enérgico modo de anunciarse, ni desairar el agasajo de quien sin duda habia creido hacérmele mas que mediano, dejándome torcido para todo el dia, traté solo de volverme por conocer quién fuese tan mi amigo para tratarme tan mal; pero mi castellano viejo es hombre que cuando está de gracias no se ha de dejar ninguna en el tintero. ¿Cómo dirá el lector que siguió dándome pruebas de confianza y cariño? Echóme las manos á los ojos, y sujetándome por detrás: «¿Quién soy?» gritaba, alborozado con el buen éxito de su delicada travesura. «¿Quién soy? — Un animal,» iba á responderle; pero me acordé de repente de quien podria ser, y sustituyendo cantidades iguales: «*Braulio eres*,—» le dije. Al oirme, suelta sus manos, rie, se aprieta los ijares, alborota la calle, y pónenos á entrambos en escena. «¡Bien, mi amigo! ¿Pues en qué me has conocido? —¿Quién pudiera sino tú?...—¿Has venido ya de tu Vizcaya? — No, Braulio, no he venido. —Siempre el mismo genio. ¿Qué quieres? es la pregunta del español. ¡Cuánto me alegro de que estés aquí! ¿Sabe que mañana son mis dias? — Te los deseo muy felices. — Déjate de cumplimientos entre nosotros; ya sabes que yo soy franco y castellano viejo: el pan pan y el vino vino; por consiguiente exijo de tí que no vayas á dármelos; pero estás convidado.— ¿A qué? — A comer conmigo. — No es posible. — No hay remedio. — No puedo, insisto temblando. — ¿No puedes? — Gracias. — ¿Gracias? Vete á paseo; amigo, como no soy el duque de F..., ni el conde de P...» ¿Quién se resiste á una sorpresa de esta especie? ¿quién quiere parecer vano? «No es eso, sino que... — Pues si no es eso, me interrumpe, te espero á las dos: en casa se come á la española; temprano. Tengo mucha gente; tendremos al famoso X. que nos improvisará de lo lindo; T. nos cantará de sobremesa una rondeña con su gracia natural; y por la noche J. cantará y tocará alguna cosilla.» Esto me consoló algun tanto, y fué preciso ceder; un dia malo, dije para mí, cualquiera lo pasa; en este mundo para conservar amigos es preciso tener el valor de aguantar sus obsequios. «No faltarás, si no quieres que riñamos. — No faltaré,» dije con voz exánime y ánimo decaido, como el zorro que se revuelve inútilmente den-

tro de la trampa donde se ha dejado coger. « Pues hasta mañana; y me dió un torniscon por despedida. Víle marchar como el labrador ve alejarse la nube de su sembrado, y quedéme discurriendo cómo podian entenderse estas amistades tan hostiles y tan funestas.

Ya habrá conocido el lector, siendo tan perspicaz como yo le imagino, que mi amigo Braulio está muy lejos de pertenecer á lo que se llama gran mundo y sociedad de buen tono; pero no es tampoco un hombre de la clase inferior, puesto que es un empleado de los de segundo órden, que reune entre su sueldo y su hacienda cuarenta mil reales de renta; que tiene una cintita atada al ojal, y una crucecita á la sombra de la solapa; que es persona, en fin, cuya clase, familia y comodidades de ninguna manera se oponen á que tuviese una educacion mas escojida y modales mas suaves é insinuantes. Mas la vanidad le ha sorprendido por donde ha sorprendido casi siempre á toda ó á la mayor parte de nuestra clase media, y á toda nuestra clase baja. Es tal su patriotismo, que dará todas las lindezas del extranjero por un dedo de su país. Esta ceguedad le hace adoptar todas las responsabilidades de tan inconsiderado cariño; de paso que defiende que no hay vinos como los españoles, en lo cual bien puede tener razon, defiende que no hay educacion como la española, en lo cual bien pudiera no tenerla; á trueque de defender que el cielo de Madrid es purísimo, defenderá que nuestras manolas son las mas encantadoras de todas las mujeres; es un hombre, en fin, que vive de exclusivas, á quien le sucede poco mas ó menos lo que á una parienta mia, que se muere por las jorobas solo porque tuvo un querido que llevaba una excrecencia bastante visible sobre entrambos omoplatos.

No hay que hablarle, pues, de estos usos sociales, de estos respetos mutuos, de estas reticencias urbanas, de esa delicadeza de trato que establece entre los hombres una preciosa armonía, diciendo solo lo que debe agradar y callando siempre lo que puede ofender. Él se muere *por plantarle una fresca al lucero del alba*, como suele decir, y cuando tiene un resentimiento, se le *espeta á uno cara á cara*. Como tiene trocados todos los frenos, dice de los cumplimientos que ya sabe lo que quiere decir *cumplo y miento;* llama á la urbanidad hipocresía, y á la decencia monadas; á toda cosa buena le aplica un mal apodo; el lenguaje de la finura es para él poco mas que griego: cree que toda la crianza está reducida á decir *Dios guarde á ustedes* al entrar en una sala, y añadir *con permiso de usted* cada vez que se mueve; á preguntar á cada uno por toda su familia, y á despedirse de todo el mundo; cosas todas que así se guardará él de olvidarlas como de tener pacto con franceses. En conclusion, hombres de estos que no saben levantarse para despedirse sino en corporacion con alguno ó algunos otros, que han de dejar humildemente debajo de una mesa su sombrero, que llaman *su cabeza*, y que cuando se hallan en sociedad por desgracia sin un socorrido baston, darian cualquier cosa por no tener manos ni brazos, porque en realidad no saben dónde ponerlos, ni qué cosa se puede hacer con los brazos en una sociedad.

Llegaron las dos, y como yo conocia ya á mi Braulio, no me pareció conveniente acicalarme demasiado para ir á comer; estoy seguro de que se hubiera picado: no quise sin embargo excusar un frac de color y un pañuelo blanco, cosa indispensable en un dia de dias en semejantes casas; vestíme sobre todo lo mas despacio que me fué posible, como se reconcilia al pié del suplicio el infeliz reo, que quisiera tener cien pecados mas cometidos que contar para ganar tiempo; era citado á las dos, y entré en la sala á las dos y media.

No quiero hablar de las infinitas visitas ceremoniosas que antes de la hora de comer entraron y salieron en aquella casa, entre los cuales no eran de despreciar todos los empleados de su oficina con sus señoras y sus niños, y sus capas, y sus paraguas, y sus chanclos, y sus perritos; déjome en blanco los necios cumplimientos que dijeron al señor de los dias; no hablo del inmenso círculo con que guarnecia la sala el concurso de tantas personas heterogéneas, que hablaron de que el tiempo iba á mudar, y de que en invierno suele hacer mas frio que en verano. Vengamos al caso: dieron las cuatro, y nos hallamos solos los convidados. Desgraciadamente para mí, el señor de X., que debia divertirnos tanto, gran conocedor de esta clase de convites, habia tenido la habilidad de ponerse malo aquella mañana; el famoso T. se hallaba oportunamente comprometido para otro convite; y la señorita que tan bien habia de cantar y tocar estaba ronca en tal disposicion que se asombraba ella misma de que se la entendiese una sola palabra, y tenia un panadizo en un dedo. ¡Cuántas esperanzas desvanecidas!

« Supuesto que estamos los que hemos de comer, exclamó don Braulio, vamos á la mesa, querida mia. — Espera un momento, le contestó su esposa casi al oido, con tanta visita yo he faltado algunos momentos de allá dentro y.... — Bien, pero mira que son las cuatro.... — Al instante comeremos.... » Las cinco eran cuando nos sentábamos á la mesa.

« Señores, dijo el anfitrion al vernos titubear en nuestras respectivas colocaciones, exijo la mayor franqueza; en mi casa no se usan cumplimientos. ¡Ah, Fígaro! quiero que estés con toda comodidad; eres poeta, y además estos señores, que saben nuestras íntimas relaciones, no se ofenderán si te prefiero; quítate el frac, no sea que le manches. — ¿Qué tengo de manchar? le respondí, mordiéndome los labios. — No importa, te daré una chaqueta mia, siento que no haya para todos. — No hay necesidad. — ¡Oh! sí, sí, ¡mi chaqueta! Toma, mírala; un poco ancha te vendrá. — Pero, Braulio... — No hay remedio, no te andes con etiquetas; » y en esto me quita él mismo el frac, *velis*, *nolis*, y quedo sepultado en una cumplida chaqueta rayada, por la cual solo asomaba los piés y la cabeza, y cuyas mangas no me permitirian comer probablemente. Díle las gracias: al fin el hombre creia hacerme un obsequio.

Los dias en que mi amigo no tiene convidados se contenta con una mesa baja, poco mas que banqueta de zapatero, porque él y su mujer, como dice, ¿para qué quieren mas? Desde la tal mesita, y como se sube el agua del pozo, hace subir la comida hasta la boca, adonde llega

goteando despues de una larga travesía; porque pensar que estas gentes han de tener una mesa regular, y estar cómodos todos los dias del año, es pensar en lo excusado. Ya se concibe, pues, que la instalacion de una gran mesa de convite era un acontecimiento en aquella casa; así que, se habia creido capaz de contener catorce personas que éramos una mesa donde apenas podrian comer ocho cómodamente. Hubimos de sentarnos de medio lado como quien va á arrimar el hombro á la comida, y entablaron los codos de los convidados íntimas relaciones entre sí con la mas fraternal inteligencia del mundo. Colocáronme por mucha distincion entre un niño de cinco años, encaramado en unas almohadas que era preciso enderezar á cada momento porque las ladeaba la natural turbulencia de mi jóven adlátere, y entre uno de esos hombres que ocupan en el mundo el espacio y sitio de tres, cuya corpulencia por todos lados se salia de madre de la única silla en que se hallaba sentado, digámoslo así, como en la punta de una aguja. Desdobláronse silenciosamente las servilletas, nuevas á la verdad, porque tampoco eran muebles en uso para todos los dias, y fueron izadas por todos aquellos buenos señores á los ojales de sus fraques como cuerpos intermedios entre las salsas y las solapas.

« Ustedes harán penitencia, señores, exclamó el Anfitrion una vez sentado; pero hay que hacerse cargo de que no estamos en Genieys; » frase que creyó preciso decir. Necia afectacion es esta, si es mentira, dije yo para mí; y si verdad, gran torpeza convidar á los amigos á hacer penitencia. Desgraciadamente no tardé mucho en conocer que habia en aquella expresion mas verdad de la que mi buen Braulio se figuraba. Interminables y de mal gusto fueron los cumplimientos con que para dar y recibir cada plato nos aburrimos unos á otros. « Sírvase usted. — Hágame usted el favor. — De ninguna manera. — No lo recibiré. — Páselo usted á la señora. — Está bien ahí. — Perdone usted. — Gracias. — Sin etiqueta, señores, » exclamó Braulio, y se echó el primero con su propia cuchara. Sucedió á la sopa un cocido surtido de todas las sabrosas impertinencias de este engorrosísimo, aunque buen plato; cruza por aquí lá carne; por allá la verdura; acá los garbanzos; allá el jamon; la gallina por derecha; por medio el tocino; por izquierda los embuchados de Extremadura: siguióle un plato de ternera mechada, que Dios maldiga, y á este otro y otros y otros; mitad traidos de la fonda, que esto basta para que excusemos hacer su elogio, mitad hechos en casa por la criada de todos los dias, por una vizcaina auxiliar tomada al intento para aquella festividad y por el ama de la casa, que en semejantes ocasiones debe estar en todo, y por consiguiente suele no estar en nada.

« Este plato hay que disimularle, decia esta de unos pichones; están un poco quemados. — Pero, mujer... — Hombre, me aparté un momento, y ya sabes lo que son las criadas. — ¡ Qué lástima que este pavo no haya estado media hora mas al fuego! se puso algo tarde. — ¿ No les parece á ustedes que está algo ahumado este estofado? — ¿ Qué quieres? Una no puede estar en todo. — ¡ Oh, está excelente, exclamábamos todos dejándonoslo en el plato; excelente! — Este pescado está pasado. — Pues en el

despacho de la diligencia del fresco dijeron que acababa de llegar; ¡el criado es tan bruto! — ¿De dónde se ha traido este vino? — En eso no tienes razon, porque es... — Es malísimo. » Estos diálogos cortos iban exornados con una infinidad de miradas furtivas del marido para advertirle continuamente á su mujer alguna negligencia, queriendo darnos á entender entrambos á dos que estaban muy al corriente de todas las fórmulas que en semejantes casos se reputan en finura, y que todas las torpezas eran hijas de los criados, que nunca han de aprender á servir. Pero estas negligencias se repetian tan á menudo, servian tan poco ya las miradas, que le fué preciso al marido recurrir á los pellizcos y á los pisotones; y ya la señora, que á duras penas habia podido hacerse superior hasta entonces á las persecuciones de su esposo, tenia la faz encendida y los ojos llorosos. « Señora, no se incomode usted por eso, le dijo el que á su lado tenia. — ¡Ah! les aseguro á ustedes que no vuelvo á hacer estas cosas en casa; ustedes no saben lo que es esto: otra vez, Braulio, iremos á la fonda y no tendrás... — Usted, señora mia, hará lo que... — ¡Braulio! ¡Braulio! » Una tormenta espantosa estaba á punto de estallar; empero todos los convidados á porfía probamos á aplacar aquellas disputas, hijas del deseo de dar á entender la mayor delicadeza, para lo cual no fué poca parte la manía de Braulio y la expresion concluyente que dirigió de nuevo á la concurrencia acerca de la inutilidad de los cumplimientos, que así llama él al estar bien servido y al saber comer. ¿Hay nada mas ridículo que estas gentes que quieren pasar por finas en medio de la mas crasa ignorancia de los usos sociales? ¿que para obsequiarle le obligan á usted á comer y beber por fuerza, y no le dejan medio de hacer su gusto? ¿Porqué habrá gentes que solo quieren comer con alguna mas limpieza los dias de dias?

A todo esto, el niño que á mi izquierda tenia hacia saltar las aceitunas á un plato de magras con tomate, y una vino á parar á uno de mis ojos, que no volvió á ver claro en todo el dia; y el señor gordo de mi derecha habia tenido la precaucion de ir dejando en el mantel, al lado de mi pan, los huesos de las suyas, y los de las aves que habia roido; el convidado de enfrente, que se preciaba de trinchador, se habia encargado de hacer la autopsia de un capon, ó sea gallo, que esto nunca se supo; fuese por la edad avanzada de la víctima, fuese por los ningunos conocimientos anatómicos del victimario, jamás parecieron las coyunturas. « Este capon no tiene coyunturas, » exclamaba el infeliz sudando y forcejeando, mas como quien cava que como quien trincha. ¡Cosa mas rara! En una de las embestidas resbaló el tenedor sobre el animal como si tuviera escama, y el capon, violentamente despedido, pareció querer tomar su vuelo como en sus tiempos mas felices, y se posó en el mantel tranquilamente como pudiera en un palo de un gallinero.

El susto fué general y la alarma llegó á su colmo cuando un surtidor de caldo, impulsado por el animal furioso, saltó á inundar mi limpísima camisa: levántase rápidamente á este punto el trinchador con ánimo de cazar el ave prófuga, y al precipitarse sobre ella, una botella que tiene á la derecha, con la que tropieza su brazo, abandonando su posicion per-

pendicular, derrama un abundante caño de Valdepeñas sobre el capon y el mantel; corre el vino, auméntase la algazara, llueve la sal sobre el vino para salvar el mantel; para salvar la mesa se ingiere por debajo de él una servilleta, y una eminencia se levanta sobre el teatro de tantas ruinas. Una criada toda azorada retira el capon en el plato de su salsa; al pasar sobre mí hace una pequeña inclinacion, y una lluvia maléfica de grasa desciende, como el rocío sobre los prados, á dejar eternas huellas en mi pantalon color de perla; la angustia y el aturdimiento de la criada no conocen término; retírase atolondrada sin acertar con las excusas, al volverse tropieza con el criado que traia una docena de platos limpios y una salvilla con las copas para los vinos generosos, y toda aquella máquina viene al suelo con el mas horroroso estruendo y confusion. «¡Por san Pedro!» exclama dando una voz Braulio, difundida ya sobre sus facciones una palidez mortal, al paso que brota fuego el rostro de su esposa. «Pero sigamos, señores, no ha sido nada,» añade volviendo en sí.

¡Oh honradas casas donde un modesto cocido y un principio final constituyen la felicidad diaria de una familia, huid del tumulto de un convite de dias! Solo la costumbre de comer y servirse bien diariamente puede evitar semejantes destrozos.

¿Hay mas desgracias? ¡Santo cielo! ¡Si las hay para mí, infeliz! Doña Juana, la de los dientes negros y amarillos, me alarga de su plato y con su propio tenedor una fineza, que es indispensable aceptar y tragar; el niño se divierte en despedir á los ojos de los concurrentes los huesos disparados de las cerezas; don Leandro me hace probar el manzanilla exquisito, que he rehusado, en su misma copa, que conserva las indelebles señales de sus labios grasientos; mi gordo fuma ya sin cesar y me hace cañon de su chimenea; por fin, ¡oh última de las desgracias! crece el alboroto y la conversacion, roncas ya las voces piden versos y décimas y no hay mas poeta que Fígaro. «Es preciso. — Tiene usted que decir algo, claman todos. — Désele pié forzado; que diga una copla á cada uno. — Yo le daré el pié: *A don Braulio en este dia.* — Señores, ¡por Dios! — No hay remedio. — En mi vida he improvisado. — No se haga usted el chiquito. — Me marcharé. — Cerrar la puerta. — No se sale de aquí sin decir algo.» Y digo versos por fin, y vomito disparates, y los celebran, y crece la bulla y el humo y el infierno.

A Dios gracias logro escaparme de aquel nuevo *Pandemonio*. Por fin, ya respiro el aire fresco y desembarazado de la calle; ya no hay necios, ya no hay castellanos viejos á mi alrededor.

¡Santo Dios, yo te doy gracias, exclamo respirando, como el ciervo que acaba de escaparse de una docena de perros, y que oye ya apenas sus ladridos; para de aquí en adelante no te pido riquezas, no te pido empleos, no honores; líbrame de los convites caseros y de dias de dias; líbrame de estas casas en que es un convite un acontecimiento, en que solo se pone la mesa decente para los convidados, en que creen hacer obsequios cuando dan mortificaciones, en que se hacen finezas, en que se dicen versos, en que hay niños, en que hay gordos, en que reina en fin la brutal franqueza de los castellanos viejos! Quiero que, si caigo de nuevo

en tentaciones semejantes, me falte un *roastbeef*, desaparezca del mundo el *beefsteak*, se anonaden los timbales de macarrones, no haya pavos en Perigueux, ni pasteles en Perigord, se sequen los viñedos de Burdeos, y beban, en fin, todos menos yo la deliciosa espuma del Champagne.

Concluida mi deprecacion mental, corro á mi habitacion á despojarme de mi camisa y de mi pantalon, reflexionando en mi interior que no son unos todos los hombres, puesto que los de un mismo país, acaso de un mismo entendimiento, no tienen las mismas costumbres, ni la misma delicadeza, cuando ven las cosas de tan distinta manera. Vístome y vuelvo á olvidar tan funesto dia entre el corto número de gentes que piensan que viven sujetas al provechoso yugo de una buena educacion libre y desembarazada, y que fingen acaso estimarse y respetarse mutuamente para no incomodarse, al paso que las otras hacen ostentacion de incomodarse, y se ofenden y se maltratan, queriéndose y estimándose tal vez verdaderamente.

REFLEXIONES

SERCA DEL MODO DE RESUCITAR EL TEATRO ESPAÑOL.

Háse apoderado hoy la murria de nosotros: no espere, pues, el lector donaires ni chanzonetas; nos hallamos en uno de aquellos momentos de total indolencia, y de *qué se me da á mí*, á que está por desgracia demasiado sujeta esta miserable humanidad, que sobre sí acarrea nuestro flaco espíritu á la otra vida, segun la mas recibida opinion. ¿Serán influencias de algun astro maligno que gravite sobre nosotros? Pero esta es creencia antigua, porque tambien las creencias caducan y pasan; los modernos no creen en influencias. ¿Será el famoso *spleen?* Bien podrá ser, porque esto es mas de moda en un tiempo en que es de buen tono la melancolía y la displicencia. ¿Estaremos acaso acometidos de algun acceso de tétrico sentimentalismo? Pues á fe de habladores, ni hemos estado luchando con las sombras ensangrentadas de Zaragoza, ni salimos de la representacion de ningun melodrama traducido del francés.

¿Será el mismo asunto que para el artículo de hoy hemos escogido? A la verdad no hay astro, ni sombra, ni melodrama que pueda influir en nosotros de una manera mas triste. Literatos somos, mal que le pese á Minerva, y poetas de por acá: si esto no es bastante á teñir de oscuro nuestras ideas, no habrá en el mundo un solo malhumorado que tenga verdadero motivo para estarlo.

Pasemos, en fin, á nuestro artículo, que es mas arduo de lo que parece, por mas que desconfiemos de que pueda nuestro corto talento presentar las ideas con todo aquel órden, claridad y elocuencia que de buena gana envidiamos á otros.

TEATROS.

El atrevimiento que tomo de dar consejos sin ser llamado merece perdon: pues el negocio es comun, todos tenemos licencia de hablar.

Mariana, Hist. de Esp. Informe dado al rey por un prelado.

¿Qué ocasion mejor se nos ha presentado nunca, ni se nos puede volver á presentar jamás para reclamar una reforma radical en los teatros de nuestro país, que esta en que ha empezado á brillar para España una aurora mas feliz, que promete por fin la realizacion de mil esperanzas juntas, tantas veces desvanecidas? ¿Que esta en que nuestro sabio gobierno se pone decidida y enérgicamente á la cabeza de la nacion, cuyo cuidado le está cometido para marchar hácia el bien? Ninguna. Aprovechemos este momento. Abramos los ojos sobre nuestra situacion, y hagamos patentes nuestras razones con la sumision de buenos vasallos, con la confianza de hombres que tienen un gobierno ilustrado. Digamos por fin cosas muchas veces dichas por personas muy superiores á nosotros, y constantemente desoidas por sujetos menos bien intencionados que nosotros.

No es este el lugar ni la época ya de una larga disertacion acerca del objeto de los teatros, y de las ventajas que bien dirigidos y administrados pueden reportar á una nacion dispuesta á recibir la instruccion y á un gobierno decidido á dársela. Demasiado conocido y sabido es por todos que, en el actual estado de sociedad que alcanzamos, esta que en sí no es mas que una diversion, es una diversion indispensable; una diversion que dirige la opinion pública de las masas que la frecuentan; un instrumento del mismo gobernante, cuando quiere hacerle servir á sus fines; una distraccion que evita que los ociosos turbulentos piensen y se ocupen en cosas peores; un morigerador, en fin, de las costumbres, que son en nuestra opinion el único apoyo sólido y verdadero del órden y de la prosperidad de un pueblo. Verdades de tanto bulto no serán ciertamente las que encontrarán en el dia poderosos impugnadores. La luz de la verdad disipa por fin tarde ó temprano las nieblas en que quieren ocultarla los partidarios de la ignorancia; y la fuerza de la opinion, que pudiéramos llamar, mortalmente hablando, *ultima ratio populorum*, es á la larga mas poderosa é irresistible que lo es momentáneamente la que se ha llamado *ultima ratio regum.*

Concedidas, no disputadas, por mejor decir, la necesidad y la utilidad del teatro, resta saber cuáles pueden ser los medios de hacerle prosperar.

¿Cuáles han sido los obstáculos que se han opuesto constantemente en este país á la realizacion de tan vasto proyecto?

La poca importancia que se ha creido siempre poder dar impunemente á este ramo los comprende todos. De aquí ha nacido el estado particular del teatro; la posicion ridícula de los poetas, la situacion deplorable de los actores. Cosas tan íntimamente unidas entre sí no se pueden separar sin perjuicio de todos. No basta que haya teatro; no basta que haya poetas; no basta que haya actores; ninguna de esas tres cosas puede existir sin la cooperacion de las otras, y difícilmente puede existir la reunion de las tres sin otra cuarta mas importante: es preciso que haya público. Las cuatro, en fin, dependen en gran parte de la proteccion que el gobierno les dispense.

Un público indiferente á las bellezas, heredero de una educacion general mal entendida é instruido superficialmente, es el primer eslabon de esta miserable cadena. Cuando los poetas ven al público aplaudir dramas execrables, no sospechar siquiera la existencia de bellezas positivas, que tantas vigilias le han costado, no tarda en sucumbir y en repetir con Lope de Vega:

> Puesto que el vulgo es quien las paga, es justo
> Hablarle en necio para darle gusto.

Los hombres no son mas que hombres, y seria mucho exigir de la débil humanidad querer encontrar siempre en cada hombre un héroe dispuesto á sacrificar los aplausos justos ó injustos, al deseo de agradar á media docena de literatos cuya aprobacion de gabinete no mete ruido. Cuando los poetas ven que falta en el auditorio ese orgullo nacional, capaz de hacer milagros donde quiera que exista; cuando oye aplaudir indistintamente las mezquinas traducciones extrañas á nuestras costumbres, y preferirlas acaso á las obras originales; cuando las ve pagar con tan poca diferencia, ¿qué mucho que no se canse en correr en pos de la perfeccion? ¡Cuánto mas fácil es traducir en una semana una comedia que hacerla original en medio año! ¿Porqué ha de emplear tanto tiempo, tantos afanes por conseguir aquel mismo premio que en menos tiempo y con menos trabajo puede alcanzar? De aquí las miserables traducciones, de aquí la expulsion del buen género para hacer lugar al género charlatan que deslumbra con fáciles y sorprendentes golpes de teatro. De aquí la ausencia de caractéres, de pasiones y de virtudes, para sustituirles esos traidores falsos y eternos que hacen el mal para buscar el efecto, esos crímenes no justificados, y esos vicios asquerosos pintados de una manera todavía mas asquerosa.

No se crea, sin embargo, porque hemos expuesto aquí estos descargos de los poetas, que los consideramos tan inocentes como los demás: nada de eso. Dentro de poco probaremos que, si bien estas son disculpas, no son razones para seguir en el torpe camino en que se han encerrado; probaremos que si alguno debe obrar heróicamente es el poeta. Los poetas son hombres; pero si los hombres no han de ser héroes, y sobre todo ciertos hombres que se alimentan mas que otros de gloria, ¿quiénes lo serán?

¿Qué no diremos de los actores? Si ven aprobado un traje inexacto solo porque es ridículo, si oyen aplaudir un modo de decir falso solo porque es exagerado, si ven desconocida á cada paso tal cual belleza que se le escapa, y bulliciosamente coronado de aplausos todo gesto innatural, todo ademan grotesco, ¿á qué se han de fatigar en buscar por senderos tortuosos una reputacion, primer premio que anhelan, que á mucha menos costa y por cualquier camino se encuentran adquirida?

Otro tanto decimos de las empresas. Si una buena comedia cae al lado de un melodrama furibundo, si una mala traduccion llena el teatro y sus arcas mas veces que la obra original del ingenio, ¿se podrá exigir de una empresa que sacrifique sus caudales generosamente en beneficio del buen gusto, que tan pocos representantes tiene entre nosotros para agradecérselo? ¿Podremos pedirle que recompense mas lo que menos le produce? Un delirio fuera exigir semejantes sacrificios.

El público es, pues, la primera causa del abatimiento de nuestra escena. Lo repetimos á voces : *instruccion*, *educacion* para este público ; instruccion sana, sí, religiosa, morigerada, pero instruccion en fin. Los enemigos de la instruccion la han querido pintar siempre como perjudicial : ciertamente si es mal dirigida es un puñal en manos de un niño. Pero cuando está fundada en la religion, en la virtud y en la verdadera sabiduría, entonces no puede ser mas que un bien para todos : entonces solo puede conducir al hombre á conocer sus verdaderos intereses en sociedad, puesto que no puede vivir de otra manera. Si el interés de un hombre puede estar tal cual vez momentáneamente en contradiccion con el bien general, á la larga el interés de todos los hombres está en la virtud, en el órden. Esto es lo que solo puede enseñar una sólida instruccion, que no se quede á medio camino : estamos seguros de que el interés es el gran móvil del hombre ; toda la dificultad está en hacerle conocer cuál es su verdadero interés. Esto se lo proporciona la sólida instruccion, que es la única de que hablamos : en este caso esta será en todo y por todo para el hombre el manantial de su felicidad.

Cuando el público verdaderamente instruido y educado conozca y aprecie todas las bellezas de las obras de imaginacion, cuando su orgullo nacional, despertado de nuevo, le haga exigir de los ingenios originales trabajos dignos de consideracion, á los cuales puedan ligarse recuerdos patrióticos, cuando esté en el camino del buen gusto, entonces él mismo formará á los actores, porque él es solo quien puede formarlos. Entonces los autores escribirán con placer, los actores representarán con perfeccion, y las empresas recompensarán con generosidad. Entonces el mismo círculo vicioso establecido en el dia para el mal, se establecerá para el bien.

Ahora bien, si el público y su falta de instruccion es la primera causa del daño, ¿quién ha de instruirle? 1° Causas que no son de nuestra inspeccion. 2° A falta ó en cooperacion de estas, los autores. Sí, estamos enredados en un verdadero laberinto de círculos viciosos ; es preciso para salir de ellos que rompa alguno por medio : es preciso que alguno empiece sacrificando algo. ¡Unos por otros están las mejoras sin ha-

cer! ¿Quién deberá, quién estará mas obligado á dar principio á esta grande obra? Lo repetimos claramente, los poetas. Los que saben mas tienen de ello mas obligacion. Los hombres de talento, los hombres extraordinarios (1) han sido los que en todas las naciones han dado siempre los primeros este primer impulso. Por una parte los periódicos con su imparcialidad, por otro los autores con sus obras. La naturaleza, al concederles el inmenso privilegio de su superioridad, la incalculable influencia que ejerce el talento sobre el comun de los hombres, no les dió arma tan poderosa para volverla contra sus altos fines, sino para contribuir al bien de la humanidad, para abrirle los primeros el camino. Esta obligacion sagrada es la que no pueden echar en olvido sin cubrirse de ignorancia y de culpabilidad. Los hombres de talento son los que empiezan á instruir las naciones. ¿No tendremos ninguno entre nosotros? Salgan, pues, si los hay, y conquisten con su generosidad y su mérito el premio y el tributo de consideracion que se les niega. ¡Triste verdad! Verdad es que necesitan algun apoyo. Empero verdad no hay mas que hasta cierto punto. Mil caminos hay; si el mas ancho, si el mas recto no está expedito, ¿para qué es el talento? Tome los rodeos, y cumpla con su alta mision. En ninguna época, por desastrada que sea, faltarán materias para el hombre de talento; si no las tiene todas á su disposicion, tendrá algunas. *¡No se puede decir! ¡No se puede hacer!* Miserables efugios, tristes pretextos de nuestra pereza. ¿Son dobles los esfuerzos que se necesitan? Hacerlos. Doble será el premio que los espere, mayor la gloria que los corone. ¡Oh si nosotros pudiéramos lisonjearnos de ese talento superior! Ni un momento vacilaríamos. Desgraciadamente no alcanzan nuestras fuerzas sino á decir verdades; si alcanzasen para remediarlas, no seriamos los últimos á dar el paso vencedor.

Hagan los poetas obras de mérito; el público las aprecia poco al principio: redoblen sus esfuerzos, y hagan ostentacion de constancia, mañana las apreciará, y pasado mañana no podrá pasar sin ellas. ¿O pretendemos que antes de hacer nada nos traigan á nuestra casa la corona de la victoria? ¿Todo lo ha de hacer la proteccion? Haga algo el mérito, y obligará á que se le proteja. *¡No me protegen!* clama la medianía. ¿Donde está el mérito, pues, para protegerle? ¿Dónde los autores? ¿Dónde las obras (2)? ¿Quién le ha de proteger, si no existe, ó existe envilecido? Salgamos primero nosotros de nuestro envilecimiento y nos protegerán. Hagamos las obras y los protectores. Obliguémosles á que nos protejan, y nos lo deberemos todo á nosotros solos.

Cuando los poetas y la instruccion hayan formado el gusto del público, cuando este haya formado á los actores, todos juntos formarán á las empresas, obligándolas á recompensar, porque entonces el mérito podrá imponerles la ley. Este es el camino, el que estamos obligados á

(1) Si esta verdad grandiosa necesitase pruebas, citaríamos solamente el nombre de Moratin. ¿Qué revolucion hizo en nuestro teatro? Mas habia que mejorar que en el dia. Por esto, despues de él, pueden arrostrar las mejoras que faltan hombres que no sean Moratines, puesto que no seria fácil encontrar muchos en cada siglo.

(2) Ya en otro lugar hemos dicho que no contamos por nada una ó dos excepciones.

tomar, por lo mismo que no tenemos otro mas cómodo ni mas expedito.

Hecho esto, todavía quedarán por vencer algunos obstáculos, sin cuyo desvanecimiento aun les ha de costar trabajo á las empresas de teatros recompensar dignamente el mérito de cada uno en el grado que se merezca, y sostener este primer entusiasmo. Además, si al paso que los poetas hiciesen un esfuerzo tan heróico encontrasen algun auxilio superior, ¡cuánto mas fácil y halagüeño seria el logro de nuestros deseos! Recorramos, pues, ligeramente los demás medios que pueden contribuir á facilitar la prosperidad de los teatros, despues de los dos agentes principales que dejamos indicados.

Pedimos en primer lugar para los poetas, sin miedo de parecer exigentes, lo que solo ellos no tienen en la sociedad. El derecho de propiedad. « Repartiéronse mis vestiduras, y sobre mi túnica echaron suertes, » puede exclamar el poeta con mucha razon, si se nos permite mezclar esta expresion sagrada entre nuestras habladurías.

En un país en donde las letras han sido casi siempre el recurso del que no ha tenido otro, y donde ha sido tan escasa la gloria que han alcanzado, parece que el premio debiera haber sido mayor; mas por desgracia no han recibido ni premio (1) ni consideracion.

Ya en otro lugar dejamos enumerados algunos de los trabajos que esperan al vate en su aventurada carrera: efectivamente en ocasiones se le disputa hasta el derecho de ensayar y repartir sus papeles á los actores que mas le convengan, que de todo hemos visto. Apláudese en fin. ¿Cómo se paga? ¿Quién valúa la cosa vendida? Solo el comprador. ¿Cómo la premia? A su arbitrio. ¿Se sabe lo que vale una comedia? ¿Se deduce su valor de lo que cuesta y de lo que produce? ¿Puede nunca reconocer el poeta mas juez capaz de valuar su talento que el público bueno ó malo para quien escribe, ó el mismo gobierno asesorado de los inteligentes que para ello crea necesarios?

¿Puede oirse en paciencia que se hayan pagado de una vez con mil ó dos mil reales comedias que han producido por espacio de muchísimos

(1) Con gran dolor nuestro nos obliga el propio argumento de nuestro artículo á prescindir un momento de la gloria en favor del vil interés. Mucho tiempo hemos considerado si deberíamos hacer mérito del interés. Ciertamente que en un poema épico seria un pobrísimo episodio, y en una oda estaria tan mal colocado como el hospital en las Delicias. Pero en un papelucho de poco lucimiento y de menos provecho, en boca de un Hablador y de un Pobrecito, nos parece que está tan perfectamente *como una pedrada en el ojo de un boticario*, y no ignora el vulgo, en cuya boca anda este caritativo refran, la exactitud de nuestra comparacion. Magüer que pobrecitos bien traslucimos que los poetas que mas gloria han alcanzado han comido, y no se nos diga que esta es una paradoja. No pocas veces se complacia Homero en la descripcion de los mas suculentos banquetes; Horacio se burla amargamente de un mal convite. De nuestro Cervantes juramos que escribió con mas que mediana hambre y apetito el capítulo de las bodas de Camacho. No hablemos de Anacreonte y de todos sus discípulos, porque sabido es que estos han trocado siempre por una gota del zumo del Liéo todo el jugo que puede dar el arbusto de Dafne. Sabemos cuánto apreciaba nuestro Villegas el ruido de las castañas y el buen aloque, y en qué consideracion tenia Baltasar de Alcazar la oronda morcilla, que nunca le dejó acabar su cuento. En fin, de los poetas bucólicos sabremos decir que no ha habido uno que no haya encumbrado á las nubes la dulce miel y la blanca leche. Así, pues, sostendremos á la faz de los partidarios de la aérea fama póstuma, á quienes parezca mal la ruin direccion que toman nuestras habladurías, que si los grandes poetas no han escrito para comer, á lo menos han comido para escribir.

años, que producen todavía y que producirán, Dios sabe hasta cuándo, tesoros á las empresas?

Nuestro ilustrado gobierno, que siempre ha manifestado en esta parte los mejores deseos, persuadido de la exactitud de estas reflexiones ú otras semejantes, conoció que el talento es una propiedad como otra cualquiera, y de mejor ley; propiedad que debe producir á su dueño en relacion de su mérito. Con el objeto, pues, de desterrar tan ignominiosos abusos se formó y publicó en el año 1807, á propuesta del Exc^mo^ ayuntamiento, cuyo celo hemos tenido ya ocasion de alabar en otra parte, un reglamento de teatros. En él se establecia el modo de pagar de una manera justa y equitativa. Un tanto por ciento era el premio establecido para las obras originales; de esta manera guardaba una proporcion exacta con el mérito de la obra y con las facultades de la empresa, pues solo pagaba esta mucho cuando ganaba mucho. Desgraciadamente este reglamento se puede contar en el número de las cosas mandadas, pero no de las cumplidas, y nos hallamos en el año 32 peor que en el año 7; contratiempo y atraso debido tal vez á la sucesion de revoluciones que han afligido desde aquella época nuestro desventurado país.

No pára aquí el desprecio de la propiedad. Los teatros de provincia se creen autorizados, representada una vez una comedia en Madrid, á sustraer copias fraudulentas, y á representarla en todas partes, muy persuadidos de que los autores no tienen derecho alguno á impedírselo, y clamando con la fábula: *¡Para mí los crió la Providencia!* En el mismo reglamento, que tenemos á la vista, se establecia que los tales teatros pagasen al autor con arreglo á sus facultades, ni mas ni menos que los de Madrid. Pero claman los actores: *¡La costumbre es ley!* Bien haya la costumbre; podrá ser así, en cuyo caso no sospecho porqué han de ahorcar á los ladrones, siendo una costumbre tan antigua la de robar. En ese caso no se podrá corregir jamás ningun mal inveterado. ¡Mal haya si entendemos de qué manera una mala costumbre puede llegar á ser una buena ley. ¡Pues porque es costumbre es preciso abolirla, que á no serlo excusáramos reclamar contra ello. Los abusos que existen son los que se han de desterrar, pues los que no existen no hay para qué.

Al llegar á este punto oimos á las empresas clamar: « ¿Pagar mas á los poetas, ni á los autores, ni á nadie? ¡Imposible! Si estamos..... »

Lo sabemos, señores empresarios, y aquí entramos en otro abuso. Hemos perdido para los poetas la justicia que puede animarlos en sus tareas. Pidamos ahora para las empresas lo que de derecho les corresponde.

Apenas se pueden creer las cargas espantosas que sobre los infelices teatros gravitan. Dejemos á un lado un número considerable de asientos de todas clases que están obligados á dar de balde por otra costumbre tan de ley y tan buena como la que llevamos arriba citada; no hablemos de algunas consideraciones que con toda clase de gentes tienen que guardar; concretémonos á decir que pasan de cuatrocientos mil reales las sumas que en metálico tienen que satisfacer anualmente á un sinnúmero de establecimientos. Y para que no se crea que nuestra maledicencia ó nuestra parcialidad nos hacen hablar, copiemos aquí el artículo 3° del

capítulo 12, título 2° del reglamento, propuesto por un ayuntamiento celoso, aprobado por un gobierno ilustrado, y sancionado por un soberano acreedor á nuestra gratitud.

« La junta propondrá á la piedad del rey algun arbitrio para la mas pronta extincion de estas cargas, pues verdaderamente no hay relacion ninguna entre los tres coliseos y los hospitales de Madrid, los frailes de San Juan de Dios, las niñas de San José y el hospicio de San Fernando. Estos son los partícipes de una buena porcion de sus productos, de que procede que los actores sean mal pagados, la decoracion ridícula y mal servida, el vestuario impropio é indecente, el alumbrado escaso, la música pobre, y el baile pésimo ó nada. De aquí que los poetas, los artistas, los compositores que trabajan para la escena sean ruinmente recompensados, y por lo mismo se vean en ella las heces del ingenio. De aquí, finalmente, la mayor parte de la decadencia y lastimoso atraso de nuestros espectáculos. »

¿Qué pudiéramos nosotros añadir á tan enérgico período? Pedimos, pues, para las empresas que se les desembarace de obstáculos y respetos inoportunos el camino de su especulacion; que manden en lo suyo, como únicos dueños, mientras tengan las empresas. Esto bastará á dar al teatro un impulso incalculable. Entonces las empresas, desembarazadas y libres en sus operaciones, marcarán cada dia con una mejora, recompensarán mejor á los actores, mezquinamente pagados, y á los poetas, de ninguna manera premiados.

Nada hemos dicho de las mejoras que caben en los actores, porque este mal ya promete quedar en gran parte remediado. El establecimento de una escuela dramática dirigida por dos de nuestros mejores actores, bajo la inmediata proteccion de una reina que tanto bien ha venido á hacer á nuestro país, nos hace concebir esperanzas lisonjeras. Hasta ahora se ha creido que bastaba con tener memoria ó apuntador para ser cómico, y aun cómicos hemos conocido que por no saber leer se hacian leer por otros sus papeles para aprenderlos. ¿Dígannos si gentes de esta especie son las que pueden verter en la escena las bellezas que no saben ni leer, ni apreciar, y tomar, nuevos Proteos, la forma de todos los caractéres y genios posibles, y enseñar los buenos modales y las buenas costumbres? Nadie necesita hacer estudios mas prolijos de la historia del hombre y del corazon humano si ha de ponerse la máscara de todas las pasiones, la apariencia de todas las épocas : nadie necesita tener mejor educacion que un actor si ha de ser en las tablas modelo de ella.

¡Qué de pequeños obstáculos podríamos citar aun si nos lo permitiesen los límites que en nuestros folletos nos hemos impuesto! ¡Qué de cosas nos dejamos por decir! Bastaria sin embargo para obviar todos estos pequeños obstáculos que pasamos en silencio, la realizacion de las mejoras principales que hemos propuesto, y nosotros nos tendríamos con eso solo por muy felices. Desgraciadamente nuestras ideas pasarán como otras muchas que se dicen continuamente y no se oyen. Verdad es que son cosas que no se pueden acabar en un dia, pero son cosas que nunca se verán acabadas si no se empiezan alguna vez.

Fórmese, pues, el público; y si otras causas no concurren, como es de desear, á esta instruccion general tan necesaria, tomen sobre sí los que escriben para él tan ardua empresa: mas generosos que hasta ahora, no doblen la cerviz al mal gusto: den la ley, y no la reciban. Reconózcase la propiedad, y séalo el talento; descárguense los teatros de las inmensas cargas que los abruman; mejórense los actores, y prémiense generosamente. Vigile una censura juiciosa para que nuestra religion y nuestras leyes sean respetadas de los escritores, pero sin oponer obstáculos jamás á la representacion de las obras inocentes. Entonces, nosotros lo afirmamos, entonces tendremos teatro español, entonces el suelo de los Lopes y Calderones, de los Tirsos y los Moretos, volverá á retoñar ingenios: entonces citaremos con orgullo una literatura nuestra y una diversion racional que tienen todos los paises cultos, y que nosotros hasta ahora hemos dejado perecer al poderoso influjo de una infinidad de concausas ominosas.

Cuando empezamos nuestro número dijimos que creíamos que no se podia presentar ocasion mas favorable para exponer á la luz del dia estas ideas; ahora al concluirle añadimos que no pudiera ofrecerse mejor coyuntura para lograr su verificacion. Nuestra reina, á quien tanto tenemos ya que agradecer, es quien nos inspira esta confianza: su proteccion decidida á todo lo bueno, un mes glorioso que puede contar mas grandezas que tres siglos anteriores, cosas tan grandes que con solo quererlas ha llevado á cabo, nos hacen esperar que esta reforma que proponemos, y que ofrece tantas dificultades menos, se deberá tambien algun dia á su benéfico impulso.

En el ínterin nos contentamos con desearlo, y poner todos los medios que están á nuestro alcance para cooperar á tan grande obra, y concluimos como concluia don Gutierre de Cárdenas el parecer que dió á don Fernando el Católico.

« Este, señor, es mi parecer: si acertado, sean á Dios las gracias; si contra el vuestro, merece perdon mi lealtad: lo que vos determináredes, eso será lo mejor y mas acertado. »

El bachiller.

CARTA

DE ANDRÉS NIPORESAS

AL BACHILLER.

Mi querido bachiller: todas tus cartas he recibido, y no he contestado á ninguna, merced á esta pereza del país que nos tiene á todos poco menos que dormidos; pero como quiera que me preguntes varias cosas

que te puede ser de alguna satisfaccion saber, iréte contestando parte por parte, ó como pueda, que ya sabes que en punto á coordinar mis ideas no soy fuerte, y en punto á expresarlas, soy flojo. En cambio de las buenas prendas lógicas y oratorias que me faltan, encontrarás en mí una buena fe á prueba del siglo XIX, mas que mediana inocencia, sana intencion, y lo que vale mas que todo, un respeto, que te ha de asombrar, á todas las cosas, y un miedo, que habrás de conocer por muy saludable, á todas las personas.

Pongo párrafo aparte para elogiarte mi desconfianza, porque lo merece: esta es tal, que desde pequeñito dieron en llamarme por apodo *Niporesas;* apodo que pasó á ser apellido, así como hay apellidos que pasan á ser apodos. Todo el mal de mi desconfianza está en vivir yo mas de lo pasado que en lo presente: es el caso que he sido tonto, lo cual no es poca fortuna, porque hay otros que lo son todavía, y muchísimos que lo serán hasta que se mueran; he sido tonto, es decir, que me han engañado muchas veces: de aquí procede que en el dia estoy reducido á no creer mas que en Dios, porque en cuanto á creer en los hombres me voy con muchísimo tiento. Dejemos esto aquí, porque la materia es resbaladiza, y no quisiera que dieran tormento á lo que escribo.

Mucho me agrada cuanto me dices acerca de las Batuecas; son efectivamente muchas las ventajas que llevan á otros paises, como dices muy bien en tus números, no sé cuántos, que esto es material: al fin es mi país, y tengo en eso fundada mi vanidad, aunque no hay un motivo. Convengo sobre todo contigo (núm. 6°) en que á los bátuecos no les falta mas que hablar, que es precisamente lo mismo que suele decir un amigo mio de cierto sugeto que tú conoces, que es tonto y feo, y además pícaro, y un sí es no es tartamudo.

Me parece con todo eso que este país promete: no ha mucho tiempo que hubiera creido, si yo hubiera sido capaz de creer, como llevo dicho, que á la vuelta de un par de siglos ya no habria batuecos sobre la superficie de la tierra: en este supuesto pudieras haber arrojado por la ventana tu recado de escribir, porque hubiera llegado el caso de que tus desmedidas alabanzas hubieran venido á ser inoportunas; pero como acaso las volvamos presto á merecer, porque eso está en la posibilidad de las vicisitudes humanas, y todo se puede esperar de nuestro buen natural, te aconsejo que no borres todavía las Batuecas de tu mapa.

Te doy la enhorabuena porque ya te han abierto las universidades, quiero decir que dejarás de ser autor para volver á tus estudios. Al fin te va en ello lo que va de ser tonto á no serlo, y lo que va de bachiller á licenciado ó doctor, porque supongo que te graduarás inmediatamente, cesando de escribir folleticos que no valen lo que pesan, que te pueden pesar mas de lo que te valen (1).

(1) No tratamos de inculpar en modo alguno por los cuadros que vamos á describir al justo gobierno que tenemos: no hay nacion tan bien gobernada donde no tengan entrada mas ó menos abusos, donde el gobierno mas enérgico no pueda ser sorprendido por las arterías y manejos de los subalternos. Contraria del todo es nuestra idea. Precisamente ahora que vemos á la cabeza de

Me preguntas del estado de mi familia : voy á informarte como pueda de la suerte de cada uno.

Antoñito está de enhorabuena : le concedieron la gracia de capitan con sueldo y todo, por los méritos de su padre, que hace ya lo menos cuatro años que está sirviendo á S. M. con cuarenta mil reales : con estos méritos le han hecho esta gracia al niño. Me alegrara que le vieras tan mono como está con sus dos charreteritas y su espadita, que parece un juguete. ¿Qué quieres? ¡En esa edad! ¡Ocho años! Nos llena la casa de pajaritas de papel; dice que son los enemigos, les corta la cabeza, y es una risa todo el dia con él. Ya puede un criado no servirle pronto; le da un palo, lo cual nos hace mucha gracia á todos, y nunca se le olvida decirle que tiene qué sé yo cuántos miles reales de sueldo. Su madre se le come á besos. Es de advertir que el señor capitan está ya en medianos, y muy adelantado en la gramática, de donde inferimos todos que ha de ser un gran militar.

Tambien está Miguel de enhorabuena, porque le han hecho nada menos que teniente : verdad es que llevaba cuarenta y dos años de servicio, con haberse hallado en todos los encuentros de importancia que ha habido en ese tiempo, haber estado dos veces prisionero, y tener diez y siete heridas, y un ojo de menos. ¿Pero qué es eso comparado con una tenencia? Ello es que le han premiado ya, y está que brinca de gozo. Él pretende pasar al regimiento donde es capitan Antoñito, todo por el placer de estar juntos. ¡Como son parientes! Y como le quiere tanto, suele decir que aunque teniente, de buena gana le enseñaria á ser capitan. No se puede negar que tiene Miguel un alma excelente. Como el otro es un chico, no hay duda en que podria aprovechar algunas leccioncillas de su tio.

A Juanito le hicieron jóven de lenguas : con este motivo ha tomado maestro de francés, y aun dice que le tomará de inglés, porque eso sí, aunque ya esté colocado, es muy racional y no se desdeña de aprender : dice que no parece bien en un jóven de lenguas no saber ninguna, en lo cual tiene alguna razon, y manifiesta ser muy despejado. Su fortuna le ha valido, porque se susurra que pretendian la plaza seis muchachos de mucho provecho, pero como dicen, no tenian hombre. Amigo, que se la busquen de otra manera, que no todos han de ser jóvenes de lenguas.

Frasco, á quien conoces, ha tenido mas desgracia. Solicitó una plaza

nuestro gobierno una reina, que de acuerdo con su augusto esposo nos conduce rápidamente de mejora en mejora, nosotros, deseosos de cooperar por todos términos como buenos y sumisos vasallos á sus benéficas intenciones, nos atrevemos á apuntar en nuestras habladurías aquellos abusos que desgraciadamente y por la esencia de las cosas han sido siempre en todas partes harto frecuentes, creyendo que cuando la autoridad protege abiertamente la virtud y el órden, nunca se la podrá desagradar levantando la voz contra el vicio y el desórden, y mucho menos si se hacen las críticas generales, embozadas con la chanza y la ironía, sin aplicaciones de ninguna especie, y en un folleto que mas tiende á excitar en su lectura alguna ligera sonrisa que á gobernar el mundo.

Protestamos contra toda alusion, toda aplicacion personal, como en nuestros números anteriores. Solo hacemos pinturas de costumbres, no retratos. Mas adelante hablamos de los empleos y empleados, se entiende de los malos; los buenos, que respetamos, nunca se darán por ofendidos; los malos no merecen respetos de nadie.

de vista de no sé dónde : entregó el memorial tal como á las cuatro y cuarto, porque supo que á las cuatro estaban agonizando al que la tenia, y aunque en rigor todavía no habia muerto, debia de morir de allí á poco. Pero le dijeron que llegaba tarde, porque ya estaba dada. *¡ Qué prontitud de demonios!* En vano alegó sus grandes conocimientos en la materia y la exactitud que tiene acreditada. La plaza de vista se la dieron á un buen señor, ciego por mas señas, ó poco menos : dicen que se habian compadecido de él porque se veia arruinado de resultas de una trabacuenta. ¡Cierto que ha sido una caridad! ¡Pobrecillo!

Jorge volvió, como que le cogió la amnistía de medio á medio; pero está rabiando; queria que le hubiesen devuelto el destino que tenia hace diez años, es decir, cuando chiquito... Mira tú quien se acuerda ya ahora de... Es el caso que lo tiene otro.

Julianita hizo una muy buena boda: casó con un jóven muy despejado y rico. Por supuesto que tuvo habilidad para ocultarle que habia tenido un hijo de aquel otro querido que la obsequió cuatro años (hijo que tiene ocultamente en un colegio). El tal jóven tiene una índole excelente, y se hace querer de toda la familia; está loco con su boda. Dias pasados decia que se atrevia á poner las manos en la lumbre por la virtud de su mujer; mira tú si es atrevido. A propósito, añadia que en su vida se hubiera casado con una viuda, porque él habia buscado siempre una mujer nueva para enseñarla á sentir, y se daba la enhorabuena de haberlo conseguido.

Me preguntas si he pretendido yo tambien alguna cosa; voy á responderte. Yo no pretendo ningun empleo, porque sé que no me le han de dar, aunque batueco. Ya me lo han ofrecido muchos, pero nunca ha cuajado. Ello sí, dicen que soy muy despejado, que cuente con ello, que espere un poco... Ahora no es el momento oportuno, ni antes lo ha sido nunca; unas veces he llegado demasiado tarde, y otras demasiado temprano. Mira tú si soy torpe; no parece sino que estudio con el mismo Barrabás. Sin embargo, tengo muchos protectores, y como soy útil para algunas cosas, y me lo aseguran tantas veces, podrá ser que llegue el caso de creer algun dia que me han de dar algo. Mas te diré. A veces cuando oigo á alguno me lo llego á creer, como que me tengo de salvar, ayudándome Dios, que es sobre todo, y la penitencia y buena vida que tengo pensado hacer. Ya ves que en esta parte casi infrinjo el sistema de mi desconfianza.

Por lo demás no pretendo; pero no dejo de conocer que no hay cosa como tener oficina y sueldo, que corre siempre ni mas ni menos que un rio. Se pone uno malo, ó no se pone; no va á la oficina, y corre la paga; lee uno allí de balde y al brasero la Gaceta y el Correo, y un cigarrillo tras otro se llega la hora de salir poco despues de entrar. Si hay en casa un chico de ocho años se le hace meter la cabeza, aunque no quiera ni sepa todavía la doctrina cristiana, y hételo meritorio. ¿No sirve uno para el caso, ó tiene un enemigo y le quitan de enmedio? Siempre queda un sueldecillo decente, si no por lo que trabaja ahora, por lo que ha dejado de trabajar antes. Aunque estas razones, capaces

de mover un carro, no me tuviesen harto aficionado de los destinos, solo el ser del pais me haria gustar de esas gangas tan naturalmente como gusta el pez de vivir en el agua. Eso de estudiar para otras carreras, ni está en nuestra naturaleza, ni lo consiente nuestro buen entendimiento, que no ha menester de semejantes ayudas para saber de todo.

Otras ventajillas de los empleos se pudieran citar; hay unos por ejemplo, en que se manejan intereses y hay sobrantes... Da uno cuentas, ó no las da, ó las da á su modo. No que á mí esto me parezca mal; no señor. A quien Dios se la dió, san Pedro se la bendiga. Algunos te dicen á eso que no tiene gracia que á cada mano por donde pasan aquellos rios se le pegue siempre algo. A eso pregunto yo si es posible que llegue el caso de que no se le pegue nunca á nadie. Ello es que hay cosas de suyo pegajosas, y si te arrimas mucho á un pellejo de miel, por fuerza te has de untar, sin que esto sea en ninguna manera culpa tuya, sino de la miel que de suyo unta.

Otros empleillos hay como el que tenia un amigo de mi padre : contaba este tal veinte mil reales de sueldo, y cuarenta mil mas que calculaba él de manos puercas; pero tambien recaia en un señor excelente que lo sabia emplear. El año que menos, podia decir por Navidades que habia venido á dar al cabo de los doce meses sobre unos quinientos reales en varias partidas de á medio duro y tal, á doncellas desacomodadas y otras pobres gentes por ese estilo, porque eso sí, era muy caritativo, y daba limosnas... ¡ Ui! De esta manera, ¿qué importa que haya algo de manos puercas? Se da á Dios lo que se quita á los hombres, si es que es quitar aprovecharse de aquellos gajecillos inocentes que se vienen ellos solos rodados. Si saliera uno á saltearlo á un camino á los pasajeros, vaya; pero cuando se trata de cogerlo en la misma oficina, con toda la comodidad del mundo, y sin el menor percance... Supongo, v. gr., que tienes un negociado, y que del negociado sale un negocio; que sirves á un amigo por el gusto de servirle no mas; esto me parece muy puesto en razon; cualquiera haria otro tanto. Este amigo, que debe su fortuna á un triste informe tuyo, es muy regular, si es agradecido, que te deslice en la mano la finecilla de unas oncejas... No, sino ándate en escrúpulos, y no las tomes; otro las tomará, y lo peor de todo, se picará el amigo, y con razon. Luego si él es el dueño de su dinero, ¿porqué ha de mirar nadie con malos ojos que se lo dé á quien le viniere á las mientes, ó lo tire por la ventana? Sobre que el agradecimiento es una gran virtud, y que es una grandísima grosería desairará un hombre de bien, que... Vamos... bueno estaria el mundo si desapareciesen de él las virtudes, si no hubiera empleados serviciales, ni corazones agradecidos.

Lo mismo digo acerca de que te va á pedir un favor una señora, acaso bien parecida, ó con alguna hija que lo es. ¿Cómo te niegas á oir á una señora que va con su hija? Era preciso tener entrañas de tigre. Yo te aseguro que este seria para mí uno de los puntos en que nunca se quedaria rezagada mi galantería. ¡ Jesus! ¡ Una señora!

Agrega á esto que para ser oficinista con saber darse tono, con hacer esperar á los hombres y á las feas en la sala de audiencia, diciendo el portero que el señor oficial está sumamente ocupado, con no conocer á nadie al entrar y al salir, con ahuecar la voz, estirarse el corbatin y perder el expediente, ya está mas que aprendido el oficio. No es decir esto que no los haya por otro estilo; pero ya tendria yo la curiosidad de ver algunos.

Luego hay hombres que no sirven para otra cosa entre nosotros, y son los mas. «¿Qué ha de ser usted sino empleado? me decia dias pasados un ultra-batueco. ¿Querrá usted que en estas Batuecas, unas gentes acostumbradas á su oficina, y sus once, y su Gaceta, y su cigarro, vayan á enfrascarse en la cabeza media docena de ciencias y artes útiles, como las llaman, para vivir de otra manera que han vivido hasta ahora, sin el descanso de la mesada, ni los gajes de manos puercas? Bien sabe Dios que eso es tontería, porque yo y los que á mí se me parecen, que no son pocos, tenemos las cabezas mejores que para ciencias y artes para moldes de pelucas, y lo digo con vanidad. A buen seguro que mi padre y aun mi abuelo nunca supieron lo que era un libro; era todo lo mas si sabian firmar, y el uno murió de ochenta y cinco años, y el otro de noventa; ni conocieron nunca lo que era dolerles una uña; y no le parezca á usted que eran unos pelagatos, porque fueron empleados toda su vida, tanto que se puede decir que les salieron los dientes en la oficina, y cuando murieron, el uno tenia una venera y el otro tenia dos.»

Y tenia razon el batueco. Ya ves tú, pues, que si no pretendo no es porque desconozca yo lo que lleva consigo un empleo. Yo no le encuentro á esta carrera mas inconveniente que uno, y es que hay pocos empleos; sino ya tendria yo el mio; esta es nuestra desgracia, porque como las revoluciones conforme han dado en hacerlas en el dia no son sino cuestiones de nombre, todo el toque está en estos altos y bajos, en saber cuáles de unos ó de otros han de ser dueños del cotarro. Ello no hay sino diez empleos (que es el mal que nos aflige) y veinte pretendientes. Yo considero que todo estaba arreglado con que hubiera veinte empleos y diez pretendientes; ni yo sé cómo no han dado en esto, siendo una verdad que salta á los ojos.

Asómbrate sin embargo: como hay hombres para todo, un batueco de estos que á ratos no lo parecen, me decia ayer hablando de esto: «Los batuecos que quieren bien á su patria han de empezar por apartar el pensamiento de los empleos, y quemar todos los memoriales hechos y por hacer: si el gobierno necesita hombres, hombres buscará, pues ya sabe dónde están, y bien conocidos son; al que no le busquen que no se haga buscar él, sino que hinque el codo y se aplique. Si hay un país en que pueda un hombre hacerse un bienestar por cualquier ramo de artes ó ciencias es este, donde hay de ellas tanta escasez. Pero si esperan á llamar buen gobierno á aquel que á cada vecino le dé veinte y cuatro mil reales de renta por su manifiesta adhesion, nunca le habrá para las Batuecas, porque el que mas y el que menos somos adictos y muy adictos á tomar la paga el último dia del mes y aunque sea el primero del si-

guiente. Agregue usted á esto que el seguir en el carril de hasta ahora es desnudar á un santo para vestir á otro, y santo por santo, voto á brios que bien se está quien se está vestido. Sí, señor don Andrés; aquí no tendremos un principio de esperanza, sino cuando conozcan todos la necesidad de no sacar mas sangre de este cuerpo ya desangrado; cuando tengan mis compatriotas ideas moderadas, un plan uniforme, una marcha prudente, menos egoismo, menos miedo, menos partidos y colores, menos pereza y holgazanería; cuando el cielo nos envie luz para ver, y aplicacion para trabajar; cuando tengamos, en fin, el verdadero deseo de ser felices, que mucho lleva adelantado para serlo quien de veras lo desea, porque el cielo es tan bueno que querrá probablemente todo lo que nosotros de veras queramos. »

Mira tú, mi Bachiller, por dónde se apeó el batueco. ¡Vaya que hay hombres locos! ¡Luz para ver! Mejor nos estamos á oscuras; de esta manera Dios sabe lo que uno puede topar á tientas; vez hay que se anda uno á buscar tal cosa, y se encuentra debajo de la mano tal otra que no habia visto. Lo mas que puede suceder es que hagamos, jugando á buscar el bien, lo que hace el que juega á dar con la piñata, que suele dejársela á las espaldas, y atinar con un palo á los concurrentes, que esto ya se ha visto.

Yo, como sé que todas esas quimeras que á uno le cuentan son bobadas, porque me llamo Niporesas, y conozco mi patria y mis batuecos como mi casa y mis hijos, á mis empleos me atengo; la semilla ha de caer en buena tierra, y sino, no echarla.

Y con esto concluyo mi carta, que las cartas no han de ser tan largas como nuestro remedio, ni tan cortas como nuestros alcances.

Te he contestado cumplidamente á la tuya. Te he dado noticias de mi familia y de mi persona, y aun de mis opiniones; ahora ruega tú á Dios que los que me protegen me den pronto un empleillo de esos de manos puercas, para dar en tierra con mi desconfianza, porque de no, me habré de meter á descontento, y es mal oficio. Si por el contrario me lo dan, le serviré como cada batueco, ó me servirá él á mí por mejor decir; entonces sí que diré que vivimos en la prosperidad, como algunos quieren que lo crea por pruebas que no son pruebas. Tu amigo.

Andrés Niporesas.

VUELVA USTED MAÑANA.

Gran persona debió de ser el primero que llamó pecado mortal á la pereza; nosotros, que ya en uno de nuestros artículos anteriores estuvimos mas serios de lo que nunca nos habiamos propuesto, no entraremos ahora en largas y profundas investigaciones acerca de la historia de este pecado, por mas que conozcamos que hay pecados que pican en historia, y que la historia de los pecados seria un tanto cuanto divertida.

Convengamos solamente en que esta institucion ha cerrado y cerrará las puertas del cielo á mas de un cristiano.

Estas reflexiones hacia yo casualmente no hace muchos dias, cuando se presentó en mi casa un extranjero de estos que en buena ó en mala parte han de tener siempre de nuestro pais una idea exagerada é hiperbólica, de estos que ó creen que los hombres aquí son todavía los espléndidos, francos, generosos y caballerescos seres de hace dos siglos, ó que son aun las tribus nómades del otro lado del Atlante: en el primer caso vienen imaginando que nuestro carácter se conserva tan intacto como nuestra ruina; en el segundo vienen temblando por esos caminos, y preguntan si son los ladrones que los han de despojar los individuos de algun cuerpo de guardia establecido precisamente para defenderlos de los azares de un camino, comunes á todos los paises.

Verdad es que nuestro pais no es de aquellos que se conocen á primera ni segunda vista, y si no temiéramos que nos llamasen atrevidos, lo compararíamos de buena gana á esos juegos de manos sorprendentes é inescrutables para el que ignora su artificio, que estribando en una grandísima bagatela, suelen despues de sabidos dejar asombrado de su poca perspicacia al mismo que se devanó los sesos por buscarles causas extrañas. Muchas veces la falta de una causa determinante en las cosas nos hace creer que debe de haberlas profundas para mantenerlas al abrigo de nuestra penetracion. Tal es el orgullo del hombre, que mas quiere declarar en alta voz que las cosas son incomprensibles cuando no las comprende él, que confesar que el ignorarlas puede depender de su torpeza.

Esto no obstante, como quiera que entre nosotros mismos se hallen muchos en esta ignorancia de los verdaderos resortes que nos mueven, no tendremos derecho para extrañar que los extranjeros no los puedan tan fácilmente penetrar.

Un extranjero de estos fué el que se presentó en mi casa, provisto de competentes cartas de recomendacion para mi persona. Asuntos intrincados de familia, reclamaciones futuras, y aun proyectos vastos concebidos en Paris de invertir aquí sus cuantiosos caudales en tal cual especulacion industrial ó mercantil eran los motivos que á nuestra patria le conducian.

Acostumbrado á la actividad en que viven nuestros vecinos, me aseguró formalmente que pensaba permanecer aquí muy poco tiempo, sobre todo si no encontraba pronto objeto seguro en que invertir su capital. Parecióme el extranjero digno de alguna consideracion, trabé presto amistad con él, y lleno de lástima traté de persuadirle á que se volviese á su casa cuanto antes, siempre que seriamente trajese otro fin que no fuese el de pasearse. Admiróle la proposicion, y fué preciso explicarme mas claro. «Mirad, le dije, Mr. Sans-delai, que así se llamaba; vos venís decidido á pasar quince dias, y á solventar en ellos vuestros asuntos.— Ciertamente, me contestó. Quince dias, y es mucho. Mañana por la mañana buscamos un genealogista para mis asuntos de familia; por la tarde revuelve sus libros, busca mis ascendientes, y por la noche ya sé quien soy. En cuanto á mis reclamaciones, pasado mañana las presento

fundadas en los datos que aquel me dé, legalizadas en debida forma; y como será una cosa clara y de justicia innegable (pues solo en este caso haré valer mis derechos), al tercer dia se juzga el caso y soy dueño de lo mio. En cuanto á mis especulaciones, en que pienso invertir mis caudales, al cuarto dia ya habré presentado mis proposiciones. Serán buenas ó malas, y admitidas ó desechadas en el acto, y son cinco dias; en el sexto, séptimo y octavo, veo lo que hay que ver en Madrid; descanso el noveno; el décimo tomo mi asiento en la diligencia, si no me conviene estar mas tiempo aquí, y me vuelvo á mi casa; aun me sobran de los quince, cinco dias. » Al llegar aquí Mr. Sans délai traté de reprimir una carcajada que me andaba retozando ya hacia rato en el cuerpo, y si mi educacion logró sofocar mi inoportuna jovialidad, no fué bastante á impedir que se asomase á mis labios una suave sonrisa de asombro y de lástima que sus planes ejecutivos me sacaban al rostro mal de mi grado. « Permitidme, Mr. Sans-délai, le dije entre socarron y formal, permitidme que os convide á comer para el dia en que lleveis quince meses de estancia en Madrid.—¿Cómo? — Dentro de quince meses estais aquí todavía. — ¿Os burlais? — No por cierto. — ¿No me podré marchar cuando quiera? ¡Cierto que la idea es graciosa! — Sabed que no estais en vuestro país activo y trabajador. — ¡Oh! los españoles que han viajado por el extranjero han adquirido la costumbre de hablar mal de su país por hacerse superiores á sus compatriotas. — Os aseguro que en los quince dias con que contais no habreis podido hablar siquiera á una sola de las personas cuya cooperacion necesitais. — ¡Hipérboles! Yo les comunicaré á todos mi actividad. — Todos os comunicarán su inercia. »

Conocí que no estaba el señor de Sans-délai muy dispuesto á dejarse convencer sino por la experiencia, y callé por entonces, bien seguro de que no tardarian mucho los hechos en hablar por mí.

Amaneció el dia siguiente, y salimos entrambos á buscar un genealogista, lo cual solo se pudo hacer preguntando de amigo en amigo y de conocido en conocido: encontrámosle por fin, y el buen señor, aturdido de ver nuestra precipitacion, declaró francamente que necesitaba tomarse algun tiempo; instósele, y por mucho favor nos dijo definitivamente que nos diéramos una vuelta por allí dentro de unos dias. Sonreíme y marchámonos. Pasaron tres dias; fuimos. « Vuelva usted mañana, nos respondió la criada, porque el señor no se ha levantado todavía. — Vuelva usted mañana, nos dijo al siguiente dia, porque el amo acaba de salir. — Vuelva usted mañana, nos respondió el otro, porque el amo está durmiendo la siesta. — Vuelva usted mañana, nos respondió el lunes siguiente, porque hoy ha ido á los toros. » ¿Qué dia, á qué hora se ve á un español? Vímosle por fin, y « Vuelva usted mañana, nos dijo, porque se me ha olvidado. Vuelva usted mañana, porque no está en limpio. » A los quince dias ya estuvo; pero mi amigo le habia pedido una noticia del apellido Diez, y él habia entendido Diaz, y la noticia no servia. Esperando nuevas pruebas, nada dije á mi amigo, desesperado ya de dar jamás con sus abuelos.

Es claro que faltando este principio no tuvieron lugar las reclamaciones.

Para las proposiciones que acerca de varios establecimientos y empresas utilísimas pensaba hacer, habia sido preciso buscar un traductor; por los mismos pasos que el genealogista nos hizo pasar el traductor; de mañana en mañana nos llevó hasta el fin del mes. Averiguamos que necesitaba dinero diariamente para comer, con la mayor urgencia; sin embargo, nunca encontraba momento oportuno para trabajar. El escribiente hizo despues otro tanto con las copias, sobre llenarlas de mentiras, porque un escribiente que sepa escribir no le hay en este país.

No paro aquí; un sastre tardó veinte dias en hacerle un frac, que le habia mandado llevarle en veinticuatro horas; el zapatero le obligó con su tardanza á comprar botas hechas; la planchadora necesitó quince dias para plancharle una camisola; y el sombrerero á quien le habia enviado su sombrero á variar el ala, le tuvo dos dias con la cabeza al aire y sin salir de casa.

Sus conocidos y amigos no le asistian á una sola cita, ni avisaban cuando faltaban, ni respondian á sus esquelas. ¡Qué formalidad y qué exactitud!

« ¿Qué os parece de esta tierra, Mr. Sans-délai? le dije al llegar á estas pruebas. — Me parece que son hombres singulares... — Pues así son todos. No comerán por no llevar la comida á la boca. »

Presentóse con todo, yendo y viniendo dias, una proposicion de mejoras para un ramo que no citaré, quedando recomendada eficacísimamente.

A los cuatro dias volvimos á saber el éxito de nuestra pretension. « Vuelva usted mañana, nos dijo el portero. El oficial de la mesa no ha venido hoy. — Grande causa le habrá detenido, dije yo entre mí. Fuímonos á dar un paseo, y nos encontramos ¡qué casualidad! al oficial de la mesa en el Retiro, ocupadísimo en dar una vuelta con su señora al hermoso sol de los inviernos claros de Madrid.

Martes era el dia siguiente, y nos dijo el portero: « Vuelva usted mañana, porque el señor oficial de la mesa no da audiencia hoy.—Grandes negocios habrán cargado sobre él, » dije yo. Como soy el diablo y aun he sido duende, busqué ocasion de echar una ojeada por el agujero de una cerradura. Su señoría estaba echando un cigarrito al brasero, y con una charada del *Correo* entre manos que le debia costar trabajo el acertar. « Es imposible verle hoy, le dije á mi compañero; su señoría está en efecto ocupadísimo. »

Diónos audiencia el miércoles inmediato, y ¡qué fatalidad! el expediente habia pasado á informe, por desgracia á la única persona enemiga indispensable de monsieur y de su plan, porque era quien debia salir en él perjudicado. Vivió el expediente dos meses en informe, y vino tan informado como era de esperar. Verdad es que nosotros no habíamos podido encontrar empeño para una persona muy amiga del informante. Esta persona tenia unos ojos muy hermosos, los cuales sin duda alguna le hubieran convencido en sus ratos perdidos de la justicia de nuestra causa.

Vuelto de informe se cayó en la cuenta en la seccion de nuestra bendita oficina de que el tal expediente no correspondia á aquel ramo; era

preciso rectificar este pequeño error; pasóse al ramo, establecimiento y mesa correspondientes, y hétenos caminando despues de tres meses á la cola siempre de nuestro expediente, como huron que busca el conejo, y sin poderlo sacar muerto ni vivo de la huronera. Fué el caso al llegar aquí que el expediente salió del primer establecimiento y nunca llegó al otro. « De aquí se remitió con fecha tantos, decian en uno. — Aquí no ha llegado nada, decian en otro.—¡Voto va! dije yo á Mr. Sans-délai; ¿sabeis que nuestro expediente se ha quedado en el aire como el alma de Garibay, y que debe de estar ahora posado como una paloma sobre algun tejado de esta activa poblacion? »

Hubo que hacer otro. ¡Vuelta á los empeños! ¡vuelta á la prisa! ¡qué delirio! « Es indispensable, dijo el oficial con voz campanuda, que esas cosas vayan por sus trámites regulares. » Es decir que el toque estaba como el toque del ejercicio militar, en llevar nuestro expediente tantos ó cuantos años de servicio.

Por último, despues de cerca de medio año de subir y bajar, y estar á la firma ó al informe, ó á la aprobacion, ó al despacho, o debajo de la mesa, y de volver siempre mañana, salió con una notita al márgen que decia: « A pesar de la justicia y utilidad del plan del exponente, negado. » — « ¡Ah, ah! Mr. Sans-délai, exclamé riéndome á carcajadas; este es nuestro negocio. » Pero Mr. Sans-délai se daba á todos los oficinistas, que es como si dijéramos á todos los diablos. « ¿Para esto he echado yo mi viaje tan largo? ¿Despues de seis meses no habré conseguido sino que me digan en todas partes diariamente: *Vuelva usted mañana*, y cuando este dichoso *mañana* llega en fin, nos dicen redondamente que no? ¿Y vengo á darles dinero? ¿y vengo á hacerles favor? Preciso es que la intriga mas enredada se haya fraguado para oponerse á nuestras miras. — ¿Intriga, Mr. Sans-délai? No hay hombre capaz de seguir dos horas una intriga. La pereza es la verdadera intriga; os juro que no hay otra: esa es la gran causa oculta: es mas fácil negar las cosas que enterarse de ellas.

Al llegar aquí, no quiero pasar en silencio algunas razones de las que me dieron para la anterior negativa, aunque sea una pequeña digresion.

« Ese hombre se va á perder, me decia un personaje muy grave y muy patriótico.—Esa no es una razon, le repuse: si él se arruina, nada se habrá perdido en concederle lo que pide; él llevará el castigo de su osadía ó de su ignorancia. — ¿Cómo ha de salir con su intencion?— Y suponga usted que quiere tirar su dinero y perderse; ¿no puede uno aquí morirse siquiera sin tener un empeño para el oficial de la mesa? —Puede perjudicar á los que hasta ahora han hecho de otro manera eso mismo que ese señor extranjero quiere. — ¿A los que lo han hecho de otra manera, es decir, peor?— Sí, pero lo han hecho. — Seria lástima que se acabara el modo de hacer mal las cosas. ¿Con que, porque siempre se han hecho las cosas del modo peor posible, será preciso tener consideraciones con los perpetuadores del mal? Antes se debiera mirar si podrian perjudicar los antiguos al moderno.— Así está establecido;

así se ha hecho hasta aquí; así lo seguiremos haciendo. Por esa razon deberian darle á usted papilla todavía como cuando nació. — En fin, señor Fígaro, es un extranjero. — ¿Y porqué no lo hacen los naturales del país? — Con esas socaliñas vienen á sacarnos la sangre. — Señor mio, exclamé, sin llevar mas adelante mi paciencia; está usted en un error harto general. Usted es como muchos que tienen la diabólica manía de empezar siempre por poner obstáculos á todo lo bueno, y el que pueda que los venza. Aquí tenemos el loco orgullo de no saber nada, de quererlo adivinar todo y no reconocer maestros. Las naciones que han tenido, ya que no el saber, deseos de él, no han encontrado otro remedio que el de recurrir á los que sabian mas que ellas.

«Un extranjero, seguí, que corre á un país que le es desconocido, para arriesgar en él sus caudales, pone en circulacion un capital nuevo, contribuye á la sociedad, á quien hace un inmenso beneficio con su talento y su dinero. Si pierde, es un héroe; si gana es muy justo que logre el premio de su trabajo, pues nos proporciona ventajas que no podíamos acarrearnos solos. Este extranjero que se establece en este país no viene á sacar de él el dinero, como usted supone; necesariamente se establece y se arraiga en él, y á la vuelta de media docena de años, ni es extranjero ya, ni puede serlo; sus mas caros intereses y su familia le ligan al nuevo país que ha adoptado; toma cariño al suelo donde ha hecho su fortuna, al pueblo donde ha escogido una compañera; sus hijos son españoles, y sus nietos lo serán; en vez de extraer el dinero, ha venido á dejar un capital suyo que traia, invirtiéndole y haciéndole producir; ha dejado otro capital de talento, que vale por lo menos tanto como el del dinero; ha dado de comer á los pocos ó muchos naturales de quien ha tenido necesariamente que valerse: ha hecho una mejora, y hasta ha contribuido al aumento de la poblacion con su nueva familia. Convencidos de estas importantes verdades, todos los gobiernos sabios y prudentes han llamado á sí á los extranjeros: á su grande hospitalidad ha debido siempre la Francia su alto grado de esplendor; á los extranjeros de todo el mundo que ha llamado la Rusia ha debido el llegar á ser una de las primeras naciones en muchísimo menos tiempo que el que han tardado otras en llegar á ser las últimas; á los extranjeros han debido los Estados Unidos... pero veo por sus gestos de usted, concluí interrumpiéndome oportunamente á mí mismo, que es muy difícil convencer al que está persuadido de que no se debe convencer. ¡Por cierto si usted mandara podríamos fundar en usted grandes esperanzas! »

Concluida esta filípica, fuíme en busca de mi Sans-délai. «Me marcho, señor Fígaro, me dijo: en este país no hay tiempo para hacer nada; solo me limitaré á ver lo que haya en la capital de mas notable.— ¡Ay! mi amigo, le dije, idos en paz, y no querais acabar con vuestra poca paciencia; mirad que la mayor parte de nuestras cosas no se ven. — ¿Es posible? — ¿Nunca me habeis de creer? Acordaos de los quince dias... » Un gesto de Mr. Sans-délai me indicó que no le habia gustado el recuerdo.

« *Vuelva usted mañana*, nos decian en todas partes, porque hoy no se ve. — Ponga usted un memorialito para que le den á usted un permiso

especial.» Era cosa de ver la cara de mi amigo al oir lo del memorialito: representábasele en la imaginacion el informe, y el empeño, y los seis meses, y... Contentóse con decir: *Soy extranjero.* ¡Buena recomendacion entre los amables compatriotas mios! Aturdíase mi amigo cada vez mas, y cada vez nos comprendia menos. Dias y dias tardamos en ver las pocas rarezas que tenemos guardadas. Finalmente, despues de medio año largo, si es que puede haber un medio año mas largo que otro, se restituyó mi recomendado á su patria maldiciendo de esta tierra, y dándome la razon que yo ya antes me tenia, y llevando al extranjero noticias excelentes de nuestras costumbres; diciendo sobre todo, que en seis meses no habia podido hacer otra cosa sino volver siempre mañana, y que á la vuelta de tanto mañana, enteramente futuro, lo mejor ó mas bien lo único que habia podido hacer bueno habia sido marcharse.

¿Tendrá razon, perezoso lector (si es que has llegado ya á esto que estoy escribiendo), tendrá razon el buen Mr. Sans-délai en hablar mal de nosotros y de nuestra pereza? ¿Será cosa de que vuelva el dia de mañana con gusto á visitar nuestros hogares? Dejemos esta cuestion para mañana, porque ya estarás cansado de leer hoy: si mañana ú otro dia no tienes, como sueles, pereza de volver á la librería, pereza de sacar tu bolsillo, y pereza de abrir los ojos para ojear las hojas que tengo que darte todavía, te contaré cómo á mí mismo que todo esto veo y conozco y callo mucho mas, me ha sucedido muchas veces, llevado de esta influencia, hija del clima y de otras causas, perder de pereza mas de una conquista amorosa; abandonar mas de una pretension empezada, y las esperanzas de mas de un empleo, que me hubiera sido acaso, con mas actividad, poco menos que asequible; renunciar, en fin, por pereza de hacer una visita justa ó necesaria, á relaciones sociales que hubieran podido valerme de mucho en el trascurso de mi vida; te confesaré que no hay negocio que no pueda hacer hoy que no deje para mañana; te referiré que me levanto á las once, y duermo siesta; que paso haciendo quinto pié de la mesa de un café hablando ó roncando, como buen español, las siete y las ocho horas seguidas; te añadiré que cuando cierran el café me arrastro lentamente á mi tertulia diaria (porque de pereza no tengo mas que una), y un cigarrito tras otro me alcanzan clavado en un sitial, y bostezando sin cesar, las doce ó la una de la madrugada; que muchas noches no ceno de pereza, y de pereza no me acuesto; en fin, lector de mi alma, te declararé que de tantas veces como estuve en esta vida desesperado, ninguna me ahorqué y siempre fué de pereza. Y concluyo por hoy confesándote que ha mas de tres meses que tengo, como la primera entre mis apuntaciones, el título de este artículo, que llamé *Vuelva usted mañana;* que todas las noches y muchas tardes he querido durante este tiempo escribir algo en él, y todas las noches apagaba mi luz, diciéndome á mí mismo con la mas pueril credulidad en mis propias resoluciones: *¡Eh! mañana le escribiré!* Da gracias á que llegó por fin este mañana, que no es del todo malo; pero ¡ay de aquel mañana que no ha de llegar jamás!

EL MUNDO TODO ES MASCARAS;

TODO EL AÑO ES CARNAVAL.

(Artículo del Bachiller.)

Qué gente hay allá arriba, que anda
tal estrépito? ¿Son locos?
Moratin, Comedia nueva.

No hace muchas noches que me hallaba encerrado en mi cuarto, y entregado á profundas meditaciones filosóficas, nacidas de la dificultad de escribir diariamente para el público. ¿Cómo contentar á los necios y á los discretos, á los cuerdos y á los locos, á los ignorantes y los entendidos que han de leerme, y sobre todo á los dichosos y á los desgraciados que con tan distintos ojos suelen ver una misma cosa?

. . . . . .

Animado con esta reflexion, cojí la pluma y ya iba á escribir nada menos que un elogio de todo lo que veo á mi alrededor, el cual pensaba rematar con cierto discurso encomiástico acerca de lo adelantado que está el arte de la declamacion en el país, para contentar á todo el que se me pusiera por delante, que esto es lo que conviene en estos tiempos tan valentones que corren; pero tropecé con el inconveniente de que los hombres sensatos habian de sospechar que el dicho elogio era burla, y esta reflexion era mas pesada que la anterior.

Al llegar aquí arrojé la pluma, despechado y decidido á consultar todavía con la almohada si en los términos de lo lícito me quedaba algo que hablar, para lo cual determiné verme con un amigo, abogado *por mas señas*, lo que basta para que se infiera si debe de ser hombre entendido, y que este, registrando su *Novísima* y sus *Partidas*, me dijese para de aquí en adelante qué es lo que me está prohibido, pues en verdad que es mi mayor deseo ir con la corriente de las cosas sin andarme á buscar *cotufas en el golfo*, ni el mal fuera de mi casa, cuando dentro de ella tengo el bien.

En esto estaba ya para dormirme, á lo cual habia contribuido no poco el esfuerzo que habia hecho para componer mi elogio de modo que tuviera trazas de cosa formal; pero Dios no lo quiso así, ó á lo que yo tengo por mas cierto, un amigo que me alborotó la casa, y que se introdujo en mi cuarto dando voces en los términos siguientes, ú otros semejantes.

« *¡ Vamos á las máscaras !* bachiller, me gritó. — ¿A las máscaras? — No hay remedio; tengo un coche á la puerta : ¡á las máscaras! Iremos á algunas casas particulares, y concluiremos la noche en uno de los grandes bailes de suscripcion. — Que te diviertas: yo me voy á acostar. — ¡Qué despropósito! No lo imagines : precisamente te traigo un dominó

negro y una careta. — ¡A Dios! Hasta mañana. — ¿Adónde vas? Mira, mi querido Munguía, tengo interés en que vengas conmigo; sin tí no voy, y perderé la mejor ocasion del mundo... — ¿De veras? — Te lo juro. — En ese caso, vamos. ¡Paciencia! Te acompañaré. » De mala gana entré dentro de un amplio ropaje, bajé la escalera, y me dejé arrastrar al compás de las exclamaciones de mi amigo, que no cesaba de gritarme: « ¡Cómo nos vamos á divertir! ¡Qué noche tan deliciosa hemos de pasar! »

Era el coche alquilon; á ratos parecia que andábamos tanto atrás como adelante, á modo de quien pisa nieve, á ratos que estábamos columpiándonos en un mismo sitio; llegó por fin á ser tan completa la ilusion, que temeroso yo de alguna pesada burla de carnaval, parecida al viaje de D. Quijote y Sancho en el Clavileño, abrí la ventanilla mas de una vez, deseoso de investigar si despues de media hora de viaje estariamos todavía á la puerta de mi casa, ó si habríamos pasado ya la línea, como en la aventura de la barca del Ebro.

Ello parecerá increible, pero llegamos, quedándome yo sin embargo en la duda de si habria andado el coche hácia la casa, ó la casa hácia el coche; subímos la escalera, verdadera imágen de la primera confusion de los elementos: un Edipo, sacando el reloj y viendo la hora que era; una vestal, atándose una liga elástica, y dejando á su criado los chanclos y el capote escocés para la salida; un romano coetáneo de Caton dando órdenes á su cochero para encontrar su landó dos horas despues; un indio no conquistado todavía por Colon, con su papeleta impresa en la mano y bajando de un birlocho: un Oscar acabando de fumar un cigarrillo de papel para entrar en el baile; un moro santiguándose asombrado al ver el gentío; cien dominós, en fin, subiendo todos los escalones sin que se sospechara que hubiese dentro quien los moviese, y tapándose todos las caras, sin saber los mas para qué, y muchos sin ser conocidos de nadie.

Despues de un modesto reconocimiento del billete y del sello y la rúbrica y la contraseña, entramos en una salita que no tenia mas defecto que estar las paredes demasiado cerca unas de otras; pero ello es mas preciso tener máscaras que sala donde colocarlas. Algun ciego alquilado para toda la noche, como la araña y la alfombra, y para descansarle un *piano*, *tan piano* que nadie lo consiguió oir jamás, eran la música del baile, donde nadie bailó. Ponianse, sí, de vez en cuando á modo de parejas la mitad de los concurrentes, y dábanse con la mayor intencion de ánimo sendos encontrones á derecha é izquierda, y aquello era el bailar, si se nos permite esta expresion.

Mi amigo no encontró lo que buscaba, y segun yo llegué á presumir, consistió en que no buscaba nada, que es precisamente lo mismo que á otros muchos les acontece. Algunas madres, sí, buscaban á sus hijas, y algunos maridos á sus mujeres; pero ni una sola hija buscaba á su madre, ni una sola mujer á su marido. « Acaso, decian, se habrán quedado dormidas entre la confusion en alguna otra pieza... — Es posible, decia yo para mí, pero no es probable. »

Una máscara vino disparada hácia mí. «¿Eres tú? me preguntó misteriosamente. — Yo soy, le respondí seguro de no mentir. — Conocí el dominó; pero esta noche es imposible: Paquita está ahí, mas el marido se ha empeñado en venir; no sabemos por dónde diantres ha encontrado billetes. — ¡Lástima grande! — ¡Mira tú qué ocasion! Te hemos visto, y no atreviéndose á hablarte ella misma, me envia para decirte que mañana sin falta os vereis en la *Sarten*... Dominó encarnado y lazos blancos. — Bien. — ¿Estás? — No faltaré.»

«¿Y tu mujer, hombre?» le decia á un ente rarísimo que se habia vestido todo de cuernecitos de abundancia, un dominó negro que llevaba otro igual del brazo. «Durmiendo estará ahora; por mas que he hecho no he podido decidirla á que venga; no hay otra mas enemiga de diversiones. — Así descansas tú en su virtud: ¿piensas estar aquí toda la noche? — No, hasta las cuatro. — Haces bien.» En esto se habia alejado el de los cuernecillos, y entreoí estas palabras: «Nada ha sospechado. — ¿Cómo era posible? Si salí una hora despues que él... — ¿A las cuatro ha dicho? — Sí. — Tenemos tiempo. ¿Estás segura de la criada? — No hay cuidado alguno, porque...» Una oleada cortó el hilo de mi curiosidad; las demás palabras del diálogo se confundieron con las repetidas voces de *¿Me conoces? Te conozco*, etc., etc.

¿Pues no parecia estrella mia haber traido esta noche un dominó igual al de todos los amantes, mas feliz por cierto que Quevedo, que se parecia de noche á cuantos esperaban para pegarlos? «¡Chis! ¡Chis! Por fin te encontré, me dijo otra máscara esbelta asiéndome del brazo, y con su voz tierna y agitada por la esperanza satisfecha. ¿Hace mucho que me buscabas? — No por cierto, porque no esperaba encontrarte. — ¡Ay! ¡Cuánto me has hecho pasar desde antes de anoche! No he visto hombre mas torpe; yo tuve que componerlo todo; y la fortuna fué haber convenido antes en no darnos nuestros nombres, ni aun por escrito. Si no... — ¿Pues qué hubo? — ¿Qué habia de haber? El que venia conmigo era Carlos mismo. — ¿Qué dices? — Al ver que me alargabas el papel, tuve que hacerme la desentendida y dejarlo caer, pero él le vió y le cojió. ¡Qué angustias! — ¿Y cómo saliste del paso? — Al momento me ocurrió una idea. ¿Qué papel es ese? le dije. Vamos á verle; será de algun enamorado: se lo arrebato, veo que empieza *querida Anita;* cuando no ví mi nombre, respiré; empecé á echarlo á broma. ¿Quién será el desesperado? le decia riéndome á carcajada. — Veamos; y él mismo leyó el billete, donde me decias que esta noche nos veríamos aquí, si podia venir sola. Si vieras cómo se reia. — ¡Cierto que fué gracioso! — Sí, pero, por Dios, *don Juan, de estas, pocas.*» Acompañé largo rato á mi amante desconocida, siguiendo la broma lo mejor que pude... el lector comprenderá fácilmente que bendije las máscaras, y sobre todo el talisman de mi impagable dominó.

Salimos por fin de aquella casa, y no pude menos de soltar la carcajada al oir á un máscara que á mi lado bajaba: «¡Pésia á mí! le decia á otro; no ha venido; toda la noche he seguido á otra creyendo que era ella, hasta que se ha quitado la careta. ¡La vieja mas fea de Madrid! No

ha venido; en mi vida pasé rato mas amargo. ¿Quién sabe si el papel de la otra noche lo habrá echado todo á perder? Si don Carlos lo cojió...— Hombre, no tengas cuidado. — ¡Paciencia! Mañana será otro dia. Yo con ese temor me he guardado muy bien de traer el dominó cuyas señas le daba en la carta. — Hiciste muy bien. — Perfectísimamente, » repetí yo para mí, y salimos riendo de los azares de la vida.

Bajamos atropellando un rimero de criados y capas tendidos aquí y allí por la escalera. La noche no dejó de tener tampoco algun contratiempo para mí. Yo me habia llevado la querida de otro; en justa compensacion otro se habia llevado mi capa, que debia parecerse á la suya, como se parecia mi dominó al del desventurado querido. «Ya estás vengado, exclamé, oh burlado mancebo.» Felizmente yo al entregarla en la puerta habia tenido la prevision de despedirme de ella tiernamente para toda mi vida. ¡O prevision oportuna! Ciertamente que no nos volveremos á encontrar mi capa y yo en este mundo perecedero; habia salido ya de la casa, habia andado largo trecho, y aun volvia la cabeza de rato en rato hácia sus altas paredes, como Hector al dejar á su Andrómaca, diciendo para mí: «Allí quedó, allí la dejé, allí la ví por la última vez.»

Otras casas recorrimos, en todas el mismo cuadro: en ninguna nos admiró encontrar intrigas amorosas, madres burladas, chasqueados esposos ó solícitos amantes; no soy de aquellos que echan de menos la accion en una buena cantatriz, ó alaban la voz de un mal comediante, y por tanto no voy á buscar virtudes á las máscaras. Pero nunca llegué á comprender el afan que por asistir al baile habia manifestado tantos dias seguidos don Cleto, que hizo toda la noche de una silla cama y del estruendo arrullo: no entiendo todavía á don Jorge cuando dice que estuvo en la funcion, habiéndole visto desde que entró hasta que salió en derredor de una mesa en un verdadero *ecarté*. Toda diferencia estaba en él con respecto á las demás noches en ganar ó perder, vestido de moharracho. Ni me sé explicar de una manera satisfactoria la razon en que se funda para creer ellos mismos que se divierten un enjambre de máscaras que ví buscando siempre, y no encontrando jamás, sin hallar á quien embromar ni quien los embrome, que no bailan, que no hablan, que vagan errantes de sala en sala, como si de todas les echaran, imitando el vuelo de la mosca, que parece no tener nunca objeto determinado. ¿Es por ventura un apetito desordenado de hallarse donde se hallan todos, hijo de la pueril vanidad del hombre? ¿Es por aturdirse á sí mismos y creerse felices por espacio de una noche entera? ¿Es por dar á entender que tambien tienen un interés y una intriga? Algo nos inclinamos á creer lo último cuando observamos que los mas de estos os dicen, si los habeis conocido: « ¡Chiton! ¡Por Dios! No digais nada á nadie. » Seguidlos, y os convencereis que no tienen motivos ni para descubrirse ni para taparse. Andan, sudan, gastan, salen quebrantados del baile.... nunca empero se les olvida salir los últimos, y decir al despedirse: «¿Mañana es el baile en Solís? — Pues hasta mañana. — ¿Pasado mañana es en San Bernardino? ¡Diez onzas diera por un billete!»

Ya que sin respeto á mis lectores me he metido en estas reflexiones

filosóficas, no dejaria pasar en silencio antes de concluirlas la mas principal que me ocurria. ¿Qué mejor careta ha menester don Braulio que su hipocresía? Pasa en el mundo por un santo, oye misa todos los dias, y reza sus devociones; á merced de esta máscara que tiene constantemente adoptada, mirad cómo engaña, cómo intriga, cómo murmura, cómo roba... ¡Qué empeño de no parecer Julianita lo que es! ¿Para eso solo se pone un rostro de carton sobre el suyo? ¿Teme que sus facciones delaten su alma? Viva tranquila; tampoco ha menester careta. ¿Veis su cara angelical? ¡Qué suavidad! ¡Qué atractivo! ¡Cuán fácil trato debe debe de tener! No puede abrigar vicio alguno.— Miradla por dentro, observadores de superficies: no hay dia que no engañe á un nuevo pretendiente; veleidosa, infiel, perjura, desvanecida, envidiosa, áspera con los suyos, insufrible y altanera con su esposo: esa es la hermosura perfecta, cuya cara os engaña mas que su careta. ¿Veis aquel hombre tan amable y tan cortés, tan comedido con las damas en sociedad? ¡Qué deferencia! ¡Qué prevision! ¡Cuán sumiso debe ser! No le escojas solo por eso para esposo, encantadora Amelia; es un tirano grosero de la que entrega su corazon. Su cara es tambien mas pérfida que su careta; por esta no estás expuesta á equivocarte, porque nada juzgas por ella; pero la otra!!... imperfecta discípula de Lavater, crees que debe ser tu clave, y solo puede ser un pérfido guia, que te entrega á tu enemigo.

Bien presumirá el lector que al hacer estas metafísicas indagaciones algun pesar muy grande debia afligirme; pues nunca está el hombre mas filósofo que en sus malos ratos: el que no tiene fortuna se encasqueta su filosofía, como un falto de pelo su *bisoñé:* la filosofía es efectivamente para el desdichado lo que la peluca para el calvo, de ambas maneras se les figura á entrambos que ocultan á los ojos de los demás la inmensa laguna que dejó en ellos por llenar la naturaleza madrastra.

Así era: un pesar me afligia. Habíamos entrado ya en uno de los principales bailes de esta corte; el continuo traspirar, el estar en pié la noche entera, la hora avanzada y el mucho cavilar habian debilitado mis fuerzas en tales términos que el hambre era á la sazon mi maestro de filosofía. Así de mi amigo, y de comun acuerdo nos decidimos á cenar lo mas espléndidamente posible. ¡Funesto error! Así se refugiaban máscaras á aquel estrecho local, y se apiñaban y empujaban unas á otras como si fuera de la puerta las esperase el mas inminente peligro. Iban y venian los mozos aprovechando claros y describiendo sinuosidades, como el arroyo que va buscando para correr entre las breñas las rendijas y agujeros de las piedras. Era tarde ya; apenas habia un plato de que disponer; pedimos sin embargo de lo que habia, y nos trajeron varios restos de manjares que alguno que habia cenado antes que nosotros habia tenido la prevision de dejar sobrantes. *Hicimos semblante* de comer, segun decian nuestros antepasados, y como dicen ahora nuestros vecinos, y pagamos como si hubiéramos comido. Esta ha sido la primera vez en mi vida, salí diciendo, que me ha costado dinero un rato de hambre.

Entrámonos de nuevo en el salon de baile, y cansado ya de observar y de oir sandeces, prueba irrefragable de lo reducido que es el número de hombres dotados por el cielo con travesura y talento, toda mi ambicion se limitó á conquistar con los codos y los piés un rincon donde ceder algunos minutos á la fatiga. Allí me recosté, púseme la careta para poder dormir sin excitar la envidia de nadie, y columpiándose mi imaginacion entre mil ideas opuestas, hijas de la confusion de sensaciones encontradas de un baile de máscaras, me dormí, mas no tan tranquilamente como lo hubiera yo deseado.

Los fisiólogos saben mejor que nadie, segun dicen, que el sueño y el ayuno, prolongado sobre todo, predisponen la imaginacion débil y acalorada del hombre á las visiones nocturnas y aéreas que vienen á tomar en nuestra irritable fantasía formas corpóreas cuando están nuestros párpados aletargados por Morfeo. Mas de cuatro que han pasado en este bajo suelo por haber visto realmente lo que realmente no existe, han debido al sueño y al ayuno sus estupendas apariciones. Esto es precisamente lo que á mí me aconteció, porque al fin, segun expresion de Terencio, *homo sum et nihil humani a me alienum puto.* No bien habia cedido al cansancio, cuando imaginé hallarme en una profunda oscuridad ; reinaba el silencio en torno mio ; poco á poco una luz fosfórica fué abriéndose paso lentamente por entre las tinieblas, y una redoma mágica se me fué acercando misteriosamente por sí sola, como un luminoso metéoro. Saltó un tapon con que venia herméticamente cerrada, un torrente de luz se escapó de su cuello destapado, y todo volvió á quedar en la oscuridad. Entonces sentí una mano fria como el mármol que se encontró con la mia ; un sudor yerto me cubrió ; sentí el crujir de la ropa de una fantasma bulliciosa que ligeramente se movia á mi lado, y una voz semejante á un leve soplo me dijo con acentos que no tienen entre los hombres signos representativos : *Abre los ojos, bachiller ; si te inspiro confianza sígueme* ; el aliento me faltó, flaquearon mis rodillas ; pero la fantasma despidió de sí un pequeño resplandor, semejante al que produce un fumador en una escalera tenebrosa aspirando el humo de su cigarro, y á su escasa luz reconocí brevemente á Asmodeo, héroe del *Diablo Cojuelo.* « Te conozco, me dijo ; no temas : vienes á observar el carnaval en un baile de máscaras. ¡Necio ! ven conmigo ; do quiera hallarás máscaras, do quiera carnaval, sin esperar al segundo mes del año. »

Arrebatóme entonces insensible y rápidamente, no sé si sobre algun dragon alado, ó vara mágica, ó cualquier otro bagaje de esta especie. Ello fué que alzarme del sitio que ocupaba y encontrarnos suspendidos en la atmósfera sobre Madrid, como el águila que se columpia en el aire buscando con vista penetrante su temerosa presa, fué obra de un instante. Entonces ví al través de los tejados como pudiera al través del vidrio de un excelente anteojo de larga vista.

« Mira, me dijo mi extraño *cicerone.* ¿ Qué ves en esa casa ?—Un jóven de sesenta años disponiéndose á asistir á una *suaré ;* pantorrillas postizas, porque va de calzon ; un frac diplomático ; todas las maneras

afectadas de un seductor de veinte años; una persuasion sobre todo indestructible de que su figura hace conquistas todavía...

« ¿Y allí? — Una mujer de cincuenta años. — Obsérvala; se tiñe los blancos cabellos. — ¿Qué es aquello? — Una caja de dientes; á la izquierda una pastilla de olor; á la derecha un *polison.* — ¡Cómo se ciñe el corsé! va á exhalar el último aliento. Repara su gesticulacion de coqueta. — ¡Ente execrable! ¡Horrible desnudez! — Mas de una ha deslumbrado tus ojos en algun sarao que debieras haber visto en ese estado para ahorrarte algunas locuras.

« ¿Quién es aquel mas allá? — Un hombre que pasa entre vosotros los hombres por sensato; todos le consultan: es un célebre abogado; la librería que tiene al lado es el disfraz con que os engaña. Acaba de asegurar á un litigante con sus libros en la mano que su pleito es imperdible; el litigante ha salido; mira cómo cierra los libros en cuando salió, como tú arrojarás la careta en llegando á tu casa. ¿Ves su sonrisa maligna? Parece decir: venid aquí, necios; dadme vuestro oro; yo os daré papeles, yo os haré frases. Mañana seré juez; seré el intérprete de Temis. ¿No te parece ver al loco de Cervantes, que se creia Neptuno?

« Observa mas abajo: un moribundo; ¿oyes cómo se arrepiente de sus pecados? Si vuelve á vida, tornará á las andadas. A su cabecera tiene á un hombre bien vestido, un baston en una mano, una receta en la otra: *O las tomas, ó te pego. Aquí tienes la salud*, parece decirle, *yo sano los males, yo los conozco*; observa con qué seriedad lo dice; parece que cree él mismo; parece perdonarle la vida que se le escapa ya al infeliz. No hay cuidado, sale diciendo; ya sube en su bombé; ¿oyes el chasquido del látigo? — Sí.— Pues oye tambien el último ay del moribundo, que va á la eternidad, mientras que el doctor corre á embromar á otro con su disfraz de sabio.

« Ven á ese otro barrio.— ¿Qué es eso? Un duelo. ¿Ves esas caras tan compungidas? — Sí.— Míralas con este anteojo. — ¡Cielos! La alegría rebosa dentro, y cuenta los dias que el decoro le podrá impedir salir al exterior.

« Mira una boda; con qué buena fe se prometen los novios eterna constancia y fidelidad.

. . . . . .

« Quién es aquel? — Un militar; observa cómo se paga de aquel oro que adorna su casaca. ¡Qué de trapitos de colores se cuelga de los ojales! ¡Qué vano se presenta! *Yo sé ganar batallas*, parece que va diciendo. —¿Y no es cierto? Ha ganado la de***. — ¡Insensato! Esa no la ganó él, sino que la perdió el enemigo. — Pero... — No es lo mismo. — ¿Y la otra de***?— La casualidad.— Se está vistiendo de grande uniforme, es decir, disfrazando; con ese disfraz todos le dan V. E., él y los que así le ven creen que ya no es un hombre como todos.

. . . . . .

« Ya lo ves; en todas partes hay máscaras todo el año; aquel mismo amigo que te quiere hacer creer que lo es, la esposa que dice que te ama, la querida que te repite que te adora, ¿no te están embromando

toda la vida? ¿A qué, pues, esa prisa de buscar billetes? Sal á la calle, y verás las máscaras de balde. Solo te quiero enseñar, antes de volverte á llevar donde te he encontrado, concluyó Asmodeo, una casa donde dicen especialmente que no las hay este año. Quiero desencantarte. » Al decir esto pasábamos por el teatro. « Mira allí, me dijo, á un autor de comedia. Dice que es un gran poeta. Está muy persuadido de que ha escrito los sentimientos de Orestes, y de Neron y de Otelo... ¡Infeliz! ¿Pero qué mucho? Un inmenso concurso se lo cree tambien. ¡Ya se vé! ni unos ni otros han conocido á aquellos señores. Repara, y ríete á tu salvo. ¿Ves aquellos grandes palos pintados, aquellos lienzos corredizos? Dicen que aquello es el campo, y casas, y habitaciones, ¡y qué mas sé yo! ¿Ves aquel que sale ahora? Aquel dice que es el grande sacerdote de los griegos, y aquel otro Edipo; ¿los conoces tú? — Sí; por mas señas que esta mañana los ví en misa.—Pues, míralos; ahora se desnudan, y el gran sacerdote, y Edipo, y Jocasta, y el pueblo tebano entero se van á cenar sin mas acompañamiento, y dejándose á su patria entre bastidores, algun carnero verde, ó si quieres un excelente *beefsteak* hecho en casa de Genyeis. ¿Quieres oir á Semíramis?—¿Estás loco, Asmodeo? ¿A Semíramis? — Sí; mírala; es una excelente conocedora de la música de Rossini. ¿Oiste qué bien cantó aquel adagio? Pues es la viuda de Nino; ya espira; á imitacion del cisne, canta y muere. »

Al llegar aquí estábamos ya en el baile de máscaras; sentí un golpe ligero en una de mis mejillas. ¡Asmodeo! grité. Profunda oscuridad; silencio de nuevo en torno mio. ¡Asmodeo! quise gritar de nuevo; dispiértame empero el esfuerzo. Llena aun mi fantasía de mi nocturno viaje, abro los ojos, y todos los trajes apiñados, todos los paises me rodean en breve espacio; un chino, un marinero, un abate, un indio, un ruso, un griego, un romano, un escocés... ¡Cielos! ¿Qué es esto? ¿Ha sonado ya la trompeta final? ¿Se han congregado ya los hombres de todas épocas y de todas las zonas de la tierra á la voz del Omnipotente en el valle de Josafat?... Poco á poco vuelvo en mí, y asustando á un turco y una monja entre quienes estoy, exclamo con toda la filosofía de un hombre que no ha cenado, é imitando las expresiones de Asmodeo, que aun suenan en mis oidos: « *El mundo todo es máscaras: todo el año es carnaval.* »

CONCLUSION.

No tratamos de inculpar en modo alguno por los cuadros que vamos á describir al justo gobierno que tenemos: no hay nacion tan bien gobernada donde no tengan entrada mas ó menos abusos, donde el gobierno mas enérgico no pueda ser sorprendido por las arterías y manejos de los subalternos. Contraria del todo es nuestra idea. Precisamente ahora que vemos á la cabeza de nuestro gobierno una reina que, de acuerdo con su augusto esposo, nos conduce rápidamente de mejora en mejora, nosotros, deseosos de cooperar por todos términos como buenos y sumisos vasallos á sus benéficas intenciones, nos atrevemos á apuntar en nuestras habladurías aquellos abusos que desgraciadamente, y por la esencia de las cosas, han sido siempre en todas partes harto frecuentes, creyendo que cuando la autoridad protege abiertamente la virtud y el órden, nunca se la podrá desagradar levantando la voz contra el vicio y el desórden, y mucho menos si se hacen las críticas generales, embozadas con la chanza y la ironía, sin aplicaciones de ninguna especie, y en un folleto que mas tiende á excitar en su lectura alguna ligera sonrisa, que á gobernar el mundo.

Protestamos contra toda alusion, toda aplicacion personal, como en nuestros números anteriores. Solo hacemos pinturas de costumbres, no retratos.

(*Página* 61 *de este tomo* 1°.)

Trece números y diez meses va á hacer que, acosados del enemigo malo que nos inducia á hablar, dimos principio á nuestras habladurías. —¿Qué? ¿No queda mas que hablar? nos dirán.— Mucho nos falta efectivamente que decir, pero acabamos de entrar en cuentas con nosotros mismos, y hecha abstraccion de lo que no se debe, de lo que no se quiere, ó de lo que no se puede decir, que para nosotros es lo mas, podemos asegurar á nuestros lectores que dejamos el puesto humildemente á quien quiera iluminar la parte del cuadro que nuestro pobre pincel ha dejado oscura. Confesamos que al acometer tan arriesgada empresa no conocíamos la cara al miedo; pero en el dia no nos queremos salvar, si no es cierto que temblamos de piés á cabeza al sentar la pluma en el papel. En unos tiempos en que la irritabilidad de nuestras modernas costumbres exige que tengamos á la vez en la misma mano la espada y la pluma para convencer á estocadas al que no pueden convencer razones; en unos tiempos en que es preciso matar en duelo á los necios, uno á uno, no nos sentimos con fuerza para tan larga tarea; *mate, pues, moros quien quisiere, que á mí no me han hecho mal.*

Considere además el juicioso lector que contra todo nuestro gusto hemos echado diez meses en verter media docena de ideas, que acaso en horas habíamos concebido, y todo para decirlas á fuerza de lagunas y paliativos, de la ridícula y única manera que las pudieran oir los mismos que no quieren entenderlas. Desconfiados ya en un principio de nuestras flacas fuerzas, nunca nos propusimos trazar un plan mucho mas extendido... ¿Cómo no hemos de exclamar arrojando la pluma: « No servimos para escribir aquí; nuestras ideas están en contradiccion con las buenas ó con las del mayor número? » ¿Cómo pudiera no pesarnos con verdadera atricion de haber contado ligeramente con la buena voluntad de los

amigos de la verdad, que realmente no debe de tener muchos entre nosotros? Ya en otra parte dijimos que donde quiera que volvemos los pasos encontramos una pared insuperable, pared que fuera locura pretender derribar. Pongámosle al contrario como cada uno un ladrillito mas con nuestras propias manos; vivamos entre nuestras cuatro paredes, sin disputar vanamente si nos ha de sorprender la muerte como á los carneros de Casti, asados ó cocidos, y si del otro lado imaginan algunos que está la felicidad, que nosotros no vemos en el mundo por ninguna parte, Dios se la tenga muchos años por allá, y se la dé á quien mas le convenga, pues ya está visto que á nosotros, pobrecitos habladores, no nos debe en manera alguna de convenir.

Una duda ofensiva nos queda por desvanecer; esta es una aclaracion que nos pesará mas que todo no poder hacer. Habrán creido muchos tal vez que un orgullo mal entendido, ó una pasion inoportuna y dislocada de extranjerismo han hecho nacer en nosotros una propension á maldecir de nuestras cosas. Lejos de nosotros intencion tan poco patriótica; esta duda solo puede tener cabida en aquellos paisanos nuestros que, haciéndose peligrosa ilusion, tratan de persuadirse á sí mismos que marchamos al frente ó al nivel á lo menos de la civilizacion del mundo; para los que tal crean no escribimos, porque tanto valiera hablar á sordos : para los españoles empero juiciosos, para quienes hemos escrito mal ó bien nuestras páginas; para aquellos que, como nosotros, creen que los españoles son capaces de hacer lo que hacen los demás hombres; para los que piensan que el hombre es solo lo que de él hacen la educacion y el gobierno ; para los que pueden probarse á sí mismos esta eterna verdad con solo considerar que las naciones que antiguamente eran hordas de bárbaros son en el dia las que capitanean los progresos del mundo; para los que no olvidan que las ciencias, las artes y hasta las virtudes han pasado del oriente al occidente, del mediodía al norte en una continua alternativa, lo cual prueba que el cielo no ha monopolizado en favor de ningun pueblo la pretendida felicidad y preponderancia tras que todos corremos; para estos, pues, que están seguros de que nuestro bienestar y nuestra representacion política no ha de depender de ningun talisman celeste, sino que ha de nacer, si nace algun dia, de tejas abajo, y de nosotros mismos; para estos haremos una reflexion que nos justificará plenamente á sus ojos de nuestras continuas detracciones; reflexion que podrá ser la clave de nuestras habladurías, y la verdadera profesion de fe de nuestro bien entendido patriotismo. Los aduladores de los pueblos han sido siempre, como los aduladores de los grandes, sus mas perjudiciales enemigos; ellos les han puesto una espesa venda en los ojos, y para usufructuar su flaqueza les han dicho : *Lo sois todo*. De esta torpe adulacion ha nacido el loco orgullo que á muchos de nuestros compatriotas hace creer que nada tenemos que adelantar, ningun esfuerzo que emplear, ninguna envidia que tener. Ahora preguntamos al que de buena fe nos quiera responder : ¿Quién es el mejor español? ¿El hipocrita que grita : « Todos le sois; no deis un paso para ganar el premio de la carrera, porque vais delante ; » ó el que

sinceramente dice á sus compatriotas : « Aun os queda que andar; la meta está lejos; caminad mas aprisa, si quereis ser los primeros? » Aquel les impide marchar hácia el bien, persuadiéndoles á que le tienen; el segundo mueve el único resorte capaz de hacerlos llegar á él tarde ó temprano. ¿Quién, pues, de entrambos desea mas su felicidad? El último es el verdadero español, el último el único que camina en el sentido de nuestro buen gobierno. Y cuando una mano poderosa y benéfica de quien sabe mejor que los aduladores de las naciones lo que nos falta que andar, nos anima señalándonos gloriosos ejemplos, cuando una reina ilustre y un monarca bien intencionado tratan los primeros de llevarnos á la posible perfeccion, retardada acaso no por culpa de sus excelsos antecesores, sino tal vez por la sucesion de revoluciones desgraciadas siempre que han afligido nuestro país, en esta ocasion ¿no se nos permitirá proclamar esta luminosa verdad, que un español fiel vierte en cooperacion de los altos fines de sus reyes? ¿No se nos permitirá tampoco rendir este postrer homenaje á la verdad?

Esta era la última reflexion que nos quedaba que hacer; el deseo de contribuir al bien de nuestra patria nos ha movido á decir verdades amargas; si nuestras pocas fuerzas, si las dificultades que en nuestra marcha hemos encontrado, si las circunstancias, en fin, hubiesen impedido resultados correspondientes á nuestras esperanzas, sírvenos al menos de consuelo y de recompensa la propia satisfaccion que nos inspira nuestro objeto. ¿No se nos permitirá tampoco decir á la faz de nuestros lectores : *Esta fué nuestra intencion?* ¿Qué riesgo podrá haber para nadie en decir en altas voces que deseamos lo bueno, y que por eso criticamos lo malo?

Despues de este exordio, en que hemos dado la clave de nuestro Hablador, despues de haber manifestado harto claramente que si números enteros han sido dedicados á objetos de poca importancia, no ha sido porque fuese tal nuestra intencion, sino por la naturaleza de las cosas que nos rodean, terminemos nuestra coleccion como podamos; y si hubiere lector que no pareciese muy satisfecho de nuestras divagaciones, ó de la futilidad tal vez de las materias que tratemos, le rogamos que vuelva á leer el exordio que antecede para que no culpe á quien de buena gana le siguiera divirtiendo mas á su placer, y recuerde que solo el deseo de cumplir la palabra que al público tenemos dada de llenarle catorce números nos pone hoy nuevamente la pluma en la mano.

CARTA ULTIMA

DE ANDRÉS NIPORESAS

AL BACHILLER

DON JUAN PEREZ DE MUNGUIA.

Querido bachiller; Imagina tú si me será sensible el estado de tu salud y ese malhadado frenillo que te embarga la lengua y te obliga á hablar tan de tarde en tarde; echa mano de la sopa en vino, y si esta no basta á dar tono á tu decaida máquina, avísame con tiempo para encomendarte á Dios y rogarle que te haga arrepentir en vida de tus muchos y corpulentos pecados, pues te veo ya con un pié en la sepultura, y me doy á entender que si te alcanza la muerte antes de arrepentirte, no ha de haber luego remedio humano ni divino para tí, ni te han de alcanzar oraciones de ningun cristiano. Mira estas cosas muy despacio, y considera sobre todo que hay infierno. De esta verdad, si la fe no te respondiera, te responderia yo, que llevo este punto de creencia á tal extremo que estoy para mí que no solo le hay en la otra vida, sino en esta tambien debe haberle para mas de uno, segun vehementes indicios que de ello tengo.

Es tanta la batahola de preguntas y confusion de encargos que en tu última carta reservada, y no vista del público, me diriges y encomiendas, que no sé si bastaré yo para dar completa satisfaccion á todas tus necesidades. Conténtate, pues, con lo que buenamente te pueda ir diciendo...

Pasemos á tus largas preguntas y á tus interminables encargos.

Con respecto á la Historia de España que me pides, como me dices que ha de ser buena, no te la puedo enviar, porque no la he encontrado.

Me encargas que envie á tu sobrinito á las cátedras públicas de historia y geografía que supones temerariamente que debe de haber en una corte como esta; me añades que ya que tiene la fortuna de estar en el primer pueblo de la nacion que aproveche esta feliz circunstancia para ilustrarse. Te ruego encarecidamente que antes de hacerme estos encargos procures no ser tan ligero en tus juicios, porque aquí no hay semejantes cátedras; lo que hay es una Academia de la Historia, y un despacho de mapas en la calle del Príncipe. Puede ser que sean estas las noticias que tengas, y como eres tan torpe, todo lo hayas confundido.

Soy de opinion que no aprenda taquigrafía, en atencion á que aquí no hay palabra que seguir.

Lo que sí debe aprender es el arte de tener siempre razon, es decir, la esgrima, porque andan muy en boga los desafíos de algun tiempo á esta parte; de suerte que ya en el dia es una vergüenza no haber estropeado á algun amigo en el campo del honor. Otra cosa no menos importante. Es

de primera necesidad que se vista de majo y eche un cuarto á espadas en cualquier funcioncilla de toros extraordinaria que entre señoritos aficionados se celebre, que sí se celebrará; con estas dos cosas será una columna de la patria, y un modelo del buen tono, segun los usos del dia. Y aun si pudiera ser tener pantalon *colan* y sombrero *clac;* si pudiera ser además que pasase la mañana haciendo visitas, y dejando cartoncitos de puerta en puerta, la tarde haciendo ganas de comer y atropellando amigos en un caballo cuellilargo y sin rabo, condicion *sine qua non*, la prima noche silbando alguna comedia buena, y la madrugada de *raout* en *raout*, perdiendo al ecarté su dinerillo y el de sus acreedores, seria doblemente considerado de las gentes del gran mundo, y atendido de las personas sensatas del siglo...

Alguna obra de la biblioteca de las que me indicas está en lo reservado, y así te devuelvo tu encargo...

Tampoco he encontrado una coleccion de trajes españoles de todas las épocas, porque no la hay. Me han preguntado si estás tú seguro de que anduviesen vestidos nuestros antepasados.

No se ha encontrado quien compusiera tu reloj; sabe mas que tú y que todos nosotros; por mas que ha querido el relojero gobernarlo, él no se ha dejado gobernar.

La laminita que quieres, no he hallado en Madrid quien la haga; dicen que es preciso hacerla sobre acero, y para obtener buen resultado me han asegurado que debes encargarla á Paris.

No he dado á encuadernar el libro consabido, porque como lo quieres lujoso y preciosamente encuadernado, y aquí no hay mas que uno que lo sepa hacer, está muy atareado, sobre llevar muy caro, y así es cosa larga. Si te corre prisa lo enviaré á Londres...

No he podido confiar tus comisiones á Domingo, ni á Pedro, ni á la Nicolasa : hanle sucedido á todos desgracias impensadas...

Ya te puedes poner en camino, porque en esta semana pasada no ha habido mas que dos robos de diligencias...

Pero si vienes á pretender no vengas, que por ahora no tengo empeños que prestarte, y para traerte solo contigo tus méritos, te puedes quedar con ellos por allá, que aquí nadie los ha menester...

Vengas ó no vengas, lo que debes hacer es callar; supuesto que el mundo ha de ir siempre como va, haz lo que todos, y de lo que sabes saca partido, si es que no quieres olvidarlo, lo cual seria mas seguro. Cuando las cosas no tienen remedio, la habilidad consiste en convertirlas como son en provecho de uno. Déjate, pues, ya de habladurías, que te han de costar la vida, ó la lengua; imítame á mí, y escribe solo de aquí en adelante cartas simples y sérias de familia, como esta, donde cuentes hechos, sin reflexiones, comentarios ni moralejas, y en las cuales nadie pueda encontrar una palabra maliciosa, ni un reproche que echarte en cara, sino la sencilla relacion de las cosas que natural y diariamente en las Batuecas acontecen; ó lo que seria mejor, ni aun eso escribas, que para que esta habilidad no se te olvide, bastará que pongas semanalmente la cuenta de la lavandera. *Andrés Niporesas.*

Nota. De aquí para adelante el editor no sabe mas qué ha sido de los escritos del Bachiller ni de su correspondencia con Andrés Niporesas: solo se sabe que, como de los fragmentos de esta carta se puede barruntar, se habia puesto el Pobrecito en camino para la corte de las Batuecas, y, como se infiere, Andrés seguia en Madrid. Que á poco el Bachiller murió, lo cual se supo por los últimos partes telegráficos. El editor aguarda los mas recientes pormenores para darlos al público, como lo espera hacer en el número 14 de esta coleccion, que será *la muerte del Pobrecito Hablador*. Solo se han hallado entre papeles viejos algunos fragmentos, como en dicho número se dirá, los cuales no se sabe si con el tiempo podrán ver la luz pública.

MUERTE

DEL

POBRECITO HABLADOR.

ESCRIBELA PARA EL PUBLICO ANDRÉS NIPORESAS, SU CORRESPONSAL.

Habló lo que tenia que hablar, y espiró.
Pág. 91 de este tomo 1º.
¿Qué se hizo el rey don Juan?
Los infantes de Aragon
¿Qué se hicieron?
. . . . . .
. . . . . .
Mas como fuese mortal.
Metióla la muerte luego
En su fragua:
¡O juicio divinal!
Cuando mas ardia el fuego
Echaste agua.
Jorge Manrique.

¡O fragilidad de las cosas humanas! ¿Será cierto? El fuerte, el terrible cayó. ¡No existe ya el Pobrecito Hablador! ¿Pero qué mucho? Caen y pasan los imperios, ¡y no habrán de caer y pasar los habladores! Los asirios cayeron; los babilonios hicieron lugar á los persas; los persas sucumbieron á los griegos; los griegos se refundieron en los romanos. Roma humilló su altiva frente á las hordas del Norte, y á los bárbaros sus águilas imperantes... todo pasó: el recuerdo de su soberbia existe solo para hacer mas humillante su caida. ¿Qué le prestó á la colonia de Dido su mala fe? ¿Qué le prestaron sus ciencias á la ciudad de Minerva? ¿Qué á la corte de Zenobia sus altos monumentos? ¿Qué á la capital del

mundo su severidad republicana ni sus fuertes muros? Todo lo destruyó el tiempo. ¿Y no podrá destruir á un hablador?

Entre lágrimas y congojas escribo estos tristes renglones que acaso la posteridad leerá; pero por si la posteridad no los leyese, porque de la posteridad no se sabe cosa cierta, léanlos á lo menos nuestros coetáneos.

Un pañuelo en la mano, apoyada en esta la mejilla, mis cabellos esparcidos, los ojos anegados en lágrimas, las huellas del dolor sobre mi frente... Héme aquí, discípulo de Apeles; pinta mi desesperacion si alcanzan tus pinceles á pintar el mayor dolor que un mortal y que un Andrés han alcanzado jamás á padecer.

Tregua por fin á los sollozos: corra mi pluma sobre el papel; selle con caractéres de tinta y consigne en la eternidad tan funesto acontecimiento.

No ha dos horas aun esperaba el correo... la alegría brillaba en mis ojos. ¡Noticias de las Batuecas! exclamaba. ¡Cuánto se engaña el hombre! Llega un propio acelerado; mi mano trémula se resiste á romper el negro lema.... y.... ¡Qué horror! El Bachiller... ¡ha muerto! ¿Alguna alevosa pulmonía? No, no era un soplo de aire quien habia de matar á un hablador. ¿Una apoplejía fulminante? ¡Ah! Un pobrecito no muere de apoplejía. ¿Murió de tener razon? ¿Murió de la verdad? ¿Murió de alguna paliza? Pero, ¡ay! era su estrella dar palos y no recibirlos. ¿Dió con alguno mas hablador que él? ¿Murió de algun traganton de palabras?

No mas dudas, en fin: recorro con la vista el pliego funesto, y la siguiente carta del infeliz escribiente del Pobrecito Hablador desenvuelve á mis ojos las horribles circunstancias de tan espantosa catástrofe.

« Señor don Andrés Niporesas. Aunque á riesgo de que usted no me crea, pues sé de muy buena tinta que no cree en cosa nacida ni por nacer, en lo cual hace como aquel que es experimentado y sabe cuanto viven los hombres de mentira, no dudo un momento en participarle la desgracia que en el dia y aun en la noche tiene hecha un mar de lágrimas esta su casa y, lo que vale mas, gran parte ya de las Batuecas.

« Bien sabe usted, y lo sabe mejor que nadie, que mi principal el señor Bachiller, que Dios haya perdonado, dió en hablar por los codos, y valga lo que valga esta frasecilla. No fueron parte, como usted sabe, á atarle la lengua, ni los respetos debidos á los necios en todo país poco menos que civilizado, ni las consideraciones que la sinrazon merece mas de una vez entre nosotros, ni los gritos de su familia que los poníamos en el cielo suplicándole que no se metiese en habladurías, para lo cual le acumulábamos un sin fin de refranes, como verbi gracia: al buen callar llaman Sancho; cada uno en su casa, y Dios en la de todos; por la boca muere el pez; y otros tales y tan significativos como estos; ya conoce usted que á mí sobre todo no me faltarian, porque soy de nacimiento castellano y de profesion batueco; pero á todo hacia mi amo orejas de mercader, ó respondia de una manera victoriosa: en cuanto al primero, que él no queria ser Sancho; en lo de cada uno en su casa, ni estaba decidido si él la tenia, ni si él era cada uno; en cuanto á lo de Dios por su casa,

mucho le amaba en verdad... Y en lo de que el pez muere por la boca, añadia que tanto tenia él de pez, como los batuecos de personas. Así no habia entrarle. Ya ve usted que un hombre para quien no tenian autoridad los refranes, que tienen toda la legitimidad de la antigüedad, es hombre desahuciado. Habia de hablar y habló.

« Y no fué lo peor que hablase, señor don Andrés, porque al fin si siempre hubiera hablado á cien leguas de sus interlocutores como en un principio le acontecia, ¡ santo y bueno! que hay cosas que ó no se deben decir ó se deben decir desde muy lejos... Pero ¡ ay de mí! el señor Bachiller la quiso echar de fanfarron : supo que en las Batuecas no todos le agradecian los elogios que de ellos hacia y habia hecho continuamente, porque cuatro lectores de mala fe le daban tormento á las expresiones y exprimian el limon hasta sacar lo amargo. ¡ Vea usted qué injusticia! Bien sabe Dios, y lo sé yo tambien por mas señas, que nunca fué la intencion del señor Bachiller hablar mal de su país. ¡ Jesus! ¡ Dios nos libre! Antes queríalo como un padre á su hijo: bien se echa de ver que este cariño no es incompatible con cuatro zurras mas ó menos al cabo del año. Además de ser él persona muy bien intencionada, de una pasta admirable y ajena de toda malicia, tanto que todo lo que decia lo decia de buena fe y como lo sentia. Ni él quisiera ofender á nadie, porque amaba á su prójimo poco menos que á sí mismo, y toda la dificultad solia ponerla en saber cuál era su prójimo, porque ha de saber usted que no todos se lo parecian. Fué, pues, el caso, y tenga usted paciencia con mis digresiones, porque yo nunca acerté á escribir de otra manera, antes suelo distraerme y salirme del camino como bestia hambrienta para meterme por los sembrados de las laderas y ver si cojo alguna espiga; así llevando viaje para Alcalá suelo salir junto á Zaragoza, y como de esas veces me anochece en Huete y salgo á la mañana por los cerros de Ubeda : digo, pues, fué el caso que supo mi señor las habladurías que de su persona andaban, y como se corria en las Batuecas que despues de tanto como habia hablado y tan malo no le seria posible dar la vuelta para allá, aunque quisiera, puesto que tendria miedo. *Miedo*, decia cuando lo supo. ¡ Voto á tal! que nunca le ví la cara al miedo, y tengo de ir á las Batuecas solo por ver si comen bachilleres esos señores tragaaldabas. — ¡ Ay! no haga usted, señor Bachiller, tal disparate, le dijimos á una voz : mire que aunque tuviera miedo á los tontos no haria nada de mas, porque no hay nada mas terrible que un tonto. Pero, señor don Andrés Niporesas, dió en pensar en ello, y se pasaba los dias de claro en claro, y las noches de turbio en turbio, dando y tomando en lo del viaje, hasta que hubo de efectuarlo. Fuimonos, señor de mi alma, á las Batuecas... Sosiéguese usted, porque nada le aconteció por entonces que digno de contar sea. . . . . .

. . . . . .

« Llegó por fin un viernes, que viernes habia de ser él para ser bueno, y fué preciso meter entre sábanas al señor Bachiller, Q. S. G. H. Sintiéndose allí morir por momentos, no quiso espirar sin practicar todas aquellas diligencias que á su conciencia debia como buen cristiano,

porque ha de saber usted que *bueno* no diré, pero cristiano sí sé que era. Practicadas estas diligencias, para las cuales le dejamos largo rato solo y recogido, llamónos á todos, y luego que nos tuvo en derredor :

« Hijos mios, dijo con voz bien diversa de la que solia tener cuando hablaba claro, porque es de advertir que á lo último ya apenas se le entendia : hijos mios, os reuno porque no quiero que se diga de mí que morí sin hacer disposicion alguna, ni declaré mi verdadero modo de pensar, que si no fuese el verdadero, porque esto ni yo lo sé, será por lo menos el último ; pues os advierto que yo tambien tuve varios modos de pensar, y tuviera mas, si mas lugar me diera la muerte, que me siento aquí, que me aprieta en la misma garganta. Ni menos quiero que se diga que murió sin decir oste ni moste quien solo de hablar vivió, que esto fuera mengua.

« En cuanto á bienes, harto sabeis, queridos mios, que nada tengo que dejar sino el mundo en que he vivido, y ese bien sabe Dios que no le dejo yo, sino que me le hacen dejar mal que me pese. Ni necesito hacer ninguna declaracion de pobre, porque bien público y notorio es que he sido poeta, que me dediqué desde chiquito á las letras en este país, que he sido hombre de bien y de honor, que no he sido intrigante ni adulador, ni yo anduve nunca en empréstitos ajenos y ganancias propias, ni tuve mujer bonita, ni hija que lo pareciese, ni tio obispo ó padre covachuelo. Así que, ¿ por dónde he de ser rico ?

« Dejo, pues, lo poco que se halla, si se halla algo, para misas por mi ánima, porque no las tengo todas conmigo ; y si se quejase mi hijo que le dejo por ello sin eso poco que le quedaria, que tenga paciencia, que primero son mis gustos que sus necesidades, y mi alma que su cuerpo.

« Declaro y confieso en la hora de mi muerte, y como si me hallase en ella, que tengo miedo, y que de miedo muero ; lo cual no me da vergüenza, así como hay otras cosas que tampoco se la dan á otros ; antes me da mucha pena y estoy muy arrepentido de no haberlo tenido un poco antes. ¡ Cómo ha de ser ! Todo no se puede hacer á un tiempo.

« Item mas : en consideracion á que conozco muchas personas que están buenas y gordas y bien establecidas que se han retractado de sus opiniones ó expresiones, siempre que han creido serles conveniente ó venir muy al caso, en consideracion á esto, me retracto no solo de todo lo que he dicho, sino tambien de lo que me he dejado por decir, que no es poco. Y esta retractacion deberá entenderse reservándome el derecho de volverme á retractar cuanto y como me acomodare, si vivo, y así sucesivamente hasta el fin de los siglos ; porque esta es mi voluntad, y en cosas de cada uno nadie tiene que mezclarse ; siempre tuve mis opiniones como mis vestidos, y cada dia me puse uno, en lo cual batuecos hay que no tienen nada que echarme en cara.

« A propósito de batuecos, declaro que los batuecos no son tales batuecos por mas que lo parezcan : me arrepiento de habérselo llamado, siendo esta una de las primeras cosas de que me retracto, y agradeciéndoles sin embargo la bondad con que han llevado esta impertinencia mia.

« Arrepiéntome en la hora de la muerte, y me pesa de lo poquillo que en esta vida he sabido, porque no me ha servido sino de dogal; y hago voto de no volver á saber cosa de provecho si de esta me saca con bien la divina Majestad; y si hubiese de resucitar, como ya por su gran poder en ocasiones se ha visto, lo cual sin embargo no creo que se guarda para pecadores como yo, prometo de no volver á mirar libro alguno sino por defuera, dando siempre mi voto por la pasta. »

« Aquí fué preciso reforzarle algo, lo que logramos leyéndole algunos rengloncitos de las últimas loas, por ser muy espirituosas: moríasenos por instantes, pero algo repuesto siguió :

« En cuanto á mi amigo, que dice lo es, Andrés Niporesas, que no firme en mis disposiciones testamentarias, aunque fuere de ellas testigo, sin embargo de que ya veo que no está presente. Insisto con todo en lo dicho, porque he conocido testigos ausentes. Si da cuenta al público de mi fallecimiento, como es de esperar, que no firme tampoco. Y esto lo dispongo así, porque no parezca burla ó chacota mi muerte ni mi arrepentimiento si ve el público malicioso que concluye con lo de *Niporesas*.

« Mándole que me agradezca esta satisfaccion que de mi voluntad le doy, puesto que pudiera excusármela; á muchos conozco yo que cuando mandan no dan nunca satisfacciones, y tengo para mí que no van descaminados.

« Item mas : digo que hay amigos en el mundo (si bien yo he dicho lo contrario), pues los tengo yo, que es cuanto hay que decir en la materia, y es la prueba de las pruebas.

« Item : digo que en la corte no hay vicios, á pesar de mi segundo número, donde me dió por decir que sí. ¡ Válgame Dios por decírmelo todo !

« Item : confieso que el público es ilustrado, imparcial, respetable, y demás zarandajas que de él se cuentan. Y si he dicho lo contrario, preciso es que haya estado loco para desconocer simplezas de tanto bulto. Verdades serán cuando todo el mundo las dice.

« Item : declaro que á veces he dicho las cosas como no las queria decir. No importa mucho, porque creo que de cualquiera manera que se digan es como si no se dijeran. Hay cosas que no tienen remedio, y son las mas.

« Item : afirmo ahora que los versos de circunstancias nunca son malos, si vienen á pelo, por malos que sean, porque cada cosa es relativa á otra cosa, y si no me entendiesen lo que quiero decir en esto, ¡ cómo ha de ser ! Ahora estoy muy de priesa para detenerme á explicarme mas claro.

« Ea pues, hijos, yo me muero todo : tomad para vos este escarmiento : antes de hablar, mirad lo que vais á decir; ved las consecuencias de las habladurías. Si apego teneis á vuestra tranquilidad, olvidad lo que sepais ; pasad por todo, adulad de firme, que ni en eso cabe demasía, ni por ello prendieron nunca á nadie : no se os dé un bledo de cómo vayan ó vengan las cosas; amad á todo el mundo con gran cordialidad, ó á lo menos fingidlo si no os saliere de corazon, con

lo cual pasareis por personas de muy buena índole, y no como yo, que muero en olor de malicioso porque he querido dar á entender que de algunos paises nunca puede salir nada bueno... En fin... muero... á Dios, hijos... ¡ de miedo !!! »

« De esta manera, habló lo que tenia que hablar, y espiró á poco rato. Vímosle caer en la almohada, y no se le volvió á oir palabra : solo sí debió rendir el alma á manos del último accidente del miedo, pues se tapaba la cabeza con la ropa como si viera fantasmas; huia, temblaba, se escondia y se ponia el dedo en la boca, postura en que murió. ¡ O inescrutables fines de la Providencia, que castigas sin palo ni piedra! Apostara yo, señor don Andrés, que no veia en aquel terrible momento sino duros enemigos, censuras amargas, y encarnizados criticadores de su vida y hechos... En fin, espiró, lo cual conocimos en que dejó de hablar.

« El facultativo, sin embargo, dudando si tendria algun resto de vida, se acercó poco á poco á su oido, y le decia á grandes voces. « ¡ Señor Bachiller! Vuelva en sí y repare qué versos tan malos andan por esos mundos, qué autorcillos tan miserables, y qué traducciones tan malas el público aplaude, y qué de cosas buenas desprecia .. Mire usted que tiene aquí á media docena de necios; este es un elegante, aquel un enamorado, el otro un amigo, el de mas allá dice que es un sabio, el otro es un militar, y el otro un abogado; todos se tienen por hombres de importancia. ¿No les decís nada ? » Entonces, haciendo el último esfuerzo, cogió algunos periódicos españoles; púsoselos sobre la cara, y esperó un momento ; pero no rebullendo mi amo, el doctor exclamó con la mayor pena, dejando caer la ropa sobre el difunto : « Muerto está, cuando nada dice á todo esto; ni un soplo de vida le queda. En paz descanse. »

« Esta fué la muerte de mi señor Bachiller, que lloraré hasta que llegue el momento de la mia.

« Registráronse sus papeles en cuanto murió ; pero hallamos medio quemado un gran legajo que los contenia; dímonos á entender que habria tratado en sus últimos momentos de juntarlos y dar con ellos en el fuego; acaso las fuerzas le habrian faltado, y así quedaban varios fragmentos enteros que el público conocerá tal vez algun dia si aciertan á caer en manos de algun editor escrupuloso que los expurgue de la mucha zizaña que deben necesariamente tener. La imaginacion de quemarlos nos hizo caer en la cuenta de que su arrepentimiento habria sido verdadero, y válida su retractacion.

« Nada diré del entierro, que fué muy comun : solo advertiré que nadie se atrevió á hablar en él, antes todos mirábamos atentamente al féretro por ver si hablaria aun despues de muerto.

« Queda con esto, señor don Andrés de mi alma, muy de usted el escribiente privado mas afligido que nunca tuvo escritor público. Ruego á usted que encomiende al señor Bachiller, que tan amigo suyo era, y mande á su criado.

« *El ex-escribiente del Bachiller.* »

Esta fué la carta : ¡ murió el que dijo la verdad, y murió dejándose tanto por hablar ! ¿No tenias, ó muerte, algun inútil sordo-mudo que sustituir á tan interesante víctima? ¿Quién nos dirá de aquí en adelante que no hay mas que sinrazon en la tierra? ¿Quién nos dirá que el que no es tonto en el mundo es pícaro, y que los mas son tontos-pícaros? ¿Quién nos dirá que no hay orgullo nacional, que no hay quien conozca sus deberes y cumpla con ellos, que no hay literatura, que no hay teatros, que no hay autores, que no hay actores, que no hay educacion, que no hay instruccion? ¿Quién, en fin, nos dirá tanto como se ha dejado por decir?

Juzgue ahora el lector desapasionado si tan horroroso golpe me deja espacio ni humor de hacer mas largas reflexiones.

No; mi silencio dirá mas que mis amargas quejas.

Yo te consagraré una memoria, mi querido y malogrado bachiller, siempre que un abuso, siempre que una ridiculez se atraviese delante de mis ojos, siempre que la injusticia me hiera, que me ofenda la maldad, que me desconcierte la intriga, y que el vicio me horrorice. Yo en defecto tuyo, cuya censura podria reprimir en algo á los batuecos, rogaré á Dios y á santa Rita, abogada de imposibles, por la prosperidad de nuestra patria, que tantos nos anuncian con tan fáciles como inconsideradas promesas.

Andrés Niporesas.

CARTA PANEGIRICA

DE ANDRÉS NIPORESAS

A UN TAL DON CLEMENTE DIAZ,

GRAN POETA Y LITERATO,

EN CONTESTACION A CIERTA SATIRA CONTRA EL POBRECITO HABLADOR.

Válgame Dios, señor don Clemente Diaz, y qué vehementes deseos tenia yo de que saliera á la palestra, armado de punta en blanco, todo un paladin, como V. M. parece, contra mi amigo el buen bachiller Munguía. ¡ Ya decia yo ! Alguna desgracia debe de haberle ocurrido á don Clemente Diaz cuando ni su conocida reputacion, ni su espíritu caballeresco, ni su mucho fondo de literatura han sido parte para obligarle á manchar cuatro páginas contra el impertinente Bachiller. ¡ Gracias á Dios que nos ha quitado vuestra merced tan grande duda y sobresalto ! Yo le juro como soy Niporesas que su enemistad y su intervencion hacian falta notable á la buena fama de mi amigo Munguía.

¿V. M. tan comedido y tan mesurado en toda su vida, como ha dicho cierto autor moderno, que nadie le conocia por poeta ni por literato hasta la presente? Verdad es que esto de no conocerle nadie ni por uno ni por otro, mas que de no ser digno de verse como tal por todas las Españas pregonado, dependia de esa fatalidad que han de tener todos los hombres de pro de ir acompañado su mérito de la mas perfecta modestia. Esta es la causa que ha debido tenerle hasta ahora tan atrasado en el concepto público Pero no hay cuidado, todavía es tiempo de remediar, mal que bien, el daño que le ha causado su modestia referida; hase roto la nube caliginosa donde estaba malamente escondido su mérito, que solo puede ganar con ser bien conocido, y ya amanece vuestra merced, como un astro apagado, por las puertas del oriente de la literatura.

Mi primera idea, cuando tuve la primer noticia de que un literato (entonces no sabia yo todavía que habia de ser V. M.) iba á escribir contra el Bachiller, sépase que fué acribillarle á sátiras y folletos, y no dejar en sus escritos pedazo entero y sano tamaño como una avellana, ó como la especulacion de vuestra merced, que todo es comparar. Pero luego que supe que era el impugnador un hombre tan conocido como don Clemente Diaz, guardárame yo muy bien, dije para mí, de seguir en tan loco empeño; á mas de respetarle como si fuera el mismo cóleramorbo, vínome á la imaginacion que debia de haberse hecho con su bien parlado folleto un numeroso partido, compuesto todo de los ofendidos por el Hablador. ¡ Qué de usureros prestamistas y qué de calaveras tramposos no miro ya en derredor suyo dispuestos á defenderle, qué de libreros mandrias, qué de autores silbados, qué de autores éticos de circunstancias, qué de capitanes de ocho años y de vistas ciegos, qué de queridas de intendentes, qué de públicos de todas especies, qué de perezosos de aquellos de *Vuelva usted mañana*, qué de autores batuecos, qué de batuecos convidadores, qué de gentes, en fin, que ni escriben ni leen, ni leen ni escriben, ni hablan ni oyen, tendrá dispuestos á sacar la cara por sus escritos!

Verdad es que ellos son tales que no han menester encarecedores ni abogados; ellos solos se recomiendan por ser quien son, y por ser de mi señor don Clemente Diaz, autor tan famoso en las edades futuras; porque es de advertir que si quiere llevar tan alto epíteto, solo de esa manera ha de ser, pues que ni ya lo fué en los tiempos pasados, ni menos lo es en los presentes; culpa no de él, sino de los demás, que ignorábamos, como unos bestias, que teníamos un hombre siquiera en el país, y que ese era don Clemente Diaz.

Heme propuesto hacer su elogio, porque ha de saber que si tiene algun apasionado, ese soy yo; y para que vea si soy amigo suyo, ha de tener entendido que yo sé que ha escrito un folleto, y esto prueba el interés que por sus cosas me tomo, atendido que no lo sabe nadie sino yo, el cartelero que ha puesto los carteles, y V. M. que lo sabrá tambien, pues es sin duda hombre que sabe lo que hace. Y uno de los motivos que me precisan á escribir esta carta es el deseo de que lo sepa el público; en

saliendo lo sabremos todos; pero sépase ó no se sepa, el caso es que V. M. ha escrito un folleto, y que este folleto es de don Clemente Diaz, lo cual será una verdad eterna, aunque nadie mas que él y yo lo sepamos; porque no dejan las cosas de ser ciertas por no ser sabidas, y pondré un ejemplo: supongamos por un momento que V. M. tiene talento, pero que esto no lo sabe nadie; ¿dejará por eso de existir el talento de V. M. en su cabeza ó en cualquier otra parte del cuerpo (que ni esto está averiguado, ni yo ignoro que cada uno tiene su poco ó mucho talento donde buenamente puede)? Dígame V. M., ¿dejará de tener el tal talento porque nadie lo haya podido traslucir hasta ahora? Ya se ve que mi argumento no tiene respuesta.

No quisiera yo, por lo mismo que soy tan apasionado suyo, que se creyera parcial mi elogio; esto es¡ vive Dios! lo que me da pena, porque si digo que es malo el folleto, y hablo mal de don Clemente Diaz, me han de responder luego, no que es gana de disimular nuestra amistad, sino que se descubre la que á mi amigo el Bachiller profeso; y si digo que es bueno, dirán que me burlo de mi señor don Clemente Diaz, y¡ voto va! que si tal dicen, mienten y remienten cuantas veces lo dijeren, que ni yo me burlo de V. M., ni yo ignoro lo que vale un don Clemente Diaz en estos tiempos tan escasos de poetas buenos y de literatos profundos.

Dígame sino: si V. M. no acertara á tomar cartas en el juego, y á sacar la cara por los abusos y necedades criticados en el Hablador, ¿quién diantres la habia de haber sacado? Quedáranse los necios menesterosos sin amparo ni defensa, que fuera gran lástima.

No me dieran á mí otro trabajo que probar hasta la evidencia que V. M. no solo es literato, en cuanto á que tiene esas letras tan gordas que dice, sino tambien caballero y generoso, amigo de enderezar tuertos y desfacer agravios. Prenda muy recomendable en estos tiempos tan egoistas que alcanzamos; y mas para él, que de esa suerte podrá enderezar el que á sí mismo se ha hecho con su folletillo; por lo cual aunque no fuera tan literato como es, habia de bastar aquella prenda para hacerle pasar por hombre de bien, ya que no por poeta, como le sucedia á don Eleuterio Crispin de Andorra; y tambien le juro á V. M. que vale mucho mas ser hombre de bien y salvar su alma que hacer buenos versos, si no se pudieren reunir entrambas cosas, lo cual seria lo mejor. Por ejemplo, ahí tiene V. M. á un Arouet (ya sabrá quien es, y sino, yo no se lo puedo decir mas claro). ¿De qué le parecerá á V. M. que le servió hacer su Zaira y su Mahoma, con otras frioleras de gusto, si á la hora de esta debe de estar probablemente hecho un torrado en los profundos? Esto es lo que me da rabia cuando leo un hermoso trozo de Homero, y aun de Virgilio; siempre arrojo el libro diciendo: ¡Qué lástima que estos hombres no fuesen buenos cristianos, y hombres de bien como don Clemente Diaz! Pues ¿y cuando leo á Horacio, á Juvenal y á Persio, y á *Boaló*, como V. M. escribe, ó Boileau, como se llamaba él y escribimos nosotros? Entonces me ocurre al momento la misma idea que á V. M. Si los abusos no se han de corregir por mas sátiras que se escriban, ¿para qué escribirlas? Eso mismo digo yo; por ejemplo: si mi amigo el

Bachiller no ha de dejar de hablar, aunque mas escriba V. M. folletos, ¿para qué es cansarse escribirlos? Eso digo para mí, y ya le hubiera citado á V. M. en varias ocasiones y en diversas casas si no fuera porque, á pesar de lo famoso que ha de llegar á ser con el tiempo si sigue escribiendo folletos, no gusto nunca de hablar por boca de ganso, sino decir mis ideas tales cuales son, y mas que no se asemejen á las de don Clemente Diaz, que todos no es posible tengamos las mismas ideas, como V. M. conoce mejor que yo.

¡Ay qué bien ha hecho su maestro de primeras letras en ponerle á escribir! porque yo supongo generosamente que cuando empezó el folleto ya sabria leer de corrida; no porque yo crea que necesita irse soltando su estilo, que ya anda demasiadamente suelto, sino porque si lo hemos de leer no hay otro medio sino que V. M. lo escriba. ¡Y cómo conoció el pícaro del maestro lo que podia prometerse del buen ingenio de don Clemente Diaz! ¡Apostara yo el valor del primer ejemplar del folleto de V. M., si es que se ha vendido ya, á que son para él las utilidades! ¡Y cómo lo ha entendido el muy ladino!

¿Como cuánto tiempo hará que V. M. hace versos, señor don Clemente Diaz? ¿Cómo fué el descubrir V. M. que tenia esa estupenda habilidad, en sazon de estarse publicando los Pobrecitos Habladores? Otra preguntilla, y es la última por ahora. ¿Cómo cuántos años podrá tener V. M.? Porque si como es de ingenioso es de precoz, ¡voto á Apolo que es una maravilla mi señor don Clemente Diaz! ¡Y qué bien pone la pluma, y cuánto sabe!

Sabe, por ejemplo, hacer él solito palabras compuestas, como, verbigracia, satírico-manía: sabe citar á don Manuel Breton de los Herreros y poner su epigrafito y todo, que es un contento. Sabe que el famélico vate no debe lamentarse de lo que se lamentaron otros, sino que cada uno se lamente solo y de cosa distinta, y antes de lamentarse tenga buen cuidado de averiguar y saber si se lamentó otro de aquello mismo, y si no, no lamentarse. Si á su merced, por ejemplo, le salieran unos ladrones á robarle y le aporrearan, su merced, que es *vate famélico*, segun parece, no debiera lamentarse mas que le hubieran llenado de chichones el occipital ó el frontal, porque ni su merced seria el primer aporreado, ni el primero que se ha lamentado de algun aporreo. Así que todo el toque del escribir está en hacerlo con anterioridad á los que han escrito antes que uno, cosa muy sencilla mirándolo despacio. En esto sigue don Clemente Diaz su misma regla; por no repetir ideas de otros, tiene él las suyas hechas de tal manera que ni yo las ví iguales, ni parecidas, en autor alguno que le haya antecedido, ni espero, ¡qué esperar! que ningun hombre de talento pasado, presente ni futuro diga las cosas que don Clemente dice. ¡Tanta es su originalidad y su deliciosa extravagancia!

Sabe decir su merced que *gustara acaso Persio si escribiera solo*, añade que tambien Juvenal gustara con la misma circunstancia, y concluye diciendo que tambien otros ciento gustaran si escribieran solos. Me recordó este paso chistoso, capaz de hacer reir á cualquiera, como

sin duda se lo ha propuesto el graciosísimo señor don Clemente, el lance aquel de los doscientos gallegos que volvian de la siega y se dejaron robar porque venian solos.

Don Clemente sabe además hacer metáforas, las cuales no son las de menos donosa invencion aquella de que el *mundo con muletas ande cojo;* la otra del *agostado juicio* de mi amigo (*¿si aludirá á que se casó en agosto?*), la otra de dejar ir *su mente á rienda floja*, y aquella otra tan revuelta y enmarañada y llena de escondrijos y retortijones que dice *que exprime* el Bachiller « el corto zumo de su ingenio para deshacerse en humo de sandeces por coger un premio de humo. » Esta, esta es la que debe de haberle costado mas noches de no dormir y mas dias de no pensar; y por fin la de los « timbres de la nobleza que de la gloria en la mansion habita y eleva sobre el tiempo su cabeza; » y la lindísima de aquel fantasmon de arroyuelo que tenia *arrogante estilo* (decir estas cosas es el único modo seguro de no parecerse á ningun otro buen autor). Esto es lo que se llama tener gracia natural para hacer reir, ¿y con qué arbitrio tan sencillo? Con solo reunir don Clemente en sus ratos ociosos palabras de aquí y de allí; barajarlas, y ver qué efecto producen; y mas que no representen ideas que tengan relacion entre sí, en cuyo caso se desbarataria gran parte de la gracia del juego.

Sabe don Clemente Diaz hacer versos aconsonantados sin consonante, caso que no ha acertado á conseguir ni ha intentado siquiera ningun poeta ni famoso, ni sin fama, como cuando hace consonar *velas* con *vendaba.* ¡Tan cierto es que solo al genio le está reservado abrir sendas desconocidas! Esto me trajo á la memoria aquel otro caso tan sabido del juego de prendas, en que se apuraba una letra y era la *g;* habia dicho alguno *guitarra.* « A usted le toca ahora, señorita, » dijo á la persona siguiente el que llevaba el juego; á lo cual contestó ella con gran prisa y raro tino *violin*, y calló con aquel aire de satisfaccion y desembarazo que tiene el que ha salido triunfante de un grande apuro.

Consonante á *velas.* . Vamos, don Clemente, en *elas.* ¿En *elas? ¡vendaba!* ¡Bravo, don Clemente! ¿Ven ustedes? Ya salimos del paso.

Recuérdame esto otro cuentecito que me contó mi maestro : un poeta nuevo, como V. M., señor don Clemente, tenia que hacer una oda á un amigo suyo, á quien habian sacramentado; él habia visto que en las odas solia haber unos versos cortos y otros largos, y dijo : « Si en eso consiste, odas haré yo tambien, » que es lo que á V. M. le habrá sucedido con los tercetos : hizo, pues, su oda, y describiendo la mala noche concluia una estrofa con estos dos versos, el uno quebrado y el otro tan entero como un burro garañon :

> Y era tan fuerte el viento,
> Que se apagaban las hachas de los que por purísima devocion iban alum-
> [brando al Santísimo Sacramento.

Bien es verdad que si V. M. tenia que decir la palabra *vendaba* por razones particulares que ignoro, y que él acaso sabrá, aunque hubiera hablado mas arriba de velas por el mar del *frívolo*, que aunque no está

en el mapa, culpa de los mapistas, sabe V. M. muy bien cuál es, no era cosa de andarse horas enteras á buscar consonante en *elas* para decir otra cosa que lo que queria decir; primero es la verdad que el consonante, y ser franco que ser poeta; y volvemos á aquello de la hombría de bien : ya sabe V. M., señor don Clemente, que para ganar el cielo no se necesita tener el oido muy delicado. ¿Quién sabe si á V. M. le sonará lo mismo *velas* que *vendaba* por la regla de apurar la letra y empezar todo con *v*? »

Lástima grande que no habite encima del cuarto de usted algun poeta para que hiciese con él lo que Pedro Corneille con su hermano Tomás : aquel tenia hecha, como V. M. no sabrá, una trampilla en el piso de su habitacion solo para pedirle en los graves apuros consonantes á su hermano, que vivia debajo de él.

Dígame V. M. la verdad, como si nadie nos oyera, ¿ V. M. entiende los consonantes al revés, y cree que han de consonar las palabras por el principio ó por el fin? En este caso le sucederá lo que á aquel cochero beodo que montó la mula al revés, y tomándole el rabo por riendas, arreaba y pegaba latigazos á su inocente coche.

Sabe el señor don Clemente además que todo el que no sea hombre de talento debe domar toros, de donde se infiere que todos los tontos deben ser vaqueros, y que la clase de vaqueros debiera ser la mas numerosa de la sociedad, porque los mas son tontos como V. M. sabe. V. M. debe saber mucho de domar toros, á no ser que haya dicho lo del *toro* por ser su satirilla en tercetos, y haber de consonar con *oro* y *tesoro*, en cuyo caso no he dicho nada, y tiene él razon, á pesar de que otras veces no se pára en consonantes, y teniendo su *vendaba* á mano para estos casos apurados, no habia de recurrir á la tauromaquia.

¿ Y qué de cosas mas sabe V. M. ? ¿ Apostamos algo á que sabe tambien dónde tiene la mano derecha ?

¿ Con que ha leido V. M. á Juvenal, y á Persio, y á Boileau ? ¿ Y qué mas libros ha leido V. M. ? ¿ Como á qué edad empezaria mi señor don Clemente Diaz á leer? ¡ Vaya que es un Centon mi señor don Clemente Diaz! ¿ Ha leido V. M. tambien el Hablador que critica? Porque ya veo que es muy capaz de leer hasta lo que no está escrito, y hasta de escribir lo que no se haya de leer. Yo, amigo don Clemente Diaz, no leo tanto, á pesar de que he leido el folleto de V. M., que, sin vanidad, ni hay muchos que puedan decir otro tanto, ni habrá uno solo que me niegue que se necesita para ello tener aficion decidida á la lectura.

En lo que tiene razon es en decir que los poetas no han de buscar con que vivir, sino gloria, y yo estoy seguro de que él no busca mas gloria, como se echa de ver en aquello de regalarnos el folleto por dos reales cada ejemplar, que atendido su mérito, es lo mismo que decir *de balde;* así que la gloria debe de ser para V. M. una especie de maná; si bien yo tengo para mí que no da de echar muchas carnes con la que le ha valido su folleto; imagino que le ha de costar algunos dias el digerirla, pues tengo entendido que es alimento fuerte para estómagos flacos. Ni es justo que el poeta vea su comedia, ni que se le premie por ella. ¡ Disparate!

¡Cómo se conoce que no ha hecho don Clemente Diaz ninguna comedia! No porque no haya podido, sino por no emporcarse las manos con las medallas de plata carcomidas que suele cobrar el poeta. Supuesto que don Clemente cobra en laureles, ¿como cuánto laurel vendrá á tener V. M. hacinado en su casa? Vamos serios, don Clemente Diaz, hagamos una especulacion; que como nos lo ponga á un precio moderado, ¿quién sabe si pudiéramos hacer negocio?

Hanme dicho malos amigos de su folleto que es gran lástima que no tenga mas gracia de la que tiene, porque á tenerla, todos nos hubiéramos divertido, y V. M. el primero.

No haga caso de habladurías, que si se parara en lo que dicen era cosa de no volver á escribir. Lo único que le aconsejo yo es que cuando diga verdades las diga claras y no se ande con rodeos, *de la pieza remendada en prosa*, sino que la nombre; diga los verdaderos defectos del Hablador, y si no los conoce acuda á nosotros el Bachiller y yo, que somos uña y carne, y se los hemos de apuntar; algunos tiene que V. M. se ha dejado en el tintero.

Esperamos, pues, señor don Clemente Diaz, que siga en otras sátiras y folletos corriendo tras de la gloria, por si la puede alcanzar, aunque ella va de prisa y le lleva bastante delantera: si bien el Hablador no admite ni da contestaciones, yo, que soy su amigo, á quien no alcanza el entredicho, le podré contestar; y si no le contestase mas, lo cual es muy posible, no por eso se desanime, sino escriba y versifique, y no defraude malamente á la posteridad del fruto que podrá sacar de sus vastos conocimientos: tenga entendido que ha nacido para escribir folletos, y todo lo demás es errar la vocacion y no cumplir con la obligacion que traen al mundo los hombres grandes de ilustrar á sus semejantes, si es que V. M. tiene semejantes: yo por mi parte le aseguro por la fe de caballero, que aplicándose ha de llegar á hacer sátiras muy regulares, lo cual debe V. M. hacer tanto mas cuanto que puede vivir seguro de que encontrará siempre en mí un panegirista celoso de su gloria, y de que no se menoscabe en nada la colosal reputacion que tiene adquirida en el mundo literario, como Clemente, como Diaz, como poeta y como satírico, y mas que perjudiquen á los intereses del Bachiller sus claras luces y sus terribles impugnaciones.

Andrés Niporesas.

Nota. Sabedor el autor de esta carta de que se ha introducido la moda de terminar las cuestiones literarias por medio de *duelos* ó *quebrantos* de huesos, advierte al público que en su redaccion no se admiten palizas ni desafíos.

EL DONCEL

DE

DON ENRIQUE EL DOLIENTE.

EL DONCEL

DE

DON ENRIQUE EL DOLIENTE.

CAPITULO I.

Mis arreos son las armas,
Mi descanso es pelear,
Mi cama las duras peñas,
Mi dormir siempre el velar.
Cancionero general.

Antes de enseñar el primer cabo de nuestra narracion fidedigna, ni nos parece inútil advertir á aquellas personas en demasía bondadosas que nos quieran prestar su atencion, que si han de seguirnos en el laberinto de sucesos que vamos á enlazar unos con otros en obsequio de su solaz, han menester trasladarse con nosotros á épocas distantes y á siglos remotos, para vivir, digámoslo así, en otro órden de sociedad en nada semejante á este que en el siglo XIX marca la adelantada civilizacion de la culta Europa. Tiempos felices, ó infelices, en que ni la hermosura de las poblaciones, ni la fácil comunicacion entre los hombres de apartados paises, ni la seguridad indívidual que en el dia casi nos garantizan nuestras ilustradas legislaciones, ni una multitud, en fin, de refinadas y exquisitas necesidades ficticias satisfechas podian apartar de la imaginacion del cristiano la idea, que procura inculcarnos nuestro sagrado dogma, de que hacemos en esta vida transitoria una breve y molesta peregrinacion, que nos conduce á término mas estable y bienaventurado.

Mis arreos son las armas,
Mi descanso es pelear,

podian repetir con sobrada razon nuestros antepasados de cuatro ó cinco siglos : nuestra nacion, como las demás de Europa, no presentaba á la perspicacia del observador sino un caos confuso, un choque no interrumpido de elementos heterogéneos que tendian á equilibrarse, pero que por la ausencia prolongada de un poder superior que los amalgamase y ordenase, completando el gran milagro de la civilizacion, se encontraban con extraña violencia en un vasto campo de disensiones civiles, de guerras exteriores, de rencillas, de desafíos, y á veces de crímenes, que

con nuestras extremadas instituciones mal en la actualidad se conformarian.

Una incomprensible mezcla de religion y de pasiones, de vicios y virtudes, de saber y de ignorancia, era el carácter distintivo de nuestros siglos medios. Aquel mismo príncipe que perdia demasiado tiempo en devociones minuciosas, y que expendia sus tesoros en piadosas fundaciones, se mostraba con frecuencia inconsecuente en su devocion, ó descubria de una manera bien perentoria lo frívolo de su piedad, pues en vez de arreglar por esto su conducta, se le veia no pocas veces salir de los templos del Altísimo para ir á descansar de las fatigas del gobierno en los brazos de una seductora concubina, que usurpaba la mitad del lecho regio de su consorte despreciada. El caballero que volvia de reconquistar el santo sepulcro del Salvador, y que llevaba ricamente bordado en el pecho el signo augusto de la redencion, aquel mismo cruzado que al entrar en el gremio de la iglesia habia depuesto en las fuentes bautismales el vano deseo de venganza, adoptando y jurando, á imitacion del hombre Dios, el perdon de las injurias, sin el menor escrúpulo de conciencia declaraba las muestras de su organizacion irascible, que á gala tenia; á la menor sombra de pretendida ofensa corria lanza en ristre á partir el sol del palenque, y á abrir una ancha fuente de sangre humana en el pecho de su adversario, invocando á un tiempo por una inexplicable contradiccion el nombre santo de Dios, y el nombre profano de la dama por quien moria.

En vano la religion se esforzaba en dulcificar las costumbres de los hijos de los godos, exaltados por la prolongada guerra con los sarracenos. Es verdad que ganaba terreno, pero era con lentitud, entretanto se criaba el caballero para hacer la guerra y matar. Verdad es que los primeros enemigos contra quien debia dirigirse eran los moros; pero muchas veces lo eran tambien los cristianos, y habia quien matando dos de aquellos por cada uno de estos últimos, creia lavado el pecado de su espantoso error. Matar infieles era la grande obra meritoria del siglo, á la cual, como al agua bendecida por el sacerdote, daban engañados algunos la rara virtud de lavar toda clase de pecados.

Para los hombres el ejercicio de las fuerzas corporales, el fácil manejo de la pesada lanza, el arte de domeñar el espumoso bridon, la resistencia en el encuentro, y el pundonor falsamente entendido y llevado á un extremo peligroso; y para las mujeres el arte de conquistar con las gracias naturales y de artificio al campeon mas esforzado, y ceñirle al brazo la venda del color favorito, recompensa del brutal denuedo del vencedor del torneo, y el recato solo para con el caballero no amado, eran la educacion del siglo. Dios y mi dama, decia el caballero; Dios y mi caballero, decia la dama.

En medio del furor de guerrear que debia animar á todos en aquella época, algunos ministros del Altísimo no dudaban acompañar las huestes, armados á la vez como los guerreros, y aun cuando no desenvainasen en las lides la poderosa espada de Damasco y de Toledo para herir con ella al enemigo, esta costumbre arrastraba á algunos á autorizar

trances de rebelion del soberbio rico-hombre contra la majestad de su rey y señor natural.

Un corto número de espíritus mas pusilánimes, ó acaso mas calculadores que sus contemporáneos, poseia la corta riqueza literaria griega y romana que de las ruinas del Partenon y del Capitolio habian podido salvar, en medio de la devastacion desoladora de la irrupcion de los bárbaros, algunas primitivas comunidades monásticas El estudio todo que se hacia en los claustros estaba reducido, y debia estarlo, á la ciencia eclesiástica, la única que podia y debia salvar, como efectivamente salvó á la Europa de su total ruina. Las bellezas gentílicas de los Homeros y Virgilios debian reservarse para otros tiempos; y los monasterios, conservando estos monumentos clásicos de la antigüedad, hacian á la literatura todo el servicio que podian hacerla. Otros espíritus no obstante se dedicaban fuera de aquellas escuelas al estudio, y la ciencia que adquirian era solo el medio criminal de granjearse una consideracion y una fortuna aun mas criminales todavía. Afectando la ciencia de los astros, ó una misteriosa comunicacion con el mundo de los espíritus, sabian abusar de la insensata credulidad de los reyes y de los pueblos, y convertir en propio y particular provecho suyo las luces que no trataban de difundir, sino antes de conservar entre sí clandestina y masónicamente, como un pérfido talisman que ejerciendo al cabo su irresistible influencia sobre los espíritus débiles é ignorantes, libraba en las manos de unos pocos empíricos solapados, la palanca poderosa con que movian y removian á su placer cuantos obstáculos á sus dañadas intenciones se pudieran presentar.

A esta época, pues, y al trato belicoso de los nietos de las hordas del norte, al centro de aquella informe sociedad, hija de padres tan contrarios como los bárbaros de la fria Noruega y las cultas ruinas de la capital del mundo, á esta época, á ese trato y á esa sociedad vamos á trasladar á nuestros lectores.

No se crea tampoco por el cuadro que rápidamente acabamos de bosquejar, que sea preciso entrar con horror á desentrañar las costumbres de tan inexplicable época; lejos de nosotros esta idea; tambien se ofrecen en ella virtudes colosales que no son por cierto de nuestros dias. El amor, el rendimiento á las damas, el pundonor caballeresco, la irritabilidad contra las injurias, el valor contra el enemigo, el zelo ardiente de la religion y de la patria, llevado el primero alguna vez hasta la supersticion, y el segundo hasta la odiosidad contra el que nació en suelo apartado; si no son prendas todas las mas adecuadas al cristianismo, no dejan por eso de tener su lado hermoso por donde contemplarlas; y aun su utilidad manifiesta, dado sobre todo el dato del órden de cosas entonces establecido, las hacia tan necesarias como deslumbradoras.

El carácter empero mas verdaderamente distintivo de la época, era la lucha establecida y siempre pendiente entre el príncipe y sus primeros súbditos; una escala ascendiente y descendiente que constituia á los pecheros vasallos de vasallos, y á los reyes señores de señores, era el principal obstáculo que impedia al poder ejercer á la vez su influencia

igual y equitativa por toda la extension de sus dominios; el pechero doblemente súbdito tenia dobles obligaciones (mas bien que contraidas impuestas) para con su dueño inmediato, y para con el señor natural de todos. Por otra parte era de notar el poder no reprimido de los orgullosos magnates, sin cuya cooperacion voluntaria hubiera sido una vana fantasma la autoridad del monarca. Este en todo trance de guerra se veia poco menos que precisado á mendigar los hombres de armas, que solo podian proporcionarle para las jornadas los ricos-homes que los sostenian á sus expensas, y por consiguiente á su devocion, y que desigualaban á placer la fuerza recíproca de los partidos con la mas leve inclinacion de su parte; el señorío absoluto (sino de derecho, de hecho) de vidas y haciendas en sus inmensos dominios; sus bien defendidos castillos feudales, de donde mal pudiera desalojarlos la sencilla arcabucería y manera de guerrear de la época; su orgullo, nacido de los grandes favores que en la continua reconquista contra moros les debia el rey y la patria; y la remision sobre todo de los agravios al duelo particular; al paso que inutilizaban toda la energía de un rey y sus buenas intenciones, eran las causas, por entonces irremediables, de la impunidad de los delitos; causas que perpetuaban la injusticia y el abuso de la fuerza de los primeros hombres de la nacion, que no habia especie de ambicion ni pasion frenética de que no se dejasen torpemente arrastrar.

Este era el estado de las costumbres de la Europa, y por consiguiente de nuestra España, en la época á que nos referimos. En el año en que pasaba lo que vamos á contar, hacia ya trece que don Enrique III, dicho el Doliente, y nieto del famoso don Enrique el Bastardo, habia subido á ocupar el trono, vacante por la desastrosa muerte de su padre don Juan I. ocurrida en Alcalá de Henares de caida de caballo. Y apenas habian bastado estos trece años para reparar los daños que su menor edad habia acarreado á Castilla desvalida.

El cisma duraba en la Iglesia desde la eleccion tumultuosa del arzobispo de Bari, llamado Urbano VI, ocurrida el año 1378, despues de la muerte de Gregorio onceno. Habíanse reunido los cardenales en cónclave; pero sabedores acaso los romanos de que la corte de Francia trataba de influir en la eleccion del cardenal de Génova ligado por parte de padre con los condes de Génova de la casa de Oliveros, y por parte de madre con los condes de Boloña, parientes de la casa real de Francia, se amotinaron, y precipitándose en el lugar del cónclave, despues de forzar las cerraduras, segun en nuestras leyendas se refiere, clamaron: « Papa romano queremos, ó á lo menos italiano, » de cuya infraccion notable y sacrílega resultó la eleccion del arzobispo, que se coronó el dia de Pascua de Resurreccion. Varios cardenales empero, refugiándose en el lugar de Anania, y despues en Fundi, proclamaron la invalidez de la eleccion forzada, y amparados de la corte de Francia eligieron al cardenal de Génova, que tomó el nombre de Clemente VII, y estableció la silla de su iglesia en Aviñon. Urbano y Clemente habian enviado entrambos al rey de Castilla, á la sazon Enrique II, sus mensajeros, así como los habia enviado en apoyo del último Carlos V, rey de Francia; la corte de Castilla

permaneció por entonces indecisa hasta consultar en materia tan delicada á sus varones mas famosos. Posteriormente, en el año 1381, el sucesor de don Enrique II, don Juan I, hallándose en Medina del Campo, y despues de haber reunido y consultado á sus prelados, ricos-hombres y doctores, se decidió por Roberto de Génova, negando la obediencia al *intruso apostático Bartolomé*, como le llama en la carta que con fecha de Salamanca le escribió á Clemente VII, prestándole homenaje como á único papa verdadero. Mas adelante murió en su palacio de Aviñon el papa Clemente VII, á 26 de setiembre de 1394, reinando en Castilla don Enrique III ; y sus cardenales, deseosos de la union de la Iglesia, se propusieron elegirle un sucesor, jurando todos antes sobre los santos evangelios renunciar el papazgo inmediatamente despues de nombrados, si así fuese necesario, y en el caso de que se ciñese á hacer otro tanto Urbano, para proceder unidos de nuevo todos los cardenales en Roma á la eleccion válida y conforme de uno solo. Fué elegido, pues, en Aviñon el cardenal don Pedro de Luna, aragonés de nacion, y rico-hombre de los de Luna; negóse al principio á admitir la triple corona, pero una vez sentado en la silla apostólica, se resistió enteramente á las solicitudes de sus cardenales y del rey de Francia, que le envió á Juan duque de Berri y á Felipe duque de Borgoña sus tios, para que renunciase conforme habia jurado. Esto dió lugar á continuos debates, que se hallaban en pié todavía en el tiempo á que nos referimos, habiéndose declarado en favor de Benedicto, Francia, Castilla, Navarra y Aragon, y por el papa romano el emperador, la Inglaterra y la Italia.

Con respecto á Portugal, Castilla seguia defendiendo, aunque débilmente, sus derechos : verdad es que desde la infausta jornada de Aljubarrota, perdida por la impericia estratégica de los jóvenes y acalorados caballeros del ejército de don Juan I, este mismo habia casi abandonado las esperanzas de recobrar aquel reino que indisputablemente le perteneciera por su boda con doña Beatriz, hija y única heredera del muerto rey don Fernando. El odio entre portugueses y castellanos, y el empeño sobre todo de aquellos en no ver nuevamente fundido en la corona de Castilla su suelo independiente, habia dado una popularidad extraordinaria al maestre de Avís; ayudado de ella se propasó á quitar la vida al conde de Oren en el mismo palacio de la regenta, y permitió á sus partidarios la muerte del infeliz obispo de Lisboa, despeñado de la torre : erigióse rey en Coimbra con el dictado de Juan I despues de la resignacion de regenta de la viuda Leonor, y reclusion de esta por nuestro rey en el monasterio de Otordesillas, como le llaman nuestras crónicas contemporáneas.

Ya don Juan I de Castilla, en su testamento otorgado en Celórico de la Vera, poco antes de la jornada de Aljubarrota, vacilando él mismo sobre la legitimidad de sus derechos, al legárselos á su hijo y sucesor Enrique III, le habia legado tambien las dudas que acerca de tan delicada contienda en su propio corazon albergaba. En la época de nuestra narracion, era tan débil ya la guerra que se sostenia contra Portugal, que mas parecia efectos de una obstinacion irrealizable, que una verdadera lucha que presentase síntomas de un término definitivo. Ni apenas se hubiera

dicho que semejante guerra existia entre las dos naciones, si no lo hubiesen atestiguado las continuas treguas y largos armisticios, que continuamente por una parte y otra se ratificaban.

Enrique III, al subir al trono á los catorce años para dar fin á la anarquía, que en el Estado alimentaran sus poderosos tutores, habia ratificado las ligas hechas por su padre con don Carlos VI de Francia y con los reyes de Aragon y de Navarra; y solo con el rey moro de Granada sostenia una guerra muy semejante en su lentitud y en sus largas treguas á la de Portugal.

Tal era tambien el estado político de Castilla en la época de nuestra historia caballeresca, á que daremos principio desde luego sin detenernos mas tiempo en digresiones preparatorias, de poco interés acaso para el lector, si bien hasta cierto punto necesarias para la particular inteligencia de los hechos que á su vista tratamos de exponer sencilla y brevemente.

Con respecto á la veracidad de nuestro relato, debemos confesar que no hay crónica ni leyenda antigua de donde le hayamos trabajosamente desenterrado; así que, el lector perdiera su tiempo si tratase de irle á buscar comprobantes en ningun libro antiguo ni moderno: respondemos sin embargo de que si no hubiese sucedido, pudo suceder cuanto vamos á contar, y esta reflexion debe bastar tanto mas para el simple novelista, cuanto que historias verdaderas de varones doctos andan por esos mundos impresas y acreditadas, de cuyo contenido no nos atreveríamos á sacar tantas líneas de verdad, ó por lo menos de verosimilitud, como las que encontrará quien nos lea en nuestras páginas, tan fidedignas como útiles y agradables.

CAPITULO II.

De Mantua salio el marqués
Danes Urgel el leale.
Alla va á buscar la casa,
A las orillas del mare.
Con él van sus cazadores
Con aves para volare,
Con él van los sus monteros
Con perros para cazare.
Cancionero de romances.

A fines del siglo XIV estaba la hoy coronada y heróica villa de Madrid muy lejos de pretender al lugar preeminente que en la actualidad ocupa en la lista de los pueblos de la Península. Toda su importancia estaba reducida á la fama de que gozaban sus espesos montes, los mas abundantes de Castilla en caza mayor y menor: el jabalí, la corza, el ciervo, hasta el oso feroz hallaba vivienda y alimento entre sus altos jarales, sus malezas enredadas, y sus silvestres madroñeros, que han desaparecido despues ante la destructora civilizacion de los siglos posteriores. El implacable leña-

dor ha derrocado por el suelo con el hacha en la mano la erguida copa de los pinos y robles corpulentos para satisfacer á las necesidades de la poblacion, considerablemente acrecentada; y el hombre ha venido á hollar la magnífica alfombra que la naturaleza habia tendido sobre su suelo privilegiado: ha tenido fuerzas para destruir, pero no para reedificar: la naturaleza ha desaparecido sin que el arte se haya presentado á ocupar su lugar. Inmensos arenales, oprobio de los siglos cultos, ofrecen hoy su desnuda superficie al pié del caminante; al servir los árboles de pasto al fuego insaciable del hogar, los manantiales mismos han torcido su corriente cristalina ó la han hundido en las entrañas de la madre tierra, conociendo ya, si se nos permite tan atrevida metáfora, la inutilidad de su influjo vivificador. Madrid, el antiguo castillo moro, la pobre y despreciada villa, ciñó mientras fué olvidada de los hombres la suntuosa guirnalda de verdura con que la naturaleza quiso engalanarle, y Madrid, la opulenta corte de reyes poderosos, término de la concurrencia de una nacion extendida, y tumba de sus caudales inmensos y de los de un mundo nuevo, levanta su frente orgullosa, coronada de quiméricos laureles, en medio de un yermo espantoso y semejante al avaro que, henchidas de oro las faltriqueras, no ve en torno de sí, do quiera que vuelve los ojos, sino miseria y esterilidad.

Al famoso soto de Segovia, que se extendia hasta el Pardo y mas acá, concurrian los reyes y los grandes de Castilla de todas partes para lograr el solaz de la cetrería y de la montería, placer privilegiado y peculiar de los feudales señores de la época.

El sol, rojo como la lumbre, despidiendo sus rayos horizontales por entre las altas copas de los árboles, marcaba el fin próximo de uno de los mas hermosos dias del mes de mayo: como á cosa dos leguas de Madrid, una hermosa compañía de cazadores ricamente engalanados y vestidos turbaba todavía la tranquilidad del monte y de la selva; varias magníficas tiendas levantadas á orillas del Manzanares, eran indicio de haber durado aquel placer algunos dias: acababa de practicarse el último ojeo, y puestos los monteros en acecho esperaban en las encrucijadas á que asomase por alguna parte el animal para precipitarse sobre él con el venablo aguzado, y rendirle en tierra del primer golpe. Infinidad de reses de todas especies, suspendidas fuera y dentro de las tiendas, daban claras muestras de la destreza de los monteros y de la bienandanza del dia. En una de ellas preparaban varios manjares y daban vueltas á un largo asador dos hombres, que así revolvian con sus brazos arremangados el asador, como atizaban la brasa, que iba dorando ya el engrasado lomo de la víctima Miraban tan interesante operacion otros dos personajes; el uno representaba tener á lo mas treinta años; su aire no comun, su rostro afable, aunque grave, sus maneras francas y su traje, sobre todo, daban á entender que podia pertenecer, sino al primer rango de la sociedad de aquel tiempo, á una buena familia por lo menos; y de todas suertes se echaba bien de ver á la primera ojeada en todo su exterior cierta libertad que solo dan la satisfaccion, la holgura y la costumbre de frecuentar grandes personajes, ya

que no se atreviera el observador á asegurar que él lo fuese. En frente de él se hallaba otro que podria tener veinte y cinco años : su personal era bueno, y sin embargo no sé qué expresion particular de siniestra osadía tenia su rostro; una sonrisa asomada de continuo á sus labios le daba cierto aire de complacencia obligada, que suponia en él el hábito de vivir al lado de personas de categoría superior á la suya : una voz verdaderamente seductora, sobre todo en sus modulaciones, probaba que no descuidaba medio alguno para captarse la voluntad : sus ojos, entre pardos y verdes, tenian no sé qué de talento y de misterio, y su pelo, crespo y de un rojo muy subido, prestaba á la cara que debiera adornar cierta aspereza y aun ferocidad rechazadora. Vestia un corto sayo pardo de montero, sujeto en el talle por un cinturon de baqueta verde, prendido con un gran broche de laton; llevaba unos botines altos de paño del mismo color del sayo y atacados hasta la rodilla, un capacete adornado de plumas blancas, y pendia de su cintura un largo cuchillo de monte.

En el momento en que su conversacion empieza á interesar á nuestra historia, decia el primero al segundo :

—¿Puedo yo saber, Ferrus, cómo habeis dejado un solo momento el lado del poderoso conde de Cangas y Tineo?...

— Pardiez, señor Vadillo, me gusta mas ver al jabalí en la brasa que entre la maleza : sobre todo, desde que uno de ellos me rompió el año pasado junto á Burgos un rico sayo de vellorí, que me habia regalado el conde mi amo. Desde que me convencí colgado de un roble de que no habia mediado entre su colmillo y mi persona mas espacio que el que separa mi ropa de mi cuerpo, juré á todos los santos del Paraíso no volver á ponerme en el camino de ningun animal de esa especie; son tan brutos, que así respetan ellos á un rimador favorito del pariente del rey, como á un montero adocenado. ¿Y puedo yo hacer la misma pregunta al señor Fernan Perez de Vadillo, primer escudero de su señoría?

— Os habeis hecho harto curioso y pregunton, Ferrus. Respondedme antes á otra pregunta, y despues veré de responderos á la vuestra, si me place. ¿Habeis visto un palafren que acaba de llegar de Madrid cubierto de polvo y devorando tierra, no hace medio cuarto de hora? ¿Habéisle conocido?

— Es Hernando, criado del Doncel.

— ¿Y á qué vino?

— No lo sé, aunque lo sospecho. Me parece que su amo estaba encargado por el conde de una comision particular... El maestre de Calatrava estaba en los últimos...

— Cierto... acaso habrá terminado sus dias...

— Tal vez...

— ¿Y qué podria tener eso de comun con la venida de Hernando?

— Mucho; me temo que don Enrique de Villena anda hace tiempo acechando un maestrazgo.

— ¿Sabeis que es casado?

— ¿Puedo ignorarlo, señor Fernan Perez? Pero puedo asegurar á todo

el que tenga interés en saberlo, que don Enrique de Villena y su esposa doña María de Albornoz no son dos amantes...

— ¡Chiton! Ferrus, no estamos solos; dijo alarmado el primer escudero echando una ojeada de desconfianza hácia el paraje donde daba vueltas todavía sobre la brasa el ciervo, impelido del brazo del infatigable repostero.

— Teneis razon, señor escudero. Nunca me acuerdo de que no es esa gente el mejor consonante para mis trovas.

— ¿Y qué quereis decir con la proposicion que habeis aventurado? dijo acercándose á él Vadillo, y con tono de voz apenas perceptible.

— Solo sabré deciros, contestó Ferrus con igual misterio, que nuestros señores no duermen juntos...

— Brava ocasion para chanzas, Ferrus.

— ¡Chanzas! ¿eh? Dígalo la señorita Elvira, vuestra misma esposa, que no se separa un punto de la condesa...

— Coplero, ¿quereis hablar alguna vez con formalidad? ¿y dejará de ser casado porque no haga vida comun con ella?

— Decís bien, pero como allá van leyes... no os enojeis, haré por enfrenar mi lengua. ¿Sabeis la historia del rey don Pedro?

— ¿Y bien?

— Casado estaba con doña Blanca de Borbon... y casó sin embargo con la Padilla...

— ¿Y quereis suponer?... ¿Don Enrique seria capaz de imitar al rey cruel?...

— ¿No habria un medio de compostura sin necesidad de que muriese mi señora doña María? ¿No hay casos en que el divorcio?...

— Mucho sabeis.

— ¿Pensais que el rey Enrique III podrá negar muchas cosas á su tio don Enrique de Villena?...

— No, el prestigio de que goza en la corte es demasiado grande.

— ¿Y pensais que el señor Clemente VII se expondria á perder la amistad y proteccion de Castilla y Aragon en su lucha con Urbano VI, por tener el gusto de negar una bula de divorcio al conde de Cangas y Tineo?

— Por san Pedro, Ferrus, que teneis cabeza de cortesano mas que de rimador.

— Muchas gracias, señor Fernan. Algunos señores de la corte que me desprecian cuando pasan delante de mí en el estrado de su alteza, y que me dan una palmadita en la mejilla diciéndome: *A Dios, Ferrus; dinos una gracia*, podrian dar testimonio de mi destreza si supieran ellos...

— Entiendo: no estoy en ese caso.

— Yo estimo demasiado al primer escudero de mi amo para confundirle con la caterva de cortesanos, cuyo brillo me ofende, y cuya insolencia provoca mi venganza.

— ¿Y en qué estamos de Hernando y de su comision? interrumpió Vadillo dándole la mano y apretándosela, como para dar á entender que aquel apreton de manos debia significar mas que todas las frases vulgares que en semejantes casos se dicen.

— Ya he dicho que no sé sino que sospecho que el conde quiere ser maestre; que Hernando puede traer noticias de la salud de don Gonzalo de Guzman, y que esta noche no se acostará don Enrique de Villena sin haber aligerado y repartido la carga de su secreto, si tiene alguno; tambien quiero ser franco, tal puede ser él que no me sea lícito confiarle ni á vos mismo. Pero atended. ¿No oís?

— ¿Qué es? repuso el escudero escuchando.

— Es la señal de haber salido la pieza; ¿no oís los ladridos de los sabuesos y la gritería de los monteros?

— En efecto, dijo Vadillo; salgamos, si es que no teneis miedo tambien de ver á esta distancia la caza.

— Salgamos.

Pasaba efectivamente como á tiro de ballesta un horrendo jabalí, perseguido de una jauría de valientes canes: ya dos de estos habian probado sus agudas defensas, dando al viento su sangre y sus entrañas palpitantes: mas de un montero, á punto de dar el gope que hubiera terminado la ansiedad en que á todos los tenia la fiera, se habia visto arrebatado fuera del sendero que este seguia por su caballo espantado. « Por el valle, por el valle se escapa, » gritaban los ojeadores; y mas de diez cuernos, resonando en medio del silencio de la selva, habian dado aviso á los impacientes cazadores que en el llano se hallaban guardando los pasos y salidas. Mucho menos tiempo del que hemos tardado en describir esta maniobra tardó en desaparecer á los ojos de nuestros pacíficos observadores por entre la espesura la encarnizada caterva, cuyos individuos apenas podian percibirse ya á tal distancia y á aquellas horas.

Perdíanse en la lontananza los cazadores, y el ruido tambien de sus voces y sus bocinas, cuando salieron de la selva dos ginetes galopando á mas galopar hácia las tiendas donde se aderezaba el banquete para la noche, que empezaba ya á convidar al descanso con sus frescas auras y sus tinieblas á los fatigados perseguidores de las inocentes reses del soto de Manzanares.

— ¿No os dije yo, gritó Ferrus estirando el cuello y abriendo los ojos para reconocer á los caballeros, que la venida de Hernando nos traeria novedades de importancia? Mirad hácia la derecha por encima de ese ribazo, allí, ¿no veis? entre aquellos dos árboles, el uno mas alto y el otro mas pequeño... mas acá, seguid la indicacion de mi dedo... ahí... ahí...

— Sí, allí vienen dos galopando...

— ¿No reconoceis el plumero encarnado del mas bajo?

— Sí, él es...

— Hernando es el otro.

— ¿Qué apostais á que desde este momento se ha acabado ya la partida de caza?

— Sin embargo, sabeis que veníamos para cuatro dias, y no llevamos sino tres.

— En hora buena: pues no vuelva yo á hacer una estancia, ni á probar vino de Toro en la copa de mi señor, si dormimos esta noche aquí... y

voto va que si tal supiera diera principio á una pierna de esa ánima en pena, que está purgando en la brasa las corridas inútiles que habrá hecho dar por el bosque á mas de cuatro cazadores inexpertos. Y lanzó un suspiro clavando sus ojos en el asador, vuelto de espaldas al sitio de donde venian los cabalgantes.

— ¿Qué haceis, Ferrus, ahí distraido? Apartad, apartad, gritó Vadillo sacudiéndole por un brazo y desviándole del camino mal su grado.

En esto llegaban los ginetes á las tiendas; y mientras que el uno de ellos se adelantaba á apearse y tener de la brida el caballo del otro, Ferrus, ambicioso de servir el primero al recien llegado, ganó por la delantera al escudero, y tomando el estribo con una mano, mientras que con la otra descubria su cabeza roja y ensortijada, acogió con su acostumbrada sonrisa de deferencia una rápida inclinacion de cabeza y una ojeada de amistosa proteccion que le dispensó el caballero.

— Ya veo, Ferrus, le dijo este al apearse, que pudieras desempeñar este oficio perfectamente si muriesen de repente todos los dignos escuderos de mi casa; y arrojó al descuido una mirada sardónica hácia el negligente Vadillo, que con el capacete en la mano é inclinando el cuerpo, esperaba sin duda á que le dejase algo que hacer el solícito poeta...

— No hay duda, señor, contestó Vadillo apreciando en su justo valor el ligero sarcasmo del caballero, que la costumbre de correr tras el consonante presta á los poetas cierta agilidad de que nunca podrá gloriarse un escudero indigno, aunque hijodalgo.

— Aunque hijodalgo, dijo entre dientes Ferrus, pero de modo que pudo oirlo el que era objeto de la consideracion y respeto de entrambos; cada uno es hijo de sus obras y las mias pueden ser tan honradas como las del primer escudero de Castilla.

— Paz, señores, paz, dijo el caballero; paz entre las musas y los hijosdalgo; en estos momentos he menester mas que nunca de la union de mis leales servidores. Y quiso repartir un favor á cada uno para equilibrar el momentáneo desnivel de su constante amistad. Cubríos, Vadillo; la noche empieza á refrescar y vuestra salud me es harto preciosa para sacrificarla á una etiqueta cortesana. Ferrus, toma ese pliego, y cuando estemos en Madrid me dirás tu opinion acerca de ese incidente que me anuncian; tú sabrás si es fausto ó desdichado para nuestros planes.

Cogió Ferrus el pergamino y guardóle en el seno con aire de satisfaccion, echando una mirada de superioridad sobre el desairado escudero; superioridad que efectivamente le daba la confianza que en público acababa de hacer de él su distinguido señor. Pero este, atento á la menor circunstancia que pudiera renovar el mal apagado fuego de la rivalidad de sus súbditos, se apoyó en el brazo de su escudero y llevando á la izquierda al ambicioso juglar, y detrás á Hernando con entrambos caballos de las bridas, penetró en una tienda, á cuya entrada quedó este respetuosamente, esperando las órdenes que no debian tardar mucho en comunicársele.

La tienda en que entraron, inmediata á aquella donde hemos dicho

que se aprestaban las viandas, se hallaba sencillamente alhajada; una alfombra que representaba la caza del ciervo, y alegórica por consiguiente á las circunstancias, ofrecia blando suelo á nuestros interlocutores; cuatro tapices de extraordinaria dimension decoraban sus paredes ó lienzos con las historias del sacrificio de Abraham, de la casta Susana sorprendida en el baño por los viejos, del arca de Noé, y de la muerte de Holofernes á manos de la valiente y hermosa Judit. Una mesa artificiosamente trabajada de modo que pudiera armarse y desarmarse cómodamente para esta clase de expediciones, y varias banquetas de tijera fáciles de plegar, completaban el ajuar de aquella vivienda campestre y provisional; una cámara interior y reducida estaba ocupada por un lecho con su cubierta de seda labrada de damasco. Algunos arcos y ballestas suspendidas aquí y allí, y varios venablos apoyados en los rincones, daban á entender á la primera ojeada el objeto de la expedicion que en el campo detenia por aquellos dias á su dueño. Una armadura completa que en el lugar preeminente se veia suspendida, manifestaba que la seguridad personal no era olvidada de los caballeros belicosos del siglo XIV, ni aun entonces mismo que se entregaban á los placeres de una época pacífica y ajena de temores de guerra.

— Ferrus, partiremos inmediatamente, dijo el caballero á su confidente.

— ¿Sin cenar, señor?

— ¡Ferrus!

— Señor, interrumpió el juglar volviendo en sí de la distraccion y falta acaso de respeto á que habia dado ocasion la mucha familiaridad que su amo le consentia, si tus negocios han menester de mi ayuno, y si mi hambre puede en algo contribuir á su buen éxito, marchemos...

— Naciste para comer, Ferrus: hago mal en creer que tengo un hombre en tí...

— Pero, gran señor, tú propio anduvieras acertado en restaurar tus fuerzas; el camino hasta Madrid es malo y largo, la noche oscura, y Dios sabe si malhechores ó enemigos tuyos esperarán á que pasemos para enviarnos en pos del maestre... si es que ha muerto, añadió acercándosele al oido, como presumo. ¡Qué mal puede haber en que nos pillen reforzados!

— En buen hora, bachiller, deja de hablar. Fernan Perez, dispondreis que al rayar mañana el dia se recoja la batida, y marchareis á reuniros conmigo lo mas pronto que pudiéreis. Ferrus, haz que nos den un breve refrigerio. Seguiré tu consejo.

No oye reo su indulto con mas placer que el que experimentó Ferrus al escuchar la revocacion de la cruel sentencia, que á dos largas horas de hambre le condenaba. En pocos minutos se vió cubierta la mesa de un limpio mantel labrado, y un opíparo trozo de exquisito morcon curado al fuego, se presentó ante los ávidos ojos de nuestros tres interlocutores. El hidalgo hizo plato á su señor que no quiso acelerar para su servicio el fin de la caza, ni se curó de llamar á los dependientes, á quienes tales oficios de su caza estaban cometidos; la situacion de su ánimo, devo-

rado al parecer de secretas ideas, y el deseo de permanecer en la compañía libre y desembarazada de aquellos en quienes depositaba su confianza, redujo á dos el número de sus servidores en tan crítica situacion. Luego que el hidalgo le hubo hecho plato y Ferrus servídole la copa: — Sentaos, dijo, y cenad, Fernan Perez, que bien podeis poner la mano en el plato de mi propia mesa. Sentóse respetuosamente al extremo de la mesa Vadillo, y el favorito permaneció en pié á la derecha de su señor, recibiendo de su propia mano los mejores bocados que este por encima del hombro le alargaba, como pudiera con un perro querido que hubiera tenido su estatura. Reíase Ferrus empero muy bien de esta manera de recibir los trozos de la vianda, á tal de recibirlos; sabia él además que lo que hubiera podido parecer desprecio á los ojos de un observador imparcial, era una distincion cariñosísima que le colocaba sobre todos los súbditos del caballero. Sin mortificarle estas ideas dábase priesa á engullir morcon, sin mas interrupcion que la que exigieron las dos ó tres libaciones que con rico vino de Toro, entonces muy apreciado, hacia de vez en cuando el taciturno y distraido personaje, cuyo nombre y circunstancias singulares no tardaremos en poner en claro para nuestros lectores.

Acabóse la corta refaccion sin hablar palabra de una parte ni de otra, sirviéronse las especias, y púsose aquel en pié.

— Partamos.

— Paréceme, gran señor, que harias bien en armarte mejor de lo que estás, porque ¡vive Dios que no quisiera que se quedase España sin tan gran trovador! y...

— ¡Chiton! Pónme en efecto esa armadura. Quitóse un capotillo propio de caza; púsose una loriga ricamente recamada de oro sobre terciopelo verde; vistió une fuerte cota de menuda malla; ciñó una espada, y calzó las botas con la espuela de oro, insignia de caballeros de la mas alta jerarquía. Previnose tambien contra la intemperie envolviéndose en un tabardo de velarte, y despues que Ferrus se hubo armado, aunque mas á la ligera, montaron en sus caballos y se despidieron de Fernan Perez, encargándole sobre todo que en manera alguna dejase de estar á la mañana siguiente en la cámara de su grandeza á la hora comun de levantarse; prometiólo Vadillo, besándole el extremo de la loriga, y al son de las cornetas de los cazadores que daban ya la señal de recogida á los monteros desparcidos, picaron de espuela nuestros viajeros seguidos de Hernando.

Ya era á la sazon cerrada y oscura la noche: no dicen nuestras leyendas que les acaeciese cosa particular que digna de contar sea. Ferrus trató varias veces de aventurar alguna frase truhanesca, de aquellas que solian provocar el humor festivo de su señor; pero el silencio absoluto de este le probó otras tantas que no era ocasion de bufonadas, y que la cabeza del caballero, sumamente ocupada con las revueltas ideas á que habia dado lugar el pliego que tan intempestivamente habia venido á arrancarle del centro de sus placeres, estaba mas para resolver silenciosamente alguna enredada cuestion de propio interés, que para prestar

atencion á sus gracias pasajeras. Resignóse, pues, con su suerte, y era tanto el silencio y la igualdad de las pisadas de sus trotones, que en medio de las tinieblas nadie hubiera imaginado que podia provenir de tres distintas personas aquel uniforme y monótono compás de piés.

Dos horas habian trascurrido desde su salida de las tiendas, cuando dando en las puertas de Madrid llegaron á entrar en el cubo de la Almudena, y dirigiéndose al alcázar que á la sazon reedificaba el rey don Enrique III en esta humilde villa, llegó el principal de los viajeros á su labio el cuerno, que á este fin no dejaba nunca de llevar un caballero, é hizo la señal de uso en aquellos tiempos; la cual oida y respondida en la forma acostumbrada, no tardaron mucho en resonar las pesadas cadenas, que inclinando el puente levadizo dieron fácil entrada en el alcázar á nuestros personajes: dirigiéronse inmediatamente á las habitaciones interiores sin interrumpir el silencio de su viaje, sino con el ruido de sus fuertes pisadas, cuyo eco resonaba por las galerías donde los dejaremos, difiriendo para el capítulo siguiente la prosecucion del cuento de nuestra historia.

CAPITULO III.

Ellos en aquesto estando
Su marido que llego
—¿Qué haceis la blanca niña,
Hija de padre traidor?
— Señor, peino mis cabellos
Péinolos con gran dolor,
Que me dejais á mi sola
Y á los montes os vais vos

Anónimo.

Hallábase concluida la parte principal del alcázar de Madrid, y habitábala ya el rey con gran parte de su comitiva siempre que el placer de la caza le obligaba á venir á esta villa, cosa que le aconteció algunas veces en su corto reinado.

Entre las habitaciones inmediatas á la de su alteza se contaban algunas de las principales dignidades de su corte, pero distinguíase entre todas la de don Enrique de Aragon, llamado comunmente de Villena: este jóven señor, uno de las mas poderosos y espléndidos de la época, era tio del rey don Enrique III y descendiente por línea recta de don Jaime de Aragon. Su padre don Pedro, casado con doña Juana, hija bastarda de don Enrique II, y reina despues de Portugal, habia muerto en la batalla de Aljubarrota. Correspondíale de derecho á don Enrique el marquesado de Villena, que su abuelo don Alfonso, primer marqués de ese título, á quien le dió don Enrique II, habia cedido á su hijo don Pedro, reservándose solo el usufructo por toda su vida. Pero habiendo el rey don Enrique III en su menor edad invitado al marqués don Alfonso á que

viniese á ejercer su título de condestable de Castilla que le diera don Juan I, y habiéndose él negado con frívolos pretextos á tan justa exigencia, se aprovechó esta ocasion de volver á la corona aquellos ricos dominios, que como fronteros de Aragon no se creia prudente que estuviesen en poder de un príncipe de aquel reino. Dióse en compensacion á don Enrique el señorío de Cangas y Tineo, con título de conde, y su mujer doña María de Albornoz le habia traido además en dote la villa de Alcocer, Salmeron, Valdeolivas y otras; con todo lo cual podia justamente reputársele uno de los mas ricos señores de Castilla. No habia pensado él nunca en acrecentar sus estados por los medios comunes en aquel tiempo de conquistas hechas á los moros. Mas cortesano que guerrero, y mas ambicioso que cortesano, habia desdeñado las armas, para las cuales no era su carácter muy á propósito, y su aficion marcada á las letras le habia impedido adquirir aquella flexibilidad y pulso que requiere la vida de corte. Las lenguas, la poesía, la historia, las ciencias naturales habian ocupado desde muy pequeño toda su atencion. Habíase entregado tambien al estudio de las matemáticas, de la astronomía, y de la poca física y química que entonces se sabia. Una erudicion tan poco comun en aquel siglo, en que apenas empezaban á brillar las luces en este suelo, debia elevarle sobre el vulgo de los demás caballeros sus contemporáneos, pero fuese que la multitud ignorante propendiese á achacar á causas sobrenaturales cuanto no estaba á sus alcances; fuese que efectivamente él tratase de prevalerse y abusar de sus raros conocimientos para deslumbrar á los demás, el hecho es que corrian acerca de su persona rumores extraños, que ora podian en verdad servirle de mucho para sus fines, ora podian tambien perjudicarle en el concepto de las mas de las gentes, para quienes entonces como ahora es siempre una triste recomendacion la de ser extraordinario. No dejaba de ser notado en él, á mas de su ambicion, cierto afecto decidido al bello sexo; y lo que era peor, notábase tambien que nunca se paró en los medios cuando se trataba de conseguir cualquiera de esos dos fines, que tenian igualmente dividida su alma ardiente, y que ocuparon exclusivamente todo el trascurso de su vida.

Hallábase ricamente alhajada la parte que en el alcázar habitaba este señor; costosos tapices, ostentosas alfombras de Asia, almohadones de la misma procedencia, cuanto el lujo de la época podia permitir se hallaba allí reunido con el mayor gusto y primor; ardian lentamente en los cuatro ángulos del salon principal pebeteros de oro que exhalaban aromas deliciosos del oriente, uso que habian introducido los árabes entre nosotros. A una parte del hogar se veia una mujer jóven y asaz bien parecida, vestida con descuido á la moda del tiempo, y sentada en una pesada poltrona, notable por su madera y por el mucho trabajo de adornos y relieves con que se habia divertido el artista en sobrecargarla: descansaban sus piés en un lindo taburete, y se hallaba ocupada en una delicada labor de su sexo. Ayudábala enfrente de ella á su trabajo y á pasar las horas de la primera noche, otra mujer todavía mas sencilla en su traje, y poco mas ó menos de su misma edad. Todo lo que la primera

le llevaba de ventaja á la segunda en dignidad y riqueza, llevaba la segunda á la primera en gracia y en hermosura. Tez blanca y mas suave á la vista que la misma seda; estatura ni alta ni pequeña; pié proporcionado á sus dimensiones, garganta disculpa del atrevimiento, y fisonomía llena de alma y de expresion. Su cabello brillaba como el ébano; sus ojos sin ser negros tenian toda la expresion y fiereza de tales, sus demás facciones mas que por una extraordinaria pulidez se distinguian por su regularidad y sus proporciones marcadas, y eran las que un dibujante llamaria en el dia académicas, ó de estudio. Sus labios algo gruesos daban á su boca cierta expresion amorosa y de voluptuosidad, á que nunca pueden pretender los labios delgados y sutiles; y sus sonrisas frecuentes llenas de encanto y de dulzura, manifestaban que no ignoraba cuanto valor tenian las dos filas de blancos y menudos dientes que en cada una de ellas francamente descubria. Cierta suave palidez, indicio de que su alma habia sentido ya los primeros tiros del pesar y de la tristeza, al paso que hacia resaltar sus vagas sonrisas, interesaba y rendia á todo el que tenia la desgracia de verla una vez para su eterno tormento.

En el otro extremo del salon bordaban un tapiz varias dueñas y doncellas en silencio, muestra del respeto que á su señora tenian. Hablaba esta con su dama favorita, pero en un tono de voz tal, que hubiera sido muy difícil á las demás personas, que al otro lado de la habitacion se hallaban, enlazar y coordinar las pocas palabras sueltas que llegaban á sus oidos enteras de rato en rato, cuando la vehemencia en el decir o alguna rápida exclamacion hacian subir de punto las entonaciones del diálogo entre las dos establecido.

— Elvira, decia doña María de Albornoz á su camarera, Elvira, ¡ cuánta envidia te tengo !

— ¿Envidia, señora? ¿A mí? contestó Elvira con curiosidad.

— Sí: ¿qué puedes desear? Tienes un marido que te ama, y de quien te casaste enamorada; tu posicion en el mundo te mantiene á cubierto de los tiros de la ambicion y de las intrigas de corte...

— ¿Y es doña María de Albornoz, la rica heredera, y la esposa del ilustre don Enrique de Villena, quien tiene envidia á la mujer de un hidalgo particular?...

— ¿De qué me sirve ser la esposa de ese ilustre don Enrique, si lo soy solo en el nombre? mira lo que en este momento está pasando; tres dias hace ya que partió á caza de montería; en esos tres dias Fernan Perez de Vadillo ha venido dos veces á ver á su mujer, y el conde de Cangas y Tineo prefiere á la vista de la suya la de los jabalíes y ciervos del soto. Elvira, si se hicieran las cosas de dos veces, doña María de Albornoz no volveria á dar su mano á un hombre cuyos sentimientos no le fuesen bien conocidos. ¡Maldita razon de estado! A un hombre de quien no supiese con seguridad que habia de ser el mismo con ella á los tres años que á los tres dias.

— ¿Dónde está, señora, ese caballero? preguntó con distraccion Elvira, lanzando un suspiro. ¿Dónde está?

— ¿Dónde está? repitió asombrada la de Albornoz. ¿Tan difícil crees encontrar un esposo que me ame mas que don Enrique?

— Si me lo permitís, diré que no seria difícil; pero desde un esposo que os ame mas que don Enrique, hasta el hombre que buscábais hace poco, hay la misma distancia que hay desde la idea imaginaria que del matrimonio os habeis formado, hasta la realidad de lo que es este vínculo en sí verdaderamente.

— No te entiendo, Elvira.

— ¿Y me entenderíais si os dijera que hace tres años que me casé enamorada con Fernan Perez de Vadillo, y que él no lo estaba menos segun todas las pruebas que de ello me tenia dadas, y si os añadiese que ni yo encuentro ya en mi excelente esposo al amante por mas que le busco, ni él acaso encontrará en mí á la Elvira de nuestros amores?

— ¿Qué dices?

— Acaso no podreis concebirlo. Es la verdad sin embargo; estad segura empero de que en Castilla difícilmente pudiérais encontrar matrimonio mejor avenido; él me estima, y yo no hallo en el mundo otro que merezca mas mi preferencia. ¡Ah! señora, no está el mal en él ni en mí: el mal ha de estar, ó en quien nos hizo de esta manera, ó en quien exige de la flaca humanidad mas de lo que ella puede dar de sí... Perdonadme, señora: no debiera acaso hablar en estos términos, pero solo á vos confiaria estos sentimientos, que quisiera mantener encerrados eternamente en mi corazon. La vida comun, en la cual cada nuevo sol ilumina en el consorte un nuevo defecto que la venda de la pasion no nos habia permitido ver la víspera en el amante, se opondrá siempre á la duracion del amor entre los esposos. En cambio una estimacion mas sólida y un cariño de otra especie se establecen entre los desposados, y si ambos tienen alternativamente la deferencia necesaria para vivir felices, podrá no pesarles de haberse enlazado para siempre.

— ¡Qué consuelo derraman tus palabras en mi corazon, Elvira! si tú no te consideras completamente dichosa, creo tener menos motivos para quejarme: sin embargo, de buena gana te pediria un consejo que creo necesitar. Si tu esposo te insultase diariamente con su frialdad y su indiferencia nada menos que galantes, si tus virtudes no te bastasen á esclavizarle y contenerle en la carrera del deber...

— Redoblaria, señora, esas virtudes mismas: no sé si el cielo me tiene reservada esa amarga prueba; pero si tal caso llegase, fuerzas le pediria solo para resistirla y para vencer en generosidad al mal caballero, que con tan negra ingratitud premiase mi cariño y mi conducta irreprensible.

— Basta, Elvira, basta: seguiré tu consejo; está en armonía con mis propios sentimientos. Sí, la paciencia y la resignacion serán mis primeras virtudes. ¡Ah don Enrique, don Enrique! ¡y qué mal pagais mi afecto! ¡y qué poco sabeis apreciar la esposa que teneis!

— ¡Tened, señora! ¿no oís la señal del conde? ¿no habeis oido una corneta?

— Imposible: llevan solo tres dias y fueron para cuatro.

— No importa; no he podido equivocarme: no, no me he equivocado; ¿oís las pesadas cadenas del puente?

— ¡Cielos! No le esperaba. ¡Ah! estoy demasiado sencilla: Dios sabe si no será perdido el trabajo que emplee en adornarme.

— ¿Qué decís?

— Sí, llama á mis dueñas.

Acercáronse dos dueñas de las que en la extremidad de la sala bordaban, á la indicacion que Elvira les hizo levantándose, y prosiguió la condesa:

— Arreglad mis cabellos, pasadme un vestido con el cual pueda recibir dignamente á mi esposo: probablemente nos dará lugar: nunca que viene de fuera deja de dirigirse primero á la cámara del rey para informarle de su llegada. Jamás me parecerá bastante todo el cuidado que puedo tener en engalanarme y aparecer á sus ojos armada de las únicas ventajas que nuestro sexo nos concede. Este mismo cuidado le probará el aprecio que hago de su amor: acaso vuelva en sí algun dia avergonzado de su conducta, y acaso no se frustren estas esperanzas que ahora te parecen infundadas.

Llegaron dos doncellas que en el menor espacio de tiempo posible recogieron sus hermosos cabellos sobre su frente y los prendieron con una rica diadema de esmeraldas: sustituyendo asimismo al sencillo vestido que la cubria otro lujosamente recamado de plata.

— Llegad, Guiomar, dijo á una de sus sirvientes doña María de Albornoz, llegad hasta el alabardero de la cámara del rey y ved de inquirir si es efectivamente don Enrique de Villena el caballero que acaba de entrar en el alcázar, como tengo sobrados motivos para sospecharlo.

Inclinó Guiomar la cabeza y salió á obedecer la órden que se le acababa de dar.

— ¿Puedes comprender, Elvira, la causa que me vuelve á mi esposo un dia antes de lo que esperaba? ¿Acaso habrá amenazado su vida algun riesgo inesperado?

— No lo temas, señora. En el dia y en este punto de Castilla ningun miedo puede inspirarnos ni el moro granadino, ni el portugués: y por parte de los demás grandes, don Enrique está bien en la actualidad con todos. Acaso el rey le habrá enviado á buscar... algun asunto de estado podrá reclamar su presencia.

— Dices bien: me ocurre que la llegada del caballero que á todo correr entró esta mañana en el alcázar pudiera tener algo de comun con esta sorpresa...

— ¿Qué motivos... tienes, señora, para presumir?...

— Motivos... ningunos... pero mi corazon me engaña rara vez; y aun si he de creer á sus pensamientos nada bueno me anuncia este suceso.

— ¿Pero sabes, señora, quién fuese el caballero?

— Hánme dicho solo que venia con un su escudero de Calatrava.

— ¿De Calatrava? ¿y no sabes mas?...

— Dicen que es un caballero que viene todo de negro...

— ¿De negro?

— Quien me ha dado estos detalles ha dicho que no sabia mas del particular, pero paréceme, Elvira, que te ha suspendido esta escasa noticia que apenas basta para fijar mis ideas: ¿conoces algun caballero de esas señas...?

— No, señora... son tan pocas las que me dais...

— Estás sin embargo inmutada...

— Guiomar está aquí ya, interrumpió Elvira, como aprovechando esta ocasion que la libraba de tener que dar una explicacion acerca de este reparo de la condesa... ella nos dará cuenta de...

— Guiomar, dijo levantándose doña María de Albornoz al ver entrar á su mensajera de vuelta de su comision, Guiomar, ¿es mi esposo quien ha llegado?

— Sí, señora, es don Enrique de Villena.

— Elvira, nuestros esposos.

— No, señora, viene solo con su juglar y con el escudero del caballero del negro penacho, que llegó esta mañana al alcázar.

— Mi corazon me decia que tenia algo de comun un suceso con el otro... ¿Y porqué tarda en llegar á los brazos de su esposa, Guiomar?

— Señora, no puedo satisfacer á tu pregunta: ni yo he visto á tu señor, ni le han visto en la cámara del rey todavía.

— ¿No?

— Parece que se ha dirigido en cuanto ha llegado á preguntar por la habitacion del caballero recien venido de Calatrava.

— ¡Qué confusion en mis ideas! Despejad vosotras: siento pasos de hombres: ellos son: Elvira, permanece tú sola á mi lado.

Oíanse efectivamente las pisadas aceleradas de varias personas, y se podia inferir que trataban andando cosas de mas que de mediana importancia, porque se paraban de trecho en trecho; volvian á andar y volvian á pararse hasta que se les oyó en el dintel mismo del gran salon. Las dueñas y doncellas salieron á la indicacion de su ama, y solo la impaciente doña María y su distraida camarera quedaron dentro con los ojos clavados en la puerta que debia abrirse muy pronto para dar entrada al esperado esposo.

— Podeis retiraros, dijo al entrar don Enrique de Villena á dos personas de tres que le acompañaban, y saludándose unos á otros cortesmente, el conde con su juglar se presentó dentro del salon á la vista de su consorte anhelante.

— Esposo mio, exclamó doña María, previniendo las frias caricias de su severo esposo: ¿tú en mis brazos tan presto?

— ¿Os pesa, doña María? contestó con risa sardónica el desagradecido caballero.

— ¡Pesarme á mí de tu venida! yo que no deseo otra dicha sino tu presencia, y que solo para tí existo.

— ¿Y que solo para tí me engalano, pudiérais añadir, hoy que os encuentro tan prendida sabiendo que estoy en el monte?

— Y si solo tu venida...

— Me es indiferente, señora...

— Indiferente... ah... venís á insultar como de costumbre á mi dolor y á mi...

— Acabad...

— Sí, acabaré... á mi necedad...

— Basta; no estamos solos, señora.

— ¡ Elvira! dijo la de Albornoz echando sobre su camarera una mirada de dolor.

— Te entiendo, señora... te esperaré en tu cámara.

Salió doña Elvira del salon por una puerta que daba á otra pieza inmediata, con rostro decaido, ora procediendo su abatimiento de la prolongacion imprevista de la ausencia de su esposo, ó, lo que es mas creible, de la esperanza chasqueada que de ver entrar al caballero de Calatrava habia alimentado inútilmente.

— Ferrus, vos tambien podeis iros, dijo don Enrique á su juglar : esperadme en mi cámara, pero haced retirar á todo el mundo : que se acuesten mis donceles y mis pajes : vos solo podeis quedaros... tenemos que tratar materias en que no habemos testigos.

— Serás obedecido, dijo el juglar, y salióse dejando á la de Albornoz retorciendo sus manos en medio de su desesperacion, y con los ojos clavados en el conde con cierto asombro, nada de extrañar en quien estaba como ella muy poco acostumbrada á tener con su esposo escenas solitarias, como la que al parecer de intento la preparaba.

— Ya estamos solos, exclamó don Enrique levantándose. Extrañareis este paso sin duda, la de Albornoz... al llegar aquí calló como si no estuviera muy resuelto todavía á decir lo que traia pensado, y empezó á pasearse á lo largo con pasos tendidos y acelerados...

— Pernonadme si no os he respondido mas pronto, contestó su esposa despues de una ligera pausa; creí que íbais á seguir hablando. ¿ Deberé alegrarme de esta inesperada entrevista? ¿ Por fin, vuestro corazon, don Enrique, se ha rendido á mi amor? ¿ Habeis pensado ya decididamente volver la paz al pecho de vuestra esposa... y cortar de raiz las rencillas que han amargado hasta ahora nuestra desdichada union?

— ¿ Desdichada? maldecida, debiérais decir, murmuró entre dientes el conde, paseándose siempre sin volver los ojos una sola vez á mirar á su afligida mitad.

— Si tal es vuestro intento, continuó sin oirle la de Albornoz, ¿ qué tardais en venir á los brazos de la mujer que mas os ama y que no ha amado nunca sino á vos?... Desechad usa dura indiferencia... si algun rubor de vuestra pasada frialdad os impide darme ese contento, yo os lo perdono todo.

— Perdon... gritó fuera de sí el conde al oir esta palabra que le sacó de su letargo... Perdon... vos á mí... ¿ Y sabeis antes si os perdono yo á vos?

— ¡ Santo cielo! ¡ qué palabras! ¿ pues en qué pude yo ser culpable jamás? ¿En amaros demasiado, en sufriros?... ¡ Ah! perdonad, pero soy vuestra esposa y tengo derecho á vuestro amor, ó por lo menos á vuestra consideracion.

— No se trata ya de amor.

— ¿Se ha tratado con vos alguna vez?

— Lo ignoro; solo sé que ha llegado el caso de un rompimiento completo.

— ¿Un rompimiento? ¡Desgraciada María!... ¿Y qué causa podreis alegar para tan indigna conducta?

— ¡María! gritó don Enrique.

— Sí, sacad el puñal todo: no os contenteis con apretarle en vuestra mano; aquí teneis el corazon criminal que os ha querido bien, acabad de una vez con el único estorbo de vuestros intentos... De otra manera, don Enrique, jamás conseguireis esa separacion; yo quiero antes saber el motivo que os conduce á...

— Y lo podeis haber conocido; el estudio que ocupa todas las horas de mi vida me impide que me entregue como debiera á la contemplacion de una belleza terrenal... los hondos arcanos de las ciencias, el objeto importante de mis tareas misteriosas...

— ¿Vos pretendeis embaucar como al vulgo de las gentes á vuestra misma esposa?... ¡Delirios!

— Bien, señora, pues que si no os satisface esa respuesta, os diré secamente: *mi voluntad.*

— Para ese divorcio que pretendeis, necesitais de la mia.

— Y esa es precisamente la que vengo á pediros...

— ¿Yo dar mi consentimiento?

— Vos... sí.

— Jamás.

— ¡María! ¿conoces mi furor? Tú me le darás...

— ¡Ah! vos ocultais mal vuestra perfidia: vos amais á otra: no, no puede tener otro orígen ese extraño interés que manifestais.

— ¿A otra mujer? interrumpió rojo de cólera don Enrique... Cuando don Enrique de Villena pueda volver al estado de la estupidez y de la ignorancia de un ente que nace al mundo, entonces amará á una mujer...

— ¡Mentís, don Enrique!...

— ¿Mentís, María, habeis dicho? ¿Mentís?

— Nada temo ya; mentís como fementido caballero: yo os he visto mas de una vez, yo os he visto profanar con miradas de iniquidad la faz mas pura acaso y celestial que existe sobre la tierra: yo he leido en vuestros ojos el pecado: no me lo ocultareis...

— ¡Silencio!

— Los ojos de una mujer que quiere ven mas de lo que pensais los hombres insensatos é ignorantes en medio de vuestra sabiduría...

— ¡Silencio, repito! dijo en voz ronca don Enrique: oid; quiero conceder vuestras gratuitas suposiciones: ¿pretendeis, imaginais vencer mi repugnancia á fuerza de amor? Si tanto sabeis, no podeis ignorar que vuestra solicitud seria inútil...

— Lo sé; dad gracias, don Enrique, á que no de ahora lo sé, y á que he llorado muchas lágrimas que han desahogado mi corazon; que de no, con mis propias manos yo os hiciera pagar...

— Teneos, María; y acabemos... Si lo sabeis, y si ya de mucho tiempo habeis consentido en ello, de nada servirá vuestra tenacidad : dadme vuestro consentimiento y retiraos á un monasterio. Los estados de Salmeron, Alcocea y Valdeolivas que me trajísteis al matrimonio pagarán espléndidamente vuestra dote.

— Nunca : lo sé, y sé que todos mis esfuerzos serán inútiles; cederé, sí, cederé á la fuerza de los sucesos; empero nunca pondré yo misma la primera piedra para el edificio de mi deshonra. Haced, don Enrique, lo que gusteis; pero puesto que quereis guerra, guerra os juro de muerte...

— María, es en vano : desprecio tus baladronadas : mira este pergamino : tu firma hace falta al pié...

— Dejadme... Soltad...

— No os ireis sin firmarle.

— ¿ Cuál es su contenido ?

— Una demanda de divorcio que pedís vos misma...

— ¿ Yo ? Soltad.

— No; exclamó don Enrique deteniéndola con una mano mientras la enseñaba el pergamino extendido sobre la mesa con la otra, en que relucia su agudo puñal.

— ¡ Nunca ! ¡ socorro ! ¡ Elvira ! ¡ Elvira ! gritó la desesperada condesa huyendo hácia la cámara.

— Callad, ó sois muerta, interrumpió con voz reconcentrada el conde fuera de sí arrojándose delante de ella para impedirle la salida : callad, ó temblad este puñal.

Pero ya era tarde : la condesa habia llegado al colmo de su indignacion, que estallaba en aquella coyuntura con tanta mas fuerza cuanto mayor tiempo habia estado comprimida en el fondo de su corazon. En vano procuraba taparla la boca su iracundo esposo imponiéndole repetidas veces la mano sobre los labios : no bien la separaba, sonidos inarticulados se escapaban del pecho de la condesa, y resonaban por los ámbitos del salon : en balde trataba el conde de sujetarla á sus plantas, la condesa, de rodillas conforme habia caido al querer huir, hacia inconcebibles esfuerzos por desasirse de aquellos lazos crueles que la detenian.

— ¿ No firmareis ? repitió cuando la tuvo mas sujeta don Enrique : ¿ no firmareis ?

En este momento se oyó una puerta que, girando sobre goznes ruidosos, iba á dar entrada en el salon á Elvira, que asustada acudia á las voces de su señora...

— Sí, gritó levantándose la de Albornoz animada con el ruido de la puerta, que hacia perder asimismo su posicion opresora al conde : sí, firmaré, firmaré; y añadiendo *pero de esta manera*, y precipitándose sobre el pergamino lo arrojó al fuego inmediato sin que pudiera evitarlo don Enrique estupefacto, á quien habia quitado la accion la inesperada vista de Elvira.

— ¿ Qué teneis, señora, que dais tantos gritos ? preguntó azorada

Elvira echando una mirada exploradora de desconfianza hácia el conde, que con los brazos cruzados, pero sin pensar en esconder el puñal, parecia su propia estatua enclavada en medio de su casa.

Arrojóse la condesa en brazos de Elvira sin tener aliento sino para exhalar tristísimos ayes y profundos suspiros, y regar con abundantes y ardientes lágrimas el pecho de su camarera, donde ocultó su rostro avergonzado.

Volvió el conde al mismo tiempo las espaldas, sonriéndose con cierta expresion sardónica de desprecio y de indignacion, y sin proferir una sola palabra que pudiese dar á Elvira la clave de lo que entre sus señores habia pasado, anduvo varios pasos; escondió su puñal en la vaina, y al llegar á la pared apretó con su dedo un resorte oculto en la tapicería, el cual cedió y manifestó una puerta de la altura y ancho de una persona, secretamente practicada en aquella parte. Por ella desapareció como un espectro que se hunde en una pared, ó que se borra y desvanece al mirarle detenidamente; que no otra cosa hubiera parecido el conde al espectador que le hubiera mirado estando ignorante de la salida misteriosa, la cual no dejó despues de su desaparicion la menor señal de fractura, raya ó llave por donde pudiese conocerse que no era obra de magia ó de encantamiento.

CAPITULO IV.

Este es aquel Albenzayde
Que entre todos tiene fama.
Floresta de var. rom.

La cámara de don Enrique de Villena, adonde vamos á trasladar á nuestro lector, era una verdadera rareza en el siglo XV. Una ancha y pesada mesa, que en balde intentaríamos comparar con ninguna de las que entre nosotros se usan, era el mueble que mas llamaba la atencion al entrar por primera vez en el estudio del sabio. Varios voluminosos libros, de los cuales algunos abiertos presentaban á la vista del curioso gruesos caractéres góticos estampados, ó mejor diremos dibujados sobre pulidas hojas de pergamino; un reloj de arena; un enorme tintero, cuyos algodones hubieran podido prestar zumo para varios tomos en folio; dos ó tres lunas redondas, de aquellas con que solia surtir la reina del Adriático entonces á las personas ricas; algun espejo metálico girando sobre un eje á la manera de los modernos tocadores de las damas; varios instrumentos groseros de matemáticas, que el vulgo creia talismanes mágicos, y no pocos alambiques y redomas aplicables á usos químicos, si así podemos llamar á las confecciones misteriosas de los que en aquella

época encanecian buscando la piedra filosofal ó la esencia del oro; crisoles y aparatos sencillos, si bien costosos, de física, eran los objetos que cubrian la mesa que hemos procurado describir : veíanse á otra parte de la habitacion armas ofensivas y defensivas, que, segun la estima que en aquellos tiempos belígeros tenian, no dejaban nunca de verse en las cámaras de los caballeros : una lámpara de cuatro mecheros, suspendida del artístico arteson, y otra manual y mas pequeña colocada entre la confusion de objetos que llenaban la mesa, iluminaban el laboratorio del conde de Cangas y Tineo.

Un enorme sillon de baqueta, donde hubieran podido sentarse cómodamente mas de dos personas, completaba el ajuar del misterioso personaje de nuestros primeros capítulos.

En la noche á que nos referimos, y á una hora medianamente avanzada consideradas las costumbres del siglo, se hallaba en aquella pieza un hombre solo, en quien el lector reconocerá al momento á Ferrus con solo notar su sonrisa maligna y el aire de importancia y franqueza con que paseaba á lo largo y á lo ancho en una habitacion, de que ciertamente no era él el dueño. Despues de un momento de pausa, — Rui Pero, dijo en voz baja Ferrus, Rui Pero.

A esta interpelacion se manifestó otro hombre en la cámara.

— ¿Habeis llamado, señor Ferrus?

— Sí : ¿se ha recogido todo el mundo?

— Solo queda en pié el ballestero de la parte exterior de la puerta.

— Bien.

— Y yo, que como camarero de nuestro amo estoy aguardando su venida para prestarle los servicios de mi cargo.

— Es inútil : yo le serviré.

— Mira que soy su camarero.

— Le serviré, os he dicho; sé sus intenciones.

— En ese caso me retiraré.

— Es lo mejor que podeis hacer.

— Buenas noches, señor Ferrus.

— Esperad... decidme antes, ¿no habria algun paje cerca, por si fuese necesario despues servirse de una tercera persona?...

— Jaime ha quedado conmigo : está en la antecámara.

— Llamadle.

— Está bien.

— Id con Dios. Ya se fué... no sé por qué razon, dijo para sí luego que estuvo solo el juglar mirando á todas partes, no sé por qué razon he de tener miedo, cuando estoy solo en esta cámara. Verdad es que nunca he podido comprender cómo hay hombres valientes; y eso que en mas de un encuentro me he hallado yo mismo con el enemigo; pero puedo jurar que me da mas miedo esta soledad que la compañía de diez moros y veinte portugueses en un dia de batalla. Estas voces que corren de que mi amo es nigromante y este aparato... ¡Dios me valga! no tocaria á una redoma de esas por mil cornados... ¿Quién sabe cuántas legiones de demonios podrán caber en cada una?... No será malo hacer la señal de

la cruz y santiguarme... ¿Qué es esto?... ¡Ah! no es nada; es mi sobrecapote, lo estaba pisando: hubiera dicho que tiraban de mí... Disimulemos el miedo; ya está aquí el paje: es preciso buscar un pretexto para estar acompañado.

A esta sazon entraba ya un pajecito que podria tener catorce ó quince años todo lo mas.

— El camarero dice...

— Sí, el camarero dice bien: interrumpió Ferrus sin enterarse, y sin saber todavía qué pretexto suponer para justificar aquella intempestiva llamada. ¿Dormías, Jaime?

— Pésia mi alma si he podido en mi vida pegar los ojos en esta maldita cámara. El miedo me tiene mas despierto que una liebre.

— ¿El miedo?

— Pienso que puedo hablar francamente con el señor Ferrus, y que no irá á decir á su señoría...

— Habla sin temor. Vamos, el muchacho es de los mios, dijo para sí el ingenioso juglar.

— Si va á decir verdad, puedo jurar por el salto que dió el Cid sobre la puerta de Burgos estando un dia á caballo, segun nos cuentan...

— Adelante.

— Puedo jurar que no veo sino espíritus del otro mundo... y á cada paso se me antoja que me arrebatan por los aires...

— ¡Eh! interrumpió Ferrus echando una mirada á todas partes. ¡Ba! niñerías, Jaime, niñerías; yo te creí hombre de mas valor. ¡Qué valiente es uno, añadió para sí, cuando está con un cobarde!

— ¿Niñerías? ¿os parece, señor Ferrus, que cuando las gentes han dado en hablar de la magia blanca ó negra, que ni aun eso quiero saber, de nuestro amo, no se lo tendrán bien sabido? Si hubiérais de dormir, como yo, algunas noches tabique por medio con nuestro señor conde, ya me darias noticias de las niñerías; y sino decidme, ¿con quién habla mi amo cuando no habla con nadie?

— Claro está, con nadie.

— Quiero decir cuando está solo.

— ¿Y con quién puede hablar?

— ¿Con quién ha de ser? con el diablo que me lleve: ello es que habla, y que á él nadie le responde, y que se pasa las noches de claro en claro trabajando y afanando sobre esos cacharros que llama crisoles y rodeado de llamas, y que anda un olor tal que, Dios me perdone, si se me pasa por la imaginacion hacer conocimiento con el pomo de esencias de donde lo saca... Venid aquí, añadió el barbilampiño cogiendo de la mano inesperadamente á Ferrus, que se estremeció al sentirse tocado en tan crítica circunstancia; venid aquí, decidme qué significan esos garabatos que escribe sobre ese papel, y si no son signos diabólicos... ¡Mal año para mí! si quiero permanecer mas tiempo al servicio del señor conde... no, sino estéme yo aquí y llévese el diablo mi alma una noche, sin tener arte ni parte en los productos que sin duda le dará á nuestro amo por precio de la suya. Os digo que no se pasarán tres dias sin que me torne

al servicio de mi hermosa prima Elvira. A lo menos allí no hay mas hechizos que los de sus ojos.

— ¡Tate! señor paje, ¿con que se os entiende tambien á vos de esotros hechizos?

— Os aseguro que no estoy para aplaudir vuestras gracias. Mirad bien esos caractéres.

— Bien, paje, pero no hay necesidad de acercarse tanto: verdad es que son raros; imagino sin embargo, añadió el coplero afectando una indiferencia que estaba muy lejos de sentir, imagino que esos pueden ser versos, porque has de saber que el conde hace versos... y como ni tú ni yo sabemos leer ni escribir, acaso maliciemos...

— ¡Voto va! ¡no sabeis escribir! ¿Pues no haceis vos trovas tambien?

— Cierto que hago trovas, y las canto, que es mas; empero no las escribo.

— ¿Eh? ¿no digo yo que esos serán encantos?... Mirad, Ferrus, os quiero porque nos soleis hacer reir en el hogar con vuestras sandeces, quiero decir, con vuestras sales... yo os aconsejaria que imitárais mi ejemplo, y os viniérais...

— Eso no, señor paje; paso, paso, que antes me dejaré llevar de todos los espíritus que tengan el menor interés en especular con mis huesos, que abandonar á mi amo. Verdad es que no las tengo todas conmigo; pero todos los caballeros de la Tabla redonda, incluso el rey Artus, que se volvió cuervo, ni los doce de Francia no me convencerán de que don Enrique de Villena es tonto, y si él sabe mas que yo, quiero yo perderme cuando él se pierda...

— A la buena de Dios, señor Ferrus; ¿mas no oís pasos?

— ¡Santo cielo! exclamó Ferrus. ¡Ah! sí, es don Enrique; sí, será don Enrique; vete retirando... poco á poco... ¡Jaime! mas despacio; pudiera ser que no fuese él...

Miraba atento Ferrus á la parte de donde provenia el rumor á tiempo que el paje, de suyo poco inclinado á esperar aventuras de ninguna especie, y menos de aquella á que él se figuraba pertenecer la que se presentaba, se habia puesto ya en salvamento en la antecámara, donde le parecia que no estaba tan al alcance de los perniciosos efectos de las maléficas redomas que tanto temor le infundian. Santiguábase allí á su placer, y dábase prisa á besar una santa reliquia que en el pecho para tales ocasiones llevaba con mas fervor que besaria un enamorado la blanca mano de su Fílis dejada al descuido entre las suyas.

Miraba atento Ferrus, y no esperaba nada menos que el ver alguna desmesurada fantasma ó ridículo endriago que viniese á pedirle cuentas de su mal pasada vida. Abrióse por fin una puerta tan secreta como la que en nuestro capítulo anterior hablando del salon dejamos descrita, y se presentó á los ojos del espantado confidente la persona del mismo don Enrique, á la cual daba cierto aire nada tranquilizador la escena que acababa recientemente de pasar entre él y su desdichada esposa, la de Albornoz.

— ¡Maldita tenacidad! entró diciendo con voz iracunda el enojado

conde sin reparar en su medroso confidente, ni menos acordarse de la órden que de esperarle en su cámara le tenia anteriormente conferida. Mal conoce á don Enrique el desdichado que pretende atravesarse en el camino de sus planes, añadió acercándose á la mesa; resiste, infeliz, resiste mañana, todavía, y conocerás bien pronto quién es don Enrique de Villena.

— Señor, perdonadme si os he ofendido, exclamó hincándose de hinojos el espantado Ferrus, é interpretando contra sí el sentido de las últimas palabras del conde, únicas que habia oido distintamente. Perdonadme...

— ¡Ah! ¿estás ahí? dijo Enrique volviendo en sí : ¿qué haces en esa postura, ¿rezas, insensato?

— Sí, gran señor, insensato, pero te juro que mi intencion es buena.

— Alza, ¿has perdido el juicío? Bien que nunca le tuviste. Alza, miserable, ¿no sabrás distinguir jamás cuándo es ocasion de farsas, y cuándo no?

— Dios me perdone, dijo levantándose Ferrus; Dios me perdone mis muchos pecados. Dame tus órdenes, y te probará tu esclavo si desconoce la oportunidad de servirte.

— ¿Estás solo?

— Solo, con mi miedo, iba á decir el intempestivo juglar, pero el gesto mal encarado de su amo le recordó lo que acababa de decirle en aquel tono que tiene tanto prestigio sobre las almas débiles. Solo, señor, pronunció titubeando. Jaime es el único que vela en la antecámara.

— Dale las señas de la habitacion del caballero que ha llegado esta mañana de Calatrava. Que llegue á ella, que dé tres golpes, y que pronuncie mi nombre en voz baja; nada mas. Es señal convenida.

Salió Ferrus á obedecer la órden de su señor, y no tardó mucho en volver á entrar con la noticia de que quedaba desempeñada su comision con el mismo zelo de que tantas pruebas tenia dadas.

— En buen hora, Ferrus. Llégate mas cerca y habla bajo. Conozco tu zelo, y tú conoces mi poder. Hasta la presente creo haberte recompensado mas allá de tus esperanzas, y aun mas allá de lo que tus méritos exigian.

— Estoy harto pagado con el honor de servirte, dijo el astuto juglar.

— Bien, dejemos lisonjas que tú no crees ni yo tampoco : toma esas monedas : cada cornado que aceptas debe pesar mas que plomo en tu bolsillo si piensas faltarme algun dia; del plomo sabria hacer oro si lo hubiese menester; pero tambien del oro sabré hacer fuego si tu conducta...

— Ofendes á Ferrus, señor.

— Quiero creerlo así : escucha, dame el pergamino que te he confiado. Bien. El maestre de Calatrava ha muerto; esta es la nueva que aquí me dan.

— Dios le haya perdonado, y tenga su alma...

— Bien; esas no son cuentas nuestras. Atiende primero; luego le encomendarás; en el estado en que está, puede esperar mucho tiempo: lo

mismo es hoy que mañana. Nadie sabe en la corte todavía este importante suceso. El doncel favorito de Enrique III ha llegado á darme este aviso, y no ha descansado desde Calatrava hasta Madrid. Es preciso ser gran maestre de Calatrava antes que nadie piense en pretenderlo.

— Tendrás, señor, por enemigo á don Luis Guzman, sobrino del muerto.

— Despreciable enemigo: otro tengo mas cerca, Ferrus, y mas temible.

— ¿Mas temible y mas cerca?

— Sí, mas cerca y mas temible. Soy casado.

— Cierto que es mal enemigo la mujer propia...

— El instituto de la órden exige voto de castidad.

— Tambien es mal enemigo ese voto.

— Tregua á las chanzas, Ferrus. No es el enemigo el voto, ni en eso pudiera yo pararme. ¿Pero cómo combinar ese voto con mi estado?

— No serás el primero que se haya divorciado; yo te citaré ejemplos...

—Ninguno ignoro, y el paso ya le he dado, pero inútilmente; he levantado la caza y he perdido el rastro. La de Albornoz ha dado en el mas raro desatino que se pudiera imaginar, ama á su marido y es constante.

— Con todo, es mujer.

— Desgraciadamente, como hay pocas.

— ¿Es posible?

— Y sin embargo es preciso buscar un medio.

Quedóse un momento pensativo el conde como hombre que busca en su imaginacion agotada algun arbitrio, ó que espera en la inaccion que la casualidad le presente alguna idea luminosa que él se siente desesperado ya de encontrar.

Ferrus discurria en tanto mas de prisa, y aun un buen fisonomista, al ver sus ojos inciertamente fijos en el conde y sus labios moverse por sí solos maquinalmente, hubiera conocido cuán importantes reflexiones ocupaban su cabeza, que era en realidad mejor y mas firme de lo que á él le convenia aparentar. Bajo el velo de una lealtad ciega y de una estupidez atolondrada, ocultaba vastos planes, que sin duda hubiera llegado á realizar si la educacion ignorante que habia recibido en la clase ínfima de la sociedad no le hubiera rodeado de preocupaciones y supersticiones vulgares, que continuamente se atravesaban como obstáculos insuperables en el camino de su ambicion. En una palabra, no era el malvado bastante impío para las exigencias de su ambicion. Ya hacia tiempo que varias conversaciones que habia tenido con el conde le habian iluminado acerca de sus miras de alcanzar un maestrazgo; porque es de advertir que Villena, acostumbrado á no ver en Ferrus sino un juglar grosero é incapaz de planes para sí, lo tenia á su lado y en su favor con preferencia á cualquier otro: contaba con que era bueno para ejecutar, y á la par incapaz de penetrar los motivos de sus acciones, las cuales no siempre los tenian tan buenos que pudiese él gustar de que por el conducto de algun incauto ó taimado confidente llegase nunca el público á saberlos. Haciase el conde además la doble ilusion tan comun en los hombres, y especialmente en los de talento, de creer que era sumamente dificultoso

escudriñar las causas de sus acciones y encontrar el hilo de sus intrigas. Así que, en muchas ocasiones en que no esperaba nada de la inventiva de su confidente, contábale sin embargo sus cuitas y hablaba alto delante de él, depositando en el taimado Ferrus sus mas importantes secretos, con la misma tranquilidad con que deja un moro sus pecados en el agujero practicado para el descargo de su conciencia. Si queria Ferrus influir en las determinaciones de su señor, soltaba las ideas que á su entender habia de aprovechar; pero soltábalas como ideas ocurridas al acaso sin plan ni conocimiento, y riéndose él primero de su supuesto desatino: tenia de este modo la habilidad de hacer que creyese don Enrique que eran suyas propias las ideas que mas de una vez le hacia él solo adoptar. Las mas veces se contentaba con escuchar, afectando una completa inmovilidad é indiferencia en sus facciones, actitud que le favorecia mucho para no perder una sola palabra; y en estas ocasiones se hubiera creido que don Enrique y su juglar eran un solo ente compuesto de dos personas; la una sublime é inteligente que debia discurrir, hablar y proponer, y la otra material y bruta encargada de escuchar.

En la circunstancia actual revolvia Ferrus aceleradamente en su imaginacion las ventajas que de lograr Villena el maestrazgo le podrian resultar, y cierto que no eran pocas. Don Enrique de Villena era rico por sí, es verdad, pero la pérdida de su marquesado de Villena le habia privado de un sinnúmero de castillos y vasallos, y su condado de Cangas y Tineo estaba casi en su totalidad reducido á tener bajo su jurisdiccion dos ó tres de los mejores montes de oso de toda España. Las posesiones que su mujer le habia traido en dote eran pingües, mas nunca habia querido contar con ellas como cosa suya, porque habiéndose llevado siempre mal con la de Albornoz, conocia que tarde ó temprano habia de llegar entre ellos el punto de una eterna separacion, y el caso por consiguiente de restituir lo que solo en calidad de dote habia recibido. Los maestres de las tres órdenes militares de Santiago, Calatrava y Alcántara, eran entonces tres potentados á quienes solo la corona faltaba para poderse llamar reyes. Una infinidad de riquezas, castillos y vasallos no reconocian otro dueño, y su inclinacion á cualquier partido hacia un contrapeso casi imposible de vencer por el mismo rey con todo su poder.

Todo esto sabia Ferrus, y bien se le alcanzaba que cuanto creciese en gloria su señor creceria él en poder, y aun ¿quién sabe si habria concebido entre sus miras ambiciosas la de ser armado algun dia caballero, y verse alcaide de alguna fortaleza ó clavero de la órden, ó aun algo mas si el viento le soplaba en popa como hasta la presente le habia felizmente acontecido? Resolvió, pues, en su corazon poner de su parte cuantos medios estuviesen á su alcance para derribar el obstáculo que la de Albornoz presentaba á su futura grandeza, sin hacer escrúpulo alguno hasta de perderla si fuese preciso recurrir á medios violentos, que al parecer no debia tener adoptados todavía su agitado esposo. Quiso sin embargo explorar el campo, y soltar alguna expresion por donde pudiera conocer la firmeza del terreno en que iba á aventurar su pié mal seguro.

— Es preciso buscar un medio, repitió don Enrique despues de otra pausa de inútil reflexion.

— Si mi mujer, gran señor, se empeñara en estar casada conmigo á la fuerza, ó me fingiria impotente...

— ¿Estás loco? ¿impotente?

— ¿Crees, señor, que ella resistiria á esa prueba?... ó... hallaria algun medio para que se quitase ese obstáculo por el mismo término que se nos ha quitado el obstáculo del maestre...

— ¿Qué quieres decir?... dijo espantado don Enrique.

— ¡Eh! dijo Ferrus, afectando una risa estúpida. Digo que si yo hablo de mí no mas, si yo supiera hacer del plomo oro como ha un rato me han dicho, tambien sabria hacer de los vivos muertos: y clavó sus ojos en los del conde para explorar el efecto que habia producido su expresion, bien como el muchacho despues de haber tirado la piedra anda buscando con los ojos en el espacio el punto que debe marcarle el alcance de su tiro.

— Lejos de mí semejante idea; si la separacion es imposible, no seré maestre; pero recurrir á una violencia, nunca; todavía no he manchado con sangre mi diestra: si la intriga no basta no llamaré al puñal ni al veneno en mi socorro.

— ¿La intriga?... repitió vagamente el juglar, convencido de que habia aventurado demasiado: ¿sabes, señor, que si me das licencia yo he de encontrar de aquí á poco una intriga que te plazga? Tengo una idea, ya sabes que soy un necio, ó poco menos, pero acaso el espíritu que suele protegerte se valga de este medio grosero é indigno de tu grandeza para poner en tus manos el deseado maestrazgo.

— ¿Tú, Ferrus?

— Yo, señor: repito que tengo una idea...

— ¿La impotencia de que me has hablado? Cierto que la impotencia es un pretexto excelente: en el último caso... dijo para sí don Enrique, ¿quién se atreveria á probarme lo contrario? ¿Es esa impotencia de que has hablado? ¿ese medio que me pondria en ridículo y...?

— Mejor aun.

— ¿Mejor? Habla, Ferrus, habla; te lo mando: me debes tu existencia, tus ideas.

— ¿Y si me engañan mis esperanzas...? ¿si...?

— Habla de todos modos.

— Si quieres que declare mi proyecto, necesito callar un momento y meditarlo.

— ¡Mentecato! ¡necio de mí en creer que de esa cabeza pueda salir una sola idea luminosa!

— ¡De esta cabeza! repitió por lo bajo Ferrus: ¡orgulloso conde! ¿quién sabe si de ella saldrá un dia tu ruina? Y añadió en voz alta: Si me concedes el permiso de callar, ilustre conde, y el de retirarme en el acto, el maestrazgo es tuyo.

— ¿Mio? ¡imbécil! Y si estoy siendo juguete de una ilusion y de una quimérica esperanza: juglar, si me haces perder momentos preciosos, ¿qué castigo te sujetas á sufrir?

— La caida de tu gracia, el sentimiento de no haberte podido servir; ¿te parece tan ligero? contestó Ferrus con serenidad.

Este cumplimiento lisonjero del hipócrita desarmó enteramente al irritado conde. Bien, dijo; te doy permiso; una sola condicion quiero imponerte: supuesto que nada me ocurre á mí propio que pueda ser de provecho en tan crítica circunstancia, quiero probar tu entendimiento: ¿sabes empero lo que es la vida? ¿Sabes lo que es mi honor? Respeta la primera en la víctima, y el segundo en tu amo; ¿te acomoda esta condicion?

Una inclinacion de cabeza manifestó el asentimiento del juglar.

— En buen hora: á Dios, dijo el conde levantándose, Ferrus: *vida y honor;* si infringes los tratados, tu sangre me responderá de tu malicia ó de tu ignorancia, y pagarás cara tu loca presuncion: serás la primer víctima que podrá acusarme de hader borrado un ser de la lista de los vivientes.

Otra inclinacion de cabeza, su elocuente silencio y la resolucion con que Ferrus salió de la cámara, tranquilizaron algun tanto al inquieto Villena, si bien poco ó nada esperaba de la inventiva del juglar.

Volvióse á su sillon despues de la marcha del confidente, ora calculando qué esperanzas podia fundar en su jactancia y seguridad, ora queriendo adivinar los proyectos del loco, ora disponiéndose en fin á otra entrevista que debia tener aquella noche misma con un personaje nuevo, que en el siguiente capítulo daremos á conocer á nuestros lectores; entrevista que él creia antes que todo, y antes que el descanso de sus miembros fatigados, necesaria al buen éxito de sus ambiciosas intrigas.

CAPITULO V.

De un ardiente amor vencido,
Dice; — De cuatro elementos,
El fuego tengo en mi pecho,
El aire está en mis suspiros.
Toda el agua está en mis ojos.
Autores de mi castigo.

Romance del rey Rodrigo.

Hácia otra parte del alcázar de Madrid, y en un aposento que á su llegada se habia secretamente aderezado por las gentes de Villena, descansaba reclinado en un modesto lecho un caballero á quien no permitia cerrar los ojos al sueño un amargo pesar, de que eran claros indicios los hondos y frecuentes suspiros que del pecho lanzaba.

Algo apartado de él, aderezaba una ballesta con aquel silencio de deferencia propio de un inferior, y á la luz de una mortecina lámpara que sobre una mesa ardia, aquel mismo Hernando que tan intempestivamente habia distraido de la caza al conde de Cangas y Tineo, segun en el primer capítulo de nuestra verídica historia dejamos referido.

A los piés de entrambos dormia un soberbio can, de la familia de los alanos; y su inquietud y sus sordos é interrumpidos ronquidos, único rumor que en medio del profundo silencio variaba la monotonía de los suspiros de su amo, daban lugar á sospechar que soñaba acaso hallarse en persecucion de algun azorado jabalí en medio del monte enmarañado.

— Hernando, dijo por fin el angustiado caballero, mañana habremos de madrugar para partir con el alba; recógete y descansa.

— ¿Y tú, señor? ¿no tañerás de acogida? respondió Hernando.

Debemos advertir para la mas fácil inteligencia de nuestros diálogos sucesivos que Hernando, hijo de un montero de don Juan I, y montero él mismo, solo vivia en la caza y en el monte, y así pensaba él en hablar otro lenguaje que el de la montería, como por los cerros de Ubeda No conocia mas amistad que la que con los venados del monte hacia tantos años tenia establecida, ni mas amor que el de su fiel Brabonel: tal era el nombre del poderoso alano que á sus piés roncaba, al cual distinguia de todos los demás perros que á la sazon en la corte de don Enrique tenian nota de valientes, no solo por su constancia en seguir y acosar dias y noches enteras á la res, sino tambien por el conocimiento extremado con que buscaba la osera y escatimaba el rastro y levantaba al oso donde quiera que estuviese escondido. Pagábale en verdad el leal Brabonel con usura su marcada aficion, y conocíase esto mas que en nada en no querer recibir el alimento sino de la propia mano del laborioso montero. Solo se le conocia á Hernando un flaco que contrapesaba casi siempre con ventaja el cariño que á su perro tenia; á saber, la fidelidad á su amo, único hombre á quien manifestaba respeto y deferencia, y para quien moderaba y suavizaba la condicion agreste que en los bosques se habia formado con no poco perjuicio de sus adelantos é intereses, pues solia responder á un cumplimiento con palabras tan duras y ofensivas, como la ballesta que en la diestra llevaba las mas horas del dia, en muestra de su pasion montaraz. Con esta pequeña digresion, que en vista de su importancia nos perdonarán fácilmente nuestros lectores, estarán mas estos dispuestos á interpretar la técnica jerigonza con que entreveraba los mas de sus discursos y conversaciones.

La pregunta que acababa Hernando de dar por respuesta al taciturno caballero no tardó en obtener una contestacion aclaratoria de la situacion del espíritu de aquel á quien se dirigia.

— Nunca, Hernando, nunca, repuso el atribulado señor, nunca encontrará el reposo entrada en mis párpados desvelados. Mañana al lucir el dia partiremos de nuevo para Calatrava, si esta noche, como lo espero, queda concluida la comision que á Madrid nos ha traido. Si tú supieras cuánto me pesa la atmosfera en la inmediacion de...

Al llegar aquí detuvo la lengua el caballero como si hubiera temido haber dicho ya demasiado con respecto al secreto que tanto en su corazon pesaba.

— ¿Y hemos de seguir atados á la trailla del conde? Por el soto de Manzanares te aseguro que no comprendo cómo un caballero que ha se-

guido siempre el sonido de la bocina del buen rey Enrique puede vivir contento andando al monte del nigromante de...

— Silencio, Hernando; haces mal en ofender al conde de Cangas con esas voces que el vulgo ha adoptado, tal vez con sobrada ligereza. Verdad es que soy doncel de su alteza; empero aceptando el encargo del conde, aprovechaba el único medio que á la sazon tenia para desembarazarme de la confusion de la corte, que aborrezco.

— Solo desde que levantaste la caza... porque antes la amabas como yo amo el monte.

— Como quieras: no por eso dejará de ser verdad que en el dia la aborrezco. La muerte es la que me espera en la corte: una estrella fija que la acompaña siempre, y que luce en medio de ella como Venus entre los demás planetas, deslumbra mis débiles ojos... La aficion que desgraciadamente me ha tomado el rey no hubiera permitido que yo me separase con ningun pretexto de esa corte, donde he de encontrar mi perdicion, á no haberle alegado su mismo tio el de Villena, á quien nada puede negar, la falta que de mí tenia. Supe que el conde necesitaba un emisario en Calatrava, fingí adaptar mi carácter al suyo, y aceptó mis servicios. Y he pretendido que esta venida se mantuviese oculta á todo el mundo, y así lo he exigido de don Enrique, porque si el rey supiera mi estancia en su propio palacio, no me seria tan fácil volver al lugar apartado, donde la distancia de la causa de mis penas me pone á cubierto de los peligros que su inmediacion me prepara.

— Confieso, señor, que no entiendo tu manera de cazar. ¡Voto va! cuando yo sé que hay venado en el monte, en vez de salirme de él, cada vez me interno mas en la maleza, y ó perezco en la demanda, ó salgo con la res.

— Bien, Hernando; pero el venado de los montes donde cazas es tuyo y de todo el que tiene perros para levantarle.

— ¿Tiene, pues, dueño el venado que has visto? Te asiste entonces sobrada razon. Nunca he metido mis sabuesos en monte ajeno ni vedado. A quien Dios se le dió, san Pedro se le bendiga. Pero en justa compensacion, ¡ay del que hiciera resonar una bocina en monte de mi señor! Mi fiel Brabonel, que duerme ahora descansadamente, y la punta de mi venablo le enseñarian la salida y le sabrian obligar á tañer de sencilla (1).

— Hernando, calla, calla por Dios y por Brabonel.

No sabia el tosco montero, poco cortesano, cuán adentro habia entrado en el corazon de su señor su última alegoría, mas despedazadora que el aguzado acero de su mismo venablo.

— Callaré; pero antes he de decir que el montero que pasa por monte vedado, si el diablo le tienta para escatimar el rastro, ha de apretar los ijares al caballo é irse á monte suyo. ¡Voto va! que hay venados en el mundo y no se encierra en un monte solo toda la caza de Castilla. Yo quiero darte el ejemplo. ¿Te parece que no habrá sufrido Hernando

(1) Toque de los cazadores, cuando no encontraban venado y querian salir del monte.

cuando ha oido esta tarde en medio del monte las bocinas de sus amigos, y cuando en vez de aderezar la ballesta ha tenido que contentarse con sacar del bolsillo un inútil pergamino, y volverse como perro cobarde con las orejas agachadas y sin siquiera ladrar, por obedecer á su amo?

— Seguiré tu consejo, Hernando, repuso el caballero lanzando un suspiro, le seguiré, y con la ayuda de Dios y de mi buen caballo estaremos al alba fuera de Madrid. Recógete, pues, Hernando, y descansa.

No habia acabado aun de hablar el resuelto caballero, cuando levantándose Brabonel sobre sus cuatro patas abrió una boca disforme, lamióse los labios, agitó la cola, y sacudiendo las orejas acercóse á pasos lentos y mesurados á la puerta, como dando muestras de oir algun rumor que reclamaba su atencion y vigilancia. No tardó mucho en romper á ladrar despues de haber imitado un momento por lo bajo el sordo y lejano redoble de un tambor.

— Brabonel, dijo Hernando acercándose y dándole una palmada en el lomo, vamos, ¿qué inquietud es esa? No estamos en el encinar. ¡Vamos, silencio!

Lamió las manos de Hernando el animal, mas tranquilo ya con el tono seguro y reposado de su amo, y de allí á poco tres golpecitos iguales y misteriosos sonaron en la puerta, que Hernando se acercó á abrir, preguntando antes quién á semejante deshora venia á turbar el reposo de los caballeros que habitaban aquella parte del alcázar.

Don Enrique de Villena, respondió en tono algo bajo una voz mal segura que delataba la corta edad del que la emitia.

— Abre, Hernando; es la señal, dijo en oyéndola el caballero, y se levantó del lecho donde yacia vestido; abre y retírate. ¡Lléveme el diablo si no quiero reconocer esta voz, y si comprendo porqué es este el emisario de don Enrique!

Abrió Hernando la puerta, y Jaime el pajecillo, á quien enviaba el conde de Cangas y Tineo, entró en el aposento, manifestando bien á las claras cuánto gusto tenia en poner término al miedo que se habia acrecentado en él al recorrer las escaleras oscuras y largos corredores poco alumbrados del espacioso alcázar de Madrid.

Retiróse Hernando obediente á las indicaciones de su señor, y con él el terrible alano, á cuya vista se habia detenido algun tanto el azorado paje en el dintel de la puerta. No bien hubieron desaparecido los dos importunos testigos, cuando alzando la cabeza el caballero y alzándola el paje, entrambos á dos quedaron inmóviles dudando aun de la identidad de la persona que cada uno de ellos en frente de sí veia. Revolvia el primero en su cabeza mil ideas encontradas: dudaba si seria aquel el emisario de don Enrique, y reflexionaba si podria haber dado la señal convenida, sin saberla, por una casualidad posible, si bien no probable. En este último caso pesábale de que aquel mas que otro supiese su repentina llegada.

El paje fué el primero que volvió del estupor en que su agradable sorpresa le habia puesto, y arrojándose casi en brazos de su interlocutor: ¿Vos en Madrid? ¿sois vos, señor Macías? exclamó.

— ¿Silencio! paje indiscreto, silencio, dijo el caballero, separándole con extraña frialdad, que cortó la manifestacion de su alborozo : hay mas gente que nosotros en el castillo, y las paredes oyen, y oyen mas que las mujeres.

— ¡Ah! perdonad, señor... señor Ma... no os sé llamar de otra manera; como me daba tanto gozo pronunciar vuestro nombre, no creí que podria ser malo... pero ya veo que habeis mudado de amigos, y no sois el que antes érais. Bien dice mi hermosa prima Elvira, que no hay afecto que dure, ni hombre constante... me voy, me voy.

— Detente, paje : has hablado demasiado para no hablar mas. ¿Dice eso tu prima Elvira? ¿cuándo? ¿á quién lo dice? habla : repuso el caballero, á quien llamaremos por su nombre de aquí en adelante, supuesto que ya nos le ha revelado el imprudente paje : habla, repitió asiéndole fuertemente de un brazo, no pudiendo disimular la vibracion de la cuerda principal de su corazon, herida fuertemente por el muchacho.

No sabia el paje si su antiguo amigo, como le habia llamado, habia perdido el juicio: mirábale de alto abajo y sonriéndose por fin le contestó :

— Os preciais de invencibles los caballeros, y ved aquí que una sola palabra de un pobre paje ha alterado toda la serenidad de un doncel tan cumplido como el trovador M... no tengais miedo; no lo volveré á pronunciar. Pero veo en el calor con que habeis oido mis palabras, añadió maliciosamente, que tomais todavía algun interés por vuestras antiguas conexiones.

— ¿Te complaces en atormentarme, paje? ¿De parte de quién vienes? ¿qué te trae aquí? Si es quien tengo motivos para sospechar, dilo presto; nunca enviado alguno habrá logrado una recompensa mas brillante.

— Os equivocais. Guardad la recompensa para mejor ocasion.

— ¡Cielos! exclamó Macías. Bien que... añadió para sí, ¿no ignora mi venida? ¿Y no es mi voluntad que la ignore? ¿Te envia el infierno para abrir mis heridas mal cicatrizadas?

— Bien podeis decir que me envia el infierno, porque vengo de parte de su mayor amigo.

— ¿Estás loco?

— Del nigromante. ¿No me entendeis?

— ¿Es posible que el conde no pueda destruir esa voz injuriosa que corre de él y crece de dia en dia?

— Buenas trazas lleva de querer destruirla, y ha alhajado su gabinete por estilo del de el físico de su alteza el judío Aben-Zarsal, y se andan á la magia de mancomun...

— ¡Silencio otra vez! dejemos la magia, y el judío y el nigromante. Respóndeme, paje. ¿Y porqué te envia á tí don Enrique de Villena? No me habia dicho que serias tú su emisario.

— Os lo diré si me soltais este brazo, que me va doliendo mas de lo que es menester : no os acordais que tengo quince años. Si el brazo fuera de mi prima, no os distrajérais de esta manera.

— Basta; habla, pues, la verdad; con esa condicion te suelto.

— Apuesto que me habeis hecho un cardenal.

— ¿Quieres apurar mi paciencia, paje? Habla, ó te hago otro en el otro brazo.

— Piedad de mí, señor caballero. Pero no dudeis que me envia don Enrique. « Busca la habitacion donde pára el caballero que ha llegado esta mañana de Calatrava, » me dijo de su parte Ferrus, « llega á la puerta, da tres golpes, y pronuncia el nombre del señor de Villena. »

— Bien, lo sé; era la señal convenida para anunciarme que le esperase. ¿Pero eres por ventura de su familia?

— Sí soy : habeis de saber que don Enrique, estando un dia con Fernan Perez de Vadillo...

— ¿Fernan Perez?

— Sí, el marido de Elvira, á quien conoceis como á mí...

— Prosigue, paje, y no me irrites mas con tus digresiones.

— Me vió en el cuarto de mi prima y hube de agradarle : díjome que si queria servirle en clase de paje, y acepté á pesar de mi prima, que queria tenerme á su lado, porque como solo conmigo podia hablar de... ¿quereis que lo diga?

— Acaba, paje del infierno.

— De vuestra señoría, añadió el paje malicioso quitándose una especie de berrete que en la cabeza traia, y haciendo una profunda cortesía.

— ¿De mí? ¡ah! tiembla, Jaime, si te diviertes á mis expensas.

— Os quiero demasiado para eso; como os digo, entré á servirle, pero os juro que desde mañana me vuelvo al lado de mi prima, porque he cobrado miedo á sus hechizos. Dicen que sabe alzar figura y... ¡Jesus!... yo me entiendo.

— Paje, óyeme : nadie en el mundo pudiera haberme hecho mas feliz con menos palabras : tú has renovado ideas que yo debiera haber abandonado hace mucho tiempo; pero nadie puede mas que su destino. Si en tu vida has sospechado alguna cosa del mal que padezco, calla como la tumba : si nada has sospechado, nada preguntes, nada inquieras. Sobre todo, vuelvas ó no al lado de Elvira, júrame no abrir tu boca para decir que me has visto en Madrid : toma, añadió quitándose un anillo que en el dedo pequeño traia, toma, y este te recordará la obligacion en que quedas conmigo, y que el doncel de Enrique III no olvida jamás á las personas que una vez quiso bien. Ahora parte y calla. Nada has oido, nada has visto.

— Señor doncel, ignoro el valor de estos diamantes, pero aunque fuera este anillo de hierro, bastaba para lo que yo le quiero. Decidme solo que no quedais enojado conmigo.

— ¿Enojado, Jaime? ¿enojado, dichoso, Jaime? A Dios; si algun dia necesitas del socorro de un caballero, acuérdate del doncel de Enrique III : á Dios; á esta hora no me convendria que te encontrase nadie en mi aposento : parte, Jaime, y si vuelves á don Enrique, dí que tu comision ha quedado completamente desempeñada.

Acomodó el paje en el dedo en que mejor ajusto el anillo del doncel,

y despidiéndose afectuosamente no tardaron en oirse sus pasos por los corredores; de allí á poco sus ecos fueron gradualmente perdiendo sonido hasta desvanecerse y perderse del todo en la distancia.

La escena del diálogo inesperado que acababa de sostener el desdichado doncel no eran los mas á propósito para tranquilizar su agitado espíritu. En cuanto dejó de oir los últimos ecos de los pasos del mancebo, que habia abierto casi inocentemente sus antiguas llagas, y habia echado leña seca en el fuego que ardia hacia poco al parecer amortiguado en su pecho, cerró su puerta y comenzó á pasear su pena por la pieza con pasos tan vagos como sus ideas. Largo espacio de tiempo duró en aquel estado de lucha consigo mismo, ora paseando aceleradamente, ora parándose de repente como si el movimiento de su cuerpo se opusiese al de sus pensamientos. « Dulce señora mia, exclamaba de cuando en cuando, duélete de tu caballero, y no quieras á rigores acabarle. » — « Jamás, decia otras veces, jamás le diré mi pensamiento; el fuego que me devora habrá entregado al viento la última pavesa de mis cenizas antes de que sepas, oh señora mia, que tus ojos le han prendido! ¿No habia, cielos, otras bellezas, añadia despues, de quien pudiérais haberme hecho prendarme, que fué preciso que me entregáseis á discrecion de la única tal vez de quien un juramento sagrado y una union mil veces maldecida para siempre me separan? ¡Yo romperé esa ara, yo la destrozaré! ¡yo hollaré con mis propios piés ese altar funesto que nos divide! » concluia alcabo de un paseo mas agitado.

Pero de allí á poco volvia la reflexion á ocupar el lugar de la pasion y se le oia entre dientes : « No, el infeliz Macías te probará el exceso de su amor en el mismo exceso de su silencio : él será eternamente desdichado, pero jamás tendrá valor para perturbar tu felicidad. »

En estos y otros soliloquios á estos semejantes le encontró el momento de la visita que esperaba. El conde de Cangas y Tineo, envuelto en un sobrecapote de fino vellorí, y con una linterna sorda en la mano para alumbrar sus pasos, se presentó llamando á su puerta. Abrióle, y despues de un corto y silencioso saludo dieron principio al importante coloquio que nos vemos precisados á dejar para otro capítulo.

CAPITULO VI.

Calledes, conde, calledes.
Conde, no digais vos tale.
. . . . . .
El conde desque esto oyera
Presto tal respuesta hace:
— Ruégote yo, caballero,
Que me quieras escuchare.
El conde Dirlos.

Cuando don Enrique de Villena entró en el aposento de Macías, este le arrimó un asiento, el cual ocupó sin hacerse de rogar, como hombre que se reconoce superior en jerarquía al que guarda con él una consideracion. Macías se sentó en otro, colocándose de suerte que quedaba la mesa con la lámpara que en ella ardia en medio de los dos; y lo hizo con el aire de un hombre que si bien se cree en el caso de tributar atenciones á aquel con quien está en sociedad, no se imagina de ninguna manera en posicion de sostener de pié con él, sentado, una larga conferencia. Colocados de esta manera, daba la luz de lleno en el rostro de entrambos, y como creemos no haber dado hasta ahora idea alguna de las fisonomías y exterior de estos dos principales personajes de nuestra narracion, aprovecharemos esta coyuntura favorable para describir lo que en ellos hubiera visto ó al menos creido ver cualquier observador que los hubiera acechado, por pocos progresos que hubiese hecho en el arte Lavateriano, posteriormente reglamentado por el sabio abate, pero cuya existencia tiene tanta antigüedad como el dicho vulgar, en todos los paises y épocas conocido, de que los ojos son las ventanas del corazon, y la cara el traslado del alma.

Don Enrique de Villena era de corta estatura; sus ojos hundidos y pequeños tenian una expresion particular de superioridad y predominio que avasallaba desde la primera vez á los mas de los que con él hablaban: su voz era hueca y sonora, calidades que no contribuian poco á aumentar en el vulgo la impresion mágica que en los ánimos débiles ejercia. Su nariz afilada y su boca muy pequeña le daban todo el aire de un hombre sagaz, penetrante, vivo, falso y aun temible. Sin embargo, como ha podido inferir el lector de su diálogo con Ferrus, no estaba tan corrompido su corazon que no respetase todavía en la sociedad en que vivia una porcion de consideraciones, que su criado por el contrario atropellaba sin el mas mínimo escrúpulo de conciencia. De Ferrus dijimos que no era el malvado bastante impío para sus fines, y de don Enrique podemos por el contrario asegurar que no era el impío bastante malvado para los suyos. Naturalmente afeminado y dedicado al estudio, faltábanle el vigor y la energía de carácter que corona las empresas aventuradas. Difícil nos seria decir si era ó no religioso: nos contentaremos con exponer á la vista del lector varios rasgos que pueden caracterizarle cumplidamente bajo este dudoso punto de vista, y él mas

que nadie podrá juzgar si era la religion para él un instrumento ó una preocupacion.

El interlocutor que enfrente tenia era un mancebo que en caso de duda hubiera podido atestiguar con su propia persona la larga dominacion de los árabes en Castilla. Su color era moreno, sus cabellos negros como el azabache : sus ojos del mismo color, pero grandes, brillantes y guarnecidos de largas pestañas : una sola vez bastaba verlos para decidir que quien de aquella manera los manejaba era un hombre generoso, franco, valiente y en alto grado sensible. Un observador mas inteligente hubiera leido tambien en su lánguido amartelamiento que el amor era la primera pasion del jóven. Su frente ancha, elevada y espaciosa, y su nariz bien delineada, denunciaban su talento, su natural arrogancia y la elevacion de sus pensamientos. Ornábale el rostro en derredor una rizada barba que daba cierta severidad marcial á su fisonomía : su voz era varonil, si bien armoniosa y agradable ; su estatura gallarda.

— Macías, comenzó á decir don Enrique de Villena despues de un breve espacio en que pareció reunir todas sus fuerzas para determinarse á proponer sus ideas, vengo á daros la muestra que de gratitud os debo por la exactitud con que habeis cumplido la delicada comision que en vuestras manos confié. Decidme si es posible que tenga alguien en la corte noticia de la muerte del maestre.

— Señor, respondió Macías, Hernando y yo no hemos cesado de correr desde Calatrava á Madrid, y á nuestra salida del monasterio éramos los únicos que en la villa sabíamos el infausto acontecimiento : en dos dias lo menos no se tendrá en Madrid mas noticia que la que nosotros queramos esparcir.

— Ninguna. Dadme vuestra palabra.

— De caballero os la doy.

— Permitidme ahora que os pregunte si habeis sospechado cuál puede ser mi objeto.

— Lo ignoro, respondió Macías asombrado de la pregunta.

— Sabedlo, pues : creo no haberme equivocado cuando he pensado en vos para la ejecucion de mis planes : el paso que, conociendo ya mi carácter, dísteis viniendo á ofrecerme vuestros servicios en Calatrava, me hace pensar que habeis formado planes para vos mismo análogos acaso á los mios.

— Os juro que no tenia mas plan que el de serviros.

— ¡Doncel! dijo sonriéndose don Enrique, en vuestra edad es natural el rubor de confesar ciertas intenciones...

— No os entiendo...

— No importa : si nuestros intereses están unidos, y si os sentís con audacia para poner los medios que he menester, guardad silencio ; tanto mejor. Oidme, que acaso mi confesion facilitará la vuestra. Intento ser maestre de Calatrava, añadió bajando la voz.

— ¿Vos, señor ?

— ¿No lo habeis sospechado nunca? Pues bien, si don Enrique

de Aragon es algun dia maestre de Calatrava, el doncel Macías se llamará comendador. ¿Quereis ocupar otro puesto que os venga mejor?

— Ni tanto, príncipe generoso, respondió Macías inclinando respetuosamente la cabeza y mirando con asombro al maestre futuro.

— Dejad esa inoportuna modestia: imagi. o que entrambos nos conocemos; dijo Villena apretando la mano del mancebo admirado. ¿Estais sorprendido?

— Permitid que me confiese asombrado. Los vínculos sagrados del himeneo os unen á una mujer, y no podeis ignorar que este es un obstáculo insuperable.

— Obstáculo sí; insuperable, ¿porqué? exclamó don Enrique apoyado en la seguridad del plan que acababa de inspirarle su juglar poco antes de venir á buscar al doncel, y que él habia abrazado con tanta mas confianza cuanto que su pérfido consejero habia empleado para hacérsele adoptar los acostumbrados recursos que arriba dejamos indicados. Verdad es que el plan era diabólico, y tanto habia admirado á don Enrique que aquella habia sido la primera vez que habia llegado á dudar si efectivamente el espíritu enemigo del hombre tendria poder para sugerir ideas á sus fieles servidores.

— ¿Porqué? repitió Macías: esperad: solo un medio entreveo: ¿consiente vuestra esposa en un divorcio ruidoso y?...

— Jamás consentirá. En balde la he querido reducir.

— En ese caso...

— Oidme. Cuento con vos.

— Disponed de mis pocas fuerzas si el honor y...

— Oid y dejad á un lado esas fórmulas vacías de sentido, inútiles ya entre nosotros, para usarlas con el vulgo que se paga de ellas.

Encendiéronse las mejillas de Macías, y bien hubiera querido interrumpir á Villena para darle á conocer cuán lejos estaba de considerar el honor fórmula vana; pero el conde, que interpretó á su favor el rubor del mancebo, prosiguió sin darle lugar á hablar.

— Doncel, mañana al caer del dia procuraré que doña María de Albornoz, mi respetable esposa, no interrumpa su costumbre diaria de pasear por el soto, camino del Pardo; acompáñala por lo regular en este paseo diurno y solitario su camarera Elvira: cuando se haya separado largo trecho de sus demás criados, un caballero convenientemente armado, y ayudado de los brazos que creyese necesarios, arrebatará á la condesa de la compañía de Elvira. ¿Qué teneis?

— Nada; proseguid, repuso Macías pudiendo contener apenas su indignacion.

— Observaránse las precauciones necesarias para que ella y el mundo entero ignoren eternamente su robador y su destino. Guardados en tanto por mis gentes los pasos de los que pudieran venir de Calatrava á dar la noticia de la muerte del maestre, sabré ganar tiempo para que de ninguna manera coincida un acontecimiento con otro. Permitidme acabar: me resta designaros el osado y valiente caballero que robando á la condesa ha de dar el paso mas difícil en tan importante empresa. Si una

placa de comendador de la órden no es suficiente recompensa para su ambicion, él será el verdadero maestre, y despues de don Enrique de Villena nadie brillará mas en la corte en poder y en riqueza que el doncel de don Enrique el Doliente.

— ¿El doncel de don Enrique el Doliente? interrumpió el impetuoso mancebo levantándose y echando mano al puño de su espada. ¿El doncel de don Enrique el Doliente habeis dicho, conde? ¡Santo cielo! bien merece ese desdichado doncel el injurioso concepto que de él habeis indignamente formado, si tantos años de honor no han bastado á impedir que los hipócritas le cuenten en su número despreciable. Bien lo merece, juro á Dios, pues que su espada permanece aun atada en la vaina por miserables respetos sin castigar al osado que mancilla su buen nombre y espera de él cobardes acciones.

— ¡Doncel! exclamó asombrado levantandóse tambien á este punto el conde de Cangas y Tineo. No le permitió pronunciar mas palabra en un gran rato la cólera que de él se apoderó al ver defraudadas tan inopinadamente sus anteriores esperanzas. Deteníale sobre todo la vergüenza de haber descubierto sus planes al mancebo sin mas fruto que su amarga reconvencion, y culpábase en su interior de no haber explorado mas tiempo el terreno arenoso sobre que habia sentado el pié arriesgadamente.

— ¡Doncel! repitió ya en pié, ¡vive Dios que no comprendo vuestro loco arrebato, ni esperé nunca en vos tal pago de mi indiscreta confianza!

— ¿Y quién os indujo á presumir, respondió el doncel, que un caballero y que Macías habia de poner cobardemente la mano sobre una mujer indefensa? ¿Qué vísteis en mí, señor, que os diese lugar á creer que tuviese tan olvidados los principios y los deberes de la órden de caballería que para acorrer á los débiles y á los desvalidos recibí del rey y profeso? ¿No me habeis visto vos mismo pelear con los moros y los portugueses? ¿En qué dia de batalla me vísteis huir? ¡Oh rabia! ¡oh vergüenza! ¡oh buen rey Enrique III! Hé aquí el concepto que de tus mismos grandes merecen tus donceles.

No veia don Enrique de Villena los objetos que le rodeaban; tal eran la ira y el coraje que crecian por momentos en su corazon. Algun tiempo dudó si echando mano á la espada vengaria con sangre los ultrajes á su persona que por primera vez oia, y si sepultaria para siempre en la tumba del impetuoso mancebo el secreto que imprudentemente habia descubierto, ó hundiria en la suya propia su vergüenza y su afrentoso desaire. Mirábale atento á sus acciones todas, para obrar en consecuencia el ofendido jóven, y bien se veia en su semblante la resolucion que tomada tenia de responder con la espada ó con la lengua á los desmanes del orgulloso magnate. Reflexionó empero don Enrique que un lance ruidoso de esta especie á aquellas horas, y en el alcázar mismo de S. A., no podria tener en ningun caso buenas consecuencias para sus planes, y determinó encomendar á la prudencia los yerros que por falta de ella habia recientemente cometido. Revistióse, pues, con asombrosa rapidez la máscara hipócrita que en tantas ocasiones le habia

sido de conocida utilidad, y envainando del todo con un solo golpe la espada, cuya hoja habia brillado ya en parte un corto instante á los ojos de su interlocutor:

— Macías, le dijo con voz serena y aun afectuosa, vuestros pocos años han estado á punto de perdernos á entrambos. Confieso que he errado el golpe, y os devuelvo todo el honor que os habia quitado. No penseis sin embargo, añadió el astuto cortesano recogiendo velas, que era mi objeto llevar completamente á cabo el plan que os proponia: tal vez queria conocer á fondo vuestro carácter; y estoy completamente satisfecho de vuestra laudable conducta. Con respecto al objeto de mi visita, ignoro si, despues de haber pensado mejor los medios que tengo á mi disposicion para llegar á ser maestre, elegiré ese ú otro. De todas suertes no me sois útil; es concluido, pues, vuestro servicio en mi casa; excusais volver á Calatrava: mañana os devolveré á su alteza; pero como os supongo bastante talento para conocer el mundo y los hombres, á pesar de vuestros pocos años, espero que nos separemos amigos, como dos caminantes que han pasado una mala noche en una misma posada, y que al dia siguiente, debiendo seguir cada uno un sendero opuesto, se despiden cortesmente. Si sois el caballero que decís, vuestro honor os dicta si debeis guardar el de otro caballero y los pactos en que estábamos hasta la presente convenidos; si creeis sin embargo de vuestro deber dar á luz pública nuestro diálogo, sois dueño de hacerlo; pero... acordaos, añadió afirmándose en los talones con ademan de hombre resuelto y dando en la mesa una palmada que resonó en gran parte del alcázar, acordaos de que don Enrique de Aragon y Villena, conde de Cangas y Tineo, señor de las villas de Alcocer, Salmeron, Valdeolivas y otras, nieto del rey don Jaime, y tio del rey don Enrique, no ha menester ser maestre de Calatrava para hacer probar los tiros de su poderosa venganza á un doncel pobre y oscuro del rey Doliente, á quien una imprudencia ha puesto momentáneamente sobre él.

— Deteneos, dijo Macías mas sosegado asiéndole de la ropa al ver que se preparaba á salir del teatro de su confusion. Deteneos; puesto que habeis creido necesaria una explicacion antes de concluir nuestra entrevista, permítame vuestra grandeza que con el respeto que debo á su clase le exponga mis sentimientos sobre frases nuevamente ofensivas que acabais de proferir. Sé cuanto debo al rango que ocupa don Enrique de Villena en Castilla; sé que mi imprudente arrojo ha podido empañar sus resplandores; sé que debiera haberme limitado á responder *no* sencillamente; pero si vuestra grandeza es caballero conocerá cuánto cuesta sufrir cristianamente un ultraje á quien tiene sangre noble en las venas. Si exigís de ello una satisfaccion, en esto os la doy; si la quereis de otra especie, mi lanza y mi espada están siempre prontas á abonar mis imprudencias. La amistad que pedís, ni la busco ni la otorgo: vuestra proteccion no la necesito. Como caballero observaré los pactos y guardaré los secretos que como caballero prometí guardar. Nadie sabrá por mi la muerte del maestre. Con respecto á vuestros planes, no me exigísteis palabra de ocultarlos...

— ¿Cómo? interrumpió don Enrique de Villena inmutado.

— Permitidme, señor que hable. No estoy obligado á guardarlos; os prometo sin embargo, en consideracion al nombre ilustre que llevais, y cuyo brillo no quisiera ver empañado, que no haré mas uso de lo que acerca de vuestras intenciones me habeis dicho que el indispensable para salvar á la inocencia que quereis oprimir. Dadme licencia de que os asegure que fuera tan criminal en consentirlo con vergonzoso silencio como en cooperar al logro de la maldad. Mientras pueda salvar á la de Albornoz sin hablar, callaré; mas si puede mi silencio contribuir á su ruina, hablaré. A esto me obliga el ser caballero.

— Hablad en buen hora, hablad, dijo don Enrique en el colmo del furor; pero ¡temblad!...

— Permitid, señor, que os acompañe hasta que os deje en vuestra estancia, añadió Macías con respeto y mesura.

— No, estaos aquí; yo lo exijo; á Dios quedad.

— Ved, señor, que no es esa la salida; por allí saldreis mejor.

— Ciego voy de cólera, dijo para sí al salir don Enrique de Villena, que en medio de su arrebato habia equivocado la puerta interior con la exterior.

Abrióle Macías la que daba al corredor, y asiendo de la lámpara que sobre la mesa ardia, alumbrólo hasta que comenzó á bajar los escalones, y cuando ya se alejó lo bastante para que él pudiese retirarse. « A Dios, señor, y el cielo os prospere, » dijo en voz alta el comedido doncel. Un ligero murmullo que confusamente llegó á sus oidos dió indicios de que habia sido oido su saludo y respondido entre dientes, acaso con alguna maldicion, por el irritado conde, que se alejaba premeditando los medios de venganza que á su arbitrio tenia, y sobre todo la manera que deberia observar para impedir los efectos de la terrible amenaza que al despedirse de él le habia hecho el magnánimo doncel.

Volvióse este á entrar en su aposento, revolviendo en su cabeza la notable mudanza que habia efectuado en su situacion la escena en que acababa de hacer un papel tan principal: determinóse en el fondo de su corazon á no dejar perecer la inocente y débil oveja á manos del tigre en cuya guarida se hallaba desgraciadamente presa. Despues de haber cerrado su puerta con cuidado, llegóse á la que daba á la cámara de Hernando, y llamólo en voz baja.

— ¿Quién *pregunta?* dijo entre sueños el feliz montero: *¿tañen de andar al monte?*

— Si algo oiste, Hernando, esta noche, dijo el doncel, haz como si nada hubieras oido. Mañana no partiremos al alba; duerme, pues, y descansa, y deja descansar á los caballos.

— Se hará tu voluntad, respondió la voz gruesa del montero, y no tardó en oirse de nuevo el ronquido sordo de su tranquilo sueño.

Bien quisiera imitarle el desdichado doncel, pero no le dejaba el recuerdo de su ingrata señora, ni el deseo de buscar trazas que á los proyectos que preparaba para el dia siguiente pudiesen ser de pronta utilidad.

Don Enrique en tanto despechado se dirigió á su cámara, donde encontró á su Ferrus. Allí trataron los dos, no ya de llevar á cabo su proyecto tal cual primeramente le habian concebido, sino con aquellas alteraciones que exigia la nueva posicion en que los habia puesto la repulsa de Macías, y de la venganza y precauciones que deberian usar contra el doncel antes de que pudiera perjudicar á sus pérfidas intenciones. Despues que hubieron conversado largo espacio, trató don Enrique de averiguar qué hora podria ser. Mas fué imposible saberlo jamás por su reloj de arena, pues con la agitacion de las escenas de la noche habíase descuidado el volver el reloj al concluírsele la arena; como buen astrónomo sin embargo pasó á la cámara inmediata que tenia vistas al soto, y reconoció que debia haber durado mucho su coloquio con Ferrus, decidiéndose en vista de la hora avanzada, que él se figuraba por las estrellas ser la de las cuatro, á entregarse al descanso de que tanto tiempo hacia ya que gozaban los demás pacíficos habitantes del alcázar de Madrid. Iba ya á cerrar la ventana para realizar su determinacion, cuando le detuvo de improviso un extraño rumor que oyó, el cual le pareció no poder provenir á aquellas horas de causa alguna natural; empero permítanos el lector que demos algun reposo á nuestro fatigado aliento.

CAPITULO VII.

Ya se parte el pajecito,
Ya se parte, ya se va,
Llorando de los sus ojos
Que queria reventar.
Topara con la princesa;
Bien oireis lo que dira.

Rom. del conde Claros

Cuando don Enrique de Villena, volviendo silenciosamente la espalda á su esposa á la aparicion de Elvira, que habia acudido con tanta oportunidad á atajar los efectos de su furor, la dejó toda llorosa en brazos de su camarera, ignorante de cuanto habia pasado, esta empleó cuantos medios estaban á su alcance para hacerla volver en sí del estado de estupor y de profunda enajenacion en que la habia puesto la desdichada escena que con su injusto esposo acababa de tener. Sentola en un sillon, donde no daba muestras de vida la infeliz condesa, enjugó las lágrimas que habian inundado en un principio su rostro, pero cuyo curso habia detenido ya el exceso del dolor; la aflojó el vestido con que tan inútilmente se habia engalanado pocos momentos antes en obsequio del caballero descortés, y refresco la atmósfera que la rodeaba con un abanico.

Al cabo de algun tiempo produjo la solicitud de Elvira todo el efecto que deseaba: comenzó la condesa á dar indicios de querer desahogar su pecho oprimido, y de allí á poco rompió de nuevo á llorar amargas y

copiosas lágrimas, exhalando profundos gemidos acompañados de voces inarticuladas, las cuales producia á trechos y á pedazos en los huecos del llanto con un acento convulsivo y un tono de voz ora agudo, ora renconcentrado, que ninguna pluma de escritor ó de músico puede atreverse á representar en el papel.

Poco á poco fué perdiendo fuerzas su acceso de cólera, como pierde impetuosidad el torrente si una v ezroto el dique que le enfurecia halla anchas y fáciles salidas á sus ondas por la tendida campaña; mitigóse su dolor, pero por largo espacio conservó indicios del enojo anterior, como se echaba de ver en el movimiento de elevacion y depresion de su agitado seno, semejante al mar, cuyas ondas, mucho tiempo despues de pasada la borrasca, conservan aunque decreciente la inquietud que el huracan les imprimió.

Luego que estuvo en estado de hablar con mas serenidad, refirió á Elvira cuanto con el conde le acababa de pasar, y fueron inútiles todos los consuelos que su fiel camarera trató de prodigarle. Revolvia en su cabeza mil ideas encontradas : ora queria salir inmediatamente de aquella parte del alcázar que le estaba destinada y refugiarse á sus villas, ora intentaba acogerse al amparo del mismo rey, esperando de su justicia que reprimiria los desórdenes de su esposo, y le impondria algun temor para lo sucesivo, pues pensar en que ella consintiese en la separacion que el conde manifestaba desear era sueño, puesto que se habia casado enamorada de Villena : verdad es que el trato y la mala vida que la daba hubieran sido bastantes á hacer odioso al mas perfecto de los hombres; pero todos sabemos que la frialdad y el despego suelen ser incentivos vivísimos del amor, y lo eran tanto mas en la condesa cuanto que habiendo vivido siempre don Enrique apartado de ella despues de su infausta boda, no habia dado jamás entrada al hastío que hubiera seguido á una larga y tranquila posesion. Aguijoneaba además á la infeliz condesa la saeta de los zelos : en varias ocasiones habia sorprendido al conde de Cangas en conquista ó persecucion de algunas bellezas, y aun una de las que habia considerado siempre como primer objeto de sus obsequios era aquella misma Elvira en quien tenia puesta toda su confianza; mas como tenia pruebas de que esta se habia negado constantemente á dar oidos á toda proposicion amorosa del de Villena, y en la seguridad en que estaba de que cualquiera que á su lado viviese habia de excitar los deseos de su esposo, queria mas bien tener por camarera aquella de cuya lealtad y odio á la persona del conde no podia dudar en manera alguna.

En esta ocasion se equivocaba la condesa en sus temores, porque no un amor adúltero, sino la ambicion era quien á tan descortés procedimiento á don Enrique obligaba. Empero esta era la verdad : por una parte el amor, que á pesar de los desdenes de Villena en su corazon duraba, y por otra la creencia en que estaba de que solo proponia aquel rompimiento para entregarse mas á su salvo á alguna nueva intriga amorosa, eran suficientes motivos para que nunca hubiese ella prestado su consentimiento al propuesto divorcio.

Logró por fin persuadirla Elvira á que se recogiese y tratase de poner un paréntesis á su pesar en el sueño, dejando para el dia siguiente el resolver lo que deberia hacerse. Hizolo así la condesa, y Elvira se retiró á la cámara inmediata, en donde se proponia esperar al lado del fuego á que su señora se hubiese entregado completamente al descanso para seguir su acertado ejemplo Sentóse cerca de la lumbre despues de haber dado las oportunas disposiciones para que durante la noche no faltasen sus dueñas del lado de la condesa, y púsose á leer un manuscrito voluminoso, que entre otros muchos y muy raros tenia don Enrique de Villena, por ser libro que á la sazon corria con mucha fama, y ser lectura propia de mujeres. Era este el Amadis de Gaula. Hacia pocos años que su autor, Vasco Lobeira, habia dado al mundo este distinguido parto de su ingenio fecundo, y don Enrique de Villena, por el rango que ocupaba en Castilla y por su decidida aficion á las letras y relaciones que con los demás sabios de su tiempo tenia, habia podido fácilmente hacer sacar de él una de las primeras copias que en estos reinos corrieron. El carácter de Elvira simpatizaba no poco con las ideas de amor, constancia eterna y demás virtudes caballerescas que en aquel libro leia : hubiera dado la mitad de su existencia por hallarse en el caso de la bella Oriana, y aun no le faltaba á su imaginacion ardiente un retrato de Amadis cuya fe la hubiera lisonjeado mas que nada en el mundo; era este un mancebo generoso de la corte de Enrique III, á quien habia conocido desgraciadamente despues que á Fernan Perez de Vadillo. Habíase casado en verdad ciegamente apasionada del hidalgo ; pero desde su boda hasta el punto en que la encuentra nuestra historia se habia ensanchado considerablemente el círculo de sus ideas; Fernan Perez por el contrario era siempre el mismo que en otro tiempo habia cautivado sin mucho trabajo el inocente corazon de la niña Elvira; pero esta no era ya la amante que se habia prendado de Fernan Perez ; su carácter se habia desarrollado de una manera prodigiosa, y un foco de sensibilidad y de fogosas pasiones creado nuevamente en su corazon habia producido en su existencia un vacío de que ella misma no se sabia dar cuenta. Se habia formado en su cabeza un bello ideal, no hijo del mundo real en que habitaba, sino de su exaltacion; y se complacia en personificar este bello ideal en tal ó cual jóven cortesano que sobre el vulgo de los caballeros de la corte de Enrique III se distinguian. Uno entre todos habia avasallado ya su albedrío bajo esta personificacion ; y Elvira, juguete de la naturaleza, que puede mas que sus criaturas, no sabia ella misma que iba tomando sobre su corazon demasiado imperio un amor ilícito y peligroso. Por desgracia su virtud misma era su mayor enemigo : la confianza en que estaba de que nunca podrian faltarle fuerzas para resistir, la hacia entregarse sin miedo con criminal complacencia á mil ideas vagas, que cada dia iban ganando mas terreno en su imaginacion. Encontrábase en fin en aquel estado en que se halla una mujer cuando solo necesita una ocasion para conocer ella misma y dar á conocer acaso á su propio amante la ventaja que sobre ella ha adquirido. Como un incendio que ha crecido oculto é ignorado en la armazon de una casa vieja, que no ha menester mas sino

que descubriéndose una pequeña parte de la techumbre que lo cubre tenga entrada la mas mínima porcion de aire, entonces estalla de repente como un vasto infierno improvisado, se lanzan las llamas en las nubes, crujen las maderas, y viene al suelo el edificio desplomado, sepultando en sus ruinas al incauto y desprevenido propietario.

No era, pues, la lectura de Amadis la que á la triste Elvira mejor pudiera convenirle; pero era tanto mas disculpable, cuanto que en el siglo XIV no habia muchos libros en que escoger, y pudiera darse cualquiera por contento con divertir las horas ociosas por medio del primero que en las manos caia.

Una tristeza vaga y sin causa positivamente determinada era el síntoma predominante de la hermosa camarera de la de Albornoz; y la soledad era el gran recurso de su imaginacion, deseosa de empaparse sin reserva ni testigos en la contemplacion de las seductoras ilusiones que se forjaba : esta disposicion de ánimo no era ciertamente la mas favorable para la virtud de Elvira en las escenas sobre todo en que aquella misma noche, fecunda de acontecimientos, debia colocarla.

Poco tiempo podria hacer que con el primer libro de caballería en España conocido se entretenia la sensible Elvira, cuando sintió abrir la puerta del salon, y una persona, que seguramente no esperaba, se presentó á su lado, dándola las buenas noches con rostro alegre y maliciosa sonrisa.

— ¿Qué buscas, Jaime, en estas habitaciones, y á estas horas? Ya deben ser cerca de las diez : vuelve á la cámara del conde, si es que no te envia, como su precursor, á anunciarnos nuevos pesares y desventuras.

— Hermosa prima mia, contestó Jaime, depon el enojo; de aquí en adelante puedes volverme á llamar tu querido primo.

— ¿Qué novedad traes?

— Ninguna; pero he tenido miedo de las cosas que se hablan de don Enrique, y esta noche misma le he suplicado que me permitiese volver al lado de mi amada prima : ¡me acordaba tanto de tí!

Una lágrima de sensibilidad se asomó á los ojos de Elvira oyendo la ingenua manifestacion del medroso pajecillo.

— ¿Y don Enrique te lo ha concedido?

— Por mas señas que no he escogido la mejor ocasion; estaba tan distraido y tan ocupado en sus... mira... se me figura que estaba en uno de aquellos ratos en que dicen que tienen los hechiceros el enemigo... ¡Jesus!

— ¡Jaime! ¿Quién te ha enseñado á hablar así de tu señor?

— Bien : no volveré á hablar; ahora ya no me importa. Ya estoy con mi Elvira, que me confiará sus penas, añadió el paje tomando una de las manos de la hermosa camarera.

— ¿Qué anillo es ese? exclamó esta dejando el voluminoso pergamino que hasta entonces habia leido, para examinar de cerca el hermoso brillante que relumbraba en un dedo del paje. ¡Jaime!

— ¡Ah! este no se ve, gritó puerilmente Jaime retirando y escondiendo

su mano. ¡Este no se ve! Es un regalito; á mí tambien me regalan, señora prima, no es á vos sola á quien...

— Vamos, ven acá, Jaime, y dime quién te ha dado ese anillo; ó si por ventura tienes que acusarte de algun...

— ¡Chiton! señora prima, interrumpió el paje con indignacion.

— ¡Ah! ya le tengo, gritó Elvira aprovechando para asirle la mano aquel momento en que la pundonoresa irritabilidad del paje le habia estorbado la precaucion; ya le tengo.

— No, no me lastimes y te le daré, dijo el paje viendo que se disponia la interesante Elvira, tan niña como él, á valerse de la superioridad que le daban sus fuerzas para ver á su salvo el anillo: quitósele en efecto, pero echando á correr, en cuanto Elvira le hubo cogido, no me importa, añadió; ¿qué vereis, señora curiosa? Nada: un anillo; mas no por eso sabreis quién me lo ha dado.

Equivocábase el inexperto paje: la perspicaz Elvira, que al principio habia sido inducida solo por mera curiosidad al reconocimiento de la alhaja, cuya posesion no creia natural en el pajecillo, habia fijado notablemente en ella su atencion, y examinaba al parecer alguna señal ó particularidad por donde esperaba venir en conocimiento de su procedencia.

— No hay duda, exclamó sonrojándose como grana, no hay duda: una letra pierdo; pero seria mucha casualidad... esmeralda... e; lapislázuli... l, brillante, b; rubí, r; amatista, a. Y luego... una, dos, tres, cuatro, cinco, seis. No hay duda.

El paje, que habia alborotado la sala con sus risas y sus burlas al ver la perplejidad de su prima, no se asombró poco al oir la extraordinaria y no esperada explicacion que daba á la sortija; y tanto mas confundido quedó cuanto que creyó no haber sido en esta ocasion sino el juguete del doncel, que se habia valido de él para manifestar á Elvira aquel su amor, de que el malicioso paje tenia ya no pocas sospechas.

Nada mas comun en aquel tiempo que estas combinaciones de piedras y ese lenguaje amoroso de geroglíficos en motes, colores, empresas y lazadas. Un platero de Burgos habia engarzado artísticamente á ruego de Macías en un mismo anillo aquellas seis piedras, cuya traduccion habia acertado tan singularmente Elvira por un presentimiento sin duda de su corazon. Habia perdido la significacion de una piedra, cosa nada extraña, no hallándose ella muy adelantada en el arte del lapidario; pero en cambio habia entendido la equivocacion del platero, que habia significado la *v* con la *b*, inicial de brillante; ni el quiproquo del platero ni el acierto de Elvira tenian nada de particular en un tiempo en que no sabian ortografía ni los plateros ni los amantes. El número sin embargo de las piedras, y la colocacion de las conocidas, no dejaba la menor oscuridad acerca de la intencion del que habia mandado hacer la sortija.

Quedábale todavía á Elvira un resto de duda, que á toda costa queria satisfacer: en primer lugar no era ella la única Elvira que en Castilla se encerraba; y en segundo la alusion, que la habia puesto en camino de sospechar, no le daba sin embargo noticia cierta de quién fuese el que

usaba con ella semejante galantería. Deseaba por una parte saberlo; temia por otra oir un nombre indiferente.

— ¿Quieres cambiar este anillo, Jaime, por otro mejor que yo te dé?

— ¿Y qué diria, dijo el astuto paje, el caballero que me le ha regalado?

— ¿Con que ha sido caballero?... interrumpió Elvira.

— Y de los mejores y mas valientes de la corte de su alteza.

— ¡Santo cielo! decia Elvira impaciente: Jaime, yo te ruego que me des señas de él al menos, ya que no quieras decir su nombre.

— ¿Señas?

— Espera; dime primero, exclamó reflexionando un momento, ¿cuándo te le ha dado, y dónde?

Comprendió el paje al momento la doble intencion de esta pregunta, y se sonrió malignamente viendo á Elvira cogida en su propio lazo, porque al punto recordó que no podia saber la llegada del doncel.

— Hoy, y en el alcázar.

— ¿Hoy y en el alcazár? repitió Elvira queriendo leer la verdad en los ojos del paje. ¡Entonces no puede ser! dijo entre dientes, satisfecha ya al parecer toda su curiosidad, dejando caer los brazos, inclinando la cabeza y saliendo, en fin, de la ansiedad y tirantez en que estaba, como arco que se afloja. Siguió mirando, pero mas vagamente, el anillo, haciendo con el labio inferior, que se adelantó al superior, un gesto particular entre distraida y resignada.

— ¡Ah! ¡ah! que no lo acierta, exclamó en su triunfo el paje victorioso; escuchadme, señora adivina, es un caballero jóven.

— Bien; déjame, repuso ella sin prestar apenas atencion á la voz chillona y triunfante del mozalvete.

— No, que lo has de acertar. Cuando se trata de coger sortijas, ensarta con su lanza tantas como corazones con su hermosa presencia. Si monta á caballo, es el mas fogoso el suyo, y lo domeña como un cordero; si se trata de correr cañas, nadie le aventaja; y en un torneo solo don Pero Niño...

— Jaime, ese no puede ser mas que uno, exclamó levantándose Elvira.

— Cierto que no es mas que uno, repuso el taimado paje, que se divertia con su prima como el gato con el raton.

— ¿Ha venido? ¡Ah! Ahora recuerdo que esta mañana un caballero...

— ¿Quién? contestó con cachaza el paje fingiendo no entender.

— Mira, Jaime, vete de aquí y no vuelvas, gritó furiosa Elvira; marcha, huye si temes mi...

— Bien, primita, lo diré: ese es...

— ¿Quién? preguntó la atormentada belleza, ¿quién? acaba ó...

— El doncel de...

— Basta. ¿Estás cierto?...

Acordóse de pronto el imprudente paje del especial encargo que de guardar secreto le habia hecho el doncel, y no sabiendo las últimas mudanzas que en la situacion de su amigo se habian verificado, las cuales

volvian infructuoso este cuidado, trató de reparar el olvido de que la escena bulliciosa que con su prima traia era causa y efecto.

— No me habeis dejado acabar, señora camarera. El rey don Enrique III no tiene un solo doncel. Sabed que no os puedo decir mas. Ni una palabra mas.

Al oir el tono resuelto del rapaz bien vió Elvira que no sacaria de él mas partido que una honrosa capitulacion : lo mas que pudo recabar de él fué que le dejase el anillo, hasta que ella adivinase como pudiese su procedencia ; dejósele el pajecillo y se acabó la contienda entre los primos, determinando que por aquella noche Jaime dormiria vestido en una cámara inmediata á la alcoba donde casi vestida tambien trataba de reposar la infeliz Elvira, no atreviéndose á desnudarse del todo por miedo de que hubiese menester la de Albornoz sus consuelos en el discurso de la noche.

Bajóse para esto á su habitacion, que debajo de la condesa caia, despues de haberse cerciorado de que esta yacia profundamente dormida, y de haber dejado advertido á las dueñas que la avisasen á la menor novedad que sintiese su señora, ó que en aquella parte del alcázar ocurriera.

Echóse despues en su lecho, habiéndose despedido del paje, y en vano procuró imitar á este en la prontitud con que concilió el sueño reparador de las fuerzas perdidas.

Revolvia una y mil veces en su cabeza las ideas del dia, y procuraba atarlas y coordinarlas entre sí : empero agolpábanse todas á su imaginacion ferviente; la condesa, la violencia de Villena, sus solicitudes, la ausencia de su esposo, el Amadis, la indiscreta conversacion del paje, las dudas que acerca del dueño del anillo habia dejado sin resolver despues de su inquieto diálogo, todo esto reunido y amasado junto de nuevo en su mente en medio del silencio y de la oscuridad de la noche, le representaba un cuadro fantástico, lleno de objetos incoherentes, muy semejante en la confusion á esos lienzos que entre nuestros abuelos tanto se apreciaban con el nombre de *mesas revueltas*. Pero á proporcion que el largo insomnio y el cansancio del dia fueron rindiendo sus fuerzas y entornando los párpados fatigados de Elvira, todas esas imágenes confusas tomaron en su cerebro contornos informes, y poblaron su sueño de escenas parecidas á las que habian pasado por ella en el dia, y de otras que, como combinaciones nuevas del choque de aquellas, suelen producirse por sí solas en la imaginacion cansada de un calenturiento que duerme, ó de una persona habitualmente agitada por sensaciones extraordinarias, y que pasa por una larga y fatigosa pesadilla.

CAPITULO VIII.

Hélo, hélo por do viene
El infante vengador,
Caballero à la gineta,
En caballo corredor.
. . . . . .
Iba à buscar à don Cuadros
. . . . . .
El venablo le arrojò.
. . . . . .

Rom. del inf. vengador.

Muy avanzada estaba la noche, y muy en silencio todos los habitantes de Madrid y de su fuerte alcázar. No todos sin embargo disfrutaban del sueño y del descanso, como hubiera podido cualquiera figurarse. Podemos asegurar que don Enrique de Villena y Ferrus conversaban muy animadamente en el laboratorio del hermético, como arriba dejamos dicho. El enamorado doncel habia tratado inútilmente de conciliar el sueño, y se habia entregado, desesperado ya de conseguirlo, á la mas profunda meditacion, buscando en su cabeza un arbitrio por medio del cual pudiese descubrir á la de Albornoz el peligro inminente que la amenazaba. Bien conocia que el aviso urgia, pues si antes de haber descubierto Villena su plan lo tenia aplazado para el dia siguiente, era probable que tratase de atropellar la ejecucion de sus ideas desde el momento en que habia hecho partícipe de él al enemigo. El doncel estaba determinado á dar su amparo á la de Albornoz, en primer lugar por pertenecer á *la órden de caballería*, que *principalmente se daba*, como se lee en Amadis de Grecia, « para defender las dueñas y doncellas que tuerto reciben; » órden por la cual « el que la profesa debe ayudar á las dueñas y doncellas fijas dalgo, » como en el instituto de la Banda fundada por Alonso XI se contiene; órden, en fin, por la cual se advertia á los que la recibian, como en el Doctrinal de caballeros consta al lib. 1, tít. 3, que « al caballero ó dueña que viesen cuitados de pobreza ó por tuerto que hobiesen recebido, de que non pudiesen haber derecho, que pugnasen con todo su poder de ayudarlos. » Agregábase á esta principal razon otra, si bien menos generosa y obligatoria, mas fuerte acaso que todos los institutos y órdenes del mundo; á saber, cierta simpatía que con una persona ligada á la suerte de la de Albornoz alimentaba Macías en todas sus acciones.

Pero si estaba decidido á favorecer á las débiles víctimas del poder del ambicioso conde, no por eso dejaba de conocer cuán dificultoso era, sino imposible, introducir á aquellas horas un saludable aviso en la habitacion de la condesa ó de su camarera.

Despues de largo rato de discurrir, en que desechó unas ideas, adoptó otras, volvió á desechar estas, y á adoptar y desechar otras ciento, fijóse

por fin decididamente en una que debió de parecerle la mejor y la menos arriesgada de ejecutar si la fortuna le ayudaba. No quiso despertar á Hernando, que sordamente roncaba, para no ser conocido en la expedicion que premeditaba, si llegaba á sorprenderle fuera del alcázar la madrugada que á largos pasos andando se venia; endosóse un basto sayo de montero de su criado, su gorro de lo mismo, su tosco tabardo de paño buriel, ciñó la espada, y tomando debajo del brazo un objeto que, como trovador, siempre llevaba consigo, salióse pasito de su estancia, y sin ser sentido llegó hasta la puerta exterior del alcázar, evitando por corredores y patios conocidos de él las centinelas interiores que hubieran podido interrumpir su proyecto; pero llegado allí estuvo tentado varias veces de volver á su aposento y desistir de su empresa, cuando se oyó dar el *¿quién va?* del ballestero encargado de la guarda de aquel punto.

— Un caballero que desea salir.

— Atrás, ¡voto á Santiago! le respondió una voz, ronca del vino ó del frio de la noche : buena hora de salir á tomar el fresco, cuando está un cristiano deseando el relevo para calentarse.

No habia meditado el doncel este inconveniente : no quedaba sin embargo mas remedio que desistir y abandonar á la condesa á su destino, ó descubrir su clase de doncel de su alteza, y como tal lograr que se le abriesen las puertas. Calculando que de todas suertes habria de saberse al dia siguiente su entrada en el alcázar, puesto que ya no podia por entonces pensar en volverse á Calatrava, decidióse al segundo partido prontamente; hizo llamar al jefe del pequeño destacamento, y no tardó en oir su voz, que denotaba el mal humor de un hombre á quien se ha sacado intempestivamente del sueño para cumplir con un deber.

— Por la Vírgen de Atocha, vive Dios, exclamó observando y dejando ver su oblonga figura, que he de escarmentar al borracho que á estas horas...

— Mirad lo que hablais, interrumpió Macías al oir hablar sobre sí, como quien está debajo de una campana, á aquel amalgama de gordura, de bestialidad y de sueño.

— ¿Quién sois, voto va, el que hablais tan gordo? ¡Aaa! prosiguió bostezando.

— Por Santiago, ya os debia haber conocido en lo que teneis de comun con los jabalíes del Pardo. ¿Sois vos, Bernardo?

— ¿Quién es, repito, por las muelas de santa Polonia, quién es el que me conoce tan á fondo?

— Dejadme salir : soy un doncel de su alteza y voy á asuntos del servicio del rey...

— ¿Doncel? metedme el dedo en la boca : mas traza teneis que de doncel de don villano, repuso el ingenioso Bernardo á caza del equivoquillo... el vestido...

— ¡Voto va, Bernardo, que os haga arrepentir de vuestra insolencia si insistís en faltar al respeto á... pero .. oid, añadió acercándose á su oido, ¿conoceis á Macías? miradle aquí.

— ¡Ballesteros! echadme á ese aventurero en un cubo de agua fresca :

dice que es un hombre que está en Calatrava. Voto va el santo patron del sueño, que ó ha trasegado de la botella á su estómago mucho del tinto, ó es hechicero.

No pudo sufrir ya mas tiempo el doncel el impertinente responder del ballestero y asiéndole con mano vigorosa del cuello, llevóle sin dejarle gañir, ni aun para pedir socorro á los suyos, hácia un farol que cerca de ellos ardia; y enseñándole entonces su rostro descubierto:

— ¿Conocéisme, don Bellaco, portero de los infiernos y hablador que Dios no perdone? ¿conocéisme? ¿ó habeis menester todavía que os abra yo los ojos con el puño?

Abria el ballestero unos ojos como tazas, y no acababa de comprender cómo podia salir del alcázar un hombre que no habia entrado en él, pues lo creia en Calatrava: hubo sin embargo de convencerse, y tendiendo entonces la pierna hácia atrás y descubriendo su cabeza, pidió mil excusas al doncel, y fué preciso que este pusiera treguas tambien á sus disculpas y cortesías como á sus impertinencias, sin lo cual nunca se hubiera visto donde por fin se vió, es decir, en medio del campo y recibiendo sobre sí una menuda lluvia que á la sazon comenzaba á caer, lo cual, añadido á la persecucion del cerbero del alcázar, no era del mejor agüero para nuestro osado doncel, que dejaremos rodeando los altos muros de la fortaleza para dar cumplimiento á sus caballerescos proyectos.

Mientras que los acontecimientos paralelos de la conversacion de don Enrique con Ferrus y la salida del doncel se verificaban en el alcázar á una misma hora, dormia inquietamente y luchando con las fantasmas que su imaginacion le representaba la hermosa Elvira, que en su lecho medio desnuda dejamos. Habíase quedado con solo un vestido blanco; cubríale este desde la garganta hasta los piés, que, desnudos, parecian dos carámbanos de apretada nieve: su cabello, tendido cuan largo era, velaba sus hombros, su seno, su talle, y por algunas partes su cuerpo entero; una mano pendia del lecho, y la opaca claridad de la luna que penetraba por entre las nubes no muy densas y sus ventanas, entreabiertas por el calor de la estacion, la hacia aparecer un verdadero ser fantástico, como la hubiera soñado un amante deseoso de una ocasion.

Su seno y su respiracion interrumpida denunciaban la inquietud de su descanso y el trabajo de su imaginacion aun en el sueño.

Fuese casualidad, fuese porque era el que mas habia dormido, el paje fué el primero que á un extraño rumor que en aquellas inmediaciones se oyó hubo de interrumpir el reposo en que yacia. Un laud suave y diestramente pulsado adquiria nueva dulzura del silencio de la noche; oyólo primero el paje entre sueños, pero la realidad tomó en su fantasía la apariencia de una representacion ficticia y se creyó trasportado á algun sábado de hechiceras, que era la especie de gentes que él mas temia. Habia templado algun rato el músico, para llamar la atencion, pero sin ser oido de nadie; y cuando el paje echó de ver la aventura, y cuando don Enrique habia notado la música que le habia obligado á no cerrar su ventana, como arriba dejamos dicho, habia cantado ya con melo-

diosa voz, si bien varonil, las dos siguientes coplas, cuyos ecos se llevó el viento antes de que fuesen para nadie de provecho á que sin duda aspiraban :

En el almenado alcázar
Duerme Zaida sin cuidado.
Guarda, mora, que tus grillos
Te forja un conde cristiano.
Alza y parte, desdichada,
Primero que veas relumbrar su espada.
Vela, tú, si Zaida duerme,
O dulce señora mia.
¡Guar del conde que la acecha!
Que un caballero te avisa.
Alza y parte, desdichada,
Primero que veas relumbrar su espada.

Al repetir estos dos últimos versos del estribillo fué cuando el paje, elevando la voz, llamó á la hermosa Elvira.

— ¿Ois, discreta prima?

— ¡Cielos! exclamó Elvira sentándose sobre el lecho. ¿A estas horas...

— No he podido entender la letra...

— Oigamos, que prosigue.

Volvia efectivamente á empezar de nuevo el músico despechado de no advertir ninguna señal de inteligencia en las bellas á quienes advertia su propio riesgo. Repitió, pues, la última copla, que hizo un efecto bien diferente en el paje, en su alterada prima, que aun no habia vuelto enteramente en sí de su asombro, y en don Enrique y Ferrus, que prestando la mayor atencion desde su cámara escuchaban.

— Ferrus, dijo don Enrique á la mitad de la copla, desde aquí no podemos ver quién es el músico que tan delicadamente se viene á regalarnos los oidos á deshoras de la noche : el ángulo saliente del alcázar nos impide reconocerle, y aun su voz llega aquí tan desfigurada que es imposible entenderle.

— ¿Qué quieres, pues, señor? contestó Ferrus.

— Importa á mis fines confirmar ó desvanecer mis sospechas; ¡voto á Santiago que si fuese!... escucha, Ferrus : baja al soto lo mas de prisa que pudieres...

— ¿Yo, señor? interrumpió Ferrus con algun sobresalto.

— En el acto, Ferrus : ni una palabra mas, y quiero darte instrucciones acerca de lo que en todos casos deberás hacer.

No habia medio de replicar á una órden tan positiva : oyó Ferrus las instrucciones que le daban, y se propuso no traspasar los límites del puente levadizo sin llevar consigo á cierta distancia alguno que otro ballestero del destacamento de la puerta para que le guardase las espaldas contra el músico, que podia no gustar de que saliesen á escucharle al claro de la luna.

— ¡Cielos! exclamó la agitada camarera saltando del lecho al oir las primeras palabras de la letra. Conozco la voz. ¿Es cierto, pues, que ha

vuelto de Calatrava? ¿Sueño todavía? ¿Mas qué sentido encierran esas palabras? *¡El conde, un caballero te avisa!* ¡Entiendo, entiendo!

El músico, que oyó aquel rumor en la habitacion donde sabia que habitaba Elvira, clavó los ojos en la ventana, abierta ya de par en par, distinguió un leve contorno blanco, que parecia salirse del mismo fondo de las tinieblas, como nos dicen que salió el mundo del caos; olvidó la prudencia que debiera haber sido su norte, y no pudo resistir á la tentacion de poner en su carta una posdata para sí.

Volviendo á preludiar en su instrumento, añadió á las dos ya cantadas la siguiente estrofa:

¡Pluguiera á Dios que pudiese
Librarse así el caballero
Que tienes, señora mia,
Entre tus cadenas preso!...

Al llegar aquí no pudo Elvira contener mas tiempo el sobresalto y la agitacion que la ofuscaban: *basta*, oyó decir el caballero, *basta, trovador imprudente*, á una voz que resonó en su oido como la campana de la poblacion inmediata al caminante perdido, y oyó en pos cerrar con un ¡ay! doloroso la ventana.

Mas no tardó mucho en volverse á abrir. Cesó de pronto el laud; el músico, cuyo bulto habia visto hasta entonces Elvira al pié de su ventana, habia mudado entretanto de sitio, ó habia obedecido á la voz celestial: un ruido como de voces ofensivas y alteradas se oyó un breve instante: sucedió un confuso ruido de armas, el cual cesó de allí á poco: sacó Elvira la cabeza por entre los hierros de la reja, como saca el cuello del agua el infeliz, asido de una tabla, que se siente ahogar en medio del mar; un prolongado gemido se siguió al silencio, y retumbó el ruido hueco y resonante de un cuerpo armado que cae en tierra cuan largo es.

Helóse la palabra en la garganta de la infeliz Elvira, que era toda oidos, pues nada alcanzaba á ver. Un momento despues se oyó el ruido de un hombre que monta á caballo y parte aceleradamente.

¡Infeliz! exclamó Elvira despues de un momento de pausa glacial! pero un nuevo rumor la obligó á prestar atencion.

— ¿Donde está? dijo una voz de hombre que sobrevino de allí á poco.

— ¡Qué sé yo! ¡voto á tal! ¿no le oísteis por aquí? respondió otra.

— Debió caer.

— Y tambien debió levantarse.

— O debieron levantarle; segun yo oí, no quedó muy bien parado.

— Volvamos, y el diablo le lleve.

— Llévele en buen hora. ¡Ah!

— ¿Qué es eso? ¿Os caeis?

— Voto á tal que con el lodo está el piso que parece mármol. Héme caido.

— ¿Con el lodo? ¿eh? á ver, volveos: poneos á la luz de la luna. Por

el alma del cobarde, que es el diablo quien le ha llevado ó el hechicero, porque aquí ha dejado... toda... su... vida...

— ¿Qué decís?

— ¿No veis cómo os habeis puesto?

— ¿De qué?

— ¡De sangre, voto á tal! ¡Y que esto pase por alguna desvanecida!

El diálogo era en todas sus partes destrozador para la infeliz Elvira, que por los antecedentes que tenia no podia prescindir de ver claro en este desdichado asunto; cada palabra retumbaba en su alma como el golpe del martillo que hace entrar á trozos la cuña en la madera: así entraba la horrible realidad en el alma de Elvira. Pero al oir la palabra *sangre*, un estremecimiento involuntario la sobrecogió; la atmósfera pesó como plomo sobre su cabeza al resonar en el aire el amargo reproche con que la frase concluyó; un ¡ay! penetrante se escapó de su pecho desgarrado, dió consigo en tierra privada de sentido la triste camarera, sonando su cabeza sobre el pavimento como piedra sobre piedra, y nada volvió á oir.

Llegó el *ay* dolorido á los oidos de los dos que hablaban, y era efectivamente tan penetrante é inexplicable, que no solo en aquel siglo de ignorancia, sino aun en este, mas de un valiente hubiera temblado al escucharle á aquellas horas, en aquel sitio, sin ver de donde saliese, y sobre el pedazo de tierra que acababa de ser teatro de una muerte, segun todas las apariencias.

— ¿Has oido? dijo uno al otro. ¡Cuerpo de Cristo! aquí ha quedado su alma para pedir venganza á todo el que pase: ese grito no es de persona; huyamos.

— Huyamos, repuso el compañero: sonaron un momento sus pasos precipitados al rededor del muro. De allí á un momento nada se oia ni dentro ni fuera: ni en las inmediaciones del funesto alcázar.

CAPITULO IX.

Ese caballero, amigo,
Dime tu que señas trae.
Cancion de Rom.

La hora del alba seria cuando el famoso caballero don Enrique de Villena, cansado de esperar inútilmente á su juglar, á quien habia comprometido, como sabe el lector, en el misterioso y nocturno acontecimiento de la víspera, vacilando entre mil ideas confusas, habia entregado al descanso sus miembros fatigados. Ni el miedoso juglar habia vuelto, ni él, desde el punto en que le enviara á explorar quién fuese el músico, ha-

bia tornado á oir mas que el confuso ruido de las armas de los desconocidos combatientes. No habiendo querido dar sospechas á nadie en el alcázar de que pudiera tener la menor parte en los sucesos que él se figuraba haber ocurrido, no se habia determinado, ni á salir en persona á reconocer el estado de las cosas, ni á despertar á ninguno de sus pacíficos sirvientes. Habíale entre tanto sorprendido el sueño en medio de la encontrada lucha de sus opuestos pensamientos, y vestido como estaba se habia reclinado en su richo lecho, determinado á esperar el dia y con él la aclaracion de los acontecimientos de la noche. El sol, sin embargo, que á mas andar se venia, amaneciendo por las doradas puertas del oriente, daba la señal á caballeros y escuderos de tornar á las obligaciones diarias, porque en la época de nuestra narracion no se habia introducido aun la moda regalona de perder las gentes principales las horas mas hermosas del dia en el mullido y caliente lecho.

La cámara principal del señor de Cangas y Tineo, inmediata á su gabinete alquimístico (cuya entrada no era á todos permitida), presentaba un aspecto imponente, tanto por el lujo y afectacion con que se hallaba alhajado, como por las diversas personas que en ella se veian reunidas esperando á que se dignase recibir su acostumbrado homenaje el ilustre pariente de Enrique III. Gentileshombres, caballeros y escuderos de su casa, oficiales de su servicio, donceles y pajes conversaban en diversos grupos, pendientes del menor ruido que pudiera anunciarles la deseada presencia de su señor. Notábase solo la falta de dos personas, y no se oian mas que preguntas misteriosas sobre su extraña ausencia.

— ¿Qué era del primer escudero? ¿Qué del juglar?

— ¿Qué puede causar la tardanza de Fernan Perez?

— Por el señor Santiago que es cosa difícil de comprender. Cuando volvíamos anoche de la batida, él se adelantó con un solo montero y se separó de nosotros. Desde entonces no le volvimos á ver.

— Sí, reponia otro : apostara la mejor pieza de mi arnés á que fué á ver bajo las ventanas de su amada esposa si andaban moros en la costa.

— Bravo modo de decirnos que el escudero es zeloso.

— ¡Dios me perdone! como un moro.

— ¡Oh! entonces, decia un tercero, ya se explica su ausencia. Habrá tardado en conciliar el sueño... al lado de su dama...

— ¡Chiton! la puerta de la cámara se ha abierto.

— Es el camarero.

— El camarero, el camarero, repitieron varias voces por lo bajo. Fijáronse las miradas de todos en Rui Pero, quien con la mayor inquietud preguntó :

— ¿No ha venido aun Ferrus? Su señoría pregunta por su juglar.

— Estará haciendo alguna trova, ó pesando algun donaire, dijo el mas atrevido de los caballeretes.

— Cierto que comienza su tardanza á inquietarme, dijo Rui Pero. Y acercándose á los principales personajes de aquella pequeña corte, — u señoría no se ha desnudado esta noche; Fernan Perez no parece;

Ferrus tarda, les dijo misteriosamente : temo grandes novedades. Voy á prevenir á su señoría, añadió en voz alta, y se entró.

Duraron otro rato las misteriosas conversaciones de la cámara; pero no tardó mucho en venir á interrumpirlas la presencia del primer escudero.

— Dios nos dé su bendicion, dijo en entrando, al comenzar este dia, y se santiguó devotamente.

— Dios nos la dé, repitieron los circunstantes, é imitaron, como en las cortes se usa, la accion del valido. Bien venido sea el escudero de su señoría, exclamaron despues.

— Bien venido, sí, y bien despierto : la trasnochada me ha hecho ser indolente. Vuestras mercedes me darán licencia que entre á tomar las órdenes de nuestro amo. Ya hace rato que debiera estar á su lado.

No le dió lugar sin embargo á entrar la salida del conde en persona, á quien acompañaba su fiel camarero. Hízose como los demás á un lado respetuosamente Fernan Perez, y el conde, que le habia visto antes que á otro alguno, disimulándolo sin embargo, como para castigarle de su tardanza, dirigió comedidamente la palabra á sus principales cortesanos, despues de las ceremonias y fórmulas de uso.

— Caballeros, dijo el conde, asuntos de alguna importancia me obligan á separarme de vuestras mercedes. Podreis esperarme en la antecámara de su alteza, adonde no tardaré en seguiros. Fernan Perez, quedaos.

Inclinaron la cabeza los circunstantes, y hablando entre sí por lo bajo, dejaron la cámara desocupada, no muy contentos con el frio recibimiento del distraido conde de Cangas y Tinco.

— Y bien, Fernan Perez, dijo este luego que quedaron solos, supongo que habeis encontrado en completa salud á la hermosa Elvira.

— Esa pregunta, señor...

— ¡Oh! no : haceis bien : no se puede vacilar entre el servicio de una hermosa y el de un conde. Voy viendo que os debo de armar pronto caballero, porque ya sin serlo cumplís perfectamente con la órden de caballería. ¿A qué hora habeis entrado en Madrid? — Rui Pero, dispondreis que se busque dentro y fuera del alcázar á Ferrus. Su ausencia me inquieta. — Ya estamos solos, Vadillo. ¿A qué hora habeis entrado?

— Podrian ser las cuatro, si dicen las horas las estrellas.

— ¿Las cuatro? A esa hora... ¿no habeis visto á la entrada á Ferrus?

— Ojalá, señor, que hubiera visto á Ferrus : algo peor es lo que he visto.

— ¿Peor? explicaos presto.

— Y peor lo que he oido.

— ¿Habeis oido?

— Volvia, señor, de la batida, como me dejaste mandado, á la cabeza de los caballeros y monteros de tu casa : al llegar al alcázar, habíame adelantado algun tanto para hacer la señal de que nos echaran el rastrillo, cuando creí oir hácia cierto punto del acázar, pero de la otra parte del foso, un laud asaz bien templado.

— Seguid, Vadillo.

— Parecióme mal que á tales horas se diesen serenatas hácia la parte precisamente del alcázar que habita...

— Seguid.

— Apreté los ijares al caballo : cuando llegué la música habia cesado; pero un hombre que rodeaba el muro exterior, y que á la sazon se hallaba debajo de las ventanas de mi señora la condesa...

— ¡ Vadillo !

— De Elvira, señor... perdonad si mi lengua... ¡ maldita sospecha ! ahora caigo en que... aquel hombre, pues, no me pareció bien, y le acometí.

— Por Santiago que acertaste. ¡ Es mi hombre ! ¿ Era el músico ?

— Sin duda, puesto que por allí otro alguno no se veia.

— ¿ Se defendió ?

— Trató de defenderse, y trató de hablar; pero mi venablo no le dió todo el espacio que él quisiera. Le disparé y cayó.

— ¿ Cayó ? adelante, Vadillo. Tu recompensa igualará tu servicio.

— Apeéme del caballo para reconocerle, pero fué imposible : habia llovido, y él cayó en el fango; mi venablo le habia pasado por la frente, y su cara estaba llena de lodo y de sangre : la oscuridad además y mi turbacion no me permitieron conocerle. Figuréme sin embargo que no debia de estar muerto aun, pues latia su corazon y se quejaba. Deseoso de saber quién fuese el músico que á aquellas horas osaba comprometer el honor de las dueñas del alcázar, atravesélo en mi caballo : sin embargo antes de entrar lo encomendé al cuidado del montero que se habia adelantado conmigo : respondióme de su seguridad. Fuí á dar órdenes para hospedar á la gente de la batida, y ahora solo espero las tuyas, gran señor, para reconocer al insolente trovador.

— ¡ Ah ! ¿ No sabeis aun quién sea ?

— Solo sé que no está herido de muerte; pero el montero al anunciármelo añadió que el maestro á quien habia recurrido, al hacerle la cura, habia encargado que no se le viese ni hablase. Creí, pues, del caso esperar á la mañana. Parecióme sin embargo jóven y gallardo mancebo.

— Él es, no hay duda. Te tengo en mi poder, mal caballero. Vadillo, es preciso tenerle á buen recaudo.

— ¿ Conócesle tú entonces, gran señor ?

— Sí, le conozco; tú le conocerás tambien. Necesito sin embargo á Ferrus. A esa misma hora de las cuatro le envié á reconocer al músico; de entonces acá ha desaparecido. El villano cobarde ha tenido miedo sin duda; acaso luego se aparecerá y creerá desarmar mi enojo con alguna juglería. Entretanto Rui Pero está en el encargo de encontrármele muerto ó vivo. Sus orejas servirán de pasto á mis lebreles si ha cometido villanía, por Santiago. Ahora, Vadillo, es preciso no perder tiempo : supuesto que está en nuestro poder quien pudiera únicamente desbaratar mis planes, dentro de una hora he de quedar servido. Hernan Perez, ¿ teneis valor y resolucion ?

— Dispon, señor, de mi vida.

— Venid conmigo; prontitud y secreto.

Dicho esto, salieron don Enrique y su primer escudero, y atravesando apresuradamente las galerías del alcázar, se dirigieron á las caballerizas del conde : dieron allí varias órdenes, al parecer de la mayor importancia : separáronse en seguida. El primer escudero buscó y habló misteriosamente á algunos escuderos de la casa de su señoría. El movimiento y el sigilo con que ciertos preparativos se hacian pronosticaban algun proyecto de la mayor importancia Reunieronse de nuevo el conde y su primer escudero, y en otra secreta conferencia aquel pareció dar á este instrucciones de grave peso, despues de las cuales se dirigieron entrambos seguidos de los escuderos y armados que para su plan habian escogido, y desaparecieron entrándose por la camára de don Enrique. Nada se trasluce en las crónicas del objeto de aquellas ignoradas conferencias. El lector sin embargo, si presta un poco de paciencia, podrá tal vez adivinarle por sus prontos resultados.

CAPITULO X.

Mate el conde a la condesa,
Que nadie no lo sabria,
Y eche fama que ella es muerta
De un cierto mal que tenia.

Rom. del conde Alarcos.

Cuando Fernan Perez de Vadillo hubo dejado su presa al cuidado del montero, se apresuró á desvanecer las sospechas que en su alma comenzaban á nacer acerca de la dueña á quien podria haber sido la serenata dedicada. Era evidente que el trovador se hallaba debajo de las rejas de doña María de Albornoz; ¿ rondaba empero á la condesa, ó á alguna de sus dueñas y doncellas? ¿ era acaso Elvira el objeto de tan intempestiva música? La conducta irreprensible de la condesa y de su esposa las ponian en cierto modo á cubierto de cualquier juicio temerario. Los maridos, sin embargo, que nos lean, no extrañarán que el zeloso escudero fabricase en el aire mil castillos fantásticos hasta la completa aclaracion por lo menos de sus terribles dudas.

El taimado pajecillo entre tanto al oir saltar de su lecho á su hermosa prima, se habia levantado, y habia conseguido hacer que ella volviese en sí de su aturdimiento, golpeando á su cerrada puerta, y preguntándola si necesitaba algun auxilio, y cuál era la causa de aquel ¡ ay ! doloroso y del extraordinario ruido que acababa de oir.

Repúsose Elvira lo mejor que pudo, y tranquilizando al paje, mandóle que se retirase á su lecho, y aun le trato de visionario y de curioso impertinente. A lo de curioso nada tenia el pobre Jaime que responder, pero en cuanto á lo de visionario, él sabia muy bien que no habia soñado lo que realmente habia oido, y si obedeció por entonces, no fué sin reser-

varse el derecho de averiguar todo el caso en amaneciendo. Elvira, satisfecha con el silencio del paje, tornó á escuchar, pero no oyendo ruido alguno que pudiese ponerla en camino de dar con la verdad de lo sucedido, volvióse al lecho tambien; de suerte que á la venida inesperada del zeloso escudero pudo disimular convenientemente la reciente turbacion. Despues de las primeras preguntas que entre los dos pasaron acerca de aquella imprevista llegada, en balde trató Fernan Perez de sondear mañosamente el alma de su avisada esposa. Nada habia oido, nada sabia de cuanto á Vadillo traia inquieto. Hubo este, pues, de conformarse y remitir á otra ocasion mas favorable la satisfaccion de sus deseos. Concilió el sueño de que tanta falta tenia, y cuando se dispertó se vistió apresuradamente, y despidiéndose de su amada esposa se dirigió á la cámara de don Enrique, como arriba dejamos indicado.

No deseaba Elvira otra cosa: cada vez mas inquieta acerca del oscuro sentido de las trovas de la noche pasada, presagiaba ya mil próximas desventuras; determinó dar aviso á la condesa, quien habia oido muy confusamente los sucesos referidos. Antes empero de dar este importante paso, llamó al paje y le dijo cómo era inútil que guardase por mas tiempo el secreto de la venida del caballero de Calatrava, puesto que ella lo habia reconocido: añadióle que importaba mucho á la seguridad de su señora la condesa saber cuál habia sido el desventurado lance de la noche, y hablar al caballero, si habia quedado de él con vida y libertad, para que le aclarase sus misteriosos avisos: prometió el paje indagar cuanto hubiese en el asunto, tanto por dar contento á su querida prima, como por el interés que en las cosas del caballero trovador se tomaba. Salió, pues, en busca de él, resuelto á no volver mientras no diese con él y no le indicase el deseo de la condesa, de agradecerle su fina amistad, é implorar al mismo tiempo su proteccion y amparo, si algo sabia que fuese en contra de ella ó de los suyos.

Mas tranquila despues de esta primera diligencia, acudió la triste Elvira á la cámara de su señora, á quien encontró levantada, pero no repuesta de las terriblas escenas de la víspera. No contribuyó á aquietarla lo que Elvira le refirió, y entrambas á dos determinaron vivir con cautela, no dudando que las palabras del trovador tuviesen alguna relacion con los proyectos que el irritado conde habia dejado traslucir la noche antes, en medio de su colérico arrebato contra su inocente esposa.

Bien quisiera la condesa penetrar el arcano que las nocturnas trovas encerraban, y aun mas quisiera traslucir quién podia ser el caballero generoso que tan bien informado se hallaba de las asechanzas que contra ella se prevenian, y que tan singular interés por su seguridad tomaba. No eran pequeñas por otra parte las zozobras y la duda que á entrambas nuestras heroinas agitaban acerca de los resultados de la desgracia que al caballero le habia acarreado su generosidad.

Era para Elvira evidente que poco despues de haber callado el desventurado cantor, le habia sobrevenido un trance de armas: la caida de un cuerpo habia resonado luego funestamente en sus oidos y en su corazon, y el silencio y la duda habian sucedido á la catástrofe. Era de presumir

que el muerto ó herido fuese el músico; pero era imposible saber nada á punto fijo antes de la vuelta del paje; corria entre tanto el tiempo, si bien no tan aprisa como al desgraciado que espera le suele comunmente convenir, y el paje no daba noticias de su persona.

Si nuestros lectores han esperado alguna vez, podrán formar una idea aproximada de la penosa agonía de la de Albornoz y Elvira, porque idea exacta de ninguna manera la podrán concebir.

— ¿Has oido? preguntaba en medio del mayor silencio la condesa.

— ¡Es Jaime! respondia Elvira; mas no, no suena nada, añadia despues de un momento de inútil expectacion.

— Ahora... ahora sí, exclamaba de allí á un rato la condesa.

— Sí; ahora; pasos son, y pasos acelerados...

— De muchacho.

— Jaime, Jaime es... ahora sí... repetia Elvira atenta á la puerta, los ojos fijos en sus batientes hojas, y palpitándole el seno aceleradamente con el movimiento de las olas azotadas por la brisa; veíala abrirse ya, se medio incorporaba en su asiento, entreabria los labios para hablar á Jaime... La puerta sin embargo cerrada, fija, inmóvil como una pared. Los pasos se alejaban, apenas se oian. Nada ya.

— Seria algun criado que pasaba.

Una vez, en fin, la puerta se movió al morir en ella el ruido de los pasos; todavía no se podia ver al que iba á entrar: parecia sacudirse por sí sola, y antes de que se abriese lo bastante para dar paso al paje, que era sin duda el que iba á entrar, la condesa y Elvira unánimemente inspirada de uno de estos raptos del primer momento, tan comunes é irreprimibles como inexplicables en las mujeres, habian gritado: — ¡Jaime! entra, Jaime.

Abrióse por fin la puerta enteramente, y entró don Enrique de Villena. Hay una inclinacion natural en el que espera á creer que nadie puede venir sino el esperado; nada tienen, pues, de particular el asombro y la repentina frialdad de la condesa y su camarera al ver echado por tierra tan inesperadamente todo el aéreo castillo de sus fantásticas esperanzas. Miráronse una á otra en el primer momento de estupor; el lector hubiera adivinado en sus semblantes infinidad de ideas que bullian en sus imaginaciones, y que por la vista se cruzaban, se comunicaban, se hablaban, se refundian en un solo objeto de entrambas comprendido sin mas verbal explicacion.

Examinó un momento don Enrique de Villena las cambiantes fisonomías de la señora y su camarera.

— Bien veo, dijo pausadamente despues de un momento, bien veo, doña María, que no esperais á vuestro esposo. ¿Pudiera yo merecer vuestra confianza hasta el punto de saber cuál interés os liga al imprudente paje que ha abandonado de una manera tan imprevista mi envidiado servicio? ¿callas? ¿me conservais rencor aun por la escena de anoche?

Dijo estas últimas palabras con tal acento de dulzura y de reconvencion, que no pudo menos la ilustre víctima de manifestar á las claras en

su semblante su singular asombro. Tenia efectivamente el de Villena gran facilidad para revestir la máscara que á sus fines mejor convenia. Nadie hubiera reconocido en sus modales y palabras al tirano esposo de la víspera.

— ¿No quereis, señor, que extrañe tan singular mudanza en vuestras acciones? ¿debo creeros, ó prepararme para otra...?

— Basta, doña María: ¿es posible que no acabeis de conocer los sentimientos de don Enrique de Villena? No negaré que pudiérais estar justamente ofendida; pero vengo á reclamar mi perdon. He pensado mejor mis verdaderos intereses, he reconocido mi error: vuestras virtudes me han hecho abrir los ojos; si sois la misma que habeis sido siempre, Elvira puede ser testigo de nuestra reconciliacion.

— ¡Don Enrique! exclamó alborozada la de Albornoz. Miró sin embargo á Elvira como para preguntarla con los ojos si podria creer en la sinceridad de las palabras del conde: Elvira bajó los suyos, y dejó sin respuesta la muda interrogacion de su señora.

— Desechad las dudas, doña María. Vengo á daros una prueba positiva de mi afecto. Espero que esta noche os presentareis brillante de galas y preséas en la corte de Enrique III. Quisiera que venciéseis en esplendor á todas vuestras émulas, y que la corte toda, á quien hemos dado harto motivo de murmuracion con nuestras anteriores contiendas, presenciase los efectos de nuestra nueva alianza. ¿Dudais aun?

— Esta duda, señor, repuso la de Albornoz, puede seros garante del deseo que en mi alma abrigaba de veros por fin esposo algun dia. ¡Ah! si vuestro amor, si esta reconciliacion fuesen una nueva artería, si fuesen un lazo...

— ¡María!

— Perdonadme: vos habeis dado lugar á mi desconfianza; si esta paz aparente fuese solo la calma precursora de nuevas borrascas, seríais bien cruel y bien pérfido caballero: ¿qué gloria podria prestarle al leon el jugar con la inocente y crédula oveja? Ved mi alma: yo os perdono, don Enrique; perdonémonos entrambos. Oid empero. Si solo intentais divertiros á costa de mi loca credulidad, Dios confunda al malsin, abandone la Vírgen Madre al engañador de las damas, y el buen Santiago al mal caballero. Apodérese el ángel malo del alma del traidor, y no le sean bastante castigo las penas todas de los condenados al fuego eterno. Hé aquí mi mano y mi amor, don Enrique.

Las últimas palabras enérgicas que la de Albornoz habia pronunciado con toda la entereza de la virtud y el entusiasmo de la inspiracion, habian hecho bajar los ojos al imperturbable don Enrique: un estremecimiento involuntario le habia cogido desprevenido, y estrechó la mano de la de Albornoz diciendo balbuciente y confuso:

— Ved aquí la mia; el cielo sabe la verdad de mis palabras.

Abrazáronse los consortes en presencia de la asombrada Elvira, quien, acostumbrada á la táctica de don Enrique, no hacia sino examinar su semblante como buscando en sus facciones y en el mas insignificante de sus gestos pruebas contra sus palabras. La de Albornoz, deslumbrada

por su mismo deseo y su amor al conde, se entregaba mas fácilmente á la esperanza de ver por fin su suerte mejorada. ¿No era por otra parte muy posible que sus virtudes hubiesen hecho realmente en don Enrique el efecto que este acababa de suponer? Nada hay mas fácil que hacernos creer lo que con vehemencia deseamos. La de Albornoz tragó, pues, el cebo y el anzuelo.

Repuesto don Enrique de su primera turbacion, no perdonó medio alguno de inspirar confianza á su esposa: las palabras mas tiernas fueron por él prodigadas, y las mas vivas protestas de amor y fidelidad. Un amante no hubiera dicho mas que el hipócrita marido.

Poco tiempo podia hacer que esta escena duraba en la cámara de doña María de Albornoz, cuando la puerta misma que el dia antes habia proporcionado á don Enrique retirada se abrió con admiracion de los circunstantes, y se aparecieron seis figuras fantásticas, que un hombre del vulgo hubiera llamado entonces seis endriagos. Venian armados al parecer de piés á cabeza, pero unas especies de sayos que sobre la armadura traian, y cuya capucha cubria su cabeza y rostro, á manera de los que usaban los almogávares, no permitian ver quiénes ni qué especie de hombres fuesen.

Suspensas quedaron á tan extraña aparicion doña María y su camarera; mirábanse alternativamente, y miraban luego con atencion exploradora á don Enrique, deseosas de reconocer en su fisonomía si se presentaban los intrusos allí por su órden, ó si tendrian ellas motivo para temer algun nuevo peligro.

— ¡Vive Dios! exclamó don Enrique levantándose: ¿quién es el osado que os envia? ¿quién se atreve á interrumpir de un modo tan incivil las conversaciones del conde de Cangas y Tineo? salid fuera y...

No le dieron tiempo á proseguir los encubiertos: el que parecia ser jefe de ellos desenvainó una espada, á cuya señal se acercaron los demás con sendos puñales á las aterradas damas, todo sin proferir una palabra.

— ¡Don Enrique! exclamó la de Albornoz arrojándose á sus piés y estrechando sus rodillas, al paso que este con el acero, fuera ya de la vaina, parecia protegerla de todo extraño acometimiento.

— Traicion, señora, gritó Elvira, traicion: ¡nos han vendido! y quiso arrojarse hácia la puerta para demandar socorro. No se lo consintieron dos de las fantasmas, que arrojándose á su paso la sujetaron fuertemente y pusieron término á sus alaridos, cubriendo su boca con su fino cendal, y procediendo en seguida á sujetarla á una de las columnas de la cámara. Don Enrique entre tanto gritaba y maldecia.

— ¡Por Santiago! he olvidado mi silbato de plata en mi cámara, y ningun criado me oirá aunque los llame. Pero venid, añadia al jefe de los invasores; llegad y arrancadme la vida antes que el honor.

En vano trató la de Albornoz de separar á su esposo del trance que le esperaba. Don Enrique la rechazó y cruzó su espada con la del desconocido, en tanto que los compañeros de este, apoderándose de la casi desmayada doña María, vendaban su boca con su propio pañuelo, en cuyas puntas se veia ricamente recamadas en oro las armas reunidas de su

casa y la de Aragon : cubriéronla toda con un largo manto negro, que de piés á cabeza la ocultaba, y comenzaron á sacarla fuera de la cámara por la puerta secreta, sin que pudiese oponerles resistencia alguna la consternada y ya enteramente enajenada víctima.

Combatia entre tanto don Enrique con el desconocido, el cual, visto lo hecho por sus compañeros, se replegaba defendiéndose con destreza. Miraba Elvira con atencion el semblante de don Enrique, por ver si descubria en él alguna señal que manifestase estar mancomunado con los traidores. Ofendia y se defendia este, empero, con bizarría; voceaba llamando á sus criados y persiguiendo siempre al fuerte caballero que protegia la retirada de los suyos con su presa, mas sin poder herirle : al llegar á la puerta secreta el desconocido hizo un último esfuerzo para desembarazarse de su molesto perseguidor, y tirándole un furibundo mandoble desarmó al conde. Bien trató el al parecer irritado Villena de recoger su acero en cuanto vió que el encubierto no se habia aprovechado de su ventaja para rematarle, pero la accion de don Enrique dió tiempo al fugitivo; lanzóse á la escalera cerrando tras sí la puerta con el oculto cerrojo, de modo que cuando el conde, apoderado ya de su arma, volvió á la carga, no halló mas que una pared tersa é insuperable delante de sí, procurando en vano tocar el resorte que la solia abrir.

Volvióse atrás entonces el conde, y no parando mientes en Elvira, que atada y amordazada permanecia, salió por la puerta principal de la cámara, llamando socorro y armas contra los robadores, como los llamaba, y malandrines que acababan de arrebatar á su cara esposa de entre sus mismos brazos, allanando su propia habitacion por arte sin duda de Luzbel, y con auxilio de todas las potestades del abismo, contra su robusto y valeroso brazo.

— A la mina, mis escuderos, al campo, gritaba, al campo del moro, al Manzanares : allí los alcanzaremos : la escalera secreta no tiene otra salida.

No tardó mucho en esparcirse por el alcázar la noticia del extraordinario robo y desacato cometido en la persona de la condesa de Cangas y Tineo : caballeros y escuderos acudian todos á la voz del conde, y en menos de media hora estuvo este en disposicion de traspasar el rastrillo en busca de los robadores . quien enlazaba este acontecimiento con la música oida la noche antes bajo la ventana de la condesa, quien suponia que el hecho era imposible, en vista de que solo don Enrique poseia las llaves de los candados que cerraban aquella salida al campo. Todos conjeturaban, todos hablaban, nadie veia clara la verdad.

No era sin embargo menos cierto que los robadores habian hallado el secreto de introducirse en la cámara de la de Albornoz por la puerta que la unia con la del conde, y que tenia salida á la escalera, y de allí á la larga mina no conocida de todos. Nada mas frecuente en los alcázares antiguos y de construccion morisca sobre todo que estas minas secretas : hacíanse prudentemente con la mayor reserva y secreto, y solian parar á una ó dos leguas á veces del alcázar á que pertenecian. Varias puertas y trampas de hierro, bien cerradas y puestas á trechos, impe-

dian la entrada en ellas á los enemigos, aun en el caso de ser su boca descubierta, cosa de suyo poco menos que imposible, y podian ser de mucha utilidad á los poseedores del alcázar, tanto para hacer una salida imprevista como para introducir víveres, como tambien para salvarse por ellas en una noche la guarnicion del castillo, en el caso de verse reducida al último extremo por un ejército aguerrido y numeroso. Por una de estas minas, pues, escaparon los encubiertos ; de suerte que ya se hallaban muy lejos de Madrid cuando pudieron llegar sus perseguidores á la boca de la mina, habiéndoles sido preciso reunirse, armarse, salir del alcázar, y dar un gran rodeo para su objeto, pues perseguirlos por la misma mina era caso imposible, puesto que habiendo sustraido y llevado las llaves de las diversas puertas los encubiertos, era claro que habrian ido cerrándolas todas sucesivamente tras sí, como con la primera de la cámara habia hecho el jefe de ellos, con el prudente objeto de asegurarse las espaldas.

Dejemos á don Enrique á la cabeza de los oficiales de su casa corriendo el campo del moro en busca de su robada Elena, y pidamos al lector un ligero descanso, que despues de la pasada refriega y aventura extraordinaria referida habemos en gran manera menester.

CAPITULO XI.

Cuando el conde aquesto vido
. . . . . .
Fuérase, para el palacio
Donde el rey solia estar,
Saludó á todos los grandes,
La mano al rey fué á besar.

Rom. del conde Grimaltos. Silva de varios rom.

La pequeña corte de la antecámara de don Enrique, que dejamos en anteriores capítulos descrita, era un imperfecto y pálido remedo de la del *muy alto y poderoso rey don Enrique III.*

Veíanse lucir en esta á mas de los que tenian los primeros oficios de la real casa de su alteza las principales dignidades de Castilla Hallábanse en derredor del trono á derecha é izquierda, y por el órden de su dignidad y favor, el buen condestable don Rui Lopez Dávalos, el almirante don Alfonso Enriquez, don Fadrique, duque de Benavente, don Gaston, conde de Medinaceli, el conde don Juan Alfonso de Niebla, los maestres de Santiago y Alcántara, el mariscal don Garci Gonzalez de Herrera, don Juan de Velasco, camarero mayor, Diego Lopez de Stúñiga, justicia mayor, Pero Lopez de Ayala, chanciller mayor y del sello de la puridad, el adelantado Pedro Manrique, donceles y caballeros principales, en fin, que á la corte asistian. En el momento de nuestra narracion llegaba su alteza á ocupar su regia silla : acompañábanle al lado don

Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, don Juan Hurtado de Mendoza, su mayordomo mayor, y sosteníanle del brazo fray Juan Enriquez, su confesor, y don Mosen de Abenzarsal, su físico. Don Enrique III, en medio de su juventud, tenia el natural aspecto enfermizo que á su rostro prestaban sus habituales dolencias. Semblante pálido y prolongado por la enfermedad, noble con todo, grave y lleno de majestad : sus ojos eran hermosos : mezclábase en ellos cierta languidez y tristeza con la penetracion y la severidad : su andar era lento y su voz flaca.

Hasta el momento de la entrada de su alteza habíase tratado con raro interés entre los palaciegos del robo singular de doña María de Albornoz, y ninguno en consecuencia extrañaba la ausencia de don Enrique de Villena y de los caballeros de su casa. Sucedió el mayor silencio á la entrada de su alteza, y este recorrió con la vista apresuradamente el círculo de sus cortesanos, saludando á uno y otro lado con su natural sequedad.

— ¿Y nuestro fiel pariente y vasallo don Enrique de Villena? preguntó su alteza : condestable, ¿creo que me habeis dicho que ha vuelto de la montería del Real de Manzanares ?

— Señor, dijo el buen Lopez Dávalos inclinando su cabeza cana y despojada por el tiempo, cierto es lo que aseguré á tu alteza : don Enrique volvió ayer del Pardo.

— ¡Por san Francisco! que no sabe sus intereses mi primo cuando olvida presentarse á su rey...

— ¡Es una omision imperdonable !... pero, señor, hay causas á veces que...

— ¿Causas? quiero saberlas.

— Seis enmascarados han robado á su esposa.

— ¿Robado? ¿dónde ?

— En su cámara misma.

— ¿En mi palacio? no puede ser, condestable. Tal desacato costaria la cabeza... explicaos.

— Nada hay mas cierto, señor.

Aquí el condestable, amigo del conde de Cangas y Tineo, refirió al rey cuanto en el alcázar corria acerca de tan extraño acontecimiento.

— Diego Lopez de Stúñiga, dijo el rey levantándose cuando hubo oido la relacion del caso, el rey Enrique no desmentirá jamás la fama que tiene granjeada de justiciero. Como justicia mayor de mis reinos os cometo la averiguacion del suceso. Compadezco á nuestro fiel pariente y vasallo, y quiero vengar la felonía cometida en la persona de mi muy amada doña María de Albornoz. Antes de tres meses me habreis descubierto quién sea el reo, y habrá pagado con su cabeza su atrevimiento. Juro por las llagas de san Francisco que no lo podré dar seguro aunque me le pida.

Inclinó respetuosamente la cabeza Diego Lopez de Stúñiga, y volvió á ocupar su lugar.

— Vos, Pero Lopez de Ayala, tendreis entendido que quiero que se extienda hoy mismo la cédula que os dije : es mi real voluntad que no

paguen mis reinos mas monedas, á pesar de no haberse acabado aun la guerra con Granada. ¿Qué os parece, almirante?

— Paréceme, señor, que pudieran recrecerse graves daños de la supresion del tributo de las monedas, repuso el almirante: si bien con eso contentais á los pecheros y hombres de afan, tambien si los moros vuelven á hacer entrada...

— No me lo digais, repuso el rey; estad cierto de que tengo yo mayor miedo de las maldiciones de las viejas de mis reinos que de cuantos moros hay de esta parte y de la otra parte del mar.

Calló el almirante, y alto murmullo de aprobacion acogió el paternal dicho de Enrique el Doliente.

Otra media hora pasaria en que el rey de Castilla despachó en medio de su corte algunos negocios del gobierno de sus reinos; ya iba á dar la vuelta á la cámara, cuando se sintió ruido como de muchas personas armadas que se acercan; volviendo todos las cabezas hácia el sitio por donde el rumor sonaba, un faraute de su alteza llegando hasta el medio de la sala hizo una reverencia, otra á poca distancia, y hecha la tercera á los piés casi del trono.

— Poderoso rey, dijo en alta voz, y justo don Enrique, tu pariente y leal vasallo don Enrique de Aragon, conde de Cangas y Tineo, ricohombre de estos reinos, y señor de Alcocer, Salmeron y Valdeolivas, viene á pedir á tus plantas justicia y reparacion.

— Decid que entre á mi pariente y leal vasallo.

Retiróse el faraute con las mismas cortesías sin volver jamás las espaldas, y llegado á la puerta, *entrad*, dijo con voz descomunal.

Dos farautes de don Enrique precedian. Don Enrique de Villena detrás con rostro á la par airado y pesaroso. Seguia á su lado su primer escudero, y detrás un caballero de su casa con el estandarte de sus armas, en que lucian sobremanera las barras paralelas de Aragon. El estandarte, pendiente de una asta á la manera de los que aun se usan en algunas procesiones, era ricamente recamado de oro y plata sobre campo azul. Venian despues armados como su señor los caballeros y escuderos vasallos del poderoso don Enrique.

Pedido y dado el permiso de hablar por su alteza, tres veces reclamaron los farautes de don Enrique la atencion y silencio de los demás señores y asistentes.

— Oid, oid, oid el desacato y felonía cometido en la persona de la muy noble é ilustre señora doña María de Albornoz, esposa del muy noble é ilustre señor don Enrique de Aragon, y de que en nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y de la Bienaventurada Vírgen gloriosa, viene á pedir justicia y reparacion.

Respondido *hablad* tres veces tambien por el faraute de su alteza, comenzó don Enrique, hincando en tierra una rodilla, á hacer relacion de cómo le habia sido en su misma cámara robada su muy amada esposa, y de cómo habia salido en persecucion de los robadores, entre los cuales contábanse criados de su casa, cuya falta habia notado al mismo tiempo.

— Alzad, le dijo el Doliente rey, conde de Cangas y Tineo, y decid cuál sea el fruto de vuestra expedicion.

— No me levantaré, señor excelso, mientras no acabe el cuento de mi cuita, y no esté seguro de que tu alteza me otorga lo que á pedirte vengo. Inútilmente he recorrido el campo en busca de los robadores; á haberlos encontrado, señor, no hubiera menester pedirte justicia, porque mi espada me la supiera dar muy suficiente. ¡Pero oh dolor! Gran rey, he hallado en vez de la esposa ó de la venganza que buscara, esos sangrientos despojos que solo una funesta catástrofe me pueden anunciar.

Adelantáronse al llegar á decir esto de entre el grupo de los caballeros dos escuderos, que tendieron á la vista del rey el manto y el velo de doña María de Albornoz todos ensangrentados.

— ¡Cielo santo! exclamó horrorizado el piadoso rey: un movimiento de horror circuló por la corte, y todos apartaban la vista de los sangrientos restos.

— Hé aquí, señor, exclamó sollozando el desdichado esposo: ¡y ojalá no hubiera encontrado mas pruebas de mi desgracia!

— ¿Qué decís? hablad, exclamó Enrique III.

— Un pastor, gran rey, que es el que ves y puede darte de ello testimonio, me ha asegurado que unas horas antes de encontrar con estas ropas, habia visto pasar á unos armados con un cadáver de una mujer, á su parecer hermosa y jóven; mi esposa, señor. Rezeláronse de él, y quisieron echarle mano para impedir que su mal hecho se supiese: mas el conocimiento que tiene del país, las quebradas de las peñas y sus buenos piés le salvaron por desdicha mia, para mi amargo desengaño.

— Pastor, llegad, dijo don Enrique: ¿vos habeis visto eso?

— Verdad dice su grandeza, repuso el pastor con visible turbacion, que achacaron todos al asombro de hallarse en tal paraje. Llevábanla sin duda á enterrar en los sitios ocultos en donde los ví.

— Justicia, pues, señor, justicia. Otorgadme que me dé á buscar al alevoso, y que donde quiera que le encuentre pueda sin duelo ni formalidad alguna castigar al que como villano se portó.

— Yo os juro, don Enrique, justicia y reparacion. Alzad: ¿teneis vos indicios de quién pueda ser el robador?

— Ninguno, respondió Villena levantándose.

— ¿Sospechais, por ventura, si una venganza ó si una pasion...?

— ¡Ay de quien osare ofender la memoria de mi esposa...

— Nadie en mi presencia la ofenderá, conde de Cangas y Tineo. Imposible me fuera concederos que os entregueis á buscar al delincuente; necesito vuestra asistencia en mi corte. Pero los oficiales de mi justicia apurarán la verdad, y le hallarán donde quiera que se esconda. Os otorgo, sin embargo, en nombre de Dios trino y uno, á quien en la tierra representan los reyes ejercitando su justicia, que mateis al villano, si lo hallais, donde quiera que lo halleis, armado ó desnudo, solo ó acompañado, por vuestra mano ó por la de villanos vasallos vuestros. Otorgo otro sí, que quede privado de cualquier gracia que pudiere yo hacerle ó le hubiere hecho sin conocerle; mando á quien le encuentre,

caballero, escudero, noble ó pechero, y le requiero que le castigue como su villanía merece, y al que le mate hágole de su muerte salvo y perdonado. Alzad ahora, don Enrique.

— No esperaba yo menos, gran rey, de tu recta justicia.

Adelantándose entonces don Enrique el espacio que del trono le separaba, llegó con rostro apenado, y doblando de nuevo la rodilla ante el rey Doliente, quitóse el yelmo, besóle la mano, y dióle repetidas gracias por el favor singular que acababa de otogarle. Retiróse en seguida á desarmar con sus caballeros por el mismo órden que habian venido.

Quedaron los cortesanos estupefactos de cuanto acababan de oir. ¿Qué motivo racional se podia efectivamente dar á la extraordinaria muerte de doña María? Todos discurrian y se hablaban al oido; pero ninguno conjeturaba la verdad, si bien muchos dudaban del relato y de la manera y forma de la muerte por don Enrique referida. Pero donde el rey habia creido públicamente, no era lícito, ni aun á los mayores enemigos de don Enrique, dudar del caso sino en secreto. Todos por lo tanto callaron, y el físico de su alteza, que vió que la animada audiencia de la mañana, y lo mucho que su alteza habia hablado, habia alterado visiblemente su color, le advirtió respetuosamente que le convenia tomar algun descanso. Oido esto por el rey, bajó del regio sillon, y despidiendo á sus cortesanos, entróse en su cámara con aquellos mismos que le habian acompañado á su salida, menos don Pedro Tenorio el arzobispo de Toledo, que quedó en la sala de audiencia con los mas grandes, dando y tomando en la singular aventura del que entonces mas que nunca comenzó á parecer verdadero hechicero á los ojos de los suspicaces cortesamos de don Enrique el Doliente.

CAPITULO XII.

Por dar al dicho don Cuadros
Dado ha al emperador.
. . . . . .
— ¿Porqué me tiraste, infante?
¿Porqué me tiras, traidor?
— Perdóneme tu alteza,
Que no tiraba á ti, no.

Rom. ant. del infante vengador.

No bien hubo llegado don Enrique á su cámara despachó á sus caballeros, y solo quedó á su lado su predilecto escudero: depuesta allí la falsa máscara de la pena, cuando hubo quedado solo el intrigante conde con Fernan Perez de Vadillo, trabó con él una breve conversacion.

— Fernan, nada tenemos que temer.

— Siempre tiene que temer quien no obra bien, señor.

— ¡Fernan!

— Perdonadme, pero no apruebo lo hecho. Y ahora que he obedecido tus órdenes sin murmurar, tengo algun derecho á descargar mi conciencia.

— Vadillo, díjole al oido el conde, de nada tiene que acusarme la mia.

— ¿De nada?

— Bien: convengo en que el medio ha sido violento; pero era preciso ser maestre de Calatrava.

— Callo, señor: obedezco; pero no lo apruebo. Permíteme que te lo diga por última vez.

— En buen hora: vuestro silencio y vuestra obediencia es lo que necesito. Y vamos á lo que mas importa. Tiéneme inquieto el camino que habrán tomado los armados.

— En cuento á los que llevaron á la condesa, yo te respondo de su silencio y de su fidelidad.

— Bien; ¿y Ferrus?

— ¿Tanto sentís la pérdida del juglar?

— ¡Si la siento, Hernan! aquel nunca desaprueba nada: su conciencia es la del estúpido: nada le dice nunca: yo soy harto débil y harto bueno todavía para no necesitar tener á mi lado en mis fines un hombre honrado como vos. Quiero un instrumento, no un amigo. ¿Y el trovador prisionero?

— Podemos verle.

— ¡Podemos!!! es indispensable. ¿No os dije yo que era él? Ved si ha estado detrás del sillon del trono, como acostumbra hallándose en la corte. El golpe nuestro será tanto mas seguro cuanto que nadie tiene noticia de su llegada. Habrá desaparecido del mundo, y quién sabe si alguien notará la coincidencia de su desaparicion y de la condesa.

— Eso, señor, pudiera no convenirte.

— Conviéneme mucho ser maestre de Calatrava. Partamos. Guíame adonde esté.

Inquietos iban los dos acerca de la entrevista que con el nocturno músico los esperaba. Al odio que contra él por la denegacion referida abrigaba don Enrique, agregábase cierto rezelo de que hubiese en su conducta algo mas que ley de caballería, y pura generosidad hácia la condesa; y aunque no amaba á su esposa, como bien á las claras lo acababa de probar, irritábale sin embargo la idea de que un simple caballero hubiese puesto los ojos en cosa suya y en tan alta persona. Con respecto á Vadillo no dejaba de tener alguna inquietud, pues no estaba muy claro para él si daba serenata á la condesa, ó si acaso su esposa... Imposible y horrorosa le parecia tan descabellada sospecha de la virtud de Elvira... pero la duda se habia hecho lugar en su corazon, y es huésped por cierto que, una vez alojado, no se arroja del pecho á voluntad.

A entrambos parecia cosa indisputable que el músico era Macías, y nosotros, que desde la noche anterior nada sabemos de su existencia, no podemos menos de abundar en la opinion de los que tal pensaban.

Llegaron por fin á una puerta pequeña que en el extremo de una larguísima galería se encontraba.

— Alvar, dijo llamando Vadillo, y se abrió la puerta inmediatamente. Alvar era el montero á quien en la noche anterior habia confiado el escudero la importante presa. Entraron en una pequeña habitacion, cerrándose tras ellos la puerta.

— ¿Y el preso? preguntó Vadillo.

— Descansa en la pieza inmediata; debia no haber dormido en un mes, segun ronca tranquilamente.

— ¿Ronca? ¿No está, pues, herido de peligro?

— Mas daño debió hacerle el miedo que vuestro venablo, señor escudero. Tiene algo arañada la cara de la caida, y un brazo vendado; pero el maestro que lo ha reconocido esta mañana asegura que podrá salir despues del mediodia.

— Despertad, pues, á ese caballero, interrumpió impaciente don Enrique.

— Despertad á ese caballero, repitió entre dientes Alvar.

— ¿Qué respondeis en voz baja? Despachad, dijo Fernan. ¿Háse quejado de la violencia que con él se ha usado?

— Ayer noche todo era pedir que se le condujese á presencia de su amo el ilustre conde...

— ¿Su amo? dijo el conde : el trovador ha perdido la cabeza.

— Voy á advertirle que vuestras señorías...

— Presto, Alvar, presto.

Entróse Alvar en la inmediata pieza, mientras que don Enrique y Hernan se preparaban á la extraña entrevista que iban á tener. No tardó mucho en volver á salir Alvar, asegurando que habia despertado al enfermo, quien, sintiéndose completamente reparado de fuerzas con el pasado sueño, metia sus vestidos para salir á recibir á sus ilustres huéspedes.

— ¿Es segura esa puerta, Alvar? preguntó el conde.

— Las fuerzas de diez hombres reunidos no bastarán, señor, á violentarla, respondió Alvar. Además, dos monteros le guardan conmigo y está indefenso : de aquí no saldrá sino para donde vuestras señorías determinen. Pero aquí está.

Salia en efecto el asombrado prisionero, el cual no bien hubo visto al conde, cuando, acercándose á él, como quien ve á su libertador, se echó á sus piés, y con lágrimas de gozo y de temor, « Señor, exclamó besándoselos, ¿en qué ha podido ofenderte para merecer tan dura prision tu fiel Ferrus? »

Dos estatuas de mármol parecieron á tan inesperada vista el conde y su escudero. No seria mayor el asombro y la indignacion del rústico pastor que se viese torpemente cogido en el propio lazo que hubiera preparado para el raposo.

— ¿Tú, Ferrus? exclamó despues de la primera sorpresa el furioso conde. ¿Tú, Ferrus? — Hernan, nos han vendido. Venid acá, don Villano, añadió derribando por tierra de un empellon al desesperado juglar,

venid acá vos, Alvar : ¿es este el preso que se os ha confiado? ¿Qué hicísteis, don Bellaco, del doncel de su alteza? Asíale de la garganta, y ahogárale sin remedio si no se le pusiera por medio Hernan, que mas sereno comenzaba á vislumbrar la verdad del caso.

— ¿Qué doncel, señor? gritó cuanto pudo Alvar. Lleve mi alma el diablo si tuve yo jamás en mi poder mas preso que el que el señor escudero me entregó, y si no es ese el mismo de que me encargué.

— ¿Qué es esto, Hernan? dijo don Enrique soltando la presa.

— ¡Qué ha de ser, señor! que sin duda debió de ser Ferrus el músico que yo cogí.

— Negra fortuna mia, gritó don Enrique. ¡Qué músico habíais de coger, ni qué...! ¡Por Santiago! venid acá, Ferrus : ¿qué hicísteis vos de cuanto os encargué? ¿quién era el músico, juglar? acabad ó...

— Serénate, señor, respondió temblando el aterrado Ferrus. Yo obedecí tus órdenes ciegamente: yo rodeaba el muro y me acercaba ya al que tañia, cuando él, echando de ver mi bulto, calló, y hundióse precipitadamente en la tierra; el diablo debia de ser sin duda, que tomó la forma de músico para perderme en tu estimacion...

— ¿El diablo? malandrin... no pudo menos de sonreirse don Enrique al oir la simpleza de su juglar. ¿El diablo?

— Señor, lo jurara : lo cierto es que yo no le volví á ver mas : y cuando, todo ojos y orejas, me acercaba al sitio donde le habia visto, y buscaba el boqueron que habria dejado al hundirse, sin saber por dónde encontréme con un caballo encima y un caballero... Bien sabe Dios que en aquel trance me santigüé...

— Adelante : miserable, acaba.

— Por acabado, señor: desde aquel punto ni ví ni oí : cuando recobré el uso de mi razon halléme en ese camaranchon donde me curaban las heridas que el mal enemigo me habia hecho.

— Calle el necio, interrumpió, no pudiendo sufrir mas, don Enrique. ¡Vive Dios, que nada comprendo, Hernan!

— Yo infiero, señor, dijo Hernan, que el musico debió ser sino diablo, muy ligero por lo menos, y yo debí tomar á Ferrus por el que tañia.

— Eso debió ser sin duda. Pero voto á Santiago que todos los deseos que de encontrar á Ferrus tenia no me pagan del pesado chasco. Alza, Ferrus, y vente con nosotros. ¡Necio de mí que fuí á escoger para tan delicada empresa al mandria mayor que vió la tierra! ¿Envíete yo para que cogieras al músico, ó para que te dejaras coger por el primero que llegase?

— Perdóname, señor, contestó algo repuesto Ferrus; dijérasme lo que habia de hacer contra el diablo en viéndole...

— ¿Vuelves á mentar al diablo, menguado? ¿Dónde está el diablo, mal servidor? Enséñamele, desalmado.

— ¡Jesus! Líbreme Dios. ¡Jesus! exclamó Ferrus santiguándose á mas y mejor.

— Vamos de aquí, Hernan. Juro no abrir libro ni hacer trova, y jú-

rolo por el apóstol Santiago, hasta no tener en mi poder al insolente doncel que de tal manera ha burlado mi esperanza. Ahora está libre, vive Dios, y puede hacernos mucho mal. Alvar, tu fidelidad será recompensada.

Inclinóse Alvar, y nuestros tres predilectos personajes salieron silenciosamente á la galería; regocijado Ferrus de verse libre, en poder de su señor legítimo, y disipado ya el nublado que sobre su cabeza tronaba desde la noche anterior; disimulando Hernan la risa que en el cuerpo le retozaba al recordar á sangre fria el chasco inesperado; y mohino por demás el desairado conde, á cuya imaginacion se agolpaba entre otros peligrosos recuerdos el del secreto que habia imprudentemente confiado al perseguido doncel, y dándole no poco cuidado la reflexion de no haberle visto en la corte, siendo así que ya no era la causa qne él habia pensado la que podia habérselo impedido.

CAPITULO XIII.

¿Qué es aquesto, mi señora?
¿Quién es el que os hizo mal?
Cancion de rom.

Largo tiempo hacia que Elvira, atada á la columna y sin poder pedir á nadie auxilio á causa del pañuelo que le tapaba la boca, esperaba con insufrible impaciencia á que la casualidad ó el trascurso del dia le deparase un libertador que de tan crítica situacion la sacase. Por fin llegó el momento deseado, y el paje que tanto habia tardado en la averiguacion de lo que se encomendara á su cuidado, abrió las puertas de la cámara que de prision servia á la afligida hermosa. Miró en derredor y á nadie veia, hasta que, fijando los ojos en la columna, ofrecióse á su vista el espectáculo de su aprisionada prima. Asustóse primero y exclamó: — ¡Santo Dios! ¿qué ha ocurrido aquí?...

Mal podia responderle Elvira sino con los ojos; pero cuando vió el pajecillo que no parecia nadie, ni habia asomos de peligro alguno, soltó la carcajada, impertinente á la verdad en aquel momento, y comenzó á dar brincos.

— ¿Quién os ha puesto así, mi señora Elvira? ¿os ató el señor escudero por...?

Dióle lástima al llegar aquí el ver que su prima no parecia gustar de la prolongacion de tan pesada chanza: llegóse entonces el atolondrado á Elvira, y desató sus crueles ligaduras.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó Elvira en viéndose libre, alguna gran desgracia está sucediendo á mi señora la condesa. Corramos...

— ¿Adónde vais tan de prisa? repuso el paje deteniéndola; ¿y quién me paga mi recado? ¿quién escucha las nuevas que traigo? ¿quién

sobre todo me cuenta lo que os ha sucedido, y la razon de haberos encontrado así mano á mano con esa columna negra?

— ¿Traes nuevas? preguntó Elvira olvidandó todo lo demás. ¿Traes nuevas?

— Y buenas, contestó el paje. El caballero de las armas negras era el que tañia...

— Lo sé... y...

— Pero sabed que le esperé inútilmente dos largas horas, mas largas que las del arenero...

— ¿Inútilmente?

— Sí, pero por fin llegó.

— ¿Llegó? ¿Con que no era él el...? ¡Yo os bendigo, Dios mio!... Sigue.

— ¡Si le viérais qué agitado! descompuesto el cabello, espantados los ojos, entró en su cámara y no me vió: — Negra suerte, exclamó, y despedazó con sus manos el laud que traia cruzado sobre la espalda. ¿No me servireis, dijo rompiendo las cuerdas, sino de gemir eternamente? vióme en seguida: ¿qué haces aquí? me dijo con voz terrible; pero al reconocerme templóse toda su ira. Paje, me dijo entonces con voz mesurada, ¿tornas aun con nuevas demandas del hechicero?

— ¡Ah! si supiérais quién me envia, dije entonces; si supiérais que una hermosa dama...

— Silencio, exclamó, no pronuncies su nombre... ¿Es posible? — Díjele entonces la comision que me dísteis en nombre de la señora condesa; largo rato suspiró y miró al cielo sin hablar. — Paje, me dijo en fin, no nos veremos mas. He creido que mi brazo podia ser útil á una inocente; pero si es fuerte contra los hombres, es impotente contra los recursos de una ciencia misteriosa y... maldecida. El infierno me envia enemigos en medio de la soledad, y la Madre de Dios me abandona. Un acontecimiento extraordinario ha interrumpido mis avisos. He rondado la noche toda para volver á entrar en el alcázar; las órdenes mas rigurosas, dadas no sé por quién despues de mi salida, me han impedido verificarlo. He debido esperar á que entrase el dia para que no fuese mi entrada sospechosa. Pero mañana el alba me encontrará lejos, bien lejos de Madrid. Si alguna mujer necesita mi amparo en cualquier ocasion, mal pudiera negársele un doncel de don Enrique. Dígame qué puedo hacer: por mí lo ignoro. A Dios. — Apretóme la mano de una manera, prima, que yo creí que le atormentaban otros recuerlos que los de nuestra amistad. Envolvióse entonces en su pardo gaban, y cubriéndose con él la cabeza, oíle sollozar y salí. Hé aquí, prima, las nuevas.

— Tristes, bien tristes, dijo pensativa Elvira. ¿Y de la condesa supiste?...

— ¿La condesa? ¿Es su confidenta la que me pregunta?...

— Sí: ¿nada sabes?

— Pero, querida prima, ¿qué teneis? vuestra palidez, vuestra agitacion me asustan...

— ¡Ah Jaime! la condesa es víctima en este momento de la mas espantosa villanía... volemos á su socorro: no sé adónde me dirija; la menor imprudencia mia puede comprometer su suerte y el éxito mismo de mis

diligencias. Si supiera... pero la mas completa oscuridad reina en todas mis conjeturas.

Meditó un momento Elvira el partido que tomaria mientras que hacia nudos á uno de los cordones, que de su cintura pendia, el distraido paje. De pronto pareció que habia iluminado su entendimiento un rayo de luz.

— No hay mas recurso, dijo : para los casos extremos son los remedios violentos. Jaime... deja ese cordon, déjale te digo... vamos á buscar á mi esposo : averigüemos primero qué voces corren de lo ocurrido, y qué se cree en el alcázar... despues, si eres prudente, si has de ser callado, pero callado como la muerte, tú, que sabes el camino, me guiarás adonde pienso ir.

— Puede que algun dia pruebe Jaime á su hermosa prima que no es tan atolondrado como le llaman.

Elvira apretó la mano del inteligente pajecillo con expresion de gratitud, y ambos salieron de la cámara que acababa de ser teatro de tan extraordinarias escenas.

Buscó Elvira á su esposo sin mas demora, porque si bien sospechaba que don Enrique hubiese tenido parte en la pérfida desaparicion de la condesa, ni veia claro en esto, ni menos lo podia asegurar. ¡Tan bien se habia representado por todos la farsa que dejamos descrita! Ni por otra parte, aunque á piés juntillas hubiera creido la traicion del conde, cabia en su imaginacion la menor sospecha acerca del extremado honor de su esposo : sabíale ligado á los intereses de su señor: pero que él hubiese tomado parte activa en el mal hecho, no le era lícito á Elvira imaginarlo siquiera.

Así era la verdad : hidalga sangre corria por las venas del escudero, y hacia vanidad de honradez y de rectos sentimientos; no era uno de los pocos hombres ilustrados de la época ; no hubiera sostenido una intrincada tesis con un teólogo ; participaba de las preocupaciones de su siglo, pero era en sus acciones hidalgo, y esto es por lo menos tan recomendable como el talento. Alguna parte habia tenido en el criminal proyecto de don Enrique, pero solo aquella que no habia podido excusar en calidad de escudero suyo; así que, se habia opuesto constantemente á las miras de su señor, habíale afeado los medios, y le habia reconvenido despues, como arriba dejamos indicado; pero la misma probidad que le impulsaba á manifestar francamente sus sentimientos en tan delicado asunto, á riesgo de perder la gracia del conde, le impedia oponerse de hecho á sus deseos : era forzoso obedecer y callar por el propio honor del deslumbrado magnate : propúsose, pues, ser completamente pasivo y guardar el mas rigoroso silencio. Sospechando sin embargo que la primera que habia de poner á prueba su fidelidad habia de ser su esposa, no habia vuelto á desatar las crueles ligaduras en que habia quedado presa, y de que habia sido él la causa, pues desde luego habia manifestado al conde la imposibilidad de separarla de él, y la dificultad que hubiera encontrado para realizar su voluntad, mientras Elvira pudiese obrar libremente en los primeros momentos. Habia, pues, dejado á alguna ca-

sualidad que no podia tardar en sobrevenir el cuidado de su esposa, deseoso de retardar á cualquier costa el instante de una explicacion con ella, para la cual no tenia todavía muy meditadas las respuestas.

Avínole mal no obstante, pues poco tardó Elvira en presentarse ante sus ojos con una agitacion tal, que no le pudo quedar duda al infeliz del objeto de su intempestiva venida. Hubiera él querido hallarse á cien leguas entonces de su consorte y del mundo entero, en cuyas miradas creia ver á cada paso otras tantas reconvenciones á su reservada y ambigua conducta. Repúsose con todo lo mejor que pudo, y ni las preguntas sencillas de Elvira, ni sus halagos, ni sus reconvenciones lograron recabar de él la menor noticia que pudiese dar luz sobre lo ocurrido á la desconsolada hermosa. Obstinóse en negar constantemente la menor participacion del conde en el robo de la condesa; en una palabra, manifestó con toda entereza hallarse en la misma ignorancia que la corte toda, y aun se indignó con notable aire de verdad á la menor idea de sospecha presentada por Elvira. Comenzaba ya esta á dudar si serian sus juicios temerarios, pero nunca pudo convencerse á sí misma; vió además á don Enrique, y parecióle que brillaban al través de su aparente dolor sentimientos de otra especie. Difícil cosa es por cierto engañar la natural penetracion de una mujer: la inutilidad de los esfuerzos del de Villena para dar con los robadores, y el horrible atentado cometido en una mujer que á nadie habia hecho daño, reunidos á los antecedentes particulares que de aquel matrimonio desgraciado solo ella acaso tenia, la hacian ver mas claro en tan atroz intriga que todos los demás. Inexplicable fué su dolor cuando llegó á sus oidos la funesta nueva, que de boca en boca corria por el alcázar, de la desdichada muerte de su señora: afirmábanse al recordarla todas sus sospechas, ardia en deseo de venganza, y la idea de la impunidad la hacia padecer tormentos imponderables. Resolvióse, pues, á realizar el plan que tenia meditado, arriesgado en verdad, y delante del cual habia retrocedido muchas veces. El amor, en fin, que á la condesa habia tenido, una voz superior y celestial que creia oir continuamente, pidiéndole venganza y reparacion, la hicieron creer que el cielo mismo y que su conciencia la obligaban á volver por la inocencia, y constituyóse entonces campeon de la ultrajada virtud. Seguida del inquieto paje, que tan asombrado como ella lloraba tambien la desgracia de doña María de Albornoz, entróse en su aposento, donde la dejaremos poniendo los medios que mas propios creia para dar cima á la importante empresa que sobre sí tomaba, sin comprometer su honor por otra parte, su virtud y hasta su misma tranquilidad.

CAPITULO XIV.

Contadme vuestros enojos;
No tomeis malencolia;
Que sabiendo la verdad
Todo se remediaria.
Rom. del conde Alarcos.

En la misma postura que el paje referia haber dejado al melancólico doncel, envuelto en su gaban hasta los ojos, y roto á sus piés el laud, permanecia cuando se presentó delante de él Hernando diciéndole con su acostumbrada sequedad.

— ¿Lloras, señor? Levanta la cabeza y mira que ó yo entiendo poco de rastro, ó se te viene la res por sí sola á tiro de tu venablo.

Alzó la frente el consternado mancebo, y vió á pocos pasos de él una figura envuelta en un ropon negro, y cubierta la cara con la mascarilla que usaban en aquel tiempo las damas cuando salian sobre todo de su casa, ó cuando habian de hablar con caballeros desconocidos.

— ¿De qué res hablas, Hernando? ¿Quién es esta dama? preguntó desembozándose con enfado el doncel.

Miróla entonces de alto abajo, y reparando que su silencio podia indicar que no venia á hablarle con testigos: —Retírate, Hernando, dijo: yo te llamaré cuando te haya menester. Cogiendo entonces de una mano á la dama, hízola entrar en su cámara. Luchaban en su fantasía mil encontradas ideas.

— Señora, le dijo con voz mesurada y tímida, sola estais: si alguna revelacion teneis que hacerme, si alguna ocasion teneis que proporcionarme en que pueda seros útil mi débil brazo, hablad: no en vano os habeis dirigido á un caballero de la corte del ínclito y poderoso rey de Castilla.

— Caballeros tiene la corte de don Enrique que pudieran desmentir la hidalguía de vuestras palabras, repuso la tapada con voz que desfiguraba enteramente la mascarilla que cubria su rostro.

— Nombradlos, señora; si algun caballero ha mancillado el nombre de una órden de caballería, él me dará razon y satisfaccion...

— No os altereis, y oidme. Sí, caballeros hay, y cerca de nosotros, que amancillan la clase á que pertenecen. Ni la sangre que corre por sus venas, ni el nombre ilustre que ostentan, ni la dorada cuna en que se mecieron son rémora bastante á sus desenfrenados deseos. ¿Conoceis á la condesa de Cangas y Tineo, á la ilustre doña María de Albornoz...?

— ¿Seria posible? Seríais vos, señora...

— ¡Pluguiese al cielo! Pero ni soy la condesa... ni...

— ¿Quién sois, pues, vos la que en su nombre...?

— Templad vuestro ardor, noble caballero, y dadme palabra de oirme, y de no indagar quién yo soy...

Latia violentamente en el pecho el corazon de Macías: miraba una y otra vez á la desconocida: no osaba, sin embargo, afirmarse en sus sospechas.

— Con esa palabra proseguiré en mi demanda, dijo la dama. Contóle en seguida al caballero, que de todo estaba ignorante, cuanto de la condesa se decia...

— ¡Muerta la condesa! exclamó Macías al llegar al funesto desenlace de tan triste historia... y vive el conde todavía... y...

— ¡Silencio! Hé ahí el objeto de mi venida. La tiranía, la injusticia piden reparacion. Mañana una amiga de la condesa se arrojará á los piés del rey, y denunciará la traicion. Acaso será preciso que un caballero salga fiador con su espada de su acusacion. ¿Estareis mañana en la corte de don Enrique?...

— ¿Qué me pedís, señora? Cuando pensaba alejarme de esa funesta corte...

— ¿Alejaros? dijo con un movimiento de sorpresa la dama: ¿alejaros? repitió lanzando un amargo suspiro.

— ¡Ah! señora, ¿ignorais, repuso el doncel con la mayor agitacion, que mi tranquilidad depende acaso de mi marcha precipitada?...

— ¿Y dejareis la inocencia ser presa de la traicion?...

— Jamás; pero...

— ¿Y sabeis vos, por ventura, poco generoso mancebo, lo que en este momento sacrifica la que teneis ante vuestros ojos, los respetos que atropella, los riesgos á que se expone?...

— Acabad, santo Dios: ¿quién sois? vos, vos... no hay duda...

— Caballero, respetad mi silencio y mi dolor. Acabemos: he procedido de ligero cuando he creido que...

— No; no; mañana estaré en la corte de don Enrique. Una sola gracia os pido. Si he de ser vuestro caballero, dadme una prenda, señora, un color...

— ¡Mi caballero! interrumpió la dama. El caballero sereis de la inocencia: el mio es imposible...

— ¡Imposible! — Elvira, vos sois...

— Soltad, imprudente jóven, soltad. ¿Por dónde presumís que soy la esposa del escudero? Vuestra imaginacion os engaña, y acaso vuestro deseo...

— ¡Me engaña!... Mi deseo, señora, es de servir á esa dama, que conozco, como pudiera conocer...

— Vuestra turbacion os delata; pero esa imprudencia permanecerá oculta en mi pecho. Conozco á esa Elvira, y su honor me es harto caro...

— Nunca podria padecer su honor...

— Bien ¿qué nos importa Elvira? La prenda que me pedís, si mañana ante la corte toda el rey decreta el duelo y el juicio de Dios, la tendreis; pero ni os podreis nombrar mi caballero, ni exigireis de mí que me descubra. Básteos saber que conozco demasiado á la dama que nombrásteis, y que sé, doncel, que ella no viniera á vos.

— ¿Eso sabeis?

— Lo sé.

Dejó caer Macías al oir estas dos palabras, pronunciadas con funesta tranquilidad, la mano con que tenia asida una punta de la ropa de la tapada, como para detenerla. Inclinando en seguida la cabeza, declaró que al dia siguiente se hallaria en la corte de don Enrique, y ofreció su mano á la desconocida: aceptóla esta para salir, pero un notable temblor la agitaba: oprimióla suavemente el doncel como si quisiese tentar este último y desesperado recurso para salir de su terrible duda: un movimiento involuntario y convulsivo correspondió á su indicacion, y en el mismo momento la tapada, volviendo en sí, arrancó su mano de la del doncel y se lanzó fuera de la estancia. Arrojóse en pos Macías: iba á prosternarse á sus piés, iba á hablar, pero un ademan imperioso de la negra fantasma le mandó apartarse, y mas rápida en seguida que esas rojas exhalaciones que surcan el espacio en una oscura noche de estío, desapareció á sus ojos la aérea vision. Macías creyó ver un ser sobrenatural, la sombra acaso de la misma condesa; permaneció con los brazos cruzados, y la vista fija, como si quisiese ver mas allá de la oscuridad y de la distancia. Entonces oyó un suspiro lanzado á lo lejos, y parecióle que al desaparecer de sus ojos en el confin del corredor se habia reunido la dama á otra figura mas pequeña que allí la estaba sin duda alguna esperando.

— *Sé, doncel, que ella no viniera á vos*, repitió un momento despues Macías con doloroso acento. Yo tambien lo sé: nunca me amó. ¿Ni cómo pudiera amarme? ¿no amaba á ese feliz escudero cuando se unió á él en indisolubles lazos? ¡Loco, insensato de mí! Ah, quien quiera que seas la que vienes á implorar mi espada, ¡cuán poco conoces el corazon del hombre! ¡un amante correspondido, un mortal feliz es invencible; á un miserable despechado y aborrecido un niño le vence!!!

CAPITULO XV.

¿De dónde vino este diablo?
Rom. del Cid.

De vuelta don Enrique en su cámara con su primer escudero y con su favorito juglar, revolvia en su cabeza los medios de dar á su intriga la feliz conclusion que por tanto tiempo habia deseado. Estorbábale la idea de Macías, pero dejó al tiempo el cuidado de iluminarle acerca de lo que de él podia temer. Despidió, pues, á Hernan, cuya probidad le incomodaba no poco para sus fines, y solo el juglar, de cuya aparente estupidez nada rezelaba, entró con él al secreto laboratorio.

— Libres estamos ya de la condesa, Ferrus, dijo; pero merced á tu

sin gular valor, quédanos en campaña otro enemigo no menos terrible..

— ¿Eres ya maestre, señor?...

— Lo seré, Ferrus, ó poco ha de poder don Enrique de Aragon : acabo de recibir un aviso secreto de que ha sido elegido papa en Aviñon don Pedro de Luna, bajo el nombre de Benedicto XIV. Esperaba este favorable acaecimiento de un momento á otro. Luna es aragonés, como yo, y vínculos antiguos de amistad nos unen : la lucha que habrá de sostener además con Urbano en este cisma de la Iglesia, y la necesidad que tiene Castilla y Aragon, unida á la influencia que él sabe que ejerzo en estos dos reinos, me aseguran su provision para el maestrazgo : la piedad por otra parte de don Enrique III no podrá menos de pesar en la balanza en favor mio cuando este sepa que mi allegado, el ricohombre de Luna, ha ceñido á sus sienes la triple corona. Ahora necesito sacar partido de la ignorancia en que de esta nueva está la corte, y de la feliz tardanza de la noticia de la muerte del maestre de Calatrava...

— Tu antecesor.

— Así lo espero, Ferrus. Tira el cordon que corresponde al cuarto del astrólogo, y retírate á esa cámara inmediata.

Hízolo Ferrus como se le mandaba. Apenas habia doblado tras sí las batientes hojas de la puerta, oyéronse los vacilantes pasos de una persona de edad que bajaba escalones con toda la prisa que sus cansados años le permitian.

— Entrad, dijo don Enrique, y se presentó en la habitacion el físico de su alteza Mosen Abrahem Abenzarsal, el mismo que en la corte de la mañana habia acompañado constantemente al Doliente rey. Su estatura era pequeña, su tez pálida y macilenta : brillaban sus ojos en su oscuro semblante como dos carbuncos en medio de las tinieblas de la noche; y era la expresion de toda su persona, malignidad y avaricia : su mano descarnada y su barba larga le daban cierto aire de adusta gravedad. Su traje era un largo y ámplio balandran negro cogido con una larga correa : ayudábale á andar un nudoso y retorcido báculo semejante al baston pastoral, y una toquilla con dos plumas malamente colocadas encubertaba su calva zolloa.

— ¿En qué puedo servir al ilustre y eminente?...

— Tregua á las lisonjas; nos conocemos, y entre nosotros no son necesarias.

— Sea en buena hora, conde, repuso con humildad el físico. ¿Habeis menester de mi ciencia y de las relaciones que con el espíritu del ser conservo? ¿quereis consultar el curso de las estrellas?...

— En cuanto á las estrellas, Abrahem, no creo saber menos que vos. Dejemos á los astros del cielo recorrer tranquilamente su carrera, y no nos acordemos mas de ellos que ellos se acuerdan de nosotros. Otros astros mas humildes que cruzan sombríamente por esta esfera terrestre, haciendo sombra á mis vastos planes, son los que os será preciso desviar y no consultar.

— ¿Quereis que amolde una semejanza de cera?... Señaladme la víctima : antes que la noche haya tendido sus densas sombras sobre el al-

cázar de Madrid veréisla concluida y atravesado el pecho con punzante almarada : una lámpara arderá delante de ella; cuando gusteis, una vez pronunciado el funesto conjuro, vos mismo apagareis el resplandor mortecino, y el que os haya ofendido, bien pudiera estar en el apartado polo, caerá herido de invisible mano...

— Tregua, viejo miserable, tregua al torpe manejo de vuestra pérfida ciencia. ¿Creeis por ventura que tengo yo mi tiempo libre para oir vuestras impertinencias? ¿Creeis que hablais con el imbécil don Enrique el Doliente, á quien su débil contextura arroja como una víctima inerme en vuestros groseros lazos? ¿Creeis que he pasado años enteros sobre los triángulos y los crisoles, llamando inútilmente á ese espíritu de las tinieblas, para dejarme deslumbrar de vuestra impudente charlatanería? Guardad para el vulgo esa necia ostentacion, y acordaos de que es mas fácil oir que adivinar.

Temblaba el viejo de mal reprimido coraje, pero no osaba arrostrar la indignacion del impaciente Villena.

— Ea, Abrahem, dijo entonces don Enrique, mas sosegado con el terrible efecto que en el réprobo habian hecho sus tonantes expresiones, ¿cuánto oro habeis fabricado esta mañana?

— ¿Oro? ¡pluguiera al cielo! En vano he intentado encerrar en el crisol un rayo de ese sol que nos alumbra; él contiene la apetecida esencia del oro; pero el medio, el medio...

— ¿No sabeis, pues, hacer oro con vuestra ciencia?

— Si supiera hacer oro, señor, ¿imaginais que fraguara, para ganarle, mentiras que algun tiempo yo mismo creí, pero que la experiencia me obliga en fin á desechar tristemente?

— Bien, Abrahem : ahora os poneis en la razon : ahora hablais con el conde de Cangas. Ved : yo soy mejor alquimista. Sin andar á caza de la esencia del oro encerrada en un rayo del sol, yo hago ese precioso metal con los terrones de mis estados. Tomad esas doblas, añadió alargando al viejo, cuyos ojos brillaban ya de alegría, un repleto bolson de cuero, tomadlas : ese es el mejor conjuro; á la voz de ese no hay espíritu en el orbe que no responda.

— ¿Y en qué puede serviros vuestro criado?

— Oid : ¿sabeis qué os ha elevado al alto favor que en la corte de don Enrique gozais?

— Con tu licencia, señor, mi padre Abrahem Abenzarsal era ya físico del rey don Pedro el Cruel.

— ¿Y os sostendríais, Abenzarsal, en ese lugar, que creeis arrogantemente haber heredado, si el nieto del célebre y primer marqués de Villena quisiese patentizar á la corte entera que vuestra existencia toda, vuestras palabras, vuestra misma persona, no son mas que una prolongada impostura?

— Pero esas preguntas...

— Quiero asegurarme vuestra fidelidad. Conozco á los hombres. Son fieles cuando tienen interés en serlo. Escuchad ahora. Quiero ser maestre de Calatrava.

— ¡Por Israel! Comprendo : un rayo de luz acaba de iluminarme, y la muerte de la condesa no es ya un enigma para...

— Pues os advierto precisamente que debe serlo hasta para vos.

— En buen hora, señor : no digas mas : confieso que no la entiendo. Pero hay ya un maestre, y no suele haber dos en ningun órden...

— Precisamente eso es lo que todas las figuras cabalísticas no os hubieran revelado nunca á vos antes que á los demás No hay ninguno.

— ¡Dios de Abraham! Dos muertes en menos de...

— Con respecto al maestre Guzman, ese mismo Dios de Abraham que invocais tuvo á bien llevarle á mejor vida.

— ¿Qué dices, señor?

— Ahora la sabemos dos en Madrid. Vos y yo.

— ¿Y creeis que Clemente VII...?

— Clemente VII estará probablemente ahora donde el maestre....

— ¡Qué de importantes noticias!!

— Don Pedro de Luna ocupa la santa silla de Aviñon, Ahora bien, ¿á qué hora vereis á su alteza?

— Debo asistir á su refaccion de la noche.

— ¿Qué mas pudiérais pretender? Deslumbrad á la corte. Allí podeis hacer uso de vuestra recóndita ciencia. Adivinad delante de su alteza las noticias que acabo de daros, y adivinad tambien que el maestre de Calatrava ha de ser...

– Don Enrique de Villena.

— Justo. Mañana me ha de saludar el rey en la corte con ese pomposo título. Para el logro de nuestro fin es preciso que le conste al rey que no nos hemos visto.

— Nada mas fácil. Ya sabes, señor, que la quebrantada salud del jóven rey me obliga á habitar, ciñéndome á sus mismas órdenes, una habitacion inmediata á la suya, y que todos ignoran que tengo una comunicacion abierta con vuestro laboratorio. Su alteza juzga que encanezco ahora sobre los crisoles, que consulto las estrellas sobre el éxito de la guerra de Granada, y que revuelvo á Dioscórides buscando remedio á sus dolencias.

— Perfectamente. Esperad. Dos personas mas me estorban para mis fines...

— Ya sabeis que he recibido no ha mucho de Italia un pomo de aquella agua clara, mas cristalina que la que envian las sierras vecinas á esta villa, y que el que la llega una vez á sus labios no vuelve en sus dias á tener sed.

— Basta, Abenzarsal, basta. Si el estudio endurece de esa suerte el corazon del hombre, quemaré mis libros, viejo empedernido en el pecado; soy ambicioso; pero creo que hay un Dios, y juzgo que ya he hecho lo bastante hoy para haberle de dar cuentas largas y terribles el dia que se digne llamarme á su juicio.

— En ese caso...

— Oid. La una persona es un doncel de Enrique el Doliente, un mancebo valeroso : las armas no pueden nada con él..... pero es mozo

de pasiones vivas; acaso manejándolas y volviéndolas contra él mismo...

— ¿Se llama?

— Macías.

— ¿Está en Calatrava?

— En el alcázar por mi desgracia.

— Prosigue, señor, la otra...

— Elvira, la mujer de...

— Tranquilizaos. Vos ignorais acaso algunas circunstancias que derraman gran luz sobre mis ideas. Mañana os he de decir...

— No: hablad ahora.

— Bien: sabed que ese mancebo ha estado fuera de la corte por una pasion que le domina...

— ¿Qué decís? Yo creí que mis servicios solo...

— Os equivocais.

— ¡Ah! ¡de esa ignorancia nació mi error! Proseguid.

— Es bizarro, pero preocupado, supersticioso como los jóvenes todos de esa corte ciega y atrasada...

— Proseguid.

— En una ocasion halléle en mi habitacion: iba á consultarme sobre su horóscopo: examiné su temperamento, ardiente, arrebatado; hícele varias preguntas al parecer indiferentes; pero un jóven de veinte años mal hubiera pretendido encubrir su flaco á un hombre de mi experiencia. Díjome sin querer decirlo que amaba, y de sus respuestas, que yo aparentaba despreciar, inferí que amaba á una dama casada...

— ¿Casada?

— Mi prediccion fué vaga. Deseoso de informarme mejor, tomé tiempo para responderle mas claramente. Observéle entre tanto: de allí á pocos dias un ramillete cayó del pecho de una dama desde un corredor al patio de los leones de su alteza; recordareis que un caballero incógnito, armado y calada la visera, se precipitó á recoger el ramillete á riesgo de su vida...

— Adelante, Abrahem.

— El ramillete era de Elvira, el caballero, Macías. En la corte, y entre los que no tenian antecedente ni interés alguno en observarlos, esta anécdota sonó dos dias, y se olvidó despues. De allí á poco anuncié al mancebo que un astro fatal le perseguia en la corte...

— ¡Santo Dios!

— El crédulo mancebo me creyó y desapareció. No me cabe duda: ama á Elvira, y la ama como un frenético. Mas, debe de ser correspondido: la dama no pensó en recoger su ramillete. Creedme; le he examinado atentamente; es de aquellos hombres en quienes el amor es siempre precursor de la muerte.

— ¡Qué descubrimiento! ¿Y pensais que...?

— Pienso que si logramos poner en juego esa pasion, pienso que si el doncel no ha olvidado su amor, vuestros enemigos se destruirán por sí solos, sin que necesiteis cargar vuestra conciencia con un crimen.

— Hacedlo, Abenzarsal, hacedlo, gritó don Enrique fuera de sí; quitáisme un peso horrible.

— Un medio para reunirlos : una ocasion, y son perdidos.

— Un medio, una ocasion... es mas fácil decirlo que...

— No importa. Una ocasion.

— Y que Hernan Perez. .

— Sí : una vez impuesto Hernan Perez, su ruina es cierta; el escudero es osado, pundonoroso, valiente...

— ¡Ah! pero me haceis recordar... si ha de envolver su desgracia la de mi escudero... mirad que me ha prestado servicios...

— Tranquilizaos, ilustre conde. ¿Qué mal le podrá venir? ¿Haber de encerrar á su mujer en una reclusion para toda su vida? Supongo que sabeis que un esposo de tres años no se morirá de tristeza por tan terrible golpe... Vos érais tambien esposo y...

— Abrahem, Abrahem, ya os he dicho que no consiento alusiones en esa materia: dejadme tiempo á lo menos para reconciliarme conmigo mismo.

— Señor...

— En buen hora, concluyamos en ese asunto, pues vos me respondeis de mi inocencia y de la vida de mi escudero; de consuno buscaremos un medio para reunirlos, y acaso la Vírgen Santísima de Atocha, de quien soy devoto, nos le proporcione presto. Si lo consigo, ofrezco edificarle un santuario en la mejor villa del maestrazgo...

— Besad este escapulario, señor, que representa su efigie, dijo entonces el redomado físico, alargando el que del cuello traia pendiente, y ella y su Hijo os ayuden.

— Amen, dijo levantándose don Enrique con aquella incomprensible mezcla de devocion y de impudencia, de religion y de vicios que distinguia así á los hombres vulgares como á los mas ilustrados de la época, sin que dejemos de inclinarnos á creer que en hombres como nuestros dos interlocutores eran aquellas prácticas exteriores hijas solo de la costumbre. Amen, repitió, y apretando la mano del físico separáronse con una afectuosa mirada de inteligencia; volvió á subir el astrólogo la escalera escondida por donde habia bajado, para meditar en los medios de cooperar á los planes ambiciosos de don Enrique, y este cruzó su laboratorio alquimístico en busca de Ferrus, que en la cámara impaciente le esperaba.

CAPITULO XVI.

Viendo aquesto un moro viejo
Que solia adivinar...
Suspirando con gran pena,
Aquesto fué a razonar.
Canc. de Rom.

Inútil es decir á nuestros lectores que el físico Abrahem Abenzarsal contó en cuanto llegó á su aposento las relucientes doblas del de Villena, y que animado con su sonido vivificador, y con la esperanza fundada de merecer nuevas confianzas de la misma especie, coordinó sus ideas y estudió preventivamente el difícil papel que ante el rey de Castilla habia de representar de allí á poco. Llegada la hora, asistió como tenia de costumbre á la mesa frugal de su alteza, ora previniéndole los platos que debia comer y los que solo debia gustar, ora dando pábulo con sus bien estudiadas respuestas á la conversacion naturalmente seca y desabrida de Enrique III. Hubieron empero de chocarle tanto á su alteza las misteriosas palabras con que salpicó la cena su médico, que no pudo menos de hacerle entrar en su cámara, y á presencia solo del buen condestable Rui Lopez Dávalos, que gozaba con él de la mayor privanza, y era no poco afecto á supersticiones y hechicerías, — Abrahem, le dijo, tus palabras encierran esta noche un sentido que no acierto á comprender. Dime por tu vida si algun fausto acontecimiento se prepara para estos reinos, ó si alguna calamidad nos amaga, que podamos evitar con el favor de nuestro padre san Francisco, á quien venero particularmente.

— Vana es ya la intercesion de los santos, señor, cuando es pasada la hora del hombre.

Paróse aquí el inspirado varon, arqueó las cejas con siniestro mirar, dió un golpe en el pavimento con su nudoso báculo, y permaneció suspenso largo espacio, insensible á las reiteradas instancias del asustado monarca, que puesto en pié y descubierta la cabeza, pendia de su boca, ni mas ni menos que el reo que espera oir de la de su juez la temida sentencia. Llegándose entonces el astrólogo judiciario á una rasgada y gótica ventana, y examinando el cielo detenidamente, — No me engañaron, exclamó con voz hueca y sonora, que salia como un trueno de lo mas hondo de su agitado pecho : no me engañaron los infalibles cálculos de mi cábala. El astro que ha presidido tan infausto dia, velado entre cenicientas y rojas nubes, acabó su diurna revolucion, y corrió á lanzarse en la inmensidad de los mundos, dejando tras sí sangrientas huellas de su funesto paso. ¡Oh rey! humilla tu frente soberbia; la iglesia de tu Dios dividida y presa de un cisma prolongado, va á caer su columna principal; el sublime vicario de su ungido inclina la frente pálida, soltando sus sienes la triple corona que dignamente llevó, y sus débiles manos las llaves de Pedro y el anillo del Pescador.

— ¡Dios mio! exclamaron á un tiempo el piadoso rey y el asombrado condestable; ¡Clemente VII!

— Sí, Clemente VII, continuó el energúmeno, ha pagado á la tierra el tributo de que solo un profeta de Israel, arrebatado por el fuego del cielo, pudo eximirse. Pero esperad; veo levantarse sobre su asiento y calzar la sagrada sandalia á un ilustre aragonés: un ricohombre de los de Luna es el elegido del Señor, á quien confia el timon de su nave zozobrante... Oh Benedicto, catorce de este nombre; á alta mision has sido llamado por el cielo. ¡Qué de lágrimas costará tu aragonesa condicion, tu invencible tenacidad, á los fieles divididos! En tí habrán de estrellarse los esfuerzos conciliadores de Urbano y del sacro colegio romano.

— ¡Don Pedro de Luna! exclamó vuelto hácia el condestable el sorprendido rey; ¡don Pedro de Luna! y arrodillándose ante una venerada estampa de las llagas de san Francisco, ¡oh portento! continuó; libradme, Señor, de todo mal, y purificad mi alma si estas predicciones son hechas por arte de vos reprobado...

— Rey, interrumpió al oir este escrúpulo religioso el solapado Abrahem, el Dios del cielo y de la tierra no reprobó nunca la ciencia, si bien quiso descubrir á pocos sus recónditos arcanos. Los hechos que te refiero, además, no son predicciones de incierto porvenir, en cuya oscuridad no es dado siempre á los míseros mortales penetrar; á la hora esta, si es cierto que hablan los astros á los que poseen el don de entender su lenguaje sublime, Aviñon ha sido testigo ya de los grandes acontecimientos que te anuncio. ¿Ves aquella estrella, cuyo incierto resplandor parece querer apagarse con vacilantes oscilaciones, á la derecha de la Osa menor, siguiendo la direccion de mi báculo? Parece lanzar sus mortecinos reflejos á la parte de Calatrava...

— Abrahem, ¿qué nueva desdicha?...

— Una columna de la cristiandad española yace derribada, el rayo contra el moro de Granada se extinguió. Acaba de entregar su espíritu al Señor...

— ¿Guzman? preguntó con precipitacion el buen Lopez Dávalos.

— Sí: ¿veis aquella parda y manchada nubecilla que el viento del norte impele violentamente hácia el mediodia? miradla reunirse á los demás vapores que un resto del calor del dia levanta de la húmeda superficie de la tierra. El astro del virtuoso maestre se ha eclipsado para no volver á lucir jamás.

Al llegar aquí, un profundo silencio sucedió á la tonante voz de Abenzarsal, y don Enrique y el condestable oraron fervorosamente por el alma del difunto maestre.

— Si las señales de mi ciencia, continuó el físico, no han dejado de ser infalibles, sangre mas ilustre ha de reemplazar la del piadoso maestre, y el estandarte de Calatrava verá agregarse á su cruz roja las barras de Aragon. Otro aragonés llevará á la victoria á los valientes caballeros de Calatrava. El cielo ensalza á los hijos de don Jaime, y un nieto del primer condestable de Castilla...

— Basta, interrumpió don Enrique III con voz desfallecida, basta, Abrahem : los altos juicios de Dios son incomprehensibles, pero el tiempo viene á justificarlos. Ayer el voto de la órden de Calatrava hubiera apartado á ese nieto del primer marqués de Villena del alto puesto á que está destinado. Un acontecimiento desgraciado, pero cuya causa, escondida hasta ahora, revelan tus palabras, ha llevado á mejor vida á mi muy amada doña María de Albornoz, y su afligido esposo ha quedado desatado de los lazos que le alejaban del maestrazgo. Dios la tenga en su santa gloria. Adoro tus fines, oh Providencia. Abrahem, decid, ¿habeis visto hoy al conde de Cangas?

— Señor, respondió con afectada sorpresa el hipócrita charlatan, tu alteza sabe que el estudio absorbe las horas todas de mi vida, y desde esta mañana no he cesado de consultar mis pergaminos en mi cámara inmediata á la tuya. Don Enrique por otra parte no se apartará de su estancia en estos momentos de luto para su corazon. No he visto, pues, al conde...

— No sabes en ese caso, repuso el rey, si está dispuesto á admitir el alto cargo á que el cielo le destina.

— No creo que haya pensado en ello siquiera, ni menos que pueda saber nadie en el alcázar todavía la triste muerte de don Gonzalo...

— Dices bien, Abrahem. Por otra parte, el nombre ilustre de mi pariente no puede menos de dar realce á la órden de Calatrava, y sus caballeros no opondrian obstáculo á tan acertada eleccion.

— ¡Hágase la voluntad del Señor! respondió el taimado físico con solemne entonacion; é inclinando la cabeza, el recogimiento en que quedó pareció anunciar el fin de sus predicciones.

— Condestable, dijo el rey despues de una ligera pausa, mañana dispondreis que la corte se reuna. Quiero recibir á los embajadores del Tamorlan y del rey de Francia. Abenzarsal, ayudadme á entrar en mi cámara: mis fuerzas se debilitan, y despues de la agitacion de esta noche necesito que las restaure un sueño reparador.

Llamó el condestable á los camareros de su alteza, y abriéndose las puertas de la estancia en que dormia, despidióse de él el primero; el rey de allí á poco, apoyado en el brazo de su físico favorito, desapareció, volviéndose á cerrar las hojas de la puerta, y quedando aquella parte del regio alcázar sumida en el mas profundo silencio.

CAPITULO XVII.

Yo os repto, los zamoranos,
Por traidores fementidos;
Repto á todos los muertos,
Y con ellos á los vivos;
Repto hombres y mujeres,
Los por nacer y nacidos;
Repto á todos los grandes,
A los grandes y á los chicos,
A las carnes y pescados,
Y á las aguas de los rios.

Cancion de rom.

Aun no habia conciliado el sueño el poderoso rey de Castilla, cuando ya el impaciente conde de Cangas y Tineo sabia palabra por palabra el coloquio que en el anterior capítulo dejamos descrito. A la mañana siguiente creyó ya del caso la llegada de la noticia de la muerte del maestre de Calatrava; tomó en consecuencia sus disposiciones para que el enviado, que precisamente habia llegado la víspera y que él habia sabido entretener, se presentase en la corte de aquel dia, y esperó tranquilo el resultado de su artificio.

El salon principal del alcázar donde tenia corte su alteza se hallaba ya ocupado en la mañana del dia, que tan fecundo prometia ser en notables acontecimientos, por algunos caballeros jóvenes donceles del rey, por varios pajes de lanza y de estribo, y por los ballesteros que guardaban las puertas como prevenia la etiqueta del tiempo. Algunos caballeros cortesanos de los que no acompañaban al rey á la misa, que á la sazon oia, discurrian sobre las noticias del dia.

— ¿Qué novedades, dijo un jóven de gallarda apostura y de pulido arreo á otro caballero que paseaba con él á lo largo del salon, qué novedadeis habeis recogido para vuestra corónica, señor coronista Pedro Lopez de Ayala?

— La principal, señor don Luis de Guzman, es la que de Sevilla me escribe el ginovés Micer Francisco Imperial.

— El de las trovas que comienzan *Gran sosiego é mansedumbre* á doña Angelina de Grecia, la princesa que ha regalado á Castilla el gran Tamorlan, del botin que cogió al turco Bayaceto?

— El mismo. Buen ingenio.

— ¿Y qué os dice?

— Díceme que el ginebrino que envió á buscar su alteza á París para componer el reloj de la torre de Sevilla, halo compuesto á las mil maravillas, y que da todas las horas como antes de haberle caido el rayo hace un año.

— Cierto que es importante, porque no habia otro reloj tan maravilloso en Castilla, ni quien supiera componer aquella enredada máquina. ¿Premiáronle bien?

— Merece mas de diez mil maravedís ¿Habeis oido, señor comendador, que acaba de llegar un demandadero de Calatrava?

— Por la Vírgen de Atocha que eso me interesaria, porque mi tio el maestre estaba malo...

— Sabeis que si muriese, lo que Dios no quiera, podríais pretender...

— Acaso. Pues nada oí : estuve jugando á las tablas...

— ¡Ah! vos bohordais bien.

— Sí, ahora que no está aquí el doncel Macías : cuando está, nadie lanza con mas tino el bohordo, ni derriba mas veces el tablero. Cobróle aficion el rey solo por eso.

— ¿ Y qué es de Macías? ¡ Bravo trovador y buen caballero!

— Desde que está en comision del hechicero no se sabe de él. ¿Sabeis que ese hombre es el diablo, y que todo el que se le llega desaparece? Mirad ahora la condesa...

— ¡Bah! como dice Rodriguez del Padron, el trovador gallego, amigo de Macías, ya se le podria hechizar á él con una buena lanza, porque sea dicho sin ofenderle, se le entiende mas de *lais* y *virelais*, que de achaque de encuentros. Ahora anda enseñando la gaya ciencia al marqués de Santillana.

— Ese sí que es mancebo de sutil ingenio. El jóven don Iñigo Mendoza gusta mucho de letras, y ha de hacer con el tiempo mejores trovas que el mismo Alfonso Alvarez de Villasandino, y que el judío Baena. A propósito, ¿cómo llevais vos vuestro rimado?

— Téngolo suspendido porque digo grandes verdades en él, y ya sabeis que en palacio...

— Oh, la verdad nunca gusta á...

— ¡El rey!... dijo una voz que salia de las piezas inmediatas.

— ¡El rey! repitieron dos farautes que entraban ya vestidos de ceremonia por las puertas del salon. Apartáronse los caballeros, y don Enrique subió á su trono, rodeado de los principales señores de Castilla, á cada uno de los cuales seguian los caballeros y escuderos de sus casas.

Ocupaba don Enrique de Villena, como tio segundo que era de su alteza, el lugar preeminente, si se exceptúa el del físico y el del condestable Dávalos, que á uno y otro lado pisaban el primer escalon del trono. Tenia el conde á su izquierda á su primer escudero y detrás al juglar, y rodeábanle varios caballeros, en cuyos pechos lucian las cruces de Calatrava, en lo cual echará de ver el lector que no se habia descuidado aquella mañana en atraérselos con mercedes y distinciones para tenerlos favorables á sus miras. Vestia luto, pero su semblante mas anunciaba alegría que dolor por mas que procuraba él disimularla.

— Chanciller, dijo don Enrique cuando se hubo sentado y saludado en derredor á sus cortesanos, ¿ qué letras teneis?

— Acábanse, señor, de recibir estas.

— ¡Ah! de Otordesillas, de mi esposa. Díceme doña Catalina que está próxima á su alumbramiento. ¿ Paréceos, Abenzarsal, que tendrá Castilla que jurar un príncipe de Asturias, despues de haber jurado solemnemente á la infanta doña María, mi muy amada hija?

— Pudiera ser, señor. ¿Qué mal habria en eso?

— Haced, condestable, que se dispongan tiros, y avisad á los pueblos de aquí á Otordesillas que se hagan grandes fogadas y ahumadas en las eminencias luego que las vean hacer en el pueblo inmediato, empezando Otordesillas mismo en cuanto su alteza dé á luz un príncipe. De esa suerte sabremos ese fausto acontecimiento pocas horas despues: dispondreis que no falten atalayas. ¿Hay mas?

— Señor, desea besar los piés de tu alteza el sublime Mahomat Alcagí embajador del llamado gran Tamorlan.

— Que entre, dijo su alteza; y los cortesanos todos volvieron las cabezas con ansiosa curiosidad hácia la puerta, como quien iba á ver una cosa que no todos los dias se veia.

Entró efectivamente el tártaro con áspero continente al aviso de un paje de antecámara. Acompañábanle al lado Payó Gomez de Sotomayor y Hernan Sanchez de Pazuelos, embajadores del rey de Castilla al Tamorlan, que habian vuelto con él despues de haber recorrido vastas regiones, climas apartados y diversas costumbres de paises.

Hablaba el bárbaro, y Sotomayor, que en dos años que su larga embajada habia durado, habia tenido ocasion de aprender algun tanto su lengua, le sirvió de truchiman.

— El rey Tamurbec el Honrado, Tabor Bermacian, mi señor, me envia á tí, rey de las ciudades y lugares de Castilla y de Leon é España. Dure tu tiempo y buena fama en noblezas generales y en gracias cumplidas. El rey mi amo, noticioso de la grandeza de tu reino, acepta la amistad y buena correspondencia que con tus embajadores le enviaste á ofrecer. El Profeta te sea en ayuda, te dé sus saludaciones. En muestra de buena amistad, envíate el rey mi señor el presente de joyas y las dos hermosas damas, que te traje para tu harem, que al hijo de Osmin ha cogido en la gran victoria que le ha ganado. El rey de los reyes ha humillado la soberbia condicion del hijo de Osmin, y hoy en una jaula de hierro sirve de estribo al poderoso Tamurbec, rayo de Dios.

— Recibo vuestra embajada, valiente Mahomat Alcagí, y no os doy respuesta, dijo don Enrique, porque quiero que tornen embajadores mios á vuestro amo y señor el muy honrado Tamurbec con mis cartas y presentes. Rui Gonzalez de Clavijo, añadió vuelto á este su camarero que entre la turba de cortesanos andaba oscurecido, quiero que vos y fray Alonso Paez de Santa María, maestro en santa teología, y Gomez de Salazar mi guarda, hagais este viaje como embajadores mios.

Adelantóse entonces Rui Perez de Clavijo. y poniendo en tierra una rodilla, — Beso á tu alteza los piés, dijo, por la lisonjera distincion con que honras á tu vasallo.

Retiróse el embajador de Tamorlan, y salieron con él algunos caballaros, curiosos de preguntarle y saber las varias noticias que de tan luengas tierras y afamadas hazañas podia darles.

Entraron en seguida los embajadores del rey Carlos de Francia, sexto de este nombre, los cuales dijeron á su alteza, despues de las primeras fórmulas de etiqueta, cómo se hallaba bastante malo el rey su amo de

resultas de habérsele prendido fuego en un baile de máscaras á una piel de salvaje de que iba vestido. Aseguraron despues á los cortesanos en confianza, que lo que en Francia mas se temia no eran las resultas de este accidente, sino que corria el rumor de que el buen rey Carlos VI estaba á punto de perder la razon ; que se habia observado ya muchas veces tal cual desatino en su conducta, que pasaba los dias enteros sin hablar, y otras extravagancias de esta especie. Estos embajadores trajeron en presente dos truenos grandes, como entonces se llamaban, que fueron la admiracion de los cortesanos, por haberse reducido ya á tan cortos límites una arma que habia empezado por no poderse usar sino en las murallas de una plaza sitiada, que se habia podido trasladar de un punto á otro despues por medio de una máquina convenientemente montada, y que ya podia manejar y disparar casi un hombre solo, si bien con trabajo. Apreció mucho este regalo el rey Enrique, y despachó á los embajadores, los cuales volvieron para su tierra, no sin dejar alguna moda de las de su traje en la corte del rey de Castilla, pues eran muy galanos, y venian lindamente ataviados. Al dia siguiente salieron ya varios jóvenes donceles con el pantalon muy ajustado, y dos mangas perdidas recortadas como las habian visto en los embajadores : moderaron la barba que antes se dejaban crecer en derredor de la cara, porque los embajadores no la traian, y hubo quien sacó el zapato retorcido y puntiagudo, que entonces se llevaba, con mas de seis pulgadas de punta, ni mas ni menos que el asta de un toro.

Presentóse en seguida de los embajadores franceses un demandadero de Calatrava, el cual anunció á su alteza la infausta noticia de la muerte del maestre.

— La sabíamos, dijo el rey, y hoy mismo le nombraré sucesor.

— Hernan Perez, dijo el de Villena dándole con el codo.

— Entiendo, señor, contestó el taimado escudero.

Apenas se habia retirado el demandadero, cuando se dejó ver en las puertas del salon, precedida de dos dueñas vestidas de negro, una dama enlutada y con antifaz que le tapaba completamente el rostro... Grande fué la sorpresa de los cortesanos todos : examinaban detenidamente sus contornos, por ver si descubrian quién fuese la que de aquella manera se presentaba. Llegóse la tapada lentamente hasta los piés del trono, y prosternóse en actitud de esperar á que su alteza le diese licencia para hablar.

— Condestable, dijo curioso y admirado don Enrique, ¿ porqué no me habeis prevenido que hoy nos las habíamos de haber con fantasmas? Vive Dios que hubiera preparado mi alma á recibirlas dignamente : ¿ sabeis quién sea esta dolorida?

— Ha burlado sin duda la vigilancia de los ballesteros : si su presencia te incomoda, señor, harásela salir.

— Es mujer, condestable, y su manera de presentarse encierra algun misterio que es fuerza aclarar. Alzad, señora, prosiguió don Enrique, alzad, y declarad qué causa extraordinaria os fuerza á venir de esta manera.

— ¡Justicia, señor, justicia! exclamó con doliente voz la arrodillada dama.

— Alzad y contad vuestras cuitas, repuso su alteza : nunca el rey de Castilla negó justicia á nadie.

— Señor, prosiguió la dama levantándose y mirando en derredor con notable inquietud, como si buscase á alguien que apoyase la demanda que iba á hacer, señor, un crímen se ha cometido en tus dominios, en tu villa de Madrid, en tu propio palacio.

— ¿Un crímen?

— Un crímen, y crímen destinado á quedar impune. Los poderosos que rodean insolentemente tu trono, validos de tu favor, son, señor, los que infringen tu justicia, y los que la arrostran. Doña María de Albornoz. la ilustre condesa de Cangas y Tineo, ha sido asesinada...

— Lo sabemos, dueña, dijo don Enrique, y ya hemos dado nuestras órdenes para que se descubran los autores de tan horrible atentado.

— ¿Los autores, señor? Uno hay no mas, y ese no corre los campos fugitivo á esconder como debiera debajo la tierra su insolente rostro; ese se ampara en tu misma corte. Ese nos oye.

— ¿En mi corte? dijo don Enrique mirando dudoso á todas partes. Agolpáronse al oir estas palabras los cortesanos para escuchar mas de cerca á la atrevida acusadora. Don Enrique de Villena, de cuyo semblante habia desaparecido su natural serenidad desde el momento en que habia columbrado el sentido de las palabras de la dama, la miraba con ojos indagadores, y afectando una curiosidad hija del interés que le convenia aparentar por el descubrimiento del perpetrador del asesinato de su esposa.

— Hernan, dijo en voz baja á su escudero durante la pausa que se siguió á las últimas palabras de la tapada, Hernan Perez, ¿qué quiere decir esto?

Hernan Perez estaba tan inquieto como el conde : por una parte creia que la tapada no podia ser otra que una persona que muy de cerca le tocaba. Su voz, aunque disfrazada, le habia hecho un efecto singular; por otra parte no podia concebir que se diese tal paso sin su noticia. — Señor, contestó al conde, sea lo que fuere, tu escudero no desmiente nunca su fidelidad.

— En tu corte, prosiguió la dama : él nos oye, y él recibe tus beneficios...

— Nombradle, dijo el rey, nombradle.

— Sí, añadió con voz trémula el de Villena, echando el resto á su mal sostenido disimulo; ¿quién es?

— ¡Vos! respondió una voz tonante, vos.

— ¿Yo? preguntó don Enrique : ¿yo?

— ¡Don Enrique! exclamó el rey mirando alternativamente al de Villena y á la tapada.

— ¡Don Enrique! repitieron en voz confusa casi á un mismo tiempo los señores todos que rodeaban el trono.

— ¡Santo cielo! exclamó el agitado conde volviéndose al rey con ademan y gesto hipócrita. ¿No me bastaba, señor, que una fatal estrella me

privase de mi esposa; era preciso que la calumnia se uniese á la alevosía, y que don Enrique de Villena se viese así ultrajado en tu misma corte y en tu presencia misma? Toma, señor, los honores que me has dado, recoge las distinciones con que me has honrado; toma esta espada, acepta esa banda que mal pudiera llevar con honor quien vió de esa manera el suyo atropellado...

— Serenaos, don Enrique, dijo tranquilamente despues de un breve rato de meditacion el rey justiciero, serenaos; conservad esas distinciones que tan bien os están, y tened presente que la calumnia se embota en el inocente como la punta de la lanza en el bruñido peto.

— ¿La calumnia? repitió mirando de nuevo en derredor la dueña desconsolada.

— Dueña, dijo don Enrique entonces con entereza, ¿sabeis el nombre que habeis tomado en boca, y la persona á quien ultrajais...?

— La verdad nunca puede ser ultraje.

— ¿Sabeis á ciencia cierta lo que dijísteis...?

— Juráralo si fuera menester.

— ¿Qué caucion dais de vuestras palabras? ¿quién sois? ¿porqué venís tapada á acusar al delincuente? La verdad trae la cara descubierta á la faz del sol. La mentira es la que se esconde.

— ¿Quién yo soy, señor? si pudiera decirlo no viniera de este modo. ¿No es posible que circunstancias personales me impidan descubrirme en público? Tomad, señor. dijo entonces la tapada presentando á su alteza un anillo que en el dedo traia. Ese anillo puede decir quién soy algun dia.

Tomó su alteza el anillo y examinóle detenidamente. — ¿Conoceis ese anillo, Abenzarsal, ó la seña que dice esa dama?

— Señor, dijo Abenzarsal al oido de su alteza, las piedras forman un nombre.

— Guardadle, pues.

— Además, señor, no trato de huir; póngome bajo tu salvaguardia; sé que desde el punto en que tomo sobre mí esta acusacion mil peligros me rodean.

— ¿Y sabeis, incauta dueña, que la pena del talion espera al impostor...?

— Solo sé que el crímen debe denunciarse y desenmascararse al criminal.

— ¿Sabeis que si os faltan pruebas, ó un caballero que sostenga vuestra acusacion, sereis puesta en tormento y...?

— ¡En tormento! dijo espantada la dama volviendo á mirar en derredor con inquietud. ¡En tormento!

— A tiempo estais de desdeciros...

— Desdecirme... exclamó la dama enlutada clavando en don Enrique los ojos, que aparecian en medio de su antifaz como los relámpagos que rasgan la negra nube en medio de una noche tempestuosa. Jamás.

— En ese caso es forzosa la muerte del delincuente ó la vuestra.

— ¡Nadie, nadie! dijo entre dientes la demandante mirando á las puertas, y escuchando con la mayor ansiedad. ¿No hay un caballero,

exclamó entonces con despecho volviéndose á los cortesanos todos, no hay un cortesano siquiera del poderoso rey de Castilla que sepa empuñar una lanza por la inocencia, que salga por una mujer?

Leve y susurrante murmullo corrió por la asamblea á esta invitacion desesperada. Pero lucian en los pechos y en los brazos de los mas caballeros jóvenes prendas del amor de sus damas: un caballero que tenia la suya no podia adoptar otra. No era además seguro que la acusadora no hubiese perdido el juicio, cuando con tan poco apoyo y favor osaba habérselas con el mas poderoso señor de Castilla. ¿Quién la conocia? nadie: ¿quién estaba seguro de no ser víctima del rencor del de Villena si tomaba la defensa de la advenediza? — ¡Oh oprobio! ¡oh mengua! ¡oh caballeros! exclamó sollozando la desairada hermosa. ¡Hé aquí la corte de don Enrique III! Lo veo, aunque tarde: la inocencia no encuentra defensa entre los hombres. No importa. Insisto en la acusacion.

— Faraute, dijo entonces su alteza, haced vuestro deber.

Adelantóse un faraute, y en la fórmula del tiempo anunció tres veces en alta voz la acusacion hecha á don Enrique de Villena; preguntó si algun caballero tomaba la demanda de la acusadora, y sucediendo á sus voces sepulcral silencio, intimó á aquella que en el plazo preciso de tres dias habia de presentar un defensor ó las pruebas de su acusacion, y que cumplido el plazo sin presentarle seria puesta en tormento y llevada al suplicio, donde le seria la lengua cortada y arrojada á los canes, despues de ello ajusticiada por calumniadora.

No pudo oir esta última parte de la intimacion la desolada dama sin exhalar un gemido de terror, y abandonándola sus fuerzas, dejóse caer en brazos de una de las dueñas que la habian acompañado.

Movido á lástima el rey al ver su situacion, alzóse en el trono, y puesto en pié,—Don Enrique, dijo, estoy seguro de vuestra inocencia, y el cielo en todo caso saldrá por ella. Aflígeme sin embargo el estado de esa desgraciada, y la administracion de la justicia exige que yo satisfaga la vindicta pública. Dadme, Abenzarsal, ese anillo. Quiero yo mismo requerir por última vez un defensor. Ricoshombres, caballeros, ¿quién de vosotros toma esta demanda? El caballero que se proclame su defensor recibirá este anillo como prenda de la dama que va á defender, y si sale con victoria de la prueba á hierro y demuestra en el palenque, con el favor de Dios, la verdad de la acusacion, que no creemos, este anillo le servirá de seguro para los dias de su vida: la persona que me lo presente logrará la gracia que pida, y su dueño será libre de toda pena en el momento de presentarlo. ¿Quién de vosotros toma la demanda de la acusadora?

— ¡Yo! exclamó una voz estentórea que resonó fuera de la cámara todavía.

— ¡Él es! gritó con penetrante alarido la enlutada, y el exceso de la alegría, pudiendo mas en su alma que el pasado dolor, la derribó sin sentido en brazos de sus dos dueñas.

Volvieron los ojos los cortesanos á mirar quién fuese el temerario que en tán arriesgada demanda se entrometia, y don Enrique de Villena, cuya alegría se habia manifiestamente conocido por algunos instantes,

dirigió miradas de fuego y de incertidumbre hácia el advenedizo defensor de su acusadora.

Entraba este ya por la cámara con ademan resuelto y pasos precipitados. Venia armado de piés á cabeza, y su sobrevesta negra y su penacho del mismo color, que ondeaba funestamente sobre su capacete, parecian anunciar la muerte á todo el que se opusiese á su bizarro valor.

— Yo, repitió con voz fuerte entrando. Dirigiéndose en seguida hácia el trono, arrodillóse y pidió licencia á su alteza para tomar la demanda de la desconocida, fuese la que fuese.

Mirábanse unos á otros los circunstantes, no sabian qué pensar de las aventuras de la mañana. — Condestable, dijo el rey volviéndose á Rui Lopez Dávalos, ¿será que hoy no hayamos de conocer á ninguno de nuestros vasallos? ¿qué decís, conde de Cangas, de este defensor? ¿le conoceis?

— No responderé nunca, señor, á la acusacion de dos enmascarados.

— ¿Y respondereis á la mia? preguntó alzándose la visera el denodado mancebo.

— ¡Macías! exclamó el rey. ¡Macías! repitieron asombrados los mas de los que presentes estaban. Don Enrique fué el único que sobrecogido de la ira y del terror, ni acertaba á pronunciar palabra ni osaba levantar los ojos del suelo, al cual se los habian hecho bajar mal su grado la seguridad y la audacia de las miradas de Macías.

— Perdóneme tu alteza, prosiguió este vuelto á don Enrique el Doliente, si me hallo en tu palacio sin haberme presentado antes á recibir tus órdenes: tu alteza conoce mi lealtad, y solo poderosísimas causas pueden habérmelo impedido.

— Sensible es á mi corazon, doncel, que cuando os veo despues de tan larga ausencia sea para declararos contrario de mi muy amado pariente el conde de Cangas y Tineo, y para defender contra él una acusacion que estimo calumniosa.

— El cielo, señor, puede solo decidir esta querella.

— Aquí, pues, teneis, dijo el rey presentando á Macías el anillo de la tapada, que ya habia vuelto en sí de su desmayo, la prenda de la dama que elegís.

— Perdóneme tu alteza, exclamó la dama arrojándose en medio del rey y de Macías: permite que no reciba de mi mano ese anillo hasta el dia en que haya de verificarse el combate. Yo informaré á la persona de tu confianza que elijas de mis circunstancias, y quedaré hasta que las sepas en tu poder, si necesario fuese. Como prenda de que os admito por mi campeon, aceptad este lazo, noble caballero.

Arrodillóse el mancebo, á quien palpitaba violentamente el corazon dentro del pecho, y mientras que su dama rodeaba su cuello con una banda negra que tenia por lema estas dos palabras bordadas: *imposible*, *venganza*: — ¿Será posible, le dijo en voz baja, que insistais en ocultaros de quien ha de ser vuestro caballero, no solo acaso en la lid...?

— *Imposible*, repuso por lo bajo tambien la tapada.

— ¿Qué teneis, pues, derecho á exigir de mí?... repuso Macías.

— *Venganza*, volvió á contestar la dama concluyendo de anudarle el lazo.

— Y bien, Macías, ¿ teneis que pedirme alguna gracia? dijo el rey.

— Ninguna, respondió el doncel, sino que oiga tu alteza y apruebe mi desafío. Oid, ricoshombres, caballeros y escuderos. Yo, Macías, doncel del poderoso rey de Castilla don Enrique III, á tí, don Enrique de Aragon de Villena, conde de Cangas y Tineo, tomamos por testigos á todos los aquí presentes, te desafiamos de mal caballero, descortés y aleve, y te retamos á muerte como matador de tu esposa la muy ilustre doña María de Albornoz, á tí y á todos los caballeros de tu casa, á lanza ó á espada, á pié ó á caballo, mientras corra la sangre en las venas, renunciando á tu merced, como tú debes renunciar á la mia, y sobre esto Dios y la Vírgen de Atocha me ayuden. A tí solo, ó á varios.

Al decir esta palabras arrojó Macías su guante. Gran suspension y silencio siguió á esta accion determinada.

— Conde de Cangas y Tineo, dijo el rey volviéndose á alzar en el trono y comenzando á bajar los escalones, Macías, mi doncel, ricoshombres, caballeros, escuderos aquí presentes, yo don Enrique, rey de Castilla, concedo el juicio de Dios á mi doncel Macías y á don Enrique de Villena para que en combate singular riñan cuerpo á cuerpo, y declaro traidor y aleve y digno de muerte al que fuere en la lid vencido si saliere del vencimiento con vida. Dios sea en favor de la inocencia y de la justicia. Conde, ¿qué haceis? añadió viendo que don Enrique inmóvil no recogia el guante que le habia arrojado su contrario.

— Espero, señor, que no permitirás que yo descienda de la clase en que el parentesco que nos une y los honores con que me has distinguido me han colocado para rebatir cuerpo á cuerpo con un simple doncel de tu alteza una calumnia que desprecio y...

— Si os empeñais, contestó el rey picado, igualaré al doncel Macías...

— No es necesario, señor, replicó Hernan Perez adelantándose á recoger la prenda abandonada; no es necesario : yo la alzaré por mi señor...

— Teneos... gritó Macías poniendo un pié en el guante : sois escudero.

— Le armaré, dijo el conde, y será vuestro igual; y en tanto, Hernan, alzad el guante por mí. O yo ó vos. Bastamos cualquiera de los dos para castigar la insolencia del campeon de las damas desconocidas.

Iba á responder Macías á este sarcasmo ; pero el rey, volviéndose á entrambos, — Conde, dijo, espero que vos, ó un caballero en vuestro lugar, sostendreis vuestra buena fama. Os hago maestre de Calatrava ; espero que ni los caballeros de la órden ni su santidad desaprobaránn esta eleccion que recae en mi misma sangre.

— Señor, dijo inclinándose con mal rebozada alegría el conde, estoy pronto á aceptar esta nueva honra si los caballeros de la órden...

— ¡ Viva el maestre don Enrique! clamaron tumultuariamente varios de los presentes.

— Bien, señores, bien, dijo el rey; no esperaba menos de mis leales caballeros de Calatrava. A vos, Macías, os doy un hábito de Santiago, y

os cubriré yo mismo. Habeis manifestado hoy valor y cortesanía. Espero que entrareis á mi cámara en cuanto os desarmeis.

Inclinóse Macías en señal de gratitud, y el rey se retiró diciendo al condestable: — Ruy, me recordareis que debo fijar el dia del combate. — Vos, Abrahem Abenzarsal, encargaos de esa dueña en vuestra cámara hasta que órdenes posteriores mias os indiquen dónde puede permanecer durante el plazo que falte para el combate.

El físico en consecuencia intimó la órden á la dama enlutada, y la encaminó con un paje á su cámara. Retiróse el rey, y con su marcha desaparecieron en pocos momentos los mas de los cortesanos. — No ha sido del todo feliz el dia, dijo Abenzarsal á don Enrique, que se retiraba con su escudero; pero no importa, son nuestros: haced por dirigir á la noche á Hernan Perez á mi cámara. — ¿Habeis hecho algo? preguntó don Enrique. — Espero hacer. — Dicho esto se separaron por no dar sospechas. Don Enrique y su escudero se fueron, departiendo acerca de los muchos sucesos buenos y malos que habian pasado aquel dia, y acerca de quién podia ser la dama, si bien muy pocas dudas les quedaban, y ya se proponia salir de ellas al momento el escudero.

Entre tanto rodeaban á Macías varios caballeros, quien á darle la bien venida, quien á preguntarle nuevas de Calatrava. Entre los muchos que se le acercaban, tocóle uno en el hombro con misteriosa familiaridad.

— ¡Ah! sois vos padre mio, buen Abrahem, le dijo Macías con un estremecimiento involuntario, y una nube de tristeza envolvió su frente. — Bien venido á la *corte*. — ¡A la corte! — Sí: á Dios, jóven osado. — Escuchad; esas palabras... me dijísteis, es verdad... *¡corte, corte* funesta! — A Dios. — ¿No podeis explicaros? — Ahora imposible: si quereis verme, al anochecer os esperaré en mi cámara. — ¿Cierto, Abrahem? Esperadme. — A Dios. — A Dios.

Siguió al astrólogo con su aparente prisa la direccion de su cámara, y Macías, distraido, revolviendo mil confusas ideas en su imaginacion, quedó entre sus curiosos amigos, á quienes ni contestaba ya acorde, ni podia apenas atender. ¡Tal era la impresion que la palabra *corte*, pronunciada por el físico, habia hecho en su imaginacion! — Macías ha perdido la cabeza, iban diciendo sus amigos al despedirse de él: ese maldito hechicero, en cuyas comisiones ha andado, le ha turbado el juicio. ¡Habeis visto qué desconcierto! ¡qué distraccion! O está enamorado, ó ha perdido el seso.

CAPITULO XVIII.

Melisendra está en Sansueña,
Vos en Paris descuidado,
Vos ausente, ella mujer.
Harto os he dicho; miraldo.
Rom. de Gaiferos.

En cuanto habia llegado á su habitacion don Enrique de Villena, se habia despedido de él el escudero, ansioso de saber definitivamente si era su esposa la que por obsequio á la memoria de la condesa se habia presentado con tanta osadía en la corte del rey de Castilla. Pesábale en gran manera que hubiese cabido en la imaginacion de su consorte tan heróica determinacion, pero lo que con mas cuidado le traia, era la circunstancia de haber llegado tan á punto el doncel para tomar sobre sí su demanda, y la exclamacion de la tapada al oir la voz de su defensor, circunstancias entrambas que ligaba mal que bien con el músico de la noche anterior á la desaparicion de la condesa. Podia ser casual esta coincidencia; podian muy bien, su consorte por amistad á doña María de Albornoz, y Macías por amor á esa misma, ó por cortesanía de caballero ocioso, encontrarse en el mismo camino. Esta reflexion, sin embargo, no bastaba á declarar sus dudas, y pensó en el partido que deberia tomar si no encontraba á Elvira en su cuarto.

Sucedióle sin embargo lo que no pensaba. Llamó el escudero á su habitacion, y la primera persona con quien dió fué con el listo paje, el cual con aire sumamente alegre :

— Buenos dias, le dijo, señor Hernan Perez; bien haceis en venir, porque desde que la señora condesa ha desaparecido no hay medio de alegrar á mi prima. Venid, venid á consolarla ; mis esfuerzos todos son inútiles.

— ¡ Vuestra prima, señor paje! dijo con asombro y gravedad el escudero. ¿ Supongo que no os quereis burlar de mí?

— ¿ Yo burlarme, señor escudero, pésia mi alma? Para burlas estamos por cierto, y no se cesa de llorar hoy en esta habitacion. Entrad vos mismo y lo vereis.

Abrió Hernan Perez la mampara inmediata, y quedóse como de piedra cuando contra todas sus esperanzas vió levantarse al presentarse él á Elvira, que con afectuosas palabras

— Esposo, le dijo, cuán mal lo haceis conmigo : vos teneis secretos para mí, vos pasais los dias enteros lejos de mí : hoy, sobre todo, me habeis dejado sola, y sabeis que no tenia ya la compañía de la condesa...

— Perdonad, Elvira, si... yo... ya sabeis que... Pero nunca pudo decir mas el asombrado escudero. Su esposa estaba vestida de negro, sí, pero su ropa no manifestaba haber salido aquella mañana ; por otra parte, la dama enlutada habia quedado en palacio.

— ¿ Qué teneis? ¿ Traeis mala nueva?

— Sí por cierto, contestó mas repuesto Hernan Perez; os traigo la de que me he vuelto loco.

— Muy cuerdo lo decís.

— Jurara que os habia visto en otra parte...

— Puede...

— ¿Cómo? ¿puede?...

— Tantas veces me habeis dicho que no me separo un punto de vuestra imaginacion, que me veis en todas partes tal cual soy... que... ¿no es cierto?

— Sí, replicó mordiéndose los labios el desairado esposo. Pero esta mañana no os creí yo ver de ese modo. En fin, parece que estais aquí...

— ¿Os estorbo, Vadillo? habladme con el corazon en la mano... ¿Quereis que salga efectivamente...?

— No, no es eso; es que me he vuelto loco, ya lo he dicho.

— Lindo humor traeis, esposo. Si hubiérais perdido una amiga, si os persiguiese una voz que os gritase continuamente en vuestro pecho: *un crímen se ha cometido y el criminal está impune...*

— ¿Qué decís? ¿oís vos esa voz?

— Os digo que no puedo desechar de mi imaginacion que esa pobre condesa ha sido malamente muerta, y que una persona...

— ¡Silencio! gritó con terror Vadillo.

— ¡Silencio! ¿porqué? Esta noche lo he soñado.

— ¿Qué habeis soñado?

— Tonterías; pero cuando está una afligida y prevenida por una idea... no sé qué efecto..

— Contad.

— Nada; soñé que habia estado en la corte no sé por qué accidente, y que una dueña enlutada se habia aparecido á pedir justicia...

— Proseguid, dijo temblando Vadillo.

— Sus facciones eran las de la condesa, su voz la misma: arrojéme á abrazarla y...

— ¿Vos?

— Yo, y me rechazó: « Aparta, dijo; estoy manchada de sangre: ¿no la ves correr aun? » Un chorro entonces pareció salpicarme toda y temblé... Pero ¡Dios mio! vos temblais tambien.

— No.

— Sí.

— Bien, sí... Estoy mortal. añadió para sí levantándose Vadillo: si habrá muerto efectivamente la condesa; ¿seria capaz el conde?... ¡Qué horror! Por otra parte. conociéndome, si lo hubiera hecho, me lo hubiera ocultado... yo le afée... ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Yo he sido cómplice de un asesinato? La dueña enlutada no podia ser sino la sombra misma de la condesa. ¡Jesus! ¡Jesus! ¡Vírgen Santísima! gritó Vadillo fuera de sí.

— Esposo, ¿qué es eso? ¿sabeis que empiezo á temer que sea cierta la pérdida de vuestra razon?... Contadme por Dios...

— Nada; imposible: en dos palabras: ¿vos no habeis salido?

— ¡Qué pregunta!

— ¿No saldreis?

— ¡Qué aire!

— A Dios. Elvira, á Dios. No me espereis hasta la noche. Asuntos de importancia me llaman al lado de don Enrique...

— ¿Os vais? ¿Para eso habeis venido? Mirad...

— Bien sé que me quereis, que me sois fiel; soy un loco... pero .. la condesa... ya sabeis... ahora dejadme por Dios, dejadme, vuestra presencia me hace mal.

Separóse al decir esto casi por fuerza de los brazos de su esposa, la cual quedó sollozando en un sillon con el paje al lado.

— Esto es mejor, dijo el paje. ¿Llorais de veras?

— Jaime, sí. Hace una tantas cosas contra su voluntad; las consideraciones del mundo...

— ¿Cómo? ¿Lo decís porque teneis que agasajar y poner buen semblante á vuestro esposo?

— ¿Qué dices, Jaime? preguntó lanzando un suspiro Elvira: ¿quién te ha dicho eso? es mentira, mentira. Yo amo á mi esposo; ni pudiera amar sino á él: ¡es tan bueno!

— Pues entonces, dijo el paje, no os entiendo; yo por mí, si no os viera llorar, ahora me reiria, soltaria la carcajada.

— ¿Porqué? Porque una circunstancia desgraciada le ha puesto en el caso bien triste de no poder distinguir la verdad del engaño? ¿Porque una mujer tenga mil veces que parecer artificiosa con su esposo, se habrá de deducir que este es risible? Ah, Jaime, en todo engaño ten lástima siempre al engañador, que en realidad ese es el mas risible, y ese es acaso realmente el engañado.

Despues de esta pequeña reprimenda no osó hablar el pajecillo.

— Mira, Jaime, si va lejos ya Hernan Perez.

— Tan lejos que no le alcanzaria el mismo Hernando, que no hay corza que no alcance.

— Vamos, pues, paje; no hay tiempo que perder; ya tienes tus instrucciones. Prudencia y silencio... Como la muerte, ¿estás?

— Como la muerte, respondió el paje. Dichas estas palabras, Elvira y el paje pasaron á otra pieza, donde no nos es lícito penetrar con ellos.

Hernan Perez entre tanto recorria con mas terror que zelos las inmensas galerías del alcázar: cada pisada suya le parecia las de la condesa. Hay muchos hombres valientes, temerarios contra un millar de enemigos armados en un dia de batalla, y que perecen de terror ante la idea de un muerto y el recuerdo de una fantasma; que treparian los primeros á la brecha, y no subirian nunca solos una escalera oscura. En aquel momento Hernan Perez era de estos: el menor ruido que hubiera oido realmente, la menor sombra que se hubiera puesto delante de sus ojos le hubiera derribado por tierra sin sentido. Tal traia él la imaginacion llena de ideas de muertes y apariciones, de sombras y emplazamientos.

Llegó por fin á la cámara de don Enrique. Abrióla de golpe, y precipitóse dentro con los cabellos erizados y los ojos casi fuera del cráneo.

— ¿Qué traes, Vadillo? dijo levantándose don Enrique al ver el desórden de su escudero.

— Es su sombra, señor, es su sombra, repuso Vadillo mirando atrás todavía, y procurando componer su semblante.

— ¿Qué sombra? replicó don Enrique. Será la que hace vuestro cuerpo al pasar por delante de la lámpara de la galería.

— No es eso, señor, no es eso.

— ¿Qué es, pues? explicaos.

— Mi esposa...

— ¿Vuestra esposa es sombra? ¿Qué decís?

Temblaba ya Ferrus de piés á cabeza con la explicacion del escudero, y no sabia don Enrique qué creer de semejante asombro.

— Digo, señor, concluyó Vadillo reponiéndose, que la dueña enlutada no es mi esposa, porque mi esposa está en su habitacion, y mi esposa no ha salido ni saldrá...

— ¿Estais seguro?

— Como estoy vivo.

— ¿Quién puede entonces?...

— No puede ser, dijo Ferrus, sino...

— La sombra de la condesa, concluyó Vadillo.

— ¿La sombra de la condesa? ¡Esa es buena! exclamó soltando una estrepitosa carcajada don Enrique de Villena.

— ¿Te ries, señor?

— ¿No he de reirme, si habeis perdido entrambos la cabeza?

— Ah, señor, repuso Vadillo, veo que si yo contara un sueño... En fin, quiero que me hayais referido de la condesa la pura verdad. ¿Estais seguro de que el encargado de...?

— Delirais, Vadillo, delirais. Verdad es que ahora pierdo yo el hilo de mis observaciones, y no sé... Puesto que decís que estais seguro de haber visto á vuestra esposa, confieso que no entiendo... De todos modos es necesario que vayais á buscar al astrólogo: os aguarda para darme una razon que espero con ansia. ¿Os atreveríais, ya que vais, Vadillo, á averiguar quién sea la tapada? ¿Tendríais resolucion...?

— Manda, señor, á tu escudero.

— Bien, pues yo confio á vuestro talento esa intriga: si el nigromántico lo sabe, os lo dirá: sino ved de tocar siquiera esa sombra, que como la toqueis, y como ella ofrezca cuerpo y resistencia, añadió riéndose don Enrique, podeis estar seguro, no quiero yo decir de que sea vuestra esposa, pero á lo menos, sí, de que es persona; y á ser hombre como parece mujer...

— Entonces, señor, yo os prometo que mi espada hiciera pronto la experiencia. Perdona si el sobrecogimiento de una escena que he tenido tan rara, tan extraordinaria, me ha hecho parecer á tus ojos, señor...

— Vadillo, os he visto pelear; sé que teneis valor. Conozco por otra

parte á los hombres : son débiles y miserables en todo. Una preocupacion es mas fuerte que cien ballesteros.

Iba á despedirse el escudero para la cámara del astrólogo, donde le esperaban acontecimientos mas extraordinarios cien veces que los pasados; pero don Enrique le detuvo para dar lugar, lo uno á las intrigas que debia preparar el nigromante, y lo otro porque entonces que en realidad le engañaba, una voz interior le gritaba que debia tratarle con mas amistad y consideracion que nunca. No debia faltarles tampoco que hablar desde que don Enrique era maestre, desde que iba á ser Hernan Perez caballero, y desde que el singular duelo de la mañana habia venido á complicar tan extraordinariamente los negocios y los intereses de los principales personajes de nuestra verídica historia.

CAPITULO XIX.

Y despues de haber propuesto
Su intento y sus pretensiones
A los de guerra y estado
Que atento le escuchan y oyen,
En confuso conferir
Se oye un susurro discorde,
Que sala y palacio asorda
La diversidad de voces.

Rom. de Bernardo del Carpio.

Cosa indudable es que don Enrique de Villena, una vez adoptadas sus ambiciosas ideas de elevacion, no perdonaba medio alguno de llevarlas á cabo, ni daba un pronto reposo á su imaginacion, buscando trazas para asegurarlas. El alto puesto que anhelaba era sin embargo bastante apetecible para que se le ofreciesen naturalmente en el camino de sus intrigas temibles maquinaciones de sus enemigos y poderosos contendedores. No habrá olvidado el lector tan pronto, si es que ha llegado á tomar alguna aficion á los sucesos que le vamos con desaliñada pluma enarrando, aquel don Luis de Guzman, que paseaba el salon de la corte en la mañana de este mismo dia hablando con el famoso coronista Pero Lopez de Ayala Si no ha olvidado á aquel caballero, y si recuerda el diálogo en que se le presentamos por primera vez, tendrá presente tambien que el coronista le habia designado como sucesor probable de su tio don Gonzalo de Guzman, último maestre de Calatrava. Llamábanle efectivamente á este alto puesto, en primer lugar su parentesco con el difunto, su vida ejemplar é irreprensible conducta, el título de comendador de la órden, y la confianza que inspiraba á los mas de los caballeros. Era generalmente querido, y en realidad mas digno del maestrazgo que don Enrique de Villena, en aquella época, sobre todo, en que el valor solia suplir todas las demás calidades; teníale don Luis en alto grado, y habia dado de él repetidísimas y brillantes pruebas en las guerras de Por-

tugal y de Granada, al paso que de don Enrique se podia sospechar fundadamente que no era su virtud favorita, pues nadie recordaba haberlo visto jamás en ningun trance de armas. Habia probado además don Luis que conocia los deberes todos de buen caballero en las diversas justas y torneos en que habia sido mantenedor ó aventurero; sabia manejar en todas ocasiones con singular gracia un caballo, rompia una lanza con bizarría, acometia con denuedo en la carrera, corria parejas con extrema donosura, cogia sortijas con destreza, y disparaba cañas con notable inteligencia. Don Enrique, por el contrario, empleaba todo su fuego en semejantes circunstancias en hacer una trova muy pulida y altisonante, en que cantaba las hazañas ajenas, á falta de las propias. Pero era el mal que en la corte de don Enrique no hablan obtenido todavía las trovas aquel grado de estima que en reinados posteriores llegaron á alcanzar; cosa en verdad que no dejaba de ser justa, si se atiende á que las trovas servian solo para matar el fastidio momentáneamente en un banquete de damas y cortesanos, al paso que una lanza bien manejada derribaba á un enemigo; y en aquellos tiempos belicosos eran mas de temer los enemigos que el fastidio.

Las intrigas de don Enrique habian impedido que este mancebo generoso supiese á debido tiempo la infausta nueva de la muerte de su tio. La primera noticia que de ella tuvo fué la que en pública corte recibió, y en el primer momento la sorpresa de no haber sido de ella avisado, circunstancia que no acertaba á explicarse á sí mismo fácilmente, y el dolor le embargaron toda facultad de pensar y abrazar un partido prontamente. Sacóle empero de su letargo la eleccion que hizo el rey de su pariente para suceder en el maestrazgo, é indignóle aun mas que semejante nombramiento la bajeza con que se adelantaron varios caballeros de su órden á proclamar casi tumultuosamente al conde. Mal podia sin embargo en aquella circunstancia manifestar su agravio, ni menos oponerse á la dicha de su competidor. Aunque lo hubiera intentado, hubiérale sido muy difícil pronunciar una sola palabra, porque debemos añadir á lo que de su carácter llevamos manifestado, que tenia tanto don Luis de cortesano, como don Enrique de valiente. Todos sus conocimientos estaban reducidos á los de un caballero de aquellos tiempos: habíanle enseñado en verdad á leer y escribir, merced á la clase elevada á que pertenecia; pero cuando no tenia olvidado él mismo que poseia tan peregrinas habilidades, que era la mayor parte del tiempo, no comprendia porqué se habrian empeñado sus padres en hacerle perder algunos años en aquellos profundísimos estudios, que no le podian ayudar, decia, á rescatar una espuela ni el guante de su dama en un paso honroso. ¿Qué cota por débil que fuera, qué almete por mal templado habia cedido nunca á la lectura de un pergamino por bien dictado que estuviese, ó al rimado de una trova por armoniosa que sonase? Despreciaba asimismo las galas del decir, y el elegante artificio de la oratoria, porque solia repetir que él llevaba la persuasion en la punta de su lanza; y efectivamente habia convencido con ella á mas moros que los misioneros que iban continuamente á Granada; estos no solian sacar otro fruto

de su peregrinacion cristiana que la palma del martirio, la cual podia ser muy santa y buena para su alma; pero no daba un solo súbdito á la corona de Castilla, sino antes se lo quitaba. Bien se ve por este ligero bosquejo que era don Luis hombre positivo, y que no hubiera hecho mal papel en el siglo XIX. En esta candorosa ignorancia, y en la fuerza de su brazo, consistia su popularidad, porque entonces como ahora se pagaba y paga la multitud de las cualidades que le son mas análogas, y que le es mas fácil tener: en ellas tomaba su orígen el carácter impetuoso y poco ó nada flexible de don Luis; cuando oyó la eleccion que habia hecho el rey Doliente, miró á una y otra parte todo asombrado, como si no pudiese ser cierta una cosa que no le agradaba, enrojecióse su rostro, cerró los puños con notable cólera é indignacion, miró en seguida al rey, miró al conde de Cangas, miró á los caballeros calatravos que le proclamaban, encogióse de hombros, y sin proferir una sola palabra salióse determinadamente de la corte; accion que en otras circunstancias menos interesantes hubiera llamado extraordinariamente la atencion de los circunstantes. Nadie sin embargo la notó, y el ofendido caballero pudo entregarse libremente al desahogo de su mal reprimida indignacion. Hubiera él dado su mejor arnés y su mejor caballo por haber sabido el golpe que le esperaba en el momento aquel en que la acusadora de su rival habia apostrofado á los caballeros presentes en favor de su demanda. No hubiera sido Macías entonces el que se hubiera llevado el honor de salir por la belleza; porque es de advertir que la acusacion, que, como á todos, le habia parecido inverosímil en el instante de oirla, comenzó á tomar en su fantasía todos los visos no solo de verosímil, sino de probable, y hasta de cierta desde el punto en que se vió suplantado por el que era objeto de la querella. « Es evidente, dijo para sí, que don Enrique es un fementido: mientras mas lo pienso mas me convenzo de su iniquidad. ¡ Felonía ! ¡ matar á una mujer!!! » Desde que hizo este raciocinio hasta el dia de su muerte, don Luis de Guzman no pudo admitir jamás suposicion alguna que no fuese en apoyo de esta opinion: era evidente para él que don Enrique habia matado á su esposa, y aunque la hubiera vuelto á ver de nuevo buena y sana, cosa que no sabremos decir si era fácil ya que sucediese, hubiera dudado primero de sus propios ojos que del delito de don Enrique. Así juzgan los hombres, y los hombres exaltados sobre todo.

Llegado don Luis á su casa, llamó á su escudero, y le dió el encargo de convocar á los caballeros de Calatrava en quien mas confianza tenia, y que no habian asistido á la corte de aquel dia. Mientras que el escudero partió á desempeñar su delicada comision, quedó don Luis paseando á lo largo su habitacion, y maquinando cómo podria asir la dignidad que acababa de deslizársele entre las manos.

De allí á poco comenzaron á ir llegando los caballeros de Calatrava, llamados unos, de su propia voluntad otros, al saber la escandalosa novedad que en la órden ocurria. Varios entre ellos tenian el mismo motivo de agravio que don Luis, es decir, que no podian alegar mas causa de su enemistad á don Enrique que el haber este conseguido lo que ellos

para sí deseaban : estos tales se hubieran reunido igualmente con Villena contra don Luis si hubiera sido este el afortunado. El amor propio ofendido y el deseo de derribar al poseedor eran su único objeto al reunirse, cosa que sucede comunmente en los mas de los conspiradores y descontentos. No sucedió, pues, en esta ocasion sino lo que suele siempre suceder en casos semejantes; pero habia una circunstancia favorable para ellos esta vez : á saber, que Villena prestaba mucho campo á la oposicion, de suerte que en realidad no eran sus enemigos los que tenian ventaja, sino él el desaventajado.

No tardaron mucho tiempo en hallarse reunidos en la casa posada de don Luis Guzman mas de veinte entre caballeros y comendadores de Calatrava. Seguia paseándose en silencio el desairado candidato, y solamente una seca inclinacion de cabeza, y un ademan mas seco todavía, con que hacia seña de ofrecer asiento, marcaban de cuando en cuando la entrada de un nuevo concurrente. Al ver tan distraido y preocupado al dueño de la casa, sentábase cada cual, y esperaba con humilde resignacion á que tuviese por conveniente romper tan incómodo silencio : lo mas á que se extendia el atrevimiento en tan solemne reunion, era á preguntar en voz imperceptible alguno á su compañero y adlátere el objeto de aquella misteriosa asamblea. Luego que le pareció á don Luis suficiente el número de sus oyentes, soltó la rienda á su desnuda elocuencia con toda la seguridad de un hombre que está muy lejos de imaginar que puedan reprochársele las frases que usa, ó vituperársele los vocablos que para expresar sus ideas adopta.

— ¡Por Santiago, caballeros de Calatrava! exclamó : que hoy luce un dia bien triste para nuestra órden. Dia de oprobio, dia que no saldrá fácilmente de vuestra memoria. Un rey débil, un rey enfermo, un rey en cuya mano estaria mejor la rueca de una dueña que la lanza de un caballero, osa atropellar vuestros fueros y privilegios, y ¡voto va! que no luce bien la cruz roja en un pecho dispuesto á sufrir humillaciones. ¿Sabeis lo que es honor, caballeros de Calatrava? se interrumpió bruscamente á sí mismo el comendador, parándose de pronto en su paseo, como hombre que ha perdido el hilo de un largo discurso que trae mal estudiado, y que se decide por fin á reasumir en una sola frase enérgica y terminante todos sus cargos y argumentaciones : ¿sabeis lo que es honor, caballeros de Calatrava?

A la primera enunciacion de este inesperado apóstrofe, dejóse percibir sordo murmullo de desaprobacion en el auditorio, y poniéndose en pié uno de sus principales oyentes :

— Duda es esa, señor don Luis de Guzman, que cada uno de los que aquí mirais reunidos á vuestro llamamiento sabria desvanecer bien presto, á no ser vos el que la anunciais. Ignoro los motivos que podeis tener para haber llegado á darle entrada en vuestro corazon, pero yo en mi nombre, y en el de todos los presentes, os ruego que os sirvais exponernos brevemente la causa que á esta convocacion os mueve, y á declarar qué habeis visto en los caballeros de la órden que provoque tan alta indignacion. Espada tenemos todos, y en cuanto al valor, no será

esta la primera ocasion en que probemos que no estamos acostumbrados á sufrir ultrajes impunemente.

— Nunca dudé, contestó don Luis con la satisfaccion de un hombre que ve abundar á sus oyentes en sus mismas opiniones, nunca dudé de vuestro valor. Como comendador mas antiguo, como pariente de nuestro buen maestre, que acaba de fallecer en Calatrava, he creido tener derecho á convocaros cuando se trata de los altos intereses de la órden, y de evitar acaso su ruina.

— ¿Su ruina? exclamaron á una todos los caballeros.

— Su ruina, sí, repitió Guzman, su ruina. Hoy ha llevado un golpe que tarde ó nunca se reparará. Varios de vosotros lo habeis oido. Escuchadlo los demás con espanto y con indignacion. No se espera ya á que los caballeros de la órden, reunidos en su capítulo, pongan á su cabeza, movidos de justas razones, al caballero mas perfecto, mas experimentado en las lides, mas prudente en los consejos. No : un rey por sí y ante sí, atropellando nuestros mas sagrados derechos, eleva á la dignidad que mil hechos heróicos, que una larga vida de virtudes bastan apenas á merecer, ¿á quién? á un hombre cuyo penacho no sirvió nunca de guia á los valientes en una batalla, á un hombre que nunca dió el primero ni oyó resonar en torno suyo el grito de ¡Santiago cierra España! A un hombre que ha trocado la lanza por la pluma, cuyo campo de batalla es una mesa cubierta de inútiles pergaminos, que no ha vencido nunca sino las necias dificultades de lo que llama él rimas. A un hombre, caballeros, de quien con fundada razon se dice que tiene inteligencia con los espíritus, y que...

— ¡Qué horror!

— Oidlo, sí, con escándalo, nobles compañeros. Ese es el hombre que nos destinan por maestre : un afeminado cortesano, un intrigante ambicioso, un rimador, un nigromante en fin...

— ¡Fuera, fuera! gritaron á una los caballeros, cuyos ánimos iba templando ya el calor comunicativo y la natural elocuencia de la pasion que dominaba en el comendador.

— ¿Lo sufriremos? continuó don Luis, como una piedra que caida de una altura desmesurada sigue rodando largo espacio despues de llegada al llano, ¿lo sufriremos? Yo por mí, nobles caballeros, juro á Santiago de no dormir desnudo y de no comer pan á la mesa mientras que vea la órden á su cabeza al... al... ¿para qué callarlo en fin? al asesino de su esposa.

No necesitaban ni tanto ya los caballeros reunidos en casa del comendador para acabar de perder la poca sangre fria que les quedaba. La última frase del orador produjo el efecto de una chispa lanzada en medio de un monton de estopa seca. Veíase lucir en todos los semblantes la misma animacion que en el de Guzman; todos provocaban y excitaban mutuamente su cólera con la relacion de las ofensas que en aquel momento se figuraba cada cual haber recibido ó del rey Doliente ó del intruso maestre. Inútil es decir si se recapitularon largamente las calidades del conde de Cangas. Habia quien lo habia visto horas enteras evocando

los manes de los difuntos en un cementerio en compañía del judío Abenzarsal; habia quien le habia visto sepultarse en una larga redoma y desaparecer á los ojos de los circunstantes; y hasta se llegaba á probar que habia estado en mas de una ocasion en dos partes opuestas á un mismo tiempo: lo cual, como convinieron todos, no podia obrarse sino por arte del demonio, si se atiende á que cada uno no suele tener en el mundo mas que un cuerpo; ahora bien, era cosa sabida que el demonio no hace nada de balde, circunstancia que podria hacerle pasar perfectamente por escribano ó agente de negocios; de lo cual era forzoso inferir que don Enrique le habria vendido su alma, si bien no habia entre tanto ilustre caballero quien osase descifrar las ventajas que al demonio le podian resultar de poseer el alma de don Enrique de Villena, tanto mas cuanto que á todo tirar no era realmente de las mejores.

Quedó sin embargo establecido por punto general; primero, que don Enrique habia sido, era y seria eternamente nigromante por pacto con el demonio: segundo, que habia sido asimismo, era y seria eternamente el asesino de su esposa, lo cual habia de ser irremisiblemente cierto, mas que no hubiese tal demonio, ni tal esposa muerta, cosas para nosotros, si hemos de decir verdad, igualmente dudosas.

Resueltos estos dos puntos principales, era consecuencia forzosa el resolver la deposicion del maestre: esto en verdad ofrecia mas dificultades, pero la imaginacion las superó; convínose primeramente en que don Luis de Guzman quedaria en la corte para exponer reverentemente á su alteza que los estatutos de la órden de Calatrava determinaban que solo pudiese ser nombrado el maestre por eleccion de los caballeros y comendadores reunidos en capítulo; y que para ganar tiempo mientras se recababa de su alteza la revocacion del nombramiento ilegal, saldrian varios de los caballeros presentes en calidad de emisarios á los diversos puntos donde habia fortalezas y castillos de la órden para evitar que se reconociese y prestase juramento de pleito homenaje al conde de Cangas. Uno sobre todo debia ir y declarar al clavero de la órden residente en Calatrava que era la voluntad del mayor número de los caballeros que siguiese desempeñando las funciones de maestre, lo cual además le suplicaban rendidamente por el bien de todos, mientras que se procedia á la eleccion del que hubiese de ser válida y legalmente nombrado.

No perdieron, pues, instantes preciosos, y antes de anochecer los caballeros habian hecho voto solemne de llevar adelante su empresa, mientras que estuviese pegado el puño de la espada á la hoja, y mientras que corriese una gota de sangre por las venas: todos habian ofrecido al santo de su devocion el don que les parecia mas grato á sus ojos, y se habian separado, despues de conferidos poderes á cada uno de los emisarios en nombre de aquella junta, que llamaron *capítulo extraordinario*, y al cual supusieron igual poder que al capitulo general, en vista de la urgencia y apuro de las circunstancias en que se habia celebrado.

Verdad es que tampoco se habia dormido don Enrique de Villena, á quien no se le ocultaba que podria encontrar una enérgica oposicion en

los caballeros; antes disponiendo de varios de los que se habian pronunciado en su favor en la corte de aquella mañana, tomó igual providencia enviando á Calatrava, á Alhama y á otros puntos emisarios que le dieran á reconocer, que animasen á los tibios con promesas de adelantamiento, ganasen á los descontentos con plazas efectivas de comendadores, y enardeciesen á los amigos para que no pudiese en ningun caso ser contraria á la eleccion de su alteza la eleccion del capítulo, que bien sabia él que se necesitaba para la tranquila é indisputable posesion del apetecido maestrazgo.

Dejemos empero á los emisarios de uno y otro corriendo los campos de Castilla, y llevando de una parte á otras órdenes contradictorias, y volvamos á seguir el hilo de las maquinaciones, de que era teatro la parte del alcázar destinada á las habitaciones de su alteza y de sus mas allegados servidores.

CAPITULO XX.

Quien esto vos aconseja,
Vuestra honra no queria.
Rom. de don Garcia.

Empezaba á anochecer cuando el astrólogo Abrahem Abenzarsal, paseándose en su laboratorio con notable inquietud, parecia esperar á alguna persona, ó el éxito por lo menos de alguna de las muchas intrigas en que le tenia embarcado á la sazon su desmedida avaricia.

— ¿Si habré cometido una imprudencia? decia. ¡Oh! á mi edad seria imperdonable. ¡Los motivos que me expuso fueron tan poderosos y tantas sus lágrimas, tan eficaces sus ruegos! ¡No sé qué principio de condescendencia hay en el corazon del hombre, el mas duro, el mas empedernido, el mas viejo, para con una mujer, y una mujer hermosa y jóven que suplica... pero... alguien viene... ¡Ah! No cometí imprudencia alguna. — Señora, me hallais en la mayor inquietud... estaba anocheciendo ya...

— ¿Os dí mi palabra, respondió la dama, que entraba, é hicísteis mal en estar con cuidado. Pero os advierto lo mismo que esta mañana os advertí: bien conoceis cuan difícil es que en mi posicion pueda continuar semejante enredo. Os he dicho ya que las razones que á ocultarme me obligaron nada tenian de comun con su alteza; muchas veces no se puede hacer una obra buena á cara descubierta; las pasiones de la vida... En fin, ya me habeis comprendido. Espero, pues, que si no habeis hablado á su alteza, le hableis cuanto antes os sea posible.

— Esta misma noche, señora, podreis retiraros. Una vez que sepa su alteza quién sois, ¿qué inconveniente podrá haber?...

— ¡Qué agradecida debo estaros, sabio Abrahem!

— Vuestra estancia aquí es ahora indispensable. Su alteza pudiera querer veros, y sus órdenes han sido tan terminantes... Por otra parte no es de extrañar que quiera tomar con la acusadora de su querido pariente todas las medidas que la prudencia indica, sobre todo cuando no presenta acusacion tan atrevida vislumbre alguno de verosimilitud.

— ¿Vos tambien, Abenzarsal, vos que conoceis á don Enrique de Villena?...

— Porque le conozco, señora, no le creí nunca capaz de un...

— De todo, Abrahem, de todo.

— Veo que os hace obrar, señora, algun resentimiento particular... ¡Oh! sabido es que el conde fué siempre aficionado en demasía á las bellas...

— De nada le hubiera servido esa aficion para conmigo...

— Conozco vuestra virtud... pero pudiera muy bien...

— ¿Sí? ¿y qué? ¿para qué negarlo? largo tiempo duró su persecucion; pero si alguno de los dos puede aborrecer al otro por ese recuerdo, él es y no yo...

— Lo sé, señora.

— Por lo que á mí hace, me ha movido la amistad que á la condesa, mi señora, siempre he profesado, y el cielo; no otras consideraciones. Las que puedan moverle á él contra mí me interesan poco, Abenzarsal. Hállome bajo la proteccion de las leyes, bajo la salvaguardia de mi estado, bajo la custodia ahora de su alteza mismo.

— Decís bien, hermosa dama. Perdonadme si no entro ahora mismo á hablar por vos á su alteza; pero tengo para mí que ha de estar en su cámara todavía su doncel favorito, cuya larga ausencia no podia menos de dar lugar ahora á largas entrevistas. ¿Conoceis supongo al doncel Macías? ¡Pero qué distraccion! es vuestro defensor.

— Sin embargo, respondió la dueña cubriéndose el rostro con su abanico morisco, nunca le hablé...

— ¿No?

— Ya visteis que su presencia en la corte no tenia indicio de cosa premeditada de consuno. La casualidad sin duda le trajo... á tiempo que ningun caballero de la corte de don Enrique queria arrostrar por una débil mujer el poder del insolente Villena.

— Y su bizarro valor fué en ese caso y su cortesanía lo que le obligó á...

— ¡Oh! eso no es nada. Mas es de admirar la cobardía de los demás caballeros que su valor. Ese es deber...

— No sereis vos sin embargo, prosiguió el astuto astrólogo, la que negareis al único caballero que os ha librado del riesgo en que estábais las brillantes y peregrinas dotes que Castilla toda le concede...

— Ciertamente, no. ¿Sabeis qué hora es?

— Aquí teneis el arenero... Un solo defecto suelen encontrarle,..

— ¿A quién?

— Al doncel.

— ¿Y cuál? repuso la dama afectando una indiferencia que por cierto no sentia...

— Nada; dícese que nunca se le ha conocido dama alguna: sin embargo, tiene ya edad de enamorarse...

— ¿Quién sabe si lo estará realmente? ¿Es forzoso decir á gritos?...

— No; pero sabeis que á su edad es raro el caballero que no puede llevar un mal lazo, una banda, prenda del amor de su dama. Hasta es desdoro. Como no sea que adore en secreto á alguna belleza cuyo mote no pueda llevar...

— ¿Qué decís?

— O es eso, señora, ó es que el doncel no es sensible sino al aguijon de la gloria. En ese caso su galantería seria pura caballerosidad...

— ¿Estará ya solo su alteza? interrumpió la agitada dama.

— Paréceme, señora, que teneis interés en interrumpir la conversacion del doncel... ¿Seria yo indiscreto al hablar delante de vos?...

— Oh, no, no, nada de eso; hablad de él como pudiérais de cualquiera otro. Solo me relaciona con él el vínculo de la gratitud que recientemente me ha merecido.

— Solo una cosa tenia que añadir, en el supuesto de que esta conversacion no os incomode... ¿Estais inquieta?

— No, os he dicho que no: estoy tranquila. ¿Porqué no habria de estarlo?

— Digo, pues, que acaso ahora con ser vuestro caballero...

— ¡Mi caballero!

— Forzosamente ha de serlo.

— Sí, mi campeon, repuso la enlutada con un suspiro escapado del pecho á su pesar.

— Como querais. La posicion en que está para con vos, ese misterio que os empeñais en guardar, la compasion que inspirais, y el entusiasmo al mismo tiempo á que inclina el hermoso rasgo de amistad que habeis...

— No me lisonjeeis, y acabad.

— Todo eso, pues, hará nacer acaso en su imaginacion ideas que no habrá tenido nunca tal vez, y en su corazon una aficion...

— Perdonad, Abrahem, si os interrumpo; pero admiro vuestra penetracion. ¿Habeis conocido antes en mi rostro que me sentia incomodada?...

— ¿Será cierto? esta conversacion...

— No, la conversacion no, repuso la dama reclinándose; pero la agitacion del dia, la precipitacion además con que he tenido que andar no me ha permitido tomar alimento, y siento una debilidad...

— ¿No os decia yo? La palidez de vuestro rostro me lo anunciaba. Ved qué necio, yo creia que era la conversacion... ¡Qué tontería! Ya veo que el dia que habeis traido hoy es mas que suficiente motivo...

— Decís bien.

— Ya sabeis que mi primera ciencia es la de curar; si quereis seguir mis consejos...

— ¡Ah! ¿Creeis que esta debilidad...?

— ¿Quereis tomar algun alimento?

— Me será imposible...

— Verdad es... Si quisiérais una bebida cordial que os diese fuerzas...

— ¿Teneis?...

— Yo mismo os la prepararia... Os daria descanso y fuerzas...

— Como gusteis, Abrahem.

— La tomareis, dijo el físico preparando unas yerbas, y podreis descansar un rato aquí mientras que paso á hablar á su alteza.

— Pero en vuestra ausencia...

— No temais : nadie viene á mi cámara : el estudio y el retiro en que vivo alejan de mí las visitas que pudieran turbar vuestro reposo. Ningun sitio del palacio mas seguro que este; su inmediacion á la cámara del rey, las muchas guardias que custodian las próximas galerías...

— No, no es que tema ningun peligro; pero...

— Perded miedo; por otra parte teneis vuestro antifaz, que puede en todo caso guardaros de la indiscrecion, y vuestras dos dueñas esperan vuestras órdenes en mi antecámara. A la menor voz, ellas y los ballesteros...

— Decís bien.

— Perdonad si vuestros mismos intereses me obligan á dejaros sola en mi habitacion; mi ausencia será corta.

— Eso deseo.

— Tomad, pues, señora, esa bebida.

— ¿Pero me respondeis de su eficacia?...

— Estoy seguro de ella : apuradla.

— Ya veis si tengo confianza en el físico de su alteza; ni una sola gota he dejado.

— Obrásteis como prudente, repuso el empírico con una alegría que disimulaban mal sus ojos llenos de fuego y de esperanza. Reclinaos ahora un momento.

— No, no hay necesidad.

— Presto conocereis sus efectos : es maravillosa la virtud de la bebida : al principio parecerá quitaros las fuerzas; pero despues... y obra con una rapidez...

— Sí; paréceme que siento como pesadez...

— ¿No os dije? acaso os hará dormir...

— ¡Dormir, Dios mio! y aquí... ¡Abrahem!!!

— ¡Señora!

— ¡Santo Dios! ¿porqué no me lo habeis dicho?

— ¡Oh! será un momento... una hora.

— ¡Una hora, Abrahem! Quiero marcharme... me pondré el antifaz...

— ¿Qué decís? si quereis, mi lecho...

— ¡Dios mio! ¡Dios mio!... ¡Qué sueño, Abrahem, qué pesadez! es de plomo mi cabeza... Abrahem, Abrah... ah... Bien.

Apenas tuvo fuerza para pronunciar esta última palabra, á la cual no podia ya dar la enlutada sentido alguno. Inclinóse su cabeza, dejó caer su brazo lánguidamente, abrióse su mano, y desprendióse de ella sobre su sitial el hermoso pañuelo que bordado de su propia mano traia, y en que lucia su nombre con gruesos caractéres góticos de oro y seda artificiosamente mezclados. El mas profundo letargo habia sobrecogido

á la enlutada: y el astrólogo conocia efectivamente muy bien el maravilloso efecto de la narcótica bebida.

— ¡Es mia! dijo, despues de un momento de silencio, el físico: ¡es mia! añadió levantando el antifaz con que se habia cubierto la dueña la cara antes de dormirse, y volviendo á dejarle caer sobre sus hermosas facciones luego que la vió profundamente dormida. Téngola segura aquí para mas de dos horas. Una hora tengo para hablar con su alteza; otra para el desenlace de esta intriga infernal. Infernal, sí, pero pagada. Esta es la circunstancia que han de tener las intrigas. Dichas estas palabras, reconoció el astrólogo su habitacion y las puertas de ella: cerró la comunicacion con la escalera secreta, y salió con direccion sin duda á la cámara de su alteza.

CAPITULO XXI.

¿Cuyo es aquel caballo
Que allá bajo relinchó?
. . . . . .
¿Cuyas son aquellas armas
Que están en el corredor?
. . . . . .
¿Cuya es aquella lanza
Que desde aquí la veo yo?

Canc. de rom. anón.

Mas de una hora habia pasado desde que el intrigante viejo habia sepultado en letargo profundo á la incauta enlutada, y no habia alterado en aquel espacio el mas mínimo ruido la tranquilidad que en el laboratorio reinaba.

Por fin dos hombres, vestido el uno de rica y vistosa seda, de tosco buriel el otro, armado aquel simplemente con una espada, balanceando este en su diestra mano un agudo venablo, entraron en la pieza inmediata á la del astrólogo.

—¿Con que está decidido, dijo Hernando, que vais á ver á ese astrólogo?

— Citóme esta mañana, Hernando, repuso Macías, y no ha mucho que le he visto en la cámara de su alteza. « Dentro de una hora, me dijo, estaré en mi aposento: esperadme, si tardare, un momento. »

— ¡Plegue á Dios que no acabe el judío de volverte el juicio, señor!

— ¿Porqué, Hernando?

— Por el soto de Manzanares, señor, que otra vez le viniste á ver y nos ha costado andar meses enteros perdiendo halcones en los montes de Calatrava, que así sirven para los de Madrid como sirven los mas de los perros del rey Enrique para mi leal Brabonel.

— Así estaba escrito, Hernando; mi negra estrella lo dispuso de esa suerte.

— Voto va, señor, que yo no tuve nunca mas constelacion que mi mano

derecha, y lo que sé decirte es que siempre está escrito que muera el venado contra el cual disparo mi venablo.

— ¿Niegas tú, pues, la influencia de las constelaciones?

— No niego nada, pesiamí; pero si tienes enemigos, señor, y si quieres conjurarlos, ¿porqué no me dices: Hernando, escatima el rastro de aquel oso que me incomoda? Mal año para Hernando si antes de la luna nueva no habias de poderte hacer una buena zamarra con la piel de la bestia.

— Muchas veces, Hernando, conviene cazar de otra manera. Puede mas el ingenio que la fuerza.

— ¿Y que no tiene ingenio un montero? No todo ha de ser tampoco dar lanzada; pero maneras hay de cazar, si bien no se hicieron todas para monteros de corazon. No gusto yo de ardides; pero por tí, válame Dios, que monteara yo presto de todos modos. Tambien yo estuve en tu tierra; allí en Galicia aprendí la montería á buitron, y mas de un lobo he cogido al alzapié.

— Bien se trasluce, Hernando, que se te alcanza mas de ardides de montería que intrigas de corte. Mira si puedes esperar á mi salida, y dejemos para mejor coyuntura tus toscos lazos.

— Toscos, señor, pero seguros. Aquí te espero, y á la buena de Dios. Quiera este que no caigas tú en la hoya del adivino, y salgas cazado pudiendo cazar.

— No temas, Hernando, que en el último apuro no ha de faltarme nunca una buena lanza, y eso es todo lo que necesita un caballero. Entre tanto no tengo que temer del astrólogo, á quien nunca hice mal, sino de mí mismo, y este peligro es el que vengo á prevenir, que aquel prevenido se está.

— Como de esas veces sale la fiera de donde menos se espera. El oso era enemigo del hombre antes de que el hombre supiera cazarle. Anda con Dios, señor, mientras yo le quedo rogando que sea mas feliz esta prediccion del astrólogo que la pasada.

Sentóse á un lado Hernando dichas estas últimas palabras; y el dudoso doncel entró en el laboratorio del judío, inquieto por sus propios presentimientos, reforzados con las palabras del montero, y por el objeto de su supersticiosa visita.

La luz que alumbraba la habitacion era una lámpara de que solo ardia un mechero, y ese con pálido resplandor, porque el adivino no ignoraba cuán favorable es á la osadía en el amor un débil reflejo que sirve de velo al pudor y de capa al enamorado deseo. El doncel por lo tanto dirigió la vista á la mesa á que solia estar sentado trabajando el judío, y no vió á nadie. El sitial, donde estaba la dama reclinada, caia del otro lado de la mesa, y el aburrido caballero se creyó solo por consiguiente. — No está, dijo para sí; le esperaré. No habia mucho que se habia abandonado en un asiento á sus melancólicas imaginaciones, cuando le sacó de su distraccion un ruido acompasado semejante al que produce el desigual aliento de una persona que duerme agitadamente. Miró á todos lados y creyó que su oido le engañaba, cuando un profundísimo suspiro vino á confirmarle en su primera sospecha.

— ¿Quién hay aquí, dijo levantándose, quién? Alguien duerme en esta habitacion: ¿será que el judío, rendido al poder del sueño.. ? pero santo Dios, ¿qué veo? añadió reparando en la dormida, cuyo vestido se confundia en color con el fondo oscuro de los muebles y de la habitacion. Una persona... ella... ella es... la dama que esta mañana... no hay duda. Yo te doy gracias, santo Dios, por esta ocasion que me deparas propicio para averiguar lo que tanto anhelaba saber. ¡Oh! añadió acercándose con blando paso, temeroso de despertarla; ¡haced, Dios mio, que no venga nadie ahora, nadie!

La postura que el abandono de su letargo habia hecho adoptar á la dormida era tan elegante como puede serlo la de una hermosa dormída: su ropa la cubria enteramente; uno de sus piés adelantado indolentemente, y levantando el extremo de su vestido, dejaba ver el torneado y ascendente contorno de una pierna modelada por el deseo: no la hubiera hecho mas perfecta la imaginacion. Reclinábase sobre la una mano su cabeza, y la otra, naturalmente caida, parecia destinada á ser el objeto de la osadía de un amante arrodillado. Su extremada blancura, que se destacaba del fondo negro del vestido sobre que descansaba, la hacia semejante á esas pequeñas manchas de nieve que suelen verse todavía á fines de la primavera, desde larga distancia, resaltando entre las quebradas de una escarpada y oscura montaña. La agitacion de su descanso marcaba á cada sobrealiento la delicada forma de su seno, que se alzaba y deprimia como suelen alzarse y deprimirse las leves ondas al blanco impulso de la brisa azotadora. Su aliento desigual solevantaba de cuando en cuando el ligero antifaz de seda, y dejaba descubierta un instante la extremidad de su rostro, por la cual parecia poderse deducir fundadamente la hermosura del resto que no se llegaba á ver: levantándose alguna vez un poco mas el antifaz llegaba á descubrirse cerca de la boca la huella de una fugitiva y vaga sonrisa; bien como un relámpago mas prolongado suele en una noche tenebrosa ofrecer por un instante á la vista del ansioso espectador una porcion del cielo que dejan á descubierto los intérvalos de las nubes, ó la lejana y suave superficie de un arroyo plateado.

El doncel, cruzado de brazos á su lado, y sin atreverse á respirar ni acercarse por no terminar él mismo con el mas leve ruido la dicha de su contemplacion, esperaba el inmediato movimiento del antifaz, como si hubiese de ir viendo cada vez mas porcion de aquel tan deseado rostro, que la importuna tela roba á sus ansiosas miradas.

No era, sin embargo, el descanso del tierno objeto de su expectacion aquel que en la inmediacion de la mañana tiñe en alegres imágenes la fantasía de una bella: era el sueño fatídico de una horrible pesadilla producida por la pena, ó por una bebida ponzoñosa y antinatural. Algun gemido se escapaba de cuando en cuando del pecho oprimido: un *ay* oscuramente pronunciado moria al nacer en sus trémulos labios, y la mano que pendia, moviéndose con dificultad, parecia querer desviar de su dueño la fantástica figura que atormentaba sin duda su intranquilo sueño.

— Padece la infeliz, padece, dijo entre dientes Macías. ¡Ah! ¿quién puede ser sino ella? ¿quién sino ella podria atar de esta manera mis acciones? ¿quién producir este respeto y esta agitacion que á un mismo tiempo me dominan?

Un movimiento, en fin, mas marcado pareció anunciar que iba á despertarse.

— Dejadme, dejadme, dijo confusamente; huid. La muerte, la muerte...

— No, dijo Macías sin poderse contener por mas tiempo, no; la vida, la vida á tu lado eternamente. ¿Quién se atreverá á ofenderte estando Macías á tu lado?

Arrojóse entonces á sus piés, é iba á levantar con mano atrevida el antifaz.

— Salgamos de una vez, exclamó, de esta penosa situacion. Recordó entonces que en la mañana del mismo dia habia manifestado la enlutada su deseo de no ser conocida, y que él la habia empeñado su palabra de no descubrirla.

— ¡Horrible tormento! exclamó; pero respetaré tu voluntad, mujer cruel. Atrevióse entonces á llegar su mano á la de la tapada, y un fuego desconocido corrió por sus venas.

— ¡Dios mio! gritó despertándose la dama al sentir su mano oprimida por la del doncel. ¿Dónde estoy? ¡ah! ¿qué haceis? ¡Abrahem! Pero cielos, ¿qué veo? ¿pierdo la cabeza? ¿quién sois? soltad... Guiomar, Guiomar, añadió levantándose y llamando con voz apenas inteligible á una de sus dueñas que en la antecámara la esperaban.

— Callad por Dios, callad, exclamó Macías mirando á la puerta. No llameis á nadie: señora, ¿qué temeis?

— ¿Quién sois? ¡Ah! ¡sois vois! ¿Me engaña mi deseo?

— ¿Tu deseo? ¿has dicho tu deseo? repítelo otra vez, repítelo.

— No; no, caballero; no he dicho mi deseo. Perdonad si... no sé lo que pronuncio; el sueño, la... pero decidme, ¿porqué estais aquí? ¿qué haceis? Huid, huid, ahora que os conozco.

— ¡Cruel! ¿porqué?

— Soltad mi mano; soltadla, que no es vuestra...

— ¡No es mia! ¡mil rayos me confundan! Perdonad si mi dolor... ¿pero qué veo? este anillo... ¡Santo Dios! ¡ella es! ¡ella es! ¿quién sino ella pudiera tener este anillo? Es el mismo, le conozco, es el mismo.

— ¡Imprudente! exclamó la dama retirando y escondiendo precipitadamente su mano.

— ¡Elvira!

— ¡Silencio!

— Vos sois, vos sois: no me lo oculteis por mas tiempo, si no quereis que muera á vuestros piés.

— Y bien, yo soy, respondió la dama abalanzándose hácia atrás para poner todo el espacio posible entre ella y el doncel; yo soy, puesto que fuera inútil negároslo por mas tiempo. Y ¿qué quereis? ¿qué exigís de mí?

— ¿Qué exijo, señora, qué exijo? preguntó el doncel arrebatado de su loco frenesí: ¿tengo derecho á exigir algo de vos?

— Huid, pues, y no turbeis por mas tiempo mi tranquilidad.

— ¿Vuestra tranquilidad? y la mia, señora, ¿quién la turbó sino vos? ¿ó no es nada por ventura mi tranquilidad?

— ¿Yo?

— ¿Quién sino vos emponzoñó mi existencia, antes feliz y descuidada? ¿quién sino vos me dijo: Macías, mírame y ama?

— ¿Yo?

— Vuestros ojos, vuestros ojos se clavaron cien veces en los mios, y bien claro le dijeron. ¡Ah! Elvira, yo he aprendido bien á mi costa á leer en ellos.

— Santo Dios, ¿qué decís?

— ¿Juzgais, señora, por ventura, que es lícito mirar á un hombre y elegirle con los ojos entre la multitud para abrasarle impunemente? ¿Creeis que no vale tanto un hombre como una mujer? ¿Imaginásteis que su vida no es nada, que su existencia es vuestra? Vuestra, sí, si la comprais; pero con una sola moneda, con la sola moneda que la paga; ¡con amor!

— ¿Pero, Macías, delirais?

— Sí, deliro, porque te veo, porque te hablo, porque esta era la felicidad que anhelaba y que huia hace tres años. ¡Tres años, Elvira! Tú sabes los dias, los larguísimos dias que encierran cuando se pasan sin esperanza. He huido yo tambien, pero no hay hombre mas fuerte que su destino. Te amo, Elvira, te adoro. Amame, ó mátame.

— Elegid, caballero, lo que gusteis, exclamó Elvira fuera de sí, y haciendo un esfuerzo sobrenatural. ¡Vos osais ofenderme, vos abusais de esa manera de mi loca confianza! ¿Quién os ha dicho que os amé? ¿Olvidais que no puedo ser vuestra nunca jamás?

— ¡Yo olvidarlo, señora! ¡Pluguiera al cielo que me fuera dado olvidarlo! ¿Quién mas dichoso entonces? Pero nunca creí que vos misma os complaceríais en repetírmelo. Añadidme ahora que le amais á ese hidalgo...

— ¿Y si os lo dijera mentiria? Le amo...

— ¡Silencio! El infierno, el infierno se abre en este momento ante mis ojos... necio de mí, que consumí una vida entera de amor en conquistar este desengaño... ¿Pero qué veo? ¿Llorais? Elvira, ¿llorais? Nos entendemos, ¡ah! nos entendemos: se hablan nuestras almas, á pesar de nosotros y de los obstáculos: confesadlo; es imposible que no me ameis. No se ama nunca con este amor que me abrasa para no ser correspondido. Os comprendo. ¿Temeis? ¿mirais á todas partes? Bien, callaré, señora, callaré. Pero decidme *os amo*, y nada mas.

— Basta ya: ¡es imposible! ¿Paréceos que la superchería que conmigo usais, y que este encuentro, *casual* sin duda, en la habitacion del astrólogo, merece de mi parte premio y galardon? Creedme, jóven imprudente, un mundo entero existe entre vos y entre mí: jamás le traspasareis.

— ¡Jamás! ¡Dios mio!

— Y escuchad : si quereis evitar mi odio, si mi aprecio os interesa, jamás me hableis de amor : os prohibo que os presenteis delante de mí, os prohibo que me dirijais trova ni cancion alguna ; os prohibo...

— Prohibidme el vivir, cruel, y acabareis mas pronto, contestó el doncel con toda la amargura de la desesperacion.

— Juradlo, Macías, juradlo si sois caballero.

— ¿Que jure yo no amarte? Jurad vos no ser hermosa, jurad que vuestra voz no será dulce y penetrante, jurad que vuestros ojos no me abrasarán en lo sucesivo, y yo juraré entonces...

— ¡Silencio! Soy perdida. ¿No sentís pasos? ¿No oís? ¡Abrahem, Abrahem!

— Sí; pero esa puerta se cerrará...

— ¿Qué haceis? Teneos. ¿Quereis hacerme delincuente cuando soy solo desgraciada?

— Señor Hernan Perez, dijo á este tiempo la conocida voz del astrólogo en la antecámara, entrad en mi habitacion, y daré satisfaccion á vuestras preguntas.

— Él es, exclamó Macías apretando por última vez la mano de Elvira, que se desasió de él, y lanzando un ¡ay! agudo y penetrante, se dejó caer sobre el sitial que detrás de sí tenia.

El lejano y repentino ruido de la conocida tormenta no pone mas pavor en el corazon del asustado marinero que el que produjo en el pecho del hidalgo la voz acongojada que en balde intentaba desconocer.

— ¡Santo cielo! gritó ; ¡esta voz es la suya! Lanzóse en seguida en la habitacion como se abalanza el tigre al redil, llamado por el tímido balido de la inocente oveja.

Detúvole empero y acabó de confundir todas sus ideas la presencia del doncel, que ya en pié, y echada la visera, parecia el ángel tutelar de la enlutada, puesto allí delante de ella para defenderla de todo riesgo. — Abrahem, dijo entonces vuelto hácia el astrólogo, ¿quién es esta enlutada?

Fingia el judío hallarse en la mayor agitacion.— Señor, le respondió por último, permitid que no descubra á nadie este secreto que se me ha encargado, y menos á vos...

— ¿A mí?... Yo he de saberlo... Acercóse entonces, resuelto, á la tapada con ánimo al parecer de descubrirla.

— ¿Qué haceis, hidalgo?... preguntó una voz de trueno, deteniéndole al mismo tiempo el brazo del doncel.

Llegándose entonces el astrólogo á la dama, que se habia arrojado de rodillas como á implorar piedad ante el zeloso marido, asióla de una mano, y aprovechando el momento en que forcejeaba Hernan Perez con el doncel, sacóla de la cámara, diciéndola al oido precipitadamente :

— Me ha sido imposible evitarlo; pero salvaos.

— La he de seguir, exclamó el hidalgo.

— No, mientras esté yo aquí, repuso el doncel. Id, señora...

— ¿Y con qué derecho?...

— Con el de la fuerza.

— ¡Ah! os conozco, mis dudas se desvanecen: ¿sois vos el doncel...?

— Yo mismo.

— Sacad la espada...

— ¿Osado y descortés?

— Sacadla.

— No en el alcázar, gritó el astrólogo arrojándose entre los dos. Imprudentes, respetad mis canas. Macías, no teneis razon sino para envainar vuestro acero. Hidalgo, os deslumbra tal vez...

— ¡Basta, pérfido astrólogo! gritó fuera de sí el irritado hidalgo: ¡basta! Doncel, respetemos este lugar; pero en otra parte tengo que hablaros: salgamos.

— Salgamos, repuso Macías echando á andar tras el escudero. ¡Tiempo hace que lo deseaba! añadió en lo mas profundo de su corazon.

— ¡Oidme! gritaba el astrólogo. ¡Teneos!

Pero de allí á poco dejó de oir sus pasos precipitados; mirando entonces hácia la puerta por donde habian salido: — ¡Miserables, dijo cerrándola, os preciais de fuertes y de entendidos, y un torpe anciano juega con vosotros como con sus maniquíes! Abriendo en seguida la comunicacion que daba á la cámara de don Enrique, asió de una lámpara, y bajó silenciosa, pero precipitadamente, la escalera retorcida. Daba la luz en parte solo de su rostro, merced á su mano derecha, que interpuesta la defendia los ojos del resplandor. Sonaban sus sandalias de escalon en escalon, y su larga ropa crugia barriendo el pavimento. Parecia el genio del mal de aquel oscuro alcázar, que recorria sus mas recónditos rincones buscando victimas nuevas que sacrificar el dia siguiente á su insaciable furor.

CAPITULO XXII.

Cuando la noche cerró,
Ambos se fueron armare,
Cabalgaron à caballo,
Salieron de la ciudade,
Armados de todas armas
A guisa de peleare.

Rom. del marqués de Mantua.

Con feroz expresion de alegría llegó Abenzarsal á noticiar al conde de Cangas y Tineo el funesto resultado de su bien combinada intriga: gran parte habia tenido en ella la casualidad; pero ni creyó oportuno declarárselo así al conde, ni acaso lo creeria él mismo. Regocijóse mucho don Enrique de Villena al principio de su narracion, pero fué oscureciendo su rostro una nube de descontento cuando llegando al desenlace de la escena referida en nuestro anterior capítulo, calculó que á la hora en que él estaba escuchando tranquilamente de boca del empedernido viejo la

horrible maquinacion, esta podria estar costándole la vida á uno de los dos combatientes, pues no era difícil inferir que á pelear y no á otra cosa habian salido en aquella forma y á aquellas horas del alcázar el amoscado hidalgo y el impetuoso caballero. Parecióle de veras mal que pasase la burla tan adelante. Cuando habia admitido para este asunto los auxilios del astrólogo judiciario, ó se habia lisonjeado de que este conseguiria colocar las cosas en cierto punto del cual no pasasen, y que bastase sin embargo para poner fuera de combate á sus enemigos; ó lo que es mas probable, no se habia tomado el trabajo de reflexionar suficientemente que las pasiones no se manejan con la mano, y que el tino ha de estar en ver cómo se ha de soltar el leon de la jaula, porque una vez suelto, ni hay retroceder, ni hay calcular dónde y cómo habrá de parar el estrago. Como todos los hombres débiles y faltos de energía, habia procurado ahogar en un principio los latidos de su conciencia, si se nos permite esta atrevida metáfora. En balde trató el viejo redomado de tranquilizar su espíritu y embotar sus remordimientos, presentándole el caso menos arriesgado de lo que era y debia ser realmente; en balde le citó mil ejemplos de desafíos empezados y no concluidos, y enumeró infinidad de ellos terminados al llegar al campo por miedo de uno ó de los dos adversarios, ó por cualquiera extraña casualidad sobrevenida; ó llevados á cabo, en fin, á costa solo de algunas heridas de poca importancia y gravedad. Para haber cedido á la insinuante persuasion del físico, era preciso no haber conocido el pundonoroso espíritu del hidalgo, y haber ignorado completamente la fibra irritable y la arrojada decision del doncel. Luchaba el conde con mortales angustias entre el deseo de ver perdido al doncel y el temor de que quedase envuelto en su ruina su fiel escudero, cuyos leales servicios, y cuya probidad, solo cariño y respeto le podian merecer. Si hubiera sido posible que por una causa ajena enteramente de él hubiera desaparecido Macías y callado para siempre la importuna honradez del hidalgo, hubiérase alegrado tal vez, pero la idea de que iba á recaer sobre su cabeza la sangre de un semejante suyo, no era bastante malvado para arrostrarla. ¡Estado infeliz del hombre que ni puede llamarse bueno ni malo completamente, en cuyo corazon domina todavía el conocimiento de lo primero, sin el suficiente vigor para desechar lo segundo! El tiempo entre tanto corria, y era forzoso decidirse presto.

—Abenzarsal, dijo por fin Villena con la violencia que se hace el enfermo para pasar de un trago la amarga medicina, á que ha de deber mal su grado su salud, Abenzarsal, me habeis perdido. Nada habeis hecho por mí, si muere alguno. Corramos á evitar una catástrofe. ¡Ay de nosotros si llegamos tarde! No os mandé yo tanto.

— ¿Qué dices, señor? repuso asombrado el astrólogo, que contaba todavía con la indecision del conde y con su propia elocuencia para acabarle de determinar. ¿Pretendes lograr tus planes con semejante cobardía? ¿nada quieres sacrificar? nada, pues, lograrás. El entendido maestro corta un brazo para salvar los demás miembros. Los términos medios nada remedian. Dejémosles correr su suerte. Si su constelacion por otra parte es morir, ¿qué poder tendremos para contrastar los astros?

— ¡Los astros! ¡los astros! acostumbrado á ese pérfido lenguaje, quereis deslumbraros á vos mismo. Si uno de ellos está pereciendo en este instante, ¿qué astro sino vuestra intriga los habrá perdido?

— Eso querrá decir, don Enrique, que su constelacion era que los perdiese mi intriga.

— Basta Abenzarsal, gritó Villena mirando al reloj. Cada grano de menuda arena, que veis caer en la parte inferior de esa vasija, es una gota de sangre tal vez; y no encierran tantas gotas las venas de ningun hombre como granos contiene ese arenero. Abenzarsal, yo quiero que su constelacion no ordene su muerte : venid conmigo...

— ¿Adónde? ¿Quién es capaz de adivinar dónde han dirigido sus pasos en medio de las tinieblas de la noche dos locos, que.. ?

— Locos, sí, locos; pero hombres, en fin, que cuerdos ó locos no tienen mas que una vida, y esa la perderán si los dejamos.

— ¿Y bien? ¿Serán los primeros que hayan muerto víctimas de su necedad? ¿Soy yo, por ventura, quien los ha persuadido de que vale tanto una hermosura pasajera como la vida del hombre? Si no han aprendido á conocer á la mujer, ¿será nuestra la culpa de su muerte? ¡Insensatos! Los que consienten en morir por un ser pérfido no merecen que dé nadie dos pasos para salvarles la vida. ¿Serán por ventura mas felices cuando la conserven para vivir esclavos, y fascinados por el loco capricho de un sexo envenenador, para creer gozar en una falsa sonrisa, para llorar lágrimas de sangre ante un injusto desden? Su muerte será acaso su felicidad.

— ¡Sofisma, Abenzarsal, bárbaro sofisma!

— Es decir, pues, replicó el viejo, batido en sus últimos atrincheramientos, es decir...

— Es decir, viejo insaciable, que no consiento réplicas. ¿Cuánto oro necesitas para ceder? ¿En cuánto aprecias la vida de dos hombres?

— Si por eso lo decís, en nada. De balde los salvaré.

— Tomad, sin embargo, repuso Villena arrojándole otro bolson, parecido al que poco antes le habia dado, tomad y acallad con oro vuestra conciencia, si es que os remuerde de obrar bien alguna vez. Vamos de aquí. ¡Quiera el cielo oir mis votos! Aseguremos sus vidas, y no nos faltarán medios despues para deshacernos de ellos de un modo menos culpable.

Al decir esto asió del brazo al astrólogo, que obedeció de mala gana á la violencia que se le hacia. — ¡Hé aquí el hombre! salió diciendo entre dientes detrás de Villena, que á pasos precipitados se lanzó fuera del aposento. Inventa recursos, Abenzarsal, añadió hablando consigo mismo, imagina arbitrios para engrandecer á un ser débil y de carácter indeciso, y él mismo derribará la obra que hayas edificado. ¡Remordimientos, remordimientos dos hombres! Sin embargo, si mueren por una hermosa, la hermosa al saber su muerte la colgará como trofeo en el altar de sus conquistas, y volverá los ojos á emponzoñar tranquilamente con sus nuevas sonrisas y desdenes la existencia de un tercero. ¡Y nosotros entre tanto con remordimientos!

Mientras esto pasaba en la cámara de don Enrique de Villena, caminaban hácia el soto de Manzanares con el mayor silencio nuestros dos competidores. El hidalgo, al salir por la puerta del cubo de la Almudena, se habia vuelto á Macías, que le seguia con la indiferencia y serenidad de un hombre que nada espera y que está por consiguiente dispuesto á todo, y le habia dicho: « Caballero, mientras mas apartados de la poblacion, reñiremos con mas libertad. » Al decir estas palabras, que fueron sin duda oidas, aunque no contestadas, hizo un ademan con la mano dando á entender que debian seguir algun trecho mas adelante camino de la casa del Pardo, que á la sazon edificaba don Enrique el Doliente en medio del famoso soto. Macías manifestó su asentimiento á tal proposicion siguiéndole á pocos pasos. Así anduvieron largo trecho, conservando siempre entre sí igual distancia y el mismo silencio; parecian en medio de la oscuridad dos troncos cortados á igual altura, que movidos de impulso extraordinario se trasladaban á otro punto, por entre sus muchos lozanos compañeros, que desafiaban á las nubes con sus altas copas, por cuyas ramas pasaba agitándolas y susurrando tristemente el viento de las vecinas sierras. Por fin, llegaron á una especie de plazoleta formada por los leñadores, que habian hecho su carga en aquel paraje derribando algunos arbustos y matorrales. Paróse al entrar en ella el hidalgo, miró en derredor, y dando con el pié en el suelo y desembozando su corto capotillo, « *Aquí*, dijo con voz alterada por la cólera, *aquí*. » Imitó el doncel su accion; y desenvainando su espada sosegadamente, esperó á que le acometiera su contrario con resuelto continente. Desenvainó la suya tambien el escudero, pero antes de proceder al combate cruel que los esperaba: — No creo inútil, dijo al doncel, que fijemos los pactos de nuestro duelo. En primer lugar, deseo preguntaros si teneis noticia de una música que se dió no hace muchas noches al pié de la ventana de mi señora la condesa de Cangas y Tineo.

— Sí, contestó Macías secamente. Defendeos.

— Esperad. ¿Y sabeis quién era el músico?

— No me creo obligado á contestaros, repuso Macías en el mismo tono, volviendo á hacer ademan de dar principio al combate.

— ¿Y quereis decirme quién era la dama enlutada que acusó esta mañana en pública corte á mi señor el conde?

— Los mismos datos teneis para conocerla que yo.

— ¿Qué motivos tuvísteis para abrazar su defensa?

— Los que creí justos.

— ¿Cómo os he encontrado solo con ella en el laboratorio del judío? ¿Sabeis que soy su esposo?

— He dicho una vez por todas que no me creo obligado á responderos. No acostumbro á sufrir interrogatorios.

— No me podreis negar que una entrevista de esa especie supone relaciones que mi honor...

— Vuestro honor está ileso. Vuestra esposa inocente.

— Probádmelo.

— Con la punta de mi espada, al momento.

— ¿No teneis, pues, otras pruebas?

— Para hablar, hidalgo, no necesitábamos habernos apartado tanto de Madrid.

— Decís bien, repuso el hidalgo, en quien la ira crecia mas y mas en el corazon con cada respuesta del arrogante mancebo; vengamos, pues, á los pactos de nuestro duelo. El que venza...

— El que venza, dijo Macías irritado ya por la tardanza, enterrará al otro, ó lo dejará, si le parece mejor, para pasto de los cuervos de Castilla.

— Si le venciese, empero, sin matarle, podrá imponerle...

— Os prevengo, hidalgo, que no me vencereis sino matándome. Por lo demás, recordad que no estais armado caballero, y cuando me sujeto á reñir con vos, no puede haber pacto por consiguiente entre nosotros.

— No estoy armado, pero soy hidalgo. Por no haberla recibido no desconozco la órden de caballería...

— Probadlo, pues.

Bien vió el hidalgo que en balde intentaria obtener de su adversario mas amplias explicaciones. Meditó un momento buscando en su imaginacion algun medio que pudiera hacerle conocer si era realmente tan culpada su esposa como él lo habia imaginado, ó si habria procedido de ligero; pero no hallando ninguno, y temiendo, por fin, que sus dilaciones diesen motivo al doncel para dudar de su valor, púsose en actitud de acometer sin proferir mas palabra, y dentro de pocos instantes sonaban ya las espadas cruzándose con desapacible y temeroso ruido. La oscuridad no permitia una defensa tan hábil como la exigia la seguridad de cada uno; pero en cambio podemos decir que realmente entrambos á dos tiraban mas bien á ofender al contrario que á resguardar su propia vida del contrapuesto acero. Por otra parte los dos manejaban las armas y las conocian perfectamente. Imposible nos fuera enumerar y describir los golpes que se tiraron y las heridas que recibieron : nada dicen de esto las leyendas. Lo único que podemos asegurar como si lo hubiéramos visto, es que á poco rato de encarnizada refriega se hallaba ya tinto el suelo en mas de un paraje con la roja sangre de los combatientes. Ni una palabra se oia; ni una exclamacion involuntaria que exhalaba alguno al sentirse herido, ó al conocer que su estocada habia dado en el cuerpo del contrario, y el aullido de algun lobo, que al ruido del hierro huia precipitadamente todo espantado del sitio del combate, era el único rumor que en gran trecho á la redonda se percibia.

De allí á poco, parándose de pronto el doncel y clavando en tierra la punta de su espada : — Hidalgo, dijo en voz baja, teneos : ¿no habeis oido algo?

— Nada, respondió el hidalgo cesando de pronto en el acometer.

— Imaginé haber oido piés de caballos en el camino inmediato, y aun si mi oido no me engaña, pasos de alguna persona entre esos espesos matorrales.

— Alguna fiera que busca su guarida. ¿Estais cansado?

— De vivir y de que me resistais. Espero que no podré temer una emboscada ni...

— ¿Qué decís? ¿no hemos salido juntos?

— Perdonad.

— ¿Estais herido?

— No, contestó Macías con voz que reprimia el dolor, tal vez, de los golpes recibidos. No es vuestra la herida que me duele.

— Ahora creo yo oir gente, dijo á su vez Fernan; sintiera que nos interrumpiesen.

— ¿Interrumpir, hidalgo? ¡Ea! acabemos de una vez. A buen tiempo llegan; enterrarán al vencido.

— Acabemos, respondió Fernan.

Y volvieron con nuevo furor al interrumpido combate, no ya como hasta entonces batiéndose segun las reglas de la caballería, y atacando y respondiendo. Alzadas á un tiempo mismo las espadas, descargábanlas simultáneamente, sin cuidar mas de la defensa que si tuvieran dos vidas. Iban á acabarse muy presto uno á otro, pues que si bien Macías llevaba indudablemente ventaja en el manejo de las armas, la oscuridad y su rabia no le permitian usar de ella, y el hidalgo reñia con zelos. La casualidad empero quiso que Hernan Perez al arrojarse sobre su adversario pusiese el pié en un paraje del suelo humedecido con la sangre que ambos habian perdido, y por lo tanto resbaladizo: no bien le habia sentado, cuando el mismo impulso que su cuerpo llevaba le hizo venir á tierra á los piés del enfurecido doncel. Vencedor ya este, dirigió la punta de su espada al rostro del caido. — ¡Sois muerto! le gritó; pero al mismo tiempo una mano, mas fuerte que las manos unidas de diez hombres, asiendo del brazo del vencedor, no solo le detuvo en su mortífero intento, sino que levantándole en el aire le apartó largo trecho del sitio de la pendencia con la misma facilidad que lleva el viento un ligero copo de nieve de una parte á otra. No volvia el doncel de su aturdimiento, ni acababa de entender el caido hidalgo cómo le duraba la vida todavía.

Oyóse al mismo tiempo gran ruido de caballos que se abrian paso por entre la espesura de la selva. — ¡Aquí están, decian unos á otros, aquí! — Llegándose en seguida dos de los ginetes, que para alumbrarse traian teas en la mano, al que en el suelo yacia, iluminó su rostro el resplandor, y no debia de estar muy bien parado segun lo indicaba su extrema palidez; probó á levantarse al sentir sobre sí aquella máquina de gentes extrañas, pero inútilmente: el terrible golpe que acababa de llevar, cayendo cuan largo era, habia abierto mas sus heridas, y así permaneció en tierra esperando en silencio el desenlace de aquella extraordinaria interrupcion. Macías en tanto buscaba con los ojos, por todo lo que alcanzaba á ver á la luz de las teas, el atrevido que habia osado apartarle de aquel modo tan incivil como peregrino de su ya conseguida victoria; pero en cuanto los de las teas hubieron reconocido al hidalgo y á su contrario, matando las luces de repente: — El caido es Fernan Perez, dijo el que parecia principal de ellos; el otro el doncel. — Y no bien hubo acabado estas palabras, cuando precipitándose tres ginetes sobre el doncel, que se dirigia ya hácia ellos con el objeto de reconocer qué gente fuese, desenvainaron las espadas y comenzaron á acometerle todos á una

con la ventaja de los caballos y con la de gente no cansada ya como él de pelear. Amparó Macías en tan inminente peligro sus espaldas del tronco de un árbol, y defendíase como un leon acosado á la puerta de su caverna por una manada de hambrientos lobos.

— Date, le gritó uno de los tres: no queremos tu vida, sino tu persona.

— Jamás, cobardes, les gritó Macías defendiéndose con bizarría, y á los primeros golpes acertó á dejar á uno desmontado hiriéndole peligrosamente el caballo. Los compañeros, que vieron tan indeciso el combate, acudieron en número de otros tres al auxilio : y era evidente que Macías no hubiera podido resistir mucho tiempo á lucha tan desigual.

— Date, repitió el mismo que habia hablado al ver llegar el socorro, date ó eres...

No pudo acabar la frase, porque dió consigo en tierra desde el caballo, con no poca admiracion del doncel, que entretenido con otro, no habia podido ofender al que hablaba. Igual suerte tuvo de allí á un momento el que mas acosaba á Macías.

— ¡Mueren por sí solos mis enemigos! exclamó Macías. Villanos, prosiguió cobrando ánimo con la invisible proteccion que el cielo le daba, rendíos, y decid quién sois, y qué intento os ha traido. Si sois salteadores...

— ¡Muera! dijo uno de los tres que le quedaban acometiendo : ¡muera! Yo daré cuenta de su muerte. Él ha muerto á tres de los nuestros. Abalanzóse sobre él Macías, pero antes de que su espada hubiese llegado á tocarle : — ¡Cielos! exclamó el desconocido : ¡soy muerto! y cayó cuan largo era.

Al oir esta exclamacion tan inesperada, llenos de terror sus compañeros dieron á correr gritando : — ¡Es hechicero! ¡es hechicero! ¡el diablo le defiende!

Arrojóse tras ellos Macías, pero conoció que seria vano intento querer alcanzarlos ; detúvole en aquel punto la misma mano que parecia haberle salvado aquel dia de tantos peligros.

— ¿Quién eres? iba á decir Macías á su invisible protector, cuando una voz ronca que parecia hablar sola en medio de las tinieblas dijo con reposado continente :

— ¡Voto va! dejad ese venado, que ni sirven esas piezas para yantar, ni menos para vestir. El montero de ley no ha de cazar nunca raposas cuando puede cazar venado mas noble.

— ¡Cielos! exclamó Macías : ¿eres tú, Hernando? ¿Es á tí á quien debo esta noche la existencia acaso?...

— ¡Por Santiago! Yo creí que ya sabia mi amo el doncel Macías que donde está la fiera, allí está Hernando.

— ¡Hernando! exclamó Macías arrojándose en sus brazos.

— Vaya, dejemos eso. Si esta noche me debeis la vida, yo os la estoy debiendo todo el año, pues me manteneis. ¡Voto va! ¿y qué pieza era esa que estaba ahí tendida?

— Hernando, me recuerdas mi deber ; busquemos á ese desgraciado. Está vencido, y debemos dar treguas al rencor.

Pusiéronse á buscar en seguida al hidalgo, pero inútilmente.

— ¡Esta es buena! dijo Hernando. Los pícaros lo han llevado. ¡Bella presa! ¿No dije yo, señor, que no podia salir nada bueno de ese astrólogo? A mí líbreme Dios de hombre que no caza. En su vida ha cogido un venablo.

— ¡Ea! Hernando, esas reflexiones son para otro lugar; puesto que el hidalgo no parece, y que nosotros cumplimos ya con nuestro deber, partamos. Necesito curar mis heridas...

— ¿Tambien eso? vamos, señor: ¡vive Dios! Hernando quiere que lo manteen á él si vuelve á suceder mientras estemos en esta maldida corte que se separe un punto de su amo y señor.

Concluida esta imprecacion hicieron otro rebusco por si á una parte ú otra podrian encontrar vivo ó muerto el escudero. Y yendo apoyado Macías en su fiel montero por el dolor que empezaban á causarle las heridas, tomaron en seguida el camino de Madrid, por el cual ningun vestigio habian dejado los de los caballos, si es que por él habian pasado.

CAPITULO XXIII.

¿Qué mal teneis, caballero?
¿Querédes me lo contare?
¿Teneis heridas de muerte?
¿O teneis otro algun male?
— Hame herido Carloto,
Su hijo del emperante,
Porque él requirió de amores
A mi esposa con maldade;
Porque no le dió su amor,
Él en mi se fue á vengare.
Pensando que por mi muerte
Con ella habia de casare.

Rom. del marqués de Mantua y Valdovinos.

Cuando Elvira fué sacada de la mano por el astrólogo fuera de su cámara, á la inesperada entrada de Fernan Perez de Vadillo, apenas tuvo tiempo aquel de indicarla que habiendo informado ya á su alteza de sus circunstancias, la daba este licencia para restituirse á su habitacion tranquilamente hasta el dia en que, realizándose el combate, hubiese de concurrir á sostener en el juicio de Dios su acusacion, por medio de sus pruebas ó del esfuerzo del caballero que habia escogido por campeon. Pero por una parte ella esperaba ya este resultado, y por otra el sobresalto en aquel primer momento no podia dar lugar á la reflexion; así que, huir debió ser su primer cuidado. En realidad ninguna de las acciones de Elvira era culpable: por un exceso de amistad poco comun, y animada del espíritu caballeresco y reparador de agravios que se dejaba sentir tan generalmente en aquella época, se habia lanzado á un acto de generosidad que nadie podia reprocharle con razon fundada. Conociendo que no podia vengar á la condesa, ó descubrir su suerte y paradero sin ofender al conde, de quien al fin era escudero su esposo, un

principio de delicadeza le habia inspirado la idea de ocultarse, á lo cual se habia añadido otra importante consideracion : no conocia en la corte de don Enrique caballero tan valiente ni generoso como Macías á quien dirigirse para que amparase su debilidad contra el enemigo que iba á granjearse ; pero era demasiado perspicaz para no conocer cuán falsa era la posicion en que estaban uno respecto de otro, demasiado virtuosa para no tratar de huir de toda la ocasion en que pudiese aventurar aquel verbalmente una declaracion que ya tantas veces le habian hecho sus ojos con su elocuente silencio. En este asunto no habia, pues, en sus acciones otro delito ostensible contra su esposo sino aquella especie de reserva que con él habia guardado; reserva tanto mas disculpable cuanto que á no haber sido por la intriga del astrólogo, enteramente independiente de Elvira, y que no podia por consiguiente haber entrado en sus planes, le hubiera salido á medida de su deseo, puesto que solo se hubiera sabido que era ella la acusadora, del modo que sabemos haber estado en un baile de máscaras una persona á quien creemos haber conocido, pero que no se descubrió nunca en él, y que niega constantemente su asistencia ; lo cual no es saber las cosas, sino dudarlas. El que su esposo la hubiese encontrado sola con el doncel en el laboratorio del químico, ella sabia, y el lector sabe perfectamente, que no podia ser argumento contra ella. Pero el lector sabia acaso una cosa que Elvira no sabia por lo visto, ó que no habia reflexionado bastante, y es que no hay posicion mas falsa que aquella en que se pone una persona al guardar secretos para otra que tiene derecho á exigir una total franqueza. El misterio hace aparecer culpables las cosas mas inocentes, y por otra parte es fuerza confesar que si las acciones de Elvira no eran culpables, acaso no podia ella decir otro tanto de sus pensamientos, por mas que procurase sofocarlos de continuo; y cuando nosotros mismos nos reconocemos culpados, de nada sirve para nuestra tranquilidad que nos tenga el mundo por inocentes. Si solo hubiera abrigado Elvira indiferencia con respecto á Macías, no se hubiera creido perdida al ver entrar á Vadillo ; de lo cual es forzoso inferir : primero, que Elvira huyó de sí misma, creyendo huir de su esposo ; y segundo, que para ser malo es preciso serlo del todo : una mujer menos virtuosa que Elvira en todo este desgraciado asunto no hubiera comprometido ella misma su seguridad, porque hubiera calculado mas y dominado mejor sus emociones.

Su primer pensamiento fué huir sin saber adonde; pero á poca distancia del aposento de Abenzarsal ofreciéronse á su imaginacion las reflexiones todas que hubieran debido ocurrírsele un momento antes : era inocente; declararia á su esposo francamente su posicion, y esta franqueza le granjearia mas y mas su aprecio. ¿Y adónde podia dirigir sus pasos sino á su habitacion? Cualquiera otro partido hubiera sido indisculpable. Llena de la idea de que en último resultado nada podia echársele en cara, pues que habia sabido resistir á las seductoras palabras del doncel, y nada habia en su conducta verdaderamente reprensible, dirigióse á su departamento, no sin luchar algun tanto, y aunque á su pesar desventajosamente, con el recuerdo perseguidor del

diálogo que acababa de tener con un hombre mas peligroso de lo que ella pensaba para su tranquilidad. Habíanla seguido sus dueñas, inquietas al notar su zozobra é indecision.

Quitáronla el manto en cuanto llegó y el antifaz, y pudo entregarse ya mas libremente á reflexionar sobre su verdadera posicion.

La primera idea que entonces le ocurrió fué el riesgo de un próximo rompimiento en que habia dejado á Macías y á su esposo. Segura empero de que en nada habia ofendido á este último, é ignorante al mismo tiempo de las sospechas y rezelos que le atormentaban de algun tiempo á aquella parte, no creyó que lo ocurrido pudiese ser motivo suficiente para comprometer su existencia; á lo cual se agrega la reflexion de que á aquellas horas y en aquel sitio tan inmediato á la cámara de su alteza no era posible que se enredasen de palabras hasta el punto de realizar sus temores; y para el otro dia se prometia haber desvanecido ya todo género de duda en el corazon de Vadillo con respecto á su conducta, porque en esta materia las mujeres suelen contar siempre demasiado con los recursos que concedió el cielo á su sexo, naturalmente fascinador y artificioso. Mas serena con estas reflexiones, esperó la llegada de su esposo con toda la tranquilidad que en su posicion cabia, si bien sin hacer caso de las continuas interrupciones con que el pajecillo cortaba de cuando en cuando el hilo de su meditacion. Viendo este por fin que eran inútiles cuantos recursos empleaba para distraer á la melancólica Elvira, y que tampoco estaba esta por entonces de humor de descargar en su pecho el peso de sus secretos, decidióse á guardar silencio, esperando otra ocasion mas propicia de averiguar las penas que debian afligir á su hermosa prima. Retiróse con mal humor á un rincon de la pieza por ver si le llamaba al cabo de un rato de desvío; pero no habiendo surtido tampoco efecto alguno este inocente arbitrio, quedóse al cabo de un rato profundamente dormido con aquel sueño que tan fácilmente se toma como se deja en aquella feliz edad de la vida que nuestro paje alcanzaba. Mucho tardó en llegar el momento tan deseado y temido al mismo tiempo de Elvira; pero cuando por fin despues de horas enteras de ansiosa expectativa vió á su esposo, ¡cuán distinto le vió de lo que esperaba!

Abrióse la puerta de la cámara, y lo primero que se ofreció á la vista de Elvira fué Fernan, llevado en brazos de dos siervos del conde de Cangas y Tineo. Apenas creia á sus ojos; pero cuando no pudo rechazar por mas tiempo la horrible realidad, arrojóse hácia él exhalando un ¡ay! que salia de lo mas hondo de su corazon, y que hizo abrir al herido los ojos lánguidamente, si bien volvieron á cerrarse casi en el mismo instante. ¡Vive, vive! exclamó la desdichada esposa reparando su movimiento, y llegando sus labios á los suyos para reanimar su amortiguada vida. Dirigió en seguida á los que le traian mil preguntas, que se sucedian tan rápidamente unas á otras que apenas dejaban entre sí espacio para las respuestas. ¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó medio informada ya de lo ocurrido. ¡Hernan Perez! ¡Querido esposo! Estrechábale en sus brazos, regaba el pálido rostro de Vadillo con sus ardientes lágrimas, cogia

una de las manos del herido entre las suyas, acercaba estas otra vez á su corazon por ver si palpitaba todavía... en una palabra, en aquel momento Macías entero habia desaparecido de su imaginacion : su esposo herido, bañado en su sangre, moribundo, acaso por su imprudencia, la ocupaba toda. Toda lucha habia desaparecido, y el mas débil, el mas necesitado triunfaba entonces en su corazon de mujer.

Dejémosla entregada á su acerbo dolor, y al tierno cuidado del doliente hidalgo : otros personajes de nuestra historia reclaman por ahora nuestra atencion. Con respecto al caballero, no habia salido tan mal parado de la refriega, pero no dejaban de reclamar sus heridas algun cuidado. Apoyado en el brazo del tosco montero llegó á las puertas de Madrid y del alcázar poco despues que su adversario. Introducido en su cuarto, salió Hernando inmediatamente á buscar un maestro en el arte de curar, como se llamaba entonces generalmente á esos seres de suyo carniceros que llamamos en el dia cirujanos, el cual maestro declaró que ninguna de sus heridas era mortal, con tanta seguridad y un tono tan decisivo como si él efectivamente lo supiera. Aplicóle las yerbas que mas convenientes le hubieron de parecer, y por esta vez hubiera sido notoria injusticia dudar un solo momento de su ciencia. Corrióse por la corte al punto que el doncel favorito de su alteza, á quien nadie conocia en lo distraido desde su vuelta de Calatrava, habia tenido un duelo singular en el soto de Manzanares, de cuyas resultas debia guardar el lecho por algunos dias. Y en atencion á que el escudero de don Enrique de Villena habia necesitado tambien los auxilios del arte, y se hallaba igualmente en cama, no se dudó un momento que hubiese sido entre los dos el ruidoso duelo. Ahora bien, sabido esto, no era difícil que la pública maledicencia añadiese alguna particularidad notable á las circunstancias de la desavenencia, y que tratase de hallar el verdadero motivo de ella. Algunos de los enemigos del conde de Cangas no necesitaron mas para asegurar que este, cuya natural prudencia era pública, tratando de evitar la necesidad siempre desagradable de responder á la acusacion intentada contra él, y sostenida por el doncel, habia determinado á su escudero á acometer á aquel, acompañado de otros varios, una tarde que habia salido á halconear por el soto de Manzanares; relacion á que daba bastante verosimilitud la circunstancia de haber vuelto Hernan en brazos de algunos siervos del de Villena. Otros sin embargo de los amigos de Macías que habian notado su singular aislamiento, su profunda tristeza, y que habian creido interceptar en varias ocasiones algunas miradas de rencor dirigidas por el doncel á Vadillo, y que recordaban con este motivo una serenata dada cierta noche á los piés de las habitaciones de la condesa, no se sabia por quién, tuvieron lo bastante para decir que el doncel habia puesto los ojos en cierta dama, cosa que no le habia parecido bien, segun ellos, al hidalgo, que aunque no era caballero, era marido, y segun malas lenguas un sí es no es zeloso. A esta version daba algun peso tal cual sonrisa maligna que el judío Abenzarsal habia dejado escapar en algunos corrillos de la corte, donde se habia referido el duelo singular. El propalar estas especies no era

en verdad servir amistosamente la pasion de Macías, ni hacer gran favor á la buena opinion y fama de Elvira; pero hay autores que aseguran que la amistad no excluye la envidia, de donde infieren que las conversaciones de los amigos no son siempre las mas favorables. Nosotros, que estamos lejos de participar de esta opinion arriesgada, creemos mas bien que algun amigo de Macías sospechó aquella explicacion como la mas satisfactoria y natural sobre el lance ocurrido: este en confianza comunicaria su idea á algun otro amigo, quien la trasladaria á otro bajo la misma fe del secreto, de cuyo modo fué corriendo la noticia, y como somos defensores acérrimos de los amigos, en los cuales creemos como en nuestra salvacion, nos atrevemos á asegurar que al repetirse sus conjeturas de boca en boca, siempre irian acompañadas de aquellas expresiones cariñosas, tales como: « ¡Pobre Macias! ¿Sabeis que el desafío fué por Elvira? — ¿Qué decís? — Sí, no lo digais; pero es indudable: está perdido de amores por ella, y es lástima ciertamente, » y otras semejantes, que descubren á cien leguas la mas pura amistad hácia el objeto de tales conversaciones.

Lo cierto es que esas voces corrieron, y como fieles historiadores nos creemos obligados á asegurar, porque lo sabemos de buena tinta que ni Macías ni el hidalgo pudieron dar lugar á ellas. Aquel estaba harto interesado en guardar el mas rigoroso silencio sobre punto tan delicado, y á este no podia convenirle en manera alguna poner en claro la causa verdadera del desafío; pues tan de cerca tocaba al honor de su esposa. El mismo Enrique III tentó mas de una vez el vado con Macías, usando de las expresiones mas afectuosas, pero nunca pudo recabar nada de él, y otro tanto sucedió con el hidalgo, á quien quiso arrancar el conde de Cangas y Tineo la confesion de aquello mismo que él sabia ya demasiado bien por el astrólogo judiciario.

Por lo que hace á este y al ilustre colaborador de su funesta intriga, ya habrá conocido el lector que despues de los escrúpulos que habian atormentado, como arriba dejamos dicho, al indeciso conde, habian salido ambos con varios criados en busca de los desafiados, con el intento de salvar al escudero del peligro que le amenazaba peleando con tan acreditado caballero como era Macías, y de hacer desaparacer á este de la corte, apoderándose de su persona, como en aquellos tiempos solian practicarlo los poderosos con los débiles, y encerrándole despues en alguno de los castillos del conde, desde donde no hubiera podido volver á oponer obstáculos en su vida á los planes del nigromántico, como le llamaba el vulgo justa ó injustamente. Si este proyecto se habia malogrado, no habia sido en verdad por culpa del intrigante maestre, ni de su servicial consejero, sino merced al valor de Macías, y á la desconfianza, penetracion y fuerza sobrenatural del montero Hernando, quien, luego que habia visto salir en aquella forma á su señor y al escudero, no habia dudado un solo momento en seguir sus pasos á lo lejos, y en espiar todas sus acciones, como el lector ha visto en nuestro capítulo anterior. Apenas habia podido distinguir en medio de la oscuridad cuál de los dos combatientes era su señor: pero luego que notó que uno de ellos habia

caido, creyó que en todo caso lo mas seguro era separarlos, y solo al asir del que era realmente su amo le habia conocido. No sabemos si era su intencion favorecer, como favoreció, á su enemigo, pero lo que no se puede dudar es que sin su destreza en herir á los servidores del conde con los venablos arrojadizos de que se habia provisto antes de salir del alcázar, acaso se hubiera terminado nuestra historia mucho antes de lo que nosotros mismos deseamos, y de lo que quisiéramos que desearan tambien nuestros lectores.

CAPITULO XXIV.

Todo le parece poco
Respecto de aquel agravio;
Al cielo pide justicia,
A la tierra pide campo,
Al viejo padre licencia,
Y á la honra esfuerzo y brazo.
Rom. del Cid.

Despues del mal éxito que habia tenido la tentativa de don Enrique de Villena y del judío Abenzarsal para quitar de en medio el estorbo de Macías, apenas les quedaba á estos otro recurso que esperar el sesgo que quisiesen tomar las cosas.

En realidad solo podian temer ya de él fundadamente el juicio de Dios, que acerca de la acusacion quedaba pendiente, porque las medidas que habian tomado para asegurar el maestrazgo habian sido tales y tan buenas, que aunque quedaban declarados por la parcialidad de don Luis Guzman gran número de castillos y lugares de la órden, podia contar el maestre sin embargo con la mayor parte. Estaban por él Alhama, Arjonilla, Favera, Maella, Macalon, Valdetorno, la Frejueda, Valderobas, Calenda, y otras villas del maestrazgo, con mas infinitos castillos, en los cuales habia puesto ya alcaides á su devocion. Con respecto á Calatrava, donde estaba el primer convento de la órden y el clavero, hechura todavía del maestre anterior, no se habian apresurado á prestarle el homenaje debido, sino que habian respondido tanto á él como á su alteza que convocarian el capítulo para elegir y nombrar segun los estatutos de la órden al maestre. Lisonjeábase el clavero en su respuesta de que la eleccion de su alteza hubiese recaido en un príncipe tan ilustre y de sangre real, y se prometia que los votos todos unánimes de los comendadores y caballeros serian conformes con los deseos del rey don Enrique; pero esto era en realidad resistirse á la arbitrariedad y ganar tiempo con buenas palabras. El artificioso conde no habia creido oportuno, sin embargo, intrigar para que se acelerase la reunion del capítulo, porque se prometia acabar de ganar las voluntades de sus enemigos en el ínterin, y solo don Luis de Guzman era el que no perdonaba medio de llevar á cabo cuanto

antes sus intenciones. Presentóse en consecuencia á su alteza con una humilde demanda, firmada por él y sus parciales: en ella alegaba el derecho de la órden de elegirse su maestre, y no dejaba de apuntar el que creia tener á la dignidad de que estaba ya casi en posesion el de Villena. No fué tan bien recibida esta mocion de su alteza como se esperaba: pero el rey Doliente era demasiado justiciero para atropellar abiertamente los fueros de una órden tan respetable: convencido además de que el cielo habia designado para maestre á su ilustre pariente, curábase poco de creer en la posibilidad de otra eleccion, y así, fué su decision que el capítulo se reuniria en cuanto él recibiese las noticias que esperaba de Otordesillas, que eran en realidad las que mas por entonces le ocupaban, pues deseaba ardientemente que su esposa doña Catalina diese á luz un príncipe digno de suceder en su corona, si bien estaba jurada ya princesa heredera por las cortes del reino la infanta doña María su primogénita. Mas de un astrólogo de los que en aquellos tiempos de credulidad y supersticion vivian especulando con la pública ignorancia le habian lisonjeado con esperanzas conformes con sus deseos. Quedó, pues, pendiente por entonces el litigio del maestrazgo, y cada uno de los contrincantes procuró aprovechar aquel intérvalo para engrosar su partido. Don Enrique era entre tanto el mejor librado, pues disfrutaba á buena cuenta de las prerogativas y de gran parte de las rentas y dominios del maestrazgo, que la adulacion de sus parciales se habia adelantado á poner á su disposicion.

Quedaba en pié solamente la otra merced que en la mañana de la acusacion de Elvira habia dispensado su alteza al adversario de Villena. Pero no tardó mucho Macías en estar en disposicion de concurrir de nuevo á la corte, y de acompañar al rey en sus partidas de cetrería, especie de caza de que gustaba mucho su alteza, y en que su doncel sobresalia singularmente: afianzóse mas en ella la amistad que el rey le profesaba; en consecuencia de allí á poco su alteza mismo quiso, como lo habia prometido, poner el hábito de Santiago á su doncel: esta ceremonia, con toda la solemnidad que de tal padrino podia esperarse, se verificó en la iglesia de Almuneda, con presencia del maestre de la órden y de todos los comendadores y caballeros santiaguistas que asistian á la sazon á la corte; favor singular que hubiera lisonjeado singularmente el amor propio de Macías si hubiese él podido desechar la funesta idea que le perseguia siempre por todas partes, desde que por primera vez habia visto á Elvira, y en particular desde que la explicacion desgraciada que habia tenido en la cámara del judío no habia podido dejarle á ella duda alguna acerca de su amorosa pasion. El doncel desde aquella funesta noche no habia vuelto á ver al objeto de su amor, que viviendo en el mayor retiro, y cuidando solo de la salud de su convaleciente esposo, evitaba toda ocasion de presentarse en público, fuese porque la tristeza, que cada vez se arraigaba mas en su corazon, la hiciese no hallar gusto sino en la soledad, fuese porque se hubiese afirmado en quitar al doncel todo motivo de esperanza; fuese, en fin, por desvanecer en el ánimo de Fernan Perez de Vadillo todo género de duda acerca de su irreprensible

conducta. ¿De qué servia empero al doncel no ver personalmente á Elvira, si un solo momento no se separaba su recuerdo de su ardiente imaginacion?

Entre tanto se restablecia diariamente el hidalgo de sus heridas: el cuidado de su esposa, la flaqueza que aun le quedaba y la ausencia del doncel, si no habian bastado á aplacar su rencor, contribuian no poco á debilitar la fuerza de sus sospechas, y á embotar en gran manera sus primeros zelos. Pero conforme iba volviendo la serenidad al corazon de su esposo, conforme iba el peligro desapareciendo, volvia á tomar imperio sobre Elvira el recuerdo de su perdido amante. Le hubiera sido además imposible olvidarle del todo. En la corte ningun caballero hacia mas papel que Macías: era raro el dia que no tenia que oir de sus mismos criados los elogios suyos, que de boca en boca se repetian. Ya habia bohordado en la plaza con tal primor, que habia dejado atrás á los mejores jugadores de tablas: ya habia compuesto una trova ó una chanzon tan tierna, tan melancólica, que no habia dama que no la supiese de memoria, ni juglar que no la cantase al dulce son de la vihuela de arco; instrumento de quien dice el arcipreste de Hita, autor contemporáneo:

La vihuela de arco fas dulses de balladas,
Adormiendo á veces, muy alto á las vegadas,
Voces dulces, sonoras, claras, et bien pintadas,
A las gentes alegra, todas las tiene pagadas.

¿Y cómo resistir sobre todo á este mágico poder, si al leer la trova ó la chanzon, donde los demás no veian mas que una brillante poesía, Elvira no podia menos de leer un billete amoroso? Parecia que sus composiciones la estaban mirando continuamente á ella como los ojos de su autor. Miraba á veces á su esposo al parecer Elvira, y su imaginacion solia estar muy lejos de él. Una lágrima entonces, dedicada al doncel, solia asomarse á sus ojos. Vadillo, convaleciente aun, la miraba absorto y enternecido: «Elvira, le decia, da tregua á tu afliccion; todo peligro ha huido: me siento mejor ya, y esas lágrimas que por mí derramas solo pueden contribuir á afligirme.» Volvia en sí Elvira al oir esas palabras: un oculto sentimiento de vergüenza teñia sus mejillas de carmin, y la despedazaba la idea de abusar sin querer de la credulidad de su esposo.

En los primeros dias habia esperado Elvira á que Fernan Perez la hablase del acontecimiento que le habia reducido á aquel término; y lo habia esperado con ansia y con temor, pero en balde. El hidalgo, fuese por amor propio, fuese por no tener bastante seguridad para emprender una explicacion en que él no podia hacer todavía el papel de acusador, guardó el mas rigoroso silencio. En vista de esta conducta, parecióle á Elvira que lo mejor que podia hacer erar aventura alguna pregunta; pero igual suerte tuvo su arrojo que su expectativa. No solo no consiguió ninguna explicacion satisfactoria en este punto, sino que habiendo conocido que toda conversacion relativa á la noche del duelo alteraba visiblemente á Vadillo, hubo de renunciar á su importuna curiosidad. Creyendo el

hidalgo tambien que su esposa le negaria haber sido ella la enlutada encontrada en el cuarto del astrólogo, y que mientras no tuviese otras pruebas irrecusables seria mas bien espantar la caza que asegurarla el hablar del caso, observaba sobre este particular la misma conducta que sobre el duelo, reservándose sin embargo dos cosas : primero, el propósito de espiar mas escrupulosamente en lo sucesivo todos los pasos de Elvira; segundo, la intencion decidida de terminar cuanto antes con cualquiera ocasion y pretexto que fuese el suspendido duelo con el hombre primero que habia aborrecido en su vida, y que habia aborrecido como se aborrece cuando no se aborrece mas que á uno.

Constante en estos propósitos, no bien estuvo Hernan Perez restablecido, dirigióse á la cámara de su señor el conde de Cangas. Su semblante dejaba ver todavía la huella de la enfermedad.

— Hernan Perez, le dijo don Enrique con afabilidad, ¿os han permitido ya dejar el lecho? Debiérais recordar sin embargo que vuestra salud es harto importante para vuestro señor, y no exponerla con tan temerario arrojo á una recaida peligrosa.

— Las heridas del cuerpo, gran príncipe, aquellas que hizo la lanza ó la espada, repuso Vadillo con reconcentrada tristeza, sánanse fácilmente : las que recibimos en el honor son las que no se curan sino de una sola manera.

— ¿Qué decís? ¿Será que por fin os habreis decidido á abrirme francamente vuestro corazon? contestó don Enrique. ¿Será que querais explicarme los motivos de vuestra conducta, de ese duelo singular, cuyos efectos se ven todavía en vuestro rostro, y de esa reconcentrada melancolía que deja diariamente en él huellas aun mas indelebles y duraderas?

— Señor. contestó Vadillo, ya creo haber manifestado á tu grandeza en varias ocasiones que mi mayor pena es no poder confiarte las muchas que agobian á tu escudero.

— Quiero no darme por ofendido, contestó friamente Villena, de vuestra inconcebible reserva.

— Perdónala, señor, dijo Vadillo hincándose de rodillas, y permite que puesto á tus plantas solicite tu escudero de tu grandeza una gracia, que acaso nunca te hubiera propuesto sino en el campo de batalla, si una ofensa, y una ofensa mortal, no le obligara á ello.

— Alzad, Vadillo, y decid la gracia, que yo os juro por Santiago que os será concedida.

— No me levantaré, señor, mientras no sepa que nadie en lo sucesivo podrá decir impunemente á un hidalgo : « No ha lugar á pacto entre nosotros, pues no eres caballero. » Armame, señor. Si mis largos servicios te fueron gratos, si pasando de la clase de doncel, en que fui admitido á tu servicio, á la honrosísima que ocupo hoy á tu lado, no dejé nunca de cumplir con esas sagradas obligaciones que los mas grandes señores no se desdeñan de ejercer; si desempeñé los deberes de la hospitalidad con tus huéspedes, y los de la mesa contigo; si fué siempre la fidelidad mi primera virtud; si has tenido pruebas de mi valor alguna vez, con-

fiéreme, señor, esa órden tan deseada. Y si no bastan mis méritos, bástame esa hidalguía, de que en balde blasono si puede cualquiera deshonrarme impunemente como á villano pechero.

— Alzad, Vadillo, dijo don Enrique viendo que habia acabado su peticion el afligido escudero. Por mucho que me sorprenda vuestra demanda en esta coyuntura, continuó, por mucho que me dé que rezelar, mal pudiera negaros una gracia á que sois, Vadillo, tan acreedor.

— Guarde el cielo, señor, tu grandeza...

— Remitid, Vadillo, vanos complimientos. Os armaré : os lo prometi en pública corte no ha mucho tiempo, y torno á repetíroslo ahora. Pero decidme, ¿qué causa en esta ocasion mas que en otra...?

— Tu honor y el mio. Has sido calumniado, atrozmente calumniado; porque tú me dijiste, señor...

— Calumniado, sí, Vadillo, calumniado. Pongo al cielo por testigo que podeis, fiado en la justicia de mi causa...

— Bástame tu palabra á desvanecer mis dudas todas. Quiero, pues, que mi primer hecho de armas, en que gane mi divisa, sea la defensa de mi señor. Yo alcé en tu nombre el guante que un mancebo temerario arrojó públicamente en testimonio de desafío. Yo responderé de él : si tu causa es justa, la victoria es segura.

— ¿Cómo pudiera no aceptar vuestra generosa oferta, Fernan Perez? Quédame sin embargo una duda : duda que en obsequio vuestro quisiera desvanecer. Solos estamos : abridme vuestro corazon : decidme, ¿no teneis alguna otra causa que os mueva?...

— Señor...

— ¿Presumís que puede tenerse noticia de vuestro encuentro con Macías en el soto... y del arrojo con que os adelantásteis en la corte á alzar el guante al punto que vísteis ser él el mantenedor de la acusacion, sin sospechar al mismo tiempo que causas muy poderosas...? Hablad...

— Acaso las hay. No lo niego.

— Escuchad, añadió Villena en voz casi imperceptible, ¿seria cierto que tuvísteis zelos?...

— ¿Zelos, señor, yo zelos? exclamó Fernan con mal reprimido amor propio. ¿Quién pudo decir...?

— Nadie, Fernan, nadie : yo solo soy el que he creido en este momento...

— ¿Vos solo? si supiera...

— ¿Y bien? ¿A mí porqué no descubrirme?... ¿Vuestra esposa sin embargo...?

— Basta, señor, no hablemos mas de eso. ¡Mi esposa, Dios mio! ¡Mi esposa! Si mi esposa pudiese faltar...

— ¿Qué es faltar, Vadillo?

— Si pudiese tan solo con su pensamiento empañar la mas pequeña porcion de mi honor, no necesitara castigar á ningun atrevido, ni que me armara nadie caballero : dagas tengo aun : la última gota de su sangre, la última no seria bastante indemnizacion de tan insolente ultraje. ¡Elvira, á quien amo mas que á mí propio! ¡Mi bien! ¡Mi vida!

— Sosegaos, Vadillo; nunca fué mi propósito ofenderos; pero pudiérais, sin que Elvira hubiese empañado nunca vuestro honor...

— Jamás, señor. Si un atrevido hubiera osado poner sus ojos en mi esposa, ¿viviria aun, viviria? contestó el hidalgo pudiendo disimular apenas la lucha que existia entre sus palabras y sus ideas.

— Entonces, pues, ¿qué ofensa?...

— Permite, gran señor, que la calle. La hay, lo confieso, y si alguien pudiera vencerme en la lid, si me pudieran vencer todos, nunca Macías : un fausto presentimiento me dice que lavaré en su sangre mis ofensas. Confiéreme la órden de caballería, y yo te respondo, gran señor, de una victoria pronta y segura.

— Sea, contestó don Enrique, como lo deseais. Mañana os la conferiré. Mañana jurareis en mis manos defender su fe, el honor y la hermosura.

Despues de este breve diálogo, el candidato besó las manos del conde de Cangas, y se retiró á esperar con mortal impaciencia el nuevo dia que habia de poner término á todas las esperanzas que contentaban por entonces su ambicion.

CAPITULO XXV.

Agua le echan por el rostro
Para facerlo acordado,
Y vuelto que fuera en si
Todos le han preguntado
Qué cosa fuera la causa
De verlo asi tan parado.

Rom. del Cid.

A la mañana siguiente brillaban con fuego extraordinario los ojos de Fernan Perez. Leíase en su semblante la alegría que inundaba su corazon. Efectivamente la órden de caballería era en aquel tiempo la mas alta dignidad á que pudiese aspirar un hombre de armas tomar. Su virtuoso orígen y sus fines, aun mas virtuosos, le daban tal prestigio, que los reyes se honraban con tan honorífico dictado, y un caballero solo con serlo tenia derecho á comer en su mesa, honor que no disfrutaban ya ni sus mismos hijos, hermanos ó sobrinos, mientras no entraban en aquella noble cofradía. Era preciso ser hidalgo por parte de padre y madre, y con la antigüedad por lo menos de tres generaciones : era preciso haber dado pruebas de valor, y gozar de una reputacion pura é inmaculada. A muchos les costaba además pasar por el largo noviciado de paje y escudero progresivamente. Los que habian entrado al servicio y á hacer prueba de su persona con un rey ó un príncipe de alta categoria, en calidad de pajes, se llamaban donceles : Macías se habia hallado con Enrique III en este caso, y si se le llamaba todavía públicamente el doncel, era porque habiéndole tomado Enrique III, con quien se habia criado, mas

afecto que á otro alguno, habíale conservado aquel nombre por modo de cariño, aun despues de haber recibido la órden de caballería. En el mismo caso se habia hallado con don Enrique de Villena el hidalgo Fernan Perez : habíale entrado á servir primero en calidad de paje ó doncel, y habia pasado á ser su escudero. El cargo de escudero en estos tiempos, y hasta ese nombre, parecen sonar mal á los oidos delicados. Podemos asegurarles, sin embargo, que no solo no tenia en aquel tiempo nada de denigrante, sino que antes era tan honorífico, que muchísimos grandes, señores y príncipes que habian llegado á ser caballeros por el órden regular de los grados requeridos para ello en tiempos de paz, no se habian desdeñado de ejercerlo. En la recepcion de escudero, los padrinos ó madrinas del paje prometian en su nombre religion, fidelidad y amor, con la misma formalidad é importancia que en la recepcion de un caballero. Reducíase la obligacion del escudero á seguir por todas partes á su señor ó al caballero con quien hacia veces de tal, llevándole su lanza, su yelmo ó su espada; llevaba del diestro sus caballos, en los duelos y batallas proveíale de armas, levantábale si caia, dábale caballo de refresco, reparaba los golpes que iban dirigidos contra él; pero solo en grandes peligros le era lícito tomar armas por sí en las pendencias y encuentros á que asistia. Sus deberes domésticos se ceñian á trinchar y presentar las viandas en la mesa, y aun á ofrecer el aguamanil á los convidados antes y despues de comer. Pero estos cargos se desempeñaban con tanta mas dignidad cuanto que los platos los recibia de mano del maestresala, que ya era por sí una dignidad, aunque mas subalterna, y el agua de mano de los pajes, que la tomaban ellos ya de los domésticos inferiores. En público, y en los banquetes en que reinaba toda etiqueta y ceremonia, no podia sentarse el escudero á la mesa de su señor. Para probar que ni el oficio de doncel ni el de escudero eran sino muy honoríficos, concluiremos diciendo que en las historias francesas del siglo XIII hallamos designados estos donceles y escuderos con el nombre de *valets*, mas humillante aun en el dia que los de *damoiseau* y *écuyer*, que corresponden á aquellos en la lengua francesa. Diremos que Villehardouin, en su historia, hablando del príncipe Alexis, hijo de Isaac, emperador de los griegos, le llama en repetidas ocasiones el *valet* (ó escudero) de Constantinopla, porque aquel príncipe, aunque heredero del imperio de Oriente, no habia recibido todavía la órden de caballería. Por igual causa son calificados con la misma designacion por los historiadores sus contemporáneos Luis, rey de Navarra, Felipe, conde de Poitou, Carlos, conde de la Marcha, hijo de Felipe, y otros infinitos. Entre nosotros fué paje y doncel el famoso y nobilísimo don Pero Niño, conde de Buelna, y el mismo don Alvaro de Luna, tan célebre por su prodigioso favor como por su ruidosa desgracia.

En tiempos de guerra, y en los principios de la órden de caballería, se conferia esta con menos pompa y formalidad: el rey ó el general creaba caballeros antes y mas comunmente despues del combate : en esos casos reducíanse todas las ceremonias á dar la pescozada ó espaldarazo dos ó tres veces en el hombro del candidato con el plano de la espada, dicién-

dole en alta voz : *Os hago caballero en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.* Solia ser otras veces el teatro honroso donde se conferia la órden de los valientes, leales y esforzados, un torneo, un campo de batalla, el foso de un castillo sitiado ó asaltado, la brecha abierta ya de una torre, ó una fortaleza feudal. En medio de la confusion y tumulto de la refriega, arrodillábase el escudero á las plantas del rey, del general, ó de un caballero cualquiera acreditado ya por sus altos hechos de armas. Cuando el famoso Bayardo, caballero sin tacha y sin reproche, confirió de esa suerte la órden de la caballería al rey Francisco I : « O espada mia, exclamó, mil y mil veces venturosa por haber dado hoy la órden de caballería á un rey tan grande y tan poderoso, yo te conservaré como preciosa reliquia, y te preferiré siempre á cualquiera otra. » Despues, añade el historiador que nos ha conservado este rasgo singular, dió dos saltos y envainó su espada.

En tiempos de paz, y cuando posteriormente hubo llegado esta famosa institucion á su mas alto grado de esplendor y á su verdadero apogeo, se solia aprovechar, para conferirla á los escuderos que se habian hecho de ella merecedores, alguna solemnidad. Un dia grande de la Iglesia, el aniversario de una famosa victoria, la boda ó nacimiento de un príncipe ó una coronacion, eran las coyunturas mas comunmente escogidas, y en tales casos hacíase la promocion con otra pompa y con mas minuciosas formalidades ; las cuales complicaron mas y mas sobre todo desde el siglo XI, en que pareció tomar aquella órden un carácter nuevo con la mezcla de ceremonias religiosas y profanas, que para la admision de los señores en esta vasta cofradía se exigieron.

Fernan Perez de Vadillo no podia menos de dar á su nueva dignidad la importancia que en aquellos siglos tenia. Todo aquel dia empleó en los preparativos de la ceremonia solemne que se preparaba para él. El condestable Ruy Lopez Dávalos quiso ser su padrino, y obtuvo que fuese madrina la noble esposa de don Juan de Velasco, camarero mayor de su alteza. El conde de Cangas y Tineo era un personaje bastante calificado para que la dignidad que iba á conferir á su escudero llamase la atencion de la corte. Su posicion ventajosa, en aquel momento mas que en otro alguna de su vida, le granjeó la asistencia á aquel acto, y la cooperacion de las primeras personas de Castilla. Don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, se brindó á oficiar en la ceremonia, y el mismo rey don Enrique, al señalar para ella la capilla de su regio alcázar, quiso presenciarla tambien desde una tribuna, á pesar de sus dolencias. El candidato ayunó aquel dia, conformándose con los usos establecidos : revestido de una larga túnica cenicienta, verdadero traje de su clase de escudero, asistió á la comida que dió don Enrique de Villena á los que debian presenciar la ceremonia. El candidato, colocado aparte en una mesa pequeña mientras los demás comian en la principal, permaneció en ella servido por donceles del conde su señor; pero este, escrupuloso observador de la etiqueta, le intimó al sentarse que no podria hablar ni reir durante la comida, ni aun llegar bocado á los labios. Concluida esta ceremoniosa comida, fué llevado el candidato por sus padrinos, acom-

pañado de los demás concurrentes, y seguido de gran número de juglares y ministriles, que tañian gran variedad de instrumentos y cantaban baladas alusivas al acto que se preparaba, á la capilla del alcázar. Esperábale ya, custodiada por dos hombres de armas de Villena, una hermosa armadura blanca sin mote ni divisa, de que le hacia merced su señor. Separóse de él allí la concurrencia, y quedó Fernan Perez de Vadillo velando sus armas y en oracion la noche entera, despues de haberse despojado de la túnica escuderil, y haber vestido una cota, embrazado la adarga y empuñado la lanza. Llegada la mañana, confesó devotamente con fray Juan Enriquez, confesor de su alteza. No sabremos decir si vuelto su corazon á Dios hizo sacrificio ante el altar augusto de la penitencia del rencor y de los sanguinarios proyectos de venganza que le habian determinado á armarse caballero. Presumimos que así lo haria, y creemos que si luego mas adelante la historia nos ha conservado algunos rasgos que podrian oponerse á aquella concesion cristiana, debe achacarse mas bien esta inconsecuencia á la flaqueza del corazon humano, ó á la mezcla extraordinaria de pasiones y religion que reinaba en aquella época, que á la falta de verdadera contricion del noble hidalgo. Hecha su confesion, y veladas ya las armas, retiróse el candidato por el mismo órden que habia venido, y llegado á su habitacion vistió el traje de caballero, mas rico y adornado que el de escudero, que acababa de dejar para siempre. Allí recibió las visitas y felicitaciones de sus deudos y amigos; y varios señores allegados á don Enrique de Villena vistiéronle sobre la cota de menuda malla una ancha loriga guarnecida de piel, adorno reservado solo en aquel tiempo á personas de categoría, y pusiéronle sobre los hombros un gran manto, cortado á manera de manto real. En esta forma, y llevando colgada del cuello la espada, llegó seguido de los padrinos, de los convidados y de sus amigos, á la real capilla donde esperaban el momento de dar principio á la augusta ceremonia su alteza en su tribuna, rodeado de varios dignatarios, el arzobispo, que habia salido al altar al verle llegar, y gran número de damas. Distinguíase entre ellas la madrina del novel caballero, ricamente ataviada, y á la derecha del buen condestable, arrodillados los dos al lado de la epístola en ricos reclinatorios de terciopelo carmesí, en que se veia recamado en oro el escudo de sus armas respectivas, y de que pendian largos borlones de aquel precioso metal. Algo detrás, y entre otras damas principales, se veia á Elvira, esposa del hidalgo, cubierta con un velo, al través del cual se traslucia sin embargo su hermosura, como suele verse al través de ligeras nubecillas el resplandor del sol. A la otra parte se colocó el poderoso conde de Cangas, acompañado de algunos caballeros principales y seguido de dos de sus pajes, con su yelmo el uno y el otro con las espuelas y demás piezas de la armadura que debian revestirle á Vadillo en acto tan solemne. El resto de la capilla estaba ocupado por la numerosa concurrencia que la calidad de las personas habia traido, y por bandas de ministriles que habian seguido la comitiva, tañendo dulcemente sus instrumentos. Era gran gusto oir la desacorde confusion que producian tocadas á un tiempo la cítola sonora, la guitarra morisca, *de*

las voces aguda é de los puntos arisca, el corpudo laud, el rabé gritador, el orabin, el salterio, la adedura albardana, la dulcema é axabeba y el hinchado albogon, la cinfonia, el odrecillo francés y la reciancha mandurria, cuyos ecos distintos se unian al sonsonete de las sonajas de azófar, y al estruendo de los atambores y atambales, de las trompas y añafiles; instrumentos todos con que se verian tan apurados nuestros músicos del dia para organizar una sola tocata medianamente agradable, si se los trocaran de pronto con los que la civilizacion música les ha perfeccionado, como se verán nuestros lectores para formar una exacta idea de su figura y armónica melodía sin mas datos que esta breve enumeracion, por mas fidedigna que la constituya la autoridad del trovador arcipreste á quien la robamos.

Establecido ya el silencio, arrodillóse el hidalgo ante la reverenda persona del arzobispo, quien le quitó del cuello la espada que traia suspendida, y la colocó en el altar en que iba á oficiar. Comulgó en seguida el candidato con edificante fervor. Despues de un momento de oracion y recogimiento, principió el arzobispo los oficios, acabados los cuales se levantó el candidato, é hincándose de hinojos ante la persona de su señor feudal el poderoso conde de Cangas y Tineo, pidióle reverentemente que le hiciese merced de conferirle la órden de caballería. Juró en seguida en manos del ilustre maestre de Calatrava no excusar su vida ni sus bienes en defensa de la santa religion católica, apostólica, romana, y guerrear hasta morir en toda coyuntura y ocasion que se presentase contra los infieles de aquende y allende el mar; fórmula en que se comprendian no solo los moros que mantenian guerra todavía con los reyes de Castilla, sino tambien los sarracenos que poseian á la sazon el santo sepulcro, y contra los cuales se dirigian de todos los puntos de Europa continuamente innumerables cruzados. Juró amparar y defender las viudas y huérfanos que hubiesen recibido tuerto, y los desvalidos que á su fuerte brazo recurriesen para deshacer sus agravios, no pudiendo de otra manera los enderezar. Prestado este noble juramento, leyéronsele los Evangelios, sobre los cuales le repitió nuevamente. Hecho lo cual, el arzobispo, cogiendo la espada que habia estado sobre el altar durante el oficio divino, la bendijo y se la ciñó. Llegándose á él sus padrinos, calzóle la una espuela el buen condestable don Ruy Lopez Dávalos, y la otra la esposa del noble don Juan de Velasco, á quienes el novel caballero dirigió las mas expresivas gracias por la merced singular que le dispensaban. Uno de los principales señores que acompañaban á don Enrique de Villena le ciñó la coraza antigua, compuesta del peto y espaldar, dándole paz despues. Don Enrique de Villena, adelantándose en seguida, le dió tres espaldarazos con el pleno de la espada, armándolo caballero en nombre de Dios, de san Miguel y de Santiago. Recibióle despues en sus brazos, y en seguida hicieron con él igual ceremonia todos los demás asistentes, como dara darle á entender que se gozaban mucho de tener admitido en su gremio caballero que tan completo prometia ser como el noble hidalgo. Alzóse entonces alegre estruendo de todos los instrumentos proclamando al nuevo caballero. Entre los que debian dar la paz al recien

admitido hallábase uno armado de piés á cabeza, que se habia mantenido constantemente inmóvil al lado del Evangelio, y enfrente del sitio destinado á las damas principales de la corte. Ni el oficio divino, ni la larga ceremonia habian sido parte para sacarle de su asombrosa distraccion. Parecia la estatua del fundador de la capilla, como en aquellos tiempos solian verse algunas en las mas de las iglesias. Pero si se llegaba á presumir que era una persona y no una estatua, para comprender su perfecta inmovilidad, y la fijacion de sus ojos, era preciso creer que un maleficio particular ejercia sobre él una influencia funesta, y le obligaba á mirar á aquella parte con la misma irresistible fuerza con que un instinto fatídico obliga á la incauta mariposa á girar en torno de la vacilante llama que la ha de acabar, y con que una atraccion física llama hácia la serpiente cascabel al mísero pajarillo para hacerle víctima de su irresistible voracidad. Causaba aquel embeleso una dama que no habia podido menos de notarla, y que en balde habia pensado ponerle término interponiendo su velo entre las atrevidas miradas del caballero y su aciaga hermosura. Esta medida habia producido un efecto enteramente contrario al que esperaba. Si las miradas habian sido antes continuadas, pero naturales, tomaron despues un carácter de investigacion muy parecido al que tienen las de aquel que trata de leer durante el crepúsculo, ó á la opaca luz de la luna. Apenas quedaba concluido el acto, cuando deseosa la dama de esconderse á tan imprudentes miradas, se habia confundido y desaparecido entre la multitud ; los ojos sin embargo del caballero, acostumbrados á ver en aquel punto su contorno, le seguian viendo gran rato despues de haber desaparecido, como le sucede al que se atrevió á mirar fijamente por largo espacio al luminar del dia. Horas enteras conservaba su retina la impresion indestructible, y por mas que haya desviado ya los ojos de su deslumbrante luz, por mas que los cierre, en fin, ve el sol todavía donde no le hay. Al llegar Vadillo al caballero acababa de levantarse la dama. Tendió el hidalgo los brazos naturalmente á recibir de él como de los demás el beso de ceremonia, é hizo la misma figura que el que fuese á abrazar un árbol ó una columna. No pudo menos de levantar la cabeza, y de reparar en la especie de estatua que delante de sí tenia. Conocióla, y su primera accion fué volverse con la rapidez del rayo á seguir la visual del caballero, y ver en qué objeto se paraba : si alcanzó á ver algo todavía, ó si el punto á que las miradas se dirigian bastó á contestar á su muda pregunta, eso es lo que no sabemos. Diremos solo que su rostro se tiñó de carmin, y que vertiendo fuego por los ojos y los poros todos de su encendido semblante, sacudió con una mano al distraido diciendo por lo bajo, pero con reconcentrada cólera : « Ya puede haber pactos entre nosotros, que ya no soy escudero. » A esta sacudida inesperada volvió en sí el caballero como quien despierta de un largo sueño. Reconoció su imprudencia al reconocer al que le hablaba, y no ocurriéndole nada que responder de pronto á su rara interpelacion, bajó los ojos y quiso enmendar su pasada distraccion tendiendo entonces los brazos al hidalgo. Este, empero, poniendo entrambas sus manos en ellos : « Dejad, le dijo, el abrazo para ocasion en que esteis menos ocu-

pado, que yo quisiera que el que nos diésemos fuese mas estrecho y mas largo. » « Como gusteis, hidalgo, repuso el caballero con arrogancia, como gusteis. »

No habia podido menos de notarse por la concurrencia esta pequeña escena episódica lanzada en medio de aquel acto solemne : nadie oyó lo que se dijeron, pero los mas tuvieron algo que decirse al oido acerca de aquella rara singularidad. Nosotros diremos, como fieles historiadores, que la dama, cuando se creyó fuera ya del alcance de las miradas del importuno, volvió la cabeza y alcanzó aun á ver algo, que fué lo bastante para despertar en ella ideas de inquietud, á que hacia ya algun tiempo que no habia dado lugar en su corazon.

Acabada la ceremonia, retiróse cada cual, y el novel caballero, acompañado de sus padrinos y de sus deudos, se trasladó á la habitacion del señor de Cangas y Tineo, donde esperaban ya á la comitiva varias damas y convidados, y donde un magnífico banquete, dado por el ilustre maestre, terminó con toda pompa digna de tal solemnidad un dia tan señalado en la vida de nuestro zeloso hidalgo.

CAPITULO XXVI.

Mucho os ruego de mi parte
Me lo querais otorgar,
Pues que de mi nigromancia
Es vuestro saber y alcanzar,
Que me digais una cosa,
Que yo os quiero demandar.
La mas linda mujer del mundo
¿Dónde la podria hallar?

Rom. de Roldan y Reinaldos.

La situacion de los principales personajes de nuestra historia era bien precaria. No hablemos de la infeliz condesa de Cangas, á quien no pudimos menos de abandonar á su triste suerte. Aun entre los que en el dia ocupan nuestra atencion, habia mas de uno que no tenia motivos para estar contento con su estrella. Elvira en primer lugar llevaba continuamente clavado en el corazon el dardo que se ahondaba mas mientras mas esfuerzos hacia por arrancarle, y tenia no pocos motivos de inquietud y melancolía. La falta de la condesa, á quien echaba menos entonces mas que nunca, le recordaba sin cesar que tenia pendiente una acusacion, en el éxito de la cual se hallaba comprometida no solo la vida del hombre á quien no podia menos de amar, sino la suya propia, pues era condicion de tales juicios que habia de morir el acusador ó el acusado, sino en el combate, despues de él. Elvira se hallaba libre en su cámara; pero lo debia á la buena opinion que habia merecido siempre en la corte. Luego que se habia dado á conocer á Abenzarsal, y este habia expuesto á su alteza sus circunstancias y las causas particulares que la obligaban á

guardar secreto, se la habia dejado en libertad bajo su palabra, con la única condicion de haberse de presentar en el juicio, como acusadora, el dia que su alteza tuviese á bien señalar, dia que se retardaba ya demasiado, segun lo que solia en tales casos practicarse. El vulgo de las gentes sobre todo, que no habia podido dar explicacion ninguna á la acusacion y circunstancias de la tapada, no sabia á qué achacar semejante tardanza, si no era á las brujerías de don Enrique de Villena. Mientras tanto no era menos cierto que Elvira debia estar en la mas cruel expectativa. La conducta de su esposo era incomprensible al mismo tiempo para ella; nunca le habia dicho una palabra del encuentro en la cámara del astrólogo: semejante reserva, agregada á aquella tristeza misteriosa que le habia dominado hasta el dia en que habia recibido la órden de caballería, manifestaba que tenia oculto algun proyecto, idea que no podia menos de hacerla temblar.

Hernan por su parte, á quien saben nuestros lectores ocupado únicamente en llevar á cabo su venganza contra el doncel, no era mas feliz. Habia llegado á creer fijamente que Macías estaba prendado de su esposa: la pequeña escena que habia pasado entre los dos en la capilla del alcázar no le podia dejar duda acerca de este particular: así, pues, esperaba con impaciencia el momento de llegar á las manos entonces, que ya tenia permiso de su señor para defender su parte en el juicio de Dios. Con respecto á su esposa, debia estar seguro ya de que era la acusadora de don Enrique; pero justamente resentido de ese paso, tampoco la habia hablado de este asunto, y como tan complicado con el otro que en un mismo dia habia él de morir, ó castigar al atrevido y al objeto de su osadía, cuidábase ya poco de esto. No estaba seguro de que su esposa participase de la culpable pasion de Macías; pero eran tan vehementes sus sospechas, que esta era la única razon porque no habia temblado al considerar que ó habia de morir en el combate, ó habia de morir su esposa si él vencia. Triste alternativa por cierto para otro á quien no hubieran tenido tan ciego los zelos como al hidalgo. Entre tanto trataba con la mayor dulzura á su esposa, porque creia que este era, si habia alguno, el medio de asegurar mas la aclaracion de sus sospechas. No viendo ella en él ninguna señal alarmante, se abandonaria mas fácilmente y caeria en el lazo que le tenia astutamente tendido.

Don Enrique de Villena no dejaba de estar inquieto tampoco. Cuando la fortuna se le presentaba tan favorable, cuando habia conseguido romper los funestos cuanto incómodos vínculos que le unian á su esposa, cuando tenia asido ya el apetecido maestrazgo, un doncel aventurero y una dama extravagantemente heróica se habian atravesado en el camino de sus planes: si él hubiera tenido maldad suficiente, nada mas fácil que haber quitado de en medio á toda costa tan importunos obstáculos, como continuamente le aconsejaba el judío, pero ya hemos visto que el indeciso conde creia tener ya harta carga sobre su conciencia con la desaparicion de doña María de Albornoz. El juicio de Dios le hacia temblar, no precisamente porque él estuviese convencido de que si el cielo tomaba cartas en el juego no podia estar nunca de su parte, sino porque

creyendo mas, como creia, en el valor de los combatientes para semejantes trances que en la participacion de la justicia divina, no podia menos de asustarle la idea de que el contrario era Macías, que pasaba con razon entre las gentes por caballero mucho mas perfecto y cumplido que Hernan Perez. Este debia ser víctima probablemente de su temerario y generoso arrojo; y en este caso don Enrique, vencido en la persona de su campeon, tendria que recurrir á medios muy violentos, y que le repugnaban sobre manera, para conservar no solo el maestrazgo sino tambien la vida. Hasta entonces habia tenido la fortuna de retardar el señalamiento del dia, pero esto no podia durar porque la otra parte instaria, y porque la acusacion habia sido demasiado pública y la sentencia demasiado terminante para que pudiese sobreseerse en el asunto. ¿Habria algun medio de evitar que la parte contraria compareciese al dia aplazado? Esto era lo que formaba el objeto por entonces de las maquinaciones de don Enrique de Villena, de su juglar confidente Ferrus y del astrólogo judiciario. En ese caso, tanto Elvira como Macías serian declarados infames, y reputados culpables de calumnia, y acreedores por consiguiente al castigo que habian reclamado en nombre de la ley contra el conde.

Macías era de todos el menos inquieto, y sin embargo el mas desgraciado. Él debia pelear por su amada; pero el que pendiese la vida de aquella del esfuerzo de su brazo, era para él una gloria, una fortuna inapreciable antes que un motivo de inquietud, fuese Villena, fuese otro mas valiente su contrario: y si Elvira no hubiera huido constantemente de sus miradas, si no le hubiese quitado todas las ocasiones de verla y hablarla, ¿quién como él? Pero desde la mañana en que habia sido armado caballero Fernan Perez, mañana en que habia bebido tan copiosamente el veneno del amor, Macías estaba en un estado continuo de delirio y de fiebre, que no le daba lugar á reflexionar que desde el punto en que el hidalgo habia llegado á concebir la mas leve sospecha, solo su extremada circunspeccion podia excusar á la desdichada Elvira mortales sinsabores. El mísero no veia al hidalgo, no veia el mundo que le rodeaba. Ansioso de saber del astrólogo lo que le habia querido decir la mañana de su presentacion en la corte, despues de su llegada de Calatrava, con sus misteriosas palabras, y no habiendo podido verificarlo por el funesto encuentro que en la cámara del judío tuviera, habia vuelto á visitar á este despues de su curacion. Abenzarsal, siguiendo el plan de enredar á los amantes en el laberinto de su pasion, aun á pesar del ciego temor del conde, pues trataba de salvar á este mal su grado, no dudó en echar leña al mortecino fuego de su esperanza.

— Decidme, padre mio, decidme, comenzó Macías, ¿cuál es el sentido de vuestras fatídicas palabras? Esa corte, que me habeis anunciado siempre como un...

— Sí, le contestó Abenzarsal: la primera vez que os ví conocí que la corte debia seros funesta.

— ¿Funesta, Abenzarsal? ¿Pero qué llamais funesta vosotros? ¿Quereis decir que podrá acarrear mi muerte?... porque eso, Abenzarsal, no

seria lo peor que pudiera sucederme. ¿Qué causa os conduce á pensar... qué secreto mio?... Mucho temo que esa ciencia de que os jactais sea vana y...

— Escuchadme, jóven temerario, interrumpió Abenzarsal. Antes de soltar vuestra inexperta lengua, aprended á respetar lo que no entendeis. ¿Pensais que puedo vivir ignorante de vuestras acciones, de vuestros deseos, de vuestros mas secretos pensamientos? Decid, ¿os acordais del dia en que os dije que al anochecer encontraríais en mi cámara la satisfaccion de vuestras dudas?

— Sí, sí, ¿cómo pudiera no acordarme? sin el concurso de circunstancias que impidieron entonces una entrevista entre nosotros, esta seria acaso excusada.

— Y bien, ¿y qué encontrásteis en mi cámara?

— ¡Cielos! ¿qué encontré? ¿seria...?

— Jóven incrédulo, ¿no encontrásteis el verdadero astrólogo que buscábais? ¿quién os podia dar razon mas satisfactoria de lo que intentábais preguntarme?

— Lo sabe todo, lo sabe todo, dijo para sí Macías. ¡Ah! tu ciencia es cierta. Yo nunca dije á nadie una palabra. Abenzarsal, tomad ese oro : es cuanto traigo : satísfaced ahora á mis preguntas. ¿Me ama, adivino, me ama? ¡Callais, santo Dios! ¡Oh! ¡bien me lo temia!

— ¿Y qué hicísteis que no se lo preguntásteis? ¿A qué preguntarme á mí lo que ella debe saber mejor que yo?

— Viejo artificioso, ¿os burlais de mi dolor? ¿no habeis conocido nunca una mujer? ¿encontrásteis una jamás que haya respondido *sí*, *no*, á vuestras inconsideradas preguntas? ¿no sabeis que la ficcion y el silencio son el arte de las mujeres?

— Harto lo sé : estas canas de que veis cubierta mi cabeza no nacen impunemente.

— Y bien, si tanto sabeis, respondedme : ¿me ama ó me desprecia? ¿son sus miradas las peligrosas redes que las mujereis desvanecidas suelen tender á mil amantes que tal vez aborrecen, ó son las de una hermosa incapaz de engaño y de artificio? ¿son sus ojos solos, ó es su corazon tambien el que me mira? ¿es buena, ó es mala? ¿quién pudo conocer jamás á una mujer? ¿soy su juguete por ventura, soy solo su trofeo, ó soy, Abenzarsal, su vencedor? ¡Ah! cuanto poseo es vuestro. ¡Si me ama, decídmelo! Entonces la corte no puede serme nunca funesta, porque aun muriendo, si muero amado seré dichoso. Si no me ama, callad. Yo he oido decir que conoceis los hechiceros mil medios que inspiran el amor. Enloquecedla, Abenzarsal, haced vos lo que debiera mi mérito haber hecho : ámeme ella, y sea como quiera. ¿Qué condiciones son precisas? ¿cuál es el premio de vuestro trabajo?... ¡Oh! Elvira, Elvira, ¡cuánto me cuestas! ¿Necesitais mi cuerpo, mi sangre? hé aquí, herid y consultad mis venas... ¿necesitais mi alma? ¡maldicion, maldicion! Haced que me adore, Abenzarsal, y tomadla bien. ¡Que me ame! ¡que me adore! y todo lo demás despues.

— Moderaos, jóven arrebatado. ¿Qué motivos teneis para tanta des-

esperacion? ¿no arde siquiera en vuestro corazon una chispa de esperanza?

— ¿Y cuándo muere la esperanza en el corazon del hombre? Yo la he visto mil veces : sus ojos me miraban, y se detenian sobre los mios, como se detienen los de una amante sobre los de su querido. Cuando se encuentran nuestros ojos, no hay fuerza que los desvie. Nuestras almas se cruzan por ellos, se hablan, se entienden, se refunden una en otra. Pero ¡ah! Abenzarsal, que huyen á veces, y su rostro airado. .

— ¿Airado habeis dicho? ¿y qué mas fortuna pedís? Cuando huyen sus ojos de los vuestros, entonces es cuando mas os ama : entonces, doncel, os teme.

— ¿Qué decís?

— No huye la indiferencia, ni se enoja. ¿Y nunca la habeis hablado?

— ¡Ah! por mi desgracia una vez...

— ¡Por vuestra desgracia! ¿Le dijísteis...?

— Menos de lo que siento, pero le dije...

— ¿Y respondió?

— ¡Mas cómo respondió!!

— ¿Os respondió que no, que la ofendíais... que huyéseis... que...?

— ¡Abenzarsal!

— ¿De qué, pues, os quejais? ¿queríais, mozo inexperto y precipitado, que una mujer virtuosa, una mujer que debe á su esposo...?

— ¡Abenzarsal! gritó furioso Macías.

— Y bien. ¿Quereis que me ria en vuestra cara de esa locura? ¿no os enojais ahora porque...? yo creí que teníais muy sabido...

— Sí, sabido, sí, ¡pero ay del que se complazca en repetírmelo!

— En buen hora. ¿Queríais que esa mujer, cuyas perfecciones adorais...?

— Entiendo, entiendo.

— Sed mas confiado, señor, y menos impaciente.

— Vos mismo la hubiérais apreciado en menos, y esto las mujeres lo saben. Quieren ser premio de la victoria, pero de una victoria reñida, porque cuando son vencidas, doncel, ellas mismas hallan disculpa á su flaqueza, disculpa que no encontrarian si no se defendiesen. Las menos virtuosas, Macías, quieren parecerlo hasta á sus propios ojos. ¿Qué será, pues, las que realmente lo son?

— Sí, pero no confundais á Elvira con...

— En buen hora, doncel. Si os habeis prendado de un ángel, id á consultar ángeles : yo solo conozco el corazon humano.

— Judío, ¿y qué me aconsejais?

— ¿Necesitais consejos despues de lo que os he dicho?

— ¿Es posible? Ah, padre mio, no me hagais entrever la felicidad para arrancármela despues mas amargamente de entre las manos. Si mi constelacion...

— Las constelaciones, doncel, mandan que tengamos frio en el invierno, y sin embargo, si os sumergís en un baño de agua caliente en el corazon de enero, ¿no hubiérais de sudar?

— ¡Cierto!

— Andad, pues, y venced, si podeis, vuestra constelacion. Ella se os anunció funesta. Hacedla vos venturosa.

— Explicaos mas claro, padre mio... ved que...

— Doncel, os he dado cuantas explicaciones puedo daros. Recapitulad mis palabras, y partid. Solo os añadiré, y ved que no os hablo mas en el asunto, que para vencer es fuerza pelear, por mas que muchos que peleen no venzan. Vuestra constelacion es funesta; en vuestra mano está sin embargo vencerla. Confianza y audacia. A Dios.

— ¡Confianza y audacia! salió diciendo Macías; ¡santo Dios! ¿será mia? ¿será mia alguna vez? Dos lágrimas, hijas de la terrible emocion y de la alegría que henchia su corazon, surcaron sus encendidas mejillas. Desde entonces el audaz mancebo revolvió en su cabeza cuantos medios podian ocurrírsele para tener una entrevista con Elvira; desde entonces no vió mas que á Elvira en el mundo, y desde entonces pudiera haber conocido quien hubiera leido en su corazon que Elvira ó la muerte era la única alternativa que á tan frenética pasion quedaba.

CAPITULO XXVII.

Eres mujer finalmente.
Rom. de Zaide á Zaida.

Jaime, decia una mañana Elvira á su paje, que sentado á sus piés la miraba de hito en hito con ojos ora tiernos, ora indagadores : Jaime, ¿te habló hoy Fernan Perez á tí?

— ¿A mí? prima mia, ya sabeis que no soy santo de su devocion ; siempre que me ve hablando con vos mas de lo regular, hay motivo bastante ya para que tenga mala cara un dia entero. Sin embargo, nunca le hice mal alguno; antes le deseo mucho bien, porque os le deseo á vos. Con que si no os ha hablado, lo que es á mí...

— ¡Ah! tampoco; no sé qué secreta melancolía le devora desde la noche...

— Sí, aquella noche en que...

— No la recuerdes : mi falta de confianza acaso... el paso que dí... si llegó á cerciorarse de que era yo...

— Pudiera ser, pero me parece que tiene alguna cosa mas.

— ¿Qué cosa?

— Yo he oido decir que los zelosos hacen lo mismo que vuestro esposo.

— ¡Jaime! ¿Será posible que Hernan Perez abrigase la menor duda acerca de la virtud de su consorte...?

— No digo eso; antes creo todo lo contrario. Alguna vez le he so-

lido sorprender, hablándose solo á sí mismo : acaso me tenga rencor por eso... « Elvira me ama, » decia antes de ayer cuando yo le encontré distraido, « me ama tanto como yo á ella : es imposible : no era culpable... »

— ¿Eso decia?

— Eso le oí.

— ¡Dios mio! ¡cuán ingrata soy! Y en ese caso, esos zelos que dices...

— Esos zelos puede tenerlos de alguno, aun sin pensar que vos...

— ¿De alguno?

— Escuchad.

— Ayer en la corte miró á un caballero, que conoceis, de una manera... ¡Ay! si sus ojos hubieran sido rayos, con la velocidad del relámpago hubiera sido reducido á cenizas el caballero.

— ¡Cielos! ¿Qué os hice para merecer tanto rigor?

— Y como se dice que ya en una ocasion ha tenido algun lance con el mismo caballero, y que sus heridas...

— Basta, Jaime, no despedaces mi corazon; tú que le conoces, tú que sabes cuán inocente soy...

— ¡Oh! si yo fuera esposo de la hermosa Elvira, ¡qué pocos cuidados me habian de dar los zelos! ¡cómo dormiria á pierna suelta! ¿no es verdad, prima?

Un estremecimiento involuntario fué la única respuesta de Elvira y un profundo silencio, indicio de la mayor distraccion.

— ¿No es verdad, prima? preguntó de nuevo el inexperto niño, volviendo á aplicar el dedo imprudentemente en la llaga. Ello por otra parte, á mí me da lástima.

— ¿Qué te da lástima? preguntó Elvira.

— Si viérais en qué estado está mi pobre amigo : el que me solia llamar así...

— ¿Qué amigo?

— ¡Qué amigo quereis que sea! Si viérais qué rostro tan pálido... tan desfigurado... Por fuerza está muy malo... Si el amor es capaz de hacer tantos estragos, no quiero nunca enamorarme.

— ¿Qué dices, Jaime?

— Lo que oís : solo que yo no lo entiendo, cuando oigo decir que Macías está así porque quiere bien. Yo os quiero bien; no os podrá querer él mas, y sin embargo vame bien de salud. A pesar de eso todos dicen que está enamorado.

— ¿Lo dicen todos? ¡Imprudente!

— Un caballero tan aventajado, tan...

— Jaime, te he prohibido que me hables de él : ¡por piedad!

— Bien, prima, bien : no os aflijais. En confianza... añadió sonriéndose, es lo último que voy á decir... no tengais cuidado... en confianza, se me figura que no estais vos mejor que él...

Elvira se cubrió el rostro con su pañuelo y apretó involuntariamente la mano del pajecillo, que continuó...

— Yo os aseguro que si le viérais... y le hablárais...

— Jaime, dijo volviendo en sí Elvira y levantándose, nunca, ni verle, ni hablarle... ni hablarme nada de él; lo he dicho ya.

— ¿Tan delincuente puede ser? Porque os ama...

— Porque es mi voluntad, paje. Callad.

— Pero haceos cargo de que si está enamorado, segun dicen, ¿cómo puede él dejar de amar, ni qué culpa tiene? Yo no creia que fuérais tan rencorosa. ¡Ah! si de ese modo pagais el cariño de los que os quieren bien, os dejaré yo de querer...

— No hay remedio, Dios mio, no hay remedio, exclamó Elvira desesperada. No he de volver los ojos donde no le vea. No he de oir hablar sino de él. Si no quereis, Dios mio, mi perdicion, empezad por apartar su imaginacion de mis ojos, su recuerdo de mis oidos. Yo os lo pido, y os lo pido de corazon. No quiero sucumbir, no quiero.

— Ved, prima mia, que siento pasos, y que si llega alguien y os ve de esa manera, pensará que os he reñido yo á vos, en vez de reñirme vos á mí.

— Sí : voy á enjugar las lágrimas. Jaime, ries, porque no conoces el mundo todavía : no crezcas ¡ay! no salgas nunca de tu dichosa edad.

Dichas estas palabras, que dejaron un tanto cuanto reflexivo y meditabundo al pajecillo, que no veia muy claro todavía qué peligro podria haber en crecer como todos habian crecido antes que él, retiróse Elvira por no ofrecer su rostro descompuesto en espectáculo á la persona que iba á entrar, si no engañaba el ruido de los pasos, que cada vez se oian mas cerca.

Apenas habia desaparecido, cuando un caballero embozado en su capilla entró mirando con espantados ojos á una y otra parte.

— Tampoco, dijo, tampoco está aquí.

— ¿Adónde vais, señor? preguntó el paje, asombrado del desórden que reinaba en su fisonomía y en toda su persona, ¿adónde de esa suerte?

— ¿Jaime, eres tú? pues bien, he de verla.

— ¿Habeis de verla? ¿á quién?

— ¿A quién? ¿hay otra en el mundo por ventura? ¿conoces tú otra?

— ¿Estais loco?

— Sí, lo estoy, estoy lo que quieras, con tal que me la enseñes. Verla, no mas verla. ¿Donde está?

— ¡Desdichado! ¿Y Hernan Perez, señor?

— ¡Ah! Hernan Perez no vendrá. Ahora alconea con el rey en la ribera. Me he perdido de propósito por encontrarla.

— ¿Pero no veis cuán mal hecho es lo que haceis?

— ¡Mal hecho! ¡mal hecho! ¡Siempre la reconvencion, siempre el deber, y siempre la virtud! ¿Quién te ha dicho, paje, que estoy obligado á hacerlo todo bien? ¡Peor hecho es ser ella hermosa!

— ¡Qué palabras! Pues advertid que ver á mi prima es imposible.

— ¿Imposible? repitió con una amarga sonrisa el doncel. ¿Por ventura no está?

— Estar... respondió con algun embarazo el paje, eso... Mirad : está;

pero si quereis creerme, es como si no estuviera. Para vos debe ser lo mismo.

— ¿Porqué?

— Porque está mala. ¡Ah! señor, si la viérais... tened compasion...

— ¡Compasion! ¿La tiene ella de mí? Pero, Jaime, ¿qué mal, qué dolencia?...

— Yo no sé. Se entristece, no duerme, no come, llora...

— ¿Llora? ¿Sufre?

— Ya veis, pues, que es imposible.

— Ahora mas que nunca la he de ver.

— ¿Qué hablais? Yo creia que con deciros...

— ¡Ah! ¿con que me engañas, paje?... ¿no es cierto cuanto me dices?...

— Como el evangelio, señor caballero; pero... en una palabra, díjome no ha mucho... Mas aguardad. Si no me engaño, ella viene...

— ¿Ella? ¿Elvira?

— Salid, pues: ved que no gustará...

— ¡Que salga! No, paje, no.

— Pero reparad... ¡Anda con Dios! ¡allá os avengais! Yo no pude hacer mas, dijo el paje encogiendo los hombros al ver que Macías, apartándole con brazo poderoso, se dirigia hácia donde sonaba el ruido de los pasos.

— ¿Qué altercado es ese, Jaime? salió diciendo Elvira. ¡Santo Dios! añadió en cuanto vió al doncel, que arrodillado ya á sus piés parecia implorar el perdon de su audacia y su descortesía. ¡Qué imprudencia, señor, y qué osadía! ¿Qué haceis? ¿Vos en mi habitacion?

— Sí, bien mio, respondió Macías. Vana es ya la porfía: inútil la resistencia; yo os amo, Elvira.

— ¡Ah! ¿qué intentais? Alzad, señor; volveos.

— ¿Adónde quereis, Elvira, que me vuelva? dijo Macías, levantándose y entrechando entre sus manos las de su amante. El mundo entero está para mí donde estais vos. No hay mas allá.

— ¡Silencio! Si mi esposo...

— Elvira, no temais...

— Salid. Os lo ruego, os lo mando.

— ¡Delirio! ¿Os parece que cuando me decidí á accion tan aventurada, cuando me expuse y os expuse á vos misma á los riesgos de esta entrevista, fué para volverme despues de lograda?

— Yo tiemblo. Jaime, dijo Elvira, si por ventura oyeses...

— Perded cuidado, prima mia... respondió Jaime.

— Corre, sí: si le vieses venir...

— Jaime os probará fidelidad.

Dicho esto, salió el inteligente pajecillo, bien resuelto á ejercer la mas activa vigilancia para evitar que la locura imprudente del doncel acarrease á su prima mas funesta consecuencia que la de haber de convencerle de cuán temerario era el paso que acababa de dar en aquel momento. Macías dirigió al paje, que desaparecia, una mirada en que se

podia leer claramente una larga accion de gracias al cielo, que le proporcionaba por fin aquella secreta ocasion de vencer el desden de la señora de sus pensamientos.

— ¡Ah! Macías, si sois generoso, si sois caballero, oid mis ruegos por piedad. Idos. Soy mujer, y os lo ruego. A vuestras plantas si quereis...

— ¡Elvira! gritó Macías fuera de sí levantando á la hermosa Elvira. Oidme. Un momento no mas. Oidme, y partiré. Tres años, señora, hace que os ví la vez primera; tres años os amé, y os amo, yo os lo juro, como nadie amó jamás: igual tiempo callé. Mil veces fué á escaparse de mis labios la palabra fatal; mil veces la sofoqué: la inmensidad de mi amor la ahogó en el fondo de mi corazon. Mis ojos, sin embargo, os lo dijeron. ¿Cómo imponerles silencio? Ellos hablaron á mi pesar. ¿Porqué los vuestros me respondieron? Callaran ellos, y muriera yo callando. Ellos me animaron empero. Bien lo sabeis, señora. Mi amor es obra vuestra.

— ¿Mia? ¡Ah! ¡sed, doncel, mas generoso!

— ¿Pedisme generosidad? ¿La usásteis vos conmigo? ¿Vos me pedís virtudes? Pedid amor, señora. Es lo único que os puedo dar. Amor, y nada mas. Si es virtud el amar, ¿quién como yo virtuoso? Si es crímen, soy un monstruo.

— ¡Silencio!

— ¿Porqué? ¿Pensais que la naturaleza ha podido imprimir con caractéres de fuego en el corazon del hombre un sentimiento sublime, un sentimiento de vida, eterno, inextinguible, para que se avergüence de él? ¡Ah! No la hagais injuria semejante. Cuando lanzó la mujer al mundo, *la amarás*, dijo al hombre; inútil es resistirla. Sus leyes son inmutables, su voz mas poderosa que la voz reunida de todos los hombres. Os amo, y á la faz del mundo lo repetiré; harto tiempo lo callé...

— ¿Pero podeis ignorar, Macías, que mi estado...?

— ¿Vuestro estado? Preguntadle á mi corazon porqué latió en mi pecho con violencia cuando os ví por la vez primera. Preguntadle porqué no adivinó que lazos indisolubles y horribles os habian enlazado á otro hombre. Nada inquirió. Yo os ví, y él os amó. ¿Porqué, cuando dispuso el cielo de vuestra mano, no dispuso tambien de vuestra hermosura? Si solo para un hombre habeis nacido, ¿porqué os dió el cielo belleza para rendir á ciento?

— Vos delirais, Macías.

— Si es delirio el amaros, deliro, y deliro sin fin. Si en mis acciones, si en mis palabras echais de menos por ventura la razon, vos la teneis sin duda, que vos me la robásteis. Vuestros son tambien mi locura y mi delirio.

— Falso es, Macías, lo que hablais; es falso. Ni vos me amais ahora, ni me amásteis jamás. ¿Dónde aprendísteis á amar de esta manera? Me veis, y vuestros ojos, funestamente clavados en los mios, están diciendo á todo el mundo: *¡Yo la amo!* Corro al campo á buscar la tranquilidad que en vano me pide mi corazon en la ciudad, y allí Macías, allí donde yo voy. Veis á mi esposo, que al fin, Macías, es mi esposo, es cosa mia, y haceis gala de decir á las gentes con vuestras fatídicas miradas: *Porque*

ella es suya le aborrezco. ¿Y porqué, imprudente, no he de ser suya? ¿Qué hizo él acaso para merecer tanto odio? ¿Qué haceis vos que él no haya hecho, y antes, doncel? ¿Gustais de mí, decís? Tambien él lo decia. ¿Puede ser en él crímen el amarme, y en vos...?

— Crímen, sí, crímen imperdonable, que solo con mi sangre ó con la suya...

— Basta ya, temerario. ¿Y vos me amais, doncel? ¡Y vos me lo decís! ¿Os encuentra ese esposo á mis plantas casi, no hunde su acero en vuestro corazon como debiera sin duelo alguno, y vos le provocais y osais contra él alzar el insolente acero? ¿Eso es amar, Macías? Nadie hay en la corte que al pronunciar vuestro nombre, no pronuncie el mio al mismo tiempo. ¿Porqué esa union fatal? Vuestra imprudencia acaso...

— ¡Mi imprudencia!

— Y no contento con perderme para siempre, no contento con haber llenado de luto mi corazon, con haber hecho de mis ojos dos fuentes de lágrimas inagotables, ¿osais aun, á riesgo de ser hallado, traspasar el dintel de mi puerta, osais comprometer mi vida... mi honor?...

— ¿Yo, Elvira? ¡Maldicion sobre mí!

— ¿Eso es, decidme, lo que debia yo prometerme de ese amor tan decantado? ¡Ah! Macías, si os amara, ¡cuán infeliz seria!

— ¡Si me amara!

— ¡Cuán infeliz! Vos mismo habeis cavado entre los dos un abismo insondable...

— Abismo que se llenará, que yo traspasaré, ó donde entrambos nos hundiremos. Me amas, Elvira, me amas. Tu llanto, tus acentos, esa voz trémula y agitada, la tempestad que anuncian tus palabras, son señales harto ciertas que descubren el volcan inmenso que arde en tu corazon. Si fuí imprudente, lo confieso, tú tuviste la culpa. ¿Porqué no me inspiraste una de esas débiles pasiones, un amor pasajero, de esos que es dado al hombre disimular, de esos que no se asoman á los ojos, que no hablan de continuo en la lengua del amante, de esos que pasan y se acaban y dan lugar á otros? Ay, tú lo ignoras, Elvira. Hay un amor tirano; hay un amor que mata; un amor que destruye y anonada como el rayo el corazon donde cae, que rompe y aniquila la existencia; y que es tan fácil de encerrar, en fin, en lo profundo del pecho, como es fácil encerrar en una vasija esos rayos del sol que nos alumbra.

— Macías, ¡por piedad!

— No: sufre ahora, que yo sufrí tambien, y sin consuelo y sin indemnizacion, sin premio. Una vez no mas te hablo en la vida, pero me has de oir. ¿Temes el mundo? Bien. Habla, es verdad, habla imprudente lo que sabe, lo que no sabe, lo que existe, y lo que acaso jamás existirá. Témele tú en buen hora. Yo le aborrezco. Huyamos de él, huyamos para siempre. Una lanza para mí, y un caballo para los dos. Basta.

— ¿Qué escucho? ¿adónde quereis llevarme?

— Donde no haya hombres, Elvira; donde la envidia no penetre. Una cueva nos cederán los bosques: amor la adornará; tú misma con tu presencia. Solo nosotros hablaremos de nosotros. El leon allí no contará á

la leona, con maligna sonrisa, que Macías ama á Elvira. Las fieras se aman tambien, y no se cuidan como el hombre del amor de su vecino. El viento solo lo dirá á los ecos, que nos lo repetirán á nosotros mismos. Ven, Elvira, bien mio.

— Macías, dijo Elvira desasiéndose de los opresores lazos del doncel, vos os dejais llevar de vuestro loco arrebato. Vos me tuteais...

— ¿Y qué importa, señora, que no se tuteen nuestros labios, si nuestros ojos se tutean?

— ¡Ea! partid, dejadme; añadió Elvira con una emocion difícil de explicar. Por la última vez, dejadme.

— Decidme que me amais, y partiré. Una vez sola, una vez; decidme que he de volver á veros, que he de volver á hablaros...

— Soltad; es imposible.

— Amadme, Elvira: ¡por piedad!

— ¡Nunca! ¡jamás! os aborrezco.

— ¿Me aborreceis? ¿no hay en el cielo rayos? ¿no hay quien me mate? ¡Fernan Perez!

— ¿Qué haceis?

— Llamarle. Lleve mi vida quien se llevó mi dicha. ¡Fernan Perez!

— ¡Teneos! Macías. Bien: yo...

— Acaba, acaba.

— Yo os... imposible, jamás. Os aborrezco.

— ¿Y lo dices llorando? Tus lágrimas ardientes corren hasta mis manos. Huyamos. Los amantes son solo, Elvira, los esposos... inútil es la lucha...

— No, no. Macías, hay un Dios. Hay un Dios que nos ve. Mi deber es primero. ¡Santo Dios! exclamó prosternándose la desdichada Elvira, dadme fuerza y virtud! Sola no basto á resistir.

— ¿Qué escucho? ¡Es mia, es mia!

Macías estrechaba sobre su corazon á la infeliz Elvira, que exánime y sin sentido no oponia á su loco arrebato mas resistencia que la pasiva inmovilidad del estupor y del asombro.

— Él viene, gritó de pronto una voz harto conocida á los oidos de Macías y de Elvira. Él viene, repitió de allí á un momento. Así resonó en el corazon del doncel, como el eco lúgubre del bronce, que anuncia al amante parado en la playa la despedida del buque que lleva consigo el tierno objeto de sus ansias.

— ¿Viene, Jaime?... preguntó Elvira fuera de sí. ¡Dios mio! Salid, señor, salid. ¿Veis á qué extremidad me reduce vuestra imprudencia?

— Decidme, pues, contestó Macías deteniéndola aun, decidme una palabra sola de consuelo.

— ¡No, no! contestó Elvira mirando á todas partes con la mayor agitacion.

— Ved que no es tiempo ya, repitió el pajecillo mirando por entre los coloreados vidrios de una rasgada y gótica ventana.

— ¡Mi honor, mi honor, Macías! exclamó Elvira.

— Hablad pues...

— Bien : sí, lo que gusteis diré, pero ocultaos.

— Solo por tí...

— ¡ Hacedlo por mí! Sí. Ved ese gabinete. Armas es lo que hay dentro. Rara vez llega á él. Presto : ocultaos.

Echó Macías una ojeada de dolor á Elvira, y otra de despecho hácia la puerta por donde debia tardar muy poco en entrar el hidalgo : impelido, sin embargo, por el brazo de Elvira, que suplicante le rogaba con lágrimas en los ojos que salvase su honor, ocultóse en el gabinete, y cerróse por sí misma tras él la pesada puerta.

— ¡ Dios mio ! exclamó Elvira. ¡ Perdon, perdon ! ¡ Vos veis, señor, mi inocencia desde los cielos ! ¡ Dadme valor para la amarga prueba que me falta !

No bien habia acabado de decir estas palabras, y de enjugar precipitadamente las lágrimas que se habian agolpado á sus ojos, rogó al pajecillo, no menos asustado que ella, que no se separase de su lado en aquel crítico momento, en que necesitaba su serenidad toda y la de un amigo además, para no revelar ante los perspicaces ojos de su marido la terrible emocion que dominaba en su pecho. Poco despues entró Fernan Perez. El lector nos perdonará si dejamos para otro capítulo la prosecucion del cuento de las cuitas de la infeliz Elvira.

CAPITULO XXVIII.

E si por ventura quieres
Saber porqué soy penado,
Placete, porque si fueres
Al tu siglo transportado,
Digas que fui condepnado
Por seguir damor sus vias,
É finalmente, Macias
En España fui llamado.

Don Enrique de Villena. Infierno de los enamorados.

Suponemos de buena fe que pocas de nuestras lectoras se habrán encontrado en la situacion de Elvira, si bien no nos atreviéramos á asegurar otro tanto de nuestros lectores con respecto á la del encerrado doncel. Era efectivamente aquella bastante extraordinaria. En balde habia dirigido la virtud mas rígida todas las acciones y palabras de Elvira : en balde habia resistido, á costa de los mayores tormentos, á la encendida pasion de su imprudente amante. Una inexplicable fatalidad pesaba sobre ella y sobre cuanto la rodeaba. Ella habia inspirado inocentemente una pasion frenética, que solo podia emponzoñar su vida ó adelantar su muerte; pero semejante á la abeja, que se lastima al picar y deja perdido el aguijon en la herida que hace, Elvira no habia ganado el corazon del doncel sino á costa del suyo. Mas virtuosa, como mujer, luchaba mas tiempo; pero luchaba con un enemigo mas fuerte que ella, y solo la mano del To-

dopoderoso, que acababa de implorar, podia salvarla del hondo precipicio que ante sus piés miraba. Amaba á su esposo por otra parte; y ¿cómo no amarle? Era, pues, tan inocente como desgraciada.

La misma fatalidad que pesaba sobre Elvira, habia alcanzado al doncel. Habia bebido sin saberlo la ponzoña que corria por sus venas. Largo tiempo habia luchado tambien el deber con el amor; pero un concurso de circunstancias no buscadas le habian venido á poner en tal estado: que así le era fácil sacudir el yugo, como le es fácil á la débil paloma desasirse de las crueles garras de sacre devorador.

La puerta del gabinete donde Macías habia entrado era compuesta de dos altas hojas, construidas segun el gusto gótico, ó por mejor decir, gótico arabesco, que tenian entonces todos los adornos arquitectónicos. Pero en cada una de sus ojas una ventanilla cerrada por una cruz de hierro, y puesta á la altura poco mas ó menos de una persona, proporcionaba desgraciadamente al caballero la deplorable facilidad de ver cuanto pasaba en la cámara donde los dos esposos estaban, no pudiendo ser él visto á causa de la oscuridad en que se hallaba sepultado aquella especie de astillero ó gabinete de armas, que no tenia mas luz que la que del salon inmediato recibia.

El semblante pálido y deshecho de Elvira, sus ojos encendidos de llorar, una indefinible tristeza que oscurecia sus facciones, como una nube oscurece el dia, y cierta agitacion particular, hija del temor y del cuidado con que entonces estaba, la hubiera hecho interesante á los ojos de cualquiera, por indiferente que hubiera sido á los tiros del amor. Hacia tiempo por el contrario que no habia tenido Hernan Perez un dia que tanto hubiese contribuido á disipar su natural melancolía. Habia cazado con su alteza y con don Enrique de Villena, que ambos á dos le habian colmado de favores: aquella habia sido la primera vez que se habia hallado en público en calidad de caballero, y el corazon del hombre es harto débil para no lisonjearse de semejantes distinciones. Deseaba partir con una persona querida su satisfaccion; ¿y con quién mejor que con su esposa? Dirigióse á ella con un semblante mas animado y franco de lo que comunmente solia.

— ¿He tardado, no es verdad, Elvira? dijo acercándose á ella con un hermoso azor en el puño izquierdo. ¿He tardado?

— No, Hernan: antes paréceme que habeis venido...

— ¿No me esperábais todavía? Esta es la suerte de los maridos. Nunca se los espera.

— ¡Santo Dios! dijo para sí Elvira, hasta cuyo corazon habia penetrado esta casual alusion.

— ¿Estais triste, Elvira? continuó Hernan acariciando al pájaro distraidamente. Cualquiera diria que habíais cometido alguna accion de que tuviéseis que avergonzaros. Si os hubiera sorprendido con un amante, no tendríais la cara mas lastimosamente melancólica. Si he venido á haceros mala obra...

— ¡Esposo mio! exclamó Elvira destrozada en su interior, sabeis que ha tiempo que la debilidad de mi cabeza...

— Tenaces son esos males de cabeza y terribles, añadió Hernan. Tambien está triste este pobre pájaro. Miradle, Elvira. Su alteza acaba de cambiármele por el mio: ha cazado tan bien esta mañana, que ha querido quedarse con él. Nos ha encantado á todos. ¿Quereis creer que cuantas veces le ha soltado su alteza y don Enrique de Villena, otras tantas ha vuelto con la presa? Solo una vez que le solté yo se vino con las garras vacías. Sobre eso quiso su alteza darme vaya. — ¡Ea! dijo: Vadillo, hoy no estais para cazar. Hoy no cogereis pájaro ninguno... ¿Qué teneis, Elvira?... Sobre eso fué tal la rabia que concebí, que se lo ofrecí al rey, y de buena voluntad. Efectivamente no era mi estrella cazar hoy. De allí á poco su alteza se empeñó en que le soltara su doncel favorito... y tambien cazó; pero yo nada. Verdad es que Macías caza bien. ¿Pero, esposa, os alterais? esa agitacion... acaso... su nombre solo os ofende. ¿Tanto le aborreceis? ¿Recordais por ventura?... Pero veo que os incomoda demasiado. Nunca hemos hablado de eso. No hablemos jamás ya. Volviendo á la caza, Elvira, está visto que hoy no cazo. Dióme, pues, este azor en cambio del mio, y ¡pardiez! que está triste. Acaso habrá dejado su compañera al venir á mi poder. Los animales nós dan ejemplo de fidelidad: ¿no es verdad, Elvira? capaz será de morirse. ¡Azor! ¡azor! Solo por eso le quiero. Él no caza hoy, es verdad: en eso se parece á mí; pero es fiel, y váyase lo uno por lo otro; ¡porque en eso se parece á vos!

Volvia Elvira la cabeza á una y otra parte; tosia, bostezaba; cubríase el rostro con el pañuelo; pero la agitacion que en su exterior se notaba era, comparada con el desórden de sus pensamientos y la lucha atroz de sus sensaciones, lo que es la arrugada superficie del mar azotada por una blanda brisa, comparada con el furor y embate de las montañas de agua que subleva y despide contra el cielo una deshecha borrasca. Al pajecillo íbasele un color y veníasele otro, que aunque de corta edad, ni se le ocultaba el riesgo del encerrado mancebo, ni el de Elvira si llegaba á ser descubierto, ni la terrible simpatía que entre aquella situacion y el diálogo del hidalgo reinaba.

Comenzó este á parar la atencion en el singular estado de su esposa.— Os entiendo, Elvira, dijo despues de un momento de pausa, os entiendo. Las conversaciones de dos esposos que se aman no han menester testigos, y vos teneis sin duda algun secreto que fiarme.

— ¿Yo? preguntó azorada Elvira. ¿De qué inferís?...

— Sí; Jaime, continuó Hernan Perez, yo te llamaré.

— Ah, dejadle, señor: el paje no incomoda...

— No importa. Lleva este azor adentro. Que le cuiden. Que no se escape sobre todo: era el favorito de su alteza, y tan ilustre huésped no puede sino honrar mi casa.

Preciso le fué al paje obedecer. La órden estaba dada de una manera muy positiva, y el haber insistido por otra parte demasiado solo hubiera conducido á dar sospechas.

Elvira hizo un esfuerzo para levantarse, y dirigiéndose al paje, bastante separado ya de su esposo, aparentó acariciar al ave, pero díjole en rea-

lidad al oido : — Jaime, vuelve dentro de un momento; si he conseguido apartar de aquí á Hernan Perez, facilita la salida al caballero. ¡ Y que no vuelva nunca, nunca !

— Bien, querida prima, respondió el paje en voz alta, no es este el primer pájaro de que he cuidado. Yo os aseguro que se le tratará como merece. ¡Azor! ¡azor! se fué diciendo en seguida, y saltaba al mismo tiempo aparentando con la mayor inteligencia el indiferente atolondramiento de su alocada edad.

— Pienso, Hernan Perez, dijo Elvira acercándose á su esposo, que el aire libre me sentaria bien. Si quisiérais, pudiéramos...

— Esposa mia, repuso Hernan Perez, cuyos deseos de conversar á solas con Elvira irritaban mas y mas los obstáculos que se le querian oponer, no lo creais. Se ha levantado un viento fuerte, que solo podria perjudicaros. Venid y sentaos á mi lado. No es mi carácter, Elvira, esa fatal reserva que circunstancias desgraciadas me han hecho usar con vos de algun tiempo á esta parte. El corazon del hombre se cansa del silencio : llega un caso por fin en que necesita, como el agua oprimida, un desahogo. Me es necesaria, Elvira, una larga explicacion.

— ¡ Dios mio ! dijo Elvira para sí : ¡ en vuestras manos me encomiendo ! Resignada con esta breve oracion mental, sentóse trémula y agitada al lado de Hernan, que cogiéndole una mano y oprimiéndosela cariñosamente, no ya como un marido, sino como un amante, continuó clavando tiernamente sus ojos en los de ella.

— Sí, Elvira, oidme. Si os creyese una mujer vulgar, una mujer capaz de guardar secretos para vuestro esposo, no os abriria mi corazon. Pero ¡ ah ! vos sois víctima tambien hace ya tiempo de esta fatal reserva que ha helado nuestra existencia. Maldicion sobre el ser impasible y yerto, que cerrado siempre para sus semejantes, vive solo dentro de sí y solo para sí. Su consorte es un vivo, condenado á vivir atado á un cadáver.

— ¿Qué decis?

— Sé que el destino ha arrojado entre nosotros un ser desgraciado : sé que una inclinacion á que dísteis acaso demasiado imperio sobre vuestro corazon...

— ¡ Hernan Perez! exclamó asustada Elvira.

— Sí, ¿ á qué negarlo? Vos amábais á la condesa, mas acaso de lo que la misma amistad tiene derecho á exigir.

— Cierto que la amé siempre mucho, interrumpió Elvira con mas serenidad.

— No culpo en vos ese sentimiento, si bien pudiera estar zeloso de él. Nace de un corazon generoso; pero...

— Permitidme que en ese punto no dé oidos, señor, á vuestras reconvenciones... dijo Elvira pensando mas en abreviar el diálogo que en meditar prudentemente sus respuestas.

— ¿Es posible, Elvira, es posible?

— He jurado guardar silencio...

— ¿Pero cuál misterio?...

— Permitidme que calle ahora : algun dia sabreis, y no está lejos tal vez, que esa misma amistad que me echábais no ha mucho en cara, os hace mirar á don Enrique bajo un aspecto falso. Básteos saber que no he creido faltaros...

— Dejemos en buena hora ese punto, si tanto os incomoda. Vengamos á otro. Sabeis, Elvira, que soy vuestro esposo... Hay un hombre sin embargo...

— Esas palabras, señor... ¡Ah! soy inocente, exclamó Elvira precipitándose á los piés de Fernan Perez.

— ¿Cómo pudiera yo dudarlo, Elvira? sois inocente; ¿pero basta acaso en el mundo en que vivimos ser inocente? ¿No es fuerza parecerlo tambien? Oidme. Vos sabeis cuánto os amé : os conduje al altar, partí con vos mi lecho, os entregué mi casa porque os amaba, Elvira. Hay un hombre, sin embargo, que ha osado poner en vos los ojos.

— ¡Ah! señor, acaso os deslumbre...

— Nada me deslumbra, Elvira. No os haré cargo alguno. Vuestra palabra me basta. Mi honor está en vuestras manos. Ese fué el depósito sagrado que al desposarme os entregué. ¿Le habeis guardado, Elvira?

— ¡Señor! exclamó Elvira ahogando sus sollozos, y volviendo el rostro á mirar con la mayor agitacion el gabinete.

— La verdad, Elvira, y nada mas. Mirad : yo os pedí vuestro corazon, no os lo robé : yo no os dije *sereis mi esposa*, sino *¿quereis serlo*? ¿Para qué pensásteis que enlacé á mi suerte la de una mujer? Para hacerla feliz. No hago trovas, Elvira, no es el talento la cualidad de que blasono. Empero la honradez será siempre mi norte. Sed, Elvira, feliz: Decidme ahora cuáles son los medios que para serlo exigís. Hoy es tiempo todavía; mañana no lo será tal vez.

— ¡Ah! exclamó Elvira en el mayor desórden. ¿Vos habeis dudado, esposo? Si viérais sin embargo mi corazon, si viérais cuánto ha padecido... ¡Piedad, piedad de mí! No mando en mí, Fernan, ni sé quién soy.

— No os turbeis, Elvira : tranquilizaos. Eso me basta. ¿Me amais?

— ¡Si os amo! ¿Cómo pudiera no amaros?

— Basta, Elvira; de hoy mas mis labios se sellarán : vuestra palabra va á guardar en lo sucesivo mi tranquilo sueño. ¡Elvira, Elvira!

Una larga escena de silencio, pero de elocuente silencio, se siguió á esta enérgica exclamacion. Elvira al oirla miró dolorosamente al gabinete. Presentóse entonces á sus ojos el amor, terrible presagio de sangre y de desgracia. Asustada cerró los ojos, y no pudiendo resistir á la lucha interior que la devoraba, y á la imágen de cuanto deberia sufrir el que estaba condenado á ser testigo de escena tan amarga, dejó caer su cabeza desmayada sobre el hombro de Hernan Perez. Un torrente de sus lágrimas inundó el pecho del hidalgo; de esas lágrimas de hiel que se forman y corren lentamente, que manan con dolor, con amarguísimo dolor del mismo corazon.

— Ah, perdonadme, Elvira, dijo arrebatado el hidalgo de ternura y de entusiasmo; perdonadme si he podido ofenderos con dudas ofensivas...

— ¿Que os perdone, señor? exclamó Elvira. ¿Yo á vos? Perdonadme vos á mí...

Al llegar aquí anudáronse las palabras en la garganta de Elvira, y no la dejaron sus sollozos proseguir. Un sentimiento profundo de vergüenza y remordimiento, y una expansion espontánea de generosidad se habian apoderado de ella. Un momento menos de reflexion, y la infeliz Elvira declaraba á los piés de su suspicaz esposo su deplorable estado; pero el doncel estaba en su casa todavía. La menor imprudencia suya hubiera tenido funestas consecuencias. Alzó los ojos al cielo Elvira, y contentóse con llorar. ¡Macías, Macías! dijo para sí. ¡Oh, quién pudiera aborrecerte!

— ¡Me ama, me ama como el primer dia! exclamó Hernan Perez con loco frenesí: arrojándose en seguida en sus brazos, estampó en su pura frente un ósculo conyugal. Elvira sintió su rostro encenderse de rubor al contacto fatal. Bajó los ojos avergonzada, y hubiera querido mas bien ver con ellos el infierno todo, que haber encontrado con los de su esposo, tranquilos entonces, serenos, confiados, como lo está el ignorante pasajero que duerme con placer á la pérfida sombra del nogal.

Tambien el doncel oyó el ósculo dado en la frente de Elvira, que resonó en su corazon como la voz de la verdad en la tumba. Helóse su sangre toda dentro de sus venas. Sus ojos, lanzados fuera de su órbita, devoraban desde la oscuridad el rostro divino de la hermosura, reclinada en brazos de otro. Sus manos, cerradas por sí solas y comprimidas, sacudieron la cruz de hierro que cerraba la ventanilla, y si no bastaron á romperla sus esfuerzos, torciéronla como un mimbre delicado.

— ¡Se aman, se aman! exclamó el doncel con voz ronca y apenas inteligible. ¡Maldicion, maldicion sobre ellos y sobre mí! Y una lágrima, pero una lágrima sola, se abrió paso con dificultad á lo largo de su mejilla, fria como el mármol.

CAPITULO XXIX.

Seis años fuí de él servida.
Sin de mí alcanzar nada.
Él ofendió á mi marido,
Y de ello yo fuí la causa;
Y con todo esto le quiero,
Y le tengo acá en el alma.

Rom. de Gazul.

— ¡Ah! Vadillo, exclamó Elvira creyendo haber oido algun rumor en el gabinete, ¡cuán desdichada soy!

— ¡Elvira! dijo escuchando un momento Fernan Perez. Diria que alguien habia hablado á nuestro lado.

— ¿A nuestro lado? ¿Cómo? ¡Qué fantasía!... ¿Quién pudiera?...

— Tiempo es el caballero,
Tiempo es de andar de aquí,

entró cantando á esta sazon con voz descomunal el atolondrado pajecillo, segun las palabras de aquel antiguo y famoso romance popular que se cantaba entre las gentes : entraba Jaime como quien creia que habria tenido ya ocasion la bella prima de sacar de allí al hidalgo.

— Seria el paje, señor, el que aquel ruido metia, dijo Elvira aprovechando tan feliz coincidencia.

— ¿Qué buscais de nuevo aquí? preguntó Hernan Perez con todo el mal humor de aquel á quien interrumpen en una ocupacion agradable para la cual no ha menester testigos. No haria yo mal, ¡vive Dios! atolondrado, en cogeros de un brazo y encerraros en ese gabinete oscuro hasta que hubiéseis aprendido otra mesura y comedimiento.

— Perdonadle, gritó Elvira asustada.

— Ved que habrá sabandijas en ese cuarto, señor hidalgo, repuso el pajecillo prontamente : nadie entra en él jamás.

— Vos sereis el bellaco y la sabandija, mal criado, contestó Hernan Perez. ¡Ea! salid.

— De buena gana; pero no será sin deciros que el azor no quiere comer, y que es tan torpe Alvar, el escudero que os habeis echado desde que recibísteis la órden de caballería, que quiero yo que me encerreis de veras si antes de un cuarto de hora no campa solo el pájaro por su respeto sobre alguna torre del alcázar. ¡Pobre animalito! él, ¡ya se ve! quiérese escapar. Os digo que se escapará.

— ¿Se escapará? ¡Voto va! Paje, á vos os lo dí : si él se escapa, acordaros habeis del pájaro de su alteza. Dejad, Elvira, que vea lo que hacen esos necios. Tenedme ahí entre tanto á buen recaudo á ese insolente. ¿Escaparse? No se escapará, ¡voto á Santiago!

Diciendo y haciendo salió precipitadamente el hidalgo, y el paje, vuelto hácia la puerta por donde salia, y poniéndose los puños en los hijares :

— Se escapará, dijo con donaire y burlita sardónica; sí señor, se escapará. ¿Pero esperaros yo aquí, eh? Para mi santiguada que no haré tal; no estoy tan mal avenido aun con mis orejas. Vaya, ¿qué haceis, prima? Ved que el tiempo pasa, y si le perdeis, saldráse con la suya el hidalgo, y el pájaro no se escapará.

— ¡Santo Dios! ¿Con que es falso ese recado que nos habeis traido, Jaime? ¿Y no temblais?....

— Prima, todo el riesgo para mí es perder una oreja, y mas perderíais vos si...

— ¡Querido Jaime, querido Jaime! exclamó Elvira estrechando al paje entre sus brazos.

— Luego, prima mia, luego, dijo Jaime mirando con cuidado hácia

la parte por donde acababa de separarse el hidalgo, y dirigiéndose en seguida hácia el gabinete. ¡Caballero, añadió abriendo, caballero! ¡Vaya que se ha dormido, mientras que nosotros hemos sudado por enmendar sus locuras! ¡Ay Dios mio! prosiguió todo asustado viendo salir al doncel. Parecia este efectivamente mas bien un espectro que una persona. El amor y los zelos luchaban aun en su semblante. — ¡Ingrata! gritó fuera de sí dirigiéndose á la desdichada Elvira. ¡Ingrata! ¿Qué pretendeis ahora de mí? ¿Sacaisme aquí á la luz por si no veo bien allí vuestras infernales caricias, por si no oigo bien vuestros pérfidos juramentos? ¿Qué os hice yo para rigor tan grande? ¡Le amais, le amais?

— ¡Macías! basta; huid, huid, exclamó temblando de terror y echándose á sus plantas la infeliz. No mas tiempo, no mas; que ha de volver.

— ¡Vuelva! ¡vuelva! Aquí mi pecho está. Máteme luego.

— ¡Vaya! señor, exclamó el paje, deje para otro dia esa cancion; mire por Dios...

— ¡Ah Jaime! ¡Me aborrece! le interrumpió Macías.

— ¿Qué os ha de aborrecer? repuso el paje.

— ¡Jaime! gritó Elvira tapando con su mano la boca del inocente. Macías... partid.

— No, no partiré. ¿A qué vivir, si he de vivir sin vos? Sea su triunfo completo. Amadle sin rubor. ¡Perezca solo quien no debe gozar!

— ¡Por Dios! ¡por mí, Macías!

— ¡Cierto! soy un testigo importuno para los placeres que os esperan, dijo Macías con voz reconcentrada, y toda la sangre fria de un hombre desesperado.

— ¿Qué han de esperarme ¡ay de mí! sino tormentos? ¿Quereis que al fin lo diga? Huid y lo diré.

— Elvira, ¿qué dirás? gritó Macías. ¿Que le amas, otra vez...?

— No, nunca, no, ¿Qué pude hacer delante de él? A tí amo : solo á tí...

— ¿A mí? ¡ah! ¿A mí? ¡Sueño, deliro!

— ¡Qué vergüenza, Dios mio! Pero huye ya; ¿qué esperas? ya lo oiste de mi boca : por ese amor frenético que veo en tus ojos con placer, por ese amor, Macías, ¡huye! ¡huye por Dios! ¡y por piedad!

— ¡Elvira! ¡Elvira! dijo Macías palpitando todo de amor y de felicidad. Huyo, sí, huyo. Dime, empero, que volveré.

— Volverás si huyes ahora, volverás.

— ¡A Dios, Elvira, á Dios! gritó con loco furor Macías, y se lanzó fuera del cuarto.

— ¡A Dios, repuso con voz apagada Elvira, á Dios! y cayó sin fuerzas casi y sin sentido sobre un sitial inmediato, escondiendo con ambas manos su rostro descompuesto y avergonzado.

— Alzad, prima; no lloreis, dijo Jaime acercándose á la hermosa desconsolada.

— ¿No he de llorar? exclamó esta volviendo en sí, y mirando á todas partes con temor de ver volver á su esposo. ¿No he de llorar? ¿Qué le

dije yo, Jaime, qué le dije? ¡Imprudente! ¿Y él volverá, volverá? ¡No, jamás!

— Andad, añadió el paje: templad vuestro dolor. ¿No habeis visto con qué facilidad hemos engañado al buen hidalgo? ¡Ah! Yo necesitaba tener presente cuán serio era el lance, prima mia, para no soltar la carcajada. ¿Habeis notado que no ha dicho una palabra que no pudiera hacernos reir con fundado motivo?

— ¡Hacernos reir, Jaime! Maldecida sea mi loca pasion. ¡Sí, dices bien! yo le hice risible. ¿Yo? ¿Yo pago de ese modo su cariño, su amor, su condescendencia? ¿En qué era, pues, risible? ¿En amarme? Saetas eran sus palabras para mí. ¿Porqué ha de ser risible, Jaime? Porque tiene una esposa infiel, que olvidada de su deber ha dejado crecer en su pérfido corazon un amor odioso. ¿Y porque ella es ingrata, él es risible? ¡Dios mio! Confundidme. Hé ahí el premio que doy á su cuidado. Porque ha partido su lecho conmigo; porque me ha confiado su casa, porque me dió su corazon, porque quiso llamarme madre de sus hijos, ¿por eso le aborrezco? ¡Me horrorizo, Jaime! ¡Yo misma me doy horror! ¿Yo cubriré su nombre de ignominia; yo destinaré á eterno oprobio el nombre de mi marido, que es el mio? ¿Las gentes al mirarme le pronunciarán con befa y con maliciosa risa? ¡Dios mio, Dios mio! ¡Yo pierdo la cabeza! ¿Y cómo amarle sin embargo? ¿Es mio por ventura mi corazon? ¡Macías, me has perdido! Oye, Jaime, si le ves por acaso, dile que nunca, nunca torne á mi presencia. Que huya, que huya. Le adoro, sí, le adoro Díselo tú tambien: pero que huya. ¡Qué delirio el mio! ¡Qué locura! ¡Mi voz se ahoga!

— Hermosa prima, Fernan Perez vuelve. Serenaos.

— ¡Vuelve, vuelve! ¡Ah! Evita su furor. Déjame á mí: muera yo sola: ¡yo su castigo merecí!

— ¡Ah! no, no parto si llorais así.

— Parte. Sí, dices bien, no lloro ya, dijo con interrumpidos sollozos Elvira, enjugándose los ojos rápidamente, y empujando con una mano al paje; parte: que no te llegue á ver.

— ¿Donde está, gritó Hernan Perez; dónde el insolente que osa jugar con mi cólera y desafiarla?

— ¡A Dios, Jaime! dijo en voz baja Elvira: corre... Teneos, Hernan Perez... añadio arrojándose al paso de su esposo.

— ¡Oh! decidme vos sino, gritó el hidalgo, ¿hay en esto, señora, otro misterio? ¿Qué significan vuestras lágrimas, vuestros sollozos, vuestra confusion?...

— Jaime, señor, es inocente, inocente: nunca quiso jugar con vuestra cólera. Todos os amamos aquí y os respetamos, todos; pero... mirad... oid...

— ¡Elvira! Elvira! exclamó con voz descompuesta el hidalgo, que comenzaba á sospechar vagamente.

— ¡Perdon! gritó Elvira con voz aguda y ahogada por sus lágrimas y sollozos: esposo mio, ¡perdon! Y cayo de rodillas abrazando los piés del hidalgo, y dando su frente pura sobre el suelo con asombro de aquel,

que cruzado de brazos delante de ella parecia en la mayor inmovilidad andar buscando en su cabeza alguna explicacion de escena tan extraordinaria.

CAPITULO XXX.

Estando en esto llegó
Uno que nuevas traia.
— Mercedes á ti, fortuna,
De esta tu mensageria.
Rom. del rey Rod.

— Ya veis que en ningun caso puede convenirme, decia agitado Villena al astrólogo un dia. Cuando tengo vencidos casi los obstáculos todos que á la posesion de mi maestrazgo parecian oponerse, cuando unos ya, merced á mis beneficios y promesas, han vuelto á entrar en la senda del deber, cuando otros, cansados del poco fruto de la diligencia de don Luis Guzman, ceden en tan obstinada demanda y dan al olvido su rencor, ¿querrán que yo exponga á los riesgos de un combate el objeto de todas mis ansias y desvelos? ¡Qué bobería, Abenzarsal! Fuerza es para suponer en mí semejante delirio no conocer cuánto he deseado ese maldecido maestrazgo. ¡Por cierto que puede ser dudoso el éxito del combate! No quiero yo decir con esto que mi antiguo escudero Hernan Perez carezca de valor de ningun modo; pero una cosa es tener valor, y otra estar seguro de vencer á Macías. Abenzarsal, el combate no puede verificarse sino para perder yo el maestrazgo por lo menos; y no se verificará.

— No es tan fácil hacerlo como decirlo, dijo Abenzarsal sin mirar al conde, y mas bien como quien habla consigo mismo que como quien contesta á otro; no es tan fácil hacerlo como decirlo. Porque, al fin, ni el mismo rey puede revocar ya la prueba por combate que tiene decretada á peticion de parte, ni fuera decoroso en vos solicitarlo.

— Abenzarsal, decirme á mí ahora que nada se puede remediar en el asunto por los términos ordinarios, vale tanto como decirme que Madrid está en Castilla; y por cierto que no tengo ni el tiempo hoy ni la cabeza para aprender verdades de esa importancia. Si os consulto es porque presumo que pudiéramos dar un golpe atrevido. ¿No hay algun arbitrio? ¿no os ocurre á vos nada? ¡Por Santiago! yo creí que ya habíais comprendido que yo quiero que os ocurra.

— Mi cuerpo, señor, viejo y feo conforme se halla, está á tu disposicion; del alma nada te quiero decir, porque no estoy muy seguro de si puedo disponer de ella como cosa mia, despues de la tempestuosa y aun maliciosa vida que he traido. Dios me la perdone. Pero en cuanto á mis ocurrencias, permite que te diga, señor, que solo conforme me vayan ocurriendo podré irlas poniendo á tu disposicion.

— ¡Maldito viejo! refunfuñó Villena entre dientes. ¿Cuándo quereis acabar de fundirme esa cabeza de bronce que ha de responder á todo el que la pregunte, y que me habeis tantas veces prometido? Yo os aseguro que si la tuviera en mi poder, como debiera, á la hora esta ya la habria hecho decir cosas buenas y oportunas acerca del asunto. No habria combate, yo os lo aseguro: no lo habria. Os juro que esa seria la mejor cabeza de Castilla, sin contar la mia, Abenzarsal, se entiende.

— Mientras la mia, señor, esté sobre mis hombros, que será todo el tiempo que yo pueda, paréceme que la de bronce ha de estar de mas.

— Veamos, Abenzarsal, esa prodigiosa fecundidad de recursos. Ya imaginaba yo que no dejaríais de sacarme de este molesto apuro.

— ¿Has visto alguna vez á tu juglar Ferrus desempeñar con singular destreza y maestría el famoso juego de cubiletes que de Italia han traido á España algunos juglares y juglaresas de Provenza?

— Adelante, Abenzarsal.

— Bueno: pues es preciso que aprendas ahora de Ferrus tan peregrina habilidad, y esto sin remedio.

— ¿Os volveis loco, ú os burlais de mí?

— Ni lo uno ni lo otro. Lo primero no me tiene cuenta á mí; lo segundo no te la tiene, señor, á tí; sin embargo afírmome en lo dicho; no tienes, conde, otro remedio, á no ser que quieras valerte del agua aquella que poseo, que no seria tan mal recurso. Pero has dado en apreciar la vida del hombre...

— ¡Qué horror, Abenzarsal, qué horror! ¿Habeis tomado á vuestro cargo endurecer mi alma, y hacer de mí un pícaro tan redomado como vos? ¿no temblais el crímen?

— ¿Qué es el crímen? ¿lo que han querido llamar tal los hombres? Soy uno de ellos; tengo derecho á no adoptar sus definiciones.

— ¿Me direis que el quitar la vida á otro ser...?

— ¿Qué es quitar la vida, don Enrique? ¿puede el hombre, necio, insensato, quitar la vida á ningun ser? ¿puede el hombre crear ni destruir? ¡Impotente! ¡miserable! Aquel en quien acaba el alma de separarse del cuerpo, deja de vivir á los ojos de los hombres. A los ojos de Dios vive, porque nada muere á los ojos de Dios; él ha derramado la vida en los seres todos: unos existen bajo unas condiciones, otros bajo otras. Si el vivo vive de una manera que confesamos, vive tambien el muerto de otra manera que no conocemos: á los ojos de Dios las acciones todas son iguales: no hay bien, no hay mal; no hay vida, no hay muerte; no hay virtud, no hay crímen.

— ¡Blasfemia, blasfemia! gritó don Enrique. Os complaceis en aventurar horribles paradojas en los momentos críticos en que tenemos mas necesidad de inventiva que de ergotismo escolástico, y de confianza en el cielo que heréticas impiedades.

— Como gusteis: dejemos en buena hora á los hombres, viles gusanos de la tierra, imaginarse en su vanidad los seres privilegiados de la creacion: dejémosles creer orgullosos que para dar vueltas al rededor de su mundo miserable ha lanzado al vacio el Hacedor millones de mundos

mayores; dejémosles pensar que son algo, y que valen algo; dejémosles, en fin, dar una incomprensible importancia á sus acciones míseras, al que llaman su honor, á su supuesta ciencia, á sus ridículas pasiones, al ruido que hace la boca, que llaman aullido en el lobo, y en sí mismos conversacion.

— ¿Acabareis? ¡por santa María!

— Dejémoslos en tan lisonjero error: convencedle al hombre de que no es nada, y precipitado de la altura del trono que sobre la naturaleza se ha erigido, se afligirá como si el no ser nada fuese algo.

— ¡Por Santiago! exclamó Villena despechado: teneis razon, Abenzarsal. Teneis razon en todo lo que habeis dicho, y en lo que habeis pensado, y en lo que os habeis dejado por pensar y por decir. ¿Pero y mi maestrazgo? Os suplico que no lo considereis como cosa de hombres, que yo os prometo probaros antes de mucho que si el hombre puede no ser nada, un maestrazgo por lo menos es algo.

— Vengamos, pues, al maestrazgo, dijo sonriéndose el astrólogo, á quien esta última frase debió de parecer mejor que el mundo y sus míseros habitadores. Ya he dicho, señor, que no queriendo hacer uso del *aqua mortis*, necesitais aprender...

— Pero, ¿qué significa?

— Significa que, así como el juglar, y un juglar cualquiera, hace desaparecer entre los dedos la bola mágica, segun la llama el vulgo de los hombres, ese de quien yo os hablaba hace poco...

— ¿Volvemos? dijo Villena desesperado con lastimoso acento.

— No: tranquilízate, señor; así, pues, necesitas tú hacer desaparecer á alguien de la corte de don Enrique.

— ¿A quién? ¿y cómo?

— Voy á decirte, ilustre conde. A Elvira, tu acusadora, es caso imposible, porque está libre bajo mi responsabilidad, así como Macías y tú lo estais bajo la propia del rey, tú por tu clase, y él por su favor.

— Bien. Adelante. Elvira es además mujer de Fernan Perez.

— Cierto; pero á Macías no me parece que podria ser difícil. Él está ahora mas que nunca poseido de una pasion frenética; pasion cuyos resultados, felices para nosotros, has cortado tú mismo con tus incomprensibles escrúpulos. Sin embargo, puédenos servir todavía. Entreveo un plan asequible tal vez. Necesitaremos de Ferrus. Si el doncel cae en el lazo que le vamos á tender, no será él ciertamente quien venza á Fernan Perez.

— Abenzarsal, ¡cuánto os debo, amigo mio! dijo Villena estrechando sus manos.

— Dame empero tu palabra, señor, de no estorbar mis intentos, y dame con tu palabra á Ferrus. Sé las escenas que han pasado entre los amantes recientemente, sé... pronto lo sabrás tú mismo. Ven en tanto, señor, conmigo... oigo un rumor extraño en la cámara de su alteza. ¿Será acaso alguna novedad en la salud del rey, que debamos sentir todos?

Al acabar el astrólogo estas palabras, dirigiéronse entrambos hácia la cámara de su alteza. Oíase desde ella un prolongado y confuso clamoreo,

cuya causa no tardaron en adivinar. Su alteza, rodeado ya de algunas de las primeras dignidades de Castilla, preguntaba á unos y á otros, y parecia haberse hallado largo rato en la misma duda que los personajes de nuestro último diálogo. Brillaba sin embargo en su semblante una alegría desusada en él, y podíase conocer desde luego que mas tenia de fausto que de infausto el suceso que producia en aquella ocasion tanto movimiento.

— Venid, ilustre conde, mi pariente, y vos, Abenzarsal, venid, dijo don Enrique el doliente saliendo al paso contra su costumbre, con notable olvido de su propia dignidad, á los dos personajes que entraban en su cámara. La corona de Castilla tiene ya un heredero varon.

— Señor, dijeron á un tiempo Villena y el físico, ¿es posible? ¿Ha llegado ya tan alegre nueva?

— Sí, dijo el rey : el enano que está de atalaya en la torre mas alta del alcázar acaba de ver las ahumadas que tenia mandadas disponer para este caso, y los fieles habitantes de mi leal villa de Madrid se han apresurado á felicitarme sobre tan feliz acontecimiento.

Oianse, en efecto, ya mas distintamente los repetidos vivas con que de buena fe manifestaba el pueblo su entusiasmo al saber que habia nacido un rey, y que no podria faltarle ya en ningun caso quien le mandase.

Salió su alteza á una de las *fenestras* de su alcázar, como se llamaban entonces las ventanas en castellano, sin que se pudiera achacar eso á galicismo, pues no habia entonces en la pobre villa de Madrid tantos traductores como en los tiempos que alcanzamos de dicha y de ilustracion ; salió á una de las *fenestras*, como dejamos dicho, y agradeció al pueblo con claras demostraciones y ademanes de contento y satisfaccion su inocente entusiasmo.

Vuelto en seguida á Stúñiga, justicia mayor del reino,— Diego Lopez, le dijo su alteza, dispondreis que mañana sea la última audiencia que dé en esta villa á los fieles habitantes de Madrid. Debemos marchar inmediatamente á Otordesillas, adonde se trasladará la corte por ahora. Quiero que al separarme de esta mi villa predilecta puedan mis vasallos venir á implorar á los piés del trono la justicia que puedan necesitar. Recuerdo además, condestable, añadió volviéndose al buen Ruy Lopez Dávalos, que he suspendido en dos ó tres casos decisiones de grave interés, prorogándolas hasta el momento que tan felizmente ha llegado

Inclináronse el condestable y el justicia mayor, y no puso tan buen gesto como don Luis Guzman el intruso maestre. Antes, llegándose al oido del astrólogo : — ¿Habeis oido? le dijo. Mañana dará órden de que se reuna el capítulo de Calatrava, y mañana acaso fijará el dia de nuestro combate. — No hay tiempo que perder, repuso en voz baja tambien el judiciario.

Don Luis Guzman y Macías echaron cada uno por su parte una mirada significativa de esperanza y desprecio al conde de Cangas y Tineo. El resto del dia se empleó en preparativos para el viaje que la corte disponia, y la noche en músicas y en danzas, en que los ministriles y juglares

divirtieron no poco á todos con sus juegos y arlequinadas, farsas y bufonerías.

CAPITULO XXXI.

Porque le vi ir huyendo
Muy malamente llagado,
Y que á la hora de agora,
Será muerto ó cativado.

Rom. del rey Rod.

Por ende quien me creyere
Castigue en cabeza agena,
É no entre en tal cadena,
Do no salga si quisiere.

Marqués de Santillana. Querella de amor.

Algunas horas hacia ya que la noche habia tendido sobre nuestro hemisferio su tenebroso velo. Ningun ruido sonaba en la campiña, ni en las solitarias y tortuosas calles de la villa de Madrid. Solo en el alcázar se veian brillar en algunas habitaciones mas luces de las que solian comunmente arder á semejantes horas : oíase desde la calle un rumor sordo y lejano, que se desprendia del altísimo edificio, bien como se desprenden de la tierra los vapores en una mañana clara de invierno. Un caballero acababa de bajar triste y taciturno la escalera principal del alcázar : su traje indicaba que salia del brillante sarao que arriba se oia; su desasosiego, sus pasos vagos y sin direccion, indicaban el desórden y la indecision de sus pensamientos.

— Sí, volveré, decia hablando consigo mismo, volveré : ella misma lo decidió. ¡Importuna danza! ¡ruido mil veces mas importuno! ¡Mientras mas gente, mas solo!

Cativo de mi tristura,
De mí todos han espanto :
Preguntan, ¿cuál desventura
Hay que me atormente tanto?

¡Inútiles esfuerzos! ¡talento estéril! ¿De qué me sirves, de qué? Ni mis palabras la vencen, ni mis trovas la mueven! ¡Elvira!

¡Ah! te place que mis dias,
Ya fenezca mal logrado,
Muy en breve,
Pues que al infeliz Macías,
Es tu pecho despiadado,
Tan aleve.

Despues de repetir esta endecha tristísima de una de sus composi-

ciones, apoyóse el trovador desdichado contra la alta muralla del alcázar, donde se encerraban todos sus deseos. Poco tiempo podia hacer que estaba sumergido en la mas profunda meditacion, ora recordando las contradictorias pruebas que de cariño y odio le habia dado su señora, ora repitiendo vagamente y con profunda distraccion fragmentos sueltos de las chanzones que le habia inspirado su desgraciado amor, cuando una mano se apoyó sobre su hombro con extraña familiaridad.

— ¿Quién eres, preguntó airado, el que osas perturbar la meditacion del que desea estar solo?

— Quien os ha visto salir; quien compadece vuestra pasion; quien os ha de consolar en ella; quien sabe de vuestros asuntos tanto como vos, sino mas; repuso el desconocido.

— ¡Ah! judiciario, dijo Macías reconociendo al físico Abenzarsal, que habia salido tras él del bullicioso sarao. ¿Qué se hicieron tus predicciones, y qué tu vana ciencia? ¿Dónde está mi felicidad, dónde?

— Mas cerca acaso de lo que presumes, hombre incrédulo.

— ¿Qué decís? Explicaos. ¡Ah! si alguna vez os han engañado, si sabeis, padre mio, lo que es esperar lo que nunca llega, y creer lo que nunca sucede, no os burleis de mi necia confianza. Ved que lo creo todo, porque todo lo deseo.

— ¡Silencio! ¿Conoceis una reja alta que da sobre el terraplen y el foso, hácia la parte del alcázar que mira al soto del Manzanares?

— ¿Qué me quereis decir?

— Oid. La reja se abre. Hé aquí su llave.

— ¿Su llave? ¿Para qué?

— ¿Para qué preguntais? ¿No os sirve, pues?

— ¡Ah! dadme, dadme acá. Decidme, ¿de quién, para quién la teneis?

— No os importa. ¿Conoceis su letra?

— ¡Desdichado! ¿De qué la habria de conocer? Si tanto sabeis y adivinais...

— Bien: no importa. Miradla aquí.

— Su letra, Abenzarsal. ¿Es magia esto, es magia? ¿Deslumbrais mis sentidos por ventura con las artes de vuestra pérfida profesion?

— Leed y callad, añadió el astrológo sacando de debajo de su ropa una linterna, cuya luz proyectó sobre un pergamino que le dió al mismo tiempo.

— ¡Dios mio! dijo el doncel acabando de leer. ¿Es ella, lo sabeis, es ella la que escribe estas breves palabras?

— No: soy yo si os parece, dijo afectando enojo el pérfido viejo: á Dios; puesto que no quereis ser feliz, no os quejeis despues.

— ¡Ah! no: venid: perdonad, señor, si el exceso mismo de mi felicidad... ¿Es posible?...

— ¡Ea! dejad vuestras pueriles exclamaciones. El tiempo corre. Partid. No convendria que nos viesen juntos. Sabeis que el hidalgo está con su alteza. A Dios.

— Escuchad; teneos. ¡Un momento! dijo Macías; pero hablaba solo

ya : el astrólogo habia desaparecido con indecible presteza. ¡Qué confusion! prosiguió el doncel. ¡Tanta felicidad, Dios mio! Corramos ; mas no. ¿Quién sabe los sucesos que me esperan esta noche? Sé que mi constelacion me es contraria. Quiero buscar mi espada : con ella al lado, nadie, nadie podrá estorbar mi felicidad.

Dirigióse, dichas estas palabras, el animoso doncel á su habitacion, y ciñó su espada cubriendo con un tabardo oscuro de velarte su elegante vestido, que no podia menos de haber llamado la atencion de cualquiera que aquellas horas se le hubiera notado, en el paraje sobre todo donde él pensaba que podria tener que esperar un instante propicio para su dicha.

Volvia á bajar la escalera del alcázar para salir al campo lo mas presto posible, y antes de que se hubiesen cerrado las puertas de la villa, cuando nn encuentro inesperado le detuvo, no tan á su pesar como podria parecerle á primera vista al que no supiese que el que hacia variar de aquella manera su primer pensamiento, era nada menos que el mismo, mismísimo pajecillo Jaime, á quien tan apurado y comprometido dejamos por causa del doncel en uno de nuestros últimos capítulos, que acaso no habrá olvidado todavía el lector.

— ¡Jaime! dijo Macías.

— ¡Señor caballero! repuso el paje no menos admirado y satisfecho. Buena la hicísteis la mañana pasada. ¡Ah! otra vez ved de ser mas prudente.

— ¿Acaso Elvira?...

— Mirad, de eso nada sabré deciros, sino que desde entonces esposo y esposa se tratan de una manera... La señora pasa llorando los dias, y el señor rabiando las noches... la casa es un infierno. Felizmente á mí nada me tocó de lo que merecia. Pero á propósito, gózome de encontraros. Díjome mi hermosa prima...

— Mas bajo.

— No, no hay peligro.

— ¿Qué te dijo?

— Que si volviais alguna vez, como habíais dejado prometido...

— ¡Como ella misma!... querrás decir...

— Sí, bien... como gusteis.

— ¿Y qué?

— Nada : no os aflijais. Mirad : las mujeres son... vos lo conoceis mejor que yo...

— ¿Qué hablas, pajecillo? Acaba.

— ¡Ah! no, si os enfadais... tranquilizaos, y os diré...

— ¡Acaba por Santiago! Juro por el infierno que estoy tranquilo.

— Me dijo, pues, contestó el paje aterrado de la extraña tranquilidad del doncel, que si volvíais, se os dijera que no estaba.

— ¿Eso dijo? ¡Perfidia! ¡perfidia sin igual! ¿Y no lloró al decirlo, no tembló, miserable? Sed generoso con las damas : creed, creed un solo punto. *¡Salvad mi honor, huid, y volvereis! que os amo*, dijo, y todo fué mentira! ¿Y yo salí y obedecí? ¡Necio! ¡insensato! ¡Ah!

¡maldecida generosidad! Paje, ¿me engañas? prosiguió despues de una breve pausa, en la cual dió mil vueltas al pergamino que le acababa de dar el astrólogo. No pudo decir eso: tú burlas mi dolor, y tú...

— ¿Yo, señor, yo? Me obligareis á deciros lo que añadió...

— ¿Qué añadió, santo Dios?

— Pues mirad, añadió que se os dijera á vos mismo que ella habia dado aquella órden.

— ¿Eso? ¡Ella! ¡Ella misma! ¡O ultraje! ¡ó rabia! Paje, ¿conoces tú su letra?

— Poco, señor.

— ¿Es esa? dijo Macías acercándola á un farol de la escalera inmediata.

— Paréceme que... sí... cierto; yo á lo menos... verdad es que yo no sé escribir. Yo soy mal juez.

— ¿Cuándo dijo lo que me acabas de referir?

— Aquel dia mismo.

— ¡Respiro! Algun objeto llevaria. Vuela á tu prima, Jaime: dile que me diste ese recado, y que respeto sus motivos. Escucha. Con respecto á su cita, dile antes de una hora...

— ¿Cómo? ¿os cita?

— ¡Silencio!

— ¿Y os quejábais vos? Decid entonces que el engañado he sido yo. Ya me encargaré yo de esos recaditos en adelante, para que me cuesten una oreja el dia menos pensado, y que la señora luego... ¿Es posible, señor caballero, que han de engañar las mujeres hasta á sus mayores amigos? ¡A todo el mundo, señor.... á todo el mundo!

— ¡Ea! ¡Silencio! y separémonos. Nada digas, nada hables. En estos asuntos, Jaime, la palabra escapada revuelve sobre el que la dijo, y las imprudencias se pagan con la vida. ¡A Dios, á Dios!

Dichas estas palabras continuó el doncel su camino, pidiendo á su señora en su borrascosa imaginacion mil perdones por la ligeraza con que la habia inculpado, en aquel momento mismo en que acababa de darle, segun él, la prueba mas singular de su constancia y fidelidad.

Llegó el paje entre tanto á Elvira, y refirióle lo ocurrido. Mil y mil ideas se cruzaron en la imaginacion de la desdichada. Deseosa, sin embargo, de aclarar aquel misterio, y bien decidida á no exponerse de nuevo al peligro que no podia menos de correr con el arrebatado doncel, ¡Jaime, dijo, quiero salvarme á toda costa! Le amo, le amo con furor; y el infeliz lo sabe. No le vea, no le hable. Mi honor es lo primero. Juzgue de mí lo que quisiere. Escucha. Yo de mí misma desconfio y tiemblo. Sus ruegos pudieran vencerme... Por otra parte, esa cita solo puede ser un artificio... acaso una horrible maquinacion, un lazo que nos tienden. Mira: toma esa llave, y ciérrame por fuera; de esa manera no le podré yo abrir aunque sus ruegos me ablandaran. Corre en seguida en su busca. ¿Dónde iba?

— Bajaba la escalera del alcázar.

— ¡Soy feliz! Todavía no viene en mucho tiempo. Búscale, Jaime,

búscale. Dile que es inútil; que nunca le he citado; que es mentira; que su vida peligra; que está Fernan conmigo... lo que quieras. Que no venga, y lo demás no importa. ¿Qué seria de mí si Hernan...? ¿Será él por ventura, será él el que de esta suerte intenta?... ¡Qué horrible maquinacion! — Hizo Jaime lo que su hermosa prima le rogaba con no poco miedo de verse metido á su edad en tan gran laberinto de riesgos y de intrigas, pero con toda la decision al mismo tiempo de que es capaz la fidelidad.

— ¡Otra vuelta! dijo Elvira al paje, que cerraba ya por defuera. Así: ¡á Dios! Si mi esposo viene, él tiene otra llave. ¡Yo os doy gracias, Dios mio, añadió postrándose con cristiano fervor; yo os doy gracias, Señor, por el peligro de que me habeis librado!

Apenas habia acabado de decir estas palabras, cuando se dejó sentir en la parte de afuera de su habitacion un rumor, extraño ciertamente á aquellas horas y en aquel sitio tan solitario.

— ¿Qué oigo, Dios mio? ¿Qué oigo?

— ¡Elvira! dijo una voz que así parecia bajar del cielo como salir de una profunda cueva. ¡Elvira!

— ¿Quién me llama? añadió la asustada dama corriendo hácia la puerta para asegurarse de que estaba bien cerrada.

— ¡Macías! respondió la voz sordamente, y resonaron dos ó tres golpecitos dados con cierto misterio é inteligencia.

— ¡No le ha encontrado el paje! exclamó Elvira. ¡Ah! si Hernan... oid... doncel... Nadie responde... y el ruido continúa. ¡Cielos! no es aquí: no es en la puerta. ¿Dónde, pues, dónde? Aquí, exclamó llegando á la ventana; en esta parte están. ¿Qué intentan? Esta reja se abre; pero la llave... la llave debe tenerla el alcaide del alcázar... ¡La abren, Dios mio! continuó escuchando con la mayor ansiedad. Huid, huid, quien quiera que seais.

— ¡Bien mio! respondió el doncel abriendo completamente la reja, y dando con su espada en la madera, que quedaba cerrada todavía.

— ¡Ah, es él, es él! yo soy perdida. Yo misma me he encerrado, gritó Elvira arrojándose sobre un sillon al tiempo mismo que la madera, destrozada por los furiosos golpes del doncel, cedia á su irresistible fuerza.

— Yo soy, Elvira, yo soy, dijo Macías arrojándose á los piés de su amante. Mil obstáculos he tenido que vencer; no pensé alcanzar á la altura de esa reja, que he debido escalar con la espada en la boca. Ya estoy, en fin, aquí, bien mio, y á tus plantas.

— ¡Ah! no; salvaos por piedad, y salvadme á mí. Macías, cada palabra que hablamos es una palabra de abominacion; el tiempo es precioso y le perdemos.

— ¿Perderle yo á tu lado?

— Cesa ya, y parte.

— ¿Me llamas, señora, para escuchar de nuevo tus rigores?

— ¿Yo os llamé, Macías?

— ¿Qué escucho? dijo levantándose. ¿Cuya es, pues, esa letra?

— ¿Esa letra? ¡Cielos! los traidores la han fingido.

— ¿La han fingido, señora?

— Para perdernos, sí.

— ¿No es vuestra? ¡Crédulo yo, insensato! ¡Cierto es, pues, lo que Jaime asegura!

— Todo, sí, todo es cierto: huid; no os quiero ver: os aborrezco.

— ¿Me aborreceis? Pues bien, nos perderán. Ya su triunfo es completo. ¡Pérfida! añadió despues de haberla contemplado un momento. ¿De esta suerte pagais mi generosidad? ¡Tres años de silencio! Hablo, por fin, hablo, para ofreceros mas generosidad, mayor sigilo aun, amor mas grande, ¡y no os ocurren en pago sino pérfidos medios de engañarme! Sed noble, señora, hasta en la perfidia misma. Medios hay aun de ser noblemente malo. ¿Sois veleidosa? ¿Porqué no me decís: « Macías, soy mujer! ¡Plúgome vuestro amor, mas hoy me cansa! No es para mí, que es harto grande. » Yo agradeciera vuestra nobleza entonces.

— Acabemos, Macías: no mas reconvenciones, no. Idos, y nunca mas volvais. Toda comunicacion, todo vínculo es roto entre nosotros. Si prendas teníais de mi amor, si insistís en creer que mis ojos, mi lengua, mis acciones os prometieron algo, en buen hora, creedlo, devolvedme empero mi libertad...

— ¿Que os la devuelva, señora? Volvedme vos la dicha, volvedme la confianza.

— ¡Qué suplicio! por piedad, partid.

— ¿Partir? ¡Qué delirio! Mi vida hoy, ó mi muerte. No os creo ya: nada espero de vos. Todo de mí. Oidme.

— Soltad mi mano.

— No, sois mia, y lo sereis.

— ¿Y ese es amor tan grande? ¿Me amais vos, y me amais comprometiendo mi honor y mi existencia?

— Sí, porque tú y yo no somos ya mas que uno. Los dos felices, ó desgraciados ambos. Uniónos el amor: la muerte sola nos separará. Volved los ojos hácia mí, volvedlos: inútil es retirarlos: me veis, me veis donde quiera que los volvais: cerradlos, y aun me vereis. Decidme que me amais. Mentid, señora, si no es cierto: decidlo empero por piedad, y salgo.

— Jamás, jamás, profirió débilmente Elvira, procurando en vano desasirse de los amantes lazos en que la tenia presa el impetuoso doncel.

— ¿Jamás decís? Pues escuchadme, repuso Macías con el acento de la mas profunda desesperacion. Yo habia nacido para la virtud. Vos me consagrais al crimen. No hay sacrificio inmenso de que no fuera mi corazon capaz, ó por mejor decir, el amor era mi constelacion. Encontrando en el mundo una mujer heróica, era mi destino ser un héroe. Encontrando una mujer pérfida, Macías debia ser un monstruo. Yo os dí á elegir, señora. Nuestra felicidad, y el secreto y cuanto vos exigiéseis, ó el escándalo y mi muerte. Vos elegisteis lo peor. Escrito estaba así. ¡Muerte y fatalidad!

— ¡Ah! silencio, silencio. No me maldigas ya: ¡desventurada!

— Sí: todo es ya acabado entre nosotros. Nuestra felicidad ha sido una borrasca; formada como el rayo en la region del fuego, debia destruir cuanto tocara. Ha pasado como el rayo, pero como el rayo ha dejado la horrible huella de su funesto paso. Tu amor, tu amor, ¿quién lo creyera? era el único que no debia dejar mas señales de su existencia en tu corazon de hielo, que las que deja el ave que atraviesa rápidamente el cielo, que las que deja sobre tu labio abrasador este ósculo de muerte, que recibes, bien mio, á tu pesar.

— ¡Ah! exclamó Elvira, reluchando inútilmente; soy perdida, perdida para siempre.

— Y mil y mil, añadió frenético Macías, prendas son todos de nuestra próxima muerte. Ellos son, Elvira, la agonía del amor. ¿No sientes el fuego inmenso que encienden en las venas? ¿No percibes el tósigo? Bórralos jamás, olvídalo si puedes, y olvídame despues. Venga la muerte ahora, añadió desasiendo á la infeliz Elvira, que, perdidos los ojos en el techo y pálido el semblante, cayó desprendida del doncel sobre el sitial inmediato.

Un momento de pausa y de silencio, semejante al que llena de misterioso terror al caminante despues del fragoroso estampido de la exhalacion eléctrica, sucedió á las últimas palabras del doncel. Arrodillado á las plantas de Elvira, imprimia todavía en una de sus manos, hermosas como el alabastro, sus trémulos labios; no lloraba ya Elvira, no derramaba una lágrima Macías. En las grandes situaciones de la vida no halla salida el llanto. La inmovilidad del mármol, el estupor de la postracion son los caractéres de las emociones sublimes. El silencio entonces es elocuente, porque no hay palabras en ninguna lengua ni sonidos en la naturaleza que pinten el amor en su apogeo, que expliquen el dolor en toda su intensidad.

— ¡Elvira! dijo por fin Macías. ¡Cuán desgraciados somos!

— Partid, partid, profirió con trabajo Elvira. ¡No querais, señor, que lo seamos aun mas! Esta es la última vez que nos veremos.

— ¡La última! sí: porque la muerte llega.

— ¡Ah! no; no lo espereis. Ya todo se ha concluido entre nosotros: ahora es cuando os lo digo, sabedlo; os he querido, señor, os he querido, como nadie volverá á querer. Salvadme ahora, despues de esta confesion.

— ¡Ah, lo decís por fin! tiempo es aun... decid que ahora me quereis, y huyamos. Pero huyamos los dos.

— No es tiempo ya, no es tiempo. Sed generoso vos ahora: no apure el vaso yo del crímen y del deshonor. Nunca ya nos hablaremos, Macías...

— ¿Nunca, señora?...

— Desistid... ¡por Dios!

— Os juro que no desistiré.

— Ved que los asesinos se acercan acaso ahora... Ah: no me hagais aborrecer la vida; no me obligueis á maldeciros.

— Sí : maldíceme ahora... ¿mas qué rumor...?

— ¡Ellos son, ellos son! gritó Elvira precipitándose hácia la puerta. ¡Los traidores!

Oyóse efectivamente ruido de armas y personas al pié de la reja.

— ¡La puerta está cerrada, gritó Elvira, y él solo puede entrar!

— Dime que me amas, exclamó Macías; decídete, en fin, señora, á participar de mi suerte; dime que siempre me amarás; y mi espada aun nos abrirá paso al través de los pérfidos asesinos.

— No, no, Macías : no muera deshonrada, gritó Elvira sin saber adonde refugiarse. ¡Dios mio! compasion. ¡Dios mio! Salvaos solo, Macías.

— Contigo, Elvira.

— Jamás, repuso Elvira abrazándose á un alto crucifijo de plata que sobre una mesa lucia. El cielo maldice vuestro amor y... yo...

— ¡Silencio! Por última vez. Ved, señora, que algun dia direis *es tarde*, *es tarde*, y diréislo entonces con dolor. Ahora que es tiempo todavía.

— No, Macías, no; yo le maldigo nuestro amor.

— Elvira, pues, á Dios. Mi muerte es tuya, como fué mi vida.

Al decir estas palabras Macías cogió su espada, y poniéndola rápidamente sobre su rodilla, partióla en dos desiguales trozos, que despues de abrir de par en par las maderas de la ventana lanzó contra los que ya trepaban por la reja.

— ¡Hernan Perez! gritó. ¡Hernan Perez! Heme aquí sin defensa. La muerte os pido, la muerte.

— ¡Macías! exclamó Elvira desasiéndose del crucifijo, y arrojándose hácia la ventana. Era tarde empero. Macías se habia lanzado ya fuera de la reja.

— ¡Es nuestro! ¡es nuestro! retirarnos : ¡basta! clamaron á un tiempo varias voces.

— ¡Ah! gritó Elvira con una expresion difícil de pintar. ¡Socorro! ¡Socorro!

Al mismo tiempo sonó la llave en la puerta. ¡Él es! ¡él es! gritó Elvira. ¡Santo Dios! ¡Piedad de mí, piedad!

Un chillido agudo y espantoso terminó tan horrorosa escena. El que entró se dirigió hácia la reja, mirando en derredor, y nada descubrió. Tendió en seguida la vista por la habitacion, y solo vió en el suelo el cuerpo de una hermosa privada enteramente de sentido.

CAPITULO XXXII.

En Castilla está un castillo
Que se llama Rocafrida;
Tanto relumbra de noche
Como el sol á medio dia.
Rom. de Montesinos.

Existe á cinco leguas de Jaen una poblacion pequeña ahora, y pequeña en los tiempos á que se refiere nuestra narracion, que tiene por nombre Arjonilla, ora por haber sido fundacion de algunos habitantes salidos de Arjona, ora por su inmediacion á esta ó por las relaciones que con ella pudo tener en lo antiguo. Pertenecia esta villa al maestrazgo de Calatrava, y era una de las primeras que se habian declarado por don Enrique de Villena, á causa de la influencia que le daban á este en aquel punto varias posesiones que en su territorio tenia. En el siglo XV presentaba el aspecto que aun en el dia suelen presentar muchos pueblos de nuestra patria. Algunas casas que, mas que viviendas de hombres, parecian cuevas de animales, esparcidas aquí y allí, formaban irregulares callejones. No era sin embargo tan pequeña su importancia que tuviesen que acudir sus habitantes á algun pueblo vecino de mayor cuantía para cumplir con sus deberes espirituales. Poseia una iglesia parroquial, no muy grande en verdad, pero que no dejaba por eso de bastar para su reducido vecindario, y que se hallaba bajo la proteccion y advocacion de santa Catalina. En el dia será todo lo mas si puede traslucirse su antigua grandeza en los restos míseros que la constituyen en la humilde jerarquía de ermita; pero en el reinado de Enrique III nos dice Jimena en sus anales eclesiásticos de Jaen, no solo era la iglesia parroquial, sino que era una obra moderna que no tenia mas fecha que los años que hacia que habia sido reconquistado aquel país á los moros.

A cosa de un cuarto de legua del pueblo rivalizaba en grandeza con la iglesia parroquial un castillo sombrío y viejo, que si no era de los mas fuertes y afamados de Castilla, no dejaba por eso de ser sólido, y una de las posiciones militares mas ventajosas de la comarca. Edificado como todos los de aquel tiempo en una eminencia, mejor diremos en la punta de una peña, podia servir de reducto á un tercio militar en retirada, ó de baluarte á un destacamento avanzado de un ejército invasor. Tenia su doble muralla almenada, torres, foso, contrafoso, puente levadizo, en una palabra, cuanto hacia necesario en semejantes edificios la táctica militar de ataque y defensa de aquella época belicosa, y de perpetuo temor y desconfianza. Crecia la yerba tranquilamente en derredor de las almenas, prueba evidente de que habia mucho tiempo que no oponian obstáculos los artes de la guerra á su abundante vegetacion. Un largo litigio que sobre la pertenencia del tal castillo habia sostenido contra la corona de Castilla la órden de Calatrava habia sido ocasion de hallarse

inhabitado algunos años, y se habian adherido á él, como en aquellos tiempos de ignorancia solia frecuentemente suceder, mil vagas tradiciones, mil supersticiones fabulosas que habian consolidado algunos malhechores, cobijándose en él secretamente y haciéndole cuartel general y centro de sus operaciones. Era fama por el país que en tiempos anteriores un moro, mago, si jamás los hubo, habia sido fundador del castillo, cuya construccion se perdia en los tiempos remotos de la conquista y reconquista; opinion á que no daba poco realce el color negruzco de la piedra, y el aspecto todo venerable y misterioso de sus antiquísimas murallas. El mago habia construido el castillo, segun la mas recibida opinion, para satisfaccion de odios y rencores propios suyos: en él habia atormentado durante su vida á muchas hermosas doncellas que no habian querido rendirse á sus brutales deseos, pues todas las tradiciones convenian en que este habia sido el flaco del moro encantador y descomunal. Añadíase á esto que no habia faltado razon por ello, pues se referia de él la siguiente historia. El moro habia amado en sus lucidos abriles á una mora llamada Zelindaja, hija de un reyezuelo de Andalucía; la cual habia correspondido primero á su pasion, pero le habia dejado despues sin verdadero motivo por otro y otros moros sucesivamente con la natural facilidad y ligereza de su sexo leal y encantador. El moro, que debia de haber sido hombre de suyo sentado y poco aficionado á mudanzas, habia tomado la cosa muy á mal y el desaire muy á pechos, y en vez de volver los ojos á otra Zelindaja mejor que la primera, lo cual hubiera sido determinacion de hombre prudente, habia jurado vengarse castigando en el sexo toda la culpa de uno de sus individuos. Hé aquí la causa de su odio á las mujeres: para lograr sus fines habíase dado á la magia y á la confeccion de bebidas y filtros amorosos. Con ellos enquillotraba á las doncellas, las cuales, al punto que apuraban á poder de engaños la pócima, así quedaban del moro enamoradas como si en el mundo no hubiera habido otro hombre ni moro ni cristiano. Entonces entraba la parte de su venganza: entonces el pícaro moro hacíase de pencas y dejábalas llorar y suplicar, suspirar y gemir por los sus encantos, con lo cual íbanse consumiendo y acabando las enquillotradas doncellas como bujía que se apaga. Conforme las iba el bribonazo del encantador seduciendo, íbalas encerrando en el castillo, y era todo su placer, cuando veia á una ya tan madura y encaprichada de él como juzgaba necesario, hacerla testigo de los enamorados motetes y de las apasionadas caricias que á otra fingia, usando despues con esta y con todas las sucesivas de igual odioso manejo. Mesábanse los cabellos las infelices, y decíanle injurias y ternezas; pero el moro habia aprendido tan bien de su Zelindaja, que hacia oidos de mercader, y no parecia sino que habia nacido hembra y mora mas bien que varon y moro. Todo lo mas que solia decirlas cuando las veia presas en las redes de su pérfido amor era contestarlas como le habia contestado á él Zelindaja: — Mi honor, les decia, no lo consiente. — Cede, bien mio, replicaban ellas. — Imposible, reponia él con grave remilgamiento y afectado pudor y compostura. ¡Mi honor es lo primero! — ¿Y los juramentos, ingrato,

y las promesas, falso? solian responderle. — ¿Yo juré nunca, prometí yo acaso? añadia el moro haciendo el olvidadizo. — ¿Y los placeres que gozamos? — ¡Insolente, qué osadía! ¿cuándo, en dónde? — Ved que mi muerte, moro mio, será obra de tu rigor, acababan ellas. — Podeis hacer lo que gusteis, concluia entonces el redomado moro cogiendo un abanico, é imitando con él y con el desvío de sus ojos el antiguo sistema de su pérfida Zelindaja. Con lo cual tenia á las perdidas doncellas en un infierno perpetuo, muy parecido al que pasan voluntariamente en esta vida los incautos que dan en creerse de palabras y juramentos, de prendas, en fin, y de ternezas de moras pérfidas y veleidosas.

No habia parado aquí el rencor del bribon del encantador. Efectivamente, incompleta hubiera sido su venganza si no hubiese caido en sus lazos la misma Zelindaja. Tuvo modo el mágico de engañar á una de sus doncellas, la cual le hizo heber, no se sabe á punto fijo con qué sutil arbitrio, una buena pieza del filtro ponzoñoso: no bien se le hubo echado á pechos Zelindaja, cuando sintió renovarse en sus venas el fuego antiguo en que habia ardido por el moro: desde entonces no perdonó medio alguno de anudar de nuevo sus rotas relaciones. Hízolo tan bien el vengativo, que la obligó á que se decidiese á venir á hacer vida comun con él á su castillo, donde decia los esperaban delicias sin fin, y una vida entera de amor y fidelidad. Cayó en el lazo la incauta cuanto enamorada Zelindaja; pero no bien hubo pasado el rastrillo de la encantada fortaleza, cuando llamándose andana el astuto moro, dió dos zapatetas en el aire, como potro que sale, roto el freno, á gozar al campo de la conquistada libertad, sacudió el amor, y comenzó á dar tal cual leccion de sufrimiento á la desvanecida hermosa, quien aprendió entonces lo que habrian sufrido sus amantes. Lloraba ella y gemia, y volvia siempre al moro, pero decia él: — ¡Ay! mora mia, es tarde. — ¡Ay moro! le decia Zelindaja. — Es tarde, ¡ay! es tarde, contestaba el moro, afectando dolor y sentimiento. Tal era la explicacion que se daba á un gran rótulo, labrado en la misma piedra sobre la puerta principal del interior del castillo, que decia efectivamente en letras gordas arábigas, y en árabe dialecto: *es tarde.*

No habia querido el moro que Zelindaja muriese como las demás á poder de sus desprecios: habia decidido por el contrario que Zelindaja viviese mas que todas, y que á su muerte, la cual él no podia evitar que sucediese algun dia, quedase á lo menos su sombra recorriendo perpetuamente los claustros y galerías del castillo, pidiendo á las piedras la fidelidad que tanta falta le habia hecho en vida, y á los ecos su esposo, como llamaba en su delirio al rencoroso moro.

De aquí la tradicion misteriosa de que se oia en el castillo, sobre todo en las crudas noches de invierno, ó en épocas de tormentas, una voz de mujer que pedia á los elementos todos su esposo: y no faltaba quien añadia haber visto con sus propios ojos, que habian de comer la tierra pór mas señas, una sombra blanca, recorriendo, toda pálida y desmelenada, con una antorcha en la mano, las altas bóvedas, como quien busca efectivamente alguna cosa que no encuentra.

Excusado es, pues, decir que no tendria el castillo muchos aficionados, porque era comun opinion que el que llegaba á poner el pié en él, hallándose enamorado, ya nunca habia de oir mas consuelo ni esperanza amorosa que aquel fatal *es tarde*, que á la fundacion y suerte del castillo presidia.

Era igualmente aborrecido el moro, y maldecidos su nombre y su memoria en la comarca, porque no habia amante desairado que no creyese deberle aquel singular favor á la influencia que ejercia todavía en muchas leguas á la redonda, aun despues de su muerte. No habia padre que no creyese deberle la palidez de su hija, esposo que no imaginase obra suya el despego de su esposa, y zagal enamorado que no le pidiese mas de una vez, en sus secretas oraciones, la revocacion de la terrible suerte que habia dejado en herencia al país en que habia vivido.

Nosotros, sin embargo, habremos de abogar por el moro, en primer lugar porque no creemos que tenga en el dia influencia alguna el tal mago sobre nuestras mujeres, y sin embargo ni dejan de estar pálidas las incautas jovencillas, ni dejan de dar su amor á todos los diablos los enamorados zagales, ni se ha acabado el despego entre los esposos, ni deja de suceder con las Zelindajas, de que se compone el bello sexo, lo que con los hilos de las sábanas de angeo de la venta de Puerto Lápice; de los cuales decia Cide Hamete, que si se quisieran contar no se perderia uno solo de la cuenta.

Si no tenia efectivamente otro delito el moro que engañar á sus amantes, enamorar primero para despreciar despues, y variar de amor como de camisa, mal haya si encontramos porque reconvenirle, en unos tiempos, sobre todo, en que cualquiera mujer no necesita ser muy mora, ni muy hechicera por cierto, para hacer otro tanto cada y cuando le ocurre, que suele ocurrirles siempre. Somos demasiado defensores y amigos del bello sexo para hacer por ello inculpacion alguna al inocente moro.

Enfrente del castillo, pero á mas que respetable distancia, se veia el tercer edificio notable, la tercera maravilla de Arjonilla. Era esta una casa no muy grande, comparada con la mas pequeña de las que adornan en el dia la capital de todas las Españas posibles, pero verdaderamente regia, puesta en parangon con la mas espaciosa de Arjonilla.

Una anchísima puerta, cuyo dintel presentaba al espectador la huella antigua y honda de la rueda, y un espacioso corral, mitad con cobertizo, mitad con el cielo por techo, hubieran indicado al caminante muy suficientemente que aquella era la posada, ó parador, ó venta, ó como se quiera, de la importante villa por donde transitaba, aun sin necesidad de reparar en un empolvado ramo que de una reja baja salia, inclinando sus secas y marchitadas hojas sobre el camino.

Entrábase dentro del tal ventorrillo, y siguiendo un callejon, en el cual servia la oscuridad de encubrir la poca limpieza, se llegaba á una cuadra, pasábase de esta á otra peor que la primera, y de allí á la gloria, como suele comunmente decirse, es decir, á la cocina, pieza principal de la casa. Un mal hogar, coronado de una alta y piramidal chimenea, era

todo el mueblaje, si se exceptúan dos fementidas mesas, digámoslo así, que comparáramos de buena gana en lo largas y estrechas con el alma de un vizcaino, si nosotros hubiéramos visto alguna; estaban clavadas y arraigadas casi ya en el suelo, como todas las cosas malas en el pais. Dos bancos, remedos asaz perfectos en su instabilidad de las cosas de esta vida, y que en lo poco firmes mas que bancos parecian mujeres, tenian cogida en medio á cada mesa, y hacia cada mesa con sus dos bancos la misma figura precisamente que haria un galgo grande entre dos galgos chicos. La superficie de cada mesa era tan desigual, como la superficie del mar en un dia de tormenta: se tambaleaba además y cedia al menor impulso con la misma flexibilidad que un periódico ministerial del dia. La construccion de los bancos era un tanto cuanto picaresca y maliciosa, porque cuando se sentaba una persona sola en una extremidad levantábase la otra irritada de la presion, como si fuera á hablar con su huésped, y era preciso sujetar al rebelde si no queria dar consigo en tierra el recien sentado, cualidad en que parecia cada banco una balanza.

La llama del hogar, oscilante, y tan indecisa como un gobierno del justo medio, alumbraba á relámpagos los barbados rostros de unos cuantos arrieros y tragineros que secaban en la braza sus húmedas alpargatas, ó disponian su cena en ollas y sartenes, asaineteando su rústica conversacion con mas votos y por vidas que palabras.

Pero como no podia bastar el resplandor intermitente de la leña para iluminar debidamente á los que ya en las mesas cenaban, el inteligente dueño del establecimiento, lleno de prevision, habia provisto á esta necesidad con un magnífico candil, cuya materia no era fácil adivinar al través del ollin y grasa que le enmascaraba, el cual dabade sí mas aceite que luz. Pendíase unas veces de la misma pared, asegurando su gancho en un agujero practicado sencillamente al efecto, colgábase otras en una cuerdecita embreada de manchas de moscas: en el segundo caso columpiábase el luminar aquel de la noche de tal suerte que de buena gana le hubiera comparado un poeta del siglo XVI con el aura meciéndose blandamente en las ondeantes hebras de oro de Belisa, de Filis, ó de otra cualquiera no menos bella inspiradora. Habia además en la misma cocina, y como si dijéramos ocupando el estrado y sirviendo de divan, un corpulento arcon que así era de paja como de cebada, y adonde acudia no pocas veces el mozo de la posada, con detrimento notable de las ropas de los concurrentes, á los cuales no podia favorecer gran cosa el polvillo que, al cerner la cebada, del honrado harnero se desprendia. En dias de viento tenia la cocina la singular ventaja de parecerse al Olimpo, mansion de los dioses, en las densas y misteriosas nubes que formaba el humo oprimido y rechazado en el cañon de la chimenea por las corrientes de aire que en la region atmosférica discurrian.

Cenaban á un lado dos paisanos que parecian, sino del pueblo, por lo menos de la tierra, y á otra parte solo, enteramente solo, un individuo muy conocido nuestro y de nuestros lectores, á quien parecia dedicar mil atenciones el dueño de la posada. Servíale primeramente en persona, mientras que servia á los demás, ó no los servia, una robusta Mari-

tornes, que nada tenia que envidiar á la de Cervantes sino es la pluma de su historiador y cronista. En segundo lugar quitábase la montera cada vez que aquel le dirigia la palabra, lo cual hacia este siempre, preciso es decirlo todo, con aire imperioso, y hablando como superior á inferior. En tercer lugar reíase á la menor palabra que decia el forastero. Y en cuarto le habia sacado de las provisiones reservadas de su hostalería unas aceitunas algo aventajadas, y cierto vino, no precisamente puro, pero en fin, del que tenia menos agua en su bodega.

El forastero cenaba mas bien como un gañan que como un señor; pero, fuera de esto, era preciso confesar que entre todos los que formaban aquella escogida reunion no habia nadie que tuviese un interior tan cortesano, ni que mas se apartase del tipo primordial del hombre de la naturaleza, al cual estaban demasiado cerca en honor de la verdad aquellos sencillos arjonillanos. De todo el comportamiento del huésped para con el forastero no era preciso ser un lince para inferir que este era hombre que disponia de mas que de medianas facultades, y que aquel se prometia una lucida paga de sus esmeradas y particulares atenciones.

— Traedme mas vino, dijo el forastero apurando la primera vasija que á su derecha habia puesto el posadero.

— Como gusteis, dijo este riéndose, y no tardó un minuto en estar servido el huésped. No se bebe mejor, señor caballero, dijo aquel, en toda la tierra.

— El pan es el que es malo, díjo el viajero.

— ¡Ah! sí, señor, como gusteis, muy malo, repuso riéndose obsequiosamente el hostalero. ¡Ya veis! añadió acercándosele al oido. Esta semana no se ha cocido en casa todavía, y ha cargado tanta gente que he tenido que recurrir á un vecino...

— Bien : basta, dijo con tono imperante el huésped.

— ¡Eh! ¡eh! como gusteis, repuso el hostalero.

— Parece que el tiempo está bueno, dijo de allí á un rato el que cenaba.

— ¡Ah! ¡ah! sí, como gusteis, señor caballero, respondió con sonrisa agradable el amo.

— ¿Teneis mucha familia?

— ¡Eh! sí¡ eh! como gusteis, señor caballero; como gusteis, dijo el flexible.

— El hombre es categórico, dijo para sí el pregunton; no gusta por lo visto de quimeras ni de indisponerse con nadie; y volvió á sepultarse en su distraido cuanto importante y misterioso silencio.

— ¿Y vendrá el señor huésped por mucho tiempo? se atrevió á preguntar el hostalero de allí á un momento, viendo que habia caido la conversacion, y creyendo hacer un obsequio á su huésped en renovarla.

— Como gusteis, le contestó secamente el forastero, encargándose á su vez de que no se diese de baja en el diálogo la muletilla del ventero.

— Yo lo creo, repuso el amo. Vuestra señoría fué de los que llegaron

ayer... prosiguió luchando entre el temor de parecer demasiado preguntón é indiscreto, y la curiosidad natural de su oficio; de los que... es decir, de la casa del señor maestre de Calatrava...

— Como gusteis, respondió mas secamente aun nuestro hombre, levantándose y soltando en la mesa con desenfado una moneda de oro. Esta noche dormiré aquí. Me hareis disponer la cama.

— Como gusteis, señor; pero cama, eso no habrá, porque vuesa merced...

— ¿No habrá, bellaco? ¿Cómo diablo tengo de gustar entonces...?

— Como gusteis, señor caballero; pero es decir que vuesa merced sabe que en estas casas...

— En estas casas... ¡voto va! Quereis cenar, y os dicen : Se guisará lo que traigais de vuestro repuesto. ¿Quereis dormir? Traereis cama. ¿Qué hay, pues, posadero que Dios maldiga, en una posada?

— Lo que gusteis, señor, lo que gusteis... no siendo cosa de comer, ni de cama, ni cuarto, ni...

— Ni diablos que te lleven.

— Como gusteis, señor: ¡eh! ¡eh! repuso el hostalero sopesando en la mano la moneda de oro. Lo mas, señor caballero, que puedo hacer por vos si urge...

— ¿No me ha de urgir, pícaro?... Mañana por cierto no dormiré aquí; pero en el castillo parece que están tan provistos como si fuera una posada. No esperaban á nadie, y hasta mañana... Vamos, hablad : ¿no veis que escucho? ¡Voto va!

— Como gusteis... podeis dormir en la cama de mi mujer...

— ¡Por Santiago! hereje... ¿es tu mujer esa vieja?

— Es decir, señor, que la cama de mi mujer es la misma que la mia : llámola así porque la trajo ella en dote, y gusto de dar á cada uno lo que es suyo.

— ¡Ah! de ese modo... porque de otro...

— Como gusteis; y nosotros dormiremos como podamos.

— Ea, pues, guiad, que he menester madrugar, y voto va que estoy cansado.

— Como gusteis, señor caballero. Señores, con perdon de ustedes, añadió el hostalero echando mano del candil que alumbraba á los que cenaban en la otra mesa, y atizándole con los dedos : bien pueden vuesas mercedes cenar á oscuras, porque hoy no hay mas que un candil en la casa, contando con este.

Dicho esto, echó á andar delante del viajero con su risita y su natural sumision, cuidándose poco de lo que quedaban diciendo las gentes de baja ralea que hospedaba aquella noche en su casa, y á quienes con tan poco comedimiento habia devuelto al caos y á las tinieblas de que el Hacedor supremo los habia sacado al criarlos.

— ¿Habeis visto, Peransurez? dijo al otro uno de los que cenaban.

— He visto, he visto, repuso su comensal; y pluguiera al cielo que siguiera viendo.

— Decís bien, porque el bueno de Nuño, atraido sin duda por el color

de oro del pelo ensortijado del forastero, nos ha dejado ¡vive Dios! como solemos quedarnos al fin de los sermones de nuestro buen párroco, es decir, á oscuras.

— ¿Y sabeis quién sea el forastero?

— Nadie nos lo podrá decir mejor que el mismo Nuño, si es que él ve mas claro en ese asunto que nosotros en nuestra cena.

Volvia á este tiempo Nuño, que así se llamaba el hostalero : despues de restituido el candil á su primitivo lugar, y de haberse excusado lo mejor que supo con sus huéspedes, comenzó á estregarse las manos con aire importante y misterioso, como de hombre que sabe raros secretos.

— Ya que habeis tenido por conveniente, señor Nuño, dijo Peransurez, llevarnos la luz, que supongo no nos pondreis en cuenta, ¿no nos podríais dar algunas luces, en cambio de la que nos correspondia, acerca de ese misterioso personaje que albergais en vuestro bien alhajado establecimiento?

— Alhajado, ó no, señores, como gusteis; es el mejor que de esta especie se conoce, voto á Dios, en muchas leguas á la redonda. Con respecto al forastero, no acostumbro á revelar...

— Vaya, señor Nuño, eche un trago de lo bueno, y siéntese y hable, que no nos dió el Señor en su sabiduría la lengua para callar las cosas que sabemos, dijo el mas arriscado : harto trabajo tenemos con haber de callar por fuerza las que no sabemos. Ese será algun pícaro.

— ¡Chiton! dijo el hostalero apurando un vaso. ¡Chiton!

— Dígolo porque en estos tiempos anda el dinero por las nubes, y no se cogen truchas...

— Como gusteis; ¡pero Dios me libre de que se quite en mi casa la honra á nadie! Además, yo no suelo tratar de pícaro á un hombre que se ha cenado en menos de un cuarto de hora media despensa, y que paga... y que pagará...

— En hora buena, señor Nuño. ¿Y qué nuevas trae de la corte el hombre honrado que ha cenado media despensa?...

— Que á la hora esta estará ya la corte en Otordesillas, adonde se traslada porque nos ha nacido un príncipe...

— ¡Oiga! Tendremos mercedes.

— Sí, algun impuesto nuevo para sufragar á los gastos de las funciones, dijo uno de los huéspedes. ¡Voto va! que para nosotros pecheros...

— Como gusteis, señores; pero mirad que mi casa...

— Voto á la casa, señor Nuño, que hemos de hablar, y no nos habeis de quitar la conversacion como la luz. A oscuras vemos aquí mas claro que todos los hostaleros encandilados y por encandilar de Castilla y Andalucía. Vaya, ¿qué mas dice el forastero? Echa otro trago, que aun queda luz en nuestros bolsillos para aclarar mas de un punto.

— Parece que su alteza ha decidido que en cuanto llegue á Otordesillas se reuna el capítulo de Calatrava y elijan maestre.

— ¡Voto va! Buena estará la eleccion, cuando ha elegido ya su alteza. ¿Y á quién, señor, á quién? A un hechicero mas nigromántico que

el mismo moro del castillo. ¿Y qué se le ha perdido al señor *pelo rojo* en Arjonilla?

— Mas bajo, señores, dijo el pobre hostalero, que necesitaba vivir con todo el mundo.

— Será de la pandilla que llegó ayer, y que esperó fuera del pueblo á que anocheciera, sin duda por no enseñar algun punto que traeria en las medias.

— Como gusteis, repuso el hostalero. Lo cierto es que llegaron al castillo, que pertenece en el dia al de Villena; que les fueron abiertas las puertas; que el maldecido alcaide que le guardaba ha cedido las llaves al señor *pelo rojo*, como le llamais, y que ha venido á hospedarse aquí, dejando en el castillo á su gente. Con respecto á ese punto que decís, hay quien asegura que han traido un prisionero...

— ¿Un prisionero?

— ¡Chiton!

— Vendrá á hacer compañía á la mora Zelindaja, que anda pidiendo su esposo á las paredes del castillo desde el tiempo de Abderramen...

— ¡Ba! dijo el otro comensal, ¿vos os creeis tambien de moros encantados?

— ¡Chiton, señores, chiton! repuso el hostalero; lo que yo sé deciros es que no pasaria ni una hora, despues de media noche, en el castillo. Mirad: yo habia oido contar á mi abuela muchas veces la historia del moro mago, y de la mora Zelindaja, y del letrero árabe del castillo; y lo que sé decir es, que nunca le dí un noven á mi abuela porque me lo contase, ni sus padres de ella le dieron una blanca porque lo creyese; lo cual digo para probar que nada se echaba ella en el bolsillo por la mayor ó menor certeza del caso. Pero como al hombre le tienta el diablo muchas veces para que dude de las cosas que ve, cuanto mas de las que no ve, ni ha visto, ni verá, yo me tenia mis dudas, pesia á mí. Y era cierto que hacia ya algun tiempo ni se oian ruidos de noche en el castillo, ni voz de mora, ni de cristiana; ni...

— Adelante, Nuño, adelante.

— Como gusteis; pero hace cosa de meses comenzó á decirse por el pueblo que se habia oido una noche á deshora rumor de gentes que habian entrado en el castillo, las cuales gentes no se han visto salir; quién sabe si serian gentes de estas que se usan: ello es que nadie los vió: desde entonces ha tornado el run run de las cadenas y de las voces, y de los espantos nocturnos, y lo que sé decir es, que yo me pasaba una noche, no hace muchas, por el castillo, porque venia de trabajar la huerta que tengo mas allá: bien sabe Dios ó el diablo que yo me traia conmigo todas mis dudas: era tarde ya, y oí efectivamente yo mismo una voz lamentable que decia á grandes gritos: « Esposo, esposo mio. » Mirad, aun se me hiela la sangre en las venas: levanté los ojos, y en una de las ventanas mas altas de la torre, de donde parecian salir las voces, se veia una luz, pero una luz pálida y blanquecina que andaba de una parte á otra, y de cuando en cuando parecia ponérsele por delante una sombra, mas larga que una esperanza que no se cumple.

— ¿Vos lo vísteis? dijo Peransurez.

— ¿No lo creeis? preguntó el hostalero mas espantado de la incredulidad de su huésped que del mismo caso que referia.

— Mirad, contestó Peransurez, toda mi vida tuve grandes deseos de conocer á un encantado, y nunca pude ver la cara á ninguno : desde que fuí monacillo, y sacristan despues de la Almudena, tengo ese pio. ¿Sois hombre, compañero, para apurar esta aventura y ver de hacer una visita á ese moro y á esa señora Zelindaja?...

— ¿Qué decís? interrumpió Nuño. Como gusteis, pero os suplico que mireis...

— ¡Quite allá, señor hostalero! ¿Qué decís vos, comensal?

— La verdad, señor Peransurez, contestó su compañero, que en esas materias... bueno es mirar dos veces...

— Vaya, ya veo yo que vos no servís para caballero andante y aventurero. ¡Voto va! ¡que no tuviera yo aquí en Arjonilla á mi amigo Hernando, el montero de su alteza!

— ¿Para qué, señor monacillo, y sacristan despues de la Almudena, ahora montero y guardabosques? preguntó Nuño con aire socarron.

— ¿Para qué, voto á tal? Desde que me hicieron guarda de los montes de esta comarca por su alteza, no he vuelto á emprender una sola aventura de las que solíamos acometer y vencer en nuestros abriles. Con Hernando al lado, ya me curaria yo de moros y malandrines, de encantadas moras y cristianas. Yo entraria en el castillo, ó quedaríamos en él entrambos encantados, ó desencantaríamos con la punta de un venablo al mago, y á cuantos magos nos fuesen echando á las barbas...

— ¿Entrar en el castillo decís, eh ?... preguntó sonriéndose el hostalero.

— ¿Y porqué no?

— Mas fácil seria entrar en vida en el purgatorio, señor monacillo y sacristan, montero y guardabosques.

— Eso no ¡voto va! que para entrar en el castillo no he menester yo á Hernando, ni á nadie.

— ¿Vos? preguntó de nuevo el hostalero, soltando la carcajada; aunque supiérais mas latin que todos los sacristanes juntos de Andalucía.

— Yo : apostemos, repuso Peransurez, picado de la risa del amo y de sus frecuentes alusiones á su sacristanía de la Almudena.

— De buena gana, contestó Nuño.

— Una cántara de vino y media docena de embuchados de jabalí para todos los presentes, gritó Peransurez dando una puñada en la mesa, que estuvo por ella largo rato á pique de zozobrar.

Al llegar aquí la conversacion acalorada del montero Peransurez acercáronse todos los que en el hogar estaban.

— Señores, sean vuesas mercedes testigos, clamó Peransurez; Nuño y yo...

— ¡Peransurez! dijo en voz baja al oido del montero exaltado un hombre de no muy buena apariencia que habia entrado no hacia mucho en el meson, y en quien nadie habia reparado, tanto por su silencio, como

por hallarse el amo de la venta entretenido en la referida discusion; ¡Peransurez!

— ¿Quién me interrumpe? gritó Peransurez volviéndose precipitadamente al forastero.

— Oid, contestó este apartándole una buena pieza de los circunstantes, que quedaron chichisveando por lo bajo acerca de la apuesta, y de la posibilidad de llevarla á cabo, y del valor de Peransurez, y de la interrupcion del recien venido. — ¿Hablais seriamente, seor Peransurez? dijo este tapando todavía su rostro con su capotillo pardo.

— ¿Cómo si hablo seriamente? gritó Peransurez.

— Mas bajo, que importa. ¿Insistís en lo que habeis dicho de aquel montero vuestro amigo?

— ¡Sí insisto, voto va! Cuando yo he dicho una cosa... una vez...

— ¡Bueno! ¿Quereis montear con un amigo?

— ¿Pero á qué viene?...

— Mirad... dijo el recien llegado desembozándose parte de su cara.

— ¿Qué veo? exclamó Peransurez, ¿es posible? ¿vos?

— ¡Chiton! Me importa no ser conocido.

— Dejad, pues, que cierre mi apuesta... y esperadme...

— No: ciad en la apuesta. El buen montero ha de saber perder una pieza mediana cuando le importa alcanzar otra mayor. Si quereis entrar en el castillo y desencantar á esa mora, nos importa el silencio.

— Pero, ¡y mi honor!

— ¡Voto va! por el Real de Manzanares, algun dia quedará bien puesto el honor de vuestro pabellon. En el ínterin ved que nos ojean, y si no nos hemos de dejar montear, bueno será que no escatimen nuestro rastro. Os espero fuera y hablaremos largo.

— En buena hora, repuso Peransurez. Señor Nuño, añadió volviéndose en seguida á los circunstantes, un negocio urgente me llama. Mañana, si os parece, cerraremos la apuesta. Dijo, y salió.

— ¿No decia yo? repuso triunfante Nuño; ¿no decia yo? ¡entrar en el castillo! ¿entrar? Como gusteis, añadió volviéndose hácia la puerta por donde ya habia salido Peransurez con el desconocido, como gusteis, seor guardabosques; pero paréceme que haríais mejor en guardar vuestra lengua para contar esos propósitos á un muñeco de seis años, y vuestro valor para los raposos del monte.

Una larga carcajada de la concurrencia acogió benévolamente el chistoso destello de ingenio del triunfante posadero: en vano quiso el comensal de Peransurez defender á su amigo citando hechos de valor, y atrevimientos suyos de bulto y calibre. Quedó por entonces convenido que el que quisiera beber vino y comer embuchados no debia aguardar á que entrase Peransurez en el castillo, cosa reputada tan imposible realmente, como entrar en vida en el purgatorio, segun la feliz expresion del hostalero, que se repitió de boca en boca, y que hizo reir á todos á costa del montero, que habia abandonado el campo de la apuesta al enemigo con notable descrédito de su honor y de su buena fama y reputacion.

CAPITULO XXXIII.

Bien sabedes, vos, señora,
Que soy cazador real;
Caza que tengo en la mano
Nunca la puedo dejar,
Tomárala por la mano
Y para un verjel se van.
Rom. del conde Claros.

— ¿Vos, Hernando, en Arjonilla? dijo Peransurez en cuanto se vieron apartados del ventorrillo todo lo que hubieron menester para no ser de nadie entendidos. ¿Podeis explicarme cómo habeis dejado el lado del doncel Macías, á quien servíais no ha mucho, si mal no me acuerdo?

— Largo es de contar, amigo Peransurez, repuso Hernando deteniéndose en un ribazo enfrente del castillo, desde el cual se descubria todo él perfectamente. Pero si no teneis prisa en este instante, si podeis atender á la llamada de mi bocina, os referiré cosas que os admiren, y vereis si tenemos montes y venado en abundancia, lo cual haré con tanto mas gusto, cuanto que me habeis prometido ayudarme en la montería que me trae á este bendito lugar.

Refirió en seguida el montero Hernando, lo mejor que pudo y supo, cuanto dejamos en nuestros tres tomos anteriores relatado, ó á lo menos toda la parte que él sabia, que era lo muy bastante para poner al corriente á cualquiera de los negocios del doncel. Al llegar al punto donde dejamos nosotros á nuestros héroes al fin de nuestro capítulo 31, prosiguió Hernando en la forma siguiente:

— Habeis de saber, Peransurez, que desde el ojeo que dieron á mi amo en el soto de Manzanares aquellos desalmados siervos del conde, rezelábame yo de cuanto nos rodeaba, y habíame propuesto no soltar la oreja de mi amo el doncel Macías. Cuando llegó, sin embargo, la nueva del alumbramiento de nuestra señora la reina doña Catalina, un maldecido sarao hubo de darse. Ni podia entrar yo allí, ni mi leal Brabonel. Viendo con todo que tardaba ya el doncel en demasía, salí á explorar el monte, y á ojear los alrededores del alcázar. En ese tiempo ¡voto va! debió de volver mi amo á nuestra cámara, porque cuando yo regresé faltaba un tabardo de velarte que primero no llevara y su espada. Volví á salir, y cansado de no hallarle, ocurrióme, que acaso fuera de la villa y debajo de las ventanas de Elvira, que dan sobre la plataforma, podria estar el melancólico caballero tañendo su laud, y cantando alguna balada á la señora de sus pensamientos. Dirigí hácia allá, Peransurez, mi jauría, y al llegar ¡voto á san Marcos! hallé rastro. Un ruido extraño me habia llamado la atencion á alguna distancia: conforme nos acercábamos Brabonel y yo, habíamos oido algunas voces confusas, y pasos luego de caballos. Llegamos, y veíase abierta la reja de la cámara de Elvira. Dos ó tres piedras enormes, y colocadas una sobre otra, parecian indicar que

acababan de servir de escala á algun atrevido caballero para alcanzar á la reja. A poco rato de observacion parecióme que andaba alguien en la habitacion con una luz en la mano : ocultéme debajo de la reja lo mas arrimado que pude á la pared : el que era se asomó efectivamente, y al resplandor de la luz que llevaba en la mano ví relucir en el suelo dos trozos de una espada rota. ¡Esta era la osera ! dije para mí : no bien se hubo apartado el de la luz, que no pude ver quién fuese, reconocí los trozos ; era la espada de mi señor. ¿Lo habrian muerto ? No, porque estuviera allí su cuerpo, y porque le hubiera olfateado mi leal Brabonel, y hubiera puesto en los cielos el aullido. ¿No es verdad, Brabonel ? preguntó Hernando á su hermoso alano, que echado á su izquierda parecia escuchar atentamente la relacion del montero. Al oir esta pregunta, alzóse Brabonel en las cuatro patas, lamió la mano que le acariciaba, como si quisiese dar á entender á su dueño que no se equivocaba en el buen juicio que acerca de su fidelidad acababa de emitir, dió una vuelta en derredor sobre sí mismo, y volvió á colocarse, poco mas ó menos, como estaba antes de la extraña interpelacion. ¡ Brabonel ! dije entonces á mi alano, el rastro, el rastro del doncel.

Entendióme el animal, Peransurez; ¡admirable Brabonel ! No bien le hube dicho aquella breve exhortacion, comenzó á olfatear la tierra, y antes de dos minutos ya se habia decidido por una senda. Quise probar, sin embargo, la certeza de la huella, y aparenté ir por otra, gritando siempre : « ¡ El doncel, el doncel ! » Viéraisle entonces correr á mí, echar por la otra, ladrar, aullar, tirarme, en fin, de la ropa con los dientes. ¡ Ah ! ¡ Brabonel, Brabonel, luz de mis ojos ! añadió el montero abarcando con la mano el hocico del animal, é imprimiendo en él un beso, mas lleno de amor y de cariño que el primero que da un amante al tierno objeto de su pasion. ¡ Brabonel ! el que no ha tenido un perro no sabe lo que es querer y ser querido. ¿Qué sirve la mujer? la mujer equivoca siempre la senda, la mujer empieza por montear al venado de casa, y el perro no engaña nunca como la mujer. ¡ Brabonel, juntos hemos vivido, y juntos moriremos !

— ¿Y seguísteis la huella ? preguntó Peransurez impaciente por saber el fin del cuento, que Hernando habia interrumpido con tanto placer por acariciar al animal.

— ¿Cómo si la seguí ? á pasos precipitados, con toda confianza ya : dos leguas anduvimos. Allí encontramos un pueblo : tomamos lenguas : el herrador nos dijo que acababa de pasar una partida de ginetes ; que habian hablado pocas palabras, pero que habian tenido que detenerse á herrar un caballo desherrado; que caminaban de prisa ; que debian llevar un preso, segun las señas, y que habian pronunciado en medio de su misterio la villa de Arjonilla. ¡ Mia es la pieza ! dije yo entonces. Até cabos y dije : « El preso es el doncel, y el que lo prende el conde de Villena. » Efectivamente, el mismo dia se habia servido su alteza señalar el dia quinceno para el combate que debia tener con el doncel Macías. ¡ Mas claro, Peransurez ! Era fuerza, sin embargo, asegurar mis dudas. ¿Qué hacia yo hasta entonces ? y luego quise mas fiar de mi brazo y de

mi venablo el logro de mi intento. Volví á Madrid, y supe que la corte salia al otro dia; sabedor de que don Luis Guzman era el que, por su posicion con Villena, debia interesarse mas por mi amo, vime con él y expúsele mis dudas: declaréle mi intento: aprobó mi idea, y yo le confié el cuidado de llevar con su menaje á Otordesillas las prendas de mi amo y mias; entre otras la armadura mejor de Castilla, que si se perdiera, nunca de ello me consolara; es, al fin, la que tiene mi amo destinada por su buen temple para el aplazado combate. Armado despues de mi ballesta y dos aguzados venablos, seguido de mi leal Brabonel, y disfrazado lo mejor que pude, púseme la misma noche en camino.

Ayer parece llegaron ellos. Hoy he llegado yo. Hé aquí, Peransurez, la causa de mi venida. En aquel castillo, no hay duda, está el doncel. Hé aquí la presa que habemos menester rastrear. ¿Os acordais, amigo mio, de un juglar de don Enrique de Villena, que Dios maldiga, hombre de pelo crespo y rojo...?

— ¿Ferrus? Recuerdo su nombre; pero él...

— Ferrus, pues, está aquí, y ese es el guardian de mi amo. Le he visto subir á un camaranchon de arriba, cuando yo entraba en la venta. Porqué duerme en esta encrucijada y no en su osera, eso no lo alcanzo. Lo que entiendo solo, Peransurez, es que ese es el oso que hemos de montear. ¿Insistís en vuestro ofrecimiento, ahora que sabeis cuánto motivo puedo tener de guardar silencio y sigilo, y cuán peligrosa sea la empresa?

— ¿Cómo si insisto? Hernando, dijo Peransurez levantándose del suelo en que estaban sentados, no es esta la primeria montería en que hemos andado juntos. Amo el peligro como buen montero, y osos mayores que ese, amigo mio, me han prestado amistosamente piel para mas de una zamarra. Examinemos, si os parece, la posicion del castillo, discurramos el medio mas prudente...

— El medio, Peransurez, ¡voto va! es esperar aquí á ese perro de juglar, á esa raposa cobarde y rapaz, y clavarle en tierra con un venablo, como quien bohorda, mas bien que como quien caza. ¿Merece siquiera los honores de ser comparado con una fiera noble y denodada?

— Guardaos, amigo Hernando, de ejecutar tan descabellado propósito. Bien veo que seguís necesitando un consejero prudente que temple el ardor de vuestra imaginacion. Matareis á Ferrus; pero ¿y luego?

— Luego, voto va, luego... Dirigidme, pues, en hora buena. Brabonel y yo estaremos atentos al ruido de vuestra bocina. Soy yo mejor en verdad para obedecer que para mandar. Pero voto á Dios que os despacheis pronto, y nos digais cuanto antes contra quién he de disparar el venablo, que se me escapa él solo de las manos, y están ya los dientes de Brabonel deseando hacer presa en el animal.

— Ea, pues, venid: demos disimuladamente la vuelta al castillo: en seguida volveremos á Arjonilla: vendreis á tomar un bocado conmigo, *que el buen montero, riñon cubierto*, y mañana amanecerá Dios, y con su dedo omnipotente nos señalará el rastro de los malvados.

— A la buena de Dios, replicó Hernando. ¡Brabonel, Brabonel, vamos! Guiad vos, Peransurez, que conoceis la tierra.

Dichas estas palabras comenzaron los dos amigos su exploracion, hecha la cual se retiraron á concertar los medios de introducirse en el castillo por mas guardado que estuviera, y de salvar al doncel, que presumian hallarse dentro, con no pocos visos y fundamentos de verdad.

CAPITULO XXXIV.

En una torre fué puesto
Con cadenas à recado.
. . . . . .
La condesa entrara dentro
Do está el conde aprisionado.
. . . . . .
Ambos hablan en secreto
Y conciertan en celado;
Que por librar tal persona
A mas que esto era obligado.

Rom. de Sepúlveda.

Cuando Ferrus, encargado por el conde de Cangas y el astrólogo de la prision del enamorado Macías, pensó albergarse en la hostalería del complaciente Nuño, no fué ciertamente porque no hubiese en el castillo albergue digno de él.

Es fuerza remontarnos mas al orígen de las cosas para explicar de un modo satisfactorio esta singularidad.

Fácilmente comprenderá el lector, impuesto ya en los diversos caractéres sobre que gira nuestra narracion, que necesitando los dos autores de esta intriga el mayor secreto, solo podian fiar tan importante comision al que ya estaba forzosamente en él: el reparo de la falta de valor no podia tener en este caso mucho peso, porque habian de acompañarle otros, los cuales solo sabian que debian prender á un hombre, sin saber quién fuese; y para mandar á estos y aprisionar con ellos á un caballero que salia descuidado de una cita amorosa no se necesitaba un gran fondo de arrojo y determinacion. Por otra parte, Ferrus era hombre friamente malo y cruel: ¿quién podia, pues, desempeñar mejor que él la inexorable comision que se le confiaba? Lográbase además de este modo la ventaja de apartar de la corte al único hombre que podria en un caso adverso comprometer al conde, y la de tener en el castillo un ente capaz de cualquier accion determinada si llegaba ocasion apurada en que estorbase la existencia del preso. Combinadas estas diversas circunstancias, solo quedaba que pensar en ligar el interés de Ferrus al feliz éxito de la expedicion de una manera que hiciese imposible toda traicion. El conde para esto creyó que no podria haber medios mejores que la gratitud por una parte y la esperanza del premio por otra; así, decidió hacer libre á su siervo y loco favorito. Quitóle el collar de metal que en seña de servidumbre llevaba, é hízole de su siervo su vasallo. Con extraordinario placer renunció Ferrus á su bonete de sonajas de juglar, y al molesto

oficio de divertir con bufonadas á sus superiores; y sus sentimientos de fidelidad llegaron á tocar en un acendramiento difícil de explicar, ni menos de igualar, cuando el conde le manifestó que le hacia libre entonces para confiarle la alcaidía del castillo de Arjonilla; añadiéndole, que si desempeñaba fielmente este importante cargo, no pararia en esto solo su favor. Bien entrevió Ferrus, por consiguiente, que toda su prosperidad futura dependia de que Villena saliese con el maestrazgo; y siendo eso imposible si se llegaba á probar algun dia que don Enrique habia muerto á su esposa, hizo firme propósito Ferrus de consentir primero en que le hiciesen pedazos que en dejar la menor esperanza de salvacion al asegurado doncel. Su muerte en último caso hubiera sido para él una grandísima friolera puesta en balanza con su futura grandeza.

El lector sabe que, merced á la tenacidad de Elvira, se habia logrado la industria del astrólogo con mas felicidad aun que lo que él podia nunca haber esperado, si bien habia contado siempre con la ventaja que le ofrecia el haber de bajar el doncel de la reja alta de una manera que impedia toda defensa. Llevó á Arjonilla unas instrucciones del conde, severas sí, pero no sanguinarias, y otras del judío aplicables á todas las circunstancias que pudieran ocurrir, y un tanto menos escrupulosas, porque este se hallaba ya tan interesado como Ferrus en la grandeza del conde, y sumamente ligado á sus intrigas por el peligro que corria si llegaba á descubrirse algun dia la horrible maquinacion en que no habia tenido él la menor parte.

No se habia previsto, empero, una circunstancia bien temible. El conde, que habia tenido grande interés en que su castillo de Arjonilla estuviese de algun tiempo á aquella parte bajo la custodia de alguno de sus mas allegados servidores, por razones que él se sabia, y que algun dia sabrán nuestros lectores, habia confiado su alcaidía á su camarero Rui Pero, de quien no hemos vuelto á hablar por esta causa. Este era hombre duro y fiel: por lo tanto suspicaz é irascible. No pudo, pues, sentarle bien la órden que le intimó Ferrus en nombre del conde, su comun señor, ni menos el imperio y mal entendida arrogancia con que se la oia prescribir á un hombre que acababa de salir de la nada; á un siervo cuyo collar de metal acababa de romper su amo, y cuyas sonajas de azófar y bonete de loco estaban todavía demasiado recientes en la memoria del noble camarero para que le pudiese inspirar respeto ni estimacion el que venia á ocupar su mismo destino, con desdoro de su clase y prerogativas. Mandábale á decir el conde que siendo necesaria su asistencia á su lado, solo tardase en ponerse en camino para Otordesillas, donde debia encontrarle con la corte, el tiempo indispensable para hacer entrega del castillo al nuevo alcaide, y enterarle de cuanto él se figurase que conducia á su mejor servicio. Rui Pero, llevado de su mal humor, no perdonó medio alguno de inspirar terror á Ferrus acerca de la responsabilidad que sobre sí acababa de tomar, y de las dificultades que ofrecia la conservacion del castillo de un secreto tan inmediato á poblacion, y en que si era fácil impedir la entrada á los extraños, no lo era tanto estorbar que tuvieran los de dentro alguna comunicacion con

los de fuera: insistió bastante además en la fama que de encantado tenia el castillo, y en lo que de él contaban los habitantes, cosa que no contribuyó en nada á tranquilizar el ánimo de Ferrus, ya de suyo naturalmente enemigo de encantos y prodigios. Deseoso de averiguar si deberia temer ó no cuanto en el particular Rui Pero le referia, determinó dormir una noche en la hostalería del pueblo, así para averiguar á punto fijo el fundamento que podrian tener aquellas tradiciones, que cual telas de araña se adhieren siempre á los edificios viejos, como para escudriñar si se habia traslucido algo entre los habitantes de Arjonilla acerca de los misteriosos secretos que encerraba á la sazon la antigua hechura del amante de Zelindaja, y acerca del objeto de su propio viaje. Esta era la verdadera causa de aquella extravagancia.

No bien se habia dispertado Ferrus, cuando tenia ya á la cabecera de su cama al complaciente Nuño con la montera en la mano, y con un *como gusteis* siempre asomado á los labios para salir á la menor indicacion del huésped. Entablóse entre ambos mientras que Ferrus se vestia un diálogo, que por lo largo é inútil á nuestro propósito, perdonamos á nuestros lectores con el interesado objeto de que nos perdonen ellos á nosotros cosas de mayor monta y trascendencia. Baste decir que por él pudo Ferrus formar una exacta idea de su verdadera posicion, y no le hubo de parecer tan mala como Rui Pero se la habia pintado, porque decidió volver inmediatamente á su castillo; y aun hizo propósito de darse por encargado y enterado de todo lo mas pronto posible; pues bien se le alcanzaba que el disgusto y mal humor del camarero solo podia resultar en daño de la intriga de su amo.

Tuvo el hostalero, prevenido por Peransurez en la madrugada del mismo dia, el buen talento de no hablar á Ferrus de la imprudente conversacion tenida en público la noche anterior en su cocina despues de haberse él recogido, y Hernando, á quien importaba no ser conocido, de Ferrus sobre todo, se mantuvo oculto hasta que supo que habia regresado al castillo el ex-juglar, pagada ya la cuenta de su gasto, aunque no tan opíparamente como el hostalero esperaba, cosa que se supo porque al despedirse Ferrus de él, díjole:

— Dios os prospere, y os dé, buen Nuño, lo que mas os convenga. Y se notó que Nuño no le habia respondido el *como gusteis* de ordenanza. Esta observacion de los historiadores del tiempo, que hablan con toda profundidad del lance, es tan justa, que cuando Nuño habló con Peransurez despues de la partida de Ferrus no solo no insistió en la apuesta, sino que se inclinó ya, por cierta antipatía que habia nacido en su corazon repentinamente contra Ferrus, á la parte del emprendedor montero; diciéndole entre otras cosas que tendria un placer singular en que se jugase una pasada que metiese ruido al señor alcaide nuevo del castillo del moro, por su arrogancia y su petulante continente.

No echó Peransurez en saco roto esta buena predisposicion al mal del hostalero, y reuniéndose á toda prisa con Hernando, procedieron á dar el paso que en su deliberacion de la noche anterior les habia parecido mas conducente y atinado para el logro de su arrojado intento.

Entre tanto era varia la posicion de los habitantes del castillo. En los patios interiores divertian sus ocios tirando al blanco ó bohordando hombres de armas, á quienes estaba confiada su defensa y custodia, algun grupo de ballesteros ó archeros pacíficos discurrian mas apartados acerca de la singular reserva que reinaba en todas las operaciones de aquel edificio verdaderamente mágico, porque no eran todos sabedores de lo que encerraban sus altas murallas. Algunos sí sabian que habian traido ellos mismos un prisionero por ejemplo, pero ni sabian quién era, ni le habian vuelto á ver. Tales habian sido y eran las precauciones observadas sabiamente por los principales emisarios del conde.

Habia sido colocado el nuevo huésped en una sala baja incrustada, digámoslo así, en el corazon de una mole de piedra, que esto y no otra cosa era cada paredon del castillo. No tenia mas adornos que el que le proporcionaban algunas telas de araña, indicio de la poca consideracion con que al caballero se trataba, y varios informes lamparones que dibujaba la humedad con caprichosa desigualdad en las desnudas paredes de aquel calabozo. Hacia mas horrorosa la prision un rumor monótono y profundísimo, muy semejante al que produce el brazo de agua que sale de la presa de un molino, que rompe por entre las guijas de una cascada, ó que se desprende de un batan. El que haya tenido alguna vez la desgracia de verse privado de su libertad en una oscura prision, oyendo dia y noche el acompasado golpeo de un reloj de péndola, será el único que pueda apreciar la situacion del doncel, condenado á aquel tristísimo son. No recibia mas luz aquel cavernoso nicho que la que le prestaba en los dias mas claros del año un agujero redondo y cerrado con cuatro hierros cruzados, y practicado en la parte mas alta del muro. Hallábase situado á orilla de una zanja, hecha á lo largo de la muralla interior: por la zanja corria, produciendo el rumor que hemos descrito, un residuo del torrente, que llenaba con sus aguas el foso exterior del edificio, y entre la zanja y la muralla interior habia una ancha y espaciosa plataforma. Era preciso, pues, pasar la zanja desde la plataforma para entrar en la prision destinada al doncel; pero esto solo se podia verificar bajando el rastrillo que la cerraba sirviéndole de puerta. La rara colocacion de aquella cueva indicaba que habia sido construida desde luego para encerrar presos de importancia, y á quienes se quisiese quitar la vida prontamente como represalia, en caso de hallarse ya tomado el castillo por el enemigo. La situacion por otra parte, su hondura, y el ruido del torrente impedian que pudiese ser oida en ningun caso la voz del prisionero que en aquella caverna se encerrase. Casi enfrente de ella venia á caer entre las dos murallas la torre principal de la fortaleza. Mirando oblicuamente por el agujero conductor de la luz, que dejamos descrito, divisábanse con trabajo algunas altas ventanas. Nada se podia ver de dia de lo que dentro de ellas pasaba; pero de noche, cuando reinaba la mas completa oscuridad, veia el doncel una luz arder en lo interior de una habitacion, moverse á ratos, mudar de sitio, desaparecer, y aun producir sombras de diversos tamaños y figuras, bastantes á atemorizar en aquel tiempo de supersticion un corazon menos determinado que el del doncel;

sobre todo en un castillo que hacian encantado las tradiciones mas remotas del pais, y cuyo destino parecia ser realmente el de pertenecer siempre á seres nigrománticos, como le sucedia á la sazon, que era dueño de él el conde de Cangas, á quien nadie tenia por menos mago que el amante de Zelindaja. De noche tambien, y cuando se columbraban las temerosas sombras, era cuando solia mezclarse con el silbido del viento y el ruido de la lluvia, ó el estruendo de la tempestad, una voz aguda y dolorosa, que era la que tenia espantada la comarca, y la que nuestro buen Nuño habia oido la noche que se retiraba de su labor, como en nuestro capítulo anterior dejamos dicho.

Finalmente otra entrada tenia la prision del doncel. Una escalerilla de caracol la ponia en comunicacion con una larga galería interior del castillo; pero una puerta de hierro sumamente pequeña y cerrada por defuera con pesados cerrojos y candados, cuyas llaves poseia solo el alcaide, imposibilitaban por esta parte toda esperanza de evasion. Un mal lecho habia sido dispuesto á ruegos del prisionero en la caverna, y habia conseguido por favor singular que le dejasen el pequeño laud que á la espalda como trovador llevaba cuando su cita amorosa. Con él divertia su amarga posicion pulsándole blandamente, y regándole con sus acerbas lágrimas, los ratos que no escribia en las paredes con un punzon alguna tristísima endecha, dirigida á la ingrata señora de sus pensamientos, cuyo rigor le habia puesto en tan lastimero trance.

La habitacion que por ser la mejor y la mas espaciosa se habia reservado el alcaide, y que se habian repartido á la sazon Rui Pero y Ferrus, se hallaba en el piso bajo de la torre de que hemos hablado. Un salon anchuroso, adornado con varios trofeos y armas suspendidas en las paredes, era el departamento principal. Una larga mesa estaba clavada en medio : el hogar ardia en la cabecera de la sala, y en el extremo opuesto un aparador ó bufete encerraba la vajilla estilada en aquel tiempo para el servicio de la mesa.

Al anochecer del dia en que nos encuentra nuestra historia, dos hombres arrellanados en dos grandes poltronas de baqueta española, la mas apreciada entonces en Europa, conversaban tranquilamente uno enfrente de otro, y separados por la mesa como si hubieran necesitado de un cuerpo intermedio para no reñir. Así parecia indicarlo su gesto displicente. El uno era Ferrus. En su rostro brillaba la satisfaccion petulante de un hombre que ha llegado á ocupar un destino superior á sus méritos y esperanzas. El otro era Rui Pero. Su continente era el de un hombre por el contrario herido en lo mas delicado de su amor propio por un disfavor no merecido, y habíaselas con el emancipado juglar como podria habérselas un general acreditado por sus servicios y conocimientos con un guerrillero á quien hubiese igualado con él la fortuna.

Una lámpara suspendida del techo iluminaba los rostros de entrambos, y los iluminaba mejor una alta vasija, cuyo preñado vientre vaciaba de cuando en cuando en dos anchas copas cierto jugo vivificador que embaulaban nuestros dos interlocutores á tragos repetidos en su cuerpo como en un cubo desfondado.

— ¿Cuándo pensais partir, señor Rui Pero? preguntó Ferrus despues de uno de estos tragos, paladeando todavía el licor de Baco.

— ¿Habeis tomado ya, señor juglar, repuso Rui Pero, es decir, señor Ferrus, alcaide del castillo de Arjonilla, las instrucciones que habíais menester?

— Estoy tan apto, señor Rui Pero, para desempeñar la alcaidía de este famoso castillo, como el mejor camarero de Castilla, contestó Ferrus picado.

— En ese caso, señor tal alcaide, pasado mañana al lucir el alba me pondré en camino para la corte, si no manda otra cosa vuestra señoría.

— Gracias, señor Rui Pero.

— ¿Habeis mandado relevar las centinelas exteriores de la muralla, y las dos de las torres, y de la galería interior del preso?

— Bien sabeis, contestó Ferrus, que no es ese cargo mio mientras esteis vos en el castillo. Y espero que no me comprometereis con mi amo el señor conde, ni querreis faltar al deber...

— No acostumbro á faltar á mis deberes, señor Ferrus, yo voy por lo tanto á disponer...

— Esperad. Supongo que seguís con el cuidado de emplear en el servicio de centinelas los ballesteros que ignoran completamente la calidad de los prisioneros. De otra suerte...

— No habeis menester suponerlo, dijo apurando su copa Rui Pero; bastará con que lo creais á piés juntillas. Además ya habreis conocido que necesita habilidad para escaparse el preso que tal intente hallándose encerrado en la prision de la zanja.

— Sí, segun me habeis dicho, no conociendo el secreto del rastrillo, solo la muerte seria el resultado de la menor tentativa de evasion. Admirable construccion la de ese calabozo. ¿Y quién construyó?...

— ¡Silencio! dijo Rui Pero al ver entrar un tercero en la sala, y gozoso de poder dar una leccion de prudencia al inexperto Ferrus. ¿Qué quereis vos? añadió dirigiéndose al extraño.

— Señor alcaide, respondió el faccionario que acababa de entrar, han llamado al castillo dos caminantes fatigados...

— A nadie se da hospedaje, repuso Rui Pero mal humorado.

— Lo sé, señor alcaide. Pero advierta vuestra merced que no son caballeros, ni hombres de guerra. Son dos reverendos padres, que piden albergue por esta noche.

— ¿Y porqué no lo buscan en Arjonilla?

— Parece, señor, que van extraviados, y pasan á estas horas por el castillo, ignorantes del camino que guia á la poblacion. La copiosa lluvia que ha engruesado el torrente les obliga á pedir albergue.

— ¡Voto va! dijo Rui Pero. Lo mas que por ellos podemos hacer es que les enseñe el camino un hombre del castillo.

— Pero ese, señor, no los pasará en hombros á través del torrente, repuso el ballestero, temeroso de ser él elegido para aquella comision.

— Por otra parte, añadió Ferrus, á quien los vapores del vino daban

confianza y determinacion, ¿qué peligro hay en albergar dos frailes? Dios sabe de dónde serán. Esos padres suelen venir de lejos é ir de paso; muy forasteros deben de ser, pues ignoran que el castillo es encantado y nada hospitalario. Van de paso.

— Sin embargo, si pudiesen pasar el arroyo... replicó Rui Pero.

— ¿Y quereis, dijo Ferrus acercándose al oido del camarero, que nos expongamos á que pase un hombre del castillo la noche fuera de él, y suelte la lengua mas de lo preciso? Eso es peor...

— Peor, peor... refunfuñó entre dientes el camarero.

— Si gustais, señor alcaide, dijo el ballestero, se les contestará que vayan á buscar albergue á otra parte. Ello, la noche es terrible.

— ¿Terrible decís? repuso Rui Pero asomándose á una ventana. Sí; parece que el cielo se derrite en agua. Seria una inhumanidad por cierto.

— No podemos consentir, añadió Ferrus, que dos ministros del Altísimo queden á la intemperie en una noche.,.

— En buen hora; que entren, dijo Rui Pero al ballestero, quien se fué á cumplir la órden.

— ¡Voto va! añadió Ferrus: éramos dos y seremos cuatro. Aun queda vino en esa vasija para otros tantos, y los padres ne se desdeñarán de hacernos un rato de compañía, yendo sobre todo de camino. Todo el peligro que podemos rezelar de los santos varones, señor camarero, es que nos echen algun sermon en latin que no entendamos: y así como así, dentro de un rato ya no nos íbamos á entender, nosotros dos segun la faena que damos á nuestras copas.

Una carcajada de Ferrus al concluir estas palabras probó que todavía no habia perdido la costumbre, que se habia hecho en él naturaleza, de decir bufonadas á todo trance, á pesar de su nueva dignidad.

De allí á poco entraron humildemente en el salon dos reverendísimos padres, cuyos hábitos derramaban á hilos el agua, como un paraguas expuesto por gran rato á la lluvia, y que se arrima á un rincon á medio cerrar.

Saludáronlos cortesmente nuestros dos amigos, y despues de los primeros cumplimientos los invitaron á que se acercasen para secar sus hábitos al hogar, donde quedaron mirándose unos á otros largo espacio los dos opuestos alcaides y los dos bien avenidos frailes.

CAPITULO XXXV.

Mentides, fraile, mentides,
Que no decis la verdad.
. . . . . .
Mató el fraile al caballero,
A la infanta va á librar:
En ancas de su caballo
Consigo la fué á llevar.
Rom. del conde Claros.

Al entrar los dos modestos frailes en la sala, no habia dejado de llamarles la atencion el agradable pasatiempo en que entretenian sus ratos perdidos el antiguo y nuevo alcaide. Habíanse mirado uno á otro como inspirados de la misma idea, y este movimiento hubiera sido notado de los defensores del castillo, á no ser porque, no habiendo creido estos que tendrian ya visitas con quien guardar ceremonia, habian menudeado en realidad del tinto mas de lo que á su prudencia convenia; su misma posicion les habia excitado á beber, y aun hay cronistas que aseguran que deseosos uno y otro de no tener compañero en el mando, y demasiado confiado cada cual en su propia resistencia, se habian animado recíprocamente á beber por ver si conseguian privar al cólega; plan que, merced á la igualdad de sus fuerzas, habia resultado en detrimento de la razon de entrambos.

— ¡Por san Francisco! perdonen vuestras reverencias dijo Ferrus, si les han hecho esperar á la intemperie mas de lo que ese hábito que visten merece. Pero sepan que á él solo deben esta acogida, porque el castillo á que han llamado no es en realidad de los mas hospitalarios que pudieran haber encontrado en su camino.

— *Pax vobiscum*, dijo el menos corpulento de los padres con voz grave.

— Como gusteis, padres, repuso Ferrus, segun el estribillo de mi huésped de ayer; porque han de saber sus reverencias que de dos dignos alcaides que tienen en su presencia ahora, ninguno sabe latin.

— En ese caso, *Te Deum laudamus*, repuso el padre respirando como aquel á quien le quitasen de encima una montaña.

— Gracias, contestó de nuevo Ferrus, no queriendo ser tachado de poco político por dejar sin respuesta una lengua que no entendia. Dos cosas debemos suplicar á vuestras reverencias, prosiguió; primera, que se quiten esos hábitos que traen mojados...

— *Et super flumina Babylonis*, dice el salmista: *vetat regula*, la regla nos lo impide.

— Sea en buen hora; pero la regla no impedirá á vuestras reverencias que hagan lo que vieren adonde quiera que fueren; primera regla de hospitalidad entre caballeros, añadió Ferrus derramando vino nuevamente en las copas, y ofreciendo una al padre que habia llevado hasta entonces la palabra.

Miráronse los padres uno á otro como para consultar entre sí lo que deberian hacer.

— ¡Voto va! aquí se ofrece de buena voluntad, añadió Ferrus viendo su indecision: ¿no es cierto, señor camarero?

— Vos lo habeis dicho, repuso el camarero tomando una copa. Pero si sus revereneias no se atreven por respetos al cielo, nosotros, viles gusanos de la tierra...

— *Vinum lætificat cor hominis*, interrumpió el padre. Nosotros agradecemos á vuestras mercedes la buena voluntad; pero solo beberemos en la refaccion, si teneis por bien hacérnosla servir: vuestras mercedes beban, y mientras, nosotros *exultemus, et lætemur*.

— A la buena de Dios, dijo Ferrus vaciando su copa. ¿Y este padre que nada dice, es que no sabe latin, como si fuera alcaide?

Miraban los dos frailes á Ferrus, como buscando en sus ojos si encerraria alguna intencion ó sospecha aquella pregunta hecha de aquel modo, ó si seria meramente casual é hija de la poca aprension del que la hacia. Parecióles en conclusion, que no se podia leer en los ojos de Ferrus sino la expresion del mosto, y no dudó en responder con cierta serenidad el mismo padre:

— Mi superior está achacoso; es sordo además *tanquam tabula*...

— Sí, que es gran sordera, repuso Ferrus, presumiendo que así se llamaba la enfermedad del padre.

— Y un tanto tierno de ojos, que es la razon de verle la capucha tan sobre ellos como notarán vuesas mercedes. La humedad, sobre todo, de esta noche debe de haberle perjudicado mucho. *Benedictus qui venit*. Venga ó no venga, añadió para sí el padre.

Efectivamente, no se le veia apenas rostro al padre que habia permanecido callado. Ocultábale el medio de abajo una larga barba blanca, y su capucha le envolvia todo el medio de arriba.

— ¿Y viajan siempre vuesas reverencias con esos mozos de estribo? preguntó Ferrus, reparando en un hermoso alano que casi detrás del padre silencioso reposaba, y que habia entrado sin ser antes de ellos sentido.

— ¿Ah? repuso el padre. Dios nos perdone esos medios mundanos de defensa. Aunque *manet nobiscum Dominis*, bueno es llevar además un amigo consigo. Es el perro del convento: nuestro reverendo abad no quiso que en estos tiempos de salteadores, ni el padre Juan, ni yo, padre Modesto, como me llaman, para servir á Dios y á vuesas mercedes, nos viniésemos sin ese corto auxilio siquiera para nuestra seguridad, si bien *Deus vigilat*.

— ¿Y de dónde bueno, padre mio? preguntó Ferrus con audaz curiosidad.

— De Jaen, hijo, repuso con extrema serenidad el padre; sí, hijo, de Jaen. Llevamos una comision secreta, que bajo la fe de la obediencia no podemos revelar, para el reverendo prior del convento de Andujar de nuestra misma órden, que es como veis de san Francisco, hijos mios; pensábamos haber caminado toda la noche, y haber llegado allí antes de

la mañana; empero Dios que nos ha enviado esta agua, y los achaques de mi compañero, nos han obligado á pedir hospedaje. *Introibo*, dijimos, *ad altare*.

— Y bien dicho, habló por fin el camarero, que habia estado hasta entonces observando al silencioso fraile, muy bien dicho, aunque nosotros no lo entendamos. Pero lo dijo vuestra reverencia, y basta : si les parece á sus reverencias, que vendrán cansados, prosiguió el cortesano camarero, harémosles servir la refaccion para que se retiren, señor Ferrus.

— *Amen*, repuso el padre : tanto mas cuanto que mañana hemos de salir á la madrugada, si dais órden de que nos abran temprano en el castillo.

— Daránse las órdenes todas que fueren necesarias, repuso Ferrus, apartándose y hablando al oido al camarero. Pero ved que las centinelas no se han relevado aun.

— Pudiérais vos mudarlas, le contestó Rui Pero, mientras yo hago disponer la cena; estos buenos padres nos dispensarán si los dejamos solos un instante por su propio servicio.

— *Ite, missa est*, replicó el padre echando una bendicion gravísima á entrambos alcaides, que se dieron el brazo mutuamente á pesar de sus interiores rencillas, sin duda olvidándolo todo en momentos en que necesitaban tanto de recíproco apoyo, y salieron de la sala.

— ¡ Cuerpo de Cristo ! Por vida de Diego Gil y Martin Bravo, los mas famosos monteros de Castilla, que Dios perdone, exclamó el padre silencioso soltando una carcajada algo reprimida por la prudencia. ¡ Voto va ! que nunca hubiera dicho, fray Juan ó fray Peransurez, que tañéseis de ladradura con tal primor. Por mi venablo que se os entiende de cazar en latin á las mil maravillas.

— ¡ Prudencia, Hernando ! Sepamos lo que nos hacemos, ya que yo no sé lo que me digo. ¿No os previne de que fuí monacillo y sacristan en cierto tiempo, durante el cual, si mucho escatimé el rastro de las vinajeras de la Almudena, no por eso dejé de oir las bocinas de los padres en el coro? Aprendí á tañer la mia en latin como habeis visto, y alguna palabra entiendo voto á tal de cada ciento que digo.

— Pobre venado es este, Peransurez : es nuestro, dijo Hernando. Hace la señal del pezuño chica, y va en la redruña, ¡ voto á tal ! No tardaremos en tañer de occisa. ¿ Pondrémosles canes?

— Ved no nos obliguen á tañer de traspuesta : mirad que se levanta ya el venado á la ceba. Yo os avisaré el momento.

— Los tiempos nos dirán, conforme vengan...

— Sí ; pero ved, Hernando, que no es lo difícil la entrada ; mirad por la salida...

— Dios proveerá, y mi venablo, repuso Hernando componiendo sus hábitos, y echando de nuevo su capucha. Ya vienen hacia el buitron.

Volvian en esto ya los dos alcaides. No tardó mucho tiempo en cubrirse la mesa, á la cual se sentaron los cuatro con la mayor armonia y fraternidad. Poco tiempo hacia que cenaban, con imprudente abandono

Rui Pero y Ferrus, con mas reserva y comedimiento los frailes, cuando llamó á las puertas del castillo un expreso que enviaba el conde de Cangas y Tineo. Abriéronle inmediatamente, é introducido en la sala, echóse de ver en su traza que habia corrido mucho, y que debia de ser en grande manera interesante su mensaje. Tomó Rui Pero el pliego cerrado que para él traia, y apartándose un poco leyóle rápidamente, manifestando bien á las claras en su rostro cuán sorpresa le infundia.

— Señor Ferrus, grandes novedades, dijo despues de haberle recorrido.

— ¿Qué decís? preguntó Ferrus tartamudeando.

— Nuestro señor el ilustre conde de Cangas y Tineo, maestre de Calatrava, se halla á pocas leguas de aquí...

— ¿Cómo? exclamó Ferrus levantándose.

— Sí; parece que el dia despues de vuestra salida de Madrid llegó á la corte la nueva de los disturbios de Sevilla. Las cartas y pesquisidores que envió su alteza á esa ciudad el mes pasado para poner en paz los bandos que han estallado entre el conde de Niebla, su primo, y el conde don Pedro Ponce y otros caballeros y veinticuatros, no surtieron efecto, y el mal se acrecienta por momentos. Temeroso su alteza de los resultados de tan grave daño, hizo suspender su viaje á Otordesillas; hase contentado con expedir pliegos anunciando á la reina doña Catalina que irá allá desde Sevilla, y mandado disponer para entonces las funciones reales y torneos que se preparaban en solemnidad del nacimiento del príncipe don Juan. Hase traido consigo á los principales señores de la corte, y esta noche debe dormir en Andujar.

— Gran novedad, por cierto, dijo Ferrus.

— Añádeme su señoría que en ese pueblo permanecerán tres dias, por hallarse señalada para mañana la prueba del combate. Encárganos con este motivo, añadió Rui Pero al oido de Ferrus, la mayor vigilancia.

— ¡Voto á tal! no hay cuidado, dijo Ferrus dando una carcajada. No vencerá el doncel. ¿Y piensa venir su grandeza por aquí?

— Parece que no, pues de Andujar pasa su alteza á Córdoba, desde allí irá en la barca grande, el Guadalquivir abajo, á Sevilla, pues que está su alteza muy doliente, y no le deja caminar á caballo su físico Abenzarsal. Pero en atencion á todo esto, yo partiré mañana de madrugada.

— Sea en buen hora, como gusteis, repuso Ferrus. Esto entre tanto no altera el órden de nuestra cena. Podeis retiraros, buen hombre, añadió Ferrus al emisario.

— Que os den de cenar, dijo Rui Pero al mismo, y disponeos mañana á venir conmigo á la corte.

Retiróse el emisario, y siguieron cenando nuestros cuatro paladines, y conversando acerca de la determinacion del rey, y del singular acaecimiento que los habia acercado tanto á la corte.

— Bueno fuera, señor alcaide, dijo Peransurez dirigiéndose á Ferrus, que era el mas afectado del licor, bueno fuera que hubiéseis de hospédar en este castillo á la corte...

— ¡Bá! dijo Ferrus; no pasa por aquí, y ademas en un castillo encantado...

— ¡Encantado! Dios nos perdone, dijo con afectado escrúpulo el padre.

— ¿No ha oido hablar nunca el padre de la mora Zelindaja, Zelindaja la mora...? siguió Ferrus con dificultad, y riéndose á cada palabra con la estúpida expresion de la embriaguez.

— ¡Hola!

— ¡Voto va! pues la mora... rico vino es este, padre; ¿no bebeis?

— Proseguid, dijo el padre haciendo con su mano un ademan de agradecer el ofrecimiento.

— La mora, pues... vaya otro trago, señor Rui Pero.

— ¿Y la mora? preguntó el padre.

— La mora... Zelindaja quereis decir, la que está encantada en la torre...

— ¿En la torre?

— Sí; aquí arriba sobre nosotros. ¡Pero qué vino! ¡qué paladar! ¿os dormís, señor Rui Pero? ¡voto va!

— ¿Con que arriba? preguntó el padre.

— Por ahí la llaman la mora, y dicen que aparece, y que.... ¡ah! ¡ah! ¡ah! añadió Ferrus soltando una carcajada, y mirando el vino que contenia aun la copa. ¿Qué haceis vos ahí, prosiguió vuelto en seguida á los que le servian la mesa, escuchando, espiando, á ver si se me escapa alguna imprudencia? Belitres. Si esperais á que yo os diga dónde está el preso.. . larga la llevais. Fuera de aquí; llamaremos cuando os hayamos menester.

Diciendo y haciendo, levantóse Ferrus con trabajo, y cerró la puerta despues que hubieron salido los sirvientes, espantados de las palabras del alcaide.

— ¿Con que el preso....? señor alcaide.... prosiguió Peransurez, que así como su compañero no perdia una palabra ni una accion de las que se le escapaban al imprudente mancebo.

— El preso no se escapará mientras pendan de mi cintura las llaves todas del alcázar. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! notad, padres mios, la figura que hace un camarero dormido, prosiguió Ferrus riéndose á carcajadas, y señalando con el dedo la boca abierta del buen Rui Pero, á quien la hora, el sueño, el vino y el cansancio tenian cabeceando sobre su poltrona. ¡Ah! ¡ah! ¡ah!

Al llegar aquí tocó Peransurez por bajo de la mesa al pié de Hernando, que de puro impaciente no hacia ya mas que moverse habia gran rato. Levantándose á un tiempo los dos, precipitóse cada uno sobre el que tenia al lado. Tocóle á Peransurez el dormido Rui Pero, que se halló ya maniatado y tapada la boca antes de acabar de despertar: á Hernando Ferrus, cuyo asombro fué tal al ver levantarse de repente, y en aquella tan inesperada forma, á los dos reverendos, que no fué dueño de gritar ni de oponer la menor resistencia al montero, el cual así lo fajaba con sus poderosas manos, como si fuese un niño. Pusieron nuestros dos amigos á cada uno de los alcaides un palo del hogar atra-

vesado en la boca, y sujeto con cordel que preparado llevaban á manera de mordaza, y atáronlos en seguida fuertemente de piés y manos á sus mismas poltronas, dejándolos conforme se hallaban colocados, es decir, uno enfrente de otro con la mesa en medio y sus copas delante. Era cosa de ver la figura que hacian sin poderse mover ni remover ambos con la boca abierta, y mirándose con ojos aun mas abiertos, sin acabar de comprender si estaban encantados por el moro del castillo, ó si habrian dado hospedaje á dos diablos del otro mundo que venian á castigar su descompuesta vida.

Hecho esto por nuestros dos reverendos, y apoderados ya del manojo de llaves que pendia del cinto de Ferrus, fué su primer cuidado recapacitar lo que acababan de oir al ebrio alcaide.

Parecia por el misterio de sus palabras que la torre era el lugar del castillo destinado al prisionero. Estaban en ella, pero era indispensable hallar una subida, y si habia dos, aquella en que estuviesen menos expuestos á ser notados ó á encontrar importunas centinelas. En punto á esto convinieron que era preciso ponerse en manos de Dios, que veia sus intenciones, y no dejaria de favorecerlas; y echáronse á buscar una subida, que no tardaron en encontrar. Probando llaves lograron abrir una puertecita encubierta detrás del hogar por un tapiz viejo : empujáronla, y una escalera oscura les probó que habian dado con lo que necesitaban. Armado cada uno de un agudo venablo, y llevando en la mano izquierda Hernando, que iba delante, una linterna sorda de metal, diéronse á subir con la mayor confianza en Dios, donde los dejaremos, ora trepando escaleras, ora recorriendo largas y oscuras galerías, ora, en fin, probando llaves en cada puerta que encontraban, todo con el mayor silencio por no dar la alarma en el castillo.

Hallábase colocado el cuarto, donde se divisaba la misteriosa luz desde los alrededores de la fortaleza, en el extremo de una galería, y como quiera que las puertas fuesen todas de la mayor seguridad, no se creia prudente establecer centinelas demasiado inmediatas. Al único que hácia aquella parte se oponia, preveníasele de antemano que no se separase del extremo de la galería mas distante de la prision. El que se hallaba á la sazon en aquel punto era un mancebo profundamente ignorante acerca de las circunstancias de los presos que parecian custodiarse con tanto interés en la fortaleza, pero que habia oido hablar lo bastante del encantamiento del castillo, y de la voz noctucna, para no tenerlas todas consigo en aquella incómoda faccion.

— Por Santiago, decia apoyándose en su partesana, que no entré yo al servicio del señor conde para habérmelas con brujas y hechiceros; este instrumento que bastaria para matar millones de moros, unos despues de otros se entiende, acaso no seria suficiente á hacer un ligero rasguño en la mano del moro que fundó este maldito castillo. Dicen que la señal de la cruz es grande arma contra las artes del demonio, añadia en otro paseo de los que daba, sin apartarse mucho de su puesto como el que tiene miedo ó frio; y siendo esto cierto, ¿cómo es que hay cristianos hechizados? Cuerpo de Cristo, si me hechizasen tengo para mí que lo

que mas habia de sentir habia de ser aquello del no comer y del no dormir, ¡voto va!

En estas y otras reflexiones cogió entretenido al mancebo cierto profundo gemido que salió al extremo opuesto de la galería.

— ¡Santa María! exclamó dando diente con diente el faccionario. Asunto concluido. ¿Si será la mora que viene á pedirme su esposo, segun dicen las gentes que lo pide todas las noches á los ecos? Sin embargo, yo no soy eco, añadió lastimeramente como si quisiese conjurar el encanto con esta lógica observacion.

Otro gemido mas prolongado resonó de allí á poco, y el ruido de una cadena arrastrada por el suelo se prolongó hasta el infinito en el oido del infeliz.

— ¡Santo Dios! decia el soldado, y persignábase tan de prisa como si fuese la última vez que habia de persignarse en su vida, sin apartar los ojos del punto de donde él se figuraba que salia el ruido.

En esto estaba, á la orilla de la escalera, y vuelto de espaldas á ella, cuando dos manos de hierro, apoderándose de sus piernas, le levantaron en alto.

— ¡Perdon, señora Zelindaja, perdon! clamó con voz medio ahogada el miserable, y pasando por encima de la cabeza de un padre Francisco á quien no tuvo siquiera tiempo de observar, cayó rodando de espaldas por la escalera, hasta una puerta que habian cerrado tras sí nuestros aventureros, donde quedó casi exámine y sin sentido.

— ¿Hay mas? dijo Peransurez mirando á todas partes.

— No, repuso Hernando: aquella debe ser su prision: ¿no oís una cadena?

— Él es; apresurémonos. Sacando en seguida el manojo y llegando á la puerta, comenzaron á probar llaves en la cerradura. Abrió, por fin una de las mas gruesas, y entrambos se precipitaron dentro de la prision, igualmente impacientes de dar libertad al encadenado doncel.

Una lámpara mortecina lucia siniestramente sobre un pedestal.

— ¡Basta, crueles, basta ya! exclamó una voz penetrante, arrojándose á sus piés al mismo tiempo, con todo el desórden del dolor y de la desesperacion, una figura cadavérica vestida de negras ropas.

Difícil fuera pintar el asombro de nuestros dos reverendos al ver venir sobre ellos aquella extraña sombra, que no era otra cosa lo que á su vista se ofrecia, y el sobrecogimiento de la víctima luego que paró la atencion en sus nuevos huéspedes, de tan distinta especie que los dos hombres que hasta entonces habian solido visitar su encierro para traerla el alimento.

— Religiosos, santo Dios, religiosos, exclamó esta. Habeis oido, Señor, por fin mis oraciones, y el bárbaro me envia estos emisarios de vuestra palabra divina para auxiliarme en los últimos momentos de esta vida miserable. Lo acepto, Señor, lo acepto.

Un mar de lágrimas corrió de los ojos hundidos de la encarcelada, que abrazaba con religioso fervor el hábito de Hernando: este, inmóvil en su puesto, no sabia qué interpretacion dar á aquella horrible escena.

Todo el valor de Peransurez le habia abandonado; creíase efectivamente delante de la encantadora mora, y estaba ya á dos líneas de maldecir en su corazon su osadía y su malhadada incredulidad.

Repuesto algun tanto Hernando de su primera sorpresa, hizose atrás cuanto pudo, desviando su hábito del contacto de la infeliz. Esta, levantando entonces la cabeza, y sacudiendo sobre los hombros una larga cabellera, único resto de su antigua hermosura, quedó mirando largo rato á nuestros amigos sin atreverse á proferir una palabra.

— Quien quiera que seais, dijo por fin animándose Hernando, y descubriendo su rostro, ser de este mundo ó del otro, mora ó cristiana, hablad : ¿qué nos quereis?

— Hernando, ¿sois vos? exclamó la víctima levantándose despues de haber mirado largo rato con la mayor duda y agitacion al montero espantado. ¡Ah! no, continuó. ¡Hernando era montero! y volvió á caer en el mismo estupor.

No pudo menos Hernando al oirse nombrar por la fantasma, como un antiguo conocido, de fijar mas en ella la atencion; y agarrando con una mano á Peransurez, que á su derecha y un poco detrás de él estaba. — ¡Cielos! exclamó sin apartar los ojos de la figura negra. Dejadme : ¿seria posible?

— ¡Ah! conocedme, sí, gritó levantándose y asiendo la lámpara la infeliz, conocedme, si me habeis visto alguna vez; hé aquí en mi rostro los efectos de su barbarie; no soy la misma ya; no soy hermosa... el llanto, el dolor me han afeado. Miradme bien, miradme, prosiguió acercando la luz á su semblante.

— ¡Ella, ella es! Peransurez, salvémonos, gritó Hernando retrocediendo.

— ¿Adónde? no : ¿adónde? Deteneos. Yo saldré tambien con vosotros.

— ¡Vivís aun, señora! exclamó Hernando al sentirse detenido por la víctima : ¿vivís?

— Vivo: sí, vivo para llorar y padecer : tocadme aun si lo dudais.

— ¿Es falsa vuestra muerte? ¿Sois vos, señora?

— ¿Mi muerte decís? preguntó la desdichada. ¿El bárbaro la ha propalado? ¡Justicia, señor, misericordia! añadió levantando los ojos al cielo. Por piedad, continuó, ¿quién sois el que tanto os pareceis al montero de don Enrique? ¿Qué os trae á esta prision?

Hernando, sumido en el mas profundo letargo, apenas reconocia debajo de aquella palidez y cadavérico aspecto á la hermosa que tantas veces habia visto triunfante en el mundo de lujo y de belleza.

— ¡Monstruo! dijo por fin para sí, ¡monstruo, monstruo abominable!

— ¿Quién sois? acabad; y ¿qué quereis? tornó á preguntar la encerrada : ¿venís á prolongar mis males, á remediarlos por ventura?

— A salvaros, señora, repuso Hernando. Conocedme, ¡voto va! El montero Hernando, señora, os ha de sacar de esta maleza.

— ¿Con que no me habia engañado? ¡Ah! Decidme, ¿por qué feliz azar os veo, y cómo en ese traje?

— El montero de ley, señora, no caza siempre del mismo modo : dejemos para mejor ocasion ese punto. Ved que necesitamos salir del monte. ¡Ea! Venid con nosotros.

— ¿Con vosotros? ¿Adónde? ¡ah! no me engañeis. Mas fácil es que me mateis aquí. ¿Qué resistencia puedo oponeros? Si sois tan crueles como todos los que hasta ahora he visto en este castillo...

— ¿Qué hablais, señora? no veníamos á salvaros : no presumíamos siquiera que viviéseis : el bárbaro que ha osado reduciros á este extremo no se ha contentado con una presa. Sin embargo, en el momento actual vuestra presencia nos hace mas falta de todas suertes que un ojo avezado al cazador. Vuestra presencia va á confundir la iniquidad, y á atajar acaso un torrente de sangre.

Mucho tardaron Hernando y Peransurez en determinar á la desdichada á que los siguiese : sus preguntas exigian larguísimas explicaciones, que no podian darse en aquel momento sin comprometer la suerte de una expedicion tan incierta y azarosa ya por sí... A poder de ruegos en fin y de observaciones logróse de ella que dejase el satisfacer sus dudas para mejor ocasion; el tiempo urgia : nuestros dos reverendos habian pasado ya gran parte de la noche en dar con la prision, y despues de tantos afanes faltábales aun desempeñar la mision que en tal peligro les habia puesto.

Resolvióse unánimemente que Hernando se despojaria del hábito que sobre su traje traia, y que lo vestiria lo mejor que pudiese la recien libre cautiva, porque si bien su estatura era muy diversa, tambien era de advertir que habian entrado de noche, que iban á salir al rayar el alba, y que probablemente no estarian á su salida de faccion los mismos que lo habian estado á su entrada. Dos frailes habian entrado : dos frailes salian : nada habia que decir, si durante la noche no se descubria su accion, cosa difícil, pues habian quedado cerrados por dentro y amordazados Ferrus y Ruy Pero. A la salida ningun obstáculo podrian encontrar dos frailes, pues durante la cena se habia dado la órden de abrirles el rastrillo en cuanto se dejasen ver á la puerta al amanecer.

Cortó, pues, Hernando el hábito con su cuchillo de monte, y dejóle mas adaptado á la estatura de la hermosa. Hecho lo cual trataron de buscar, por la parte que no habian recorrido aun, la prision del doncel, dejando para despues de encontrarla el determinar la forma de sacarle y salir el mismo Hernando del castillo, cosa que á este le parecia sencillísima; pues todo se lo parecia cuando era hecho en obsequio de su señor, y cuando tenia en la mano su venablo y al lado su fiel Brabonel; el cual los seguia silenciosamente toda la noche como si estuviera penetrado de lo mucho que convenia el sigilo en aquella peligrosa tentativa.

CAPITULO XXXVI.

Ya la gran noche pasaba
É la luna sextendia:
La clara lumbre del dia
Radiante se mostraba;
Al tiempo que reposaba
De mis trabajos é pena
Oi triste cantinela
Que tal cancion pronunciaba.

D. Enr. de Vill. Querella de amor de Mac.

No bien hubieron tomado la determinacion que dejamos referida, echáronse á buscar otra salida, dispuestos siempre á hacer callar con sus venablos á cualquier centinela imprudente que hubiese podido comprometer su existencia. Felizmente no encontraron ninguno en dos escaleras que bajaron. Al fin de ellas una tronera les permitió reconocer la parte de la torre en que se hallaban: estarian como á diez varas del pié de la muralla interior.

Fatigados de la faena que la ignorancia de las llaves les acarreaba, y aun mas del silencio y cuidado con que les era indispensable proceder, tomaron allí algun descanso. La cautiva, que acababa de experimentar una emocion tan inesperada, y que en medio de su debilidad se hallaba abrumada bajo al peso del hábito desusado, y combatido su ánimo de mil dudas y esperanzas, por desgracia harto inseguras todavía, no pudiendo resistir á tantos afectos encontrados, hubo de apoyarse un momento en un trozo roto de columna, que felizmente encontró en la pieza en que á la sazon se hallaban. Perdian ya nuestros paladines la esperanza de dar con la prision del doncel. Asegurábales sin embargo su compañera que en la noche anterior y á deshoras habia creido oir un laud débilmente pulsado, cosa que no le habia acaecido nunca desde su llegada al castillo; este dato convenia con la fecha de la prision de Macías; y hubiera jurado, les añadió, que salia el eco del pié de la torre. Esta advertencia solo podia animar á los generosos amigos del prisionero. Sacando, pues, nuevas fuerzas de flaqueza, trataron de examinar qué hora podia ser. Sacó entonces Hernando la cabeza por la angosta tronera, y pudo distinguir que el cielo se habia serenado; un viento fuerte de norte lanzaba hácia las playas africanas algunas nubes dispersas, restos de la pasada tormenta, y el pálido resplandor de la luna en su ocaso advirtió á Hernando, así como la posicion de algunas estrellas que acertó á ver, que podria faltar una hora todo lo mas para el alba. Al mismo tiempo que hizo esta observacion nada favorable, el ruido acompasado de los pasos de un hombre le hizo sospechar que debajo de ellos debia haber al pié de la muralla un soldado de faccion. Esta precaucion le confirmó en la idea de que debia caer hácia aquella parte del castillo la buscada prision. Resolviéronse, pues, á probar la aventura, poniendo el éxito en manos de Dios, á quien fervorosamente se encomendaron.

Hernando hizo voto á la Vírgen de la Almudena de una ofrenda proporcionada á sus cortos medios, y la cautiva prometió edificarle un santuario suntuoso si la sacaba con bien de tan peligroso trance. Iban ya á probar una nueva llave en la puerta que debia conducirlos, segun todas las probabilidades, al pié de la muralla, cuando el rumor del laud, que al punto reconocieron la hermosa y Hernando, los dejaron suspensos.

— ¡Él es! dijeron á un tiempo los dos, apoyándose con esperanza la blanda mano de la bella en la tosca y curtida del montero. Escuchemos.

Un ligero preludio del trovador se siguió á su suspension, y de allí á un momento una voz, harto conocida para ellos, entonó con lánguido acento una cántica, de la cual pudieron percebir los fragmentos siguientes, en medio de los sollozos que de cuando en cuando la interrumpian, y del monótono rumor del torrente, que á los piés de la torre por la honda zanja se desprendia.

¿Será que en mi muerte te goces impía,
O pérfida hermosa, muy mas aun ingrata?
¿Así al tierno amante, mas fino, se trata?
¿Cabrá en tal belleza tan grande falsía?
¡Llorad! ¡ay! mis ojos, llorad noche y dia!
Mis tristes gemidos levántense al cielo,
Pues ya en mi tristura no alcanzo consuelo
Dolor hoy se vuelva lo que era alegría.
. . . . . .

La copa alevosa, que amor nos colmó
Tambien heces cria, señora, en mi daño.
Sus heces son ¡ay! fatal desengaño.
La copa y las heces mi labio apuró.
¡Ay triste el que al mundo sensible nació!
¡Ay, triste el que muere por pérfida ingrata!
¡Ay mísero aquel, que así amor maltrata!
¡Ay triste el que nunca su dicha olvidó!

¿Porqué, justos cielos, en pecho amador
Tiranos me disteis una alma de fuego?
¿Porqué sed nos dísteis, si en tósigo luego,
Bebido, en el pecho, se torna el licor?
Contempla, señora, mi acerbo dolor.
¡Ay! torna á mis brazos, ven presto, mi Elvira:
Ingrata, aunque sea, como antes, mentira,
La dicha me vuelve, me vuelve tu amor.

No mas á mis ruegos te muestres impía,
O pérfida hermosa, muy mas aun ingrata.
No así al tierno amante, mas fino, se trata.
No quepa en tu pecho tan grande falsía.
Dolor no se vuelva lo que era alegría.
Mas ¡ay! si en mi pena no alcanzo consuelo,
Si en vano mis quejas se elevan al cielo,
¡Llorad! ¡ay! mis ojos, llorad noche y dia!

Callaron al llegar aquí los lúgubres acentos de la cantinela, que ha-

bia arrancado lágrimas de los ojos de aquellos que silenciosamente la habian oido.

Seguros de que habian llegado al término de sus esperanzas, diéronse prisa á abrir la puerta que les faltaba traspasar, y en pocos minutos se hallaron al pié de la torre. El primero que salió fué el terrible alano, el cual no bien se halló al aire libre cuando comenzó á ladrar dirigiéndose á un objeto que se hallaba arrimado á la pared.

— ¡Brabonel! dijo Hernando. ¡Brabonel! vamos, silencio.

— ¿Quién va? preguntó con voz ronca el centinela, enderezando su ballesta contra el montero, que salió primero á contener á su perro.

No tuvo lugar de preguntar segunda vez el centinela.

— ¡Ese es quien va! respondió Hernando lanzando su venablo, el cual fué recto á clavarse, silbando por el aire, en el pecho del faccionario, que cayó por tierra sin voz y sin aliento.

— ¡Ay! gritó la compañera de nuestros aventureros apartando rápidamente los ojos del que acababa de caer.

— Silencio, señora, silencio, dijo Peransurez : dejad la piedad para despues. Plegue al cielo que no hayamos alarmado ya alguno otro centinela con este intempestivo ruido.

— Venga en hora buena, dijo Hernando, caliente ya con el feliz éxito de su tiro tercero. Inclinándose en seguida sobre el cuerpo del caido, púsole un pié en el pecho, y sacó de él su venablo ensangrentado con la diestra mano. El venablo al salir del cuerpo dejó libre el paso á un surtidor de sangre que salpicó á Hernando; y á poco el infeliz habia ya espirado.

Vencida esta primera dificultad, examinaron la posicion, y no les quedó duda de que el rastrillo que enfrente veian servia de puerta á la prision del doncel; pero ¿cómo pasar la zanja? ¿cómo soltar el rastrillo? Perplejo Hernando miraba á una parte y otra, mordíase los dedos, y daba al diablo todas las fatigas de la noche. Pensar en tomar el opuesto lado del castillo, volviendo por donde habia venido para probar la entrada que deberia tener forzosamente la prision, era caso imposible, en vista sobre todo de la hora avanzada.

— ¡Voto va! dijo por fin Hernando. Denme á mí la fiera en el campo; pero ¿encerrada? ¡Cuerpo de Cristo! ¿Y hemos de quedarnos aquí, para ser presa de esos perros judíos que quedan en el castillo, en cuanto amanezca?

Su posicion tenia mas dificultades de las que á primera vista habian creido encontrar. Sin embargo, fué preciso deliberar : y por último, Hernando decidió que lo mas acertado seria probar á salir Peransurez y la bella á favor de su disfraz, quedando él con su alano en aquella posicion. Oponíanse los otros á esta generosa determinacion; pero Hernando los convenció, probándole que si á la mañana no habia logrado ponerse en comunicacion con el doncel y salvarle, ó saltaria la muralla y pasaria el foso á nado con su perro, ó retrocediendo al salon de la torre se haria rehenes y prenda de seguridad al mismo Ferrus, que probablemente deberia permanecer en el mismo estado, pues no se habia dado la alarma en

el castillo en toda la noche. Fueron tales, por último, sus ruegos y sus amenazas, que fué preciso ceder á ellas. Importaba mucho en verdad que saliese alguien del castillo; fuera ellos, nada les seria mas fácil que volver con socorro; y la presencia sobre todo de la ilustre prisionera en la corte debia hacer variar completamente la posicion del doncel y de Hernando, aun dado caso que quedase preso. Este, en fin, se aferró en decir que él no saldria del castillo sino muerto ó con su amo; lo mas que pudo conseguir de él Peransurez fué que quitándose su traje de montero vistiese la ropa del muerto centinela, y quedase en su lugar. Si se le relevaba antes del alba, como era de pensar, acaso no seria reconocido, y entre tanto tenia aquella probabilidad mas de salvacion. Hízolo así Hernando, y arrojando sus vestidos y el cuerpo del vencido en la zanja con un pié, dió algunas instrucciones á Peransurez acerca de lo que deberia hacer en saliendo del castillo y en llegando á la corte.

Despidiéronse en seguida, como aquellos que acaso no habian de volver á verse. Peransurez y su compañera, ocultando su rostro bajo su capucha, siguieron la senda que debia conducirles forzosamente á lo largo de la muralla hasta la puerta principal y puente del castillo, donde era mas que probable que no hallasen obstáculos á su salida, siendo como era ya la hora á que habia dejado advertido Ferrus la noche anterior que se abriese á los padres descaminados; y donde los dejaremos para acudir adonde nos llaman otros personajes, no menos interesantes, de nuestra historia.

Solo podemos añadir, para sacar algun tanto á nuestros lectores de la incertidumbre en que los dejamos, bien á nuestro pesar, que hácia aquellas horas, pero sin que hayamos podido averiguar si antes ó despues, el jefe del destacamento, que guardaba la puerta principal del castillo, creyó deber tomar órdenes del alcaide, de cuya ausencia total durante la noche estaba no poco admirado. Subió, pues, al salon que se habian reservado Rui Pero y Ferrus, y en vano llamó repetidas veces. Asombrado de esta circunstancia, no dudó en reunir algunos hombres, los cuales quebrantaron con sus hachas de armas la cerradura, y les dieron entrada en el salon. Allí fueron encontrados amordazados, en la misma forma singular que los dejamos, Ferrus y Rui Pero mirándose todavía, y sin dar otra respuesta á las preguntas del jefe que un sonido desigual ronco y desapacible, muy semejante al ruido gutural que produce un sordo-mudo para mover la pública conmiseracion. Desatóse á los alcaides, diose la alarma, y en pocos minutos era el castillo todo un teatro de actividad difícil de pintar: corrian unos sin saber adónde, ni de qué enemigos se habian de guardar; tocaban algunos bocinas en son de guerra; preparaban otros sus armas; recorríanse las escaleras y galerías; oíanse votos y juramentos, pésames y proyectos de venganza. Abríanse unas puertas, derribábanse aquellas cuyas llaves habian echado por dentro nuestros atrevidos paladines... en una palabra, era el castillo todo desórden y confusion. Nuestras leyendas, empero, tan prolijas por lo regular en todos los pormenores de sus relatos, parecen haberse descuidado sobremanera en esta ocasion; pues ni una sola palabra dicen

por la cual podamos inferir, sospechar ó barruntar siquiera si cuando se dió esta alarma en el castillo habian salido ya al campo los fugitivos, ó si fué ocasion de que su intento se malograse. Lo cual prueba, además de otras muchas cosas que no son de este lugar, que no es tan fácil el oficio de historiador y cronista como generalmente se cree, sobre todo si no ha de dejarse olvidada ninguna de las circunstancias que puede anhelar saber el impaciente lector.

CAPITULO XXXVII.

El rey moro de Granada
Mas quisiera la su fin;
La su seña muy preciada
Entrególa á don Ozmin.
El poder le dió sin falla
A don Ozmin su vasallo,
Y excusóse de batalla
Con cinco mil de caballo.

Historia de Alonso XI, escrita en coplas redondillas.

Dos mil vidas diera juntas
Por ser el desafiado.

Batalla de Rugero y Rodamonte.

Curiosos estarán nuestros lectores, si es que hemos sabido hacerles interesantes los personajes de nuestra desaliñada narracion, de saber el estado de la desdichada Elvira, á quien dejamos con la reja de su cámara abierta, ella desvanecida en tierra, y abriéndose su puerta para dar entrada al pajecillo, ó á su mismo esposo, únicos poseedores de la llave. Mucho sentimos que la complicacion de sucesos que bajo nuestra pluma se aglomeran, no nos haya permitido sacarlos antes de tan incómoda duda; pero todavía sentimos mas que el tiempo, que todo lo devora, nos prive aun ahora del placer de satisfacerlos completamente. Recordarán, sin embargo, en disculpa nuestra, que cuando se abrió la puerta de la cámara, Elvira estaba desmayada, y nada por consiguiente pudo ver de lo que en torno suyo pasaba: el que entró nada contó nunca, razon que tenemos para sospechar que fué Hernan Perez, á quien no le podia convenir que nada de ello se supiese; y el cronista de aquellos tiempos, el famoso Pero Lopez de Ayala, se hallaba en el sarao, y nada trae tampoco por consiguiente en sus escritos de semejante escena. Por los resultados que esta tuvo, volvemos á repetir que debió de ser Hernan Perez. Hubo quien aseguró que habia visto hablar al astrólogo con él mucho despues de haber vuelto á entrar este en el alcázar, y como ya conocemos la mala intencion del judío, es de presumir que alarmase al marido acerca de lo que en su cámara pasaba; la reja abierta, la puerta cerrada y el estado de Elvira debieron acabar de abrir los ojos á Hernan Perez acerca de lo que allí podia haber ocurrido.

Lo único que podremos afirmar es que Hernan Perez de Vadillo, de resultas sin duda de la violenta escena que debió tener con su esposa, decidió aquella noche misma su separacion; buscó á su alteza, y le expuso con voz trémula y agitada cómo sabia que su esposa era la acusadora de don Enrique de Villena. Añadióle que él habia recibido del conde de Cangas la rara prueba de confianza de que pudiese en su nombre defender su parte en el combate; suplicóle en vista de ello que tomase á su cargo la acusadora; y por mas que se hizo para averiguar la causa de tan extraña conducta, solo se pudo sacar en limpio de las cortadas razones de Hernan Perez que este habia tenido un rompimiento con su esposa; advirtióse desde entonces que cuanto hablaba eran palabras de aborrecimiento y execracion, y dirigidas á adelantar el plazo del combate, de resultas del cual debia él morir ó morir Elvira. El odio mas reconcentrado y profundo habia sucedido en su corazon al amor conyugal. No se pudo negar don Enrique el Doliente á la justa demanda del ofendido Hernan, y en consecuencia encargó al judío Abenzarsal de la custodia de Elvira, la cual pasó á poder de este con su inseparable pajecillo aquella misma noche. Decidióse al mismo tiempo que se verificaria el combate, donde quiera que estuviese la corte, al quinceno dia, por cumplirse entonces el plazo que habia dado su alteza al justicia mayor Diego Lopez de Stúñiga para presentarle el reo de la muerte de doña María de Albornoz. Si este le presentaba con las pruebas legales del delito, excusaríase la prueba del combate. De lo contrario, no quedando otro medio que recurrir al juicio de Dios, seria aquel inevitable.

Con respecto á Elvira, solo diremos que desde aquella funesta noche en balde intentó tener con su esposo una explicacion: negóse este á todas sus demandas, y la infeliz, sumida en la mayor desesperacion, esperó en un continuo llanto y congoja el dia en que habia de desenlazarse tan terrible drama, y en que habia de verse expuesta á los riesgos de un combate por causa suya, y por una imprudente generosidad, que no era tiempo ya de remediar, la vida de su desdichado amante, si es que este no habia perecido ya, como tenia motivos para creerlo, en la funesta noche de su última entrevista.

Puesta á recaudo como estaba, y no permitiéndosele comunicacion alguna sino con el paje, solo pudo saber en el particular lo que todo el mundo sabia, esto es, que el doncel habia desaparecido, cosa que no daba poco que decir en la corte. No se le podia ocultar á Elvira que cualquiera que hubiera sido la suerte del doncel, su tenacidad, y el empeño con que á todo trance habia querido defender su moribunda virtud habia tenido gran parte en ella. No le podia pesar de ello; pero era bien triste reflexionar cuan horrible premio daba el cielo á su conducta. Ora pensando en su esposo, ora en su crítica situacion, ora en un amor desdichado que en vano habia pretendido lanzar de su pecho por todos los medios posibles, pasábase la desgraciada Elvira los dias y las noches de claro en claro sin dar reposo á la lucha de encontrados sentimientos, que tenian dividida su deplorable existencia.

La nueva que llegó á la corte el dia mismo que debia haberse trasla-

dado á Otordesillas, hizo variar de determinacion á don Enrique el Doliente, como ya saben nuestros lectores, y el dia del combate la cogió por tanto en Andujar.

Amaneció este dia, y nadie en la corte pudo dar razon al rey, cuidadoso é impaciente, del ignorado paradero del doncel: don Luis Guzman fué el único que pudo exponer sencillamente cómo Hernando, fiel criado del doncel, le habia visitado en la noche del sarao, manifestándole sus dudas y temores, y encargándole el equipaje de su amo mientras él se dedicaba á averiguar su paradero, de que tenia vagas sospechas. Pero afirmó en seguida que desde entonces no habia vuelto á tener noticia alguna ni del doncel ni de Hernando. Todos los que conocian, sin embargo, el pundonor caballeresco de Macías, no dudaban un punto que se presentaria en la lid el dia emplazado, tanto mas cuanto que se habian publicado los convenientes edictos y pregones; á no ser que hubiese muerto, acontecimiento que nadie tenia motivos de sospechar. Muchos achacaron la ausencia del doncel á alguna hechicería de don Enrique de Villena y del judío, pero desde sospecharlo á saberlo habia tanta distancia como hay de la mentira á la verdad.

Regocijábanse en tanto secretamente aquellos dos intrigantes del feliz éxito de su manejo; sobre todo Villena, que habia conseguido llevar á cabo su proyecto sin necesidad de cargar su conciencia con el peso de sangre ajena, descansando en la vigilancia de su emancipado juglar y en la fortaleza de su castillo, lleno todo de gentes á su devocion, curábase poco ya del combate, que mal podia verificarse sin la presencia del doncel. Verdad es que debia quedar condenada Elvira como calumniadora, pero esperaba que su mucho valimiento, y el que debia aumentársele sobre todo con el triunfo que el cielo le preparaba aquel dia, le bastaria para salvar la vida de la infeliz Elvira; cosa que intentaba pedir inmediatamente á su alteza, proponiendo la conmutacion de la pena que imponia la ley en un encierro perpetuo. De esta manera conciliaba el buen don Enrique, con el triunfo de sus intrigas, la tranquilidad de su conciencia, haciendo por una y otra parte transacciones con su ambicion, y con la voz secreta que le gritaba en el fondo de su corazon, que no dejaba de ser culpable por haber evitado la muerte de Elvira y del doncel.

A pesar de la ausencia de este, anunciaron los farautes el aplazado combate, y reunida la pequeña corte que llevaba consigo don Enrique el Doliente, este se constituyó en audiencia sentándose debajo del dosel regio preparado para la ceremonia que debia verificarse.

Sentado su alteza, y rodeado del buen condestable Rui Lopez Dávalos, de su físico Abenzarsal, de su camarero mayor, y de las demás dignidades de palacio, compareció ante el trono, llamado por un faraute, el ilustre don Enrique de Villena, conde de Cangas y Tineo, precediéndole dos farautes suyos, y un escudero con el estandarte en que se veia lucir su escudo de armas ricamente recamado; seguíanle numerosos caballeros y escuderos de su casa, vasallos suyos. Requerido por el faraute de su alteza, expuso brevemente la demanda que de justicia habia hecho

en otra ocasion sobre la muerte de su esposa la condesa doña María de Albornoz. Concluida esta ceremonia, pidió cuenta su alteza á su canciller mayor del sello de la puridad de lo que en el asunto habia determinado: recordó este el cargo que habia dado su alteza de averiguar el hecho al justicia mayor, cometiéndole el cuidado del castigo. Adelantóse entonces Diego Lopez de Stúñiga, é hizo breve relacion de los pasos que habia dado para la averiguacion de aquel horrendo crímen, el cual sin embargo habia permanecido oculto, sin duda, añadió, por los incomprensibles juicios de Dios, que se reservaba el castigo de tan gran maldad. Oido el justicia mayor, prosiguió el canciller relatando cómo en ese tiempo se habia presentado una acusadora del mismo don Enrique de Villena, achacándole aquel propio crímen del que él habia pedido satisfaccion, y lo demás ocurrido en el caso.

Hizo entonces su alteza comparecer á la acusadora, la cual, guiada de Abenzarsal, á cuya custodia estaba confiada, pareció y expuso de nuevo en la misma forma que la habia hecho la funesta acusacion, no sin acompañarla de abundosas lágrimas, que manifestaban bien á las claras el estado en que se hallaba.

Tomósele de ella juramento, así como á don Enrique de la denegacion del delito, el cual prestaron ambos sobre los santos Evangelios.

Pidiéronse pruebas en seguida á la acusadora; no pudiendo la cual presentarlas, recordó el canciller que fundado en esto mismo se habia dignado su alteza ordenar la prueba del combate.

Alzóse en seguida un faraute de su alteza, y en voz alta repitió que era llegado el dia en que aquel debia verificarse; lo cual hizo por medio de largas fórmulas, de que nos dispensarán nuestros lectores.

El canciller en seguida pidió los gajes al acusado y acusadora, que le entregaron, aquel el guante arrojado por Macías el dia de la acusacion, esta el anillo que en prenda de su persona habia entregado al rey en el propio dia. Recogidos ambos por el canciller, fuéles preguntado á los dos si se hallaban prontos para la prueba del combate que su alteza habia ordenado: esta pregunta estremeció á Elvira, que se vió sola en el mundo en aquel tremendo instante; pero Villena respondió á ella con insolente sonrisa de triunfo y de satisfaccion. Requeridos á presentarse ante su alteza los combatientes ó sus campeones representantes, adelantóse el hidalgo Hernan Perez de Vadillo, que se habia mantenido oculto hasta entonces en el grupo de caballeros de la comitiva de don Enrique de Villena; Elvira al verle no fué dueña de sí por mas tiempo, lanzó un agudo chillido, y ocultó su cabeza entre los brazos de una dueña que la seguia. No se alteró el implacable Vadillo; hincándose por el contrario de hinojos ante su señor natural, pidióle la venia, dada la cual anunciósе como el campeon de don Enrique.

Este golpe inesperado, y que pocos en la corte sabian, hizo todo el efecto que el lector puede imaginar, reflexionando como reflexionaron los presentes que iba á presentarse un caso singular en semejantes combates. La mujer acusadora por una parte, y el marido campeon del acusado por otra. Elvira al recibir tan terrible golpe se precipitó á los piés

del trono exclamando : — ¡ Santo Dios ! ¡Rey justiciero, no lo permitirás, señor !...

Era tarde ya, empero, para deshacer lo hecho, y el faraute impuso silencio á la acusadora, con duro gesto y ademan, separándola del trono.

Requirióse entonces á Elvira de que presentase su campeon, y á este requerimiento se sucedió el mas profundo silencio. Leíase en los ojos de Elvira la ansiedad con que esperaba el fin de aquella ceremonia. En aquel momento hubiera dado su existencia porque no compareciese el doncel. Temblaba á cada ruido que se oia ; todo era para ella preferible al espantoso espectáculo de ver pelear por su causa á su esposo y á su amante.

Por último, vino á sacarla de su mortal angustia el tercer requerimiento del faraute.

Apenas habia acabado este de pronunciarle, cuando prosternándose Elvira y elevando al cielo las manos y los ojos : — Nadie, exclamó con loca alegría, nadie. ¡Yo os doy gracias, Dios mio! Señor, continuó dirigiéndose al rey, no tengo campeon ; soy, pues, calumniadora; ¡ la muerte presto; la muerte !

— Señor, se adelantó á decir el canciller al rey, que se levantaba para decidir en tan arduo caso, debo hacer presente á tu alteza que antes de declarar infame al doncel tu favorito es fuerza esperarle en el palenque todo el dia de hoy ; si entonces no compareciere, á pesar de los pregones que habrán de repetirse en ese tiempo tres veces, la acusadora será ejecutada.

— Ya lo oís, señora, continuó su alteza; dentro de una hora concurrirá la corte al sitio del combate.

Una nube de tristeza profundísima enturbió la frente pálida de Elvira, que quedó sumergida en el silencio de la desesperacion. Don Enrique de Villena triunfaba, y una mal reprimida sonrisa se dibujaba en sus labios. Hernan Perez de Vadillo parecia desesperado de no tener contrario, y de la inopinada tardanza.

— Señora, dijo don Luis Guzman, que veia con despecho triunfar á su enemigo llegándose al oido de la infeliz acusadora ; si mi brazo puede seros útil, ved que diera mil vidas por ser el acusador.

— ¡Ah! señor, repuso Elvira dirigiendo al caballero una mirada de agradecimiento, dejad morir á una desdichada. Levantó entonces los ojos al cielo, y añadió para sí con dolorosa expresion : ¡ Él ha muerto tambien ! ¡ Y mi esposo me desprecia! Bajó en seguida los ojos, y dos farautes, notando el pequeñísimo diálogo que quisiera prolongar don Luis Guzman, la separaron, advirtiendo á este que la ley prevenia toda incomunicacion con la acusadora.

Bajó entre tanto su alteza del trono, y preparóse la corte á asistir al sitio del combate, donde debia esperarse el campeon de Elvira.

Don Luis Guzman vió salir á todos con despecho reconcentrado. Su silencio y su gesto manifestaban cuánto destrozaba su alma impetuosa el próximo triunfo que esperaba á su rival, y que él habia tratado en vano de impedir con su intempestiva y no aceptada generosidad.

CAPITULO XXXVIII.

Traidor sois, Payo Rodriguez.
El mayor que ser podia.
Yo vos haré de conocer
Ser verdad lo que decia.
Entraré con vos en lid
Y en ella vos venceria.

— Mentides, Rui Paez Vledma.
Pai Rodriguez respondia.
Por eso sois vos reptado.
No yo que nada debia.
Diéronse luego sus gages,
Y en el campo entrado habian.
Procuran de se matar;
Muy cruel batalla habian.

Sepúlveda, rom.

— ¿Pararemos aquí, si os parece? decia deteniendo su mula á la puerta de la hospedería de Andujar un hombre de quien ya hemos dado una pequeña muestra en la cena á oscuras que describimos en capítulos anteriores.

— Como gusteis, repuso su compañero de viaje, á quien solo por su muletilla favorita habrán conocido ya nuestros lectores.

— ¡Ah, de la hospedería! ¡Buena gente!

— ¿Quién es la buena gente? replicó una voz agria y descompasada, semejante al desapacible chirrido de una chicharra, la cual salia del endeble cuerpo de una vieja mal humorada que acababa de asomarse á una fenestra. No hay posada.

— Como gusteis, replicó apeándose Nuño; pero reparad, buena Beatriz, que somos, es decir, que soy vuestro compadre el de Arjonilla...

— ¡Si digo que está llena la casa! no hay posada, compadre, tornó á decir la vieja.

— Como gusteis, Beatriz; pero ved que no la pido para mí, sino para esta mi bestia, que es como sabeis la niña de mis ojos; no hay mula mejor en la comarca: miradla despacio; es compra que le hice al prior del convento de Arjonilla; miradla, y compadeceos y hacedla un lugar en la cuadra.

— Os digo, replicó la vieja, que como no querais meterla conmigo en mi camaranchon, no hay donde. Y no os canseis, Nuño, concluyó la vieja; cerró despues de golpe la ventana, y se alejó con un gruñido prolongado, como se aleja tronando la tempestad.

— ¡Buenas noches! dijo soltando una carcajada el compañero de viaje de Nuño.

— ¡Maldita vieja! dijo Nuño. ¡Cuerpo de Cristo!

— Vaya, Nuño, no os desespereis. Está visto que ha venido media Andalucía á la fama del juicio de Dios que se celebra por la prueba del combate en este pueblo, que Dios bendiga.

— ¿Y qué hacemos, señor montero? ¿Os parece que nos recibirá en su audiencia el señor justicia mayor con mulas y todo?

— Paréceme que no; pero pudieran quedar las bestias con el mozo en las afueras del pueblo.

— Como gusteis, repuso el buen Nuño.

Apeáronse nuestros viajeros, y dejadas las caballerías al mozo, dirigiéronse hácia el palacio donde se hallaba la corte hospedada.

— Hé aquí lo que digo, iba refunfuñando el montero. Dad el pié, y os tomarán la mano. Ofrecíme á hacer un servicio á Peransurez, y exigióme ciento. ¿No era bastante andar un dia entero tras unos hábitos viejos de nuestro padre san Francisco, que no fué poca fortuna encontrar, merced á las muchas liebres que regala uno al padre sacristan? No, sino veníos despues con letras para el señor justicia mayor de no sé qué dueña ó qué doncella encantada... ¡Voto va! ¡Muchacho! añadió el montero deteniendo á uno que corria hácia la plaza del pueblo, ¿nos dareis razon del señor justicia mayor?

— ¡Ah señor! en mala hora venís, repuso el muchacho; ya no dejan pasar los archeros y ballesteros hácia palacio; la corte va á salir al palenque... ¿no veis cómo corre todo el mundo? Si venís á ver el duelo, mejor hareis en llegaros á la plaza. Acaso podreis acercaros al señor justicia mayor, que ha de estar allí, dijo el muchacho, y siguió corriendo. Agrupábase la gente cada vez mas por todas partes, y bien vieron nuestros viajeros que no les quedaba mas recurso que seguir el consejo del muchacho.

— ¡Ea! vamos, dijo Nuño; si allí le podemos dar alcance, sea en buen hora; sino tenga Peransurez paciencia, y acabada la fiesta hareis su comision: ¿ha de correr tanta prisa?

— Mucho me dijo que urgia, pero á la buena de Dios. El hombre propone...

— Y Dios dispone, concluyó el buen Nuño. Siguieron en seguida el curso de la gente, y no tardaron en llegar á la plaza.

Habíase construido un palenque de ochenta pasos de ancho y de cuarenta de largo: en una extremidad un cadalso se hallaba levantado, y ricamente entapizado de paños negros; en él debian sentarse los jueces del campo. Hácia el comedio de uno de los lados un balconcillo de madera, forrado de paño color de grana bordado de oro, debia servir para el rey y su comitiva. Al uno y otro lado del palenque dos garitas, semejantes á las que se construyen en el dia para los centinelas, estaban destinadas para dos hombres, que debian dar desde ellas lanzas y armas nuevas á los combatientes, en el caso de romper las suyas en los primeros encuentros sin acabarse el duelo.

Al rededor del palenque, y donde habian dejado lugar para ello las bocas-calles, habian arrimado los habitantes carros y carretas para ver mas cómodamente el tremendo combate. Coronaba ya la concurrencia los puntos mas altos de la plaza, y empujábanse las gentes unas á otras en los mas bajos para alcanzar puesto cuando llegaron Nuño y su compañero.

— ¿Habeis oido decir porqué es el duelo? preguntaban unos.

— Sí; respondian otros. El nigromante de don Enrique de Villena, que hechizó á su mujer, es acusado por ello.

— Bien hecho; no, sino que nos hechicen cada y cuando quieran esas gentes que tienen pacto con el diablo.

— Callad, maldicientes, gritaba una vieja. ¿Qué sabeis vosotros de lo que decís? No la hechizó, sino que la condesa desapareció, y aseguran que fué muerta por unos bribones pagados, á causa de unos amores, lo cual se supo porque noches antes le habian dado una serenata...

— ¡Ah! ¡ah! ¡ah! mirad la madre Susana con lo que nos viene, exclamaba otro. Matóla su marido, sí, señor, y hay quien sabe el porqué. ¿Hubiera, sino, una dama tan discreta y hermosa como la señora Elvira, muy amiga por cierto de la condesa y que estaba en sus secretos, cometido la ligereza de...?

— Eso no, ¡pesia mí! maese Pedro, interrumpió un mozalbete mal encarado; que no ha menester una mujer muchos motivos para cometer una ligereza!

— ¡Calle el deslenguado! gritaba una doncella bien apuesta y ataviada para el combate como para una funcion; ¿qué sabe él lo que son mujeres? Deje crecer sus barbas y hable de tirar piedras.

— En hora buena, replicó el mozo; pero lo que yo digo es que el combate no se verificará...

— ¿No, eh?

— No señor; porque el campeon de la acusadora no parece.

— Sí, parecerá, repuso un recien llegado. En alguna redoma.

— ¡Oh! y qué bien decís, ¡voto á tal! hay quien asegura que entre el judío... maldiga Dios á los judíos.

— Amen.

— Amen.

— Amen.

— Pues sí; hay quien dice que entre el judío y el de Villena han echado un conjuro al señor doncel, aquel caballero tan cumplido, y le tienen en una redoma mas larga que la cigüeña de la torre, donde ha menester cuarenta dias para convertirse luego en un cuervo como el rey Artus.

— ¡Otra tenemos! gritó soltando la carcajada un petimetre incrédulo de aquel tiempo. ¡Buena está la invencion de la redoma! El hecho de verdad es que ese caballero tan cumplido andaba enredado en amores con la dama acusadora; halos sorprendido el marido, y...

— ¡Jesus! ¡Jesus! ¡Dios nos perdone, y qué cosas oye uno á los barbilampiños de estos tiempos! exclamó una dueña quintañona, hincando el codo para pasar, y mirando con ojos zainos á un mancebito que parecia mas reservado que el que tenia la palabra. ¡Hé aquí por tierra en un instante el honor de una dueña!

— Vaya, madre, no se enfade, repuso el que habia recibido la repasata, y cuide de su honra, sin andar enderezando la de nadie, que todos habemos menester...

— ¿Qué irá á decir el desvergonzado? interrumpió toda azorada y encendida la quisquillosa mojigata.

— ¡Ea! ¡ea! dijo Nuño; dejen esas cuestiones, y miren á los trompeteros que se entran ya en el palenque. Seor montero, veníos hácia acá, continuó, y veamos de dar vuelta á la plaza, por si podemos llegar á dar esas letras que traeis al señor justicia mayor.

Acababan de entrar efectivamente en el palenque dos trompeteros anunciando con fúnebre sonido el principio de la ceremonia del combate. Venia detrás de las trompetas un rey de armas y dos fauraútes. Seguian ministriles con instrumentos músicos, y varios ministros del justicia mayor: dos notarios para testimoniar y dar fe de lo que acaeciese; los dos jueces del campo elegidos por su alteza que fueron el muy buen condestable don Rui Lopez Dávalos y el juicioso y entendido en armas y letras don Pedro Lopez de Ayala. Detrás el justicia mayor Diego Lopez de Stúñiga, vestido como los demás de gala y ceremonia, cerraba la comitiva. Subió toda al cadalso revestido de paño negro, en el cual se colocó segun la preeminencia de puestos debida al empleo de cada uno, y á ella se agregaron dos persevantes. Entró en seguida en su balconcillo, ó mirador, su alteza acompañado de su físico Abenzarsal, del arzobispo de Toledo, de su confesor fray Juan Enriquez, y de varias dignidades de palacio que á semejantes oficios debian seguirle.

Proveyeron los jueces la liza de gente de armas que asegurase el campo, y fueron treinta buenos escuderos con mas ballesteros y piqueros, de los cuales colocáronse unos en ala bajo el balconcillo de su alteza, y otros en varios puntos extremos de la liza.

Entró en seguida un eclesiástico, y dirigiéndose hácia el extremo enfrente de los jueces, donde habian hecho levantar estos un altar con preciosas reliquias y ricos ornamentos, y en el cual debia celebrarse el santo sacrificio de la misa.

Enfrente del balconcillo de su alteza habíanse levantado, bastante apartados entre sí, dos pequeños cadalsos de tablazon revestidos de paños negros bordados de oro; hasta el uno entró conducida y custodiada por cuatro archeros una mujer jóven cubierta de un velo negro que la tapaba toda: ocultaba su blanca espalda y torneada garganta su cabellera brillante como el ébano. No era ya aquella perfecta hermosura fresca y lozana que habia deslumbrado tantas veces á la corte toda de don Enrique el Doliente. Su rostro pálido y prolongado por la continua afliccion; sus ojos hundidos y rodeados de un cerco oscuro; su frente mancillada por la adusta mano del dolor: su mano descarnada y trémula; su paso vacilante y sus ardientes lágrimas manifestaban cuán grande era su pesar. Seguíala al lado, vestido de gala, el pajecillo Jaime, que de ver llorar á su prima lloraba tambien, y que la dirigia de cuando en cuando palabras de consuelo, de las cuales no eran contestadas unas, y otras ni siquiera oidas.

Hasta el otro cadalso ó tablado entró el ilustre conde de Cangas y Tineo, ricamente vestido, alta la cabeza y arrogante el paso. Llevaba rico jubon de raso negro columbino; calzas justas: un bohemio de paño

negro guarnecido del mismo color; manga larga y angosta, con capilla de buitron; una jaqueta de raja recamada de oro le cubria apenas el jubon; cinto tachonado de que pendia una rica limosnera; zapatos de seda negros, abiertos y acuchillados; un camison riquísimo de holanda, labrado, le volvia sobre el pecho y hombros, y un riquísimo collar de piedras y oro, de que pendia un San Miguel de este precioso metal, deslumbraba en su pecho al lado de la cruz roja de Calatrava. El manto de la órden encima completaba su magnífico arreo.

Precedíanle farautes suyos, su estandarte con el escudo de sus armas, y la caldera de rico-home, y le seguian escuderos, donceles, pajes, caballeros y gentiles homes de su casa, vasallos suyos, vestidos todos de ceremonia y paz como su señor.

Un alto crucifijo de plata reflejaba los rayos del sol á igual distancia de uno y otro cadalso, enfrente mismo del balconcillo de su alteza, y detrás de él se veia sentado sobre un banco contiguo ya al palenque un hombre vestido con un capoton de seda encarnada, y cubierta la cabeza de una gorra de lo mismo. Un tajo á su lado, y una afilada cuchilla declaraban aun á los que mas de lejos le veian que era Mateo Sanchez, verdugo de su alteza, pronto á ejecutar á aquel de los dos que quedase por el combate convencido ó de calumniador ó de reo.

Dispuesta ya la liza en esta forma, que hemos procurado describir todo lo mas fielmente que nos ha sido posible, mandaron los jueces al rey de armas y faraute dar una grita ó pregon anunciando el combate, que iba á verificarse en comprobacion del juicio de Dios á falta de otras pruebas, y mandando comparecer á las partes ó á sus campeones.

Presentóse en seguida á la puerta del palenque un caballero, alzada la visera, que todos reconocieron ser el hidalgo Hernan Perez de Vadillo: seguíanle dos pajes con las libreas de Villena, llevando el uno la lanza y el otro un caballo de respeto. Venia ginete en un soberbio alazan encubertado con paramentos negros que le llegaban hasta los corbejones, con cortapisa de martas cebellinas, bordados de muy gruesos rollos de argentería á manera de chapetas de celada, y por divisa las armas de don Enrique de Villena. Traia Hernan Perez vestido sobre su arnés blanco, como de caballero novel, sin empresa ni mote, un falso peto de aceituní vellud bellotado, verde brocado, con una uza de brocado aceituní vellud bellotado azul, calzas de grana italianas, una caperuza alta de grana, y espuelas de rodete italianas; llevaba sus arneses de piernas y brazales con hermosa continencia. Su rostro era el único que estaba en contradiccion con la galana apostura de su arreo. Encendido como la lumbre, lanzaba rayos de sus ojos, y parecia medir con la vista el espacio del palenque, como si viniera estrecho á su cólera y su coraje. Tres vueltas dió en derredor con gracia y gentileza, saludando á cada vuelta él y su caballo al mirador de su alteza y al conde su señor; dirigiendo, empero, una mirada de desprecio y de ira, sentimientos que se confundian en la expresion de su semblante, hácia la víctima infeliz de su propia virtud y generosidad.

Presente ya en la liza el defensor del acusado, requirieron los farautes

por pregon al campeon del acusador por tres veces consecutivas, el cual no pareciendo, comenzó el oficio de la misa.

Concluida esta, requirieron de nuevo al acusador; igual silencio sucedió, sin embargo, al segundo y tercer pregon.

Elvira alzaba de cuando en cuando los ojos al cielo; no se podia distinguir si le daba gracias por la ausencia de su campeon, que de ninguna manera hubiera deseado ver entonces allí, ó si lloraba la ya probable muerte del doncel. Sin creer en esta, ¿cómo concebir que caballero tan generoso y enamorado pudiese dejarla en tan amargo trance desamparada, donde la cuchilla del verdugo esperaba su cabeza si su campeon no venia?

Dos largas horas pasaron en tan cruel expectativa. Inpacientábase ya el concurso como si hubiera pagado el dinero por su asiento, y como si fuese aquella una funcion que estuviese ya su alteza obligado á darle, solo por el hecho de haber él concebido esperanzas de presenciarla. Circunstancia que prueba que el público de Andujar en el siglo XV se parecia á los públicos de todas las épocas y paises. Habia consentido en recrearse con los furibundos mandobles y reveses del combate : habia contado con una diversion, porque generalmente las calamidades particulares son diversiones públicas, y la diversion no llegaba. Comenzaba á levantarse ya un sordo murmullo de descontento y desaprobacion; quién hablaba contra Macías, caballero aleve y descortés que se habia ofrecido al socorro de una dama para faltar despues á su palabra y su fe; quién se indignaba contra Villena achacando á sus cobardes maleficios la desaparicion del pundonoroso doncel.

Habian ganado terreno en este tiempo Nuño y su compañero, portador de las letras, que segun sus propias expresiones le habia confiado Peransurez para el justicia mayor; ora sirviéndose de la persuasion, ora de sus codos, habíanse abierto paso poco á poco hasta llegar á colocarse cerca del tablado de los jueces, dando la vuelta al palenque. Atraido un faraute á las voces de Nuño, no pudo menos de acudir á ver qué pretendia aquel palurdo; expúsole entonces el montero cómo tenia dos palabras que comunicar á su señoría el justicia mayor.

Miróle de alto á bajo el faraute, y como le vió tan malparado, — No es ocasion, villano, le dijo, de pedir justicia. Id mañana á la audiencia.

— Ved que no es justicia lo que á pedirle vengo, ni son asuntos mios los que tengo que comunicarle.

— ¡Calle el villano! repuso el faraute con enojo. ¿Qué asuntos traerá él con su señoría, si no es alguna querella contra el tabernero de la taberna del rincon?

— ¡Voto va, señor faraute! replicó el montero al verse tan injustamente maltratado, que le enseñe yo á hablar antes de mucho...

— ¡Favor al rey! gritó el faraute.

— ¿Favor al rey? pícaro, contestó el montero montado en cólera, ¿sabes tú, jabalí del soto mas que faraute, que lo que tengo que hablar á su señoría interesa acaso al mismo combate que debia hoy verificarse, y vale de seguro mas que tú, y todas las bestias feroces de tu especie?

Una carcajada del faraute, y un golpe que con la vara de su insignia

dió al montero, acabaron de indignar á este, é iba á precipitarse ya sobre su antagonista, cuando un grandísimo rumor de voces y de aplausos resonó por toda la plaza.

— ¡Dejadnos ver, dejadnos oir! clamaron á un tiempo mas de veinte curiosos de los que hasta entonces se habian entretenido con la disputa del faraute y del montero. A esta interrupcion inesperada se volvieron las cabezas de todos hácia el paraje donde sonaba el mayor alboroto.

Un caballero bien montado y armado de todas armas acababa de entrar en la liza, y dirigiéndose hácia el mariscal del campo, que preguntaba ya á su alteza si habia de procederse á la ejecucion de la acusadora, le hablaba con voz agitada y resuelto continente.

Traia el caballero echada la visera; sus armas negras, el penacho negro que sobre su reluciente almete ondeaba á la merced del viento, y mas que todo una divisa que en el brazo derecho llevaba ricamente obrada, y que decia en letras de plata *imposible*, *venganza*, llamaron la atencion general. — ¡Él es! ¡él es! respondieron en el acto mil y mil voces confusas y repetidas.

— ¿Habráse salido Hernando con la suya? dijo el montero á Nuño. ¡Hase salvado el doncel!

Proseguia, sin embargo, el altercado del caballero y del mariscal: llegó este al tablado de los jueces, y despues de una corta explicacion, pareció que estos habian decidido acerca de la duda que tenia el mariscal.

Grande fué el asombro de don Enrique de Villena, y mayor aun su indignacion.

¿Era posible que Ferrus hubiese dado suelta al encerrado doncel? Conocióse su turbacion en toda la plaza, y hubo de parecer buen agüero á los que se inclinaban á la parte de la acusadora.

El rostro de Hernan Perez por el contrario brilló de un resplandor singular. Afirmóse en los estribos, registró con su vista relumbrante á su contrario, y dando con el cuento de la lanza en el suelo, « ¡Venganza, sí! clamó: ¡venganza! » Dió en seguida media vuelta á su caballo, y ocupó el lado izquierdo del palenque en la terrible actitud ya de acometer.

Otro tanto hizo el recien venido, y tomó de mano de uno de sus dos pajes una ponderosa lanza.

El rey de armas, acompañado de dos farautes, descendió entonces del tablado; midieron en seguida el suelo, dividieron el sol, é indicaron su debido puesto á ambos combatientes.

Dirigiéndose en seguida Hernan Perez de Vadillo, conducido por el rey de armas, hácia el crucifijo, y tocándole con la diestra mano, juró á fe de cristiano y de caballero, por su alma y la vida que iba á perder acaso en aquel trance, que su demanda era justa y buena, y que no traia sobre sí ni sobre su caballo armas ocultas, ni yerbas, ni hechizos, ni piastron, ni ventaja alguna de las reprobadas por la órden de caballería; vuelto á su puesto, igual juramento repitió, y en la misma forma, el caballero de las armas negras, colocándose de nuevo en seguida al frente de su adversario.

Al ver tan próximos al último trance á entrambos combatientes, no pudo contenerse por mas tiempo Elvira.

—¡Señor! clamó prosternándose con los brazos abiertos y dirigidos en actitud suplicante hácia el mirador de su alteza, ¡basta! quiero ser antes calumniadora. ¡Lo soy, señor, lo soy!

Pero en aquel momento la atencion de todos se hallaba fijada en los gallardos combatientes, y una confusa gritería de aplauso y de temor al mismo tiempo sofocó la débil voz de la acusadora. Desanimada Elvira enteramente, dejó caer su cabeza sobre el pecho, y enajenada desde entonces apenas vió ni oyó lo que en torno suyo pasaba.

Al punto los jueces del campo mandaron al rey de armas y al faraute dar una grida ó pregon que ninguno fuese osado por cosa que sucediese á ningun caballero á dar voces ó aviso, ó menear mano ni hacer seña, so pena de que por hablar le cortarian la lengua, y por hacer seña le cortarian la mano. Sucedióse á este pregon el mas profundo silencio, interrumpido solo por un ligero murmullo que producia el montero irritado todavía, profiriendo entre dientes algunos juramentos contra el faraute; ni atendió al pregon, ni pensaba sino en llevar á cabo la entrega de sus letras, mas bien por terquedad ya que por otra razon cualquiera. Aplacáronle, sin embargo, algun tanto los que le rodeaban.

Al mismo tiempo mandaron los jueces sonar toda la música de ministriles con grande estruendo, y en tono rasgado de romper la batalla; reconoció el rey de armas, acompañado del mariscal, las armas de los desafiados, y hecha la señal soltaron los farautes la brida del bocado de los combatientes que tenian cogida gritando á una voz: «Legeres aller, legeres aller, é fair son deber,» segun la fórmula provenzal introducida en duelos singulares, justas y torneos.

Arrancaron al punto los caballeros con las lanzas en los ristres, arremetiendo uno contra otro con singular furia y denuedo. General fué la expectativa y el ansia al choque de los combatientes, que se encontraron entre nubes de polvo en medio de su carrera. Rompieron entrambos sus lanzas. Hernan Perez encontró al caballero de las armas negras en el arandela, desguarneciéndole el guardabrazo derecho, y este encontró á Hernan en la bavera del almete. Vacilaron entrambos caballos de la sacudida, pero repuestos en el mismo instante del súbito golpe, concluyeron su carrera airosamente. Tomaron los caballeros lanzas nuevas, y en tres carreras sucesivas no se decidió la ventaja por ninguna parte. Al fin de la tercera, furioso Hernan Perez del poco efecto de las lanzas, quebró la suya contra el suelo, y revolvió desnudando la espada sobre su contrario, que vista la accion adoptó igual determinacion. No daba Elvira, sumergida en el mas profundo estupor, señal de vida, y mudaba de colores don Enrique de Villena á cada encuentro, como aquel cuya fortuna dependia del éxito del combate. A pesar de las buenas muestras que daba de su persona el novel caballero, ponian todos por el de lo negro, cuyos altos hechos de armas anteriores eran demasiado conocidos para osar poner en duda su ventaja.

El que mas animado parecia era nuestro montero, á quien el coraje habia acabado de acalorar; pero cuando no pudo reprimirse fué cuando despues de un largo rato de incierta lucha rompió Hernan Perez su espada en el almete del caballero de las armas negras, quedando desarmado. « ¡A él! ¡á él! » gritó fuera de sí el aventajado de lo negro, que descargando su acero sobre el indefenso desguarnecióle el brazo, haciéndole una profunda herida á lo largo de él. Apartó Vadillo su caballo como buscando una arma nueva, y tratando de evitar el segundo golpe con que su contrario le amenazaba ya; accion que puso una pequeña suspension en el combate, merced á la habilidad con que logró, manejando su bridon, burlar repetidas veces la intencion del enemigo.

Un faraute entre tanto se apoderó del montero, y llevado ante los jueces del campo, íbasele á imponer la pena que hubiera sufrido á no haber hecho presente que traia letras para el justicia mayor. Abriólas este, y recorriólas rápidamente. No bien las hubo leido, cuando se alzó en pié para mandar la suspension del combate. Era tarde ya, sin embargo. Convencido Vadillo de que podia durar muy poco lucha tan desigual, decidióse á echar el resto, y asiendo de su hacha de armas detuvo su caballo y esperó resuelto al contrario, que le acometió causándole de nuevo otra herida en un costado. Aprovechándose Vadillo entonces del momento, soltó la brida del caballo, y alzando con ambas manos el hacha y clamando, « ¡Venganza! ¡venganza! » descargó tan furioso golpe sobre el caballero de las negras armas, sin darle tiempo de revolver su caballo, que faltándole el almete hízole dar con la cabeza en el cuello del animal: aturdido de ambos golpes, el caballero abrió los brazos, separáronse sus piernas del vientre del caballo, y perdiendo ambos estribos vino al suelo mal parado. « ¡Victoria! ¡victoria! » clamaron á un tiempo los circunstantes, sucediendo á la aclamacion el mas profundo silencio. A este tiempo Vadillo, habiendo echado ya pié á tierra, se precipitó sobre el caido con ánimo de cortarle la cabeza, idea que llevara á cabo á no detenerle un faraute que de órden de los jueces dió por concluido el combate. Miró Vadillo al cielo despechado, y descansó en seguida sobre su hacha de armas, sin separarse empero de la víctima, y en la misma actitud en que nos pintan á Hércules sobre su maza. Elvira al oir el grito de victoria alzó los ojos, vió el éxito del combate, y cerrándolos horrorizada se lanzó en los brazos de Jaime, ocultando en ellos su cabeza. Don Enrique de Villena entre tanto ostentaba en su semblante la alegría del triunfo, que no habia esperado conseguir.

Mientras que el justicia mayor habia llegado á su alteza seguido del montero, y le hablaba cosas sin duda del mayor interés, el rey de armas se adelantó hasta el vencido, y poniéndole un pié sobre el pecho, y tocándole con su maza: « ¡ *Hé aquí*, clamó en voz alta, *hé aquí el juicio de Dios!* Don Enrique de Villena es inocente. Elvira es calumniadora. *Hé aquí el juicio de Dios.* »

Un grito de horror resonó por toda la concurrencia, que sabia bien la suerte que esperaba á Elvira. Efectivamente, segun las leyes de semejantes juicios, la acusadora debia ser en el acto degollada: el campeon

vencido, si habia quedado con vida, debia ser desarmado y desnudado; las diversas piezas de sus armas esparcidas aquí y allí en el campo de batalla, y permanecer él en tierra hasta que su alteza declarase si queria ajusticiarlo ó perdonarlo. Sus bienes habian de ser además confiscados en favor del erario, despues de reintegrado el vencedor de sus costas y perjuicios; y si quedaba muerto, debia ser entregado al mariscal del campo para ser suspendido por los piés en un patíbulo.

Disponíanse los archeros á conducir á Elvira al suplicio, estaba ya en pié el impasible verdugo, y repetia por tercera vez el rey de armas su grida de *¡hé aquí el juicio de Dios!* cuando se notó que su alteza hacia señal de suspension con el pañuelo. Alzado en pié entonces el justicia mayor, « El combate nada puede probar ni decidir, clamó en alta voz. La condesa doña María de Albornoz vive, y don Enrique de Villena es, sin embargo, culpado de felonía, si no de su muerte. »

Estas terribles palabras, que repetian los que estaban mas cerca á los que no las habian oido, extendiéndolas como se extienden á lo lejos las ondas de un estanque donde ha caido una piedra, produjeron la mayor expectativa en la asamblea, y fueron un rayo para don Enrique.—¡Todo es perdido, clamó, todo!

—Sí, continuó Diego Stúñiga. La Providencia es justa; ella ha salvado á la condesa; hé aquí sus letras, y presto acaso su llegada á Andujar confirmará tan alegre nueva.

No bien habia acabado de hablar el justicia mayor, se hendió la multitud, que rodeaba una puerta de la liza, y se vió llegar á rienda suelta una cabalgata que no tardó en entrar en el palenque.

—¿Es posible? se preguntaban unas á otras mil voces confusas y atropelladas; ¿es posible? ¡La condesa! ¡la condesa!

Doña María de Albornoz, pálida como la muerte, revestida aun del negro cendal con que habia salido de su prision, y seguida de Peransurez, y de varios armados, se dirigió á apearse ante su alteza, que la recibió en sus brazos. Don Enrique, confundido, se ocultó entre sus caballeros, y Elvira, luchando entre la duda y la esperanza, permaneció inmóvil, ora clavando los ojos con estúpido terror en el cuerpo del vencido, que yacia en tierra todavía, ora queriendo descifrar si era efectivamente su antigua amiga la que venia á librarla de la muerte que tanto habia deseado.

Informada la condesa anteriormente por Peransurez de cuanto habia ocurrido durante su prision, corrió en seguida á los brazos de Elvira, que la recibió en ellos con la insensibilidad de una estatuta para quien nada tenia ya interés en el mundo.

Entretanto, llegando los jueces y el rey de armas al caido, desenlazáronle el almete: al respirar el aire libre pareció dar señales de vida, volviendo en sí lentamente. Su alteza, que habia bajado de su balconcillo, se encaminó con toda la corte hácia el sitio que habia sido teatro de la batalla, lleno del mas vivo interés por su doncel. La condesa, no menos animada del zelo por su defensor, arrastró á Elvira hácia el mismo paraje. La sangre que habia vertido el caballero por los oidos y las narices

al recibir el golpe de Vadillo, juntamente con el sudor y el polvo, impedian reconocer sus facciones.

—¿Es muerto? gritó don Enrique el Doliente á los que le reconocian. —¿Es muerto? preguntó la condesa. —¡Macías! gritó Elvira, devorando con sus ojos las facciones del caido. *¡Ah, no es él!* exclamó con frenética alegría, despues de un momento de duda. *¡No es él!* y se dejó caer en los brazos de la condesa, que la cubria de cariñosos besos.

Efectivamente, limpióse el rostro del vencido: era el generoso don Luis Guzman. Poseyendo la armadura del doncel, que Hernando le habia dejado, se habia lanzado á la palestra en contra de Villena, logrando persuadir al mariscal del campo y á los jueces de la identidad de su persona, sin quitarse la visera.

CAPITULO XXXIX.

Yo malo que obré el pecado,
Merecia haber la paga.
Mis ojos sean malditos
Que su hermosura miraran,
Qué á no mirarla ellos
Todo este mal se excusaba.
No mireis, justo señor,
Su pecado; pues la paga
El cuerpo que lo tal hizo
A ella haced librada.

Rom. del rey Rod.

Luego que Fernan Perez se hubo repuesto algun tanto de su primer asombro volvió los ojos hácia su señor, y viendo lo mal parado que estaba entre los suyos, llegóse á él con aire resuelto.

—¿Qué es esto, señor? le dijo. ¿La condesa aquí? ¿y el doncel?

—¿Qué ha de ser, Vadillo? repuso Villena: el infierno todo, que anda mezclado en mis asuntos. Mi castillo está en manos de traidores. La fuga es nuestra salvacion.

Dichas estas palabras, aprovechóse el conde de Cangas de la confusion general, y salió del palenque con Vadillo, y sus caballeros y vasallos, antes que pensara nadie en impedírselo; armándose en seguida y montando precipitadamente á caballo, tomaron á rienda suelta el camino de Arjonilla donde le pareció al conde que debia hacerse fuerte, y esperar el sesgo contrario ó favorable que quisiesen tomar las cosas. En el camino hubo de confesar toda su conducta el intruso maestre á Fernan Perez. A pesar de su nunca desmentida fidelidad, no pudo disimular este un gesto de desprecio, hijo de la consideracion del carácter de aquel hombre, imperfecta mezcla de ambicion y pusilanimidad. No creyó, sin embargo, oportuno abrumarle con reconvenciones en la hora de su desgracia; desesperado de no haber acabado como creia con el hombre que le habia

ofendido en lo mas delicado de su honor, y cuya muerte habia jurado, suplicó al conde le permitiese adelantarse en su excelente caballo, para advertir su llegada al castillo y tomar disposiciones de defensa, segun le dijo, pero en realidad con ánimo de que no se escapase por esta vez á su furor el doncel, si estaba todavía aprisionado, como debia presumirse de su ausencia en el combate.

Advertida de allí á poco en el palenque la fuga del conde y de los suyos, fué tal la indignacion de su alteza al verse de esta manera burlado por su mismo pariente, á quien tantos favores habia dispensado, que á pesar de los ruegos de doña María de Albornoz y de Elvira, pudieron mas con él las sugestiones del pérfidio judío Abenzarsal. Este, para salvarse y no verse arrastrado en la ruina del conde, no halló otro recurso que cortar el cable que unia su suerte á la del caido maestre, y como buen palaciego, fué el primero que manifestó la mayor indignacion contra Villena. Despachó, pues, el rey en seguimiento del conde al justicia mayor con numerosa comitiva de caballeros y hombres de armas, dándole órden de traerle á su presencia vivo ó muerto, y de salvar á toda costa al doncel de su venganza si existia en su poder todavía, como debia sospecharse de las informaciones que dió sobre el caso Peransurez.

Deseosa, sin embargo, la generosa condesa de endulzar el rigor de la ley por una parte, y por otra de cooperar á la libertad del doncel, que tan noblemente habia abrazado su causa desde un principio, y que por ello se veia en inminente peligro, se decidió á seguir al justicia mayor á Arjonilla, acompañándola Elvira, Jaime y Peransurez; aturdida todavía aquella con los singulares y opuestos acontecimientos que por ella habian pasado en aquel dia, y fieles los otros dos como siempre á la generosa empresa que habian abrazado. La impaciencia que á los cuatro animaba no les permitió esperar á la partida mas lenta del justicia mayor y de su tropa. Llevando además mejores caballos, ganáronles prontamente la delantera.

En el castillo se habia aplacado entre tanto el desórden y la confusion, producidos por la fuga de la condesa. Ferrus y Rui Pero se habian cerciorado con satisfaccion que solo uno de los prisioneros se habia escapado. Era, en verdad, el mas importante; pero Rui Pero se puso á la cabeza de unos cuantos hombres armados con no pocas esperanzas de recobrar á los frailes fugitivos, que habiendo salido á pié no podian haber andado mucho. Hubieran logrado su intento á no haber tenido tiempo Peransurez para llegar á la venta de Nuño; pero una vez allí, desnudáronse su disfraz, tomaron consigo unos cuantos monteros cólegas de Peransurez, y rodeando por el monte y sonando sus bocinas en son de caza, lograron burlar la vigilancia de los emisarios de Rui Pero, que buscaban dos frailes franciscanos, y no una compañía de cazadores. La condesa creyó oportuno avisar de su situacion á su alteza por medio del mismo Nuño, y de su compañero de viaje, por si se frustraba su fuga, ó por si no podia llegar á Andujar tan presto como era su intencion, á pesar de la poca distancia que hasta allí habia. Nuestros lectores

han visto cómo desempeñó Nuño su comision, y pueden figurarse que Rui Pero y los suyos recorrian todavía inútilmente los alrededores de Arjonilla. Ferrus, poco militar todavía y aturdido con cuanto le pasaba, no habia pensado en relevar las centinelas; y habiéndose convencido por una rejilla interior de la prision del doncel de que existia en su poder, permanecia Hernando en su puesto con su alano, bien decidido á vender cara su vida si no podia salvar á su señor: viendo que nadie se acordaba de él, se determinó por último á abandonar su guardia, y á buscar alguna otra manera de salvar á Macías. Echó á andar para esto á lo largo de la muralla, calada la visera de la mala celada que habia robado al difunto, y no le costó dificultad introducirse en lo interior del castillo, que por lo desmantelado servia de cuartel á los hombres de armas. No osaba preguntar por no delatarse á sí mismo; pero calculando la forma del edificio, anduvo con aire resuelto como si fuese á cosa hecha ó llevase alguna órden, y se acercó á un corredor ancho adonde caia efectivamente la escalerilla que daba entrada á la prision del doncel. Felizmente conservaba todavía las llaves en su poder, y Ferrus con la mayor parte de su fuerza se ocupaba en distribuir atalayas en las murallas, y en examinar de continuo el campo por ver de divisar á Rui Pero, de quien no dudaba que volviese con su presa.

Quedábale que vencer á Hernando una dificultad. En lo alto de la escalera habia un centinela, á quien Ferrus habia encargado la vigilancia.

— ¿Quien va? preguntó este á Hernando luego que le vió acercase.

— Compañero, repuso Hernando, tratando de ganarle por buenas, y aun de relevarle, si podia, ¿cae hácia esta parte la prision?

— Atrás. Parece que es nuevo el compañero segun la pregunta. Aquí cae; pero atrás.

— Ved que os vengo á relevar. ¡Voto va! podeis iros á descansar.

— ¿A descansar, y hace un cuarto de hora que estoy en esta faccion?

— Malo, dijo para sí Hernando.

— No conozco yo la voz de ese compañero, dijo entre dientes el centinela, armando su ballesta. ¡Ea! atrás dijo.

— ¡Cuerpo de Cristo! exclamó furioso Hernando, viendo que su astucia no habia surtido efecto; si no conoces mi voz, jabalí, conocerás mi mano. Dijo, y se abalanzó sobre el contrario. Retrocedió este gritando «¡traicion! ¡traicion!» y disparó su ballesta: recibió Hernando la saeta en el brazo izquierdo; pero no haciendo mas caso de ella que de la picadura de un insecto, levantó su mano de hierro, y asiendo del centinela por la garganta, alzóle del suelo, dióle dos vueltas en el aire con la misma facilidad y desembarazo que da vueltas un muchacho á su honda, y despidiólo contra la pared del corredor, donde produjo el infeliz un chasquido hueco, semejante al de una inmensa vejiga que revienta, cayendo despues al suelo sin mas accion que un costal, ó un haz de fagina. Arrancóse en seguida la saeta del brazo Hernando, y pasándola por los talones del vencido, colgólo en la pared de una fuerte escarpia que servia para suspender de noche una lámpara, donde le dejó cabeza abajo en la

misma forma que hubiera hecho con un venado. Sin reparar en la sangre que de su herida corria, abalanzóse despues Hernando con las llaves á la escalera, la cual bajó con la misma priesa y ansiedad y latiéndole el corazon con la misma fuerza que si le esperase abajo una querida que fuese á ver solo por primera vez.

El desdichado doncel, que ningun ruido habia vuelto á oir desde su encierro en aquel subterráneo, sino era el monótono rumor del torrente, que casi debajo de sus piés corria, paseaba entre tanto su estancia con paso largo y precipitado, indicio de la agitacion de su alma.

— ¡Elvira, decia hablando con su señora, Elvira, hé aquí el estado infeliz á que ha reducido tu obstinacion á tu amante desdichado! ¡Te lo predije! ¡No oiste mi voz! ¡No creiste mis palabras! Goza ahora, goza tranquila en los brazos de tu esposo esa felicidad maldecida que yo solo perturbaba. ¡Ah traidor Villena! ¡Ah, fementido Hernan Perez! ¡De esta suerte me vencereis! ¡Yo siento su mano aun dentro de la mia! ¡Siento su corazon latir fuertemente contra el mio; la veo, la oigo; sus lágrimas ardientes corren aun á lo largo de mis mejillas! Su voz trémula y agitada, su voz ronca de pasion, ahogada por el amor, pidiendio piedad y misericordia, resuena aun en mis oidos. La estrecho entre mis brazos. Dia y noche desde entonces siento sobre mis labios la opresion dulcísima, el calor inmenso de los suyos. ¿No lo sientes, Elvira, tú tambien? ¡Nunga se apagará este ardor y esta memoria! ¡Es fuego, es fuego, es el amor entero, es el infierno todo sobre mis labios desde entonces!

El mayor abatimiento sucedió á este corto extravío de la razon del doncel. Una llave sonó de repente en la cerradura de su prision, y un momento despues se hallaba en los brazos de Hernando. No acababa el prisionero de creer á sus ojos.

— Ea, señor, dijo Hernando despues de una breve pausa, conoce á tu montero. Toma esta espada. No es la tuya, señor; es la de un villano; pero en tus manos será la del Cid. A mí me basta un venablo. Salgamos.

— ¿Adónde, Hernando? ¿Quién te trajo? ¿dónde estoy?

— Despues, despues, repuso Hernando mirando á todas partes con la mayor inquietud. El grito del centinela puede haber dado la alarma y urge el tiempo.

— No, Hernando; déjame morir en esta soledad, repuso el doncel con dolor. No la veré aquí al menos acariciando á otro.

— Te ciega tu pasion, Macías, contestó el montero. Huyamos. Ven de grado, si no quieres venir á tu pesar.

Disponíase el montero á cumplir su amenaza apoderándose á viva fuerza del doncel, proyecto que hubiera llevado á cabo fácilmente, ayudado de su robusto brazo, cuando un sordo estruendo de armas se dejó oir en el corredor.

— ¡Voto á tal! exclamó Hernando aplicando el oido. Me han descubierto los traidores; vendámosles caras nuestras vidas.

Dichas estas palabras asió el montero de un brazo del doncel, y obligóle á subir con él la escalera.

— ¡Traicion! ¡traicion! gritaban en lo alto de ella varios soldados que se preparaban á impedir la evasion de los fugitivos. De allí á poco se trabó un combate encarnizado en el corredor. Cargaba mas gente por momentos, y Ferrus, que habia reconocido al montero, animaba á los suyos con promesas y amenazas.

— Ven, villano, gritaba Hernando á Ferrus, ven, juglar infame : yo soy el que ha librado á la condesa, yo el que habia de librar á mi señor. Llega, y probarás mi venablo.

— ¡A él, amigos, á él! gritaba Ferrus sin dar reposo á los suyos : él es traidor : ¡muera Hernando, muera!

Macías, animado con la pelea, se defendia valientemente haciendo prodigios de valor, y derribando cuanto se ponia á su paso; pero era evidente que hallándose como se hallaba desarmado, no podia resistir por mucho tiempo al número de sus contrarios. Él y Hernando se vieron precisados despues de haber derribado inútilmente á algunos de sus enemigos á refugiarse hácia la prision. Acababa de entrar Macías en ella, cuando se abrió paso por entre los que le acosaban un caballero gritando con la espada desnuda :

— ¡Ténganse todos! ¡fuera, villanos! ¡A mí! ¡dejádmele á mí! el doncel me pertenece.

— ¡Fernan Perez! gritó fuera de sí el doncel cobrando nuevo valor, y dirigiéndose hácia el enemigo que acababa de llegar.

Suspendiéronse á la voz de entrambos los combatientes, y Hernan Perez solo se precipitó tras Macías en la prision. No pudo evitar esto Hernando, ni menos que Fernan Perez, dentro ya con su rival, corriese un enorme cerrojo que por dentro la cerraba. Agobiado por el número de los que le rodeaban y querian rendirle, quedó en la escalera jurando y blasfemando de su mala suerte, que le impedia ayudar á su señor. Haciendo entonces el último esfuerzo, atravesó con el venablo á dos de los que mas cerca tenia, y abrióse paso por entre los demás, aterrados de la muerte de sus compañeros. Precipitóse en seguida sobre Ferrus, que huia despavorido por el corredor seguido de su alano, el cual amenazaba con los dientes hacer presa en el primero que tocase á su amo ; y asiendo al juglar de la garganta :

— Villano, le gritó, condúceme á las cadenas del rastrillo de la prision, ó eres muerto.

No osaba llegar á Hernando ninguno de los del castillo, temerosos de que clavase el venablo en su alcaide á la menor contradiccion ; Ferrus entretanto aterrado, — ¡Ah, señor! clamó, si me perdonais la vida, yo os llevaré donde gusteis. — Ea, pues, vamos, replicó Hernando, y llevándole siempre asido de la garganta le siguió adonde Ferrus todo trémulo le guiaba.

Entretanto luchaban animados de igual furor Hernan Perez y Macías, cerrados en la prision. Pocos golpes habrian dado y recibido, cuando resonó por todo el castillo el rumor de varias trompetas, y el estruendo de muchas gentes de armas que llegaban nuevamente. Don Enrique de Villena y los suyos acababan de entrar en él. Casi al mismo tiempo llegó

doña María de Albornoz y Elvira, y al nombre de la condesa fuéles abierto el puente.

Dirigiéronse los primeros, informados de cuanto ocurria, hácia la prision del doncel, y hallándola cerrada por dentro, mandó el conde que se forzase la puerta, operacion á que se dió principio con la mayor actividad.

Doña María de Albornoz y Peransurez, no conociendo mas camino á la prision del doncel que aquel que ellos habian andado antes de la fuga, se dirigieron por el contrario entre la muralla y la zanja, llegaron al frente de la prision, oyeron el ruido de las armas de los combatientes, y el estruendo de los que por el opuesto lado forzaban la puerta que habia cerrado Vadillo; pero ¡cuál fué su sorpresa cuando vieron el espectáculo que se ofreció á sus ojos! Hernando, asomado á una galería sobre la prision, desde donde se soltaban las cadenas del rastrillo, tenia asido aun al juglar y lo ahogaba casi con su mano intimándole que le ayudase á soltarlas. Ferrus, sin embargo que sabia el horrible secreto del rastrillo, por el cual no podia pasar nadie sin caer en la zanja y hacerse pedazos en los muchos pinchos de hierro de que estaba erizada, lleno de pavor queria explicarse, porque no tomase luego Hernando mayor venganza de la catástrofe que debia seguirse á la bajada del rastrillo. No concediéndole, empero, Hernando parlamento, y viéndose Ferrus ahogar, hubo de ceder, y ayudó á Hernando como pudo á soltar las cadenas. — ¡Sálvate, Macías, sálvate! gritó desde arriba Hernando con voz que retumbó en todo el castillo, y entonces se ofreció á los ojos de doña María y de Elvira el horroroso combate.

— ¡Cielos! exclamó Elvira. ¡Bárbaros, teneos! ¡Tomad mi vida, tomadla! Precipitóse Elvira hácia la prision, y puesta en el borde del abismo, — ¡Macías! clamó sin podérselo nadie impedir. ¡Hernan Perez! ¡Cesad, bárbaros, en tan cruel combate, ó este precipicio será mi tumba!

No volvió siquiera Hernan Perez la cabeza: antes mas encarnizado que nunca al oir la que causaba su implacable rencor, redobló sus golpes No sucedió así al doncel; volvió la cabeza rápidamente, y al ver á orillas de la zanja á Elvira, pronta á precipitarse en ella, desasióse del hidalgo, á tiempo que caia hecha pedazos la puerta de la prision con horrible fragor, y que se entraban dentro don Enrique y los suyos.

— ¡Elvira! gritó Macías saliendo de la prision. ¡Elvira! Lanzóse en seguida al rastrillo. — ¡Perdon! gritó con voz desesperada Ferrus á Hernando, y al mismo tiempo, cediendo la trampa del rastrillo al peso del caballero que la oprimia, hundióse el doncel súbitamente, y su cuerpo destrozado llegó á lo profundo de la sima, dando de hierro en hierro, y profiriendo sordamente *¡es tarde! ¡es tarde!*

Un chillido agudo y desgarrador, lanzado del pecho de Elvira, resonó hasta el mismo corazon de los espectadores espantados. Un momento de pausa y de terror se siguió.

— ¡Malvado! ¿lo sabias? gritó únicamente Hernando desesperado, y se precipitó sobre Ferrus, que exánime no le ofrecia resistencia alguna.

Asiéndole entonces de su cabellera roja... ¡Brabonel! gritó, ¡Brabonel! ¡al oso! ¡al oso! y lanzó en medio de la galería al juglar, que corrió un momento huyendo del animal. Pero Brabonel furioso se arrojó sobre él, y haciendo presa en su garganta, destrozólo en minutos, al mismo tiempo que Hernando le animaba gritando: ¡Pieza! ¡pieza! No era digno el infame de morir por mi mano. ¡Pieza! ¡pieza!

Quedó Hernan Perez mirando cruzado de brazos á la profunda sima, envidioso de que le hubiese robado la dicha de acabar con el doncel. Furioso como aquel que no habia satisfecho toda su ira, lanzóse por el borde que habia quedado en el rastrillo á uno y otro lado de la trampa hundida, bastante ancho todavía para andar por él una persona. Elvira en tanto miraba la sima con ojos vidriados, en que se veia la fijacion del estupor y el extravío de la demencia. Habíase secado ya para siempre el manantial de sus lágrimas.

— ¡Héle ahí! le gritó Hernan Perez señalando la zanja; ¡héle ahí!

— ¡Es tarde, es tarde! repuso Elvira dando una horrorosa carcajada.

— ¡Bárbaro! gritó el pajecillo echándose al paso de Hernan Perez: ¡bárbaro! y se dispuso á defender á su prima con un denuedo ajeno de su edad. En aquel momento pareció Elvira volver en sí para reconocer á su esposo, y sobrecogida de terror huyó despidiendo del pecho agudos alaridos.

Precipitáronse los circunstantes sobre el hidalgo; no pudiendo este llegar á Elvira, — ¡Maldicion sobre tí, y desprecio! la gritó; ¡y entre nosotros eterna separacion!

Al mismo tiempo se oyeron por el castillo voces de ¡arma! ¡arma! ¡Santiago!

De allí á poco las murallas eran el teatro de un sangriento combate. Despues de una hora de refriega, y de muy entrada la noche, replegáronse por fin las gentes de Villena, acaudilladas por el hidalgo, que habia peleado con desesperacion, y el justicia mayor clavó el pendon real en una almena.

Hernando, que habia tomado á su cargo dañar á los sitiados en compañía de Peransurez, para facilitar la entrada á las tropas reales y defender á la condesa, peleó como aquel que acababa de perder el único interés que le ligaba á la sociedad, y logró mantener ilesa á doña María hasta el momento de la victoria. Restituida aquella al justicia mayor, no se volvió á ver á Hernando ni á su alano. Se presume que privado de su amo, que era el único que podia hacerle soportable la existencia en la corte, se hundió para siempre en los montes, y hay cronista que afirma que años adelante murió á manos de un oso mas feroz que él.

Don Enrique de Villena fué llevado ante el rey Doliente, y el impudente medio de que se valió para conservar, aun despues de lo ocurrido, su maestrazgo, diciéndose en público impotente, solo contribuyó á dar á todos una idea mas clara de su baja ambicion. Los ruegos, sin embargo, de la generosa condesa, que se retiró á sus estados á llorar su desdichada boda y la suerte de Elvira, salvaron la vida al conde, quien desde entonces vivió en retiro filosófico entregado á las letras, para las cuales

habia nacido, mas bien que para las armas ó la corte. Es cosa sabida que despues de su muerte quedó hecho trozos en una redoma, como hechicero que habia sido.

Don Luis de Guzman, restablecido de sus heridas, fué elegido maestre de Calatrava por el capítulo de la órden.

Nadie entretanto habia visto á Elvira desde el momento en que empezó el combate y la confusion. Buscósela de órden de la condesa muchos dias, porque el rencoroso Fernan habia jurado no volver á recordar nunca su nombre; fué imposible, empero, dar jamás con ella; tanto, que el fiel pajecillo, desesperado de la pérdida de su hermosa prima, no pudo resistir á su dolor, y tomó de allí á poco el hábito en una órden religiosa.

Es fama únicamente que durante el combate se vió en diversos puntos de la muralla, sin temor alguno ni á las armas, ni á los combatientes, ni á las llamas, que consumieron aquella noche el castillo sin saberse quién las hubiese prendido, una mujer desmelenada, agitando con ademan frenético una antorcha en medio de las tinieblas, y gritando con feroz expresion « ¡es tarde! ¡es tarde! » lema antiguo del fatal castillo.

No faltó en la comarca quién creyó que solo podia ser la mora encantada la que parecia triunfar con bárbaro regocijo de la destruccion de su antigua cárcel, repitiendo el fatídico ¡es tarde!

CAPITULO XL.

¡Tarde acordaste!!!...
Rom. del conde Claros.

Algunos años habian pasado ya desde los sucesos que dejamos referidos. Ocupaba el trono de Castilla el señor don Juan II, hijo del muy ínclito y poderoso rey don Enrique el Doliente, y ocupábale en su menor edad, regido y dominado por unos y otros bandos y parcialidades.

Dos caballeros, ricamente ataviados y montados, pasaban una tarde por la plaza de Arjonilla. Brillaba en el semblante del mas lujosamente vestido la satisfaccion que da el poder y la riqueza: distinguíase en el ceño y en la oscura frente del otro la huella de antiguos pesares.

— Si no fuese detenernos mucho, dijo el primero al segundo, veria de buena gana qué turba es aquella que se agita en el extremo de la plaza. ¿Llegamos?

— Como gusteis, señor don Luis de Guzman, repuso secamente su compañero; si bien yo no puedo parar mucho en este pueblo maldito sin agravarse mis males.

Llegáronse, efectivamente, al grupo. Una infinidad de muchachos le formaban, y algunos habitantes de Arjonilla con ellos. Una mujer en medio parecia querer huir de la importuna concurrencia. Sus vestiduras se hallaban manchadas y rotas por diversas partes; su pelo suelto y descuidado parecia haber sido hermoso; sus facciones flacas y descompuestas debian haber tenido en su juventud proporciones agradables. Esto era todo lo mas que se podia decir. Sus ojos, hundidos en el cráneo, brillaban con un fuego extraordinario, y parecian querer devorar al que la miraba; sus ojeras negras, sus mejillas descarnadas, su frente surcada de arrugas, y sus manos de esqueleto, manifestaban que alguna enfermedad crónica y terrible consumia su existencia.

Arrojábanla pellas de barro los muchachos y corrian tras ella. — ¡La loca! ¡la loca! gritaban. ¿Cómo te llamas? ¿Nos dices la hora que es? ¡La loca! ¡la loca!

A toda esta algazara respondia la desdichada con una feroz y extraviada sonrisa; parábase, escuchaba un momento, y soltando una estúpida y horrible carcajada, — ¡Es tarde! gritaba con voz ronca; ¡es tarde! Despedazábase al mismo tiempo las manos, y dábase golpes en el pecho.

— ¿Qué es eso? preguntó don Luis á un muchacho.

— ¡Ah! señor maestre, contestó el muchacho, que parecia conocer al caballero, ¡es la loca!

— ¿Y quién es la loca?

— Aquí, repuso el muchacho, solo por ese nombre la conocemos; de temporada en temporada se aparece por el pueblo: otras veces vive por el monte, y dicen los pastores que gusta mucho de pasar los dias enteros mirando á los barrancos. No habla mas que dos palabras. No llora nunca: ¿oís esa carcajada? Eso es lo que hace; aquí siempre estamos deseando que venga, porque es para todo el pueblo una diversion.

— ¡Infeliz! dijo don Luis: ¿no quereis verla, señor Hernan Perez?

— No: esos espectáculos me ponen de mal humor. ¡Miserable! será acaso alguna madre que haya perdido á su hija. Vamos de aquí, señor don Luis.

— O alguna amante desdichada, señor Hernan Perez, dijo riéndose con indiferencia don Luis, y picando espuelas á su caballo. De allí á poco ambos caballeros desaparecieron, apartándose de la turba que seguia ostigando á la demente, la cual solo respondia de cuando en cuando con su acostumbrada carcajada y su desdichado estribillo: ¡es tarde! ¡es tarde!

Pocos años despues entró una madrugada el sacristan de la parroquia de santa Catalina de Arjonilla en la iglesia, y parecióle ver un bulto extraordinario al lado de un sepulcro. Efectivamente, era la loca.

— Loca, le dijo dándole con el pié. ¡Pues está bueno! Esta se quedaria aquí ayer en la iglesia cuando la cerré. Vamos, buena mujer. ¡Estará borracha!

Dábale con el pié, pero el bulto no se movia. Acercóse el sacristan,

y vió que la loca tenia un hierro en la mano, con el cual habia medio escrito sobre la piedra : *¡ es tarde ! ¡ es tarde !* Pero ella estaba muerta. Sus labios frios oprimian la fria piedra del sepulcro. Un epitafio decia en letras gordas sobre la losa :

AQUI YACE MACÍAS EL ENAMORADO.

COLECCION DE ARTICULOS.

. . . . . On me dit qu'il s'est établi dans Madrid un système de liberté, qui s'étend même à la presse ; et que pourvu que je ne parle en mes écrits, ni de l'autorité, ni du culte, ni de la politique, ni de la morale, ni des gens en place, ni des corps en crédit, ni de l'opéra, ni des autres spectacles, ni de personne qui tienne à quelque chose, je puis tout imprimer librement, sous l'inspection de deux ou trois censeurs. Pour profiter de cette douce liberté, j'annonce un écrit. . . .

BEAUMARCHAIS, *Le Mariage de Figaro*, 1784.

COLECCION

DE

ARTICULOS DRAMATICOS, LITERARIOS, POLITICOS Y DE COSTUMBRES.

PUBLICADOS

EN LOS AÑOS 1832, 1833 Y 1834 EN LA REVISTA ESPAÑOLA Y EL OBSERVADOR.

Ignoro qué especie de interés puede tener para el público la coleccion que le ofrezco. Sea el que fuere, mis lectores conocerán fácilmente que si esa consideracion hubiese de entrar en la publicacion de los libros, apenas se imprimiria. Personas harto indulgentes acaso con mi corto talento, ó demasiado amigas mias para conocer los defectos de mis escritos, me han asegurado que esta idea no carecia de oportunidad. No se mire, pues, bajo el punto de vista de su mérito ó su demérito : no se le dé otra importancia que la que debe tener para el observador una serie de artículos que, habiéndose publicado durante épocas tan fecundas en variaciones políticas, puede servir de medida para compararlas. Con la publicacion del *Pobrecito Hablador* empecé á cultivar este género arriesgado bajo el ministerio Calomarde; la *Revista española* me abrió sus columnas en tiempo de Cea, y he escrito en el *Observador* durante Martinez de la Rosa. Está coleccion será, pues, cuando menos un documento histórico, una elocuente crónica de nuestra llamada libertad de imprenta.

Hé aquí la razon por qué no he seguido en ella otro órden que el de las fechas. Esto presenta además cierta variedad al lector que quisiera leerla de seguido, pues encontrará un artículo grave de literatura entre otro de costumbres, y otro de política.

La precipitacion con que se escribe en un periódico, y la influencia que ejercen las circunstancias en los redactores y en los lectores, son causa de que no pocas veces adquieran cierta efímera aceptacion, en el momento de ver la luz, algunos artículos, que, examinados detenidamente á sangre fria algun tiempo despues, mal pudieran resistir la crítica mas indulgente. Por eso he desechado sin piedad varios de aquellos mismos que habian parecido agradar, y que en el dia ni aun á mí mismo me agradan ya.

He escogido los que presentan un interés general, los que aluden á circunstancias muy notables, los que pueden, en una palabra, dar una

idea del estado de nuestras costumbres, de nuestra literatura, de nuestros teatros, y por fin de nuestras vicisitudes y parcialidades políticas durante los años 32, 33 y 34.

Los demás, al escribirse con destino á un periódico, obra que nace y muere en el mismo dia, llevaban ya en su mismo objeto el castigo de su poca importancia.

Al formar esta serie he tratado de acrecentar su interés añadiéndole algunos artículos nuevos é inéditos, que someto como los demás al juicio de mis lectores.

Por último, he pensado que si existen efectivamente personas que dispensen alguna predileccion á mis escritos, siempre les ofrece esta coleccion suficiente interés, en el hecho de tener en ella reunidos los artículos de Fígaro que han visto la luz, diseminados en tres obras periódicas distintas, y cuyas colecciones es difícil que posea todas é integras una persona misma.

Nada me queda que añadir. Si no he acabado de escribir, si nuevos artículos de esta misma especie salen de mi pluma en lo sucesivo, y si el público, con la acogida que dé á esta coleccion, me prueba que no me he equivocado en creerle siempre indulgente para mí, acaso se añada con el tiempo algun otro tomo á los que en el dia con la mayor desconfianza le presento.

MI NOMBRE Y MIS PROPOSITOS.

Figaro. ..... Ennuyé de moi, dégoûté des autres... supérieur aux événements, loué par ceux-ci, blâmé par ceux-là; aidant au bon temps, supportant le mauvais; me moquant des sots, bravant les méchants .. vous me voyez enfin...

Le Comte. ¿Qui t'a donné une philosophie aussi gaie?

Figaro. L'habitude du malheur. Je me presse de rire de tout, de peur d'être obligé d'en pleurer.

BEAUMARCHAIS. *Le Barbier de Séville*, act. I.

Mucho tiempo hace que tenia yo vehementísimos deseos de escribir acerca de nuestro teatro, no precisamente porque mas que otros le entienda, sino porque mas que otros quisiera que llegasen todos á entenderle. Helo dejado siempre, porque dudaba las unas veces de que tuviésemos teatro, y las otras de que tuviese yo habilidad : cosas ambas á dos que creia necesarias para hablar de la una con la otra.

Otras dudillas tenia además : la primera, si me querrian oir : la segunda, si me querrian entender : la tercera, si habria quien me agradeciese mi cristiana intencion, y el evidente riesgo en que claramente me pusiera de no gustar bastante á los unos y disgustar á los otros mas de lo preciso.

En esta no interrumpida lucha de afectos y de ideas me hallaba, cuando uno de mis amigos (que algun nombre le he de dar) me quiso convencer no solo de que tenemos teatro, sino tambien de que tengo habilidad : mas fácilmente hubiera creido lo primero que lo segundo, pero él me concluyó diciendo : que en lo de si tenemos teatro, yo era quien habia de decírselo al público; y en lo de si tengo habilidad para ello, que el público era quien me lo habia de decir á mí. Acerca del miedo de que no me quieran oir, aseguróme muy seriamente que no seria yo el primero que hablase sin ser oido, y que como en esto mas se trataba de hablar que de escuchar, mas preciso era yo que mi auditorio. Ridículo es hablar, me añadió, no habiendo quien oiga : pero todavía seria peor oir sin haber quien hable. Acerca de si me querrian entender, me tranquilizó afirmándome que en los mas no estaria el daño en que no quisiesen, sino en que no pudiesen. Y en lo del riesgo de gustar poco á unos, y disgustar mucho á otros, « ¡pardiez! me dijo, que os embarazais en cosas de poca monta. Si hubieren cuantos escriben de pararse en esas bicocas, no veríamos tantos autores que viven de fastidiar á sus lectores : á mas de quedaros siempre el simple recurso de disgustar á los unos y á los otros, dejándolos á todos iguales; y si os motejan de torpe, no os han de motejar de injusto. »

Desvanecidas de esta manera mis dudas, quedábame aun que elegir un nombre muy desconocido que no fuese el mio, por el cual supiese todo el mundo que era yo el que estos artículos escribia; porque esto de decir *yo soy fulano* tiene el inconveniente de ser claro, entenderlo todo el mundo y tener visos de pedante; y aunque uno lo sea, bueno es y muy bueno no parecerlo. Díjome el amigo que debia de llamarme Fígaro, nombre á la par sonoro y significativo de mis hazañas, porque aunque ni soy barbero, ni de Sevilla, soy, como si lo fuera, charlatan, enredador y curioso además, si los hay. Me llamo, pues, Fígaro; suelo hallarme en todas partes; tirando siempre de la manta y sacando á la luz del dia defectillos leves de ignorantes y maliciosos; y por haber dado en la gracia de ser ingenuo y decir á todo trance mi sentir, me llaman por todas partes mordaz y satírico; todo porque no quiero imitar al vulgo de las gentes, que ó no dicen lo que piensan, ó piensan demasiado lo que dicen.

Paréceme que por hoy habré hecho lo bastante si me doy á conocer al público yo y mis intenciones. El teatro será uno de mis objetos principales, sin que por eso reconozca límites ni mojones determinados mi inocente malicia, y para que se vea que no soy tan satírico como dan en suponerlo, mil pequeñeces habrá que deje á un lado continuamente, y que muy de tarde en tarde haré entrar en la jurisdiccion de mi crítica.

Con respecto por ejemplo á los actores, y sobre todo á los nuevos que nos van dando continuamente, y los cuales todos daria el público de buena gana por uno solo mediano, ya me guardaria yo muy bien de fundar sobre ellos una sola crítica contra nuestro ilustrado ayuntamiento. Acaso rija en los teatros la idea de aquel famoso general, de

cuyo nombre no me acuerdo, si bien he de contar el lance que los actores, muchos, pero malos, me recuerdan.

Hallábase con su gente este general en su posicion, y recibió aviso de que se acercaba á mas andar el enemigo.— Mi general, le dijo su edecan, ¡el enemigo! — ¿El enemigo, eh? preguntó el general. Déjele usted que se acerque. — ¡Señor, que ya se le ve! dijo de allí á un rato el edecan. — Cierto¡ ya se le ve! — ¿Y qué hacemos, mi general? añadió el edecan. — Mire usted, contestó el general como hombre resuelto, mande usted que le tiren un cañonazo, veremos como lo toma. — ¿Un cañonazo, mi general? dijo el edecan. Están muy lejos aun. — No importa, un cañonazo he dicho, repuso el general.— Pero, señor, contestó el edecan despechado, un cañonazo no alcanza. — ¿No alcanza? interrumpió furioso el general con tono de hombre que desata la dificultad, ¿no alcanza un cañonazo? — No, señor, no alcanza, dijo con firmeza el edecan. — Pues bien, concluyó su excelencia, que tiren dos.

Eso decimos por acá. Darle un actor malo al público á ver como lo toma. ¿No alcanza, no gusta? darle dos.

Menos diré por consiguiente que tanto los nuevos como los viejos creen que su oficio es oficio de memoria, y que puede asegurarse sin escrúpulo de conciencia que los mas dicen sus papeles, pero no los hacen, porque acaso nuestros actores se lleven la idea de un loco que vivia en Madrid no hace mucho, solo en su cuarto y sin consentir comunicacion con su familia. Movido de los ruegos de esta, fuéle á visitar un amigo, y en el desórden de su cuarto notó entre otras cosas que no debia de hacer nunca su cama, tal estaba de ella mal parada. ¿Pero es posible, señor don Braulio, le dijo el amigo al loco, es posible que ni ha de consentir usted que hagan su cama, ni la ha de hacer usted, ni...? — No, amigo, no; es mi sistema. — ¿Pero qué sistema? — Tengo razones. — ¿Razones? — No, amigo, respondió el loco, no haré mi cama, no la haré; y acercándosele al oido añadió con aire misterioso : « no la hagas y no la temas. » A este refran se atienen sin duda nuestros cómicos cuando no hacen una comedia. No hacemos la comedia, dicen como el loco, porque : *no la hagas y no la temas.*

Pues tan comedido como con los teatros, he de ser poco mas ó menos con todas las demás cosas. Ni pudiera ser de otra suerte : en política sobre todo, y en puntos que atañen al gobierno ¿qué pudiera hacer un periodista sino alabar? Como suelen decir, esto se hace sin gana, y si ya desde hoy no nos soltamos á encomiarlo todo de una vez, es porque somos como cierto sugeto de Ubeda, cuyo caso no he de callar por vida mia, mas que en cuentos y relatos me llame el lector pesado. — Habia llamado el tal á un pintor, y mandádole hacer un cuadro de las once mil vírgenes, y el contrato habia sido darle un ducado por vírgen, que por cierto no fué caro. Llevó el pintor el cuadro al cabo de cierto tiempo, pero era claro que ni cupieran once mil cuerpos en un lienzo, ni habia para qué ponerlas todas : habia, pues, imaginado el pintor de Ubeda figurar un templo de donde iban saliendo, y así solo podrian contarse alguna docena en primer término, dos ó tres docenas en segundo, é infinidad de

cabezas que de las puertas salian; contó callandito el aficionado á vírgenes las que alcanzaba á ver, y preguntóle en seguida al artista cuánto valia el cuadro conforme al contrato. — Respondióle aquel, que claro estaba; que once mil ducados. — ¿Cómo puede ser eso? le repuso el que habia de pagar, si aquí no cuento yo arriba de cien cabezas. — ¿No ve vuestra merced, contestó el pintor, que las demás están en el templo y por eso no se ven? Pero...— ¡Ah! pues entonces, concluyó el aficionado, tome vuestra merced por hoy esos cien ducados que corresponden á las que han salido, y con respecto á las demás yo se las iré pagando á vuestra merced conforme vayan saliendo.

Vaya, pues, haciendo nuestro ilustrado gobierno de las suyas, que conforme ellas vayan saliendo, nosotros se las iremos alabando.

Así que, me iré muy á la mano en estas y en todas las materias, y antes de pronunciar que hay una sola cosa reprensible, veré cómo y cuándo, y á quién lo digo, asegurando desde ahora que no sé qué ángel malo me inspira esta maldita tentacion de reformar, y que entro en esta obligacion con la misma disposicion de ánimo que tiene el soldado que va á tomar una batería.

REPRESENTACION

DE LOS

ZELOS INFUNDADOS, O EL MARIDO EN LA CHIMENEA,

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

DE DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

La pasion de los zelos, tratada ya por otros en el teatro con mas ó menos felicidad, ha sugerido al señor Martinez de la Rosa esta produccion, de que presentamos á nuestros lectores un rápido análisis.

Don Anselmo, hombre entrado ya en la edad madura y enlazado en matrimonio con doña Francisca, jóven y hermosa, sufre el tormento de los zelos, y como dice el autor en su bella exposicion :

> Marido entrado en edad
> Y mujer de pocos años,
> ¿Qué habia de suceder?

Don Eugenio, hermano de esta, que acaba de llegar de la Habana, acompañado de su primo Cárlos, intenta á instancia de este jóven atolondrado, corregir á don Anselmo de su manía, que alimenta diariamente con chismes y enredos un bribon de criado de estos que

Son como perros de puerta;
A una sombra, á un espantajo
La ladran, se avanzan, muerden:
Viene un ladron disfrazado,
Les echa un poco de pan,
Y le dejan libre el paso.

Don Anselmo no conoce á los recien llegados, y así es muy fácil hacer pasar al primo por el hermano; pónese el plan en ejecucion, y don Anselmo cree tener en su casa en el amigo de su cuñado, que se finge sordo para poder ejecutar su parte mas á la libertad, al seductor mas perfecto de la tierra. Inútil es advertir que un hombre, ya por sí zeloso, no puede vivir tranquilo con semejante huésped, y mas si á esto se agregan los continuos avisos del redomado sirviente. Préstase, pues, á una infinidad de ridiculeces que pone en práctica para averiguar las intenciones de su natural enemigo, y desciende hasta el extremo de esconderse en la chimenea para oir sus galanteos á su propia esposa.

Don Eugenio, como es de esperar, carga la mano en sus requiebros, y el marido sale de la chimenea cubierto de hollin, y decidido á echar de su casa al que, segun él, intenta deshonrarle, lo cual pone en práctica por medio de una esquela.

Pero el seductor fingido, fuera ya de la casa, soborna fácilmente al criado, y se hace introducir en la habitacion de doña Francisca durante la ausencia de su esposo: es de presumir que ha de dejarse sorprender para la realizacion de su plan. Vuelve don Anselmo, escóndese en una despensa á don Eugenio: de allí á poco un ruido extraordinario alarma al marido: su mujer tiembla las consecuencias de su inocente intriga, y se arroja á sus piés toda turbada. Don Anselmo corre en busca del escondido, y en el momento en que una trágica aventura hubiera podido desgraciar todas las benéficas intenciones de nuestros intrigantes, don Cárlos descubre apresuradamente el enredo: le pone ante la vista la inocencia de su esposa, la identidad de sus personas, como hermano y primo, la índole del criado en que ponia su confianza, y que tantas veces ha dado lugar con falsas sugestiones á sus infundados zelos, y lo ridículo, en fin, de la posicion de un marido que cree ver un seductor en todo hombre, y de la manía que le expuso á tener zelos de su mismo cuñado. El zeloso queda convencido, reconocidos los parientes, despedido el tunante del criado; y mas enamorado don Anselmo que nunca de su virtuosa consorte, promete no volver á importunarla con nuevas sospechas injustas.

Un lenguaje puro, y hábilmente manejado, un estilo decoroso, un diálogo bien cortado, lleno de viveza y donaire, una versificacion robusta, un conocimiento extremado de los recursos dramáticos, y de los efectos teatrales, y el hombre reducido á la conviccion por medio del ridículo nos revelan al filósofo, al autor cómico, al poeta. Nuestra posicion nos impone, sin embargo, el deber de entrar en pormenores mal nuestro grado. Primeramente, estos planes, como este (y como el de la *Indulgencia para todos* por ejemplo), en que no nacen los incidentes y la conviccion de la naturaleza de las cosas y de los acontecimientos que ocurren diaria-

mente al protagonista, sino en que los demás personajes producen los sucesos á placer por medio de disfraces ó ficciones, no nos parecen los mas seguros, porque de su naturaleza ha de resultar necesariamente que al descubrir al sugeto á quien se quiere corregir que todo ha sido un artificio, su conviccion se ha de debilitar y se ha de volver en contra precisamente del fin que se desea. Un zeloso, que duda de la virtud de su mujer, y que escondido la oyó quedar triunfante, se tranquiliza; pero si se le descubre que el seductor era hermano de su mujer, y que esta lo sabia, el hombre dará por nula esta prueba, y querrá justamente recurrir á otra : el demostrarle que su criado era capaz de soborno, no solo no puede tranquilizarle sino que debe hacer renacer en él mil dudas antiguas acaso ya desvanecidas. Este zeloso, por otra parte, á quien se le presenta una nueva seduccion de su mujer para hacerle ver que sus zelos son infundados, no es ningun visionario, no tiene tales infundados zelos, supuesto que él mismo la oye requebrar. El único medio de corregir á un zeloso, si hay alguno, es demostrarle hasta la evidencia que su mujer es virtuosa, y al zeloso de Martinez de la Rosa solo se le demuestra que el que galanteaba á su esposa es su hermano. Así que, solo quedará para corregirle el cuadro fuertemente coloreado de las ridiculeces á que se entrega el que vive de esta manera dominado de una manía de semejante especie. Baron en su zeloso incurrió, si mal no nos acordamos, en el mismo defecto de hacer galantear á su esposa por un su hermano : el zeloso dirá siempre una vez descubierto el estrecho parentesco, ¿era su hermano? cierto : soñé ofensas, ¿pero y cuándo no lo sea?

Nos parece algo traido por los cabellos el modo de enterarse el criado de la conversacion de los dos hermanos, y el señor Martinez de la Rosa hubiera podido encontrar un medio mas dramático y motivado. ¿No podria haberse justificado algo mas la mudanza repentina del criado, á quien vemos en el primer acto tan adicto á su amo? No basta siempre el soborno, es preciso antes que el espectador esté convencido de que es sobornable el criado. Hemos creido notar algun trozo en que el autor ha remedado algun otro del *Viejo y la Niña*, sobre todo en el papel de Juan.

Algunas otras observaciones haríamos, si no nos detuviese una reflexion que no podemos desechar, cuando se trata de un autor como el señor Martinez de la Rosa. ¿Serán estos que nos parecen defectos realmente defectos, ó nos lo harán parecer tales nuestros cortos conocimientos? Mucha fuerza nos hace esta consideracion, y mas si recordamos las bellezas de *los Zelos infundados* : la exposicion, la escena cómica de la chimenea y la cinta, la sordera tan oportunamente imaginada, de que ha sacado el autor tanto partido, el empeño de don Anselmo de hacer borracho al criado, su cojera supuesta y la manera original con que en esta escena aclara sus dudas el zeloso, etc., etc., y el final, en fin, tan rápida como aguda y delicadamente concluido.

YO QUIERO SER COMICO.

Anch' io son pittore.

No fuera yo Fígaro, ni tuviera esa travesura y maliciosa índole que malas lenguas me atribuyen, si no sacara á luz pública cierta visita que no ha muchos dias tuve en mi propia casa.

Columpiábame en mi mullido sillon, de estos que dan vueltas sobre su eje, los cuales son especialmente de mi gusto por asemejarse en cierto modo á muchas gentes que conozco, y me hallaba en la mayor perplejidad sin saber cuál de mis numerosas apuntaciones elegiria para un artículo que me correspondia ingerir aquel dia en la Revista. Queria yo que fuese interesante sin ser mordaz, y conocia toda la dificultad de mi empeño, y sobre todo que fuese serio, porque no está siempre un hombre de buen humor, ó de buen talante para comunicar el suyo á los demás. No dejaba de atormentarme la idea de que fuese histórico, y por consiguiente verídico, porque mientras yo no haga mas que cumplir con las obligaciones de fiel coronista de los usos y costumbres de mi siglo, no se me podrá culpar de mal intencionado, ni de amigo de buscar pendencias por una sátira mas ó menos.

Hallabáme, como he dicho, sin saber cuál de mis notas escogeria por mas inocente, y no encontraba por cierto mucho que escoger, cuando me deparó felizmente la casualidad materia sobrada para un artículo, al anunciarme mi criado á un jóven que me queria hablar indispensablemente.

Pasó adelante el jóven haciéndome una cortesía bastante zurda, como de hombre que necesita y estudia en la fisonomía del que le ha de favorecer sus gustos é inclinaciones, ó su humor del momento para conformarse prudentemente con él; y dando tormento á los tirantes y rudos músculos de su fisonomía para adoptar una especie de careta que desplegase á mi vista sentimientos mezclados de afecto y de deferencia, me dijo con voz forzadamente sumisa y cariñosa :

— ¿Es usted el redactor llamado Fígaro?...

— ¿Qué tiene usted que mandarme?

— Vengo á pedirle un favor... ¡ Cómo me gustan su artículos de usted!

— Es claro... Si usted me necesita...

— Un favor de que depende mi vida acaso... ¡Soy un apasionado, un amigo de usted!

— Por supuesto... siendo el favor de tanto interés para usted...

— Yo soy un jóven...

— Lo presumo.

— Que quiero ser cómico, y dedicarme al teatro...

— ¿Al teatro?

— Sí, señor... como el teatro está cerrado ahora...

— Es la mejor ocasion.

— Como estamos en cuaresma, y es la época de ajustar para la próxima temporada cómica, desearia que usted me recomendase...

— ¡Bravo empeño! — ¿A quién?

— Al ayuntamiento.

— ¡Hola! ¿Ajusta el ayuntamiento?

— Es decir, á la empresa.

— ¡Ah! ¿Aujusta la empresa?

— Le diré á usted... segun algunos, esto no se sabe... pero... para cuando se sepa.

— En ese caso no tiene usted prisa, porque nadie la tiene...

— Sin embargo, como yo quiero ser cómico...

— Cierto. ¿Y qué sabe usted? ¿Qué ha estudiado usted?

— ¿Cómo? ¿se necesita saber algo?

— No; para ser actor, ciertamente, no necesita usted saber cosa mayor...

— Por eso; yo no quisiera singularizarme; siempre es malo entrar con pié en una corporacion.

— Ya le entiendo á usted; usted quisiera ser cómico aquí, y así será preciso examinarle por la pauta del país. ¿Sabe usted el castellano?

— Lo que usted ve... para hablar, las gentes me entienden...

— Pero la gramática, y la propiedad, y...

— No, señor, no.

— Bien, ¡eso es muy bueno! Pero sabrá usted desgraciadamente el latin, y habrá estudiado humanidades, bellas letras...

— Perdone usted.

— Sabrá de memoria los poetas clásicos, y los comprenderá, y podrá verter sus ideas en las tablas.

— Perdone usted, señor. Nada, nada. ¡Tan poco favor me hace usted! Que me caiga muerto aquí si he leido una sola línea de eso, ni he oido hablar tampoco... mire usted...

— No jure usted. ¿Sabe usted pronunciar con afectacion todas las letras de una palabra, y decir unas voces por otras, *actitud* por *aptitud*, y *aptitud* por *actitud*, *diferiencia* por *diferencia*, *háyamos* por *hayamos*, *dracmático* por *dramático*, y otras semejantes?

— Sí, señor, sí, todo eso digo yo.

— Perfectamente; me parece que sirve usted para el caso.

— ¿Aprendió usted historia?

— No, señor; no sé lo que es.

— Por consiguiente, no sabrá usted lo que son trajes, ni épocas, ni caractéres históricos...

— Nada, nada, no, señor.

— Perfectamente.

— Le diré á usted... en cuanto á trajes, ya sé que en siendo muy antiguo siempre á la romana.

— Esto es : aunque sea griego el asunto.

— Sí señor : si no es tan antiguo, á la antigua francesa ó á la antigua española; segun... ropilla, trusas, capacete, acuchillados, etc. Si es mas moderno ó del dia, levita á la Utrilla en los calaveras, y polvos, casacon y media en los padres.

— ¡Ah! ah! Muy bien.

— Además, eso en el ensayo general se le pregunta al galan ó á la dama, segun el sexo de cada uno que lo pregunta, y conforme á lo que ellos tienen en sus arcas, así...

— ¡Bravo!

— Porque ellos suelen saberlo.

— ¿Y cómo presentará usted un carácter histórico?

— Mire usted : el papel lo dirá, y luego como el muerto no se ha de tomar el trabajo de resucitar solo para desmentirle á uno... además que gran parte del público suele estar tan enterado como nosotros...

— ¡Ah! ya... usted sirve para el ejercicio. La figura es la que no...

— No es gran cosa; pero eso no es esencial.

— ¿Y de educacion, de modales y usos de sociedad? ¿á qué altura se halla usted?

— Mal; porque si va á decir verdad, yo soy pobrecillo : yo era escribiente en una mala administracion; me echaron por holgazan, y me quiero meter cómico; porque se me figura á mí que es oficio en que no hay nada que hacer...

— Y tiene usted razon.

— Todo lo hace el apunte, y... por consiguiente no conozco esos señores usos de sociedad que usted dice, ni nunca traté ninguno de ellos.

— Ni conocerá usted el mundo, ni el corazon humano.

— Escasamente.

— ¿Y cómo representará usted tantos caractéres distintos?

— Le diré á usted : si hago de rey, de príncipe ó de magnate, ahuecaré la voz, miraré por encima del hombro á mis compañeros, mandaré con mucho imperio...

— Sin embargo, en el mundo esos personajes suelen ser muy afables y corteses, y como están acostumbrados, desde que nacen, á ser obedecidos á la menor indicacion, mandan poco y sin dar gritos...

— Sí, pero ¡ya ve usted! en el teatro es otra cosa.

— Ya me hago cargo.

— Por ejemplo, si hago un papel de juez, aunque esté delante de señoras ó en casa ajena, no me quitaré el sombrero, porque en el teatro la justicia está dispensada de tener crianza; daré fuertes golpes en el tablado con mi baston de borlas, y pondré cara de caballo, como si los jueces no tuviesen entrañas...

— No se puede hacer mas.

— Si hago de delincuente, me haré el perseguido, porque en el teatro todos los reos son inocentes...

— Muy bien.

— Si hago un papel de pícaro, que ahora están en boga, cejas arquea-

das, cara pálida, voz ronca, ojos atravesados, aire misterioso, apartes melodramáticos... Si hago un calavera, muchos brincos y zapatetas, carreritas de piés y lengua, vueltas rápidas y habla ligera... Si hago un barba, andaré á compás, como un juego de escarpias, me temblarán siempre las manos como perlático descoyuntado; y aunque el papel no apunte mas de cincuenta años, haré del tarato y decrépito, y apoyaré mucho la voz con intencion marcada en la moraleja, como quien dice á los espectadores : « allá va esto para ustedes. »

— ¿Tiene usted grandes calvas para los barbas?

— ¡Oh! disformes; tengo una que me coge desde las narices hasta el colodrillo; bien que esta la reservo para las grandes solemnidades. Pero aun para diario tengo otras, tales que no se me ve la cara con ellas.

— ¿Y los graciosos?

— Esto es lo mas fácil : estiraré mucho la pata, daré grandes voces, haré con la cara y el cuerpo todos los raros visajes y estupendas contorsiones que alcance, y saldré vestido de arlequin...

— Usted hará furor.

— ¡Vaya si haré! Se morirá el público de risa, y se hundirá la casa á aplausos. Y especialmente, en toda clase de papeles, diré directamente al público todos los apartes, monólogos, gracias y parlamentos de intencion ó lucimiento que en mi parte se presenten.

— ¿Y memoria?

— No es cosa la que tengo; y aun esa no la aprovecho, porque no me gusta el estudio. Además que eso es cuenta del apuntador. Si se descuida se le lanzan de vez en cuando un par de miradas terribles, como diciendo al público : ¡Ven ustedes qué hombre!

— Esto es; de modo que el apuntador vaya tirando del papel como de una carreta, y sacándole á usted la relacion del cuerpo como una cinta. De esa manera, y hablando él altito, tiene el público el placer de oir á un mismo tiempo dos ejemplares de un mismo papel.

— Sí, señor; y, en fin, cuando uno no sabe su relacion se dice cualquier tontería, y el público se la rie. ¡Es tan guapo el público! ¡si usted viera!

— Ya sé ¡ya!

— Vez hay que en una comedia en verso se añade un párrafo en prosa: pues ni se enfada, ni menos lo nota. Así es que no hay nada mas comun que añadir...

— ¡Ya se ve, que hacen muy bien! Pues, señor, usted es cómico, y bueno. ¿Usted ha representado anteriormente?

— ¡Vaya! En comedias caseras. He alborotado con el *García* y el *Delincuente honrado.*

— No mas, no mas; le digo á usted que usted será cómico. Dígame usted, ¿sabrá usted hablar mal de los poetas y despreciarlos, aunque no los entienda; alabar las comedias por el lenguaje, aunque no sepa lo que es, ó por el verso mas que no entienda siquiera lo que es prosa?

— ¿Pues no tengo de saber, señor? eso lo hace cualquiera.

— ¿Sabrá usted quejarse amargamente, y entablar una querella criminal contra el primero que se atreva á decir en letras de molde que usted no lo hace todas las noches sobresalientemente? ¿sabrá usted decir de los periodistas que quién son ellos para?...

— Vaya si sabré; precisamente ese es el tema nuestro de todos los dias. Mande usted otra cosa.

Al llegar aquí no pude ya contener mi gozo por mas tiempo, y arrojándome en los brazos de mi recomendado: « Venga usted acá, mancebo generoso, exclamé todo alborozado; venga usted acá, flor y nata de la andante comiquería: usted ha nacido en este siglo de hierro de nuestra gloria dramática para renovar aquel siglo de oro, en que solo comian los hombres bellotas y pacian á su libertad por los bosques, sin la distincion del tuyo y del mio. Usted será cómico en fin, ó se han de olvidar las reglas que hoy rigen en el ejercicio. »

Diciendo estas y otras razones, despedí á mi candidato, prometiéndole las mas eficaces recomendaciones.

YA SOY REDACTOR.

¿Por qué extraña fatalidad ha de anhelar el hombre siempre lo que no tiene? Preguntémosle á un jóven barbilucio qué desea? ¿Cuándo tendré barbas? exclama en su interior. Nácenle las barbas, y héle allí maldiciendo ya del barbero y de la navaja. ¿Cuándo hallaré en mi Filis correspondencia, le grita en el fondo de su corazon un deseo innato de amar y de ser amado? Ya oyó el sí. ¡Gozó el bien que deseaba! Y ya maldice del amor y sus espinas. ¿Le prefiere Laura? Pues todo su deseo se cifra en conquistar á Amira que le desprecia. ¿De qué nace esta sed insaciable, este deseo vividor, reemplazado por otros y otros deseos que rápidamente se suceden sin encontrar jamás sino imperfecta satisfaccion? El padre Almeida, si mal no me acuerdo, dice entre otras cosas curiosas, y aun lo afianza, que la Providencia quiso poner en nosotros este deseo implacable, para que nos atestiguase eternamente que no hacemos en este mundo transitorio sino una corta peregrinacion, y que la satisfaccion de nuestros deseos no está en esta vida, sino en otra mas perfecta y duradera. Así debe de ser, y cierto, que vivimos de todas suertes agradecidos á la prevision y ardiente caridad con que el reverendo padre nos quiso sacar de esta peregrina duda. Yo que no tengo un ápice de metafísico, y que dejo la resolucion de estos problemas á aquellos que tienen mas noticias ciertas que yo de nuestro destino, me ciño á decir que el deseo existe, y esto basta para mi propósito.

Yo Fígaro, soy de ello una viva prueba: no bien me habia tentado el enemigo malo, y sentí los primeros pujos de escritor público, cuando dieron en írseme los ojos tras cada periódico que veia, y era mi pio por

mañana y noche : « ¿Cuándo seré redactor de periódico? » Figurábaseme, sí, desde luego obra de romanos el llenar y embutir con verdades luminosas las largas columnas de un papel público ; pero en cambio era para mí de la mayor consideracion el imaginarme á la cabeza de una seccion literaria, recibiendo comunicados atentos y decorosos, viendo diariamente consignadas en indelebles caractéres de imprenta mis propias ideas y las de mis amigos, y sin mas trabajo, á mi parecer, que el haber de contar y recontar al fin del mes los sonantes doblones que el público desinteresado tiene la bondad de depositar en cambio de papel en los arcones periodísticos de una empresa, luz y antorcha de la patria, y órgano de la civilizacion del país.

Dejemos aparte las causas y concausas felices ó desgraciadas que de vicisitud en vicisitud me han conducido al auge de periodista : lo uno porque al público no le importarán probablemente, y lo otro porque á mí mismo podria serme acaso mas difícil de lo que á primera vista parece el designarlas. El hecho es que me acosté una noche autor de folletos y de comedias ajenas, y amanecí periodista : miréme de alto abajo, sorteando un espejo que á la sazon tenia, no tan grande como mi persona, que es hacer el elogio de su pequeñez, y díme á escudriñar detenidamente si alguna alteracion notable se habria verificado en mi físico ; pero por fortuna eché de ver que como no fuese en la parte moral, lo que es en la exterior y palpable, tan persona es un periodista como un autor de folletos. *Ya soy redactor*, exclamé alborozado, y echéme á fraguar artículos, bien determinado á triturar en el mortero de mi crítica cuanto malandrin literario me saliese al camino en territorio de mi jurisdiccion. Pero ¡ay de mí! insensato, que chasco sobre chasco, vivo hoy tan desengañado de periodista como de autor de comedias. Diré brevemente lo que me aconteció, sin descubrir por otra parte los recursos ocultos que mueven la gran máquina de un periódico, ni romper el velo del prestigio que cubre nuestros altares, que eso fuera sobrado é inoportuno desinterés ; y juzgue el lector si no es preferible vivir tranquilamente suscrito á un periódico, que haberle sabia y precipitadamente de componer.

¡Señor Fígaro! un artículo de teatros. — ¿De teatros? Voy allá. — Yo escribo para el público, y el público, digo para mí, merece la verdad : el teatro, pues, no es teatro : la comedia es ridícula : el actor A. es malo, y la actriz H. es peor. ¡Santo cielo! Nunca hubiera pensado en abrir mi boca para hablar de teatros. Comunicado á renglon seguido en mi papel y en todos los comtemporáneos, en que el autor de la comedia dice que es excelente, y el articulista un *acéfalo* : se conjuran los actores, cierran la puerta del teatro á mis comedias para lo sucesivo, y ponen el grito en los cielos. ¿Quién es el fatuo que nos critica? ¡Pícaro traductor, ladron, pedante!!! ¿Y esto logra el pobre amigo de la verdad y de la ilustracion? ¡Oh qué placer el de ser redactor!

Precipítome huyendo del teatro en la literatura. Un señoron encopetado acaba de publicar una obra indigesta. « Señor redactor, me dice en una carta seductora, confio en el talento de usted y en nuestra amistad, de

que le tengo dadas bastantes pruebas (por desgracia suele ser verdad), que hará un juicio crítico de mi obra, imparcial (imparcial llama él á un juicio que le alabe), y espero á usted á comer para que juntos departamos acerca de algunas ideas que convendria indicar, etc., etc. » Resista usted á estas indirectas, y opte usted entre la ingratitud y la mentira. Ambos vicios tienen sus acerbos detractores, y unos ú otros se han de ensangrentar en el triste Fígaro. ¡Oh qué placer el de ser redactor!

¡Bueno! Traduciré noticias; al trabajo; corto mi pluma, desenvuelvo el inmenso papel extranjero; ahí van tres columnas. — ¿Tres columnas he dicho? Al dia siguiente las busco en la Revista, pero inútilmente. — Señor director, ¿qué se hicieron mis columnas? — Calle usted, me responde, ahí están; no han servido : esta noticia es inoportuna; es arriesgada : la otra no conviene: aquella de mas allá es insignificante; estotra es buena, pero está mal traducida! — Considere usted que es preciso hacer ese trabajo en horas, replico lleno de entusiasmo; el hombre llega á cansarse... — Si usted es hombre que se cansa alguna vez, no sirve usted para periódicos... — Me dolia ya la cabeza... — Al buen periodista nunca le debe doler la cabeza... — ¡Oh qué placer el de ser redactor!

Dejémonos de fárrago, yo no sirvo para él. Vaya un artículo profundo; ojeo el Say y el Smith; de economía política será. « Grande artículo, me dice el editor, pero, amigo Fígaro, no vuelva usted á hacer otro. — ¿Porqué? — Porque esto es matarme el periódico. ¿Quién quiere usted que le lea, si no es jocoso, ni mordaz, ni superficial? Si tiene además cinco columnas... todos se me han quejado; nada de artículos científicos, porque nadie los lee. Perderá usted su trabajo. — ¡Oh qué placer el de ser redactor!

— Encárguese usted de revisar los artículos comunicados, y sobre todo las composiciones poéticas de circunstancias... — Ay, señor editor, pero habrá que leerlas... — Preciso, señor Fígaro... Ay, señor editor, mejor quiero rezar diez rosarios de quince dieces... — ¡Señor Fígaro!... — ¡Oh qué placer el de ser redactor!

Política y mas política. ¿Qué otro recurso me queda? Verdad es que de política no entiendo una palabra. ¿Pero en qué niñerías me paro? ¡Si seré yo el primero que escriba política sin saberla! Manos á la obra; junto palabras y digo : conferencias, protocolos, derechos, representacion, monarquía, legitimidad, notas, usurpacion, cámaras, cortes, centralizar, naciones, felicidad, paz, ilusos, incautos, seduccion, tranquilidad, guerra, beligerantes, armisticio, contraproyecto, adhesion, borrascas políticas, fuerzas, unidad, gobernantes, máximas, sistemas, desquiciadores, revolucion, órden, centros, izquierda, modificacion, bill, reformas, etc., etc. Ya hice mi artículo, pero ¡oh cielos! El editor me llama. — Señor Fígaro, usted trata de comprometerme con las ideas que propala en ese artículo... — ¿Yo propalo ideas, señor editor? Crea usted que es sin saberlo. ¿Con qué tanta malicia tiene?... — Si usted no tiene pulso... — Perdone usted; yo no creí que mi sistema político era tan... yo lo hice jugando... — Pues si nos para perjuicio, usted será el responsable... — ¿Yo, señor editor? ¡Oh qué placer el de ser redactor!

¡Oh, si esto fuese todo, y si solo fuera uno responsable, pobre Fígaro, de lo que escribe! Pero ¡ah! tocamos á otro inconveniente; supongo yo que no apareció el autor necio, ni el actor ofendido, ni disgustó el artículo, sino que todo fué dicha en él. ¿Quién me responde de que algun maldito yerro de imprenta no me hará decir disparate sobre disparate? ¿Quién me dice que no se podrá *Camellos* donde yo puse *Comellas*, *torner* donde escribí yo *Forner*, *ritómico* donde *rítmico*, y otros de la misma familia? Será preciso imprimir yo mismo mis artículos? ¡Oh qué placer el de ser redactor! ¡Santo cielo! ¿Y yo deseaba ser periodista? Confieso como hombre débil, lector mio, que nunca supe lo que quise; juzga tú por el largo cuento de mis infortunios periodísticos, que mucho procuré abreviarte, si puedo y debo con sobrada razon exclamar ahora que ya lo soy: ¡Oh qué placer el de ser redactor!

DON CANDIDO BUENAFE

ó

EL CAMINO DE LA GLORIA.

Don Cándido Buenafe es un excelente sugeto, de estos de quienes solemos decir con envidable conmiseracion: « Es un infeliz. » Empleado desde pequeño en un ramo de no mucha importancia, es todo lo mas si sabe leer la Gaceta, y redactar, con mala sintaxis y peor ortografía, algun oficio sobrecargado de fórmulas y traslados, ó hacer un extracto largo de algun expediente corto; pero en medio de su escasa ciencia, es bastante modesto para desear que su hijo Tomasito sepa mas que él, para lo cual no le es necesario felizmente extraordinarios esfuerzos ni sacrificios. En el tiempo de la libertad de la imprenta, leia ó devoraba don Cándido los muchos papeles públicos que veian la luz, y llegó á formar alta idea de todo hombre capaz de escribir para el público; cosa que él vea por consiguiente en letra de molde, tiene para él una autoridad irrecusable, porque cuando ve que hay quien se toma la pena de imprimirla, mecanismo de que no tiene idea alguna, dice para sí: ¡sabido se lo tendrá! Por lo tanto era de buena fe liberal en los años nulos, porque acababa de leer y exclamaba: tiene razon; y despues ha sido realista de buena fe en los años válidos, porque lee la Gaceta y exclama: ¡ya se ve! que dicen bien. Un partidario de este temple es una alhaja impagable para toda especie de gobiernos mientras haya imprenta; y mas si añadimos que cree como en su salvacion en los partes de los encuentros y escaramuzas que en los papeles públicos suelen venir consignados, y se extasía de placer cuando se encuentra con aquello de que: « de los enemigos murieron tantos centenares de hombres, y nosotros no hemos tenido mas que un contuso y algun sargento desmayado » ó

cosa semejante. « Daria yo, dice algunas veces, la mitad de mi sueldo por poder escribir un artículo de esos retumbantes de política. ¡Voto va! ¡qué hombres esos, y qué talentos! ¡Y cómo le convencen á uno con sus discursos! ¡Media vida diera yo, y la mitad de la otra media porque mi hijo Tomasito pudiera el dia de mañana hacer otro tanto! » Llevado de esta idea ha hecho aprender latin al muchacho, y en el dia le ha dado un maestro de francés, porque dice que en sabiendo francés ya se sabe todo lo que hay que saber; y que él conoce á no pocos sabios de campanillas en esta tierra que no saben otra cosa. Como dos meses llevaria el angelito, que tiene á la sazon catorce años, de traducir mal y leer peor el *Calypso se trouvait inconsolable du départ d'Ulysse*, cuando me lo trajo una mañana su papá, y ambos á dos me hicieron una visita, cuyos interesantes detalles no quiero en ninguna manera perdonar á mis curiosos lectores.

« Señor Fígaro, me dijo don Cándido abrazándome, aquí le presento á usted á mi hijo Tomás, el que sabe latin; usted no ignora que yo le crio para literato; ya que yo no pueda serlo, que lo sea él y saque de la oscuridad á su familia. ¡Ay, señor Fígaro, como yo le vea famoso, muero contento! » Hízome á esta sazon Tomasito una cortesía tan zurda que no pude menos de fundar grandes esperanzas en sus disposiciones literarias. Su exterior y sus palabras estaban en armonía con las de casi todos los jóvenes del dia; díjome que era verdad que no tenia sino catorce años; pero que él conocia el mundo y el corazon humano, *comme ma poche;* que todas las mujeres eran iguales, que estaba muy escarmentado, y que á él no le engañaba nadie; que Voltaire era mucho hombre, y que con nada se habia reido mas que con el *compère Mathieu*, porque su papá, deseoso de su ilustracion, le dejaba leer cuanto libro en sus manos caia. En cuanto á política me añadió: « yo y Chateaubriand pensamos de un mismo modo; » y á renglon seguido me habló de los pueblos y de las revoluciones como pudiera de sus amigos de la escuela. Confieso que se me figuró el muchacho esa fruta que suelen vender en Madrid, que arrancada verde aun del árbol, y madurada por el traqueteo y la prisa del viaje, tiene todo el exterior de la pasada madurez, sin haber tenido nunca la lozanía ni el sabor de la juvented y de la sazon. « Los muchachos del ilustrado siglo XIX, dije para mí, llegan á viejos sin haber sido nunca jóvenes. » Sentáronse mis amigos, el viejo jóven y el jóven viejo, y sacó don Cándido de su faltriquera un legajo abultado.

— Dos objetos tiene esta visita, me dijo: primero, para que Tomasito se vaya soltando en el francés, le he dicho que traduzca una comedia; hala traducido, y aquí se la traigo á usted.

— ¡Hola!

— Sí, señor: algunas cosillas ha dejado en blanco, porque no tiene allí mas diccionario que el de Sobrino... y...

— Sí...

— Usted tendrá la bondad de enmendar lo que no le parezca bien; y como usted entiende eso de darla al teatro... y las diligencias que hay que practicar...

— ¡Ah! ¿Usted quiere que se represente?

— Sin duda... le diré á usted: el dinerillo que saque es para él...

— Sí, señor, dijo el muchacho, y papá me ha prometido hacerme un vestido negro para cuando acabe una tragedia excelente que estoy haciendo...

— ¡Tragedia!

— Sí, señor, en once cuadros... ya sabe usted que en París no se hacen ya esas obras en actos... sino en cuadros...

— Es una tragedia romántica. El clasicismo es la muerte del genio, como usted sabe... ¿Le parece á usted que se podrá representar?

— ¿Y qué inconveniente ha de haber?

— Le diré á usted, interrumpió don Cándido, tiene dada ya una comedia de costumbres.

— Con perdon de usted, se apresuró á decir Tomasito: cuando la hice no habia leido á Victor Hugo: ni tenia los conocimientos que tengo en el dia...

— ¡Ah! ya.

— Pues mi hijo dió esa comedia, y verá usted lo que sucedió, á mi entender. Entregámosle á un sugeto que corre con recibir las comedias: dijo que era corriente; y que la enviaria á censura: la envió, pues.

— Papá, perdone usted, primero se perdió...

— Cierto... se perdió, y nunca se pudo encontrar, y hubo que sacar otra copia, y pasó á censura.

— Papá, perdone usted; que antes fué al corregimiento.

— Es verdad: fué al corregimiento, y de allí... pasó despues á la censura eclesiástica; por mas señas que fué á un excelente padre, y en un momento, esto es, en un par de meses, la despachó: volvió al corregimiento y fué de allí á la censura política: en una palabra, ello es que en menos de medio año salió prohibida.

— ¡Prohibida!

— Sí, señor, y yo no sé á la verdad... porque mi comedia...

— Diga usted que hicieron bien, señor Fígaro: ¡este escribe siempre con una intencion!!! lo que ha mamado en sus libros... baste con decirle á usted que su madre se moria de risa al leerla, y yo lloraba de gozo... hubo que rehacerla... y por fin se logró que pasara la nueva.

— ¡Hola!

— Pero aguarde usted: como los señores que dirigen la cosa no están muy allá que digamos en eso de comedias, la hubieron de enviar á un cómico que dicen que es hombre que lo entiende, y tiene gran mano en las compañías: este dijo que no valia cosa, y todo fué, segun yo pude averiguar, porque no tenia él un buen papel para lucirse: recogimos la comedia, y este le puso un papel que era lo que habia que ver; volvió y dijo que tampoco valia nada, y fué, segun me dijeron, porque el papel era muy largo y él no debe de tener muchas ganas de trabajar. Dímosla al otro teatro, mas allí contestaron que ellos no eran menos que los del otro coliseo, y que no tomaban sobras: á fuerza, sin embargo de emplear mas empeños que para lograr una prebenda, se consiguió una órden á

rajatabla de los señores que estaban á la cabeza del teatro : pero ya era tema : una actriz, sobre si la habian dado el papel de segunda siendo ella la primera, se puso mala la víspera; otro actor, tambien por etiquetas y rencillas, armó una intriga de todos los diablos : se pagó gente para el efecto, y si una noche se representó, una noche se silbó...

— ¿Se silbó ?

— ¡Ya ve usted! intrigas.

— ¡Picardía !

— Con que yo quisiera que no sucediese otro tanto con la traduccion esta y la tragedia. El segundo objeto que nos trae es el de que usted le dirija, dándole algunos consejos á mi Tomasito, porque yo ya le he dicho que no debe limitarse al teatro... que el campo de la literatura es muy vasto, y que el templo de la fama tiene muchas puertas.

— Dice usted muy bien, señor don Cándido. Aquí recapacité, coordiné mis ideas un momento, y de la manera que el lector va á ver, endereció poco mas ó menos á mi jóven cliente por la via de la gloria literaria, á la cual, si él sigue y observa mi reglamento, temprano ó tarde debe sin duda llegar. Supongo, dije por último, dirigiéndome á mi Tomasito, que usted no querrá abarcar honra y provecho : esas estupendas rarezas que por acá nos vienen contando los viajeros de los Walter Scott, los Casimir Delavigne, los Lamartine, los Scribe y los Victor Hugo, de los cuales el que menos tiene, amen de su correspondiente gloria, su palacio donde se da la vida de un príncipe, son cosas de por allá y extravagancias que solo suceden en Francia y en Inglaterra; verdad es que no tenemos tampoco hombres de aquel temple, pero si los hubiera sucederia probablemente lo mismo.

No habiendo usted de reunir, pues, honra y provecho, querrá uno ú otro. Si quiere honra paréceme que está en camino de lograrla : en primer lugar usted no tiene sino catorce años ; esa es la edad en el dia, ó poco mas : *la valeur n'attend pas le nombre des années*. En cuanto á saber, usted no sabe sino francés, y, como dice muy bien el señor don Cándido, tiene usted solo con eso andada ya la mitad del camino. Haga usted unas cuantas poesías fugitivas; tal cual soneto, muy sonoro y lleno de pámpanos poéticos; no se apure usted si no dice nada en él : corra entre los amigos, saque usted mismo copias furtivas, y repártalas como pan bendito ; sean destinadas sobre todo sus poesías á las mujeres, que son las que dan fama : haga usted correr la voz de que está haciendo una obra grande, cuyo título se sabrá con el tiempo : procure usted á fuerza de trasposiciones y de palabras desenterradas del diccionario, no sabidas de nadie, que digan de él : ¡Cómo maneja la lengua! ¡es hombre que sabe el castellano! Porque aunque lo menos que puede saber un literato es saber su lengua, este es, sin embargo, el ápice de la ciencia en el país : y en cuanto usted vea que pasa por muchacho de esperanzas, vaya usted á viajar : esté usted fuera diez ó doce años, en los cuales puede vivir seguro de que se hablará de usted mas de lo que sea menester. Vuelva usted entonces: reuna usted en un tomo alguna comedia; media docena de odas y un romancito : diga usted en el prólogo que las hizo

en los ratos perdidos que sus desgracias le dejaron libres; que las publica por haber sabido que algunas composiciones de ellas se han impreso en Amberes ó en América, sin su licencia y con faltas, hijas de la incuria de los copiantes, y que dedica usted á su cara patria aquel corto obsequio, y déjelas usted correr. No vuelva usted á escribir nada: silencio y aristocracia literaria, y yo le respondo á usted de que llegará á una edad provecta oyendo repetir á los pájaros: *don Tomás, don Tomás, don Tomás es un sabio;* y entonces ya puede usted con seguridad darle al público comedias, folletos, comentarios: todo será bueno ¡que es de don Tomás!

Si usted no quiere honra, y sí solo el corto provecho que de aquí puede sacarse, es preciso tomar otro camino: póngase usted bien con los cómicos; mantenga usted un corresponsal en París, y cada correo una comedia de Scribe, que aquí las reciben con los brazos abiertos: busque usted medios de ingerirse en las columnas de un periódico, y diga usted que todo va bien, y que todos somos unos santos; ajústese usted con un par de libreros, los cuales le darán á usted cuatro ó cinco duros por cada tomo de las novelas de Walter Scott, que usted en horas les traduzca; y aunque vayan mal traducidas, usted no se apure, que ni el librero lo entiende, ni ningun cristiano tampoco. *Sic itur ad astra*, señor don Tomás.

Aquí se arrojó don Cándido en mis brazos; y tomando de la mano á Tomasito: Ya se ve que dice bien el señor; ¡llega, hijo mio, le decia, y da las gracias á tu protector: ya lo ves, nada necesitas saber mas de lo que sabes ya! ¡qué fortuna, señor Fígaro! ¡ya tiene hecha mi hijo su carrera! Folletos, comedias, novelas, traducciones... ¡y todo con solo saber francés! ¡Oh francés, francés! ¡Ah! ¿Y periódicos? ¿No es verdad, señor Fígaro, que tambien ha dicho usted periódicos? — Sí, amigo mio, lo he dicho; concluí conduciéndolos hasta la puerta y despidiéndolos; pero le aconsejaria de buena gana que en eso de los periódicos no se fijase mucho, porque ya sabe usted que aquí no los hay siempre... — Sí, es verdad, es una casualidad el haberlos. — Así lo mejor será que se atenga á mis demás consejos. Este es el camino.

EN ESTE PAIS.

Hay en el lenguaje vulgar frases afortunadas que nacen en buena hora y que se derraman por toda una nacion, así como se propagan hasta los términos de un estanque las ondas producidas por la caida de una piedra en medio del agua. Muchas de este género pudiéramos citar, en el vocabulario político sobre todo; de esta clase son aquellas que, halagando las pasiones de los partidos, han resonado tan funestamente en nuestros oidos en los años que van pasados de este siglo, tan fecundo en muta-

ciones de escenas y en cambios de decoraciones. Cae una palabra de los labios de un perorador en un pequeño círculo, y un gran pueblo ansioso de palabras la recoge, la pasa de boca en boca, y con la rapidez del golpe eléctrico un crecido número de máquinas vivientes la repite y la consagra, las mas veces sin entenderla, y siempre sin calcular que una palabra sola es á veces palanca suficiente á levantar la muchedumbre, inflamar los ánimos y causar en las cosas una revolucion.

Estas voces favoritas han solido siempre desaparecer con las circunstancias que las produjeran. Su destino es, efectivamente, como sonido vago, que son, perderse en la lontananza, conforme se apartan de la causa que las hizo nacer. Una frase empero sobrevive siempre entre nosotros, cuya existencia es tanto mas difícil de concebir cuanto que no es de la naturaleza de esas de que acabamos de hablar; estas sirven en las revoluciones á lisonjear á los partidos, y á humillar á los caidos. objeto que se entiende perfectamente, una vez conocida la generosa condicion del hombre; pero la frase que forma el objeto de este artículo se perpetúa entre nosotros, siendo solo un funesto padron de ignominia para los que la oyen y para los mismos que la dicen; así la repiten los vencidos como los vencedores, los que pueden como los que no quieren extirparla; los propios, en fin, como los extraños.

En este país... esta es la frase que todos repetimos á porfía, frase que sirve de clave para toda clase de explicaciones, cualquiera que sea la cosa que á nuestros ojos choque en mal sentido. ¿Qué quiere usted? decimos, ¡en este país! Cualquier acontecimiento desagradable que nos suceda, creemos explicarle perfectamente con la frasecilla: *¡cosas de este país!* que con vanidad pronunciamos, y sin pudor alguno repetimos.

¿Nace esta frase de un atraso reconocido en toda la nacion? No creo que pueda ser este su orígen, porque solo puede conocer la carencia de una cosa el que la misma cosa conoce: de donde se infiere que si todos los individuos de un pueblo conociesen su atraso, no estarian realmente atrasados. ¿Es la pereza de imaginacion ó de raciocinio que nos impide investigar la verdadera razon de cuanto nos sucede, y que se goza en tener una muletilla siempre á mano con que responderse á sus propios argumentos, haciéndose cada uno la ilusion de no creerse cómplice de un mal, cuya responsabilidad descarga sobre el estado del país en general? Esto parece mas ingenioso que cierto.

Creo entrever la causa verdadera de esta humillante expresion. Cuando se halla un país en aquel crítico momento en que se acerca á una transicion, y en que saliendo de las tinieblas comienza á brillar á sus ojos un ligero resplandor, no conoce todavía el bien, empero ya conoce el mal de donde pretende salir para probar cualquiera otra cosa que no sea lo que hasta entonces ha tenido. Sucédele lo que á una jóven bella que sale de la adolescencia; no conoce el amor todavía ni sus goces; su corazon sin embargo, ó la naturaleza por mejor decir, le empieza á revelar una necesidad que pronto será urgente para ella, y cuyo gérmen y cuyos medios de satisfaccion tiene en sí misma, si bien los desconoce

todavía; la vaga inquietud de su alma, que busca y ansía, sin saber qué, la atormenta y la disgusta de su estado actual y del anterior en que vivia; y vésela despreciar y romper aquellos mismos sencillos juguetes que formaban poco antes el encanto de su ignorante existencia.

Este es acaso nuestro estado, y este á nuestro entender el orígen de la fatuidad que en nuestra juventud se observa : el medio saber reina entre nosotros; no conocemos el bien, pero sabemos que existe y que podemos llegar á poseerle, si bien sin imaginar aun el cómo. Afectamos, pues, hacer ascos de lo que tenemos para dar á entender á los que nos oyen que conocemos cosas mejores, y nos queremos engañar miserablemente unos á otros, estando todos en el mismo caso.

Este medio saber nos impide gozar de lo bueno que realmente tenemos, y aun nuestra ansia de obtenerlo todo de una vez nos ciega sobre los mismos progresos que vamos insensiblemente haciendo. Estamos en el caso del que teniendo apetito desprecia un sabroso almuerzo con la esperanza de un suntuoso convite incierto, que se verificará ó no se verificará mas tarde. Sustituyamos sabiamente á la esperanza de mañana el recuerdo de ayer, y veamos si tenemos razon en decir á propósito de todo : *¡Cosas de este país!*

Solo con el auxilio de las anteriores reflexiones puede comprender el carácter de don Periquito, ese petulante jóven, cuya instruccion está reducida al poco latin que le quisieron enseñar y que él no quiso aprender; cuyos viajes no han pasado de Carabanchel; que no lee sino en los ojos de sus queridas, los cuales no son ciertamente los libros mas filosóficos; que no conoce, en fin, mas ilustracion que la suya, mas hombres que sus amigos, cortados por la misma tijera que él, ni mas mundo que el salon del Prado, ni mas país que el suyo. Este fiel representante de gran parte de nuestra juventud desdeñosa de su país, fué no ha mucho tiempo objeto de una de mis visitas.

Encontréle en una habitacion mal amueblada y peor dispuesta, como de hombre solo; reinaba en sus muebles y sus ropas, tiradas aquí y allí, un espantoso desórden de que hubo de avengonzarse al verme entrar.

— Este cuarto está hecho una leonera, me dijo. ¿Qué quiere usted? en este país.... — Y quedó muy satisfecho de la excusa que á su natural descuido habia encontrado.

Empeñóse en que habia de almorzar con él, y no pude resistir á sus instancias; un mal almuerzo mal servido reclamaba indispensablemente algun nuevo achaque, y no tardó mucho en decirme : — Amigo, en este país no se puede dar un almuerzo á nadie; hay que recurrir á los platos comunes y al chocolate.

Vive Dios, dije yo para mí, que cuando en este país se tiene un buen cocinero y un exquisito servicio y los criados necesarios, se puede almorzar un excelente beefstek con todos los adherentes de un almuerzo á *la fourchette*; y que en Paris los que pagan ocho ó diez reales por un *appartement garni*, ó una mezquina habitacion en una casa de huéspedes, como mi amigo don Periquito, no se desayunan con pavos trufados ni con Champagne.

Mi amigo Periquito es hombre pesado como los hay en todos los paises, y me instó á que pasase el dia con él; y yo, que habia empezado ya á estudiar sobre aquella máquina, como un anatómico sobre un cadáver, acepté inmediatamente.

Don Periquito es pretendiente á pesar de su notoria inutilidad. Llevóme, pues, de ministerio en ministerio: de dos empleos con los cuales contaba, habíase llevado el uno otro candidato que habia tenido mas empeños que él. — ¡Cosas de España! me salió diciendo, al referirme su desgracia. — Ciertamente, le respondí, sonriéndome de su injusticia, porque en Francia y en Inglaterra no hay intrigas; puede usted estar seguro de que allá todos son unos santos varones, y los hombres no son hombres.

El segundo empleo que pretendia habia sido dado á un hombre de mas luces que él. — ¡Cosas de España! me repitió.

Sí, porque en otras partes colocan á los necios, dije yo para mí.

Llevóme en seguida á una librería, despues de haberme confesado que habia publicado un folleto, llevado del mal ejemplo. Preguntó cuántos ejemplares se habian vendido de su peregrino folleto, y el librero respondió: ni uno.

— ¿Lo ve usted, Fígaro? me dijo: ¿lo ve usted? En este país no se puede escribir. En España no se puede escribir. En París hubiera vendido diez ediciones.

— Ciertamente, le contesté yo, porque los hombres como usted venden en París sus ediciones.

En París no habrá libros malos que no se lean, ni autores necios que se mueran de hambre.

Desengáñese usted: en este país no se lee, prosiguió diciendo. — Y usted que de eso se queja, señor don Periquito, usted, ¿qué lee? le hubiera podido preguntar. Todos nos quejamos de que no se lee, y ninguno leemos.

— ¿Lee usted los periódicos? le pregunté sin embargo.

— No, señor, en este país no se sabe escribir periódicos. ¡Lea usted ese Diario de los Debates, ese Times!!!

Es de advertir que Don Periquito no sabe francés ni inglés, y que en cuanto á periódicos, buenos ó malos, en fin, los hay, y muchos años no los ha habido.

Pasábamos al lado de una obra de esas que hermosean continuamente este país y clamaba: ¡Qué basura! en este país no hay policía.

En París las casas que se destruyen y reedifican no producen polvo.

Metió el pié torpemente en un charco. ¡No hay limpieza en España! exclamaba.

En el extranjero no hay lodo.

Se hablaba de un robo. — ¡Ah! ¡país de ladrones! vociferaba indignado. Porque en Londres no se roba; en Londres donde en la calle acometen los malhechores á la mitad de un dia de niebla á los transeuntes.

Nos pedia limosna un pobre. — ¡En este país no hay mas que miseria! exclamaba horripilado. Porque en el extranjero no hay infeliz que no arrastre coche.

Ibamos al teatro, y — ¡Oh qué horror! decia mi don Periquito con compasion, sin haberlos visto mejores en su vida. ¡Aquí no hay teatros!

Pasábamos por un café. — No entremos. ¡Qué cafés los de este país! gritaba.

Se hablaba de viajes.— ¡Oh! Dios me libre; ¡en España no se puede viajar! ¡qué posadas! ¡qué caminos!

¡Oh infernal comezon de vilipendiar este país que adelanta y progresa de algunos años á esta parte mas rápidamente que adelantaron esos paises modelos para llegar al punto de ventaja en que se han puesto!

¿Porqué los don Periquitos que todo lo desprecian en el año 33, no vuelven los ojos á mirar atrás, ó no preguntan á sus papás acerca del tiempo que no está tan distante de nosotros, en que no se conocia en la corte mas botillería que la de Canosa, ni mas bebida que la leche helada; en que no habia mas caminos en España que el del cielo; en que no existian mas posadas que las descritas por Moratin en *el Sí de las Niñas*, con las sillas desvencijadas y las estampas del Hijo Pródigo, ó las malhadadas ventas para caminantes asendereados; en que no corrian mas carruajes, que las galeras y carromatos catalanes; en que los *chorizos* y *polacos* repartian á naranjazos los premios al talento dramático, y llevaba el público al teatro la bota y la merienda para pasar á tragos la representacion de las comedias de figuron y dramas de Comella; en que no se conocia mas ópera que el Marlborough (ó Mambruc, como dice el vulgo) cantado á la guitarra; en que no se leia mas periódico que el Diario de Avisos, y en fin..... en que.....

Pero acabemos este artículo, demasiado largo para nuestro propósito: no vuelven á mirar atrás porque habria de poner un término á su maledicencia, y llamar prodigiosa la casi repentina mudanza que en este país se ha verificado en tan breve espacio.

Concluyamos sin embargo de explicar nuestra idea claramente, mas que á los don Periquitos que nos rodean pese y avergüence.

Cuando oimos á un extranjero que tiene la fortuna de pertenecer á un país donde las ventajas de la ilustracion se han hecho conocer con mucha anterioridad que en el nuestro, por causas que no es de nuestra inspeccion examinar, nada extrañamos en su boca, sino es la falta de consideracion y aun de gratitud que reclama la hospitalidad de todo hombre honrado que la recibe; pero cuando oimos la expresion despreciativa que hoy merece nuestra sátira en bocas de españoles, y de españoles sobre todo que no conocen mas país que este mismo suyo que tan injustamente dilaceran, apenas reconoce nuestra indignacion límites en que contenerse.

Borremos, pues, de nuestro lenjuage la humillante expresion que no nombra á este país sino para denigrarle; volvamos los ojos atrás, comparemos y nos creeremos felices. Si alguna vez miramos adelante y nos comparamos con el extranjero, sea para prepararnos un porvenir mejor que el presente, y para rivalizar en nuestros adelantos con los de nuestros vecinos; solo en este sentido opondremos nosotros en algunos de nuestros artículos el bien de fuera al mal de dentro.

Olvidemos, lo repetimos, esa funesta expresion que contribuye á aumentar la injusta desconfianza que de nuestras propias fuerzas tenemos. Hagamos mas favor ó justicia á nuestro país, y creámosle capaz de esfuerzos y felicidades. Cumpla cada español con sus deberes de buen patricio, y en vez de alimentar nuestra inaccion con la expresion de desaliento : *¡ Cosas de España !* contribuya cada cual á las mejoras posibles; entonces este país dejará de ser tan mal tratado de los extranjeros, á cuyo desprecio nada podemos oponer, si de él les damos nosotros mismos el vergonzoso ejemplo.

REPRESENTACION

DE LA COMEDIA NUEVA

de

DON MANUEL EDUARDO GOROSTIZA,

TITULADA

CONTIGO PAN Y CEBOLLA.

Es un error en nuestro entender bastante general creer que las novelas tienen la culpa de las locas bodas y desatinados enlaces que en el mundo se hacen y se han hecho. No está todo el daño en las novelas : la mayor parte está en el corazon humano; el amor, ora le llamemos como nuestros abuelos, que no veian mas que el lado hermoso de las cosas, una noble pasion; ora le llamemos como nuestros despreocupados del dia, que solo ven el lado feo de las cosas, una vil necesidad rebozada, el amor existe en la naturaleza, y mientras exista, podrá ocurrir en la vida frecuentemente que no se halle de acuerdo con el interés. Desde los tiempos fabulosos que se remontan á la mas atrasada antigüedad, desde Píramo y Tisbe, desde Leandro y Hero, que ciertamente no habian leido ninguna novela moderna, son conocidos estos desastrados amores. La organizacion de una mujer es la verdadera novela perniciosa, y por desgracia es la que no se le puede quitar; este es el libro donde aprende á amar : á una belleza fria, de quien nada reclame su insensible corazon, dénsele todas las novelas del mundo, y dénselas sin cuidado; nosotros respondemos de su inalterable tranquilidad y de su eterna sensatez : aquella empero, que ha recibido de la naturaleza el funesto don de una extrema sensibilidad, quítensele las novelas y será en balde; mientras no se le quiten los ojos respondemos de que hará todas las locuras del mundo por seguir el objeto que una vez la haya deslumbrado; por este estilo creemos que son la mayor parte de las locuras que hacen los hombres miserables; imperiosas leyes que impone la naturaleza y que paga el

hombre. Los autores dramáticos van sin embargo con los tiempos : la recogida educacion de los jóvenes del siglo pasado autorizaba la tiranía de los padres, y Moratin creyó hacer un señalado servicio á su país dando *el Sí de las Niñas*. De entonces acá hemos andado con pasos agigantados : y las costumbres del dia, mas que de la tiranía de los padres, resiéntense de la licencia é insubordinacion de los hijos. Esto no es debido tampoco únicamente á las novelas. Otros muchos libros ha sido preciso escribir ; muchas revoluciones de todas especies han debido pasar por los pueblos ; otros hombres, á mas de los novelistas, habian tenido que nacer antes para dar este impulso extraordinario en poco mas de medio siglo al entendimiento humano. El hecho es con todo positivo: el abuso existe y reclama urgentemente la férula del poeta cómico. En el siglo actual se pueden contar tantas desgraciadas víctimas de los enlaces poco meditados, como en el pasado de las obligadas reclusiones de entonces. Era, pues, preciso sacar á la plaza toda la ridiculez de aquellos jóvenes irreflexivos que todo lo abandonan por el amor, las mas veces sin considerar si se hallan verdaderamente enamorados, ó si solo creen estarlo cuando exclaman : *Contigo pan y cebolla.*

El señor de Gorostiza, poeta ya conocido en nuestro teatro moderno, se ha apoderado de una idea feliz y ha escogido un asunto de la mayor importancia. ¿Hálo desempeñado como de su talento nos debíamos prometer? Oiga el lector el argumento, y podrá responder á tan atrevida pregunta.

Matilde, hija de un padre, que, segun de la comedia resulta, no conoce sus inclinaciones ni su carácter, ama á don Eduardo de Contreras, jóven de talento, rico, y que ocupa un puesto distinguido en la sociedad ; pero ignora estas circunstancias sin embargo de que entra en su casa con frecuencia. Anímase don Eduardo á pedir la mano de Matilde á don Pedro, quien gustosísimo se la concede, pero en el momento de convenir en tan deseado enlace, sabe la heroina que don Eduardo no es pobre, nota que no hay en esta boda los obstáculos que en las de sus novelas ha leido, desama de pronto á quien tanto amó y despide á don Eduardo. Este, que conoce de donde le viene el golpe, propone al padre, aturdido de tal mudanza, una ingeniosa ficcion que ha de llevar á cabo sus deseos. Fíngese desheredado de un tio suyo, y desairado por don Pedro : aparenta la novelesca desesperacion de un amante despedido, y estos extraordinarios medios hacen renacer el acomodaticio cariño de Matilde, que por lo visto solo ama en casos dados. El padre sigue haciendo del negado, y cuando vienen segunda vez entrambos á importunarle, se lleva la niña de un brazo y despide para siempre al amador. Con esto por fuerza ha de subir de punto la frenética pasion de Matilde : inténtase una escapatoria, la cual se verifica sin maldita la oposicion del padre, que está él mismo en el complot que se le arma, y cooperando á ella un pobre criado á quien no le vale su honradez. El padre no ha querido oirle por no verse comprometido á impedir el rapto, y le amenaza por una parte don Eduardo con tirarse un pistoletazo, y por otra Matilde con tragarse un veneno que posee, si no abre una reja, por donde

se escapa nuestra deslumbrada, sin embargo de hallarse la puerta libre y desembarazada; y en atencion, segun dice ella misma, á ser de rigor el salir en semejantes casos por la ventana.

En el cuarto acto, que parece un acto de otra comedia, Matilde se halla el dia de tornaboda en una miserable boardilla, pero en compañía de su constante esposo; no han comido la víspera, no se han desayunado aquel dia: medios, Dios los dé; dinero, por las nubes: en una palabra, pobres de solemnidad y solemnes pobres: la infeliz Matilde tendrá que levantar la cama, que por mas señas está á la vista del espectador en un estado de desórden propio del dia; tendrá que barrer, que jabonar, que pasar hambres, que estar sola, porque su marido habrá de salir á buscar dinero. Matilde comienza ya á padecer los inconvenientes de su posicion: humíllala el casero, humíllala una antigua compañera de colegio, marquesa, que vive en la misma casa, y que dice que una cosa es casarse, y otra enamorarse; en lo cual no parece su señoría un si es no es verde y alegre de cascos: humíllala, en fin, una vecinilla ordinaria entre cotorra y contrabandista: llora Matilde y conoce su yerro. Vuelve entonces su esposo, y vienen impacientes papá y el criado honrado, descúbrese la ficcion, y se van todos muy convencidos de que para quererse mucho es indispensable por lo menos haber comido algo; verdad indisputable de todos los tiempos y paises, y que no bastarán á echar por tierra todas las pasiones reunidas que pueden agitar á un mísero mortal.

Ya puede inferir el lector qué de escenas cómicas ha tenido el autor á su disposicion. El señor Gorostiza no las ha desperdiciado: rasgos hemos visto en su linda comedia que Molière no repugnaria, escenas enteras que honrarian á Moratin. El carácter del criado y las situaciones todas en que se encuentra son excelentes y pertenecen á la buena comedia: del padre pudiéramos decir lo que dice la marquesa de su marido; ni es feo, ni es bonito: es un hombre pasivo, es un instrumento no mas del astuto don Eduardo. Este es un bello carácter: la carta que escribe es del mayor efecto y pertenece á la alta comedia. El lenguaje es castizo y puro; el diálogo bien sostenido y chispeando gracias, si bien no quisiéramos que le desluciesen algunas demasiado chocarreras, como la de los malhadados *fetos* por *efectos*, la de la *cebolla* que *repite*, etc., y otras que no queremos citar porque no se nos tache de rigorosos. Estas gracias son de mal tono, de no muy buen gusto, y de baja sociedad, por mas que el público las ria y las aplauda en el primer momento.

Despues de haber tributado el debido homenaje de elogios que de nuestra pluma reclamaba imperiosamente la divertida comedia del señor Gorostiza, ¿nos será permitido indicar algunos de los defectos de que rara obra humana consigue verse completamente purgada? ¿Se dirá que nos ensangrentamos, que somos parciales, si ponemos al lado del elogio el grito de nuestra conciencia literaria? Quisiéramos equivocarnos, pero el carácter de la protagonista nos parece por lo menos llevado á un punto de exageracion tal, que seria imposible hallar en el mundo un original siquiera que se le aproximase. Estas niñas románticas, cuya cabeza ha podido exaltar la lectura de las novelas, no reparan en clases ni en di-

nero; este podrá ser su yerro; enamóranse de un hombre sin preguntarle quién es; esta es su imprudencia: si sale pobre, verdad es, nada les arredra, y en las aras del amor sacrifican su porvenir; mas si sale rico, como ya están enamoradas, por esta sola circunstancia ne se desenamoran. Por la misma razon, si tratan de escaparse, y no tienen otro recurso, se arrojan por una ventana; mas si tienen la puerta franca, aquel paso ya no es ni medio verosímil. Esta exageracion hace aparecer á Matilde loca las mas veces; quiere ser el don Quijote de las novelas. Pero acordémonos de que Cervantes para huir de la inverosimilitud que de la exageracion debia resultar, hizo loco realmente y enfermo á su héroe, y una enfermedad no es un carácter. Si la comedia pedia un carácter, era preciso no haber pasado los límites de la verosimilitud, pues pasándolos, Matilde no resulta enamorada sino maniática; por eso en varias ocasiones parece que ella misma se burla de sus desatinos: lo mismo hubiera sucedido con don Quijote si no nos hubiera dicho Cervantes desde el principio: *miren ustedes que está loco.* Peca además el plan por donde los mas del mismo poeta: ya en otra ocasion hemos dicho que estos planes en que varios personajes fingen una intriga para escarmiento de otro, son incompletos y conspiran contra la conviccion, que debe ser el resultado del arte.

En Molière y en Moratin no se encuentra un solo plan de esta especie: el poeta cómico no debe hacer hipótesis; debe sorprender y retratar á la naturaleza tal cual es: esta comedia hubiera requerido una mujer realmente enamorada, y que realmente hubiera hecho una locura, como en *el Viejo y la niña* sucede; verdad es que entonces no hubiera podido ser dichoso el desenlace, y acaso habrá huido de esto el señor Gorostiza; este era defecto del asunto, así como lo es tambien la aglomeracion en horas de tantas cosas distintas, importantes, y regularmente mas apartadas entre sí en el discurso de la vida. Si Matilde no se ha de casar mas de una vez con Eduardo, si esa vez que se ha casado no ha hecho realmente locura alguna, supuesto que Eduardo es rico, ¿de qué puede servirle el escarmiento y el ver lo que le hubiera sucedido si hubiera hecho lo que no ha hecho? A ella no, nos contestarán, á los demás que ven la comedia. Tampoco, responderemos, porque las que crean en novelas al pié de la letra, creerán al pié de la letra en la comedia, que es otra nueva novela para ellas; en la novela leen que aquel que se presentó incógnito se descubre ser luego hijo de algun señoron oculto, y en la comedia se descubre ser rico luego el pobre. Se enamorarán, pues, sin cuidado, seguras de que hácia el fin de su boda se ha de descubrir la riqueza del marido, así como creian que debian salir por la ventana por decirlo las novelas.

A pesar de estas observaciones, que no podemos menos de hacer, nos complacemos en repetir que es mayor la suma de las bellezas que la de los defectos de la comedia. El señor de Gorostiza ha adquirido un nuevo laurel, y nosotros quisiéramos que la obligacion de periodista se limitara á alabar: mucho nos daria que hacer aun en este caso esta composicion dramática.

En cuanto á la representacion, podemos asegurar que no nos acor-

damos de haber visto en Madrid nada mejor desempeñado en este género.

Sepan los actores que ningun placer podemos tener mayor que el que nos proporcionan el dia en que solo elogios tenemos que escribir de ellos. Para el elogio corre nuestra pluma rápidamente. Cuando se trata empero de vituperar, solo á fuerza de horas podemos dar concluido á la prensa el artículo mas conciso.

DON TIMOTEO O EL LITERATO.

Genus irritabile vatum ha dicho un poeta latino. Esta expresion bastaria á probarnos que el amor propio ha sido en todos tiempos el primer amor de los literatos, si hubiésemos menester mas pruebas de esta incontestable verdad que la simple vista de los mas de esos hombres que viven entre nosotros de literatura. No queremos decir por esto que sea el amor propio defecto exclusivo de los que por su talento se distinguen : generalmente se puede asegurar que no hay nada mas temible en la sociedad que el trato de las personas que se sienten con alguna superioridad sobre sus semejantes. ¿Hay cosa mas insoportable que la conversacion y los dengues de la hermosa que lo es á sabiendas? Mírela usted á la cara tres veces seguidas ; diríjala usted la palabra con aquella educacion, deferencia ó placer que difícilmente pueden dejar de tenerse hablando con una hermosa; ya le cree á usted su *don Amadeo*, ya le mira á usted como quien le perdona la vida. Ella sí, es amable, es un modelo de dulzura; pero su amabilidad es la afectada mansedumbre del leon, que hace sentir de vez en cuando el peso de sus garras; es pura compasion que nos dispensa.

Pasemos de la aristocracia de la belleza á la de la cuna. ¡Qué amable es el señor marqués, qué despreocupado, qué llano! Vedle con el sombrero en la mano, sobre todo para sus inferiores. Aquella llaneza, aquella deferencia, si ahondamos en su corazon, es una honra que cree dispensar, una limosna que cree hacer al plebeyo. Trate este diariamente con él, y al fin de la jornada nos dará noticias de su amabilidad : ocasiones habrá en que algun manoplazo feudal le haga recordar con quién se las ha.

No hablemos de la aristocracia del dinero, porque si alguna hay falta de fundamento es esta : la que se funda en la riqueza, que todos pueden tener : en el oro, de que solemos ver henchidos los bolsillos de este ó de aquel alternativamente, y no siempre de los hombres de mas mérito ; en el dinero, que se adquiere muchas veces por medios ilícitos, y que la fortuna reparte á ciegas sobre sus favoritos de capricho.

Si algun orgullo hay, pues, disculpable, es el que se funda en la aristocracia del talento, y mas disculpable ciertamente donde es á toda luz mas fácil nacer hermosa, de noble cuna, ó adquirir riqueza, que lucir el talento que nace entre abrojos cuando nace, que solo acarrea sinsabores;

y que se encuentra aisladamente encerrado en la cabeza de su dueño como en callejon sin salida. El estado de la literatura entre nosotros, y el heroismo que en cierto modo se necesita para dedicarse á las improductivas letras, es la causa que hace á muchos de nuestros literatos mas insoportables que los de cualquiera otro país : añádese á esto el poco saber de la generalidad, y de aquí se podrá inferir que entre nosotros el literato es una especie de oráculo que, poseedor único de su secreto y solo iniciado en sus misterios recónditos, emite su opinion oscura con voz retumbante y hueca, subido en el trípode que la general ignorancia le fabrica. Charlatan por naturaleza, se rodea del aparato ostentoso de las apariencias, y es un cuerpo mas impenetrable que la célebre cuña de la milicia romana. Las bellas letras, en una palabra, el saber escribir es un oficio particular que solo profesan algunos, cuando debiera constituir una pequeñísima parte de la educacion general de todos.

Pero, si atendidas estas breves consideraciones es el orgullo del talento disculpable porque es el único modo que tiene el literato de cobrarse el premio de su afan, no por eso autoriza á nadie á ser en sociedad ridículo, y este es el extremo por donde peca don Timoteo.

No hace muchos dias que yo, que no me precio de gran literato, yo que de buena gana prescindiria de esta especie de apodo, si no fuese preciso que en sociedad tenga cada cual el suyo, y si pudiese tener otro mejor, me ví en la precision de consultar á algunos literatos con el objeto de reunir sus diversos votos y saber qué podrian valer unos opúsculos que me habian traido para que diese yo sobre ellos mi opinion. Esto era harto difícil en verdad, porque, si he de decir lo que siento, no tengo fijada mi opinion todavía acerca de ninguna cosa, y me siento medianamente inclinado á no fijarla jamás : tengo mis razones para creer que este es el único camino del acierto en materias opinables : en mi entender todas las opiniones son peores; permítaseme esta manera de hablar antigramatical y antilógica.

Fuíme, pues, con mis manuscritos debajo del brazo (circunstancia que no le importará gran cosa al lector) deseoso de ver á un literato, y me pareció deber salir para esto de la atmósfera inferior donde pululan los poetas noveles y lampiños, y dirigirme á uno de esos literatazos abrumados de años y de laureles.

Acerté á dar con uno de los que tienen mas sentada su reputacion. Por supuesto que tuve que hacer una antesala digna de un pretendiente, porque una de las cosas que mejor se saben hacer aquí es esto de antesalas. Por fin tuve el placer de ser introducido en el oscuro santuario.

Cualquiera me hubiera hecho sentar; pero don Timoteo me recibió en pié, atendida sin duda la diferencia que hay entre el literato y el hombre. Figúrense ustedes un ser enteramente parecido á una persona; algo mas encorvado hácia el suelo que el género humano, merced sin duda al hábito de vivir inclinado sobre el bufete; mitad sillon, mitad hombre; entrecejo arrugado; la voz mas hueca y campanuda que la de las personas; las manos *mijt* y *mijt*, como dicen los chuferos y valencianos, de tinta y tabaco; gran autoridad en el decir; mesurado compás de

frases; vista insultantemente curiosa, y que oculta á su interlocutor por una rendija que le dejan libres los párpados fruncidos y casi cerrados, que es manera de mirar sumamente importante y como de quien tiene graves cuidados; los anteojos encaramados á la frente; calva, hija de la fuerza del talento, y gran balumba de papeles revueltos y libros confundidos que bastaran á dar una muestra de lo coordinadas que podia tener en la cabeza sus ideas; una caja de rapé y una petaca: los demás vicios no se veian. Se me olvidaba decir que la ropa era adrede mal hecha, afectando desprecio de las cosas terrenas, y todo el conjunto no de los mas limpios, porque este era de los literatos rezagados del siglo pasado, que tanto mas profundos se imaginaban cuanto menos aseados vestian. Llegué, le ví, dije: este es un sabio.

Saludé á don Timoteo y saqué mis manuscritos.

— ¡Hola! me dijo ahuecando mucho la voz para pronunciar.

— Son de un amigo mio.

— ¿Sí? me respondió. ¡Bueno! ¡Muy bien! Y me echó una mirada de arriba abajo por ver si descubria en mi rostro que fuesen mios.

— ¡Gracias! repuse, y empezó á hojearlos.

— « Memoria sobre las aplicaciones del vapor. »

— ¡Ah! esto es acerca del vapor, ¿eh? Aquí encuentro ya... Vea usted... aquí falta una coma: en esto soy muy delicado. No hallará usted en Cervantes usada la voz *memoria* en este sentido; el estilo es duro, y la frase es poco robusta... ¿Qué quiere decir *presion* y...?

— Sí; pero acerca del vapor... porque el asunto es saber si...

— Yo le diré á usted; en una oda que yo hice allá cuando muchacho, cuando uno andaba en esas cosas de literatura... dije... cosas buenas...

— Pero, ¿qué tiene que ver?...

— ¡Oh! ciertamente ¡oh! Bien, me parece bien. Va se ve; estas ciencias exactas son las que han destruido los placeres de la imaginacion: ya no hay poesía.

— ¿Y qué falta hace la poesía cuando se trata de mover un barco, señor don Timoteo?

— ¡Oh! cierto... pero la poesía... amigo... ¡oh! aquellos tiempos se acabaron. Esta... ya se ve... estará bien, pero debe usted llevarlo á un físico, á uno de esos...

— Señor don Timoteo, un literato de la fama de usted tendrá siquiera ideas generales de todo, demasiado sabrá usted...

— Sin embargo... ahora estoy escribiendo un tratado completo con notas y comentarios, mios tambien, acerca de quien fué el primero que usó el asonante castellano.

— ¡Hola! Debe usted darse prisa á averiguarlo: esto urge mucho á la felicidad de España y á las luces... Si usted llega á morirse, nos quedamos á buenas noches en punto á asonantes... y...

— Sí, y tengo aquí una porcion de cosillas que me traen á leer; no puedo dar salida á los que... ¡Me abruman á consultas!... ¡Oh! estos muchachos del dia salen todos tan... ¡Oh! ¿Usted habrá leido mis poesías? Allí hay algunas cosillas...

— Sí; pero un sabio de la reputacion de don Timoteo habrá publicado además obras de fondo y...

—¡Oh! no se puede... no saben apreciar... ya sabe usted... á salir del dia... Solo la maldita aficion que uno tiene á estas cosas...

— Quisiera leer con todo lo que usted ha publicado: el género humano debe estar agradecido á la ciencia de don Timoteo... Dícteme usted los títulos de sus obras. Quiero llevarme una apuntacion.

— ¡Oh! ¡Oh!

— ¿Qué especie de animal es este, iba yo diciendo ya para mí, que no hace mas que lanzar monosílabos y hablar despacio, alargando los vocablos y pronunciando mas abiertas las *aes* y las *oes?*

Cogí sin embargo una pluma y un gran pliego de papel presumiendo que se llenaria con los títulos de las luminosas obras que habria publicado durante su vida el célebre literato don Timoteo.

— Yo hice, empezó, una oda á la *continencia*... ya la conocerá usted... allí hay algunos versecillos.

— *Continencia*, dije yo repitiendo. Adelante.

— En los periódicos de entonces puse algunas anacreónticas; pero no con mi nombre.

— *Anacreónticas;* siga usted; vamos á lo gordo.

— Cuando los franceses escribí un folletito que no llegó á publicarse... ¡como ellos mandaban!...

— *Folletito* que no llegó á publicarse.

— He hecho una oda al Huracan, y una silva á Filis.

— *Huracan, Filis.*

— Y una comedia que medio traduje de cualquier modo; pero como en aquel tiempo nadie sabia francés, pasó por mia: me dió mucha fama. Una novelita traduje tambien...

— ¿Qué mas?

— Ahí tengo un prólogo empezado para una obra que pienso escribir, en el cual trato de decir modestamente que no aspiro al título de sabio: que las largas convulsiones políticas que han conmovido á la Europa y á mí á un mismo tiempo, las intrigas de mis émulos, enemigos y envidiosos, y la larga carrera de infortunios y sinsabores en que me he visto envuelto y arrastrado juntamente con mi patria, han impedido que dedicara mis ocios al cultivo de las musas; que habiéndose luego el gobierno acordado y servídose de mi poca aptitud en circunstancias críticas, tuve que dar de mano á los estudios amenos que reclaman soledad y quietud de espíritu, como dice Ciceron; y en fin, que en la retirada de Vitoria perdí mis papeles y manuscritos mas importantes; y sigo por ese estilo...

— Cierto... Ese prólogo debe darle á usted extraordinaria importancia.

— Por lo demás, no he publicado otras cosas...

— Con que una oda y otra oda, dije yo recapitulando, y una silva, anacreónticas, una traduccion original, un folletito que no llegó á publicarse, y un prólogo que se publicará...

— Eso es. Precisamente.

Al oir esto no estuvo en mí tener mas la risa, despedíme cuanto antes pude del sabio don Timoteo, y fuíme á soltar la carcajada al medio del arroyo á todo mi placer.

— ¡Por vida de Apolo! salí diciendo. ¿Y es este don Timoteo? ¿Y cree que la sabiduría está reducida á hacer anacreónticas? ¿Y porque ha hecho una oda le llaman sabio? ¡Oh reputaciones fáciles! ¡Oh pueblo bondadoso!

¿Para qué he de entretener á mis lectores con la poca diversidad que ofrece la enumeracion de las demás consultas que en aquella mañana pasé? apenas encontré uno de esos célebres literatos, que así pudiera dar su voto en poesía como en legislacion, en historia como en medicina, en ciencias exactas como en... Los literatos aquí no hacen mas que versos, y si algunas excepciones hay, y si existen entre ellos algunos de mérito verdadero que de él hayan dado pruebas positivas, no son excepciones suficientes para variar la regla general.

¿Hasta cuándo, pues, esa necia adoracion á las reputaciones usurpadas? Nuestro país ha caminado mas de prisa que esos literatos rezagados; recordamos sus nombres que hicieron ruido cuando, mas ignorantes, éramos los primeros á aplaudirlos; y seguimos repitiendo siempre como papagayos: *Don Timoteo es un sabio.* ¿Hasta cuándo? Presenten sus títulos á la gloria y los respetaremos y pondremos sus obras sobre nuestra cabeza. ¿Y al paso que nadie se atreve á tocar á esos sagrados nombres que solo por antiguos tienen mérito, son juzgados los jóvenes que empiezan con toda la severidad que aquellos merecerian? El mas leve descuido corre de boca en boca; una reminiscencia es llamada robo; una imitacion plagio, y un plagio verdadero intolerable desvergüenza. Esto en tierra donde hace siglos que otra cosa no han hecho sino traducir nuestros mas originales hombres de letras.

Pero volvamos á nuestro don Timoteo. Háblesele de algun jóven que haya dado alguna obra. No lo he leido.... ¡Como no leo esas cosas! exclama. Hable usted de teatros á don Timoteo. — No voy al teatro; eso está perdido... porque quieren persuadirnos de que estaba mejor en su tiempo; nunca verá usted la cara del literato en el teatro. Nada conoce, nada lee nuevo; pero de todo juzga, de todo hace ascos.

Veamos á don Timoteo en el Prado; rodeado de una pequeña corte que á nadie conoce cuando va con él: vean ustedes cómo le oyen con la boca abierta; parece que le han sacado entre todos á paseo para que no se acabe entre sus investigaciones acerca de la ruina que á nadie le importa. ¿Habló don Timoteo? ¡Qué algazara y qué aplausos! ¿Se sonrió don Timoteo? ¿Quien fué el dichoso que le hizo desplegar los labios? ¿Lo dijo don Timoteo, el sabio autor de una oda olvidada ó de un ignorado romance? Tuvo razon don Timoteo.

Haga usted una visita á don Timoteo; en buena hora; pero no espere usted que se la pague. Don Timoteo no visita á nadie. ¡Está tan ocupado! El estado de su salud no le permite usar de cumplimientos; en una palabra, no es para don Timoteo la buena crianza.

Veámosle en sociedad. ¡Qué aire de suficiencia, de autoridad, de supre-

macía! Nada le divierte á don Timoteo. ¡Todo es malo! Por supuesto que no baila don Timoteo, ni habla don Timoteo, ni rie don Timoteo, ni hace nada don Timoteo de lo que hacen las personas. Es un eslabon roto en la cadena de la sociedad.

¡Oh sabio don Timoteo! ¿Quién me diera á mí hacer una mala oda para echarme á dormir sobre el colchon de mis laureles; para hablar de mis afanes literarios, de mis persecuciones y de las intrigas y revueltas de los tiempos; para hacer ascos de la literatura; para recibir á las gentes sentado; para no devolver visitas; para vestir mal; para no tener que leer; para decir del alumno de las musas que mas haga : « es un mancebo de dotes muy recomendables, es mozo que promete; » para mirarle á la cara con aire de proteccion y darle alguna suave palmadita en la mejilla, como para comunicarle por medio del contacto mi saber; para pensar que el que hace versos, ó sabe donde han de ponerse las comas, y cual palabra se halla en Cervantes, y cual no, ha llegado al *summum* del saber humano; para llorar sobre los adelantos de las ciencias útiles; para tener orgullo y amor propio; para hablar pedantesco y ahuecado; para vivir en contradiccion con los usos sociales; para ser en fin ridículo en sociedad sin parecérselo á nadie?

LA POLÉMICA LITERARIA.

> ... à Madrid la république des lettres était celle des loups, toujours armés les uns contre les autres; et livrés au mépris où ce visible acharnement les conduit, tous les insectes les moustiques, les cousins, les critiques, les maringouins, les envieux, les feuillistes, les libraires, les censeurs, et tout ce qui s'attache à la peau des malheureux gens de lettres, achevait de déchiqueter et de sucer le peu de substance qui leur restait.
>
> BEAUMARCHAIS *Le Barbier de Séville*, act. I.

Muchos son los obstáculos que para escribir encuentra entre nosotros el escritor, y el escritor sobre todo de costumbres que funda sus artículos en la observacion de los diversos caractéres que andan por la sociedad revueltos y desparramados: si hace un artículo malo, ¿quién es él, dicen, para hacerle bueno? Y si le hace bueno, *será traducido*, gritan á una voz sus amigos. Si huyó de ofender á nadie, son pálidos sus escritos, no hay chiste en ellos ni originalidad; si observó bien, si hizo resaltar los colores y si logra sacar á los labios de su lector tal cual picante sonrisa, « es un payaso, » exclaman, como si el toque del escribir consistiera en escribir serio; si le ofenden los vicios, si rebosa en sus renglones la indignacion

contra los necios, si los malos escritores le merecen tal cual varapalo, « es un hombre feroz, á nadie perdona. ¡Jesus, qué entrañas! » ¡Habrá pícaro que no quiere que escribamos disparates! ¿Dibujó un carácter, y tomó para ello toques de este y de aquel, formando su bello ideal de las calidades de todos? ¡Qué picarillo, gritan, cómo ha puesto á don fulano! ¿Pintó un avaro como hay ciento? Pues ese es don Cosme, gritan todos, el que vive aquí á la vuelta. — Y no se desgañite para decirle al público : — « Señores, que no hago retratos personales, que no critico á uno, que critico á todos. Que no conozco siquiera á ese don Cosme. » — ¡Tiempo perdido! Que el artículo está hecho hace dos meses, y don Cosme vino ayer. — Nada. — Que mi avaro tiene peluca y don Cosme no la gasta. — ¡Ni por esas! — Púsole peluca, dicen, para desorientar; pero es él. — Que no se parece á don Cosme en nada. — No importa; es don Cosme, y se lo hacen creer todos á don Cosme por ver si don Cosme le mata; y don Cosme, que es caviloso, es el primero á decir : « ese soy yo. » Para esto de entender alusiones nadie como nosotros.

¿Consistirá esto en que los criticados que se reconocen en el cuadro de costumbres se apresuran á echar el muerto al vecino para descartarse de la parte que á ellos les toca? ¡Quién sabe! Confesemos de todos modos que es pícaro oficio el de escritor de costumbres.

Con estas reflexiones encabezamos nuestro artículo de hoy, porque, no nos perdone Dios nuestros pecados, si no creemos que antes de llegar al último renglon han de haber encontrado nuestros perspicaces lectores el original del retrato que no hacemos. Como cosa de las doce serian cuando cavilaba yo ayer acerca del modo de urdir un artículo bueno que gustase á todos los que le leyesen, y encomendábame á toda priesa, con mas fe que esperanza, á santa Rita, abogada de imposibles, para que me deparara alguna musa acomodaticia, la cual me enviase inspiraciones cortadas á medida de todo el mundo. Pedíale un modo de escribir que ni fuese serio, ni jocoso, ni general, ni personal, ni largo, ni corto, ni profundo, ni superficial, ni alusivo, ni indeterminado, ni sabio, ni ignorante, ni culto, ni trivial; una quimera, en fin, y pedíale de paso un buen original francés de donde poder robar aquellas ideas que buenamente no suelen ocurrirme, que son las mas, y una baraja completa de trasposiciones felices, de estas que el diablo mismo que las invento no entiende, y que por consiguiente no comprometen al que las escribe .. Pero estoy para mí que no debia de hacer mas caso de mis oraciones la santa que el que hacen los cómicos de los artículos de teatros, porque ni venia musa, ni yo acertaba á escribir un mal disparate que pudiese dar contento á necios y á discretos. Mesábame las barbas, y renegaba de mi mal cortada pluma, que siempre ha de pinchar, y de mi lengua que siempre ha de maldecir, cuando un cariacontecido mozalvete con cara de literato, es decir, de envidia, se me presentó, y mirándome zaino y torcido, como quien no camina derecho ni piensa hacer cosa buena, díjome entre uno y otro piropo, que yo eché en saco roto, como tenia que consultarme y pedirme consejos en materias graves.

Invitéle á que se sentara, lo cual hizo en la punta de una silla, como

aquel que no queria abusar de mi buena crianza, poniendo su sombrero debajo de una mesa á modo de florero ó de escupidera.

— ¿Y qué es el caso? le pregunté; porque ha de advertir el lector que yo me perezco por los diálogos.

—¿Qué ha de ser, señor Fígaro, sino que yo he puesto un artículo en un periódico, y no bien le habia leido impreso, cuando zás, ya me han contestado?

— ¡Oh! Son muy bien criados los periodistas, le dije : no saben lo que es dejar á un hombre sin contestacion.

— Sí, señor; pero de buenas á primeras, y sin pedirme mi parecer, dan en la flor de decirme que es mi artículo un puro disparate. Es el caso que yo tambien quiero contestar, porque ¿qué dirá el mundo, y sobre todo la Europa, si yo no contesto?

— Cierto : no se piensa en otra cosa en el dia sino en Portugal y en su artículo de usted.

— Ya se ve : y como usted entiende de achaque de contestaciones, y de cómo se lleva por aquí eso de polémica literaria, vengo á que me endilgue usted, sobre poco mas ó menos, cuatro consejos oportunos, de modo que la materia en cuestion se dilucide, se entere el público de quién tiene razon, y quede yo encima, que es el objeto.

— ¿Y de qué habla el artículo?

— Le diré á usted : de nada : el hecho es que en la cuestion no nos entendemos ni él ni yo, porque como la mitad de las cosas que podrian decirse en la materia, uno y otro las ignoramos, y la otra mitad no se puede decir...

— Sí... pues eso es muy fácil... ¿pero trata de...?

— De tabacos, sí, señor. Con que yo quisiera que usted me indicase todos los hombres que han tenido que ver con tabacos desde Nicot que los descubrió hasta Tissot, por lo menos, que está contra su uso. Con la vasta erudicion que usted me va á proporcionar yo haré trizas á mi contrario...

— ¡Ay, amigo, le interrumpí, y qué poco entiende usted de polémica literaria! En primer lugar, para disputar de una materia lo primero que usted debe procurar es ignorarla de pe á pa. ¿Qué quiere usted? así corren los tiempos. En segundo lugar, ¿usted sabe quién es el autor del artículo contra usted?

— ¿Y qué falta hace para aclarar la cuestion al público saber quién sea el autor del artículo?

— ¡Hombre, usted está en el cristus de la polémica literaria del país! ¿De dónde viene usted? Usted no lee. En vez de buscar libros que confirmen la opinion de usted, la primera diligencia que ha de hacer es saber quién es el autor del artículo contrario.

— Bueno : pues ya lo sé. Pero el caso no es ese, sino que un periódico dice que mi artículo es malo.

— Calle usted. Somos felices.

— Yo pensaba dar razones y probar...

— No, señor, no pruebe usted nada. ¿Usted se quiere perder? Diga usted, ¿qué señas tiene el adversario de usted? ¿Es alto?

— Mucho; se pierde de vista.

— ¿Tendrá seis piés?

— Mas, mas : hágale usted mas favor... pero ¿qué tiene que ver eso con la cuestion de tabacos?

— ¿No ha de tener? Empiece usted diciendo que su artículo de usted es bueno : primero porque él es alto.

— ¡Hombre!

— Calle usted. ¿Ha escrito algunas obras?

— Sí, señor : en el año 97 escribió una comedia que no valia gran cosa.

— Bravo : añada usted que usted entiende mucho de tabacos, fundado en que él hizo el año 97 una comedia...

— Pero, señor, haremos reir al público...

— No tenga usted cuidado : el público se morirá de risa, y la palestra queda por el que hace reir. ¿Qué mas tiene el adversario? ¿Tiene alguna verruga en las narices, tiene moza, debe á alguien, ha estado en la cárcel alguna vez, gasta peluca, ha tenido opinion nula?...

— Algo, algo hay de eso.

— Pues bien : á él : la opinion, la verruga : duro en sus defectos. ¿Qué entenderá él de achaque de tabacos, si escribió en los periódicos de entonces, y si el año 8 jugaba á la pipirijaina ó á la pata coja?

— ¿Pero adónde vamos á parar?...

— A la tetilla izquierda, señor : usted no se desanime : ¿le coge usted en un plagio? El testo en los hocicos, el original, y ande. ¿Sabe usted algun cuento? á contársele.

— ¿Y si no vienen á pelo los cuentos que yo sé?

— No importa; usted hará reir, y ese es el caso. ¿Dice él que usted se equivoca una vez? Dígale usted que él se equivoca ciento, y pata. Usted es una tal; y usted es mas : este es el modo.

— Pero, señor Fígaro, ¿y dónde dejamos ya la cuestion de tabacos?

— ¿Y á usted qué le importa ni á nadie tampoco? Déjela usted que viaje. Por fin luego que usted haya agotado todos los recursos de la personalidad, concluya usted apelando al público y diciendo que él sabrá apreciar la moderacion de usted en la cuestion presente : que se retira usted de la polémica; en primer lugar, porque ha probado suficientemente su opinion acerca de tabacos con las poderosas razones antedichas de la estatura, de la verruga, de la comedia del año 97, de las deudas y de la opinion del adversario : y en segundo lugar porque habiendo usado el contrario de mala fe y de indecorosas personalidades (y eso dígalo usted aunque sea mentira), de que usted no se siente capaz en atencion á que usted respeta mucho al público respetable, la polémica se ha hecho asquerosa é interminable. Aquí dice usted una gracia ó dos si puede acerca del mayor número de suscriciones que reune el periódico en que usted escribe, que es razon concluyente, y que le piquen á usted moscas.

— Señor Fígaro, ese plan será bueno; mas yo le encuentro el inconveniente de que si en un país en que tan poco prestigio tienen la literatura y los literatos, en vez de darnos honor unos á otros nos damos mútua-

mente en espectáculo, derribamos nosotros mismos nuestros altares, y nos hacemos el hazme-reir del público... y á mí me da vergüenza...

— ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¿Ahora salimos con que tiene usted vergüenza?... y... ¡voto va! Dijéralo usted al principio. Usted es incorregible. Pues, amigo, voy á concluir: hace muchos años que ando por este mundo, y las mas de las polémicas que he visto se han decidido por ese estilo. Fuera, pues, razones, señor mio: látigo y mas látigo: no sé qué sabio ha dicho que las mas de las cuestiones son cuestiones de nombre: aquí, amigo mio, las mas son cuestiones de personas. — Y con esto despedí á mi cliente, quien no sé si habrá aprovechado mis consejos. Una cosa tan solo le supliqué al salir por el umbral de mi puerta. — Si acaso, le dije, oye usted decir á las gentes cuando le vean por el mundo: « ahí va el cliente de Fígaro: ese es el del artículo, » — no lo creo, responda usted: el cliente de Fígaro es un ente ideal que tiene muchos retratos en esta sociedad, pero que no tiene original en ninguna.

LA FONDA NUEVA.

Preciso es confesar que no es nuestra patria el país donde viven los hombres para comer: gracias por el contrario si se come para viv ir: verdad es que no es este el único punto en que manifestamos lo mal que nos queremos: no hay género de diversion que no nos falte: no hay especie de comodidad de que no carezcamos. « ¿Qué país es este? » me decia no hace un mes un extranjero que vino á estudiar nuestras costumbres. Es de advertir, en obsequio de la verdad, que era francés el extranjero, y que el francés es el hombre del mundo que menos concibe el monótono y sepulcral silencio de nuestra existencia española. — Grandes carreras de caballos habrá aquí, me decia desde el amanecer: no faltaremos. — Perdone usted, le respondia yo; aquí no hay carreras. — ¿No gustan de correr los jóvenes de las primeras casas? ¿No corren aquí siquiera los caballos?.... — Ni siquiera los caballos. — Iremos á caza. — Aquí no se caza: no hay dónde, ni qué. — Iremos al paseo de coches. — No hay coches. — Bien: á una casa de campo á pasar el dia. — No hay casas de campo, no se pasa el dia. — Pero habrá juegos de mil suertes diferentes, como en toda Europa.... habrá jardines públicos donde se baile; mas en pequeño, pero habrá sus *tívolis*, sus *ranelagh*, sus *campos elíseos*... habrá algun juego para el público. — No hay nada para el público: el público no juega. — Es de ver la cara de los extranjeros cuando se los dice francamente que el público español, ó no siente la necesidad interior de divertirse, ó se divierte como los sabios (que en eso todos lo parecen) con sus propios pensamientos: creia mi extranjero que yo queria abusar de su credulidad, y con rostro entre desconfiado y resignado, « paciencia, me decia por fin: nos contentaremos con ir á los bailes que

den las casas del buen tono y las suarés...» — Paso, señor mio, le interrumpí yo: ¿con que es bueno que le dije que no habia gallinas y se me viene pidiendo...? En Madrid no hay bailes, no hay suarés. Cada uno habla ó reza, ó hace lo que quiere en su casa con cuatro amigos muy de confianza, y basta.

Nada mas cierto sin embargo que este tristísimo cuadro de nuestras costumbres. Un dia solo en la semana, y eso no todo el año, se divierten mis compatriotas: el lunes, y no necesito decir en qué: los demás dias examinemos cuál es el público recreo. Para el pueblo bajo el dia mas alegre del año redúcese su diversion á calzarse las castañuelas (digo calzarse porque en ciertas gentes las manos parecen piés), y agitarse violentamente en medio de la calle, en corro, al desapacible son de la ágria voz y del desigual pandero. Para los elegantes todas las corridas de caballos, las partidas de caza, las casas de campo, todo se encierra en dos ó tres tiendas de la calle de la Montera. Allí se pasa alegremente la mañana en contar las horas que faltan para irse á comer, si no hay sobre todo gordas noticias de Lisboa, ó si no dan en pasar muchos lindos talles de quien murmurar, y cuya opinion se pueda comprometer, en cuyos casos varía mucho la cuestion y nunca falta que hacer. — ¿Qué se hace por la tarde en Madrid? — Dormir la siesta. — ¿Y el que no duerme, qué hace?— Estar despierto; nada mas. Por la noche, es verdad, hay un poco de teatro, y tiene un elegante el desahogo inocente de venir á silbar un rato la mala voz del bufo caricato, ó á aplaudir la linda cara de la *altra prima donna;* pero ni se proporciona tampoco todos los dias, ni se divierte en esto sino un muy reducido número de personas, las cuales, entre paréntesis, son siempre las mismas, y forman un pueblo chico de costumbres extranjeras, embutido dentro de otro grande de costumbres patrias, como un cucurucho menor metido en un cucurucho mayor.

En cuanto á la pobre clase media, cuyos límites van perdiéndose y desvaneciéndose cada vez mas, por arriba en la alta sociedad, en que hay de ella no pocos intrusos, y por abajo en la capa inferior del pueblo, que va conquistando sus usos, esa solo de una manera se divierte. ¿Llegó un dia de dias? ¿Hubo boda? ¿Nació un niño? ¿Diéronle un empleo al amo de la casa? que en España ese es el grande alegron que hay que recibir. Solo de un modo se solemniza. Gran coche de alquiler, decentemente regateado; pero mas gran familia: seis personas coge el coche á lo mas. Pues entra papá, entra mamá, las dos hijas, dos amigos íntimos convidados, una prima que se apareció allí casualmente, el cuñado, la doncella, un niño de dos años y el abuelo; la abuela no entra porque murió el mes anterior. Ciérrase la portezuela entonces con la misma dificultad que la tapa de un cofre apretado para un largo viaje, y á la fonda. La esperanza de la gran comida, á que se va aproximando el coche mal que bien, aquello de andar en alto, el rubor de las jóvenes que van sentadas sobre los convidados, y la ausencia sobre todo del diurno puchero alborotan á nuestra gente en tal disposicion, que desde media legua se conoce el coche que lleva á la fonda á una familia de enhorabuena.

Tres años seguidos he tenido la desgracia de comer de fonda en Madrid, y en el dia solo el deseo de observar las variaciones que en nuestras costumbres se verifican con mas rapidez de lo que algunos piensan, ó el deseo de pasar un rato con amigos, pueden obligarme á semejante despropósito. No hace mucho sin embargo que un conocido mio me quiso arrastrar fuera de mi casa á la hora de comer. — Vamos á comer á la fonda. — Gracias; mejor quiero no comer. — Comeremos bien; iremos á Genyeis: es la mejor fonda. — Linda fonda: es preciso comer de seis ó siete duros para no comer mal. ¿Qué aliciente hay allí para ese precio? Las salas son bien feas : el adorno ninguno : ni una alfombra, ni un mueble elegante, ni un criado decente, ni un servicio de lujo, ni un espejo, ni una chimenea, ni una estufa en invierno, ni agua de nieve en verano, ni... ni Burdeos, ni Champagne... Porque no es Burdeos el Valdepeñas, por mas raiz de lirio que se le eche. — Iremos á los Dos Amigos. — Tendremos que salirnos á la calle á comer, ó á la escalera, ó llevar una cerilla en el bolsillo para vernos las caras en la sala larga. — A cualquiera otra parte. Crea usted que hoy nos van á dar bien de comer. — ¿Quiere usted que le diga yo lo que nos darán en cualquier fonda adonde vayamos? Mire usted, nos darán en primer lugar mantel y servilletas puercas, vasos puercos, platos puercos y mozos puercos : sacarán las cucharas del bolsillo, donde están con las puntas de los cigarros; nos darán luego una sopa que llaman de yerbas, y que no podria acertar á tener nombre mas alusivo; estofado de vaca á la italiana, que es cosa nueva; ternera mechada, que es cosa de todos los dias; vino de la fuente; aceitunas magulladas; frito de sesos y manos de carnero, hechos aquellos y estos á fuerza de pan : una polla que se dejaron otros ayer, y unos postres que nos dejaremos nosotros para mañana. — Y tambien nos llevarán poco dinero, que aquí se come barato. — Pero mucha paciencia, amigo mio, que aquí se aguanta mucho.

No hubo sin embargo remedio : mi amigo no daba cuartel, y estaba visto que tenia capricho de comer mal un dia. Fué preciso, pues, acompañarle, é íbamos á entrar en los dos Amigos, cuando llamó nuestra atencion un gran letrero nuevo que en la misma calle de Alcalá y sobre las ruinas del antiguo figon de Perona dice : *Fonda del Comercio.* — ¿Fonda nueva? — Vamos á ver. En cuanto al local, no les da el naipe á los fondistas para escoger local; en cuanto al adorno, nos cogen acostumbrados á no pagarnos de apariencias; nosotros decimos : ¡como haya que comer, aunque sea en el suelo! Por consiguiente nada nuevo en este punto en la fonda nueva.

Chocónos sin embargo la diferencia de las caras de ahora, y que hace medio año se veian en aquella casa. Vimos elegantes, y diónos esto excelente idea. Realmente hubimos de confesar que la fonda nueva es la mejor; pero es preciso acordarnos de que la Fontana era tambien la mejor cuando se instaló : esta será, pues, otra Fontana dentro de un par de meses. La variedad que hoy en platos se encuentra cederá á la fuerza de las circunstancias; lo que nunca podrá perder será el servicio : la fonda nueva no reducirá nunca el número de sus mozos, porque es difícil re-

ducir lo poco : se ha adoptado en ella el principio admitido en todas; un mozo para cada sala, y una sala para cada veinte mesas.

Por lo demás no deja de ofrecer un cuadro divertido para el observador oscuro el aspecto de una fonda. Si á su entrada hay ya una familia en los postres, ¿qué efecto le hace al que entra frio y sereno el ruido y la algaraza de aquella gente toda alborotada porque ha comido? ¡Qué miserable es el hombre! ¿De qué se rien tanto? ¿Han dicho alguna gracia? No, señor; se rien de que han comido, y la parte física del hombre triunfa de la moral, de la sublime; que no debiera estar tan alegre solo por haber comido. — Allí está la familia que trajo el coche... ¡Apartemos la vista y tapemos los oidos por no ver, por no oir!!!

Aquel jóven que entra venia á comer de medio duro; pero se encontró con veinte conocidos en una mesa inmediata : dejóse coger tambien por la negra honrilla, y solo por los testigos pide de á duro. Si como son solo conocidos fuera una mujer á quien quisiera conquistar, la que en otra mesa comiera, hubiera pedido de á doblon : á pocos amigos que encuentre, el infeliz se arruina. ¡Necio rubor de no ser rico! ¡Mal entendida vergüenza de no ser calavera!

¿Y aquel otro? Aquel recorre todos los dias á una misma hora varias fondas : aparenta buscar á alguien : en efecto, algo busca; ya lo encontró : allí hay conocidos suyos : á ellos derecho : primera frase suya : — ¡Hombre! ¿Ustedes por aquí?— Coma usted con nosotros, le responden todos. — Excúsase al principio; pero si habia de comer solo... un amigo á quien esperaba no viene... Vaya, comeré con ustedes. Dice por fin, y se sienta. ¡Cuán ajenos estaban sus convidadores de creer que habian de comer con él! Él sin embargo sabia desde la víspera que habia de comer con ellos : les oyó convenir en la hora, y es hombre que come los mas dias de oidas, y algunos por haber oido.

¿Qué pareja es la que sin mirar á un lado ni á otro pide un cuarto al mozo y...? Pero es preciso marcharnos, mi amigo y yo hemos concluido de comer : cierta curiosidad nos lleva á pasar por delante de la puerta entornada donde ha entrado á comer sin testigos aquel oscuro matrimonio... sí; duda... Una pequeña parada que hacemos alarma á los que no quieren ser oidos, y un portazo dado con todo el mal humor propio de un misántropo nos advierte nuestra indiscrecion y nuestra impertinencia. Paciencia, salgo diciendo : todo no se puede observar en este mundo; algo ha de quedar oscuro en un cuadro : sea esto lo que quede en negro en este artículo de costumbres de la Revista Española.

POESIAS

DE

DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Es tan conocido el mérito del autor de esta nueva coleccion poética, son tan justamente apreciados en España y fuera de ella los varios ensayos didácticos y composiciones dramáticas que en anteriores tomos ha publicado, que no es mucho que entremos con respeto y miedo á juzgar al que puede juzgar á los demás. El justo criterio, el gusto depurado son las dotes que mas brillan en sus escritos; pero no contento el señor Martinez de la Rosa con haber indicado el camino que deben trillar los que á la gloria inmortal de poetas aspiren, nos quiere dar el ejemplo al lado de la admonicion. Harta empresa es esa para un solo hombre. No presta el cielo al mismo tiempo la fria severidad del crítico y la ardiente imaginacion del vate, y mal pudiera prestarlas sin contradecir sus propias leyes. Si alguna vez, pues, se ven ambas calidades reunidas puede reputarse fenómeno. Recorramos la lista de los primeros poetas; no hallaremos en esa á los grandes didácticos: preceptos será lo que en sus obras encontraremos, preceptos de inspiracion; rara vez preceptistas. Homero, Virgilio, Anacreonte, Píndaro, Taso, Milton, etc., etc., se contentaron con la parte que les tocó; verdad es que les tocó lo mas, porque nunca harán los preceptos un poeta. Recorramos por otra parte las obras de los grandes maestros del arte. Aristóteles hubiera probado á entonar la trompa épica; en balde hubiera ensayado á observar sus mismas reglas. Longino, que tan bien entendió el sublime, no hubiera dado nunca con él. El severo Boileau quiso pulsar la lira, y Apolo la rompió en sus débiles manos; toda su oda á la toma de Namor puede darse por el peor concepto de su arte poética. La Harpe dió modelos; pero modelos de escuela. En una palabra, la cabeza puede aventajarse en el hombre, pero es por lo regular á costa del corazon. Dos nombres colosales, que son los que mas acaso á la perfeccion en distintos géneros se han acercado, pudieran citarse como poderosas excepciones de nuestro aserto: Horacio y Voltaire. Esto sin embargo podria ser objeto de larga discusion en que no podemos entrar ahora; en ella apareceria tal vez que el Horacio del arte poética y de las sátiras no es el Horacio de las odas, que el Voltaire prosista es infinitamente superior al Voltaire autor cómico, trágico y épico.

En beneficio del señor don Francisco Martinez pueden solo resultar estas breves observaciones, á que la lectura grata de su libro da lugar. Nadie puede dudar del alto puesto que entre los preceptistas ocupa: y de su talento poético no seremos ciertamente nosotros los que dudemos. Y no decimos tampoco que el señor Martinez es poeta porque creamos que

otros lo duden, sino porque en decirlo gozamos y en repetirlo, nosotros sobre todo, que juzgaremos al autor con sus mismas leyes, y que abundamos afortunadamente en sentadas opiniones suyas. Sentimiento, intencion, es lo que buscamos en el poeta : sentimiento, intencion, encontramos en el señor Martinez de la Rosa. « No remontemos, dice el autor en su prólogo, tan desacordadamante el concepto y la frase que cueste trasudores el entendernos. » « No recuerdo un solo rasgo sublime, dice en otra parte, en cualquiera lengua que sea, que no esté expresado con sencillez. » Esta idea, adoptada por nuestro poeta y tan bien seguida en su *Edipo ;* esta imitacion de la griega sencillez es la que distingue sus obras poéticas de las demás de su época : la oscura ampulosidad es una montaña que abruma nuestra poesía, nada mas necesario que el que se resuelvan los jóvenes en fin á segregar del fruto precioso el injurioso pámpano que le ahoga. No es la palabra lo sublime ; séalo el pensamiento ; parta derecho al corazon ; apodérese de él, y la palabra lo será tambien. « Hágase la luz, dijo Dios, y fué la luz. » Nada hay escrito mas sublime, nada sin embargo menos ampuloso. Oigamos otra expresion grande y sencilla. Muere una mujer, y exclama su amiga : « ¡Con que esta es la primera noche que vas á pasar en la tierra ! » ¡Qué apóstrofe hay mas enérgico ! ¡Qué formas sin embargo mas sencillas ! Todas las palabras son sublimes cuando la pasion las emplea. Siguiendo estos principios, es difícil ser á veces mas poeta que el autor de esta coleccion. Hay ternura en sus composiciones, sentimiento en sus versos, profundidad á veces, dulce y melancólica filosofía. Bien quisiéramos citar algunos trozos de los que han señoreado en su lectura nuestro corazon. Pero el público se hará con estas poesías, y citar fragmentos fuera imponernos la difícil tarea de la eleccion. Respondemos que serán leidas con placer por los que abriguen sentimiento ; con entusiasmo por los que recibieron del cielo la sensibilidad como primera condicion de su existencia.

Una cosa confesaremos á nuestro pesar : uno de los géneros á que mas lugar ha dado en su tomo el señor Martinez de la Rosa ha sido un género desgastado ya ; un género en que tanto y tan bueno se ha escrito, que es harto difícil sobresalir en él. No es decir esto que sus composiciones ligeras no puedan competir con las de Anacreonte, con las de Gesner, con las de Melendez ; pero la tendencia del siglo es otra : si las sociedades nacientes alimentan su imaginacion con composiciones ligeras, las sociedades gastadas necesitan sensaciones mas fuertes. Acaso en esto lleve el poeta ventaja á la sociedad en que vive ; acaso las causas de la decadencia de este género no hacen favor á los adelantos de la civilizacion ; pero no por eso es menos cierto que buscamos mas bien en el dia la importante y profunda inspiracion de Lamartine, y hasta la desconsoladora filosofía de Byron que la ligera y fugitiva impresion de Anacreonte.

Los versificadores que solo hacer versos saben, mas no sentirlos, podrán tachar de poco robustos algunos del autor ; nosotros, aunque conocemos la necesaria cooperacion de la mas completa armonía posible

en la poesía, pasamos ligeramente sobre ese reproche, y siempre daremos la preferencia en todo caso á las ideas.

Concluiremos dando el parabien al señor Martinez de la Rosa por su nueva publicacion, y deseando que la juventud estudiosa saque tanto partido de su ejemplo como de las lecciones con que en sus obras anteriores ha sabido hacerse el órgano del buen gusto, y el honor de su patria, que colocará su nombre en la corta lista de los que en el dia pueden retribuirla gloria sólida é imperecedera.

LAS CASAS NUEVAS.

« La constancia es el recurso de los feos, dice la célebre Ninon de Lenclos en sus lindas cartas al marqués de Sévigné; las personas de mérito; que saben por donde quiera han de encontrar ojos que se prenden de ellas, no se curan de conservar la prenda conquistada; los feos, los necios, los que viven seguros de que difícilmente podrán encontrar quien llene el vacío de su corazon, se adhieren al amor, que una vez por acaso encontraron, como las otras á las peñas que en el mar las sostienen y alimentan.

« Estos son generalmente los que temerosos de perder el bien, que conocen no merecer, preconizan la constancia, la erigen en virtud, y hecen con ella el tormento de una vida que deben llenar la variedad y la sucesion de sensaciones tan vivas como diferentes. »

Aquella máxima de coqueta, al parecer ligera, si no es siempre cierta, porque no á todos les es dado el poder ser inconstantes, es sin embargo profunda y filosófica, y aun puede, fuera del amor, encontrar mas de una exacta aplicacion. Pero mi propósito no es hundirme en consideraciones metafísicas acerca del amor; tengamos lástima al que le ha dejado tomar incremento en su corazon, y pasemos como sobre ascuas sobre tan quisquilloso argumento. El hecho es que no tenia yo la edad todavía de querer ni de ser querido, cuando entre otras varias obras francesas que en mis manos cayeron, hacia ya un papel muy principal la de la famosa cortesana citada. Chocóme aquella máxima, y fuese pueril vanidad, fuese temor de que por apocado me tuviesen, adoptéla por regla general de mis aficiones. Tuve que luchar en un principio con la costumbre, que es en el hombre hija de la pereza y madre de la constancia. El hombre efectivamente se contenta muchas veces con las cosas tales cuales las encuentra, por no darse á buscar otras, como se figura acaso difícil encontrarlas; una vez resignado por pereza, se aficiona por costumbre á lo que tiene y le rodea; y una vez acostumbrado, tiene la bondad de llamar constancia á lo que es en él casi naturaleza. Pero yo luché, y al cabo de poco tiempo de ese empeño en cerrar mi corazon á las aficiones que pudieran llegar á dominarle, agregado esto á la necesidad de viajar y variar de objetos, en que las revoluciones del principio

del siglo habian puesto á mi familia, lograron hacer de mí el ser mas veleidoso que ha nacido. Pesándome de ver á las mismas gentes todos los dias, no hay amigo que me dure una semana; no hay tertulia adonde pueda concurrir un mes entero; no hay hermosa que me lo parezca todos los dias, ni fea que no me encante una vez siquiera al mes; esto me hace disfrutar de inmensas ventajas, porque solo se puede soportar á las gentes los quince primeros dias que se las conoce. ¡Qué de atenciones en ellas! ¡Qué de sinceros ofrecimientos! ¿Pasaron aquellos? ¿Se intimó la amistad? ¡Á Dios! como ya de cualquier modo tienen cumplido con usted; todos son desaires, todas crudas y acedas respuestas. Pesándome de comer siempre los mismos alimentos, hoy como á la francesa, mañana á la inglesa, un dia ceno y otro meriendo: ni tengo horas fijas, ni hago comida con concierto. Y esto tiene la ventaja de predisponerme para el cólera. Pesándome de hablar siempre en español, tengo amigos franceses solo para hablar en francés una hora al dia: me trato con los operistas para hablar una vez á la semana en italiano: aprendí griego por conocer una lengua que no habla nadie: y sufro las impertinencias de un inglés, á quien trato, por darme á entender en el idioma en que decia Cárlos V que hablaria á los pájaros. Pesándome de que me llamen todos los dias desde el año 9 en que nací, por el mismo apellido, cien veces dejé aquel con que vine al mundo, y ora fuí el *Duende satírico*, ora el *Pobrecito hablador*, ora el *Bachiller Munguía*, ora *Andrés Niporesas*, ora *Fígaro*, ora... y qué sé yo los muchos nombres que me quedarán aun que tomar en los muchos años que, Dios mediante, tengo hecho propósito de vivir en este bajo suelo; porque si alguna cosa hay que no me canse es el vivir; y si he de decir la verdad, consiste esto en que á fuerza de meditar he venido á conocer que solo viviendo podré seguir variando. Por último, y vengamos al asunto, pesándome de vivir todos los dias en una misma casa, la vista de un cuarto desalquilado hace en mi ánimo el mismo efecto que produce la picadura del pez en el corazon del anhelante pescador que le tiende el cebo. Corro á mi casa, pongo en movimiento á mi familia, hágome la ilusion de que emprendo un viaje, y de cuartel en cuartel, de calle en calle, de manzana en manzana, y hasta de piso en piso, recorro alegremente y reconozco los mas recónditos escondrijos y rincones de esta populosa ciudad. Si la casa es grande: « ¡Qué hermosura! exclamo: esto es vivir con desahogo, esto es lujo y magnificencia. » Si es chica: « Gracias á Dios, me digo, que salí de esos eternos caserones que nunca bastan muebles para ellos; esta es á lo menos recogida, reducida, propia, en fin, del hombre tan reducido tambien y limitado. » Si es cuarto bajo; « No tiene escalera, digo, y el hombre no ha nacido para vivir en las estrellas. » Si es alto el piso: « ¡Bendito sea Dios, qué claridad, qué ventilacion, y qué pureza de aires! » Si es caro: « ¿Qué importa? lo primero es tener buena habitacion. » Si es barato: « Mejor; con eso emplearé en galas lo que habia de invertir en mi vivienda. »

Nadie, pues, mas feliz que yo, porque en cuanto á las habladurías y murmuraciones del mundo perecedero, así me cuido de ellas como de ir

á la Meca. Pero es el caso que tengo un amigo que es de esos hombres que se dejan impresionar fácilmente por la última persona que oyen, de esos caractéres débiles, flojos, apáticos, irresolutos, de reata, en fin, que componen el mayor número en este mundo, que nacieron por consiguiente para obedecer, callar y ser constantemente víctimas, y cuya debilidad es la mas firme columna de los fuertes.

Oyóme este amigo las reflexiones que anteceden, y vean ustedes á mi hombre descontento ya con cuanto le rodea : ya que no lo puede mudar todo, quiere cuando menos mudar de casa, y hétele buscando conmigo papeles en los balcones de barrio en barrio, porque esta es muy de antiguo la señal que distingue las habitaciones alquilables de esta capital, sin que yo haya podido dar hasta ahora con el orígen de esta conocida costumbre, ni menos con la de poner los papeles en las esquinas de los balcones cuando la casa es solo alquilable para huéspedes.

Las casas antiguas, dijimos, que van desapareciendo de Madrid rapidísimamente, están reducidas á una ó dos enormes piezas y muchos callejones interminables; son demasiado grandes; son oscuras por lo general á causa de su mala reparticion y combinacion de entradas, salidas, puertas y ventanas.

Dirigímonos, pues, á ver las casas nuevas; esas que surgen de la noche á la mañana por todas las calles de Madrid; esas que tienen mas balcones que ladrillos y mas pisos que balcones; esas por medio de las cuales se agrupa la poblacion de esta coronada villa, se apiña, se sobrepone y se aleja de Madrid, no por las puertas, sino por arriba, como se marcha el chocolate de una chocolatera olvidada sobre las brasas. La poblacion que se va colocando sobre los límites que encerraron á nuestros abuelos, me hace el efecto del helado que se eleva fuera de la copa de los sorbetes. El caso es el mismo : la copa es pequeña y el contenido mucho.

Muchas casas y muy lindas vimos. Mi amigo observó con razon que se sigue en todas el método antiguo de construccion : sala, gabinete y alcoba pegada á cualquiera de estas dos piezas; y siempre en la misma cocina, donde se preparan los manjares, colocado inoportuna y puercamente el sitio mas desaseado de la casa. ¿No pudiera darse otra forma de construccion á las casas, de suerte que este sitio quedase separado de la vivienda, como en otros paises lo hemos visto constantemente observado? ¿No pudieran llegarse á desusar esos vidrios horribles, desiguales, pequeños, unidos por plomos, generalmente invertidos en las vidrieras? ¿No se les podrian sustituir vidrios de mejor calidad, de mas tamaño, y unidos entre sí con sutiles listones de madera, que harian siempre mejor efecto á la vista y darian mas entrada á la luz? ¿No convendria desterrar esas pesadas maderas que cierran los balcones, llenas de inútiles rebajos y costosas labores, sustituyéndoles puertas ventanas de hojas mas delgadas y lisas? ¿No pudiera introducirse el uso de las comodísimas chimeneas para las casas sobre todo mas espaciosas, como se hallan adoptadas en toda Europa? ¿Tanto perderíamos en olvidar los mezquinos y miserables braseros que nos abrasan las piernas, dejándonos frio el cuerpo y atufándonos con el pestífero carbon, y que son restos de los sahumado-

res orientales introducidos en nuestro país por los moros? ¿Qué mal haríamos en desterrar los canalones salientes, cuyo objeto parece ser el de reunir sobre el pobre transeunte, además del agua que debia naturalmente caerle del cielo, toda la que no debia caerle, y en sustituirles los conductos vertederos semejantes á los de Correos, pegados á la pared?

Los caseros mas que al interés público consultan el suyo propio: *aprovechemos terreno;* ese es su principio: *apiñemos gente en estas diligencias paradas, y vivan todos como de viaje*: cada habitacion es en el dia un baul en que están las personas empaquetadas de pié, y las cosas en la posicion que requiere su naturaleza: tan apretado está todo, que en caso de apuro todo podria viajar junto sin romperse. Las escaleras son cerbatanas, por donde pasa la persona como la culebra que se roza entre dos piedras para soltar su piel. Un poco mas de hombre ó un poco menos de escalera, y serán una sola cosa hombre y escalera.

Pero sigamos la historia de mi amigo. No bien hubo visto la blancura de una de las casas nuevas, la monería de las acomodadas piececitas, el estado de novedad de las habitaciones del piso tercero, alborózase y: *¡este cuarto es mio!* exclama. — Pero acabemos de ver. — Nada; inútil, quiero casa nueva, casa nueva; no hay remedio. — De allí á media hora estábamos ya en casa del casero. Inútil es decir que el casero tenia mala cara; todos la tienen: es la primera cosa que hacen en comprando casa: á lo menos tal nos parece siempre á los inquilinos, sin que esto sea decir que no pueda ser ilusion de óptica. — ¿Qué tiene usted que mandarme?... — ¿Usted es el dueño de la casa que se está haciendo?... — Sí, señor. — Hay varios cuartos en la casa. — Están dados. — ¡Cómo! si no están hechos... — Ahí verá usted. — ¿Pero no habria?... — Un tercero queda. — Bueno; he dicho que quiero casa nueva. — No es tampoco de los mas altos, caballero: no tiene mas que noventa y tres escalones y un tramito. — Ya se ve que no es mucho: se baja uno á Madrid en un momento; quiero casa nueva. — ¿Pagará usted adelantado? — Hombre, ¿adelantado? A mí nadie me paga adelantado. — Pues déjelo usted. — ¡Ah! no, eso no; bien; pagaré ¿un mes? — Tres meses ó seis. — Pero, hombre... — Dejarlo. — No; bien, bien; ¿cuánto renta? Es tercero y tiene pocas piezas y estrechas, y... — Diez reales diarios; dé usted gracias que no se le pone en doce. — ¡Diez reales! — Si no acomoda... — Sí, señor, sí. ¡Cómo ha de ser! ¡Casa nueva! — Fiador. — ¿Fiador? — Y abonado. — Bueno; ¡paciencia! Tengo amigos; el marqués de... — ¿Marqués? no, no, señor. — El coronel de... — ¿Militar? menos. — Un mayordomo de semana. — ¿Tiene fuero? no, señor. — Pero, hombre, ¿adonde he de ir á buscar? — Ha de tener casa abierta. — Pero si yo no me trato con taberneros, ni... — Pues dejarlo. — ¡Voto va!

No hubo mas remedio que buscar el fiador: ya daba mi amigo la mudanza á todos los diablos. Venciéronse por fin las dificultades; ya cogió las llaves, y cogió al celador, y cogió el padron, y cogió... ¿qué habia de coger por último? el cielo con las manos, lectores mios. Comenzó la mudanza: el sofá no cupo por la escalera; fué preciso izarle por el balcon, y en el camino rompió los cristales del cuarto principal, los ties-

tos del segundo, y al llegar al tercero, una de sus propias patas, que era precisamente la que le habia estorbado; si se hubiera roto al principio, pleito por menos; fué preciso pagar los daños: el bufete entró como taco en escopeta, haciendo mas allá la pared á fuerza de rascarle el yeso con las esquinas: la cama del matrimonio tuvo que quedarse en la sala, porque fué imposible meterla en la alcoba: el hermano de mi amigo, que es tan alto como toda la casa, se levantó un chichon, en vez de levantar la cabeza, con el techo que estaba hombre en medio con el piso. En fin, mal que bien, estuvo ya la casa adornada; pero ¡oh desgracia! mi amigo tiene un suegro sumamente gordo: verdad es que es monstruoso; y es hombre que ha menester dos billetes en la diligencia para viajar: como á este no se le podia romper pata como al sofá, no hubo forma de meterlo en casa. ¿Qué medio en este conflicto? ¿Reñir con él y separarse porque no cabe en casa? no es decente. — ¿Meterlo por el balcon? no es para todos los dias. ¡Santo Dios! ¡que no se hagan las casas en el dia para los hombres gordos! En una palabra, desde ayer están los trastos dentro: mi amigo en la escalera mesándose los cabellos, luchando entre la casa nueva y el amor filial; y el viejo en la calle esperando, ó á perder carnes, ó á ganar casa.

REPRESENTACION

DE

LA FONDA, O LA PRISION DE ROCHESTER,

Y DE

LAS ACEITUNAS,

O UNA DESGRACIA DE FEDERICO II,

COMEDIAS EN UN ACTO.

Era tiempo de peste en Cádiz, y daba su parte á la autoridad un sargento que estaba de faccion en Puerta de tierra, diciendo en los términos siguientes: « Sin novedad: hoy han salido por esta puerta veinte muertos con sus respectivos cadáveres. Sargento fulano. » — Eso mismo decimos hoy nosotros al público al darle parte de las dos funciones nuevas que acabamos de ver desaprobadas con tanta razon por el auditorio. « Sin novedad: se han representado en este teatro dos comedias con sus respectivas silbas: » que silbas y comedias son cosas ya tan inseparables como cadáver y muerto.

Pero vamos á la primera cosa que se representó en esta funesta noche. Casóse un labrador, y proponíase tener muchos hijos; tantos que le pareció venir allí de molde un libro de memorias, donde pudiera ir apun-

tando sus nombres y no confundirse él, ni confundirlos jamás. Encuadernó, pues, su libro en blanco, é iba apuntando así: « Hijos del labrador Anton Antunez: el primer hijo, no fué hijo síno hija. »

Lo mismo decimos nosotros: comedias del 24: la primer comedia, no fué comedia, sino farsa. Júzguelo sino el lector. El caso ocurre en Londres en tiempo de no sé qué príncipe, que acaba de desterrar á su favorito el conde de Rochester, por ciertas sátiras que el señor conde se ha tomado la libertad de escribir en mala hora, en peor sazon, y en aciago dia. El conde, que es hombre taimado, así se cuida de cumplir su destierro como de adorar el zancarron de Mahoma. El príncipe le destierra: pero él no se da por desterrado. Todo lo contrario: quédase el conde escondido; y ¿dónde les parece á ustedes que se esconde? En alguna guardilla ó sótano, en algun... nada de eso: escóndese en medio de una fonda pública que ha arrendado y beneficia en persona: ¿quién le ha de conocer allí? En las fondas de Londres no se conoce á nadie. Esto parece una paradoja; pero el hecho es que un constable encargado de prender al desterrado, y que lleva sobre sí todas sus señas, le ve, le habla, y no le conoce. Entretanto el príncipe, que está cansado de los pesados cargos del gobierno, ó que acaso ha encontrado alguna mosca en la sopa y anda torcido con su cocinero, coge la capa y el sombrero, y vase á comer á la fonda como si fueran los dias de su mujer. ¿Y á qué fonda ha de ir el príncipe? á la misma que ha arrendado Rochester. El príncipe acaba de comer, y como habia de tomar café para despejarse la cabeza, se pone á hacer versos, como chico que acaba su plana, porque el príncipe es poeta, por mas que parezca imposible. Acaba su composicion este, que deberá ser alguna anacreóntica, y consulta á un muchacho de paja y cebada de la fonda, que hace tambien versos. En tanto Rochester soborna al ayuda de cámara del príncipe, el cual no hace versos, pero hace cuanto le mandan, que es mucho mejor. De allí á poco viene el constable y quiere prender al príncipe creyéndole Rochester. El príncipe, temblando que le lleven á la cárcel y le den azotes por haber hecho novillos de su oficio de gobernar y haber traido la vida del hombre malo comiendo de figon en fig n, imagina la idea de darle al constable un papel con su firma, donde está el perdon del conde. Este, que anda á caza de descuidos por este estilo, atrapa el papel, y con esta superchería queda perdonado. En celebridad se casa la muchacha de la fonda con el mancebo de los versos, porque ya hemos dicho que en esta farsa todos son poetas menos el autor. Casada la chica, perdonado el conde, se acaba la comedia y empieza la silba.

Seguia la apuntacion del labrador Anton Antunez, y decia: « El segundo hijo murio al nacer, por lo cual no fué hijo ni hija. » La segunda comedia, pues, fué todo mentira: ni fué cierta ni verosímil. Federico de Prusia acaba de ser derrotado por los rusos, gente descomunal ya desde aquellos tiempos, y se echa á buscar solo y de incognito casa de huéspedes por los pueblos de la comarca. Llega á uno donde mete mucho ruido un pleito sobre unas aceitunas (que por lo malas deben de ser de la fonda de Rochester arriba expresada). Un sargento prusiano dejo al

partir para la guerra, ocho años antes, un barril de aceitunas en depósito á un vecino del pueblo, pero dejó tambien oculta en el barril una suma de dinero. El taimado depositario le vuelve á su regreso las aceitunas, mas no las monedas. En el momento en que acaba de llegar Federico, ha sentenciado el pleito en favor del infiel depositario un majadero, es decir, un alcalde del pueblo. El rey, que está desocupado, ya que no pudo ganar la batalla, se empeña en ganar el pleito : un muchacho que es muchacha, y á quien le sucede lo mismo que al hijo de Anton Antunez, porque le representa la señora Castillo vestida de hombre, da en conocer la falsedad del depositario al notar que las aceitunas son frescas, cosa imposible llevando ocho años de depósito; lo cual es una prueba convincente de que anduvo en las aceitunas la mano del gato, ó la del depositario, que gatos y depositarios se van allá. El rey, pues, hace justicia seca, entre polvo y polvo, porque Federico tomaba mucho tabaco; y castigado el vicio, y recompensada la virtud, y dicha la moraleja, de la cual se deduce que es muy peligroso cambiar las aceitunas cuando se trata de robar, y comenzada de nuevo la batalla, que suena en el teatro á vejigas reventadas, y descubierto el rey, y quedándose solo en majadero el que era antes majadero y alcalde todo junto, cae la cortina; lo que comunicamos al público para su satisfaccion. Aquí vuelve á empezar el estribillo de la silba con que rematan ahora todas las piezas.

¿Dónde hemos leido nosotros que poseia el teatro tantas comedias nuevas para la próxima temporada cómica? Por la cruz que tenemos á cuestas con este teatro, no lo creemos, y no lo creemos porque recordamos cierto caso que queremos contar á nuestros lectores, ya que con tanta comezon de contar nos encontramos hoy. Reñian un andaluz y otro andaluz, el uno mas feo que el otro, y echábanse á la cara mil denuestos, cuando cansado ya el uno del mucho vocear, y del no decirse nada en limpio, empínase en las puntas de los piés, y dícele á su adversario : — Pero ¿qué habla usted ahí, compadre? si todo el mundo sabe que usted es hombre de dos caras. A lo que repuso el menos feo, no bien lo hubo oido : — Amigo, siento mucho no poder decir á usted otro tanto. — ¿Y porqué? diga usted, preguntó el feo. — Porque si usted tuviera otra cara, repuso el chulo, no le veríamos nunca esa que trae hoy.

Si tuviera el teatro buenas comedias, ¿cómo le habíamos de ver nunca esos harapos de farsa que nos enseña?

VARIOS CARACTÉRES.

No siempre está en mano del hombre el coordinar sus ideas y formar con ellas una obra arreglada, con principio, medio y fin. ¿A quién no le habrá sucedido repetidas veces abrir un libro, leer maquinalmente y no poder establecer entre lo escrito y su cabeza ninguna especie de co-

municacion, cerrar el libro y no poderse dar cuenta de lo que ha leido? En estos casos, que muy á menudo me suceden, suelo echar mano del sombrero y la capa, y no pudiendo fijar mi atencion en una sola cosa trato de fijarla en todas: sálgome á la calle, éntrome por los cafés, vóime á la Puerta del Sol, á Correos, al Museo de pinturas, á todas partes, en fin, y en ninguna puedo decir que estoy en realidad. Cualquiera me conocerá en estos dias en que el fastidio se apodera de mi alma, y en que no hay cosa que tenga á mis ojos color, y menos, color agradable. En estos dias llevo cara de filósofo, es decir, de mal humor; una sonrisa amarga de indiferencia y despego á cuanto veo se dibuja en mis labios; llevo conmigo un lente, no porque me sirva, pues veo mejor sin él, sino para poder clavar fijamente el objeto que mas me choca, que un corto de vista tiene licencia para ser desvergonzado; no saludo á ningun amigo ni conocido que encuentro, porque esto seria hacer yo tambien un papel en la comedia de que pretendo ser únicamente espectador, y que solo para divertirme á mí creo por entonces que representa el mundo entero. Mala crianza será, pero me acerco á escuchar conversaciones de corrillos: es de advertir que cuando el tedio me abruma con su peso, no puedo tener mas que tedio. Recibo insensible las impresiones de cuanto pasa á mi alrededor; á todas me dejo amoldar con indiferencia y abandono; en semejantes dias no hay hermosas para mí, no hay feas, no hay amor, no hay odio.

Esta es la razon porque me fuera imposible hacer hoy un artículo de costumbres medianamente coordinado: si ha menester plan, si necesita reflexion la cosa que hoy emprenda inútil me es emprenderla; conozco que no he de poder llevarla á cabo. — Acaso encontraria, investigando metafísicamente mi corazon, la causa que ha podido ponerme hoy en esta extraña disposicion de ánimo; pero este trabajo me cansaria, y he dicho que no quiero hacer hoy impresiones sino recibirlas. En estos dias es, sin embargo, cuando colocado detrás de mi lente, que es entonces para mí el vidrio de la linterna mágica, veo pasar el mundo todo delante de mis ojos; é imparcial, ajeno de consideracion que á él me ligue véole tal cual se presenta en cada fisonomía, en cada accion que observo indolentemente.

— ¿Qué hace don Julian en ese café? Todos los dias viene al dar las cuatro: el mozo no ha menester que le hablen una palabra: apenas se ha colocado aquel en su silla, ya tiene la cafetera encima de la mesa. Toma, paga, y se duerme. Esa es la principal ocupacion de don Julian. Tomar café una vez cada dia.

— ¿Y qué hace en el café aquel viejo? Treinta años ha que viene: todas las tardes juega su partida de ajedrez: todas las tardes se la ven jugar aquellos cuatro originales que tiene en derredor: ni él hace mas en la vida, ni ellos ven otra cosa. Eso es lo que se llama aislarse en medio del mundo.

— ¿Quién es aquel que cruza por aquella esquina? ¡Bello muchacho! Pero no; conforme se acerca cuento las arrugas del rostro. ¡Ah! es un jóven de sesenta años. A las ocho de la mañana sale vestido ya y ceñido,

prendido y ajustado : ni una mota, ni una arruga lleva el frac : la bota es un espejo : el guante blanco como la nieve : la corbata no hace un pliegue : el pelo rizado, mejor diremos pintado : en todos los conciertos, en todos los bailes, en el paseo, en la luneta, erguido siempre, bailando, coqueteando. ¿Nunca se descompone, nunca se ensucia? ¿Qué secreto posee? ¿No le crece nunca la barba? Jamás. Es solo de extrañar que vaya solo; ó acaba de dejar algunas señoras, ó va á buscarlas. Las hablará de la ópera, del figurin, de lo mal que bailó el solo Gasparito; esta es la existencia del viejo verde : miradle contraerse y revolcarse en su vanidad al lado de una hermosa : ¿es una serpiente que se roza contra un árbol? No; el viejo verde al lado de las bellas es una oruga que se desliza por entre las rosas.

— ¿Han visto ustedes unas caras paradas, unas ojos mudos, unos corbatines siempre iguales, un vestido regular y uniforme, unos cuerpos, ni elegantes ni mal vestidos, unos brazos que se balancean monótonos, siempre con la regularidad y compás de las aspas de un molino? ¿Saben ustedes que los hombres de esas señas hablen nunca nada que pueda ser referido, escriban nada que deba ser leido, hagan una accion digna de ser imitada? No; esos son oficinistas ó propietarios. Se levantan, fuman, dicen palabras, dan pasos, saludan, entran, salen, se rien (estos nunca lloran), son hombres entre otros hombres. En una palabra, duermen despiertos.

— ¿Cómo hace aquel original para llevar hace diez años el mismo frac, abrochado siempre del mismo modo, los mismos guantes, el mismo pañuelo blanco al cuello con el mismo lazo, el mismo pantalon, la misma postura de sombrero...? ¿No se desnuda ese hombre? ¿No envejece? Ese es el judío errante.

— ¿De qué habla don Cosme? Lo diré : don Cosme viene de la calle de la Paz : allí acude todos los dias á las ocho de la mañana : alarga una mano a la banasta de los periódicos : es un parroquiano á la lectura de papeles á cuarto. Hoy la Revista, mañana el Boletin... Gran noticioso. Ese sabe siempre á punto fijo, de muy buena tinta, los pormenores de la última batalla : sabe si don Miguel está en Coimbra, en Lisboa ó en Badajoz : entiende muy bien la marcha de Nicolás, que así llama él con franqueza al autócrata ruso. Suele sucederle luego que los que él supuso entrar vencedores en un punto, entraron en él prisioneros : pero todo es entrar. Estos hombres hablan siempre al oido : contraen la costumbre de suponerse espiados por las grandes cosas que creen decir : de resultas, si le encuentran á usted, le dirá al oido muy secretamente : « Buenos dias; beso á usted la mano. »

— ¿Hay nada mas torpe en estos hombres amigos de usted que le ven parado en una calle, y no conocen que cuando está usted parado es que no quiere andar, que cuando está callado es que no quiere hablar?

— ¡Dios me libre de un hombre amable! No iré á su casa, porque me convidará. No le encontraré en la calle, porque vendra á mí con los brazos abiertos aunque me haya visto ayer; se enganchará de mí, me preguntará de mi salud, de mis hijos, de mis comedias, de mis artículos,

de mis... Pero líbreme, aunque sea el diablo, de una mujer amable; nunca sabré si me quiere ó si me estima, si es bien criada ó tierna, si... ¡Válgame Dios! y líbreme, aunque sea el diablo, de una mujer amable: esa me volveria loco.

— Oigan ustedes á don Lucas Mentirola. Ese viene siempre de donde sucede algo. ¿Ha habido fuego? « Vengo de allí: hace estragos horrorosos. » — ¿Ha llegado el tenor nuevo? « Sí, responde, le acabo de dar un abrazo: viene gordo, y su voz es un portento; le hice entrar en un portal y cantar un rato... por mí lo hizo. Es gran muchachon, rubio, alto, ¡extranjero! » Al otro dia se sabe que el tenor no ha llegado, y si ha llegado es chiquito, negro, bizco... — ¿Está malo algun sugeto marcado? « Hoy está mejor, dice; se ha reido mucho conmigo; una hora he estado con él. » Luego se averigua que el que tanto se ha reido estaba ya enterrado. — ¿Quién es aquel botarate? — ¿Aquel? un monstruo; aquel se prevale de la bondad, del candor de la casa donde le reciben; hay una mujer hermosa; nada la dice: sin embargo afecta ir á la casa á horas de franqueza; la acompaña al Prado; en baile ó sarao donde está ella está él; siempre al lado de la hermosa, siempre baila con ella, cuando ella no le ve, finge mirarla con zelos de algun otro; afecta disimulo, que en realidad no puede existir, pues nada hay que disimular. ¿Se retiran? Siempre da el brazo á la hermosa. Ella en tanto, á quien nada dice, que nada nota en él de galanteo, está bien lejos de creer que el público malicioso no habla de otra cosa sino de sus amores con fulanito. Fulanito tiene amor propio, no amor. Se contenta con que las gentes crean que es feliz; para él no hay otro modo de serlo. ¡Qué horrible carácter! ¡Qué triste buena fe la de su víctima que no lo conoce!

NADIE PASE SIN HABLAR AL PORTERO,

ó

LOS VIAJEROS EN VITORIA.

¿Porqué no ha de tener España su portero, cuando no hay casa medianamente grande que no tenga el suyo? En Francia eran antiguamente los suizos los que se encargaban de esta comision; en España parece que la toman sobre sí algunos vizcainos. Y efectivamente, si nadie ha de parar hasta hablar con el portero, ¿cuándo pasarán los de allende si se han de entender con un vizcaino? El hecho es, que desde Paris á Madrid no habia antes mas inconveniente que vencer que 365 leguas, las landas de Burdeos y el registro de la puerta de Fuencarral. Pero héte aquí que una mañana se levantan unos cuantos alaveses (Dios los perdone) con humor de discurrir, caen en la cuenta de que están en la mitad del camino de París á Madrid, como si dijéramos estorbando, y hete que

exclaman: — Pues qué, ¿no hay mas que venir y pasar? *Nadie pase sin hablar al portero.* De entonces acá cada alavés de aquellos es un portero, y Vitoria es un cucurucho tumbado en medio del camino de Francia: todo el que viene entra; pero hácia la parte de acá está el fondo del cucurucho, y fuerza es romperle para pasar.

Pero no ocupemos á nuestros lectores con inútiles digresiones. Amaneció en Vitoria y en Alava uno de los primeros dias del corriente, y amanecia poco mas ó menos como en los demás paises del mundo; es decir, que se empezaba á ver claro, digámoslo así, por aquellas provincias, cuando una nubecilla de ligero polvo anunció en la carrera de Francia la precipitada carrera de algun carruaje procedente de la vecina nacion. Dos importantes viajeros, francés el uno, español el otro, envuelto este en su capa, y aquel en su capote, venian dentro. El primero hacia castillos en España, el segundo los hacia en el aire, porque venian echando cuentas acerca del dia y hora en que llegar debian á la villa de Madrid, leal y coronada (sea dicho con permiso del padre Vaca. Llegó el veloz carruaje á las puertas de Vitoria, y una voz estentórea, de estas que salen de un cuerpo bien nutrido, intimó la órden de detener á los ilusos viajeros. — ¡Hola! ¡eh! dijo la voz, nadie pase. — ¡Nadie pase! repitió el español. — *¿Son ladrones?* dijo el francés. — No, señor, repuso el español asomándose, *son de la aduana.* Pero ¿cuál fué su admiracion cuando sacando la cabeza del empolvado carruaje, echó la vista sobre un corpulento religioso, que era el que toda aquella bulla metia? Dudoso todavía el viajero, extendia la vista por el horizonte por ver si descubria alguno del resguardo; pero solo vió otro padre al lado y otro mas allá, y ciento mas, repartidos aquí y allí como los árboles en un paseo.—¡Santo Dios! exclamó: ¡cochero! este hombre ha equivocado el camino; ¿nos ha traido usted al yermo ó á España? — Señor, dijo el cochero, si Alava está en España, en España debemos estar. — Vaya, poca conversacion, dijo el padre, cansado ya de admiraciones y asombros: conmigo es con quien se las ha de haber usted, señor viajero. — ¡Con usted, padre! ¿Y qué puede tener que mandarme su reverencia? Mire que yo vengo confesado desde Bayona, y de allá aquí maldito si tuvimos ocasion de pecar, ni aun venialmente, mi compañero y yo, como no sea pecado viajar por estas tierras. — Calle, dijo el padre, y mejor para su alma. En nombre del Padre y del Hijo... — ¡Ay Dios mio! exclamó el viajero, erizados los cabellos, que han creido en este pueblo que traemos los malos y nos conjuran. — Y del Espíritu Santo, prosiguió el padre; apéense, y hablaremos. — Aquí empezaron á aparecerse algunos facciosos y alborotados, con un Cárlos V cada uno en el sombrero por escarapela.

Nada entendia á todo esto el francés del diálogo; pero bien presumia que podia ser negocio de puertas. Apeáronse, pues, y no bien hubo visto el francés á los padres interrogadores, — ¡Cáspita! dijo en su lengua, que no sé como lo dijo, ¡y qué uniforme tan incómodo traen en España las gentes del resguardo, y qué sanos están, y qué bien portados! Nunca hubiera hablado en su lengua el pobre francés. — ¡Contrabando! clamó el uno; contrabando, clamó otro; y contrabando fué repitiéndose de fila

en fila. Bien como cuando cae una gota de agua en el aceite hirviendo de una sarten puesta á la lumbre, álzase el líquido hervidor, y bulle, y salta, y levanta llama, y chilla, y chisporrotea, y cae en el hogar, y alborota la lumbre, y subleva la ceniza, espelúznase el gato inmediato que descansando junto al rescoldo dormia, quémanse los chicos, y la casa es un infierno; así se alborotó, y quemó, y se espeluznó y chilló la retahila de aquel resguardo de nueva especie, compuesto de facciosos y de padres, al caer entre ellos la primera palabra francesa del extranjero desdichado. — Mejor es ahorcarle, decia uno, y servia el español al frances de truchiman. — ¡Cómo ha de ser mejor! exclamaba el infeliz. — Conforme, reponia uno, veremos. — ¿Qué hemos de ver, clamaba otra voz, sino que es francés?

Calmóse, en fin, la zalagarda; metiéronlos con los equipajes en una casa, y el español creia que soñaba y que luchaba con una de aquellas pesadillas en que uno se figura haber caido en poder de osos, ó en el pais de los caballos, ó Houinhoins, como Gulliver.

Figúrese el lector una sala llena de cofres y maletas, provisiones de comer, barriles de escabeche y botellas, repartidas aquí y allí, como suelen verse en las muestras de las lonjas de ultramarinos. ¡Ya se ve! era la intendencia. Dos monacillos hacian en la antesala con dos voluntarios facciosos el servicio que suelen hacer los porteros de estrado en ciertas casas, y un robusto sacristan, que debia de ser el portero de golpe, los introdujo. Varios carlistas y padres registraban allí las maletas, que no parecia sino que buscaban pecados por entre los pliegues de las camisas, y otros varios viajeros, tan asombrados como los nuestros, se hacian cruces como si vieran al diablo. Allá en un bufete, un padre mas reverendo que los demás, comenzó á interrogar á los recien llegados.

— ¿Quién es usted? le dijo al francés, y el francés, callado, que no entendia. Pidiósele entonces el pasaporte.

— ¡Pues! francés, dijo el padre. ¿Quién ha dado este pasaporte?

— Su majestad Luis Felipe, rey de los franceses.

— ¿Quién es ese rey? Nosotros no conocemos á la Francia, ni á ese don Luis. Por consiguiente, este papel no vale. ¡Mire usted, añadió entre dientes, si no habrá algun sacerdote en todo Paris que pueda dar un pasaporte, y no que nos vienen ahora con papeles mojados!!!

— ¿A qué viene usted?

— A estudiar este hermoso país, contestó el francés con aquella afabilidad tan natural en el que está debajo.

— ¿A estudiar? ¿eh? Apunte usted, secretario: estas gentes vienen á estudiar: me parece que los enviaremos al tribunal de Logroño...

— ¿Qué trae usted en la maleta? Libros... pues... *Recherches sur... al sur* ¿eh? este *Recherches* será algun autor de marina: algun herejote. Vayan los libros á la lumbre. ¿Qué mas? ¡Ah! una partida de relojes, á ver... *London...*, ese será el nombre del autor. ¿Qué es esto?

— Relojes para un amigo relojero que tengo en Madrid.

— *De comiso*, dijo el padre, y al decir *de comiso*, cada circunstante cogió un reloj, y metiósele en la faltriquera. Es fama que hubo alguno

que adelantó la hora del suyo para que llegase mas pronto la del refectorio.

— Pero, señor, dijo el francés, yo no los traia para usted...

— Pues nosotros los tomamos para nosostros.

— ¿Está prohibido en España el saber la hora que es? preguntó el francés al español.

— Calle, dijo el padre, si no quiere que se le exorcice; y aquí le echó la bendicion por si acaso. Aturdido estaba el francés, y mas aturdido el español.

Habíanle entre tanto desvalijado á este dos de los facciosos, que con los padres estaban, hasta del bolsillo, con mas de tres mil reales que en él traia.

— Y usted, señor de acá? le preguntaron de allí á poco, ¿qué es? ¿quién es?

— Soy español y me llamo don Juan Fernandez.

— Para servir á Dios, dijo el padre.

— Y á su majestad la reina nuestra señora, añadió muy complacido y satisfecho el español.

— *A la cárcel*, gritó una voz; *á la cárcel*, gritaron mil.

— Pero, señor, ¿porqué?

— ¿No sabe usted, señor revolucionario, que aquí no hay mas reina que el señor don Cárlos V, que felizmente gobierna la monarquía sin oposicion ninguna?

— ¡Ah! yo no sabia...

— Pues sépalo, y confiéselo, y...

— Sé y confieso, y... dijo el amedrentado dando diente con diente.

— ¿Y qué pasaporte trae? Tambien francés... Repare usted, padre secretario, que estos pasaportes traen la fecha del año 1833. ¡Qué de prisa han vivido estas gentes!

— ¿Pues no es el año en que estamos? ¡Pesi á mí! dijo Fernandez, que estaba ya á punto de volverse loco.

— En Vitoria, dijo enfadado el padre, dando un porrazo en la mesa, estamos en el año 1° de la cristiandad, y cuidado con pasarme de aquí.

— ¡Santo Dios! en el año 1° de la cristiandad. ¿Con que todavía no hemos nacido ninguno de los que aquí estamos? exclamó para sí el español. ¡Pues vive Dios que esto va largo! — Aquí se acabo de convencer, así como el francés, de que se habia vuelto loco, y lloraba el hombre y andaba pidiendo su juicio á todos los santos del Paraíso.

Tuvieron su club secreto los facciosos y los padres, y decidiéronse por dejar pasar á los viajeros: no dice la historia porqué; pero se susurra que hubo quien dijo, que si bien ellos no reconocian á Luis Felipe, ni le reconocerian jamás, podria ocurrir que quisiera Luis Felipe venir á reconocerlos á ellos, y por quitarse de encima la molestia de esta visita, dijeron que pasasen, mas no con sus pasaportes, que eran nulos evidentemente por las razones dichas.

Díjoles, pues, el que hacia cabeza sin tenerla: Supuesto que ustedes van á la revolucionaria villa de Madrid, la cual se ha sublevado contra

Alava, vayan en buen hora, y cárguenlo sobre su conciencia: el gobierno de esta gran nacion no quiere detener á nadie; pero les daremos pasaportes válidos. Extendióseles en seguida un pasaporte en la forma siguiente:

†

AÑO PRIMERO DE LA CRISTIANDAD.

NOS fray Pedro Jimenez Vaca.—Concedo libre y seguro pasaporte á don Juan Fernandez, de profesion católico, apostólico y romano, que pasa á la villa revolucionaria de Madrid á diligencias propias: deja asegurada su conducta de catolicismo.

—Yo, además, que soy padre intendente, habilitado por la Junta suprema de Vitoria, en nombre de su majestad el emperador Cárlos V, y el padre administrador de correos que está ahí aguardando el correo de Madrid, para despacharlo á su modo, y el padre capitan del resguardo, y el padre gobierno que está allí durmiendo en aquel rincon, por quitarnos de quebraderos de cabeza con la Francia, quedamos fiadores de la conducta de catolicismo de ustedes; y como no somos capaces de robar á nadie, tome usted, señor Fernandez, sus tres mil reales en esas doce onzas de oro, que es cuenta cabal: y se las dió el padre efectivamente.

Tomó Fernandez las doce onzas, y no extrañó que en un país donde cada 1833 años no hacen mas que uno, doce onzas hagan tres mil reales.

Dicho esto, y hecha la despedida del padre prior, y del desgobernador gobierno que dormia, llegó la mala de Francia, y en expurgar la pública correspondencia, y en hacernos el favor de leer por nosotros nuestras cartas, quedaba aquella nacion poderosa y monástica ocupada á la salida de entrambos viajeros, que hácia Madrid se venian, no acabando de comprender si estaban real y efectivamente en este mundo, ó si habian muerto en la última posada sin haberlo echado de ver; que así lo contaron en llegando á la revolucionaria villa de Madrid, añadiendo que por allí *nadie pasa sin hablar al portero.*

LA PLANTA NUEVA,

O EL FACCIOSO.

HISTORIA NATURAL.

Razon han tenido los que han atribuido al clima influencia directa en las acciones de los hombres; duros guerreros ha producido siempre el

norte, tiernos amadores el mediodía, hombres crueles, fanáticos y holgazanes el Asia, héroes la Grecia, esclavos el Africa : seres alegres é imaginativos el risueño cielo de Francia, meditabundos aburridos el nebuloso Albion. Cada país tiene sus producciones particulares : hé aquí porqué son famosos los melocotones de Aragon, la fresa de Aranjuez, los pimientos de Valencia y los facciosos de Roa y de Vizcaya.

Verdad es que hay en España muchos terrenos que producen ricos facciosos con maravillosa fecundidad ; país hay que da en un solo año dos ó tres cosechas; puntos conocemos donde basta dar una patada en el suelo, y á un volver de cabeza nace un faccioso. Nada debe admirar por otra parte esta rara fertilidad, si se tiene presente que el faccioso es fruto que se cria sin cultivo, que nace solo y silvestre entre matorrales, y que así se aclimata en los llanos como en los altos : que se trasplanta con facilidad y que es tanto mas robusto y rozagante cuanto mas lejos está de poblacion : esto no es decir que no sea tambien en ocasiones planta doméstica : en muchas casas los hemos visto y los vemos diariamente, como los tiestos, en los balcones, y aun sirven de dar olor fuerte y cabezudo en cafés y paseos ; el hecho es que en todas partes se crian; solo el órden y el esmero perjudican mucho á la cria del faccioso, y la limpieza, y el olor de la pólvora sobre todo, le matan : el faccioso participa de las propiedades de muchas plantas; huye, por ejemplo, como la sensitiva al irle á echar mano ; se encierra y esconde como la capuchina á la luz del sol, y se desparrama de noche; carcome y destruye como la ingrata hiedra el árbol á que se arrima, tiende sus brazos como toda planta parásita para buscar puntos de apoyo ; gústanle sobre todo las tapias de los conventos, y se mantiene, como esos frutos, de lo que coge á los demás; produce lluvia de sangre como el polvo germinante de muchas plantas, cuando lo mezclan las auras á una leve lluvia de otoño; tiene el olor de la asafétida, y es vano como la caña; nace como el cedro en la tempestad, y suele criarse escondido en la tierra como la patata; pelecha en las ruinas como el jaramago; pica como la cebolla, y tiene mas dientes que el ajo, pero sin tener cabeza; cria, en fin, mucho pelo como el coco, cuyas veces hace en ocasiones.

Es planta peculiar de España, y eso moderna, que en lo antiguo ó se conocia poco, ó no se conocia por ese nombre : la verdad es que ni habla de ella Estrabon, ni Aristóteles, ni Dioscórides, ni Plinio el jóven, ni nungun geógrafo, filósofo ni naturalista, en fin, de algunos siglos de fecha.

En cuanto á su figura y organizacion, el faccioso es en el reino vegetal la línea divisoria con el animal, y así como la mona es en este el ser que mas se parece al hombre, así el faccioso en aquel es la produccion que mas se parece á la persona; en una palabra, es al hombre y á la planta lo que el murciélago al ave y al bruto; no siendo, pues, muy experto, cualquiera lo confunde; pondré un ejemplo : cuando el viento pasa por entre las cañas silba; pues cuando pasa por entre facciosos habla : hé aquí el orígen del órgano de la voz entre aquella especie. El faccioso echa tambien, á manera de ramas, dos piernas y dos brazos uno á cada

lado, que tienen sus manojos de dedos, como puas una espiga; presenta faz y rostro, y al verle cualquiera diria que tiene ojos en la cara, pero seria grave error; distínguese esencialmente de los demás seres en estar dotado de sinrazon.

Admirable es la naturaleza y sabia en todas sus cosas: el que recuerde esta verdad y considere las diversas calidades del hombre que andan repartidas en los demás seres, no extrañará cuanto de otras propiedades del faccioso maravillosas vamos á decir. ¿Hay nada mas singular que la existencia de un enjambre de abejas, la república de un hormiguero, la sociedad de los castores? ¿No parece que hay inteligencia en la africana palma, que ha de vivir precisamente en la inmediacion de su macho, y que arrancado este, y viuda ella, dobla su alta cerviz, se marchita, y perece como pudiera una amante tórtola? Por eso no se puede decir que el faccioso tenga inteligencia, solo porque se le vean hacer cosas que parezcan indicarlo; lo mas que se puede deducir es que es sabia, admirable, incomprehensible la naturaleza.

Los facciosos, por ejemplo, sin embargo de su gusto por el despoblado, júntanse, como los lobos, en tropas, por instinto de conservacion, se agarran con todas sus ramas al perdido caminante ó al descarriado caballo; le chupan el jugo y absorben su sangre, que es su verdadero riego, como las demás plantas el rocío. Otra cosa mas particular. Es planta enemiga nata de la correspondencia pública; donde quiera que aparece un correo, nacen en el acto de las mismas piedras facciosos por todas partes; rodéanle, enrédanle sus ramas entre las piernas, súbensele por el cuerpo como la serpentaria, y le ahogan; si no suelta la balija muere como Laomedonte, sin poderse rebullir; si ha lugar á soltarla, sálvase acaso. Diránme ahora, ¿y para qué quieren la balija, si no saben leer? Ahí verán ustedes, respondo yo, si es incomprehensible la naturaleza; toda la explicacion que puedo dar es que se vuelven siempre á la balija como el heliótropo al sol.

Notan tambien graves naturalistas de peso y autoridad en la materia, que así como el feo pulpo gusta de agarrarse á la hermosa pierna de una mujer, y, así como esas desagradables florecillas, llenas de puas y en forma de erizos, que llamamos comunmente amores, suelen agarrarse á la ropa, así los facciosos, sobre todo los mas talludos y los vástagos principales, se agarran á las cajas de fondos de las administraciones; y plata que tiene roce con facciosos pierde toda su virtud, porque desaparece. ¡Rara afinidad química! Así que, en tiempos revueltos suélese ver una violenta ráfaga de aire que da con un gran manojo de facciosos, arrancados de su tierra natural, en algun pueblo, el cual dejan exhausto, desolado, y lleno de pavor y espanto. Meten por las calles un ruido furioso á manera de proclama, y es niñería querer desembarazarse de ellos, teniendo dinero, sin dejársele; bien así como fuera locura querer salir de un zarzal una persona vestida de seda sino desnuda y arañada.

Muchas de las calidades de esta estrambótica planta pasamos en silencio, que pueden fácilmente de las ya dichas inferirse, como son las

de albergarse en tiempos pacíficos entre plantas mejores, como la zizaña entre los trigos, y pasar por buenas, y tomar sus jugos de donde aquellas los toman, y otras.

Planta es, pues, perjudicial, y aun perjudicialísima, el faccioso; pero tambien la naturaleza, sábia en esto como en todo, que al criar los venenos crió de paso los antídotos, dispuso que se supiesen remedios especiales á los cuales no hay mata de facciosos que resista. Gran vigilancia sobre todo, y donde quiera que se vea descollar uno tamaño como un cardillo, arrancarle: hacer ahumadas de pólvora en los puntos de Castilla, que como Roa y otros los producen tan exquisitos, es providencia especial: no se ha probado á quemarlos como los rastrojos, y aunque este remedio es mas bien contra brujas, podria no ser inoportuno, y aun tengo para mí que habia de ser mas eficaz contra aquellos que contra estas. El promover un verdadero amor al país en todos sus habitantes, abriéndoles los ojos para que vean á los facciosos claros como son y los distingan, seria el mejor antídoto; pero esto es mas largo y para mas adelante, y ya no sirve para lo pasado. Por lo demás podemos concluir que ningun cuidado puede dar á un labrador bien intencionado la acumulacion del faccioso, pues es cosa muy experimentada que en él último apuro la planta es tambien de invierno, como si dijéramos de cuelga; y es evidente y sabido que una vez colgado este pernicioso arbusto y altamente separado de la tierra natal que le presta el jugo, pierde como todas las plantas su virtud, es decir, su malignidad. Tiene de malo este último remedio que para proceder á él es necesario colgarlos uno á uno, y es operacion larga. Somos enemigos además de los arbitrios desesperados, y así, en nuestro entender, de todos medios contra facciosos parécenos el mejor el de la pólvora, y mas eficaz aun la aplicacion de luces que los agostan, y ante las cuales perecen corridos y deslumbrados.

LA JUNTA

DE CASTEL-O-BRANCO.

No hay cosa como una junta, si se trata sobre todo de juntarse aquellos á quienes Dios crió. Podrán no hacer nada las gentes en una junta, podrán no tener nada que hacer tampoco, pero nada es mas necesario que una junta; así que, lo mismo es nacer un partido, pónenle al momento en junta como lo habian de poner en nodriza, y no bien abre los ojos á la luz se encuentra ya juntado, que no es poca ventaja. La junta, pues, es el precursor de un partido por lo regular, y esta clase de juntas andan siempre por esos caminos interceptando, ó interceptadas, cuando no están fuera del reino tomando aires, ó tomando las de Villadiego, que de todo toman las juntas.

La que en el dia llama nuestra atencion es la de Castel-o-Branco. Empezaria á anochecer en Castel-o-Branco, y poníase por consiguiente oscuro el horizonte, cuando acertó á pasar por allí un español de estos sanos de los del siglo pasado, y que poco ó nada se curan del gobierno; de estos que dicen: á mí siempre me han de gobernar, tómelo por donde quiera. A qué iba el español á Castel-o-Branco, eso seria averiguacion para mas despacio. Basta saber que iba y que ya llegaba, cuando se halló detenido en medio de su camino por un portugués, que con voz descompuesta y cara de causa perdida: « Casteçao, le dijo, ¿es vasallo deu senhor emperante Cárlos V? ¿Vien de Castella? » — Entendíasele un poco mas al castellano de gallego que de achaque de gobiernos, y con voz reposada y tranquilo continente: « Yo no sé de quien soy vasallo, contestó, ni me urge saberlo, sino que voy á mis negocios: yo ni pongo rey ni quito rey: quien anda el camino tenga cuidado... » Enfadábase ya el portugués, y era cosa temible. Conocíólo el labriego, y antes de que echase la casa por la ventana, si bien allí no habia casa ni ventana: « No se enfade vuestra merced, señor portugués, le dijo, que yo siempre seré vasallo de quien mande; sabido es que yo y los mios nunca descomponemos partido. ¿Pero quién es mi rey en esta tierra?—Eu senhor Cárlos V.— Vaya, sea en hora buena, contestó el castellano, porque yo por ahí atrás me dejaba reinando á mi señora la reina... — ¡Casteçao! — No se enfade vuestra merced... » y de allí á poco entraban ya compadres por el pueblo el portugués de la mala cara y el español de las buenas palabras.

Pocos pasos habrian andado, cuando se esparció la noticia por todo Castel-o-Branco de como habia llegado un vasallo de su majestad imperial. Es de advertir que como todos los dias no tiene su majestad impe- proporcion de ver un vasallo suyo, porque andan para él los vasallos por las nubes, decidióse lo que era natural y estaba en el órden de las cosas; y fué, que así como un pueblo de vasallos suele solemnizar la entrada de un rey, así pareció justo que un pueblo de reyes solemnizase la entrada de un vasallo. Echáronse, pues, á vuelo las campanas: con este motivo hubo quien dijo: *principio quieren las cosas*, y quien añadió: *que el reinar no quiere mas que empezar*. Digo, pues, que se echaron á vuelo las campanas, y el labriego se aturdia; verdad es que el ruido no era para menos.

— ¿Qué fiesta es mañana? preguntaba el buen hombre.

— Festéjase la llegada de vuestra merced, señor casteçao.

— ¿Mi llegada? ¡Vea usted qué diferencia! Allá en España nunca festejó nadie mis idas y mis venidas, y eso que siempre anduve de ceca en meca; ya veo que en este país se ocupan mas en cada uno.

En estos y otros propósitos entretenidos llegaron á una casa que tenia una gran muestra, donde en letras gordas decia:

JUNTA SUPREMA DE GOBIERNO

De todas las españas, con mas sus Indias.

No quisiera entrar el labrador; pero hízole fuerza el portugués. Agachó, pues, la cabeza, y hallóse de escalon en escalon en una sala grande como un reino, si se tiene presente que allí los reinos son como salas.

Hallábase la tal sala alhajada á la espartana, porque estaba desnuda: en torno yacian los señores de la junta sentados, pero mal sentados; sea dicho en honor de la verdad. Luces habia pocas y mortecinas. Un mal espejo les servia para dos fines; para verse muchos siendo pocos, y consolar de esta manera el ánimo aflijido, y para decirse de cuando en cuando unos á otros: « Mírese su excelencia en ese espejo. » Porque es de advertir que se daban todos unos á otros dos cosas, á saber: las buenas noches y la excelencia.

Portero no habia; verdad es que tampoco habia puertas, por ser la casa de estas malas de lugar que, ó no las tienen, ó las tienen que no cierran. Una mala mesa en medio, y un mal secretario, eran los muebles que componian todo el ajuar.

No sé dónde he leido yo que en cierta tierra de indios el congreso supremo de la tribu se reune para deliberar en grandes cántaros de agua fresca, donde se sumergen desnudos sus individuos, dejando solo fuera del cántaro la cabeza para deliberar. No se puede negar que existe gran semejanza entre la junta de Castel-o-Branco y el congreso de los cántaros, y que los carlistas que componen la una y los salvajes que forman el otro están igualmente frescos.

Dominaba en el testero de la sala de Juntas el tesorero general del pretendiente, don Matías Jarana, porque en tiempos de apuro el que tiene el dinero es el empleado principal; el cual si no era gran tesorero, era gran canónigo. Dicho esto, me parece excusado detenernos mucho en describirle; estamos seguros de que el inteligente lector se lo habrá figurado ya tal como era. Oprimia á su lado el ministro de hacienda una mala banqueta, que gemia no tanto por el noble peso que sostenia, como por el mal estado en que se encontraba. Tambaleábase por consiguiente su excelencia á cada momento: figurósele al labriego temblor el movimiento oscilante de su excelencia; pero está averiguado que era el mal asiento. Flaco, seco, y con cara de contradiccion, hacia de notario de reinos don Jorge Ganzúa, que lo habia sido de Coria.

Veíase á otra parte de pié, y en actitud de huir á la primera órden, á un cabo del resguardo, partidario que fué del año 23. Representaba este al ministro de la guerra, y llamábase Cuadrado, además de serlo.

Un dependiente del cabildo de Coria y dos personajes mas, en calidad de consejeros supremos de la junta, hacian como que meditaban, por el buen parecer, en un rincon de la sala.

Indecible fué la alegría de la Junta suprema cuando el portugués hubo

presentado á nuestro pobre labriego en calidad de vasallo de su majestad imperial.

— Excelentísimos señores, exclamó el señor tesorero en altas voces, reconozcamos en ese vasallo el dedo del Señor : ya ha llegado el dia del triunfo de su majestad imperial, y ha llegado al mismo tiempo un vasallo : todo ha llegado. Opino que en vista de esta novedad deliberemos.

— En cuanto á lo de deliberar, dijo entonces el señor notario, recuerdo al señor presidente que esto es una junta.

— No me acordaba, dijo entonces el presidente; nótese que esta es la primera junta de que tengo el honor de ser individuo.

— Se conoce, dijo el notario : y lo apuntó en el acta. — Hable, pues, si sabe y si tiene de qué el excelentísimo señor ministro de hacienda.

— Dispiértele usted, dijo entonces el presidente al portugués que hacia de ugier, dispiértele usted, pues parece que su excelencia duerme.

Llegóse el portugués á su excelencia, que efectivamente dormia, y díjole en su lengua : — No haga caso su excelencia de que está en junta, que es llegado el momento de hablar. — Soñaba á la sazon su excelencia que se le venian encima todos los ejércitos de la reina, y volviendo en sí de su pesadilla con dificultad :

— ¿Hablo yo? dijo ; vamos á ver. Las mejoras, pues, aunque no nos toque el decirlo, las mejoras...

— Al órden, al órden, interrumpió el presidente : ¿qué es eso de mejoras?

— Soñaba que estábamos en España, contestó su excelencia turbado. Perdone la junta. Por consiguiente hable otro, que yo no estoy para el paso. Mi intermision por otra parte no urge. Mi ministerio...

— Excelentísimo señor, dijo el presidente, cierto; pero acaba de llegar...

— ¿Ha llegado la hacienda, ha llegado mi ministerio? preguntó azorado el señor Tallarin, buscando con los ojos por todas partes si llegara á ver un peso duro...

— Todavía no, pero...

— ¡Ah! pues entonces, repuso el ministro, repito que no corro prisa; y volviéndose en la banqueta y hácia el portugués : Avíseme usted, señor don Ambrosio de Castro y Pajarez, Almendrudo, Oliveira y Caraballo de Alburquerque y Santaren, en cuanto llegue la hacienda. Dicho esto, volvió su excelencia á anudar el roto hilo de su feliz ensueño, donde es fama que soñó que era efectivamente ministro.

— Yo hab... b... blaré, dijo entonces uno de los consejeros supremos que era tartamudo, yo hablaré que he s... s... s... ido por... pr... pr... pro... curador...

— Mejor será que no hable nadie, dijo entonces el notario al oido del presidente, si ha de hablar el señor...

— Di... di... dice bien el señor not... notario, dijo entonces el consejero sentándose, p... p... por... porque no acabariamos nunca...

— Pido la palabra, dijo el que estaba á su lado.

— ¿Quién diablos se la ha de dar á vuestra excelencia, dijo entonces el presidente amoscado, si nadie la tiene?

— Recuerdo á su excelencia, dijo el notario, que en el órden del gobierno de su majestad imperial no se puede pedir la palabra, y que es frase mal sonante : ó hablar de pronto, ó no hablar.

— Si el señor Cuadrado no está para hablar, dijo entonces el presidente, nos iremos á casa.

— Mas estoy para obrar que para hablar, contestó su excelencia; pero fuerza será, pues no hay quien hable. Digo en primer lugar que yo no doy un paso mas adelante si no se conviene en presentar mañana á la firma de su majestad imperial un decreto... ¿Eh?

— Adelante.

— Bueno. Y declaro como fiel y obediente vasallo de su majestad imperial el señor Cárlos V, por quien derramaré desinteresadamente hasta la primera gota de mi sangre, que no sigo en el partido si su majestad no lo firma.

— Mal pudiera oponerse la junta á tanta generosidad.

— Propongo, pues, continuó el excelentísimo señor cabo, ministro de la guerra, el siguiente decreto que traigo para la firma. « Yo, don Cárlos V, por la gracia del reverendísimo padre Vaca, y del excelentísimo señor Cuadrado, emperador de, etc., etc. (Aquí los reinos todos.) Sin entrar en razones quiero y mando que queden suprimidos los carabineros de costas y fronteras, y se reorganice el antiguo resguardo : quedando todos los fondos á disposicion del excelentísimo señor Cuadrado. — Yo el emperador. — Al ministro de la guerra Cuadrado. » Y por el pronto será del resguardo el señor vasallo que está presente, encargado por ahora, y hasta que haya mas, de obedecer las órdenes del gobierno.

— Alto, dijo al llegar aquí el señor canónigo presidente, que yo traigo tambien mi decreto, y dice así el borron *mutatis mutandis*.

(No hemos podido haber á las manos ninguna copia de este borron por mas exquisitas diligencias que hemos practicado; pero ya se deja inferir poco mas ó menos su tenor. ¡Válgame Dios, y qué cosas se pierden en este mundo!)

Anotó el notario en el acta el segundo decreto, y pasó á proponer el siguiente que acababa de redactar como ministro de gracia y justicia, dejando aparte la gracia y la justicia : decia así el borron :

« Artículo 1°. En atencion á la tranquilidad con que posee y gobierna su majestad imperial el señor don Cárlos V estos sus reinos, todos los que las presentes vieren y entendieren, se entusiasmarán espontáneamente y se llenarán de sincera y voluntaria alegría, pena de la vida, en cuanto llegue á su noticia este decreto : debiendo durar el entusiasmo tres dias consecutivos sin intermision, desde las seis de la mañana en punto, en que empezará, hasta las diez de la noche por lo menos, en que podrá quedarse cada cual sereno.

Art. 2°. No pudiendo concebir la Junta suprema de Castel-o-Branco el abuso de las luces introducido en estos reinos de algun tiempo á esta parte, suprime y da por nulas todas las iluminaciones encendidas y por

encender, en atencion á que solo sirven para deslumbrar las mas veces á sus amados vasallos, y manda que no se solemnice ninguna victoria, aunque la llegara á lograr algun dia casualmente, con esa especie de regocijo, en que nadie se divierte sino los cosecheros de aceite.

Art. 3°. Quedan prohibidas como perjudiciales todas las mejoras hechas, debiendo considerarse nula cualquiera que se hiciese sin querer, pues queriendo no se hará.

Art. 4°. Convencida la junta de que nada se saca de las escuelas sino ruido, y que se calienten la cabeza los hijos de los amados vasallos del señor don Cárlos V, quedan cerradas las que hubiese abiertas: debiendo olvidar cada vecino en el término improrogable de tres dias, contados desde la fecha, lo poco ó mucho que supiese, sopena de tenerlo que olvidar donde menos le convenga.

Art. 5°. Siendo de algun modo necesario haberse con vasallos para ser obedecido de alguien, la junta suprema perdona é indulta á todos los españoles que hubiesen obedecido á la reina gobernadora, si bien reservándose, para cuando los tenga debajo, el derecho de castigarlos entonces uno á uno ó *in solidum*, como mejor la plazca.

Art. 6°. No siendo regular que el supremo gobierno se exponga al menor percance, tanto mas cuanto que hay en España, segun parece, españoles que se hacen matar por su señor Cárlos V, sin meterse á averiguar si su majestad y sus adláteres pasan como ellos trabajos, y dan su cara el enemigo, ó si esperan descansadamente jugando á las bochas ó al gobierno, á que se lo den todo hecho á costa de su sangre para agradecérselo despues como es costumbre de caballeros pretendientes, es decir, á coces; la Junta suprema y el gobierno de su majestad imperial permanecerán en Castel-o-Branco; tanto mas cuanto que hay en Portugal muy buenos vinos y otras bagatelas precisas para la sustentacion de sus desinteresados individuos; y solo entrará en España, si entra, á recibir enhorabuenas y dar fajas y bastones á los principales facciosos y cabecillas que para lograrlos pelean desinteresadamente por el señor Cárlos V, y bastonazos á los demás. »

¡Viva! ¡viva! exclamó al llegar aquí toda la junta, y es fama que despertó entonces el ministro de hacienda, y aun hay quien añade que echó un cigarro á pesar del mal estado de su ministerio.

Temblaba á todo esto el buen labriego, pues ya habia caido él en la cuenta de que si todos aquellos señores habian de mandar, y no habia otro sino él por allí que obedeciese, era la partida mas que desigual. Calculando, pues, que en un pueblo donde no habia mas que la justicia y él, él habia de ser forzosamente el ajusticiado, andaba buscando arbitrios para escaparse del poder de la junta; la cual así pensaba en soltarle, como quien lo consideraba en aquellos momentos un cacho de la apetecida España, que la Providencia tiene guardada felizmente para mas altos fines.

Pero Dios, que no se olvida nunca de los suyos, aunque ellos se olviden de él, lo habia dispuesto de otro modo: no bien se habia leido el último renglon del decreto del notario, cuando se oyó en la calle un es-

pantable ruido. — Estos son tiros, exclamó Cuadrado, que era el único que alguna vez los habia oido desde lejos. — ¡Tiros! dijo el presidente, ¿á que estamos ganando una batalla sin saber una palabra?...

— No corremos ese riesgo, entró gritando el portugués : sálvense vuestras excelencias, sálvense : aquí quedo yo, que soy portugués y basto para cien casteçaos. — Os perdono, dijo entonces volviéndose á los que ya entraban, os perdono, casteçaos; daos, que no os quiero matar.

Pero ya en esto diez y nueve robustos contrabandistas habian entrado á dar sus diez y nueve votos en la junta, y echándose cada uno un argumento á la cara : *¡ Viva Isabel II !* dijeron. Hacíase cruces el presidente, escondíase debajo de la banqueta el excelentísimo señor ministro de hacienda, tapaba el notario de reinos el acta, no salia el tartamudo de la p... inicial de perdon, y hacian los demás un acto de atricion con mas miedo del infierno que amor de Dios. El labriego solo era el que bendecia su estrella, y quien echando mano de un cordel que para otros usos traia, dispuso á la junta en forma de trailla; la cual en la misma y mas custodiada que tabaco en rama, por los diez y nueve votos de contrabando que habian levantado la sesion, se entró por los términos de España, á las voces del portugués, que casi desde Castel-o-Branco les gritaba todavía en mal castellano : « No tenhan miedo vuestras excelencias, aunque les aforquen los casteçaos; que yo, en acabando de pelear aquí por su majestad don Miguel I, que es cosa pronta, he de pasar la raya; y ó me llevo allá al emperador Cárlos V, ó me traigo acá á Castilla. »

LAS CIRCUNSTANCIAS.

Las circunstancias, he pensado muchas veces, suelen ser la excusa de los errores y la disculpa de las opiniones. La torpeza ó mala conducta hallan en boca del desgraciado un tápalo-todo en las circunstancias que, dice, le han traido á menos. En estas reflexiones estaba ocupada mi fantasía no hace muchos dias, cuando recibí una carta, que por confirmar mis ideas sobre el particular y venir tan oportuna á este objeto, de que pensaba hacer un artículo de costumbres, quiero trasladar *ad pedem litteræ* á mis lectores. Decia así la carta :

« Señor Fígaro. — Muy señor mio: A usted, señor Fígaro, observador de costumbres, me dirijo con dos objetos. Primero, quejarme de mi mala estrella. Segundo, inquirir de su experiencia, pues le imagino á usted por sus escritos hombre de esos que han vivido mas de lo que les queda que vivir, si hay efectivamente de tejas abajo una fatalidad que persigue á los humanos, y una desgracia en el mundo que se asemeje á la desgracia mia. Soy un verdadero juguete de las circunstancias, cuyo torrente no pude nunca resistir, y que así me envolvieron como envuelven los violentos remolinos de una olla al inexperto nadador que se arrojó incauto en la pérfida corriente del caudaloso rio.

« Mi padre era inglés y rico, señor Fígaro, pero hallábase aislado en el mundo : era naturalmente metido en sí, y solo un amigo tenia : antojósele á este amigo entrometerse en una conspiracion; confió á mi padre varios papeles importantes; descubrióse la conspiracion, y ambos tuvieron que huir. Vínose mi padre á España, reducido á oro lo que pudo realizar de sus cuantiosos bienes; vió una linda gaditana, prendóse de ella, casóse, y antes de los nueve meses murió inconsolable, dando y tomando siempre en lo de la conspiracion, que hubo de volverle el juicio. Vea usted aquí, señor Fígaro, á Eduardo Priestley, humilde servidor de usted, cuyo destino debia haber sido sin duda ser inglés, protestante y rico, español, católico y pobre, sin que pudiese encontrar mas causa de este trastrueque que las circunstancias. Ya usted ve que la tomaron conmigo desde pequeñito. Mi madre era mujer de rara penetracion y de ilustradas ideas. Crióme lo mejor que supo, y en darme toda la educacion que se podia dar entonces en España, consumió el poco caudal que la dejara mi padre. Lleno yo de entusiasmo por la magistratura, y aborreciendo la carrera militar á que querian destinarme, estudié leyes en la universidad; pero puedo asegurar á usted que á pesar de eso hubiera salido buen abogado, pues era raro mi talento, sobre todo para ese estudio. Probablemente, señor Fígaro, despues de haber sido gran abogado, hubiera vestido una toga, hubiera calentado acaso una silla ministerial, y el consejo de Castilla me hubiera recogido al fin de mis dias en su seno, donde hubiera muerto descansadamente, dejando fama imperecedera. Las circunstancias sin embargo me lo impidieron. Habia un Napoleon en el mundo, y fué preciso que este quisiera ser emperador, y emplear á sus hermanos en los mejores tronos de Europa, para que yo no fuese ni buen abogado ni mal ministro.

« Yo tenia sentimientos generosos; mis compañeros tomaron las armas y dejaron el estudiar nuestras leyes para defenderlas, que urgia mas. ¿Qué remedio ? Dejé como fray Gerundio los estudios y me metí á predicador; es decir, me hice militar en obsequio de la patria. En la campaña perdí mi carrera, la paciencia y un ojo; y las circunstancias me dejaron tuerto y capitan : sabe el cielo que para ninguna de estas dos cosas servia. Yo, señor Fígaro, era impetuoso y naturalmente inconstante; menos servia, pues, para casado, ni nunca pensara en serlo; pero de resultas del bombardeo de Cádiz murió mi madre, que gozando por sus relaciones de familia de algun favor, hubiera adelantado mi carrera. Otro favor que me hicieron las circunstancias. Víme solo en el mundo, y en ocasion en que una linda aragonesa, hija de un diputado de las cortes de Cádiz, recogiéndome y ocultándome en su casa, cubierto de heridas, me salvó la vida por una rara combinacion de circunstancias; caséme de honrado y agradecido, que no de enamorado, es decir, que me casaron las circunstancias. En mi segunda carrera debiera haber llegado á general segun mis servicios, que á otros fajaron haciéndoselos muy flacos á la patria; pero era yerno de un diputado : quitáronme las charreteras, envolviéronme en la comun desgracia, y las circunstancias me llevaron á Ceuta, adonde bien sabe Dios que yo no

queria ir; allí hice la vida de presidario y de mal casado, que cualquiera de estos dos dogales por sí solo bastara para acabar con un hombre. Ya ve usted que yo no tenia la culpa. ¿Quién diablos me casó? ¿Quién me hizo militar? ¿Quién me dió opiniones? En presidio no se hace carrera, pero se hace mucho rencor. Sin embargo, salimos de presidio, y como yo era hombre de bien contúveme; pretendí, pero como no anduve por los cafés, ni peroré, medios que exigian entonces las circunstancias para prosperar, no solo no me emplearon, sino que me cantaron el *trágala.* Irritéme: el cielo es testigo que yo no habia nacido para periodista; pero las circunstancias me pusieron la pluma en la mano: hice artículos contra aquel gobierno; y como entonces era uno libre para pensar como el que estaba encima, recogí varias estocadas de unos cuantos aficionados, que se andaban haciendo motines por las calles. Esta fué la corona de laurel que dieron las circunstancias á mi carrera literaria. Escapéme, y fuí á reunirme con los de la fe: dijéronme allí que las circunstancias no permitian admitir en las filas á un hombre que habia sido marido de la hija de un diputado de las cortes de Cádiz, y no me ahorcaron por mucho favor.

« No pudiendo vivir como realista, fuíme á Francia, donde en calidad de liberal me colocaron en un depósito, con seis cuartos al dia. Vino por fin la amnistía, señor Fígaro ¡Eh! Gracias á una reina clemente, ya no hay colores, ya no hay partidos. Ahora me emplearán, digo yo para mí; tengo talento, mis luces son conocidas, soy útil... Pero, ¡ay! señor Fígaro, ya no tengo madre, ya no tengo mujer, ya no tengo dinero, ya no tengo amigos; las circunstancias de mi vida me han impedido adquirir relaciones. Si llegara á hacerme visible para el poder, acaso lograria: sus intenciones son las mejores del mundo; mas ¿cómo abrirme paso por entre la nube de porteros y ugieres que parapetan y defienden la llegada á los destinos? Las solicitudes que se presentan solas son papeles mojados. ¡Hay tantos que piden por pedir! ¡Hay tantos que niegan por negar! — Cien memoriales he dado, otras tantas espaldas he visto. — Deje usted; veremos si estas circunstancias se fijan, me dicen los unos. — Espere usted, me responden los otros: hay tantos pretendientes en estas circunstancias. — Pero, señor, replico yo, tambien es preciso vivir en estas circunstancias. ¿Y no hay circunstancias para los que logran?

« Esta es, señor Fígaro, mi posicion: ó yo no entiendo las circunstancias, ó soy el hombre mas desdichado del mundo. El hijo del inglés, el que debia haber sido rico, magistrado, literato, general, hombre ajeno de opiniones, acabará probablemente sus tres carreras distintas en un solo hospital verdadero, merced á las circunstancias; al mismo tiempo que otros que no nacieron para nada, y que han tenido realmente todas las opiniones posibles, anduvieron, andan y andarán siempre levantados en zancos por esas mismas circunstancias. — De usted, señor Fígaro. — *Eduardo de Priestley, ó el hombre de circunstancias.* »

No puedo menos de contestar al señor de Priestley que el daño suyo estuvo, si hemos de hablar vulgarmente, en nacer desgraciado, mal que

no tiene remedio: si hemos de raciocinar, en traer siempre trocadas las circunstancias, en no saber que mientras haya hombres la verdadera circunstancia es intrigar; estar bien emparentado; lucir mas de lo que se tiene; mentir mas de lo que se sabe; calumniar al que no puede responder; abusar de la buena fe; escribir en favor, y no en contra del que manda; tener una opinion muy marcada, aunque por dentro se desprecien todas, procurando que esa opinion que se tenga sea siempre la que haya de vencer, y vociferarla en tiempo y lugar oportunos; conocer á los hombres; mirarlos de puertas adentro como instrumentos, y tratarlos como amigos; cultivar la amistad de las bellas, como terreno productivo; casarse á tiempo, y no por honradez, gratitud ni otras ilusiones; no enamorarse sino de dientes afuera, y eso de las cosas que puedan servir...

Pero, santo Dios, gritará un rígido moralista, ¡qué cuadro! ¡Maquiavélicos principios!!!—Fígaro no dice que sean buenos, señor moralista; pero tampoco Fígaro hizo el mundo como es, ni lo ha de enmendar, ni á variar el corazon humano alcanzarán todas las sentencias posibles. Las circunstancias hacen á los hombres hábiles lo que ellos quieren ser, y pueden con los hombres débiles; los hombres fuertes las hacen á su placer, ó tomándolas como vienen sábenlas convertir en su provecho. ¿Qué son por consiguiente las circunstancias? Lo mismo que la fortuna: palabras vacías de sentido con que trata el hombre de descargar en seres ideales la responsabilidad de sus desatinos; las mas veces, nada. Casi siempre el talento es todo.

REPRESENTACION

DE LA COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO TITULADA

UN TERCERO EN DISCORDIA,

DE

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Una comedia nueva del aplaudido autor de *A Madrid me vuelvo* y de la *Marcela* no podia menos de llamar la pública expectacion, y aun de prevenirla favorablemente.

En esta composicion dramática como en la *Marcela*, se ha propuesto el poeta, no censurar un defecto ridículo determinado, no ridiculizar un vicio feo ó una pasion denigrante, no un objeto moral circunscripto y de general aplicacion. Un cuadro bien presentado, en que se reunen á formar el conjunto varios caractéres sacados de la sociedad, hábilmente colocados en contraste, parece haber sido la idea del autor.

En la *Marcela* es una mujer amable, cuya peligrosa amabilidad da esperanzas á tres amantes igualmente indignos de su alto cariño. En *Un tercero en discordia* es una jóven perseguida tambien por tres amadores; los caractéres nuevos que presenta esta composicion dramática son los de los dos amantes mas importunos de Luciana. El uno es un jóven en demasía desconfiado del cariño y fidelidad de su amada; en una palabra, un hombre zeloso : el segundo es un necio por el contrario harto confiado en el amor de una mujer que no le ha dicho siquiera que le ama, pero de cuyo cariño cree poder estar seguro; en una palabra, un presuntuoso. *Un tercero en discordia* que ni es zeloso, ni presuntuoso, sino un tipo de la perfeccion social, un amante que ama sin prisa, sin mal humor nunca, que jamás confia en que es amado, que nunca exige nada, impasible, eterno, imágen del no movimiento y de la no accion, es el justo medio presentado en este carrusel amatorio. A los ojos de una mujer sentimental, exaltada, romántica, de pasiones vivas, pudiera no parecer don Rodrigo el mas perfecto ni el mas amante; pero á los ojos de una muchacha bastante fria, como el autor nos la pinta, bien educada, y de suyo sosegada, no hay duda que don Rodrigo debe ser el amante preferido, el esposo. El padre de la niña es un buen hombre, que tiene mas de tonto que de otra cosa, de estos que hablan con las manos, que escriben la conversacion, conforme la van haciendo, en el pecho de su interlocutor, que le desabotonan el chaleco, y le quitan el lazo de la corbata, etc. Una ama de gobierno vieja, de estas que hacen oficio de todo en las casas, regañona y entrometida en los intereses de la familia, es el quinto y último personaje de la comedia.

De esta construccion del plan se infiere que el contraste que presentan el zeloso y el confiado ha de dar lugar á escenas cómicas : así es ; rasgos hay felicísimos que revelan el poeta dramático. El confiado, traduciendo todos los desaires y desprecios por disimulo ó enojo amoroso, es sumamente cómico y lindamente imaginado : el zeloso, por el contrario, tratando de luchar inútilmente á cada paso con su indómita pasion y exaltándose á la vista sola de un papel cualquiera, despues de haber jurado la enmienda, excita la risa de la buena comedia. Aquí notaremos la habilidad del poeta. El confiado no necesitaba ser correspondido; de esta manera era mas ridículo, y así lo ha hecho el autor; el zeloso, por el contrario, no podia desarrollar su carácter sin haber recibido pruebas muy grandes de amor : así que, el autor ha hecho que Luciana le correspondiese en un principio. Verdad es que de aquí nace un gravísimo inconveniente : á saber, que la misma Luciana que tutea al zeloso en el primer acto y le corresponde indudablemente, se halla ya en el tercero, es decir, en horas, tan convencida y fastidiada de la importunidad de su amante, que se echa, sin verter una lágrima siquiera, en brazos del justo medio don Rodrigo. Diríamos que este pudiera ser el inconveniente de la rigorosa unidad de tiempo, y diríamos que una mujer, que se dice enamorada de un hombre, no le deja por zeloso (porque este es acaso el carácter que menos choca á la pasion), sino despues por lo menos de haber sufrido mucho y de haber llorado mas; diríamos que generalmente se observa

que los amores mas duraderos son aquellos en que uno de los dos amantes es extraordinariamente zeloso, y añadiríamos que no es el destino de los amores arrebatados el acabarse pronto, sino el acabarse mal. Pero el talento del autor ha previsto todas estas objeciones; y nos ha presentado desde luego una de esas muchachas que no sienten ni padecen: que entran en el mundo con un temperamento indiferente, y por consiguiente que se guian en su eleccion por su propia conveniencia, y nunca á ciegas: de esas que encuentra usted donde quiera, que empiezan á corresponder á un amante por hacer algo, por el gusto de tener amante, por cualquier cosa, y que al volver de una esquina le dejan plantado con todo su amor, y toman otro: mujeres, en fin, muy buenas, muy perfectas, muy impasibles. En este género, Luciana y Marcela son admirables, son dos modelos.

¿Nos permitirá el autor que no convengamos con él en una cosa? El calor, sin duda, de su imaginacion poética le lleva á formarse á veces una sociedad ideal, donde solo considera virtudes y vicios, perfecciones y defectos personificados, y situaciones posibles de efecto; esto le aparta de la pintura verdadera de la sociedad en que vivimos: queremos decir, que tanto en la *Marcela* como en esta, los desenlaces no nos parecen naturales. Al fin, en *Marcela*, no hay otro inconveniente contra los usos sociales que el declarar en público á sus amantes lo que solo puede uno oir en particular: porque si una mujer tiene derecho á no corresponder á un hombre, no le tiene para ponerle en ridículo solo porque la ama. En *Un tercero en discordia* es menos verosímil, porque al fin, si una mujer es tan imprudente que despide en público á sus amantes, ¿qué pueden hacer estos con una señora sino respetarla? Pero Luciana encarga á su elegido, lo cual es poco delicado, que desengañe á los otros: don Rodrigo lo admite, aunque obligado, y los dos sufren. Esta última parte es la imposible, y en corazones bien puestos solo de una manera puede desenlazarse. Por otra parte, el señor Breton insiste en colocar siempre á las mujeres en una posicion en que no están en el dia en nuestra sociedad: no son ya las reinas del torneo, como en los siglos medios: nadie se sujeta á esos jurados, á esas competencias: mas; el hombre desama á la mujer, como la mujer al hombre, y en esto felizmente somos iguales. Todo hombre bien educado es deferente con las señoras; pero las señoras no están por eso exentas de guardar consideraciones al sexo fuerte: la sociabilidad es recíproca. Mucho sentiríamos que no fuese el autor de nuestra opinion.

Acabaremos este rápido juicio con una observacion. En nada brilla mas el singular talento poético del señor Breton, que en la sencillez de sus planes; en todas sus comedias se conoce que hace estudio y gala de forjar un plan sumamente sencillo; poca ó ninguna accion, poco ó ningun artificio. Esto es solo concedido al talento, y al talento superior. Una comedia llena de incidentes que cualquiera inventa, es fácil de hacerla pasar á un público á quien siempre cautivan el interés y la curiosidad.

El señor Breton desprecia estos triviales recursos, y sostiene y lleva á

puerto feliz entre la continua risa del auditorio, y de aplauso en aplauso, una comedia apoyada principalmente en la pintura de algunos caractéres comicos, en la viveza y chiste del diálogo, en la pureza, fluidez y armonía de su fácil versificacion. En estas dotes no tiene rival, si bien puede tenerlos en cuanto á intencion, profundidad ó filosofía.

Alguna palabra exótica tildaríamos en *Un tercero en discordia;* pero ¿qué son esos pequeñísimos lunares en una comedia que ha sido muy reida, y que han coronado los aplausos del auditorio? Damos el parabien al señor Breton por este nuevo lauro adquirido, y nos le damos á nosotros mismos.

En los actores se ha notado un zelo extraordinario; demasiado zelo, si este puede ser demasiado alguna vez. El artificio del actor consiste en ocultar su zelo y su esfuerzo, y dominar su habilidad hasta reducirla al punto de la verdad imitada. En el mundo no se observa nunca que cada uno quiera hablar, andar, reir y manotear para arrancar aplausos á los que van por la otra acera; todo esto se hace naturalmente, y el no haberlo hecho así es el defecto general que en toda la comedia hemos notado. ¿Podríamos decirle al actor encargado del papel del padre, sin que se ofendiese, que cuando uno de esos hombres significativos en su accion desabrocha á otro y le escribe en la ropa, lo hace por un efecto de distraccion, y por consiguiente lo hace como quien no hace nada, no se rie de su misma manía, no escribe en lo interior de la camisa, metiéndole todo el brazo en el cuerpo, sino solo en la solapa; no mira las prendas que aja, sino á los ojos de su interlocutor, porque si las mirara, las veria, le chocarian á él mismo y se avergonzaria? ¿A su interlocutor don Rodrigo le podríamos decir que cuando un fracaso de esos sucede, no se hacen extremos, sino que solo en la cara se da á entender, lo menos que se puede, la mortificacion? Llevará á mal que le advirtamos que en la sociedad nunca se vuelve uno al público á decirle lo que piensa, porque en la sociedad no hay público; y que en la comedia, que es un remedo de las costumbres, no se debe declamar como en un melodrama lleno de exclamaciones y asombros, sino hablar naturalmente?

Al zeloso le diríamos que el deseo de marcar su papel le ha hecho confundir alguna vez los arrebatos de un amante desconfiado con el furor de un marido zeloso : un amante, sobre todo en los principios, aunque tenga muchos zelos, modera algo mas que un marido su genio, porque puede perder la posesion que no ha logrado aun, y que este tiene ya asegurada. No se produce con dominio, sino con reconcentracion; reconviene, vilipendia, injuria, si es preciso, pero nunca habla con los puños cerrados : las transiciones sobre todo del furor al cariño son mas marcadas. Nada mas tierno y sumiso que un amante zeloso en sus lucidos intérvalos.

Hemos dicho ya que los actores no deben acordarse de que existe público: por tanto nos ha chocado extraordinariamente que la actriz ama de gobierno haya hecho cortesías al público al recibir aplausos. Buena es la política, pero á su tiempo.

Hemos notado en general que gritan demasiado algunos actores, sobre todo cuando creen que lo que dicen debe llamar la atencion. En otra ocasion hemos dicho ya que el querer dar valor á las frases suele quitárselo: en realidad es suponer que el público es sordo ó muy torpe: ambas cosas son desagradables. Dolorosísimo nos es haber de encontrar defectos; todo lo mas que podemos hacer es escribir nuestra crítica con decoro, y apoyándola siempre en razones; pero si la obligacion del actor es representar bien, la del crítico es juzgar bien é imparcialmente. En compensacion diremos con placer que hemos visto á la par aciertos, y que, segregados los defectillos que hemos notado, esta comedia se ha representado mejor que otras; el barba sobre todo ha dado el color verdadero á su carácter, si se le perdona la exageracion; y los lunares de los demás actores no merecen que alarguemos este artículo con nuevas observaciones.

REPRESENTACION

DE

LA MOGIGATA,

COMEDIA

DE DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

Nada mas temible en las conmociones políticas que las reacciones: ellas hacen desandar á los partidos por lo comun mucho mas camino del que durante su progresivo movimiento anterior lograron avanzar. La literatura no es la que menos se ha resentido en nuestro país y en varias épocas recientes de esta lastimosa verdad. Un nombre solo de un hombre, envuelto en la ruina de su partido, suele bastar á proscribir una obra inocente; al paso que la suspicacia del vencedor, rezelándose de su misma sombra, suele hallar en las frases mas indiferentes alusiones peligrosas capaces de comprometer su seguridad. Hé aquí la razon porqué se ha escrito con mas libertad é independencia en épocas ciertamente mucho mas atrasadas que las que nosotros hemos alcanzado.

La mayor parte de las obras de nuestros autores que han corrido y corren en manos de todos constantemente, no hubieran visto jamás la luz pública si hubieran debido sujetarse por primera vez á la censura parcial y opresora con que un partido caviloso y débil ha tenido en nuestros tiempos cerradas las puertas del saber. Y decimos débil, porque sabido es que tanto mas tiránico es un partido, cuanto menos fuerza moral, cuantos menos recursos físicos tiene de que disponer. Desprovisto de fuerzas propias, va á buscarlas en las ajenas conciencias, y teme la pa-

labra. Solo un gobierno fuerte y apoyado en la pública opinion puede arrostrar la verdad, y aun buscarla : inseparable compañero de ella, no teme la expresion de las ideas, porque indaga las mejores y las mas sanas para cimentar sobre ellas su poder indestructible.

El teatro es acaso el ramo que mas se ha resentido de estas funestas verdades : por ellas hemos visto interceptadas malamente comedias que respiran la mas pura moral, entre ellas *la Mogigata*. Al verla representar de nuevo en el dia, no sabemos si sea mas de alabar la ilustrada providencia de un gobierno reparador que la ofrece de nuevo á la pública expectacion, que de admirar la crasa ignorancia que la envolvió por tantos años en la ruina de una causa momentáneamente caida. ¿Tan hipócrita es el partido que tiene por enseña el fanatismo, que se creyó atacado en *la Mogigata?* ¡Tanto le ofende la fiel representacion de los extravíos humanos! ¡tan ligada se halla con ellos su existencia!

La Mogigata era conocida y sabida ya de memoria de todo el mundo : por lo tanto, si bien es indudable que tiene mérito suficiente para llamar al teatro numerosa concurrencia, eslo tambien para nosotros que ha debido á su larga prohibicion la mayor parte de la importancia que en esta ocasion se le ha dado: esto es tanto mas cierto, cuanto que estamos acostumbrados á ver sin entrada otras composiciones del mismo Moratin escapadas de la comun prohibicion. Para hablar literalmente de *la Mogigata*, necesitaríamos estar mas seguros de nuestras propias fuerzas : seríanos indispensable además dedicar á su exámen un artículo mas extenso de lo que las actuales circunstancias nos permiten; porque en el caso de que nos atreviésemos, como pudiéramos atrevernos tal vez, á hallar en ella lunares, de que no hay obra humana exenta, ¿qué de razones no necesitaríamos acumular para contrarestar la opinion pública tan exclusiva cuando llega á cobijar bajo su proteccion un nombre, una vez proclamado célebre? El mérito de Moratin, por otra parte, es tan generalmente reconocido, que creemos inútil insistir en esta ocasion en la ampliacion de sus bellezas; y con respecto á sus defectos, solo diremos que la diferencia que existe entre los hombres de gran talento y la medianía, es que de aquellos se puede decir que suelen alguna vez incurrir en faltas, y de esta por el contrario, que puede alguna vez tener bellezas. Esto es todo lo que nos parece que se puede decir con respecto á Moratin en parangon con los que despues de él han escrito comedias del mismo género en nuestro país. Agréguese á esto una consideracion : en todos los paises el primero que se ha elevado, el primer reformador ha llevado y ha debido llevar la mejor parte de reputacion, porque es preciso proceder siempre por comparacion ; apenas hay en el mundo otra manera de raciocinar.

Por lo que hace á comparar á Moratin con Molière, como han pretendido algunos hacerlo, bueno y justo es que se diga que Moratin es el Molière español : esto sin embargo, creemos, segun nuestras cortas luces, que *la Mogigata* no podrá sostener nunca la comparacion al lado del *Hipócrita* de Molière, que es la comedia de este con quien tiene mas relacion; si exceptuamos el desenlace, que es infinitamente superior en

la Mogigata, porque pocas veces anduvo feliz Molière en desenlaces. El mérito principal de Moratin parécenos estribar mas en la pintura local de las costumbres de su época, y en el manejo de los modismos de la lengua, que en la pintura del corazon humano; sin que por esto queramos decir que fuese ignorante de él Moratin: la gracia de Molière es mas candorosamente cómica, y se trasluce menos al poeta; presenta las situaciones solas, y esto basta en él para hacer reir. Moratin ayuda á la situacion con una sátira mas decidida: no se contenta con exponer el cuadro ridículo sencillamente á la vista del espectador: echa además en la balanza para inclinarla á su favor el peso de su propia opinion; sus gracias toman muchas veces gran parte de realce de su mordacidad. Sea hecho este paralelo de paso con el respeto debido á ambos ingenios peregrinos, y para decir que, por las expuestas razones, Molière es mas universal que Moratin; este es mas local; su fama por consiguiente mas perecedera é insegura.

REPRESENTACION

DE

EL SI DE LAS NIÑAS,

COMEDIA

DE DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

En el dia podemos decir que han desaparecido muchos de los vicios radicales de la educacion que no podian menos de indignar á los hombres sensatos de fines del siglo pasado, y aun de principios de este. Rancias costumbres, preocupaciones antiguas hijas de una religion mal entendida y del espíritu represor que ahogó en España, durante siglos enteros, el vuelo de las ideas, habian llegado á establecer una rutina tal en todas las cosas, que la vida entera de los individuos, así como la marcha del gobierno, era una pauta, de la cual no era lícito siquiera pensar en separarse. Acostumbrados á no discurrir, á no sentir nuestros abuelos por sí mismos, no permitian discurrir ni sentir á sus hijos. La educacion escolástica de la universidad era la única que recibian los hombres: y si una niña salia del convento á los veinte años para dar su mano á aquel que le designaba el interés paternal, se decia que estaba bien criada; era bien criada si sacrificaba su porvenir al capricho ó á la razon de estado; si abrigaba un corazon franco y sensible, si por desgracia habia osado ver mas allá que su padre en el mundo, cerrábanse las puertas del convento para ella, y habia de elegir por fuerza el esposo divino que la repudiaba ó que no la llamaba á sí por lo menos. Moratin quiso censurar este abuso, y asunto tan digno de él no podia menos de inspirarle una

gran composicion. De estas breves reflexiones se puede inferir que *el Sí de las Niñas* no es una de aquellas comedias de carácter, destinada como *el Avaro* ó *el Hipócrita*, á presentar eternamente al hombre de todos los tiempos y paises un espejo en que vea y reconozca su extravío ó su ridícula pasion; es una verdadera comedia de época, en una palabra, de circunstancias enteramente locales, destinada á servir de documento histórico ó de modelo literario. En nuestro entender es la obra maestra de Moratin y la que mas títulos le granjea á la inmortalidad. El plan está perfectamente concebido. Nada mas ingenioso y acertado que valerse para convencer al tio de la contraposicion de su mismo sobrino. Así no fuera este teniente coronel, porque por mucha que fuese en aquel tiempo la sumision de los inferiores en las familias, no parece natural que un teniente coronel fuese tratado como un chico de la escuela, ni recibiese las dos, ó las tres onzas para ser bueno. Acaso la diferencia de las costumbres haga mas chocante esta observacion en nuestros dias, y nos inclinamos á creer esto, porque confesamos que solo con mucho miedo y desconfianza osamos encontrar defectos á un talento tan superior. El contraste entre el carácter maliciosamente ignorante de la vieja y el desprendido y juicioso don Diego es perfecto. Las situaciones sobre todo del tercer acto, tan bien preparado por los dos anteriores, que pudieran llamarse de exposicion, porque toda la comedia está encerrada en el tercer acto, son asombrosas, y desaniman al escritor que empieza. Esta es la ocasion de hacer una observacion esencial. Moratin ha sido el primer poeta cómico que ha dado un carácter lacrimoso y sentimental á un género en que sus antecesores solo habian querido presentar la ridiculez. No sabemos si es efecto del carácter de la época en que ha vivido Moratin, en que el sentimiento empezaba á apoderarse del teatro, ó si es un resultado de profundas y sabias meditaciones. Esta es una diferencia esencial que existe entre él y Molière. Este habla siempre al entendimiento, y le convence presentándole el lado risible de las cosas. Moratin escoge ciertos personajes para cebar con ellos el ansia de reir del vulgo; pero parece dar otra importancia para sus espectadores mas delicados á las situaciones de sus héroes. Convence par una parte con el cuadro ridículo al entendimiento; mueve por otra el corazon, presentándole al mismo tiempo los resultados del extravío; parece que se complace con amargura en poner á la boca del precipicio á su protagonista, como en *el Sí de las Niñas* y en *el Baron;* ó en hundirle en él cruelmente, como en *el Viejo y la Niña*, y en *el Café*. Un escritor romántico creeria encontrar en esta manera de escribir alguna relacion con Victor Hugo y su escuela, si nos permiten los clásicos esta que ellos llamarán blasfemia. En nuestro entender este es el punto mas alto á que puede llegar el maestro; en el mundo está el llanto siempre al lado de la risa; parece que estas afecciones no pueden existir una sin otra en el hombre; y nada es por consiguiente mas desgarrador ni de mas efecto que hacernos regar con llanto la misma impresion del placer. Esto es juzgar con el corazon del espectador; es hacerse dueño de él completamente, es no dejarle defensa ni escape alguno. *El Sí de las Niñas* ha sido oido con

aplauso, con indecible entusiasmo, y no solo el bello sexo ha llorado, como dice un periódico, que se avergüenza de sentir; nosotros los hombres hemos llorado tambien, y hemos reverdecido con nuestras lágrimas los laureles de Moratin, que habian querido secar y marchitar la ignorancia y la opresion. ¿Es posible que se haya creido necesario conservar en esta comedia algunas mutilaciones meticulosas? ¡Oprobio á los mutiladores de las comedias del hombre de talento! La indignacion del público ha recaido sobre ellos, y tanto en *la Mogigata* como *el Sí de las Niñas*, los espectadores han restablecido el texto por lo bajo: felizmente la memoria no se puede prohibir.

LOS TRES NO SON MAS QUE DOS,

Y EL QUE NO ES NADA VALE POR TRES.

MASCARADA POLITICA.

Mil veces les habrá sucedido á mis lectores, y aun á los que no me leen, oir una campana y quedarles una prolongada vibracion en los oidos despues de haber sonado; les habrá sucedido tambien viajando, durarles gran rato, despues de apeados ya del carruaje, la sensacion del movimiento y traqueteo producida por muchas horas de camino. Hé aquí precisamente lo que á mí me ha sucedido y me sigue sucediendo todavía con el fantástico aparato y desigual clamor que en mis sentidos dejaron las pasadas máscaras. Voy por la calle y se me antojan aun caretas las caras, y disfraces los trajes y uniformes. Oigo hablar de cosas nuevas, y, acostumbrado á tanta cosa vieja y á tanta broma, se me figura aun que me siguen embromando. Pasará sin duda esta sensacion, y será preciso creer á todo el mundo; pero mientras pasa ó no pasa, mientras creo ó no creo, todo el trabajo de mi entendimiento limitado se reduce por ahora á ver de conocer al que me habla, que no es poco. Con tal rumor en los oidos, con tal prevencion en la vista, salia yo la última noche del pasado carnaval de Abrantes, donde habia codeado á la aristocracia, y del teatro, donde me habia codeado á mí la democracia. Llena la cabeza con estas dos ideas, que no podia amalgamar nunca, y que así se separaban al tocarse como se separan dos bolas de billar al chocar una con otra, se me antojó que entraba en un salon adornado por el órden antico-moderno; toda la parte alta gótica, góticas las paredes y ventanas; el mueblaje y adorno bajo del último gusto. Tres comparsas le llenaban, á lo que entonces me pareció. La menos numerosa era compuesta toda de viejos ¡rara aprension! pero gordos y robustos; para hacer gente y engruesarse iba derramando su dinero con tanto

sigilo, como si fuese mal adquirido y peor conservado; pero á cada moneda que daban ¡cosa rara! perdian carnes y fuerzas. Toda esta comparsa andaba hácia atrás, mas como quien huye que como quien anda; para lo cual traian la cabeza y los piés vueltos del revés, que hacian rara figura. Andaban desbandados á causa de hallarse su jefe á diligencias propias; pero en cambio presumian serlo todos. Seguia á esta comparsa una porcion de pobres, rotos y mal parados, con una venda en los ojos como pintan á la fe, creyendo á piés juntillas cuanto aquellos les decian, y tomando varios dijes de poco valor en cambio de sus servicios. De cuando en cuando dábanles los magnates de la comparsa un palo, y unos respondian *¡viva!* y otros respondian *¡gracias!* Raros trajes se veian entre ellos, pero ninguno pasaba del siglo XVIII. Retazos de manteos, cruces y veneras, papel de Italia, espadines de Toledo, tal cual estrella en la frente, látigo en la mano, calzon, peluquin y hebillas. Color general blanco como la leche. Conversacion poca; chispa ninguna.

La segunda traia jefe, ó por mejor decir representante; gente nueva, y la mas barbilampiña: flaca aun como muchacho que está creciendo: conocíase á legua que no habian tenido tantas ocasiones de comer como los otros. No andaban, sino corrian: todo eran piernas. Bailaban todos á una, y hacian los mismos pasos: encogíanse los altos, empinábanse los bajos: todo su prurito era andar iguales: al menor desnivel habia gira y algazara. Pedian la palabra, y tomaban lo demás. Venian vestidos de telas de institucion, color de garantía: el disfraz era lo mejor que traian; si bien á muchos se los traslucian por debajo juboncillos de ambicion con tal cual cenefilla de empleo, y se conocia que no estaban hechos á usarlos, porque á los mas les venian anchos. Estos no repartian dinero, sino periódicos; dábanlos con audacia y á venga lo que venga: si alguno se perdia ó se interceptaba malamente, otro al puesto, como quien tenia el molde en casa. Por el contrario de los otros, á cada periódico que daban ganaban carnes y razon. Las caretas eran discursos históricos de sucesion. Iban encendiendo las luces, que la primera comparsa apagaba siempre que podia; pero el salon estaba iluminado, de donde era fuerza inferir que se encendian mas de prisa que se apagaban. Seguia á estos una turba desigual hambrienta de felicidad: verdad es que nunca la habian catado. Unos eran gordos, otros flacos: unos tenian tres piernas, otros una: uno tres ojos, otro medio; quién era gigante, quién lilipuciano. *Se os igualará*, les iban diciendo los magnates, *nada mas fácil*, y lo creian sin mirarse despacio unos á otros, el tonto y el discreto, el tullido y el sano, el pobre y el rico. Estos creian en la felicidad de este mundo: los primeros en la del otro. Su conversacion buena, su chispa mucha y mayor el ruido que metian. Color general negro.

Era el resto de la concurrencia la mayoría; pero se conservaba á cierta distancia del que parecia su jefe. Era el color de este un atornasolado claro, que visto de distintos puntos lejanos parecia simpre un color diferente, pero en llegando á él no se le podia llamar color. Este y los suyos no andaban, aunque lo parecia, porque marcaban el paso: conociendo que no habia para qué, unos no traian piés, y otros los traian

de plomo. De medio cuerpo arriba venia vestido á la antigua española, de medio cuerpo abajo á la moderna francesa, y en él no era disfraz, sino su traje propio y natural. Ni era alto, ni bajo, ni gordo, ni flaco; sutil como cuerpo glorioso, y máscara, en fin, racional, si las hubo nunca. No traia careta, sino que enseñaba una cara de risa que á todos queria dar contento. Era su comparsa gente pasiva y estacionaria, de esta que tiene y no quiere perder, que no tiene porqué moverse, miedosa que teme perniquebrarse á cada paso, escarmentada ya y paralítica, envilecida con el sufrimiento y bien avenida á todo, ó despreocupada, que se rie de los hombres y sus partidos. Estos no decian nada; ni aplaudian, ni censuraban; traian caretas de yeso, miraban á una comparsa, miraban á otra, y ora temblaban, y ora reian. En realidad no hacian cuenta con su jefe : este era el que contaba con ellos; es decir, con su inercia.

En una palabra, parecian tres las comparsas y no eran mas que dos. Cuando yo entré en el baile acababan de separarse; hasta entonces habian bailado mezlados, porque hasta entonces no habia faltado bastonero que los habia hecho bailar á todos á un mismo son.

Apenas tuve tiempo de reconocer lo que llevo descrito, cuando se dirigieron á mí varios de la primera comparsa. — ¡Ah, Figaro maldito! aquí está. « *¡Nadie pase sin hablar al portero!* » « *¡La planta nueva!* » ¿Sabes que nos has hecho mas daño que un cañon? — Mala entrada es esta, dije yo para mí. — Mira, prosiguieron, tú debes ser tonto. ¡Qué provecho has sacado de tus artículos? — El gusto de escribir lo que pienso, y me sobra. — Eso por un lado y por otro el que te ahorquemos, si .. ¡desigual es el partido! — Ya me pondré á distancia respetable. — Vente con nosotros. — Gracias. — Te irá mejor; no hallarás rivales, porque no escribimos; te daremos una prebenda. — Soy casado. — Te daremos un empleo en correos y podrás interceptar las cartas. — No soy curioso. — Andarás por esas breñas. — No soy peregrino. — Dormirás al sereno. — Mas quiero dormir sereno. — Tendrás inquisicion y rey absoluto. — Lo agradezco, pero es tarde. — ¡Matarle! ¡Matarle!

— ¡Ea, dejad á Fígaro! dijeron los de la segunda comparsa, sacándome de entre ellos; este es nuestro, enteramente nuestro. ¿No es verdad, Fígaro? — ¡De corazon! — ¡Bravo! Tú tambien eres igual. — Y si no soy igual me es igual todo. — ¡Ya! Por eso te descuidas, y haces á veces artículos tan largos y tan pesados, y con tantas digresiones y atrevimiento : no teniendo respeto á nadie, fácil es hacer reir... — No hay para qué hablar mas, que ya me habeis conocido, dije yo apresurándome á interrumpir á los mios, que me iban tratando peor que los contrarios.

Mientras esto me pasaba en un rincon de la sala andábanse embromando los principales personajes de las dos comparsas. Estas bromas pararán en veras, dije yo para mí, y acerquéme á oir. — Andad, decian unos, hipócritas; á nosotros no nos embromareis, porque os conocemos : ahora andais con careta del pretendiente, pero es mentira : vosotros existíais antes que él. Vosotros triunfásteis malamente en Villalar

en nombre de otro Cárlos V: desde entonces no dejó de crecer un punto vuestra audacia: vosotros fuísteis los que el año 14 engañásteis á un rey y perdísteis á un pueblo; vosotros los que el año 23... — ¡Silencio! respondieron los otros; ¿qué nos echais en cara? Echaos la culpa á vosotros mismos, que dos veces fuísteis los amos, y dos veces... — Sí, pero no tengais cuidado; á la tercera... — Veremos. — Sí; vosotros lo que quereis es embaucar al pueblo con vuestros sortilegios, cubrirle los ojos y taparle la boca para beber su sangre que os engorda: el favoritismo, el absolutismo, el oscurantismo, el fanatismo, el egoismo... esas son vuestras virtudes... ese es el Cárlos V que proclamais; y lo demás es farsa y mascarada. Quitaos esas caretas de ley de Felipe V, que ya os hemos conocido. — ¡Miren! contestaban los ofendidos; ¿y qué quereis vosotros? ¿Quereis hacer felices á los pueblos? Broma y mas broma. Igualdad, para tener todos derecho á todo, representaciones nacionales para ocupar un puesto en ellas, porque todos haceis oficio de leer y escribir, y pensais que hablando... y los empleos, en fin, que por tantos años tuvimos nosotros, y las rentas que nos comemos y... — Y bien, y bien; ¿y hay nada mas justo? Nosotros haremos el bien público, haciendo el nuestro, aun sin querer hacerlo... — ¡Careta! ¡pretexto! — Pretexto, sí; pero mas noble que el vuestro. En nosotros tendrá la sucesion directa... — ¡Fuera, fuera la careta! ¡Tambien os conocemos! — ¡Holgazanes! — ¡Ambiciosos!

Al llegar aquí la broma, exasperáronse unas y otras máscaras, y ¡oh! ¡qué noche de horror y de confusion! — ¡A ellos, á ellos! gritaron unos, y otros desenvainando sus armas. Un paquete de *Boletines de Comercio* atrasados, lanzado por un brazo vigoroso y jóven, vino á estrellarse sobre un grupo de peluquines; seis cayeron del golpe. Diez y nueve *Siglos*, llenos de reconvenciones, se alzaron á una contra la pandilla blanca; y ¿quién les pudiera resistir? Tampoco se descuidaban los acometidos: volaban *Estrellas* por todas partes, pero daban en el aire con los *Siglos* y los *Boletines* que iban, y caian desvaneciéndose como los fuegos fatuos del verano. Un discurso parlamentario encontraba en el aire una exhortacion carlista y arrollábala al punto. ¡Qué furor! Volaban *Tiempos* y *Cínifes*, lanzábanse *Ateneos* y *Minervas*, enemigo herido de ellos, enemigo dormido y fuera por consiguiente de combate. Hasta hubo quien sacó *Correos*, *Crónicas* y *Auroras*, armas prohibidas porque suelen dispararse contra el mismo que las carga. ¿Quién diria el destrozo y la mortandad? ¿Y quién el fin de tan sangrienta lucha, si el jefe de la inerte comparsa no se apareciese con una sonrisa en la boca y una *Revista* en la mano? Interpúsola el atornasolado como pudiera Mercurio su caduceo, y cedieron los combatientes al arma mas pesada. Todos quedaron aplanados. ¡Ay de aquel á quien le cayó encima una noticia diversa! ¡Ay del que tuvo que sufrir el peso de la crónica de provincias! ¡Mísero el que sintió sobre sí la cámara de los diputados! Quiso la buena suerte que esto cayese todo sobre la comparsa blanca, y nadie de ella pudo ya levantar cabeza. Roncaban unos, y otros se quejaban amargamente. En la comparsa nueva cayó un artículo de entrada,

y ¡oh prodigio! como el maná, súpole á cada uno al manjar mas de su gusto; á nadie empero levantó chichon ni cardenal.

— ¡Hola! ¿quién es este? ¿Es vuestro? preguntaron los jóvenes á sus contrarios. — ¿Qué ha de ser nuestro? ¡ay míseros! contestaron los vencidos. — ¡Ah! ¡ya! repusieron los primeros. ¿Quién diablos te habia de conocer? Vaya, pase, pase por nuestro; mira, júzganos.

— ¿Yo juzgar? dijo el mediador. No lo permita el cielo. Si fuera conciliar...

— Mira que si no quieres ser nuestro juez, serás su reo. ¡Esos hipócritas!...

— ¡Oh! no hipócritas precisamente, no... seductores... dijo el mediador.

— ¡Revolucionario! gritaron los viejos.

— Revolucionarios, precisamente... no... fautores de asonadas... interrumpió el justo medio.

— ¡Fanáticos! gritaron los jóvenes.

— No fanáticos, no... ilusos, incautos...

— ¡Ignorantes!

— ¡Incrédulos!

— Señores, todos tienen ustedes razon; la union, la cultura, un justo medio... ni uno ni otro... las dos cosas...

— ¡Nosotros queremos todo nuevo!

— No, nuevo no, dijo el justo medio.

— Nosotros todo viejo!

— No, viejo no, repuso el atornasolado.

— ¡Nosotros lo negro!

— ¡Nosotros lo blanco!

— Todo, bien, todo; si se puede todo : está entendido; daremos un blanco que tire á negro, y un negro que tire á blanco.

— ¿Con que sí?

— No digo que sí, precisamente;... mas...

— ¿Con que no?

— No digo que no, precisamente;... pero...

— Eso, eso es ponerse en la razon, dijo á este punto levantándose pausadamente la mayoría hasta entonces inmóvil : nosotros estamos por ese señor de la antigua española y moderna francesa. No somos partido, pero somos las mas. Venga cualquiera cosa, llámenlo como quieran, y vamos viviendo. De cualquier modo hemos vivido hasta ahora, de cualquier modo moriremos.

— La verdadera diversion, señores, si me atrevo á llamarlo así, dijo entonces animado con su inmensa fuerza el atornasolado de no conocido color, es tomar, permítaseme la frase, de los juegos venerandos antiguos lo preciso, modificándolo segun el humor de los que han de divertirse. Y á propósito de esto diré para convencer á ustedes lo siguiente : « Las necesidades y las reformas, las instituciones y garantías, así como la antigua monarquía de las ideas nuevas, la discordia, la hidra de las revoluciones, y la bondad de arriba abajo, y no de abajo arriba, la legitimi-

dad, los malévolos seducidos, un campo de horror y dulce fraternidad, los sucesos retrógrados y las masas progresivas... » — Otras cosas podria decir;... pero... ¡Cuán dulce es la paz, señores! Y por fin el talento es mio, mia la experiencia, el tacto mio, y la nacion mia, porque no es de nadie, porque es pasiva : al que se oponga á mi justa conciliacion, añadió riéndose con la mas amable y cariñosa sonrisa, al que no quiera ser feliz, como yo entiendo la felicidad, harásele feliz, mal que le pese.

Un prolongado clamor de la multitud inmensa, tan callada toda la noche, pero un clamor no de entusiasmo pasajero, sino tranquilo, sereno, como la voz del poder que no ha menester esforzarse para hacerse oir, aplaudió sordamente la alocucion ambilátera, que, traducida al lenguaje inteligible, queria decir á unos : *Ya es tarde;* y á otros : *Es temprano todavía.*

Restablecida la paz y el silencio, desapareció á mis ojos el baile y ambos partidos con él : halléme en medio de Madrid repitiendo para mí : *Los tres no son mas que dos*, y *El que no es nada vale por tres.*

EL SIGLO EN BLANCO. (1)

No sé qué profeta ha dicho que el gran talento no consiste precisamente en saber lo que se ha de decir, sino en saber lo que se ha de callar : porque en esto de profetas no soy muy fuerte, segun la expresion de aquel que miraba detenidamente al Neptuno de la fuente del Prado, y añadia de buena fe enseñándosele á un amigo suyo : Aquí tiene usted á Jonás conforme salió del vientre de la ballena. — ¿Hombre, á Jonás? le replicó el amigo, si este es Neptuno... — O Neptuno, como usted quiera, replicó el *cicerone*, que en esto de profetas no soy muy fuerte. — El hecho es que la cosa se ha dicho, y haya sido padre de la Iglesia, filósofo ó dios del paganismo, no es menos cierta ni verosímil, ni mas digna tampoco de ser averiguada en tiempos en que dice cada cual sus cosas y las ajenas cómo y cuando puede.

Platon, que era hombre que sabia dónde le apretaba el zapato, si bien no los gastaba, y que sabia asimismo cuánto tenia adelantado para hablar el que no ha hablado nada todavía, habia adoptado por sistema enseñar á sus discípulos á callar antes de pasar á enseñarles materias mas hondas, y en esa enseñanza invertia cinco años, lo cual prueba evidentemente dos cosas : primera, que Platon estaba, como nuestras universidades, por los estudios largos : segunda, que no es cosa tan fácil como parece enseñar á callar al hombre; el cual nació para hablar, segun

(1) Antes de ayer apareció en esta corte el número 14 del periódico *El Siglo* con varios artículos en blanco, cuyos epígrafes eran *De la amnistía; Política interior; carta de don Miguel y don Manuel María Hazaña en defensa de su honor y patriotismo; sobre Cortes, y Cancion á la muerte de don Joaquin de Pablo Chapalangarra.* Posteriormente hemos sabido que se ha suprimido la publicacion de este periódico.

han creido erróneamente algunos autores mal informados, dejándose deslumbrar sin duda por las apariencias de verosimilitud que le da á esta opinion el don de la palabra, que nos diferencia tan funestamente de los mas seres que crió de suyo callados y taciturnos la sabia naturaleza.

De cuanto se pueda callar en cinco años podráse formar una idea aproximada con solo repasar por la memoria cuanto hemos callado nosotros, mis lectores y yo, en diez años, esto es, en dos cursos completos de Platon que hemos hecho pacíficamente desde el año 23 hasta el 33 inclusive, de feliz recuerdo, en los cuales nos sucedia precisamente lo mismo que en la cátedra de Platon, á saber, que solo hablaba el maestro, y eso para enseñar á callar á los demás, y perdónenos el filósofo griego la comparacion. Esto con respecto á dar una idea de lo mucho que se puede callar en cinco ó en diez años; ahora bien, con respecto á lo que se puede callar en un solo dia, basta para formar una idea leer, si es posible, *el Siglo*, periódico que no se ofenderá si aseguramos de él que trae cosas que no están escritas; periódico enteramente platónico, pero que no puede haber sacado tanto provecho como honra de su ciencia en el callar.

Confesemos sin embargo que lo que hay que leer es un artículo que no está escrito. Leer palabras y mas palabras lo hace cualquiera, y toda la dificultad, si puede cifrarse en alguna cosa, se cifra evidentemente en leer un papel blanco.

Un artículo en blanco es susceptible de las interpretaciones mas favorables: un artículo en blanco es un artículo en el sentido de todos los partidos: es cera blanda, á la cual puede darse á voluntad la forma mas adaptada al gusto de cada uno. Un artículo en blanco es además picante, porque excita la curiosidad hasta un punto difícil de pintar. ¿Qué dirá? ¿Qué no dirá? En un mundo como este de ilusion y fantasmagoría, donde ne se goza sino en cuanto se espera, es indudable que el hacer esperar es hacer gozar. Las cosas una vez tocadas y poseidas pierden su mérito; desvanécese el prestigio, rómpese el velo con que nuestra imaginacion las embellecia, y exclama el hombre desengañado: ¿*Es esto lo que anhelaba*? Este sistema de hacer gozar haciendo esperar, del cual pudiéramos citar en el dia algun sectario famoso, es evidente, y por él nunca podrá entrar en competencia con un artículo en blanco un artículo en negro. Este ya sabemos lo que puede querer decir, aunque no sea mas que haciendo deducciones del color.

De esta facilidad con que puede leerse un artículo en blanco se deduce un principio que desgraciadamente ha sido fin para *El Siglo*; á saber, que se pueden comparar con las cosas escritas en tinta simpática y con esas pantallas elegantes que toman mas ó menos color segun se acercan mas ó menos á la lumbre; leidos en un gabinete ministerial naturalmente resguardado de esta intemperie, y en que suele estar alto el termómetro, toman un calorcito subido que ofende la vista; y leidos al aire libre se revisten de una tinta suave que da gozo á la multitud. Pero siempre hacen fortuna, porque en el primer caso, y cuando dan con un

lector amigo del silencio, suelen dar por gusto al periodista, y en tal caso se da un privilegio exclusivo el autor de un artículo en blanco, para que puedan tambien quedar en blanco los números sucesivos.

Bien conocerá el lector, aun sin haber leido *El Siglo*, como probablemente no le habrá leido por aficionado que sea á leer, que no es mi intencion defender ni incriminar los artículos en blanco, ni mucho menos á los gobiernos, que temo á Dios gracias.

Es únicamente mi objeto apuntar unas cuantas ideas acerca de la teoría de los artículos en blanco, género nuevo en nuestro país, y para el cual debió decir Malherbe aquellos versos :

Et rose elle a vécu ce que vivent les roses,
L'espace d'un matin.

Quod scripsi scripsi, dijo un antiguo y famoso magistrado. Hé aquí otra de las ventajas de un artículo en blanco; y si hay quien culpe todavía de poco carácter á la *Revista*, desafiamos por esta vez al *Siglo* á que tenga mas que nosotros. No dirá por esta vez *quod scripsi scripsi.* En tiempo en que es tan de primera necesidad no contradecirse nunca, hé aquí otra ventaja de los escritores en blanco. Ni se crea que es fácil tampoco sobresalir en este género : yo confieso en verdad que si es cierto aquello de que *principio quieren las cosas*, al ponerme á escribir un artículo en blanco, no sabria por dónde empezar, y en cuanto á lo de prohibirlos, confieso que me habia de ver mas apurado todavía.

El Siglo es mas grande que los hombres ; hé aquí una verdad que ha echado por tierra el tiempo. Nosotros en realidad, al condolernos sinceramente de la suerte de nuestro colega, inferimos : ó es el siglo mas chico de lo que habíamos pensado, ó no es este siglo que alcanzamos el que habíamos menester.

Inferimos que no está bastante ilustrado el país para leer artículos en blanco, y que es mas acertado meter las cosas con cuchara, como lo entiende el *Boletin* : adoptamos el agüero que nos ofrece nuestro silencioso cofrade. A catorce *Siglos* nos ha dejado este periódico : es decir, en la edad media; confesemos francamente que no podemos pasar de aquí, y quedémonos en blanco enhorabuena. Muchos son efectivamente los puntos que ha dejado en blanco nuestro buen *Siglo* en punto á amnistía, en punto á política interior, en punto á honor y patriotismo de no sé qué hazaña, y en punto, en fin, á Cortes; pero mas creemos que hubieran sido aun los puntos en blanco, si conforme era el 14 el siglo, hubiera sido el 19. Y por último, deducimos de todo lo dicho y de la muerte que alcanza á nuestro buen *Siglo*, á pesar de toda su ilustracion y grandeza, que el siglo es chico como son los hombres, y que en tiempos como estos los hombres prudentes no deben hablar, ni mucho menos callar.

VENTAJAS

DE LAS COSAS A MEDIO HACER.

Suele decirse que nadie tiene mas edad que la que representa, y esta es una de las muchas mentiras que corren acreditadas y recibidas en el mundo con cierto agradable barniz de verdad, y que entran en el círculo de todo aquello que sin ser *vero*, es sin embargo *ben trovato*. Si una mentira pudiese probar algo, esta probaria una verdad, á saber, que no hay nada positivo, que no hay nada tal cual es, sino tal cual parece. Por el mismo estilo podria decirse que ciertos pueblos no envejecen, porque para envejecer es preciso vivir. Hé aquí la razon porqué siempre que yo me paro á mirar con reflexion nuestra España (que Dios guarde de sí misma sobre todo) suelo dirigirle mentalmente aquel cumplimiento tan usual entre gentes que se ven de tarde en tarde : « ¡Hombre, por usted no pasan dias! » Por nuestra patria efectivamente no pasan dias; bien es verdad que por ella no pasa nada : ella es por el contrario la que suele pasar por todo. Así es que despues de sus años mil, vésela de temporada en temporada aparecer jóven y rozagante, como quien empeza á vivir de nuevo. Si la hubiésemos de comparar con algo, la compararíamos con esas viejas verdes que unos dias se tiñen las canas y otros no : ó con esos seres que pasan el invierno entre dos piedras en una aparente muerte, y que necesitan todo el sol del mes de julio para empezar de rebullirse ; ó con la comparsa del célebre Robinson, silbado años pasados en esta corte, que andaba dos pasos adelante y uno atrás, ó con la casta Penélope. que deshacia de noche la tela que tramaba por el dia ; ó con los gatos en fin, de los cuales se dice que tienen mil vidas ; si bien con una notable diferencia : estos siempre caen de pié, y de la España no nos atreveríamos á decir claramente cómo cae siempre. En una palabra, se la puede comparar con todo y exactamente con nada.

No es esto que queramos hablar mal de España : mala ocasion escogeríamos, sobre todo cuanto está casualmente en el dia en que se tiñe las canas, en que se despereza y se rebulle, en que da el paso adelante, en que teje la tela, y en que se levanta renqueando de la última caida. Dios nos libre de semejante intencion como de un manifiesto ; nuestro objeto es retratarla, y aun hacerla favor si cabe. Es el mal que se escapa á la observacion como el agua á la presion : piensa usted cogerlo por un lado, deslízase por otro ; como esos calidescopios fantasmagóricos que á cada movimiento presentan una figura distinta á la vista divertida ; así nuestra patria ofrece unas veces encima unos colores y otras veces otros.

El año 8, segun decia su gobierno, no podia ser feliz sino bajo la ilustrada dominacion del dispensador supremo de la dicha de los pueblos. Poco despues, toda su bienandanza debia consistir en manejarse por sí sola, rechazando la citada ilustrada dominacion. El año 14 era indudable

que solo su legítimo rey y su legítima libertad la podian conducir á la dicha estable y duradera. A mitades del mismo año pendia su salvacion de su legítimo rey, pero sin auxilio ya de la tal libertad, ni maldita la ayuda de vecino. Hecha ya la casa, abajo los andamios. Hasta el año 19 inclusive, el órden y la paz, la gloria y la ventura solo podian apoyarse en la santa inquisicion. El año 20 ya se averiguó que aquella dicha de que habia gozado por tan santo medio no era la verdadera; la verdadera era la que iba á tener, fundada en la igualdad y en la libertad : entonces se supo á ciencia cierta que iba á ser venturosa. El año 23 sin embargo se vió felizmente restituida á la felicidad verdadera; entonces solo podia esperarla de aquellos mismos franceses, los únicos que el año de 8 podian hacerla feliz, y que el año 9 solo podian hacerla desgraciada. En aquel año 23 recibió, pues, su verdadera dicha del absolutismo, único gobierno capaz de llevar á un pueblo á su esplendor con mano fuerte : entonces abrió los ojos por cuarta vez, y vió palpablemente cómo habia de ser feliz. Y por fin, el año 34, abre los ojos por quinta vez, y se convence de una manera irrecusable, como siempre, de que su felicidad solo puede depender de la representacion nacional, y de que un gobierno absoluto no es la piedra filosofal. Escarmentada como siempre de sus pasados errores, ya no volverá á caer en el lazo que la tienden los malévolos y los ilusos, y todos esos bribonazos que andan siempre engañando y extraviando pueblos; en el año 34 se convence definitivamente de que la verdadera felicidad es la de ahora; todas las demás han sido felicidades de poco momento. Confesemos que esta su conviccion de ahora es la mas fuerte, aunque no sea mas que por haber estado ya otras veces convencida de lo mismo.

Hay quien cree que la felicidad es una de las muchas mentiras *ben trovatas*, como llevamos dicho, para nuestro consuelo : ya nos guardaremos nosotros de creer esto : y si en ninguna parte la vemos mas que escrita, no será sin duda porque no exista, sino porque no se ha sabido dar con ella hasta la presente. Siempre resulta de lo dicho que por la España no pasan dias : nuestra patria siempre la misma; siempre jugando á la gallina ciega con su felicidad : empeñada en atraparla, por el estilo de aquel loco, maniático por atraparse con la mano izquierda el dedo pulgar de la misma mano que tenia cogido con la derecha; y siempre mas convencido la última vez que todas las anteriores.

Intrincado y oscuro laberinto le pareceria á cualquiera nuestra felicidad. Habrá quien diga que de no haber hecho nunca las cosas claras y terminantes le viene el mal de haberse de contradecir... Pero réstanos saber si es un mal el contradecirse; esto no está averiguado : decir siempre la verdad nos obligaria á decir siempre una misma cosa; esto sobre ser una pesadez insufrible nos conduciria á decirlo todo de una vez. ¿Y despues? No diríamos nada. Figúrese el lector qué vacío en una larga existencia. Decimos por el contrario una cosa hoy y otra mañana. ¡Figúrese el lector qué variedad! Hay tela cortada para toda la vida. Igual consecuencia sacamos respecto á hacer las cosas claras y terminantes. Nosotros estamos por las cosas oscuras : hablamos seriamente. En pri-

mer lugar nadie nos negará una inmensa ventaja que sobre las cosas claras llevan las oscuras, á saber, que estas se pueden aclarar. Hágalo usted todo de una vez; el dia 1° del año por ejemplo. ¿Y los 364 restantes qué hace usted? Holgar. Dios nos libre : la ociosidad es madre de todos los vicios. Si este es de todos los males el peor, vale mas hacer mal y deshacer bien, que no hacer nada.

Para concluir, figurémonos por un momento que lo que vamos á hacer el año 34, porque yo creo que vamos á hacer algo, lo hubiéramos hecho de primeras el año 9, ó el 14, ó el 20. ¿Qué haríamos el 34? ¿Ser felices? ¡Brava ocupacion! Hubiéramos vivido de entonces acá, hubiéramos envejecido en esta felicidad que vamos á atrapar precisamente ahora; en una palabra hubieran pasado los dias y las cosas par nosotros, en vez de pasar nosotros por los dias y las cosas, y no estaríamos, como estamos, en los principios. ¡Espantosa perspectiva! Mas sabios, por el contrario, nosotros dejamos siempre algo que hacer, algo oscuro que aclarar para mañana. ¡Ay de aquel dia en que no haya nada que hacer, en que no haya nada que aclarar!

HERNAN PEREZ DEL PULGAR, EL DE LAS HAZAÑAS.

BOSQUEJO HISTORICO

POR

DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Entre los muchos y graves compromisos que rodean por todas partes al periodista, y al lado del riesgo de escribir, sin querer, lo que no piensa, ó de no pensar bastantemente lo que escribe; á la par del percance de ir mal expresadas, ó de ser mal entendidas é interpretades sus frases, de ser responsable de lo que otros escriben, y de verse esclavo de la libertad de sus conciudadanos, que él mismo acaso fundara y constituyera, pudiera campear como grande entre los mayores el compromiso de haber de criticar imparcial y concienzudamente la obra literaria de un ministro. No porque no pueda un ministro escribir una obra buena, sino precisamente por lo mismo que puede escribirla; el elogio que dirigido á un particular aparece imparcial y generoso en la boca del crítico, encaminado á una excelencia toma para con la opinion pública casi siempre el sabor de lisonja y adulacion, por justo y merecido que en el fondo sea. Es preciso, pues, que el periodista tenga la grandeza de ánimo suficiente para arrostrar la tacha de adulador, cuando quiere su mala suerte que se reunan en un hombre solo el poder y el mérito. Esto felizmente no sucede todos los dias. Andarse desenterrando por otra parte defectos, ó muy leves ó imaginados, solo para granjearse opinion de fuerte y de arriscado, seria una pequeñez indigna de quien abrigase un corazon noble y generoso. Pues-

tos nosotros en tan duro trance, tomamos el único partido que parece señalarnos nuestro carácter independiente; y nos limitamos á asegurar con franqueza que si pudiera pesarnos alguna vez de que el señor don Francisco Martinez de la Rosa ocupase el alto puesto en que le han colocado las esperanzas de los españoles, seria en esta ocasion en que quisiéramos tributar nuestra alabanza y respeto al hombre de letras con toda independencia del hombre de estado.

Tiempo hacia ya que esperábamos algun fruto de la pluma del señor Martinez de la Rosa los que de esperar vivimos, y los que ya hemos tomado sabor á los partos de su buen ingenio. La obra que publica en el dia no es acaso la mas importante que de él podíamos esperar; es un simple bosquejo histórico de la vida de Hernan Perez del Pulgar, uno de los héroes con que se honra España, segun la misma expresion del autor; es empero en su género un apreciabilísimo trabajo. Gran servicio hace á su patria indudablemente el hombre estudioso que desenterrando en las antiguas crónicas y leyendas los grandes hechos con que la ilustraron sus hijos, los ofrece como modelos á la generacion presente y á las venideras. Don Francisco Martinez de la Rosa, tan justamente aficionado á las cosas de Granada, no podia menos de investigar con diligencia los hechos de Pulgar, por su naturaleza enlazados con la historia de aquella ciudad. La claridad, el órden y gradacion de los hechos, la narracion sencilla, elegante, y no pocas veces florida, y aquellas reflexiones políticas ó morales que suelen nacer tan naturalmente á veces de la misma relacion de los hechos bajo la pluma del historiador, colocan este bosquejo histórico entre lo mejor que poseemos en este género. No luce en él la enérgica concision de Tácito, ni la profunda filosofía de Plutarco; pero puede rivalizar su estilo con lo mejor de nuestro siglo de oro. Tan cierta es esta proposicion, que, al leer *Hernan Perez del Pulgar*, hemos creido mas de una vez tener entre manos un libro desenterrado de aquella época. No faltará quien tachará este cuidado, esta esmerada imitacion del lenguaje de Solís y de Mariana, como una extremada afectacion de purismo; no faltará quien llame á la obra entera un arcaismo; no faltará quien crea, acaso con razon, que se descubre el artificio que en tan escrupuloso remedo ha debido emplear su autor; nosotros nos contentaremos con indicar que, á nuestro débil entender, las lenguas siguen la marcha de los progresos y de las ideas; que pensar fijarlas en un punto dado á fuer de escribir castizo, es intentar imposibles; que es imposible hablar en el dia el lenguaje de Cervantes, y que todo el trabajo que en tan laboriosa tarea se invierta, solo podrá perjudicar á la marcha y al efecto general de la obra que se escriba.

De aquí nazca acaso que el señor Martinez, en quien por otros escritos conocemos una alma inclinada de suyo al entusiasmo y una imaginacion poética, no se deja arrebatar de un arranque solo de calor y patriotismo, él tan ardiente y patriótico, al describir los hechos grandiosos y hazañas singulares de su héroe : ni aquella misma Granada de él tan querida y privilegiada, basta á inflamar su acompasado y monótono estilo anticuado. La traba que en su manera de escribir se habia impuesto, ha sido

ocasion tal vez de que se halla en la obra este vicio. El bosquejo histórico parecerá en nuestra biblioteca moderna lo que Pompeya y Herculano en la Italia del dia.

Por lo demás échase bien de ver cuánta sea la erudicion del señor Martinez, al advertir que llenan dos terceras partes del tomo las notas y apéndices con que ha creido deber autorizar las increibles hazañas de Pulgar.

En este punto fuerza es respetar la escrupulosa y exquisita erudicion de su excelencia. Nosotros no concluiremos este juicio crítico sin envidiársela, y sin darle el parabien por su bosquejo histórico, que alternará, en nuestro entender, dignamente con sus escritos anteriores. *Aut agere scribenda, aut legenda scribere*, decia un célebre romano : *ó hacer cosas dignas de ser escritas, ó escribir cosas dignas de ser leidas.* Ya que no podemos ser Hernando del Pulgar, quisiéramos ser su historiador.

REPRESENTACION

DE

UN NOVIO PARA LA NIÑA,

O LA CASA DE HUÉSPEDES,

COMEDIA NUEVA ORIGINAL, ESCRITA EN DIVERSOS METROS.

Despues de largos años de asedio, por fin ha tomado una empresa posesion de los teatros de esta corte. No queremos decir con esto que el ayuntamiento, que primero los ha dirigido, no sacase de ellos el partido posible, ni que... nosotros nunca queremos decir mas de lo que decimos; antes si por algo pecamos, es precisamente por decir lo que queremos. En este particular nos bastará contar un caso, que alude á la circunstancia de haber tenido primero los teatros la municipalidad y de tenerlos despues una empresa particular, y le contaremos sin perjuicio del respeto que tenemos al excelentísimo ayuntamiento.

Habia en Barcelona, no podemos decir en qué época, un corregidor zeloso del bien público, si los ha habido nunca : y debia haber al mismo tiempo que corregidor bailes de máscaras, porque se acercaba el carnaval. Sabido es que en Barcelona nunca han sido cosa mala las máscaras como en Madrid. Era el tal corregidor hombre sagaz, y habia notado en el año precedente, primero de su corregimiento, que el primer baile de máscaras no habia sido concurrido ni brillante. Llevado, pues, del deseo de que la cosa empezase bien, publicó en un bando la siguiente cláusula :

« Habiendo notado la autoridad en el año anterior que el primer baile que en la Lonja de esta ciudad se dió no fué brillante ni concurrido, y

no habiendo podido averiguar la causa de esta extrañeza, ha dispuesto que este año se empiece por el segundo baile. »

Hé aquí precisamente lo que encontramos nosotros aplicable al presente caso. Nada hubiera quedado que desear en materia de teatros, si se hubiera empezado hace muchos años por el segundo baile, es decir, por tener una empresa particular los teatros de esta corte.

Antes de ayer se dió principio á la nueva temporada cómica: es fuerza confesar que es grande el zelo de la nueva empresa. Dejando aparte la compañía de ópera que nos tiene preparada, acerca de la cual guardaremos silencio hasta que la experiencia, confirmando nuestras buenas esperanzas, autorice nuestros elogios, diremos desde luego que empezar dando al público en el primer dia tres novedades dramáticas en solo dos teatros, es empezar con muy buenos auspicios.

El autor de la novedad del Príncipe ha callado en los anuncios su nombre, y nosotros no nos creemos con derecho á revelarle. Parécenos sin embargo modestia inútil y excusada diligencia, porque su fácil versificacion y el género á que pertenece, y el sello que lleva, delatan al autor aun á los menos inteligentes, á los menos versados y peritos en el arte, con solo que hayan oido otra produccion del mismo ingenio.

El título nos anunciaba un argumento nuevo original, interesante. El amor mal entendido de una madre que establece una casa de huéspedes con el interesado objeto de hallar un novio para su hija, exponiéndola á los riesgos y humillaciones de tan falsa posicion, bien merecia una comedia, y una comedia buena sobre todo. Don Donato, hombre original, viejo y achacoso, pero rico y pagado, no de su persona precisamente, sino de su dinero, es uno de los huéspedes de doña Liboria y de los amantes de su hija Concha; hombre intolerable, porque tiene dinero, que insulta, porque paga, y que reconvenido de grosero responde: « Hago bien, tengo dinero. » Este rasgo maestro es la mejor definicion que se puede hacer de su carácter. Don Fulgencio, fatuo, con sus puntas de caballero de industria, es otro huésped y otro amante; es la manía de este la de rozarse con grandes, la de vender proteccion, la de comer en todas partes; en una palabra, el convidado de piedra, Don Manuel, pasante de abogado, pobre, pero honrado, á pesar de Cervantes, que dice en cierta parte: *Si es que el pobre puede ser honrado*, es el tercer huésped y pretendiente: este es modesto, vive de dar lecciones, y tan corto de genio como de recursos metálicos, que lo uno suele ir en el mundo con lo otro. Concha es una niña á quien el viejo rico fastidia, á quien el fatuo incomoda, y que solo del pasante se enamora. Doña Liboria es una madre cariñosa, viuda, con pocos recursos, que llora la ausencia de un hijo, de quien no tiene noticia: busca novio para su niña, y en esto está dicho todo, y aun disculpado su carácter. El primer acto es un acto por consiguiente de exposicion en que harto tenia que hacer el poeta con presentar al público la galería de caractéres sobre que gira su obra, y en honor de la verdad no podemos menos de decir que están esos caractéres pintados con pincel maestro. Este es el género de este autor, y es difícil en él aventajarle. En el segundo acto, la niña, hos-

tigada por doña Liboria, se ve precisada á elegir, y anduviera mal su amor y el de don Manuel si no llegara un nuevo huésped jóven, rico, que viene de América despues de largos años de expatriacion. Tiene su familia en Madrid, pero no dando con ella se ve precisado á tomar habitacion en una casa de huéspedes hasta encontrarla. Fácilmente conoce el que haya visto comedias que el recien llegado don Diego es el híjo de doña Liboria : ha hecho fortuna en América, lo cual es de tradicion : sabedor del estado de su familia, él se encarga de despedir á los recien pretendientes : consíguelo en el tercer acto desengañando á doña Liboria acerca de la fatuidad de don Fulgencio, de la loca pretension del viejo, y de los riesgos á que ha expuesto á su hija. El honrado y modesto don Manuel es finalmente el premiado con la mano de Conchita, despues de haberse atrevido los dos enamorados á declararse su tierno pensamiento en unas endechas, harto mas poéticas de lo que la verosimilitud exigia.

Por este sucinto análisis habrá comprendido el lector el argumento y plan de la comedia. Con respecto al juicio crítico de ella, confesamos ingenuamente que cuando la amistad nos une con el autor de una comedia, tememos que este sentimiento nos ofusque, y así nos oculte los defectos como nos abulte las bellezas. Solo diremos, con respecto á *Un novio para la niña*, que tanto las bellezas como los defectos que quiera encontrar en ella el crítico severo, son los mismos que en las mas obras de su autor se encuentran. ¿Ofenderíamos la amistad si aconsejásemos al autor que meditase algun tanto mas sus planes? Este es generalmente el escollo de la abundancia de genio. El autor se deja llevar de su facilidad : en esta no le conocemos rival, así como tampoco en el chiste y la agudeza : sus descripciones, así de los bailes como de las casas de huéspedes, son un espejo fiel de las costumbres : su diálogo está lleno de gracias y de viveza. Su versificacion es un modelo ; pero donde se prueba cuánto puede el ingenio es en una circunstancia notable. Tres comedias consecutivas nos ha dado este poeta, en las cuales ha sabido hacer tres obras diferentes, repitiéndose á sí mismo. Una jóven sencilla y virtuosa y tres pretendientes de diversos caractéres forman el argumento de todas ellas. Otro se hubiera visto apurado para hacer de él una sola comedia. El autor de *Un novio para la niña* ha hecho sin embargo con él tres dramas diferentes.

EL HOMBRE PONE Y DIOS DISPONE,

ó

LO QUE HA DE SER EL PERIODISTA.

Gran cosa dijo el primero que anunció este proverbio, hoy tan trillado. Si hay proverbios que envejecen y caducan, este toma por el contrario mas fuerza cada dia. Yo por mi parte confieso que á haber tenido la desgracia de nacer pagano, seria ese proverbio una de las cosas que mas me retraerian de adoptar la existencia de muchos dioses; porque soy de mio tan indómito é independiente, que me asustaria la idea de proponer yo, y de que dispusiesen de mis propósitos millares de dioses, ya que desdichadamente ha de ser hombre un periodista, y, lo que es peor, hombre débil y quebradizo. Ello no se puede negar que un periodista es un ser bien criado, si se atiende á que no tiene voluntad propia; pues sobre ser bien criado, debe participar tambien de calidades de los mas de los seres existentes: ha menester, si ha de ser bueno y de dura, la pasta del asno y su seguridad en el pisar, para caminar sin caer en un sendero estrecho, y como de esas veces fofo y mal seguro; y agachar como él las orejas cuando zumba en derredor de ellas el garrote. Necesita saberse pasar sin alimento semanas enteras como el camello, y caminar la frente erguida por medio del desierto. Ha de tener la velocidad del gamo en el huir para un apuro, para un dia en que Dios disponga lo que él no haya puesto. Ha de tener del perro el olfato, para oler con tiempo donde está la fiera, y el ladrar á los pobres; y ha de saber dónde hace presa, y dónde quiere Dios que hinque el diente. Le es indispensable la vista perspicaz del lince para conocer en la cara del que ha de disponer, lo que él debe poner; el oido del jabalí para barruntar el run run de la asonada; se ha de hacer, como el topo, el mortecino, mientras pasa la tormenta; ha de saber andar cuando va delante con el paso de la tortuga, tan menudo y lento que nadie se lo note, que no hay cosa que mas espante que el ver andar al periodista; ha de saber, como el cangrejo, desandar lo andado, cuando lo ha andado de mas, y como de esas veces ha de irse sesgando por entre las matas á guisa de serpiente; ha de mudar camisa en tiempo y lugar como la culebra; ha de tener cabeza fuerte como el buey, y cierta amable inconsecuencia como la mujer; ha de estar en continua atalaya como el ciervo, y dispuesto como la sanguijuela á recibir el tijeretazo del mismo á quien salva la vida; ha de ser, como el músico, inteligente en las fugas, y no ha de cantar de contralto mas que escriba con trabajo; y á todo, en fin, ha de poner cara de risa como la mona. Esto con respecto al reino animal.

Con respecto al vegetal parécese el periodista á las plantas en acabar con ellas un huracan sin servirles de mérito el fruto que hayan dado anteriormente: como la caña ha de doblar la cerviz al viento, pero sin mur-

murar como ella; ha de medrar como el junco y la espadaña en el pantano; ha de dejarse podar cómo y cuando Dios disponga; y tomar la direccion que le dé el jardinero; ha de pinchar como el espino y la zarza los piés de los caminantes desvalidos, dejándose hollar de la rueda del poderoso; en dias oscuros ha de cerrar el cáliz y no dejar coger sus pistilos como la flor del azafran; ha de tomar color segun le den los rayos del sol; ha de hacer sombra, en ocasiones dañina, como el nogal; ha de volver la cara al astro que mas calienta como el girasol, y es planta muerta si no; seméjase á las palmas en que mueren las compañeras empezando á morir una; así ha de servir para comer como para quemar, á guisa de piña; ha de oler á rosa para los altos, y á espliego para los bajos; ha de matar halagando como la hiedra.

Por lo que hace al mineral, parece el periodista á la piedra en que no hay picapedrero que no le quite una esquirla y que no le dé un porrazo; ha de tener tantos colores como el jaspe, si ha de parecer bien á todos; ha de ser frio como el mármol debajo del pié del magnate; ha de ser ductil como el oro: de plata no ha de tener ni aun el hablar en ella; ha de tener los piés de plomo; ha de servir como el bronce para inmortalizar hasta los dislates de los próceres; lo ha de soldar todo como el estaño; ha de tener mas vetas que una mina, y mas virtudes que un agua termal. Y despues de tanto trabajo y de tantas calidades ha de saltar, por fin, como el acero en dando con cosa dura.

En una palabra, ha de ser el periodista un imposible: no ha de contar sobre todo jamás con el dia de mañana: ¡dichoso el que puede contar con el de ayer! No debe por consiguiente decir nunca como *el Universal:* « Este periódico sale todos los dias excepto los lunes; » sino decir: « De este periódico solo se sabe de cierto que no sale los lunes. » Porque el hombre pone y Dios dispone.

VIDAS DE ESPAÑOLES CÉLEBRES,

POR DON JOSÉ QUINTANA,

TOMO III.

DON ALVARO DE LUNA, CONDESTABLE DE CASTILLA, Y FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, OBISPO DE CHIAPA Y PROTECTOR DE LOS INDIOS.

Triste es por cierto considerar que donde son tan pocas las obras que pueden llamar fundadamente la atencion de los literatos, se atreviesen aun los acontecimientos y las circunstancias á estorbar ó retardar la publicacion de tal cual libro científico, luminoso ó bien escrito. La obra que anunciamos fué comenzada ha muchos años por el señor don Manuel José Quintana, poeta y literato bien conocido y apreciado entre nosotros, bajo

un plan perfectamente concebido, y que llevado á cabo con la diligencia que el señor Quintana se prometia emplear en ella, hubiera dado gloria á su autor y lustre á su patria.

Desgraciadamente, los tristes acontecimientos y las revueltas políticas que vinieron poco despues de la publicacion de las cinco primeras vidas á conmover violentamente nuestra patria, y que envolvieron en su torbellino al autor, fueron causa de que se suspendiese este importante trabajo. Restituido á sus hogares, como él mismo dice en el prólogo de este su tercer tomo, lo primero á que atendió fué á revisar los estudios que en esta parte tenia hechos, y poner en órden los mas adelantados para su publicacion. Fruto de estas tareas continuas fueron las dos vidas de Vasco Nuñez de Balboa y de Francisco Pizarro, que se dieron á luz en el año de 30, y las dos que ahora publica de don Alvaro de Luna y fray Bartolomé de las Casas.

No es esta ocasion de hablar ni del primer tomo, ni del segundo de esta obra, que ya en distintas ocasiones han sido juzgados y apreciados justamente por los periódicos y por el público. La diversidad de épocas, empero, en que se han publicado los tomos de las *Vidas célebres*, han debido dar un carácter particular á cada uno, ora por la influencia que ejercen siempre en el escritor las circunstancias que le rodean, ora por el sello que las diversas edades del autor no han podido menos de imprimir á trabajos interrumpidos por muchos lustros. Nótese consiguientemente en las primeras vidas, para servirnos de una expresion del mismo poeta que analizamos, el *hervir vividor* de la juventud, el entusiasmo, el encanto, el color de heroismo con que suele complacerse la primera edad del hombre en revestir todos los objetos que se presentan á su vista. La materia de ellas contribuia tambien en verdad á prestar una tinta mas poética á aquellos hombres cuya historia, perdiéndose en la oscuridad de los tiempos remotos, se clasifica naturalmente entre las tradiciones fabulosas que presiden á la formacion de las sociedades. Por el contrario, conforme se acerca la historia á los tiempos modernos, la multiplicidad de datos que se acumulan en comprobacion ó contradiccion de los hechos, y la mayor importancia que naturalmente damos á los que por mas recientes se enlazan con los nuestros, ó han podido tener influencia en ellos, atan al historiador y tórnanle mas circunspecto, dejando á la par menos libertad á su imaginacion para campear libre y osadamente. Así que, en el primer tomo leemos continuamente al poeta. En el segundo, y aun mas en el tercero, leemos al historiador, si menos galano, mas filósofo. Vemos al hombre que ha pasado por el tamiz de las revoluciones, que ha sufrido, que ha aprendido á conocer á los hombres. El primer tomo descubre en todas sus páginas la expresion noble y generosa de una alma jóven y poética, que no ve mas allá de la exterioridad aparente en las acciones. El tercero respira la amargura del desengaño, la triste verdad de la experiencia. Las dos vidas que encierra este tomo ofrecian á su cronista mas que medianas dificultades, que ni ha desconocido, ni le han arredrado. Don Alvaro de Luna, juguete de los caprichos de la fortuna, víctima de su propia elevacion, y escarmiento de favoritos, es uno de los

hombres que mas celebridad han obtenido en nuestra patria; de esa celebridad empero estéril, hija de una existencia tan improductiva como ruidosa. Triste es reflexionar que entre los muchos hombres que han inmortalizado su nombre en las páginas de nuestra historia, es contado el número de los que han influido en su prosperidad. De aquí ha nacido sin duda que la nacion ha permanecido estancada, cuando sus hijos adelantaban su fama particularmente. Harto débiles para sobreponerse á su siglo y á su pais, en vez de prestarles su influencia, la han recibido de ellos: han sucumbido á las circunstancias que los han rodeado, casi siempre, en vez de dominarlas. Considerados políticamente nuestros grandes hombres, han sido bien pequeños. En este número no puede menos de colocarse el condestable; su paso, semejante al de la tempestad, fué ruidoso, sí, pero nada fecundo. La reflexion política que parece deducirse de la narracion de la vida del condestable, es aquella que cita el mismo autor del cronista Pero de Guzman, y en que nos asegura abundar gustosísimo: « La mi gruesa é material opinion es esta: que ni buenos temporales ni salud son tan provechosos é necesarios al reino como justo é discreto rey. »

Fray Bartolomé de las Casas, este hombre tan extraordinario, por las opiniones que osó, casi temerariamente, adoptar en unos tiempos en que creian sus compatriotas que el Hacedor supremo habia hecho á la raza india para uso particular de la Europa, y que no dudó en ver hombres donde solo veian siervos los demás; tan locamente encomiado por los extraños, como injustamente vilipendiado por los propios, es el objeto de la segunda parte del tercer tomo. La vida de fray Bartolomé pertenece mas bien á la humanidad entera que á la España sola Las Casas no fué un hombre de un talento superior: fué sí un hombre extraordinario por su fanatismo filantrópico, digámoslo así. Este es el juicio que de la lectura de su vida resulta. Arrebatado en sus opiniones exclusivas, si bien justas, su exaltacion inutilizó y malogró casi siempre la pureza de sus intenciones. No bastan estas empero para constituir grande al hombre: es preciso saberlas llevar á cabo y hacerlas triunfar. Dirásenos que la fortuna pudo influir en el mal éxito de los afanes de las Casas: esta es una vulgaridad que nunca entenderemos: el hombre superior hace la fortuna: conocedor de las circunstancias que se oponen al logro de sus planes, las esquiva ó las dirige, y las domina. El que sucumbe á ellas es el hombre vulgar; por mas que haya vencimientos mas gloriosos que la misma victoria, nunca será grande el guerrero constantemente vencido. Todo el mérito, pues, que á las Casas podemos conceder es el de haberse adelantado á su siglo en la manera de considerar á los indios, el de un teson á prueba de todo desaire, el de un zelo ejemplar, y el de haber tenido alguna influencia, si bien indirectísima é imperceptible casi, en mejorar la existencia de algunas tribus americanas. — El señor Quintana ha respondido victoriosamente en su prólogo á la acusacion que se le podia hacer de poco afecto al honor de su país, cuando adopta tan francamente los sentimientos y principios del protector de los indios. « ¿Se negará uno, dice en su prólogo, á las impresiones que recibe, y repelerá

el fallo que dictan la humanidad y la justicia por no comprometer lo que se llama el honor de su país? Pero el honor de un país consiste en las acciones verdaderamente grandes, nobles y virtuosas de sus habitantes: no en dorar con justificaciones ó disculpas insuficientes las que ya por desgracia llevan en sí mismas el sello de inicuas é inhumanas. » Si la noble independencia del señor Quintana, con la cual nosotros simpatizamos, hubiera menester defensa, ¿qué podríamos añadir á tan enérgicos renglones? El escritor no es el hombre de una nacion: el filósofo pertenece á todos los paises: á sus ojos no hay límites, no hay términos divisorios: la humanidad es y debe ser para él una gran familia.

El señor Quintana, al continuar la vida de los Españoles célebres, hace un servicio señalado á su patria, á la literatura. Su narracion clara y elegante, su estilo conciso y fluido, su lenguaje castizo y correcto pueden presentarse en este género como modelos: y el criterio y la imparcialidad del historiador dan á su obra un lenguaje distinguido entre esta clase de libros. Es de desear que este Plutarco español continúe una obra que redunda tanto en honor de su pluma como en gloria de nuestra patria.

REPRESENTACION

DE

LA NIÑA EN CASA Y LA MADRE EN LA MASCARA,

COMEDIA ORIGINAL

DE DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Uno es el objeto del poeta cómico: la correccion del vicio que se propone por asunto de su obra. Los medios que pueden conducirle á su único fin son, en nuestro entender, diversos, porque no creemos en la exclusion de género alguno. Si la ironía ó la parodia de las situaciones de la vida y de las manías del hombre le presentan el cuadro de su error y le conducen, avergonzándole de sí mismo, al convencimiento y la correccion, tambien la pintura fiel de las desgracias á que pueden arrastrarle sus vicios le llevan, moviendo su corazon, al mismo resultado. Molière, jugando locamente con los extravíos y presentándonos el lado ridículo de nuestras preocupaciones, puede haber corregido á los mas pundonorosos. Kotzebue, desarrollando á nuestra vista las circunstancias de las pasiones, y arrancando lágrimas al corazon, puede haber corregido á los mas sensibles. Si Regnard puede haber hecho sonrojarse á un jugador, Ducange puede haberle hecho arrepentirse. Para esto basta con que el poeta (adopte el camino que quiera) presente siempre la verdad y no transija en punto con la inverosimilitud. Este principio general, que dicta la misma naturaleza, y que, sancionado por el simple sentido co-

mun, mal puede ser recusado ni aun por el clásico mas rígido, parece haber sido reconocido hace ya tiempo por los poetas modernos; muchos de ellos le han llevado hasta un punto tal, que no han vacilado en adoptar á un tiempo ambos caminos: refundiendo en uno los dos géneros encontrados, dirigieron contra el vicio moral que se proponian corregir todos los recursos del arte. El primero que entre nosotros ha dado el ejemplo de esta novedad dramática ha sido el mismo Moratin, en quien encontramos esta diferencia esencial si le comparamos con Molière, como creemos haber dicho ya en otra ocasion. En *la Comedia nueva* aquel poeta no se contenta con hacer ver á los espectadores cuán ridículo es un don Eleuterio, sino que escarmienta crudamente á su protagonista, como desconfiando de que bastase el ridículo á corregirlo. En *el Viejo y la Niña* no se satisface con escarnecer la manía de un viejo que se cree capaz de hacer por fuerza la felicidad de una jóven: ésle necesario cebarse además en la desdicha de esta víctima inocente. En *el Sí de las Niñas*, al paso que libra á la pública diversion el error de una madre que profesa á su hija un amor mal entendido, mueve el corazon con los lamentos de doña Paquita, y se complace en ponerla á dos dedos del precipicio, por si, no bastando á las madres imprudentes la representacion de su ridiculez, han menester además que se les descorra el velo del funesto porvenir que preparan á sus hijas, violentadas por su indiscreto cariño. Entre los dramáticos que han sucedido á Moratin, con mas ó menos fortuna, unos han seguido la escuela de Molière, otros la de Moratin. En la comedia que da motivo á este artículo ha probado el señor Martinez de la Rosa, como ya se traslucia en otras obras suyas, que no es la *vis cómica* del primero su mérito principal. Los escritos de este autor descubren en él, por lo general, un fondo de sensibilidad que debia hacerle adoptar este género, que de buena gana llamaríamos mixto, si nos creyésemos con derecho y autoridad para poner nombres á las cosas. Admitida esta observacion, ¿cuál era el vicio ó el extravío que se proponia combatir el poeta cómico en *la Niña en casa y la Madre en la máscara?* No era una pasion en general, uno de esos vicios que tienen un nombre y un carácter circonscrito, y que suelen ser el mejor asunto de la comedia. El objeto es convencer á las madres locas, á las viejas verdes, del riesgo á que exponen á sus hijas cuando descuidan su educacion por el torbellino del mundo, de que no bastan á hacerlas prescindir ni su edad, ni su responsabilidad doméstica y social. Objeto era este profundamente moral. El refinamiento de la cultura y sociabilidad moderna no excluyen del mundo edad ni circunstancia alguna; pero si el mundo no arroja de sí á las madres, si no las encierra en sus casas, la moral y el interés de sus familias ponen ciertos cotos á su disipacion. Para lograr su fin y presentarnos el cuadro del escarmiento, ya que no habia adoptado de todo punto el arma del ridículo, debia pintar á una niña inocente y candorosa, porque esta era la única á quien podia traer funestas consecuencias el abandono de su madre, y esas consecuencias del tal abandono debian ser tales que la misma madre se avergonzase de ellas y llorase lágrimas amargas de arrepentimiento. Esto es

justamente lo que ha hecho el señor don Francisco Martinez de la Rosa: de suerte que fuera injusticia negarle que su plan está bien concebido. Teodoro, jóven de perdidas costumbres, solicita á un tiempo á la madre y á la hija: esto tiene la doble ventaja de probar que cuando una niña sin experiencia se halla sola en el mundo, es mas fácil que haga una eleccion poco acertada, y de hacer ver á la madre que una vieja loca nunca puede ser sinceramente querida. Hasta aquí solo encontramos que admirar en *la Niña en casa.* No nos sucede lo mismo con respecto á los personajes accesorios del tio y de don Luis. El primero es uno de esos personajes que, sin estar precisamente de mas en el argumento, están sin embargo poco enlazados con él: así es, que en el tio no hay accion, no hay movimiento. De estos viejos, echados como un libro en una comedia para presentar el contraste, no con su carácter, sino con sus máximas, tiene Moratin algunos. Nosotros entendemos que la moral de una comedia no la ha de poner el autor en boca de este ó de aquel personaje: ha de resultar entera de la misma accion, y la ha de deducir forzosa é insensiblemente el espectador del propio desenlace. El tio no sirve en *la Niña en casa* sino para hacer la exposicion, que en este supuesto resulta no ser muy ingeniosa ni muy nueva, y para el desenlace, que tambien en rigor pudiera haberse llevado á cabo sin él. Si es episódico el tio por no tener gran parte en la accion de la comedia, ¿qué diremos de don Luis? De este sentimos, no solo que está poco enlazado con el argumento, sino que está completamente de mas, y que perjudica para el desenlace sobre todo. Es inútil, porque nada hace sino precisamente lo que no debiera ni pudiera hacer nadie. Es inverosímil que este hombre, testigo de la pasion de Inés, esté siempre dispuesto á tomarla por esposa. Con respecto al argumento, solo una observacion nos queda que hacer.

Es lástima por cierto que el señor Martinez de la Rosa, que maneja el amor y el sentimiento en toda la comedia con tal tino, que sorprende á la naturaleza y hace suyos los secretos de ella, suponga á Inés, que nos pinta tan jóven, tan inexperta, tan apasionada, desimpresionada solo porque encuentra á su amante en su casa. Esto, á sus ojos, no teniendo otros antecedentes de su carácter, no puede ser nunca mas que una falta suficientemente disculpada por el amor. Era preciso que para desengañarse Inés tuviese pruebas de la bajeza de Teodoro, que supiese de él lo que sabe el tio, y que se le hiciese conocer su doble y baja conducta. Y aun en este caso, si podia renunciar á él, no por eso podria tolerar siquiera en el momento del desengaño la perspectiva de otro hombre y otra boda. Ese mismo escarmiento del hombre en quien mas habia confiado debia llevarla á desconfiar doblemente de los otros que le hubiesen sido indiferentes. Esta es la naturaleza; por otra parte no era el objeto de la comedia casar á la niña, sino corregir á la madre; de suerte que desde el momento en que esta se desengaña queda concluida la comedia: *qui ne sait se borner ne sut jamais écrire,* ha dicho un famoso crítico. Sin que queramos hacer una aplicacion exacta de este axioma al señor Martinez, confesamos que es sensible que se haya dejado llevar de la antigua tradicion de que han de acabar con boda todas las comedias.

La misma inculpacion pudiera hacerse con respecto á alguna escena harto prolongada : las pasiones tienen un límite, una expresion última, despues de la cual nada se puede escribir que no sea para descender. Por ejemplo, despues de haberse arrojado Inés á los piés de su amante, despues de hacerle locamente dueño de su albedrío, ¿qué les quedaba que hacer? ¿qué les quedaba que decir? Aquella escena pudiera haberse cortado allí en obsequio del mayor efecto. En el desenlace se olvida el poeta de que tiene esperando á la puerta á la madre, y prolonga igualmente demasiado la escena del descubrimiento del amante y del desmayo de Inés.

Sensible nos es haber de encontrar defectos; pero en primer lugar es sabido que el crítico no puede dejarse alucinar como el espectador por las impresiones fugitivas; su deber es escudriñar, su primera obligacion la imparcialidad. En segundo lugar, si en esto puede haber algun riesgo para el escritor, no será seguramente cuando recae en un hombre del talento y el buen juicio del señor Martinez. Solo se ofende de la crítica severa el que no es capaz de dejarla de merecer nunca. El talento superior la desprecia cuando es injusta ó parcial, caso de que nos parece estar muy distantes; y sabe darle su valor, y aun apreciarle, cuando es sincera, noble y de buena fe.

Despues de esta breve indicacion de los lunares que, á nuestro modo de entender, oscurecen el mérito de *la Niña en casa*, y que apuntamos con harta desconfianza de nosotros mismos, entraremos con mas placer á encomiar lo mucho que en ella encontramos superior. El carácter de la madre es excelente y sostenido : el de Inés es delicado, tierno, profundo, está tocado con una maestría encantadora : el de Teodoro era el mas fácil de escribir, y sin embargo nosotros nos contentáramos con que el actor encargado de él le hubiese representado con igual tino que el autor le ha escrito. Los medios de seduccion empleados por el criado de Teodoro, y sobre todo por la criada de Inés, son un modelo en su género. Del lenguaje nada diremos, porque el elogiarle como un mérito extraordinario en el señor Martinez, seria suponer que podia no haber sido excelente : esto seria hacer una ofensa á este poeta, uno de nuestros mejores hablistas, delante de quien hablaremos y escribiremos siempre, en este particular, con respeto y con envidia. La versificacion difícilmente pudiera ser mejor, y el diálogo, generalmente animado y cómico, está salpicado de chistes del mayor gusto. Presiden á él siempre la cultura y el conocimiento de la fina sociedad. En toda la comedia se descubre al filósofo, al poeta cómico, al conocedor del hombre, en fin, á quien pocos pueden igualar en ese tino con que se apodera del corazon y le conmueve con una palabra sola á veces, con un solo ¡ay! El público, al aplaudir esta comedia, no hace mas que tributar una justicia de que ya habia dado pruebas en otras ocasiones.

ESPAGNE POÉTIQUE.

CHOIX DE POÉSIES CASTILLANES DEPUIS CHARLES-QUINT JUSQU'A NOS JOURS,

MISES EN VERS FRANÇAIS,

Avec une dissertation comparée sur la langue et la versification espagnoles, une introduction en vers et des articles typographiques, historiques et littéraires;

PAR DON JUAN MARIA MAURY.

Ouvrage orné de plusieurs portraits.

Hubo un tiempo feliz para nuestra patria, en que supo en armas, en política, en letras, dar la ley al mundo. Cuando es llegada para una nacion la hora de la gloria, parece que se complace el cielo en acumular lauros de todas especies sobre su generosa frente. Tocóle á la España esta época, y sublimóse á un grado de esplendor que ya difícilmente alcanzará ni ella ni pueblo alguno. En un mismo siglo expulsaba heróicamente de su profanado suelo los restos de la opresion dominadora que, por espacio de ocho largos siglos, la avasallara, y hacia ondear el estandarte de la cruz sobre las mezquitas de la media luna : extendia el poder de sus armas victoriosas por gran parte de la Europa · no contenta con tremolar el pabellon español en las tres partes del mundo conocido, vínole este estrecho á su gloria, y lanzóse al vago inmenso del Occéano, buscando mundos nuevos que conquistar. Roma, Méjico, Lepanto inclinaron sucesivamente la cerviz humillada bajo su poderoso cetro : no le bastaba tampoco el dominio de la fuerza; no le satisfacia que el sol no se pusiese nunca en sus dilatados términos, era preciso que el ingenio español desplegase tambien su poderío, y concluyese la conquista de las armas. A la sombra de los ganados laureles nacieron y crecieron hombres que previnieron é inutilizaron para la patria los posibles rigores del ovido. Lope y Calderon no fueron efectivamente nuestras glorias menores. Si cuando circunstancias de doloroso recuerdo hicieron degenerar despues á la España, quedaron sus grandes hechos consignados en la historia, para servir de eterna reconvencion á las degradadas generaciones posteriores, los escritos de nuestros grandes hombres permanecieron como blanco perpetuo de envidia para los que despues de ellos habian de venir.

Olvidada luego la antigua influencia nuestra, levantadas otras naciones á ocupar el puesto privilegiado que vergonzosamente les cedíamos en el rango de los pueblos, la literatura no podia menos de resentirse de nuestra decadencia política y militar : callaron los cisnes de España; una nacion vecina, de quien atinadamente dice el señor Maury : *Le goût naquit français*, creó una literatura nueva, que debia adolecer sin embargo de la influencia regularizadora, acompasada, filosófica del siglo en que aquella prosperaba. Millares de preceptistas creyeron leer en Ho-

racio lo que nunca acaso habia pensado decir; Shakspeare y Lope fueron sacrificados en las aras de la nueva escuela, y el gusto se asentó sobre las ruinas del genio; el corto número de sus apasionados hubo de contentarse con admirarlos en silencio; nadie osó alabarlos sin rubor. Entronizada la nueva escuela, que nada debia en verdad á la España, esta debia quedar borrada del mundo literario, y un célebre crítico pudo decir de ella impunemente : *un rimeur sans péril delà les Pyrénées*, etc., y llamarla bárbara, sin que nadie se atreviese á sospechar que se podria volver por ella algun dia victoriosamente. Las épocas y los gustos se suceden sin embargo rápidamente, y el hombre debia volver á conocer que no habia nacido solo para un mundo de amarga y disecada realidad; escritores osados intentaron sacudir el yugo impuesto por los preceptistas; el mundo debia encontrar al fin, en política como en literatura, la libertad para que nació; la literatura española debia surgir desde este momento y aparecer mas radiante que nunca, como un inmenso fanal oscurecido largo tiempo por una espesa niebla. Los alemanes fueron los primeros que desenterraron nuestras bellezas, y Calderon vino á serles un objeto de culto. Habia falta sin embargo todavía de una obra que hiciese conocer á la nacion exclusiva que los españoles son hombres tambien y poetas. Tan grande empresa debia arredrar al mas osado. No bastaba decir : « Aprendan ustedes á leer el castellano. » Esto hubiera sido acaso reproducir la Casandra de Troya, y era preciso decir : « Aprendan ustedes en francés á leer el castellano. » Don Juan María Maury, nuestro compatriota, tomó sobre sí la arrojada empresa de convencer al sordo que se negaba á oir, y si es cierto que *in magnis audisse sat est*, la idea sola del señor Maury constituye el mayor elogio de su obra.

Esta idea llevaba empero en sí misma un escollo inevitable : la índole de la lengua y de la poesía francesa, tan opuesta á la española, debia ser un obstáculo invencible. El intentar la perfeccion hubiera, pues, sido desatino : en acercarse á ella estaba la victoria; admitido este principio, creemos que la ha alcanzado muchas veces el señor Maury. El plan de su obra es el mas á propósito para el objeto que se propone : la coleccion de poesías escogidas hubiera sido incompleta sin una reseña histórica de nuestra literatura; este vacío ha tratado de llenar su introduccion. Convenimos con *el Monitor francés* que al analizar la *España poética* siente que el autor se haya dejado llevar de su inclinacion y aun de tal cual parte de amor propio al escribirla en verso; amor propio disculpable en un español que ha podido desplegar tales fuerzas en el difícil empeño de poetizar en una lengua extraña. Este plan envuelve el inconveniente que abraza el punto mismo : una historia de literatura llena de fechas y nombres propios es argumento harto estéril para las musas : al quererlo tratar poéticamente le ha sido forzoso el autor embarazar su lectura con notas históricas, si bien importantes, prolijas, y á veces minuciosas. Una disculpa encontramos con todo á su introduccion poética. Acaso necesitaba el autor captarse la benevolencia de sus lectores creando en ellos hácia él una prevencion favorable de su suficiencia. Si tal fué su objeto, hale conseguido sobradamente. Las noticias biográficas de nues-

tros poetas era otro punto importante que no podia olvidarse en semejante trabajo.

Con respecto al desempeño de la obra en general, varios críticos franceses se apresuraron á admitir en la literatura francesa al señor Maury, que se habia adquirido indudablemente no pocos títulos á ocupar en ella un lugar distinguido.

« La expresion de don Juan Maury, dijo un periódico francés haciendo el juicio de esta obra, siempre elegante, anuncia un estudio profundo de la lengua francesa. » Tacháronle otros de una concision harto incorrecta, de licencias inútiles, y de haber españolizado demasiado la poesía francesa. Esto, á nuestro entender, sobre ser lo mas atrevido que ha podido hacer, nos parece un bien hecho á la lengua francesa, harto poco libre y desembarazada, y esta verdad la han confirmado escritores modernos de aquel país que despues del señor Maury han roto las antiguas cadenas de la sintaxis francesa. Despues de haber leido *Notre-Dame de Paris*, obra que ha hecho indudablemente una revolucion en la lengua del Sena, la inculpacion hecha á Maury cae por sí sola.

Mas fundado nos parece el reproche que se le ha hecho de poca fidelidad al texto que traduce : abrevia y suprime á veces con notable perjuicio del original : ejemplo de esto puede ser la égloga de Garcilaso, *Salicio y Nemoroso;* otras amplifica, desliendo un pensamiento enérgico en mas versos franceses de los necesarios. Puédele obligar á lo primero el miedo de verter al francés ideas propiamente españolas, cuya osada energía no consiente la índole de la poesía francesa, y en el segundo la precision de rimar y redondear los pensamientos en una poesía que apenas admite *les enjambements*. Hay en cambio traducciones bellísimas, y en algunas creemos que ha mejorado el original. Ejemplo de las primeras puede ser la fábula de *El caballo y la ardilla* de Iriarte. Lo mismo puede decirse de la oda *Á las estrellas* de Melendez, de la *Rosa* de Rioja, etc.

Interminable empeño seria el de presentar en un artículo de periódico, acaso ya demasiado largo, los muchos trozos que pueden servir de modelo á traductores, y en que ha sabido vencer el señor Maury la inmensa dificultad que le oponian la diversidad de índoles de las lenguas, de poesías, de giros, de locuciones, etc. Contentémonos con que haya dado una idea ventajosa, si á veces incompleta, de nuestros poetas á los extranjeros, y reconozcamos francamente en honor de Maury que los mas de los defectos no son culpa del autor, y que las mas de las bellezas son propias suyas.

Garcilaso, santa Teresa, Luis de Leon, Herrera, Cervantes, Góngora, Lope de Vega, los Argensolas, Quevedo, Rioja, Villegas, Luzan, Cadalso, Iriarte, Melendez, Iglesias, Noroña, Cienfuegos, Moratin, Quintana y Arriaza son los poetas que el autor ha puesto á contribucion para formar esta coleccion escogida : no ha olvidado por eso que poseemos una inmensa riqueza literaria de autores desconocidos, en nuestros romanceros sobre todo : al coger de ellos los mejores y mas afamados, ha creido deber dar una idea de este género puramente español, en que se hallan

consignados los hechos principales de nuestra historia, y que es el verdadero depósito de la tradicion fabulosa é histórica de nuestros tiempos primitivos.

Alguna reconvencion pudiera hacerse al señor Maury acerca de la eleccion de algunas piezas; pero es difícil desnudarse de toda prevencion y parcialidad amistosa, sobre todo cuando ha de hablarse de poetas contemporáneos: desde la dedicatoria se observa una predileccion, que no llamaremos precisamente injusta, hácia las poesías del señor Arriaza; pero con la cual no convenimos del todo, sin que esto sea negar el sello de picante originalidad y de estro poético que casi siempre caracterizan á este escritor.

Generalmente hallamos mejor traducido el género heróico y el de las fábulas. Quevedo, por ejemplo, era intraducible, y el señor Maury, en una sola composicion jocosa que de él escoge, lo ha probado. No habiéndole traducido él victoriosamente, creemos que puede cualquiera renunciar á este empeño. Rioja, Quintana y los romances son los que han encontrado mas simpatías en la índole de la lengua francesa; la tendencia filosófica de los primeros, y el vigor varonil y sabor anticuado de los segundos, pueden haber contribuido á esto.

Mucho sentimos no poder citar largamente los elogios que diversos periódicos franceses tributaron á la *España poética* á la sazon de su publicacion.

« Si don Juan Maury, dijo uno de ellos, es español de nacimiento, diríasele francés por el talento con que escribe la lengua de Racine, ora en prosa, ora en verso, y cosmopolita por lo bien que sabe apreciar todas las lenguas de Europa. » Nosotros diremos mas. Don Juan Maury ha sabido hacerse con dos patrias: ha conquistado con su *España poética* su naturalizacion en la literatura francesa: no sabemos cuál le debe mas, si esta que ha enriquecido con una noticia que no podia sin vergüenza ignorar, ó la española, cuyo mérito ha sabido hacer valer entre los extranjeros.

Sabemos que el señor Maury piensa en introducir y poner en venta en su patria esta obra impresa en París, que solo conocen hasta la presente los mas afectos á la literatura: deseamos ardientemente que la aprobacion de nuestros compatriotas confirme nuestro débil juicio y dé realce al voto que en su favor han emitido los diarios extranjeros. Entretanto no podemos menos, como españoles, de felicitar al señor Maury por su importante trabajo y su acertado desempeño en general. Y la literatura española que habia tenido un intérprete para los italianos en Conti, y para los ingleses en la *Antologia española* de M. Wiffen y en el informe de lord Holland sobre Lope de Vega, debe igual servicio con respecto á los franceses al señor Maury. Seria, pues, imperdonable ingratitud en nosotros criticar con mas rigorosa severidad una obra á quien tanto debemos por todos respectos los literatos zelosos de la gloria de las letras españolas.

REPRESENTACION

DE

LA CONJURACION DE VENECIA,

año 1310,

DRAMA HISTORICO EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

DE DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

No necesitamos remontarnos al orígen del teatro para combatir la vana preocupacion de los preceptistas que han querido reducir á la tragedia, propiamente llamada así, y á la comedia de costumbres ó de carácter al arte drámatico. La razon natural puede guiarnos mejor. Con respecto á la comedia sea en buen hora el espejo de la vida, la fiel representacion de los extravios, de los vicios ridículos del hombre. Pero con respecto á todo lo que no es comedia, examinemos un momento cuál puede ser el objeto del teatro. En todos los pueblos conocidos debe este su orígen al orgullo nacional, que podríamos llamar el amor propio de los pueblos. La vida de sus antiguos héroes, y el recuerdo de sus hazañas, fué en Grecia el primer objeto del teatro. En un pueblo constituido como el griego, que se suponia hijo de dioses y semidioses, los primeros dramas debieron participar de esta grandeza y sublimidad á que debian su orígen. No eran los hombres, ni sus pasiones, ni los sucesos hijos de ellas, los representados: eran acciones sobrenaturales las que formaban el argumento, y el cielo y la fatalidad eran su máquina principal. ¿Qué mucho, pues, que los preceptistas, que de aquellos modelos deducian las reglas, fijasen para este género, no pudiendo concebir otro, la precisa condicion de que no hablasen en la tragedia sino héroes y príncipes casi divinos, y de que hablasen en aquel lenguaje, que solo á ellos podia convenir? Entiéndese esto fácilmente. Pero, cuando destruidas las antiguas creencias, no se pudo ver en los reyes sino hombres entronizados, y no dioses caidos, no se comprende cómo pudo subsistir la tragedia heróica aristotélica. Para los pueblos modernos no concebimos esa tragedia, verdadera adulacion literaria del poder. Por otra parte, ¿son por ventura los reyes y los príncipes los únicos capaces de pasiones? No solo es este un error, sino que, limitando á tan corto círculo el dominio de la representacion teatral, frústrase su objeto principal. Los hombres no se afectan generalmente sino por simpatías: mal puede, pues, aprovechar el ejemplo y el escarmiento de la representacion el espectador que no puede suponerse nunca en las mismas circunstancias que el héroe de una tragedia. Estas verdades generalmente sentidas, si no confesadas, debieron dar lugar á un género nuevo para los preceptitas rutineros; pero que es en realidad el único género que está en la naturaleza. La historia

debió ser la mina beneficiable para los poetas, y debió nacer forzosamente el drama histórico. Nuestros poetas, que no sufrieron mas inspiraciones que las de su genio independiente, no hicieron mas que dos clases de dramas: ó comedias de costumbres y carácter, como *el Embustero* de Alarcon, y *el Desden* de Lope y Moreto, ó dramas históricos, como *el Ricohombre* y el *García*. A este género, fiel representacion de la vida, en que se hallan mezclados como en el mundo reyes y vasallos, grandes y pequeños, intereses públicos y privados, pertenece *la Conjuracion de Venecia*. Todo lo mas á que está obligado el poeta es á hacer hablar á cada uno, segun su esfera, el lenguaje que le es propio, y resultará indudablemente doble efecto de esta natural variedad; tanto mas, cuanto que el lenguaje del corazon es el mismo en las clases todas, y que las pasiones igualan á los hombres que su posicion aparta y diversifica.

Venecia, ese fenómeno en política, esa excepcion rarísima entre los gobiernos, esa ciudad prodigiosa hasta en su existencia y construccion, que esclavizó por tantos años los mares, y que fué la primera esclava de sí misma, presenta un campo de larga y fecunda recoleccion para el historiador y el poeta. El imperio del terrorismo, por tantos años triunfante contra las leyes de la naturaleza, ofrece argumentos repetidos de singular efecto teatral, y el autor, al escoger la célebre conjuracion de 1310, no hace sino dar una prueba del tino que le distingue. El gobierno aristocrático de Venecia, reducido á un corto número de familias patricias, debia dar lugar á conjuraciones continuas: el pueblo oprimido no podia menos de aspirar á reconquistar sus derechos usurpados; y el rezelo y la desconfianza, inseparables compañeros de la injusticia y la tiranía, debian hacer cruel al poder. De aquí el atroz sistema inquisitorial, que ahogaba en el patíbulo, segun la expresion del señor Martinez, las mismas quejas. Razones de alta política impelieron al embajador de Génova á proteger aquella famosa conspiracion. Abrese la escena en su casa, donde se reunen los principales conjurados á convenir en los medios de derribar la tiranía oligárquica de Venecia, durante su famoso carnaval: la libertad, y confusion de esta temporada de alegría y festividad parecen prestarse á las ocultas maquinaciones de los conjurados. El primer acto, pues, no es mas que la exposicion del drama, y en él se deja traslucir ya que ha de ser el protagonista el jóven Rugiero, huérfano, de padres y patria desconocidos, pero veneciano por posicion y afecto. En el segundo acto aparece el panteon de la familia de Morosini, á cuya cabeza se hallan dos hermanos, Pedro, primer presidente del tribunal de los diez, y Juan, senador. Pedro conversa con sus espías acerca de una conjuracion que sabe tramarse contra la república, y Rugiero es uno de los conjurados acechados. Un rumor extraño interrumpe su conversacion; ocúltase, y sobreviene la jóven Laura, hija del senador Morosini: casada en secreto con Rugiero, viene á esperarle al panteon, donde le ve sigilosamente por tercera vez: en esta escena, Rugiero confia parte de la conjuracion á su amada; uno de los espías apaga la lámpara que los ilumina, y en medio de la oscuridad se apoderan los satélites del tribu-

nal del jóven conjurado, cayendo privada de sentido la infeliz esposa. Laura se halla trasladada á su habitacion á principios del tercer acto sin saber por qué medio : dudosa de la suerte de su esposo, determina confiar el fatal secreto de su boda á Morosini en una escena llena de sentimiento y de interés : el cariñoso padre, despues de perdonar su extravío, le promete emplear su favor en salvar á Rugiero, proyecto que pone por obra con su implacable hermano, del cual solo consigue esta atroz respuesta : « Dí solo una cosa, pregunta Juan Morosini, ¿vive Rugiero? — Vive. — ¡Gracias á Dios! — ¡Pero no lo digas á tu hija! — ¿Porqué? — *Porque tendria que llorarle dos veces.* »

La plaza de San Márcos, centro de la pública diversion del carnaval, es el lugar de la escena del cuarto acto. Vénse varios conjurados disfrazados y repartidos entre la multitud, que esperan el momento de las doce. Nada mas ingenioso, ni mas dramático, que un acto entero transcurrido en la descripcion de la algazara del carnaval, cuando espera el espectador entre angustias mortales ver estallar de un momento á otro la revolucion y la muerte entre la misma alegría indolente y confiada de un pueblo enloquecido. Suenan las doce, y al grito de *Venecia y libertad*, grito que encontró grandes simpatías en nuestro público, estalla la conjuracion, lucen los aceros, y suceden gritos de muerte á los cantos de regocijo. La república ha tomado sin embargo medidas preventivas : Rugiero preso no ha podido acudir con sus tropas, y triunfa el gobierno. « ¡Al tribunal, al tribunal los que escapen con vida! » clama ferozmente el presidente Morosini, triunfante en la plaza de San Márcos y tendidos ya á sus piés, muertos ó heridos, varios conjurados.

El tribunal de los diez, juzgando á los reos, se presenta en el quinto acto. Tómanse declaraciones; Laura es interrogada, pero su razon está perturbada, y solo pregunta por su esposo; Rugiero es juzgado; y en su interrogatorio reconoce en él el presidente Morosini, que ha de condenarle, á su hijo. Privado de sentido á tan atroz reconocimiento, retírase del tribunal : es condenado Rugiero : en el momento de ir al patíbulo, Laura se arroja á su encuentro. « ¡Ya estás aquí! » exclama : frenética alegría se pinta en su semblante; sepáranla sin embargo de su esposo, y la infeliz « ¿dónde te llevan? » exclama. De allí á un momento ve la desdichada el patíbulo : entonces sabe qué es de su esposo. « ¡Jesus mil veces ! » grita despavorida, cae exánime, y baja el telon á ocultar tan espantoso desenlace.

El plan está superiormente concebido, el interés no decae un solo punto, y se sostiene en todos los actos por medios sencillos, verosímiles, indispensables : insistimos en llamarlos indispensables, porque esta es la perfeccion del arte. No basta que los sucesos hayan podido suceder de tal modo ; es forzoso, para que el espectador no se distraiga un momento del peligro, que no hayan podido suceder de otro modo, sentadas las primeras condiciones del argumento. La exposicion hecha por medio del embajador de Génova, que dicta una nota á su gobierno, es nueva é ingeniosa, de puro natural. Una conjuracion contra la tiranía creará siempre en el teatro el mayor interés, por lo mismo que es difícil

prever su éxito, y que este se desea feliz. Supone el mayor conocimiento drámatico el hacer declarar á Rugiero su conjuracion cuando es oido de sus enemigos y en los brazos de su amada : quisiera uno hacerle callar : es terrible arrojar una escena de amor entre sepulcros : un diálogo de vida en un sitio de muerte, y complicar la mas tierna pasion con los riesgos de una conjuracion; es sublime lanzar la prision entre dos amantes felices que se ven solos por tercera vez. ¿Porqué ha prolongado tanto el señor Martinez la escena de Laura y Rugiero? ¿Porqué pueden hablar una hora sintiendo tanto? El poeta que hace decir á una mujer : « ¡Cómo queman tus lágrimas, Rugiero! Deja, déjame : yo las enjugaré con mi mano, » debiera conocer todo el valor de una escena corta, cuando reina en ella la pasion. Bella es la escena de Laura y su padre, y mas bella seria á nuestros ojos si no adoleceria del mismo empeño de desleir demasiado las ideas tiernas. El sentimiento es una flor delicada : manosearla es marchitarla. Tambien nos parece que podria suprimirse el monólogo del padre al fin del tercer acto, ó al menos cortarse; ni le creemos necesario ni del mayor efecto.

Donde reconocemos el mayor mérito de la composicion es en la disposicion y contraste singulares del acto cuarto y del final del drama : acaso por esa misma razon no ha sido lo mas aplaudido : el terror hace enmudecer; las manos no pueden reunirse y golpear cuando han de acudir á los ojos. Por otra parte, ¿quién se acuerda en aquellos momentos de que es una comedia, de que todo es un artificio del poeta y los actores? Las escenas del interrogatorio son de aquellas que por tener bulto parecen satisfacer mas al público y llevarse la palma. Sin embargo, el crítico no puede mirarlas bajo este punto de vista. Siempre que un poeta represente en la escena al opresor y al oprimido, este interesará fácilmente : el mayor número del público le forman desgraciados, porque ¿quién puede jactarse de no serlo? Simpatizan con el infeliz, y cualquier respuesta enérgica de un reo inocente á un juez duro será aplaudida en el teatro ; no es esta la principal habilidad del señor Martinez ; el elogiarle lo que cualquiera puede hacer seria elogiarle torpemente. Su mérito está en ese conocimiento del corazon humano con que prepara los efectos, con que se introduce furtivamente en el pecho del espectador, con que le lleva de sentimiento delicado en sentimiento delicado á enmudecer y llorar. Hay sin embargo pasajes que no esperan y sorprenden en el interrogatorio de Maffei y Rugiero. Nada mas sublime que esas respuestas : « ¿Y porqué nombraste á esos, y no á otros? — *Porque en aquel instante no me ocurrieron vuestros nombres.* — *De lo que he dicho en el tormento responderá el verdugo.* » Y aquel : « *Concededme esa gracia y os perdono,* » de Rugiero.

En la respuesta de Juan Morosini : « Estoy pensando que no tienes hijos... y que no vas á comprenderme; » y en la de Rugiero : « De cierto es mi padre, cuando no logro ni al morir el consuelo de verle, » se reconoce al punto al poeta sensible que ha bebido en el cáliz de la desgracia, y que concluia una elegía :

Yo aquí no tengo para ornar tu tumba
Ni una flor que enviarte, que las flores

No nacen entre el hielo, y si naciesen
Solo al tocarlas yo se marchitaran.

No acabaremos este juicio sin hacer una reflexion ventajosísima para el autor; esta es la primera vez que vemos en España á un ministro honrándose con el cultivo de las letras, con la inspiracian de las musas. ¿Y en qué circunstancias? Un estatuto real, la primera piedra que ha de servir al edificio de la regeneracion de España, y un drama lleno de mérito; y esto lo hemos visto todo en una semana : no sabemos si aun fuera de España se ha repetido esta circunstancia particular.

LAS PALABRAS.

No sé quién ha dicho que el hombre es naturalmente malo : ¡grande picardía por cierto! nunca hemos pensado nosotros así: el hombre es un infeliz, por mas que digan; un poco fiero, algo travieso, eso sí; pero en cuanto á lo demás, si ha de juzgarse de la índole del animal por los signos exteriores, si de los resultados ha de deducirse alguna consecuencia, quisiera yo que Aristóteles y Plinio, Buffon y Valmont de Bomare, me dijesen qué animal, por animal que sea, habla y escucha. Hé aquí precisamente la razon de la superioridad del hombre, me dirá un naturalista : y hé aquí precisamente la de su inferioridad, segun pienso yo, que tengo mas de natural que de naturalista. Presente usted á un leon devorado del hambre (cualidad única en que puede compararse el hombre al leon), preséntele usted un carnero, y verá usted precipitarse á la fiera sobre la inocente presa con aquella oportunidad, aquella fuerza, aquella seguridad que requiere una necesidad positiva, que está por satisfacer. Preséntele usted al lado un artículo de un periódico el mas lindamente escrito y redactado, háblele usted de felicidad, de órden, de bienestar, y apártese usted algun tanto; no sea que si lo entiende le pruebe su garra que su única felicidad consiste en comérsele á usted. El tigre necesita devorar al gamo, pero seguramente que el gamo no espera á oir sus razones. Todo es positivo y racional en el animal privado de la razon. La hembra no engaña al macho, y viceversa; porque como no hablan, se entienden. El fuerte no engaña al débil, por la misma razon : á la simple vista huye el segundo del primero, y este es el órden, el único órden posible. Désele el uso de la palabra : en primer lugar necesitarán una academia para que se atribuya el derecho de decirles que tal ó cual vocablo no debe significar lo que ellos quieren, sino cualquiera otra cosa; necesitarán sabios por consiguiente que se ocupen toda una larga vida en hablar de cómo se ha de hablar; necesitarán escritores, que hagan macitos de papeles encuadernados, que llamarán libros, para decir sus opiniones á los demás, á quienes creen que importan ; el leon

mas fuerte subirá á un árbol y convencerá á la mas débil alimaña de que no ha sido criada para ir y venir y vivir á su albedrío, sino para obedecerle á él; y no será lo peor que el leon lo diga, sino que lo crea la alimaña. Pondrán nombre á las cosas, y llamando á una *robo*, á otra *mentira*, á otra *asesinato*, conseguirán, no evitarlas, sino llenar de delincuentes los bosques. Crearán la vanidad y el amor propio; el noble bruto que dormia tranquilamente las veinte y cuatro horas del dia, se desvelará ante la fantasma de una distincion; y al hermano á quien solo mataba para comer, matarále despues por una cinta blanca ó encarnada. Délos usted, en fin, el uso de la palabra, y mentirán: la hembra al macho por amor; el grande al chico por ambicion; el igual al igual por rivalidad; el pobre al rico por miedo y por envidia: querrán gobierno como cosa indispensable, y en la clase de él estarán de acuerdo ¡vive Dios!: estos se dejarán degollar porque los mande uno solo, aficion que nunca he podido entender; aquellos querrán mandar á uno solo, lo cual no me parece gran triunfo; aquí querrán mandar todos, lo cual ya entiendo perfectamente; allí serán los animales nobles, de alta cuna, quiere decir... (ó mejor, no sé lo que quiere decir) los que manden á los de baja cuna: allá no habrá diferencia de cunas... ¡Qué confusion! ¡Qué laberinto! Laberinto que prueba que en el mundo existe una verdad, una cosa positiva, que es la única justa y buena, que esa la reconocen todos y convienen en ella: de eso proviene no haber diferencias.

En conclusion, los animales, como no tienen el uso de la razon ni de la palabra no necesitan que les diga un orador cómo han de ser felices; no pueden engañar ni ser engañados; no creen ni son creidos.

El hombre por el contrario: el hombre habla y escucha: el hombre cree, y no así como quiera, sino que cree todo. ¡Qué índole! El hombre cree en la mujer, cree en la opinion, cree en la felicidad... ¡Qué sé yo lo que cree el hombre! Hasta en la verdad cree. — Dígale usted que tiene talento. — *¡Cierto!* exclama en su interior. — Dígale usted que es el primer ser del universo. — *Seguro*, contesta. — Dígale usted que le quiere. — *Gracias*, responde de buena fe. — ¿Quiere usted llevarle á la muerte? trueque usted la palabra, y dígale: *te llevo á la gloria*: irá. — ¿Quiere usted mandarle? dígale usted sencillamente: yo *debo mandarte*. — *Es indudable*, contestará.

Hé aquí todo el arte de manejar á los hombres. ¿Y es malo el hombre? ¿Qué manada de lobos se contenta con un manifiesto? Carne pedirán, y no palabras. « El hambre, oh lobos, decidles, se ha acabado: ahogado el monstruo para siempre... — Mentira, gritarán los lobos... al redil, al redil, el hambre se quita con cordero... » « La hidra de la discordia, oh ciudadanos, dice por el contrario un periódico á los hombres, yace derribada con mano fuerte; el órden, de hoy mas, será la base del edificio social; ya asoma la aurora de justicia por qué sé yo qué horizonte; el iris de paz (que no significa paz) luce despues de la tormenta (que no se ha acabado); de hoy mas la legalidad (que es la cuadratura del círculo) será el fundamento del procomun..., » etc., etc. ¿Ha dicho usted *hidra de la discordia*, *justicia*, *procomun*, *horizonte*, *iris* y *legalidad?* Ved

en seguida á los pueblos palmotear, hacer versos, levantar arcos, poner inscripciones. — ¡Maravilloso don de la palabra! ¡Fácil felicidad! Despues de un breve diccionario de palabras de época, tómese usted el tiempo que quiera: con solo decir *mañana* de cuando en cuando y echarles palabras todos los dias, como echaba Enéas la torta al Cancerbero, duerma usted tranquilo sobre sus laureles.

Tal es la historia de todos los pueblos, tal la historia del hombre..... palabras todo, ruido, confusion: positivo, nada. ¡Bienaventurados los que no hablan, porque ellos se entienden!

REPRESENTACION

DE NUMANCIA,

TRAGEDIA EN TRES ACTOS.

Hé aquí una de las cosas exceptuadas en el *reglamento para la censura de periódicos*, y de que se puede hablar, si se quiere, por supuesto. Ni un solo artículo en que se prohiba hablar de Numancia. No se puede hablar de otras cosas, es verdad; pero todo no se ha de hablar en un dia. Por hoy, que es lo que mas urge, ¿quién le impide á usted estarse hablando de Numancia hasta que se pueda hablar de otra cosa? Tanto mas ventilada quedará la cuestion. Dado siempre el supuesto de que no ha de haber *borrones*, *pena de dos mil reales;* las cosas limpias: el periódico ha de ser impenitente y pertinaz; sin enmienda como carlista ó pasaporte. Un artículo de periódico ha de salir bien de primera vez, que al fin no es ningun *reglamento de milicia*. Dado tambien el supuesto de que no se deje usted *nada en blanco*, pena de los dichos dos mil reales. No, sino andarse dando á leer al público papelitos en blanco. ¡Sabe nadie lo que se puede aprender en un papel blanco! ¡Dado el supuesto además de que ha de poder usted ser *elector*, porque al fin gran talento tendrá el que no ha sabido hacerse una rentita de seis mil reales!

Abundando en todos estos supuestos, diremos que el teatro estaba casi lleno en su representacion. Parécenos que en decir esto no hay peligro. Igualmente llena estaba la tragedia de alusiones patrióticas. Mucho nos gusta á los españoles la libertad, en las comedias sobre todo. Innumerables fueron los aplausos: tan completa la ilusion, y tantas las repeticiones de *libertad*, que se olvidaba uno de que estaba en una tragedia. Casi parecia verdad. ¡Tanta es la magia del teatro! — Otra cosa que tampoco exceptúa el reglamento es el señor Luna: de este se puede hablar, en cuanto á actor, atendido que el señor Luna ni es *cosa de religion*, ni *prerogativa del trono*, ni *estatuto real*, ni su representacion es *fundamental*, ni tiene fundamento alguno, ni perturba tranquilidad, ni

infrige ley, ni desobedece á autoridad legítima, ni se *disfraza con alusiones*, sino con muy malos trajes antiguos; ni es licencioso y contrario á costumbre alguna, buena, ni mala; ni es *libelo*, ni *infamatorio*, ni le coge por ningun lado ningun *ni* de cuantos *nies* en el reglamento se incluyen; ni menos es *soberano*, ni *gobierno extranjero*. Y á nosotros, si nos atañe, por el contrario, no dejar este punto de nuestro papel en blanco, sopena de la consabida de los *dos mil reales* á la primera, del duplo á la segunda, y de dar al traste la tercera, que va la vencida. Decimos esto, porque no nos ha gustado el señor Luna: triste cosa es, pero no lo podemos remediar. Hay, sí, en él, zelo y buena intencion; pero esto, todos sabemos ahora mas que nunca que no basta siempre. Su declamacion en este papel es enfática y poco natural; sus transiciones son duras, mas duras y crueles que una censura. Sensible nos es haberle de decir nuestra opinion: empero tal es nuestro deber, y en eso no somos mas que los intérpretes del público mismo.

Por lo demás, la tragedia, que literariamente hablando no es de mérito sobresaliente, ha hecho el efecto que debia hacer una composicion, como ella, eminentemente patriótica. Cada cual se fué á su casa con la triste conviccion de que, en política como en tragedia, lo que mas le cuesta á un pueblo es conquistar su libertad. Es de esperar que tenga mejor fin la nuestra, por esta vez, que la de Numancia. A bien que de nosotros depende.

La decoracion última nos pareció muy regular, inclusos los comparsas y aquellas descabelladas doncellas, que chillaban á lo lejos, huyendo de los feroces romanos, y que parecian periódicos perseguidos por algun reglamento.

El telon al caer se detuvo á la mitad del camino á tomar un ligero descanso; no parecia sino que caminaba por la senda de los progresos, segun lo despacio que iba, y los tropiezos que encontraba. Tardó mas en bajar que han tardado las patrias libertades en levantarse.

JARDINES PUBLICOS.

Hé aquí una clase de establecimientos planteados varias veces en nuestro país á imitacion de los extranjeros, y que sin embargo rara vez han prosperado. Los filósofos, moralistas, observadores, pudieran muy bien deducir extrañas consecuencias acerca de un pueblo que parece huir de toda pública diversion. ¿Tan grave y ensimismado es el carácter de este pueblo, que se avergüence de abandonarse al regocijo cara á cara consigo mismo? Bien pudiera ser. ¿Nos seria lícito, á propósito de esto, hacer una observacion singular, que acaso podrá no ser cierta, si bien no faltará quien la halle *ben trovata?* Parece que en los climas ardientes de mediodía el hombre vive todo dentro de sí: su imaginacion fogosa,

emanacion del astro que le abrasa, le circunscribe á un estrecho círculo de goces y placeres mas profundos y mas sentidos : sus pasiones mas vehementes le hacen menos social : el italiano, sibarita, necesita aislarse con una careta en medio de la general alegría; al andaluz enamorado bástanle, no un libro y un amigo, como decia Rioja, sino unos ojos hermosos en que reflejar los suyos, y una guitarra que tañer; él árabe impetuoso es feliz arrebatando por el desierto el ídolo de su alma á las ancas de su corcel; el voluptuoso asiático para distraerse se encierra en el haren. Los placeres grandes se ofenden de la publicidad, se deslien ; parece que ante esta hay que repartir con los espectadores la sensacion que se disfruta. Nótese la índole de los bailes nacionales. En el norte de Europa, y en los climas templados, se hallarán los bailes generales casi. Acerquémonos al mediodía; veremos aminorarse el número de los danzantes en cada baile. La mayor parte de los nuestros no han menester sino una ó dos parejas : no bailan para los demás, bailan uno para otro. Bajo este punto de vista, el teatro es apenas una pública diversion, supuesto que cada espectador de por sí no está en comunicacion con el resto del público, sino con el escenario. Cada uno puede individualmente figurarse que para él, y para él solo se representa.

Otra causa puede contribuir, si esa no fuese bastante, á la dificultad que encuentran en prosperar entre nosotros semejantes establecimientos. La manía del buen tono ha invadido todas las clases de la sociedad : apenas tenemos una clase media, numerosa y resignada con su verdadera posicion; si hay en España clase media, industrial, fabril y comercial, no se busque en Madrid, sino en Barcelona, en Cádiz, etc. ; aquí no hay mas que clase alta y clase baja : aquella, aristocrática hasta en sus diversiones, parece huir de toda ocasion de rozarse con cierta gente : una señora tiene su jardin público, su sociedad, su todo, en su cajon de madera, tirado de dos brutos normandos, y no hay miedo que si se toma la molestia de hollar el suelo con sus delicados piés algunos minutos, vaya á confundirse en el Prado con la multitud que costea la fuente de Apolo : al pié de su carruaje tiene una calle suya, estrecha, peculiar, aristocrática. La clase media, compuesta de empleados ó proletarios decentes, sacada de su quicio y lanzada en medio de la aristocrática por la confusion de clases, á la merced de un frac, nivelador universal de los hombres del siglo XIX, se cree en la clase alta, precisamente como aquel que se creyese en una habitacion, solo porque metiese en ella la cabeza por una alta ventana á fuerza de elevarse en puntillas. Pero esta, mas afectada todavía, no hará cosa que deje de hacer la aristocracia que se propone por modelo. En la clase baja, nuestras costumbres, por mucho que hayan variado, están todavía muy distantes de los jardines públicos. Para esta es todavía monadas exóticas y extranjeriles, lo que es ya para aquella comun y demasiado poco extranjero. Hé aquí la razon porqué hay público para la ópera y para los toros, y no para los jardines públicos.

Por otra parte, demasiado poco despreocupados aun, en realidad, nos da cierta vergüenza inexplicable de comer, de reir, de vivir en público :

parece que se descompone y pierde su prestigio el que baila en un jardin al aire libre, á la vista de todos. No nos persuadimos de que basta indagar y conocer las causas de esta verdad para desvanecer sus efectos. Solamente el tiempo, las instituciones, el olvido completo de nuestras costumbres antiguas, pueden variar nuestro oscuro carácter. ¡Qué tiene este de particular en un país, en que le ha formado tal una larga sucesion de siglos en que se creia que el hombre vivia para hacer penitencia! ¡Qué despues de tantos años de gobierno inquisitorial! despues de tan larga esclavitud es difícil saber ser libre. Deseamos serlo, lo repetimos á cada momento; sin embargo, lo seremos de derecho mucho tiempo antes de que reine en nuestras costumbres, en nuestras ideas, en nuestro modo de ver y de vivir la verdadera libertad. Y las costumbres no se varían en un dia, desgraciadamente en un dia, ni con un decreto, y mas desgraciadamente aun, un pueblo no es verdaderamente libre mientras que la libertad no está arraigada en sus costumbres, é identificada con ellas.

No era nuestro propósito ahondar tanto en materia tan delicada: volvamos, pues, al objeto de nuestro artículo. El establecimiento de los dos jardines públicos que acaban de abrirse en Madrid, indica de todos modos la tendencia enteramente nueva que comenzamos á tomar. El jardin de las Delicias, abierto ha mas de un mes en el paseo de Recoletos, presenta por su situacion topográfica un punto de recreo lleno de amenidad: es pequeño, pero bonito: un segundo jardin mas elevado, con un estanque y dos grutas á propósito para comer, y una huerta en el piso tercero, si nos es permitido decirlo así, forman un establecimiento muy digno del público de Madrid. Para nada consideramos mas útil este jardin que para almorzar en las mañanas deliciosas de la estacion en que estamos, respirando el suave ambiente embalsamado por las flores, y distrayendo la vista por la bonita perspectiva que presenta, sobre todo, desde la gruta mas alta; y para pasear en él las noches de verano.

El jardin de Apolo, sito en el extremo de la calle de Fuencarral, no goza de una posicion tan ventajosa, pero una vez allí el curioso reconoce en él un verdadero establecimiento de recreo y diversion. Domina á todo Madrid, y su espaciosidad, el esmero con que se ven ordenados sus árboles nacientes, los muchos bosquetes enramados, llenos por todas partes de mesas rústicas para beber, y que parecen nichos de verdura ó verdaderos gabinetes de Flora; sus estrechas calles y el misterio que promete el laberinto de su espesura, hacen deplorar la larga distancia del centro de Madrid á que se halla colocado el jardin, que será verdaderamente delicioso en creciendo sus árboles y dando mayor espesura y frondosidad.

En nuestro entender, cada uno de estos jardines merece una concurrencia sostenida; las reflexiones con que hemos encabezado este artículo deben probar á sus respectivos empresarios, que si hay algun medio de hacer prosperar sus establecimientos en Madrid es recurrir á todos los alicientes imaginables, á todas las mejoras posibles. De esta manera nos lisonjeamos de que el público tomará aficion á los jardines públicos, que tanta influencia pueden tener en la mayor civilizacion y sociabilidad del

país, y cuya conservacion y multiplicidad exige incontestablemente una capital culta como la nuestra.

REPRESENTACION

DE

TANTO VALES CUANTO TIENES,

COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

DE DON ANGEL SAAVEDRA.

Humilde y cabizbajo presentaba un ingenio novel á un gran poeta, mas desvergonzado aun que poeta, un manuscrito suyo, y pedíale su parecer. Llegó el maestro á un trozo mas oscuro que otros. — ¿Qué ha querido usted decir aquí? le preguntó con sorna de hombre satisfecho de sí mismo. — Señor, respondió el novel, ahí quise decir tal cosa. A lo cual respondió el desvergonzado : — Pues si tal cosa quiso usted decir, ¿porqué no la dijo usted?

Si el señor Saavedra, autor conocido, que apreciamos, y en quien reconocemos dotes muy aventajadas, quiso hacer una comedia suya, ¿porqué no huyó al emprender su obra de toda coincidencia con comedias anteriores? Tanto mas sensible es esto, cuanto que habia encontrado un argumento enteramente nuevo: y procuraremos probar esta que parece paradoja.

Creemos que el señor Saavedra tenia fuerzas mas que suficientes para crear en el teatro un argumento original : estamos muy seguros de que ni ha imitado, ni tratado de imitar; y así juzgamos que el no haber desentrañado bastante la idea feliz que concibió, ha sido causa de que su obra tenga puntos de contacto con otras de otros ingenios. Verdad es que ha cumplido con la máxima latina *nona nov, sed nove;* si, habiéndose apartado desde un principio de la senda trillada, se ha visto enredado en un argumento tambien trillado, halo presentado á lo menos con novedad. Para los que creen que en el siglo XIX todo está dicho en literatura, no le quedaba otra corona que alcanzar al señor Saavedra. Falta ahora considerar si aquel principio es absolutamente cierto. Las pasiones son las mismas en todos tiempos, es verdad, y los vicios y los extravíos; buscar, pues, caractéres nuevos fuera ardua empresa. Un avaro siempre apagará de dos luces una : un usurero siempre será cruel : un enamorado siempre será sublime en la tragedia, ridículo en la comedia; pero las preocupaciones sociales varían, porque siguen la marcha de los siglos, y cada siglo tiene sus preocupaciones, como cada hombre su

cara, segun ya creemos haber dicho en otra ocasion. Un supersticioso, un fanático por religion podia ser un carácter cómico hace un siglo : en el dia apenas hay público que encierre modelos suficientes para encontrar el efecto : *Tanto vales cuanto tienes* no debia ser una comedia de carácter : lo era de costumbres. Ahora bien, en el siglo XIX, siglo harto matemático y positivo; siglo del vapor; siglo en que los caminos de hierro pesan sobre la imaginacion, como un apagador sobre una luz, en que Anacreonte, con su barba bañada de perfumes, Petrarca con sus eternos suspiros, y aun Melendez con todas sus palomas, harian un triste papel, al lado, no de un Rothschild ó un Aguado, pero aun de un mediano mecánico, que supiese añadir un resorte á cien resortes anteriores; en un siglo en que se avergüenza uno de no haber inventado algun utensilio de hierro, en que no se puede hacer alarde de una pasion caballeresca, ó de una vida poética y contemplativa, sin ser señalado como un ser de otra especie por cien dedos especuladores; en un siglo para el cual el amor es un negocio, como otra cualquiera, de conveniencia y acomodo; en un siglo en que no se puede amar sin hacer reir ; en que la ciencia está reducida á periódicos, la guerra á protocolos, el valor á disciplina, el talento á manufacturas, la literatura á declamaciones políticas, el teatro á decoraciones y *fioriture*, no se nos diga que no hay argumentos nuevos para comedias. Molière no podia haber agotado estos asuntos. Un filarmónico ocupado todo el dia en casar armonías y en combinar puntos, un diplomático redactando notas ambiguas, un periodista haciendo párrafos y colocando frases, un mecánico moviendo ruedas, son seres tan ridículos por lo menos como un poeta apareando consonantes que tiren de una idea cual un juego de caballos de un carruaje. En este siglo, pues, *Tanto vales cuanto tienes* prometia una inmensa originalidad. Que el hombre es interesado, ciertamente ya estaba dicho : añadir que cuando tiene dinero todos le hacen buena cara, y cuando es pobre todos le llaman pícaro, era verdad sabida en tiempo de Homero, porque está grabada en el corazon del hombre, animal perfecto por otra parte; es verdad en una palabra que tiene olvidada todo rico, y que todo pobre tiene presente. Pero manifestar lo ridículo de un ser racional y poético, como el hombre; de un ser espiritual, que se empeña en despojarse á sí mismo de su imaginacion para limitar el círculo de sus goces; que se vuelve máquina él mismo á fuerza de hacer máquinas, y que no sabe dejar de creer en una divinidad, en un cielo, en una vida de gloria y de idealismo, sino para creer en lo que toca; de un ser siempre extremado que no puede abarcar en uno la imaginacion y la habilidad; que ha de ser todo fanático en el siglo XIV, ó todo despreocupado, árido y desnudo en el siglo XIX; de unos hombres que, como los israelitas, no saben dejar de creer en un Dios, de que son hechura, sino para creer en un becerro de oro, hechura suya; eso es lo que no está dicho, ni está hecho; eso es lo que nos atrevimos á esperar de *Tanto vales cuanto tienes*; y eso, en fin, lo que queda por hacer, si es que hay un ingenio que se salve de la irrupcion de las artes y del martilleo de las fábricas.

Si el señor Saavedra habia asido una idea tan feliz, si queria hacer una comedia enteramente original que á nada anterior se pareciese, ¿porqué no lo ha hecho, teniendo sobre todo un talento distinguido para llevarlo á cabo?

Dirásenos ahora que hay cierta injusticia en juzgar á un autor, no por lo que ha hecho, sino por lo que uno cree que debia haber hecho. Esto es verdad hasta cierto punto.

El célebre ideólogo Destutt-Tracy remitió en una ocasion á un príncipe aleman una obra suya consultándole sobre su desempeño. Respondióle el príncipe con un largo cartapacio en que, á fuer de decirle lo que él hubiera dicho en tales y tales casos, y lo que en tales y tales otros hubiera dejado de decir, desbaratábale la obra, no perdonando en ella cosa que Destutt-Tracy hubiese imaginado.— Decid al príncipe, respondió Destutt-Tracy al que traia el mensaje, que en ese caso no hubiera hecho yo mi obra, sino la suya.

Esto podria respondernos el señor Saavedra : juzguemos, pues, su obra tal cual es suya, y no tal cual nosotros la hemos imaginado, quién cabe si equivocadamente.

Doña Rufina, viuda de un marqués, que solo le dejó al morir una hija de ella de nupcias anteriores y su vanidad, vive en Sevilla míseramente. Tiene un hermano, cuya cualidad principal es un uniforme de comisario ordenador, y un primo militar, jugador y petardista. En Indias existe un hermano suyo, riquísimo, merced á cuyos envíos pecuniarios suele reponer de cuando en cuando el mal estado de sus intereses. La hija es obsequiada por el hijo de un mercader rico. Al principiar la comedia se recibe una carta en que el indiano avisa cómo debe llegar en breve, y que piensa repartir con sus hermanos sus cuantiosos caudales. Con este motivo doña Rufina despide afrentosamente al novio de la niña, cuyo orígen pleyebo no conviene ya á su futura posicion social, y la familia toda sobre la promesa de la carta se arroja en brazos del usurero don Simon, que al ciento por ciento les presta un poco de dinero. De allí á poco llega el indiano don Blas, y encuentra á la familia ocupada en preparar su recibimiento. Prodígansele las finezas y los mas escrupulosos obsequios, pero don Blas parece haberse arruinado, gracias á ciertos piratas berberiscos : esta peripecia fatal atrae sobre la casa los insultos del usurero, y sobre el adulado indiano la execracion y los ultrajes, rota ya la máscara del interés. Solo la niña procede generosa con el desgraciado. Sin embargo, don Blas tenia asegurados sus caudales, y precisamente uno de los comerciantes de Cádiz, á quien arruina el reintegro de los bienes robados por los piratas, es el padre del amante de la hija de doña Rufina. Este viene á zanjar cuentas; al conocerse en la casa la fortuna renaciente, quieren comenzar de nuevo las adulaciones, pero ya es tarde. Don Blas, indignado, rompe con su hermana, con el comisario y con el primo militar, dota á la niña virtuosa, casándola con su amante, y da fin la comedia.

Si bien es cierto el principio sobre que gira esta composicion dramática, tambien es evidente que la educacion hace disimular en la sociedad

generalmente el interés, que á todos domina mas ó menos, y que esas transiciones que por cambios de fortuna se advierten en el teatro, pocas veces son tan bruscas, que puedan, sin faltar á la verosimilitud, encerrarse en una comedia arreglada á las unidades. Por esto era necesario que el autor escogiese una familia de mala educacion : doña Rufina, mujer sumamente ordinaria, no puede ocultar sus sentimientos : esta ordinariez, mirada de esta manera, no solo es muy disculpable, sino que viene á ser un mérito. El nudo es ingenioso : no necesita don Blas fingir su ruina, supuesto que es verdadera la noticia de su robo, y que es muy verosímil que ignorase la familia que estaban sus bienes asegurados. Este es el mérito principal de la comedia, pues produce un desenlace natural; igualmente ingenioso es haber hecho al amante de la hija víctima del reintegro del indiano. El carácter del usurero está bien pintado; pero, siendo episódico, ni merece tanta importancia como se le da, ni habria inconveniente para la comedia en reducir la escena larguísima en que hace el principal papel. Alguna languidez hemos creido notar en toda la comedia que pudiera descargarse ventajosísimamente. No es natural que la niña, que tan generosamente se portó con su tio, sea menos generosa con su madre, y la vea salir de la casa del modo que la arroja su hermano, sin interceder por ella eficazmente. El argumento tiene el inconveniente de preverse su fin desde el principio ; pero esto es mas culpa del asunto que del autor. Para dar fin á nuestras observaciones, quisiéramos que el poeta eliminase algunas frases demasiado mal sonantes en el teatro, aun suponiéndolas naturales en boca de doña Rufina; y hubiéramos deseado que, aun dominados por el interés, sus interlocutores fuesen menos despreciables. Las debilidades humanas interesan ; pero seres friamente malos, corrompidos y sin ninguna especie de sentimiento ni moralidad, solo pueden producir tedio ú horror.

El lenguaje es castizo y puro : la versificacion generalmente buena, y aun tiene trozos de mucho mérito : hay gracias en el diálogo, que es bastante animado; y pinceladas verdaderamente cómicas en diversas ocasiones : citaremos en este género con placer el contraste que presenta la llegada del indiano, solo, y mal vestido, con los halagos de su hambrienta familia.

CARTA DE FIGARO

A UN BACHILLER SU CORRESPONSAL.

Yo no sé si se acordarán todos los suscritores de nuestro decano periódico de aquel Fígaro condenado á provocar su sonrisa eternamente, tenga él ó no humor de divertirse á sí ó á los demás. Pero si puede muy bien haber sucedido que la mayor parte de nuestros lectores no se hayan acordado mas de nosotros que nuestra ilustrada junta sanitaria de surtir

de medicinas á Madrid : al menos tenemos la positiva y halagüeña seguridad de que uno siquiera ha notado la falta de nuestros cándidos párrafos, durante tan largo silencio. Este ha sido un aficionado á nuestro papel, encerrado, segun nos dice, en uno de los mas recónditos rincones de esta monarquía, á trozos regenerada, á trozos oprimida todavía por el oscurantismo, alimaña tan de moda de algun tiempo á esta parte en periódicos y alocuciones. Fírmase *el bachiller*, y dirige al señor Fígaro exclusivamente su carta, reducida á un sin fin de preguntas acerca de las circunstancias; á las cuales contestaríamos privadamente á no dar la funesta casualidad de que olvida nuestro bachiller lo principal, como se usa en el país, y no nos dice el pueblo de su residencia, ni la fecha á que escribe, ni el modo de ponerle el sobre, contando sin duda demasiado con la sagacidad de las redacciones de periódicos. Careciendo, pues, de un medio seguro de hacer llegar á sus manos la respuesta, y siendo por otra parte demasiado atentos para dejar á nadie sin ella, porque al fin ni somos santos ni autoridades, que son los únicos que á todo el mundo oyen y á ninguno contestan, nos decidimos á insertar en nuestro gacetin estas letras, ciertos de que allá en la librería del pueblo donde estuviere nuestro corresponsal, se las encontrará, quedando de este modo solventada con él la deuda de urbanidad que nos obliga á contraer.

En esto no hacemos sino imitar el ejemplo de un cura catalan, cuyo caso contaremos. Debíale un eclesiástico de un pueblo de Andalucía una peseta; cantidad que, si bien no era para perdida, debia considerarse como tal, por la dificultad de hacer la remesa á tanta distancia ó de girar una letra de tan módico importe. Escribíale, pues, en vista de esto el aprovechado clérigo catalan : « Muy señor mio : con respecto á la cuenta que de la citada peseta tenemos pendiente, he discurrido que por el presente aviso puede echarla en el cepillo de ánimas de la iglesia de ese pueblo, pues yo ya la he sacado del de esta á buena cuenta; y en paz. Con lo cual queda de usted su afectísimo capellan el cura de... »

Ahora bien, hé aquí nuestra contestacion al incógnito corresponsal. Mucho me huelgo, señor bachiller de este pueblo, de cuyo nombre mal pudiera acordarme, de haber recibido su carta benévola y preguntona.

Hónrame sobremanera la falta que nota de escritos mios en la Revista; pero ha de hacerse cargo de muchas cosas. Mis artículos en primer lugar no han de ser artículos de decreto que se fragüen á un dos por tres y á salga lo que saliere, sin perjuicio de enmendarlos luego ó de que nadie se cure de obedecerlos. Al fin tengo mi poca ó mucha reputacion que perder. Por otra parte, acaso no sabrá vuesa merced que desde que tenemos una racional libertad de imprenta, apenas hay cosa racional que podamos racionalmente escribir. Si á esto se agrega, como vuesa merced no tendrá dificultad en agregarlo, que estamos ahora los periodistas tratando de tomar color, para lo cual tenemos que esperar á que lo tome primero el gobierno con el objeto de tomar otro distinto, puesto que él se ha quedado con la iniciativa, no se admirará de que callemos nosotros, bien así como él calla en puntos de mas prisa y trascendencia.

Además, aunque los partes oficiales y los relatos de las sesiones en sustancia no dicen nada, no dejan por eso de ser largos; nos ocupan por consiguiente las tres cuartas partes de nuestras columnas, y no nos dejan espacio para nada. Añada vuesa merced á esas causas que yo escribo tan despacio, que cuando estoy sobre mi bufete con la pluma en la mano, no parece sino que estoy organizando la milicia urbana, ó tomando providencias contra algun motin.

Por lo demás, aquí, segun usanza antigua, todo va como Dios quiere, y no puede haber cosa mejor, porque al fin Dios no puede querer nada malo. Nuestra patria camina á pasos agigantados hácia el fin para que aquel Señor la crió: que es su felicidad. Por el pronto ya tenemos el uniforme de los señores Próceres, que es manto azul rastrero, segun las venerandas leyes del siglo XIV, exceptuado el terciopelo, que no alcanzaron aquellos estamentos, si bien aquí entra el modificar aquellos venerandos usos segun las necesidades del dia: verdad igualmente aplicable al calzon de casimir, media de seda, hebilla y tahalí, de que nada dicen Pero Lopez de Ayala, ni Zurita, ni el Centon, pero que constituyen con la gola altibaja y demás este nuevo anticomoderno. Tiene su correspondiente espada, su gorro y su enagüilla de glace. Dicen que cuesta mucho; pero mas ha costado llegar á ese punto. Si vuesa merced tiene baraja, como es de suponer, mirando al rey de espadas podrá formar una idea aproximada, y por ende verá que es bonito; y que si bastan, como es de creer, para costearle los sesenta mil reales de procerazgo, ha de ser curioso el ver á esos señores vestidos y hablando, todo á un tiempo.

Igualmente sabrá vuesa merced cómo todas las vísperas de alboroto, que segun parece va á ser el pan nuestro de cada dia, se deberán afeitar como la palma de la mano todos los que tengan bigote, por ser incompatibles estos cuatro pelos con el órden y la libertad racional. Efectivamente que muchas de sus calamidades le vienen al hombre de no saber echar pelillos á la mar. Por esas medidas conocerá vuesa merced que aquí no nos dormimos en las pajas.

Tal vez habrán dicho en ese villorrio que está el cólera en Madrid. Lo que es aquí nadie lo sabe de oficio; lo que hay no es el cólera, sino una enfermedad reinante y sospechosa; tanto que esas malditas sospechas han llevado á muchos al cementerio, en fuerza sin duda de lo cavilosos. Pero si dicen á vuesa merced que mueren tantas y cuántas gentes al dia, no lo crea; al dia no muere nadie, porque si así fuese habria parte sanitario, si es que no le dan por no haber sanidad maldita de que darle. En consecuencia, si el mal está en Madrid, la autoridad lo tiene callado, y así que nadie lo sabe.

Tres cosas sin embargo van mejor todos los dias sin que se eche de ver: la libertad, la salud y la guerra de Vizcaya. ¡Tal es la reserva con que se hacen estas cosas!

¿Se sabe algo por ahí, señor bachiller, de don Cárlos? por acá todos convenimos en que está en Lóndres, en Francia y en Elizondo á un mismo tiempo, así como están de acuerdo los médicos en que el cólera no puede venir á Madrid por estar muy alto, y en que es contagioso y

no epidémico, y epidémico y no contagioso. En cuanto al modo de curarlo, ya averiguado, llenos están los cementerios de preservativos seguros, de remedios infalibles y de métodos curativos. Volviendo á don Cárlos, dicen que el gobierno sabe de fijo dónde pára; pero vaya usted á preguntárselo.

Por acá no se encuentra un procurador, ni un cajista de imprenta, ni un médico, ni un limon, ni una sanguijuela por un ojo de la cara; pero para eso se encuentran mendigos á pedir de boca, basura en las calles á todas horas, y una camilla al volver de cada esquina.

¡Ah! se me olvidaba; el discurso de la corona ha gustado generalmente; es tan bueno que es de aquellas cosas que no tienen contestacion; á lo menos hasta ahora nadie se la ha dado. Se asegura sin embargo que la están pensando á toda prisa.

Díceme que viene vuesa merced á Madrid. Si está pronto á presentar sus cuentas á Dios, venga cuanto antes. Si viene á pretender, ó ha tenido empleo y ha sido emigrado en tiempo de la constitucion, no hay para qué. Si es carlista puede venir seguro de adelantar algo, que carlistas, y muchos, encontrará en buenos destinos, que le favorezcan: preguntaráme tal vez si no los quitan; ¿para qué, si andando el tiempo ellos se irán muriendo? Si viene á oir las discusiones estamentales, en buen hora, por lo que respecta al Estamento de Procuradores; pues en el de Próceres han encaramado al público en un camaranchon estrecho y *cortilargucho*, segun dice *la Pata de cabra*, como si no quisieran ser oidos. Se está allí tan mal como en el teatro de la Cruz ó en un concierto de guitarra. Han arrinconado igualmente en un ángulo del techo á los taquígrafos, de tal suerte que parecen telas de araña.

Muy alto piensan hablar si desde allí les han de seguir la palabra.

No sé si me dejo algo á que contestar; si así fuese, en otra carta irá, pues á la hora que es ando de prisa por tener que formar una lista de los señores procuradores que no han llegado aun, y otra de los cordones sanitarios inútiles que hay en España, que cogerá algunos pliegos.

Quedo, pues, rogando, señor bachiller, que los facciosos de las gavillas que hace un año se están destruyendo todos los dias completamente, no intercepten por esas *veredas* esta carta, y que la administracion de correos, tan bien montada en este país, no la incomunique para diligencias propias, ó no se la mande por América, así como recibimos, porqué sé yo dónde, la correspondencia de Francia, merced á las victorias no interrumpidas que nos tienen expedita la carretera principal.

De vuesa merced, señor bachiller, atento servidor.

P. D. No se le importe á vuesa merced un bledo de las venidas de don Cárlos á este país, pues que la cuadruple alianza está contratada para su conduccion fuera de la península, cuantas veces se le hallare; porque en lo de dejarle venir, coja vuesa merced el testo y verá como nada hay tratado, además de que mal pudiera la cuadruple alianza sacarle de la península si él no viniera.

SEGUNDA Y ULTIMA CARTA

DE FIGARO

AL

BACHILLER SU CORRESPONSAL DESCONOCIDO.

¿Querrá creer vuesa merced, señor bachiller, que han encontrado malicia en la primera carta que le escribí, y cuya publicidad de ninguna manera he podido evitar en esta corte? De todo tiene la culpa el empeño que manifiesta de no tener nombre conocido, ni domicilio sabido, precisamente en unos tiempos en que las cosas todas se vuelven nombres. ¿No repara vuesa merced cómo una cosa se llama *regeneracion*, otra *reformas*, otra *estamentos*, aquella de mas allá *libertad*, esotra *representacion nacional?* ¿qué mas? Cosa hay que se llama *seguridad individual*, y *ley*, y...

¿Qué le costaba á vuesa merced ponerse un nombre, y mas que vuesa merced no sea nada en sustancia tampoco? Así evitaríamos el que se anduviese todo el mundo leyendo lo que le escribo y murmurando de ello de corrillo en corrillo, ni mas ni menos que si yo dijera todo lo que hay que decir, ó todo cuanto en el caso me ocurre.

Pero en esta carta, que será la última, yo le juro á vuesa merced por la racional libertad de que gozamos (y es todo un juramento), que quiero que me hagan ministro si me consiento á mí mismo la mas leve chanza sobre cosa de gobierno, ó que por lo menos lo parezca. No sino ándeme yo en chanzas, y bregue con el censor, y prohíbame el escribir mas á mis amigos, que será arrancarme el alma, solo porque él reciba sueldo del gobierno é instrucciones, y yo del gobierno ni quiera lo uno ni necesite lo otro; y préndanme bonitamente, y quédense con el *porqué* por allá, y... No, señor: si vuesa merced quiere divertirse con mis cartas, dígame quién es, y lo escribiré en sesion secreta; todo lo mas que puede suceder es que abran la carta; pero entonces, ya, señor bachiller, que la prohiban. Esta, pues, sobre ser la última, no encerrará reflexion ni broma alguna, tanto por las razones dichas, cuanto porque Dios sabe, y si no lo sé yo, que no tengo para gracias el humor: en punto sobre todo á gobierno haré la del loco con el podenco. « Quita allá que es gobierno. » Hechos no mas en adelante; y si á los hechos lisa y llanamente contados les encuentran malicia, no estará en mí, sino en los hechos ó en el que los leyere; entonces malicia encontrarian hasta en una fusion cordial del Estamento y del ministerio.

Corren voces de que un ministro va á hacer dimision; pero no lo crea vuesa merced: esas son bromas: lo mismo están diciendo hace dos meses de otro, y pasa un dia, y pasa otro dia, y en resumidas cuentas no pasan dias por él.

En el Estamento de Próceres ya sabrá vuesa merced que la contestacion al discurso del trono fué cosa muy bien escrita; fué un modelo de lenguaje y de elegancia castellana; es uno de los trozos mas correctos que posee la lengua.

De la de Procuradores nada tengo que contar á vuesa merced, sino es que en este momento no es oportuno que use el hombre el don de la palabra con que le distinguió su divina Majestad de los demás animales. Lo que urge por ahora es que cada uno calle lo que sepa, si es que no lo quiere decir en un tomo voluminoso, que entonces, como nadie lo ha de leer, debe el hombre ser libre; pero decirlo todas las mañanas en un periódico, eso no. El don de la palabra es como todas las cosas; repetido diariamente cansa.

Los jurados no son para este momento; no hay cosa peor que jurar, y si es en vano peor que peor. En eso va de acuerdo el partido ministerial con el padre Ripalda. Se ha convenido por ahora en que los españoles somos muy brutos para decir lo que pensamos; y mas para que nos juzguen en regla.

Sabrá vuesa merced cómo se ha determinado que la legislacion nuestra no es absurda.

¿Querrá vuesa merced creer que se ha lucido la Cataluña? Los señores procuradores por aquella provincia se han plantado con 29. Llegaban á Martorell el 28, habiendo salido de Barcelona el 22, que es caminar; al llegar allí supieron lo del cólera por mas que aquí no se lo contamos á nadie, y oficiaron diciendo que eso no era regular: efectivamente, es mas fácil que vaya la nacion toda á Martorell, que no que venga todo Martorell á la nacion. ¡El uno, figúrese vuesa merced que ya iba de aquí escamado de lo de Vallecas! Eso de representar ha de ser donde á uno le coja, porque andarse de ceca en meca para dar representaciones nacionales, eso fuera ser procurador de la legua. Si la patria tiene urgencia que se la pase, mas vale un mal procurador de Cataluña que cuatro buenas patrias. Un procurador catalan, á imitacion de Garcia del Castañar, no dará por todas las grandezas de la corte ni un dedo de Martorell.

Ya sabe vuesa merced cómo estaban presos dos individuos sobre lo de aquella grandísima conspiracion que dicen que ha habido; como no les han encontrado delito, los han desterrado uno á Badajoz, y otro á Zaragoza: parece que han representado, pero sus representaciones son como las de Cataluña, que nadie las oye.

Segun los estados sanitarios que ahora nos da *la Gaceta médica*, resulta que sin haber habido cólera en Madrid, como ya dije á vuesa merced, han muerto de él unas cuatro mil personas y pico, sin que se pueda saber cuál es el pico. Por ahí verá vuesa merced si la enfermedad es traidora.

Ha de saber vuesa merced que en Madrid son los cordones sanitarios y las medidas de aislamiento la cosa mas mala del mundo. Por eso no se han usado. Pero á catorce leguas de Madrid no hay cosa mejor. Así es que en Segovia se separa al enfermo de su familia: se lleva á esta á una barraca, se tapian las casas y las calles, se queman las ropas, ¡qué sé

yo! ¡Hay enfermedad mas rara y mas variable! Parece un periódico. ¡Aquí epidémica! ¡Allá contagiosa! ¡Válgame Dios!

¡Mire vuesa merced el telegrafito y el consulito de Bayona y las cartas de Lóndres! Ahora salimos con que es don Cárlos el que está en Navarra. Créase vuesa merced despues de cónsules, y de telégrafos, y de cartas de Lóndres.

¡Ah! ¿Sabe vuesa merced quién es ministerial?... *La Abeja*. Aquella *Abeja*... En una palabra, *la Abeja*.

¿Sabe vuesa merced quién es el periódico de la oposicion? *La Revista*. Ello nos cuesta un ojo de la cara. El gobierno, de resultas, ha recogido cuantas suscriciones y auxilios prestaba; hasta ha habido persona que ha devuelto su ejemplar particular sin leerle, que ha sido lástima. Desde entonces parece que ha tenido mano de santo, porque la suscricion sube que es un contento. ¡Cómo ha de ser! Ya sabe vuesa merced que somos buenos cristianos. Así es que lo llevamos con bastante resignacion.

Perdone vuesa merced, porque he oido llamar á mi puerta. Acaso vengan á prenderme ó á llevarme á Zaragoza. Así como así no debo de estar muy cuerdo. Por lo tanto, señor bachiller, felicidades, y póngase un nombre. Cuando la misma *Revista* se ha puesto el suyo, bien podrá conocer que no es tiempo ya de andarse con anónimos y secretitos.

P. D. ¿Ha leido vuesa merced *el Pobrecito Hablador?* Yo le publicaba en tiempo de Calomarde y de Cea: ahora como ya tenemos libertad racional, probablemente no se podria publicar.

MODAS.

Deseamos con impaciencia que la absoluta desaparicion del cólera vuelva á traer al seno de esta capital las elegantes que el miedo nos ha robado, y que la animacion de una época mas feliz haga renacer la apagada coquetería de las bellas que permanecen todavía casi aisladas en medio de esta gran poblacion. Vacíos casi los teatros, desiertos los paseos, suspendidas las sociedades, ¿adónde iríamos á buscar la moda? — Solo podemos hacer algunas indicaciones generales acerca de los caprichos, mas ó menos fundados, de esa diosa del mundo, que así avasalla los trajes y peinados como los gustos y opiniones. — Es de moda, por ejemplo, en la ópera, la señora Campos; así es que apenas hay noche que no se la aplauda. No es menos de moda el sorbete de arroz, ni menos insípido tampoco. — Está decididamente en boga reirse todos los dias de los gestos espantables del señor Género, quejarse del gobierno, y asombrarse de la inaccion de los estamentos. Estas tres modas durarán probablemente mas que el talle largo.

Hacen furor los oficios de próceres y procuradores imposibilitados: es por cierto cosa furibunda. Al cabo de algun tiempo sucederá con estas

imposibilidades de asistir, lo que sucedia el invierno pasado con los capotes forrados de encarnado, que no habia barbero sin capote : á este paso dentro de poco no habrá representante sin imposibilidad. Es de esperar, sin embargo, que esta moda de poco gusto y de menos patria se proscriba, como se proscribió para siempre el escote exagerado de las mujeres, al cual se parece en presentar desnudas cosas que deben siempre estar tapadas. — Empiezan á estilarse mucho los artículos de oposicion : se asegura que hacen bien á todos los cuerpos. Algunos se ven, sin embargo, que hacen tan mala cara al Estamento, como los ferronieres de metal á las señoras, que las desfiguran todas y hacen traicion á su hermosura ; en este caso están los de hechura llamada á la sesion secreta. Lo mas raro es, que, segun parece, esos artículos salen fabricados del mismo Estamento, no porque sea la mejor fábrica, sino por estar allí las primeras materias y la mano de obra. Esa moda no nos gusta : se semeja un tanto cuanto á la falda corta en no ser la mas decorosa.

Los artículos ministeriales, que algunos seudo-elegantes quieren introducir, no se acreditan. Son como los peines altos, que solo sirven para que se vea venir desde lejos á quien los usa, y para dar una elevacion ridícula á la persona. Hay, sin embargo, un regular surtido al uso de los pretendientes, en la fábrica-colmena de *la Abeja*, imprenta de don Tomás Jordan. Aunque es moda nueva, se venden baratos, sin duda porque la gente de gusto no los gasta. Es moda anti-nacional como los sombreros de señora : así es, que por mas flores que se les pongan, no se saben llevar, con paciencia, se entiende. Estas dos modas últimas, exageradas, como algunos las llevan, no nos parecen del caso ; los ministeriales no hacen buena figura, y los de oposicion pueden llegar á hacerla mucho peor. Con cierta medida todo es bueno.

Se siguen estilando las sesiones cortas, muy cortas, como si dijéramos, á media pierna : en esto se dan la mano con los vestidos de maja : así es que se suelen dejar lo mejor en descubierto.

En punto á calzado, solo podemos decir que lo mas comun es andarse con piés de plomo. — Con respecto á talle, la gran moda es estar muy oprimido, tan estrecho que apenas se pueda respirar : por ahora á lo menos este es el uso ; podrá pasar pronto, si no nos ahogamos antes. — En punto á muebles los hay nuevos todos los dias ; pero allá se van con los antiguos. Por lo que hace á adornos de mesa, sabido es que en España no somos fuertes ; bien que falta lo principal, que es que comer.

De colores, en fin, estamos poco mas ó menos como estábamos ; si bien el blanco y negro son los fundamentales, aquel mas caido, este mas subido : lo mas comun especialmente en personas de calidad, son los colores indecisos, tornasolados, partícipes de negro y blanco, como gris ó entre dos luces ; en una palabra, colores que apenas son colores ; es de esperar que pronto se habrán de admitir, sin embargo, de grado ó por fuerza, colores mas fuertes y decididos, puros y sin mezcla alguna. En el ínterin chocan tanto estos últimos, que hay personas nerviosas que solo al considerar que habrá que entrar en ellos, padecen y ofician, y guardan la cama.

LA GRAN VERDAD DESCUBIERTA.

Dirán que los grandes trastornos políticos no sirven para nada. ¡Mentira! ¡atroz mentira! Del choque de las cosas y de las opiniones nace la verdad. De dos dias de discusion nace un principio nuevo y luminoso. ¿Saben ustedes lo que se ha descubierto en España, en Madrid, ahora, hace poco, hace dos dias no mas? Se ha descubierto, se ha decidido, se ha determinado que, *la ley protege y asegura la libertad individual.* Cosa recóndita, de nadie sabida, ni nunca sospechada. Han sido precisos todos los sucesos de la Granja, la caida de tres ministerios, una amnistía, la vuelta de todos los emigrados, la rebelion de un mal aconsejado príncipe, una cuadruple alianza, una guerra en Vizcaya, una jura, una proclamacion, un estatuto, unas leyes fundamentales resucitadas en traje de Próceres, una representacion nacional, dos estamentos, dos discusiones, una correccion ministerial, un empate y la reserva de un voto importante, que no hacia falta, para sacar del fondo del arca política la gran verdad de que la ley protege y asegura la libertad individual. Pero ahora ya lo sabemos. *Girolamo*, *lo sappiamo*, responderá alguno. *Sappete* un!!! Ahora es, y no antes, cuando verdaderamente lo sabemos, y ya nunca se nos olvidará.

¡Que nos quiten esa ventaja! A un dos por tres descubrió Copérnico que la tierra es la que gira; en un abrir y cerrar de ojos descubrió Gassendi la gravedad de los cuerpos; Newton halló su prisma en un mal vidrio; Linneo encontró los sexos de las plantas entre rama y rama. Pero han sido necesarios siglos de opresion y una correccion ministerial para descubrir que la ley protege y asegura algo. Hé aquí la diferencia que hay de las verdades físicas á las verdades políticas : aquellas suelen encontrarse detrás de una mata : estas están siglos enteros agazapadas detrás de una correccion ministerial. Abrase la discusion, discútase el punto, pronúnciese la modificacion ministerial, *et voilà la vérité*, que salta como un chorro, y salpica á los circunstantes. ¡Uff!!!! *La ley protege y asegura la libertad individual.* Luego que esto esté escrito y sancionado, ya quisiera yo saber quién es el que no anda derecho. ¿Qué ladron vuelve á robar, qué asesino mata, qué faccion vuelve á levantar cabeza, y qué carlista, en fin, no se apea de su destino? La discusion, la discusion; hé aquí el secreto. *La ley protege*, es decir, que la ley no es cosa mala, como se habia creido hasta ahora ; la ley por último, hé aquí la gran verdad escondida. Loor á la revolucion, loor á las discusiones largas y peliagudas, loor á las correcciones ministeriales, y loor en fin, para siempre, y mas loor á la gran verdad descubierta.

EL MINISTERIAL.

¿Qué me importa á mí que Locke exprima su exquisito ingenio para defender que no hay ideas innatas, ni que sea la divisa de su escuela: *Nihil est intellectu quod prius non fuerit in sensu?* Nada. Locke pudiera muy bien ser un visionario, y en ese caso ni seria el primero ni el último. En efecto, no debia de andar Locke muy derecho: ¡figúrese el lector que siempre ha sido autor prohibido en nuestra patria!... Y no se me diga que ha sido mal mirado, como cosa revolucionaria, porque, sea dicho entre nosotros, ni fué nunca Locke emigrado, ni tuvo parte en la constitucion del año 12, ni empleo el año 20, ni fué nunca periodista, ni tampoco urbano. Ni menos fué perseguido por liberal; porque en sus tiempos no se sabia lo que era haber en España ministros liberales. Sin embargo, por mas que él no escribiese de ideas para España, en lo cual anduvo acertado, y por mas que se le hubiese dado un bledo de que todos los padres censores de la Merced y de la Vitoria condenasen al fuego sus peregrinos silogismos, bien empleado le estuvo. Yo quisiera ver al señor Locke en Madrid en el dia, y entonces veríamos si seguiria sosteniendo que porque un hombre sea ciego y sordo desde que nació, no ha de tener por eso ideas de cosa alguna que á esos sentidos ataña y pertenezca. Es cosa probada que el que no ve ni oye claro á cierta edad, ni ha visto nunca, ni verá. Pues bien, hombres conozco yo en Madrid de cierta edad, y no uno ni dos, sino lo menos cinco, que así ven y oyen claro como yo vuelo. Hábleles usted, sin embargo, de ideas; no solo las tienen, sino que ¡ojalá no las tuvieran! Y de que estas ideas son innatas, así me queda la menor duda, como pienso en ser nunca ministerial; porque si no nacen precisamente con el hombre, nacen con el empleo, y sabido se está que el hombre, en tanto es hombre, en cuanto tiene empleo.

Podria haber algo de confusion en lo que llevo dicho, porque los ideólogos mas famosos, los Condillac y Destutt-Tracy, hablan solo del hombre, de ese animal privilegiado de la creacion, y yo me ciño á hablar del ministerial, ese ser privilegiado de la gobernacion. Saber ahora lo que va de ministerial á hombre, es cuestion para mas despacio, sobre todo cuando creo ser el primer naturalista que se ocupa de este ente, en ninguna zoologia clasificado. Los antiguos por supuesto no le conocieron; así es que ninguno de sus autores le mienta para nada entre las curiosidades del mundo antiguo, si se ha descubierto ninguno en las excavaciones de Herculano, ni Colon encontró uno solo entre todos los indios que descubrió; y entre los modernos, ni Buffon le echó de ver entre los racionales, ni Valmont de Bomare le reconoce; ni entre las plantas le coloca Jussieu, Tournefort, ni de Candolle, ni entre los fósiles le clasifica Cuvier; ni el baron de Humboldt, en sus largos viajes, hace la cita mas pequeña que pueda á su existencia referirse. Pues decir que no existe, sin embargo, seria negar la fe, y vive Dios que mejor quiero

pasar que la fe y el ministerialismo sean cosas para renegadas que para negadas, por mas que pueda haber en el mundo mas de un ministerial completamente negado.

El ministerial podrá no ser hombre; pero se le parece mucho, por de fuera sobre todo : la misma fachada, el exterior mismo. Por supuesto, no es planta, porque no se cria ni se coge; mas bien perteneceria al reino mineral, lo uno porque el ministerialismo tiene algo de mina, y lo otro porque se forma y crece por superposicion de capas : lo que son las diversas capas superpuestas en el reino mineral, son los empleos aglomerados en él : á fuerza de capas medra un mineral; á fuerza de empleos crece un ministerial, pero en rigor tampoco pertenece á este reino. Con respecto al reino animal, somos harto urbanos, sea dicho con terror suyo, para colocar al ministerial en él. En realidad, el ministerial mas tiene de artefacto que de otra cosa. No se cria, sino que se hace, se confecciona. La primera materia, la masa, es un hombre. Coja usted un hombre (si es usted ministro, se entiende, porque sino, no sale nada) : sonríasele usted un rato, y le verá usted ir tomando forma, como el pintor ve salir del lienzo la figura con una sola pincelada. Déle usted un toque de esperanza, derecho al corazon, un ligero barniz de nombramiento, y un color pronunciado de empleo, y le ve usted irse doblando en la mano como una hoja sensitiva, encorvar la espalda, hacer atrás un pié, inclinar la frente, reir á todo lo que diga : y ya tiene usted hecho un ministerial. Por aquí se ve que la confeccion del ministerial tiene mucho de sublime, como lo entiende Longino. Dios dijo : *Fiat lux, et lux facta fuit.* Se sonrió un ministro, y quedó hecho un ministerial. Dios hizo al hombre á su semejanza, por mas que diga Voltaire que fué al revés : así tambien un ministro hace un ministerial á imitacion suya. Una vez hecho, le sucede lo que al famoso escultor griego que se enamoró de su hechura, ó lo que al Supremo Hacedor, de quien dice la Biblia á cada creacion concluida : *Et vidit Deus quod erat bonum.* Hizo el ministro su ministerial, y vió lo que era bueno.

Aquí entra el confesar que soy un sí es no es materialista, sí no tanto que no pueda pasar entre las gentes del dia lo bastante para haber muerto emparedado en la difunta que murió de hecho á catorce años, y que mató no ha mucho de derecho el ministerio de gracia y justicia, que fué matarla muerta. Dígolo, porque soy de los que opinan en los ratos que estoy de opinar algo sobre algo, con muchos fisiólogos y con Gall, sobre todo, que el alma se adapta á la forma del cuerpo, y que la materia en forma de hombre da ideas y pasiones, así como da naranjas en forma de naranjo. — La materia, que en forma solo de procurador producia un discurso racional, unas ideas intérpretes de su provincia, se seca, se adultera en forma ministerial : y aquí entran las ideas innatas, esto es, las que nacen con el empleo, que son las que yo sostengo, mal que les pese á los ideólogos. Aquí es donde empieza el ministerial á participar de todos los reinos de la naturaleza. Es mona por una parte de suyo imitadora; vive de remedo. Mira al amo de hito en hito : ¿hace este un gesto? miradle reproducido como en un espejo en la fisonomía del mi-

nisterial. ¿Se levanta el amo? La mona al punto monta á caballo. ¿Se sienta el amo? Abajo la mona. — Es papagayo por otra parte; palabra soltada por el que le enseña, palabra repetida. Sucédele así lo que á aquel loro, de quien cuenta Jouy que habiendo escapado con vida de una batalla naval, á que se halló casualmente, quedó para toda su vida repitiendo, lleno de terror, el cañoneo que habia oido : ¡pum! ¡pum! ¡pum! sin nunca salir de esto. El ministerial no sabe mas que este cañoneo. « La España no está madura. — No es oportuno. — Pido la palabra en contra. — No se crea que al tomar la palabra lo hago para impugnar la peticion, sino solo sí para hacer algunas observaciones, » etc., etc. Y todo ¿porqué? porque le suena siempre en los oidos el cañoneo del año 23. No ve mas que el Zurriago, no oye mas que á Angulema.

Es cangrejo porque se vuelve atrás de sus mismas opiniones francamente; abeja en el chupar : reptil en el serpentear : mimbre en lo flexible : aire en el colarse : agua en seguir la corriente : espino en agarrarse á todo : aguja imantada en girar siempre hácia su norte : girasol en mirar al que alumbra : muy buen cristiano en no votar : y seméjase, en fin, por lo mismo al camello en poder pasar largos dias de abstinencia; así es que en la votacion mas decidida álzase el ministerial y exclama : « Me abstengo : » pero, como aquel animal, sin perjuicio de desquitarse de la larga abstinencia á la primera ocasion.

El ministerial anda á paso de reforma; es decir, que mas parece que se columpia, sin moverse de un sitio, que no que anda.

Es por último el ministerial de suyo tímido y miedoso. Su coco es el urbano : no se sabe porqué le ha tomado miedo; pero que se le tiene es evidente; semejante á aquel loco célebre que veia siempre la mosca en sus narices, tiene de continuo entre ceja y ceja la anarquía : y así la anda buscando por todas partes, como busca Guzman en *la Pata de cabra* las fantasmas por entre las rendijas de las sillas. — El ministerial, para concluir, es ser que dará chasco á cualquiera, ni mas ni menos que su amo. Todas las esperanzas anteriores, sus antecedentes todos se estrellan al llegar al sillon; á cuyo propósito quiero contar un cuento á mis lectores.

Era año de calamidad para un pueblo de Castilla, cuyo nombre callaré; reunióse el ayuntamiento, y decidió recurrir á otro pueblo inmediato, en el cual se veneraba el cuerpo de un santo muy milagroso, segun las mas acordes tradiciones, en peticion de la sagrada reliquia y de algunas semillas de granos para la nueva cosecha. Hízose el pedido, que fué al punto mismo otorgado. Al año siguiente pasaba el alcalde del pueblo sano por el afligido : es de advertir que contra todas las esperanzas, si bien la cosecha era abundante, el cielo, que oculta siempre al hombre débil sus altos fines, no habia querido terminar la plaga, sin duda porque al pueblo no le debia de convenir. — ¿Cómo ha ido por esta? le preguntaba el uno al otro alcalde. — Amigo, le respondió el preguntado, con expresion doliente y afligido, la semilla asombrosa..... pero.... no quisiera decírselo á usted. — ¡Hombre! ¿qué? — Nada : la semilla, como digo, asombrosa, pero el santo salió flojillo.

Los ministeriales efectivamente, amigo lector, no quisiera decirlo, pero salieron tambien flojillos.

SEGUNDA CARTA

DE UN LIBERAL DE ACA

A UN LIBERAL DE ALLÁ.

Sin duda será cosa que te asombre, querido Silva Carballo d'Alburquerque, recibir mi segunda carta antes que la primera. Ya se ve, acostumbrados ahí en Portugal á proceder lógicamente y empezar siempre por el principio, me tratarás de loco, si es que no me tratas de ministerial. Pero te has de hacer varios cargos. En primer lugar, no en todas partes hay las mismas costumbres. En España solemos empezar por lo último, dejándonos lo principal en el tintero, y pensar que yo solo me he de salir del camino trillado es pedir peras al olmo, ó, lo que es lo mismo, libertad á un ministerio; es buscar cotufas en el golfo; mas claro, por si no entiendes este refran, es buscar una sentencia de muerte en causa carlista.

Ni yo veo la necesidad de empezar siempre por el principio, sobre ser esto cosa que á cualquiera le ocurriria, y aquí no somos cualquiera : el empezar por lo último tiene la singular ventaja, que á tí no te habrá ocurrido, de aparecer las cosas acabadas desde luego. Las naciones se manejan como los sonetos; los cuales si han de ser buenos, no hay poeta mediano que no los empiece por el último verso. Agrega á esto que de hacer las cosas mal, resulta otro beneficio, cual es el de poderlas enmendar, y así lo que no va en el libro va en la fe de erratas. A cuyo propósito viene de perilla y recordarte el cuento de nuestro don Bartolomé, acerca del mal pintor que queria blanquear, y luego pintar su casa, y á quien un inteligente aconsejaba que mejor le estaria para su gloria pintarla primero y despues blanquearla. — En segundo lugar has de saber que mi primera carta fué malamente interceptada : y no es decir que te la enviase yo por Vizcaya, lo cual hubiera sido grave error geográfico, sino por el conducto de este malhadado periódico, que perdone la censura. Pero es de advertir, amigo, que un periódico es en el dia en punto á interceptaciones una verdadera Vizcaya. Es mas fácil casi llevar un pliego al general en jefe, aunque no se sepa dónde pára, que hacer llegar al público un mal artículo. Verdad es que, si hemos de hablar claro, es mas fácil saber donde está el público que donde está Rodil : ya ves que no te lo pondero poco. Cada periódico dice que lo tiene en su casa; pero en realidad el público es como la libertad, que todos dan en decir que la tenemos, y ninguno la ve.

Interceptada, pues, mi primera carta, ¿qué otro recurso me queda que escribirte la segunda? Si yo no fuera tan escrupuloso, bien pudiera llamar segunda á la primera; pero yo, amigo, como Boileau, *J'appelle un chat un chat et Rolet un fripon.*

Y así me dejaran, como llamaria otras muchas cosas por su nombre: que á creerme autorizado como el ministerio de lo interior á mudar los nombres á las cosas, ya puedes imaginarte que no seria por mis cartas por donde empezaria.

Vamos á otra cosa; ¿no hay facciosos en Portugal, querido Silva? ¿Hay país mas raro? ¿Cómo podeis vivir sin facciosos? ¿De qué hablais pues? ¿á quién perseguís? ¿de qué llenais vuestra gaceta? ¿Vivís sin partes oficiales, sin sorpresas? Raro me habian dicho que era Portugal, pero no tanto.

Dolorosa me ha sido la muerte de vuestro don Pedro, muy dolorosa, mas por aficion que le tenia, que por creer que os fuese necesario. Sin ir mas lejos, aquí no hemos tenido don Pedro, y nos hemos pasado sin él: verdad es que tambien nos pasamos sin otras cosas. ¿Es posible que en Portugal nadie tiene miedo á los liberales? ¡Lo que va de un clima á otro! Lo mismo sucede con esto que con las tarántulas, que en tierra de Tarento son ponzoñosas, y en paises mas frios no; por acá los liberales son tremendos; así es que les tenemos, no diré un miedo cerval, pero sí un miedo ministerial. Si el liberal, sobre todo, ha emigrado, y si necesita empleo para vivir, es cosa muy perjudicial: los liberales buenos son los que no han emigrado, ni se han estado aquí, y los que no necesitan comer para vivir. Los demás llevan siempre la anarquía en el bolsillo. En Portugal, por el contrario, los temibles eran los miguelistas: aquí no: aquí los carlistas son como si dijéramos de casa... pero baste en este punto.

Por las gacetas, dices, conoces que lo de Vizcaya va bien; yo lo creo: un señor procurador bien informado ha dicho no ha mucho en el Estamento que el año pasado tenia la faccion unos dos mil hombres, y que en el dia cuenta veinte mil; me parece, pues, que no puede ir mejor; la faccion parece deuda del Estado segun crece.

Preguntarásme de dineros: en eso sí que estamos bien: ya sabes por la mucha filosofía que has estudiado, que no es mas rico aquel que tiene mas dinero, sino aquel que tiene menos deseos. Por esta regla de eterna verdad, ¿qué nacion mas rica que la nuestra? Aquí nadie desea mas de lo que tenemos: ¡mira tú si nos contentamos con poco! En realidad no falta casi nada, porque no falta mas que dinero. Pero esto se compondrá, Dios y un empréstito mediantes.

Por las discusiones del Estamento te enterarias de como la España no está bastante civilizada; en una palabra, bastante madura para instituciones mas anchas. Pero si no está madura para eso, lo está en cambio para otras cosas. Para pagar lo que se ha comido y lo que no se ha comido; para reconocer sus deudas y las ajenas está en toda su sazon. Se desgaja del árbol. En punto á deudas está al nivel de las naciones mas cultas. Efectivamente, si es señal de madurez en la fruta el estar caida,

convengamos en que nuestra patria está mas que madura; está pasada.

Con respecto á caminos no hay otra novedad, si es que eso se puede llamar novedad, que el seguir los mas de ellos interceptados, incluso el de las reformas. A bien que siempre nos queda expedito el del cielo, que es el gran camino, y por el cual caminamos á pasos agigantados con toda la paciencia de buenos cristianos: los demás en realidad mas son veredas que caminos.

A propósito de veredas, ya sabrás que han nombrado á Mina para la guerra de Vizcaya. Mina hará una carrera rápida con este gobierno. Un año ha tardado no mas en ser empleado. Otro año mas, y sabe Dios adónde llegará.

El Estamento de Próceres tuvo antes de ayer una sesion : es probable que tenga otras. — Sabrás cómo ya se emplean por todas partes los hombres de talento. No se da un solo destino que no sea al mérito.

La milicia urbana ya se ha reunido, no solo una vez, sino que creo que ha sido hasta dos. Se dice que sí dará ó no dará un poquito de servicio las tardes de los dias de fiesta en el teatro. Con esto ya verás qué paso lleva Zumalacárregui.

El cólera sigue haciendo en algunas provincias mas estragos que un reglamento de censura.

Mucho me alegro de que en Portugal seais tan libres y tan felices. Aquí es enteramente lo mismo.

Hasta otra, querido Silva. — *El liberal de acá.*

PRIMERA CONTESTACION

DE UN LIBERAL DE ALLA

A UN LIBERAL DE ACA.

Dices, querido liberal casteçao, que me asombrará el recibir tu segunda carta antes que la primera. Te equivocaste, amigo, como estrella vuestra en todas ocasiones : á mí en hablándoseme de ese país no me asombra nada. Hubiérame antes parecido cosa rara haber recibido tus cartas por su órden. Ya por acá sabemos que en punto á *cartas* no jugais muy limpio.

Pero en fin, he recibido la segunda, á propósito de lo cual te diré que vengan ellas, y vengan cómo y cuando puedan, que yo luego las ordenaré, como Dios me diere á entender, á semejanza de aquel que, no sabiendo mas de ortografía que muchos gobernantes de gobierno, enviaba juntos en la posdata gran número de comas y signos de puntuacion, añadiendo á su corresponsal : *por lo que hace á los puntos y las*

comas, ahí van todos juntos para que usted se entretenga en ponerlos en su lugar, que yo ando de prisa.

Nótase en toda tu carta cierto mal sabor de ironía, capaz de dar vahidos al mas duro de cabeza, si se les diese á ciertas cabezas duras algo de algo. Por el rey don Sebastian te juro que no entiendo porqué os quejais tanto los liberales casteçaos. ¿Teneis vosotros vencedores y vencidos? Claro está que no; porque aunque los facciosos en algunas partes hasta ahora han podido mas, se les debia contar lo que de dos que habian reñido decia un chusco, al preguntarle quién de los dos habia podido mas. « Claro está, respondió, que el que cayó debajo, puesto que tuvo al otro encima. »

Ellos han podido mas, porque en realidad siempre os tienen encima.

Insisto por otra parte en que no hay vencedores ni vencidos, como dice vuestro ministerio; para convencerse de lo cual basta echar una ojeada á los puestos respectivos que ocupaban el año 32 Calomarde y los suyos, y á los que ocupan en el dia sus sucesores : esas mudanzas no han sido haber vencedor ni vencido, sino finura de Calomarde, que ha renunciado generosamente su sillon á los que mandan en el dia.

Convengamos en que es un gran consuelo para uno que lo pasa mal, decirle al oido : lo pasa usted mal, pero hágase usted cargo de que no hay vencedores ni vencidos. En no habiendo vencedores ni vencidos, que te roben al volver de una esquina, que te salga una lupia en medio de la frente, ó una joroba en medio de las espaldas, nada te debe de importar : porque sin esos vencedores y vencidos no hay felicidad posible en la tierra, como lo hallarás escrito en todos los filósofos. Ahora con vencedores y vencidos marchas por tu camino como un coche con sus ruedas. Despachaos, pues, los liberales casteçaos á vencer á alguien, y si los carlistas no se dejan vencer, venceos por el pronto á vosotros mismos, que ese será el vencimiento que esos señores querrán dar á entender como necesario para que todo entre en caja, sobre ser esa clase de victoria la mas agradable á los ojos de Dios.

Y aunque no tuviérais en cada desgracia que os sucede el gran consuelo de reflexionar que no hay vencedores ni vencidos, no veo yo la causa de tanta afliccion. Que está el pretendiente en Vizcaya... y bien : ¿y qué es el pretendiente? Segun una feliz expresion de un diputado francés, traducida y arreglada para vosotros por un amigo tuyo y mio, nada : un faccioso mas.

Que se ha aumentado la faccion; que tenia dos mil hombres el año pasado, y que este tiene veinte mil, como me dices en tu segunda carta. Pero ¿qué es eso, amigo mio? Bien contado, nada : diez y ocho mil facciosos mas.

Que os dió gran dolor lo de Carondelet : ¡o almas apocadas! ¿Y qué es eso bien mirado? Nada : una sorpresa mas.

¡Ay, amigo, las cosas son como se quieren ver! Filosofemos un momento. Quiero suponer que volviéramos al año 23, que es todo lo peor que os podria suceder. ¿Y bien? á los ojos de la poesía ¿qué seria esto? Nada : diez años mas de despotismo ; y que te ahorcasen á tí, por ejem-

plo. ¿Y qué seria esto comparado con la inmensidad del universo? Nada: un ahorcado mas en el mundo.

Que no teneis dinero... ¿y qué es eso? Nada: una miseria mas. Que no teniendo un cuarto, habeis reconocido todo lo anterior. ¿Y qué es eso? Nada: una deuda mas. Que teneis que recurrir á un empréstito. ¿Y qué es eso? ¡o ánimas mezquinas! Nada: un empréstito mas. Que hay cólera, en fin, en varias provincias... ¿Y qué es eso últimamente? Una calamidad mas.

Ya ves que tomadas las cosas de esa manera, maldito si hay porqué afligirse. A propósito de afligirse, ¿qué hay del ministerio del interior? Despues de haber mudado los nombres á las cosas, supongo que habrá hecho mil otras reformas de primera importancia. Escríbeme largo en ese punto, si hay de qué.

¿Cómo va de milicia urbana? Ya inspirará confianza á todo el mundo; ya estará toda organizada y armada; doilo por supuesto.

Háceme reir por último en tu carta lo que del miedo que á los liberales se tiene por ahí, me dices. En cuanto á eso, y en cuanto á los muchos que han andado de cárcel en cárcel, y de destierro en destierro por conspiradores, así como á los que andan sin colocacion todavía por anarquistas, concluiré esta misiva con recordarte el lema que un escribano ladino encontró en un pesado mamotreto, revolviendo el archivo de la chancillería de Valladolid. Decia así: « Causa formada á las monjas del convento de Santa Clara de esta ciudad, por volar, y otros excesos. »

Así me parece á mí que son los excesos de esos pobres liberales de Castilla como los vuelos de las madres: con lo cual quedo á tus órdenes, esperando noticias de esa nacion privilegiada, la cual se me figura que andando siglos podrá llegar algun dia á remontarse á la altura de Portugal. — *O senhor don Sebastian Carvalhao d'Albuquerque.*

LA CUESTION TRANSPARENTE.

No ha dos dias que un señor orador apellidó en el Estamento de Procuradores á la cuestion de los empleos cuestion trasparente, porque detrás de ella, por mas que se quiera evitar, siempre se ven las personas. Nosotros pensamos lo mismo. Hay expresiones felices que nunca quedarán, en nuestro entender, bastante grabadas en la memoria. Cuánto sea el valor de estas expresiones dichas en tiempo y lugar, no necesitamos inculcárselo al lector. Felices son por lo bien ocurridas; felices por el apropósito; y felices, en fin, porque hacen fortuna. Estas expresiones, de tal suerte dispuestas y colocadas, suelen ser el cachetero de las discusiones, la última mano, la razon, en fin, sin réplica ni respuesta. Despues que un orador ha dicho en clara y distinta voz que el pretendiente es un faccioso mas, ya quisiera yo saber qué se le contesta. Cuando un orador suelta el *mal aconsejado*, el *inoportuno*, el *cimiento* y la

rama podrida, ya quisiera yo que me dijeran hasta qué punto puede llevarse la cuestion en cuestion ; y si hay oradores, si hay epitetos y adjetivos, si hay expresiones felices, hay cuestiones que no lo son menos. Una cuestion, cuando es una simple cuestion, es una cuestion y nada mas. Pero hay cuestiones de cuestiones. Las hay espesas y de suyo oscuras y enmarañadas, al trasluz de las cuales nada se ve : puédese escribir encima de ellas *non plus ultra;* nada hay mas allá; entre estas pudiera muy bien clasificarse la de los *derechos sociales*. ¿Qué se ve al través de esta cuestion? Nada ciertamente : algun *visto*, algun *veremos*, ó por mejor decir algun *no veremos*. La de la *libertad de imprenta*. Hé aquí otra cuestion, oscura, negra como boca de lobo. Encima de ella ya se distinguen algunas prohibiciones, tal cual destierro; pero al trasluz ¿qu se ve detrás? Absolutamente nada : como dice Guzman en *la Pata de cabra*, solo se ve que no se ve nada. Lo de la milicia urbana : hé aquí una señora cuestion ; esta es mas tupida que una manta. ¿Qué se ve detrás? Es todo lo mas, si confusamente se divisa por encima un reglamento que se las puede apostar en enmiendas y fe de erratas al mismo diccionario geográfico. Es todo lo mas, si en la superficie se distinguen algunos miles de hombres sin fusiles, y multitud de fusiles sin hombres. Pero al trasluz nada. Semejante al retablo de maese Pedro, las pocas figuras que hay, todas están delante. Detrás ni aun Ginesillo de Parapilla y Pasamonte, que las mueve, se distingue.

Estas cuestiones, pues, oscuras y tupidas, no valen nada. Las grandes cuestiones son las *trasparentes*. La de los empleos, por ejemplo : hé aquí una cuestion de pura gasa. Aqui es donde se ve claro; detrás de ella no se ne necesita lente para echar de ver los empleos, y no tamaños como avellanas; el mas pequeño aparece á guisa de prodigio microscópico, mas grande que nuestra misma libertad ; y en punto á tamaños no hay mas que ponderar; pues aun se ve mas, porque detrás del empleo se ve á lo lejos (un poco mas en pequeño, es verdad) al hombre : pero se ve. ¡Qué no se divisa detrás de ciertos empleos! y no á ojos vistas precisamente, sino aun á cierra ojos. Se ven los empleados; verdad es que apenas se ven los de los tres; pero, en fin, se ve ; en una palabra, se ve que se ve algo; se ve que se verá mas; y se verá, digámoslo de una vez, lo que siempre se ha visto; los compromisos, los amigos, los parientes... es el gran punto de vista : todo se ve. ¡Fatalidad de las cosas humanas! En las otras cuestiones anhelaríamos la trasparencia. Y en esta en que se ve, nos hallamos precisados á exclamar : *¡Ojalá no se viera!*

¿ENTRE QUÉ GENTES ESTAMOS?

Hénos aquí refugiándonos en las costumbres : no todo ha de ser siempre política; no todos facciosos. — Por otra parte no son las costumbres el último ni el menos importante objeto de las reformas. Sirva, pues,

solo este pequeño preámbulo para evitar un chasco al que forme grandes esperanzas sobre el título que llevan al frente estos renglones, y vamos al caso.

No hace muchos dias que la llegada inesperada á Madrid de un extranjero, antiguo amigo mio de colegio, me puso en la obligacion de cumplir con los deberes de la hospitalidad. Acaso sin esta circunstancia nunca hubiese yo solo realizado la observacion sobre que gira este artículo. La costumbre de ver y oir diariamente los dichos y modales que son la moneda de nuestro trato social, es culpa de que no salte su extrañeza tan fácilmente á nuestros sentidos; mi amigo no pudo menos de abrirme el camino, que el hábito tenia cerrado á mi observacion.

Necesitábamos hacer varias visitas : « ¡Un carruaje! » dijimos; pero un coche es pesado; un cabriolé será mas ligero : no bien lo habíamos dicho, ya estaba mi criado en casa de uno de los mejores alquiladores de esta corte, sobre todo, de esos que llevan dinero por los que llaman *bombés decentes*, donde encontró efectivamente uno sobrante y desocupado, que, para calcular cómo seria el maldecido, no se necesitaba saber mas. Dejó mi criado la señal que le pidieron, y dos horas despues ya estaba en la puerta de mi casa un birlocho pardo con varias capas de polvo de todos los dias y calidades, el cual no le quitaban nunca porque no se viese el estado en que estaba, y aun yo tuve para mí que lo debian de sacar en los dias de aire á tomar polvo para que le encubriese las macas que tendria. Que las ruedas habian rodado hasta entonces, no se podia dudar; que rodarian siempre y que no harian rodar por el suelo al que dentro fuese de aquel inseguro mueble, eso era ya otra cuestion : que el caballo habia vivido hasta aquel punto no era dudoso : que viviria dos minutos mas, eso era precisamente lo que no se podia menos de dudar cada vez que tropezaba con su cuerpo, no perecedero, sino ya perecido, la curiosa visual del espectador. Cierto ruido desapacible de los muelles y del eje le hacia sonar á hierro como si dentro llevara medio rastro. Peor vestido que el birlocho estaba el criado que le servia, y entre la vida del caballo y la suya no se podia atravesar concienzudamente la apuesta de un solo real de vellon : por lo mal comidos, por lo estropeados, por la vida, en fin, del caballo y el lacayo, por la completa semejanza y armonía que en ambos entes irracionales se notaba, hubiera creido cualquiera que eran gemelos, y que no solo habian nacido á un mismo tiempo, sino que á un mismo tiempo iban á morir. Si andaba el birlocho era un milagro; si estaba parado un capricho de Goya. Fué preciso conformarnos con este elegante mueble : subí, pues, á él y tomé las riendas, despues de haberse sentado en él mi amigo el extranjero. Retiróse el lacayo cuando nos vió en tren de marchar, y fué á subir á la trasera; sacudí mi fusta sobre el animal, con mucho tiento por no acabarle de derrengar: ¿mas cuál fué mi admiracion, cuando siento bajar el asiento y veo alzarse las varas levantando casi del suelo al infeliz animal, que parecia un espíritu desprendiéndose de la tierra? ¿Y qué dirán ustedes que era? que el birlocho venia sin barriguera; y lo mismo fué poner el lacayo la planta sobre la zaga, que, á manera de balanza, vino á tierra

el mayor peso, y subio al cielo la ligera resistencia del que *tantum pellis et ossa fuit.*

« Esto no es conmigo, » exclamé; bajamos del birlocho, y á pié nos fuimos á quejar, y reclamar nuestra señal á casa del alquilador. Preguntamos y volvimos á preguntar, y nadie respondia, que aquí es costumbre muy recibida: pareció por fin un hombre, digámoslo así, y un hombre tan mal encarado como el birlocho: expúsele el caso, y pedíle mi señal en vista de que yo no alquilaba el birlocho para tirar de él, sino para que tirase él de mí. — ¿Qué tiene usted que pedirle á ese birlocho y á esa jaca sobre todo? me dijó echándome á la cara una interjecion expresiva y una bocanada de humo de un maldito cigarro de dos cuartos. Despues de semejante entrada nada quedaba que hablar. — Véale usted despacio, le contesté sin embargo. — Pues no hay otro, siguió diciendo; y volviéndome la espalda: ¡A París por gangas! añadió. — Diga usted, señor grosero, le repuse, ya en el colmo de la cólera, ¿no se contentan ustedes con servir de esta manera, sino que tambien se han de aguantar sus malos modos? ¿Usted se pone aquí para servir, ó para mandar al público? Pudiera usted tener mas respeto y crianza para los que son mas que él.— Aquí me echó el hombre una ojeada de arriba abajo, de estas que arrebañan á la persona mirada, de estas que van acompañadas de un gesto particular de los labios, de estas que no se ven sino entre los majos del país. — Nadie es mas que yo, don caballero ó don lechuga; si no acomoda, dejarlo. ¡Mire usted con lo que se viene el seor levosa! A ver, chico, saca un bombé nuevo; ahí en el bolsillo de mi chaqueta debo tener uno! — Y al decir esto, salió una mujer y dos ó tres mozos de cuadra; y llegáronse á oir cuatro ó seis vecinos y catorce ó quince curiosos transeuntes; y como el calesero hablaba en majo y respondia en desvergonzado, y fumaba y escupia por el colmillo, é insultaba á la gente decente, el auditorio daba la razon al calesero, y le aplaudia y soltaba la carcajada, y le animaba á seguir: en fin, solo una retirada á tiempo pudo salvarnos de alguna cosa peor, por la cual se preparaba á hacernos pasar el concurso que allí se habia reunido.

¿Entre qué gentes estamos? me dijo el extranjero asombrado. ¡Qué modos tan raros se usan en este país! — Oh, es casual, le respondí algo avergonzado de la inculpacion, y seguimos nuestro camino. El dia habia empezado mal, y yo soy supersticioso con estos dias que empiezan mal: acaban peor.

Tenia mi amigo que arreglar sus papeles, y fué preciso acompañarle á una oficina de policía: ¡aquí verá usted, le dije, otra amabilidad y otra finura! La puerta estaba abierta y naturalmente nos entrábamos; pero no habíamos andado cuatro pasos, cuando una especie de portero vino á nosotros gritándonos: — ¡Eh! ¡hombre! ¿adónde va usted? fuera. — Este es pariente del calesero, dije yo para mí; salimos fuera, y sin embargo esperamos el turno. — Vamos, adentro; ¿qué hacen ustedes ahí parados? dijo de allí á un rato para darnos á entender que ya podíamos entrar: entramos, saludamos, nos miraron dos oficinistas de arriba abajo, no creyeron que debian contestar al saludo, se pidieron mutua-

mente papel y tabaco, echaron un cigarro de papel, nos volvieron la espalda, y á una indicacion mia para que nos despachasen en atencion á que el Estado no les pagaba para fumar, sino para despachar los negocios : — Tenga usted paciencia, respondió uno, que aquí no estamos para servir á usted. — A ver, añadió dentro de un rato, venga eso; y cogió el pasaporte y lo miró. — ¿Y usted quién es? — Un amigo del señor. — ¿Y el señor? algun francés de estos que vienen á sacarnos los cuartos. — Tenga usted la bondad de prescindir de insultos, y ver si está ese papel en regla. — Ya le he dicho á usted que no sea insolente si no quiere usted ir á la cárcel.

Brincaba mi extranjero, y yo le veia dispuesto á hacer un disparate. — Amigo, aquí no hay mas remedio que tener paciencia. — ¿Y qué nos han de hacer? — Mucho y malo. — Será injusto. — ¡Buena cuenta! — Logré por fin contenerle. — Pues ahora no se le despacha á usted; vuelva usted mañana. — ¿Volver? — Vuelva usted, y calle usted. — Vaya usted con Dios.

Yo no me atrevia á mirar á la cara á mi amigo. — ¿Quién es ese señor tan altanero? me dijo al bajar la escalera, y tan fino y tan.... ¿Es algun príncipe? — Es un escribiente que se cree la justicia y el primer personaje de la nacion : como está empleado, se cree dispensado de tener crianza.

— Aquí tiene todo el mundo esos mismos modales segun voy viendo. — ¡Oh! no; es casualidad. — *C'est drôle*, iba diciendo mi amigo, y yo diciendo : ¿Entre qué gentes estamos?

Mi amigo queria hacerse un pantalon, y le llevé á casa de mi sastre. Esta era mas negra : mi sastre es hombre que me recibe con sombrero puesto, que me alarga la mano y me la aprieta; me suele dar dos palmaditas ó tres, mas bien mas que menos, cada vez que me ve; me llama simplemente por mi apellido, á veces por mi nombre como un antiguo amigo; otro tanto hace con todos sus parroquianos, y no me tutea, no sé porqué : eso tengo que agradecerle todavía. Mi francés nos miraba á los dos alternativamente, mi sastre se reia; yo mudaba de colores, pero estoy seguro que mi amigo salió creyendo que en España todos los caballeros son sastres ó todos los sastres son caballeros. Por supuesto que el maestro no se descubrió, no se movió de su asiento, no hizo gran caso de nosotros, nos hizo esperar todo lo que pudo, se empeñó en regalarnos un cigarro y en dárnoslo encendido él mismo de su boca; cuantas groserías, en fin, suelen llamarse franquezas entre ciertas gentes. — Era por la mañana : la fatiga y el calor nos habian dado sed : entramos en un café y pedimos sorbetes. — ¡Sorbetes por la mañana! dijo un mozo con voz brutal y gesto de burla. ¡Que si quieres! — ¡Bravo! dije para mí. ¿No presumia yo que el dia habia empezado bien? — Pues traiga usted dos vasos pequeños de limon... — Vaya ¡hombre! anímese usted; tómelos usted grandes, nos dijo entonces el mozo con singular franqueza, si tiene usted cara de sed. — Y usted tiene cara de morir de un silletazo, repuse yo ya incomodado; sirva usted con respeto, calle, y no se chancee con las personas que no conoce, y que están muy lejos de ser sus iguales.

Entre tanto que esto pasaba con nosotros, en un billar contiguo diez ó doce señoritas de muy buenas familias jugaban al billar con el mozo de este, que estaba en mangas de camisa, que tuteaba á uno, sobaba á otro, insultaba al de mas allá, y se hombreaba con todos : todos eran unos. ¿Entre qué gentes estamos? repetia yo con admiracion.—¡ *C'est drôle !* repetia el francés.—¿Es posible que nadie sepa aquí ocupar su puesto? ¿Hay tal confusion de clases y personas? ¿Para qué cansarme en enumerar los demás casos que de este género en aquel bendito dia nos sucedieron? Recapitule el lector cuántos de estos le suceden al dia y le están sucediendo siempre, y esos mismos nos sucedieron á nosotros. Hable usted con tres amigos en una mesa de café : no tardará mucho en arrimarse alguno que nadie del corro conozca, y con toda franqueza meterá su baza en la conversacion. Vaya usted á comer á una fonda, y cuente usted con el mozo que ha de servirle como pudiera usted contar con un comensal. Él le bordará á usted la comida con chanzas groseras; él le hará á usted preguntas fraternales y amistosas... él... Vaya usted á una tienda á pedir algo. — ¿Tiene usted tal cosa?—No, señor; aquí no hay.—¿Y sabe usted dónde la encontraria?—¡Toma! ¡qué sé yo! Búsquela usted. Aquí no hay. — ¿Se puede ver al señor de tal? dice usted en una oficina. — Y aquí es peor, pues ni siquiera contestan *no* : ¿ha entrado usted? como si hubiera entrado un perro. — ¿Va usted á ver un establecimiento público?—Vea usted qué caras, qué voz, qué expresiones, qué respuestas, qué groseria. — Sea usted grande de España; lleve usted un cigarro encendido. No habrá aguador ni carbonero que no le pida la lumbre, y le detenga en la calle, y le manosee y empuerque su tabaco, y se le vuelva apagado. ¿Tiene usted criados? Haga usted cuenta que mantiene unos cuantos amigos, ellos llaman por su apellido seco y desnudo á todos los que lo sean de usted, hablan cuando habla usted, y hablan ellos... ¡Señor! ¡señor! ¿entre qué gentes estamos? ¿Qué orgullo es el que impide á las clases ínfimas de nuestra sociedad acabar de reconocer el puesto que en el trato han de ocupar? ¡Qué trueque es este de ideas y de costumbres!

Mi francés habia hecho todas estas observaciones, pero no habia hecho la principal; faltábale observar que nuestro país es el país de las anomalías; así que, al concluirse el dia : Amigo, me dijo, yo he viajado mucho; ni en Europa, ni en América, ni en parte alguna del mundo he visto menos aristocracia en el trato de los hombres; este es el país adonde yo me vendria á vivir; aquí todos los hombres son unos : se cree estar en la antigua Roma. En llegando á París voy á publicar un opúsculo en que pruebe que la España es el país mas dispuesto á recibir...

— Alto ahí, señor observador de un dia, dije á mi extranjero interrumpiéndole : adivino la idea de usted. Las observaciones que ha hecho usted hoy son ciertas : la observacion general empero que de ellas deduce usted es falsa : esa es una anomalía como otras muchas que nos rodean, y que solo se podrian explicar entrando en pormenores que no son del momento : este es desgraciadamente el país menos dispuesto á lo que usted cree, por mas que le parezcan á usted todos unos. No confunda

usted la debilidad de la senectud con la de la niñez : ambas son debilidad; las causas son no obstante diferentes; esa franqueza, esa aparente confusion y nivelamiento extraordinario no es el de una sociedad que acaba, es el de una sociedad que empieza; porque yo llamo empezar...

— ¡Oh! sí, si entiendo. *¡C'est drôle! ¡C'est drôle!* repetia mi francés.

— Ahí verá usted, repetia yo, entre qué gentes estamos.

DOS LIBERALES,

ó

LO QUE ES ENTENDERSE.

PRIMER ARTICULO.

Entre las personas que me hacen demasiado favor, sin duda, en ocuparse en los articulejos que he solido dar á luz durante mi corta existencia periodística, algunos hay que me dirigen diariamente amistosas reconvenciones sobre lo perezosa que se ha hecho mi pluma de algun tiempo á esta parte. Esto es lo que llamaria yo de buena gana no saber de la misa la media, si no temiese ofender á los que con su aprecio me honran y distinguen : no entraré en aclaraciones acerca del particular, porque acaso no me bastara el querer satisfacerlas : solo les diré, que llamarme perezoso equivale á reconvenir á un cojo de ambas piernas, porque no ande. Si esto no basta, ya no sé qué decir : ¡ojalá no sobre! Les podré añadir, que por una rara combinacion de circunstancias que mis lectores no entenderán, y que yo entiendo demasiado, nunca escribo yo mas artículos que cuando ellos no ven ninguno, de suerte que en vez de decir « Fígaro no ha escrito este mes, » fuera mas arrimado á la verdad decir el mes en que no hubiesen visto un solo *Fígaro* al pié de un artículo : « ¡Cuánto habrá escrito Fígaro este mes! » Parece la cosa digna de explicacion; pero, amigo lector, ¡cómo de esas cosas suceden que no se explican, y cómo de esas cosas se explicarian que no se entenderian!

Sentadas estas bases, basta por toda satisfaccion saber que tengo un criado montañés, que, á fuer de quererme, se toma conmigo raras libertades : lo mismo es ver que he escrito como cosa de un cuarto de hora, que es todo lo mas que él me permite, porque blasona de cuidarse mucho de mi bienestar; éntrase en mi cuarto gruñendo entre dientes como criado viejo; tiende la vista descortesmente sobre mi papel, mirándole solo con un ojo á causa de no tener otro : « ¡Hola! dice, ¡oposicioncita! ¿Eh? ¡Basta, señor, basta! » y unas veces derribando el tintero sobre el escrito, llénamelo de borrones, y otras, que son las mas, asiendo de un

apagador, encájalo por montera sobre el candelero y apaga la luz. Yo no sé con quién diablos ha servido el tal montañés; pero él jura que esto me conviene; verdad es que me conoce, y sabe que si no me fuera á la mano estaria escribiendo todavía, porqne, como él dice, la materia no es corta, y la intencion no es buena. El montañés tiene ascendiente sobre mí, sin que yo lo pueda remediar, por consiguiente no hay echarle de casa : conténtome pues, con decir, cada vez que me corta el hilo de mis eternos discursos :

Dios le dé salud,
Dios le dé salud,
A aquel montañés
Que apagó la luz.

Cantaba yo por lo bajo este refran (porque por lo alto no me atrevo á cantar) esta mañana misma, contemplando con las lágrimas en los ojos y á oscuras el estrago que habia hecho en mi bufete la última visita de mi montañés, cuando vuelve este á entrar con el correo en la mano : es de advertir que yo llamo correo á toda carta que recibo, por la simple razon de que segun está en el dia el servicio de correos, resulta ser igual enviar una carta por la balija pública, ó llevarla uno mismo : entro pues con mi correo de Madrid, y entre algunas apuntaciones que me envian mis corresponsales, las cuales así me guardaré yo de publicarlas, como se guardará el censor de permitirlas, encuéntrome con dos cartas evidentemente de liberales, puesto que cada uno trae su hoja de servicios al márgen : ambos de buena fe, amantes ambos del bien de su país. Y como se reduzcan ellas á darme cuatro consejos que tengo bien merecidos por los muchos desmanes que he cometido en punto á escribir, y por los que pienso seguir cometiendo en cuanto pueda, trasladarélas al curioso lector, si es que ha quedado lector curioso en España despues de todo lo que se ha leido en la larga fecha que llevamos de completa libertad intelectual. (Sea dicho con licencia de Dios y de la conciencia.)

Dice el uno : « Señor Fígaro : gracias á Dios, impertérrito escritor, que ha dado usted algun descanso á su pluma : no le negaré á usted que sus artículos me han solido hacer reir alguna vez; pero siempre tuve en medio de eso deseos vehementes de dar á usted un consejo. Yo, señor Fígaro, soy liberal desde chiquito, así como hay otros chiquitos desde liberales; anduve en lo del año 12, asunto de grandes controversias; que salvé, pues, la patria de la dependencia francesa, no hay para qué decirlo; que vino el rey, todo el mundo lo sabe: ¡ojalá nadie lo supiera! y que fuí luego á Melilla, eso lo sé yo, y basta. Vino el año 20 y vine yo: es decir, que vinimos todos. Cómo se manejó aquello, pues la cosa fué sonada, ya habrá llegado á oidos de usted, porque le tengo por liberal de esta nueva cria. Fué el caso no habernos entendido, que á entendernos otro gallo nos cantara; pero ¿qué quiere usted? la inteligencia no fué el don de que anduvo mas pródigo el Ser supremo : en cambio nos dió memoria de firme, para nuestra desdicha, y voluntad, la cual podemos tener todo lo mala posible. ¡Tal es el hombre! Pero si nosotros no

nos entendimos parece que nos entendió Angulema, y aun nos tradujo y nos refundió de tal suerte, que quedamos peor parados que comedia antigua en manos de poeta moderno. ¿Y quién tuvo la culpa? La libertad de imprenta. Claro está. Y sino lo probaré. Las naciones del norte vieron que la chispa eléctrica corria demasiado, suscitaron aquí el partido descontento, y alzáronse las guerrillas. Ya ve usted que esto es claro, ¡la libertad de imprenta!

« Dieron dinero y auxilios, y la faccion creció. Verdad es que la faccion no sabia leer. Pero si no hubiera sido por la libertad de imprenta la faccion no hubiera crecido.

« Acaloráronse los ánimos, y de puro no saber leer ni escribir, no nos pusimos de acuerdo. ¡Ya ve usted! ¡La libertad de imprenta!

« Entró Angulema, y ¿quién le dió sus bayonetas? La libertad de imprenta.

« Hubo desgraciadamente defeccion, torpeza ó mala fe en nuestro ejército, y á Cádiz con la maleta. ¡La libertad de imprenta!

« Acabóse todo, publicóse el gran manifiesto impreso. ¡La libertad de imprenta! y buenas noches.

« Aquí entró la emigracion, y de la emigracion el escarmiento. Ya ve usted, pues, si unido de esta suerte á esta causa, puedo yo no ser liberal de veras.

« Hoy es, y esta es la primera vez que hemos venido los emigrados, sin venir ningun año particular. Nacimos el año 12, nos fuimos con el 14, volvimos con el 20, y escapamos con el 23 Ahora nos hemos venido sin fecha : como ratones arrojados de la despensa por el gato, hemos ido asomando el hocico poco á poco, los mas atrevidos antes, los mas desconfiados despues, hasta que hemos visto que el campo es nuestro.

« No comprendiendo nosotros mismos nuestra venida, á cada paso creemos ver de nuevo el gato.

« Ahora bien, nuestro gato es la anarquía, porque el otro que habia en la casa se escaldó para siempre. ¿Y le parece á usted justo, señor Fígaro, que yo y otros como yo, que hemos tenido la gloria y la fortuna de escapar de dos fechas en contra y de dos emigraciones, que hemos vuelto, y que, á causa de nuestros antecedentes y de nuestros talentos (perdone usted el galicismo, que me lo traje de Francia), nos hemos encontrado al frente de las cosas con muy buenos destinos, vayamos á incurrir en los mismos tropiezos de antes? No, señor : hemos hecho *amende honorable*. El andar deprisa los jóvenes, solo tendrá por resultado atropellarnos á los viejos : por consiguiente queremos órden. Bien comprendo que querrán andar deprisa aquellos emigrados que no han encontrado destinos, porque andando ellos los toparán. Lo mismo digo de los liberales que quedaron por aquí, y los de la nueva cria. Estos al fin pueden decir : *Hos ego versiculos feci, tulit alter honores*. Si no tienen otra cosa todavía por fuerza han de tener prisa. Pero nosotros, señor Fígaro, los que hemos llegado á mesa puesta...

« Nosotros no tenemos mas norte que lo pasado : nosotros vemos la anarquía, exista ó no : nosotros nos hemos enmendado : volvamos de

nuestros errores y evitaremos á toda costa la libertad de imprenta y toda clase de libertad; la república nos acecha, el gorro nos amenaza, la guillotina nos amaga, y nuestro libro consultor es el año 23, y sobre todo el 92.

« He dicho todo esto porque, deseando el bien para mi patria, y que evitemos los escollos pasados, creo que debemos ir poco á poco y unirnos cordialmente los que tenemos los destinos y los que no los tienen. Entendámonos por fin de esta manera. Ya ve usted que soy hombre que me pongo en todo; me he puesto en mi destino, y ahora me pongo en la razon.

« Por lo tanto, los artículos de usted que tienden á una oposicion directa, los artículos de usted, que quieren poner en ridículo nuestra lentitud, solo pueden dar armas á nuestros enemigos. Aquí no hay mas divisa que Isabel II. Y en cuanto á escribir, escribir nuestros mismos defectos para que los corrijamos, es disparate, porque no por eso los hemos de corregir: debe alabarse todo lo que hagamos, siquiera para no dar que reir á nuestra costa á los carlistas, y le advierto caritativamente que si persiste en el camino de esa oposicion que ha manifestado, haremos correr la voz de que todos los que hacen esa oposicion nos quieren precipitar de nuevo y quieren reproducir el año 23; hasta diremos que están vendidos á don Cárlos, y no faltará quién lo crea, pues aquí para todo hay creyentes, y lo que aquí no se cree, ya es preciso que sea increible.

« Con lo cual queda de usted su afectísimo liberal escarmentado, y con competente destino; etc. »

DOS LIBERALES,

ó

LO QUE ES ENTENDERSE.

SEGUNDO ARTICULO.

Al sentar la pluma en el papel para este segundo artículo, que en nuestro número 122 del juéves dejamos prometido, mal pudiera dejar de recordar cierto lance ocurrido no ha muchos años á un buen cómico francés. Habia empezado su carrera dramática con no muy buenos auspicios; y esto en tales términos, que nunca le dejaba el público llegar al fin de la representacion. Escarmentado el hombre de estudiar papeles en balde, y deseoso de mudar públicos, tomó la rara resolucion de no dar en cada parte mas de una representacion, y de no estudiar nunca mas que el primer acto del papel que á su cargo tomaba. Trascurrió así algun

tiempo felizmente; pero hubo de llegar un dia á un pueblo, donde fuese por casualidad, fuese por alguna causa en él sobrenatural, no solo no le silbó el público desde los primeros versos, como le solia acontecer, sino que descendieron los aplausos sobre él, como el maná sobre los israelitas. Pero bajó el telon acabado el primer acto, y nuestro cómico, no habiendo estudiado el segundo, se vió precisado á salir y decir: « Señores, no hallándome acostumbrado á la acogida benévola que este ilustrado público acaba de hacerme, me veo en la triste precision de anunciar el segundo acto para mañana, á causa de no haberlo estudiado. » Con lo cual recibió la acostumbrada silba, entonces por haberlo hecho bien.

Los que hayan leido el principio de mi anterior artículo habrán comprendido ya el cuentecillo; á los que no, les diré francamente que al ver por fin impreso un artículo mio en *el Observador* del juéves, cosa á que no estaba ya acostumbrado, me hallé en el mismo, mismísimo caso que el comico silbado. No presumiendo que habia de imprimirse nunca ni aun la primera parte de mi artículo, quedéme *in pectore* con la segunda.

Hé aquí la causa de su detencion en publicarse; supuesto sin embargo, que me he visto tan agradablemente sorprendido, vuelvo á hojear mi correo, encuentro la continuacion, y tal cual es allá sale la siguiente carta del otro liberal, si no lo han mis lectores por enojo.

« Yo, señor Fígaro, con permiso del gobierno, soy liberal de padre á hijo, porque en mi casa este fué mal de familia. Mala herencia me dejaron; pero sobre no haber otra, quien lo hereda no lo hurta. A saber yo hurtar otro gallo me cantara, y no tendria necesidad de ser hoy en el dia liberal, que antes pudiera ser lo que me diese la gana; y así podria irme á Francia con el dinero y la maldicion del público, como tomar á mi cargo un buen destino de donde pudiera seguir haciendo de las mias, que el dinero llama dinero.

« El hecho es que no hay nada de esto, y que en mi casa no hay mas que dos cosas: mi opinion liberal, con la cual me doy á todos los diablos, y una silla en la cual me siento.

« Yo fuí de los primeros que tomaron las armas contra los franceses en tiempo de la independencia: á un mismo tiempo casi acabó la guerra y la constitucion. Entonces no extrañé yo que no me diese premio el recien llegado; pero llegó el año 20, y por mas que peroré en todos los cafés de Madrid, por mas patriotismo que lucí en listas públicas y motines, no pude ser nunca mas que empleado en loterías. Yo fuí miliciano nacional, yo pedí regencia... yo... qué sé yo lo que hice. Pero mi suerte era trabajar siempre para otros. En la guerra de la independencia trabajé, como todos, para su majestad; y dejemos este cuento, que es cuento de cuentos. En la constitucion trabajé para que se hiciesen ministros unos cuantos, y para que se hiciesen ricos otros pocos. Esta es la suerte de los que vamos de buena fe. Hasta en mi empleo de loterías, al cabo, ¿qué hacia? Trabajar porque les cayese á otros. — El año 23 se fué á Cádiz la patria, y yo me fuí con ella. Llegué roto y descalzo: hice prodigios en el Trocadero: la cosa se puso de pésima data, y cada pedazo de la patria tomó

por donde pudo. Pedazo hubo que no paró hasta América. Solo yo, sin patria, que se me habia ido entre las manos, y sin empleo, que se encargó un realista de regentar en Madrid durante mi ausencia; sin dinero, porque yo no habia hecho mas que motines mientras que otros habian hecho pacotilla, volvíme á Madrid, donde me pasé en la cárcel muy buenos meses por haber sido liberal. — Los diez años, no hablemos de ellos. ¡Ojalá hubiera sido emigrado! Con solo este deseo se podrá formar idea de mi situacion.

« Ocurre lo de la Granja, y viendo un resquicio por donde salvar la patria, hágome *cristino* de aquellos primeros que en secreto casi se armaron en Madrid. A poco el ministro famoso que no queria innovaciones peligrosas, debió encontrar malo que hiciéramos la innovacion de ser *cristinos*, y salimos desterrados yo y otros pocos.

« Vuelvo del destierro á fuerza de empeños, y amanece el dia 27 de octubre. Los realistas amenazan á Madrid. Lleno de patriotismo salgo á salvar la patria en peligro, desarmo cuantos puedo, á riesgo de mi vida, pero pasa el peligro, ceden los rebeldes, y una autoridad á quien presento mis trofeos me prende porque la patria no necesita de mis servicios, y porque ando armado sin autorizacion. Hé aquí lo que es la suerte de los hombres. Si los realistas aprietan mas, soy un héroe aquel dia : cedieron pronto, y fuí un desobediente, un perturbador. Si ellos hubieran vencido, me hubieran ahorcado. Mi partido fué mas generoso, se contentó con prenderme.

« Salgo, por fin, de la cárcel, y mi entusiasmo siempre en pié. Al fin los liberales, digo para mí, hemos de ser premiados algun dia. Me presento á alistarme en las filas de la urbana, y me dicen que habiendo perdido mis pocos bienes el año 23, no ofrezco garantías. ¡Qué bien hicieron los realistas en dejarnos sin camisa! Si nos dejan algo hubiéramos podido armarnos contra ellos.— En el ínterin nace el Estatuto y las leyes fundamentales. Me presento á reclamar mi destino; pero, amigo, las leyes fundamentales no dicen nada de loterías : llévese el diablo las invenciones modernas. Por mas que he registrado crónicas y partidas, nada he encontrado : me he convencido, pues, de que las loterías es una innovacion. Mi empleo, pues, nada tiene que ver con la monarquía : no apoyándose mi reclamacion en las leyes fundamentales, es considerada como sin fundamento.

« Amplíase entre tanto la milicia, y al fin entro en ella. Me ofrezco á la patria para lo de Vizcaya, creyendo hacer falta. ¡Error! Nadie hace falta allí. Aprendo el ejercicio, y como no nos reunimos, ¿querrá usted creer, señor Fígaro, que todavía no conozco la cara de mis compañeros?

« Pero no importa; ocurren no sé qué conspiraciones, y préndenme por anarquista. Se indaga, se busca; lo único que se ha descubierto es que yo he estado en la cárcel. El peligro, pues, no era para la patria, sino para mí.

« Este es mi estado, señor Fígaro. Con todo sigo siendo liberal; así es, que no me llega la camisa al cuerpo.

« En atencion á estos datos, suplico á usted que se sirva no dejar dormir su pluma en ese camino de la oposicion, en que ha marchado con tanta gloria; en la inteligencia de que si usted afloja, yo y los mios haremos correr por todas partes la voz de que se ha vendido usted al ministerio.

« Esto no marcha, y solo una oposicion sostenida puede salvarnos. A ellos, pues, señor Fígaro, y dóblelos usted á sátiras si quiere conservar el aprecio de su seguro servidor.— *El liberal progresivo, y sin destino.* »

Esas son las dos cartas : las dos son liberales; las dos de hombres de fuena fe, que solo desean el bien de la patria. — Si escribo en liberal, dirán unos que estoy vendido á don Cárlos. Si escribo en ministerial, dirán otros que estoy vendido al ministerio. ¡Si al menos se supiese quién paga mejor!

¡Gracias á Dios, por fin, que ya estamos de acuerdo; gracias á Dios que nos entendemos!!!

LA VIDA DE MADRID.

Muchas cosas me admiran en este mundo : esto prueba que mi alma debe pertenecer á la clase vulgar, al justo medio de las almas; solo á las muy superiores, ó á las muy estúpidas les es dado no admirarse de nada. Para aquellas no hay cosa que valga algo, para estas no hay cosa que valga nada. Colocada la mia á igual distancia de las unas y de las otras, confieso que vivo todo de admiracion, y estoy tanto mas distante de ellas cuanto menos concibo que se pueda vivir sin admirar. Cuando en un dia de esos, en que un insomnio prolongado, ó un contratiempo de la víspera preparan al hombre á la meditacion, me paro á considerar el destino del mundo : cuando me veo rodando dentro de él con mis semejantes por los espacios imaginarios, sin que sepa nadie para qué, ni adónde; cuando veo nacer á todos para morir, y morir solo por haber nacido; cuando veo la verdad igualmente distante de todos los puntos del orbe, donde se la anda buscando, y la felicidad siempre en casa del vecino á juicio de cada uno; cuando reflexiono que no se le ve el fin á este cuadro halagüeño, que segun todas las probabilidades tampoco tuvo principio; cuando pregunto á todos y me responde cada cual quejándose de su suerte; cuando contemplo que la vida es un amasijo de contradicciones, de llanto, de enfermedades, de errores, de culpas y de arrepentimientos, me admiro de varias cosas. Primera, del gran poder del Ser supremo, que haciendo marchar el mundo de un modo dado, ha podido hacer que todos tengan deseos diferentes y encontrados, que no suceda mas que una sola cosa á la vez, y que todos queden descontentos. Segunda, de su gran sabiduría en hacer corta la vida. Y tercera, en fin, y de esta me asombro mas que de las otras todavía, de ese apego que todos

tienen sin embargo á esta vida tan mala. Esto último bastaria á confundir á un ateo, si un ateo, al serlo, no diese ya claras muestras de no tener su cerebro organizado para el convencimiento: porque solo un Dios y un Dios Todopoderoso podia hacer amar una cosa como la vida.

Esto, considerada la vida en general, donde quiera que la tomemos por tipo; en las naciones civilizadas, en los paises incultos, en todas partes, en fin. Porque en este punto, me inclino á creer que el hombre variará de necesidades, y se colocará en una escala mas alta ó mas baja; pero en cuanto á su felicidad nada habrá adelantado. Toda la diferencia entre el hombre ilustrado y el salvaje estará en los términos de su conversacion. Lord Wellington hablará de los whigs, el indio nómade hablará de las panteras; pero iguales penas le acarreará á aquel el concluir con los primeros, que á este el dar caza á las segundas. La civilizacion le hará variar al hombre de ocupaciones y de palabras; de suerte, es imposible. Nació víctima, y su verdugo le persigue enseñándole el dogal, así debajo del dorado arteson, como debajo de la rústica techumbre de ramas. Pero si se considera luego la vida de Madrid, es preciso cerrar el entendimiento á toda reflexion para desearla.

El jóven que voy á tomar por tipo general, es un muchacho de regular entendimiento, pero que posee sin embargo mas doblones que ideas, lo cual no parecerá inverosímil si se atiende al modo que tiene la sabia naturaleza de distribuir sus dones. En una palabra, es rico sin ser enteramente tonto. Paseábame dias pasados con él, no precisamente porque nos estreche una grande amistad, sino porque no hay mas que dos modos de pasear, ó solo ú acompañado. La conversacion de los jóvenes mas suele pecar de indiscreta que de reservada: así fué, que á pocas preguntas y respuestas nos hallamos á la altura de lo que se llama en el mundo franqueza, sinónimo casi siempre de imprudencia. Preguntóme qué especie de vida hacia yo, y si estaba contento con ella. Por mi parte pronto hube despachado: á lo primero le contesté: « Soy periodista; paso la mayor parte del tiempo, como todo escritor público, en escribir lo que no pienso y en hacer creer á los demás lo que no creo. ¡Cómo solo se puede escribir alabando! Esto es, que mi vida está reducida á querer decir lo que otros no quieren oir. » A lo segundo, de si estaba contento con esta vida, le contesté, que estaba por lo menos tan resignado como lo está con irse á la gloria el que se muere.

¿Y usted? le dije. ¿Cuál es su vida en Madrid? — Yo, me repuso, soy muchacho de muy regular fortuna; por consiguiente no escribo. Es decir... escribo... ayer escribí una esquela á Borrel para que me enviase cuanto antes un pantalon de *patincour* que me tiene hace meses por allá. Siempre escribe uno algo. Por lo demás, le contaré á usted.

Yo no soy amigo de levantarme tarde; á veces hasta madrugo; dias hay que á las diez ya estoy en pié. Tomo téé, y alguna vez chocolate; es preciso vivir con el país. Si á esas horas ha parecido ya algun periódico me lo entra mi criado, despues de haberle ojeado él: tiendo la vista por encima; leo los partes, que se me figura siempre haberlos leido ya; todos me suenan á lo mismo: entra otro, lo cojo, y es la segunda edicion del

primero. Los periódicos son como los jóvenes de Madrid, no se diferencian sino en el nombre. Cansado estoy ya de que me digan todas las mañanas en artículos muy graves todo lo felices que seríamos si fuésemos libres, y lo que es preciso hacer para serlo. Tanto valdria decirle á un ciego que no hay cosa como ver.

Como á aquellas horas no tengo ganas de volverme á dormir, dejo los periódicos: me rodeo al cuello un echarpe, me introduzco en un surtú, y á la calle. Doy una vuelta á la Carrera de San Jerónimo, á la calle de Carretas, del Príncipe, y de la Montera, encuentro en un palmo de terreno á todos mis amigos que hacen otro tanto, me paro con todos ellos, compro cigarros en un café, saludo á alguna asomada, y me vuelvo á casa á vestir.

¿Está malo el dia? el capote de barragan: á casa de la marquesa hasta las dos; á casa de la condesa hasta las tres; á tal otra casa hasta las cuatro: en todas partes voy dejando la misma conversacion; en donde entro oigo hablar mal de la casa de donde vengo, y de la otra adonde voy: esta es toda la conversacion de Madrid.

¿Está el dia regular? A la calle de la Montera. A ver á La Gallarde ó á Tomás. Dos horas, tres horas, segun. Mina, los facciosos, la que pasa, el sufrimiento y las esperanzas.

¿Está muy bueno el dia? A caballo. De la puerta de Atocha á la de Recoletos, de la de Recoletos á la de Atocha. Andado y desandado este camino muchas veces, una vuelta á pié. A comer á Genieys, ó al Comercio: alguna vez en mi casa; las mas fuera de ella.

¿Acabé de comer? A Solito. Allí dos horas, dos cigarros, y dos amigos. Se hace una segunda edicion de la conversacion de la calle de la Montera. ¡Oh! y felizmente esta semana no ha faltado materia. Un poco se ha ponderado, otro poco se ha... Pero en fin, en un pais donde no se hace nada, sea lícito al menos hablar.

— ¿Qué se da en el teatro? dice uno.

— Aquí: 1° sinfonía; 2° pieza del célebre Scribe; 3° sinfonía: 4° pieza nueva del fecundo Scribe; 5° sinfonía; 6° baile nacional; 7° la comedia nueva en dos actos, traducida tambien del ingenioso Scribe; 8° sinfonía; 9°...

— Basta, basta; ¡santo Dios!

— Pero, chico, ¿qué lees ahí? si ese es el Diario de ayer.

— Hombre, parece el de todos los dias.

— Sí, aquí es *Guillermo* hoy.

— *¿Guillermo?* ¡Oh, si fuera ayer! ¿Y allá?

— Allá es el teatro de la Cruz. Cualquier cosa.

— A mí me toca el turno aquí. ¿Sabe usted lo que es tocar el turno?

— Sí, sí, respondo á mi compañero de paseo; á mí tambien me suele tocar el turno.

Pues bien, subo al palco un rato. Acabado el teatro, si no es noche de sociedad, al café otra vez á disputar un poco de tiempo al dueño. Luego á ninguna parte. Si es noche de sociedad, á vestirme; gran tualeta. A casa de E... Bonita sociedad; muy bonita. Ello sí, las mismas de la sociedad de la víspera, y del lúnes, y de... y las mismas de las visitas

de la mañana, del Prado, y del teatro, y... pero lo bueno, nunca se cansa uno de verlo.

— ¿Y qué hace usted en la sociedad?

— Nada; entro en la sala; paso al gabinete; vuelvo á la sala; entro al ecarté; vuelvo á entrar en la sala; vuelvo á salir al gabinete; vuelvo á entrar en el ecarté...

— ¿Y luego?

— Luego á casa, y ¡buenas noches!

Esta es la vida que de sí me contó mi amigo. Despues de leerla y de releerla, figurándome que no he ofendido á nadie, y que á nadie retrato en ella, é inclinándome casi á creer que por esta no tendré ningun desafío, aunque necios conozco yo para todo, trasládola á la consideracion de los que tienen apego á la vida.

BAILE DE MASCARAS.

BILLETES POR EMBARGO.

Desgraciadamente para la empresa de teatros, que no se cansa de hacer en obsequio del público todos los sacrificios que están al alcance de una especulacion que con tantas dificultades tiene que luchar, el tiempo no ha favorecido la entrada del segundo. Solo á esta causa podemos achacar la poca concurrencia, si es que no se quiere seguir la opinion de los que aseguran que no es Madrid pueblo que pueda resistir tres meses de carnaval. Acaso han empezado los bailes demasiado pronto, si bien nosotros tenemos entendido que para embromarse y engañarse los hombres unos á otros todos los meses son buenos. Sea de esto lo que quiera, el hecho es que el teatro del Príncipe ha presentado, sobre todo en este segundo baile, en que se han procurado corregir los leves defectos notados en el primero, un aspecto de lujo y de hermosura poco comun en bailes de esta especie; y es de esperar que el sentido comun venza por fin la resistencia que ideas ridículas de intempestiva aristocracia parecen oponer todavía entre nosotros á la igualdad y publicidad que reina en esta diversion, aun en tiempos en que dicen que la libertad tiende sus alas protectoras sobre todas las clases indistintamente.

Solo una cosa encontramos notable y digna de ser al público referida en estos bailes del teatro hasta ahora; cosa que contaremos, pero como es conocido el cuidado que siempre en nuestros artículos ponemos de huir de toda inculpacion de personalidad, y como por repetidas órdenes, instrucciones censoriales y reglamentos, todavía vigentes, no le es permitido á la libertad de imprenta decir todo lo que piensa, la contaremos sencillamente, y sin darle color, con la natural malignidad que suelen encontrar en nuestros escritos los benévolos lectores. Al referir un he-

cho, sucedido en Madrid, en estos tiempos y á vista de todo el que lo haya querido ver, no podemos hacernos culpables de nada; si la cosa hace reir por sí, no estará la malicia en nosotros, sino en la cosa.

Sabido es, y ojalá no lo fuera, que el excelentísimo ayuntamiento tiene en cada teatro de esta ilustrada capital de esta renegada patria, un palco, palco que por mas señas vale por dos; localidad que en la contrata del gobierno con el empresario de teatros ha sido conservada para el uso de los señores capitulares.

Llegada sin embargo la época de los bailes de máscaras parece que el señor corregidor de esta muy heróica villa pasó al empresario un bando, ó sea instruccion, relativa á varias medidas de policía interior de estas funciones, en la cual no dejó de tocarse la grave cuestion de si los señores capitulares, cuyo número parece montar á setenta y cinco, deberian ó no tener entrada á las funciones. Pareció indudable que tenian derecho á su palco, pero no tan indudable que no tuviesen igualmente á entrar en el salon y disfrutar en él y en las demás localidades dispuestas *ad hoc* por el empresario, á fuerza de dinero suyo. El empresario creyó cumplir con lo que la justicia exigia dando pase á los señores setenta y cinco para su palco; pero no satisfaciendo esto á dichos señores setenta y cinco, parece que se recrecieron disturbios y reyertas de graves consecuencias para la república. Nuestro corregidor, cuya ilustracion seria difícil poner en duda, ofició al empresario para que se diesen á los setenta y cinco señores otros tantos billetes, es decir, setenta y cinco. Pero montando setenta y cinco billetes, á razon de 25 reales por cada uno, á la cantidad de 1875 reales de vellon, desfalco notable en la entrada de cada noche, y pudiendo estos billetes ser luego regalados y no servir aun para su uso primitivo, dado caso que este fuese de justicia, el empresario no solo se negó á darlos, sino que elevó la cuestion al señor gobernador civil, y con ánimo, segun creemos, de seguirlo elevando en todo caso hasta la última potencia posible, y de no ceder de su derecho sino á la fuerza.

En tan apuradas circunstancias, yendo y viniendo dias, llegábase el dia del baile, y en el ínterin que se decidia si los señores setenta y cinco capitulares, por representar la villa de Madrid, la cual ha cedido en una contrata particular los teatros á una empresa, deben disfrutar ó no gratis de todas las funciones que en el local puede dar la empresa, incluso alumbrado, alfombra, mesas de juego, ambigú y demás; en el interin, repetimos, que esto se decidia, se presentó en el despacho de los billetes el alguacil mayor, con su correspondiente escribano y demás alguaciles menores, y embargó dichos setenta y cinco billetes, para dichos setenta y cinco capitulares, prévia la competente protesta del despachador de ceder á la fuerza, y el competente recibo del competente escribano. Ignoramos cuáles puedan ser las decisiones ulteriores que sobre esta cuestion, que pudiéramos llamar de los setenta y cinco, recaigan, ni es esto de nuestra incumbencia, ni nos adelantaremos á dar nuestro voto en el particular, si bien nadie ha dicho que no lo podemos tener como cada vecino de esta villa, á quien representan los setenta y cinco capitulares.

Solo sí contaremos un caso que nada tiene que ver con lo que llevamos contado, y al referir el cual protestamos contra toda alusion. Es capítulo aparte: táchesenos, si se quiere, de confundir unas materias con otras: en un periódico no pueden venir las materias muy separadas aunque uno quiera; pero no se nos tache de malignos, que esta fuera inculpacion á la cual no podríamos resistir.

El caso era que en un pueblo solia salir en un dia señalado todos los años una procesion, no sabemos á qué propósito, la cual tenia de costumbre inmemorial designada la carrera que debia seguir. Ocurrió un año, antes del tiempo de la procesion, tapiar é incomunicar cierta calleja, por la cual solia pasar aquella; y convertida ya la calleja en callejon sin salida, fué preciso variar la carrera que la solemnidad ambulante llevaba. Alborotóse empero el pueblo, y sobre todo los vecinos de la calleja, que querian disfrutar del paso de la Vírgen; y tanta fué la grita y la zalagarda, que fué indispensable la intervencion del alcalde, el cual oidas las partes, que fué cosa rara, decretó: « En atencion á lo que se me ha dicho por una y otra parte, y á pesar de estar hecha la calleja callejon sin salida, mando y ordeno que se guarden los usos y costumbres, y que vaya la procesion por la calleja. »

LA CALAMIDAD EUROPEA. (1)

Muchas y grandes han sido las calamidades con que la Providencia en sus secretos fines quiso afligir en distintas épocas al hombre. Ya desde un principio pudo conocer el mas lego la desgracia que presidia á la creacion de este mísero globo. El que vió en los primeros tiempos que fué preciso arrancar al hombre de su propia costilla la mujer, ó habia de tener poco olfato, ó debia ya decir para su capote (permítaseme el anacronismo) que habia de venir presto abajo nuestra felicidad. Así fué; habló una serpiente; la mujer dió oidos al primer advenedizo, fragilidad que desgraciadamente se ha trasmitido de siglo en siglo; cortóse la manzana del árbol del bien y del mal, que por lo visto solo tenia el mal para nosotros, hincóle el diente el crédulo esposo, y vínose abajo á renglon seguido todo el edificio del primaveral paraíso. Primera calamidad, y no la mas floja. Hénos aquí ya habitando la tierra, merced á la picia del primer hombre: nace el segundo mortal, y segunda picia: lo primero que hace es matar al tercero: hé aquí una raza maldita, y la segunda calamidad. Con tan galanos principios no debió de ser difícil augurar los

(1) Todo el mundo recuerda la expulsion del señor Burgos del Estamento de ilustres Próceres. Aquel acto, legal ó ilegal, y el párrafo del artículo citado mas abajo, y publicado en los periódicos de la época por el destituido, son datos mas que suficientes para la inteligencia de este escrito, que entonces no vió la luz por circunstancias independientes de la voluntad del autor.

fines. El primer homicidio no debia de ser el último. Endurécese el hombre en el mal, sucédele un vicio á otro, un crímen abona el anterior, y pónese la cosa tan de mala data, que cansado y arrepentido el Hacedor, lluévele encima al hombre, y pónelo perdido. ¡Dia de agua! Ni sirven ramas, ni valen altos montes. Se abren las cataratas del cielo, derrámase el líquido abundante, ahógase todo bicho, y hé aquí la tercera calamidad.

Vuelve el hombre á poblar, y ya de aquí en adelante imposible fuera poner órden en las calamidades. No bien sale del reciente escarmiento, lánzase de nuevo al crímen: olvida su dios y su religion; de nada ha servido el diluvio; el Criador lo conoce, y vista la ineficacia del agua, aquí prueba con Sodoma y Gomorra la virtud del fuego: igual resultado. Allá convierte en sal al curioso. Acá confunde en Babel las lenguas insolentes, y vuélvese la torre una cazuela de un teatro de Madrid. Tiempo perdido. Desde entonces todos hablan y ninguno se entiende; pero no por eso se ha mejorado nuestra condicion. Caiga agua, baje fuego, venga sal, lluevan lenguas sobre nosotros; el hombre insolente todo lo aprovecha. Inventa barcos, y anda sobre el agua; recoge la lumbre, y caliéntase á ella; toma la sal, y échala en el puchero; aprende las lenguas, y corre á enseñarlas por el equitativo estipendio de treinta reales al mes...

¿Quién tendria desde entonces el vano proyecto de seguir en su curso las calamidades del hombre? Poco antes de llegar á la tierra de promision, adora el becerro de oro, figura simbólica del siglo XIX, que habia de adorar el oro, aunque fuese en un becerro; en Jericó hace añicos todos los cántaros de la provincia; en Egipto adora la cebolla, ídolo por cierto de muy mal tono; en el Indostan tributa honores al sol y al fuego; en la India occidental, que tenia mas de occidental que de India, adora la luna entera; mas económico en Asia, adora media luna no mas; en Africa reverencia á los bichos ponzoñosos; en Europa rinde culto á sus grandes ladrones y asesinos, y erige altares á sus tiranos; aquí se hunde la Atlántida, preparando á navegantes con su hundimiento descubrimientos fatales; ábrense volcanes por todas partes, vomitando lumbre sobre él; las tempestades aquí, la peste allí, la guerra de nacion en nacion, las preocupaciones do quiera, la mujer en todas partes; todo es error y desgracia, todo crímen y confusion el mundo; todo es, en fin, calamidades.

Dejemos, pues, á un lado del mundo para ocuparnos solo de las de Europa.

Nace apenas la sociedad europea, y surgiendo de ella Elena, lánzase aquella contra el Asia en mil frágiles barquillos á llevar á las playas troyanas el hierro y la destruccion. *Nótese que la primera calamidad europea emanó de la importancia dada á la fidelidad de una mujer.*

El adulterio, el asesinato y el incesto reciben á su vuelta á los vencedores argivos. Cien repúblicas en seguida, ansiosas de libertad, se aherrojan mutuamente, y un ejército de persas viene hasta Maraton á sembrar

el luto en la sociedad europea. *Nótese que la segunda calamidad es una intervencion extranjera.*

Dos bandoleros famosos, Remo y Rómulo, echan los cimientos de la ciudad universal, que con las armas en la mano avasalla despues y esclaviza á la Europa entera. *Nótese que el principio de la tercera calamidad fueron dos ladrones públicos.*

El Norte vomita sobre el Mediodía hordas innumerables de vándalos y godos, que mudan á sangre y fuego la faz de la malhadada Europa. *Nótese que la cuarta calamidad vínole á Europa del Norte.*

El hijo de Dios habia descendido ya á morir en la tierra por los hombres; una religion nueva alzaba sus bienhechoras cruces por todas partes; mas de cien hijos espúreos, saliendo del rio principal, como sangrías de licor ponzoñoso, inundan el mundo de sectas parciales: los hijos de un innovador atrevido se arrojan de Asia á Europa con el alfanje en la una mano y el Koran en la otra: numerosas cruzadas se levantan por la religion, y encienden la guerra general: nuevas sectas derraman luego la sangre alemana, y poco despues la inglesa y la francesa. La reaccion, sangrienta, como la accion, establece tribunales horribles, y cada pueblo, durante siglos enteros, aquí por la guerra civil, allí por la conquista de otro hemisferio, es una ara inmensa cubierta de mártires; los hombres son mitad víctimas, mitad sacrificadores. *Obsérvese que la quinta calamidad le vino al hombre de la preocupacion religiosa, de la supersticion, del fanatismo.*

Sobre la sangre humeante de los *autos de fe* nace la política, y con ella el soñado equilibrio de los reinos; guerras de sucesion, guerras de familia suceden á las guerras religiosas; pueblos enteros perecen víctimas de guerras personales de sus reyes, y de etiquetas palaciegas. *Adviértase que la sexta calamidad le vino á la Europa de la importancia dada al apellido de sus pretendidos dueños absolutos.*

Vencedores estos contemplan como instrumentos á sus súbditos; pero cansados al fin los pueblos, caen en la cuenta de sus derechos, y un grito unánime de libertad resuena en el universo. La Europa le acoge, y responde á él; se abre una lucha sangrienta de principios; una revolucion espantosa traspasa todos los límites posibles; un coloso nace de ella á detenerla; vencido empero el coloso, la libertad vuelve á desplegar sus alas. Desde entonces los hombres siguen vertiendo anchos rios de sangre para reconquistar de la rutina el derecho mas sencillo y claro de todos: su propia voluntad. *Nótese que la séptima calamidad nos viene de haber conferido nuestros poderes sin restriccion, sin prenda, sin garantía; de haber dejado prescribir un derecho.*

Hemos llegado á la octava calamidad europea. ¿Pues cuál otra horrible calamidad nos amenaza? ¿Otro cólera? Si el hombre nació para morir, la peste es una muerte cualquiera. Mayor es la calamidad que nos amaga: mas terrible la prueba á que nos sujeta la Providencia. ¿Algun reglamento? Eso seria una gota mas en el mar. ¿Algun empréstito? El deber es calamidad solo para quien ha de pagar, ó para quien presta. ¿Otra invasion de rusos? Mas todavía. ¿Qué seria una invasion de rusos? algu-

nos años de despotismo. Para pueblos tan acostumbrados, para pueblos donde hay aun quien pelee por él, nada. Es volver la tortilla. No faltaria quien la comiera.

La gran calamidad europea, la calamidad de las calamidades, hé aquí cómo la hallamos consignada en un comunicado que en un periódico leemos.

« Que conmigo se haga una injusticia (nos dice un personaje, un tanto cuanto atropellado en las formas), puede ser un triunfo para mis enemigos; pero en el caso presente, la violencia usada hácia mí es un desastre para todos, es una brecha abierta en el corazon de nuestras instituciones, es una calamidad nacional; ¿y quién sabe si no podrá hacerse una calamidad europea? Los trastornos que podrian resultar de tan evidente violacion de los principios conservadores de nuestro régimen, podrian ir mas allá de los Pirineos. »

Hé aquí bien clara la gran calamidad, que entre tanto que lo es para la Europa, lo es indudablemente para el que escribe. La cosa en verdad no es insignificante como muchos creen; bien pudiera ser trascendental; pero lo que ni nosotros habíamos presumido, ni nuestros lectores tampoco, es que esto podria trastornar el mundo. Curiosos por demás de lo que nos podria acontecer, hemos recorrido, como ha visto el lector, la historia del mundo y de sus calamidades. Hemos temblado por nosotros y por la Europa. ¿Obrará este accidente como el robo de Elena? ¿Será Troya nuestra patria? ¿Tendrá los resultados del levantamiento de Remo y Rómulo? ¿Será la voz del destituido el grito de Lutero? ¿Imperará á los mares como el *quos ego* de Virgilio? ¿Será su desgracia, justa ó injusta, legal ó ilegalmente llevada á cabo, el Waterloo de nuestra pequeña libertad? ¿Qué parte del mundo se hundirá? ¿Obrará como un diluvio, como un castigo del cielo, ó como una calamidad puramente humana?

¡Ah! ¡plegue al cielo apartar de nosotros tan terribles infortunios! *¡Lejos, pobre España, lejos de nosotros el profeta y la profecía!!!* (1).

TERCERA CARTA

DE UN LIBERAL DE ACA

A UN LIBERAL DE ALLA.

Dos cartas he recibido tuyas, querido Silva, la una en letra de molde por el conducto de esta estafeta pública, y secreta la otra en que nos

(1) Poco despues desapareció efectivamente el profeta, y la profecía todavía no ha parecido.

haces á los liberales de acá estupendos cargos. No tiene la primera contestacion, ó al menos á mí no me ocurre, lo cual es lo mismo, puesto que he de ser yo quien la ha de dar. Tiénela sí la segunda, y larga; tanto que pudiera ocupar con ella mas pliegos que ocupó la memoria de marina presentada en las Córtes, mas tiempo que dura una faccion, y mas terreno que el que reconoce cuándo y como quiere Zumalacárregui, sin darte por eso mas fruto ni mas sustancia que el que pueden dar de sí todas esas cosas juntas.

¿Me preguntas si es gobierno representativo lo que tenemos? No entiendo yo muchas veces tus preguntas. Todo es aquí representativo. Cada liberal es una pura y viva representacion de los trabajos y pasion de Cristo, porque el que no anda azotado, anda crucificado. Luego, no hay oficina en que no se encuentren representaciones de algun quejoso : hay por otra parte muchos que están representando á cada paso sobre lo mucho que no se hace y lo poco que se deshace; verdad es que no se cuida mas de estas representaciones que de las teatrales ; pero, ¿son ó no son representaciones? Cada español por otra parte representa un triste papel en el drama general, y toda nuestra patria misma está á dos dedos de representar el cuadro del hambre... Todo es, pues, pura representacion; venirnos, pues, con la pregunta truhanesca de si estamos ó no en un sistema representativo, es burlarse de uno en sus barbas y preguntarle á un borracho si bebe vino. Desengáñate de una vez, y acaba de creer á piés juntillas, no solo que vivimos bajo un régimen representativo, aunque te engañen las apariencias, sino que todo esto no es mas que una pura representacion, á la cual, para ser de todo punto igual á una del teatro, no le faltan mas que los silbidos, los cuales, si se ha de creer en corazonadas y en síntomas y señales anteriores, no deben andar muy lejos, ni de hacerse esperar mucho, segun la mareta sorda que se empieza ya á sentir.

Añades que no somos libres. Menos entiendo yo esto que lo otro. Gozamos de la mas amplia libertad posible; y en esto te juro que hemos llegado á tal altura de tolerancia y despreocupacion, que ninguna nacion culta ni inculta rayó jamás tan alto. Y voy á darte la prueba. Suponte por un momento, aunque te pese hasta el figurártelo, que eres español. No te aflijas, que esto no es mas que una suposicion. Que eres español, y que dices para tu capote, por ejemplo : « Yo quiero ser carlista. » Enhorabuena : coges tu fusil y tu canana, y ancha Castilla; nadie te lo estorba; que te cansas de la faccion y que te vas á tu casa, nadie te dice una palabra, con tal que tantas cuantas veces lo hagas, uses de la fórmula de decir que te acoges á algun indulto de los últimos que hayan salido, ó de los primeros que vayan á salir. Ya ves tú que esto no cuesta trabajo. Que te levantas un dia de mal humor, y que conspiras como carlista, ó que te defiendes en tu cuartel á balazos ó con cualquiera otro medio inocente : vas á Filipinas y ves tierras, y siempre aprendes geografía.

Verdad es, que si como te habia de dar por conspirar en favor de los diez años, te da por conspirar en favor de los tres, hay una diferencia,

y que entonces no necesitas salir al campo ni tirar un tiro para que te prendan, sino que te vienen á prender á tu misma casa, que es gran comodidad; pero, amigo, no se cogen truchas á bragas enjutas, y algo le ha de costar á uno ser liberal. Y luego que eso te sucederá si eres tonto, porque nadie te manda ser liberal; tú puedes ser lo que te dé la gana. Añade á eso que libertad completa no la hay en el mundo, que eso es un disparate. Así es, que cuando yo digo que somos libres, no quiero yo decir por eso que podemos ser liberales á banderas desplegadas y salir diciendo por las calles « ¡Viva la libertad! » ú otros despropósitos de esta especie; ni que podemos dar en tierra con los empleados de Calomarde que quedan en su destino, lo cual tampoco seria justo, porque yo no creo que porque los haya empleado este ú aquel dejen por eso de necesitar un sueldo. ¡Pobrecillos! Nada de eso : quiero decir, que podemos gritar en dias solemnes « ¡Viva el Estatuto! » y podemos estarnos cada uno en su casa, y callar á todo siempre y cuando nos dé la gana. Si esto no es libertad, venga Dios y véalo. Lo mismo es esto que lo que acerca de la libertad de imprenta me añades. ¿Y quién duda que tenemos libertad de imprenta? Que quieres imprimir una esquela de convite; mas, una esquela de muerte; mas todavía, una tarjeta con todo tu nombre y tu apellido, bien especificado : nadie te lo estorba. Ahí verás cuán equivocados vivís, y cuán peligroso es creerse de los informes que da cualquiera. Que eres poeta, y que llega un dia de su majestad y haces una oda : allí puedes alabar todo lo que pasa, y puedes decir que todo va bien en buenos ó malos versos, que toda esa libertad te dejan. Y tambien puedes decirlo en prosa, y puedes no decirlo de ninguna manera, si eres hombre de sentido comun, y nadie se mete contigo. Que quieres publicar un periódico, nada mas fácil. Vas, y ¿qué haces? Lo primero reunes seis mil reales de renta, que esto en España todos nacen con ellos, y sino los encuentras á la vuelta de una esquina. Lo segundo, entregas veinte mil reales en depósito : que no los tienes; tambien los encuentras al momento. Aquí todo el mundo te convida con una talega á primera vista. Y estos veinte mil reales son sagrados, como todos los depósitos, como los de Gremios, etc., etc. El dia de mañana, ó al otro, por ejemplo, te los vuelven. Pides luego tu licencia; que te la niegan, ó que no tienes las cualidades necesarias... no publicas tu periódico, Y está muy bien, porque si no eres empleado de nombramiento real, ó no eres mayorazgo de seis mil reales de renta, ó no eres abogado del colegio, que es lo que hay que ser en España, ¿qué has de publicar en tu periódico, sino tonterías y oscurantismo? Pero que eres apto, no por tus luces ó tu patriotismo, sino por tus reales ó tus pedimentos del colegio (de otra parte no), y que te dan tu licencia, te ponen tu censor correspondiente, que te deja decir todo, por supuesto, y llué vete suscripcion encima, porque eso sí, el país es amigo de leer, y es una viña para especulaciones, sobre todo literarias.

Rectifica, pues, amigo Silva, tus ideas con respecto á España, y cree no solo que vivimos bajo un régimen representativo, sino que somos libres mas que ninguna nacion del mundo, y que tenemos amplia libertad de imprenta.

Una vez convencido de estas tres bases fundamentales, tratará de convencerte de esas otras menudísimas dudas que abrigas acerca de la prosperidad de la España, que no le va en zaga en nada á Portugal, — *El liberal de acá.*

P. D. La cuadruple alianza sigue produciendo saludables efectos.

LO QUE NO SE PUEDE DECIR,

NO SE DEBE DECIR.

Hay verdades de verdades, y á imitacion del *diplomático* de Scribe podríamos clasificarlas con mucha razon en dos : la verdad que no es verdad, y... Dejando á un lado las muchas de esa especie que en todos los ángulos del mundo pasan convencionalmente por lo que no son, vamos á la verdad verdadera, que es indudablemente la contenida en el epígrafe de este capítulo.

Una cosa aborrezco, pero de ganas, á saber, esos hombres naturalmente turbulentos que se alimentan de oposicion, á quienes ningun gobierno les gusta, ni aun el que tenemos en el dia; hombres que no dan tiempo al tiempo, para quienes no hay ministro bueno, sobre todo desde que se ha convencido con ellos en que Calomarde era el peor de todos; esos hombres que quieren que las guerras no duren, que se acaben pronto las facciones, que haya libertad de imprenta, que todos sean milicianos urbanos... Vaya usted á saber lo que quieren esos hombres. ¿No es un horror?

Yo no. Dios me libre. El hombre ha de ser dócil y sumiso, y cuando está sobre todo en la clase de los súbditos, ¿qué quiere decir esa petulancia de juzgar á los que le gobiernan? ¿No es esto la débil y mezquina criatura pidiendo cuentas á su Criador?

La ley, señor, la ley. Clara está y terminante : impresa y todo : no es decir que se la dan á uno de tapadillo. Ese es mi norte. Cójame Zumalacárregui, si se me ve jamás separarme un ápice de la ley.

Quiero hacer un artículo, por ejemplo : no quiero que me lo prohiban, aunque no sea mas que por no hacer dos en vez de uno. ¿Y qué hace usted? me dirán esos perturbadores que tienen siempre la anarquía entre los dedos para soltársela encima al primer ministro que trasluzcan, ¿qué hace usted para que no se lo prohiban?

¡Qué he de hacer, hombres exigentes! Nada : lo que debe hacer un escritor independiente en tiempos como estos de independencia. Empiezo por poner al frente de mi artículo, para que me sirva de eterno recuerdo : « Lo que no se puede decir, no se debe decir. » Sentada en el papel esta provechosa verdad, que es la verdadera, abro el reglamento de censura : no me pongo á criticarlo : ¡nada de eso! no me compete.

Sea reglamento ó no sea reglamento, cierro los ojos, y venero la ley, y la bendigo que es mas. Y continúo :

Artículo 12. « No permitirán los censores que se inserten en los periódicos :

« Primero : artículos en que viertan máximas ó doctrinas que conspiren á destruir ó alterar la religion, el respeto á los derechos y prerogativas del trono, el Estatuto Real, y demás leyes fundamentales de la monarquía. »

Esto dice la ley. Ahora bien : doy el caso que me ocurra una idea que conspira á destruir la religion. La callo, no la escribo, me la como. Este es el modo.

No digo nada del respeto á los derechos y prerogativas del trono, el Estatuto, etc., etc. ¿Si les parecerá á esos hombres de oposicion que no me ocurre nada sobre esto? Pues se equivocan; ni cómo he de impedir yo que me ocurran los mayores disparates del mundo. Ya se ve que me ocurriria entrar en el exámen de ese respeto, y que me ocurriria investigar los fundamentos de todas las cosas mas fundamentales. Pero me llamo aparte, y digo para mí : ¿No está clara la ley? Pues punto en boca. Es verdad que me ocurrió; pero la ley no condena ocurrencia alguna. Ahora; en cuanto á escribirlo, ¿no fuera una necedad? No pasaria. Callo, pues; no lo pongo, y no me lo prohiben. Hé aquí el medio sencillo, sencillísimo. Los escritores, por otra parte, debemos dar el ejemplo de la sumision. O es ley, ó no es ley. Mal haya los descontentadizos. ¡Mal haya esa funesta oposicion! ¿No es buena manía la de oponerse á todo, la de querer escribirlo todo?

Que no pasan las *sátiras* é *invectivas* contra la autoridad; pues no se ponen tales sátiras ni invectivas. Que las prohiben, aunque se *disfracen* con *alusiones* ó *alegorías*. Pues no se disfrazan. Así como así ¡no parece sino que es cosa fácil inventar las tales alusiones y alegorías!

Los *escritos injuriosos* están en el mismo caso, aun cuando vayan con *anagramas* ó en otra cualquiera forma, *siempre que los censores se convenzan de que se alude á personas determinadas.*

En buen hora; voy á escribir ya; pero llego á este párrafo y no escribo. Que no es injurioso, que no es libelo, que no pongo anagrama. No importa; puede convencerse el censor de que se alude, aunque no se aluda. ¿Cómo haré, pues, que el censor no se convenza? Gran trabajo : no escribo nada; mejor para mí; mejor para él; mejor para el gobierno : que encuentre alusiones en lo que no escribo. Hé aquí, hé aquí el sistema. Hé aquí la gran dificultad por tierra. Desengañémonos : nada mas fácil que obedecer. Pues entonces, ¿en qué se fundan las quejas? ¡Miserables que somos!

Los *escritos licenciosos*, por ejemplo. ¿Y qué son escritos licenciosos? ¿Y qué son costumbres? Discurro, y á mi primera resolucion, nada escribo; mas fácil es no escribir nada, que ir á averiguarlo.

Buenas ganas se me pasan de injuriar á *algunos soberanos* y *gobiernos extranjeros*. ¿Pero no lo prohibe la ley? Pues chiton.

Hecho mi exámen de la ley, voy á ver mi artículo; con el reglamento

de censura á la vista, con la intencion que me asiste, no puedo haberlo infringido. Examino mi papel; no he escrito nada, no he hecho artículo, es verdad. Pero en cambio he cumplido con la ley. Este será eternamente mi sistema; buen ciudadano, respetaré el látigo que me gobierna, y concluiré siempre diciendo :

« Lo que no se puede decir, no se debe decir. »

REVISTA DEL AÑO 1834.

No sé por qué capricho extraordinario, y en oposicion con mis hábitos antiguos, el 31 de este diciembre que espira hubo de asaltarme el sueño mucho mas pronto de lo que acostumbra; no diré si fué porque leí ese dia mas artículos de periódico de los que puede resistir mi débil naturaleza, ó si fuí á alguna representacion nueva, de esas en que el autor y los actores hacen todo lo que pueden, y en que suele uno no poder con lo que hacen. Lo único que puedo asegurar, juzgando por los resultados, es que reclinado en una poltrona moderna me entregué á Morfeo con la misma seguridad y descuido que un juez en la audiencia, ó que una autoridad no responsable en dias de calamidad. No sé el tiempo que habria trascurrido desde el momento que hice tan completa abnegacion de mí mismo, cuando se me antojó ver un anciano venerable. que por su reló de arena y su luz hube de reconocer por el Tiempo; envuelto en una nube, como pudiera un majo en su capa, porque es sabido que esta clase de visiones siempre aparecen entre nubes, aparecia indicarme con el dedo dos puertas, una enfrente de otra, en la una de las cuales se leia *pasado,* y en la otra *futuro.* Parecióme entonces que salia de su seno un ser mas jóven que él en verdad, pero semejante á aquellos hombres, que todos conocemos, en quienes la decrepitud y la muerte ha seguido muy de cerca á su nacimiento. En su frente se leia en letras gruesas 1834. Seguíanle, y fueron pasando ante mis ojos deslumbrados, doce mancebos, en cada uno de los cuales se veian sobre sus diversos atributos el nombre de un mes. Al pasar cada uno de ellos ante el primer venerable personaje, que iba á acabar con su existencia, hacíanle profundo acatamiento, lo cual me recordó á los hombres que siempre están mas comedidos con quien peor los trata. Figuróseme que le daban cuenta exacta de su corta y efímera vida, y el anciano iba reasumiendo los datos en un gran libro lleno de borrones y de enmiendas. « Segun las mentiras que en ese libro se aciertan de lejos á divisar, dije para mí, debe de ser el libro de la historia. » Así era efectivamente.

Pasados en revista los doce mancebos, y oidas sus revelaciones, á tiempo que iba á poner el último el pié en el lintel de una de las dos puertas, fué preciso escuchar la relacion que, en descargo sin duda de su conciencia, hizo al Tiempo el segundo personaje, y de la cual, si mal no me acuerdo, hube de recoger los siguientes fragmentos.

« Al nacer, comenzó el buen viejo, que se veia morir, despues de tan corta vida, encontré al mundo poco mas ó menos como mis predecesores : reyes por todas partes mandando pueblos, pueblos por todas partes dejándose mandar por reyes. Engaños y falsedades, donde quiera, charlatanismo en todas partes, crédulos é ignorantes siempre erigiendo el edificio de su poder...

Encontré á España empezando á despertar de un sueño como el de Endimion, aparte la diferencia del número de los años. En política un manifiesto; barrera entre el despotismo y la libertad, existia oponiendo diques á todas las corrientes ; yo le desbaraté, y la corriente de la libertad, sin verse expedita aun, halló rendijas y aberturas por donde penetrar é ir poco á poco fertilizando los campos. En mis primeros momentos de vida, en tiempo de máscaras por mas señas, llamé al poder á un hombre todo esperanzas, de estos de quienes se dice simplemente que prometen: pero no me estaba reservado ver en mi corta vida realizadas las promesas, y dudo que las vean mis sucesores cumplidas. Durante mi tiempo ha nacido un monstruo, el *miedo á la anarquía;* monstruo como el terror, pánico ; él ha perseguido á mis hijos predilectos ; él ha alargado la vida á los hijos de mis diez antepasados...

Sin embargo, una representacion nacional ha venido á sentarse en los escaños públicos de dos estamentos, que he venerado, y en cuya naturaleza antico-moderna no he hecho alto. Lo he tomado como me lo han dado. La posteridad no dirá que no he sido filósofo · todo lo contrario : he tomado las cosas conforme han venido : he visto abolido el voto de Santiago, pequeño paso, y como este otros tan menudos que ni los recuerdo. Grande, nada he visto sino la paciencia. He visto celebrarse un gran tratado diplomático : no he visto sus resultados.

Encontré á mi advenimiento algunos facciosos : al morir me hallo en el apuro del que muere muy rico, en este particular; no sé los que dejo.

He mirado estrellarse en las provincias reputaciones antiguas, como la espuma del mar en las rocas.

Una calamidad tan espantosa como esa, ha hecho y hará por mucho tiempo memorable mi existencia; un azote del cielo ha devastado el suelo. El cólera morbo se ha llevado lo que ha perdonado la guerra civil.

En punto á ciencias no he visto nada : en literatura, he visto una ó dos producciones nuevas; he visto dos dramas históricos, de que no sé si hablarán tanto como yo mis sucesores.

En artes tampoco he visto gran cosa. El año 34 será célebre por sus calamidades ; nadie empero le verá jamás en el libro de los adelantos humanos para España ; es de temer que no sea yo el último á quien se haga ese reproche.

Al dejar mi corto reinado, déjolo peor que lo encontré, y ojalá que el remedio estuviera tan cerca como mi fin. Debo advertir que he vivido amordazado, y que muero todavía sin voz. Por eso me fuera imposible decir cuanto he visto; pero solo declararé que me hubiera estado mejor haber nacido ciego.

Mi fin se acerca por momentos. ¡Ojalá que mis sucesores puedan dar

mejor cuenta de sus dias, ojalá que no vean tantos como yo perdidos, ó manchados! »

Al decir estas últimas palabras, abriéronse de repente entrambas puertas con nunca oido estrépito. El Tiempo extendió su hoz destructora sobre las trece cabezas, y se hundieron rápidamente en el interior del *pasado*, que volvió á cerrarse en el mismo instante. La puerta de lo *futuro* se abrió entonces... un velo denso me impidió ver su interior distintamente... en aquel punto doce terribles campanadas me indicaron las doce de la noche, desperté y aun ví dos cosas entre sueños: un enorme letrero en la puerta de lo *futuro*, que empezaba á desaparecer á mis ojos despiertos, el cual decia : « año 1835. » La cosa segunda que ví fué que al hacer este sueño no habia hecho mas que un plagio impudente á un escritor de mas mérito que yo. Dí las gracias á Jouy, me acabé de despertar, y me preparé á ver en el próximo y naciente 1835 una segunda edicion de los errores de 1834. Ojalá que la experiencia desmienta mi funesto pronóstico.

LA SOCIEDAD.

Es cosa generalmente reconocida que el hombre es *animal social*, y yo, que no concibo que las cosas puedan ser sino del modo que son, yo, que no creo que pueda suceder sino lo que sucede, no trato por consiguiente de negarlo. Puesto que vive en sociedad, social es sin duda. No pienso adherirme á la opinion de los escritores mal humorados que han querido probar que el hombre habla por una aberracion, que su verdadera posicion es la de los cuatro piés, y que comete un grave error en buscar y fabricarse todo género de comodidades, cuando pudiera pasar pendiente de las bellotas de una encina el mes, por ejemplo, en que vivimos. Hanse apoyado para fundar semejante opinion en que la sociedad le roba parte de su libertad, sino toda : pero tanto valdria decir que el frio no es cosa natural, porque incomoda. Lo mas que concederemos á los abogados de la vida salvaje es que la sociedad es de todas las necesidades de la vida la peor : eso sí. Esta es una desgracia, pero en el mundo feliz que habitamos casi todas las desgracias son verdad ; razon por la cual nos admiramos siempre que vemos tantas investigaciones para buscar esta. A nuestro modo de ver no hay nada mas fácil que encontrarla : allí donde está el mal, allí está la verdad. Lo malo es lo cierto. Solo los bienes son ilusion.

Ahora bien ; convencidos de que todo lo malo es natural y verdad, no nos costará gran trabajo probar que la sociedad es natural, y que el hombre nació por consiguiente social ; no pudiendo impugnar la sociedad, no nos queda otro recurse que pintarla.

De necesidad parece creer que al verse el hombre solo en el mundo, blanco inocente de la intemperie y de toda especie de carencias, trate de

unir sus esfuerzos á los de su semejante para luchar contra sus enemigos, de los cuales el peor es la naturaleza entera; es decir, el que no puede evitar, el que por todas partes le rodea; que busque á su hermano (que así se llaman los hombres unos á otros por burla sin duda) para pedirle su auxilio: de aquí podria deducirse que la sociedad es un cambio mutuo de servicios recíprocos. Grave error, es todo lo contrario: nadie concurre á la reunion para prestarle servicios, sino para recibirlos de ella: es un fondo comun donde acuden todos á sacar, y donde nadie deja, sino cuando solo puede tomar en virtud de permuta. La sociedad es, pues, un cambio mutuo de perjuicios recíprocos. Y el gran lazo que la sostiene es por una incomprensible contradiccion aquello mismo que pareceria destinado á disolverla; es decir, el egoismo. Descubierto ya el estrecho vínculo que nos reune unos á otros en sociedad, excusado es probar dos verdades eternas, y por cierto consoladoras, que de él se deducen: primera, que la sociedad, tal cual es, es imperecedera, puesto que siempre nos necesitaremos unos á otros: segunda, que es franca, sincera y movida por sentimientos generosos, y en esto no cabe duda, puesto que siempre nos hemos de querer á nosotros mismos mas que á los otros.

Averiguar ahora si la cosa pudiera haberse arreglado de otro modo, si el gran poder de la creacion estaba en que no nos necesitásemos, y si quien ponia por base de todo el egoismo, podia haberle sustituido el desprendimiento, ni es cuestion para nosotros, ni de estos tiempos, ni de estos paises.

Felizmente no se llega al conocimiento de estas tristes verdades sino á cierto tiempo; en un principio todos somos generosos aun, francos, amantes, amigos... en una palabra, no somos hombres todavía; pero á cierta edad nos acabamos de formar, y entonces ya es otra cosa: entonces vemos por la primera vez, y amamos por la última. Entonces no hay nada menos divertido que una diversion; y si pasada cierta edad se ven hombres buenos todavía, esto está sin duda dispuesto así para que ni la ventaja cortísima nos quede de tener una regla fija á que atenernos, y con el fin de que puedan llevarse chasco hasta los mas experimentados.

Pero como no basta estar convencidos de las cosas para convencer de ellas á los demás, inútilmente hacia yo las anteriores reflexiones á un primo mio que queria entrar en el mundo hace tiempo, jóven, vivaracho, inexperto, y por consiguiente alegre. Criado en el colegio, y versado en los autores clásicos, traia al mundo llena la cabeza de las virtudes que en los poemas y comedias se encuentran. Buscaba un Pilades; toda amante le parecia una Safo, y estaba seguro de encontrar una Lucrecia el dia que la necesitase. Desengañarle era una crueldad. ¿Porqué no habia de ser feliz mi primo unos dias como lo hemos sido todos? Pero además hubiera sido imposible. Limitéme, pues, á tomar sobre mí el cuidado de introducirle en el mundo, dejando á los demás el de desengañarle de él.

Despues de haber presidido al cúmulo de pequeñeces indispensables, al lado de las cuales nada es un corazon recto, una alma noble, ni aun una buena figura, es decir, despues de haberse proporcionado unos

cuantos fraques y cadenas, pantalones colan y mi-colan, reloj, sortijas y media docena de onzas siempre en el bolsillo, primeras virtudes en sociedad, introdújelo por fin en las casas de mejor tono. Un poco de presuncion, un personal excelente, suficiente atolondramiento para no quedarse nunca sin conversacion, un modo de bailar semejante al de una persona que anda sin gana, un bonito frac, seis apuestas de á onza en el *écarté*, y todo el desprecio posible de las mujeres, hablando con los hombres, le granjearon el afecto y la amistad verdadera de todo el mundo. Es inútil decir que quedó contento de su introduccion. « Es encantadora, me dijo, la sociedad. ¡ Qué alegría ! ¡ Qué generosidad ! ¡ Ya tengo amigos, ya tengo amante ! ! ! » A los quince dias conocia á todo Madrid : á los veinte no hacia caso ya de su antiguo consejero : alguna vez llegó á mis oidos que afeaba mi filosofía y mis descabelladas ideas, como las llamaba : « Preciso es que sea muy malo mi primo, decia, para pensar tan mal de los demás : » á lo cual solia yo responder para mí : « Preciso es que sean muy malos los demás, para haberme obligado á pensar tan mal de ellos. »

Cuatro años habian pasado desde la introduccion de mi primo en la sociedad : habíale perdido ya de vista, porque yo hago con el mundo lo que se hace con las pieles en verano ; voy de cuando en cuando, para que no entre el olvido en mis relaciones, como se sacan aquellas tal cual vez al aire para que no se albergue en sus pelos la polilla. Habia, sí, sabido mil aventuras suyas de estas que, por una contradiccion inexplicable, honran mientras solo las sabe todo el mundo en confianza, y que desacreditan cuando las llega á saber alguien de oficio : pero nada mas. Ocurrióme en esto noches pasadas ir á matar á una casa la polilla de mi relacion ; y á pocos pasos encontréme con mi primo. Parecióme no tener todo el buen humor que en otros tiempos le habia visto ; no sé si me buscó él á mí, si le busqué yo á él ; solo sé que á pocos minutos paseábamos el salon de bracero, y alimentando el siguiente diálogo :

— ¿ Tú en el mundo ? me dijo.

— Sí, de cuando en cuando vengo : cuando veo que se amortigua mi odio, cuando me siento inclinado á pensar bien, cuando empiezo á echarle menos, me presento una vez, y me curo para otra temporada. Pero ¿ tú no bailas ?

— Es ridículo : ¿ quién va á bailar en un baile ?

— Sí por cierto... ¡ si fuera en otra parte ! Pero observo desde que falto á esta casa multitud de caras nuevas... que no conozco...

— Es decir, que faltas á todas las casas de Madrid... porque las caras son las mismas ; las casas son las diferentes ; y por cierto que no vale la pena de variar de casa para no variar de gente.

— Así es, respondí, que falto á todas. Quisiera por lo tanto que me instruyeses... ¿ Quién es, por ejemplo, esa jóven ?... linda por cierto... Baila muy bien... parece muy amable...

— Es la baroncita viuda de ***. Es una señora que, á fuerza de ser hermosa y amable, á fuerza de gusto en el vestir, ha llegado á ser aborrecida de todas las demás mujeres. Como su trato es harto fácil, y no

abriga mas malicia que la que cabe en veinte y dos años, todos los jóvenes que la ven se creen con derecho á ser correspondidos; y como al llegar á ella se estrellan desgraciadamente los mas de sus cálculos en su virtud (porque aunque la ves tan loca al parecer, en el fondo es virtuosa), los unos han dado en llamar coquetería su amabilidad, los otros por venganza le dan otro nombre peor. Unos y otros hablan infamias de ella; debe por consiguiente á su mérito y á su virtud el haber perdido la reputacion. ¿Qué quieres? ¡esa es la sociedad!!!

—¿Y aquella de aquel aspecto grave, que se remilga tanto cuando un hombre se la acerca? Parece que teme que la vean los piés segun se baja el vestido á cada momento.

—Esa ha entendido mejor el mundo. Esa responde con bufidos á todo galan. Una casualidad rarísima me ha hecho descubrir dos relaciones que ha tenido en menos de un año: nadie las sabe sino yo: es casada; pero como brilla poco su lujo, como no es una hermosura de primer órden, como no se pone en evidencia, nadie habla mal de ella. Pasa por la mujer mas virtuosa de Madrid. Entre las dos se pudiera hacer una maldad completa: la primera tiene las apariencias, y esta la realidad. ¿Qué quieres? ¡en la sociedad siempre triunfa la hipocresía!!! Mira; apartémonos: quiero evitar el encuentro de ese que se dirige hácia nosotros: me encuentra en la calle y nunca me saluda; pero en sociedad es otra cosa: como es tan desairado estar de pié, sin hablar con nadie, aquí me habla siempre. Soy su amigo para estos recursos, para los momentos de fastidio: tambien en el Prado se me suele agregar cuando no ha encontrado ningun amigo mas íntimo. Esa es la sociedad.

—Pero observo que huyendo de él nos hemos venido al *écarté*. ¿Quién es aquel que juega á la derecha?

—¿Quién ha de ser? Un amigo mio íntimo, cuando yo jugaba. Ya se ve; ¡perdia con tan buena fe! Desde que no juego no me hace caso. ¡Ay! este viene á hablarnos.

Efectivamente, llegósenos un jóven con aire marcial y muy amistoso.

—¿Cómo le tratan á usted?... le preguntó mi primo.

—Pícaramente; diez onzas he perdido. ¿Y á usted?

—Peor todavía; á Dios.

Ni siquiera nos contestó el perdidoso.—Hombre, si no has jugado, le dije á mi primo, ¿cómo dices?...

—Amigo, ¿qué quieres? Conocí que me venia á preguntar si tenia suelto. En su vida ha tenido diez onzas; la sociedad es para él una especulacion: lo que no gana lo pide...

—Pero ¿y qué inconveniente habia en prestarle? Tú que eres tan generoso...

—Sí, hace cuatro años; ahora no presto ya hasta que no me paguen lo que me deben; es decir, que ya no prestaré nunca. Esa es la sociedad. Y sobre todo, ese que nos ha hablado...

—¡Ah! es cierto; recuerdo que era antes tu amigo íntimo: no os separábais.

—Es verdad; y yo le queria: me lo encontré á mi entrada en el

mundo; teníamos nuestros amores en una misma casa, y yo tuve la torpeza de creer simpatía lo que era comunidad de intereses. Le hice todo el bien que pude, ¡inexperto de mí! Pero de allí á poco puso los ojos en mi bella, me perdió en su opinion, y nos hizo reñir: él no logró nada; pero desbarató mi felicidad. Por mejor decir, me hizo feliz; me abrió los ojos.

— ¿Es posible?

— Esa es la sociedad: era mi amigo íntimo. Desde entonces no tengo mas que amigos; íntimos, estos pesos duros que traigo en el bolsillo: son los únicos que no venden: al revés, compran.

— ¿Y tampoco has tenido mas amores?

— ¡Oh! eso sí: de eso he tardado mas en desengañarme. Quise á una que me queria sin duda por vanidad, porque á poco de quererla me sucedió un fracaso que me puso en ridículo, y me dijo que no podia arrostrar el ridículo; luego quise frenéticamente á una casada: esa sí, creí que me queria solo por mí; pero hubo hablillas, que promovió precisamente aquella fea que ves allí, que como no puede tener amores, se complace en desbaratar los ajenos; hubieron de llegar á oidos del marido, que empezó á darla mala vida: entonces mi apasionada me dijo que empezaba el peligro y que debia concluirse el amor; su tranquilidad era lo primero. Es decir, que amaba mas á su comodidad que á mí. Esa es la sociedad.

— ¿Y no has pensado nunca en casarte?

— Muchas veces; pero á fuerza de conocer maridos, tambien me he desengañado.

— Observo que no llegas á hablar á las mujeres.

— ¿Hablar á las mujeres en Madrid? Como en general no se sabe hablar de nada, sino de intrigas amorosas, como no se habla de artes, de ciencias, de cosas útiles, como ni de política se entiende, no se puede uno dirigir ni sonreir tres veces á una mujer; no se puede ir dos veces á su casa sin que digan: « Fulano hace el amor á mengana. » Esta expresion pasa á sospecha, y dicen con una frase por cierto bien poco delicada: « ¿Si estará metido con fulana? » Al dia siguiente esta sospecha es ya una realidad, un compromiso. Luego hay mujeres, que porque han tenido una desgracia ó una flaqueza, que se ha hecho pública por este hermoso sistema de sociedad, están siempre acechando la ocasion de encontrar cómplices ó imitadoras que las disculpen, las cuales ahogan la vergüenza en la murmuracion. Si hablas á una bonita, la pierdes; si das conversacion á una fea, quieres atrapar su dinero. Si gastas chanzas con la parienta de un ministro, quieres un empleo. En una palabra, en esta sociedad de ociosos y habladores nunca se concibe la idea de que puedas hacer nada inocente, ni con buen fin, ni aun sin fin.

Al llegar aquí no pude menos de recordar á mi primo sus expresiones de hacia cuatro años: « Es encantadora la sociedad: ¡qué alegría! ¡qué generosidad! ¡ya tengo amigos, ya tengo amante!!! »

Un apreton de manos me convenció de que me habia entendido. « ¿Qué quieres? me añadió de allí á un rato; nadie quiere creer sino en

la experiencia: todos entramos buenos en el mundo, y todo andaria bien si nos buscáramos los de una edad; pero nuestro amor propio nos pierde: á los veinte años queremos encontrar amigos y amantes en las personas de treinta, es decir, en las que han llevado el chasco antes que nosotros, y en los que ya no creen: como es natural le llevamos entonces nosotros, y se le pegamos luego á los que vienen detrás. Esa es la sociedad; una reunion de víctimas y de verdugos. ¡Dichoso aquel que no es verdugo y víctima á un tiempo! ¡pícaros, necios, inocentes!!! ¡Mas dichoso aun, si hay excepciones, el que puede ser excepcion!!! »

UN PERIODICO NUEVO.

Noble Espagne, ou la littérature est réduite à la liberté du monologue de Figaro.

F. Soulié. La librairie a Paris. *Livre des Cent-et-un.*

¿Porqué no pone usted un periódico suyo? ¿Cuándo sale *Figaro?* ¡Es idea peregrina! Ya he visto en los demás periódicos la publicacion del permiso para el periódico nuevo. ¿Saldrá por fin en febrero, en marzo? ¿Cuándo? ¿Nos hará usted reir, por supuesto?

Hé aquí las preguntas que por todas partes se me dirigen, que me cercan, me estrechan, me comprometen, y á las cuales me veo mas apurado para responder, que se ven hace tres dias... Iba á hacer una mala comparacion; y si me la habia de suprimir algun amigo de estos que miran de continuo por mi tranquilidad, suprímomela yo.

¿Porqué no he de publicar un periódico tambien? he dicho efectivamente para mí. En todos los paises cultos y despreocupados la literatura entera, con todos sus ramos y sus diferentes géneros, ha venido á clasificarse, á encerrarse modestamente en las columnas de los periódicos. No se publican ya infolios corpulentos de tiempo en tiempo. La moda del dia prescribe los libros cortos, si han de ser libros. Y si hemos de hablar en razon, si solo se ha de escribir la verdad, si no se ha de decir sino lo que de cierto se sabe, convengamos en que todo está dicho en un papel de cigarro. Los adelantos materiales han ahogado de un siglo á esta parte las disertaciones metafísicas, las divagaciones científicas; y la razon, como se clama por todas partes, ha conquistado el terreno de la imaginacion, si es que hay razon en el mundo que no sea imaginaria. Los hechos han desterrado las ideas. Los periódicos, los libros. La prisa, la rapidez, diré mejor, es el alma de nuestra existencia, y lo que no se hace de prisa en el siglo XIX, no se hace de ninguna manera; razon por la cual es muy de sospechar que no hagamos nunca nada en España. Las

diligencias y el vapor han reunido á los hombres de todas las distancias: desde que el espacio ha desaparecido en el tiempo, ha desaparecido tambien en el terreno. ¿Qué significaria, pues, un autor formando á pié firme un libro, detenido él solo en medio de la corriente que todo lo arrebata? ¿Quién se detendria á escucharle? En el dia es preciso hablar y correr á un tiempo, y de aquí la necesidad de hablar de corrida, que todos desgraciadamente no poseen. Un libro es, pues, á un periódico, lo que un carromato á una diligencia. El libro lleva las ideas á las extremidades del cuerpo social con la misma lentitud, tan á pequeñas jornadas como este lleva la gente á las provincias. Así solo puede explicarse la armonía, la indispensable relacion que existe entre la ilustracion del siglo y la escasez de los libros nuevos. De otra suerte seria preciso inferir que la civilizacion mata las artes y las letras. Y decimos las artes, porque aquella misma rapidez de existencia ha lanzado sobre el terreno de la pintura la litografía, y ha levantado al lado de las antiguas moles de arquitectura gótica de los tiempos lentos, las modernas construcciones de las ratoneras que por casas habitamos en el dia.

Convencidos de que el periódico es una escuela indispensable, si no un síntoma de la vida moderna, esperarian tal vez aquí nuestros lectores una historia de esta invencion; una seria disertacion sobre los primeros periódicos, y acerca de si debieron ó no su primer nombre á una moneda veneciana que limitaba su precio. Nada de eso. Solo diremos que los primeros periódicos fueron *gacetas*: no nos admiremos, pues, si fieles á su orígen, si reconociendo su principio, los periódicos han conservado la aficion á mentir, que los distingue de las demás publicaciones desde los tiempos mas remotos; en lo cual no han hecho nunca mas que administrar una herencia. Es su mayorazgo; respetamos este como los demás, pues que estamos á esta altura todavía.

Inapreciables son las ventajas de los periódicos; habiendo periódicos, en primer lugar, no es necesario estudiar, porque á la larga, ¿qué cosa hay que no enseñe un periódico? Sabe usted por un periódico la hora á que empieza el teatro, y algunas veces la funcion que se representa, es decir, siempre que la funcion que se representa es la misma que se anuncia: esto, al fin, sucede algunas veces. Por los periódicos sabe usted de dia en dia lo que sucede en Navarra, cuando sucede algo; verdad es que esto no es todos los dias; pero para eso muchas veces sabe usted tambien lo que no sucede: no se sabe ciertamente la pérdida del enemigo, pero esa siempre debe ser mucha; y en cambio se sabe que llegó la noche, porque la noche llega siempre; no es como la libertad, ni como las cosas buenas, que no llegan nunca; y se sabe que los caballos de los facciosos corren mas que los nuestros, puesto que siempre deben aquellos su salvacion á su velocidad. Así se supiera dónde diantres los van á buscar. Esta investigacion seria de grande utilidad para mejorar nuestras crias. Por un periódico sabe usted que hay Córtes reunidas para elevar sobre el *cimiento* el edificio de nuestra libertad. Por ellos se sabe que hay dos Estamentos, es decir, además del de Procuradores, otro de Próceres.

Por los periódicos sabe usted, *mutatis mutandis*, es decir, quitando unas cosas y poniendo otras, lo que hablan los oradores, y sabe usted, como por ejemplo ahora, cuándo una discusion es tal discusion, y cuándo es meramente *conversacion*, para repetir la frase feliz de un orador.

¿A quién debe aquel orador de café, que perora sobre la intervencion extranjera, sus vastos conocimientos acerca de las intenciones de Luis Felipe, sino á los periódicos? ¿Dónde habria aprendido aquella columna de la Puerta del Sol, que hace la oposicion de corrillo en corrillo, lo que es un tory y un whig, y un reformista, y lo que puede una alianza, sobre todo si es cuadrupla, y una *resistencia*, sobre todo si es una? ¿Dónde aprenderia, siendo español, lo que es un progreso? ¿En qué libro encontraria lo que quiere decir un *ministro responsable*, y una *ley fundamental*, y una *representacion nacional*, y una *fantasma?* ¿En qué universidad podria aprender la sutil distincion que existe entre las *fantasmas que matan* y *las que no matan?* Distincion por cierto sumamente importante para nosotros pobres mortales, que somos los que hemos de morir.

Convengamos, pues, en que el periódico es el grande archivo de los conocimientos humanos, y que si hay algun medio en este siglo de ser ignorante, es no leer un periódico.

Estas y otras muchas reflexiones, las cuales no expongo todas, por ser siempre mucho mas lo que callo que lo que digo, me movieron á ser periodista; pero no como quiera periodista atenido á sueldos y voluntades ajenas, sino periodista por mí y ante mí.

Dicho y hecho, concibamos el plan. El periódico se titulará *Fígaro*, un nombre propio; esto no significa nada y á nada compromete, ni á *observar*, ni á *revistar*, ni á ser *eco de nadie*, ni á *chapar flores*, ni á *compilar*, ni á maldita de Dios la cosa. Encierra solo un tanto de malicia, y eso bien sé yo que no me costará trabajo. Con solo contar nuestras cosas lisa y llanamente, ellas llevan ya la bastante sal y pimienta. Hé aquí una de las ventajas de los que se dedican á graciosos en nuestro país: en sabiendo decir lo que pasa, cualquiera tiene gracia, cualquiera hará reir. Sea esto dicho sin ofender á nadie.

El periódico tratará... de todo. ¿Qué menos? pero como no ha de ser ni tan grande como nuestra paciencia, ni tan corto como nuestra esperanza, y como han de caber mis artículos, no pondremos las reales órdenes. Por otra parte, no gusto de afligir á nadie; por consiguiente no se pondrán los reales nombramientos: menos gusto de estar siempre diciendo una misma cosa; por lo tanto fuera los partes oficiales. Estoy decidido á no gastar palabras en balde; mi periódico ha de ser todo sustancia; así, cada sesion de Córtes vendrá en dos líneas; algunos dias en menos; como de esas veces no ocupará nada.

Artículos de *política*. Los habrá. Estos, en no entendiéndolos nadie, estamos al cabo de la calle. Y eso no es difícil, sobre todo quien no los ha de entender es el censor. Oposicion: eso por supuesto. A mí, cuando escribo, me gusta siempre tener razon.

De *hacienda*. Largamente, pero siempre en broma, para nosotros será un juego esto; no nos faltará á quien imitar. Los asuntos de cuentas solo son serios para quien paga; pero para quien cobra...

De *guerra*. Tambien daremos artículos, y en abundancia: buscaremos primero quien lo entienda y quien sepa hablar de la materia; por lo demás saldremos del paso, si no bien, mal: nunca serán los artículos tan pesados como el asunto.

De *interior*. Hasta los codos. Desentrañaremos esto; y tanto queremos hablar de esta materia, que no nos detendremos en enumerar lo que se ha hecho; solo hablaremos de lo que falta por hacer.

De *estado*. Aquí nos extenderemos sobre el *statu quo* y sobre el Estatuto, y nos quedaremos extendidos; ni moveremos pié ni pata.

De *marina*. Esto es mas delicado. ¿Ha de ser *Fígaro* el único que hable de eso? No me gusta ahogarme en poca agua.

De *gracia y justicia*. He dicho muchas veces que no soy ministerial: haré por lo tanto justicia seca. ¡Ojalá que me dejen tambien hacer gracias!

De *literatura*. En cuanto se publique un libro bueno le analizaremos; por consiguiente, no seremos pesados en esta seccion.

De *teatro español*. No diremos nada mientras no haya nada que decir. Felizmente va largo.

De *actores*. Aquí seremos malos de buena fe: seremos actores hablando de actores.

De *música*. Buscaremos un literato que sepa música, ó un músico que sepa escribir: entre tanto, *Fígaro* se compondrá como se han compuesto hasta el dia los demás periódicos. Felizmente pillaremos al público acostumbrado; y él y nosotros estamos iguales.

Modas. En esta seccion hablaremos de empréstitos, de intrigas, de favor... en una palabra, lo que corre... á la *dernière* siempre.

De *costumbres*. Por supuesto: malas: lo que hay: escribiremos como otros viven sobre el país. *Fígaro* hablará bajo este título, de paciencia, de tinieblas, de mala intencion, de atraso, de pereza, de apatía, de egoismo. En una palabra, de nuestras costumbres.

Anuncios. Queriendo hacer lo mas corta posible esta parte del periódico, solo anunciará las funciones buenas, los libros regulares, las reformas, los adelantos, los descubrimientos. Ni se podrán las pérdidas, ni menos todo lo que se vende entre nosotros. Esto seria no acabar nunca.

Hé aquí el periódico de Fígaro. Ya está concebida la idea. Sin embargo, no es eso todo. Es preciso pedir licencia; pero para pedir licencia es preciso poder presentar fianzas. Si yo las tuviera no seria yo el que me pusiera á escribir tonterías para divertir á otros, *ó tener empleo con sueldo*... Pero si tuviera empleo, y jefe, y horas fijas, y once, y expedientes, y la cesantía al ojo, no tendria yo humor de escribir periódicos... *ó ser catedrático*... pero si fuera catedrático sabria algo, y entonces no servia para periodista...

Está decidido que no sirvo para pedir licencia. Otro al canto; un testa-

férreo; un sueldo al testaférreo; seguridades contra seguridades, fianza, depósito, licencia, en fin. Hé aquí ya á *Fígaro* con licencia : no esa licencia tan temida, esa licencia fantasma, esa licencia que nos ha de volver al despotismo, esa licencia que está detrás de todo, acechando siempre el instante, y el ministro, y el... No, sino licencia de imprimirse á sí mismo.

Ya no falta mas que imprenta. Corro á una...—Aquí es imposible : no hay letra. — Corro á otra : Aquí, le diré á usted francamente, no hay prensas. — A otra : Aquí no queremos periódicos, hay que trabajar de noche, Dios ha hecho la noche para dormir. — Sí, pero no el impresor, contesto furioso. — ¿Qué quiere usted? Luego es trabajo en que no se gana : como no hay cajistas en España, piden un sentido, se hacen valer; el público no quiere pagar caro, el oficial no quiere trabajar barato. — ¿Con qué es imposibe imprimir un periódico?— Poco menos, señor; y si acaso se lo imprimen á usted, será caro y mal. Pondrán unas letras por otras. — Eso ¡pardiez! no será imprimir mi periódico, sino otro del cajista. — Pues eso, señor, sucederá; en habiendo una de formacion no tendrá usted cajistas; y si usted se enfada algun dia por una errata, le dejarán plantado, y si no se enfada tambien.

¿Es posible? ¿Con que no hay *Fígaro?* ¡Oh! ¡Habrá *Fígaro*, habrá *Fígaro!* Venceremos las dificultades... ¡Ah! se me olvidaba. ¡Papel! A una fábrica, á otra, á otra... Este es chico, este caro, este grande, este moreno, este con demasiada cola... — Mire usted, como usted le quiere no le hay, me dicen por fin. Es preciso mandarlo hacer. — Pues lo mando hacer : para dentro de ocho dias. — Señor, la fábrica está á sesenta luegas; hay que hacer los moldes, y luego el papel, y luego secarlo, y si llueve... y luego traerlo... y el ordinario echa quince dias ó veinte... y... — ¿No hay quien le eche á usted á los infiernos? grito desesperado. ¡País de obstáculos!

Es preciso resignarse, esperar... Al fin lo habrá todo... demasiado va á haber luego... esta es la idea que me detiene, por fin, que cuando haya editor, redactores, impresor, cajistas, papel... entonces tambien habrá censor... Eso sí, eso siempre lo hay... ni hay que mandarle hacer, ni hay que esperar... —Aquí acabo de perder la cabeza, enciérrome en mi casa, ¡voto va! Pues ha de haber *Fígaro*, sí, señor, por lo mismo ha de haber *Fígaro*, y ha de hablar de todo, absolutamente de todo.

Diciendo esto llego á mi casa, me siento á mi bufete para tomar disposiciones. —¿Qué hace usted? le digo á mi escribiente, de mal humor. — Señor, me responde, estoy traduciendo, como me ha mandado usted, este monólogo de su tocayo de usted, en el *mariage* de Figaro de Beaumarchais, para que sirva de epígrafe á la coleccion de sus artículos que va usted á publicar. — ¿A ver cómo dice?

« Se ha establecido en Madrid un sistema de libertad que se extiende hasta á la imprenta; y con tal que no hable en mis escritos, ni de la autoridad, ni del culto, ni de la política, ni de la moral, ni de los empleados, ni de las corporaciones, ni de los cómicos, ni de nadie que pertenezca á algo, puede imprimirlo todo libremente, previa la inspeccion y

revision de dos ó tres censores. Para aprovecharme de esta hermosa libertad anuncio un periódico... »

— Basta, exclamo al llegar aquí mi escribiente, basta; eso se ha escrito para mí; cópielo usted aquí al pié de este artículo: ponga usted la fecha en que eso se escribió... — 1784. — Bien. Ahora la fecha de hoy. — 22 de enero de 1835. — Y debajo: — *Fígaro.*

LA POLICIA.

Así como hay en el mundo hombres buenos, tambien hay cosas buenas: no citaremos nombres propios en la primera clase, por no ofender á la mayoría; pero en la segunda preciso será citar si queremos que nos crean. Cosa buena por ejemplo es la previa censura, y para algunos no solo buena sino excelente. Que manda usted, y que manda usted mal, dos cosas que pueden ir juntas. ¿Pues no es cosa buena y rebuena que nadie pueda decirle á usted una palabra? Que manda usted, y que no manda usted mal, pero que es usted hombre de calma; y como habia usted de mandar algo bueno, no manda usted nada, ni bueno, ni malo. ¿Pues no es un placer verdaderamente que si hay algun escritorzuelo atrevido que sale á decir: « Esto no marcha, » salga por otra parte el censor que usted le pone, y le escriba en letra gorda y desigual al pié del folleto: « Esto no puede correr? » Vaya si es cosa buena. Que es usted un sugeto de luces por otra parte, amigo del gobierno, y que tiene usted poco sueldo, ó no tiene usted ninguno, como suele suceder; vaya si es cosa buena que le den á usted 20,000 rs. de sueldo, ú opcion á los primeros que vaquen, solo por poner: « Esto no puede correr, » que al cabo es decir una verdad como un templo... Cosa buena es y muy buena. Replicáronnos los que viven de disputar que la tal previa censura no es igualmente buena para el que escribió el artículo que no puede correr, ni para el país que de él pudiera sacar provecho; pero en primer lugar, que al sentar nosotros la proposicion de que hay cosas buenas, no hemos dicho para quién, y en segundo añadiremos que ese es el destino de las cosas de este mundo, en las cuales no hay una sola buena para todos. Paises hay donde se cree que la perfeccion consiste en que las cosas sean buenas para los mas; pero tambien hay paises donde se cree en brujas, y no por eso son las brujas mas verdaderas. Dejemos por consiguiente este punto, que entra en el número de los muchos que no son oportunos todavía para nosotros, y convengamos únicamente en que hay cosas buenas.

Sabido esto, pocas hay que se puedan comparar con la policía. Por de pronto su orígen está en la naturaleza; la policía se debe al miedo, y el miedo es cosa tan natural, que poco ó mucho no hay quien no tenga alguno; y esto sin contar con los que tienen demasiado, que son los mas. Todos tenemos miedo: los cobardes á todo: los valientes á parecer cobardes: en una palabra, el que mas hace es el que mas lo disimula, y

esto no lo digo yo precisamente; antes que yo lo ha dicho Ercilla, en dos versos, por mas señas, que si bien pudieran ser mejores, difícilmente podrian ser mas ciertos.

El miedo es natural en el prudente,
Y el saberlo vencer es ser valiente.

Preclaro es, pues, el orígen de la policía. No nos remontaremos á las edades remotas para encontrar apoyos en favor de la policía. Trabajo inútil fuera, pues ya nos lo dan hecho; un orador ha dicho que en todos los paises la ha habido *con este ó aquel nombre*, y es punto sabido y muy sabido que la habia en Roma y en el consulado de Ciceron : no se sabe si con este ó con aquel nombre, no precisamente con su subdelegado al frente y sus celadores al pié; pero ello es que la habia, y si la habia en Roma, es cosa buena : si á esto se añade que la hay en Portugal, y que el pueblo da á sus individuos el nombre de *morcegos*, ya no hay mas que saber.

Venecia ha sido el estado que ha llevado á mas alto grado de esplendor la policía; pues ¿qué otra cosa era el famoso tribunal pesquisidor de aquella república? A ella se debia la hermosa libertad que se gozaba en la reina del Adriático, y que con colores tan halagüeños nos ha presentado un literato moderno en la escena, y un célebre novelista en su *Bravo*. La inquisicion no era tampoco otra cosa que una policía religiosa; y si era buena la inquisicion, no hay para qué disputarlo. Aquí se prueba lo que ha dicho el orador citado, de que siempre ha existido en todos los paises *con este ó aquel nombre*.

Otra prueba de que es cosa buena la policía es su existencia, no solo en Roma y en Portugal, sino tambien en Austria; y sobre todo, en la parte de Italia sujeta á aquel imperio, donde es delito á los ojos de la policía haber á las manos un papel francés. Así son los italianos tan felices, así se hacen lenguas del emperador de Austria. Oígase otro ejemplo. Ahí está la Polonia, que debe su actual felicidad ¡ vaya si es feliz! á la policía rusa. Que la policía es, pues, una institucion liberal, se deduce claramente de su existencia en Austria y en Polonia; y si nos venimos mas acá, veremos que en Francia la instaló Bonaparte, uno de los amigos mas acérrimos de la libertad; y tanto, que él tomó para sí toda la que pudo coger á los pueblos que sujetó; y á España, por fin, la trajo él célebre conquistador del Trocadero el año 23, y fué lo que nos dió en cambio y permuta de la constitucion que se llevó; prueba de que él creia que valia tanto por lo menos la policía como la constitucion.

Pues luego, si ha hecho bienes al país, no hay para qué ponerlo en cuestion.

A la policía debió el desgraciado Miyar su triste fin; y como ha dicho muy bien otro orador, á la policía se debió sin duda alguna aquella inocente treta por la cual se consacó de Gibraltar á un célebre patriota para acabarlo en territorio español, con toda nobleza y valentía. Pero ¿á qué mas ejemplos? de cuantos liberales han muerto judicialmente asesinados

en los diez años, acaso no habrá habido uno que no haya tenido algo que agradecer á esa brillante institucion. Ahora bien, continuador el año 35 y heredero universal, como se ha pretendido, de los diez años, mal pudiera rehusar herencia tan legítima : así hemos visto á nuestra policía recientemente hacer prodigios en punto á conspiraciones.

La policía se divide en política y en urbana. Y es cosa tan buena una como otra. Por la primera, supongamos que sabe usted que se habla en un café, en una casa, ó que no se habla, pero que tiene usted un enemigo ; ¿quién no tiene un enemigo? Va usted á la policía, y con contar el caso, y con añadir que en la casa tienen pacto con *isabelinos*, y que detrás del *viva de ordenanza* está tapada la anarquía, hace usted prender á su enemigo. ¿Pues no es cosa excelente? Luego, para cualquier carrera se necesita saber algo, suponiendo que no haya favor ó parentesco; para médico, por ejemplo, alargar la enfermedad; para abogado, embrollar el asunto; para militar, ir á Vizcaya... para cura, todos sabemos ya lo que se necesita saber, y por ese estilo ; pero para ser de policía, basta con no ser sordo. ¡Y es tan fácil no ser sordo! Ahora, si fuera preciso hacerse el sordo, ya era otra cosa : era preciso saber entonces casi tanto como para ser ministro.

Por otra parte decia un ilustre amigo nuestro, que la España se habia dividido siempre en dos clases ; gentes que prenden á gentes que son prendidas : admitida esta distincion, no se necesita preguntar si es cosa buena la policía.

Acerca de los premios destinados á la delacion, y para cuyos gastos será sin duda gran parte de los millones del presupuesto, esto es indispensable : primero, porque uno no ha de delatar de balde, y segundo, porque no se cogen truchas, etc., refran que pudiéramos convertir en *no se cogen anarquistas*, etc. En una palabra, ó se ha de prender, ó no se ha de prender: si se ha de prender, es preciso que haya quien delate; y si ha de haber delatores, estos han de comer, porque tripas llevan piés. Por consiguiente, no solo es cosa buena la policía, sino tambien los ocho millones.

En los Estados-Unidos y en Inglaterra no hay esta policía política ; pero sabido es en primer lugar el desórden de ideas que reina en aquellos paises; allí puede uno tener la opinion que le dé la gana; por otra parte, la libertad mal entendida tiene sus extremos, y nosotros leyendo en el gran libro abierto de las revoluciones, como ha dicho muy bien otro orador, debemos aprender algo en él, y no seguir las mismas huellas de los paises demasiado libres, porque vendríamos á parar al mismo estado de prosperidad que aquellas dos naciones. La riqueza vicia al hombre, y la prosperidad le hace orgulloso por mas que digan.

La otra policía es urbana. Esta es todavía mas cosa buena que la otra. Entre las ventajas que produce nos contentaremos con los pasaportes, con los cuales va usted adonde quiere y adonde le dejan. Paga usted su peseta, y ya sabe usted que tiene pasaporte. Suponga usted que á imitacion de Inglaterra no hubiera pasaportes. En verdad que no se concibe cómo se puede ir de una parte á otra sin pasaporte : si fuera sin caminos,

sin canales, sin carruajes, sin posadas, ¡vaya! ¡pero sin pasaportes! Por el mismo consiguiente saca usted su carta de seguridad, y ya está usted seguro de haber gastado dos reales; pero en cambio hay otro que desde que usted los tiene de menos los tiene de mas. De modo, que para este, sobre todo, la carta de seguridad es cosa buena, tan buena por el pronto como dos reales. Hay cosas mejores, es verdad, pero siempre es cosa buena.

Probada, pues, hasta la evidencia la bondad de la policía, ¿cómo pudiéramos no agregarnos al voto de los 50 señores Procuradores que han perdido la última votacion? Poco vale por cierto nuestra opinion; no somos desgraciadamente ni procuradores ni inviolables, pero en cambio tendremos policía por lo menos; pagaremos en compañía de nuestros compatriotas ocho millones para que nos averigüen nuestras conversaciones, nuestros pensamientos, nuestros... y si algun dia la policía nos prende, como es probable, por anarquistas, exclamaremos con justo entusiasmo: « ¡Buena cárcel nos mamamos! ¡Pero buen dinero nos cuesta! »

POR AHORA.

En nuestro último artículo, en que defendíamos la policía, dejamos ligeramente apuntado que hay *cosas buenas* en el mundo: y probamos hasta la evidencia, como solemos, que una de ellas es la policía. Como no nos pasa por la imaginacion que uno solo de nuestros lectores se haya resistido á nuestras razones, tratamos de probar hoy otra verdad mas indisputable todavía, á saber: que sentado el principio de que hay cosas buenas, hay *palabras* que parecen *cosas*, es decir, que hay *palabras buenas*.

A primera vista parece que buenas deben ser todas las palabras, puesto que sirven todas para hablar, ó sea para gastar conversacion, que es el fin que parecemos proponernos; esto es un error sin embargo, y error grave. Palabras hay malas, profundamente malas por sí mismas, y sin necesidad de accesorios, que forman por sí solas oracion y sentido, por mas que suelan ellas no tener sentido comun. Palabras que valen mas que un discurso, y que dan que discurrir; cuando uno oye por ejemplo la palabra *conspiracion*, cree estar viendo un drama entero, y aunque no sea nada en realidad. Cuando uno oye la palabra *libertad*, sola ella, solita, cree uno estar oyendo una larga comedia. Cuando uno oye la palabra *imprenta*, ¿no cree ver detrás la censura, el imposible vencido, la cuadratura del círculo, la gran quisicosa? ¿No hay quien ve en ella el abismo, la anarquía, aquel qué sé yo, que nadie sabe explicar ni comprender? Cada una de estas palabras son verdaderas linternas mágicas: el mundo todo pasa al través de ellas. Una vez encendidas todo se ve dentro.

Estas palabras que encierran por sí solas una significacion entera y determinada son malas generalmente : las buenas son aquellas que no dicen nada por sí, como por ejemplo : *prosperidad*, *ilustracion*, *justicia*, *regeneracion*, *siglo*, *luces*, *responsabilidad*, *marchar*, *progreso*, *reforma*, etc., etc. Estas no tienen un sentido fijo y decisivo : hay quien las entiende de un modo, hay quien las entiende de otro, hay, por fin, quien no las entiende de ninguno. Estas son buenas, porque blandas como cera, adáptanse á todas las figuras : estas son, en fin, el alimento de toda conversacion. Con ellas no hay discurso que no se pueda sostener, no hay cosa que no se pueda probar, no hay pueblo á quien no se pueda convencer. Estas son las palabras que parecen cosas.

Ahora bien, cuando dos de estas palabras insignificantes y maleables se llegan á encontrar en el camino una de otra, únense al momento y se combinan por una rara afinidad filológica; y entonces no toman por eso mayor sentido; todo lo contrario, juntas suelen querer decir menos todavía que separadas : entonces estas palabras buenas suelen convertirse en lo que vulgarmente llamamos *buenas palabras*.

Hé aquí las reflexiones que teníamos presentes al sentar en el papel el titulillo de este artículo. Nadie nos negará que la palabra *por* quiere decir poco cuando va sola; pues de la palabra *ahora*, no decimos nada. Hé aquí, pues, dos palabras excelentes, y combínense como se combinen. Júntese el *por* con el *que*, y resultará el *porque*. Siempre se ha dicho que el *porque* de las cosas es inaveriguable ; por consiguiente no quiere decir nada. Póngase el *ahora* en *oracion*, y digamos, por ejemplo : « ¿ Qué hay ahora? ¿Qué se hace ahora? » Nada. Ambas son, pues, palabras nulas, y buenas por consiguiente. Combínense ahora juntas y digamos : *por ahora*, y se verá el efecto peregrino de la suma de todas las nulidades.

Pocas palabras hay tan buenas, tan útiles en el dia, tan en boga; pocas palabras buenas que puedan tan fácilmente convertirse en *buenas palabras*. ¿A qué nos contesta usted con el *por ahora?* Es la espada de Alejandro, que corta todo nudo gordiano; es la panacea universal que templa todos los dolores. Buena jornada habíamos echado, si no pudiéramos contestar á todo : *Por ahora*.

¿Cuánto no suaviza esta frase toda mala contestacion? Por mejor decir, no hay con ella mala contestacion posible, y todo aquel que sepa lo que es una repulsa seca, sabrá apreciar cuánto valen las buenas palabras. Son el vino que se mezcla con el agua para quitarle su crudeza. Ejemplo. *No*, quiere decir que *no*. Pero si en vez de decir *no*, dice usted *por ahora no*, aunque usted quiera decir lo mismo, si habla usted sobre todo con un tonto, como suele suceder, ha dicho usted una gran cosa. ¿Y qué cuesta decir dos palabras mas?

Convencidos hombres muy ilustrados de esta verdad, ¿cómo pudieran no usarlas continuamente ?

Lluevan sobre ellos en buen hora demandas y peticiones, renuévese la tabla de los derechos, clamen por todas partes tribuna y periódicos por la libertad de imprenta; no le responderán á usted con un *no* seco,

sino que *por ahora no conviene.* Pida usted mas garantías; abogue usted por una verdadera seguridad individual; porque tal ó cual estado es absurdo. *Lo vemos*, responderán, y lo que es mas *con dolor;* empero *por ahora* no es oportuno. Para que un pueblo esté bien gobernado, para que sea feliz, es preciso que se difunda la *ilustracion;* para que un pueblo sea libre, es preciso que sepa mucho... y esté bastantemente ilustrado... véase sino *Grecia* y *Roma;* aquellos eran pueblos libres... ¡ pero lo que se sabia allí! ¡ qué pueblos tan ilustrados! ¿ Qué tiene que ver la España del siglo XIX con la *Grecia* de *Licurgo* y la *Roma* de *Numa?*

Venga usted á decirme que el sistema judicial no es gran cosa. Que cada uno multa como le da la gana, y juzga como le parece. Pero eso es *por ahora* no mas. Deje usted que llegue aquel dia raro, aquel dia particular, que ha de ser el decisivo; el dia, en fin, de la oportunidad, el dia que nos convenga pasarlo bien, que ese dia será otra cosa.

Que hay confusion de poderes, de palabras y de cosas; que no nos entendemos; que es una verdadera Babel; que no andamos un paso, un solo paso; pero eso es *por ahora.* Todavía no conviene que nos entendamos. Es preciso buscar el momento oportuno. Pues qué, ¿ no hay mas que entenderse cualquier dia del año, cualquier año del siglo?

¿ Y quién es el encargado, preguntarán ustedes, de conocer el momento? ¿ quién es ese sabio sagaz y penetrante, que ha de conocer cuándo nos conviene ser iguales, ser libres, poder hablar, ser, en una palabra, felices? ¿ dónde está la línea divisoria entre la inoportunidad y la oportunidad? ¿ quién es el ilustrado encargado de medir nuestra ilustracion?

Por ahora, amigo lector, no se columbra todavía á ese sabio: responderemos: ni nosotros hemos hecho ánimo de responder *por ahora* á todas las preguntas, ni nos dejarán responder tampoco *por ahora;* aunque quisiéramos. Limitámonos *por ahora* á probar que como hay cosas buenas entre nosotros, hay palabras que parecen cosas, y *palabras buenas* que nos dan por *buenas palabras.* Que las voces *por ahora* son las primeras de ese género, y si bien se mira, bastante hemos dicho *por ahora.*

LITERATURA.

POESIAS DE DON JUAN BAUTISTA ALONSO.

Los hombres son raros en verdad. De cuatro veces tres no se entienden unos á otros; y de tres cuatro no se entienden á sí mismos. Diria uno oyendo ese prolongado clamor que pide libertad de imprenta diariamente: « Este es el pais de la imprenta, de los libros... de los periódicos... » Solemne chasco se llevaria quien tales consecuencias dedujese. Es preciso entendernos: ese clamor de libertad de imprenta, tan conti-

nuo, tan incesante, tan justo, puede tener dos principios : puede considerarse como un derecho meramente político reclamado por un pueblo víctima, que hace el último esfuerzo para romper la cadena; y puede mirarse tambien como un órgano meramente literario, exigido por un pueblo ansioso de ilustracion. En el primer caso la imprenta es el baluarte de la libertad civil, en el segundo el paladion de los conocimientos humanos. Desgraciadamente, si se contempla despacio el cuadro de nuestra ilustracion científica, literaria y artística, esta ansia de libertad de imprenta no se puede achacar á la cooperacion de ambos principios reunidos, cooperacion que seria la perfeccion ; no. Es preciso contentarse con reconocerle la primera causa por orígen ; y esto pinta bastante nuestra situacion. Pedimos libertad de imprenta, no para lucirnos, sino para quejarnos, como anda buscando la voz para gritar el que abrumado por una horrible y miedosa pesadilla, tiene embargada el habla por el sueño. Busquemos en España desgraciados y oprimidos, ¿ pero literatos?

A estas tristes reflexiones da lugar cada publicacion original que levanta la cabeza de cuando en cuando, mostrándose, como á hurtadillas, entre nosotros. Es la voz que resuena en el desierto : ni un eco hay que responda, ni un oido que la albergue, ni un pueblo que la escuche. Montes de arena, hoy aquí, mañana allí : y un huracan violento. Nada mas.

Si bien luce algun ingenio todavía de cuando en cuando, nuestra literatura sin embargo no es mas que un gran brasero apagado, entre cuyas cenizas brilla aun pálida y oscilante tal cual chispa rezagada. Nuestro siglo de oro ha pasado ya, y nuestro siglo XIX no ha llegado todavía.

En poesía estamos aun á la altura de los arroyuelos murmuradores, de la tórtola triste, de la palomita de Filis, de Batilo y Menalcas, de las delicias de la vida pastoril, del caramillo y del recental, de la leche y de la miel, y otras fantasmagorías por este estilo. En nuestra poesía á lo menos no se hallará malicia : todo es pura inocencia. Ningun rumbo nuevo, ningun resorte no usado. Convengamos en que el poeta del año 35, encenagado en esta sociedad envejecida, amalgama de oropeles y de costumbres perdidas; presa él mismo de pasioncillas endebles, saliendo de la fonda ó del billar, de la ópera ó del sarao, y á la vuelta de esto empeñado en oir desde su bufete el cefirillo suave que juega enamorado y malicioso por entre las hebras de oro ó de ébano de Filis, y pintando á la Gesner la deliciosa vida del otero (invadido por los facciosos), es un ser ridículamente hipócrita, ó furiosamente atrasado. ¿ Qué significa escribir cosas que no cree ni el que las escribe, ni el que las lee?

Empero no quisiéramos que se interpretara en mal del libro que analizamos esta serie de reflexiones generales, que tienden solo á probar, no el atraso particular de tal ó cual poeta, sino el general atraso de nuestra poesía. Mal pudiéramos por otra parte acriminar á nadie de seguir demasiado estrictamente el camino mas trillado ; no todos tienen espíritu suficiente para sacudir las cadenas de la rutina; ni la antigua escuela que nos abruma aun por todas partes con su acompasada mono-

tonía nos permite otra cosa. Antes de inventar nos es forzoso olvidar, y esta es una doble tarea de que no son todos capaces, acaso cuando le ocurre á cada cual olvidar: es tarde ya para él. Todo va despacio entre nosotros, ¿porqué ha de ir de prisa solo la poesía?

Colocándonos, pues, en la época á que corresponden estas poesías, examinemos el libro en venta, no ya comparando á nuestro autor con lord Byron ó Lamartine, puesto que su género es tan distinto que difícilmente se le pudieran hallar puntos de contacto.

El tomo del señor Alonso se compone de *odas*, segun la antigua clasificacion, y bajo este rótulo se encierran verdaderos *discursos*, mas ó menos filosóficos, elegíacos ó pindáricos, en que el poeta desarrolla buena porcion de dotes aventajadísimas: consta el volúmen además de romances, de sonetos, de letrillas, anacreónticas y canciones.

La coleccion del señor Alonso comienza con una oda titulada: *Que la instruccion es la mejor y la mas durable de las riquezas.* Sin convenir de ninguna manera en este principio, encontramos en la tal composicion buen juicio, y esa misma instruccion que el autor llama riqueza, y que nosotros, menos poetas sin duda, llamaremos solo instruccion á secas.

La oda elegíaca que sigue está salpicada de poesía por todas partes: es á la muerte de una jóven hermosa recien casada. Imágenes atrevidas, símiles felicísimos, sentimiento alguna vez. Despues de haber dicho que

Cintia á su Delio mira
Y entre sus brazos sonriendo espira,

añade el poeta Alonso:

Así en oscuro templo,
Donde el silencio sepulcral domina,
La agonizante lámpara vislumbra
Sus moribundos trémulos reflejos,
Mientras su luz se ahuyenta
En desiguales partes soñolienta;

Y al consumir oculta
Entre las sombras de la negra noche,
Ultimo resto del fulgor dudoso,
El tibio gérmen de su triste vida,
Fugaz vigor adquiere
Y súbita creciendo alumbra y muere.

Quítensele á esas estrofas algun adjetivo inútil, y cierta oscuridad que resulta de la violenta colocacion del tercer verso de la segunda, y es un rasgo de primer órden.

Como imitacion de san Juan de la Cruz, la oda á la profesion religiosa de la señorita madrileña tiene todo el mérito de hallarse bien tomado el tono de esta clase de composiciones: hay uncion, hay aquel dialecto figurado y simbólico que han usado todos los poetas de este género.

Dice el poeta á la muerte de una niña:

Impune hiere el bárbaro asesino,
Y tranquilo se goza en sangre humana
Retiñendo el puñal de muerte lleno;
Y asesinando vive
Alumbrándole el sol, que alumbra al bueno.

Esta estrofa parece de Cienfuegos; su mismo atrevimiento, su novedad, su amargura misma.

Parécenos sin embargo que el género filosófico no es el sol de Austerlitz para el señor de Alonso: le compararemos de buena gana en esta circunstancia con Melendez, de quien las odas y los discursos, salvo alguna excepcion como el de *las artes y las estrellas*, no son lo que le da inmortalidad.

El género del señor Alonso es el género mismo de Melendez, el bucólico; tiene composiciones enteras dignas de Batilo, sabe revestirse perfectamente del candor pastoril, de aquel dialecto jugueton, de aquel tono que huele á tomillo, segun la feliz expresion de un académico que tambien hay académicos felices en ocurrencias.

Iremos á la fuente
Y allí la sed fogosa apagaremos
En su fresca corriente,
Y el bien que nos debemos
Sin miedo y sin testigos gozaremos.

. . . . . .

¿A qué envidiar cortadas
Las frutas en los cestos cortesanos,
Si aquí penden colgadas
En árboles galanos
Que desde el suelo alcanzarán las manos?

Hé aquí el poeta en su terreno. Cuando se entrega á su verdadera inspiracion, nada huelga en él, nada le falta. Ya no hay aquella dureza, aquella confusion de epítetos superabundantes, aquella especie de oscuridad, aquella afectada profundidad, aquel lujo pampanoso de poesía y de ruido que se advierte en sus primeras composiciones. Las dos estrofas citadas son un modelo; es difícil hacer nada mas acabado que la segunda, felicísima imitacion de Virgilio.

¿Cómo no citar aquí, cual la reina del tomo, la composicion á la *vida feliz*, desempeñada en primorosas quintillas? Es de lo mejor que hay escrito en castellano, y en cualquiera lengua. ¡Qué sencillez tan elocuente! ¡qué giros tan castizos, tan elegantes! ¡qué verdad, qué pureza, qué encanto singular! Júzguela el lector por sí mismo, y una vez leido ese lindo rasgo de poesía, le aconsejamos que, en lugar de pasar á leer ninguna otra composicion, la vuelva á leer segunda vez, y no salga de ella jamás.

Como modelo de facilidad en la versificacion, las *quejas del moro* es romance inimitable; y en punto á romances, aunque son buenos el retrato de Rosana, el del cumpleaños de la señora doña María de los Dolores

Armijo de Cambronero, el de Anfriso á Dalmiro, campea sobre todos el de *El consejo*. Es todo un romance y todo un consejo. ¡Qué pura intencion! ¡qué verdad! ¡qué noble indignacion contra el seductor Fabio! ¡qué interés tan noble por la inocente Elisa! ¡cómo corre la pluma en él! ¡cómo se desahoga la vena del poeta!

Fácilmente conocerá el lector que ya puestos á citar, citaríamos de buen talante infinitas bellezas mas por ese mismo estilo que brillan en la coleccion; con tanto mas placer, cuanto que amigos del poeta, quisiéramos no vernos obligados á poner al lado del elogio conquistado la merecida crítica. Pero conocemos demasiado al señor Alonso y sus severos principios de virtud, para ofenderle con una parcialidad indigna del escritor público. Al notar los defectos de su obra, como lo hemos hecho, repetiremos su axioma: *Amicus Plato, sed magis amica veritas.*

En resúmen, el señor de Alonso tiene en general el mérito de ser original, y en estos tiempos no es poco. No se puede comparar con Rioja, con Herrera, con Garcilaso; no es precisamente Melendez, ni Cienfuegos; no es Quintana; no es... es un poeta *sui generis;* el señor Alonso es Alonso. Es superior, como hemos dicho, en el género bucólico. Su versificacion es en general buena, casi siempre armoniosa. No es muy correcto, y esto no porque le creamos incapaz de correccion; pero ha hecho mal en no pulirse mas, como él mismo dice en su prólogo, por falta de *humor y de paciencia*. Hubiera podido expurgar algun tanto sus poesías, suprimir alguna composicion, y acortar muchas. Poeta franco y libre, suelta la rienda á su inspiracion y escribe demasiado. El talento no ha de servir para saberlo y decirlo todo, sino para saber lo que se ha de decir de lo que se sabe. Esa superabundancia de vena suele dañar al efecto, desliendo demasiado ideas que, ligeramente apuntadas, resultarian doble; porque en las artes de imaginacion suele querer decir de mas lo que se dice de menos. Manifiesta instruccion y filosofía, si no abusara á veces de la primera, y si no afectase demasiado la segunda. Conoce su lengua, y aun creemos que pueda deber al cultivo de la poesía esas disposiciones oratorias que hemos oido elogiar en él aplicadas al foro.

Damos el parabien al señor Alonso por los laureles que acumula sobre su cabeza con la publicacion de sus poesías, y nos le damos á nosotros mismos par haber tenido ocasion de hacer pública justicia al mérito del señor Alonso.

CARTA DE FIGARO

A SU ANTIGUO CORRESPONSAL.

Ya se ve que te escribo poco, amigo mio; pero ¿qué quieres? me he propuesto no escribirte sino cuando suceda por acá alguna cosa buena, cuando haya alguna buena noticia, ó cuando las novedades que ocurran

sean tan grandes que valgan la pena de escribir sobre ellas cuatro parráfos de sustancia y de gusto. Cosa buena no ocurre, ni viene buena noticia de ninguna parte; y por lo que hace á novedades, todas las de por acá son viejas. A mi se me figura siempre que he visto ya en otra parte todas nuestras novedades; y debe de consistir en que las unas son plagios, las otras imitaciones, y las demás repeticiones de nosotros mismos. Siempre vamos por el mismo camino, y, lo que es peor, al mismo paraje. Hay sin embargo quien asegura que esta vez no vamos por ningun camino, ni á ninguna parte; si esto fuese cierto, ya seria el caso muy diferente.

Me preguntas ¿qué era eso que andábamos buscando aquí y que no se encontraba? Por esas señas apenas sé lo que me quieres decir. Todo... Me he figurado, al fin, si me querrias hablar del ministerio. Pero si era eso, ¿á qué tanto misterio? Ya no estamos en tiempo de Calomarde? ahora se puede hablar claro y sin rodeos todo lo que se piensa, cuando se piensa. Aquí se habla mal de muchos ministros, y se los nombra y todo : á nadie han preso todavía por eso, lo cual es muy de alabar, y prueba por lo menos que no se quieren cometer injusticias.

En punto á ministerio te diré que es cierto que hemos andado buscando ministros. Tú sabes el cuento de Diógenes y la linterna. Poco mas ó menos se ha hecho aquí buscando un hombre. Parece que no es nada el ser ministro. Pues es algo. Antes, ¡vaya! Pero ahora con esto de que el ministro ha de saber hablar, y se ha de vestir limpio, y qué sé yo cuántas cosas... Sucede que no se atreven á quitar un ministro, porque, amigo, ¿dónde van por otro? Hombres para ministros no nacen todos los dias; y si *nacieran*, como decia muy bien el señor presidente del consejo de ministros en una lindísima elegía,

Solo al tocarlos yo se marchitaran,

porque esa es la suerte de todas las cosas de nuestro país. Pero por fin el hombre ya parece que se ha encontrado, y está provisto el ministerio de la guerra.

Hace un año, poco mas, decia el gobierno (que entonces era Cea) que para acabar con don Cárlos no se necesitaban *liberales* ni *innovaciones*. Pasó el tiempo, y fué preciso echar mano de *liberales* y de *innovaciones*, lo menos que se pudo, es verdad; pero al fin fué preciso. Que tuvimos ya nuestro poco de liberales, y nuestro poquito de innovacion; siguieron los que entraron con el mismo cantar : « Nosotros lo acabaremos, dijeron; pero ni hace falta Mina, ni... » Pues hizo falta *Mina*, hizo falta *Valdés*... Y hará falta todo.

Pues un espejo de lo que ha sucedido en guerra ha sido *gracia* y *justicia*. De renuncia en renuncia vinimos á parar en fin al señor Dehesa. Yo no le conocia, ni tú tampoco; pero eso no prueba nada. Me dirás á eso que tú no has dicho que pruebe algo; entonces estamos de acuerdo. En interior ha sido otra cosa; allí no costó nada el hacer la mudanza, si se exceptúa lo que costó decidirse á ella, y han puesto al señor Medrano.

Con respecto á sus doctrinas, bien conocidas son; no hay sino coger los periódicos y echarse á adivinar en las sesiones que dan los taquígrafos lo que deben haber dicho los oradores, y por ahí te pones al corriente en un momento.

Lo que es la hacienda sigue lo mismo, y el estado *in statu quo*. La marina sin novedad, que por cierto es lástima. La cuádrupla alianza parece que tiene olvidada su cláusula de sacar al pretendiente del territorio de la Península. A eso dirán que ya han cumplido, y que lo han sacado otra vez... No es para todos los dias andar como pala de horno, sacando y metiendo á su alteza en la Península. Que se salga él si quiere, y si no que lo deje; lo demás no es tener maldita la formalidad.

Los presupuestos van en boga. El conservatorio de Música no ha podido sacar un maravedí á la nacion. Primero se contentó con 600,000 reales, luego ya pidió 400,000, despues subió hasta 80,000. Pero nada. Sin embargo, á él se le dan dos cominos de todo eso. Anoche se cantó allí la *Norma*, y se asegura que siguen cantando. Siempre se ha dicho que « el español cuando canta, ó rabia ó no tiene blanca. » Mira tú lo que es : yo era de opinion de que le hubieran votado alguna friolera.

Ya vamos mudando los nombres á las cosas. En verdad que hasta ahora no estamos mas que en las calles; pero por alguna parte se ha de empezar. Ya los mudaremos todos, si Dios quiere.

Los teatros siguen abiertos la cuaresma; eso sí, las comedias con este régimen, ó lo que sea, pelechan. Y á propósito de comedias, te diré que aquellos veinte y ocho carlistas que se habian cogido en la costa cantábrica han resultado ser veinte y siete. Parece que habia sido un yerro de cuenta.

La fusion sigue en boga por todas partes : dentro de poco conseguirán que se junten el agua y el aceite. Pero ¡qué químicos, amigo, que químicos! Así nos refundiéramos como nos fundimos.

A propósito, tambien se me olvidaba la gran novedad, la verdadera novedad de dia. *La Revista* y *el Mensajero* se han fundido, es decir, se han casado. Si ha sido casamiento por amor ó por interés no te lo diré; pero yo creo que se querian ; ya sabes que hace tiempo que se conocian ; dónde se han visto, y dónde se han tratado, nadie lo sabe, porque al fin los padres siempre han andado por distinto lado, pero los chicos son el diablo : ello es que de la noche á la mañana nos hemos encontrado hecha la boda. La novia ha llevado casa puesta, coche y buen dote; y el novio sobre un capital decente muy buenas dotes. Él es un poco brusco y exigente; nada de transigir : hombre al fin : ella, que si fué coqueta, que si no fué coqueta. Pero es lo que ha dicho *el Mensajero :* « Lo que no es en mi año, no es en mi daño. » Por otra parte, vaya usted á buscar una mujer que no sea coqueta, y que no haya hecho cara á... ¡Delirios! ó no casarse, ó apechugar con ellas como son.

La boda fué ayer, y hoy podemos decir con Desmahis :

La jeune épouse de la veille
Tout à la fois pâle et vermeille

Avait encor l'air étonné;
Et tout ensemble heureuse et sage,
Laissait lire sur son visage
Le plaisir qu'elle avait donné.

Yo creo que harán buen menaje, porque, al fin, pienso como Voltaire:

Point de milieu; l'hymen et ses liens
Sont les plus grands ou des maux ou des biens.

Y mas creo, que no tendrá que reproducir nunca *la Revista* la queja aquella de la señora que se querellaba de su marido ante los tribunales, diciendo: « Mi marido es gran músico, buen escribano, singular contador, salvo que no multiplica. »

Con esto, y con añadirte que en Navarra no hay novedad, y que se acabará probablemente la sesion sin presentarse la ley de ayuntamientos, y sin lograr una buena ley de imprenta, ya me parece que te digo bastante. Si á esto añades que estas semanas pasadas nos han robado en Madrid hasta por las calles, ¡tantos ladrones ha habido! no te queda mas que saber. — Tuyo.

EL HOMBRE-GLOBO.

La física ha clasificado los cuerpos, segun el estado en que los pone el mayor ó menor grado de calórico que contienen, en sólidos, líquidos y gaseosos. Así el agua es sólido en el estado de hielo, líquido en el de fluidez, y gas en el de la ebullicion. Es ley general de los cuerpos la gravedad, ó la atraccion que ejerce sobre ellos el centro comun; es natural que esta atraccion se ejerza mas fuertemente en los que reunen en menor espacio mayor cantidad de las moléculas que los componen; que estos por consiguiente tengan mas gravedad específica, y ocupen el puesto mas inmediato al centro. Así es, que en la escala de las posiciones de los cuerpos, los sólidos ocupan el puesto inferior, los líquidos el intermedio, y los gaseosos el superior. Una piedra busca el fondo de un rio; un gas busca la parte superior de la atmósfera. Cada cuerpo está en continuo movimiento para obedecer á la ley que le obliga á buscar el puesto, variable, que corresponde al grado de intensidad que adquiere ó que pierde. La nube, conforme se condensa, baja, y cuando se liquida, cae; este mismo cuerpo puesto al fuego, se dilata, y cuando se evapora y se gasifica, sube.

No trato de instalar un curso de física, lo uno porque dudo si tengo la bastante para mí, y lo otro porque estoy persuadido de que mis lectores saben de ella mas que yo; no hago mas que sentar una base de donde partir.

Igual clasificacion á esta que ha hecho la ciencia de los fenómenos en los cuerpos en general, se puede hacer en los hombres en particular. Probemos.

Hay hombres sólidos, líquidos y gaseosos. El hombre sólido es ese hombre compacto, recogido, obtuso, que se mantiene en la capa inferior de la atmósfera humana, de la cual no puede desprenderse jamás. Solo el contacto de la tierra puede sostener su vida; es el Anteo moderno, y usando de un nombre atrevido, el *hombre-raiz*, el *hombre-patata:* arrancado el terron que le cubre, deja de ser lo que es. Es el sólido de los sólidos. Toda la ausencia posible de calórico le mantiene en un estado tal de condensacion, que ocupa en el espacio el menor sitio posible; gravita extraordinariamente; empuja casi hácia abajo el suelo que le sostiene; está con él en continua lucha, y le vence y le hunde. Le conocerán ustedes á legua: su frente achatada se inclina al suelo, su cuerpo está encorvado, su propio pelo le abruma, sus ojos no tienen objeto fijo, ven sin mirar, y en consecuencia no ven nada claro. Cuando una causa, ajena de él, le conmueve, produce un son confuso, bárbaro y profundo, como el de las masas enormes que se desprenden en el momento del deshielo en las regiones polares. Y como en la naturaleza no falta nunca, ni en el hielo, cierto grado de calórico, él tambien tiene su alma particular; es su grado de calórico; pero tan poca cosa, que no desprende luz; es un fuego fatuo entre otros fuegos fatuos; sirve para confundirle y extraviarle mas; el *hombre-sólido,* por lo tanto en religion, en política, en todo, no ve mas que un laberinto, cuyo hilo jamás encontrará; un caos de fanatismo, de credulidad, de errores. No es siquiera la linterna apagada; es la linterna que nunca se ha encendido, que jamás se encenderá: falta dentro el combustible. El *hombre-sólido* cubre la faz de la tierra; es la costra del mundo. Es la base de la humanidad, del edificio social. Como la tierra sostiene todos los demás cuerpos, á los cuales impide que se precipiten al centro, así el *hombre-sólido* sostiene á los demás que se mantienen sobre él. De esta especie sale el esclavo, el criado, el ser abyecto; en una palabra, et que nunca ha de leer y saber esto mismo que se dice de él. No raciocina, no obra, sino sirve. Sin *hombres-sólidos* no habria tiranos; y como aquellos son eternos, estos no tendrán fin. Es la muchedumbre inmensa que llaman pueblo, á quien se fascina, sobre el cual se pisa, se anda, se sube: cava, suda, sufre. Alguna vez se levanta, y es terrible, como se levanta la tierra en un terremoto. Entonces dicen que abre los ojos. Es un error. Tanto valdria llamar ojos de la tierra á las grietas que produce un volcan. Ni mas ni menos que una piedra, no se mueve de su sitio si no le dan un empellon; de la aldea donde nació (si es que el *hombre-sólido* nace: yo creo que al nacer no hace mas que variar de forma); del café donde le pusieron á servir sorbetes; del callejon donde limpia botas; del buque donde carga las velas ó les toma rizos; del regimiento donde dispara tiros; de la cocina donde adereza manjares; de la esquina donde carga baules; de la calle donde barre escorias; de la máquina donde teje medias; del molino donde hace harina; de la reja con que separa terrones. Es

el primer instrumento adherido siempre á los demás instrumentos.

El *hombre-líquido* fluye, corre, varía de posicion; vuela á ocupar el vacío, tiene ya mayor grado de calórico; serpentea de continuo encima del *hombre-sólido*, y le moja, le gasta, le corroe, le arrastra, le vuelca, le ahoga. En momentos de revolucion él es el empujado; pero se amontona, sale de su cauce, y como el torrente que arrastra árboles y piedras, lo trastorna todo aumentando su propia fuerza con las masas de *hombre-sólido* que lleva consigo. Pero así como el torrente no sabe la fuerza que le impele, ni si hace al correr daño ó provecho, así el *hombre-líquido* al moverse no es mas que un instrumento menos imperfecto, que subleva instrumentos mas ignorantes; pero lleno ya de pretensiones, mete ruido, desafia al cielo, enuncia una voz, produce eco. Esta es una diferencia esencial del sólido al líquido para nuestro asunto; la piedra no suena sino cuando la impelen á rodar; el agua murmura solo corriendo y existiendo. La clase media de la humanidad, así tambien, va siempre murmurando. Un golpe dado en un cuerpo sólido le arranca un pedazo, el golpe dado ya en el líquido encuentra resistencia, produce ondas, imprime movimiento. Hé aquí otra observacion. El golpe dado al pueblo simplemente es solo perjudicial para él: el que se da en la clase media suele salpicar al que le da.

El *hombre-líquido* tiene un alma menos compacta, y en ella mas grados de calórico, pero alma de imitacion; como todo líquido, remeda al momento la forma del vaso donde está; en pequeña cantidad se le da la figura que se quiere, en gran porcion toma la que puede. El *hombre-líquido* es la clase media; le conocerán ustedes tambien al momento; su movimiento continuo le delata; pasa de un empleo á otro, va á ocupar los vacíos de las vacantes: hoy en una provincia, mañana en otra, pasado en la corte; pero por fin, como todo líquido, encuentra el mar, donde se pára y se encarcela; no le es dado correr mas. Hoy es arroyo, mañana rio caudaloso. Igual. Hoy es meritorio, mañana escribiente, pasado oficial; su instinto es crecer, rara vez separarse del suelo; si se alza momentáneamente, vuelve á caer.

Dada una idea rápida y general del *hombre-sólido* y del *hombre-líquido*, pasemos al objeto de nuestro artículo, al *hombre-gas*. De las dos especies referidas está lleno el mundo; no se ve otra cosa. Pero como para la formacion de la tercera se necesita un grado altísimo de calórico, hay regiones enteras que carecen del suficiente para formarla.

Hé aquí nuestra desgracia; siguiendo el camino que nos señala nuestra nueva metafísica, estamos, por ahora, en las regiones árticas del pensamiento. Lo probaré.

El *hombre-gas*, llegado á adquirir la competente dilatacion, se alza por sí solo donde quiera que está, y se sobrepone á ocupar el puesto que le corresponde en la escala de los cuerpos; llega hasta la altura que su intensidad le permite, y se detiene en ella; no hay obstáculos para él, porque si pudiera haberlos, romperia, como el vapor, la caldera, y escaparia. Ponedle en una aldea; él vencerá la distancia y llegará á la capital; tirará el arado; pondrá un pié en el *hombre-sólido*, otro en el *líquido*,

y una vez arriba : « Yo mando, exclamará, no obedezco. » Tales son las leyes de la naturaleza. Una vez comprendido este principio general de física, mis lectores conocerán al *hombre-gas* á primera vista. Su frente es altiva, sus ojos de águila, su fuerza irresistible, su movimiento el del tapon de una botella de Champagne. Pero para dar al gas una forma no hay mas medio que el de encerrarle en un continente que la tenga. Nada, pues, mas natural que el que demos á esta especie el nombre de *hombre-globo* : solo así podemos hacerle perceptible á nuestros sentidos.

De todos nuestros lectores es conocida la historia de los globos desde las primeras mongolfieras hasta el último experimento de la direccion, emprendido y malogrado últimamente en París : todos saben que hay gases de gases, y que los hay específicamente mas ligeros que otros; pero no todos se habrán parado á considerar detenidamente hasta qué punto podemos vanagloriarnos en nuestro país de la perfeccion de los gases que artificialmente necesitamos producir para nuestras ascensiones. Yo creo que nuestra vanidad no debe hacernos perder la cabeza, si queremos reparar en su equívoca calidad.

Es claro que en tiempos pasados la atmósfera en que podia elevarse el *hombre-globo* entre nosotros, era sumamente limitada : los que mas se habian podido separar del suelo habian hecho consistir todo su esfuerzo en llegar á los escalones del trono, y si un *hombre-globo* llegaba á ser entonces ministro, habia hecho toda la ascension que se podia de él esperar : uno solo conocieron nuestros físicos mas experimentados que consiguió remontarse en aquella época hasta las mas altas cornisas del coronamiento del real palacio ; pero sea por falta de direccion una vez en el aire, sea por haber calculado mal la intensidad de su gas, una ráfaga violenta bastó para romper el globo, y el aire se lo llevó hasta caer todo agujereado á orillas del Tiber, donde yace todavía mal parado : culpa acaso tambien de no haber hecho uso de para-caidas, aunque, como dice muy bien don Simplicio de Bobadilla, *para-caidas* no hay *como un globo roto.*

Pero cuando posteriormente se han visto en casi todos los paises elevarse muchos á alturas desmesuradas, y mantenerse mas ó menos tiempo en ellas, no se concibe nuestra casi total ausencia de *hombres-globos* que se elevan verdaderamente, sino atribuyéndolo á desgracia del país mismo. Los Estados-Unidos tuvieron un *hombre-globo* que subió cuanto pudo, y manejando diestramente su válvula, descendió cómo y cuándo le plugo; de Francia hicieron mil su ascension, que están todavía en altura, haciendo la admiracion de los espectadores; la Suecia mira uno en su pináculo todavía; y si el mayor de todos fué á parar hasta Santa Elena, es preciso confesar que hay descensos gloriosos, como retiradas honrosas.

Ahora bien, observemos al *hombre-globo* en nuestro país. El año 8 empezaron á quererse henchir multitud de mongolfieras; pero estábamos indudablemente al principio de la invencion, y no debieron de tener gas mejor que el humo de paja, porque los unos dieron al traste con su globo en el estrecho, los otros quisieron sostenerse en tierra firme; pero

han ido poco á poco deshinchándose, y una ráfaga ha acabado con unos, otra con otros.

El año 20 quisieron repetir el experimento; pero por lo visto no habian aprendido nada nuevo: no contaron nuestros *hombres-globos* con el aire del norte, que los envolvió, pegó fuego á unos que cayeron miserablemente donde pudieron, y arrebató á otros á caer de golpe y porrazo en paises remotos y extranjeros. Raro fué el que cayó suavemente. Pero adelanto positivo para la ciencia no hubo ninguno.

Hé aquí sin embargo á nuestros *hombres-globos* probando de nuevo otra ascension; pero escarmentados ya nuestros antiguos y derretidos Icaros, tienen miedo hasta al gas que los ha de levantar: y en una palabra, nosotros no vemos que suban mas alto que subió Rozzo. Para nosotros todos son Rozzos.

Vean ustedes sin embargo al *hombre-globo* con todos sus caractéres. ¡Qué ruido antes! « ¡La ascension! Va á subir. ¡Ahora, ahora sí va á subir! » Gran fama, gran prestigio. Se les arma el globo; se les confia: ved cómo se hinchan. ¿Quién dudará de su suficiencia? Pero como casi todos nuestros globos, mientras están abajo entre nosotros asombra su grandeza, y su aparato y su fama. Pero conforme se van elevando, se les va viendo mas pequeños; á la altura apenas de Palacio, que no es grande altura, ya se les ve tamaños como avellanas, ya el *hombre-globo* no es nada: un poco de humo, una gran tela, pero vacía, y por supuesto, en llegando arriba, no hay direccion. ¡Es posible que nadie descubra el modo de dar direccion á este globo!

Entre tanto el *hombre-globo* hace unos cuantos esfuerzos en el aire, un viento le lleva aquí, otro allá, descarga lastre... ¡inútiles afanes! al fin viene al suelo: solo observo que están ya mas duchos en el uso del para-caidas: todos caen blandamente, y no lejos: los que mas se apartan van á caer al Buen-Retiro.

Pero, señor, me dirán, ¿y ha de ser siempre esto así? ¿No les basta á esos hombres de experiencias? ¿Serán ellos los últimos que se desengañen de sí mismos?

Hé ahí una respuesta que yo no sabré dar. Yo no veo la ciencia desesperada, creo que acaso habrá por ahí escondidos otros *hombres-globos;* pero si los hay, ¿porqué no obedecen á las leyes de la naturaleza? Si su gas tiene mas intensidad, ¿cómo no se elevan por sí solos, cómo no se sobreponen á los otros?

Esta investigacion me conduciria muy lejos. Mi objeto no ha sido mas que pintar el *hombre-globo* de nuestro país: un artículo de física no puede ser largo: si fuera de política seria otra cosa. Haré mi última deduccion, y concluiré: los Rozzos, que hasta ahora han hecho pinitos á nuestra vista, parece que ya se han elevado cuanto elevarse pueden. ¡Otros al puesto, experimentos nuevos! Si por el camino trillado nada se ha hecho, camino nuevo.

Esto la razon sola lo indica. Si hay un *hombre-globo*, que salga, y le daremos las gracias; mas cuenta con engañarse en sus fuerzas: recuerde que primero hay que subir, y luego hay que dar direccion; y como dice

Quevedo, « ascender á rodar es desatino; y el que desciende de la cumbre, ataja, » observe que puede sucederle lo que á los demás, que conforme se vaya elevando se vaya viendo mas pequeño. Si no le hay, lastimoso es decirlo, pero aparejemos el *para-caidas*.

LA ALABANZA,

ó

QUE ME PROHIBAN ESTE.

Suponiendo que se escriba con principios, se puede escribir despues con varios fines. O se escribe para sí, ó se escribe para otros. Descifremos bien esto. Lo que se escribe en un libro de memorias se escribe evidentemente para sí. De modo que un *souvenir* es un monólogo escrito. No diré precisamente que sea necio el decirse uno las cosas á sí mismo, porque al cabo, ¿dónde habian de encontrar ciertos hombres un auditorio indulgente si no hablasen consigo mismos? Lo que diré es que yo nací con buena memoria. ¡Ojalá fuera mentira! Y tengo reparado que las cosas que una vez me interesan, tarde ó jamás se me olvidan; por lo tanto nunca las apunté; y las que no me interesaron siempre juzgué que no valian la pena de apuntarlas. Por otra parte, de diez cosas que en la vida suceden las nueve son malas, sin que esto sea decir que la otra sea enteramente buena. Razon de mas para no apuntar. ¡Cuánto mas filosófico y mas consolador seria sustituir al *souvenir* otro repertorio de anotaciones llamado *olvido! Cosas que debo olvidar*, pondria uno encima: figúrese el lector si el tal librico necesitaria hojas; y si podria uno estar ocioso un solo instante, una vez comprometido á llenar sus páginas de buena fe. Siempre he abundado en la idea de que se hacen generalmente las cosas al revés: el *souvenir* es una idea inversa; en este sentido nunca he escrito para mí.

Continuemos echando una ojeada sobre los que escriben para sí.

El que escribe un memorial escribe sin duda para sí. Generalmente nadie lee los memoriales, sino el que los escribe, que es el único á quien importan; la prueba de esto es que cuando el empleo se ha de dar, ya está dado antes de hacer el memorial; y cuando hay que hacer el memorial, es señal de que no hay que contar con el empleo. Apelo á los señores que están colocados y á los que se han de colocar. Es, pues, mas necio escribir un memorial, que un *souvenir*. En este sentido tampoco he escrito nunca para mí.

El que escribe un informe, un consejo, un parecer, escribe para sí; la prueba es que generalmente siempre se pide el consejo despues de tomada la determinacion, y que cuando el informe no gusta se desecha.

El que escribe á una querida escribe para sí, por varias razones; por

lo regular rara vez se encuentran dos amantes en igual grado de pasion; por consiguiente el calor del uno es griego para el otro, y viceversa. Además, desde el momento en que dejamos de querer á nuestra amada, dejamos de escribirla. Prueba de que no escribíamos para ella.

Los autores han dicho siempre en sus prólogos, y se lo han llegado á creer ellos mismos, que escriben para el público; no seria malo que se desengañasen de este error. Los no leidos y los silbados escriben evidentemente para sí: los aplaudidos y celebrados escriben por su interés, alguna vez por su gloria; pero siempre para sí.

¿Quién es, pues, me dirán, el que escribe para otro? Lo diré. En los paises en que se cree que es dañoso que el hombre diga al hombre lo que piensa, lo cual equivale á creer que el hombre no debe saber lo que sabe, y que las piernas no deben andar, en los paises donde hay censura, en esos paises es donde se escribe para otro, y ese otro es el censor. El escritor que, lleno ya un pliego de papel, lo lleva á casa de un censor, el cual le dice que no se puede escribir lo que él lleva ya escrito, no escribe ni siquiera para sí. No escribe mas que para el censor. Este es el único hombre en que yo disculparia que escribiese un libro de memorias, y hasta que escribiese un memorial. A mayores tonterías puede obligar una prohibicion.

Estoy muy lejos de querer decir que yo haya escrito nunca para otro, en este sentido, porque, aunque es verdad que he tenido relaciones con varios señores censores, por otra parte muy beneméritos, puedo asegurar que en cuanto he escrito nunca he puesto una sola palabra para ellos, no porque no crea que no son muy capaces de leer cualquier cosa, sino porque siempre acaban por establecerse entre el censor y el escritor etiquetillas fastidiosas y dimes y diretes de poca monta, y á decir verdad soy poco amigo de cumplimientos. Los de los censores me hacen el mismo efecto que le hacian al portugués los del casteçao. El cuento es harto sabido para repetirlo. Esto seria no escribir para nadie.

Bien determinado como estoy á no escribir jamás para el censor, he tratado siempre de no escribir sino la *verdad*, porque al fin, he dicho para mí, ¿qué censor habia de prohibir la *verdad*, y qué gobierno ilustrado, como el nuestro, no la habia de querer oir? Así es, que si en el reglamento de censura se prohibe hablar contra la religion, contra las autoridades, contra los gobiernos y los soberanos extranjeros, y contra otra porcion de materias, es porque se ha presumido con mucha razon, que era imposible hablar mal de esas cosas, diciendo verdad. Y para mentir mas vale no escribir. Todo esto es claro; es mas que claro; casi es justo.

Lo que está permitido es alabar, sin que en eso haya límite ninguno; porque es probado que en la alabanza ni puede haber demasía, sobre todo, para el alabado, ni puede dejar de haber verdad y justicia. Por esta razon yo me he propuesto alabarlo siempre todo, y á este principio debo la gran publicidad que se ha permitido á mis débiles escritos. Sistema que seguiré siempre, y que hoy mas que nunca seguiré, porque efectivamente no hay motivo para otra cosa.

Al decidirme á este plan tuve presente otra consideracion, por mejor

decir, un principio de moral incontestable en todos los tiempos y paises. El hombre no debe hacer cosa que no pueda confesar y publicar altamente. Es así que no puede decir ningun escritor que se le ha prohibido un artículo por la censura porque eso lo prohibe la ley, y la ley no puede ser mala; luego ¿cómo habia yo de escribir artículos que se me pudiesen prohibir? Ni los he escrito, ni los he de escribir, ni lo dijera, si por algun evento los hubiera escrito, ni yo lo quiero decir, ni me dejaran tampoco, aunque yo quisiera. No hay medio. Por eso hago bien en no querer.

Persuadir ahora de las ventajas que me trae el no escribir para otro, y el alabar constantemente cuanto veo, paréceme un tanto inútil. Y tienen mis alabanzas lo que tienen pocas, y es, que no me han valido ningun empleo; no porque yo no pudiera servir para él, sino porque ellos que no lo dan, y yo que no lo recibo, hemos querido sin duda que mis alabanzas sean del todo independientes.

De esta independencia nace el desembarazo con que he alabado francamente en distintas ocasiones, ora el amor de familia con que se ha solido colocar á los deudos y amigos de los gobernantes, cosa que ha variado ya enteramente; ora la prudente lentitud con que se han entregado y se entregan las armas á nuestros amigos; ora la oportunidad é idea con que se vistió á los señores Próceres, y en momentos de aprieto, fundados en que mas da el *duro que el desnudo;* ora la perspicacia con que se han descubierto varias conspiraciones, y se ha salvado á la patria amenazada; ora la prevision con que se evitó que se interpretase mal la primera acometida del cólera; ora la precipitacion con que se ha llevado á su término la guerra civil; ora... pero ¿á qué mas? yo no he dejado cosa apenas que no haya alabado; y si algo me he dejado, por mi vida que me pesa, y téngolo de alabar hoy.

Por todo lo que llevo dicho hay pocas cosas que me incomoden tanto como el oir el continuo clamoreo de esas gentes quejumbrosas, á quienes todo cuanto se hace, ó parece mal, ó parece por lo menos poco. Aquí me irrito, y les respondo: ¿Poco, eh? Vamos á ver: ¿cuántos meses llevamos?—¿De qué? me preguntan.—¿De qué? De que... de... Estatuto Real.—No llega á un año.—Y en poco menos de un año, aquí es la mia, se han reunido dos estamentos; se han mudado dos ministros de la guerra; se han visto tres ministros de lo interior; no se ha visto mas que un ministro de estado, pero se le ha oido mas que si hubieran sido tres. Se ha visto un ministro de hacienda, y la hacienda tambien, y, como dice el refran, *hacienda, tu dueño te vea;* y si no se ha visto marina, eso poco importa, que nada dice de marina el refran. En menos de un año se ha abolido el voto de Santiago; ha habido tambien sus sesiones de Próceres alguna vez; y si en menos de un año se ha puesto la faccion sobrado pujante, tambien en menos de un año han penetrado los primeros talentos de España, que era preciso, por fin, hacer un esfuerzo. En menos de un año ¡qué de generales famosos no se han estrellado! ¡Qué de facciosos no se han perdonado! ¡Qué de gracias no se han dicho por varios insignes oradores! ¡Cómo en menos de un año ha dicho el uno

un chascarrillo, y cómo le han contestado con otro y con otros! ¡Qué de insultillos ocultos del procurador al ministro, y del ministro al procurador!

Cien veces ciento
Mil veces mil.

¡Cuánta serenidad, pues, en meños de un año, para ocuparse en apuros de la patria hasta de los mas pequeños dimes y diretes! ¡Cuánta conversacion! Temístocles le decia á su general : *¡Pega, pero escucha!* Cada uno de nuestros oradores es un Temístocles; con tal que le dejen hablar, él le dirá tambien á la guerra civil, al pretendiente, á toda calamidad : *Pega, pero escucha.* ¿Qué mas cosas querrian ver esas gentes, qué mas sobre todo querrian oir en poco menos de un año?

No hay prevision, me decia uno dias pasados. — ¡No hay prevision! exclamé. Esto ya es mala fe. Y todo ¿porqué? Porqué han sucedido cuatro lances desgraciados, que á pesar de haberse sabido no se pudieron prevenir. Pero esto ¿qué importa? A buen seguro que en cuanto acabó de suceder lo de Correos bien se puso un centinela avanzada en medio de la Puerta del Sol, que antes no le habia; el cual se está allí las horas muertas, viendo si viene algo por la calle de Alcalá. ¡Qué vuelvan ahora los del 18! ¿Y no hay prevision?

¡Maldicientes! Lo mismo que el entusiasmo. Mil veces he oido decir que han apagado el entusiasmo. ¿Y qué? Pongamos que sea cierto. ¿No se acaba de decidir ahora que se haga entusiasmo nuevo? ¿No se va á escribir á todos los señores gobernadores que fomenten el espíritu público y que hagan entusiasmo á toda prisa? ¿Y no lo harán por ventura? Y excelente y de la mejor calidad. El año pasado no hacia falta el entusiasmo; como que la faccion era poca y el peligro ninguno nos íbamos bandeando sin entusiasmo y sin espíritu público; y luego, que entonces estaba la anarquía cosida siempre á los autos del entusiasmo, y ahora ya no. Y el entusiasmo de ahora ha de ser un entusiasmo moderado, un entusiasmo frio y racional, un entusiasmo que mate facciosos, pero nada mas : entusiasmo, señor, de quita y pon, y entusiasmo, en una palabra, sordo-mudo de nacimiento : entusiasmo que no cante, que no alborote el cotarro; que no se vuelva la casa un gallinero. Y este es el bueno, el verdadero entusiasmo. No, si no volvamos á las canciones patrióticas. ¿Qué trajo la ruina del sistema? Unas veces dicen que fué la libertad de imprenta, otras que fué... No señor, hoy estamos de acuerdo en que fueron las canciones. ¿Y esto no será de alabar?

Yo alabaré siempre; yo defenderé : reniego de la oposicion. ¿Qué quiere decir la oposicion?

Hé aquí un artículo escrito para todos, menos para el censor. La ALABANZA, en una palabra : ¡QUE ME PROHIBAN ESTE!

UN REO DE MUERTE.

Cuando una incomprensible comezon de escribir me puso por primera vez la pluma en la mano para hilvanar en forma de discurso mis ideas, el teatro se ofreció primer blanco á los tiros de esta que han calificado muchos de mordaz maledicencia. Yo no sé si la humanidad bien considerada tiene derecho á quejarse de ninguna especie de murmuracion, ni si se puede decir de ella todo el mal que se merece; pero como hay millares de personas seudo-filantrópicas, que al defender la humanidad parece que quieren en cierto modo indemnizarla de la desgracia de tenerlos por individuos, no insistiré en este pensamiento. Del llamado teatro, sin duda por antonomasia, dejéme suavemente deslizar al verdadero teatro: á esa muchedumbre en continuo movimiento, á esa sociedad donde sin ensayo ni previo anuncio de carteles, y donde á veces hasta de balde y en balde se representan tantos y tan distintos papeles.

Descendí á ella, y puedo asegurar que al cotejar este teatro con el primero, no pudo menos de ocurrirme la idea de que era mas consolador este que aquel: porque al fin, seamos francos, triste cosa es contemplar en la escena la coqueta, el avaro, el ambicioso, la zelosa, la virtud caida y vilipendiada, las intrigas incesantes, el crímen entronizado á veces y triunfante; pero al salir de una tragedia para entrar en la sociedad puede uno exclamar al menos: « Aquello es falso; es pura invencion; es un cuento forjado para divertirnos; » y en el mundo es todo lo contrario; la imaginacion mas acalorada no llegará nunca á abarcar la fea realidad. Un rey de la escena depone para irse á acostar el cetro y la corona, y en el mundo el que la tiene duerme con ella, y sueñan con ella infinitos que no la tienen. En las tablas se puede silbar al tirano; en el mundo hay que sufrirle; allí se le va á ver como una cosa rara, como una fiera que se enseña por dinero; en la sociedad cada preocupacion es un rey; cada hombre un tirano; y de su cadena no hay librarse; cada individuo se constituye en eslabon de ella; los hombres son la cadena unos de otros.

De estos dos teatros sin embargo, peor el uno que el otro, vino á desalojarme una frase que lo ocupó todo: la política. ¿Quién hubiera leido un ligero bosquejo de nuestras costumbres, torpe, y débilmente trazado acaso, cuando se estaban dibujando en el gran telon de la política escenas, si no mejores, de un interés ciertamente mas próximo y positivo? Sonó el primer arcabuz de la faccion, y todos volvimos la cara á mirar de dónde partia el tiro: en esta nueva representacion, semejante á la fantasmagórica de Mantilla, donde empieza por verse una bruja, de la cual nace otra y otras, hasta *multiplicarse al infinito*, vimos un faccioso primero, y luego vimos *un faccioso mas*, y en pos de él poblarse de facciosos el telon. Lanzado en mi nuevo terreno esgrimí la pluma contra las balas, y revolviéndome á una parte y otra, dí la cara á dos enemigos; al faccioso de fuera, y al justo medio, á la parsimonia de

dentro. ¡Débiles esfuerzos! El monstruo de la política estuvo en cinta y dió á luz lo que habia mal engendrado; pero tras este debian venir hermanos menores, y uno de ellos, nuevo Júpiter, debia destronar á su padre. Nació la censura, y héme aquí poco menos que desalojado de mi última posicion. Confieso francamente que no estoy en armonía con el reglamento: respétole y le obedezco; hé aquí cuanto se puede exigir de un ciudadano: á saber, que no altere el órden; es bueno tener entendido que en política se llama *órden* á lo que existe, y que se llama *desórden* este mismo *órden* cuando le sucede otro *órden* distinto; por consiguiente es perturbador el que se presenta á luchar contra el órden existente con menos fuerzas que él; el que se presenta con mas, pasa á *restaurador*, cuando no se le quiere honrar con el pomposo título de *libertador*. Yo nunca alteraré el órden probablemente, porque nunca tendré la locura de creerme por mí solo mas fuerte que él: en este convencimiento, infinidad de artículos tengo solamente rotulados, cuyo desempeño conservo para mas adelante; porque la esperanza es precisamente lo único que nunca me abandona; pero al paso que no los escribiré, porque estoy persuadido de que me los habian de prohibir (lo cual no es decir que me los han prohibido, sino todo lo contrario, puesto que yo no los escribo), tengo placer en hacer de paso esta advertencia, al refugiarme, de cuando en cuando, en el único terreno que deja libre á mis correrías el temor de ser rechazado en posiciones mas avanzadas. Ahora bien, espero que despues de esta previa inteligencia no habrá lector que me pida lo que no puedo darle: digo esto porque estoy convencido de que ese pretendido acierto de un escritor depende mas veces de su asunto y de la predisposicion feliz de sus lectores que de su propia habilidad. Abandonado á esta sola, considérome débil, y escribo todavía con mas miedo que poco mérito, y no es ponderarlo poco, sin que esto tenga visos de afectada modestia.

Habiendo de parapetarme en las costumbres, la primera idea que me ocurre es que el hábito de vivir en ellas, y la repeticion diaria de las escenas de nuestra sociedad, nos impide muchas veces pararnos solamente á considerarlas, y casi siempre nos hace mirar como naturales cosas que en mi sentir no debieran parecérnoslo tanto. Las tres cuartas partes de los hombres viven de tal ó cual manera porque de tal ó cual manera nacieron y crecieron; no es una gran razon: pero esta es la dificultad que hay para hacer reformas: hé aquí porqué las leyes difícilmente pueden ser otra cosa que el índice reglamentario y obligatorio de las costumbres: hé aquí porqué caducan multitud de leyes que no se derogan: hé aquí la clave de lo mucho que cuesta hacer libre por las leyes á un pueblo esclavo por sus costumbres.

Pero nos apartamos demasiado de nuestro objeto: volvamos á él: este hábito de la pena de muerte, reglamentada y judicialmente llevada á cabo en los pueblos modernos con un abuso inexplicable, supuesto que la sociedad al aplicarla no hace mas que suprimir de su mismo cuerpo uno de sus miembros, es causa de que se oiga con la mayor indiferencia el fatídico grito que desde el amanecer resuena por las calles del gran

pueblo, y que uno de nuestros amigos acaba de poner atinadísimamente por estribillo á un trozo de poesía romántica.

Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar.

Ese grito, precedido por la lúgubre campanilla, tan inmediata y constantemente como sigue la llama al humo, y el alma al cuerpo; este grito que implora la piedad religiosa en favor de una parte del ser que va á morir, se confunde en los aires con las voces de los que venden y revenden por las calles los géneros de alimento y de vida para los que han de vivir aquel dia. No sabemos si algun reo de muerte habrá hecho esta singular observacion, pero debe ser horrible á sus oidos el último grito que ha de oir de la *coliflorera* que pasa atronando las calles á su lado.

Leida y notificada al reo la sentencia, y la última venganza que toma de él la sociedad entera, en lucha por cierto desigual, el desgraciado es trasladado á la capilla, en donde la religion se apodera de él como de una presa ya segura : la justicia divina espera allí á recibirle de manos de la humana. Horas mortales trascurren allí para él : gran consuelo debe de ser el creer en un Dios, cuando es preciso prescindir de los hombres, ó, por mejor decir, cuando ellos prescinden de uno. La vanidad sin embargo se abre paso al través del corazon en tan terrible momento, y es raro el reo que pasada la primera impresion, en que una palidez mortal manifiesta que la sangre quiere huir y refugiarse al centro de la vida, no trata de afectar una serenidad pocas veces posible. Esta tiránica sociedad exige algo del hombre hasta en el momento en que se niega entera á él ; injusticia por cierto incomprensible ; pero reirá de la debilidad de su víctima. Parece que la sociedad al exigir valor y serenidad en el reo de muerte con sus constantes preocupaciones se hace justicia á sí misma, y extraña que no se desprecie lo poco que ella vale y sus fallos insignificantes.

En tan críticos instantes, sin embargo, rara vez desmiente cada cual su vida entera y su educacion ; cada cual obedece á sus preocupaciones hasta en el momento de ir á desnudarse de ellas para siempre. El hombre abyecto, sin educacion, sin principios, que ha sucumbido siempre ciegamente á su instinto, á su necesidad, que robó y mató maquinalmente, muere maquinalmente. Oyó un eco sordo de religion en sus primeros años, y este eco sordo, que no comprende, resuena en la capilla, en sus oidos, y pasa maquinalmente á sus labios. Falto de lo que se llama en el mundo honor, no hace esfuerzo para disimular su temor, y muere muerto. El hombre verdaderamente religioso vuelve sinceramente su corazon á Dios, y este es todo lo menos infeliz que puede el que lo es por última vez. El hombre educado á medias, que ensordeció á la voz del deber y de la religion, pero en quien estos gérmenes existen, vuelve de la continua afectacion de despreocupado en que vivió, y duda entonces y tiembla. Los que el mundo llama impíos y ateos, los que se han formado una religion acomodaticia, ó las han desechado todas para siempre, no

deben ver nada al dejar el mundo. Por último, el entusiasmo político hace veces casi siempre de valor: y en esos reos, en quienes una opinion es la preocupacion dominante, se han visto las muertes mas serenas.

Llegada la hora fatal entonan todos los presos de la cárcel, compañeros de destino del sentenciado, y sus sucesores acaso, una salve en un compás monótono, y que contrasta singularmente con las jácaras y coplas populares, inmorales é irreligiosas, que momentos antes componian juntamente con las preces de la religion el ruido de los patios y calabozos del espantoso edificio. El que hoy canta esa salve se la oirá cantar mañana.

En seguida, la cofradía vulgarmente dicha de la Paz y Caridad recibe al reo, que vestido de una túnica y un bonete amarillos, es trasladado atado de piés y manos sobre un animal, que sin duda por ser el mas útil y paciente, es el mas despreciado, y la marcha fúnebre comienza.

Un pueblo entero obstruye ya las calles del tránsito. Las ventanas y balcones están coronados de espectadores sin fin, que se pisan, se apiñan, y se agrupan para devorar con la vista el último dolor del hombre. — ¿Qué espera esa multitud? diria un extranjero que desconociese las costumbres. ¿Es un rey el que va á pasar; ese ser coronado, que es todo un espectáculo para un pueblo? ¿Es un dia solemne? ¿Es una pública festividad? ¿Qué hacen ociosos esos artesanos? ¿Qué curiosea esta nacion?—Nada de eso. Ese pueblo de hombres va á ver morir á un hombre. —¿Dónde va? — ¿Quién es? — ¡Pobrecillo! — Merecido lo tiene.—¡Ay! si va muerto ya. — ¿Va sereno? — ¡Qué entero va!

Hé aquí las preguntas y expresiones que se oyen resonar en derredor. Numerosos piquetes de infantería y caballería esperan en torno del patíbulo. He notado que en semejante acto siempre hay alguna corrida: el terror que la situacion del momento imprime en los ánimos causa la mital del desórden: la otra mitad es obra de la tropa que va á poner órden. ¡Siempre bayonetas en todas partes! ¿Cuándo veremos una sociedad sin bayonetas? ¡No se puede vivir sin instrumento de muerte! Esto no hace por cierto el elogio de la sociedad ni del hombre.

No sé por qué al llegar siempre á la plazuela de la Cebada mis ideas toman una tintura singular de melancolía, de indignacion y de desprecio. No quiero entrar en la cuestion tan debatida del derecho que puede tener la sociedad de mutilarse á sí propia: siempre resultaria ser el derecho de la fuerza, y mientras no haya otro mejor en el mundo, ¿qué loco se atreveria á rebatir ese? Pienso solo en la sangre inocente que ha manchado la plazuela; en la que la manchará todavía. ¡Un ser que como el hombre no puede vivir sin matar, tiene la osadía, la incomprensible vanidad de presumirse perfecto!

Un tablado se levanta en un lado de la plazuela: la tablazon desnuda manifiesta que el reo no es noble. ¿Qué quiere decir un reo noble? ¿Qué quiere decir garrote vil? Quiere decir indudablemente que no hay idea positiva ni sublime que el hombre no impregne de ridiculeces.

Mientras estas reflexiones han vagado por mi imaginacion, el reo ha

llegado al patíbulo : en el dia no son ya tres palos de que pende la vida del hombre; es un palo solo : esta diferencia esencial de la horca al garrote me recordaba la fábula de los Carneros de Casti, á quienes su amo proponia, no si debian morir, sino si debian morir cocidos ó asados. Sonreíame todavía de este pequeño recuerdo, cuando las cabezas de todos, vueltas al lugar de la escena, me pusieron delante que habia llegado el momento de la catastrofe : el que solo habia robado acaso á la sociedad, iba á ser muerto por ella : la sociedad tambien da ciento por uno : si habia hecho mal matando á otro, la sociedad iba á hacer bien matándole á él. Un mal se iba á remediar con dos. El reo se sentó por fin. ¡Horrible asiento! Miré el reloj : las doce y diez minutos : el hombre vivia aun... De allí á un momento una lúgubre campanada de San Millan, semejante el estruendo de las puertas de la eternidad que se abrian, resonó por la plazuela : el hombre no existia ya : todavía no eran las doce y once minutos. — « La sociedad, exclamé, estará ya satisfecha : ya ha muerto un hombre. »

UNA PRIMERA REPRESENTACION.

En los tiempos de Iriarte y de Moratin, de Comella y del abate Cladera, cuando divididas las pandillas literarias se asestaban de librería á librería, de corral á corral, las burlas y los epígramas, la primera representacion de una comedia (entonces todas eran comedias ó tragedias) era el mayor acontecimiento de la España. El buen pueblo madrileño, á cuyos oidos no habian llegado aun, ó de cuya memoria se habian borrado ya las encontradas voces de *tiranía* y *libertad*, hacia entonces la vista gorda sobre el gobierno. Su majestad cazaba en los bosques del Pardo, ó reventaba mulas en la trabajosa cuesta de la Granja; en la corte se intrigaba, poco mas ó menos como ahora, si bien con un tanto mas de hipocresía; los ministros colocaban á sus parientes y á los de sus amigos; esto ha variado completamente; la clase media iba á la oficina; entonces un empleo era cosa segura, una suerte hecha: y el honrado, el heróico pueblo iba á los toros á llamar *bribon* á boca llena á Pepe-hillo y Pedro Romero cuando el toro no se queria dejar matar á la primera. Entonces no habia mas guerra civil que los famosos bandos y parcialidades de *chorizos* y *polacos*. No se sospechaba siquiera que podia haber mas derecho que el de tirar varias cáscaras de melon á un *morcillero*, y el de acompañar la silla de manos de la Rita Luna, de vuelta á su casa desde el teatro, lloviendo dulces sobre ella. En aquellos tiempos de tiranía y de inquisicion habia sin embargo mas libertad; y no se nos tome esto en cuenta de paradojas; porque al fin se sabia por donde podia venir la tempestad, y el que entonces la pagaba era por poco avisado. En respetando al rey, y á Dios, respeto que consistia mas bien en no acordarse de ambas majestades, que en otra cosa, podia usted vivir seguro

sin carta de seguridad, y viajar sin pasaporte. Si usted queria escribir, imprimia y vendia cuanto á las mientes se le viniese, y ahí están si no las obras de Saavedra, las del mismo Comella, las de Iriarte, las de Moratin, las poesías de Quintana, que escritas en nuestros dias no podrian probablemente ver en muchos años la luz pública. Entonces ni habia espías, ni menos policía : no le ahorcaban á usted hoy por liberal y mañana por carlista, ni al dia siguiente por ambas cosas : tampoco habia esta comezon que nos consume de ilustracion y prosperidad : el que tenia un sueldo se tenia por bastante ilustrado, y el que se divertia alegremente se creia todo lo próspero posible. Y esto pesado en la balanza de las compensaciones es algo sin duda.

Habia otra ventaja, á saber; que si no queria usted cavar la tierra, ni servir al rey en las armas, cosas ambas un sí es no es incómodas; si no queria usted quemarse las cejas sobre los libros de leyes ó de medicina; si no tenia usted ramo ninguno de rentas donde meter la cabeza, ni hermana bonita, ni mujer amable, ni madre que lo hubiese sido; si no podia usted ser paje de bolsa de algun ministro ó consejero, decia usted que tenia una estupenda vocacion; vistiendo el tosco sayal tenia usted su vida asegurada, y dejando los estudios, como fray Gerundio, se metia usted á predicador. El oficio en el dia parece tambien haber perdido algunas de sus ventajas.

Por nuestros escritos conocerán nuestros lectores que no debimos nosotros alcanzar esos tiempos bienaventurados. Pero ¿quién no es hijo de alguien en el mundo? ¿Quién no ha tenido padres que se lo cuenten?

Entonces en el teatro se escuchaban pocas silbas, y el ilustrado público, menos descontentadizo, era á la par mas indulgente. Lo que por aquellos tiempos podia ser una *primera representacion*, lo ignoramos completamente; y como no nos proponemos pintar las costumbres de nuestros padres, sino las nuestras, no nos aflige en verdad demasiado esta ignorancia.

En el dia una primera representacion es una cosa importantísima para el autor de... ¿de qué diremos? Es tal la confusion de los títulos y de las obras, que no sabemos cómo generalizar la proposicion. En primer lugar hay lo que se llama *comedia antigua*, bajo cuyo rótulo general se comprenden todas las obras dramáticas anteriores á Comella; de capa y espada, de intriga, de gracioso, de figuron, etc., etc.; hay en segundo el drama, dicho melodrama, que fecha de nuestro interregno literario, traduccion de la *Porte Saint-Martin* como *el Valle del torrente*, *el Mudo de Arpenas*, etc., etc. : hay el drama sentimental y terrorífico, hermano mayor del anterior, igualmente traduccion, como *la Huérfana de Bruselas;* hay despues la comedia dicha clásica de Molière y Moratin, con su versito asonantado ó su prosa casera; hay la tragedia clásica, ora traduccion, ora original, con sus versos pomposos y su correspondiente hojarasca de metáforas y pensamientos sublimes de sangre real : hay la piececita de costumbres, sin costumbres, traduccion de Scribe : insulsa á veces, graciosita á ratos, ingeniosa por aquí y por allí; hay el drama histórico, crónica puesta en verso, ó prosa poética, con sus trajes de la

época y sus decoraciones *ad hoc*, y al uso de todos los tiempos: hay, por fin, si no me dejo nada olvidado, el drama romántico, nuevo, original, cosa nunca hecha ni oida, cometa que aparece por primera vez en el sistema literario con su cola y sus colas de sangre y de mortandad, el único verdadero; descubrimiento escondido á todos los siglos y reservado solo á los Colones del siglo XIX. En una palabra, la naturaleza en las tablas, la luz, la verdad, la libertad en literatura, el derecho del hombre reconocido, la ley sin ley.

Hé aquí que el autor ha dado la última mano á lo que sea: ya lo ha cercenado la censura decentemente; ya la empresa se ha convencido de que se puede representar, y de que acaso es cosa buena.

Entonces los periodistas, amigos del autor, saben por casualidad la próxima representacion, y en todos los periódicos se lee, entre las noticias de facciosos derrotados completamente, la cláusula que sigue:

« Se nos ha asegurado ó sabemos (el *sabemos* no se aventura todos los dias) que se va á poner en escena un drama nuevo en el teatro de... (por lo regular del Príncipe). Se nos ha dicho que es de un autor conocido ya *ventajosamente* por obras literarias de un mérito incontestable. Deben desempeñar los principales papeles nuestra célebre señora Rodriguez y el señor Latorre. La empresa no ha perdonado medio alguno para ponerlo en escena con toda aquella brillantez que requiere su argumento; y tenemos *fundados motivos* (la amistad, nadie ha dicho que no sea un motivo, ni menos que no sea fundado) para asegurar que el éxito corresponderá á las esperanzas, y que por fin el teatro español, etc., etc., » y así sucesivamente.

Luego que el público ha leido esto, es preciso ir al café del Príncipe: allí se da razon de quién es el autor, de cómo se ha hecho la comedia, de porqué la ha hecho, de que tiene varias alusiones sumamente picantes, lo cual se dice al oido: el café del Príncipe, en fin, es el memorialista, el valenciano del teatro.

¿Ha visto usted eso del drama que trae *la Revista?* — ¿Qué drama es ese? — No sé. — Sí, hombre, si es aquel que estaba componiendo... — ¡Ah! sí. ¡Hombre, debe ser bueno! — Preciso. — ¿Cómo se titula? — ¡FULANO! — ¿A secas? — No sé si tiene otro título. — Es regular. — ¿Cuántos actos? — Cinco creo. — No son actos, dice otro. — ¿Cómo? ¿no son actos? — Sí, son actos, pero... yo no sé. — ¡Ah! sí. — ¿Y muere mucha gente? — ¡Por fuerza! dicen que es bueno.

¡Gustará! dicen en otro corrillo. — Hombre, eso como este público es así... yo no me atreveria... pero mi opinion es que ó debe alborotar, ó le tiran los bancos. — ¡Hola! — No hay medio. Hay cosas atrevidas; ¡pero qué escenas! Figúrese usted que hay uno que es hijo de otro. — ¡Oiga! — Pero el hijo está enamorado... Deje usted: yo no me acuerdo si es el hijo ó el padre el que está enamorado. Es igual. El caso es que luego se descubre que la madre no es madre: no; el padre es el que no es padre; pero hay un veneno, y luego viene el otro, y el hijo ó la madre matan al padre ó al hijo. — ¡Hombre! Eso debe ser de mucho efecto. — ¡Yo lo creo! Y hay una tempestad y una decoracion oscura, tétrica, romántica...

en fin, con decirle á usted que la dama, ayer en el ensayo no podia seguir hablando. — ¡Ui!!!

Si la cosa es por otro estilo, aunque ahora no hay cosas por otro estilo: — Es bonita, dicen, solo que es pesada; pero á mí me hizo reir mucho cuando la leí; es clásica por supuesto; pero no hay accion; no sucede nada.

El autor entre tanto se las promete felices, porque en los ensayos han convenido los actores (que son muy inteligentes) que hay una escena que levanta del asiento: solo se teme que el galan, que ha creido que el papel no es para su carácter, porque no es de bastante bulto, le haga con tibieza: y el segundo gracioso no ha entendido una palabra del suyo: no hay forma de hacérselo entender. Por otra parte, una dama está un poquillo ofendida porque la protagonista, que nació demasiado pronto, tiene mas años de los que ella quiere aparentar. Y los segundos papeles están en malas manos, porque como aquí no hay actores...

Esto, sin embargo, los ensayos siguen su curso natural: el autor se consume porque los actores principales no dicen su papel en el ensayo, sino que lo rezan entre dientes. — Un poco mas energía, se atreve á decir el autor, en ademan de pedir perdon. — No tenga usted cuidado, le responden; á la noche verá usted. — Con esto apenas se atreve á hacer nuevas advertencias; si las hace, suele atraerse alguna risilla escondida; verdad es que á veces el autor suele entender de representar menos todavía que el actor.

— ¿Qué saco yo en la cabeza? le pregunta una jóven. ¿Diadema? — No es necesario. — Como soy... — No importa, se va usted á acostar cuando sucede el lance. — Es verdad.

— Y yo, ¿qué saco en las piernas? — La época, el calzon ajustado, pié y brazo acuchillados. — Es que no tengo. — Sí tienes, dice un compañero, el calzon que te sirvió para Dido. — Ya; pero eso debe ser otra época. — No importa; le pones cuatro lazos, y es eso.

Yo saco peluca rubia, dice el gracioso. — ¿Porqué rubia? — No tengo mas que rubias, todas las hacen rubias. — Bien; así como así la escena es en Francia. — ¡Ah! ¡entonces!... los franceses son rubios. — ¿Y calva, por supuesto? — No, hombre, no: si no tiene usted mas que cincuenta años. — Es que todas mis pelucas tienen calva. — Entonces saque usted lo que usted quiera.

Yo necesito un retrato, ¿qué saco? dice otro. — No, un medallon: cualquier cosa: desde fuera no se ve.

Arreglado ya lo que cada uno saca, se conviene en que las decoraciones harán efecto, porque se han anunciado como nuevas: la del pabellon de *la Expiacion*, en poniéndole cuatro retratos, es romántica enteramente, y si se añaden unas armas, no digo nada; un gabinete de la edad media; la de tal otra comedia en abriéndole dos puertas laterales, y en cerrándole la ventana, es el cuarto de la dama.

Si hay comparsas se arma una disputa sobre si se deben afeitar ó no; si tienen que afeitarse es preciso que se les den dos reales mas; ¿se han de poner limpios de balde? Para conciliar el efecto con la economía, se

convienen en que los cuatro que han de salir delante se afeiten; los que están en segundo término, ó confundidos en el grupo, pueden ahorrarse las navajas. Si deben salir músicos, es obra de romanos encontrarlos; porque es cosa degradante soplar en un serpenton, ó dar porrazos á un pergamino á la vista del público; cuando van por la calle ó de casa en casa, entonces nadie los ve.

Por fin, ha llegado la noche: merced á los anuncios de los periódicos y de los carteles, en los cuales se previene al público que si se tarda en los entreactos es porque hay que hacer, y que como la funcion es larga, no admite intermedio ni sainete; merced á estas inocentes estratagemas, se acaban los billetes al momento, y á la tarde están á dos, tres duros las lunetas. El autor ha tomado los suyos, y los amigos, que han comido con él, le tranquilizan, asegurándole que si el drama fuera malo se lo hubieran dicho francamente en las repetidas lecturas que se han hecho previamente en casa de este ó de aquel. Todo lo contrario: se han extasiado: y no es decir que no lo entiendan. El buen ingenio anda aquel dia distraido; no responde con concierto á cosa alguna; reparte algunos apretones de manos, lo mas expresivos posibles, á cuenta de aplausos, y está muy modesto; se cura en salud; refuerza alguna sonrisa para contestar á los muchos que llegan y le dicen embromándole, sin temor de Dios: « Con que hoy es la silba; voy á comprar un pito. »

¡Las seis! es preciso asistir al vestuario. — ¡Qué tal estoy! — Bien: parece usted un verdadero abate; dése usted mas negro en esa mejilla; otra raya; es usted mas viejo. Usted sí que está perfectamente, señora, y cierto que daria los mejores trozos de mi comedia por ser el galan de ella, y hacer el papel con usted. Se me figura que está frio el segundo galan. — ¡Ah! no: ya lo verá usted; ahora está bebiendo un poco de ponche para calentarse.— ¿Sí, eh? ¡Magnífico! No se le olvide á usted aquel grito en aquel verso. — No se me olvida, descuide usted; aturdiré el teatro. — Sí, un chillido sentido: como que ve usted al otro muerto. Con que salga como en el penúltimo ensayo me contento. Alborota usted con ese grito. ¡A mí me estremeció usted, y soy el autor!...

— ¡La órden! ¡La órden! gritan á esta sazon.

— ¿Cómo la órden? exclama el autor asustado. ¿La han prohibido? — No, señor, es la órden para empezar, habrá venido su alteza.

Suena una campanilla. ¡Fuera, fuera! y salen precipitadamente de la escena aquella multitud de piés que se ven debajo del telon.

¡Cuidado con los arrojes, señor autor! dice un segundo apunte cogiéndole de un brazo. — ¿Qué es eso? — Nada; los arrojes son cuatro mozos de cordel que hacen subir el telon, bajando ellos colgados de una cuerda. Se oye un estruendo espantoso: se ha descorrido la cortina, y el ingenio se refugia á un rincon de un palco segundo, detrás de su familia, ó de sus amigos, á quienes mortifica durante la representacion con repetidas interrupciones. Tiene toda la sangre en la cabeza, suda como un cavador, cierra las manos, hace gestos de desesperacion cuando se pierde un actor. — Si lo dije, si no sabe el papel. — ¿Silban? — ¿Qué murmullo es ese? — Bien, bien: este aplauso ha venido muy bien ahí:

esto va bien; ese trozo tenia que hacer efecto por fuerza. — ¡Bárbaros! ¿Porqué silban? Si no se puede escribir en este país: luego la están haciendo de una manera... Yo tambien la silbaria.

En el auditorio son otras las expresiones fugitivas.—¡Vaya! Ya tenemos el telon bajando y subiendo. — ¡Bravo! se han dejado una silla. — Mire usted aquel comparsa. ¿Qué es aquello blanco que se le ve! — ¡Hombre! ¡en esa sala han nacido árboles! — ¿Lo mató? ¡Ah! ¡ah! ¡ah! Si morirá el apuntador.— Pues, señor, hasta ahora no es gran cosa. — Lo que tiene es buenos versos.

Entre tanto la condesita de*** entra al segundo acto dando portazos para que la vean; una vez sentada no se luce el vestido; los *fashionables* suben y bajan á los palcos: no se oye: el teatro es un infierno: luego parece que el público se ha constipado adrede aquel dia. ¡Qué toser, señor, qué toser!

Llegó el quinto acto, y la mareta sorda empieza á manifestarse cada vez mas pronunciada: á la última puñalada el público no puede mas, y prorumpe por todas partes en ruidosas carcajadas: los amigos defienden el terreno; pero una llave decide la cuestion: sin duda no es la llave con que encerraba Lope de Vega los preceptos; y cae el telon entre la majestuosa algazara y con toda la pompa de la ignominia.

No sé qué propension tiene la humanidad á alegrarse del mal ajeno; pero he observado que el público sale mas alegre y decidor, mas risueño y locuaz de una representacion silbada: el autor entre tanto sale confuso y renegando de un público tan atrasado: no están todavía los españoles, dice, para esta clase de comedias: se agarra otro poco á las intrigas, otro poco á la mala representacion, y de esta suerte ya puede presentarse al dia siguiente en cualquier parte con la conciencia limpia.

Sus amigos convienen con él, y en su ausencia se les oye decir: — Yo lo dije; esa comedia no podia gustar; pero ¿quién se lo dice al autor? ¿Quién pone el cascabel al gato? -- Yo le dije que cortara lo del padre en el segundo acto: aquello es demasiado largo; pero se empeñó en dejarlo.

He observado sin embargo que los amigos literatos suelen portarse con gran generosidad; si la comedia gusta, ellos son los que como inteligentes hacen notar los defectillos de la composicion, y entonces pasan por imparciales y rectos: si la comedia es silbada, ellos son los que la disculpan y la elogian; saben que sus elogios no la han de levantar, y entonces pasan por buenos amigos. En el primer caso dicen: — Es cosa buena, ¿cómo se habia de negar? No tiene mas sino aquello, y lo otro, y lo de mas allá... ya se ve; las cosas no pueden ser perfectas.

En el segundo dicen: — Señor, no es mala; pero no es para todo el mundo: hay cosas demasiado profundas: tiene bellezas: sobre todo hay versos muy lindos.

Pero la parte indudablemente mas divertida es la de oir, acercándose á los corrillos, los votos particulares de cada cual: este la juzga mala porque dura tres horas; aquel porque mueren muchos; el otro porque hay gente de iglesia en ella; el de mas allá porque se muda de decora-

ciones: esotro porque infringe las reglas: los contrarios dicen que solo por estas circunstancias es buena. ¡Qué Babilonia, santo Dios! ¡Qué confusion!

Al dia siguiente los periódicos... Pero ¿quién es el autor? ¿Es un principiante, un desconocido? ¡Qué nube! ¿Es algo mas? ¡Qué reticencias! ¡Qué medias palabras! ¡Qué exacto justo medio!

¡Despues de todo eso, haga usted comedias!!!

LA DILIGENCIA.

Cuando nos quejamos de que *esto no marcha*, y de que la España no progresa, no hacemos mas que enunciar una idea relativa: generalizada la proposicion de esa suerte, es evidentemente falsa; reducida á sus límites verdaderos, hay un gran fondo de verdad en ella.

Así como no notamos el movimiento de la tierra, porque todos vamos envueltos en él, así no echamos de ver tampoco nuestros progresos. Sin embargo, ciñéndonos al objeto de este artículo, recordaremos á nuestros lectores que no hace tantos años carecíamos de multitud de ventajas, que han ido naciendo por sí solas y colocándose en su respectivo lugar; hijas de la época, escuelas indispensables del adelanto general del mundo. Entre ellas, es acaso la mas importante la facilitacion de las comunicaciones entre los pueblos apartados: los tiranos, generalmente cortos de vista, no han considerado en las diligencias mas que un medio de trasportar paquetes y personas de un pueblo á otro: seguros de alcanzar con su brazo de hierro á todas partes, se han sonreido imbécilmente al ver mudar de sitio á sus esclavos: no han considerado que las ideas se agarran como el polvo á los paquetes y viajan tambien en diligencia. Sin diligencias, sin navíos, la libertad estaria todavía probablemente encerrada en los Estados-Unidos. La navegacion la trajo á Europa; las diligencias han coronado la obra: la rapidez de las comunicaciones ha sido el vínculo que ha reunido á los hombres de todos los paises: verdad es que ese lazo de los liberales lo es tambien de sus contrarios; pero ¿qué importa? La lucha es así general y simultánea; solo así puede ser decisiva.

Hace pocos años, si le ocurria á usted hacer un viaje, empresa que se acometia entonces solo por motivos muy poderosos, era forzoso recorrer todo Madrid, preguntando de posada en posada por medios de trasporte. Estos se dividian entonces en coches de colleras, en galeras, en carromatos, tal cual tartana y acémilas. En la celeridad no habia diferencia ninguna: no se concebia cómo podia un hombre apartarse de un punto en un solo dia mas de seis ó siete leguas; aun así era preciso contar con el tiempo y con la colocacion de las ventas: esto, mas que viajar, era irse asomando al país, como quien teme que se le acabe el mundo al dar un paso mas de lo absolutamente indispensable. En los coches viajaban solo los poderosos: las galeras eran el carruaje de la clase aco-

modada; viajaban en ellas los empleados que iban á tomar posesion de su destino, los corregidores que mudaban de vara : los carromatos y las acémilas estaban reservadas á las mujeres de militares, á los estudiantes, á los predicadores cuyo convento no les proporcionaba mula propia. Las demás gentes no viajaban; y semejantes los hombres á los troncos, allí donde nacian, allí morian. Cada cual sabia que habia otros pueblos que el suyo en el mundo, á fuerza de fe; pero viajar por instruccion y por curiosidad, ir á París sobre todo, eso ya suponia un hombre superior, extraordinario, osado, capaz de todo : la marcha era una hazaña, la vuelta una solemnidad : y el viajero, al divisar la venta del Espíritu Santo, exclamaba estupefacto : « ¡Qué grande es el mundo! » Al llegar á París despues de dos meses de medir la tierra con los piés, hubiera podido exclamar con mas razon : « ¡Qué corto es el año! »

A su vuelta, ¡qué de gentes le esperaban, y se apiñaban á su alrededor para cerciorarse de si habia efectivamente París, de si se iba y se venia, de si era, en fin, aquel mismo el que habia ido, y no su ánima que volvia sola! Se miraba con admiracion el sombrero, los anteojos, el baul, los guantes, la cosa mas diminuta que venia de París. Se tocaba, se manoseaba, y todavía parecia imposible. ¡Ha ido á París! ¡ha vuelto de París!!! ¡Jesus!!!

Los tiempos han cambiado extraordinariamente : dos emigraciones numerosas han enseñado á todo el mundo el camino de París y Londres. Como quien hace lo mas, hace lo menos, ya el viajar por el interior es una pura bagatela, y hemos dado en el extremo opuesto : en el dia se mira con asombro al que no ha estado en París; es un punto menos que ridículo. ¿Quién será él, se dice, cuando no ha estado en ninguna parte? Y efectivamente, por poco liberal que uno sea, ó está uno en la emigracion, ó de vuelta de ella, ó disponiéndose para otra : el liberal es el símbolo del movimiento perpetuo, es el mar con su eterno flujo y reflujo. Yo no sé cómo se lo componen los absolutistas; pero para ellos no se han establecido las diligencias; ellos esperan siempre á pié firme la vuelta de su Mesías; en una palabra, siempre son de casa; este partido no tiene mas movimiento que el del caracol; toda la diferencia está en tener la cabeza fuera ó dentro de la concha. A propósito, ¿la tiene ahora dentro ó fuera?

Volviendo empero á nuestras diligencias, no entraré en la explicacion minuciosa y poco importante para el público de las causas que me hicieron estar no hace muchos dias en el patio de la casa de postas, donde se efectúa la salida de las diligencias llamadas *reales*, sin duda por lo que tienen de efectivas. No sé qué tienen las diligencias de comun con su majestad; una empresa particular las dirige, el público las llena y las sostiene. La misma duda tengo con respecto á los *billares;* pero como si hubiera yo de extender ahora en el papel todas mis dudas no haria gran diligencia en el artículo de hoy, prescindiré de digresiones, y diré en último resultado, que ora fuese á despedir á un amigo, ora fuese á recibirle, ora en fin con cualquier otro objeto, yo me hallaba en el patio de las diligencias.

No es fácil imaginar qué multitud de ideas sugiere el patio de las diligencias; yo por mi parte me he convencido que es uno de los teatros mas vastos que puede presentar la sociedad moderna al escritor de costumbres.

Todo es allí materiales, pero hechos ya y elaborados : no hay sino ver y coger. A la entrada le llama á usted ya la atencion un pequeño aviso que advierte pegado en un poste, que nadie puede entrar en el establecimiento público sino los viajeros, los mozos que traen sus fardos, los dependientes y las personas que vienen á despedir ó recibir á los viajeros : es decir, que allí solo puede entrar todo el mundo. Al lado numerosas y largas tarifas indican las líneas, los itinerarios, los precios : aconsejaremos sin embargo á cualquiera que reproduzca, al ver las listas impresas, la pregunta de aquel palurdo que iba á entrar años pasados en el botánico con chaqueta y palo, y á quien un dependiente decia : — No se puede pasar en ese traje : ¿no ve el cartel puesto de ayer?— Sí, señor, contestó el palurdo, pero... ¿eso rige todavía?

Lea, pues, el curioso las tarifas y pregunte luego : verá cómo no hay carruajes para muchas de las líneas indicadas; pero no se desconsuele, le dirán la razon. « ¡Como los facciosos están por ahí, y por allí, y por mas allá!!! » Esto siempre satisface : verá además cómo los precios no son los mismos que cita el aviso; en una palabra, si el curioso quiere proceder por órden, pregunte y lea despues, y si quiere atajar, pregunte y no lea. La mejor tarifa es un dependiente; podrá suceder que no haya quien dé razon; pero en ese caso puede volver á otra hora; ó no volver si no quiere.

El patio comienza á llenarse de viajeros y de sus familias y amigos : los unos se distinguen fácilmente de los otros. Los viajeros entran despacio : como muy enterados de la hora, están ya como en su casa: los que vienen á despedirle, si no han venido con ellos, entran de prisa y preguntando : « ¿Ha marchado ya la diligencia? Ah, no; aquí está todavía. » Los primeros tienen capa ó capote, aunque haga calor; echarpé al cuello y gorro griego ó gorra si son hombres : si son mujeres gorro ó papalina, y un enorme ridículo; allí va el pañuelo, el abanico, el dinero, el pasaporte, el vaso de camino, las llaves, ¡qué mas sé yo!

Los acompañantes, portadores de menos aparato, se presentan vestidos de ciudad, á la ligera.

A la derecha del patio se divisa una pequeña habitacion; agrupados allí los viajeros al lado de sus equipajes, piensan el último momento de su estancia en la poblacion : media hora falta solo : una niña, ¡qué jóven, qué interesante! apoyada la mejilla en la mano, parece exhalar la vida por los ojos cuajados en lágrimas : á su lado el objeto de sus miradas procura consolarla, oprimiendo acaso por última vez su lindo pié, su trémula mano... « Vamos, niña, dice la madre, robusta é impávida matrona, á quien nadie oprime nada, y cuya despedida no es la primera ni la última, ¿á qué vienen esos llantos? No parece sino que nos vamos del mundo. »

Un militar que va solo examina curiosamente las compañeras de viaje;

en su aire determinado se conoce que ha viajado y conoce á fondo todas las ventajas de la presion de una diligencia. Sabe que en diligencia el amor sobre todo hace mucho camino en pocas horas. La naturaleza en los viajes, desnuda de las consideraciones de la sociedad, y muchas veces del pudor, hijo del conocimiento de las personas, queda sola y triunfa por lo regular. ¿Cómo no adherirse á la persona á quien nunca se ha visto, á quien nunca se volverá acaso á ver, que no le conoce á uno, que no vive en su círculo, que no puede hablar ni desacreditar, y con quien se va encerrado dentro de un cajon dos, tres dias con sus noches? Luego parece que la sociedad no está allí: una diligencia viene á ser para los dos sexos una isla desierta; y en las islas desiertas no seria precisamente donde tendríamos que sufrir mas desaires de la belleza. Por otra parte, ¡qué franqueza tan natural no tiene que establecerse entre los viajeros! ¡qué multitud de ocasiones de prestarse mutuos servicios! ¡cuántas veces al dia se pierde un guante, se cae un pañuelo, se deja olvidado algo en el coche ó en la posada! ¡cuántas veces hay que dar la mano para bajar ó subir! Hasta el rápido movimiento de la diligencia parece un aviso secreto de lo rápida que pasa la vida, de lo precioso que es el tiempo; todo debe ir de prisa en diligencia. Una salida de un pueblo deja siempre cierta tristeza que no es natural al hombre: sabido es que nunca está el corazon mas dispuesto á recibir impresiones que cuando está triste: los amigos, los parientes que quedan atrás dejan un vacío inmenso. ¡Ah! ¡la naturaleza es enemiga del vacío!

Nuestro militar sabe todo esto: pero sabe tambien que toda regla tiene excepciones, y que la edad de quince años es la edad de las excepciones; pasa, pues, rápidamente al lado de la niña con una sonrisa, mitad burlesca, mitad compasiva. — Pobre niña, dice entre dientes: lo que es la poca edad: si pensará que no se aprecian las caras bonitas mas que en Madrid: el tiempo le enseñará que es moneda corriente en todos paises.

Una bella parece despedirse de un hombre de unos cuarenta años: el militar fija el lente: ella es la que parte; hay lágrimas, sí; pero ¿cuándo no lloran las mujeres? las lágrimas por sí solas no quieren decir nada; luego hay cierta diferencia entre estas y las de la niña: una sonrisa de satisfaccion se dibuja en los labios del militar. Entre las ternezas de despedida se deslizan algunas frases, que no son reñir enteramente, pero poco menos: hay cierta frialdad, cierto dominio en el hombre. ¡Ah! es su marido. — Se puede querer mucho á su marido, dice el militar para sí, y hacer un viaje divertido.

— ¡Voto va! ya ha marchado, entra gritando un original cuyos bolsillos vienen llenos de salchichon para el camino, de frasquetes ensogados, de petacas, de gorros de dormir, de pañuelos, de chismes de encender... ¡Ah! ¡ah! este es un verdadero viajero: su mujer le acosa á preguntas: — ¿Se ha olvidado el pastel? — No, aquí le traigo. — ¿Tabaco? — No, aquí está. — ¿El gorro? — En este bolsillo. — ¿El pasaporte? — En este otro.

Su exclamacion al entrar no carece de fundamento; faltan solo minu-

tos, y no se divisa disposicion alguna de viaje. La calma de los mayorales y zagales contrasta singularmente con la prisa y la impaciencia que se nota en las menores acciones de los viajeros; pero es de advertir que estos al ponerse en camino alteran el órden de su vida para hacer una cosa extraordinaria; el mayoral y el zagal por el contrario hacen lo de todos los dias.

Por fin, se adelanta la diligencia, se aplica la escalera á sus costados, y la vaca recibe en su seno los paquetes: en menos de un minuto está dispuesta la carga, y salen los caballos lentamente á colocarse en su puesto. Es de ver la impasibilidad del conductor á las repetidas solicitudes de los viajeros. — A ver, esa maleta; que vaya donde se pueda sacar. — Que no se moje ese baul. — Encima ese saco de noche. — Cuidado con la sombrerera. — Ese paquete, que es cosa delicada. Todo lo oye, lo toma, lo encajona, á nadie responde; es un tirano en sus dominios. — La hoja, señores, ¿tienen ustedes todos sus pasaportes? ¿Están todos? Al coche, al coche.

El patio de las diligencias es á un cementerio lo que el sueño á la muerte, no hay mas diferencia que la ausencia y el sueño pueden no ser para siempre; no les comprende el terrible *voi ch'intrate lasciate ogni speranza*, de Dante.

Se suceden los últimos abrazos, se renuevan los últimos apretones de manos; los hombres tienen vergüenza de llorar y se reprimen, y las mujeres lloran sin vergüenza.

— Vamos, señores, repite el conductor: y todo el mundo se coloca. La niña, anegada en lágrimas, cae entre su madre y un viejo achacoso que va á tomar las aguas: la bella casada entre una actriz que va á las provincias, y que lleva sobre las rodillas una gran caja de carton con sus preciosidades de reina y princesa, y una vieja monstruosa que lleva encima un perro faldero, que ladra y muerde por el pronto como si viese al aguador, y que hará probablemente algunas otras gracias por el camino. El militar se arroja de mal humor en el cabriolé, entre un francés que le pregunta: « ¿Tendremos ladrones? — y un fraile corpulento, que con arreglo á su voto de humildad y de penitencia, va á viajar en estos carruajes tan incómodos. La rotonda va ocupada por el hombre de las provisiones: una robusta señora que lleva un niño de pecho y un bambino de cuatro años, que salta sobre sus piernas para asomarse de continuo á la ventanilla; una vieja verde, llena de años y de lazos, que arregla entre las piernas del suculento viajero una caja de un loro, é hinca el codo para colocarse en el costado de un abogado, el cual hace un gesto, y vista la mala compañía en que va, trata de acomodarse para dormir, como si fuera ya juez. Empaquetado todo el mundo se confunden en el aire los ladridos del perrito, la tos del fraile, el llanto de la criatura; las preguntas del francés, los chillidos del bambino, que arrea caballos desde la ventanilla, los sollozos de la niña, los juramentos del militar, las palabras enseñadas del loro, y multitud de frases de despedida. — A Dios — hasta la vuelta — tantas cosas á Pepe: — envíame el papel que se ha olvidado — que escribas en llegando. — Buen viaje.

Por fin suena el agudo rechinido del látigo, la mole inmensa se conmueve, y estremeciendo el empedrado, se emprende el viaje, semejante en la calle á una casa que se desprendiese de las demás con todos sus trastos é inquilinos á buscar otra ciudad en donde empotrarse de nuevo.

EL DUELO.

Muy incrédulo seria preciso ser para negar que estamos en el siglo de las luces y de la mas extremada civilizacion : el hombre ha dado ya con la verdad, y la razon mas severa preside á todas las acciones y costumbres de la generacion del año 1835.

Dejaremos á un lado, por no ser hoy de nuestro asunto, la perfeccion á que se ha llegado en punto á religion y á política, dos cosas esencialísimas en nuestra manera actual de existir, y á que los pueblos dan toda la importancia que indudablemente se merecen. En el primero no tenemos preocupacion ninguna, no abrigamos el mas mínimo error; y cuando decimos con orgullo que el hombre es el ser mas perfecto, la hechura mas acabada de la creacion, solo añadimos á las verdades reconocidas otra verdad mas innegable todavía. Hacemos muy bien en tener vanidad. Si hemos adelantado en política, dígalo la estabilidad que alcanzamos, la fijacion de nuestras ideas y principios : no solo sabemos ya cuál es el buen gobierno, el único bueno, el verdadero secreto para constituir y conservar una sociedad bien organizada, sino que lo sabemos establecer y lo gozamos con toda paz y tranquilidad. Acerca de sus bases estamos todos acordes, y es tal nuestra ilustracion, que una vez reconocida la verdad y el interés político de la sociedad, toda guerra civil, toda discordia viene á ser imposible entre nosotros; así es que no las hay. Que hubiese guerra en los tiempos bárbaros y de atraso, en los cuales era preciso valerse hasta de la fuerza para hacer conocer al hombre cuál era el Dios á quien habia de adorar, ó el rey á quien habia de servir... nada mas natural. Ignorantes entonces los mas, y poco ilustrados, no fijadas sus ideas sobre ninguna cosa, forzoso era que fuese presa de multitud de ambiciosos, cuyos intereses estaban encontrados. Empero ahora, en el siglo de la ilustracion, es cosa bien difícil que haya una guerra en el mundo. Así es que no las hay. Y si las hubiera seria en defensa de derechos positivos, de intereses materiales, no de un apellido, no del nombre de un ídolo. La prueba de esto mismo es bien fácil de encontrar. Esa poca de guerra, *que empieza ahora*, en nuestras provincias, es indudablemente por derechos claros y bien entendidos : sobre todo, si alguno de los partidos contendientes pudiese ir á ciegas en la lid, é ignorar lo que defiende, no seria ciertamente el partido mas ilustrado, es decir, el liberal. Este bien sabe por lo que pelea; pelea por lo que tiene, por lo que le han concedido, por lo que él ha conquistado.

En un siglo en que ya se ven las cosas tan claras, y en que ya no es

fácil abusar de nadie, en el siglo de las luces, una de las cosas sobre que está mas fijada la pública opinion, es el honor, quisicosa que, *en el sentido que en el dia le damos*, no se encuentra nombrada en ninguna lengua antigua. Hijo este *honor* de la edad media y de la confluencia de los godos y los árabes, se ha ido comprendiendo y perfeccionando á tal grado, á la par de la civilizacion, que en el dia no hay una sola persona que no tenga su honor á su manera: todo el mundo tiene honor.

En los tiempos antiguos, tiempos de confusion y de barbarie, el que faltando á otro abusaba de cualquier superioridad que le daban las circunstancias ó su atrevimiento, se infamaba á sí mismo, y sin hablar tanto de honor quedaba deshonrado. Ahora es enteramente al revés. Si una persona baja ó mal intencionada le falta á usted, usted es el infamado. ¿Le dan á usted un bofeton? Todo el mundo le desprecia á usted, no al que le dió. ¿Le faltan á usted su mujer, su hija, su querida? Ya no tiene usted honor. ¿Le roban á usted? Usted robado queda pobre, y por consiguiente deshonrado. El que le robó, que quedó rico, es un hombre de honor. Va en el coche de usted y es un hombre decente, caballero. Usted se quedó á pié, es usted gente ordinaria, canalla. ¡Milagros todos de la ilustracion!

En la historia antigua no se ve un solo ejemplo de un duelo. Agamenon injuria á Aquiles, y Aquiles se encierra en su tienda, pero no le pide satisfaccion: Alcibiades alza el palo sobre Temístocles, y el gran Temístocles, segun una expresion de nuestra moderna civilizacion, queda como un cobarde.

El duelo, en medio de la duracion del mundo, es una invencion de ayer: cerca de seis mil años se ha tardado en comprender que cuando uno se porta mal con otro, le queda siempre un medio de enmendar el daño que le ha hecho, y este medio es matarle. El hombre es lento en todos sus adelantos, y si bien camina indudablemente hácia la verdad, suele tardar en encontrarla.

Pero una vez hallado el desafío, se apresuraron los reyes y los pueblos, visto que era cosa buena, á erigirlo en ley, y por espacio de muchos siglos no hubo entre caballeros otra forma de enjuiciar y sentenciar el combate. El muerto, el caido era el culpable siempre en aquellos tiempos: la cosa no ha cambiado por cierto. Siguiendo, empero, el curso de nuestros adelantos, se fueron haciendo cabida los jueces en la sociedad, se levantó el edificio de los tribunales con su séquito de escribanos, notarios, autos, fiscales y abogados, que dura todavía y parece tener larga vida, y se convino en que los *juicios de Dios* (así se habia llamado á los desafíos jurídicos, merced al empeño de mezclar constantemente á Dios en nuestras pequeñeces) eran cosa mala. Los reyes entonces alzaron la voz en nombre del Altísimo, y dijeron á los pueblos: « No mas juicios de Dios; en lo sucesivo nosotros juzgaremos. »

Prohibidos los juicios de Dios, no tardaron en prohibirse los duelos; pero si las leyes dijeron: « No os batireis, » los hombres dijeron: « No os obedeceremos; » y un autor de muy buen criterio asegura que las épocas de rigorosa prohibicion han sido las mas señaladas por el abuso del de-

safío. Cuando los delitos llegan á ser de cierto bulto, no hay pena que los reprima. Efectivamente, decir á un hombre : « No te harás matar, pena de muerte, » es provocarle á que se ria del legislador cara á cara; es casi tan ridículo como la pena de muerte establecida en algunos paises contra el suicidio; sabia ley que determina que se quite la vida á todo el que se mate, sin duda para su escarmiento.

Se podria hacer á propósito de esto la observacion general de que solo se han obedecido en todos tiempos las leyes que han mandado hacer á los hombres su gusto; las demás se han infringido y han acabado por caducar. El lector podrá sacar de esto alguna consecuencia importante.

Efectivamente, al prohibir los duelos en distintas épocas, no se ha hecho mas que lo que haria un jardinero que tirase la fruta queriendo acabarla; el árbol en pié todos los años volveria á darle nueva tarea.

Mientras el *honor* siga entronizado donde se le ha puesto; mientras la opinion pública valga algo, y mientras la ley no esté de acuerdo con la opinion pública, el duelo será una consecuencia forzosa de esta contradiccion social. Mientras todo el mundo se ria del que se deje injuriar impunemente, ó del que acuda á un tribunal para decir : « Me han injuriado » será forzoso que todo agraviado elija entre la muerte y una posicion ridícula en sociedad. Para todo corazon bien puesto la duda no puede ser de larga duracion : y el mismo juez que con la ley en la mano sentencia á pena capital al desafiado indistintamente ó al agresor, deja acaso la pluma para tener la espada en desagravio de una ofensa personal.

Por otra parte, si se prescinde de la parte de preocupacion mas ó menos visible ó sublime del pundonor, y si se considera en el duelo el mero hecho de satisfacer una cuenta personal, diré francamente que comprendo que el asesino no tenga derecho á quitar la vida á otro, por dos razones : primera, porque se la quita contra su gusto siendo suya : segunda, porque él no da nada en cambio.

Los duelos han tenido sus épocas y sus fases enteramente distintas : en un principio se batian los duelistas á muerte, á todas armas, y tras ellos sus segundos : cada injuria producia entonces una escaramuza. Posteriormente se introdujo el duelo á primera sangre; el primero le comprendo sin disculparle; el segundo ni le comprendo ni le disculpo; es de todas las ridiculeces la mayor : los padrinos ó testigos han sucedido á los segundos, y su incumbencia en el dia se reduce á impedir que su mala fe abuse del valor ó del miedo. Al arma blanca se sustituye muchas veces la pistola, arma de cobarde, con que nada le queda que hacer al valor sino morir; en que la destreza es infame si hay superioridad, é inútil si hay igualdad.

La libertad empero, sino es la licencia de mi imaginacion, me ha llevado mas lejos de lo que yo pretendia ir : al comenzar este artículo no era mi objeto explorar si las sociedades modernas entienden bien el honor, ni si esta palabra es algo; individuo de ellas y amamantado con sus preocupaciones, no seré yo quien me ponga de parte de unas leyes que la opinion pública repugna, ni menos de parte de una costumbré que la razon reprueba. Confieso que pensaré siempre en este particular como

Rousseau, y los mas rígidos moralistas y legisladores, y obraré como el primer calavera de Madrid. ¡Triste lote del hombre el de la inconsecuencia!

Mi objeto era referir simplemente un hecho de que no ha muchos meses fuí testigo ocular; pero como yo no presencié, digámoslo así, mas que el desenlace, mis lectores me perdonarán si tomo mi relacion *ab ovo*.

Mi amigo Cárlos, hijo del marqués de***, era heredero de bienes cuantiosos, que eran en él, al revés que en el mundo, la menos apreciable de sus circunstancias. Adorado de sus padres, que habian empleado en su educacion cuanto esmero es imaginable, Cárlos se presentó en el mundo con talento, con instruccion, con todas esas superfluidades de primera necesidad, con una herencia capaz de asegurar la fortuna de varias familias, con una figura á propósito para hacer la de muchas mujeres, y con un carácter destinado á constituir la de todo el que de él dependiese.

Pero desgraciadamente la diferencia que existe entre los necios y los hombres de talento suele ser solo que los primeros dicen necedades, y los segundos las hacen: mi amigo entró en sociedad, y á poco tiempo hubo de enamorarse; los hombres de imaginacion necesitan mujeres muy picantes ó muy sensibles, y esta especie de mujeres deben de ser mejores para ajenas que para propias. La jóven Adela era sin duda alguna de las picantes: hermosa á sabiendas suyas, y con una conciencia de su belleza acaso harto pronunciada, sus padres habian tratado de adornarla de todas las buenas cualidades de sociedad; la sociedad llama buenas cualidades en una mujer lo que se llama alcance en una escopeta y tino en un cazador; es decir, que se habia formado á Adela como una arma ofensiva con todas las reglas de la destruccion: en punto á la coquetería era una obra acabada, y capaz de acabar con cualquiera; muy poco sensible, en realidad, podia fingir admirablemente todo ese sentimentalismo, sin el cual no se alcanza en el dia una sola victoria; cantaba con una languidez mortal; le miraba á usted con ojos de víctima espirante, siendo ella el verdugo; bailaba como una sílfide desmayada: hablaba con el acento del candor y de la conmocion; y de cuando en cuando un destello de talento ó de gracia venia á iluminar su tétrica conversacion, como un relámpago derrama una ráfaga de luz sobre una noche oscura.

¿Cómo no adorar á Adela? Era la verdad entre la mentira, el candor entre la malicia, decia mi amigo al verla en el gran mundo; era el cielo en la tierra.

Los padres no deseaban otra cosa: era un partido brillante, la boda era para entrambos una especulacion; de suerte que lo que sin razon de estado no hubiera pasado de ser un amor, una calamidad, pasó á ser un matrimonio. Pero cuando el mundo exige sacrificios los exige completos, y el de Cárlos lo fué; la víctima debia ir adornada al altar. Negocio hecho: de allí á poco Cárlos y Adela eran uno.

He oido decir muchas veces que suele salir de una coqueta una buena madre de familias: tambien suele salir de una tormenta una cosecha: yo soy de opinion que la mujer que empieza mal, acaba peor. Adela fué un

ejemplo de esta verdad : medio año hacia que se habia unido con santos vínculos á Cárlos; la moda exigia cierta separacion, cierto abandono. ¿Cuánto no se hubiera reido el mundo de un marido atento á su mujer? Adela por otra parte estaba demasiado bien educada para hacer caso de su marido. ¡La sociedad es tan divertida y los jóvenes tan amables! ¿Qué hace usted en un rigodon si le oprimen la mano? ¿Qué contesta usted si le repiten cien veces que es interesante? Si tiene usted visita todos los dias, ¿cómo cierra usted sus puertas? Es forzoso abrirlas, y por lo regular de par en par.

Un jóven del mejor tono fué mas asiduo y mañoso, y Adela abrazó por fin las reglas del gran mundo : el jóven era orgulloso, y entre el cúmulo de adoradores de camino trillado parece despreciar á Adela; con mujeres coquetas y acostumbradas á vencer, rara vez se deja de llegar á la meta por ese camino. ¡Adela no queria faltar á su virtud... pero Eduardo era tan orgulloso!!! Era preciso humillarlo : esto no era malo; era un juego; siempre se empieza jugando. Cómo se acaba no le diré; pero así acabó Adela como se acaba siempre.

La mala suerte de mi amigo quiso que entre tanto marido como llega á una edad avanzada diariamente con la venda de himeneo sobre los ojos, él solo entreviese primero su destino, y lo supiese despues positivamente. La cosa desgraciadamente fué escandalosa, y el mundo exigia una satisfaccion. Cárlos hubo de dársela. Eduardo fué retado, y llamado yo como padrino no pude menos de asistir á la satisfaccion.

A las cinco de la mañana estábamos los contendientes y los padrinos en la puerta de..., de donde nos dirigimos al teatro frecuente de esta especie de luchas. Esta no era de aquellas que debian acabar con su almuerzo. Una mujer habia faltado, y el *honor* exigia en reparacion la muerte de dos hombres. Es incomprensible, pero es cierto.

Se eligió el terreno, se dió la señal, y los dos tiros salieron á un tiempo : de allí á poco habia espirado un hombre útil á la sociedad. Cárlos habia caido, pero habian quedado en pié su *mujer* y su *honor*.

Un año hizo ayer de la muerte de Cárlos : su familia, sus amigos le lloran todavía.

¡Hé aquí el mundo! ¡hé aquí el honor! ¡he aquí el duelo!

EL ALBUM.

El escritor de costumbres no escribe exclusivamente para esta ó aquella clase de la sociedad, y si le puede suceder el trabajo de no ser de ninguna de ellas leido, debe de figurarse al menos, mientras que su modestia ó su desgracia no sean suficientes á hacerle dejar la pluma, que escribe imparcialmente para todos. Ni los colores que han de dar vida al cuadro de las costumbres de un pueblo ó de una época pudieran por otra parte tomarse en un cálculo determinado y reducido; la mezcla atinada de

todas las gradaciones diversas es la que puede únicamente formar el todo, y es forzoso ir á buscar en distintos puntos las tintas fuertes y las medias tintas, el claro oscuro, sin los cuales no habria cuadro.

La cuna, la riqueza, el talento, la educacion, á veces obrando separadamente, obrando otras de consuno, han subdividido siempre á los hombres hasta lo infinito, y lo que se llama en general la sociedad es un amalgama de mil sociedades colocadas en escalon, que solo se rozan en sus fronteras respectivas unas con otras, y las cuales no reune en un todo compacto en cada país sino el vínculo de una lengua comun, y de lo que se llama entre los hombres patriotismo ó nacionalismo. Hay mas puntos de contacto entre una reunion de *buen tono* de Madrid y otra de Lóndres ó de París, que entre un habitante de un cuarto principal de la calle del Príncipe y otro de un cuarto bajo de Avapies, sin embargo de ser estos dos españoles y madrileños.

Sabiendo esto el escritor de costumbres no desdeña muchas veces salir de un brillante *rout*, ó del mas elegante sarao, y previa la conveniente transformacion de traje, pasar en seguida á contemplar una escena animada de un mercado público ó entrar en una simple horchatería á ser testigo del modesto refresco de la capa inferior del pueblo, cuyo carácter trata de escudriñar y bosquejar.

¡Qué de costumbres diversas establecidas en una atmósfera, que en otra inferior, ni aun sabiéndolas se comprenderian! El título de este artículo, sin ir mas lejos, es verdadero griego para la inmensa mayoría que compone este pueblo. No harán, pues, un gesto de desagrado nuestras elegantes lectoras cuando nos vean explicar la significacion de nuestro título: esta explicacion no es ciertamente para ellas; pero nosotros no tenemos la culpa si su extraordinaria delicadeza y si su civilizacion llevada al extremo que forma de ellas un pueblo aparte, y pueblo escogido, nos pone en el caso de empezar para traducir hasta las palabras de su elegante vocabulario, cuando queremos dar cuenta al público entero de los usos de su impagable sociedad.

El que la voz *album* no sea castellana es para nosotros, que ni somos ni queremos ser *puristas*, objecion de poquísima importancia; en ninguna parte hemos encontrado todavía el pacto que ha hecho el hombre con la divinidad ni con la naturaleza de usar de tal ó cual combinacion de sílabas para explicarse; desde el momento en que por mutuo acuerdo una palabra se entiende, ya es buena: desde el punto en que una lengua es buena para hacerse entender en ella, cumple con su objeto, y mejor será indudablemente aquella cuya elasticidad le permite dar entrada á mayor número de palabras exóticas, porque estará segura de no carecer jamás de las voces que necesite: cuando no las tenga por sí, las traerá de fuera. En esta parte diremos de buena fe lo que ponia Iriarte irónicamente en boca de uno que *estropeaba* la lengua de Garcilaso:

> « Que si él habla lengua castellana,
> Yo hablo la lengua que me da la gana. »

Pasando por alto este inconveniente, el *album* es un enorme libro, en

cuya forma es esencial condicion que se observe la del papel de música. Debe de estar, como la mayor parte de los hombres, por de fuera, encuadernado con un lujo asiático, y por dentro en blanco : su carpeta, que será mas elegante si puede cerrarse á guisa de cartera, debe ser de la materia mas rica que se encuentre, adornada con relieves del mayor gusto, y la cifra ó las armas del dueño : lo mas caro, lo mas inglés, eso es lo mejor : razon por la cual seria muy difícil lograr en España uno capaz de competir con los extranjeros. Solo el conocido y el hábil *Alegría* podria hacer una cosa que se aproximase á un *album* decente. Pero en cambio es bueno advertir que una de las circunstancias que debe tener, es que se pueda decir de él : « Ya me han traido el *album* que encargué á Lóndres. » Tambien se puede decir en lugar de Lóndres, Paris; pero es mas vulgar, mas trivial. Por lo tanto, nosotros aconsejamos á nuestras lectoras que digan *Lóndres :* lo mismo cuesta una palabra que otra; y por supuesto que digan de todas suertes que se lo han enviado de fuera, ó que lo han traido ellas mismas cuando estuvieron allá la primera, la segunda, ó cualquiera vez, y aunque sea obra de *Alegría.*

¿Y para qué sirve, me dirá otra especie de lectores, ese gran librote, esa especie de misal, tan rico y tan enorme, tan extranjero y tan raro ? ¿De qué trata?

Vamos allá. Ese librote es, como el abanico, como la sombrilla, como la tarjeta, un mueble enteramente de uso de señora, y una elegante sin *album* seria ya en el dia un cuerpo sin alma, un rio sin agua, en una palabra, una especie de Manzanares. El *album*, claro está, no se lleva en la mano, pero se trasporta en el coche ; el *album* y el *coche* se necesitan mutuamente : lo uno no puede ir sin lo otro ; es el agua con el chocolate ; el *album* se envia además con el lacayo de una parte á otra. Y como siempre está yendo y viniendo, hay un lacayo destinado á sacarlo ; el lacayo y el *album* es el ayo y el niño.

¿De qué trata? No trata de nada ; es un libro en blanco. Como una bella conoce de rigor á los hombres de talento en todos ramos, es un libro el *album* que la bella envia al hombre distinguido para que este estampe en una de sus inmensas hojas, si es poeta, unos versos, si es pintor, un dibujo, si es músico, una composicion, etc. En su verdadero objeto es un repertorio de la vanidad : cuando una hermosa, por otra parte, le ha dispensado á usted la lisonjera distincion de suplicarle que incluya algo en su *album,* es muy natural pagarle en la misma moneda; de aquí el que la mayor parte de los versos contenidos en él suelen ser variaciones de distintos autores sobre el mismo tema de la hermosura y de la amabilidad de su dueño. Son distintas fuentes donde se mira y se refleja un solo Narciso. El *album* tiene una virtud singular, por la cual deben apresurarse á hacerse con él todas las elegantes que no lo tengan, si hay alguna á la sazon en Madrid : hemos reparado que todas las dueñas de *album* son hermosas, graciosas, de gran virtud y talento, y amabilísimas : así consta á lo menos de todos estos libros en blanco, conforme van tomando color.

Como el caso es tener un recuerdo, propio, intrínsecamente de la

persona misma, es indispensable que lo que se estampe vaya de puño y letra del autor; un *album*, pues, viene á ser un *panteon* donde vienen á enterrarse en calidad de préstamos adelantados hechos á la posteridad una porcion de notabilidades; á pesar de que no todos los hombres de mérito de un *album* lo son igualmente en las edades futuras. Y como por una distincion de exquisito precio, la amistad participa del privilegio del mérito, de poner algo en el *album*, y como se puede ser muy buen amigo y no tener ninguna especie de mérito, un *album* viene á ser frecuentemente, mas bien que un panteon, un cementerio, donde están enterrados, tabique por medio, los tontos al lado de los discretos, con la única diferencia de que los segundos honran al *album*, y este honra á los primeros.

Sabido el objeto del *album*, cualquiera puede conocer la causa á que debe su orígen : el orgullo del hombre se empeña en dejar huellas por todas partes; en rigor las pirámides famosas ¿qué son sino la firma de los Faraones en el gran *album* de Egipto? Todo monumento es el *fac simile* del pueblo que le erigió, estampado en el grande *album* del triunfo. ¿Qué es la historia sino el *album* donde cada pueblo viene á depositar sus obras?

La Alhambra está llena de los nombres de viajeros ilustres que no han querido pasar adelante sin enlazar con aquellos grandes recuerdos sus grandes nombres; esto que es lícito en un hombre de mérito, confesado por todos, es risible en un desconocido, y conocemos un sugeto que se ha puesto en ridículo en sociedad por haber estampado en las paredes de la venerable antigüedad de que acabamos de hablar, debajo del letrero puesto por Chateaubriand : « Aquí estuvo tambien Pedro Fernandez el dia tantos de tal año. » Sin embargo, la accion es la misma, por parte del que la hace.

Hé aquí cómo motiva el orígen de la moda del *album* un autor francés, que escribia como nosotros un artículo de costumbres acerca de él el año 11, época en que comenzó á hacer furor esta moda en París :

« El orígen del *album* es noble, santo, majestuoso. San Bruno habia fundado en el corazon de los Alpes la cuna de su órden; dábase allí hospitalidad por espacio de tres dias á todo viajero. En el momento de su partida se le presentaba un registro, invitándole á escribir en él su nombre, el cual iba acompañado por lo regular de algunas frases de agradecimiento, frases verdaderamente inspiradas. El aspecto de las montañas, el ruido de los torrentes, el silencio del monasterio, la religion grande y majestuosa, los religiosos humildes y penitentes, el tiempo despreciado, y la eternidad siempre presente, debian de hacer nacer bajo la pluma de los huéspedes que se sucedian en la augusta morada altos pensamientos y delicadas expresiones. Hombres de gran mérito depositaron en este repertorio cantidad de versos y pensamientos justamente célebres. El *album* de la Gran Cartuja es incontestablemente el padre y modelo de los *albums*. »

Esta aficion, recien nacida, cundió extraordinariamente; los ingleses asieron de ella; los franceses no la despreciaron, y todo hombre de al-

guna celebridad fué puesto á contribucion : el valor por consiguiente de un *album* puede ser considerable; una pincelada de Goya, un capricho de David, ó de Vernet, un trozo de Chateaubriand, ó de lord Byron, la firma de Napoleon, todo esto puede llegar á hacer de un *album* un mayorazgo para una familia.

Nuestras señoras han sido las últimas en esta moda como en otras, pero no las que han sabido apreciar menos el valor de un *album:* ni es de extrañar: el libro en blanco es un templo colgado todo de sus trofeos; es su *lista civil*, su presupuesto, ó por lo menos el de su amor propio. Y en rigor, ¿qué es una bella sino un *album*, á cuyos piés todo el que pasa deposita su tributo de admiracion? ¿Qué es su corazon muchas veces sino *album?* Perdónenos la atrevida comparacion ; ¡pero dichoso el que encuentra en esta especie de *album* todas las hojas en blanco! ¡Dichoso el que no pudiendo ser el primero (no pende siempre de uno el madrugar) puede ser siquiera el último!

El *album* no se llama nunca *el album*, sino *mi album;* esto es esencial. En rigor las señoras no han tomado de él mas que la parte agradable: todos los inconvenientes están de parte de los que han de quitarle hoja á hoja la calidad de *blanco.* ¡Qué admirable fecundidad no se necesita para grabar un cumplimiento, por lo regular el mismo, y siempre de distinto modo, en todos los *albums* que vienen á parar á manos de uno! Luego ¡hay tantas mujeres á quienes es mas fácil profesar amor que decírselo! ¡Cuánta habilidad no es menester para que comparados despues estos diversos depósitos no pueda picarse ningun amor propio! ¡Qué delicadeza para decir galanterías, que no sean mas que galanterías, á una hermosa de la cual solo se conoce el *album!*

Si este es el mueble indispensable de una mujer de moda, tambien es la desesperacion del poeta, del hombre de mérito, del amigo. Siempre se espera mucho del talento, y nunca es mas difícil lucirle que en semejantes ocasiones.

Nosotros para tales casos, si en ellos nos encontrásemos, reclamaríamos siempre toda indulgencia, y no concluiremos este artículo sin recordar á las hermosas que cada una de ellas no tiene mas que un *album* que dar á llenar, y que cada poeta suele tener á la vez varios á que contribuir.

LAS ANTIGUEDADES DE MÉRIDA.

PRIMER ARTICULO.

Hace mucho tiempo creo haber dado cuenta á mis lectores de cierta inconstancia y versatilidad, bases de mi carácter, el cual podria muy bien venir á ser el de no tener ninguno : yo no sé si hace demasiada falta el carácter para vivir; pero en caso de duda bien se podrian encontrar no lejos de nosotros multitud de ejemplares de gentes, que no teniendo ninguno conocido, no solo aciertan á vivir, sino que están sanas y gordas, y aun cómodamente establecidas.

Ahora bien, aquella comezon singular, aquel mi prurito de mudar de casa, que puse en conocimiento del público en uno de mis artículos, titulado *las Casas nuevas*, cuyo título recuerdo porque no estoy muy seguro de que se acuerde todo el mundo de mis artículos tan bien como yo, debia llegar á ser con el tiempo, segun ya entonces se anunciaba, síntoma de mas grave importancia. Aficion naciente entonces, creíala contentar yo siempre, inocente de mí, con pasar de un barrio de Madrid á otro, de una calle á su vecina, de un piso al que encima ó debajo tenia. Pero sucedió con ella lo que con toda aficion mal reprimida : de idea pasajera pasó á idea fija, y no cortado el mal en su principio, debia llegar á ser una pasion devoradora de mudar de sitio; pasion que indudablemente me hubiera llevado al sepulcro, como todas las pasiones vehementes, á no verse satisfecha.

Felizmente el mundo es grande, mucho mas grande que yo, y es de esperar por mi fortuna que sea todavía mas grande que mi pasion de amovilidad. ¿Qué hago yo en Madrid, exclamé una mañana, despues de haberle rodado en todas direcciones, en este Madrid, tan limitado como todas nuestras cosas, en el cual no puede uno echarse á la calle un dia con ánimo de andar sin encontrarse á los cuatro pasos con la puerta de Atocha, ó la de Alcalá, con el campo de los Moros, ó la Pradera de los Guardias? ¿En este Madrid, que solo se puede comparar en eso nuestra libertad, dentro de la cual no puede uno aventurarse á moverse sin tropezar en una traba? ¿Qué hago en Madrid? me dije. Primero es preciso saber si hay alguien que haga algo en Madrid : todo es chico en Madrid : no quepo en el teatro; no quepo en el cafe; no quepo en los empleos; todo está lleno, todo obstruido, refugiado, escondido, empotrado en un rincon de la Revista Española... *j'étouffe*. Fuera, pues, de Madrid : no bien lo habia dicho, un mozo llevaba ya debajo del brazo el equipaje de *Fígaro*, mas ligero que unas poesías fugitivas. Un lente para observar á los hombres, recado de escribir para bosque-

jarlos, y mi mal ó buen humor para reirme de los mas de ellos. *Omnia mea mecum porto.*

El carruaje marchaba lentamente; sin embargo, no era carruaje del gobierno, y tardé en perder de vista el delicioso empedrado, las desiguales cúpulas de los numerosos conventos, que, semejantes al espectro descrito por Virgilio, hunden su planta en los abismos y esconden su cabeza en las nubes, ocupándolo todo. De cuando en cuando volvia la cabeza á mirar atrás, no como Hector hácia su Andrómaca, sino que me parecia oir todavía fuera de puertas el ruido de los abogados y poetas del café del Príncipe; resonaba en mis oidos la canturia monótona de nuestros actores cómicos; oia las silbas dadas á nuestros ingenios clásicos y románticos; perseguíame la deuda interior como un remordimiento: sin embargo, yo no la habia arreglado: las reformas eran las únicas que no me perseguian, ellas debian ser sin duda las perseguidas.

El ruido se iba por fin apagando, y Castilla en tanto desarrollaba á mi vista el árido mapa de su desierto arenal, como una infeliz mendiga despliega á los ojos del pasajero su falda raida y agujereada en ademan de pedirle con qué cubrir sus macilentas y desnudas carnes. Un gemido sordo, pero prolongado, habia sustituido al ruidoso murmullo de la ciudad populosa: era la contribucion que resonaba por el yermo. *Felicidad*, decia el segundo con acento irónico, para el que sabia oirle: *miseria*, decia el primero con acento de verdad y de desesperacion.

No eran ciertamente los pueblos los que podian estorbarme en el camino; viajando por España se cree uno á cada momento la paloma de Noé, que sale á ver si está habitable el país; y el carruaje vaga solo, como el arca, en la inmensa extension del mas desnudo horizonte. Ni habitaciones, ni pueblos. ¿Dónde está la España?

Tres dias rodamos por el vacío: hácia el fin del cuarto una esplanada sin límites se desenvolvió á mis ojos, y se dibujaban en el fondo pálido de un cielo nebuloso los confusos y altísimos vestigios de una magnífica poblacion. ¿Hay hombres por fin allí? me pregunté. No; los ha habido. Eran las ruinas de la antigua *Emerita-Augusta.*

La humilde Mérida, semejante á las aves nocturnas, hace su habitacion en las altas ruinas. Es un hijo raquítico, que apenas alienta, cobijado por la rica faldamenta de una matrona decrépita. Es un niño dormido en brazos de un gigante.

Mérida es indudablemente una de las poblaciones, mejor diremos, uno de los recuerdos mas antiguos de nuestra España. Sus fundadores eligieron un terreno fértil, un clima productor, y un rio cuyas aguas, pérfidamente mansas como la sonrisa de una mujer, debian regar una campiña deleitosa. Convencidos de las ventajas de su posicion, los dominadores del mundo la llevaron al mas alto grado de esplendor; y es fama conservada por los mas de nuestros autores, que ha tenido un millon de habitantes. Erigida en *colonia romana*, y gozando de todos los fueros é inmunidades de tal, fué la segunda ciudad del imperio, y el sitio del descanso á que aspiraban altos funcionarios y guerreros cansados del aplauso de la victoria.

La caida del imperio, las irrupciones de los vándalos y de los godos, la dominacion de árabes, han pasado como un trillo sobre la frente de Mérida, y no han sido bastantes á allanar y nivelar su suelo, incrustado de colosales bellezas romanas. Las habitaciones han desaparecido carcomidas por el tiempo; pero las altas ruinas al desplomarse han desigualado la llanura, y han formado, reducidas á polvo, un segundo suelo artificial y enteramente humano sobre el suelo primitivo de la naturaleza. Se puede asegurar que no hay una piedra en Mérida que no haya formado parte de una habitacion romana: nada mas comun que ver en un pared de una choza del siglo XIX un fragmento de mármol ó de piedra labrado, de un palacio del siglo I. Zaguanes hemos visto empedrados con lápidas y losas sepulcrales: y un labrador, creyendo pisar la tierra, huella todos los dias con su rústica suela el *aquí yace* de un procónsul, ó la advocacion de un dios. Trozos de jaspe de un trabajo verdaderamente romano no tienen aquí otro museo que una cuadra, y sirven de pesebre al bruto que acaban de desuncir del arado. Diariamente el azadon de un extremeño tropieza en su camino con los manes de un héroe, y es comun allí el hallazgo de una urna cineraria, ó de un tesoro numismático, coetáneo de los emperadores. Lo que es mas asombroso, gran número de cosecheros se sirven aun en sus bodegas de las mismas tinajas romanas, que se conservan empotradas en sus suelos, y cuyo barro duradero, impuesto de tres capas diferentes superpuestas y admirablemente unidas, parece desafiar todavía al tiempo por mas siglos de los que lleva vividos. Las vasijas mismas que se construyen en el país tienen una forma elegante, y participan de un carácter respetable de su antigüedad que difícilmente puede ocultarse á la perspicacia de un arqueólogo.

Una vez en Mérida, y rodeado de ruinas, la imaginacion cree percibir el ruido de la gran ciudad, el son confuso de las armas, el *hervir vividor* de la inmensa poblacion romana. ¡Error! Un silencio sepulcral y respetuoso no es interrumpido siquiera por el *aquí fué* del hombre reflexivo y meditador.

LAS ANTIGUEDADES DE MÉRIDA.

SEGUNDO Y ULTIMO ARTICULO.

Mi primer cuidado en Mérida fué hacerme con un *cicerone*: pero no ofreciéndome alicientes la entrevista con ningun *literato* del país, ni queriendo que me contase ningun pedante lo que acaso sabria yo mejor que él, despues de haber buscado inútilmente en aquel museo del tiempo alguna historia de las antigüedades ó de la misma ciudad, solo traté de

sorprender la tradicion popular en su curso, y atúveme á un extremeño que se me presentó como el hombre mas instruido del comun del pueblo acerca de las bellezas de Mérida, y que haria por tanto oficio de enseñarlas.

Mi *cicerone* era una verdadera ruina, no tan bien conservada como las romanas; sus piernas se plegaban en arco, como si el peso de la cabeza hubiese sido por mucho tiempo oneroso á la base del edificio; sus brazos pendian tambien como dos arcos laterales cuyo pié hubiesen carcomido dos ramales de un rio, que hubiesen lamido por muchos años los costados del hombre. La cara hubiera dado lugar á las mas graves investigaciones de una academia : semejante á una moneda largo tiempo enterrada, y tomada á trechos del orin y de la tierra, sus facciones estaban medio borradas, y ora parecian letras en estilo lapidario, ora vistas á otra luz semejaban algo un rostro humano maltratado por la intemperie ó la incuria de sus guardianes. La fecha no se conocia, y aquel fragmento podia ser de varias épocas. Su desigual cabello, blandamente meneado por el viento, remedaba esa yerbecilla que por entre las cornisas y coronamiento de una torre antigua hace nacer la humedad; sus dientes eran almenados, y la posicion inclinada del cuerpo todo, fuera al parecer del centro de gravedad, le hacia parecer una pared que comienza á cuartearse, cuyas grietas hubiesen sido la boca y los ojos, y me trajo á la memoria la célebre torre de Pisa.

Tal se me representó á mí al menos mi *cicerone :* tal me pintaba mi imaginacion cuanto en Mérida veia.

— ¿De qué año es usted, buen hombre? no pude menos de preguntarle. — Tres duros y medio, señor, me contestó, en estilo monetario, queriéndome decir que tenia tantos años como reales aquellas medallas. — Pardiez, no le hubiera creido tan del dia. ¿Y usted es el que suele enseñar á los viajeros las otras ruinas de esta ciudad?

— Sí, señor... estoy algo enterado...

— ¿Y vienen muchos viajeros?..

— Extranjeros, sí, señor. Ingleses sobre todo, y se han solido llevar algunas cosas. Pintan ahí, y dibujan, y escriben, y qué sé yo... nos muelen á preguntas... parecen locos los ingleses. Pero españoles, señor, pocos : los mas pasan sin preguntar; como no vengan de estancia al pueblo...

— Mérida ha sido gran ciudad, interrumpí al hombre de la tradicion, poniéndonos en camino para recorrer las antigüedades, y siguiendo yo á la que me servia de guia.

— ¡Oh! sí, señor. La historia dice que tenia ochenta puertas, y que cada puerta estaba guardada por cuatrocientos soldados de á pié y ciento *de caballería;* tenia cuatro palacios magníficos en los cuatro ángulos, que eran de cuatro *príncipes* muy ricos.

— ¿Y estas ruinas son muy antiguas?

— ¡Vaya!

— ¿De los romanos todas?

— ¡Qué! mas antiguas, señor, mucho mas; de los moros, y de los godos, y de los... qué sé yo de cuánta casta de gentes... mucho antes que los romanos.

— ¡Hola! Perfectamente.

En esto llegábamos al puente, verdadera obra romana : colocado sobre uno de los puntos en que presenta el rio mayor latitud, mas de sesenta ojos espaciosos le dan una longitud que se pierde de vista : él solo es una historia de las dominaciones que han pasado por nuestro suelo : solo las dos cabezas, en una extension regular, se conservan puras é intactas : remendado lo demás á trechos, ora por los godos, ora por los árabes, la distinta forma de los espolones, el color de la piedra y su diversa labor, relevan las fechas de las composturas : la mas moderna es la mayor, y se hizo á costa de los tributos rendidos por los pueblos de cincuenta leguas á la redonda. Nuestras pobres piedras, unidas con hierro y argamasa, declaran toda la debilidad de nuestros medios, al lado de los pedruscos romanos, cuya única trabazon consiste en su colocacion, y que durarán todavía mas que las nuestras.

Perdíase mi fantasía en la investigacion de los tiempos : romano ya enteramente, figurábaseme ver el dios tutelar del rio, que, levantando la espalda colosal, repelia indignado la mísera traba que la moderna arquitectura osaba enlazar á la antigua sobre sus ondas, cuando la voz de mi *cicerone*, semejante á un aire colado, me sacó de mi estupor, y volviéndome hácia un nicho de ladrillo levantado sobre el trozo mas romano del puente, en el cual se divisaba una pequeña é informe efigie de yeso, me dijo :

— Este, señor, es san Antonio.

— ¡Muy poderosa es una religion, exclamé, cayendo de mas alto que la catarata del Niágara, que ha podido colocar esa efigie de yeso sobre este puente romano! ¡El agua se ha llevado los dioses; sus piedras han durado mas que ellos; y nuestro yeso dura mas que ellos y sus piedras!

Dos acueductos magníficos enriquecian de aguas á Mérida : otro moderno parece elevado entre los antiguos como una parodia de piedra, como una insolencia, como un insulto y una befa hecha al poder caido : sin embargo, las ruinas son las triunfantes; arcos colosales y gigantes asombran la vista : allí todo es obra del hombre, que ha hecho hasta la piedra; no son ya trozos cortados de una cantería : el hombre ha cogido la tierra y el guijo, lo ha amasado entre sus manos como harina, y ha hecho una mole indestructible, una argamasa compacta, á la cual el tiempo ha dado la última mano, prestándole al mismo tiempo color, y sobre la cual salta en pedazos el pico de hierro : el poder del hombre se estrella en su propia obra.

Uno de los dos acueductos romanos parecia no tener otro objeto que formar un gran depósito de aguas destinado á una *naumaquia*, gran diversion de un gran pueblo, para quien era solo obra del deseo el crear un mar en medio de la tierra.

— Este es, me dijo gravemente mi *cicerone* al llegar á la naumaquia, casi terraplenada por el tiempo, este es el baño de los moros.

— Gracias, buen hombre, le respondí lleno de agradecimiento. ¿Y cómo cuántos moros cabrian en este baño? le pregunté.

— ¡Uí! ¡Figúrese usted! me dijo con aire de respeto y voz solemne, como aterrado del número de los moros, y de la capacidad del baño.

El trozo mejor conservado es el circo; las ruinas han designado el terreno sin embargo, elevándolo sobre su antiguo nivel hasta el punto de enterrar varias de las puertas que le daban entrada; pero se distinguen todavía enteras muchas de las divisiones destinadas á las fieras y á los reos y atletas; la gradería, perfectamente buena á trechos, parece acabarse de desocupar, y cree uno oir el crujido de las clámides y las togas barriendo los escalones.

— Esta era, me dijo mi *cicerone*, la plaza de los toros; por allí salia el toro, me añadió, indicándome una puerta medio terraplenada, y por aquí, concluyó en voz baja y misteriosa, enseñándome la jaula de una fiera, entraban el viático cuando el toro heria á alguno de muerte.

Una ruidosa carcajada que no fuí dueño de contener resonó por el ancho y destrozado circo, y pasamos á ver el anfiteatro, peor conservado, el hipodromo, apenas reconocible por la meta, y de allí nos dirigimos hácia la *via romana*, vulgo en el país *calzada romana;* aquí es tradicion que debe de haber muchos sepulcros: se han hallado efectivamente algunos. Sabida es la costumbre de los romanos de colocar los sepulcros á orillas de los caminos, por la cual ellos solian en sus epitafios dirigir la palabra á los pasajeros.

Nosotros, al heredar las frases hechas y las locuciones enteras de su lenguaje, sin heredar sus costumbres, hemos tenido que hacer metafóricas sus expresiones propias; así, cuando hablemos de las cenizas de un muerto, que nosotros no quemamos, y cuando en un epitafio apostrofamos un viajero que no ha de ver á orillas del camino nuestro sepulcro, cometemos segun los hablistas una belleza, llamada figura retórica, y segun mi entender una tontería, que pudiera llamarse *decir una cosa por otra.*

A la parte opuesta de Mérida suélense encontrar sepulcros de niños, á juzgar por sus dimensiones.

El arco de Trajano colocado en el centro de la actual poblacion está en buen estado, y lo que me asombró fué encontrar en dos nichos laterales de su parte interior dos estatuas de mármol blanco, de un trabajo acabado y del gusto griego mas puro, considerablemente maltratadas, en verdad, pero muy capaces de lucir como dos trozos antiguos de primer órden: y digo que esto me asombró por dos razones; primera, porque en Madrid creo haber visto un museo de escultura extraordinariamente pobre; segunda, porque la posteridad de los romanos se advierte en acabar de desmoronar á pedradas la obra de algun Fidias del imperio.

A un tiro de bala de Mérida existe una capilla dedicada á santa Olalla, patrona de la que fué *colonia romana*, llamada *el hornillo de la Santa*, por haber sido martirizada allí: está construida con fragmentos de un templo de Marte: el viajero no se cansa de admirar los relieves, los

trozos de columnas: aquel pequeño monumento se me representaba un hombre de una estatura colosal, á quien el tiempo y los achaques hubiesen encorvado y reducido á la altura de un enano. Dentro se ve ó se adivina la efigie de santa Olalla, y en la portada de la ermita se lee en letras gruesas la inscripcion siguiente:

MARTI SACRUM
VETILLA PACULLI.

La idea que este contraste presenta, imagínela el lector; estas letras parecen haber sido de bronce, pero habiendo saltado el metal, solo ha quedado el hueco de ellas, y este hace el mismo efecto que el cóncavo vacío de los ojos en una calavera.

En la ciudad hay otros restos de igual importancia; entre ellos es de citar la casa del conde de los Corvos, construida de moderno ladrillo y cal, entre los huecos que han dejado las magníficas y desmesuradamente altas columnas de un templo de Diana, de pié todavía y empotradas en ella; el conjunto presenta la diforme idea de un vivo atado á un cadáver; aquella suma de dos épocas tan encontradas forma un verdadero matrimonio, en que los consortes parecen estar riñendo continuamente.

El *conventual* es otra ruina, pero mas moderna; colocado á la cabeza del puente, ofrece el aspecto de un edificio grandioso, y sus murallas siguen largo trecho la direccion del rio; parece haber sido una fortaleza gótica; posteriormente perteneció á los templarios, y se arruinó en poder de los caballeros de Santiago.

Sobre una alta columna romana, que se levanta en medio de una plaza, domina una efigie de santa Olalla mirando al oriente. Al llegar aquí y concluir nuestro paseo, se acercó á mí mi *cicerone*, y me dijo con notable fervor: — Repare usted, señor: esta es otra vez santa Olalla: yo no me acuerdo qué año hubo en Mérida una peste muy mortífera; la santa miraba entonces á poniente; hiciéronle grandes rogativas, y una mañana amaneció vuelta al oriente y cesó la peste; desde entonces mira á esa parte, y ya no se teme la peste en Mérida.

Efectivamente, parece que desde entonces no ha vuelto ningun azote de esa especie á afligir á la antigua colonia romana, si se exceptúa el cólera; y ese, todo el mundo sabe que no es peste: con lo cual queda en pié la tradicion, y la santa siempre vuelta.

No concluiré este artículo, por largo que sea ya, sin hacer mencion del último descubrimiento que ha llamado la atencion de los meridenses, si se puede hablar así de unos hombres que viven entre sus ruinas tan ignorantes de ellas como los buhos y vencejos que en su compañía las habitan.

Cavando un labrador su corral, encontró recientemente debajo de su miserable casa el pavimento de una habitacion, indudablemente romana, hecho de un precioso mosáico, en el cual asombra tanto la obra de la apariencia como el lujo que revela. Piedrecitas iguales de media pulgada

de diámetro, y de colores hábilmente combinados, forman figuras simbólicas, cuya inteligencia no es fácil; algunas tienen un carácter egipcio, lo cual puede hacer sospechar si habrá pertenecido la casa á algun sacerdote ó arúspice; á la cabeza de la pieza se descubre, pero no se descifra, una inscripcion en letras latinas, y á los dos lados parece prolongarse el precioso mosáico á otras habitaciones no descubiertas todavía.

La autoridad de Mérida parece haber dado parte convenientemente al gobierno; pero no habiéndose dispuesto nada todavía, el dueño de la casa reclama que se le deje usar de su terreno como mejor le convenga, ó que se le compre; en el ínterin, no habiendo fondos destinados á continuar esta importante excavacion, y habiendo quedado á la intemperie el pavimento descubierto hasta la presente, el polvo, el agua llovediza y el desmoronamiento de la tierra circunstante, echa á perder diariamente el peregrino hallazgo, lleno ya de quebraduras y lagunas; sin embargo, bastaria una cantidad muy pequeña para construir un cobertizo y comprar la choza, ya que no fuese para continuar la excavacion.

Mérida, la antigua *Emerita-Augusta*, posesora de tantos tesoros numismáticos, olvidada de ellos, y olvidada ella misma, es en el dia una poblacion de cortísima importancia; puéblanla apenas mil vecinos, y de su grandeza pasada solo le quedan suntuosas ruinas y orgullosos recuerdos. Despues de haber saludado á las unas con supersticioso respeto, y de haber enlazado los otros con vanidad al nombre español que llevo, proseguí mi viaje, lleno de aquella impresion sublime y melancólica que deja en el ánimo por largo espacio la contemplacion filosófica de las grandezas humanas, y de la nada de que salieron, para volver á entrar en ella mas tarde ó mas temprano.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE DEL TOMO PRIMERO.

Pag.

PROLOGO DEL EDITOR. V
VIDA DE DON MARIANO JOSÉ DE LARRA. VII
EL POBRECITO HABLADOR. — Dos palabras. 2
— ¿Quién es el público, y dónde se le encuentra? 3
— Sátira contra los vicios de la corte. 9
— Carta á Andrés. 13
— Empeños y desempeños. 20
— Sátira contra los malos versos de circunstancias. 25
— TEATROS. — ¿Quién es por acá el autor de una comedia? 31
— Filologia. 33
— Carta segunda escrita á Andrés. 34
— Manía de citas y de epígrafes. 39
— El casarse pronto y mal. 40
— El castellano viejo. 45
— Reflexiones acerca del modo de resucitar el teatro español. 52
— Carta de Andrés Niporesas al bachiller. 60
— Vuelva usted mañana. 66
— El mundo todo es máscaras, todo el año es carnaval. 73
— Conclusion. 81
— Carta última de Andrés Niporesas al bachiller don Juan Perez de Munguía. 84
— Muerte del Pobrecito hablador. 86
— Carta panegírica de Andrés Niporesas. 92
EL DONCEL DE DON ENRIQUE EL DOLIENTE. 99
COLECCION DE ARTICULOS DRAMATICOS, LITERARIOS, POLITICOS Y DE COSTUMBRES. 335
— Mi nombre y mis propósitos. 338
— Representacion de *los Zelos infundados*. 341
— Yo quiero ser cómico. 344
— Ya soy redactor. 348
— Don Cándido Buenafe, ó el camino de la gloria. 351
— En este pais. 355
— Representacion de *Contigo pan y cebolla*. 360
— Don Tímoteo ó el literato. 364
— La polémica literaria. 369
— La fonda nueva. 373
— Poesías de don Francisco Martínez de la Rosa. 377
— Las casas nuevas. 379
— Representacion de *La fonda ó la prision de Rochester*, y de *las Aceitunas*. 383
— Varios caractéres. 385
— Nadie pase sin hablar al portero. 388
— La planta nueva, ó el faccioso. 392
— La junta de Castel-o-branco. 395
— Las circunstancias. 401
— Representacion de *Un tercero en discordia*. 404
— *Idem* de *la Mogigata*. 408

Pag.
— Representacion de *el Sí de las niñas*. 410
— Los tres no son mas que dos. 412
— *El Siglo* en blanco. 417
— Ventajas de las cosas á medio hacer. 420
— Hernan Perez del Pulgar. 422
— Representacion de *Un novio para la niña*. 424
— El hombre pone y Dios dispone. 427
— Vida de españoles célebres. 428
— Representacion de *La niña en casa y la madre en la máscara*. 431
— Espagne poétique. 435
— Representacion de *la Conjuracion de Venecia*. 439
— Las palabras. 443
— Representacion de *Numancia*. 445
— Jardines públicos. 446
— Representacion de *Tanto vales cuanto tienes*. 449
— Carta de Fígaro á un su corresponsal. 452
— Segunda *idem*. 456
— Modas. 458
— La gran verdad descubierta. 460
— El ministerial. 461
— Segunda carta de un liberal de acá á un liberal de allá. 464
— Primera contestacion de un liberal de allá á un liberal de acá. 466
— La cuestion trasparente. 468
— ¿Entre qué gentes estamos? 469
— Dos liberales, ó lo que es entenderse (art. 1°). 474
— *Idem* (art. 2°). 477
— La vida de Madrid. 480
— Baile de máscaras. Billetes por embargo. 483
— La calamidad europea. 485
— Tercera carta de un liberal de acá á un liberal de allá. 488
— Lo que no se puede decir no se debe decir. 491
— Revista del año de 1834. 493
— La sociedad. 495
— Un periódico nuevo. 500
— La policía. 505
— Por ahora. 508
— Literatura. Poesías de don Juan Bautista Alonso. 510
— Carta de Fígaro á su antiguo corresponsal. 514
— El hombre-globo. 517
— La alabanza, ó Que me prohiban este. 522
— Un reo de muerte. 526
— Una primera representacion. 530
— La diligencia. 536
— El duelo. 541
— El album. 545
— Las antiguedades de Mérida (art. 1°). 550
— *Idem* (art. 2°). 552

Paris. — En la imprenta de Armous de Riviere y C°, calle Racine, 26

PQ
6533
A1
1866
t.1

Larra, Mariano José de
Obras completas de Figaro

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 21 08 02 010 7